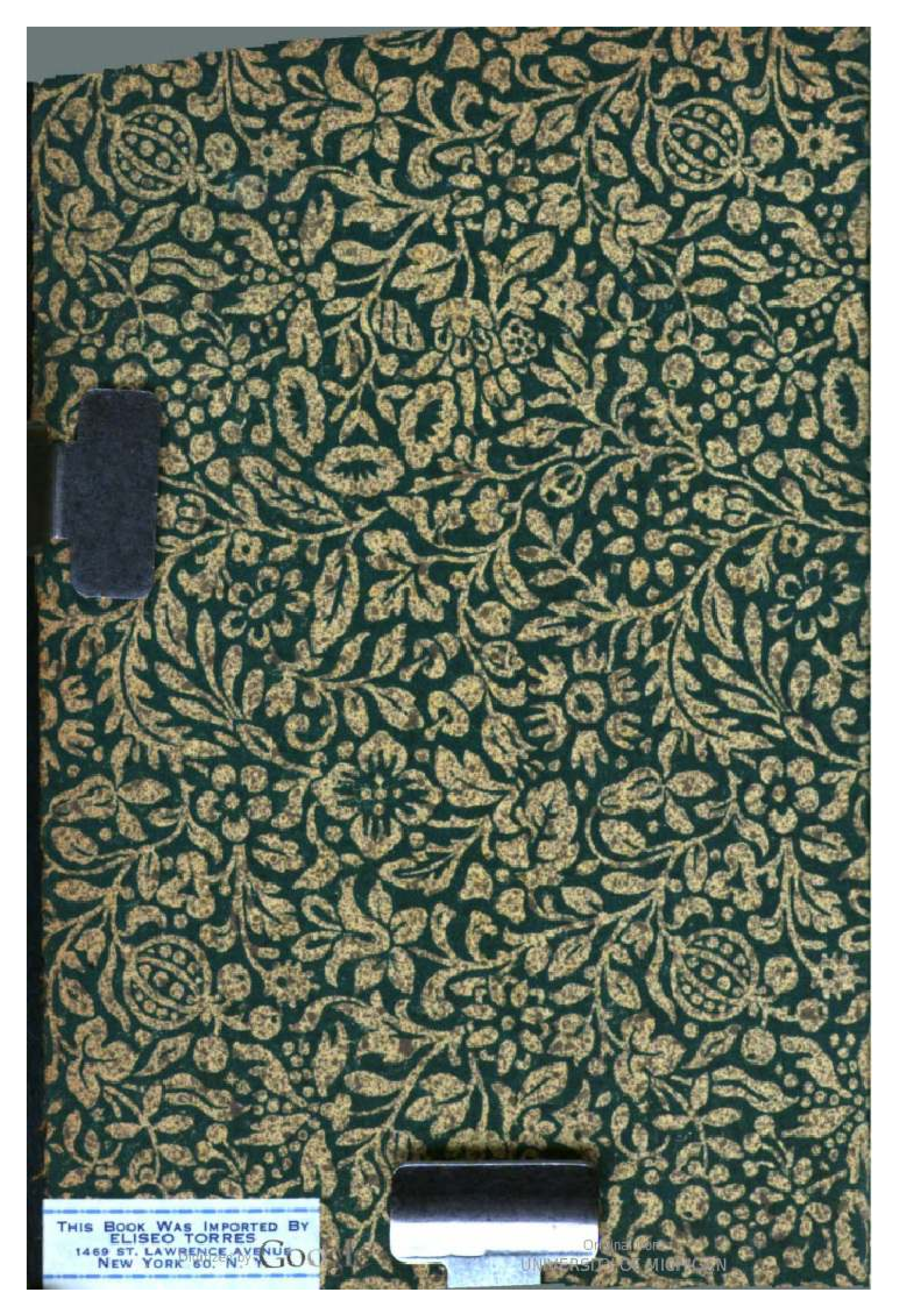
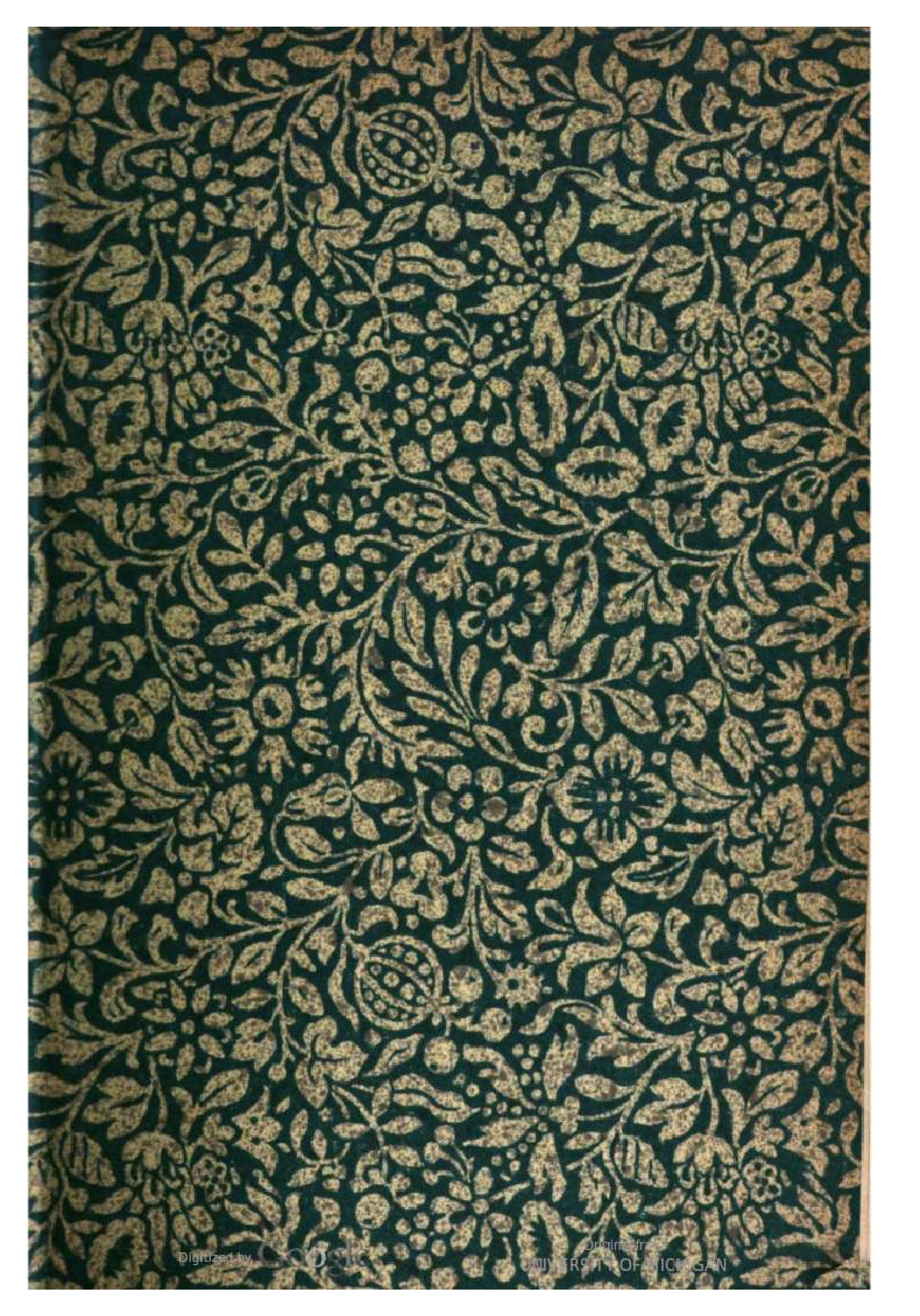

THIS BOOK WAS IMPORTED BY
ELISEO TORRES
1469 ST. LAWRENCE AVENUE
NEW YORK 60. N. Y.



ALFONSO V DE ARAGON

EN ITALIA

Y LA CRISIS RELIGIOSA DEL SIGLO XV



ALFONSO V DE ARAGÓN

EN ITALIA

Y LA CRISIS RELIGIOSA DEL SIGLO XV

OBRA PÓSTUMA
DE
D. JOSÉ AMETLLER Y VINYAS
Doctor en Medicina de Gerona

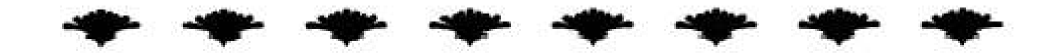
REVISADA Y DADA Á LUZ POR
DON JAIME COLLELL
Canónigo de la Catedral de Vich

PRIMERA PARTE

TOMO II



GERONA
Imprenta y Librería de P. Torres
Plaza de la Constitucion, 9
1903



CAPÍTULO XXVII

SUMARIO

1435. Efectos del desastre en Gaeta. — Proyectos de Azárate. — Noticia de la victoria de Génova. — Fiestas en Milán. — Desembarca el Rey en Savona y es conducido á Milán. — Retrato del Duque. — Embajadas por la libertad de los prisioneros. — Primera entrevista de D. Alfonso y Felipe María. — Conferencias diplomáticas. — Convenio entre los dos príncipes. — Efectos inmediatos de la concordia; disgusto de los genoveses. — Levántase Génova en rebelión contra el milanés. — Renato de Anjou. — Fin de su cautiverio. — Isabel de Lorena. — Su entrada en Nápoles. — Proclamación de Renato. — Como se recibe en Cataluña la noticia del desastre. — Carta del Rey al Concejo de Gerona. — La Reina Doña María convoca Cortes generales. — Prórroga de la tregua con Castilla. — Cortes en Monzón (15 Diciembre 1435).

La Providencia tiene sus misterios inexcrutables y amenudo lleva al hombre al colmo de la desventura por el camino de la felicidad, al paso que otras veces le conduce á lograr un codiciado bien por la senda áspera y penosa de la desgracia. ¡ Quién había de decir á Don Alfonso que la derrota de su escuadra y la pérdida de su libertad, poniéndole en contacto con el Duque de Milán, habían de ser instrumentos que le allanarían de una manera impensada la conquista del Reino de Nápoles!

Pero no anticipemos los hechos.

La derrota de la escuadra se supo pronto en Gaeta, porque se vieron pasar muy cerca las dos naves aragonesas fugitivas. Esto fué causa de que los que habían quedado de guarnición en el campamento, solo pensaran en salvarse con sus equipages antes de que los sitiados supiesen la noticia de la



victoria alcanzada por sus favorecedores. No tuvieron sin embargo tiempo para ello, porque los gaetanos, haciendo una inesperada salida, se apoderaron del campamento y les dispersaron por completo, saqueando todo el ajuar del Rey y de los Príncipes, cuya mayor parte había quedado en las tiendas. De los dispersos muchos cayeron prisioneros y otros pudieron salvarse en los pueblos inmediatos por sendas y veredas ocultas. El Conde de Fondi, el de Morcon, su hijo, con otros muchos Barones se refugiaron en el pueblo de donde sacaba su título el primero. Francisco Spinola y Otolin Zoppo tomaron también el monte con las siete lombardas gruesas que en él tenían los nuestros y con las cuales habían hecho gran estrago en la ciudad.

Axárate después de haber dado libertad á cinco mil prisioneros, se presentó con la escuadra vencedora delante de dicha plaza, descargó las provisiones, y, según escribe Zurita, puso fuego por fiesta á todas las naves gruesas que había ganado, detalle hasta cierto punto inverosímil, que no mencionan Fazio, Foglietta, ni Constanzo, y después de permanecer dos dias en aquellas aguas, mandó zarpar por miedo de que Francisco Spinola, que era almirante de la Señoría, no se alzase con el mando y se lo quitase á él. Dice Fazio que Axárate trataba de llevar al Rey á Génova contra la voluntad de Felipe María y emprender luego la conquista de Sicilia y de Cerdeña. Para disimular su pensamiento fingió querer atacar la isla de Ischía, y apresar las naves aragonesas fugitivas, después de cuya toma, decía que acometería los castillos Nuevo y del Ovo. Efectivamente, dirigió el rumbo hácia la primera y aun se puso con la escuadra á una milla de ella, pero habiéndose levantado súbitamente una tempestad, se dispersaron sus buques, teniendo que refugiarse unos en el puerto que llaman de Hércules, otros en la isla de Ponza, viéndose otros precisados á correr el temporal. Calmada la tempestad y reunidas sin avería todas las naves en la isla de Ponza, contrariamente á lo que querían los capitanes que eran de opinión de volver á Ischía y de allí nuevamente á Gaeta, Axárate mandó hacer rumbo á Génova y, ayudado por un viento favorable, llegó en pocos días á Portovéneris que aun se tenía por el Rey. Al estar á la



vista de dicha ciudad vió acercársele un leño que llevaba un emisario del Duque de Milán. Felipe María temía que los vencedores no llevaran al Rey á Génova, y que los genoveses orgullosos de la victoria, no sacudiesen el yugo de su autoridad. Por esto se apresuró á mandar la orden á Axárate de que llevase al Rey á Savona por ser ciudad del estado de Milán. Enterado el almirante de la voluntad del Duque, al punto tomó una astuta determinación á fin de poder obedecer impunemente. Para separarse de las naves restantes anuncia que quiere distribuir el botín y dá orden á los capitanes que comparezcan al dia siguiente por la mañana, encargándoles que cada uno tragese su parte. Para no verse éstos obligados á dar cuenta y razón de lo que habían tomado, determinan largarse con sus naves á la capital y zarpan y ponen á ella la proa. Esto era precisamente lo que el almirante quería, por lo que demoró su partida de Portovéneris y, después de haber levado anclas, mandó á los pilotos que moderaran el andar de su nave á fin de que los que le precedían con las suyas tuviesen tiempo de entrar en el puerto de Génova, antes de que la capitana se pusiera á la vista de aquella ciudad.

Digamos cuál era el estado del ánimo de sus habitantes. Comenzó á correr en aquella capital la nueva de que Axárate y los suyos habían vencido en Ponza y al punto empezaron á formarse corros, á cerrarse las tiendas y á llenarse las calles de un inmenso gentío. Cuando llegaba alguien de las afueras todo el mundo le asediaba á preguntas en medio de la mayor ansiedad. Llegó por fin la noticia cierta de la victoria y con ella la de que el Rey había caído prisionero y entonces, dice Foglietta, hasta las matronas, olvidándose de su acostumbrado recato, salieron á la calle y se mezclaron en los grupos ávidos de satisfacer su curiosidad. No hay que ponderar cuánta y cuán grande fué la alegría de todos y los gritos de júbilo que salían de los pechos. Por espacio de tres días se estuvieron haciendo continuas procesiones en acción de gracias al Cielo (1) y se hizo voto de que el día 4 de Agosto dedicado á

(1) Lecoy apoyándose en la relación oficial (archivos de Génova X 949 in fine) dice que los genoveses decidieron que todos los ornamentos de la capilla de Don Alfonso, cruz, candeleros, cálices, misales, &, que formaron parte del botín fuesen



Santo Domingo, en el cual se alcanzó el triunfo, fuese solemnizado en lo venidero con una gran función religiosa y que se llevase todos los años un palio al Templo consagrado á dicho santo (1). Muy presto la satisfacción se trocó en ira al ver llegar á Luis Croto con orden del Duque de Milán de que pidiese al Senado que la escuadra pasase á las costas de Sicilia, para intentar su invasión. Se le contestó que la armada no podía emprender tal operación si antes no se proporcionaba nuevo sueldo á sus gentes, así como otros elementos de guerra, y que por lo demás ya no había nada que temer en la mar, porque ninguna potencia tenía en el Mediterráneo fuerzas capaces de competir con las de Génova. Demás de esto Felipe María prohibió á los genoveses que dieran la noticia de la victoria á los

consagrados á Santo Domingo en la iglesia de su advocación, puesto que la batalla había sido ganada el día de su fiesta ó sea el 4 de Agosto.

Vid. *Le Roi René, sa vie, son administration, ses travaux artistiques et litteraires d'après les documents inédits des archives de France et d'Italie*, par A. Lecoy de la Marche. Ouvrage qui a obtenu le grand prix Gobert a la Academie des inscriptions et belles lettres. — París 1879.

(1) En Milán hubo también sus regocijos, pues el Duque, después de participar la noticia de la victoria al vicario general del arzobispado, al podestá, al vicario de éste y á los del Ayuntamiento de la ciudad, les ordenó que por espacio de tres días y en acción de gracias á Dios, á su gloriosa madre y á toda la corte celestial se hiciesen solemnes procesiones y luminarias y se repicasen alegremente las campanas.

He aquí la transcripción de la orden:

Dux Mediolani &. Papie Anglerieque Comes, ac Janue dominus.

Habemus nuper felicissima nova de victoriosa et triumphante classe nostra Januense, que hostilem armatam regis Aragonum apud Gayetam ex toto conflixit, captis, ut recitant littere per nos habite, ipso rege et duobus fratribus suis, videlicet rege Navare et magistro sancti Jacobi, nec non Principe Taranti, duce Suessa et filio domini Christophori Gaytani Comitis Fondorum, aliisque baronibus secum existentibus, exceptis infante Don Petro et Principe Salerni; captis etiam navibus et navigiis ipsius armate, omnibusque gentibus hostilibus que super ea militabant. Hanc ideo tam fortunatam victoriam sicut et alia queque bona recognoscentes á clementissimo Domino nostro, volumus quod in ipsius reverentiam et gloriose matris sue, totiusque regni celestis laudem et gloriam triduanas illico processiones solemnissime fieri faciatis cum luminosis excelsisque falodiis (a) et amenis pulsatibus campanarum in signum gaudii semper memorandi.

Dat. Mediolani, die XX augusti MCCCCXXXV.

Dux Mediolani &.

Post scriptas litteras certiorati fuimus per litteras proprias magnanimi capitanei classis nostre Blasii de Axareto quod, ultra captos nominatos in litteris, etiam captivi remanserunt dictus infans Aragonum et vicerex Sicilie, filius ducis Suesse, Menecutius de l'Aquila capitaneus lancearum CCCC, aliique infiniti baroni, insuper nobiles et milites ultra CCCC et armigeri innumerabiles. Denique tanta fuit ipsa victoria quod stupendum et mirabile dictu est.

Dat ut in litteris. — Aloysius.

Vid. Documenti diplomatici tratti dagli archivj milanesi. Vol. III. part 1. n.º CXXXVII.

(a) Fallodia — Faces in signum letitie accense — Teas encendidas en señal de júbilo.

Du Cange — Glossarium medie et infime latinitatis.



príncipes amigos, so pretexto de que él ya lo había hecho ([1]).

A todo esto sucedió lo que Axárate deseaba: toda la escuadra estaba ya en Génova, y sus habitantes que esperaban verle llegar, ardiendo en deseos de contemplar al Rey se precipitaron en masa al rededor del puerto; pero la espectación de todos quedó dolorosamente frustrada. El almirante desoyendo por completo los mandatos de la Señoría y, ateniéndose sólo á la orden del Duque de Milán, pasó de largo y condujo á Don Alfonso á Savona. No obstante el Rey de Navarra, como iba en otra nave, hubo de desembarcar en Génova en donde, á escepción de la libertad, se le procuró todo lo que necesitaba. Don Alfonso fué alojado en el alcazar de Savona, no como prisionero, sinó como un rey que estuviera de viaje, gracias á la amabilidad de Francisco Barbaria que gobernaba aquella ciudad por Felipe María. Nunca le faltó, desde el día en que cayó prisionero, ninguna de las consideraciones debidas á su dignidad, escepto el dejarle libre; puesto que en lo demás todos le trataban y veneraban como si se hallase en su pristina fortuna.

Algunos dias después llegó Bernardino Carda con otros caudillos con sus respectivas compañías de tropa, enviados por el Duque de Milán con encargo de conducir al Rey á la capital de dicho estado. Puestos en marcha, refiere Fazio que el Rey se apeó en una casa que solía habitar la Duquesa, situada fuera del alcázar, la cual se le había señalado por alojamiento, y en donde sólo permaneció tres dias.

Una de las personas que mediaron con más eficacia para que el Rey fuera llevado á Milán fué Nicolás Piccinino, que siendo enemigo capital de Francisco Sforza quería ponerse

(1) He aquí el juicio que hacía de tan señalado triunfo el Duque de Saboya, suegro del de Milán, á tenor de lo que dijo á Pedro Cándido Decembrio, quien se apresuró á trasladarlo á Felipe María. «Ho avuto grandissimo piacere de la vitoria del dicto mio figliolo, e de la pressa del re d" Aragona. Certo é stato un miracolo de Dio, né credo, cinquecento anni passati, se vedesse sí gran fato. Per tanto, se mio figliolo si sa bene intere con lo dito re, ó sia d' acordio con lui, como fi dito, ne seguirá mirabeli effetti. Prima ch' ara lo modo de segnorezare i Genovesi che mai non ha havuto fin a questo tempo. Appresso, essendo tutta la nobilitate de Italia unita e concorde, el dicto mio figliolo non ará piu a dubitare de Venecini e de Firentini, et hará el modo de potere ben conservare el Stato suo, el quale modo non ha mai havuto fin á questa giornata.

¿ Influyó este consejo en la manera de proceder que tuvo el Duque con Don Alfonso?



bien con Don Alfonso que lo era también encarnizado de dicho Conde.

Digamos algo de la suerte de los demás prisioneros. Quedaron, según Zurita, en Génova con el Rey de Navarra Minicuccio del Aquila, Ruy Diaz de Mendoza y los hijos del Conde de Castro, que se pusieron en el castillo; á muchos otros Barones se dió por prisión una sala, y Francisco de Belvis y Gutierre de Nava fueron llevados á la cárcel pública como enemigos implacables de la ciudad y de la Señoría.

El Infante Don Enrique, el Príncipe de Tarento. el Duque de Sessa, Don Iñigo de Avalos, Don Iñigo de Guevara y Blanes, que á la cuenta estuvieron con el Rey en Savona. fueron trasladados, según el propio Analista, desde allí á Pavía que era también del Duque de Milán. Acompañóles una escolta de seiscientos caballos.

Pasados los tres dias de permanencia en la casa de la Duquesa, el Rey recibió recado de Felipe María, llamándole á su palacio en donde le anunció que estaria como huesped y como amigo. Destinóle en su morada unas habitaciones en las cuales pudiera verle pasar sin él ser visto.

Zurita da algunos detalles acerca de la entrada de Don Alfonso en la capital del Ducado. Dióséle, dice, un muy grande y lucido acompañamiento y al llegar al segundo patio del castillo de Partajouis salió la Duquesa, que era hija del Duque de Saboya, á saludar al Rey, hincando la rodilla en el suelo. Este quiso apearse de su caballo para cumplimentarla, pero no se lo consintió Piccinino y siguieron adelante.

Completados los detalles del arribo, y antes de reseñar la entrevista del Magnánimo con el Duque, intentemos trazar de cuatro pinceladas el retrato físico-moral de éste.

No era ciertamente Felipe María Visconti mejor que los demás Príncipes del Renacimiento. Había nacido en el año 1391 y ascendió al trono de Milán por muerte de su hermano Juan María. Su padre le legó el Condado de Pavía y muchas otras ciudades; pero explotado durante su minoridad por los Beccaria, bajo cuya tutela estuvo, no dió muestras de tener carácter hasta después del asesinato de su antecesor. Por medio de un casamiento de cálculo con Beatriz de Tenda, que te-



nía veinte años más que él, adquirió Tortona, Novara, Vercelli, Alejandría, un buen ejército y cuatrocientos mil florines de oro. Con tales elementos recobró por las armas Pavía y Milán que estaban en poder de usurpadores. Trató luego de restaurar la importancia del Ducado, y siguiendo el ejemplo de su padre y de su época, se valió de los *condottieri*. Cuando ya no necesitó de su muger, la hizo morir acusándola de adulterio. Por medio de Carmagnola reconquistó la Lombardía, y los genoveses se vieron obligados á proclamarle su señor y á recibir por capitán y Dux á aquel célebre *condottiero*. Era cobarde y disimulado, cruel y ambicioso, feo y tan tímido que le asustaban los truenos. Tal era el Duque de Milán según su biógrafo en el Diccionario de Hoeffer.

Fazio escribe de él que era agudo de ingenio, astuto, dadivoso, propenso al perdón, de conversación dulce, descuidado en su persona y poco aficionado á los afeites y galas, gran cazador, inquieto, codicioso de mando, deseando la paz cuando estaba en guerra y buscando la guerra cuando estaba en paz, maestro en las artes del disimulo y del fingimiento, indulgente con los soldados y con los paisanos, pero soberbio con los caudillos que tomaba á sueldo. Fuese por su amor á la soledad, fuese por miedo al peligro, tenía por costumbre vivir muy retirado, no admitiendo á su trato más que algunos pocos y muy escogidos amigos. Muchas veces ni siquiera recibía á los legados de otras naciones, haciéndoles dar audiencia por otras personas. Hasta el mismo emperador Segismundo, que estuvo en Milán, de paso para Roma, no consiguió poderle ver. Y no obstante, pasando su vida en tan gran retiro y soledad, tenía conmovida y aterrada con sus armas á Italia entera, siendo verdad aquel dicho de que vencía sentado.

Según Pedro Candido Decembrio, los astrónomos de Pavía le habían vaticinado que si llegaba á la edad madura superaría en gloria á todos los de su familia. Hay que advertir que cojeaba y que debía sostener sus piernas, que por una anomalia de su organización tenía echadas hacia atrás, por medio de unas ataduras de cuero. En esto se apoyaban los adivinos para afirmar que sería el último de su estirpe (1).

(1) Astronomi etiam, qui eadem tempestate Papiæ degebant, sæpe numero



Por tener una fé ciega en la astrología, gustó mucho de vivir rodeado de astrólogos, al igual que los más de los príncipes y magnates de aquella época; y era tal la convicción que tenía del influjo de los astros en el éxito de las acciones humanas, que dejaba de recibir á los embajadores cuando lo desaconsejaban las conjunciones. En prueba de lo que dejamos dicho damos por nota la minuta de un curiosísimo documento que se conserva en los archivos gubernativos de Milán. Es una carta escrita á Marsileo (de Carrara) y á Conradino (Vimercati) en la cual les dice que está dispuesto á recibir al conde de Maticone, pero que le disuadan de presentarse antes del próximo jueves; porque cayendo en tal día el novilunio no podría darle audiencia (1).

prodidere eum, si ad ætatem summam pervenisset, totius familiæ suæ gloriam longè antecessurum. Ducebantur autem loro vinctus tibula á tergo rejecta, ne improvidè concideret, trepidusque titubaret: qua ex re creditum est, eum stirpis suæ novissimum et veluti postremum futurum Principem.

Philippi Mariæ Vicecomitis Mediolanensium Ducis Tertii Vita auctore Petro Candido Decembrio.

Apud Muratori - Scriptores rerum italicarum. Vol. XX.

(1) He aquí el tenor de tan curioso documento á que hacemos referencia en el texto:

D. Marcelino et Coradino.

Magnifice, &. Licet scripserimus quod, veniente huc magnifico Comite Maticone, contentabimur eum videre; nunc tamen memores facti quod statim instat Lune combustio que per totam diem Jovis proxime futuram durabit, quo in tempore nullatenus cum dicto Comite nos reperiremus, volumus quod statim vos cum eo reperiatis, et prepositis que de combustione Lune supra tetigimus, ipsum hortemini, et verbis convenientibus inducatis, ut citra diem Jovis non veniat, dicendo quod, si veniret, nullatenus posset esse nobiscum, sed, si post diem Jovis venerit, bono animo contentabimur ipsum videre; et intelligite quod ideo dicimus non veniat citra diem Jovis, quia, si veniret, opus esset ut hic expectaret, donec preteriisse Lune combustio, et intentionis nostre non est quod debeat hic tantum morari, immo volumus quod, facta sequenti die, postquam attigerit, visitatione, inmediate recedat, nec ullam penitus moram faciat. Denique omnino providete, et facite quod non veniat, neque venire possit, si etiam vellet, citra diem Jovis, ut diximus. Nos tamen ei scribimus per annexas ut, donec Lune combustio perduraverit, venire desistat.

Mediolani, XVIIII januarii 1433.

El Sr. Ferrario otro de los anotadores de la colección diplomática de los archivos de Milán consultó con el Sr. Schiaparelli director del observatorio astronómico de Brera acerca de la significación de la frase *combustio Lunæ*, habiendo recibido la contestación siguiente:

« La frase *combustio Lunæ*, según el lenguaje de los astrólogos de la edad media significaba simplemente la conjunción de la Luna con el Sol, ó el novilunio, y parece haber sido adoptada para indicar que en el novilunio la Luna parece precisamente sumergirse en los rayos solares, y desaparece por dos ó tres días, como si realmente fuese consumida por los ardores del Sol. Para citar un ejemplo aduciré el siguiente pasaje del astrólogo árabe Albohazem Hal, ben Abenragel:

« Sol est planeta magni dominii, potentiae, nobilitatis, altitudinis et magnitudinis. Fortunat enim adspectu suo et conjuntione corporali infortunium adfert: quia quando planeta aliquis cum eo conjungitur *comburit* eum, vincit et extinguit lumen et lucem ejus. (Albohazem Haly. *De judiciis astrorum*. Basileæ 1571, pág. 6). »

« Que esta denominación *combustio* fuese adoptada en el lenguaje corriente de



Se iban á encontrar cara á cara dos astutos diplomáticos, una serpiente y un zorro. La suerte se inclinó en esta lucha á favor del Rey Magnánimo.

Antes de dar cuenta de su primera entrevista, apuntemos algunos sucesos que pudieran tener influencia en su resultado. De la nueva de la victoria de la armada genovesa y de hallarse presos del Duque de Milán los Reyes, el Infante y tantos potentados, recibieron el Papa y los venecianos muy gran pesar, calculando que estaba ya en la mano de Felipe María el hacerse dueño de toda Italia, si sabía sacar partido de tan estupendas ventajas (1).

los astrólogos, aparece también del siguiente pasaje de Max. Uhlemann, (*Grundzuge der astronomie und der Astrologie der alten Aegypter*. Leipzig, 1857, pag. 60): «Auch sprach man von dem *Verbrennen* eines Planeten (*combustio Planetæ*), um die conjunction der Sonne mit demselben zu bezeichnen.... »

Viniendo ahora al caso, del cual se habla en el presente documento, será oportuno notar que, según el *Arte de verificar las fechas*, hubo un eclipse total de Luna el 6 de enero de 1433; por consiguiente en aquel dia tuvo lugar el plenilunio. Es pues natural que Felipe María Visconti, escribiendo con fecha del lunes 19 de enero consecutivo, esperase una *combustio Lunæ* para el próximo jueves (ciertamente esta tuvo lugar en el miércoles 21 de enero). La razón luego por la cual Visconti rehusaba admitir á coloquio al conde Maticone se ve por el referido pasaje de Albohazem Haly, según el cual el Sol *conjuntioni corporali infortunium adfert*. Evidentemente no quería tener plática con Maticone bajo una constelación infausta.

Vid. *Documenti diplomatici tratti dagli archivj milanesi*. Vol. III. part. I n.º CXXI.

Para concluir con las preocupaciones del duque de Milán he aquí un texto de Pedro Cándido Decembrio en el cual nos da hasta los nombres de los astrólogos que dicho potentado tuvo á su servicio.

«Astronomorum judicio, et disciplinæ adeò credidit, ut peritiores ejus artis ad se accersiret, eorumque consilio universa penè ageret. Habuit in primis Petrum Senensem, et Stephanum Faventium, utrumque edoctum artis ejus. Ultimis verò diebus Principatus fuit opera ac consilio Antonii Bernardigii, nonnunquam et Aloysii Terzaghi, sæpenumero Lanfranchi Parmensis usus est. Habuit et inter physicos Heliam Hebræum professum divinandi artem. Ab his institutus, dies ad bellum, et pacem eligebat, quique optimi peregrinationi ac quieti forent, requirebat. Regrediendi in urbem nulla lux contraria fuit unquam. Cùm quidpiam severum aut magnum agitared, consultores eos adhibebat, nec deerat in nimis etiam fides. Cum navem ingressurus esset, per plusculos dies differebat iter, mox veluti concertationi mentis objecta prodibat ad navem attonito similis, ac stupenti: itidem et equum ascensurus faciebat. Luna in conjunctione Solis existente, intra penetralia domus se recondere solebat, ac miro silentio Magistratus excludebat á se, nec ulli interim responsa per suos præbebantur. Simile in oppositione ejus observabat. Verùm multo minus, ut ad instantius petentes hoc solum rescriberet: Expecta modicum, respondebo tibi. Horologium habuit in Papiensi Bibliotheca, omnium ætatis nostræ memorabile, ac penè divinum, confectum á Joanne Patavino insigné Astronomo, in quo septem errantium stellarum motus cernerentur, quod ad hujus modi servitia continuò paratum habuit.

Philippi Mariæ Vicecomitis Mediolanensium Ducis tertii vita auctore Petro Candido Decembrio. Cap. LXVIII col. 1017. Muratori: Rerum italicarum scriptores. T. XX.

(1) Algún tiempo después, otra de las consecuencias de la derrota naval de Ponza fué la pérdida de Portovenerís.

He aquí el texto en que apoyamos este aserto.

Im questo mezzo i Genovesi sforzandosi d' avere per forza Porto Venere, il quale teneva il Re Alfonso, contro a i patti lo pigliaroono.

Hemos dicho algún tiempo después, porque en el capítulo XXVIII, todavía



No permanecieron, pues, ociosas las cancillerías de entrambos. El Papa por su parte determinó mandar á Milán un Cardenal legado con encargo de que requiriese y exhortase al Duque para que pusiera en libertad á los Reyes y á los demás Príncipes, haciendo valer la espectativa de que así se pondría en paz Italia entera y aún toda la Cristiandad, con lo cual podrían convertirse las armas contra los infieles y lograrse la estirpación del cisma que empezaba á perturbar la Iglesia con grave escándalo de todos los fieles.

También antes de la entrevista llegó un rey de armas enviado por la reina de Aragón y se le permitió llegar hasta Don Alfonso. Enterado éste del mensaje de su esposa, dió al rey de armas una carta para ella, en la que le decía que se hallaba como si hubiera salido de Valencia á correr el monte de Valldigna, y le encargó de palabra que le dijese que estuviera alegre, porque había ido á su propia casa.

Empero no se permitía al Rey que hablase con ningún caballero de los suyos, teniendo solo en su compañía á Blanes y á su capellán mayor, y al pedir el legado del Papa al Duque que diese licencia á Martín de Vera, que era camarero de Don Juan de Torquemada, Cardenal de San Sixto, y al limosnero del Rey para que ambos pudiesen ver á éste, Felipe María respondió que tuviesen paciencia hasta que él le hablase primero.

Al fin llegó el día en que el Duque tuvo á bien avistarse con el Rey. Envióle antes recado de que no quería que pidiese disculpa por lo acontecido, ni dijese palabra que á ello se pudiese referir, pues no debía haber entre ambos conversaciones desagradables. Así el Rey se penetraría de que no era un prisionero, sino más bien un huesped y un amigo. Presentóse luego Felipe María y después de muchos cumplimientos empezó á hablar á Don Alfonso de asuntos de caza, de suerte que se deslizó plácidamente el coloquio sin que por parte de ninguno de los dos interlocutores se dijese una palabra que no fuera alegre y satisfactoria. La misma urbanidad se usó también con

aparece Porto Veneris como nuestro, para no volver á sonar como tal en el resto de esta historia. Oratio Petri Candidi Decembrii in funere Nicolái Picinini sive vita ejusdem bellicosissimi ducis Anno MCCCCXLIV a Polismagna in italicum sermonem conversa.

Muratori: Rerum italicarum scriptores. T. XX.



el infante Don Enrique y con los Barones, que antes habían estado en Pavía.

Después de esta entrevista el Duque mandó al Rey aves de caza y perros y demás medios de entregarse á dicha diversión, pues sabía que Don Alfonso era muy aficionado á ella, todo con la idea de que no quedase en su ánimo la mas pequeña impresión de cautiverio. El Rey usó de los beneficios de aquella galantería, á cuyo efecto se pusieron á su disposición los sotos que había inmediatos al alcazar y que abundaban en alimañas de toda clase, proporcionándosele también caballos y acompañamiento; pero el Duque jamás tomó parte en aquellas monterías. Como Don Alfonso manifestara deseos de que su hermano el Rey de Navarra fuese trasladado de Génova á Milán, el Duque accedió á ello desde luego. Los genoveses le soltaron de mala gana, pero Don Juan llegó á la capital en donde fué recibido con singular agasajo.

Tras de todo lo dicho vinieron las conferencias esencialmente diplomáticas ([1]). Aquí el Rey estuvo á la altura de su sagacidad y talento. Representa al Duque el peligro que correrían las cosas de Italia si se apoderase de ellas la casa de Francia, por medio de los genoveses, que después de todo tenían por suya la victoria; que en manos de aquella potencia estaría el mudar todos los estados de la península si Renato de Anjou lograse sentarse en el trono de Nápoles; que el Duque,

(1) Para que se comprenda mejor el triunfo moral que logró Don Alfonso en su entrevista con el Duque, hay que hacer constar que, según Lecoy, quien se apoya en un documento de las Bocas del Ródano (B. 655) y en otro del archivo de Milán (Leghe, pace & n.º 796 f.º 168), Felipe María Visconti había concertado con Renato el 21 de Setiembre de 1435 un tratado que firmaron en Milán dos comisarios franceses en unión del visconde Gaspar. Las principales cláusulas de este tratado eran las siguientes: Los dos príncipes se prestarán mutuo apoyo contra todos, escepto contra el papa, el emperador, los reyes de Francia y España *(a)* y el Duque de Saboya; se suministraran recíprocamente armas, tropas, caballos, naves y víveres; Renato no recibirá refuerzos si no á contar desde su llegada ó de la llegada de uno de los suyos al reino de Sicilia; Gaeta quedará en poder del Duque de Milán en garantía de las sumas gastadas por él y por los genoveses desde la muerte de la reina Juana II con idea de proteger los intereses del rey de Sicilia y de los que será necesario gastar por la custodia de dicha ciudad; el rey tomará á sueldo mil quinientos caballos milaneses, á lo menos por dos años; en cuanto llegue trabajará en someter á Francisco Sforza al Duque y en reconciliarle con él, y en caso de no conseguirlo lo tratará como á un enemigo común; el Duque limitará su intervención á Italia.

Esta liga debia durar sesenta años.

(a) Aquí Lecoy intercala un parentesis que no creemos se halle en los documentos originales, dice así: (es decir de Castilla).



Juan Galeazzo, siempre lo había temido así, porque esto requeriría el que los franceses sojuzgasen primero el Estado de Génova y después toda la Lombardía. En fin tanto y tan bien habló, que Felipe María se dió por convencido y ya no se trató mas que de asentar entre los dos una muy estrecha confederación y liga, que, según díce Zuríta, no pudo ser mayor si fueran los dos príncipes padre é hijo. Apesar de que la concordia era árdua y difícil de obtener, no se pasaron muchos dias sin que se firmara, estipulándose, escribe el citado autor, que entrambos príncipes se ayudarían en la paz y en la guerra y que los amigos del uno lo serían del otro, así como los enemigos; demás de esto el Duque se comprometió á dar libertad sin ninguna clase de rescate á los hermanos del Rey, á los Barones y á los otros prisioneros que tuviera en su poder así en Milán, como en Génova. En el *Corps universel diplomatique par J. Du Mont, 1726*, magnifica colección de documentos que tuvimos ocasión de consultar en la Casanatense de Roma, hallamos la escritura del convenio, habiéndola copiado para insertarla en este capítulo. Por ella se ve que aun cuando el Rey salió muy bien librado, sin embargo no obtuvo todo lo que nos pinta el analista aragonés ([1]).

Firmado el contrato, y ya en libertad el Rey de Navarra, el Infante Don Enrique y los más de los barones, temiendo Don Alfonso que con la noticia del desastre vacilaran en su amistad los pueblos con quienes estaba aliado, mandó á los infantes Don Juan y Don Enrique á Cataluña para que sin pérdida de tiempo alistaran una nueva escuadra á fin de que Europa le viese alzarse con nuevo poder ante la empresa, jamás abandonada, de recuperar el Reino. Con la misma idea, obtenida de igual modo la libertad del Príncipe de Tarento y del Duque de Sessa, les mandó á sus tierras á renovar la guerra, interín él acudía en su auxilio para dar buena cuenta de los enemigos de su causa. Pero lo más estupendo fué que las mismas naves de los genoveses se habían de poner al servicio de Don Alfonso, embarcar las tropas de éste y llevarlas al territorio de Nápoles ([2]). Esto último fué sin embargo muy difícil

(1) Vid. Apéndices. I.

(2) Foglietta dice en términos generales que el Duque mandó á los genoveses que armasen y aparejasen seis naves para reconducir el Rey á sus Reinos.



de hacerlo cumplir. Veamos como recibió la repùblica una imposición tan ominosa. El Duque escribió á Luis Crota que gobernaba en Génova para que, á expensas del Rey, se armaran las naves cuanto antes. Reunió Croto el Senado y como indicara el modo de que se cumpliese lo dispuesto por Felipe, todos los allí presentes respondieron que era cosa inconveniente, decidiendo enviarle emisarios con encargo de pedirle que nò les obligase á aparejar la escuadra en favor de su enemigo y prinpalmente á emplearla contra aquellos que siempre habían sido sus amigos. Apesar de todo Felipe persistió en su propósito. Los enviados regresaron á Génova á manifestar al Senado que convenía alistar la escuadra, y que así lo mandaba el Duque. En cuanto los genoveses oyeron esto, por más que estuvieran llenos de indignación, pusieron manos á la obra, pero tan de mala gana que todo se llenaba con frialdad y en medio de las mayores dilaciones. Entretanto Don Alfonso, á nombre del Duque de Milán, les mandaba grandes remesas de dinero en pago de los gastos que hacían. Cuando la escuadra estuviese dispuesta debía esperar en Portovéneris, punto el mas apropósito para alentar las esperanzas de los magnates napolitanos del partido del Rey. Este confiaba en que á favor de las noticias que les llevarían los barones que tenían sus tierras por aquella frontera se enterarían los restantes de la ruptura de las hostilidades, y entrarían en campaña. Estando así las cosas, el Rey recibió su libertad y acompañado de Nicolás Piccinino y de otros capitanes que mandaban muchas tropas, pasando por el estado de Placencia y Parma, se dirigió á Pontremulo, que está al pie del Apenino, de allí bajó á la Spezia y por mar se fué á Portoveneris base de sus futuras operacioues ([1]). La generosidad del Duque fué muy aplaudida y admirada por príncipes y pueblos y celebrada por todos los escritores de aquella época. Los genoveses empero no comparecían con la

(1) Lecoy apoyándose en un documento de los archivos de Florencia (*Lettere della Signoria*, filza XXXV f° 37) dice que el rey ancló en Puerto-Pisano el día 25 de Febrero de 1436 y que allí, esperando hallar un nuevo aliado en la república de Florencia, hubo de detenerse para sondear las disposiciones de dicho Estado; que Angelo Acciajuolo y Pedro Guicciardini, enviados á su encuentro por los florentinos, le advirtieron de que la república no intervendría en los asuntos de Nápoles, según había hecho en las guerras precedentes entre los duques de Anjou y los príncipes de Durazzo; que el Reino pertenecía en feudo á la Iglesia y que ella entendía guardar á ésta la más completa fidelidad.



escuadra, ni ponían en libertad á los prisioneros, desoyendo en todo los mandatos del Duque de Milán. Y era que cada dia estaban más resentidos y enojados de sus indignidades é infamias. Ninguna mella les hacía la mentira de que había dado libertad al Rey á condición de que éste les cedería la Cerdeña: los genoveses no lo creían y aun se exasperaban más ante tanta doblez y fingimiento. Recelando Felipe María que algo tramaban en su daño, á pretexto de preparar guarniciones para Cerdeña, no dejaba de acumular tropas en el territorio de la Señoría y especialmente en las plazas y castillos. Una nueva injuria fué como la última gota que hizo rebosar el vaso de los sufrimientos de aquel pueblo.

Acababa de llegar á Génova una embajada de los gaetanos á dar las gracias á los magistrados por los últimos beneficios recibidos de los genoveses, alabando extraordinariamente el valor, la virtud y las especiales dotes de mando de su caudillo Francisco Spinola. En prenda de su agradecimiento dijeron que mientras no se supiera quien era el verdadero dueño del Reino, querían estar bajo la fé y señoría de la República, á la que pidieron que todos los años mandase á Gaeta un podestá ó gobernador. Los genoveses alabaron mucho el agradecimiento y la buena voluntad de los gaetanos, pero en cuanto á lo de mandarles un gobernador no quisieron decidir cosa alguna hasta saber la voluntad de Felipe María. Enterado éste de lo que mediaba, se encolerizó de tal modo, que mandó que los enviados de los gaetanos pasasen á Milán á darle cuenta de todo, y en cuanto les tuvo allí, rompiendo las leyes del derecho de gentes, les puso presos, tras de haberles sonrojado con muy villanas palabras.

Foglietta refiere que al decirles cómo habian sido osados á anteponer los genoveses á él, uno de los emisarios respondió con ánimo muy sencillo: que habian experimentado simultáneamente á los gobernantes mandados por entrambos y que habían visto la soberbia y la avaricia de los de Milán y la justicia y la continencia de los de Génova. El Duque trató en vano de inducirles á que se separasen de la fidelidad que tenían á la casa de Anjou, recomendándoles que abrazasen la causa del Rey y con un acto de arrepentimiento procuraran volver á su gracia.



A los pocos días llegaba á Génova procedente de Lombardía, siempre con el pretexto de la Cerdeña. un nuevo cuerpo de ejército de dos mil hombres.

La medida del sufrimiento había sido colmada y había llegado ya la hora de que los genoveses jugaran el todo por el todo.

Acordaron declararse en rebelión y señalaron para dar el golpe la víspera de Navidad. Francisco Spinola y Tomás Fregoso habían de ser el alma de la conjura. Mandaba en la ciudad un gobernador llamado Obizino Alciati y en aquel dia debía ser relevado por otro nuevo llamado Erasmo Trivulzio. Fué el saliente á recibir al entrante y en cuanto los dos hubieron hecho su ingreso en la ciudad, los conjurados atacaron á los de la guardia de la puerta de Santo Tomás y se apoderaron de ella. Spinola salió entonces de su casa acompañado de sus parientes, deudos y amigos todos armados convenientemente, y al grito de libertad en que prorumpieron, los genoveses se echaron á la calle, vencieron á las gentes del Duque y se hicieron dueños de todo. Trivulzio tuvo tiempo de encerrarse en la fortaleza, pero Obizino, menos afortunado que él, fué muerto en el centro de las cuatro calles que hay cerca de San Siro y su cadáver quedó abandonado por algunas horas delante de dicho templo. Esta fácil victoria, pues parece que solo hubo otros dos muertos, devolvió á Génova su independencia y su libertad y el gobernador del Duque fué sustituido por un consejo compuesto de los siguientes ciudadanos: Mateo Lomellino, Pedro Bondenaro, Francisco Spinola, Andrés d' Oria. Nicolás Giustiniani. Pedro della Caffina, Andrés Marini y Juan Navoni.

No fueron estos los únicos sucesos notables que acaecieron á fines del año 1435. Algo debemos decir de Nápoles y de la Duquesa de Anjou; así como también del efecto que las cosas de Italia causaron en nuestra patria.

Triste era ciertamente que los dos príncipes que se disputaban uno de los más hermosos reinos de la tierra, estuvieran en lo mejor de sus contiendas presos en distintos puntos y por diversos motivos. Conocida la historia de la desgracia de Don Alfonso, digamos algo de la de su competidor Renato. Para ello



consultaremos de nuevo á Papon y á su *Historia de la Provenza.*

Renato era, antes de la muerte de Luis, Duque de Bar y de Lorena. Tenía el primero de estos dos títulos por cesión que le había hecho del Ducado, en 13 Agosto de 1419, su tío el Cardenal Luis, hermano de la Reina de Aragón Doña Violante, esposa de Don Juan I, y madre de otra Doña Violante, casada con Luis II de Anjou, rey de Nápoles, y madre de Luis III y de Renato. Dicho cardenal lo había heredado de su hermano Eduardo III muerto en la batalla de Azincourt. El segundo de los títulos citados ó sea el Ducado de Lorena lo tenía por su mujer, hija mayor de Carlos II. Antonio Conde de Vandemont, sobrino de Carlos, pretendía que esta provincia debía corresponderle como feudo masculino, por lo cual tomó las armas y se alió con Felipe el Bueno Duque de Borgoña y atacó á su rival en Bullegneville el 2 de Julio de 1431. Renato fué batido y hecho prisionero y encerrado en el castillo de Bracon sur Salins y luego en el de Dijon. Entonces un hermano suyo llamado Carlos, Conde de Mayne, invadió el Ducado de Anjou, prevaliéndose de la triste suerte de su lejítimo poseedor y lo usurpó descaradamente. Movido á compasión el Rey Carlos de Francia, medió con el Duque de Borgoña para que Renato fuese puesto en libertad y pudiese acudir á la defensa de su estado. El Borgoñón accedió, mediante el dar Renato palabra y fianza de comparecer en el momento en que fuese llamado. Ya hacía algún tiempo que disfrutaba de dicha gracia, cuando murieron Luis de Anjou y la Reina Doña Juana. Entonces el Duque de Borgoña quiso congraciarse con Don Alfonso impidiendo que su competidor pudiese acudir al llamamiento de los anjevinos de Nápoles, á cuyo efecto le requirió para que guardando la fé jurada volviese á darse prisionero. Los consejeros de Renato, le decían que no obedeciese, porque siendo él Rey, y por tanto de mayor dignidad que el Duque, no debia guardarle la palabra: pero cumpliendo como leal y buen caballero, se presentó cerca de Dijon y allí se entregó y estuvo luego tres años preso.

En dicha ciudad le vió Pedro Cándido Decembrio, agente del Duque de Milán, el cual escribía á su señor estas sentidas

palabras: " *e si lo ritrovai in una camera molto guardato e destreto, e con la barba grande, el quale in presentia d' ogni persona quasi lacrimando mi disse queste parole: " Te prego mi voglie racomandare al signore mio cusino, e digli che ho grande desiderio di vederlo.* " *ne altro disse, e de subito el cancellero de Borgogna me reduce seco fora.* "

En medio de su cautiverio Renato estaba en plática de liga con el susodicho Duque y le hacía asegurar por Decembrio que " *sará sempre suo bon figliolo e amico é potrá disponere de le cose del reame e cossi de Veneciani e Firentini como lui propio* (1).

De la relación de que tomamos estas noticias resulta también que el Duque de Bar no esperaba pronto su liberación, porque el de Borgoña le pedia por su rescate tres millones de ducados, que luego redujo á dos, perseverando en aquella sazón, en uno. Renato no podía pagar tan fuerte suma, en vista de lo cual se le pedía en hipoteca, nada menos que su ducado de Bar, cuya exigencia le parecía muy exagerada. Debió, pues, resignarse á no llegar pronto á un buen acuerdo, confiado en que, entretanto, se le mejorarían las condiciones. La razón de las grandes exigencias del Duque de Borgoña era la codicia de que se hallaba poseido de tener el ducado de Bar. " *Per questa casone,* (decía un emisario de Renato á Decembrio y este lo escribía al Duque de Milán, *el duca de Borgogna), lassato el parentato del re di Francia, si cerca el parentato del dito re Raynieri per havere el ducato de Barri. E quando pur sia deliverato d' averlo disse que stará prima in presone continuamente* " (2).

Al fin, después de tres años, Renato recobró la libertad mediante el rescate de doscientas mil doblas de oro, para cuyo pago no tuvo más remedio que empeñar su estado y hacer que sus amigos empeñasen sus respectivos bienes.

Tan largo cautiverio no fué parte para que abandonase sus pretensiones á la corona de Nápoles. Apremiado por los baro-

(1) Estas pláticas las tenía por medio de tres delegados suyos que se hallaban en Milán desde el mes de Junio: llamábanse Luis de Bouliers, Vital de Cabanís y Carlos de Castillon. Ya hemos dicho que pararon en la forma del tratado de 21 de Setiembre.

(2) *Documenti diplomatici tratti dagli archivj milanesi*, v. III, part. I, nº CXXXIX

nes adictos á su causa, para corresponder con ellos y obligarles, deliberó mandar á la Duquesa Isabel su esposa á dicho Reino. Dos palabras acerca de esta ilustre señora. Ya hemos dicho que era por derecho propio Duquesa de Lorena, como hija del Duque Carlos y de Margarita de Baviera, habiendo heredado el título paterno por muerte de sus hermanos. Se distinguía, según Zurita, por su gran valor, bondad y discreción en ganar las voluntades y, según Fazio, por su modestia, prudencia, gravedad y por un talento superior á su sexo.

La Duquesa salió de Marsella acompañada de su segundo hijo, que luego llamaron marqués de Ponte, y con una pequeña escuadra compuesta de cuatro buques, se dirigió por de pronto á Gaeta, que todavía estaba bajo el mando de Ottolin. Este que sabía que los anjevinos de la plaza eran sospechosos á Felipe María, consideró que la permanencia de la Duquesa en la ciudad solo era fuente de compromiso, por cuyo motivo le aconsejó que se dirigiera á Nápoles y aun le dió una escolta de sus tropas (1).

La ilustre señora llegó por fin á la capital el 18 del mes de Octubre. Lecoy en su *Le Roi René* traza un cuadro bastante animado del recibimiento que hizo la ciudad á tan esclarecida señora, y del cual tomaremos algunas noticias.

Después de una semana de espera en las puertas de la capital, la Duquesa entró triunfalmente en ella el día 25, recorrió á caballo los diversos sejos y fué conducida al castillo de Capuana. Un mes más tarde, según se desprende del acta que se levantó, recibió los juramentos oficiales de la nobleza y de los síndicos. Para ello levantóse un trono en el mismo patio del palacio. El día 27 de Noviembre tomó asiento en él y los Señores de los sejos de Capuana y de Nido, los magistrados y los Señores de los demás sejos fueron á hincar ante ella la rodilla. En el momento de jurar fidelidad surjió una contienda de prelación que estuvo á punto de originar serios conflictos.

(1) Algunos autores, como Calmet y Villeneuve de Bargemont, este último autor de una obra intitulada *Histoire de René d' Anjou*, París 1825, 1 vol. in 8.º, afirman que la Duquesa Isabel pretendió cambiar el gobernador de Gaeta instituido por el Duque de Milán ó sea el susodicho Ottolin y reemplazarle con otro más adicto á su persona. A esta determinación, que censuran, achacan los citados historiadores el enfriamiento de las relaciones entre la Duquesa y el Duque de Milán.



Doña Isabel se retiró un momento y á poco un prelado designado como mediador hizo ante la asamblea la declaración siguiente: "Vosotros, nobles de los sejos de Capuana y de Nido, y vosotros representantes de los sejos de la Montaña, del Puerto y de la Puerta Nueva y vosotros gente del pueblo, la reina quiere que vuestros privilegios, inmunidades y dignidades se conserven en la misma forma que en los tiempos pasados y que en el acto de prestar el juramento y el pleito homenaje guardeis el mismo orden y colocación que se observan en las sesiones del tribunal de los bayles ó alcaldes de San Pablo, en las cuales el sejo de Capuana ocupa el primer sitio." El amor propio de algunos quedó lastimado: los nobles de unos y otros sejos juraron obediencia á Isabel como lugarteniente de su esposo; pero reservándose la integridad de sus derechos y preeminencias. Este incidente hacía augurar no pocas dificultades: apesar de todo, la amabilidad y la discresión de la nueva soberana calmaron á los descontentos. Los señores y las ciudades de las cercanías de Nápoles se presentaron también á rendirle el homenage. Ramón Orsino Conde de Nola, el cual llevaba el título de virey, y de cuya fidelidad se dudaba, fué uno de los primeros á prestarle acatamiento. Al poco tiempo llegó á ser objeto de una tierna admiración de parte del pueblo, acostumbrado de ver el vicio y la frivolidad en el trono de su monarca. Parecía que el imperio de Renato iba asentándose sólidamente: pues la mayoría de los súbditos le reconocía sin ambajes (1).

Digamos ahora algo del eco que tuvieron en nuestra pátria la derrota de la escuadra y la prisión del Rey.

Mucho antes de que se despacharan desde el castillo de Milán las cartas para todas las ciudades y Grandes de estos reinos en las que Don Alfonso, según dice Zurita, consolaba á sus súbditos, ya habían sabido éstos la noticia de los desastres

1 En efecto, estudiando la redacción de los instrumentos públicos de aquella época, siempre se echa de ver la fórmula de *regnante Renato*. Desde el día 24 de Marzo de 1435 la realidad de su dominio queda testificada de esta manera. Al contrario el nombre de Don Alfonso figura apenas en algunas escrituras redactadas lejos de la residencia del gobierno. En las provincias, ciertos notarios consideraban el trono vacante; otros siguen contando los años del reinado de Doña Juana, como si ésta no hubiese pasado á mejor vida: otros solo hacen mención de la autoridad del papa, señor directo del reino, ó del consejo de regencia.



á poco de haber sucedido. Para seguir paso á paso la sucesiva llegada de tales nuevas á Cataluña hemos recurrido al archivo de una de sus ciudades de voto en córtes, Gerona; habiendo encontrado que la primera carta que en ella se recibió fué una del infante Don Pedro, fechada en Palermo el 16 de Agosto. que á continuación insertamos.

" Als feels del senyor Rey nostres..... jurats prohomens de la ciutat de Girona.

Linfant don pedre darago e de sicilia, prohomens: per lo cas fortunalment succehit de la preso principalment del senyor Rey é del rey de nauarra e infant Don Enrich senyors e frares nostres molt cars e molt amats, van aquí informats largament de nostra intensio los nobles e amats nostres don Johan ferrandez dixar e en pere de sencliment mestre racional de la cort del dit senyor, pregant e encarregantvos per ço e requirint vos streetament per lo deute de fidelitat a que sots tenguts al dit senyor, que donant plena fe e creença ales paraules que los sobredits o qualseuol dells vos diran o scriuran de part nostra sobre les dites coses vullats aquelles complir, segons de vos fermament se confia. Dada en Palerm á XVI dies dagost del any Mil CCCC XXXV. Infans Petrus. " (1).

Como se ve por el contenido de esta carta los Jurados de esta fiel ciudad debían ser informados verbalmente de lo acontecido, probablemente porque así podría mantenerse para algún tiempo secreta la noticia de la catástrofe; pero á poco se recibieron detalles por otros conductos, siendo uno de ellos los Jurados de Barcelona que con fecha de 29 del mismo mes escribieron la carta que á continuación transcribimos.

" Als molt honorables e molt sauis senyors los Jurats de la ciutat de Girona.

Molt honorables e molt sauis senyors: no es per estimar la greu dolor de la qual nosaltres e tota aquesta ciutat som detenguts per la sobrescruel e molt dolorosa noua á nosaltres preuenguda de nostron Rey e senyor, la qual es aquesta, ço es que lo stol dels genovesos venint subvenir a Gayeta, lo hostol del senyor Rey li es exit é deuant ponça son venguts abetalla. e

(1) Colección de cartas reales. Archivo municipal de Gerona.



los genoueses han vençut lo senyor Rey, lo qual es pres ab lo Rey de Nauarra, e ab lo infant Don Enrich e ab molts nobles barons e grans homens del Reyalme e molts de la nostra gent e molts qui hi son morts, es campat lo senyor infant Don Pedro ab alsguns. Perque senyors molt honorables e molt sauis certifficam vos del dit cas desestrat affi que vosaltres e nosaltres e tota la terra entengan prestament en les prouisions necessaries en les quals tota cuita es triga. E tengeus lo sant sperit en sa guarda. Scrita en Barchna á xxviij de Agost del any M.CCCCXXXV = Los Consellers de Barchna á vostre honor aperellats. „ (1).

Pero por donde supieron más pormenores fué por conducto de la ciudad de Perpiñán, que recibió una extensa carta de Florencia y cuyos Jurados tuvieron la bondad de remitir una cópia á los de Gerona. Por desgracia este último documento se ha perdido, no así la carta de remisión que díce textualmente:

" Als molt honorables e molt sauis senyor los jurats de la ciutat de Girona.

Molt honorables e molt sauis senyors, sus ara en torn hora de myg jorn hauem resebuda vna trista e dolorosa letra de miçer bernat de pau escrita en florensa á xviij de agost, trellat de la qual bos trametem perque veiats lo contengut en aquella qui es de sobirana admiracio é quasi incresible, placia a Deu que nons haja tant aficats que tal cosa deja ser vera, maiorment en tanta superfluytat de tants dampnatges, apresent torbarts de tant gran desastre, e quasi fets fora de enteniment no sabem que mes escriure per avant e tantost sara mester proueyr, placia á Deu nos aconsell tots. Esía senyors molt honorables la santa trinitat protecio e garda vostra. Res cuint (?) nos totes coses que per vostra honor puxam fer. Scrita a perpinya a trenta de agost del any M.CCCC trenta e sinch.=Los consols de perpinya aperellats a vostra honor, (rebuda a dimecres a viiij hores ans de mitg jorn á xxxj dagost del any M.CCCCXXXV.) „ (2).

Por fin con fecha de 25 de Octubre se halla la carta real á que se refiere Zurita y en la cual el Rey da parte de hallarse

(1) Manual de acuerdos de 1434 á 35. fol. 77. Archivo municipal de Gerona.
(2) Archivo municipal de Gerona. Loc. cit.



en buena salud y de ser tratado honoríficamente por el Duque de Milán y anunciando la libertad del Rey de Navarra que debía partir á los dos ó tres días. notificando igualmente que se estaba en tratos para obtener su liberación y la del Infante Don Enrique y demás familiares. servidores y súbditos presos, y cuyo Rey llevaba encargo de enterar á las ciudades de los planes de Don Alfonso. También copiamos á continuación este notable documento.

" ..... los consellers..... de Girona.

" Lo Rey.

Prohomens. perque som certs que en aquets passats dies haurets soffert gran dolor e sobiran desplaer de nostre sinistre e infortunat cas lo qual tant mes creem esser se axi enseguit per algun diuinal misteri e sens consideracio de algun altre defecte o virtut que en lo dit cas occorregues de qualsevol parts. quant mes á juhi huma era vist esser quasi impossible que axís ocorrogues. de present per alguna nostra consolacio e remey, vos notificam que nos e lo illustre Rey de Nauarra e inclit infant Don Enrich nostres molt cars e molt amats frares som ben sans per merce de nostre senyor Deus, e molt be e honoríficament tractats fins á la jornada present per lo Duch de Mila, que libertat en fora, apenes seria stat creedor. la qual dita libertad per gracia de Deus e voluntat del dit Duch lo dit Rey de Nauarra ha obtenguda e de fet deu partir dins dos ó tres jorns per anar en aquexes parts; de la deliberacio empero nostra e del dit infant e per semblant dels altres presos familiars servidors e subdits nostres concorren alguns tractes segons pus largament specifica porets saber per lo dit Rey de Nauarra lo qual sen ira particularment informat de tots los affers e de nostra intencio e parer sobre aquells. Dada en lo Castell de Portajouis de Mila a V de Octubre del any Mil CCCCXXXV. = Rex Alfonsus. " (1).

No hay para qué decir cuán grande fué el sentimiento de todo el país y el desconsuelo de la familia real. madre. muger y hermanas del Rey. sucumbiendo la primera á los pocos días de haber recibido la noticia. Pero con el carácter práctico y

(1) Colección de cartas reales. Archivo municipal de Gerona.

resuelto que ha sido en todo tiempo el distintivo de los habitantes de estos reinos, pusiéronse sin pérdida de tiempo á deliberar lo que se podría hacer para sacar al Rey del peligro, así como para la defensa de Sicilia y Cerdeña y aun de las mismas costas de Cataluña y Valencia. La Reina como Lugarteniente general se trasladó acto contínuo á Zaragoza, no teniendo ninguna hostilidad por parte de Castilla, nó por falta de malquerencia, sino por la de medios de hacer la guerra, pues secretamente el Rey de Castilla y su Condestable eran tan enemigos nuestros como lo habían sido la Reina de Nápoles y el Senescal Juan Caracciolo, no sólo por el ódio que profesaban á los Infantes de Aragón, sino tambièn por las secretas inteligencias que tenían con nuestros enemigos de Italia. Llamados á Zaragoza algunos grandes de Aragón, de Valencia y de Cataluña aconsejaron á la Reina que convocase córtes generales de todos los reinos de tierra firme y de Mallorca en la villa de Monzon, pasando por encima del impedimento legal de hacerlo la Lugarteniente, puesto que por fuero sólo podía hacerlo el mismo Rey. Lo grave y urgente del caso autorizaba evidentemente el contra-fuero. Llamáronse, pues, los estados por carta circular de Doña María fechada el dia 15 del mes de Octubre para la reunión de córtes generales dentro el plazo de un mes en la citada villa.

En dicho documento, que también hemos podido leer original en el Archivo de Gerona, Doña María se lamenta de lo acaecido á la persona del Rey, manifestando que conviene proveer á los peligros de las guerras con celeridad por parte de todos.

Esta medida fué tanto más bien aceptada cuanto que las Universidades, que también habían mandado delegados á Zaragoza la deseaban unánimemente. Los señores Coroleu y Pella en sus Córtes catalanas escriben, apoyándose en una de las *Cartas Comunals originals de 1435* del Archivo municipal de Barcelona, lo siguiente acerca de dicha intervención de las Universidades.

“No bien llegó por las naves de Levante la noticia de la catástrofe, agitáronse los ánimos, pidieron todos que se adoptasen prontas y eficaces medidas y las Universidades enviaron



inmediatamente delegados á Zaragoza, en donde, habido pleno consejo, se determinó á sus ruegos la convocación de dichas cortes, el dia 12 de Octubre, expidiéndose tres dias después el decreto para el 15 del mes siguiente. „

Entre tanto la Reina fué á verse con su hermano el Rey de Castilla en la ciudad de Soria y á pedirle una próroga de la tregua que se acababa en 1.º de Noviembre. Doña María fué muy bien recibida; las vistas duraron nueve dias y al cabo se prorogó dicha tregua por cinco meses, además de los tres que el Rey de Castilla otorgó en Segovia. La Reina partió de Soria el dia 19 de Noviembre, por lo cual las córtes que estaban citadas para el 15 no pudieron inaugurarse hasta el 25.

A todo esto ya se había recibido la noticia de la libertad del Rey y de sus hermanos, por lo cual, según los mismos señores Coroleu y Pella, varias Universidades de Cataluña enviaron comisiones á Barcelona para saber si debían hacerse las elecciones de síndicos, á pesar de haber cesado la causa principal de la convocatoria; deduciéndose que la contestación debió ser afirmativa, pues no por esto dejó de reunirse la legislatura.

Veamos ahora lo que aconteció en ella.

Asistieron el dia señalado en Monzon Jofre de Ortigas y Hernan Diaz de Aux, Lugartenientes de Canciller de la Reina y regentes de Cancillería del Rey para prorogar, como era costumbre, las Cortes, y en presencia de Alonso de Mur, Lugarteniente de Martín Díaz de Aux, Justicia de Aragón, se hizo la prorogación aludida. Hubo sin embargo varias protestas sobre la continuación de Córtes convocadas por la Reina: protestóse con la solemnidad acostumbrada en nombre de Fray Romeo de Corbera Maestre de Montesa, á fin de que aquella infracción no resultase en perjuicio de las libertades del reino de Valencia; protestaron de igual modo las ciudades de Barcelona y Lérida y algunas ciudades y villas de Valencia. Sin embargo, el dia 25 de Diciembre á las cinco de la tarde se celebró la sesión régia en la iglesia de San Juan de Monzon.

He aquí en qué términos da cuenta de ella la correspondencia de uno de los diputados de Barcelona. “ La Señora Reina precedida de una comitiva de pages con hachas encendidas,



entró en la iglesia de San Juan de Monzon, tomando asiento en el sólio presidencial, hallándose á la derecha de éste los Prelados y Nobles de Aragón y Valencia, á la izquierda los de Cataluña y Mallorca, en frente los síndicos de las ciudades y villas y al pie del trono los Consejeros de la Corona y el Justicia de Aragón. „

Doña María pronunció una notable proposición, explicando las razones que la habían movido á reunir las Córtes de toda la confederación, y como la asamblea era muy numerosa y podía haber algunos que no la hubiesen oido, mandó á su Protonotario Ramón Batlle, que leyese en alta voz el discurso. Este notable documento estaba escrito en catalán. Su contenido, escribe Bofarull, decía en sustancia que se habían convocado aquellas Córtes para conseguir la total libertad del Rey, pues aunque luego se supo que ya la había conseguido, continuando en Milán y pudiendo sobrevenir grandes peligros, apelaba al amor y naturaleza de los súbditos de estos reinos para que, con su innata fidelidad, hiciesen cuanto fuese posible para evitar aquellos de la manera que siempre habían acostumbrado. Contestaron á la Reina en nombre del reino de Aragón, Don Sancho de Moriello, Abad de Montearagon; en nombre del principado de Cataluña, Don Simón Salvador, Obispo de Barcelona; y en nombre del reino de Valencia, Don Francés Gilabert de Centellas. El primero presentó un escrito en aragonés declarando que los estados consentían en que la Reina, por aquella vez, pudiese celebrar Córtes, pues no podía olvidarse que en los años de 1365 y 1370 se habían convocado Córtes por el Rey Don Pedro IV, y por haber asistido en su ausencia, á las primeras, el infante Don Juan su hijo primogénito, y á las segundas, su sobrino Don Pedro Conde de Urgel, se protestó que no eran Córtes sin su presencia y no se pasó adelante; pero teniendo en cuenta que el Rey, por exaltación de su corona hacía tanto tiempo que estaba ausente de sus reinos y se hallaba en aquella sazón en el Ducado de Milán cerca de sus enemigos y había corrido grandes peligros y no tenía sucesor, por el gran amor que le profesaban, se allanaban á llamamiento de las Córtes para tratar de la deliberación de S. M. y de la defensa del reino. Los otros dos representan-



tes no hicieron más que conformarse con lo que el aragonés expuso.

Hubo, como en casi todas las legislaturas, sus imprescindibles cuestiones de etiqueta, que versaron esta vez sobre si los catalanes hablaban ó callaban; sobre el lugar que correspondía á los consejeros de la Corona, sobre si los escribanos del Brazo Real debían ser de Lérida ó de Barcelona. Así llegaron hasta el primer tercio de el año de 1436. El día treinta y uno de Marzo del mismo, la Reina les dirigió un largo razonamiento censurando el modo de perder el tiempo y pidiendo que se armaran seis naves y trescientos hombres que su esposo necesitaba en Italia. Ofrecióse el Principado á facilitar dicha expedición, con la protesta del Brazo Militar de no estar obligado á servir allende los mares, presentando empero cédula de enviar una embajada y de dar cien mil florines para los gastos de la escuadra y nombrando á los comisionados que debían entender en tan importante asunto, los cuales fueron, según Bofarull, el Obispo de Barcelona, el Abad de Arolas, (¿de Arles?) Francisco dez Pla, Juan Roger de Erill, Berenguer de Montbuy, Bertrán de Vilafranca, Juan Lull, Narciso Miquel y Pedro Castelló.

En la misma sesión de las Córtes se nombró Almirante de la armada á Bernardo Juan de Cabrera, Conde de Módica, y señalando Córtes particulares á los aragoneses para Alcañiz, levantóse de su sólio la Reina, dirigiéndose á sus habitaciones, con lo que se licenciaron las Córtes generales.







CAPÍTULO XXVIII

SUMARIO

1435-36. Operaciones militares. — Sitio de Capua por Caldora. — Traición de Pontadera y levantamiento del cerco. — Actividad del Rey y de sus adictos. — El infante D. Pedro se apodera de Gaeta. — Nueva Liga intentada por los Genoveses. — Libertad de los prisioneros mediante rescate. — Va el Rey á Gaeta. Tratos y negociaciones para seguir la conquista del Reino. — Memorial á Gaçull. — Embajadas, de Antonio Panormita. — El Conde de Nola. — Actitud de los catalanes. — Empieza el Rey personalmente las operaciones con la toma de Nola y otras plazas importantes. — Proposiciones del Rey á Sangro y Campobasso. — Enojo de Eugenio IV. — Caldora en la Pulla. — Salerno se entrega al Rey. — Este reitera sus intancias cerca del Papa. — Instrucciones á Fray Bernardo de Serra y Juan García. — Tirantez de relaciones.

Tócanos en este capítulo dar cuenta de las operaciones militares referentes á nuestra causa, que tuvieron lugar en Italia á últimos del año 1435 y durante todo el de 1436.

Asentada definitiva y sólidamente en el trono de Nápoles la Duquesa Isabel de Anjou, por reconocimiento de casi todos los Barones que moraban en la capital y especialmente por el Virey y Lugarteniente general Ramón Orsini, Conde de Nola, y por no pocos de los Señores y ciudades de aquel reino, se pensó en abrir una vigorosa campaña empezando por el cerco de Cápua que ya había iniciado Jacobo Caldora antes de la llegada de la Duquesa y para cuyos pormenores tendremos que acudir, como tantas otras veces, al imprescindible Fazio.

Dirigíase aquel caudillo, que había sido investido con el cargo de Gefe superior ó de Capitán general, á marchas for-



zadas hácia Gaeta, para derrotar á las tropas de Don Alfonso y facilitar el acceso de la escuadra enemiga, cuando, no léjos del río Garigliano, supo la noticia del combate naval y de la derrota del Rey, así como la de la toma del campamento aragonés y de la dispersión del ejército que lo guardaba. Apresuró entonces aun más el paso llegando á tiempo de desbaratar los restos de las tropas sitiadoras y de hacerles no pocos prisioneros. Después de esto se entró por las tierras del Duque de Sessa, tomándole muchas villas y castillos. También hubiera tomado la capital del Ducado, cuyos habitantes estaban consternados con la desgracia de su Señor, sino hubiera desistido del sitio que había empezado á ponerle. de cuyo desestimiento fué causa el haber enarbolado aquéllos las banderas milanesas. Pero más que todas estas operaciones, para él de segundo orden, le tentaba el afán de tomar á Cápua. Abandonando, pues, dicho Ducado, que después de todo dependía de Gaeta en la que ya sólo imperaba el Duque de Milán, se dirigió á Cápua y puso su campo á quinientos pasos de dicha ciudad sobre la orilla izquierda del Volturno. Después de esto construyó un puente de barcas sobre aquel río, eligiendo uno de los puntos en que tenía menor anchura y cubrió el entarimado con una capa de tierra á fin de que al pasar los caballos no se asombrasen con el ruido de sus propias pisadas. Luego nombró una fuerza destinada á su custodia y cuando lo tuvo ya todo en regla, mandó á Micheleto de Cotignola y á Antonio de Pontadera, que con él se habían reunido, que pasasen al otro lado del rio con algunos ginetes de la nobleza napolitana y levantasen un nuevo campamento á una milla de la ciudad; y así, dominando en ambas riberas, pudo estrechar con más eficacia el asedio de la plaza. Apercibido de todas estas operaciones el Conde Juan de Vintimiglia que gobernaba en ella, armó toda la gente útil para resistir cuanto le fuese dable, absteniéndose, empero, de empeñar ningún choque á causa de las pocas fuerzas de que disponía; pues no ignoraba que había en Cápua una parcialidad enemiga del Rey, que deseosa de novedades, no veía con malos ojos el rumbo que habían tomado las cosas. Caldora atendía antes que todo á la defensa del puente. á fin de que los que se hallaban de la otra parte del



río pudieran retirar con facilidad en el caso de ser acosados por alguna fuerza enemiga, y á fin también de que se prestasen mútuo apoyo las tropas de entrambos campamentos. No obstante, no dejaba de haber algunas escaramuzas de cuando en cuando entre sitiadores y sitiados. Uno de los que defendian con más celo la causa de Don Alfonso, era Nicolás Datia ó d'Azzia Campano, hombre activo y valiente y de gran prestigio entre sus paisanos.

En este estado de cosas llegó la Duquesa de Anjou á la capital del reino, conforme dejamos narrado. Enterada del sitio de Cápua y de que no había probabilidades de ganarla pronto, pidió parecer á los que la rodeaban, los cuales le aconsejaron que saliese ella misma para el teatro de la guerra. Confiaban éstos en que la presencia de Doña Isabel reanimaría el espíritu de los sitiadores y que quizás provocaría algún levantamiento en su favor de parte de los sitiados; así fué que animándose dicha señora, salió á campaña con todas las fuerzas disponibles de lo que hoy llamaríamos milicia nacional ó urbana de Nápoles, y tomando la vía de Cápua, se constituyó á unas seis millas de ella [1]. Sabido esto por Juan de Veintimiglia, com-

1 Para que Doña Isabel pudiese tomar parte en la campaña que nos ocupa fué menester que se impusiese grandes sacrificios, dado que el tesoro de Nápoles se hallaba exhausto y que el Duque de Anjou luchaba con las mayores estrecheces pecuniarias. Los historiadores de allende el Pirineo nos han conservado la memoria de las disposiciones tomadas por dicha señora, las cuales muestran que era una excelente arbitri-ta. En primer lugar comisionó á los del consejo de Provenza obispo de Fréjus, Guillermo Saignet, señor de Vancluse, Antonio Hermentier, señor de Orgon, Juan Martin, abogado fiscal, Carlos de Castillon, y Juan Orriet para que vendiesen ó empeñasen temporalmente los dominios de dicho país, lo mismo que las gabelas y otros derechos señoriales hasta reunir las sumas necesarias, sin fijar límite. También diputó á Francia á Guillermo Briart su maestro racional, para que realizase todos los recursos que le fuese posible hallar. Á poco uno de sus tesoreros, Juan Boujn, arcediano de Montfort, que la había acompañado á Italia, recibió de ella una misión análoga. En ausencia de estos dos funcionarios, administró la hacienda Conrado Paspargnet, cuyas cuentas, que se conservan en la biblioteca nacional de París, demuestran los agobios de aquella desventurada princesa: su vajilla de plata, batería de cocina, joyas y hasta trajes, todo debió empeñarse ó venderse.

Hay que confesar que Doña Isabel estuvo en todo á la altura de su dificilísima misión, pues mientras no reparaba en sacrificios dolorosos, se distinguía también por su actividad, siguiendo una extensa correspondencia con sus parientes de Francia y de Alemania y dando menuda cuenta á su esposo de todo lo que acontecía, para lo cual se valía de mensageros secretos para que sus despachos no cayesen en manos del Rey. De igual modo atendía al gobierno de sus estados de Francia, y entre varias disposiciones que dictó, debemos registrar el nombramiento de un lugarteniente general militar, para proteger contra los catalanes el territorio provenzal, en ausencia de su marido y de su hijo.

Vid. Lecoy. *Le Roi René*. Cap. III.



prendió que debía esforzarse en la defensa y rogando á unos, amenazando á otros y ofreciendo recompensas á los que mejor cumpliesen, burló las esperanzas del enemigo, logrando que toda la gente útil de la ciudad, de buen grado ó por fuerza, hiciese servicio con la puntualidad y el celo que lo grave del caso requería. Al cabo la Duquesa no tuvo más remedio que regresar á Nápoles dejando á las órdenes de Jacobo Caldora las fuerzas que la habían escoltado. No por esto quedaban libres los de la plaza de Cápua, que por otra parte veían agotarse las subsistencias, máxime habiéndose encerrado en ella un número tan grande de combatientes. Ya hemos dicho que entre los caudillos del ejército sitiador figuraba Antonio de Pontadera, el cual era hombre de entendimiento claro y de muy probada audacia. No ignora el lector que los cambios de frente, las deserciones y la traición eran moneda corriente entre los *condottieri* de aquella época. Nadie extrañará, pues, que á Juan de Veintimiglia se le ocurriera sobornar á aquel caudillo. A este efecto mandóle ocultamente emisarios astutos con el encargo de hacerle grandes promesas si desertaba de su causa; esperando, que en caso de conseguirlo, sería parte dicha deserción para desanimar al ejército enemigo. Algo debió sospechar Jacobo Caldora, puesto que le mandó que abandonase el campamento del lado derecho del río y se pasase al opuesto con el fin de vigilarle más de cerca, y como le hiciera algún cargo, el acusado contestó negándolo todo. No faltaron quienes aconsejaban á Caldora que le prendiese y le quitase la vida, empero éste, bien por que temiese se armara algún motín en el campamento, bien por que no se ofendiera Micheletto, del cual Pontadera era muy antiguo amigo y compañero de armas, bien porque estuviese persuadido de su inocencia, le dejó volverse sano y salvo. Por este tiempo los sitiados probaron de emplear el mismo recurso que los habitantes de Sessa y enarbolaron en el muro el estandarte de Felipe María, creyendo verse de este modo libres del ejército sitiador; pero fué en vano; éste no se dió por entendido y continuó estrechándoles de día en día. Pontadera de regreso á su campamento reanudó las negociaciones con los emisarios de Veintimiglia, estipulando con ellos que desertaría con todas sus tropas si se le entregaba la suma

de tres mil florines. Entendidas estas maquinaciones por los napolitanos que se hallaban á sus órdenes y temerosos de caer prisioneros, si los sitiados hacían alguna salida en connivencia con el traidor, pasaron el puente y se refugiaron entre las tropas de Caldora. Este no dudaba ya de la traición, también descubierta por Micheletto Cotignola; el cual, no queriendo estar á merced del enemigo, hizo como los napolitanos, y abandonando á su compañero de armas fué á reunirse igualmente con el cuartel general. Caldora viendo así desmembradas sus fuerzas, comprendió que no podía continuar el asedio, y antes de sufrir un descalabro, lo levantó y se marchó. La dirección tomada por dicho caudillo y por Cotignola con sus respectivas compañías de armas fué la de la Calabria y de los Abruzos, pues Caldora tenía el designio de escarmentar á los Barones del partido de D. Alfonso, y principalmente á los condes de Sora y Loreto que devastaban las tierras y lugares de su propio señorío. Entróse por vía de represalias en las posesiones de sus enemigos y llevándose hombres y ganados, sembró por ellas un verdadero terror. Cotignola, obrando luego por su cuenta libertó á los cosentinos de las hostilidades de los Barones colindantes suyos, pertenecientes al partido del Rey, y después de haber dado á estos una lección severa, consiguió volverles á la obediencia de la Duquesa.

Pontadera, por su parte, recibida la cantidad estipulada, abandonó las cercanías de Cápua y se fué á las fronteras del reino á mover guerra en los estados del Papa. Veamos ahora las operaciones de los del partido del Rey. Mientras las cortes de los estados sólo pensaban en la defensiva, arbitrando medios de poner á cubierto de un golpe de mano las costas de Cataluña, de Valencia, de las Baleares y de las islas que teníamos en los mares de Italia, Don Alfonso superior á su pueblo, á lo menos en esta materia, era el único que no tanto se ocupaba en conservar como en aumentar, en la defensiva como en la ofensiva; y allá en las soledades del palacio de Milán ó en las playas de Portovéneris, recordando acaso el horóscopo de aquel su astrólogo de que había hablado á Caracciolo, vislumbraba día y noche la grandiosidad y belleza de la antigua Partenope y soñaba que la falúa real iba surcando mages-



tuosa las tranquilas aguas del golfo que reflejaban sumisas las rojas barras de nuestra hermosa bandera.

Algunos potentados de Italia adictos á nuestra causa tampoco sentían desfallecer su voluntad ni decrecer en nada sus bríos. Hay que citar en primer término al Príncipe de Tarento y al Duque de Sessa. El primero, recobrada su libertad, se apresuró á embarcarse para Sicilia y encontrando en Palermo al Infanse Don Pedro, le dió la noticia de la liberación del Rey, poniéndose luego de acuerdo para ir dicho Príncipe á mover la guerra en la Pulla, mientras que el Infante iría con cinco naves largas á Liguria, llevando además una de transporte cargada de provisiones para abastecer á Portovéneris. Don Pedro, favorecido por un viento próspero, levó anclas y fué en demanda de la isla de Ischía. Estando en alta mar cambió el viento, se levantó una gran tempestad y separó la nave gruesa de las galeras. Aquello que al parecer era un contratiempo dió los más favorables resultados. La nave gruesa llegó más pronto de lo regular á Portovéneris y las galeras en las cuales iba el Infante fueron arrojadas muy cerca de Gaeta. Algunos gaetanos partidarios de D. Alfonso, que se enteraron de ello, fueron á ver á Don Pedro, ofreciéndole la entrega de la plaza, cuyo servicio se hacía muy mal, siendo fácil el sorprenderla de noche. Hay que advertir que Ottolin había sido reemplazado en el gobierno de ella por Lanzilotto y que éste había muerto de la peste. El Infante aceptó el ofrecimiento y los gaetanos fueron á ponerse de acuerdo con sus amigos y á prepararse para dar el golpe de mano. Ocupada por ellos aquella parte de la ciudad en que era mayor el abandono, se hicieron dueños del muro, echaron escalas por las que subieron los marinos de la escuadra, y tomada entre todos la torre más inmediata, abrieron una puerta por la cual se introdujo en la plaza muchedumbre de los nuestros. Al enterarse los enemigos de lo ocurrido volaron á tomar las armas, pero en aquel mismo instante la escuadra había entrado en el puerto y no les quedó más remedio que desistir. Don Pedro en recompensa de no habérsele hostilizado, impidió toda estorsión dirigida á los moradores. Apoderado sólida y definitivamente de la ciudad, echó á la guarnición enemiga y puso en los fuertes y murallas



destacamentos y guardias de Aragón. Entonces se deliberó detenidamente sobre lo que debía practicarse respecto de la frustrada espedición á las costas de Liguria. Unos pensaban que el Infante se marchase, en atención á que la peste se estaba cebando en Gaeta, y otros eran de opinión que se debía anteponer el servicio del Rey á la salud de Don Pedro. Realmente había el peligro, si se ausentaba de la ciudad, de que, atendidas las discordias que dividían á sus moradores, no ocurriera alguna rebelión que volviera á ponerla bajo la obediencia de Renato. Teniendo esto último en cuenta, el Infante se quedó y Don Ramón de Perellós fué con las galeras al encuentro de Don Alfonso. Al cuarto día de haber zarpado de Gaeta anclaba en Portovéneris, pudiendo besar la mano del Rey que acababa de llegar libre de su cautiverio. Participóle la fausta nueva de haber tomado con la mayor facilidad aquella fortísima plaza que tantos trabajos había costado en días no muy lejanos y que había sido origen de tan terribles desastres. No hay para qué decir cuánto encendió la noticia el ardor bélico de todos, resolviendo Don Alfonso trasladarse á dicha ciudad sin que le arredrasen en nada los estragos de la epidemia reinante.

Suspendamos por breve espacio este relato para dar cuenta de algunos incidentes no destituidos de interés que en aquella misma sazón surgieron.

Acababa de verificarse la rebelión de los genoveses y la sangrienta ejecución de los representantes del Duque. La Señoría temerosa de él y de su nuevo aliado, se apresuró á concertar una liga en la que entraron Renato de Anjou, el Papa y la República de Venecia (1). Había secundado el levanta-

(1) Lecoy escribe una página interesante acerca de esta nueva liga. Los capitanes de las libertades de Génova, dice, que gobernaron la señoría antes de que Tomás de Campofregoso fuese elevado á la dignidad de dux, ya habían reanudado las negociaciones con Raymundo Caldora, uno de los gobernadores del reino, y habían pedido á la reina Isabel el envío de una embajada para concertarse con ella. Con el nuevo dux estas inteligencias tomaron inmediatamente un carácter más amistoso. El primer cuidado de Tomás á raiz de su elección fué escribir á Renato en Dijon y á su esposa en Nápoles. En una carta fechada el día 7 de Abril, les refiere los acontecimientos ocurridos y se pone á su disposición para todo lo que puedan necesitar de él. Al mes siguiente Isabel le mandó una embajada que formaban Enrique, bastardo de Bar, y Jorge de Alamagno, conde de Pulcino, con encargo de negociar un tratado en forma. Se le acogió perfectamente y el dux respondió desde luego que estaba decidido á intentar todo lo que estuviese en su



miento de la capital toda la costa de Levante y Poniente y sólo se tenían por el Duque el Castellazo y el Castellete de Génova, los fuertes de Savona, de Portofí y Monaco y el castillo de Sestri. Don Alfonso supo lo ocurrido por Bernaldo de Cervera y Andrés de Biure que se presentaron en Portovéneris á darle cuenta de todo y por un mensage del Duque de Milán en que le invitaba á socorrer sin pérdida de tiempo la guarnición de Savona. El Rey dió las disposiciones para que la escuadra se alistase á dicho objeto, pero los vientos contrarios le detuvieron por espacio de tres días. Entretanto las fortalezas de Savona tuvieron que rendirse, lo cual sabido por Felipe María fué causa de que mandase un emisario á Don Alfonso, dán-

mano en favor de su rey y que sus más ardientes deseos eran que el real prisionero recobrase su libertad. Acto continuo, y sin esperar la firma de la concordia oficial, empezó á ocuparse de la organización y del equipo de una escuadra.

Por su parte Eugenio IV, aunque al principio había dudado, deseoso de que el reino volviese á su directo señor ó sea á la santa Sede, y aun había designado á Juan Vitelleschо para empuñar las riendas del gobierno, al cabo, gracias á las gestiones de Doña Isabel y á los buenos oficios de Francia, concedió á Renato la investidura del Reino, prestando á nombre de éste el pleito homenage, el día 17 de Febrero de 1436, un caballero llamado Guy de Bossaye. La bula promulgada con esta ocasión es como una especie de confirmación de la otorgada en 1419 por Martín V en favor de Luis III.

He aquí sus principales cláusulas: El reino pertenecerá al titular investido, lo mismo que á sus descendientes ó colaterales del uno ó del otro sexo, por el orden que se determina, hasta la extinción de su posteridad. Si recae en una mujer cuyo marido sea católico, devoto de la Iglesia romana, ó perteneciente á la casa de Francia, esta mujer lo podrá heredar; en el caso contrario volverá al directo señor y será administrado provisionalmente por él. En el caso de que la heredera no estuviese casada, tomará esposo, con el consentimiento del papa, que sea capaz de gobernar el estado y de defender la Iglesia. No podrá heredar el trono el descendiente que hubiese nacido fuera de legítimo matrimonio. El reino no podrá ser dividido, ni reunido á los títulos de emperador, rey de Romanos, rey de Alemania (Theutonia), de señor de Lombardía ó de Toscana; el rey en quien recayere alguna de estas dignidades deberá optar por una de ellas y la reina que las adquiera por matrimonio perderá la corona de Sicilia. El rey pagará al papa, cada año, el día de San Pedro, un censo de ocho mil onzas de oro por todo tributo. Presentará á cada nuevo pontífice un palafren, en señal de vasallage. Si la Iglesia lo necesita, la servirá con trecientos caballeros (lanzas) teniendo cada uno de tres á cuatro caballos, durante tres meses cada año y á sus expensas, ó bien, si hubiere lugar, con un número de naves. Se prestará homenage por toda la Sicilia continental (citra Farum), excepto Benevento y su distrito, patrimonio cuya posesión se reserva la Santa Sede; sin embargo suministrará para reparar las fortificaciones de esta ciudad, madera, piedra y arena de la llamada puzzolana (arenam quae Puteolana vocatur) y garantizará á sus habitantes el ejercicio de sus privilegios. Si descubre tener pretensiones ó hace alguna tentativa de invasión en el territorio pontificio, que comprende, además de Benevento, la ciudad y campiña de Roma, el ducado de Spoleto la Marca de Ancona, el patrimonio de San Pedro en Toscana, las ciudades de Perusa, de Citta di Castello, de Bolonia, de Ferrara y de Aviñon, con el condado Venusino, primeramente será amonestado, después declarado depuesto y, si persistiese, excomulgado. Todos los barones y súbditos del reino conservaran las inmunidades y privilegios de que disfrutaban en tiempo de Guillermo II.

(Archivo de Génova, Cartas de los Dux X 110 f.º 37 y Archivo de las Bocas del Ródano B. 656 y Archivo nacional J. 513 n.º 39).



dole las gracias por su buena voluntad y manifestándole que podía partir de Portovéneris cuando lo tuviera por conveniente (1).

Digamos ahora de qué modo fueron puestos en libertad los Caballeros de nuestro bando que se hallaban presos en Génova.

Eran estos en número de ciento cuarenta y seis, y todos de categoría, y para soltarles se les exigió la entrega de setenta mil ducados. Con objeto de que se pudiera hacer entre ellos el reparto equitativo de dicha suma, la Señoría les dió órden de que eligiesen veinte personas de los varios estados, las cuales mediante juramento de proceder con justicia, se encargasen de aquella tarea; teniendo como es de suponer en cuenta la calidad y recursos de cada uno. Recayeron los nombramientos por Aragón en Don Lope Giménez de Urrea, en Don Fortunio de Heredia y en Don Juan de Moncayo, y de la propia suerte se nombraron otros por Cataluña, Valencia, Sicilia y Castilla. A Gutierre de Nava se le exigió un rescate superior y no proporcionado al de otros, mandándole pagar doce mil florines por los daños que había hecho á los genoveses en las guerras pasadas. Con ninguna nación usaron los genoveses de tanta generosidad como con los sicilianos, queriendo que les quedasen agradecidos en atención al mucho comercio que con ellos tenían. Sólo se hizo una escepción odiosa en contra de los tres hijos de Juan de Veintimiglia, Marqués de Girachi, que fueron detenidos mucho tiempo, teniendo al fin que mediar el Rey, agradecido á los grandes servicios que le había hecho el Conde, señaladamente en el sostenimiento del sitio de Cápua. Don Alfonso recompensó espléndidamente á todos los que por él habían sufrido colmándoles de beneficios y mercedes.

Después de arreglar desde Portovéneris algunos asuntos de sus reinos de España, como por ejemplo el nombrar Lugarteniente general al Rey de Navarra, por sí, en Aragón, Valencia y Mallorca, y en compañía de la Reina en Cataluña.

(1) Así lo refiere Zurita.
De algunos documentos que irá viendo el lector se desprende que el Duque de Milán, creyó, con razón ó sin ella, que el Rey no anduvo sobrado de buena voluntad en lo de acudir en ausilio de las fortalezas de Savona, por lo cual éste se vió obligado á darle muy amistosas escusas.



se trasladó desde Portovéneris á Gaeta en las galeras de Don Ramón de Perellós el día 2 de Febrero, y al llegar á dicha plaza mandó llamar á todos los Barones de su partido para concertar la próxima campaña. También tomó á sueldo á Minicuzzio Ugolin del Aquila con doscientas lanzas, hizo alguna escursión de Gaeta á Cápua, nombró capitán general á Francisco Picinino hijo de Nicolás y por el estilo fué poniendo en órden las demás cosas de la guerra.

Como Picinino no hubiese tenido jamás estandarte, suplicó al Rey que le diera el que tuviese por conveniente y éste, por honrarle, accedió á su demanda, mandando hacerle uno de la forma que lo acostumbraban tenerlo los generales en Italia y fué rojo, y en medio ostentaba la divisa de Don Fernando de Antequera, padre de Don Alfonso, consistente en una jarra de oro con los lirios y todo el campo del mismo estandarte lleno de aquellas flores, solamente con los pezones, y todos los lirios eran bordados en oro.

Favorable era el aspecto que iban tomando los asuntos, pues estando el Rey en Gaeta comenzó á tener inteligencia con los de Aversa y Acerra, con los de la costa de Amalfi, con los de Sorrento y Castellamare y con los Condes de Nola y Caserta, ofreciéndole estos Barones que si iba á Cápua le entregarían sus tierras y castillos y le rendirían homenage. También entró en connivencia con fray Pedro Tomacello, Abad de Montecasino. Por su parte Antonuccio del Aquila le ofrecía hacerle entrega de aquella ciudad. Con esto esperaba el Rey que todo el Abruzzo se pondría bajo su obediencia y cada día le iban mensageros de las principales ciudades del Reino, diciéndole que en cuanto saliese á campaña sería señor, no sólo del Abruzzo, sino de toda la Tierra de Labor.

Mientras así se daba cima á los asuntos militares no descuidaba Don Alfonso los trabajos de bufete y de cancillería, los cuales, aunque ofrecen menor movimiento, animación é interés, y no se prestan á las galas retóricas por parte de quien se ve obligado á dar cuenta de ellos, no por esto se deben pasar por alto, so pena de quedar incompleto el cuadro de los desvelos y afanes que hubo de soportar el rey para llegar á la meta de sus propósitos.



Empecemos por examinar los memoriales que se entregaron á Gaçull, en los cuales se tocaban asuntos de gran interés, á vueltas de algunas nimiedades que nos han hecho dudar si debíamos pasarlas por alto.

El primer memorial está fechado en Gaeta el día 10 de Febrero de 1436 y tiene por objeto algunos asuntos que podríamos llamar de hacienda, administración y casa real.

Primeramente se encargaba al emisario, que entregase las cartas que se llevaba, al obispo de Lérida y al cardenal de San Sixto y que les pintase la necesidad en que se hallaba el Rey. También debía rogarles que, contando con los cambios llegados á Florencia procedentes de Cataluña y con los quince mil ducados que habían de llegar más adelante, éstos siempre que se recibiese respuesta de que hubiesen sido satisfechos los que se mandaron pagar en Cataluña, y á los cuales dicho obispo y cardenal estaban obligados, quisieran trabajar con el obispo de Tarragona y con micer Bernardo de Pau para que le encontraran la suma de treinta mil ducados. Gaçull llevaba cartas de S. M. para estos últimos; pero no debía entregarlas, sinó en el caso de que el de Lérida y el cardenal le indicaran que les secundase en dichas gestiones. La mencionada suma debía servir de gran socorro al Rey, y después de la ayuda de Dios, contribuiría á la buena conclusión de su empresa. En cuanto el dinero estuviese disponible, Gaçull se lo debía hacer entregar, y con el fin de que las galeras no estuviesen paradas, debía embarcarlo con él é ir á reunirse con S. M. sin pérdida de momento.

Teniendo el Rey gran confianza en el obispo de Lérida, mandaba á Gaçull que antes de entregar la carta al cardenal mostrara á aquel las instrucciones de que era portador, autorizándole para que introdujera en ellas las adiciones, supresiones ó cambios que le mandara, como si el mandato procediese directamente de su real persona.

Item: debía decir al propio obispo que por medio de las dichas galeras le remitiese los penachos y toda la galleta que pudiesen embarcar, haciendo lo propio con las prendas de equipo que hubiere recibido de Milán.

Item: también debía hacer presente al mismo prelado que



convendría se hiciesen cinco mil quintales de galleta de Pisa, á fin de que cuando se mandasen las galeras á la parte de allá tuvieran matalotage; y en el caso de que no se pudiera lograr dicha cantidad que fuese una parte de ella, la mayor posible, tomando á préstamo de los mercaderes la suma necesaria, la cual se les prometería que sería pagada realmente antes de que dichos barcos levaran anclas. Así mismo se le prevenía que de ningún modo echase mano del dinero que estaba dispuesto.

Item: para conseguir los préstamos, Gaçull llevaba varias cartas con los sobres en blanco, en los cuales debía poner los nombres de los prestamistas que el obispo le indicara.

También debía encargar al prelado que mandase hacer en Florencia nueve palmos de terciopelo de tripa carmesí con mucho pelo y además una pieza de grana para calzones y otra de terciopelo carmesí de dos pelos, si se encuentrase que fuera hermosa, y en caso de no hallarla en Florencia, que la encargase á Luca, y si tampoco se hallase allí, que se mandase comprar en Venecia, de tal suerte que el Rey la lograse lo más bella que pudiera encontrarse. Si estos encargos se los podía llevar Gaçull sin necesidad de detener su partida, así debía hacerlo; en caso contrario debían quedar en poder del obispo para remitirlos por conducto de otras fustas que transmitiría el Rey; advirtiendo, sin embargo, que tampoco para ello debía echarse mano del dinero que había dispuesto.

El segundo memorial consta de dos partes: la una trae la misma fecha del primero ó sea la de 10 de Febrero de 1436, y la otra es posterior de dos días ó sea de 12 del mismo mes y año, amen de una adición de que también daremos cuenta.

Figuran en este memorial las instancias del Rey para obtener dinero por medio de las gestiones del obispo de Lérida, supuesto que el Reino de Nápoles se hallaba completamente esquilmado y la gente solo lo soltaba echando sangre por la boca; la orden de que en los asuntos pendientes con Urso Orsini, cualquier cosa que se mandase al dicho obispo de Lérida no la ejecutase, si la carta no fuese escrita toda de puño y letra de S. M.; el encargo de que el dicho obispo viese si podía haber cinco mil florines pagaderos en Mallorca y que en tal



caso se los mandase al Rey por el propio Gaçull; la disposición de que se girase condicionalmente contra el obispo de Valencia, al cual debía decirse que el tal giro se había hecho de orden de S. M., y que en el caso de que el dicho prelado cumpliese, alcanzar del mercader que hubiese intervenido en el negocio que la cantidad pagada se pusiese á disposición del Rey en la plaza de Florencia; el mandamiento de que Gaçull á su regreso se trajese consigo á Juan Serra; la advertencia de que á su vuelta Gaçull pasase por Telamon, y que si allí encontrase órdenes de S. M. las cumplimentase puntualmente y que en caso contrario se dirigiese vía recta á Gaeta.

Las instrucciones dadas á Gaçull tuvieron, como hemos dicho, algunas adiciones interesantes: figuran entre éstas las siguientes:

Hacer saber al obispo de Lérida que se le remitirían los capítulos concordados con Cristóbal de Tolentino; pero que el Rey no quería que se ultimasen, y que para ello se debía buscar un pretexto en las garantías, haciendo que éstas nunca pareciesen suficientes; procediendo, empero, de manera que el dicho Cristóbal no conociese que la intención del Rey era de no quererlo tener á su servicio, aunque la garantía bastase. Decir al propio prelado que se le remitía una credencial para entenderse con la Señoría florentina en lo concerniente á lo que S. M. había oido decir, esto es, que dicho estado queria tener inteligencia con los genoveses, cosa que el Rey no podía creer, en atención á los ofrecimientos que los embajadores de Florencia habían hecho á Benito de Pau; por lo cual el propio obispo de Lérida debía rogar á la mencionada comunidad que no quisiese tener inteligencia ni dar favor ni ayuda á una nación como la genovesa, la cual por su comportamiento era más merecedora de ser reprobada y castigada que favorecida, por causa de su poca fé, lealtad y verdad, por lo cual S. M. la tenía por enemiga y notificaba que todos aquellos que serían amigos de ella, los tendría por enemigos; encomendando al obispo de Lérida que se valiese de las palabras y sugestiones que su prudencia le dictase como más oportunas, difiriendo ó acortando la negociación según le pareciese mejor; significar al mismo obispo de Lérida la conveniencia de recomendar á



los florentinos el estado del Duque de Milán, no solo por la paz que mediaba entre ambos, sinó también por el agradecimiento que debía el Rey á dicho Duque por los beneficios recibidos de él; empero que si el obispo viese que esta plática debía estorbar la anteriormente apuntada, ó sea la de evitar la ayuda á los genoveses, en razón á que los florentinos entrasen en sospechas de que el Rey se quería aprovechar de los asuntos del de Milán, entonces S. M. dejaba á la discreción de su legado el pasar adelante ó el retroceder en tales negociaciones, pues la intención del Rey era que todo se subordinase al logro de que los florentinos no auxiliasen directa ni indirectamente á los genoveses. Decir al obispo que toda la correspondencia entre el Rey y el Duqne se dirigiese por la vía de Florencia. Las primeras instrucciones de Gaçull terminaban con el encargo de que las galeras que estaban en Liorna trajesen los penachos, y las adiciones con esta otra comisión aun más pedestre, á saber: que el obispo remitiese al Rey tres docenas de mazapanes para la cuaresma y que fuesen de los mismos que dió micer Benito de Pau á dicho Señor estando en Puerto Pisano (1).

Estando el Rey en Gaeta diputó á su regio consejero el doctor en leyes é inclito poeta Antonio Panormita á las Señorías de Sena, Florencia y Luca y á varias personas privadas con importantes instrucciones de las cuales será fuerza dar la correspondiente cuenta. Su fecha es la de 25 Febrero de 1436.

En primer lugar, después de los saludos debidos, debía mostrar el gran amor y benevolencia que siempre había tenido S. M. á los seneses, teniéndoselo igual en aquella sazón y deseando ardientemente poder seguir teniéndoselo en adelante. Despnés de esto les debía manifestar que, gracias al Cielo, la empresa del Reino iba de bien en mejor, por lo cual debía inducirles á que, en cuanto de ellos dependiese, quisieran darle favor en todas las cosas, como correspondía á quienes S. M. protegía á manera de buenos hijos, y ofrecerles en nombre del Rey todo lo que fuera menester para la conservación de su estado.

(1) Vid. Apéndices. II.



También les debía hacer presente el mucho amor con que S. M. y el ilustre Duque de Milán se hallaban unidos; y que todo lo que tocaba á la gloria, honor, fortuna y comodidad del dicho Duque, lo miraba el Rey tan solícitamente como si fuera cosa suya, exhortándoles á que, ya que siempre habían servido fielmente á dicho ilustre Duque, protector suyo, y al cual se hallaban recomendados entonces, no se apartaran de ningún modo de su constancia y laudable costumbre. Debían de igual modo comprender que todo favor, honor, ausilio y consejo dado por ellos al Duque y á su estado, el Rey lo recibiría como cosa hecha á su propia persona; puesto que el Duque y el Rey, con toda la casa de Aragón, se habían unido perpétuamente, y S. M., no solo miraba al Duque como aliado, sino que también le reverenciaba como padre. Igualmente debía significarles que viesen lo que les podía convenir de momento ó en adelante en pro de su estado, gloria y conservación, pues, en cuanto lo hiciesen saber al Rey, le hallarían siempre preparado á todo; que en el caso de que el dicho Duque no pudiera prestarles ausilio en sus necesidades, S. M. les prometía que acudiría en su defensa como si se tratase de cosa suya propia, tomando á su cargo todo lo que fuera menester, así por mar con las galeras, como por tierra con el ejército, suministrándoles todo género de vituallas. El mismo Panormita les debía recordar como, en obsequio al Duque, había renunciado graciosamente á todas las acciones que contra ellos tenía. Añadiendo que si lo contrario hicieren, S. M. habría de sentir gran molestia de tener enemistad y guerra con quienes siempre había vivido en paz.

De la misma suerte el propio Panormita debía decir á los seneses, de parte del Rey, que si por acaso gentes de armas, tanto de caballo como de pié, debiesen pasar por allí, á tenor de lo que S. M. decidiera, quisieran, en consideración á su persona, recibirlas graciosamente y darles seguro y libre tránsito, conforme á lo que de ellos esperaba.

Veamos lo que se encomendó al embajador respecto de los florentinos.

Después de los saludos de rúbrica, en nombre y de parte de S. M., debía darles muchas gracias por los ofrecimientos

que le hicieron en Liorna, señaladamente por el de no entrar en ninguna amistad ni alianza con los genoveses, en consideración á él; de cuyos ofrecimientos quería en aquella sazón hacer uso S. M., por lo cual les exhortaba vehementemente, no solo por su mucha y antigua benevolencia, sinó también por sus recientes compromisos, á que no hiciesen ninguna confederación ni nueva liga con los dichos genoveses, por ser gente veleidosa y por todo extremo pérfida, y además por que eran enemigos declarados de S. M. y merecedores de todo odio, persecución y venganza; pues de otro modo al Rey le sería muy molesto tener que romper por dicha causa la antigua amistad que entre Aragón y Florencia había habido y había; puesto que entonces á S. M. le sería necesario declararles la guerra por medio del mismo Panormita ó de cualquiera otro emisario.

Si empero los florentinos dijeran que querían hostilizar al Duque de Milán, pero no al Rey, entonces Panormita debía manifestarles que de ningún modo podrían hacer liga con los genoveses, ni favorecerles en nada; puesto que disgustarían y perjudicarían gravemente á S. M., que lo mismo se resentiría de un perjuicio directo como de uno indirecto. Empero si los mismos hicieren mención de la paz que contrajeron con el Duque de Milán, debía exhortarles honestamente á que quisieran conservarla.

Después de los florentinos el poeta áulico debía solicitar audiencia de Su Santidad, que como ya hemos dicho, también se hallaba en aquellos momentos en la ciudad que baña el Arno, para darle cuenta, previas las debidas recomendaciones, de como el Rey llegó incólume al Reino y también del alegre talante y de la satisfacción de ánimo, no menos que de las muestras de devoción y reverencia con que había sido recibido por todos los ciudadanos; también debía comunicarle que de todas partes le iban cotidianamente multitud de embajadores de las ciudades y pueblos para tratar de su rendición, así como que muchos se habían ya reducido á su obediencia y que, con el ausilio divino, esperaba lograr muy pronto la pacífica posesión de todo el Reino.

Al magnífico Moreto de San Anazario, probablemente embajador de Felipe María Visconti, debía decirle que Don Al-



fonso había recibido sus cartas á las cuales contestaría y que por propio impulso se interesaba en todo lo concerniente al Duque de Milán y á su estado y que mandaba sus trirremes en ausilio del uno y del otro. Por lo demás no tenía menos cuidado de la conservación de las tierras y cosas del referido Duque que de las suyas propias, por lo cual le exhortaba á que se condujese con el vigor que tenía por no interrumpida costumbre.

A los señores de Luca debía decirles poco más ó menos lo mismo que á los seneses, dejándole sin embargo la facultad de hacer alguna modificación si así lo dictara el bien parecer.

Al reverendísimo cardenal de San Sixto y venerable en Cristo el obispo de Lérida, después de darles buenas noticias de la salud de S. M., debia manifestarles que si tuviese mucho dinero ya sería dueño de todo el Reino de Nápoles, como se demostraba por lo que ya llevaba hecho en medio de su estrechez. También debía rogarles que vieran, por medio de palabras exhortativas y lisonjeras, pero si necesario fuere, también amenazadoras, de que el pontífice nada hiciera en daño de S. M. Al obispo debía decirle que le remitiera el dinero que le debía remitir, tan pronto como le fuera posible, y que en todo caso estuviese seguro de que se pagarían sus letras de cambio según lo anunciaba el Rey de Navarra en cartas que él podría ver. Y que escribiese á Bernardo de Ribamayor que se condujese á tenor de las instrucciones que le fueron comunicadas por Andrés Gaçull. Respecto de las cartas para Cosme de Medicis, Panormita debía entregarlas ó dejar de hacerlo, según el parecer del dicho obispo. Lo mismo debía hacer en todas las demás cosas.

A los reverendísimos cardenales Orsini, de Plasencia, de Santa Cruz, de San Marcos y Colonna, entregadas las cartas que para ellos llevaba, debía rogarles individual y colectivamente, en nombre y de parte del Rey, que quisieran tener á S. M. y á todas sus cosas por favorablemente recomendadas y que lo propio quisieran hacer respecto del Duque de Milán su mejor hermano y padre.

Estas notables y habilísimas instrucciones fueron refrendadas por Juan de Puteo (dez Pou). En ellas el Rey declara



una cosa que el sagaz lector habrá adivinado ya, por lo que llevamos escrito y compilado, es á saber: que la difícil y colosal empresa que nos ocupa se iba verificando en medio de los más grandes apuros pecuniarios. No negaremos que algo hicieron los estados que Don Alfonso poseía acá en España; pero tampoco ocultaremos que sus sacrificios, sobre todo en dinero, no estuvieron al nivel de lo que los grandes designios del monarca requerían, y que más de una vez el haberle escatimado los recursos fué causa de que la susodicha empresa estuviera á punto de fracasar, precisamente en momentos en que todo se presentaba viento en popa. Por fortuna la actividad del Rey, su inagotable talento para allegar fondos, la cooperación de la Reina y del Rey Don Juan de Navarra, no menos que la de muchos insignes prelados, salvaron la dificultad y fueron parte para que el asunto de la incautación de uno de los más bellos y ricos paises de la tierra no naufragase al llegar á puerto por falta de algunos miles de florines. En este y en otros muchos conceptos nadie puede negar al Rey la parte mayor de gloria en el feliz fin de dicha empresa ([1]).

Refiramos ahora un incidente que no carece de sabor de época.

La amistad de Ramón Orsini, Conde de Nola, se la captó el Rey mediante ofrecerle la mano de una dama de la casa real, pensándose en una hija del Conde de Urgel, viuda del Conde de Foix, que parece se llamaba Doña Juana ó en una hermana que tenía ésta llamada Doña Leonor, optando, por lo que más adelante veremos, por esta última, y además darle á Scaplia Scaphata ([2]) ó Scafati y á Evoli, enviarle gente de infantería y sueldo para cuatrocientos caballos, prometiéndole para más adelante Nocera y todas las tierras de Francisco Zurlo Conde de Montorio y de su madre y hermanos. Orsini sin embargo no se contentó con esto, pidiendo que se le diese la confirmación del Condado de Nola y de Sarno y de todo el estado que poseía y por añadidura el oficio de Maestre Justicier del Reino, y Don Alfonso se lo concedió. Por lo visto la compra-

(1) Vid. Apéndices, III.

(2) Fazio la denomina del primer modo, Zurita del segundo, hoy se nombra del tercero.

venta de los hombres y de sus conciencias nó es, como algunos pretenden, una abominación y una vergüenza exclusivas de la época actual. Diósele la consigna de que no se declarase por el Rey hasta tanto que el Príncipe de Tarento batallase en la Tierra de Labor (1).

Tócanos ahora hablar de un asunto que no deja de ser muy importante.

Los compromisos contraidos por el Rey en beneficio del Duque de Milán no fueron bien recibidos en España; por cuanto, estando S. M. en Gaeta, hubo de escribir á su hermano el Rey de Navarra que le disgustaban las dificultades que Barcelona ponía á la firma de los capítulos celebrados entre él y el dicho Duque, advirtiéndole que en caso de que no pudiera vencer la resistencia de los barceloneses, procurase que á lo menos firmasen según la forma de los capítulos del Rey de Castilla, cosa con la que esperaba que se conformaria el de Milán; y que en el caso de que los susodichos no quisiesen firmar en modo alguno, hiciese que firmasen las demás universidades.

En igual sentido el Rey escribió también, desde la misma plaza, al arzobispo de Zaragoza. En la carta dirigida á éste se descubre mas claramente el motivo de la resistencia de los concelleres de Barcelona; pues S. M. manifiesta no ignorar que la forma de dichos capítulos les parecía dura y cruda, en razón á las palabras que figuraban en ellos, las cuales eran muy fuertes. En una y otra misiva Don Alfonso se disculpaba con las atenciones que debía á Felipe María y al profundo agradecimiento que tenía obligación de demostrarle por lo bien que le había tratado (2).

Al empezar el invierno se emprendieron las operaciones

(1) Dice Lecoy que Doña Isabel castigó la defección del conde de Nola confiscándole el palacio que tenía en Nápoles y los demás bienes suyos que radicaban en Aversa los cuales dió á Antonio Caldora.

(2) No detallaremos los demás asuntos de interés que se tocan en ambos documentos. El primero, que es el más importante está escrito en castellano y el lector podrá ver en él lo que Don Alfonso disponía respecto de la embajada que trataban de dirigirle las Cortes y respecto de las naves y galeras que se armaban en Cataluña. El segundo, está escrito en catalán, y si bien encierra el aviso de haber recibido un giro de 16000 ducados, todo lo que contiene respecto de este particular está igualmente contenido en la carta dirigida al Rey de Navarra (a).

(a) Vid. Apéndices. IV.



militares y el Rey las inauguró posesionándose de Nola, famosa por su antigüedad y por los recuerdos de la derrota de Aníbal, plaza además sólo distante de Nápoles unas veintidos millas y muy á propósito para hostilizar á los napolitanos.

También los Barones que seguían á Don Alfonso, mandados por el Príncipe de Tarento, tomaron varios castillos de los que rodean á Nocera y desistieron de tomar la fortaleza de dicha ciudad por parecerles que sería obra de un largo asedio. Incorporados luego á la hueste de Don Alfonso se apoderaron sin gran resistencia de Marchinisi ó Mazanisio (Mazanisium) y luego del castillo de Scaphata, situado en los confines de la Campania y rodeado por las aguas del río Sarno. Así cerraban el paso de Calabria, como teniendo Nola y Caserta habían cerrado el de la Pulla.

Hechas estas conquistas el Rey se dirigió á Castellamare, también sólo distante unas veintidos millas de Nápoles, apoderándose de dicha plaza, á escepción del castillo; empero, batiéndole luego con la artillería, logró su rendición.

Desde esta ciudad y con fecha 9 de Enero expidió el memorial á Lotrico del Avello para que viese de contratar á los magníficos Pablo de Sangro y Carlos de Campobasso, para que con sus compañías de gente de armas procedentes de la hueste de Caldora sirviesen la causa de Aragón. Consistían éstas en docientas lanzas y docientos infantes. Ofrecíales cincuenta ducados por cada lanza, veinticinco al firmar las capitulaciones por las cuales habían de hacerse hombres de S. M. y los veinticinco restantes al presentarse con su gente. El dinero había de depositarse en un banco ó en poder de Francisco Pandon ó en la ciudad de Morcone.

A Sangro se le concedían las tierras que fueron de su casa, anulando las concesiones que de ellas se hubiesen hecho á otras personas, reservando principalmente Castello de Sangro. A Campobasso le prometía Marino y su término. A Hector Burgatello compañero de los mismos, los lugares que para él había pedido Campobasso.

A Antonello de Sangro le ofrecía *condotta* para docientos caballos con las condiciones insinuadas.

A todos se les exigía que mandasen personas de confianza



para formalizar las capitulaciones y proceder en debida regla (1).

De Castellamare fué el Rey á poner su campamento en Nola, y de allí se partió para Montesarchio y para Cepalon ó Ceppaluni, con la esperanza de captarse la amistad y en caso contrario de hostalizar á Juan Caracciolo, hijo del Gran Senescal, privado que fué de la Reina Doña Juana, y dominar así en Benavento y en toda la Pulla. Habiendo tomado aquellas plazas, no sin perder muchos días en tal empresa, dejó en Monte Fúsculo á Juan Antonio Orsino y á Francisco Bertoldo que mandaba la caballería, tratando de volver á cuarteles de invierno para dar algún descanso á sus tropas, á cuyo objeto tomó la vía de Cápua. Fué no obstante aquella marcha de regreso á través del Apenino sumamente dura y penosa. El tiempo era húmedo y extremadamente frío con lluvias verdaderamente tempestuosas; los soldados ateridos apenas podían valerse de sus piernas ni tener las armas en las manos, de suerte que muchos cayeron enfermos. De cuando en cuando la lluvia era reemplazada por la nieve que arremolinaban los vientos, tapando los ojos é impidiendo la respiración y no permitiendo siquiera parar dentro de las tiendas. Don Alfonso lo resistió todo como el más curtido veterano, acostumbrado desde jóven á la vida ruda del cazador y á otros ejercicios corporales que habían endurecido su naturaleza. Abonanzado algún tanto el tiempo, el Rey puso en orden su hueste y por el mismo valle de Caudina que había tomado á la ida, ganando de paso á Artola ó Airola que defendía Mariano Boffa, terminó su expedición. Juan Antonio y Bertoldo tuvieron que regresar á la Pulla.

Mientras esto acontecía, Jacobo Caldora, que había ofrecido á los napolitanos que si resistían hasta el mes de Abril regresaría muy poderoso y echaría á los catalanes del reino, operaraba en el Abruzzo; pero en vez de hallar las facilidades de que se lisonjeaba, encontró inesperada resistencia. Los de Pune, Chieti y Santángelo alzaron banderas por Aragón, secundando los planes del Infante Don Pedro, que tuvo mucha

(1) Vid. Apéndices. V.



mano en todo esto ([1]). Empero, no pararon aquí los trabajos secretos del activo y astuto Infante; pues tras muchas sugestiones hechas á los de Terracina, que era de los Estados Pontificios, logró apoderarse de dicha ciudad, consiguiendo que prestara homenage á su hermano Don Alfonso. Cuando éste supo lo acontecido, hizo como que le desagradaba, absteniéndose sin embargo de restituirla al Papa, so color de que los enemigos de Aragón podrían poner obstáculos á su empresa, y entrando por aquella parte, hacer la guerra en el territorio de sus vasallos, especialmente en las tierras del Conde de Fundi y de Roger Gaetano su hermano, no menos que en el territorio de Gaeta. Así declaró que, por evitar dichas eventualidades, recibía á Terracina y á sus habitantes bajo su protección, nó como á súbditos, sino como á amigos y servidores, puesto que se obligaban á que por su territorio nadie hostilizase los dominios del Rey, y que no era justo que se les molestase por haberse comprometido á ser sus favorecedores.

No es de extrañar que acto contínuo se tratase por los beligerantes de ver cómo habia recibido Eugenio IV la noticia de aquel despojo. Don Alfonso se apresuró á mandarle emisarios con objeto de desenojarle, y la Duquesa Doña Isabel hizo lo propio con la mira de sacar partido de las justas iras del mismo. No estará demás decir algunas palabras respecto de entrambas embajadas y de los resultados que dieron.

El embajador de Don Alfonso en la corte pontificia lo era ya de mucho tiempo el Obispo de Lérida, el cual no logró envolver en las astutas redes de su señor la hábil cancillería papal; antes al contrario resentido Eugenio IV por lo que acababa de suceder, se declaró enemigo del Rey y se preparó á moverle guerra. Enojado éste al saber tal determinación, requirió á todos los prelados y personas eclesiásticas súbditos suyos que estaban en la corte del papa para que saliesen lue-

(1) Véase la carta en la cual el Rey participaba tan prósperos sucesos al obispo de Lérida. En el propio documento le encargaba que gestionase á fin de que la mitra de Gerona fuese otorgada á Benito de Pau, le daba las gracias por el pronto despacho de Gaçull, se dolía de la falta de dinero que le impedía entenderse con Jacobo Caldora, Micheleto y otros caudillos, le participaba la próxima partida de fray Bernaldo de Serra para el Concilio, y le manifestaba que las letras ó giros dados por él serían pagados según las noticias enviadas por el Rey de Navarra que había traido el último correo de Barcelona. (Vid. Apéndices. V).



go de ella. Empero, no pararon aquí las cosas: Don Alfonso hizo saber á su embajador que había procurado desde mucho tiempo atrás captarse la amistad del Papa y tenerle por su protector y padre, empleando todos los medios conducentes al logro de su propósito y, entre otros, el de apartarse de los demás reyes y príncipes, en favor y beneficio exclusivos del Pontífice, aludiendo claramente á la ausencia de los prelados de sus territorios del Concilio de Basilea; pero viendo que no había forma de contentarle ni de grangearse su amistad, acaso más por causa de su alianza con el Duque de Milán que por lo de la toma de Terracina, había decidido y hacía público que tomaría otro camino y apelaría á muy diversos recursos, aprovechándose de todos los medios de que se pudiese valer para dar sentimiento al Papa de la poca estima que había hecho de las cosas á él referentes (1).

(1) Tal es el relato de Zurita. El documento original es más seco y no tiene las veladuras con que quiso templarlo el discreto analista de Aragón. Para aquellos que no comprenden el catalán traduciremos literalmente lo que decía el Rey al obispo de Lérida en su importantísima carta.

El Rey.

Venerable padre en Cristo y amado consejero nuestro: á todas vuestras cartas que hemos recibido hemos contestado ya. Ahora os avisamos que hemos despachado á fray Serra para ir al Concilio; pasa por ahí para responder al Papa sobre algunas cosas que de parte suya nos ha referido, las cuales os comunicará. Enviamos ahí, igualmente, á Morell para requerir á todos los prelados y á otras eclesiásticas personas, vasallos nuestros, para que partan de la corte del Papa acto continuo. Atendereis al orden y manera que en ello se deba tener, y que prestamente la cosa sea ejecutada sin excepción de personas. Y porque hemos querido pensar bien y discurrir por medio de cuantas maneras y prácticas, al alcance de nuestros esfuerzos, de mucho tiempo á esta parte, atraernos al Papa y tenerlo por nuestro padre y protector, según á Dios y al mundo es bastante notorio, y sobre ello hayamos intentado muchas, de las cuales, al fin, siempre hemos llevado repulsa, y le hayamos de igual modo complacido y soportado muchas cosas, apartándonos de todos los demás reyes y príncipes, las cuales han sido para él de muy señalado favor y beneficio; viendo, pues, que por la buena vía no le podemos atraer á nuestro favor, ni quiere nuestra adhesión; tomando á Dios primeramente por nuestra parte, delante el cual, dentro de nuestra conciencia nos hemos querido justificar, entendemos recorrer y tomar otra vía y ayudarnos y valernos de todos los otros remedios que nos puedan favorecer. Puesto que vemos que por sumisiones y miramientos filiales no se puede hacia nuestro favor inclinar, lo que nos desplace tanto, que ya más no puede ser; hemos pensado tomar la vía contraría, por no poder tolerar más sus prácticas, y hacerle sentir la poca estima que de nos ha hecho. Y en cuanto toca á lo espiritual transmitimos al dicho fray Serra al concilio, y por la otra parte tenemos práctica y manera, así por vía de los Orsini, como de los Colonnas, de quitarle la ciudad de Roma. Y de hecho tenemos cercana la ejecución; puesto que ya que el papa nos da motivos de enemistad, entendemos esforzarnos, con todo estudio y vigilancia, en todas las cosas, así espirituales como temporales, que le sean y le puedan reportar daño y gravamen, avisándoos de las dichas cosas, para que os entereis de nuestra intención y voluntad. Y es nuestra voluntad que ya que los negocios del Papa se nos presentan en tal forma y manera, que vos os partais de ahí y os dirijais, según habeis pedido, á nuestros reinos de allá. Empero nos parece, si vos lo tuvierais por bien, que primeramente debieseis venir aquí, para informarnos ampliamente de todas las cosas que ahí han



¿Qué medios fueron éstos? Ciertamente todos los que el Rey pudo haber á mano; pues aparte de las gestiones que hizo cerca de las señorías de Sena y Florencia, cumplió la amenaza de hacer retirar á sus súbditos de la curia romana y envió para que se entendiesen con los Orsinis y Colonnas para mover alguna revuelta en Roma.

El Papa se limitaba á contestar al Rey que desistiese de la empresa del reino y que si tenía algo que reclamar acudiese ante él en derecho, seguro de que se le administraría cumplida justicia. Don Alfonso replicaba por su parte que el derecho estaba todo en favor suyo desde que el Papa Martín le concedió la bula de confirmación de la sucesión al reino, revocando todos los demás títulos que cualquiera otro pretendiese tener en perjuicio suyo, pidiendo en consecuencia que Eugenio IV no se desdeñase de aprobar en todas sus partes lo hecho por su antecesor en la Cátedra de San Pedro.

Para más obligar al Pontífice le indicaba su decisión de mandar embajadores y prelados al Concilio, doliéndose de que estuviesen en él representados tan grandes Príncipes y Señores, mientras que él no lo estaba de ningún modo.

Queriendo demostrar la formalidad de su resolución escribió á fray Bernaldo Serra, para hacerle saber que daba órden de que fuese su solemne embajador. De ella daremos más detalles cuando nos ocupemos de las cosas concernientes á dicha Asamblea durante el año de 1436.

La Duquesa Doña Isabel, sintiéndose débil para contrarestar por sí sola las fuerzas de Aragón, aprovechó también en favor suyo las diferencias que mediaban entre Eugenio IV y el Magnánimo. En cuanto supo la toma de Terracina mandó emisarios á Roma encargados de impetrar el favor y aun el

pasado, y luego os daremos algunos encargos é informes para entender allá en cosas concernientes á nuestro servicio. Y tenemos á bien que os halleis allá para entender en el pago y contratación de los cambios sobre los cuales somos avisados por el Rey de Navarra y por otros, según por otras letras os hemos escrito, cómo se da orden y manera para cumplir bien, y si entiende con superior cuidado y diligencia, esperamos que así será ejecutado y cumplido. Contínuamente con nuestras cartas llenas de congoja solicitamos allá á todos los que es menester. Si deliberais venir á nos, podreis venir, así que esteis despachado, por la via de Sena, y habreis de avisarnos; puesto que entonces os mandaremos dos ó tres galeras para traeros acá. Dado en Gaeta á 13 de Marzo año de la natividad del Señor 1436. Rex Alfonsus.

Diríjase al obispo de Lérida (a).

(a) Vid. Apéndices. V.



socorro material del Papa. Éste que ya había deliberado romper abiertamente con el Rey, ofreció á los embajadores de la Duquesa que le mandaría á Juan Vitellesco da Cornetto, patriarca de Alejandría, según escriben Zurita y Fleury y muchos otros, *Patriarcham Aquilegiensem*, según Fazio.

Por cierto que éste traza en pocas palabras un muy triste retrato de este Príncipe de la Iglesia, pues dice, después de nombrarlo: " *cujus libido, et avaritia, atque effrenata crudelitas, humanum modum excesserant* ".

Durante el verano del año que nos ocupa ardía la guerra en Calabria; movíala el Infante Don Pedro contra los pueblos del partido anjevino. Sucedió en ella una singular traición y fué que Josía de Aquaviva, uno de los Barones más principales del Reino, que hasta entonces había seguido la causa de Aragón, figurando entre los que cayeron prisioneros cuando el desastre de Ponza, levantó banderas en favor de Renato y se declaró nuestro enemigo. Prevalido de esta traición, Jacobo Caldora que mandaba las tropas anjevinas se fué á poner sitio á la ciudad de Pena ó Penna y la entró por combate y la pasó á saco. No fué, sin embargo, de grandes consecuencias esta pérdida, pues en cuanto Caldora volvió la espalda, todo lo que había tomado se le rebeló otra vez, tornando la mayor parte bajo la obediencia del Rey. Pero no es esto todavía lo más extraño, sino que el mismo Josía reconoció lo abominable de su conducta, volviendo á ponerse bajo las órdenes de Don Alfonso y del Duque de Milán, enviándole éste á la Marca de Ancona en donde hacía la guerra á los venecianos, en aquella sazón confederados con florentinos y genoveses.

Caldora había movido todas sus fuerzas y se había dirigido á los estados del Príncipe de Tarento; más como era éste tan antiguo y fiel aliado de Aragón, el Rey se creyó en el deber de mirar por él, mandando, para contrarrestar á dicho caudillo, al Infante Don Pedro y á Ortafá, á quienes dió la consigna de que, abandonando lo de Calabria, se fuesen á juntar á marchas forzadas con el susodicho Príncipe. Las fuerzas que en aquella ocasión mandaba el hermano del Rey consistían en setecientos hombres de armas y mil soldados. Además de este socorro Don Alfonso esperaba poder contar muy pronto



con otro, pues estando en Tiano recibió la nueva de que Francisco Piccinino con todas las tropas que tenía á sueldo en Lombardía se hallaba en un castillo llamado la Clusa, que está á dos millas de Perusa, y se dirigía hácia el Reino. Para que no pudiese ser hostilizado en su camino por los enemigos que intentaron cerrarle el paso, dispuso que fuera á su encuentro Nicolás Piccinino su padre, con algunas compañías de gente de á caballo y le mandó además el dinero preciso y la órden de que partiese luego.

Entre tanto Caldora no permanecía ocioso y la primera operación que emprendió al pasar del Abruzzo á la Pulla fué poner su campo contra Lavello rindiéndola á los treinta y cinco días de cerco por falta de agua. Tomada dicha villa se fué acercando á Barletta en tanto que el Infante se había juntado ya con el Príncipe y yéndose entrambos con sus respectivas huestes á Andria, molestaron de tal modo el campamento de Caldora, que tuvo que desistir de la toma de Barletta, trasladándose á Venosa, donde tampoco los nuestros le dejaron en paz. Entonces cargó contra las gentes que mandaba Antonello de Gesualdo y á poco tomó á Rubo, que pasó á saco, emprendiendo otras diversas correrías y talas. Más como el Infante y el Príncipe le iban acosando siempre de muy cerca, enterado también de la próxima entrada de Piccinino, no tuvo más remedio que asentar una tregua y regresar al Abruzzo.

El Rey se procuró por aquellos días un amigo y auxiliar de mucha valía; fué éste Baltasar de la Ratta, Conde de Caserta, furibundo anjevino y de los principales del gobierno de la ciudad de Nápoles. Esta adhesión no fué tampoco gratuita. Estipulóse que un hijo del Conde se casaría con la hija menor del Marqués de Girachi y que se le restituirían algunas tierras que eran entonces del Príncipe de Tarento.

En este mismo año se entregó al Rey la ciudad de Salerno con todo su Principado, la ciudad de la Cava y casi toda la costa de Amalfi.

Como remate del presente capítulo daremos idea de las instrucciones entregadas por el Rey á sus embajadores en la corte pontificia para que respondieran á los cargos que le hacía el Papa y para lograr que éste dejara de contrariarle en la empresa del Reino de Nápoles.



Dos documentos de esta especie debieron emanar de nuestra cancillería, ambos conocidos y estractados por el verídico Zurita.

El primero fué sin duda entregado á fray Bernaldo de Serra en contestación al requerimiento que, por conducto del mismo, había hecho el Papa al Rey de que desistiese de la susodicha empresa, ofreciéndole que haría oficio de muy desapasionado juez para determinar su justicia. He aquí su sustancia á tenor del relato que hace de él el referido analista.

Don Alfonso encargaba pedir de nuevo al Papa que no tomase las armas contra él y le respondía que al volver de la isla de los Gerbes al reino de Sicilia, se le presentaron los embajadores del Príncipe de Tarento y del Marqués de Cotron, llevándole capítulos firmados de la Reina en que le ofrecía revocar todo lo hecho en favor del Duque de Anjou, lo que le movió á pasar á la isla de Ischia, en donde supo que aquella voluble señora había mudado de propósito. Estando las cosas así, continuaba la instrucción, vino de parte de Su Santidad el Obispo de Concordia, á quien el Rey pidió que se confirmase por bula apostólica el antiguo título que legítimamente tenía á la sucesión al reino y se renovase lo que el Papa Martín había concedido, lo cual no se ejecutó por algunas diferencias que Su Santidad no ignoraba. Luego proseguía haciendo historia, diciendo que salió de Ischia pacíficamente sin turbación alguna del reino, como por reverenciar á su madre, y se volvió á Sicilia, y estando en Marsala preparando su expedición contra Berbería, recibió bula pontificia, por conducto del mismo prelado, concediéndole subsidio de cien mil florines sobre el clero de sus reinos; que pasó luego á Trípoli y se entró cincuenta millas tierra adentro; más cuando supo la muerte de la Reina, consideró que podía tomar posesión legítima del reino á lo que le indujeron también los Barones y Grandes. Que su propósito fué tomar la posesión natural que le pertenecía por derecho del dominio útil, como á feudatario de la Iglesia, y que envió inmediatamente embajadores al Papa á ofrecérsele para todas aquellas cosas á que era obligado el feudatario respecto del directo señor y de la Iglesia romana. Por esto entendía que había entrado en el Reino en prosecución de su

justicia y nó á combatir á las tierras de la Iglesia ni tampoco con título de directo dominio. Que á lo que el Papa ofrecía de administrar justicia, pero exigiendo que él dejase las armas y se volviesen las cosas á su primer estado, debía suplicar que la justicia en aquel caso, más consistía en la ejecución que en el conocimiento, y si se depusiesen las armas, sería aquello impedir la ejecución, pues él las había tomado para sojuzgar á los soberbios y rebeldes, pues la justicia ordena á los Príncipes que se armen con la espada para hacerle efectiva. Volver las cosas, añadía, á su primitivo estado sería desistir de lo que se había adquirido con derecho, y merced á grandes trabajos y dispendios, y que es verdadera justicia que el poseedor, cualquiera que sea, se vea defendido por el juez en su posesión. A lo que el Papa decía negando que hubiese concedido bulas al de Anjou, mandaba contestar el Rey que se alegraba de que así lo declarase Su Santidad, pero que debía hacerle notorio que el patriarca, legado de la Sede Apostólica, por cartas y mensajeros, llamaba reina á la Duquesa Isabel y le ofrecía favores increibles. Quejábase también de que el mismo patriarca trataba de impedir á Francisco Piccinino la entrada en el Reino y molestaba á los vasallos del Rey que se hallaban en los estados de la Iglesia y los trataba como enemigos, dando á entender que el propio legado no quería entrar como nuncio de paz, sino como capitán de guerra, mayormente desde que el Papa había contraido parentesco con Jacobo Caldora. Que con dineros de éste el patriarca iba alistando gente y se acercaba al reino, explicando ésto porqué él había tomado á sueldo á Antonio de Pontadera, á Rizio de Monteclaro y á Lorenzo Colonna para que resistiesen las asechanzas de los enemigos. Don Alfonso rehuía la responsabilidad de algunas operaciones militares llevadas á cabo por estos caudillos, especialmente de las correrías ejecutadas por Colonna hasta los muros de Roma. También trataba de justificarse nuevamente respecto de la toma de Terracina, diciendo que lo hizo á ruego de sus habitantes, que estaban sitiados y perecían de hambre, los cuales pidieron socorro al Infante Don Pedro, quien acudió en su auxilio, considerando que era mejor que aquella ciudad estuviese bajo la protección del Rey, que al cabo era



hijo devoto de la Iglesia, que nó que fuese oprimida tiránicamente.

Respecto de las segundas instrucciones podemos ser más extensos por tener á la vista una copia literal del original latino de las mismas. Estas fueron entregadas al maestro Juan García con encargo de que expusiera los extremos en ellas contenidos á Su Santidad, pero en presencia del colegio de cardenales. Están fechadas en Gaeta á 9 de Octubre de 1436 y constituyen una de las más intemperantes fraternas que, por orden de monarca alguno, pudo haber recibido en ningún tiempo el pontífice romano.

En primer lugar García debía decir que de no haber respondido plenamente el Rey en aquellos próximos días á todas las cosas que le habían sido expuestas de parte de Su Santidad por el venerable en Cristo padre el obispo Cavallicense, era debido á que la mayoría de las respuestas, así como la exposición de otras cosas que debían decirse, las había remitido con justo motivo al venerable en Cristo padre el obispo de Lérida, á la sazón embajador suyo en la Curia romana; que pocos días después de la marcha del mismo obispo Cavallicense, el propio obispo de Lérida se presentó al Rey, sin que hubiese recibido las cartas é instrucciones que S. M. le había remitido; por lo cual enviaba á Su Santidad al maestro Juan, confesor suyo, para que de igual modo respondiera y expusiera lo necesario, nó debiendo Su Santidad admirarse si se repetía lo ya respondido en obsequio al mejor orden.

Por lo tanto debía decir que Su Santidad no ignoraba como Doña Juana, de buena memoria, Reina de Sicilia y Jerusalén, etc., madre del Rey, por la fuerza y poderío de Luis, Duque de Anjou, se había hallado opresa por cruel guerra, hasta el punto de no poder resistir en modo alguno; puesto que aquél ya le tenía ocupada casi la totalidad del Reino; que faltándole todo humano recurso, mandó solemne embajada al mismo señor Rey, pidiéndole que la auxiliase, y suplicando lacrimosamente que quisiera trasladarse al Reino, con el fin de que con su presencia y poder la librase de tanta calamidad y aun de total ruina; que el Rey condolido de la dignidad real, del sexo y de la edad de ella, queriéndolo y dando permiso el



papa Martín, de buena memoria, había abandonado las demás empresas que traía entre manos, dedicándose á alistar una gran escuadra y á reunir un fuerte y poderoso ejército, con cuyos elementos había acudido á la ciudad de Nápoles á ponerse al lado de la Reina, que se hallaba en ella mal segura; con lo cual, por disposición del Altísimo, pocos meses después, el mismo Duque, no pudiendo resistir el poderío del Rey, se vió obligado á marcharse, y la Reina fué restituida á su pristino estado, con plena obediencia de todos los barones, ciudadanos y tierras, cuya mayor parte le había faltado; en cuya empresa el mismo Rey había creido que servía á Dios ayudando y libertando á una mujer que, aun cuando tenía el marido vivo, podía calificarse de viuda, ya que la había visto afligida y puesta en tan extrema calamidad; que en aquella guerra no era cosa fácil decir cuantas sumas de dinero había gastado, ni cuánta sangre de los suyos le había sido preciso derramar.

Item. La misma Reina teniendo esto en consideración y deseando pagar la buena voluntad del Rey, así como tamaño servicio ó beneficio, le adoptó por hijo y le instituyó heredero y sucesor de todos sus reinos y tierras por voluntad, consejo y consentimiento de todos los barones, ciudades y demás del dicho Reino de Sicilia de esta parte del Faro, todos los cuales, por mandato de la propia Reina y también por su expontánea voluntad, aceptaron pocos días después al mismo Monarca por sucesor y verdadero Rey, mediante el prestarle juramento de fidelidad en la acostumbrada y debida forma.

Item. Consiguientemente el mismo papa Martín, mediando é interviniendo el cardenal de Santángelo de buena memoria, habida consideración á los utilísimos servicios prestados á la Iglesia por el padre del Rey y por el Rey mismo en pro de la unión de la propia Iglesia, así como otros referentes al generoso acto de la predicha defensa, aprobó, ratificó y confirmó la referida adopción y todo lo demás que había hecho la Reina en favor del Rey, concediendo y expidiendo letras en debida forma sobre lo mismo, cuya expedición no debía ignorar el Papa, ni tampoco los cardenales que lo eran en aquel tiempo. Y si después fueron interceptados, el derecho y la justicia persistían, puesto que no estribaban en los papeles y sí en los hechos.

Item: fallecido el papa Martín, y elegido por sucesor suyo Su Santidad, no era cosa fácil decir cuánta alegría tuvo el Rey de dicha elección, tanto por lo que tocaba á la persona, como por lo que concernía á la nación, por causa de la amistad que hubo siempre entre los predecesores del Rey y entre él mismo y los venecianos; por lo cual, después de la elección, teniendo gran confianza en Su Santidad, le pidió por el intermedio de diversos embajadores la confirmación de las cosas predichas, respondiendo entonces Su Santidad que si acelerara el ir con la armada que en aquella sazón había alistado en auxilio de algunos, tendría por bien otorgarle la confirmación y las demás cosas necesarias; en vista de lo cual el mismo Señor Rey, deseando satisfacer los votos de Su Santidad, se apresuró y fué con la escuadra; y porque ya no era necesario aquel socorro, el Papa dificultó, en vida de la Reina, el dar la bula, aunque ofreció, por medio del obispo de Concordia, darle nueva provisión en forma común, la cual hasta el cumplimiento de algunas cosas debía quedar en poder de tercera persona; por lo demás, S. M. consideraba innecesario seguir manifestando lo que Su Santidad ya sabía perfectamente, como el haber ofrecido solemnemente que si la Reina fallecía antes que el Rey, haría en su favor grandes cosas en lo concerniente á los asuntos del Reino.

Item: muertos primeramente el mismo Duque de Anjou y después la misma Reina, los principales barones y próceres del propio Reino, le mandaron á Sicilia repetidas embajadas y procuradores rogándole y suplicándole que se trasladase al Reino para recibir la posesión del mismo y para resistir á sus enemigos que habían proclamado Rey al Duque de Bar, los cuales les estaban moviendo guerra; por lo cual el Rey, aunque á la verdad estaba ciertísimo de la justicia que le asistía, sin embargo, para seguir la costumbre de sus predecesores y la suya propia, quiso en aquel caso tener un gran consejo con sus hermanos, con los barones y demás magnates y personas prudentes de sus reinos para manifestarles su derecho y el estado de las cosas, y para consultarles sobre lo qué se debía hacer, resultando que con el unánime parecer de sus hermanos y de todos los demás, deliberó trasladarse al Reino para tomar posesión de él.



Item: para complacer á Su Santidad y no queriendo que se hiciera cosa alguna sobre el asunto sin el debido conocimiento, antes de partir de Sicilia, decretó mandarle una embajada compuesta del obispo de Lérida, del noble Federico de Ventimiglia y de Jacobo Pelegrí doctor en leyes y vicecanciller suyo, por medio de los cuales le hizo saber, no solo todo lo que había acontecido, sino también su propósito de ir al Reino, intimándole y suplicándole con instancia le diese la investidura, mediante el ofrecimiento de cumplir con largueza todo lo que procediera, es decir todo aquello á que habían venido obligados sus antecesores y aún más.

Item: el mismo Señor nuestro (el Papa) habiendo oido lo expuesto por los embajadores, aunque con palabras benignas puso dificultades en el asunto, sin embargo no les desahució, antes bien designó al venerable en Cristo padre el obispo de Concordia para que tratara con ellos del negocio; y entre uno y otros se discutió por espacio de muchos días de las condiciones particulares de la investidura y de lo que debería hacerse por parte del Rey, dándose esperanzas á los mismos embajadores de que la investidura se obtendría. Más en el entretanto S. M. tuvo necesidad de ir al Reino, no menos porque sus partidarios se veían acosados por las agresiones y molestias de los de Nápoles y de otros, que por usar del derecho que le asistía de hacer efectiva la posesión del Reino.

Empero habiendo salido sus embajadores de la Curia romana con la esperanza que se les había dado de que se otorgaría la investidura, como queda dicho, llegaron los embajadores del Serenísimo Rey de Francia, á saber: el señor de Gaucourt y otros en representación del Duque de Bar, quienes con gran instancia pidieron la confirmación y la investidura del Reino, prometiendo también dinero y muchas otras cosas; por lo cual el Señor nuestro, con gran perjuicio de S. M. y lesión de su justicia, sin apelar al consejo de los reverendísimos señores cardenales, concordó con los referidos embajadores el conceder la bula de la confirmación é investidura, mediante ciertas condiciones, entre ellas la futura disolución ó mutación del Concilio, el envío del patriarca al Reino con gran golpe de gente de armas en favor del mismo Duque y contra

el partido de S. M., entregándose de parte del Duque de Bar cierta cantidad de dinero, cuya mayor suma desembolsó Raymundo Caldora en aquella sazón allí presente, como fué pública fama.

Item: por el mismo tiempo había ido á la Curia romana el susodicho Raymundo Caldora con el cual, y también en nombre de su hermano, el mismo Señor nuestro había realizado no sólo amistad é inteligencia, sinó también afinidad, firmándose matrimonio entre el sobrino Pablo, hijo de una hermana de Su Santidad, y la hija del mismo Raymundo Caldora, á pesar de que el mismo Señor nuestro no ignorase que Jacobucio y Raymundo debían ser considerados como rebeldes al Rey.

Item: para que el Papa se declarase más abiertamente contra S. M., á instancia de los mismos embajadores y de los de Caldora, concedió cierta bula por la cual declaraba que el Rey había ido al Reino contra la voluntad suya, y absolviendo á los barones y á toda otra persona del juramento de fidelidad prestado á S. M., privando así al Rey, en cuanto de Su Santidad dependiera, de la posesión en que estaba, lo cual no pudo, ni debió hacer, puesto que, sin ser oido, ni aun el ladrón puede ser privado de lo que posee.

Item: aunque los embajadores de la Real Magestad se opusieron á la expedición de las predichas bulas, puesto que sabían clara y perfectamente el tenor de todo lo que se trataba, con todo una y otra bula fueron siempre negadas por el Señor nuestro (1).

Item: en el tiempo en que estas cosas acontecieron, de las cuales fué pública voz y fama, emanada de varones muy graves y de suma autoridad, el Patriarca publicó su ida al Reino para obrar contra el Rey. Los capítulos concordados, aunque dijo estar dispuesto á oir á todos los que lo quisieran, no los ocultó, antes bien los confesó claramente á los embajadores del Rey.

(1) La negativa á que alude el texto es referente á la existencia de las bulas. Si fuere lícito rehacerlo con achaque de darle más claridad, diríamos: «con todo se negó siempre la existencia de una y otra bula. También negó que la bula de la investidura fuera depositada en poder de tercera persona hasta que las condiciones capituladas tuvieran cumplimiento, no menos que otra hubiese sido mandada al Reyno y publicada en muchos lugares, como y también que hubiese sido concedida, debiendo considerar Su Santidad si este modo de proceder era honesto.



Item: no podía con verdad decirse que el Rey fué al Reino ó permaneció en él contra la voluntad del nuestro Señor, cuando poco antes de la partida del Patriarca, el mismo Señor nuestro dió á S. M. la esperanza de concederle la investidura, y se procedió hasta la capitulación, y como se hubieran estipulado muchos capítulos y condiciones, por causa de una, sin embargo, que la R. M. denegó justa y honestamente, la concordia no fué concluida. Debían saber que esto era ciertísimo no solo Su Santidad, sinó también el patriarca, y otros obispos y varias personas. ¿Cómo, pues, el Señor nuestro podía afirmar que el Rey fué al Reino contra la voluntad del que le tuvo tanto tiempo en la esperanza de concederle la investidura?

Todas estas cosas aunque se negaran, sin embargo eran muy verdaderas, y la conciencia de nuestro Señor debía estar convencida clara y plenamente; y de las cosas firmadas con la parte contraria, si alguien por acaso dudaba, que interrogase á los reverendísimos señores cardenales para saber de qué modo consintieron; que se interrogase á muchos otros, á los cuales no era necesario nombrar, en cuyas manos fueron á parar las bulas; más confirmados dichos capítulos, fué declarado que la Real M. había ido al Reino contra el ánimo de nuestro Señor. Y si se dijere que el patriarca no entró en el Reino sinó muchos meses después, fué porque más bien faltó la facilidad que la voluntad.

Item: la ciudad de Gaeta entregada al Rey, como por disposición divina, y habiendo regresado el mismo al Reino, supo todas las cosas antedichas y se enteró de ellas eficazmente, lo cual reputa como haber soportado todo género de injurias, daños y ofensas, allí donde esperaba hallar méritos, gracias y beneficios, ya que siempre se había portado como hijo devoto de la Iglesia y de S. Santidad.

En tal estado de cosas, el Concilio de Basilea mandó un nuncio á su Serenidad transmitiéndole cinco bulas con cuatro patentes citatorias y convocatorias de los cardenales y otros prelados, con una cláusula exhortatoria, de las cuales ya envió dos copias á S. Santidad; las demás le fueron desde entonces acá de la misma suerte transmitidas. Igualmente de contínuo llegaban á S. M. las quejas de sus súbditos, doliéndose de que



la curia romana citada invadida de la mancha de simonía y de que ésta iba creciendo de día en día, con gran perjuicio de las almas, por lo cual era necesario que se aplicase á ello un pronto remedio. Y en el entretanto sus reinos, cuya gran mayoría obedecía á la curia romana, se iban quedando exhaustos á causa de tales y de otras ilícitas exacciones; por lo cual llegaron súplicas apremiantes á la Real Magestad para que pusiera remedio en esto; de donde el mismo Rey, para que el Señor nuestro fuese servido de que entre los dos dieran satisfacción al mundo en esta parte, obrando como cumple á un príncipe que sigue la doctrina evangélica, le mandó al religioso varón fray Bernaldo de Serra, catedrático de sagrada teología, persona de muchas letras y de conocidas irreprochables costumbres, provisto de cartas credenciales, para que á solas de parte de S. M. le suplicara humilde y benignamente que purgara y limpiara su curia de tal crímen y de otras acostumbradas exacciones; puesto que de ello nacía un gran escándalo en la Iglesia de Dios y se ofrecían perniciosos ejemplos á los príncipes y al pueblo cristiano. Más habiendo oído ésto Su Santidad, como resulta de las cartas de fray Bernaldo, no negó que estas cosas hubiesen llegado á su noticia, antes bien respondió que las había oído á muchos, y que sin embargo no había podido comprobarlas, empero dijo que las examinaría y proveería. Y habiendo desde entonces transcurrido siete meses, no solo no se había dictado ninguna disposición, sino que en este tiempo el mal se había recrudecido, efecto de lo cual, según verídicamente el Rey se hallaba informado, esta lepra se había inoculado ya en muchos de sus súbditos.

Item: si por medio de la simonía se hacían exacciones ilícitas á los demás, sin embargo averiguó que su nación era desollada más duramente y que se le sacaba el oro lo mismo que pudiera hacerse con un pueblo bárbaro; lo cual, á lo más, servía para tomar á sueldo gente de armas que movían guerra al mismo Reino y á otros muchos; de suerte que lo que se sacaba por medios injustos se empleaba en usos reprobadísimos, y aun cuando amenazaren á S. R. M. y á los suyos, con todo, obrando como lo hacen los príncipes católicos é hijos devotos de la Iglesia, quiso intentar la curación de las llagas paternas



por medio de admoniciones piadosas y tácitas, á riesgo de que las mismas llagas pusieran al descubierto las entrañas calientes, antes que procurar que se les aplicara un público remedio. Y por lo tanto quiso mover secretamente á Su Santidad, como queda dicho antes.

Y porque después de esto la R. M. conoció abiertamente que Su Santidad se le había declarado más enemigo, así de obra como de palabra, hubo de recelar más y más que su admonición, en vez de producirle enmienda, le exasperó é indignó, pues siempre se echó de ver que trataba de ofuscar la justicia, aseverando que S. M. no tenía ningún derecho al Reino, enviando nuncios y breves á los príncipes y barones del mismo que obedecían al Rey, haciendo respecto de ellos toda clase de tentativas, hasta por medio de grandes promesas, para apartarles de la fidelidad y obediencia, y diciendo y haciendo otras cosas que, salvo el honor de Su Santidad, no le estaban bien.

Item: consideradas las antedichas razones, juzgando la R. M. que la mencionada simonía y las exacciones ilícitas no podían ser remediadas, ni proveer á la salvación de las almas de sus súbditos, sino por medio de la fuga, decretó, en virtud de las predichas bulas convocatorias, exhortar á los prelados y súbditos naturales suyos, residentes en la curia, que se confiriesen al sacro Concilio; y á bien que había causa justa y competente para exhortarles á que se separasen de la curia, como de un lugar pestilente é infecto de aquella pestilencia que emponzoña las almas y absorve la sustancia; con todo para que no manifestaran temer las órdenes paternales, quiso guardar una honesta y lícita práctica, exhortándoles en fuerza de las cartas del Concilio para que fueran &. Lo cual, aunque fué hecho santa y justamente y por apremiante necesidad, sin embargo el Señor nuestro se exasperó, como si hubiese sido hecho injustamente y sin ningún motivo. Y con todo, así como antes, nunca por Su Santidad fué enviada ninguna carta ni ninguna legación sobre los hechos del Reino; entonces se envió con toda celeridad un nuncio; entonces se oyeron los clamores, entonces se hicieron las amenazas, así del orden evangélico como del jurídico, salvo el honor reservado al car-



go. De esta manera la ejecución hostil y escandalosa se oyó y se vió antes que la advertencia evangélica.

También se debía exhortar á Su Santidad á que, por Dios, quisiera considerar si siguió el recto y debido orden en el modo de proceder que tuvo, pues primeramente, y en lugar de nuncios y cartas, mandó al patriarca, el cual aseguró enviar como angel de paz; resultando luego que, con mano armada y poderosa, su entrada en el Reino fué una verdadera invasión, pues, desde que puso los pies en los Abruzos, sin que mediara ninguna carta, ningún aviso, ningún mensagero dirigido al Rey, se unió con los rebeldes y enemigos de dicho Señor, entró en ciudades y tierras que obedecían á éste, mató á muchos, aprisionó á muchos más y todo lo pasó á sangre y fuego. ¿Fué éste, acaso el legado de la Sede Apostólica? ¿Es por ventura el angel de paz ó verdaderamente y más bien el angel de guerra y la piedra de escándalo de los buenos? Al tiempo que el mismo patriarca invadía el Reino de este modo y, obrando así, lo devastaba completamente, he aquí que el venerable en Cristo padre el obispo cavalliscense fué subsiguientemente enviado por el Señor nuestro á S. M. con quejas y admoniciones; y contra la práctica de los pastores de las almas y de los cuerpos, se empleó antes el hierro que los medios suaves, lo cual solo debe hacerse cuando no surten efecto todos los demás remedios. Su Santidad debía creer que aquella su práctica el mundo no la entendería de igual modo y la execraría, como la execraba la ley divina y humana, por ser cosa reprobada y no tolerable, no ya al vicario de Cristo, si que tampoco á otro cualquiera.

Y para que pudiera ver y proveer mejor en las cosas que traía entre manos, y á fin de que los príncipes de la Cristiandad y otros pudieran ser advertidos, por lo que toca á sus hechos, de que cuanto la dignidad está puesta en lugar más eminente, tanto más claros deben ser aquellos á los ojos de todos, quisiera, por Dios, acordarse de que cuando ascendió al pontificado, la Iglesia Romana poseía pacíficamente casi todo su patrimonio, que empero en el mismo momento movió inmediatamente guerra á muchos vasallos y feudatarios de la Iglesia, con lo cual los hechos demostraron después, porque

así fué, que no queriendo vivir en paz y tranquilidad, anduvo siempre tras de las guerras; que así se perdió la Marca, la ciudad de Roma fué casi asolada y la predicha persona de Su Santidad se vió obligada á fugarse; que en aquel tiempo la R. Magestad, desde el punto y hora en que se enteró de la fuga, le mandó embajadores para ofrecerle sus ciudades y lugares marítimos, galeras y naves, para conducir á Su Santidad y á todas las demás personas de su Corte á fin de que pudiese ir donde tuviese á bien, ofreciéndole también á sus hermanos para que le sirvieran de escudo y de igual modo su propia persona. De la misma manera debía Su Santidad recordar perfectamente que en aquel tiempo el Rey demostró claramente cuánta devoción á Su Santidad y cuánto amor á sus amigos tuviera; y con todo no sabía por qué motivo sucedió que cuánta mayor fué la devoción que siguió teniendo á Su Santidad, fué tanto menor la benevolencia que la misma Santidad mostró hacia él. En realidad, y entrando en el terreno de los hechos, al ir á Florencia, después de haber perdido Roma y casi todo el patrimonio, entre Su Santidad y la liga, por una parte, y el ilustrísimo Duque de Milán, por otra, fueron firmadas paz y concordia, interviniendo los cardenales de Santa Cruz y de San Pedro, así como el magnífico marqués de Ferrara: que después de no muchos meses Génova se rebeló contra el Duque; que procuró que aquella primera paz fuese rota, por cuyo medio se formó nueva liga entre las comunidades y ardió la guerra; así era ya notorio á toda la Cristiandad el escándalo del modo de proceder del conde Francisco Sforza y la infamia de las matanzas de hombres, hasta sin darles tiempo de confesarse; y que preguntase Su Santidad cual fuera la causa de todas las guerras que había en Italia y todos se la dirían unánimemente.

Item: como entre los reyes y príncipes que deseaban la paz les fueran suscitadas guerras por su enemigo, Su Santidad no empleó de ningún modo la diligencia para componer la paz, como á ello estaba obligado, y entre otros muchos ejemplos que pudieran aducirse, cuando ardía la guerra entre la misma R. M. y el Rey de Castilla, nunca trató de que hicieran la paz, antes bien, y ésto fué contrariarla, como se pidiera dispensa



por el Sr. Rey de Navarra sobre el matrimonio concordado entre el príncipe primogénito de Castilla y la hija de aquél, como medio de concertar la paz. Su Santidad contestó con una negativa. Y sin embargo á muchos súbditos de S. M. también en aquel tiempo en que lo dicho se pedía, les dispensó el segundo grado: los medios por los cuales lo lograron, el Rey los sabía perfectamente: y aquella denegación de qué manera puede calificarse, si no como impedimento de la paz, como otros que se callaban y que sobre esta materia se habían averiguado, porque no eran secretos.

Item: que en los asuntos que debiera resolver concernientes al bien de la Cristiandad, república eclesiástica, paz, guerra y muchos otros, estaba obligado á proceder con el consejo de los reverendos señores cardenales; y con todo los despreció á ellos y á su consejo, no obstante haber expresamente jurado y querido lo contrario en otro tiempo antes de la elección, y de haberse confirmado posteriormente en lo mismo por medio de una bula, por el hecho de adherirse á otras personas que no pertenecían á la grey, así era exacto decir que no trataban de las artes los artífices; porque las cosas se harían con más madurez y cesarían todos los inconvenientes, si en el régimen y administración de la República eclesiástica se requiriese el consejo de los reverendísimos cardenales; y no habría ninguna discordia entre Su Santidad y la R. M., en atención á que S. M. no quería si no aquello que por derecho y honestidad debía querer.

También había de decir de qué suerte S. M. siempre deseó ardientísimamente á los sumos pontífices y señaladamente á Su Santidad y á la Romana Iglesia reverenciar, honrar, defender y ayudar y mantener el estado de ellos, lo cual (¿ demostró ?) abiertamente; y si en muchas otras cosas y también en lo que concernía al Concilio, pudo hasta aquel momento haber venido dudando á qué parte debía favorecer, S. M. siempre estuvo desde luego al lado de Su Santidad; y así continuó hasta aquel momento, aun viendo que otros príncipes se empeñaban en ordenar muchas cosas que parecían ser contra el estado de Su Santidad; sin embargo S. M. nunca las consintió, ni permitió á los suyos que las observaran, aunque á ello fueran



requeridos; en aquella sazón, en verdad, al objeto de que pudiera hacerse la averiguación aclaratoria respecto de lo que en la curia y respecto de él mismo, se había visto obligado á apelar, para mejor apreciar y reconocer, á aquello que antes le parecía poco justo.

Por lo tanto debía suplicar á Su Santidad que enmendase las cosas predichas así como otras, y obrando como correspondía al vicario de Cristo, desde luego se portase pacíficamente con todos, y pusiese á cada uno en su lugar, imitando á Aquel que vino al mundo á restablecer la paz, y que al fin de su vida dió y dejó la paz para que no fuese derramada la sangre de aquellos, por cuya salud el mismo Cristo derramó piadosamente su propia sangre; como buen pastor emplease su alma en beneficio de sus ovejas, favoreciese y ayudase al Concilio, por cuyo medio Dios estaba obrando toda clase de bienes, y fortalecía la esperanza de otros mayores, depusiese las armas que á Su Santidad le habían traido más daño é infamia que utilidad y honor y, á ejemplo de Moisés, combatiese con oraciones y vencería. Obrando así serviría altamente á Dios, haría su deber y calmaría las guerras y los escándalos que ordinariamente había en la Cristiandad, y él mismo, á semejanza de otro angel; sería reverenciado, amado y venerado de todos. Y él mismo entre los demás príncipes estaba muy dispuesto á acatar la voluntad y los mandatos de Su Santidad, ni quería ofenderle ni injuriarle, ni obligarle á defenderse; más claro, que llamase al patriarca y cesarían las guerras; de otra suerte ponía á Dios por testigo, á los reverendos señores Cardenales y al mundo entero que si se seguía algún mal, no sería por su culpa. En cuanto á la empresa del Reino, S. M. había usado de su perfecto derecho y por lo tanto á nadie causó perjuicio. Y Su Santidad no ignoraba de qué modo por su parte fué ofrecido que, previo el llamamiento de la otra parte, estaba dispuesto á comparecer ante Su Santidad y á estar á lo que fuese de derecho; pero no era esto lo que se buscaba; y la serpiente estaba escondida debajo de la hierba. Y la R. M. entendía perfectamente á qué tendían todas estas cosas, sin embargo por entonces quería callarse.

También debía suplicar á Su Santidad que supuesto que



todo lo dicho, con el mejor ánimo y la más fuerte caridad, el hijo se lo mandaba á decir al padre, quisiera benignamente recibirlo. Pues si el amor y la devoción no retuvieran al mismo Rey, en vez de intentar esta vía, había seguido otra.

Igualmente se le encomendaba que rogase á los reverendos señores Cardenales corporativa y singularmente que, si lo tenían por bien, interpusieran su valimiento cerca del Santo Señor nuestro para que recibieran enmienda y se reformaran las cosas anteriormente expuestas, y que indujeran al mismo al amor y á la caridad, y que si sus paternidades quisieran que por el Rey debiesen ser hechas algunas cosas, que se siguiese de buena voluntad otro consejo unánime y grande dado por ellos.

Y porque desde las tierras del Patrimonio se hacía guerra contra los suyos, que se proveyese por nuestro Señor para que cesase, ya que la intención y hasta el deseo de S. M. es amparar y defender el Patrimonio de la Iglesia aun á sus propias expensas.

¡ Tal es el contexto de uno de los documentos más graves que salieron de la regia cancillería ! Los cancilleres de hierro existieron, pues, en Aragón con bríos no inferiores á los de ningún otro de nuestros modernos tiempos ! (1).

No tardaremos en ver como todos estos cantos de sirena, mezclados con amenazas hicieron muy poca mella en la corte pontificia, muy ducha en lo de taparse con cera los oidos siempre que el caso lo requería, así como curada de espanto desde muy antigua fecha.

Tanto debió ser así que el patriarca no cejaba un punto en sus preparativos militares para invadir el reino, nó ya sólo con el designio de defender las tierras de la Iglesia, sino antes bien con el de echar al Rey para poner en el trono de Nápoles á su competidor Renato de Anjou. Al ver esto, y quizás también despechado por la contestación á su última nota, el Rey, estando en Gaeta á los 22 de Setiembre, hizo, como dice Zurita gran publicación de ofrecer á los padres del Concilio de Basilea y á sus adictos, que si querían haber á Roma y todo el

(1) Este documento en latín está en el Archivo de la Corona de Aragón Reg. 2694, fol. 61.

territorio de los estados de la Iglesia, para que estuviesen bajo la obediencia y jurisdicción de dicha asamblea, se le enviase algún comisario con poderes bastantes, á quien por contemplación á dicha Santa Madre, habia de dar tal favor que no pararía hasta poner en sus manos todo lo ofrecido. Al tratar del Concilio en el capítulo siguiente insertaremos el documento original referente á este singular ofrecimiento. El mismo analista confiesa que esto no tenía más objeto que atraer al Papa é impedirle que se declarase por su adversario, pues por otro lado le ofrecía arreglar á su gusto lo tocante á la residencia en la corte de Roma de los prelados, oficiales y clérigos de estos reinos.

No perdía en tanto Don Alfonso de vista las cosas referentes á la guerra, y esperando la llegada de la escuadra de Cataluña, iba operando en el Abruzzo y para lograr mejores resultados mandó que fuese á juntársele el Infante Don Pedro con sus gentes, ordenando lo propio á los Barones de Calabria. También esperaba al Príncipe de Tarento que estaba en la Pulla, aunque por parte de éste habia más dificultad en reunirse con el Rey, y por esta causa mandó armar otros mil hombres.

Añadamos que el no haber hecho el Papa ningún caso de las anteriores reclamaciones fué por el temor y recelo en que estaba desde el punto y hora en que llegó á su noticia la confederación y liga entre Don Alfonso y Felipe María de Milán, pues conocía bien á entrambos y no ignoraba la gran ambición de que se hallaban poseidos.





CAPÍTULO XXIX

SUMARIO

Representación del Rey de Navarra, en virtud de credencial de Don Alfonso, á las Cortes de Monzón.—Las Cortes de Aragón en Alcañiz votan un subsidio, suplicando al Rey que regrese á sus estados.—Cortes de Cataluña en Barcelona presididas por D.ª María. — Apresto de una escuadra. — Es nombrado capitán Bernardo Juan de Cabrera. — Solemne fiesta de la bendición de las banderas (29 Abril 1436). — El infante Don Fernando. — Documento importante sobre quien fué su madre. — Paces con Castilla. — Alistamiento de la escuadra de Cataluña. — Preparativos del Rey para la nueva campaña.

VOLVAMOS por un momento nuevamente los ojos á nuestra patria para ver lo que se proponía en Monzón y luego se acordaba en Alcañiz y en Barcelona, para socorrer al Rey y proporcionarle medios con que dar cima á su afanosa empresa.

Para hacernos cargo de lo primero, tenemos en nuestro poder un documento que, aun cuando por su cabecera parece haber sido escrito para los diputados de Cataluña, por una interesante nota que trae al pie, se ve claramente que se repitió su lectura á los de Aragón. Valencia y Mallorca.

Como lo estimamos interesante y lo creemos inédito, por más que Zurita lo conoció y hubo de calcar en él su relato, tal vez asaz compendioso en lo que á ese asunto se refiere, lo traduciremos íntegro, para que el lector se forme cabal idea de los apuros que pasaba Don Alfonso después de verse libre de su cautiverio, así como de la confianza que tenía en los súbditos de sus reinos occidentales para poder salir con bien de tan agobiado trance.



He aquí su contenido.

" La credencial explicada por el Señor Rey de Navarra de parte del muy alto Señor Rey á la corte de Cataluña, congregada en la corte general de Monzón, en virtud de ciertas cartas del dicho Señor, es del efecto siguiente:

Primeramente que, según saben bien, la señora Reyna congregó la presente Corte general para entender y proveer con ella en la liberación de la persona del Señor Rey, quien, por ministerio de la siniestra fortuna, estaba detenido en poder del ilustre Duque de Milán. Y después, por gracia divina, el dicho Señor y el dicho señor Rey de Navarra y el señor infante Don Enrique sus hermanos han obtenido plena libertad del dicho Duque, el cual en esto, como en todas las cosas, ha tratado á los dichos señores con tanta beneficencia y libertad que más no se podría decir. Y como el dicho Señor Rey, obtenida su liberación, por la salida de Milán y por la ida y permanencia en Portovéneris, haya debido hacer dispendios pertenecientes á su dignidad real, á los cuales ha hecho frente con diversas cantidades que por vía de cambio y con grandes y fuertes obligaciones han sido entregadas á su Señoría; por tanto, ruega y requiere el dicho Señor Rey de Navarra á la dicha Corte, de parte del dicho Señor Rey, que quiera subvenir al dicho Señor de alguna concerniente cantidad con la cual pueda satisfacer á la paga del dicho dinero.

Después el dicho señor Rey de Navarra partido de Portovéneris ha llegado á la ciudad de Barcelona en donde ha recibido cartas del dicho Señor Rey con las cuales le dice que, en virtud de la credencial á él encomendada, en la carta dirigida á la dicha Corte, quiere que esplique y diga á los de la dicha corte las siguientes cosas:

Esto es, que el dicho Señor Rey ha tenido noticia de que el día de San Juan que es á 27 de Diciembre, la ciudad de Génova se había rebelado al Duque de Milán, cuya rebelión es notoria por cartas de genoveses y por otros conductos. Y el dicho Señor sabe que ha sido cometida por el odio que los genoveses habían concebido contra el dicho Duque, por causa de la liberación hecha por él de las personas de los dichos señores reyes de Aragón y de Navarra y del infante Don Enri-



que y de la buena disposición de aquél hacia el dicho Señor y sus negocios; por la inicua voluntad y antigua enemistad que los dichos genoveses tienen contra el dicho Señor y los súbditos y vasallos suyos, y también por la liberación que el dicho Duque mandaba hacer de todos los prisioneros detenidos en Génova. Y hecha dicha rebelión, el dicho Señor fué avisado de que los genoveses habían armado acto contínuo cinco naves, las cuales, se dice, que no esperaban sino el tiempo necesario para ir contra el dicho Señor á Portovéneris, en donde el dicho Señor se encuentra con la conveniente provisión de vituallas; pero con poco número de gentes que sean vasallos del dicho Señor y aun de otros soldados, especialmente si se tiene en cuenta el punto en donde el dicho Señor Rey se halla. Y el dicho señor sabe de cierto que si las dichas cinco naves no hallan forma de poder hacer daño en Portovéneris, juntamente con otras fustas harán la vía de las islas para guerrear y hacer daño á aquéllas y á las otras tierras de súbditos del dicho Señor, cuya cosa es motivo de gran dolor, vituperio y deshonor, no solo del dicho Señor y de su corona, sino también de todos sus súbditos y naturales. Porque el Señor Rey, viendo que á nuestro Señor Dios plugo abrir vía por la cual su Señoría pudo entender en guerrear y castigar á los genoveses, los cuales con mala é inícua voluntad, según es notorio, le han roto la paz y la tregua, y no menos han estorbado con todo su esfuerzo las más justas empresas de sus predecesores, ha deliberado entender en la destrucción y castigo de aquéllos, teniendo singular confianza en el esfuerzo y ayuda de sus reynos y tierras. Y da por dicho que, así como en tiempos pasados han acostumbrado, mostrarán en este caso la afección y natural amor que de antes han tenido al honor del dicho Señor, en atención al caso cometido por los dichos genoveses en su persona. Y por esto el dicho Señor Rey de Navarra, de parte de dicho Señor Rey y suya, con tanta voluntad y afección como puede, ruega y encarga á la dicha Corte que quiera dar orden, con presta ejecución, de que al dicho Señor le sea hecho socorro y subvención, mediante el cual y el que confía que harán los demás reynos y tierras del dicho Señor en la presente Corte general congregados, pueda entender en la total des-



trucción de genoveses, discordes entre sí, como lo están en la actualidad. Certificándoles que el dicho Señor, considerando el gran esfuerzo y poder con que el dicho Duque de Milán entiende combatir y ya combate á los dichos genoveses por tierra, y la vejación que experimentarán de las muchas fortalezas que se tienen por el dicho Duque en la ciudad y ribera de Génova, tiene gran esperanza en Nuestro Señor que, queriéndose disponer á esto sus reynos y tierras por la mar, así como conviene y en ellos se confía, según han acostumbrado, muy fácil y prestamente se podrá obtener su destrucción y exterminio total. Y sería cosa notable si se debiese dejar perder una tan gran sazón y oportunidad de poder abatir á los dichos genoveses antiguos é implacables enemigos del dicho Señor, de sus vasallos y súbditos. Y además, por cuanto, según es notorio, el dicho Señor se halla en estos momentos en el castillo de Portovéneris, no tan bien como á su honor y seguridad de su persona sería menester, mayormente considerada la región en donde el dicho castillo está situado, es sumamente necesario, y así ruega y encarga el dicho Señor Rey de Navarra, en virtud de la dicha credencial á la dicha Corte, que por su parte dé acto contínuo orden y presta ejecución de que sean transmitidos trecientos hombres tales, que la persona de dicho Señor sea acompañada con confianza (?) de ellos. Y de igual modo sean guardados y defendidos los castillos de Portovéneris y Lerici, que son la llave é instrumento de poder hacer daño á la ciudad y ribera de Génova, y de poder llevar á debido fin la empresa que tiene el dicho Señor deliberada contra de aquellos. Certificándoles que el dicho Señor, por la singular é inexplicable voluntad que tiene á los dichos hechos, se lo agradecerá grandemente. Y será más inclinado á toda bienandanza del dicho principado de Cataluña y de los particulares de aquél, no impidiendo que la intención de su Señoría sea lo suficientemente dispuesta y buena hacia ellos, según lo ha dado bien á entender diversas veces de palabra hallándose en aquellas partes. Y ahora con la dicha carta enderezada al dicho Señor Rey de Navarra, por la cual muy expresamente muestra que su Señoría, allí donde se halla, contínuamente piensa en el pacífico, tranquilo y buen estado de sus reynos y tierras,



con gran eficacia manda, con las dichas cartas, que sus súbditos y naturales sean mantenidos y conservados en paz y en igualdad y justicia. Pospuesta toda escepción de personas y conminando, por el contrario, con el gran perjuicio que resultaría á su Señoría, no podría menos de tomar en cuenta á Dios, como con respecto á sí, lo que en contra redundara. „

Esta proposición, dice la nota, fué hecha en la mañana del sábado 11 de Febrero de 1436, en la villa de Monzón á los aragoneses; el mismo día, después de comer, á los catalanes; y el domingo 12 de dicho mes á los valencianos. El domingo 26 de dicho mes y año se comunicó á los diputados de Mallorca en la misma villa [1].

Según Zurita, los catalanes se comprometieron á invertir cien mil florines en la construcción y armamento de una escuadra, por lo cual Don Juan de Navarra manifestó á los aragoneses que sería conveniente que hiciesen el servicio en dinero.

Juntáronse las Cortes particulares de Aragón en la villa de Alcañiz y en su iglesia de Santa María el último día de Abril, con presencia del Rey de Navarra y con asistencia de Martín Díaz de Aux, Justicia de Aragón y Juez en las Cortes, y por haber concurrido muy pocos Diputados se tuvieron que prorogar. Al cabo pudieron abrirse, y después de algunas de aquellas contiendas, que eran casi de rigor en tales casos, propuso Don Juan que por el servicio del Rey y por la paz de estos reinos había trabajado en la concordia de Aragón y Castilla, esperando que se realizaría brevemente; también encareció que, pues había pasado tanto tiempo, las Cortes se resolviesen á votar el servicio que habían de hacer al Rey, si es que deseaban que fuese de algún efecto. No produjeron gran resultado tales instancias, pues habiendo otros asuntos personales ó de clase que tratar, éstos entorpecieron no poco la declaración del servicio, pero al fin, después de manifestar el deseo de que el Rey volviese á sus estados, deliberaron que fuese servido y socorrido de doscientos veinte mil florines, aunque, según sus leyes, decían, que no eran tenidos de socorrer en ta-

(1 Vid. Apéndices, VI.



les empresas como aquellas, pero que pasaban por todo, visto que la persona real, siendo su señor natural, estaba en tan grandes hechos y que no le sería fácil desistir de ellos. Fué éste el mayor servicio en dinero, según decían los que le hicieron, que hizo jamás el reino de Aragón á sus reyes. También decidieron enviar á Don Alfonso, á Alonso de Mur, Lugarteniente del Justicia de Aragón, para suplicarle que fuese servido de regresar á estos reinos, y que los cincuenta mil florines del último plazo sirviesen para los gastos de su venida. La disolución de aquellas Cortes se efectuó el día 5 del mes de Octubre.

Mientras esto sucedía en Alcañiz se congregaban los catalanes en Barcelona en virtud de la convocatoria expedida el 15 de Abril desde Lérida por la Reina Doña María, Lugarteniente general de Cataluña. La campana de la catedral llamaba á los diputados el día 21 de Mayo á la sala capitular para la celebración de la sesión de apertura. A las tres de la tarde la Reina se sentaba en el sólio pronunciando un breve discurso en elogio de las anteriores Cortes de Monzón y de los acuerdos en ellas tomados, manifestando también la necesidad de realizar muy presto los armamentos navales. Contestó la asamblea que la comisión de los nueve quedaba encargada de ello y que los demás negocios se resolverían con el pulso acostumbrado. Pronto surgieron igualmente reclamaciones y discordias, siendo esta vez el motivo la revocación de la *paz y tregua*, dando pié á que Doña María manifestase que jamás había sido su ánimo ofender á nadie y declarando que estaba pronta á reformar aquella promulgación; sin embargo, hubo grandes discusiones y disgustos, y fué necesario que la Reina desplegase una energía superior á su sexo para que todo pudiese conducir en paz (1).

A pesar de ello, los preparativos navales no dejaban de adelantar, como lo prueba el relato que hallamos en las *Memorias Históricas de Barcelona*, de Capmany (2). de la siguiente solemne y aparatosa función que tuvo lugar en la catedral, calles y playa de la capital del Principado.

(1) Coloren y Pella. Cortes catalanas.
(2) Esta relación la tradujo Campmany del *Libre de coses asenyalades* de Comes.



"Solemnidad que se ha hecho para la bendición de las banderas abaxo expresadas en 23 de Abril de 1436 en la ciudad de Barcelona, con motivo de la armada que deben aprestar contra los Genoveses las nueve personas diputadas por los tres Brazos (Estados) del Principado de Cataluña en las Cortes generales, que pocos días há celebró en la Villa de Monzón la Señora Reyna, como á Lugar-Teniente del Señor Rey.

Y fueron los Reverendos, Nobles y muy Honorables.

Por el Brazo Eclesiástico.

El señor Obispo de Barcelona.
Mossen el Abad de Arles.
Misser Francisco *Desplá*, Canónigo.

Por el Brazo Militar ó Equestre.

El Noble Mossen Juan Roger de *Eril.*
Mossen Berenguer de *Montbuy.*
Beltrán de *Vilafranca.*

Por el Brazo Real.

Mossen Juan *Lull* Conceller decano de Barcelona.
Narciso *Miquel*, Jurado de Gerona (1).
Pedro *Castelló,* Consul de Perpiñan.

Siendo estas personas diputadas por el Principado de Cataluña para aprestar una escuadra de diez galeras y seis naves armadas, equipadas de hombres de armas, ballesteros, marineros y galeotes, de la qual fué nombrado Capitán el Noble Don Bernardo Juan de Cabrera Conde de Módica; para poner en execución dicho armamento, lunes fiesta del Bienaventurado Señor San Jorge, que se contaban 23 del mes de Abril del año 1436, se celebró solemne Misa en la Cathedral de la Ciudad de Barcelona, y después de concluida, dicho Reverendo

(1) Narciso Miquel dejó no poca memoria de sí en el archivo municipal de Gerona. Estando en la corte en el año de 1435, los jurados de dicha ciudad le encomendaron la gestión de asuntos muy delicados, entre los cuales hay que citar en primer término el procurar que el clero levantase el entredicho lanzado contra todo el vecindario, á consecuencia de haber dichos jurados impuesto la contribución llamada de *cabessatge* (capitación) sobre las carnes, á cuyo pago quisieron obligar á todos los vecinos, sin esceptuar á todos los eclesiásticos. El objeto de este arbitrio no era otro que el de subvenir el coste de las obras necesarias para el encauzamiento del río Ter.

Años antes suena en los documentos de dicho centro un Gabriel Miquel, gran fautor de banderías y mantenedor de discordias, en guerra con Bernardo Estruch y Luis de Pontós. No sabemos si sería el padre del Narciso.

Vid. Julián de Chía — *Bandos y bandoleros de Gerona* — Gerona 1888.



Señor Obispo fué revestido dentro de la Capilla de Santa Eulalia para hacer el oficio de la bendición de las banderas y estandartes, que debían enarbolarse en la plaza de la Mar para alistar gente al servicio de las dichas diez galeras y seis naves armadas. Y enterado dicho Conde de Módica de que las mencionadas nueve personas diputadas, alegando haber encontrado otros antiguos exemplares, habían resuelto, que el estandarte del Conde de Cardona, Almirante, fuese llevado y colocado primero que el del Capitán General, determinó salirse de la Cathedral, hacer sacar su estandarte, y no asistir á la función, como realmente fué executado. En vista de esto, el Señor Obispo, instado y requerido por los nueve Diputados, procedió á bendecir las banderas y estandartes siguientes: la bandera de San Jorge y la Real, y los estandartes del Almirante y Vice-Almirante: cuya bendición concluida, inmediatamente dichas banderas y estandartes fueron llevados á la expresada plaza de la Mar en la forma y orden siguientes.

Primeramente: saliendo de la Cathedral iban diez trompetas.

Después iba la bandera de Santa Eulalia, y los gonfalones nuevos con la cruz de dicha Iglesia.

Después iban todos los Canónigos, Beneficiados y Presbyteros de dicha Cathedral, con sus capas solemnes.

El fin de la procesión lo cerraba el Abad de San Cucufate del Vallés vestido de Pontifical.

Detrás iban tres xirimías y una trompeta.

Después dos Heraldos con sobrevestas de Armas.

Después venía el Señor Obispo de Barcelona sin vestiduras pontificales, el qual llevaba la bandera de San Jorge: é iba acompañado de Mossen Roger de Eril á la derecha, y de Narciso Miquel á la izquierda.

Después iba Mossen Juan de *Corbera* Gobernador de Cataluña, el cual llevaba la bandera Real, acompañado del Abad de Arles, y de Pedro Castelló á la derecha, y de Mossen Berenguer de Montbuy á la izquierda.

Después iba Don Hugo de *Cardona* hijo del Conde de Cardona, y llevaba el estandarte de su padre el Almirante, acompañado de Mossen Francisco *Desplá* á la derecha y de Beltrán de *Vilafranca* á la izquierda.



Después iba Jayme Bertrán, quien llevaba el estandarte de Mossen Antonio Bertrán, Vice-Almirante, acompañado del Noble Mossen Gerardo de *Cervellón* á la derecha y de Mossen Francisco *Armengol* á la izquierda.

Después iban los honorables Señor Veguer (Vicario Real) á la parte derecha en primera graduación; Mossen Juan Lull, Conceller decano de la Ciudad, á la izquierda en segunda graduación; y Mossen Pedro de *Palou* Diputado, en medio, en tercer lugar.

Después seguían los demás Concelleres del Ayuntamiento, y otra gente de distinción uno detrás de otro procesionalmente.

Partiendo en esta forma de la Cathedral, fueron por la plaza del Rey á la Corte del Veguer y por la calle de la Mar hasta la plaza de la Lonja, donde había dos grandes tablados, en uno de los cuales estaban fixadas dos entenas grandes, y tres astas: y de aquí se volvió la Clerecía á la Cathedral. Entonces las citadas personas que llebaban las banderas y estandartes juntos con los laterales que los acompañaban subieron á dicho tablado: y los honorables Mossen Juan Lull con los otros Concelleres, Diputados del General, y demás gente distinguida subieron al otro tablado.

Los que habían llevado las banderas y estandartes fixáronlas en su lugar: es á saber, la de San Jorge fué colocada primeramente en la primera entena: después lo fué la bandera Real en otra entena inmediata: y en la segunda asta fué fixado el estandarte del Almirante; y el del Vice-Almirante se tremoló en la última: los cuales y las banderas se alzaron con grito general del pueblo, y al son de trompetas y chirimías.

Item: después Jayme *Joan* Comitre de galera gritó los *vicas* por tres veces según era costumbre.

Después dicho Gobernador de Cataluña, teniendo en la mano una bacía de plata, en que había hasta 15 libras (unos 160 reales de vellón) en dineros menudos, los arrojó por las cuatro caras del tablado entre el pueblo. Lo qual concluido, los honorables Concelleres, los Diputados y demás gente distinguida que se hallaban allí, baxaron y se volvieron.

Item: después los dichos Señor Obispo, Gobernador, Mo-



ssen Juan Roger de Eril, Narciso Miquel, el Abad de Arles, Mossen Berenguer de Montbuy, Pedro Castelló, Mossen Francisco Desplá, y Beltrán de Vilafranca baxaron de su tablado: y con las trompetas y chirimías pasaron más abaxo á fixar quillas para ocho galeras: y fueron puestas una por el Señor Obispo de Barcelona: otra por el Gobernador; otra por Mossen Juan Roger de Eril; otra por Narciso Miquel; otra por el Abad de Arles; otra por Mossen Berenguer de Montbuy; otra por Pedro Castelló: y otra por Mossen Francisco Desplá.

Después de ésto los sobredichos, acompañados de las trompetas y ministriles fueron á la mesa de los alistamientos; y alli quedaron algunos para reclutar hombres de armas, ballesteros, marineros y galeotes, teniendo en ella depositados 15 mil florines. Acabado todo, cada uno se fué á su casa á comer, y eran entre la una y las dos horas después del medio día ..

Dice Zurita que á los valencianos se les señaló la villa de Morella para la celebración de Cortes, pero ninguna noticia nos dá después de ellas, ni tampoco hemos podido averiguar nada en ninguno de los demás autores que hemos consultado. También afirma el citado analista que el Rey había dado poder á su hermano Don Juan para continuar y celebrar las Cortes, además de los reinos de Aragón y Valencia, de Mallorca, á lo cual hace observar Bofarull que, dada la organización política de aquellos tiempos y recordando la agregación de Mallorca á Cataluña, desde el tiempo de Pedro el Ceremonioso, no se concibe qué puede significar Cortes de Mallorca, cuando ni Diputación tenía este antiguo reino.

También debemos dar cuenta de una orden del Rey que servirá como de preludio á la entrada en escena de un nuevo é importantísimo personage destinado á figurar en primer término en las cosas de Nápoles. Por conducto de Mateo Pujades, á quien ya hemos visto confiar comisiones delicadísimas, mandó Don Alfonso que Don Fernando su hijo, que estaba bajo la guarda y crianza de Gimen Perez de Corella, fuese á Valencia y allí se preparase para pasar al Reino, encargando que fuese acompañado de alguna persona notable y de su Maestro y Casa que se debia componer de hijos de personas principales. El Rey le llamaba Infante, como si fuera habido



en legítimo matrimonio, siendo así que era natural y cuya madre ha quedado hasta hoy envuelta entre las sombras del misterio. Sólo se conjetura algo de ella por lo que dejó escrito un literato de la Corte de Nápoles, Juan Pontano, no Juan Joviano Pontano, como escribe Zurita, pues el nombre de Juan (Giovanni) lo trocó por el de Gioviano por afectación de antigüedad, como veremos en los capítulos destinados á tratar del Rey como protector de las letras. Dice este docto académico que hubo variedad de opiniones acerca de quien fué la madre del Infante y que el no haberlo declarado jamás el Rey, limitándose á decir que era dama ilustre y principal y mejor que él, dió á sospechar que Don Fernando fuese hijo incestuoso y su madre la Infanta Doña Catalina, cuñada de Don Alfonso. También escribe que se publicó que era hijo de Vilardona Carlina, pero él mismo sospecha que éste fué un nombre supuesto y que el autor de esta superchería había sido Gimen Perez de Corella. El Papa Calixto, enemigo declarado de Don Fernando al tiempo de su sucesión en el Reino, decía que era nacido y engendrado de un hombre bajo y de muy vil condición, y no era que no le conociese de tiempo, pues hicieron juntos el viage de Valencia á Italia en una misma galera, que si bien entonces sólo llevaba á un obispo y á un Infante, llevaba empero al que había de ser rey y al que había de ser papa. Otros, según Zurita, congeturaron que fué hijo de Doña Margarita de Hijar, dama de la Reina Doña María, á quien ésta hizo ahogar en ocasión en que se hallaba en cinta, aprovechando la ausencia del Rey que había ido á una montería hácia Liria y San Mateo. Al regreso de Don Alfonso y al enterarse de aquella impensada muerte sospechó lo que había sido, jurando no volver á ver jamás á la Reina. Tal vez diera ocasión á estas sospechas la circunstancia de haber ido luego el Rey á Barcelona para preparar su segunda expedición á Italia en la que acabó sus días.

En el Registro n.º 2718, fol. 72, del Archivo de la Corona de Aragón se lee un documento inédito que aclara de una vez todas las dudas que pudieran abrigarse respecto de la madre del infante Don Fernando. No hay nada de lo de dama ilustre y principal, nada de Vilardona Carlina, nada de Doña Marga-



rita de Hijar y mucho menos de incesto y de infanta Doña Catalina. El que pudo rastrear un tanto la verdad fué el papa Calixto, pues el marido de la madre adulterina de Don Fernando era, sino un hombre vil y bajo, á lo más una persona oscura que no dejó memoria alguna de sí. El documento á que nos referimos y que damos por nota es una orden del Rey dirijida á su consejero y tesorero general Mateo Pujades, fechada en el Mason de la Rosa á 28 de Junio de 1444, en la que le manda que dé trecientos florines de oro de Aragón á Gaspar Reverdit, marido de la madre del infante Don Fernando, ya que había deliberado que ésta y la abuela del mismo pasasen al Reino de Nápoles, previniéndole, además, que proporcionase á dichas mujeres presto y oportuno pasage y les aconsejase en todo lo que pudiera serles necesario y útil en la expedición del referido pasage, rogándole que no pusiera dificultad ni dilación alguna (1).

Por este tiempo también se asentaron paces perpétuas entre los reyes de Aragón y Castilla. Fuera injusto no elogiar á Don Juan por lo atinado que estuvo en la dirección de estas negociaciones. Mandó éste una embajada á Toledo, que llegó allí el día 22 del mes de Setiembre, compuesta de Don Alonso de Borja Obispo de Valencia, Don Juan de Luna Señor de Illueca, Don Jaime de Luna su hermano, Don Pascual de Oteiza, Pedro de Peralta y el Prior de Vélez. En dicha ciudad encontraron á los plenipotenciarios del Rey de Castilla que lo eran Don Juan de Luna Arzobispo de Toledo, hermano del Condestable de Castilla, el Maestre de Calatrava y Don Rodrigo Alonso de Pimentel Conde de Benavente. La paz perpe-

(1) Lo Rey Darago etc.

Tresorer; nos havem deliberat e ordenat que la mare del Illustre e car fill nostre Don Ferrando Darago, la avia vinguen e passen en aquest Realme; per tal vos encarregam stretament e manam per algun tant se puxen metra en punt de continent sens dilacio alguna donets an Gaspar Reverdit marit de la mare del dit don Ferrando CCC florins dor Darago é per nostra amor los endrecets en fer los haver ben prest e opportun passatge e les consellets en tot lo que necessari e util los sia en la expedicio del dit passatge. E en aço vos pregam no metats dificultat ó dilacio alguna, car summament desijam les dites dones vinguen, axi haiatz vos hi per servey nostre segons de vos confiam dada en lo nostre camp Royal en lo Masso de la Rosa a XXVIIII° dies del mes de juny del any mil CCCCXXXXIIII. Rex Alfonsus. Facetz que haia luego recaudo.

Dominus Rex mandavit michi Arnaldo de Fonolleda.

Al amat Conseller e Tresorer general nostre mossen Matheu Puiades.

(*Archivo de la Corona de Aragon.* — *Registro n.° 2718 f. 72*).

tua fué firmada entre Don Alfonso y sus hermanos por una parte y el Rey de Castilla por otra, concertándose además el casamiento de Doña Blanca, hija de los reyes de Navarra, con Don Enrique Príncipe heredero de Castilla.

Para despedirnos de nuestra patria daremos cuenta de otra noticia que hallamos en Zurita: nos referimos á la declaración del Rey que era su voluntad y estaba determinado que la Reina Doña María su mujer fuese á Nápoles y que el Rey de Navarra quedase de Lugarteniente general en estos reinos y en el Principado de Cataluña. Si este mandato existió la verdad es que quedó completamente irrito.

¿Qué era en tanto, preguntará tal vez el lector, de la escuadra que se preparaba en Barcelona para acudir en socorro del Rey?

Nada nos dicen Fazio ni Zurita de ella, hasta que este último la hace aparecer de improviso, ó sea sin mentar antecedentes, en las aguas de Italia.

Por fortuna Bofarull llena perfectamente este vacío consignando que, según los dietarios de la Diputación, el día 23 de Agosto, el General Conde de Módica se recogió ya en la galera capitana ó de más porte *(grossa)* de la que era patrón En Juan de Junyent; que el día 26 por la noche á hora de primera guardia (*á la primera guayta*) partieron ya las once galeras armadas que el Principado enviaba contra los genoveses: que el 12 de Setiembre partieron del puerto de Cadaqués las mismas once galeras y cuatro bergantines armados; y que el 15 de Diciembre lo verificaron tres naves de la playa de Barcelona.

El Rey escribía desde Capua á 12 de Noviembre, que la armada había llegado á Gaeta.

Parte de ella fué luego á los castillos de Nápoles donde estaba el infante Don Pedro, para llevarle á Castellamare, dejando cien soldados para que estuviesen á su defensa bajo el mando de Angelo Moresmo.

Estando el Rey en Soma á 22 de Diciembre confirmó en el cargo de capitán general á Bernardo Juan de Cabrera, como lo habían pedido los catalanes [1].

1. Véase en los Apéndices VII el Memorial del Rey para el servicio que debía prestar la escuadra.



Además de aquella escuadra, que junto con las naves que se habían salvado del desastre de Ponza, no dejaba de ser muy fuerte para aquellos tiempos, había reunido el Rey un gran ejército, pues contaba con las fuerzas que acudillaban los siguientes potentados: Juan Antonio Orsini y de Baucio, Príncipe de Tarento, Gabriel Orsini Duque de Venosa, su hermano, Juan Antonio de Marzano Duque de Sessa, Ramón Orsini Conde de Nola, Francisco Orsini, Prefecto de Roma, Ursino de Orsini, su hermano, Dulce Orsini Conde de la Anguilara, Pedro de Trana, Francisco Paudon, Juan de Ventimiglia Marqués de Girachi, el Conde de Morcon, Jacobo Gaetano Baron de Muro, Bertoldo Antonaccio, Alejandro y Jacobo Orsini y muchos otros príncipes y caballeros. No bastándole tan poderosos ausiliares trató también el Rey de captarse la neutralidad, y si posible fuese la benevolencia del Conde Francisco Sforza, dando poderes al príncipe de Tarento para firmar liga y unión con dicho caudillo, bajo la base de que Don Alfonso no hostilizaría las ciudades, tierras, lugares, castillos, súbditos y vasallos que tenía en el Reino á cambio de la promesa de que no haría la guerra al Rey (1).

Dejemos para más adelante la narración de las operaciones

(1) Nuy Alfonso etc. fachemo chiaro noto et manifesto ad tutti presenti et futuri chi vederanno ó legeranno questa presente nostra scripta, comé per certe rayuni et boni respecti digne nostra mente mouenti et ancho per conservacione et augmento de nostro stato, alo S. Johanne Anthonio de Baucio de Orsinis principe de Tarento Gran Conestable del Reame de Sicilia etc. etc. afine collaterale Consiliario et fidele nostro sincere dilecto, havemo concessa et per la presente de certa nostra sciencia per la presente concedemo plena generale llibera et omnimoda auctorita potesta licencia et special comandamento de mandare uno deli soy ad ipso grato de qualcuncha stato grado dignita et condicione se sia, del quale lo nome nella presente volimo et avimo pro expresso et contractar fare et firmare liga unione fructa et confederacione con lo Excelente et potente S. conte Francisco Sforcia, vicecomte de Cotigniola et aniano, comte della Marcha Anthonitana Marchione et del Santissimo Signore nostro Papa et de la Santa Romana Eclesia Canfaloneri etc. como et quale ad ipse parte convenenti parra expediente et porrannose insime convenire; concedendo et dando plenaria et libera potestate et auctoritate al prefato principe che porza promettere al prefato S. Conte che nuy non offenderemo ne faremo offendere ad nulla de le cita terra locas et castella anche subditi et vasalli che ipso ha in questo reame prometendo lo dito S. conte non far guerra ne offendere ad nuy ne en cita terra loca et castella subditi vassalli gente darme in lo dito reame. Et ad cautela delo dicto principe restino et certesa de cunta apparsene et al futuro porra appartenere ve avino facta fare questa presente nostra scripta subscripta de nostra propria mano et nuciata de nostro proprio nicio ritu consuetudine et Regni Capituli et observancia de nostra corte per alguno modo ad questó contrari ante nullatenus obstituris. Data ex nostro felici exercitu propre Marchanisium die nono decembris XV indiccione anno Domini MCCCCXXXVI. Rex Alfonsus.

Reg. n.° 2695 fol. 11.



que se emprendieron con tantos y tan poderosos elementos. Don Alfonso en su grandísima previsión y constante buen tino, quiso, sin embargo, asegurarse de la cooperación de los recursos navales en el año venidero, á cuyo efecto escribió á la Reina que, si bien la escuadra se le había presentado en el puerto de Gaeta, á causa de haber sabido que él no se hallaba bien de salud, con todo, agradeciendo como agradecía aquella muestra de la afección que los leales vasallos deben á su Señor, había deliberado mandarla muy presto á la ribera de Génova para que la infestase y guerrease tanto como fuera posible; que para que esto se verificara con probabilidades de buen éxito, había dispuesto también reforzar la propia armada con la mayor parte de las galeras reales; que no obstante no había que perder de vista que no era el invierno la estación más á propósito para aquella clase de operaciones marítimas. Luego añadía haber llegado á su noticia que los genoveses se preparaban eficazmente para la primavera próxima, tratando de armar todas las más galeras y naves que les fuese dado para hostilizar á las de Cataluña y del Rey y hacer daño á los reinos y tierras de la monarquía; que por lo tanto era necesario que la misma Reina proveyese, de acuerdo con las Cortes de Cataluña, que en ningún caso se quisiera sostener la escuadra solo para aquel invierno; pues de desarmarla, sería imposible volverla armar en la primavera inmediata siguiente, conviniendo, al contrario, que se procurase reforzarla; pues de no proceder así, los genoveses se armarían á su placer y sin contrariedad alguna. Si acatándose sus consejos, la armada de Cataluña se hallase en aquella ribera y comarcas colindantes, serviría de gran impedimento á los malos propósitos de los genoveses y les estorbaría sus armamentos marítimos. Entonces, continuaba diciendo, que haciendo él el esfuerzo que tenía en proyecto en las partes de Nápoles durante el verano venidero, esperaba causar á los genoveses tal daño, que consumaría su total destrucción. Anunciaba á la Reina que sobre lo mismo había escrito á las Cortes y á varios particulares, á las cuales podría ella referir en la forma que estimase más conducente cuál era su intención. Y terminaba diciéndole que presto despacharía á mosen Berenguer Dolms por el cual recibiría la contestación



á las cosas que le había encomendado, así como le comunicaría otras que no se podían confiar á la pluma. La carta está fechada en Capua á 12 de Noviembre de 1436. Refrendola Arnaldo de Fonolleda (1).

(1) Vid. Apéddices, VII.





CAPÍTULO XXX

SUMARIO

Actos del Concilio en 1436. — Fórmula de profesión de fe del Papa. — Decretos sobre los Cardenales. — Carta del Rey adhiriéndose al Concilio. — Instrucciones á su limosnero Fray Bernardo Serra. — Diferencias en los legados del Papa. — Embajada del Concilio á Eugenio IV pidiendo la aprobación de lo decretado. — Contestación evasiva. — Carta del Rey á su limosnero. — Instancia del Rey para que los obispos de sus estados vayan al Concilio. — Nuevas instrucciones á sus embajadores.

El día 25 de Marzo de 1436, celebró el Concilio su vigésima tercera sesión en la cual desenvolvió algunas reformas someramente indicadas en la cuadragésima del de Constanza.

He aquí las disposiciones decretadas:

Que diez y siete días después de vacar la Santa Sede, los Cardenales se reunirían en una capilla próxima al conclave para salir de ella procesionalmente de dos en dos, cantando el himno del Espíritu Santo y que acompañados de dos oficiales, de los cuales el uno sería secretario, ingresarían en el conclave; que inmediatamente después se cerrarían las puertas y se prohibiría á los conclavistas toda comunicación con el exterior, á fin de que el sosiego de la soledad les hiciese más aptos para recibir las inspiraciones secretas del Espíritu Santo que debe presidir á la elección.

Añadieron en segundo lugar que el Papa, en el día que fuese elegido, debía hacer la profesión de fé, según la fórmula ex-



presada en la sesión trigésima nona del Concilio de Constanza, y á fin de que conservase el recuerdo de esta promesa durante toda su vida, ordenaron que la renovase todos los años el día del aniversario de su elección ó de su coronación, y que el Cardenal primero la leyese en alta voz, á presencia del mismo Papa, en el acto de la misa, advirtiéndole que fijase la atención en ella y cuidase de observar fielmente todos sus artículos en honor de Dios, por la salvación de su alma y utilidad de la Iglesia.

He aquí el texto de la profesión que debía hacer. "Yo N. elegido Papa, profeso y prometo de corazón y de boca á Dios Todopoderoso, cuya Iglesia voy á gobernar con el auxilio y en presencia del Bienaventurado Pedro, Príncipe de los Apóstoles, que tanto como el Señor será servido de conservarme esta vida frágil, creeré y sostendré firmemente la fé católica, según la tradición de los Apóstoles, de los Concilios generales y de los Santos Padres, particularmente de los ocho primeros concilios á saber: 1, de Nicea; 2, de Constantinopla; 3, de Efeso; 4, de Calcedonia; 5 y 6, de los dos de Constantinopla; 7, del segundo Concilio de Nicea; 8, del cuarto de Constantinopla; así como las decisiones de los Concilios de Letran, de Lyon, de Viena, de Constanza, de Basilea y en general de todos los demás concilios, cuya fé conservaré toda entera hasta dar mi vida y derramar mi sangre por ella. Juro igualmente continuar con exactitud la convocación de los concilios generales y de mantener las elecciones según lo prescrito por el Santo Concilio de Basilea."

El mismo decreto habla extensamente de los deberes de los Papas: por ejemplo, para limitar en algún modo la afección, á menudo desordenada, que tenían hácia las personas de su familia, siendo ésto causa de que sacrificasen algunas veces la justicia y el mérito verdadero á miras humanas ó profanas, les prohibe dispensar sus favores á los parientes más allá del segundo grado, entre cuyos favores se cuentan los de hacerles duques, marqueses, condes, capitanes, gobernadores de ciudades y castillos ó el darles cualquiera otro gobierno en las tierras que pertenecen al patrimonio de la Iglesia Romana, evitando así escándalos que la experiencia atestiguaba.



El Concilio se ocupó también de los Cardenales, desenvolviendo el espíritu de lo decretado por los padres de Constanza. He aquí algunas de las principales decisiones. Redujo el número á veinticuatro, á fin de que la Iglesia no sufriera lesión y no fuese envilecida por el exceso de ellos; quiso que fuesen elegidos de todas las partes del mundo cristiano, con el objeto de que las decisiones que atañen á los intereses de la Iglesia se tomaran con mayor facilidad y madurez; ordenó que no se eligiese á aquellos que no reunieran la virtud á la ciencia y que hubiese algunos que fuesen hijos, hermanos ó sobrinos de Reyes ó de Príncipes; proscribió el nepotismo, disponiendo que los sobrinos del Papa ó de algún Cardenal vivo no fuesen elegidos; que tampoco debieran serlo los hijos de ilegítimo matrimonio ó manchados por algún crímen infamante; que tan pronto como la Iglesia griega quedase unida con la latina, se confiriese á algunos griegos la púrpura cardenalicia, y que tanto éstos como los latinos, no fuesen elegidos por el Papa, ni por arte de solicitaciones secretas, sino por la vía del escrutinio; acabó, por fin, este articulado referente á los Cardenales, señalándoles los bienes de que debían disfrutar.

En último término el Concilio, en la propia sesión casó y dió de nulidad todas las gracias espectativas, mandatos y demás reservas de beneficios que los Papas habían acostumbrado á aplicar en provecho propio.

Como hemos indicado en el capítulo anterior, el Rey se adhirió al Concilio de Basilea, empezando por mandarle la siguiente muy cariñosa y muy expresiva carta, que figura en la correspondencia del mismo. Está fechada en Gaeta el día ocho de Marzo, y de ella se dió lectura en la congregación general, habida la víspera de Pascua que cayó á siete de Abril del mismo año.

He aquí su tenor: " Al sacrosanto Concilio general de Basilea, legítimamente congregado en el Espíritu Santo, representante de la Iglesia universal, el hijo humilde y devoto de la misma santa Iglesia, Alfonso, por la gracia de Dios, Rey de Aragón y de Sicilia de la parte de acá y de allá del Faro. Sacratísimo Concilio legítimamente congregado en el Espíritu Santo: hace tiempo que deseábamos enviaros una solemne em-



bajada, lo cual á la verdad, según era debido, hubiéramos realizado hace tiempo, si no hubiésemos tenido impedimentos, de todo el mundo sabidos. Un intrincado cúmulo de asuntos de mucha monta, ligados de una manera inextricable, nos impidió realizarlo, más nó la voluntad, la cual, Dios es testigo, fué siempre ardiente hácia vosotros. Pero ahora que se nos ha hecho un relato verídico del cuidado, del celo y finalmente de la vigilancia con que os dedicais á aquellas cosas que más atañen á la reforma de la Iglesia, á la extirpación de las herejías y á la paz entre los príncipes del siglo, del modo como habeis tomado á pecho, no sólo la unión de los bohemios, que, con la ayuda de Dios, procurais se concluya por medio de empeñadas discusiones y de incansables é inauditos trabajos, si que también de los esfuerzos que haceis para que la vuelta de los griegos á la cristiana grey, por tanto tiempo con avidez apetecida, se consiga felizmente: queremos no demorar ya más, sino antes bien cumplir aquel laudable propósito, acariciado de antiguo en nuestra mente, y ésto no sólo con alegría, sino además, según creemos, por instigación de algún aviso divino, por más que no nos hallemos enteramente libres de las mismas dificilísimas atenciones que antes nos lo impidieron. Deseando, pues, que nos hagais partícipes de tantas obras buenas, cuyo fruto es glorioso, vosotros que cultivais tan asíduamente la viña del Señor, en lo que habeis de proseguir, en presencia del Padre Eterno de las luces, Creador de todas las cosas: decretamos enviar á vuestra asamblea una embajada revestida de la más insigne autoridad, pues ya que no hemos soportado diariamente el peso y el calor de vuestros trabajos, tal vez nos quepa aún alguna parte, acaso buena y grande, por la cual podamos, asistidos de la divina clemencia, secundar á aquellos que acudieron primeramente, trabajando eficazmente en la misma viña y ayudándoos con todas nuestras fuerzas al logro de la deseadísima y feliz reducción de los griegos. Cuando se haya verificado la extensión del culto divino á beneficio y concordia de los mismos, entonces discurrimos muy necesario consagrar perpétuamente á vuestra sempiterna memoria una corona inmortal é inmarcesible. Ya están elegidos los barones á quienes se ha de cometer la representación de esta provin-

cia. Además hace poco dirigimos letras y mensageros á todos nuestros estados y seguiremos mandándolos de nuevo, por medio de los cuales exhortamos á todos los reverendos prelados, á muchos aventajados intérpretes de las sagradas letras y finalmente á muchos doctores en derecho civil y canónico á que, para que se consuma breve y fácilmente tan piadoso negocio, vayan hacia vosotros, compelidos por nos en cuanto compete á nuestra autoridad. Los legados están para partir y no han de tardar mucho tiempo en reunirse á vosotros. Lo mismo se hará respecto de los demás que os hemos indicado. Si algo más pudiéramos hacer por la Iglesia de Dios y por vuestra estabilidad y conservación, lo haremos con gran contentamiento de nuestro ánimo. Dado en nuestra ciudad de Gaeta el día ocho de Marzo del año 1436 de la Natividad del Señor — Rey Alfonso.'„

Por el tenor de esta carta y por otras que copiaremos se ve evidentemente que el Rey, movido por la enemiga que le mostraba Eugenio IV, no tomó disposiciones eficaces para mandar sus embajadores al concilio hasta el año de 1436. Sin embargo Zurita al hablar de las cosas correspondientes al año de 1435 escribe: " El Rey supo por cartas de Juan Vitellesco de Cornetto, Patriarca de Alejandria, dirijidas al Conde Francisco Orsino, que su hermano, que mandaba gente de guerra á sueldo del Rey no trataba de venir á su servicio; porque si los de la casa de Francia lo supiesen se declararian por enemigos del Papa, creyendo que habia dado su consentimiento. Don Alfonso escribió á sus embajadores en el Concilio de Basilea para que se viesen con el cardenal Orsini y le hiciesen presente la estrañeza con que habia sabido aquella novedad, puesto que hasta entonces tuvo siempre por cierto el ser servido en aquella guerra por la casa de los Orsini. „

No dudamos que el Analista aragonés vió la carta en que esto escribía Don Alfonso, pero presumimos que el tal documento debió dar lugar á alguna equivocación de fecha.

Además de esto muy pronto se puso en camino fray Bernardo de Serra, que tal vez sería el portador de la misiva transcrita, á quien se entregaron además importantes instrucciones encerradas en el memorial que le habia de servir de go-



bierno para el desempeño de su delicadísimo cometido, por lo cual conviene que demos menuda cuenta de ellas.

En primer lugar debía presentar sus credenciales y excusar á S. M. ante la sacra asamblea, de la dilación en enviarle los embajadores que le tenía anunciados en sus últimas cartas, asegurando que estaba trabajando para que pudiesen partir en el más breve plazo posible. Se advertía á Serra que, al dar las indicadas escusas, guardase la forma que le había encomendado S. M.

También se le encargaba que viese el modo de que el cardenal de Lérida, los prelados y embajadores que S. M. debía enviar próximamente, antes de hacer su ingreso en Basilea, se reuniesen *ad civitatem Gebenni* ó en cualquiera otro lugar que les pareciese bien, esperándose unos á otros, á fin de hacer su ingreso en la primera de las dos citadas ciudades en el mayor número y de la manera más decorosa posible.

Al llegar los embajadores á Basilea debían reiterar las escusas de su dilación, refiriéndose ó las dadas ya por medio de las cartas de S. M. y por conducto del mismo Serra.

En el caso de que en una congregación general del Concilio se propusiera algo por parte del Duque Renato sobre las ocurrencias del Reino, se debía responder por los embajadores de S. M. si les pareciese bien en forma latísima, como era sabido de toda la Cristiandad que estando el Rey en Sicilia y en Cerdeña con su poderosa escuadra de naves y galeras. la Reina Doña Juana segunda de Jerusalén y de Sicilia, de la parte de acá del faro, se hallaba sitiada por Luis de Anjou, y considerando que solo por medio de la protección de S. M. podía librarse de las asechanzas de sus enemigos, por consejo y asentimiento general de sus súbditos, mandó diversas solemnes embajadas al Rey, rogándole y requiriéndole que la sacase, así como á su Reino, de la gran opresión en que se hallaban: á cuyos ruegos atendió S. M., mandando un caudillo con muchas naves y galeras para que la socorriera y ayudara. Viéndose libre por medio de este presidio del peligro y opresión en que se había hallado, quiso granjearse la gratitud del Rey, á tenor de lo que antes había prometido: de suerte que, con el consejo y asentimiento de los barones y próceres, arrogó á Don



Alfonso por hijo legítimo y sucesor suyo en el Reino de Sicilia de esta parte del faro; por cuya razón los mismos barones y súbditos debieron prestarle unánime y solemnemente el juramento y el homenage de su fidelidad. Acerca de esta materia los embajadores de S. M. tenían facultad de extenderse, según les pareciera, aduciendo todo aquello que estimaran conducente á la defensa de la causa del Rey.

Si por acaso los embajadores de Renato procuraran que los asuntos del dicho Reino de Nápoles fuesen resueltos por los votos de las diputaciones al dicho Concilio, S. M. quería y ordenaba expresamente que sus embajadores de ningún modo consintieran en ello, ni á ello dieran lugar, antes bien, en el caso de que entendieran que dicha materia hubiese de tratarse de tal modo, debían disentir y protestar enteramente, y con todas sus fuerzas ver de impedir todo género de votación.

También se le encomendaba que por ningún estilo los embajadores y padres de la Corona de Aragón cedieran el derecho de prelación que les correspondía, tanto por lo que tocaba á los reinos de España, como por el de la Pulla, (así solía nombrarse algunas veces el de Nápoles) á los embajadores del Duque Renato, llegando, si necesario fuese, hasta romper con ellos.

Si apelando á la costumbre, se quisiese poner de acuerdo á entrambas partes respecto de la cuestión de los asientos, los embajadores de S. M. debían admitir á los diputados que para ello se designasen, pero solo con el exclusivo caracter de mediadores, y nunca con el de árbitros revestidos de la facultad de fallar, siempre que viesen que de sus decisiones ó conclusiones podían salir perjudicados en algún modo.

Además, si los embajadores de S. M., á causa de la referida cuestión de los asientos, ó sea de la ruptura, no entrasen en la congregación general, el Rey se conformaba, en el caso de que les pareciera conveniente, que tomaran asiento en las secciones, con tal que no se permitiera que tuviesen prelación los embajadores de Renato. Sobre la distribución hacedera por las diputaciones, así los embajadores de S. M. como de las demás naciones que habían de colocarse en sitios inferiores, que-



ría que se procediese equitativamente, de suerte que fuesen distribuidos con la mayor equidad posible, rechazando en absoluto todo lo que no redundase en beneficio suyo y en servicio de S. M.

Si los embajadores de S. M. debiesen contender con los del Rey de Castilla respecto de los asientos, tanto en las congregaciones generales, como en las secciones, llamadas naciones, el Rey tenía por bien que se guardara en esto la antigua costumbre, principalmente tal como se siguió en el Concilio de Constanza. Sin embargo, si aconteciere tener que debatir en cuestión de asientos con los embajadores de Portugal, debían no sufrir que fuesen precedidos por ellos, antes bien los embajadores de S. M. debían procurar precederles en todas partes, guardando en todo lo posible honestos procedimientos.

Item. En el caso de que la disidencia respecto de los asientos no se pudiese concordar entre los embajadores de S. M. y los del Duque Renato, siempre que no se pudiese hacer otra cosa, se conformasen con que en el Concilio tuviesen asiento y lugar como embajadores del Rey de Aragón, y no como embajadores del Rey de Nápoles, siempre que los embajadores del dicho Renato tomasen asiento como embajadores ducales y no con otro carácter.

Item: porque se decía que á menudo se promovían cuestiones entre franceses é ingleses y también con castellanos, los embajadores de S. M. debían procurar adherirse y marchar más en armonía con los ingleses que con los franceses, mostrándose más favorables á los primeros, observando, sin embargo, la mayor prudencia. Respecto de los castellanos debían obrar con gran cautela y sabiduría, de suerte que según ellos se portasen con los dichos embajadores y con los demás de la nación aragonesa, así éstos debían corresponder equitativamente, sin perder de vista lo que exigiese el decoro.

Item: el dicho fray Bernardo Serra, en el caso de que Don Juan de Palomar, que había sido enviado tiempo hacía al Emperador, no hubiese regresado al Concilio, debía mandarle la credencial que le acreditaba cerca del dicho Emperador, en virtud de la cual debía explicar que el Rey, según tenía ya



por costumbre, quería no solo conservar, sino también aumentar con Su Magestad Imperial aquella amistad y buena voluntad y unión que en tiempos pasados les ligaba, y que la dicha Magestad no sintiera ninguna admiración de que Su Real Magestad hubiese asumido nuevamente el título de Rey de Hungría, puesto que lo había hecho obligado por la necesidad y por consejo de casi todos los barones del Reino, fieles y partidarios suyos, y para que se viese que era heredero legítimo del Reino de la Pulla y sucesor de la Reina Doña Juana segunda, llamada Reina de Hungría, Jerusalén etc.. y no porque intentase ni quisiese reivindicar el susodicho Reino de Hungría. Y para que conociese el Emperador que el Rey quería correr en armonía con él, á la manera de un buen hijo, tenía por bien que el mismo Emperador, para convenir y tratar sobre las dichas cosas y otras que á Su Magestad parecieren, autorizase á sus embajadores en el Concilio para negociar con los de Su Real Magestad, mandándoles los poderes por Juan de Palomar, cuando regresase á la Asamblea. El Rey tenía, pues, por bien que sobre de esta materia se concordase con los embajadores imperiales, procurando que éstos informasen de todo por cartas al Emperador, y que además tuviesen y procurasen obtener poderes especiales para platicar sobre de dicha materia, y si conviniese para concordar y concluir.

Item: que los embajadores mencionados tuvieran y debieran tener, además del poder general á ellos entregado para tratar de los comunes negocios de la Iglesia, otro poder especial concerniente á los negocios de Nápoles, y que, en virtud de dicho poder, pudiesen protestar, requerir, discutir, responder etc., según pudiere parecer conveniente.

Item: quería S. M. que sus embajadores conviniesen unánimemente y obrasen en armonía en y sobre todos los negocios que debiesen tratarse en el Concilio con los embajadores del Duque de Milán, formando como un cuerpo y comportándose con ellos como si fueran familiares y súbditos de S. M. y siguiendo casi fraternalmente una misma vía en todas las cosas.

Item: sobre la liga que se había de tratar con el Duque de Borgoña ó con sus embajadores en nombre del mismo, S. M. tenía á bien que por sus embajadores se hiciese el ofrecimien-

to siguiente: que cada uno de ellos fuese amigo de los amigos y enemigo de los enemigos de la otra parte respectivamente, con la siguiente condición: que S. M. pudiese esceptuar de la dicha liga á algunos que le pareciese bien, y que el Duque de Borgoña de un modo análogo pudiese exceptuar á los que quisiere, y que en esto se insistiese firmemente. Si por acaso al Borgoñón no le gustase esta vía, que se diese á sus embajadores la autorización de elegir la que prefiriesen y les pareciese más oportuna, la cual presentada y propuesta por los mismos, los embajadores del Rey debían consultársela para luego poder ser informados de su voluntad.

Acerca del matrimonio que se debía convenir ó tratar del príncipe de Navarra con la nieta del Duque de Borgoña, se encargaba á los embajadores de S. M. que convenía responder que se esperase á los del ilustrísimo Rey de Navarra, quienes sobre la misma materia plenamente instruidos debían ir en breve al Concilio, dejando entender que S. M. se conformaría con la voluntad de dicho Rey.

Respecto de la liga que se había de tratar con los ingleses, S. M. era de parecer que por el momento nada se dijese á los embajadores del Rey de Inglaterra, puesto que era mejor esperar á que ellos iniciasen y planteasen el asunto, en cuyo caso quería S. M. que se le consultase antes de incoar tratado alguno. Empero, si ellos se callaran en absoluto durante un cierto lapso de tiempo, entonces procedería ver si era conveniente tantear de una manera prudente y cautelosa al obispo Aquense [1], al cual si le pareciere que se había de tratar de esto, y además si algo se hubiese iniciado por la otra parte, entonces se podía de igual modo acudir en consulta á S. M. De suerte que, de cualquier modo que fuese, antes de incoar cualquier tratado, los embajadores susodichos procuren obtener conocimiento pleno de las intenciones de S. M.

Estas notabilísimas instrucciones fueron expedidas en Gaeta el día 24 de Marzo de 1436. Van firmadas por Don Alfonso y refrendadas por Francisco Axaló [2].

(1) Como ciudades que traen el nombre de Aquæ y que pueden dar el adjetivo *aquensis* encontramos: Aquæ Albenses, ciudad de Mauritania; Aquæ Augustæ, Bayona; Aquæ Burgum, Visemburgo; Aquæ Convenarum, Bañeras.

(2) Vid. Apéndices. VIII.



El día 14 de Abril del propio año de 1436 celebró el Concilio su sesión vigésima cuarta, en la que confirmó las promesas que sus diputados habían hecho al Emperador de los griegos y al Patriarca de Constantinopla y aprobó el acta proyectada entre ambas partes contratantes.

En la propia sesión se dió lectura del salvo-conducto otorgado á los orientales que fueran al Concilio y una bula por la cual se concedía indulgencia plenaria, una vez en la vida é *in artículo mortis,* á los que contribuyeran con sus limosnas al negocio de la reunión de las dos Iglesias.

Esta disposición dió lugar á nuevos conflictos; los legados del Papa, es decir, los cardenales de Santa Cruz y de San Pedro *ad vincula,* se opusieron enérgicamente al decreto de las indulgencias, alegando que esta concesión haría pensar que se obraba con una mira demasiado pecuniaria; que con ello se ponía en peligro á las islas de Chipre y Rodas los dos más fuertes baluartes de la cristiandad, y por último, que si algunos griegos no acudían por causa de enfermedad, se haría recaer la culpa no sólo sobre el Concilio, si què también sobre el Papa. A lo menos, decían, que era procedente suspender la publicación de la bula hasta tener seguridad de la ida de los griegos.

Los mismos legados volvieron á entablar la cuestión del punto en que debiera reunirse la futura Asamblea, ofreciendo, para el caso de que la designación se verificara de común acuerdo, dar sesenta mil escudos para pagar los gastos que hiciera el Emperador de los griegos con su acompañamiento. Los representantes del Papa no se quejaron menos amargamente de las disposiciones tomadas en la sesión vigésima tercera, manifestando que el Pontífice estaba justamente irritado; empero los padres respondieron que lo hecho bien hecho estaba, y que acerca de la designación insinuada proveerían en tiempo oportuno.

Habiéndose dado cuenta á Constantinopla de todo lo sucedido, el Emperador empezó á solicitar poderes de los Patriarcas y Metropolitanos que habían de pasar á Occidente, y por su parte, los padres de Basilea se ocuparon de los preliminares necesarios para el cumplimiento de los acuerdos en lo que á



ellos concernía. Fué uno de sus pasos el pactar con Nicolás de Montone el suministro de cuatro galeras y de trescientos ballesteros para la guarda de Constantinopla, mediante el subsidio de treinta mil ochocientos ducados. Fué otro el convenir en principio en que el Concilio se celebrase en Basilea, y en el caso de que los griegos no quisiesen acudir á dicha ciudad, ver de persuadirles de que aceptaran Aviñón y en último término un lugar del Ducado de Saboya, según lo que ellos mismos habían propuesto.

En el mes de Noviembre de dicho año el Concilio tuvo una congregación general, en la que su presidente el Cardenal Julián entregó á Montone el estandarte con las armas de la Iglesia y el bastón de mando. Dieron cuenta de su cometido, durante la misma, las comisiones que habían entendido en la tarea de hallar la suma de sesenta mil ducados y en el encargo de designar el lugar en donde debiese celebrarse el Concilio, conviniendo en que fuese Basilea, Aviñón ó una ciudad de Saboya, más de las dos terceras partes de los trescientos cincuenta y siete prelados que tomaron parte en la votación.

Pocos días después diputó la asamblea una nueva embajada cerca del Papa, que la formaban Dionisio de Salvatore y Enrique de Diest, doctores en teología, para darle cuenta de las determinaciones tomadas. No omitieron éstos reflexión alguna encaminada al logro de la aprobación pontificia, recordando á Eugenio IV que él mismo había designado la ciudad de Aviñon; rogáronle que concurriese en persona al Concilio, para cooperar á la grande obra de la unión y para trabajar de concierto en la expedición de indulgencias é imposición de diezmos, diciéndole que fuese servido de circular las órdenes á los prelados y doctores que habían de asistir, para que se hallasen en la Asamblea el día de la llegada de los griegos, como y también que otorgase los salvo-conductos necesarios para que estos pudiesen atravesar los estados de la Iglesia. El Pontífice se limitó á responder que los de Basilea sabrían oportunamente lo que él determinase por el Arzobispo de Tarento su embajador.

Los padres del Concilio mandaban igualmente otra embajada á la ciudad de Aviñón, que se prestaba á dar dinero pa-



ra hacer frente á los gastos aludidos y que había anticipado ya la suma de seis mil ducados al comandante de las galeras. La misión que llevaba esta embajada era el tratar de la entrega del resto, hasta la cantidad de setenta mil. Los de Aviñón convinieron en darlo desde luego, siempre que por un solemne decreto se eligiera, para la celebración del Concilio cualquiera de las dos ciudades de Basilea ó Aviñón, y en su defecto una de las del Ducado de Saboya, y que además se recibiera á los apoderados de Aviñón para cobrar los emolumentos de las indulgencias y los diezmos, que habrían de hipotecarse, para el reembolso de la cantidad adelantada.

Tal era el lento y trabajoso paso que seguía un negocio de tanta monta é interés como lo era el de la unión de las dos iglesias.

El Rey decidido á poner por obra, cuanto antes, lo que había ofrecido al Concilio, es decir, el enviarle una solemne embajada, así como un buen número de padres de los distintos reinos y señorías que formaban su corona, y temeroso de encontrar alguna repugnancia y aún resistencia al cumplimiento de las órdenes que estaba preparando, quiso reforzar su autoridad por medio de la de la misma Asamblea. Con este fin escribió á fray Bernardo de Serra una carta en cifra cuya lectura es de sumo interés, no solo por lo que dejamos insinuado, sino porque encierra una proposición de extraordinario alcance, de la que hablan los que se han ocupado de la historia del Concilio, aunque sin alegar prueba documental alguna. Como esta prueba está toda en la indicada carta inédita, la traduciremos literalmente.

" El Rey.

" Limosnero: por la precipitacion de la partida de Aragon, nuestro rey de armas, no os podemos escribir tan largamente como quisieramos; pero ahora, para vuestro consuelo y placer, tan solamente os avisamos de como nuestros negocios en las partes de acá, por la gracia de Dios, van prosperando cada día; y esperamos con su ayuda ver en breve el deseado efecto de nuestra empresa, según los preparativos que hemos hecho y el estado y disminución de nuestros enemigos, de cuyas cosas os escribiremos mas extensa y detalladamente por otra via. Aho-



ra, empero, se nos ocurre que para mas prestamente despachar y trasmitir los prelados y otros eclesiásticos de nuestros Reinos y tierras al Concilio, nos seria necesario tener una bula del dicho Concilio, mandando á los dichos prelados y á otros eclesiásticos, así residentes en la Corte romana, y aun oficiales y cortesanos de nuestro Santo Padre, como á otros, que vayan al dicho concilio; y otra dirigida á nos exhortándonos á que hagamos ir á aquellos, recordando como ya por diversas bulas y menságes, sobre esto hemos sido requeridos; y que nos sea transmitida lo mas presto que sea posible; puesto que en atencion á que se alega la dificultad de que en las bulas ya transmitidas no van comprendidos los cortesanos, tenemos éstas por muy necesarias; por esto os rogamos y os encargamos estrechamente trabajeis con el cardenal de Santángelo y otros del dicho Concilio para que las dichas bulas se alcancen, y aquellas nos trasmitais lo mas pronto que os sea posible. Y así mismo probareis si el dicho presidente y otros á aquél adherentes y que contrarian al Papa, querrian entender en tener Roma y las tierras del patrimonio de la Iglesia á mano del dicho Concilio, y en cuanto lo quieran, que transmitan algun comisario con poder bastante y con las bulas necesarias por las cuales nos exhorten á que en las dichas cosas queramos entender. Puesto que Nos, con la ayuda de Dios, por contemplacion de la Santa Madre Iglesia, con nuestras gentes de armas entendemos hacerle tal favor y esfuerzo, hasta dar la dicha ciudad y patrimonio, á nuestras expensas, en manos del dicho comisario en nombre del dicho Concilio, ya que es nuestra pura intención conservarlo y adquirirlo á la dicha Santa Madre Iglesia, y no ocupar Nos nada de aquella, antes bien quisiéramos el dicho patrimonio, en lo que nos fuese posible, aumentar. Y esto sometereis al dicho Cardenal, limitándoos á notificárselo; puesto que si á él no le pareciera bien, no es nuestra intención que le debais hacer ulteriores instancias. Y de las dichas cosas y otras que ocurrieren nos avisareis lo mas presto que sea posible. Dada en Gaeta á 12 de Setiembre del año 1436. Rex Alfonsus „ (1).

(1) Vid. Apéndices VIII.



El Rey cumplió al Concilio su promesa de enviarle embajadores y padres, pues el día 4 de Enero del siguiente año de 1437 escribió desde Castellamare las siguientes instrucciones para Berenguer Dolms, gobernader de Mallorca.

" Memorial de les coses que per ordinació é manament del Senyor Rey Mos. Berenguer Dolms gobernador del regne de Mallorques ha de reportar é explicar á la Senyora Reyna. Primerament.... Item dirá com la intenció del dit Senyor é segons per altres memorials ha notificat á la dita reyna, é especialment per Mos. Matheu Pujades é Mos. Ramon Gilabert, que tots los prelats de sos regnes é terres si pertits no serán, pertesquen de continent é vaien al concili de Basilea, al qual concili lo dit senyor ha ia tramesa la sua solemne embaixada, ço es, lo archebisbe de Palerm, lo bisbe de Catania, Mic. Ludovico de Roma ([1]), Mic. Joan de Palomar, é Mestre Bernat Serra. E que per ço es necessari en tot cas els dits prelats vaian al dit concili, é specialment lo cardenal de Tarragona, bisbes de Valencia, Barchna, Dosca, de Vic.... Dat en Castellar destavia á III dies de janer del any de la nativit. de Nostre Senyor Mil CCCCXXXVII. Rex Alphonsus ".

Los embajadores que se mencionan en el anterior documento debieron partir poco después del día 9 de Octubre de 1436, de cuya fecha son las instrucciones que se les expidieron desde la ciudad de Gaeta.

Como gran parte de su contenido no es más que una repetición de lo que ya se había comunicado á fray Bernardo de Serra, lo pasaremos por alto, insistiendo solo en aquellos extremos que no figuran en el memorial del mencionado limosnero.

Después de los debidos saludos debían exponer el laudable y constante propósito de S. M. de cooperar á la reducción de los bohemios y griegos, no menos que á la reformación de la Iglesia en su cabeza y en sus miembros.

También debían hacer presente la voluntad invariable y constantísima del Rey en dar todo favor y ausilio á la sacra Asamblea y decir que por esta causa había enviado á los mis-

(1) Luis Pontano ó de Ponte.



mos embajadores para que tomasen parte en todas las cosas y que estaban también disponiéndose otros embajadores de los reinos occidentales de S. M. con otros muchos prelados y varones muy sabios que inmediatamente irían al Concilio juntamente con el cardenal de Tarragona; que, además, el Rey había dado orden para que de las dos Sicilias y de Cerdeña fuera allí gran número de prelados.

De igual modo y para la mejor ejecución de lo enunciado debían procurar que se mandasen cartas convocatorias, con inflicción de penas, hasta el secuestro de las rentas.

También debían impetrar la expedición de dos bulas del mismo tenor, por las cuales se compeliese á los prelados y á otras personas idóneas á ir al Concilio, cuyas bulas una debía dirijirse á S. M. y otra al Rey de Navarra. Y porpue el Papa pretendía que el Rey no podía exhortar á los prelados súbditos suyos y á otros que residían en la curia romana, que se declarase que S. M. los llamaba al Concilio por requirimiento de la misma sacra Asamblea.

Item: que instaran la expedición de dos bulas en las cuales se incluyeran todos los decretos del Concilio, mandándolos observar en los reinos y tierras de S. M. bajo las penas correspondientes, y que se nombrase ejecutores en los reinos occidentales al arzobispo de Zaragoza y á los oficiales de Tarragona y en los reinos orientales al arzobispo de Agrigento y al obispo de Thiano.

Item: que procuraran que se aplicase remedio á las simonías y á otras cosas ilícitas que se cometían en la curia, con escándalo de toda la cristiandad.

Item: que se suprimieran las gracias espectativas de las cuales se seguían muchos pleitos y odios, así como la promoción de muchas personas indignas.

Que corrieran en buena armonía con los embajadores de los reyes de Castilla, Inglaterra y Portugal y con los del Duque de Borgoña, para cooperar todos á la obra común.

Que conservasen buena concordia con los embajadores del Rey de Francia y con los demás franceses en lo concerniente á los negocios de la Iglesia, evitando al entrar con ellos en discusión sobre los asuntos del Reino.



En cuanto á la mutación del lugar del Concilio, el Rey manifestaba no ver utilidad alguna en ello, que redundar pudiera en el mejor servicio de Dios y de la Iglesia, por lo cual les encargaba que se opusieran con todas sus fuerzas á tal medida, mientras no se les dieran instrucciones en contrario.

Item: debían conferenciar amistosamente con los embajadores del Emperador y procurar, en cuanto de ellos dependiera, por la conservación de la buena amistad entre el Emperador y el Rey.

Item: Como el Papa hubiese deliberado incoar un proceso contra el Rey, principalmente en odio al Concilio que S. M. favorecía, y estando S. M. incorporado á la sacra Asamblea, por este respeto el Papa no podía entender de ello; por lo cual los embajadores debían instar con toda solicitud hasta alcanzar una bula inhibitoria contra el Papa, á fin de que no se entrometiese en la persona de S. M. ni en las causas de sus reinos y tierras.

También debían procurar que se confirmara la elección hecha del noble Arnaldo Roger de Pallars, doctor en leyes y consejero y canciller de S. M., para el obispado de la Seo de Urgel.

Por fin tenían el encargo de instar que se conservase en la pacífica posesión de la preceptoria de Torrent á fray Raymundo Siscar.

Estas instrucciones traen la firma del Rey y están refrendadas por Arnaldo de Fonolleda (1).

A poco el Rey escribía á los susodichos embajadores esta importantísima carta.

"Littera missa embaxatoribus concilii Basileensis.

"Lo Rey.

"Reverents et venerables pares en Xst. amats concellers é embaxadors nostres. Rebuda havem vostra letra é aquella lesta havem ant gran plaer de la oposició é contradictio per vosaltres feta sobre la mutació del concili declarantvos com es nostra intenció que per res no permetats ne donets loch sia mudat en Avinyo ó Florença ó altra part, exceptat en Pavía ó

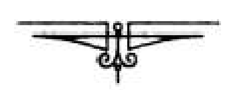
(1) Vid. Apéndices. IX.



terra del duch de Milá, é sobre aço tendreu totes aquelles practiques é maneres que pus útils é honestes vos parran. Quan á la vostra incorporació é loch habedor en lo dit concili habem haut per bo que no haiats acceptat lo segon loch á la sinistra part apres lo rey de Castella, ans vos manam que per res en lo mon no consentats ne flixets res en aquesta part, mas procurets queus pertany lo pus honorable ó axí com á Rey Darago, ó axi com á Rey daquets realmes de Sicilia, é sobre aço no doneu comport algu en cas que haguessen adebatre ab nostro propi pare.... Dada en la ciutat de Nola á XXX dies de janer del any Mil CCCCXXXVII. Rex Alphonsus „ [1].

Con estas medidas inauguraba el Rey una nueva faz de su política, pesando desde los escaños de la catedral de Basilea en la balanza de las próximas contiendas entre el Concilio y el Papa, preparándose ora á seguir á aquella especie de Convención eclesiástica, ora á abandonarla en sus extravíos, según fuese la acogida que tuvieran sus ambiciosas pretensiones en la corte pontificia.

(1) Esta carta está sacada del archivo de Aragón. Secret. 5. Alfon. IV. fol. 3. Fué publicada en las *Memorias para ayudar á formar un Diccionario crítico de los Escritores catalanes* por Torres Amat. Artículo *Juan de Palomar*.





CAPÍTULO XXXI

SUMARIO

(1436-37). — Tentativa sobre Nápoles, frustrada. — Intrigas con el Rey de Castilla. — Entereza de Leonor de Urgel. — Penuria de dinero para proseguir la campaña. — Embajada de Berenguer de Fontcuberta y de Jaime Pelegrí. — Doña María pide subsidio al Concejo de Barcelona. — Embajada al Papa que se disponía á hacer la guerra á Don Alfonso. — Entra en campaña Vitellesco. — Derrota de los napolitanos. — El Patriarca de Alejandría desiste de atacar á Capua. — Escaramuzas y negociaciones. — Sorpresa de Monte Fúsculo. — Derrota de Vitellesco en Nola. — Prisión del Príncipe de Tarento. — Tregua pactada entre el Rey y el Patriarca. — Este la infringe atacando al Rey junto con Caldora por instigación de la Duquesa Isabel. — Trani se declara por el Rey. — Retirada de Vitellesco.

NTES de empezar la narración de las operaciones militares ejecutadas durante el año 1437 digamos la que tuvo lugar en los últimos días de 1436.

Estando el Rey en Soma, dispuso que para el día 24 de Diciembre se hallasen el Infante Don Pedro y Don Bernaldo de Cabrera con todas las galeras en la entrada del Areni que está á dos millas de Nápoles, abrigando el designio de trasladarse el mismo con todo el ejército á dicho lugar para operar mancomunadamente. El plan era acercarse por mar y tierra hasta la vista de Nápoles, confiando en que tan pronto como vería el pueblo aquel gran aparato de fuerzas, haría un levantamiento en favor de Aragón y le abriría las puertas. Esta confianza no era enteramente ilusoria, pues parece que algunos magnates de la capital se le habían presentado días antes ofreciendo ponerse al frente de aquel golpe de mano. Un im-

pensado contratiempo malogró tan lisongera empresa; pues si bien el Rey pudo avanzar con el ejército, no le sucedió otro tanto á la escuadra que, por efecto del mal tiempo, no le fué dado cumplir la consigna de llegar en momento oportuno hasta los muelles. Descubierta y frustrada la conjura, las autoridades de Nápoles prendieron á los sospechosos y les pusieron á buen recaudo (1).

La armada después de haber aprovisionado y reforzado los castillos Nuevo y del Ovo se dividió: las galeras que mandaba el Infante quedaron á disposición del Rey, las catalanas fueron á combatir el castillo de Castellamare, y como el Principado las pagaba en el concepto de que debían hacer la guerra á los genoveses, Don Alfonso las reforzó y las tuvo preparadas á todo evento, para hacerlas obrar contra dichos enemigos (2).

Por este tiempo el Rey tomó á sueldo las compañías de armas de Pablo y Antonello de Sangro, de Carlos de Campobaso y de Héctor Bugatello, que habían servido á las órdenes de

(1) Un documento de la época encierra noticias interesantes acerca del estado de las cosas de Don Alfonso, noticias destinadas á perderse, pero que se han conservado en bien de la Historia por muy estraña manera. Trátase de la interceptación de un correo y de la violación de la correspondencia. El autor del hecho fué Pedro de Piazza el cual se apresuró á dar cuenta de sus averiguaciones á Simonino Guilino cortesano del duque de Milán.

He aquí algunos párrafos de la carta de Piazza.

«Questa sira è capitato qui uno correo de la Majestà del re di Aragona chi vene da Napoli. Dice che 'l re era a campo a Napoli et haveva havute tutte quelle terre, excepto Napoli, Aversa et Pozzolo; haveva molte littere de Cathellani, de Firentini e de Venetiani. . . . .

. . . .

Quelle de Cathellani ho lassato andare, ne ho aperto una la quale scrive uno Catheliano chi ha nome Pari Vida ad uno messer Zohanne Vida, che dice molte cosse, fra le quale dice cussi: Il re gli ha proveduto dei dui boni officii, cioè de la refrendaria del consiglio de iusticia, et de la scrivania del ducato de Malfa, et che li facti del re vano di buono in meglio. Et il re è á campo davanti a Marchanis, la quale sono pochi giorni ha havuta, cioè la terra cum altre castelle et terre, et il re ha bene VIII milia persone in campo da piede e da cavallo: ha lo principe de Taranto, duca de Venusio, marchise de Braffo, il conte de Nolli, Ursino de Ursini, il conte Dolce et molti altri capitanei. Domane deveano levare il campo et venire a la via de Napoli, lo quale è stato longe XII migla, et halo tenuto molto stricto si per terra como per mare, che dentro non è que vivere. Et credo che in brevi zorni lo devemo habere. Lo infante Don Petro è in Callabria cum due milia a pede et a cavallo, et ha cussi lo reame abracciato da tute parti che hogimai non po più fugire. Ve scriveria più largamente, ma lo tempo non basta &; et questa ho lassato passare, perchè non dice se non bene.

Placentie, III januari, 1437.

Documenti diplomatici &. Vol. III. part. I. nº CXLII.

(2) Esta tentativa de sitio que Lecoy no halla mencionada en el *Diario de Nápoles* y de la que habla con referencia á la carta de Piazza, fué perfectamente conocida de nuestro diligente Zurita.



Jacobo Caldora. Francisco Piccinino, Dominicucio de Amicis y Riccio de Monteclaro estaban haciendo en aquella sazón la guerra en los Abruzzos.

El Rey pasó gran parte del invierno de 1437 en las cercanías de Nápoles, poniendo su real ora en Soma ora en Castellamare, ora en Nola, llegando en dos distintas ocasiones hasta los mismos muros de la susodicha capital. Poseía ya pacíficamente todo lo más importante de la tierra de Labor y de los principados de Cápua y Salerno, el valle de San Severino, la costa del ducado de Amalfi, plazas tan importantes como Gaeta y Cápua y castillos como el de la Isla de Ischía y el Nuevo y el del Ovo de Nápoles, de suerte que todo hacía esperar que se le rendiría la capital, si no entrase en campaña algún aliado que fuera á reforzar á sus enemigos. Por desgracia todas las noticias que se iban recibiendo de los Estados pontificios dejaban entender que esta eventualidad era inminente, puesto que el Patriarca iba juntando gran golpe de gente y se aprestaba á transponer la frontera.

En aquellos mismos días se ratificaron las paces con el mismo Rey de Castilla, y Don Alfonso le mandó á Juan Fernández, Señor de Hijar y á Berenguer Mercader, Baile general del reino de Valencia, con órden de manifestarle su mucha satisfacción y de pedirle que, puesto que los genoveses eran tan declarados enemigos suyos y no habían entrado en la liga que entrambos habían hecho, les expulsase de sus reinos y en adelante los tuviese por enemigos. También los dichos embajadores llevaban encargo de proponer á Don Juan II, que en vista de los escándalos que se seguían de las disensiones eclesiásticas, se concertase un convenio con la idea de que Aragón, Castilla, Portugal y Navarra obrasen en aquel asunto de mancomun, á fin de que España apareciese unida y compacta y fueran sus decisiones de más peso. Bien claro se ve el designio del Rey, que no era otro que intimidar al Papa, presentándosele como cabeza de una confederación con la que tendría necesidad de contar y á la que habría de contentar forzosamente. Empero, el Rey de Castilla no cayó en ninguno de los dos lazos que se le tendían, y se excusó diciendo, que si bien las paces entre los dos eran un hecho, faltaba estipular madura-



mente las particularidades de ellas; que en lo concerniente á los genoveses no podía hacer decorosamente lo que Don Alfonso le proponía, porque estaban en Castilla, ya de en tiempo de los reyes antecesores suyos, con seguro y salvo conducto; tocante á lo que le pedía respecto de las disenciones eclesiásticas, debía manifestarle que había hecho grandes trabajos y no pocos gastos y dispendios por la unión de la Iglesia, entendiendo perseverar en la misma vía, pero que creía conveniente consultar asunto tan árduo con el Rey de Francia su aliado y con los prelados de la Corona de Castilla.

Don Alfonso que tanto había esperado á mandar sus embajadores y obispos al Concilio, parecía que entonces tenía mucha priesa en subsanar su retraso, pues envió instrucciones á sus reinos, para que los prelados que por causas de salud no pudiesen ir á Basilea, enviasen en su lugar personas señaladas en virtud y ciencia, mandando que si alguno se resistiese se le secuestrasen las temporalidades y se procediese á la ejecución de los decretos dictados por el mismo Concilio contra los morosos.

Pero en tanto que esto hacía, no quería romper abiertamente con el Papa, pues sostenía embajadores en la corte pontificia, y cuando era elegido algún prelado por su respectivo capítulo, el Rey hacía que se presentase simultáneamente al Concilio y al Pontífice.

Debemos ahora dar cuenta del último de los encargos que llevaron á Aragón los legados de Don Alfonso. ¡ Cosa singular y digna de consignarse ! Aquel rey cuya fuerza por un lado y cuya sagacidad por otro, hacían que no hubiese obstáculos que no allanara fácilmente, tuvo que estrellarse ante la entereza y el noble orgullo de una dama de nuestro país, que no quiso consentir que se dispusiese de ella para recompensar una adhesión interesada. El encargo á que aludimos era la órden que los embajadores debían comunicar á la Reina para que hiciese comparecer en Cataluña á Doña Juana de Urgel viuda del Conde de Foix, y en caso de que rehusase, para que se procediese á la ocupación de sus bienes, así como que se llevase á Nápoles á su hermana Doña Leonor para consumar su matrimonio, según estaba convenido con el Conde de Nola, y que



entre tanto se viese de que esta última lo firmara por palabras de presente con el procurador que dicho Conde enviaba. Rehusó Doña Leonor con ánimo resuelto, lo cual sabido por el Rey dispuso que si no quisiese ir de buen grado, sin tenerle más respeto, la metiesen por fuerza en una galera. Llegaron las cosas á tal extremo que hubieron de tomar cartas en el asunto el Rey Don Duarte de Portugal y su hermano el Infante Don Pedro, cuñado de aquella inocente víctima, á los cuales hubo de manifestar Don Alfonso la extrañeza que tal negativa le causaba, tratándose de un título de la alta sangre de los Orsinis, los potentados más principales de Italia y cuya casa y linage eran de los primeros del mundo, fuera de que el Conde de Nola estaba muy emparentado con el Príncipe de Tarento y llegaban sus tierras y castillos hasta las mismas puertas de Nápoles ([1]).

Es de presumir que á aquella sazón debe referirse un interesante documento que figura, sin especificar el día y el mes, entre los del año de 1437. Aludimos á los capítulos credenciales del Rey que se habían de explicar á la Reina por el obispo de Lérida, mosen Guillen de Vich y mosen Galcerán de Requesens ó cualquiera de ellos.

Damos cuenta del contenido de dicho escrito, porque pinta perfectamente el estado angustiosísimo de la hacienda de Don Alfonso, dificultad con la que tuvo perennemente que luchar y que siguió retardando no poco la favorable terminación de la gloriosa empresa en que se hallaba empeñado.

En su párrafo 3.° encarga á los susodichos que digan á Doña María que el triunfo en la empresa del Reino, después de Dios, estaba en tener 150,000 ducados por todo el mes de

(1) Summonte y Costo dan á entender que esta orden dimanó de un acto oficial que databa del mes de Diciembre del año anterior. He aquí como refiere el caso el Anónimo apoyándose en entrambos historiadores. «In questo mese d' Ottobre 1436 venne Giovanni Antonio Orsino Principe di Taranto a conguiungersi col Re Alfonso a Capua, e si operò que venisse Raimondo Orsino Conte di Nola suo cugino; e il Re Alfonso conoscendo quanto questo Barone potea giovare a suo favore per le Terre che possedea, li diede per moglie Leonora d' Aragona sua cugina, figlia del Conte d' Urgel, con il ducato d' Amalfi in dote, la quale era in Spagna, e fu mandato Antonio Mastrillo a sposarla in Spagna con la procura stipulata a Somma per Notar Aniello Monicola a 25 Dicembre 1436 dentro il Palazzo Reale in presenza del Prencipe di Taranto, di Raimondo Periglio Gran Camerario, di Gabriele Orsini Duca di Venosa, di Giovanni Ventimiglia Marchese di Giraci, Petricone Barrile Conte di Montodorisi, e altri: il Summ lib. 4 p. 2 - il Costo lib. 6 f. 240».



Diciembre; puesto que si por medio de dicha cantidad podía salir á campaña con una hueste regular y antes que los enemigos, la victoria sería segura. Se ve ciertamente, debían añadir, cuánto trabajo, congoja y daño se sigue de tener el dinero poco á poco, y que de esta manera solo es posible la defensa, y así, sin esperanza de utilidad ni de honor, se destruye el patrimonio real y sus rentas; por lo cual había deliberado para el año venidero, cualquiera que fuese el número de fuerzas con que contara, jugar el todo por el todo; que por lo tanto se podía pensar que de tener aquellos 150,000 ducados dependía su honor y vida, ya que era conveniente con los pocos ó muchos que le acompañasen salir á campaña para no dilatar más la guerra; que si tenia dicha suma saldría al campo poderoso, pero si así no fuese, lo tendría que hacer con poca gente. Por esto los emisarios debían rogar á la Reina que con extrema diligencia se dedicara á buscar los 150,000 ducados, así por vía de las cortes de Cataluña, si su convocación fuese pertinente y decorosa, como por vía de ventas de cualesquiera villas, lugares y rentas de Su Señoría que se pudieran empeñar ó vender en el Reino de Mallorca y Principado de Cataluña.

En el párrafo 6.° se les encargaba que explicaran á la Reina que en caso de tener esperanza de poder alcanzar presto del principado de Cataluña de 25,000 florines arriba, convocase Cortes, pero de otra manera, nó. Que en caso de convocación, S. M. tenía á bien que se diese orden de hacer el mayor número de naves que fuese posible y que se trabajase para que en la primavera de aquel año se armasen seis galeras, para guerrear en la ribera de Génova, y que fuesen elegidos capitán y patrones dispuestos, amantes de su honor y prácticos en su oficio, puesto que con las galeras reales que él enviaría, habría de ser cosa fácil llevar la destrucción á Génova y á su ribera, atendida especialmente la división que trabajaba á los genoveses (1).

En el mes de Febrero del mismo año de 1437, el Rey, en virtud de haber recibido proposiciones muy ventajosas de micer Tomás de Campofregoso, en las cuales le brindaba con no

(1) Vid. Apéddices, X.



hostilizarle y dejarle proseguir en paz la empresa del Reino de Nápoles, diputó á Milán á Berenguer de Fontcuberta con la misión de que las sometiese, antes de tomar ninguna resolución acerca de ellas, al exámen y aprobación de Felipe María, con quien deseaba estar de acuerdo y proceder en todo con su completa aquiescencia.

También tenemos á la vista las instrucciones que se entregaron á dicho embajador, las cuales comprenden, además, algún otro asunto muy delicado, como, por ejemplo, el proyecto de enlace de Blanca Visconti heredera del referido Duque.

Aunque Zurita conoció el susodicho documento, limitóse, sin embargo, á hacer una ligera indicación de él; por lo cual será bien que nos detengamos á dar amplia idea de su contenido.

Primeramente Berenguer debía desembarcar en Telamón y, sin detenerse, hacer la vía de Lombardía. Si al llegar al primer lugar de dicho estado no se le permitiese pasar adelante, debía escribir al Duque, notificándole que iba á su encuentro de orden del Rey para hablarle de asuntos que interesaban á entrambos soberanos, los cuales tenía orden de consultarle; rogándole que se dignase escribirle cuál era su voluntad, esto es: si quería que prosiguiese su camino ó que esperase; indicándole, empero, que las materias de que debía ocuparse eran interesantes y convenía que se las notificase con urgencia. De todos modos Berenguer debía esperar la respuesta y atemperarse estrictamente á lo que Felipe María dispusiese.

Si el Duque le escribiese que fuera hacia él, debía partir sin pérdida de momento. Después de las debidas salutaciones y entrega de credencial, debía enterarle de la buena salud de la persona del Rey y del lisonjero aspecto de los asuntos tocantes á la empresa del Reino, los cuales tenía el encargo de decir que, por la gracia de Dios, iban de bien en mejor, de manera que Don Alfonso entendía que pronto tendrían la conclusión apetecida, creyendo que no habían de surgir obstáculos en el interior de dicho Reino, sino siempre y cuando no hubiese quien los suscitara desde fuera; y, en confirmación de este aserto, el embajador debía enumerar largamente todos los barones, ciudades y tierras nuevamente reducidos á la obediencia de S. M.



Acto seguido se le encomendaba que manifestase como dicho Señor, por medio de Nicolás Special y de él mismo, ó sea el propio Fontcuberta, había sido requerido por parte de micer Tomás de Campofregoso de algunos partidos, con ofrecimiento de no inmiscuirse en los asuntos del Reino, y de no estorbar al dicho Señor en la empresa de aquél, según se contenía en el memorial, del cual llevaba copia; añadiendo que el Rey no quería hacer cosa alguna sin el consentimiento del Duque; y por más que tuviese gran interés en los negocios del Reino, con todo los posponía, anteponiendo á ellos todo interés que el ilustre Duque pudiese tener ó pretender en los hechos de Génova; por lo cual había deliberado, antes de pasar adelante, avisarle y consultarle las dichas cosas y transmitirle copia de los referidos partidos movidos por el mencionado Tomás, á fin de que él, después de haberlos visto, deliberase lo que le pareciese mejor que el Rey respondiese, y ejecutase tocante á ellos; puesto que el dicho Señor lo remitía todo liberalmente á la declaración suya, comprometiéndose á aceptar y estar á lo que por el propio Duque fuese ordenado y á no separarse de ello.

En el caso en que el Duque no tuviese dichos partidos por aceptables y resolviese que no debía platicarse de ellos, Berenguer debía escribir al Rey, dándole aviso, y curando de no hablar más de esta materia ni con el dicho Duque ni con micer Tomás de Campofregoso.

Empero si el Duque tomase en consideración dichos partidos y declarase su opinión, mosen Berenguer había de atemperarse á ella, yendo al encuentro de dicho Tomás en Génova ó haciendo lo que el Duque quisiera.

Si el Duque, antes de declarar su intención sobre los dichos partidos ó después de haberla declarado, quisiese saber cuál era el parecer del Rey sobre tal materia, en tal caso, y no antes, Berenguer debía manifestarle que Don Alfonso entendía que debía procederse conforme á las respuestas dadas por él al memorial, las cuales el embajador llevaba consigo, diciendo que, al discurrir sobre esta materia, le parecía al dicho Señor que lo primero y lo más expedito era quitarse de encima todo obstáculo en los hechos del Reino que le pudiese ser en-



gendrado por vía de la armada de Génova; puesto que estando seguro por la parte del mar, podría ahorrarse el gasto que tenía que hacer para estar á la mira de aquella, y hacerlo en tierra, en donde le sería de gran utilidad. No obstante, considerando que de igual modo los genoveses estarían seguros respecto de la armada de dicho Señor y que con esta seguridad pudieran atreverse á proceder más fácilmente por tierra, juntamente con florentinos y venecianos, contra del Duque y de su Estado, el dicho Señor, posponiendo todo su interés al interés del Duque, remitía á él la determinación y deliberación de esto, según las cuales quería que se procediese y no de otra manera.

Sabida la voluntad del Duque, Berenguer la había de poner por obra, yendo ó dejando de ir á Génova, y en caso afirmativo platicar con micer Tomás, respondiéndole en la forma que hubiese manifestado el Duque. Sin embargo quería el Rey que no se concluyese cosa alguna de las indicadas, sin que se le consultase antes y sin que él hubiese respondido á la consulta y encargaba así mismo que de todo lo que fuese ocurriendo se le avisase á menudo.

Item: Berenguer debía decir al Duque que se acordase que estando el Rey en Milán fué movida plática de trato de matrimonio entre el hijo del Rey de Navarra (el príncipe de Viana) y la hija del mismo Duque, y que él manifestó que en esto se sobreseyese, pues quería saber antes la intención del Conde Francisco Sforza, y que recientemente el dicho Señor había entendido que el referido Conde no estaba nada concorde con el Duque, según se decía públicamente en Benevento y en otras tierras del Conde; por lo cual dicho Señor rogaba que se sirviese declararle su intención, esto es, si le sería agradable que del dicho matrimonio entre el hijo del Rey de Navarra y de la dicha su hija, se platicase ó no; puesto que el dicho Señor no quería hacer más que lo que el Duque ordenase.

Estas instrucciones fueron expedidas en Nola á 3 de Febrero de 1437; están firmadas por el Rey y refrendadas por Arnaldo de Fonolleda.

En el mismo Registro, tres folios más adelante, hay unas instrucciones casi idénticas dadas á Jaime Pelegrí, que pasa-



ba también á Milán. Sin embargo, de su contenido se deduce que Berenguer de Fontcuberta había abandonado ya la capital de Lombardia y se hallaba en Génova, á donde Pelegrí debía escribirle lo que el Duque de Milán deliberase. La fecha de las instrucciones á Pelegrí son de 15 de Marzo de 1437. Es de presumir que Felipe María se tomara tiempo para reflexionar y que dejara á Fontcuberta que pasara á Génova en donde recibiría órdenes suyas; también es verosímil que tardando éstas en llegar, y no acabando de saber el Rey cuál era la voluntad del Duque, se impacientaría y le enviaría la segunda embajada, que desempeñó el citado Pelegri.

Para no interrumpir el relato de las negociaciones con el Duque de Milán, diremos que con posterioridad á la ida de Pelegrí, Fontcuberta debió volver á la capital de Lombardia á proseguir los asuntos por él incoados, resultando, de otro documento inédito, que se detuvo en Gaeta por orden del obispo de Lérida, virey de dicha ciudad, tal vez porque había peligro en la continuación del viaje á causa de cruzar por aquellos mares la escuadra de los genoveses. Lo más importante que del aludido documento se desprende es el cambio ó mudanza en la voluntad del Rey respecto del enlace de la hija de Felipe María; pues así como antes quería que se platicase para lograr que lo efectuara con el principe de Viana, en dicho documento, ó sea en la carta escrita por S. M. al referido prelado en contestación á otra que aquel le había dirigido, manda que se trabaje para que el matrimonio se concierte con el infante Don Pedro, y encarga que así se haga entender á Fontcuberta. La carta real es de 8 de Mayo de 1437 (1).

(1) Lo Rey.

Venerable pare en Christ e amat Conseller nostre. Nos havem rebudes algunes letres vostres deles quals molt som contents, ens plahuen be los avisaments contenguts en aquelles. E regraciantvos tant com podem los dits avisos, loam molt la prudencia que havets haut en fer aturar aqui lamat nostre mossen Fontcuberta. E no menys som contents vaia en Mila ab aquelles proprles instruccions e letres queli havem acomanades. Pregantvos per nostra part axi li sia per vos dit. Regraciantli molt la sua aturada pero incautanlo expressament com nostra voluntat es que en alguna manera sobre lo matrimoni de la filla del duch de Milá que li donam carrech contractal ab lo illustre princep de Navarra, non parle gens ni sen entrameta, sino que treball se feça ab lo Illustre Infant don Pedro nostre molt car e molt amat frare. No resmenys som contents que per vos sia donada al dit mossen Fontcuberta per son passatge una de les galees que a vos vendra be trametre quant empero sabreu certament que les naus de Genovesos sien partides de Ná-

Conviene dar cuenta ahora de lo que hizo con la Reina Doña María en orden al logro de socorros navales y pecuniarios con que hacer frente á las necesidades de la guerra.

Comes, refiere en su capitulo 32, que un viernes á 15 de Marzo de 1437 se celebró Consejo de Ciento con asistencia de la Reina, la cual propuso en él que, en virtud de los peligros que corría su esposo en el Reino de Nápoles, rogaba á los de dicho consejo que así como la ciudad de Barcelona por su conocida naturaleza tenía por costumbre hacer servicios á sus reyes, que en aquella sazón le quisiesen prestar unos, á saber: que si las Cortes catalanas que celebrase en la misma ciudad dilataban hacer donativo ó construir escuadra en favor del Rey, la ciudad le diera el socorro de veinte mil florines que se emplearían en los buques destinados á la defensa de su Señor. El consejo por boca de su primer Conceller Juan Buçot se limitó á responder que deliberaría acerca de dicha proposición y que le haría saber el acuerdo; oido lo cual la Reina tuvo por bien retirarse. Acto continuo los concelleres pasaron á discutir el asunto, conviniendo *nemine dicrepante* que no procedía dar el socorro por muchas razones, y entre ellas, porque no era costumbre que las ciudades en que se celebraban las Cortes hiciesen donativo alguno del Rey, cuya resolución pusieron en conocimiento de dicha Señora con las mejores palabras que se les ocurrieron.

La Reina, por lo visto, no tenía gran confianza en la liberalidad de las Cortes, cuando acudía á la ciudad de Barcelona, y así se lo debió manifestar claramente á su marido, según veremos más adelante.

El Rey, sabedor, sin duda, de los proyectos belicosos del Papa y de que se estaban ultimando en Roma los preparativos para la entrada en campaña del patriarca de Alejandría, quiso tentar la última negociación diplomática con objeto de parar tan rudo golpe, y á este objeto mandó á su embajador cerca del pontífice, ó sea á Martín de Vera, las siguientes ins-

pols. Dada en lo nostre camp Reyal prop la torre de Carbonayra a VIII dies de Maig del any mil CCCCXXXVII. Rex Alfonsus.

Fuit expedita in predicta ferma. — Al venerable pare en Christ e amat conseller nostre G. bisde de Leyda e Visrey de Gayeta.

Reg. n.° 2695 fol. 69.



trucciones que, á decir verdad, no se comprende como no hicieron desistir á Eugenio IV de sus tenaces propósitos, pues los ofrecimientos en ellas contenidos, no solo eran muy ventajosos, sino que tal vez constituían el único medio de darle seguridad en el seno de sus estados y un auxilio poderoso para librarle del peso de sus cuitas religiosas. La política tradicional de la Corte romana, es decir, el favorecer á la casa de Anjou en detrimento de la aragonesa, pesó una vez más con exceso en la balanza de las decisiones pontificias y la buena voluntad del Rey fué desconocida y sus razonables proposiciones completamente rechazadas.

He aquí el texto de tan notable documento inédito.

" Memorial de las cosas que por parte del señor Rey debe ofrecer á nuestro Santo Padre mosen Martín de Vera procurador del dicho Señor, si el dicho Santo Padre hace la confirmación é investidura que abajo se contiene.

Primeramente suplicar á nuestro Santo Padre quiera confirmar y de nuevo otorgar al dicho Señor el Reino de Nápoles, según le fué otorgado y dado por la Reina Juana segunda para después de la muerte de aquella, y confirmado por el Papa Martín V, que mandó sobre ésto despachar las bulas necesarias.

Y otorgando ésto el dicho Santo Padre, al dicho Señor le place consentir, otorgar y hacer las cosas siguientes: esto es, darle por el censo del tiempo pasado docientos mil ducados de oro de cámara. En esta manera: que dentro seis meses, después que la bula de la confirmación y nueva donación y concesión del Reino, con revocación de cualesquiera otras bulas en contrario hechas, en la forma que por el dicho Señor será pedida, le sea otorgada y despachada y á punto de poderse librar al dicho Señor, dará manera que los dichos docientos mil ducados estén prestos para librarlos y asignarlos al dicho Santo Padre. Así que recibida por el dicho Señor y en su poder la dicha bula, aquellos serán librados al dicho Santo Padre.

Item: está conforme el dicho Señor en hacer restituir á las iglesias del Reino todas las tierras y cosas que les sean ocupadas por cualesquiera personas fieles al dicho Señor, si de aquellas no tienen concesiones papales. Excepto, empero, Cas-



tellamare de botorno (¿Volturno?) por el cual el dicho Señor se conforma hacer dar á la iglesia de Capua equivalente cambio en rentas.

Item: ofrece el dicho Señor dar subsidio al dicho Santo Padre de trecientas lanzas pagadas por seis meses para recobrar las tierras de la Iglesia.

Item: se complace el dicho Señor con dar el gobierno de las provincias del Abruzzo á algún pariente del dicho Santo Padre, y en dar á aquel las contribuciones, aduanas y todos los demás derechos y razones fiscales á su Corte pertenecientes en las dichas provincias, durante la vida del dicho Santo Padre. Reservadas, empero, las donaciones por el dicho Señor hechas al Conde de Lorito, las cuales permanezcan en su fuerza y vigor.

Item: está dispuesto el dicho Señor que todos los cortesanos del dicho Santo Padre, súbditos del dicho Señor, permanezcan en la Corte y estén en aquella, según antes podían, anulando el edicto hecho en contrario.

Item tiene una satisfacción el dicho Señor en hacer que los embajadores y súbditos suyos que están en Basilea sean favorables al dicho Santo Padre, y el dicho Señor le quiere ser favorable para que pueda crear cardenales, así como atender á sus demás asuntos. Y quiere procurar que así mismo los reyes de Castilla, Portugal y Navarra le sean favorables.

Item: el dicho Señor está dispuesto á que cualquiera liga que hubiese sido hecha ó se hiciese en adelante por el dicho Señor, se entienda no ser hecha contra el dicho Santo Padre, ni la Iglesia.

Item: se conforma el dicho Señor en darle Terracina. Empero que el dicho Santo Padre deba poner en ella oficiales, al menos por tiempo de dos años, las cuales sean aceptos y devotos al dicho Señor, para que los servidores y afectos suyos en la dicha ciudad sean bien tratados.

Item: para que el dicho Santo Padre tenga justa causa de hacer estas cosas, se le presenta instancia para que quiera hacer ver los hechos del Reino y la contienda que existe entre el dicho Señor y el Duque Renato y para que haga seguir lo que sea de razón. Y cuando el dicho Duque hará citar al dicho



Señor y convenirlo, él transmitirá quien defienda su causa, conseguida, empero, la bula de la concesión del dicho Reino.

Item: tiene á bien el dicho Señor el hacer compromiso, sobre la concordia tratadera entre el dicho Señor y el dicho Duque, en manos y poder del Rey de Portugal y del Duque de Borgoña.

Item: el dicho Señor hará que los reyes de Castilla, de Portugal y de Navarra supliquen al dicho Santo Padre que haga la concesión del dicho Reino al dicho Señor Rey de Aragón.

Item: porque en cumplirse las dichas cosas será necesario tiempo, si acaso el dicho Santo Padre quiere dar alguna dilación, plazca al dicho Santo Padre no ocuparse del hecho del Reino y prometa no dar ayuda ni favor secretamente, ni manifiestamente á alguna de las partes hasta que se haga la bula de concesión del dicho Reino para el dicho Señor. Y en tal caso el dicho Señor será contento de que se retiren todas las ofensas en el Abruzzo, en la abadía de Montecasino y en el condado de Fundi á Antonio Spinello, á Francisco Gayetano, al Riço (¿Riccio de Montechiaro?). Y es contento el dicho Señor dar al dicho Santo Padre por el censo del dicho Reino quince mil ducados, esto es, por el tiempo desde aquí á todo el mes de Agosto próximo venidero inclusive, los cuales se pagarán de esta manera: de Mayo próximo venidero cinco mil ducados, y por todo el mes de Julio siguiente cinco mil ducados, y por todo el mes de Agosto los restantes cinco mil ducados. Y de esto el dicho Señor le dará garantía en Florencia. Y así mismo el dicho Señor prometerá durante este tiempo no dar favor ó ayuda á cualquiera súbdito de la Iglesia ú otro cualquiera contra las tierras de la dicha Iglesia.

Item: place al dicho Señor que para dar mejor rumbo á los asuntos y para que el Patriarca con mejor solicitud trabaje en inducir al dicho Santo Padre á hacer las dichas cosas, sea prometido dar al dicho Patriarca cinco mil ducados, y otro tanto al maestro Luis obispo de Tragura.

Estas instrucciones fueron expedidas en Gaeta el día 27 de Marzo del año 1437. Llevan el autógrafo del Rey y están refrendadas por Arnaldo de Fonolleda.



El resultado de esta negociación fué nulo por lo que veremos á renglón seguido.

Reseñemos ahora la campaña de Juan Vitellesco de Cornetto, Patriarca de Alejandría, contra los capitanes y tropas que seguían la causa aragonesa.

Este caudillo había ganado mucha reputación durante el año anterior por haber roto y hecho prisionero al Conde de Pontadera que hostilizaba los estados pontificios haciéndole ahorcar y luego quemar como enemigo de la Iglesia ([1]). Entró el Patriarca en campaña contra los nuestros, llevando cuatro mil caballos y mil infantes, allá por el mes de Abril, recobrando á Ceprano que era del dominio del Pontífice, y tomando á Venafro, Santo Angelo, Rupecanina y Piedimonte, así como algunos de los castillos de aquella comarca, cuya defensa había sido encomendada á Riccio de Montechiaro ([2]). Como tratase de sitiar á Cápua, envió á exhortar á la Duquesa Isabel que le procurase todas las fuerzas posibles. Ésta reunió su consejo y entre ambos acordaron enviarle con toda la presteza posible ochocientos caballos, al mando de Lionello Acclocciamuro, los cuales pusieron su campo cerca de Aversa, no lejos del Volturno, para obrar en combinación con el de Alejandría ([3]). Por aquel tiempo Don Alfonso tenía sus reales

(1) Es de presumir que 1436 también haría alguna violación del territorio del Reino de Nápoles. Aunque así no lo dicen los más de los historiadores, el Rey se quejaba de ello al Papa en una de las instrucciones que hemos insertado en el capitulo que antecede. Collenutio (*a*) en el lib. VI fol. 240 dice que Vitellesco volvió por segunda vez á Nápoles. Su elogio y retrato fueron publicados por Felipe de Rossi en 1646. Ciaconius escribe de él: «Joanni Vitellesco Cornetano potentia ab Eugenio Pontifice comunicata fuit, ut tam dominio Ecclesiæ, quam rebus spiritualibus præesset».

(2) La fecha de la entrada en campaña de Vitellesco, la tomamos del Anónimo. Muratori dice que fué por el mes de Agosto. Al designar el número de soldados seguimos también á aquel autor. Fazio dice «cum tribus millibus æquitum ac pari pedum numero». Constanzo se conforma con lo que escribió Fazio.

Los lugares que citamos como tomados al tiempo de su entrada son los que designa el analista italiano. Continuaremos haciendo constar por nota las muchas discordancias de los historiadores que nos sirven de guia.

(3) El Anonimo citado *ó incerto autor (b)* dá más detalles acerca de estas fuerzas pues escribe «La Regina fe dare denari ad Antonio Caldora, ed ordinó, che uscisse incontro al Patriarca; ma Antonio innamorato della moglie, se ne andó á Carpinone, ed ordinó á Lionello Acclocciamuro, che conducesse appresso le genti, ch' erano alli Casali d' Aversa e di Marigliano».

(*a*) Collenutio (Pandolfo) di Pesaro: Compendio delle historie del regno di Napoli. Venetia Tramezino 1548.

(*b*) Dell' istoria del regno di Napoli D' incerto autore libri otto. Lo quale comincia dalla morte di Carlo II d' Angió e termine col regno d' Alfonso I d' Aragona. Napoli. Giovanni Gravier MDCCLXIX.



á unas tres millas de Cápua, contando con pocas tropas para hacer frente á tan gran golpe como capitaneaba su adversario; pues aunque tan pronto como supo la entrada del Patriarca, mandó llamar á Juan Antonio Orsini y á algunos otros barones, éstos no se le habían reunido todavía. Apercibido de la aproximación del ejército enemigo, deliberó oportuno irse retirando hasta poder contar con mayor número de fuerzas. Faltaba elegir el punto hácia el cual se verificaría la retirada, estando discordes los pareceres, opinando los españoles que se debía optar por Gaeta, por ser lugar muy fuerte y el más seguro en el caso de un sitio; mientras que los italianos estimaban preferible el elegir á Teano, porque de este modo no se mostraba tanta desconfianza, y, ya que el Patriarca llevaba la mira de hacer la guerra en las tierras y castillos de los Barones adictos al Rey, creían que no era decente que éste se alejase tanto, añadiendo que Teano era también plaza muy fuerte y se hallaba abundantemente abastecida ([1]).

Don Alfonso habiendo pesado con madurez los diferentes dictámenes de los suyos, optó por retirarse á Teano, nó sin procurar en todo lo posible la conservación de Cápua que encomendó á Juan de Ventimiglia con las fuerzas de su mando. Este que se hallaba acampado en un monte no lejos de dicha

(1) Antes de verificar la retirada objeto de los desvelos del estado mayor, Don Alfonso desde su campamento, situado cerca de la ciudad de Acerra, con fecha 15 de Mayo, mandaba extender el memorial de las cosas que Pedro Juan des Pou escrivano suyo y lugarteniente del Bayle general de Cataluña debía esplicar á la Reyna en contestación á las consultas hechas por aquella ilustre Señora.

Son notables los párrafos 10 y 11 que traducimos literalmente, pues el uno confirma el despecho del Rey á causa de haber sido desatendidas sus súplicas por parte del pontífice y el otro prueba que los catalanes le negaron el subsidio.

10. Item: quiere el dicho Señor que los prelados de sus Reinos y tierras, según por diversos memoriales y cartas ha escrito y mandado, vayan, si ya no hubiesen ido, al Concilio de Basilea. Y si esto rehusaran, que sean ejecutados. Y se proceda contra aquellos á tenor de la forma de los decretos de dicho Concilio. Y de igual modo se proceda contra aquellos que, no obstante el edicto y mandamientos hechos por el dicho Señor Rey de salir de la Corte de Roma, habiten en aquella, haciéndoles ocupar sus beneficios y rentas como á desobedientes á dichos mandamientos.

11. Item: quiere el dicho Señor que, puesto que de las Cortes de Cataluña no se espera algún fruto y buena conclusión especial de hacer armada contra Génova, para cuya cosa el dicho Señor las había principalmente convocado, que sean licenciadas totalmente, sin volver á hablar de su convocatoria. En cuanto á la embajada que se dice, se trata de transmitir al dicho Señor por las dichas Cortes, no es intención del dicho Señor que venga, si, pues, no se hiciese por vía de visitación y trajesen algún servicio en dinero al dicho Señor. De otra manera no parece al dicho Señor deban venir con consentimiento de la dicha Reyna, pues no le parece que reportaran de ello ningún honor.



ciudad, en cuanto recibió la orden, se apresuró á cumplimentarla. A poco tuvo una confidencia de que los ginetes que había mandado la Duquesa Isabel se hallaban en Sicinio, lugar de la comarca de Aversa, esperando allí la llegada del Patriarca que se hallaba de la otra parte del río Volturno en el que había que echar un puente para verificar la reunión. Por la misma confidencia supo igualmente el de Ventimiglia que los de Nápoles vivían muy desprevenidos y que no habían rodeado su campo de ninguna fortificación. En vista de todo esto decidió acometerles, pensando que si caía sobre de ellos de improviso, antes de que se uniesen con el de Alejandría, podría atacarles con probabilidades de buen éxito y que en caso de que le favoreciese la fortuna, se vería de este modo libre de los peligros de un sitio. Así pues salió de Cápua precedido de algunos exploradores, cayendo impensadamente sobre el campo enemigo sin dar tiempo á los napolitanos á que tomasen ninguna precaución. Estos tuvieron grandes dificultades para formarse en batalla y apenas si les quedó tiempo para ceñirse las armas defensivas y empuñar las ofensivas. Ventimiglia los derrotó en un momento y haciendo prisioneros á la mayor parte, tornó á Cápua sin pérdida de momento (1). ¿Cuál fué el número de los derrotados? Antes, siguiendo á Fazio, hemos dicho que habían salido de Nápoles en número de ochocientos ginetes; Zurita dice que eran superiores á la hueste de Ventimiglia y que pasaban de mil, entre la gente de caballo y de pié. En realidad este contratiempo fué causa de que el Patriarca desistiese de ir á atacar á Cápua.

Tras de esta operación pone Fazio la del Patriarca á través del valle de Caudina para tomar á Monte-Sarchio, así como la derrota del Príncipe de Tarento de que habremos de dar cuenta. Zurita, apoyándose en un historiador antiguo del reino, que no cita, refiere una infinidad de particularidades que no conviene pasar por alto.

Parece ser que el Rey al enterarse de la entrada del Patriarca en el Reino y de que había tomado á Venafro y demás

(1) El héroe de aquella jornada fué Urso Orsino. El Anónimo da á entender que esta operación fué dirigida por el Rey. Fazio atribuye toda la gloria á Ventimiglia.



plazas mencionadas, para que no se juntase con los napolitanos, mandó salir á campaña, por aquellas tierras á Urso Orsini que se encontró con Leonello Aclocciamura que mandaba gente de Antonio Caldora y habiéndole perseguido le batió y le hizo muchos prisioneros (1).

Otra de las particularidades que no debemos omitir, es la entrada de Vitellesco en Nápoles, en donde exhortó á los grandes y barones á que se apartasen de la obediencia del Rey y le rompiesen la fidelidad que le guardaban, bajo pena de perder sus dignidades y oficios, de excomunión y entredicho (2).

Tampoco podemos pasar por alto la guerra que hubo en las cercanías de Pescara entre las huestes de Jacobo Caldora y de Francisco de Aquino, Gran Senescal del Reino, y de las tropas que mandaban los capitanes del Duque de Atri, como Francisco Piccinino, Minicuccio del Aquila y Josia de Aquaviva. Aunque estos últimos se retrasaron un tanto, el Duque de Atri, Piccinino y Sebastián de Amicis por sí solos, atacaron á Caldora, le derrotaron, entraron su real, haciendo prisioneros á docientos ginetes y setecientos peones.

Por este tiempo el Rey, tal vez viéndose ya más seguro abandonó á Teano y regresó á Cápua en donde estuvo todo el resto del mes de Junio y parte de Julio, empleando el tiempo en negociaciones que tenían por objeto corromper á Jacobo Caldora y á su hijo Antonio, Conde de Trivento. Mediaba en todo esto Angelo de Monforte, Conde de Campobasso, quien ofrecía de parte del Rey á los dichos, según expresa otro documento inédito que tenemos á la vista, la confirmación de todas sus tierras, ciudades, castillos, gracias, provisiones y demás beneficios de que estuvieran en posesión, con remisión é indulgencia general de todos sus delitos y errores cometidos

(1) Opinamos que el encuentro á que se refiere Zurita es el mismo que dejamos relatado, pues ya hemos hecho constar que las fuerzas napolitanas las mandaba Aclocciamura, y las de la hueste de Juan de Ventimiglia, Urso Orsini.

(2) Respecto de la primera ida del patriarca á Nápoles da bastantes detalles el Anónimo: «Il patriarca, udita la rotta di Lionello, pigliò la via di S. Angelo d'Alise, ed ebbe Cajazzo, e Piedimonte, e se ne venne a Napoli, e visitò la Regina, dalla quale fu racolto con onore infinito, ed ebbe veticinquamila ducati per le sue genti, e promesse da lei é dol Consiglio, che non istudiarebbero ad altro, che tenerlo contento; e fra pochi di data molta buona speranza alla Regina si partì, e ridusse alla fede Angivina il Conte di Caserta, che poco avanti s' era ribellato...»



contra S. M. y otros excesos, aun cuando fueren gravísimos; item más: se les ofrecía sueldo ó conducta para 700 ú 800 lanzas y para 1000 infantes por un año ó por dos, á voluntad del Rey, entregando éste de 30000 á 35000 ducados, y dándoles á razón de 8 ducados mensuales por lanza y de dos ducados por paga; los 30000 ó 35000 ducados habían de ser satisfechos las tres cuartas partes en dinero y la cuarta parte restantes en géneros de lana y seda; y lo que la susodicha conducta excediese de la citada cantidad se les autorizaba á cobrarlo de las contribuciones de los Abruzzos; como prenda de lealtad habían de dar en rehenes el hijo primogénito del Conde de Trivento y otro hijo también primogénito de Berenguer Caldora (1).

A poco de haber incoado esta negociación Don Alfonso escribía al Duque de Milán, dándole cuenta de ella y diciéndole que sería probable que Caldora querría que se constituyese en fiador para el debido cumplimiento de lo que pactasen, en cuyo caso esperaba que no le desairaría, ofreciéndose el Rey en cambio en expedir las concesiones necesarias (2).

De Cápua se trasladó Don Alfonso á Gaeta, dejando encomendada la defensa de la primera, así como de los castillos y tierras de la comarca, á Urso Orsini, con la consigna de que en caso necesario socorriese al Conde de Nola. También le previno que si el Patriarca se dirigiese á Roma, hiciera todo lo posible para reunir el mayor número de gente de caballo y de pie de la hueste de dicho Conde y de sus capitanes, Rufo de Aversa y Palermo, así como de la del Bozzo que estaba en el condado de Caserta, y se dirigiese á Terracina para obrar en combinación con las fuerzas del cuartel real, añadiendo el Rey que si él no se hallaba en esta última ciudad, ya avisaría donde Rufo podía encontrarle.

Desde Gaeta esperaba al Príncipe de Tarento, más éste, con su columna compuesta de mil y seiscientos hombres entre infantería y caballería, al saber que el Patriarca se dirigía á Monte Sarchio, tomó la vía de Monte Fúsculo poniendo su campo á cuatro millas de aquella ciudad, á fin de dar ánimo y

(1) Vid. Apéndices. XIII.
(2) Vid. Apéndices. XIV.

de infundir confianza á los aliados, pero no fué osado á moverse de allí, porque sus fuerzas eran inferiores á las del Patriarca. Don Alfonso que se enteró á tiempo de la situación de aquellos beligerantes, dió inmediatamente orden á Juan de Ventimiglia de que saliera con parte de sus fuerzas y viese si le era posible reunirse con el Príncipe. Este se apresuró á obedecer, pero viendo que la reunión era peligrosa por estar tomados los pasos entre Arpaia y Monte Sarchio, puso su campo lo más cerca posible así del de Antonio Orsini, como de la plaza sitiada. El Patriarca que supo por sus espías que en el campamento del Príncipe no había la debida vigilancia y que era fácil sorprenderle, cayó rápidamente sobre él y hallando á todo el mundo desprevenido acometió con gran furia, entró el real é hizo prisioneros á la mayor parte de los que en él estaban, inclusos Juan Antonio y Francisco Orsini, Pedro Palagano, Antonio de Marramaldo y otros. Los demás sólo pudieron salvarse por medio de la fuga ([1]). Tan pronto como Juan de Ventimiglia fué sabedor de aquella derrota, considerando lo peligroso que era permanecer en tales parages mandó formar su hueste y regresó á Cápua ([2]). Don Alfonso trató entonces

(1) Existe una relación contemporánea del encuentro de Monte Fúsculo escrita por un testigo casi presencial, es decir por el obispo de Potenza que llegó al campamento del Patriarca pocos dias después de dicho encuentro. Este prelado llevaba una misión del Duque de Milán cerca de Vitellesco y al dar cuenta á su señor del resultado de la conferencia con el legado pontificio, le reseña también las peripecias de la lucha, resultando que cinco días antes de su derrota, el príncipe de Tarento había obtenido una señalada victoria sobre la hueste pontificia. También dice que el legado obtuvo por rendición y concordia Monte Sarchio, poniéndose en contradicción con Fazio quien escribe: «Quod cum Patriarchæ nuntiatum esset, omissa montis Sartii obsidione, iter in Campanum flexit». También afirma que el príncipe de Tarento, una vez hecho prisionero, propuso al Patriarca unir las fuerzas de entrambos para emplearlas en contra del rey de Aragón, cosa que está en contradicción con la conducta posterior de dicho potentado. Por lo demás el obispo de Potenza echaba unas cuentas muy galanas, dando por perdida casi por completo la causa del rey, y el reino de Nápoles en muy buen camino para pasar á manos del Papa.

«Nam ipse Legatus, dico, astu, prudentia et viribus suis omnem illico provinciam paciscetur. Jam bina Calabria, citerior et ulterior, pacata est; omnis terra Identi ad caput usque Lence. Quamobrem omnium plane est sententia ante exactam estatem regnum totum pro Ecclesia ad quam spectat ipso jure penitus ademptarum, quo plane fit ut, attritis regis Aragonum exinanitisque viribus, aut, si morabitur, omnino capietur, aut si poterit, clam ad suam patriam remeabit, quamquam Legatus hoc agere intendat, ut, rege ipso fugato, ex Italie finibus per mare quo iverit classe cum hostiliter velit insequi».

Vid. *Doc. Dipl. tratt. dagl. arch. mil.*

Respecto de la toma de Monte Sarchio el Anónimo, Muratori, se conforman con el relato del obispo de Potenza. Constanzo sigue á Fazio.

(2) Estando el Rey en Gaeta escribió á su hermano el Rey Don Juan de Navarra, dándole instrucciones para conducirse en las «pláticas» que por su intermedio debían celebrarse con Renato de Anjou.



de verificar una diversión con el objeto de que el Patriarca se viese obligado á levantar el sitio de Monte Sarchio; siendo ésta el atacar á Sermoneta en los estados pontificios con parte de las tropas de su mando y llevando el terror y la devastación por toda aquella comarca. En realidad al saberlo el Patriarca levantó el asedio de Monte Sarchio é hizo la vía de Cápua. De paso tomó algunas plazas, como Vairano, Presenzano y Venafro (1) que se le entregaron sin resistencia.

Parece ser que durante las operaciones relatadas, Jacobo Caldora había recibido orden de la Duquesa de Anjou y del consejo de Nápoles para que socorriera al Patriarca, andando muy remiso en su cumplimiento, pues aunque siempre daba buenas palabras, nunca acertaba á moverse, y era porque seguían sus negociaciones y tratos con Don Alfonso, todo lo cual como hiciera sospechar al de Alejandría, le mandó éste que partiera hácia la Pulla. El Patriarca, á su regreso de Monte Sarchio, puso su campo en un lugar que llaman San Pedro el cual dista una milla de Scafatta. A principios de Agosto levantó el Rey el sitio de Sermoneta volviéndose á la plaza de Cápua. Allí se enteró de los recelos que mediaban entre Vitellesco y Caldora y de la separación de sus huestes, pensando que

Quería Don Alfonso que constase que de ninguna manera entendía renunciar al título y derecho que le pertenecían sobre el Reino de Sicilia de esta parte del faro, y que no admitía indemnización por aquél. Se conformaba, empero, que en caso de concordia, si se conviniese que él debia indemnizar, que la indemnización fuese en dinero y no en tierras.

También quería que cualquiera concordia que se tratase, no se concluyese ó cerrase sin que antes se le consultara á fin de que pudiera manifestar su intención.

Este corto memorial está fechado en la citada ciudad á 31 de Julio de 1437.

«Memorial delos coses que vol lo Senyor Rey sien reservades per lo molt Illustre Rey de Navarra en la pratica e tracte de concordia praticadora entre lo dit rey de Navarra en nom et per part del dit Senyor de una part et lo Illustre Renat duch de Bar etc. de la part altra.

Primerament jat sia quel dit senyor li haia donat lo poder general de tractar et praticar de la dita concordia segons millor pora ab laltra part concordar. Pero la intencio del dit senyor es que en nenguna manera no enten á renunciar al titol et dret a ell pertanyent en lo Reyalme de Sicilia de ça far ne per quell pendre smena alguna. Es content pero en tal cas de concordia et que fos convengut quel dit senyor hagues á fer esmena alguna aquella fos en pecunnia et no en terres, car per res no hi donaria loch que altra smena a fer se hagues per ell per la dita rahó. *Arnaldus Fonolleda, secretarius.*

Item: vol lo dit senyor que qualsevol pratica ó concordia que sia tractada no sia conclosa ó fermada ans sia primer consultat lo dit senyor á fi que sobre aquella puixa la donchs respondre de sa ferma et clara intencio sobre aço.

Dada en Gayeta a XXXI de Juliol del any mil CCCCXXXVII Rex Alfonsus.

Dominus Rex mandavit mihi Arnaldo Fonolleda.

Reg n.º 2695 fol. 88 rº.

(1) Así lo dicen algunos autores. Según otros Venafro fué tomado por el Patriarca á raiz de su entrada en el Reyno.



era la ocasión oportuna para derrotar al primero, por lo cual salió á marchas forzadas para el condado de Nola, pasando por Cancello y poniendo su campamento á una milla de la capital de dicho estado. Dió la casualidad de que aquel día una gran parte de los ginetes del Patriarca, ignorantes de los movimientos del Rey, se habían separado de su campamento y se habían ido á merodear por las cercanías de Nola, topándose de manos á boca con los nuestros. Al principio, los de Vitellesco llevaban la mejor parte, pero advertido Don Alfonso de lo que sucedía mandó formar en batalla los suyos y acometió con grande ímpetu. Tal era el polvo que levantaba aquel recio chocar de los escuadrones, que, según dice Fazio, no se podían distinguir ni banderas ni estandartes. El calor era inaguantable y nadie podía soportar el peso de las armas ni pelear como era debido. Más al cabo los del Rey fueron envolviendo de tal modo al enemigo que éste no tuvo más remedio que declararse en precipitada fuga, dejando á nuestro poder gran número de heridos y de prisioneros, siendo seguro que no habría escapado ninguno si el polvo y el calor hubiesen permitido perseguirles. Así que el Patriarca, aterrado, supo la noticia de aquella derrota, no considerándose seguro en la posición que ocupaba, partió á la noche siguiente para San Severino, dejando abandonados en su precipitación los trescientos caballos que se le habían mandado de Nápoles, y después de haber dado algún descanso á sus tropas, se dirigió por el valle de Sérvia y fué á acampar en Monte Fúsculo, que ganó por capitulación. Entonces fué cuando atrajo á su partido á los de la casa Leonesa y cuando hizo tregua con el conde de Nola.

El Rey no queriendo internarse por aquellos lugares inseguros y peligrosos tomó la vía de la tierra de Labor y recobró Isernia y Vairano. Francisco Pannone que mandaba en Venafro pactó con él la entrega de dicha plaza si se la daba con el título de conde; Don Alfonso accedió y le firmó el privilegio (1).

(1) Mientras se desenvolvían estos últimos sucesos, Caldora se dirigió á Sergna, tomó Nagone y la Rocca; más tarde trató, sin resultado, de apoderarse de Morcone, tras de lo cual se dirigió á San Jorge de Mulinara con intención de darle el saqueo, empero tuvo que desistir por haber recibido órdenes muy distintas de la Reina.

Casi todos los capitanes del ejército del Patriarca eran de la familia ó cuando menos del bando de los Orsini, por cuyo motivo tomaron á pecho el que aquél diese libertad al Príncipe de Tarento, gefe de tan insigne casa. El de Alejandría escribió en este sentido al Papa, quien otorgó permiso de que se soltase á dicho príncipe á condición, sin embargo, de que fuese á servir en la hueste del legado con quinientos caballos, como así prometió hacerlo. Más tarde doliéndole mucho tener que guerrear contra Don Alfonso, de quien era tan gran partidario y amigo, logró poder hacerse sustituir por su hermano Gabriel, quien se presentó en el campo del Patriarca con los quinientos caballos ofrecidos, restos de la columna derrotada de Monte Fúsculo. Cumplida así la promesa, el Príncipe de Tarento recobró la libertad ([1]). Al verse Juan Vitellesco con aquel refuerzo, determinó ir al encuentro del Rey, á cuyo efecto se dirigió á Salerno para trasladarse luego á Nápoles. Don Alfonso que se sentía con fuerzas suficientes para atajar á su enemigo, se fué camino de Nola, dispuesto á reñir batalla; pero como pasara aun más allá, al llegar á Sarno, se encontró con dos hombres del Patriarca que le dijeron llevaban el encargo de su gefe de tratar alguna tregua, manifestando que estaba descontento de la Reina y que deseaba servir á la Sede Apostólica en empresa más fructífera, y que si el Rey le mandase emisarios con poderes bastantes, podrían estipular un armisticio de cuatro meses y en el entretanto no sería difícil que el Papa accediese á firmar la paz.

El Rey comprendiendo que si se sacudía al Patriarca, que era el enemigo más poderoso, tendría casi asegurada la victoria, mandó delegados con encargo de que aceptasen tan impensado ofrecimiento, pero estando sobre aviso y dudando si podría ser víctima de algún engaño, fué á colocarse en Aqua della Mella y en el Casal de San Severino, desde donde tuvo ocasión de derrotar á trecientos caballos, al mando de Pablo

(1) Según el Anónimo, fueron mucho más dolorosos los sacrificios que tuvo que hacer el Príncipe de Tarento para recobrar su libertad, oigámosle: «venne dal Papa un Breve, che se il Prencipe giurava di essere a lui e alzava le bandiere della Chiesa, il Patriarca lo dovese liberare: il Prencipe lo fe, ed assegnò Trani e Monopoli alla Chiesa, ed esso con tutto il resto del suo Stato alzò le bandiere de Papa Eugenio».



della Magna, cuya fuerza, de orden de la Reina estaba destinada á reforzar á Vitellesco. La mayor parte de ellos cayeron prisioneros de los nuestros. Con este impensado revés el Patriarca todavía vió más ventajas en la tregua, la cual solo se firmó por tiempo de dos meses á contar desde el 7 de Diciembre; con la sanción penal de que la parte que infringiera lo estipulado debiese pagar á la otra la suma de docientos mil ducados de oro. Intervino en ella, por parte del Papa, el propio legado ó patriarca, y por la del Rey Antonio Gaçull (1).

Asegurado por esta parte Don Alfonso trató de ir á sitiar á Aversa, á cuyo efecto se fijó en Giuliano que dista dos millas de dicha plaza, puesto que ya había entrado el invierno y era muy incómodo acampar á campo raso. No ignoraba que la Reina había llamado á Caldora, que se hallaba en el Abruzzo, pero considerándole con fuerzas inferiores le esperaba descuidado. Por aquellos días había deliberado atacar la plaza de Puzzoli por mar y tierra, ya que se hallaba á corta distancia de ella y podía además disponer de las galeras que en aquella sazón tenía ancladas en Gaeta. Esta operación le ofrecía la ventaja de evitar que los de Puzzoli pudieran llevar víveres á Nápoles.

El rumbo impensado que siguieron los acontecimientos le obligó á desistir de sus propósitos.

Doña Isabel que se enteró de la sobrada confianza del Rey, escribió al Patriarca y á Caldora para que se uniesen y fuesen á atacarle de improviso, y temiendo que sus súplicas no fuesen escuchadas, puso por mediador al Arzobispo de Benevento, que era del partido angevino, para que trabajase en la reconciliación de aquellos caudillos. Supo el prelado desempeñar con tanto celo su encargo, que la víspera de Navidad salían el Patriarca y Caldora, el primero infringiendo dolosamente la tregua, cada uno por su camino, y á la luz de las antorchas se

(1) El documento en cuestión no solo carece de fecha, sinó también de firmas y en él la tregua se estipula por un año prorrogable á voluntad de las partes. En este punto se halla en contradicción con lo que dicen los historiadores, los cuales le asignan la duración de dos meses. Fundados en ésto creemos que se trata de un proyecto dado á Gaçull, que sería modificado en las pláticas que tuvo con el Patriarca. Esta nuestra sospecha se halla confirmada por el siguiente texto de Fazio que es decisivo: « Post hæc qui Salernum ad Patriarcham ierant ad Alphonsum rediere. Hique inducias in duos menses, si ita is vellet, Patriarche fieri placere retulerunt ».



fueron adelantando hasta efectuar su reunión en Arienzo, llegando juntos al romper el día á Caiano ó Caivano, en donde les pareció bien dar algún descanso á sus gentes. Esta parada fué la salvación del Rey, por cuanto Jacobo della Lagonesa, Señor de Monte Sarchio, que era de los suyos, se apercibió de la marcha del enemigo y se apresuró á enviar por distintas direcciones emisarios que le avisasen de que aquellos caudillos iban á echársele encima. Solo uno de los confidentes pudo llegar á tiempo.

¿Qué sucedió entonces? Los autores están discordes, pues al paso que los historiadores del reino de Nápoles dicen que todo fué confusión y desorden, los adictos al Rey, y entre ellos Fazio, describen la jornada de muy distinta manera. Veámoslo.

Costo (1) escribe que el Patriarca y Caldora tenían gente apostada en todas las veredas para que la noticia de la alianza celebrada entre ambos no pudiese llegar á conocimiento del Rey, empero que Jacobo de Lagonesa le mandó emisarios, cada uno por diferente sitio, y que el único que pudo llegar al campamento real halló á S. M. oyendo misa, pues era día de Navidad. El Anónimo asegura que cuando fueron á participar lo que ocurría á Don Alfonso, éste se rió de la noticia y después de terminada la misa se fué tranquilamente á comer, no abandonando su ciega confianza hasta que le dijeron que el enemigo se hallaba á cosa de una milla.

Don Alfonso dicen otros montó precipitadamente á caballo sin armarse y no dando paz á la espuela, fué á ponerse á salvo en Cápua. La gente que formaba su ejército, continuan, cayó prisionera de las fuerzas del enemigo y de los habitantes de Aversa que hicieron una vigorosa salida. Es seguro, añaden, que sin el descanso de Caiano, al Rey le hubiera sucedido lo mismo. El botín que cayó en manos del Patriarca y de Caldora fué muy grande y no menos rico: la vajilla de plata de S. M. el servicio de la real capilla, los equipages, los carruages de los señores, sus caballos de guerra todo se perdió en aquel día.

He aquí ahora la versión de Fazio.

(1) Tomás Costo — Memoriale delle cose più notabili, accadute nel regno di Napoli. — Napoli - Bonino 1618.



Este autor, penetrado de las hondas divisiones que mediaban entre el Patriarca y Caldora, dice que para que obraran de mancomun, debieron intervenir los capitanes y caballeros de sus respectivas huestes, haciéndose el juramento de hacer la guerra con lealtad y de no permitir que sus caudillos se hostilizasen de modo alguno. Viniendo á la descripción de la jornada escribe que en realidad solo uno de los emisarios del de Lagonesa pudo llegar por atajos y sendas estraviadas al cuartel real á dar parte de lo que acontecía. El Rey, dice, quedó admirado pòrque creía que el Patriarca había firmado la tregua de buena fé; sin embargo, estimando que el lugar en donde se hallaba no era seguro y que la hueste enemiga le era superior en número, deliberó retirarse á Cápua. Entonces mandó reunir las tropas, preparar las armas y arreglar la impedimenta (1). Mientras tanto los enemigos que se hallaban en Aversa, envalentonados con la proximidad del auxilio, atacaron denodadamente y en su temeridad muchos cayeron prisioneros. No cabe dudar que todos hubieran sido acorralados dentro de la ciudad ó hubieran sido presos, si el Patriarca y Caldora no hubiesen llegado á escape sembrando el espanto en los de la hueste real. Entonces éstos abandonaron la impedimenta y trataron de ponerse á salvo. Había cerca de allí una laguna formada por un riachuelo, el Agno, (Clanius) pero que en aquel invierno había sido aumentado por las aguas pluviales, la cual estrechaba de tal modo el camino que algunos pocos hubieran podido disputar el paso á una muchedumbre. La laguna sin embargo podía pasarse por un puente angosto. Don Alfonso lo había dispuesto así al salir de Giugliano. Por lo tanto envió por delante algunas fuerzas para que ocupasen el paso y evitaran que el enemigo les cortase la retirada: para lo cual fué necesario dividir la gente, sin cuyas circunstancias aún hubiera sido posible dar una lección severa á los perseguidores. Apesar de ellos se sostuvo por algún rato una ligera escaramuza, hasta que el enemigo viendo el puente ocupado y

(1) Alphonsus primum admiratus, quod bona fide Patriarcham secum inducias fecisse existimaret, cum se loco haud satis tuto esse cognosceret, hostesque copia superiores esse, confestim abeundi Capuam consilium cepit: atque haud mora milites cogi, arma expediri et impedimento componi imperat.



considerándose demasiado lejos de su base de operaciones, mandó tocar retirada y fué á encerrarse en Aversa. Don Alfonso pudo seguir tranquilamente su camino hasta llegar á Cápua.

De ésto á lo que pintan los napolitanos hay una distancia inmensa.

Después de esta jornada los dichos caudillos anjevinos se dirigieron á Nápoles donde fueron muy agasajados por la Reina. Esto animó al Patriarca á pedirle Aversa por el tiempo que durara la campaña, á fin de poder refugiarse allí cuando le dejasen algún vagar las necesidades de la guerra. Doña Isabel reunió á los de su consejo y les pidió su parecer acerca de la pretensión de Vitellesco. Caldora que asistió á la sesión y cuya palabra era siempre de mucho peso, opinó que la Reina debía denegar la demanda, por cuanto lo que el Patriarca quería, no era tanto buscar un refugio en las operaciones militares, cuando ir apoderándose lenta y mañosamente del Reino á nombre de la Santa Sede. Acordóse responderle con buenas palabras, alegando que los aversanos se disgustarían, fuera de que Aversa era indispensable á Nápoles; que en cambio se le autorizaba para apoderarse de Tiano, Sessa ó Venafro; y así se hizo. Diósele para contentarle la suma de veinticinco mil ducados y por añadidura todas las satisfacciones imaginables. Conociendo el Patriarca que esta contestación había sido obra de Caldora, riñeron descubiertamente y él tomó la vía de la Pulla, mientras que éste se dirigió hacia al Abruzzo. La fama de la rapacidad de las tropas del legado y la noticia que corrió de que sólo iba á aquel país para engordar á sus gentes fueron causa de que la ciudad de Trani alzase banderas por Don Alfonso. Acto contínuo sus vecinos le mandaron embajadores, diciéndole que fuese servido de ir á tomar el castillo que lo tenían sus enemigos. El Rey les dió las gracias y sin pérdida de momento mandó á Juan Caraffa con tres galeras para que sitiase dicha fortaleza por la parte de mar, mientras estaba proveyendo cómo se le secundaría por tierra. El Patriarca, así que llegó á dicha provincia, fué exigiendo contribuciones á varias ciudades y luego se detuvo en Andría donde se hallaba el Príncipe de Tarento. Éste tenía contínuas y secretas inteligencias con Don Alfonso y aun se dice si atizó la



discordia entre los soldados de Vitellesco y los habitantes de la ciudad mencionada, hasta el punto de que estallara una colisión muy seria; pero viendo que las cosas habían ido demasiado allá y que Andría podía ser saqueada y entregada á las llamas, procuró aquietar el tumulto haciendo calmar las iras de los paisanos. Entonces el Patriarca trató de ir á socorrer el castillo de Trani, á cuyo efecto pidió al Príncipe que le siguiese, más éste se escusó diciendo que se hallaba enfermo; pero le dió algunas fuerzas de las que mandaba. El legado empezó á sospechar de él que era traidor y á mirarle con recelo (1). Entre tanto los de Trani habían abierto un foso al rededor del castillo y lo tenían bien defendido. El Patriarca, como tenía poca infantería, mandó á los ginetes que echaran pié á tierra y que lo combatiesen, pero los soldados del Príncipe no se desmontaban; visto lo cual por Lorenzo de Cotignola, capitán sforzesco que servía á las órdenes del Patriarca, hubo de decirle á éste: ¿no veis como los del Príncipe no se menean de sus sillas y que si nos apeamos nosotros nos acometerán, y secundados por los habitantes de la plaza, pronto seremos derrotados? Vitellesco confuso mandó que montaran todos y se fué á Bescieglia, donde recibió noticia de que las gentes del Príncipe estaban en marcha y de que el Rey enviaba nuevas galeras; y como temiese quedar cortado por mar y tierra, se embarcó en un barquichuelo y se dirigió á Aversa, y de allí, por tierra, á Ferrara en donde se hallaba el Papa Eugenio (2). Las gentes que dejó abandonadas entraron á servir en la hueste de Caldora. Entre tanto se rindió el castillo de Trani. El

(1) El Anónimo menciona que, antes de esta empresa, Vitellesco dió el saqueo á Molfetta y Giovenazzo, y que luego dividió su hueste entre Bisceglia, Ruvo y Terlizzo. También añade que solicitó de nuevo la cooperación de Caldora el cual como supiese que el Príncipe de Tarento estaba otra vez por el Rey, le manifestó que no podía romper lanzas contra dicho potentado, ya que, por mediación del mismo patriarca, el año anterior había hecho las paces con aquél.

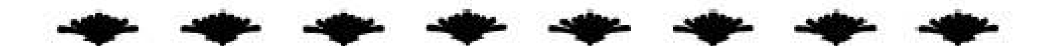
(2) Los romanos agradecieron tanto los servicios del patriarca que le erigieron una estatua equestre en el capitolio, y el papa le hizo cardenal para recompensar sus méritos y su celo por la Iglesia.

Pagi nos dá algunos detalles acerca de este purpurado. Dice que el concilio de Basilea declaró nula la elección de Vitellesco en su sesión vigésima séptima celebrada el jueves 27 de Setiembre de 1437, como contraria al decreto hecho por la sacra Asamblea, Martin V le había creado protonotario, Eugenio IV le hizo primero obispo Maceratense y luego Recanatense, después patriarca de Aquilea, y más adelante de Alejandría; Arzobispo de Florencia, capitán general del ejército pontificio y por último cardenal presbitero del título de San Lorenzo en Lucina, cuya elección fué anunciada el día 9 de Agosto de 1437.



Príncipe de Tarento mandó que se quitasen de sus tierras las enseñas del Pontífice y se sustituyesen por las de Don Alfonso, después de lo cual fué á presentarse á éste, siendo recibido como su antigua fidelidad exigía.

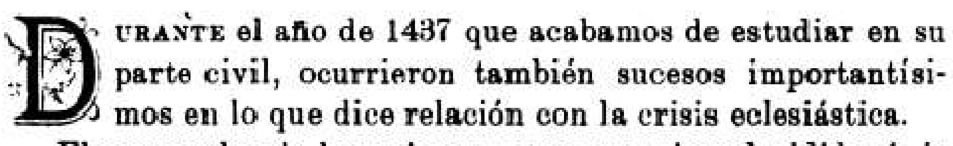




CAPÍTULO XXXII

SUMARIO

Embajada del Emperador de los griegos al Concilio. — Aviñón apronta un subsidio pecuniario á ruegos de los Padres de Basilea, con protesta del Papa. — Obstruccionismo de los legados pontificios. — Tumultuosa sesión del 7 de Mayo de 1437. — Intrigas fraudulentas. — El Papa señala la ciudad de Florencia para celebrar el Concilio y manda embajada á los griegos. — Simultánea embajada de los Padres de Basilea. — Sesión vigésima sexta. — Graves acuerdos contra Eugenio IV. — Nueva bula del Papa convocando el Concilio en Ferrara. — Orden de Carlos VII, rey de Francia, mandando á los prelados de su reino que, en vez de ir á Ferrara, se fuesen á Aviñón, en cuanto llegasen los griegos. — Gravísimos decretos del Concilio afirmando su supremacía sobre el Papa. — Actitud de Don Alfonso. — Carta ejecutoria de los decretos del Concilio. — Instrucciones á sus embajadores en Basilea. — Dales noticia de la derrota de Caldora. — Serie de importantes documentos que revelan la política del Rey. — Trátase de hacer liga con el Emperador Segismundo. — Gestiones del Duque de Milán.



DURANTE el año de 1437 que acabamos de estudiar en su parte civil, ocurrieron también sucesos importantísimos en lo que dice relación con la crisis eclesiástica.

El emperador de los griegos, como estuviese decidido á ir al Concilio con el Patriarca de Constantinopla y los padres de Oriente, envió un embajador llamado Juan para notificárselo así al Papa y á los de Basilea, á fin de que le tuvieran preparadas las galeras. Dicho embajador llegó á orillas del Rhin á principios de Febrero de 1437, dando enseguida cuenta á la asamblea de que los griegos estaban prontos á ejecutar todo lo que se había estipulado anteriormente. Insistió también en la conveniencia de que se eligiese una ciudad cómoda para celebrar las sesiones, y, por fin, inquirió el estado en que se halla-



ban las galeras y su armamento. El presidente le contestó que el capitán que debía mandarlas estaba ya nombrado y que con respecto al sitio del Concilio, en lo venidero, se había designado Basilea, Aviñón ó Saboya. El embajador puso dificultades, resistiéndose á que los padres de Oriente tuviesen que ir contra su voluntad por el mar á Sicilia á causa de las enfermedades que padecían, en lo cual no estuvo exacto, pues aquellos se alegraban de hacer el viaje por dicha parte. También manifestó que cuando se había hablado de Saboya, se entendió que el Concilio quería decir cualquiera de las ciudades que el Duque poseía en Italia; equivocación, escribe Panorma, igualmente infundada, puesto que la convención decía que fuera de Italia se podría elegir entre Buda, Viena ó Saboya. Así mismo pretendió que el Papa debiese hallarse en el Concilio, cosa en extremo fuera de razón, pues se había dicho literalmente: que el Papa podría hallarse en el Concilio por sí ó por medio de sus diputados.

Por aquellos días prestaron juramento los embajadores que habían de ir á Aviñón á recibir la suma tomada á préstamo y pasar luego á Constantinopla para traer á los griegos. Fueron designados para este cargo los obispos de Lubeck, de Vich, de Parma y de Lausana. Una de las cosas que habían de decir á los de la ciudad citada era que el Concilio expediría un decreto que confirmase auténticamente la elección de Basilea, de Aviñon ó de Saboya.

Esto último no fué del agrado de los legados del Papa.

Por su parte Eugenio IV envió emisarios á Aviñón con orden de que no diese á los del Concilio las cantidades que esperaban. Sin embargo, antes de acabar el plazo de treinta días, esta ciudad cumplió su compromiso entregándoles la suma de treinta mil ochocientos florines, con garantía de hacer efectivo el resto. En cambio pidió á los legados que indujesen al Concilio á decir explícitamente por cuál de los tres centros mencionados se decidía, á acordar el decreto sobre la imposición de diezmos y á marcar el puerto dónde deberían desembarcar los griegos.

Los representantes del Papa en Basilea, ó sean los cardenales de San Pedro y de Santa Sabina y el arzobispo de Ta-



rento no querían favorecer la expedición de indulgencias, ni la imposición de diezmos, ni las invitaciones á los prelados y á las universidades á ir al lugar donde se pretendía celebrar el Concilio, como tampoco la expedición de ninguna clase de salvo conducto. Su idea era ganar tiempo á fin de hacerse con una mayoría que pidiera y votara la celebración de la Asamblea en Florencia, Módena ó cualquiera otra ciudad de Italia.

El siete de Mayo, el Concilio celebró su sesión vigésima quinta. En ella se cumplió el compromiso contraido con los de Aviñón, leyendo los decretos en que se fijaba solemnemente que el Sínodo se celebraría en Basilea, Aviñón ó Saboya y en que se imponían los diezmos para sufragar los gastos (1). Pero ¡ qué lamentable espectáculo ofreció aguel día la asamblea! Es preciso remontarse á los tiempos de Nestorio y al conciliábulo de ladrones de Efeso para encontrar una escena tan tumultuosa. Mientras que el designado por el Concilio leía desde la tribuna el decreto insinuado, se levantó un obispo á quien habían ganado los legados del Papa, y desde su escaño, favorecido por algunos padres adictos á Eugenio IV, se puso á leer simultáneamente un decreto diferente, pero con tanta precipitación que acabó antes que el otro. No hay para qué decir el tumulto que se armaría, de tal suerte que casi nadie pudo enterarse de lo que dicho documento contenía. El autor que mejor describe las particularidades de aquella sesión tan borrascosa es el llamado Panorma ó sea el arzobispo de Palermo. Consultada el acta de dicha sesión en la Colección que ya otras

(1) He aquí el tenor literal de la decisión, conforme á lo que se lee en el documento correspondiente: « Volentes deinde hæc sancta Synodus decreta et capitulata huiusmodi viis et modis omnibus necessariis et opportunis prosequi, ac juxta illa ad electionem loci pro futuro æcumenico Concilio, in quo imperator et patriarcha pædicti, aliique Græci, conuenire possent et deberent, celebrando, mature procedere, habitisque super his et aliis hanc piam rem concernentibus, in diversis ipsius sancte Synodi deputationibus multiplicibus propositionibus et tractatibus, illisque cum votorum suppositorum eorumdem scrutinio diligenti recensitis, demum in generali congregatione ad hoc in maiori ecclesia prædicta (vt moris est) indicta, et iterum votis singulorum in cadem scrutatis, repertoque duplo maiorem partem et multo plus vota sua direxisse in Basileam, Auinionem, nel Sabaudiam, inuocata Spiritus sancti gratia, post Missarum solemnia conclusum fuit et conuentum, quod apud imperatorem, patriarcham, et alios Græcos prædictos, diligens et debita fieret instantia, cum allegationibus et expositionibus plurimarum rationum quæ ad id et adduci possent, vt ex diversis bonis respectibus ciuitatem Basileensem acceptarent pro dicto œcumenico Concilio ibidem celebrando: quam si eos omnino recusare contingeret, extunc ciuitas Auinionensis esset ipsius œcumenici Concilii ibidem celebrandi. Si tamen illud in eadem celebrari non posset, extunc in Sabaudia Concilium celebraretur antedictum ».



veces hemos citado ([1]) se trasluce claramente la exactitud de lo referido, puesto que después de hacer constar que el Concilio fija para su reunión con los griegos los tres puntos ó lugares citados, dice: " *Et hanc præmissam nominationem et electionem vult, statuit et decernit hæc sancta synodus, ut sit firma, inconcussa et inviolabilis, quaqunque alia modificatione, ordinatione, dispositione, nominatione seu electione per ipsum sacrum Concilium seu alium vel alios, quaqumque authoritate, etiam papali fungentes, in contrarium facta seu factis, minimè valitura seu valituris, quam seu quas hæc sancta synodus ex certa scientia ex nunc irritat, cassat, revocat, et annullat, seu cassa, nulla, et irrita nuntiat, et pro infectis illam, seu illas habere vult, et præsentibus habet, quatenus in totum vel in partem præmissæ electioni obviant nel repugnant* „.

¿En qué difería el decreto leído por los partidarios del Papa del que apoyaba y quería tener por firme el Concilio? En que el lugar de la venidera reunión se decía que había de ser Florencia ó Udina.

Pero el escándalo no había terminado renovándose con creces cuando se trató de sellar el decreto. El arca en que se guardaban los sellos era de cuatro llaves que estaban en poder de cuatro padres distintos, elegidos todos los meses por la asamblea. Los que en aquella sazón tenían las llaves consentían en que se sellase el decreto del concilio; pero el arca se hallaba en poder del cardenal Julián, quien se denegaba terminantemente á ello, sinó se sellaba al mismo tiempo el decreto de los legados. Así se pasaron muchos días hasta que el 14 de Mayo se celebró una congregación general. En ella manifestó el cardenal Julián que lo mejor era poner el asunto en manos de árbitros, designando á este efecto al Cardenal de San Pedro *ad vincula*, á Alfonso obispo de Burgos, á Nicolás arzobispo de Palermo y al obispo de Viseo, los cuales decidirían sobre los instrumentos que deberían ser sellados, debiendo durar sus plenos poderes por espacio del siguiente día. Los cuatro comisarios citados hicieron sellar el decreto que señalaba Basilea, Aviñón ó Saboya para la futura reunión del concilio, que es-

(1) Conciliorum omnium tam generalium quam provincialium quæ jam inde ab apostolorum temporibus, hactenus legitime celebrata haberi potuerunt.



tablecía la imposición de diezmos y que autorizaba á los delegados de la asamblea á fijar el puerto donde habían de desembarcar los griegos. También permitieron sellar el decreto que se dirigía al Cardenal de Foix vice-legado de Aviñón, el que iba á los habitantes de dicha ciudad, el que habían de recibir los embajadores que el Concilio había mandado á ella y, por fin, el que se enderezaba al Emperador de los griegos y al Patriarca de Constantinopla. No concedieron empero igual autorización respecto del decreto de los legados pontificios y de sus adictos.

Así que estuvo ultimado el documento que se dirigía á los de Aviñon partieron para hacer entrega de él Rodulfo de Rudeihemi y Guillermo Arcediano de Metz. La instrucción que llevaban era hacer embarcar á los embajadores que iban á Constantinopla tan pronto como fuese posible. ¡Cosa extraña! Los legados que tanta oposición habían hecho á la expedición del decreto se callaron cuando se trató de su ejecución. Todo parecía haber entrado en calma, hasta que ocurrió un hecho extremadamente grave. Algunos partidarios de los legados, con ó sin el consentimiento de éstos, ganaron á un tal Bartolomé de Bertiserris, secretario del cardenal Julián y á uno de los criados del mismo y arrancaron durante la noche las cerraduras del arca en donde se guardaba el sello y sellaron el decreto, obra de la minoría, así como unas cartas que iban dirigidas al emperador de los griegos y al patriarca de Constantinopla.

Por muy cautelosamente que todo esto se llevaba, el Concilio lo descubrió al cabo de cuatro días, acordando proceder contra los autores de aquel acto y escribir á los príncipes que apoyaran lo acordado por la asamblea y combatieran la obra de los de la minoría. El cardenal Julián y el arzobispo de Tarento asintieron á dicho procedimiento; más como se descubriese que este último era cómplice en aquel atentado, el Concilio dió orden de prenderle, señalándole su casa por cárcel, de la que luego se escapó escoltado por algunos hombres armados. En vista del rumbo poco edificante que tomaban las cosas, muchos padres que formaban parte de la minoría, se fueron segregando de ella y consintieron á que se plantease lo acordado por la mayoría.



Eugenio IV, siempre opuesto á que el Concilio continuase en Basilea, tuvo por válido el decreto de los legados y en un consistorio que celebró en Bolonia el día 29 de Mayo, confirmó lo que ellos habían ordenado, haciendo saber que el Concilio se reuniría en Florencia ó en Udina. Los florentinos hacían ya equipar cuatro galeras, como si la asamblea debiese celebrarse en Florencia; y el Papa, por su parte, hizo alistar nueve, unas en Venecia y otras en Candia, cuyo mando dió á Antonio Condolmero su sobrino: en ellas se embarcó una embajada, haciendo luego rumbo á Constantinopla. He aquí los nombres de los embajadores: Pedro, Obispo de Digne en Provenza, Antonio, Obispo de Oporto, Cristóbal, Obispo de Coroncé en el Peloponeso; á ellos se unieron los dos doctores más célebres de aquel tiempo, Nicolás de Cusa, arcediano de Lieja y Juan de Ragusa general de los dominicos.

No bastaba que las disensiones perturbaran la Europa ortodoxa y fué preciso ir á dar un nuevo escándalo á la faz de los pueblos heterodoxos cuya sumisión se pretendía. Como llegaran á Constantinopla las galeras pontificias, los embajadores que en ellas iban se apresuraron á decir que el Concilio, no sintiéndose con fuerzas para sufragar los gastos había puesto el asunto de la reunión de las dos iglesias en manos del Papa y procuraron desacreditar cuanto les fué dable á los padres de Basilea. A poco se vieron llegar con sorpresa las galeras que éstos mandaban, siendo tal el corage de los embajadores de Eugenio IV, que dieron orden á Condolmero de que las atacara, como así hubiera sucedido á no oponerse el emperador de los griegos á una colisión tan escandalosa.

Una vez estuvieron en tierra los enviados del Concilio no omitieron medio alguno para inducir á los griegos á embarcarse en sus naves. Mostráronles la bula de oro del mismo emperador que había aprobado y ratificado el tratado, los salvoconductos originales del emperador de los Romanos, del rey de Francia, del rey de Aragón y de los demás príncipes y estados por cuyas tierras debían pasar; dijeron que los documentos que traían los embajadores del Papa como emanados del Concilio, eran apócrifos y habían sido sellados furtivamente: por último añadieron que por su parte estaban dispuestos á



cumplir puntualmente los tratados que el Concilio había hecho con ellos, sin variar una tilde.

Poca mella hicieron tales esfuerzos en el ánimo de Juan Paleólogo, quien se escusó de la manera que pudo, embarcándose al cabo en los buques del Pontífice, según veremos más adelante.

Tan luego como los padres de Basilea se enteraron de que Eugenio IV había mandado sus galeras á Constantinopla, se apresuraron á celebrar su vigésima sexta sesión en la cual tomaron medidas extraordinariamente graves. En ella acordaron el monitorio y citación contra el Pontífice. En este documento, que también se halla íntegro en la colección que nos sirve de guía, se lee un largo capítulo de cargos entre los cuales citaremos los siguientes: querer introducir el cisma en la Iglesia, convocando un concilio mientras subsistía el de Basilea; no hacer ejecutar los acuerdos de la asamblea; continuar usando de sus reservas; no admitir las elecciones; exigir annatas y practicar la simonía; trasladar prelados contra su voluntad, infringiendo los cánones de Constanza; haber arruinado la ciudad de Palestrina; haber dado en presa muchos lugares del patrimonio de la Iglesia; impedir la reunión de los griegos; violar el juramento que hizo á su elevación al pontificado; abusar de su autoridad; haber hecho que muriesen sin sacramentos muchos súbditos de la Iglesia romana cuando la devastación de Bolonia. El Concilio, añadía, que había tenido mucha paciencia esperando la enmienda; pero viendo que iba de mal en peor, acordaba citarle para que compareciese, por sí ó por medio de apoderado, á dar sus descargos en el preciso término de sesenta días, á contar desde la fijación del decreto en la puerta principal de la iglesia de Basilea.

Al mismo tiempo requirió á los cardenales para que comparecieran en dicha ciudad á fin de proveer á las necesidades eventuales de la Iglesia.

Eugenio IV, en vez de presentarse, expidió una bula señalando la ciudad de Ferrara para la continuación del Concilio, declarando que concedía á los de Basilea únicamente un plazo de treinta días para tratar con los bohemios de la comunión bajo las dos especies. Esta bula fué comunicada á toda la cristiandad en el mes de Setiembre de dicho año de 1437.

Carlos VII de Francia expidió un edicto por el que prohibía á los obispos de su reino el presentarse á Ferrara, ordenándoles, por el contrario, que se personaran en Aviñón tan pronto como se supiese la llegada de los griegos.

La bula pontificia fué también mal recibida por los padres adictos á los legados pontificios, por cuanto se hacía caso omiso de su decreto, pareciendo que el Papa se bastaba para tal convocatoria.

El día 27 de Setiembre de dicho año 1437 el concilio celebró su vigésima séptima sesión. En ella se dió de nulidad el nombramiento y la creación de cardenales hecha por Eugenio IV por haber infringido lo dispuesto en las sesiones cuarta y vigésima tercera, en las cuales se prohibió, mientras durase el Concilio y el papa estuviese ausente de él, que pudiese crear dichos purpurados sin el consentimiento del mismo Concilio, y el que éstos pasasen del número de veinticuatro.

Se le echó en cara el nombramiento de cardenal hecho en favor de Juan, patriarca de Alejandría, que no era otro que el famoso capitán Juan Vitellesco de Cornetto á quien tanto hemos visto figurar en las campañas del reino de Nápoles.

Hagamos también constar, como justificante del grave escándalo de las bulas selladas furtivamente, que, en la propia sesión XXVI, se leyó otro decreto del que resulta clara dicha superchería, llevando por título en la colección de los Concilios "Decretum cassationis literarum falso bullatarum in eadem sessione lectum".

Igualmente por otro decreto vedó el Concilio la venta de la ciudad de Aviñón, poniéndola bajo la salvaguardia del mismo. Este figura encabezado de la manera siguiente: "Aliud decretum in cadem sessione lectum, quod ciuitas Auinionensis non possit alienari, et recipitur in saluoguardiam Concilii".

Espirado el plazo de sesenta días la Asamblea celebró el día 1.º de Octubre su sesión vigésima octava.

Ofició y presidió en ella el obispo de Vich, según resulta del siguiente texto: "*Missa solemni de Spiritu sancto per reverendum patrem dominum Georgium episcopum Vicensem nationis inclytæ Hispaniæ celebrata, et demum suffragiis, antifona exaudi, etc. litaniis, evangelio secundum Mattheum.* "*Accesserunt*



disciputi ad Iesum diccentes: Quis putas maior est in regno cœlorum? Et advocans Iesus paruulum, etc., ac hymno, Veni creator Spiritus, cum versiculo et collecta, et oratione, Deus qui corda, decantatis, præsidente in eadem sessione præfato reverendo patre domino episcopo Vicensi ante maius altare, vbi dicta Missa celebrata extitit, in pontificalibus cum mitra aurifabrata et pluviali, in cathedra et sede eminentiori, etc. „ Tambien, en dicho concepto, á nombre del Concilio, debió conceder el propio obispo audiencia á los promotores y procurador fiscal para que éste diese lectura del acta de acusación de contumacia; así como mandarle que leyese el fallo por el que la asamblea declarabà á Eugenio IV contumaz.

Realmente los promotores, en virtud de la venia insinuada, pidieron que en atención á no haberse presentado el Papa, por sí ni por apoderado, dentro del plazo señalado, se le declarase contumaz, lo que se realizó por medio de la fórmula siguiente: " El santo concilio de Basilea legítimamente reunido en el Espíritu Santo, representante de la Iglesia universal, estatúye, declara y reputa al dicho Eugenio legítimamente citado y esperado suficientemente, que en consecuencia es contumaz, y á causa de su ausencia se procederá contra de él según el Concilio juzgará más conveniente, después de haber maduramente considerado las necesidades de la Iglesia universal y el deseo de concurrir y de trabajar eficazmente á su unión (1). „

Para contrarestar el efecto que iba produciendo la bula del Papa de que antes dimos cuenta, el Concilio celebró su sesión vigésima nona el día 12 de Octubre. En ella se hizo un análisis de las razones alegadas en dicho documento para la traslación de la asamblea á Ferrara, procurando refutarlas una por una.

(1) Hæc sancta synodus Basileensis, in Spiritu sancto legitimè congregata, universalem Ecclesiam representans et ad hujusmodi actum legitimè congregata, et pro tribunali sedens, audita petitione promotorum et procuratoris fiscalis ejusdem sancte synodi, ut ex eorum relatione et productione instrumentorum visa ejusdem domini Eugenii Papæ contumacia in non parendo citatorio ejusdem sacri Concilii, recepta etiam super hoc ad majorem cautelam per deputatos ejusdem synodi informatione tam de predictis, quàm de noticia ejusdem citatorii in Romana curia, decernit, declarat, et reputat dictum dominum Eugenium legitimè citatum, sufficienterque expectatum, fuisse et esse contumacem, et ejus abscentia non obstante, divina eadem repleta præsentia, contra eundem dominum Eugenium Papam ad ulteriora fore procedendum, prout sacro Concilio videbitur, consideratis necessitatibus et utilitatibus universalis Ecclesiæ.



La ciudad de Aviñón, decían los padres que era cómoda y que en ella se gozaba de completa libertad y había sido aceptada por los griegos y por el mismo Papa.

Reprobaban que Eugenio IV hubiese enviado galeras á Constantinopla, porque ésto, en vez de contribuir á la unión, podía perjudicarla, siendo, como debía ser, de mal efecto el que los orientales viesen á los occidentales divididos.

Se sinceraban de lo actuado contra el arzobispo de Tarento, haciendo constar que era merecedor de ello por haber hecho circular un decreto falso. En lo tocante á la plenitud de poder que pretendía el Papa, decían que era contraria á la disciplina eclesiástica, puesto que de esta manera los Papas convictos de heregía podrían sustraerse al juicio de la Iglesia.

A las quejas del Papa de querer hacerle comparecer ante el Concilio, por ser ésto cosa jamás vista en los pasados siglos, oponían los precedentes que acerca de este particular pueden hallarse en la Historia, pero más especialmente el ejemplo de Juan XXIII que compareció ante el Concilio de Constanza, quien le declaró contumaz y le depuso. Que esta deposición había sido aceptada por Martín V y por el mismo Eugenio IV, y que si no hubiese sido legítima, tampoco lo hubiera sido la sucesión de estos dos pontífices.

Para justificar la supremacia del concilio sobre el Papa invocaban el recuerdo de las sesiones cuarta y quinta de Constanza, haciendo resaltar el hecho de que Eugenio IV, después de la revocación de la primera ruptura con el Concilio, se rebelaba contra sus decretos y se constituía en juez y árbitro soberano.

También decían había revocado los decretos que se oponían á la superioridad del Concilio y que muchos cardenales, y entre ellos el legado cardenal Julián, habían suscrito el decreto que declaraba que el Papa no puede romper el Concilio sin el consentimiento de las dos terceras partes de los cardenales.

Rogaban al Pontífice que recordase que se había decidido que el Concilio continuaría en Basilea hasta la llegada de los griegos, y que luego los padres habian señalado á Aviñón para proseguir sus tareas, habiendo él consentido esta medida.

En fin, después de haber intentado rebatir todas las razo-



nes de Eugenio IV para transferir la Asamblea á Ferrara, casaron y declararon nula la designación de dicha ciudad, advirtiéndole que, si dentro de cuatro meses no hubiese revocado dicha traslación, le suspenderian por dos meses, y que si durante ellos persistía en su dureza, se procedería contra de él hasta llegar á deponerle y privarle del pontificado, como se decía en el decreto de la sesión undécima que luego él aprobó abiertamente.

Eugenio IV dando muestras de tener un tesón á la altura de aquellas calamitosas circunstancias, llevó adelante su propósito, y no solo sostuvo que el Concilio fuese transferido á Ferrara, sinó que ya señaló para su inauguración el día 8 de Febrero año de 1438.

El día 23 de Diciembre los de Basilea tuvieron la sesión trigésima, la cual se deslizó tranquila y sosegada, tratándose en ella únicamente del asunto de la comunión bajo las dos especies, que resolvieron en contra de la pretensión de los bohemios.

Veamos ahora la actitud de Don Alfonso y el proceder de la cancillería aragonesa respecto del Concilio en los momentos en que tomaba tan graves y tan transcendentales resoluciones. No vacilamos en anticiparnos al juicio que había de formar el lector en vista del contenido de los documentos que á su consideración someteremos, diciendo que el Rey no veía con malos ojos, antes al contrario se alegraba de aquellos contratiempos del pontífice, como de un medio ó de una manera de tomarse el desquite de las amarguras que él había pasado á consecuencia de la entrada en campaña de Juan Vitellesco Cornetto con la hueste de la Iglesia.

Empezaremos por las públicas demostraciones y luego daremos cuenta de los manejos reservados.

El decreto del Concilio acerca de la elección de los prelados y de la abolición de las reservas de beneficios, dió lugar al importante documento en el cual se publica la bula comunicada por la Sacra Asamblea al embajador de Don Alfonso, el obispo de Catania, y se manda observar puntualmente lo contenido en el insinuado decreto en todos los reinos y señoríos de S. M. [1].

(1) Vid. Apéndices. XIV. *a)*



Pocos dias después el Rey hacía publicar otro documento por el que se mandaba la obediencia á todo lo que emanase del Concilio (1).

Con respecto á las disposiciones de carácter reservado hay que empezar por la siguiente carta inédita que lleva la fecha de 31 de Enero (2).

Posteriormente el Rey volvía á escribir á la Reina encareciéndole que el cardenal de Tarragona, los obispos de Tortosa y Urgel y los abades de Montserrat, de San Cucufate del Vallés y de San Pedro de Rosas (3) fueran al Concilio, y que en el caso de no partir, terminado el plazo de quince días, á contar desde el que fueran requeridos, ó que, aún después de partir, defirieran su ida más de lo debido, se les ocuparan las temporalidades, y si esto no bastase, se les secuestrasen las rentas, depositándolas en poder de buenas personas eclesiásticas de sus respectivos capítulos ó monasterios.

También prevenía que si, á contar desde el tiempo de la citación hecha por el Concilio á los que se hallaban en la Corte de Roma, se hubiesen hecho algunas provisiones por el Papa contra el tenor de los decretos de Basilea, aquellas no fuesen observadas, ni se consintiese que se ejecutasen, y que en cualquier tiempo en que hubiese debate entre algunos, se fa-

(1) Vid. Apéndices. XIV.

(2) Molt Illustre Reyna nostra molt cara et molt amada muller. Jatsia per alguns memorials e letres haiam provehit e manat que tots los bisbes e altres prelats de nostra senyoria vagen al concili de Basilea nomenant entre aquells lo venerable religios e amat nostre lo Abat de Sant Cugat de Valles, pero considerat que aquell nos es util en aquexes parts á nostre servey especial en alguns affers dels quals li volem donar special carrech segons per altres letres prestament vos avisarem, es nostra intencio quel dit Abat per lo present nos moga ne partesca per anar al dit concili, no contrastant los dits memorials ó letres los quals no volem per lo present comprenguen lo dit Abat jatsia en aquells sia scrit e manat. E sia Reyna molt cara e molt amada muller vostra curosa guarda la sancta trinitat. Dada en la ciutat de Nola a XXXI de Jener del any MCCCCXXXVII Rex Alfonsus.
Dominus Rex mandavit michi Arnaldo Fonolleda.
(Al margen de la misma letra y mano dice *Vacat*).

Reg. 2695 fol. 52.

(3) El monasterio y los abades de Rosas dejaron de existir mucho tiempo antes de la exclaustración. En 1592 el monasterio de Rosas se unió al de Amer y los abades de éste se llamaban de Amer y Rosas. La antigüedad del monasterio de Rosas se ignora; más por una donación que le hicieron el conde Gaufredo y su hijo el obispo Suniario, consta que ya existía en el año 976. No hemos podido averiguar el nombre del que era abad en el año 1437; porque el abaciologio solo llega al año de 1228, faltando noticias de los abades que hubo desde esta última fecha hasta la reunión del monasterio con el de Amer.
(Vid. *España Sagrada* T. 45, págs. 169 y 170).



voreciese á aquella parte que se apoyara en los decretos susodichos.

Estas disposiciones fueron transmitidas á Doña María por el obispo de Lérida mosen Guillermo de Vich y por Mosen Galcerán de Requesens.

Estos mismos tenían encargo de decir al Rey de Navarra que mandase ir á la Sacra Asamblea al obispo de Valencia, so las mismas penas indicadas respecto de los prelados de Cataluña, y, además, debían rogarle que él mandase embajada de su Reino, manifestándole que S. M. era de parecer que, en beneficio de los asuntos pendientes, debía ir á Basilea el obispo de Pamplona (1).

Más interesantes son aun las instrucciones que daba el Rey á sus embajadores en el Concilio de Basilea y las noticias que les comunicaba respecto del curso que seguían las operaciones militares y demás negocios concernientes á la empresa del Reino de Nápoles.

En una carta fechada en Capua el día 9 de Junio del año que nos viene ocupando, les dice que había llegado á él su notario Raymundo de Parisio y que le había expuesto cuanto estaba encargado de decirle en virtud de sus credenciales, y para que ellos supiesen cual era su intención respecto de las cosas consultadas, les manifestaba que disintiesen de la opinión de los que decían que el Concilio debía transferirse á Aviñón, lo mismo que de la de aquellos que decían que debía trasladarse á Florencia. Añadía haber entendido que entre ellos había discrepancia de ideas tocante á dicho asunto y les manifestaba que, aun cuando comprendía que unas y otras eran en su misma diversidad hijas de un buen celo y se apoyaban en las mejores razones, sin embargo era su voluntad que procediesen en aquel negocio con la más perfecta armonía y sin discordia alguna, rogándoles reiteradamente y de la manera más afectuosa que así lo hiciesen, puesto que tales disentimientos eran un grave impedimento á la realización de todo designio. Y en el caso en que por ventura el mismo Concilio se trasladara á cualquiera de las predichas ciudades, les preve-

(1) Vid. Apéndices. XIV. b)



nía que no debían seguirle de ningún modo; antes bien debían permanecer en Basilea ó pasar á alguna de las ciudades del ilustre Duque de Milán, hasta que recibiesen instrucciones. Respecto de la imposición de décimas les encargaba que no la consintieran jamás, sinó que, al contrario, sostuvieran siempre la protesta tan varonilmente hecha por Juan de Palomar; puesto que siempre y cuando tuviera á bien querer admitirlas ó adherirse á cualquiera determinación tocante á ellas, no pasaría nunca la oportunidad. En cuanto á los portugueses, les recomendaba que emplearan con ellos toda la benevolencia posible, á tenor de lo que ya tenía por costumbre; empero allí donde se pudiera poner en tela de juicio el honor real, no debían sufrir que éste esperimentase detrimento, así por parte de los dichos, como por la de otros cualesquiera. Les significaba que nada había que debiesen procurar con mayor cuidado y reflexión como el aumento de su honor en cuanto de ellos dependiese, y que siempre que no lo pudiesen aumentar, que á lo menos lo conservasen con todas sus fuerzas. Insistiendo aún más en este extremo, les añadía, que ninguna obligación les imponía con más preferencia que la de que fuesen celosos guardianes de su honor, aunque ya desde sus diversos campamentos había tenido ocasión de alegrarse al saber que lo hacían así; les rogaba que en todo tiempo perseverasen en esta línea de conducta y viesen con instancia que el Concilio á cuyos padres él se encomendaba humildemente, les tuviesen por personas aceptables. Les decía que las bulas que le remitían por medio de su venerable hermano el obispo de Catania, las mandaran de nuevo, porque aquél no había comparecido á presencia suya é ignoraba si estaba muerto ó vivo. Además les manifestaba, para su consuelo y alegría, como se le había hecho ostensible la voluntad de Dios en los días que acababan de transcurrir y la vía por la cual creía firmemente que su grande y feliz empresa habrá de alcanzar muy presto el éxito por tanto tiempo deseado. Porque habiendo el patriarca invadido el Reino, trató de darse maña para unirse con las huestes de Nápoles, á fin de que siendo más poderoso y más fuerte que él, pudiera inferir grave daño á su persona y Estado; más Dios, que desde lo alto escruta el corazón de los hombres y



sabe á qué tienden los planes de los perversos, no quiso que se cumplieran los deseos de sus enemigos, ni tampoco permitió que él, que tiene la justicia de su parte y que más quiere el Reino para el servicio del Cielo, que para su propio engrandecimiento, según el mismo Dios es testigo, recibiese algún detrimento. Estaban, escribía, entrambas huestes enemigas á una y otra orilla del Volturno, en número de casi de seis mil hombres con numerosa muchedumbre de caballería y de infantería escogidas, teniendo dispuestas todas las cosas necesarias para la guerra y ocupadas una y otra en echar el puente sobre el río. Entonces, proseguía diciendo, que Dios le había sugerido el designio de atacar á sus enemigos, pues si ellos le eran superiores en número, en cambio él les era superior en la justicia, y que poniendo al punto por obra tal sugestión rompió y batió á los de Nápoles que se hallaban en sus campamentos y eran en número de más de mil, así de á pie como de á caballo, haciéndoles prisioneros, tomándoles el real, las armas, los caballos y un botín por todo extremo precioso. Los que pudieron huir lo hicieron envueltos en sus capas, sin que se les diera tiempo de vestirse las cotas.

La carta traía una postdata referente á la derrota de Caldora. Oid, decía Don Alfonso á sus embajadores, otro fausto suceso que nos impele á no desistir de la tarea comenzada de dominar este Reino. Días atrás supimos por Francisco de Aquino, pariente del gran Senescal de este Reino, consejero fiel y muy estimado nuestro, que el rebelde y enemigo Jacobo Caldora se hallaba acampado ante la ciudad de Pescara, y que aquél trataba de atacarle no menos que á los ilustres caudillos de gentes de armas del Duque de Atri, á Francisco Piccinino, Dominicuccio del Aquila y Josia de Aquaviva. Por cartas que recibimos del citado Dominicuccio, el Duque de Atri, Francisco Piccinino y Sebastián de Amicis, hermano del dicho Dominicucio, cayeron de noche y virilmente sobre el ejército de Caldora y con gran prudencia y valor pusieron en fuga al enemigo y cayeron prisioneros docientos hombres de caballería con más setecientos de infantería, apoderándose de muchos de sus efectos [1].

(1) Vid. Apéndices. XV.



Con la misma fecha de 9 de Junio escribió también á Fray Bernardo de Serra y á Juan de Palomar para que viesen de zanjar la desavenencia surgida entre el arzobispo de Palermo y Luis de Ponte, procurando que en adelante corriesen en la mejor armonía. Dábales traslado de las cartas escritas por él á entrambos embajadores con el intento susodicho.

La copia de estas últimas cartas se halla también en el mismo registro y traen igualmente la fecha de 9 de Junio. Hemos dicho copia y no copias; porque á los dos se les escribió en los mismos términos.

Decíales que sabía que el uno de ellos tenía formada una opinión acerca de la traslación del Concilio y el otro otra, y aunque estimaba que ambos procedían con el mejor celo, con todo, considerando que á él le era sumamente perjudicial que el Concilio se trasladase, les rogaba afectuosamente que de común acuerdo con su compañero y con todos los demás embajadores, secundasen sus miras y nunca quisiesen aprobar ni seguir la traslación indicada.

Veamos ahora la carta dirigida á toda la embajada con fecha once del mismo mes, la cual encierra extremos sumamente interesantes.

Dolíase el Rey, al principio de ella, de verse privado de sus consejos, precisamente en la ocasión en que más los necesitaba, pero se consolaba con la consideración de que sus servicios le eran también grandemente necesarios en el punto en que se hallaban, y dado que no les podía exigir que tuviesen el don de la ubicuidad, no veía más remedio que el entenderse á favor de una frecuente y rápida correspondencia. Les participaba como el Patriarca de Alejandría, el cual se decía legado de la Santa Sede, invadió el Reino de Nápoles, intentando apoderarse de las tierras y castillos de algunos barones fieles á nuestra causa, añadiendo que solo pudo haber la ciudad de Alisi, que era del duque de Sessa, y aun esto con poco esfuerzo, porque se la entregó por traición el obispo de la misma. Después les decía que el propio patriarca se dirigió á Nápoles, desde donde conjuró á algunos barones y magnates, á que desertasen de la errónea causa real, bajo pena de la privación de sus respectivos oficios y dignidades, con más las de escomu-



nión y entredicho. También les participaba que había oido decir que el citado patriarca hizo fijar en las puertas de la iglesia mayor de Nápoles un edicto general por el que, bajo las predichas penas, compelía á todos los pueblos, magnates, barones y demás próceres del Reino á que desistiesen y se apartasen de la obediencia real. Si era ó no verdad lo del edicto, decía que no le constaba; pero repetía que así lo había oido decir, y que temía mucho, ya que el Patriarca era sujeto muy temerario, que no procediese á algún acto semejante contra de él; pero que todavía no le había escrito carta alguna, ni avisado de nada. Ahora, les decía, á vosotros toca estudiar las leyes y cánones y con diligencia y cuidado examinar lo que proceda en derecho, y si nos nos debemos mover desde luego ó esperar á que antes el Patriarca intentase algo contra nuestra persona. También les consultaba en el caso de que se debiese mover, de qué modo procedía hacerlo; es decir si apelar ante el Concilio de Basilea; si ellos, dando la cosa como hecha, debían exponerla á aquella Sacra Asamblea, terminando con la debida protesta. A su arbitrio y sabiduría, les dice, que deja la resolución de tal asunto, en la seguridad de que sabrían elegir lo más conveniente. Les hacía observar que, ya que por medio de ellos está incorporado al Concilio, debía por consiguiente estar seguro bajo su protección y salvaguardia. Insistía en que pidiesen nuevas copias de las bulas que le mandaban por medio del obispo de Catania: puesto que no las había recibido. Les encargaba que, puesto que todo lo anteriormente dicho eran cosas necesarias y urgentes, en cuanto se hubiesen enterado de sus letras proveyesen en ello sin dilación, no olvidándose de escribirle sus dictámenes y de mandárselos por medio de frecuentes cursores, para que en todo tiempo pudiese enterarse de sus consejos y saber lo que debía decir ó hacer.

En una postdata les encargaba que impetrasen del Concilio que le sustrajese á él y á sus súbditos y vasallos, así de los reinos de Sicilia de la una y de la otra parte del faro, como de todos los demás, del fuero y jusisdicción del Sumo Pontífice y que le enviasen la bula de sustracción (1).

(1) Vid. Apéndices. XVI.



El día 4 de Agosto, desde el campamento real cerca de Savona, (Sulmona?) contestaba Don Alfonso á las cosas que le habían sido explicadas de parte de la Reina por medio del abad de Santas Creus, dictando un memorial en el que, entre otros extremos, se contiene lo siguiente:

Que él se había alegrado al enterarse de que los obispos de Vich, de Barcelona y el abad de Montearagón habían partido para ir al Concilio, así como de saber los que estaban próximos á partir, rogando á la dicha señora Reina que si éstos no hubiesen partido ya les hiciera emprender acto contínuo el viaje. Le encargaba también que hiciese ejecutar al abad de Bañolas y á todos los demás que no quisieran ponerse en camino, sin miramiento de ninguna especie, según se le había comunicado por diversos memoriales y cartas y más últimamente por Pedro Johan. Añadía que no debía servir de escusa á los prelados la mutación del lugar en donde se celebraba la Asamblea, debiendo hacer la vía de Basilea, por cuanto en el caso de que aquella se separase de la mencionada ciudad para transferirse á Aviñón ó á cualquiera otra parte, los dichos prelados podrían dirigirse allí donde supiesen que estaban los embajadores que á la sazón se hallaban en Basilea, á quienes ya se había comunicado lo que debían hacer en caso de mutación del lugar del dicho Concilio. Aprobaba la consideración tenida por la Reina de no apurar á los obispos de Barcelona y Huesca por no tenerlos que socorrer; diciendo á dicha Señora que él desde el Reino de Nápoles proveería respecto de si era conveniente el agregarlos á los demás embajadores que ya estaban en el Concilio. Quería, sin embargo, que si el cardenal de Tarragona no hubiese partido, que lo hiciese sin pérdida de momento, previniendo á Doña María que emplease toda su solicitud en aquel particular, de tal suerte que el dicho cardenal partiese acto contínuo y fuese á la asamblea.

También daba instrucciones para la recaudación de aquellos bienes que algunos entregaban para ganar las indulgencias concedidas por el Concilio á los que contribuyesen á su sustentación, ordenando que el colector de la Sacra Asamblea ó sea el obispo de Litora pudiese cobrar lo que fueran dando los



fieles; más como se hubiese ofrecido que la mitad de lo recaudado fuese para la real hacienda, Don Alfonso nombraba al abad que se debía incautar de dicha parte, para que á nombre suyo fuese partiendo con el colector del Concilio, designando á Mateo Pujades como receptor definitivo ([1]).

El mismo día 4 de Agosto escribió dos cartas, ambas muy dignas de ser conocidas: la una dirigida á sus embajadores y la otra al mismo Concilio.

En la primera dice á aquellos que por efecto de las cartas que ha recibido del ilustre Duque de Milán, á quien no escasea nunca el título de padre, así como de otras partes, ha deliberado encargarles que, de acuerdo con los embajadores del susodicho príncipe, miren por todo lo que tienda al común servicio en el Concilio, y principalmente para que éste sea transferido á la ciudad de Buda, conforme lo desea y procura el Emperador y Rey de Romanos; añadiendo que no han de ocultárseles las ventajas que su honor y estado han de reportar de que se logre por medio de la cooperación de ellos lo que con tanto ahinco gestionan dichos Emperador y Duque.

En la segunda dice á la Sacra Asamblea que le ruega y suplica consienta en la traslación del Concilio á la ciudad de Buda, por ser muy esclarecida y muy bien situada y dispuesta para recibir y alojar á los miles de personas que habrían de acudir al mismo Concilio para la reducción de los griegos; y que en el caso que descuidaran de hacerlo así, cosa que no podía creer de ningún modo, retiraba el salvoconducto en favor de los que debían ir al Concilio y no dispensaría á los padres ningún favor ni ayuda.

Entrambas cartas están firmadas en el campamento de Savona ([2]).

En carta escrita desde Gaeta, á los 14 de Setiembre, recuerda el Rey á sus embajadores que en todos los negocios que hayan de tratar en el Concilio, formen confederación, tengan inteligencia, y obren unánimes con los embajadores del Duque de Milán, tendiendo siempre al común servicio y utilidad.

(1) Vid. Apéndices. XVII. *a*)
(2) Vid. Apéndices. XVII. *b*)



como si ellos fueran embajadores del Duque, y los embajadores del Duque lo fueron de su Real Magestad ([1]).

Desde la misma ciudad de Gaeta escribía á su limosnero, el tantas veces citado fray Bernardo de Serra, con fecha 10 de Octubre. Esta carta tiene algunos extremos muy dignos de ser conocidos.

En ella le acusa recibo de la que le dirigió con fecha 30 de Julio, por medio de Blasi, también portador de la que nos ocupa, así como de los decretos de la incorporación y la ejecutoria de aquéllos con revocación muy ámplia y bastante de todos los actos hechos por el patriarca contra su Real Magestad, parciales, servidores y adherentes. Luego le dice que posteriormente llegó el hermano del obispo de Catania, por medio del cual recibió otros decretos que le fueron sumamente gratos, por ser de gran utilidad, estimándolo como no pequeño servicio, por lo cual se declara muy agradecido, no solo á él, sino á todos los que habían trabajado en las dichas cosas, rogándole afectuosamente que en ello quiera perseverar é instar á los demás embajadores á continuar en sus gestiones. Igualmente le daba las gracias por el trabajo que había empleado en concordar, pacificar y unir en una opinión al arzobispo de Palermo y á micer Luis de Roma, (de Ponte), considerando el gran deservicio que á Su Real Magestad y á sus asuntos se seguía y se esperaba de la discordia de aquéllos; pero más señaladamente si el dicho Luis se hubiese apartado de su servicio y se hubiese pasado á la causa del Papa, según se intentó, avisándole que aun cuando había visto la copia de ciertos capítulos y de otros que el arzobispo de Tarento remitía al Papa sobre el hecho de micer Luis, jamás dió crédito á ello; y ahora, proseguía, que hemos sido avisados por vuestras cartas, hemos tenido gran placer de saber que aquel era inocente de lo que sobre de él se había escrito. Rogábale, no obstante, afectuosamente que, según ya lo había loablemente hecho de antes, quisiese dedicarse á mantener de contínuo concordia y buen amor entre los dichos arzobispo y micer Luis, á lo menos en lo concerniente á los asuntos de su Real Magestad que

(1) Vid. Apéndices. XVIII.



en Basilea se tratasen; procurando de igual modo que así lo hiciesen también todos los demás embajadores ó prelados de los reinos y tierras de su Real Magestad que allí se hallaban y que en adelante se hallasen. Participábale que, además del obispo de Vich, habían partido otros de Cataluña para pasar allí. Insistía en que entendiese de contínuo en confortar y animar al dicho micer Luis al servicio de su Real Magestad, dándole aviso de que había escrito á Mateo Pujades repetidas cartas para que cumpliese aquellos cambios y dinero que por el dicho micer Luis y por él le fuere encargado pagar, y de que creía que habría transmitido alguna subvención al dicho micer Luis. Le encargaba nuevamente la conveniencia de que éste estuviese contento de haber servido á su Real Magestad y le decía que le animase tanto como le fuese posible, confiando en que así lo haría. Manifestábale que instase que las bulas por su Real Magestad pedidas en la carta que á él había dirigido, lo propio que á los demás embajadores, se le remitiesen por conducto del dicho Blasi, porque los había de menester con gran necesidad. Por fin le daba las gracias por las noticias que le había escrito del duque de Bar, las cuales sabía ya por otros conductos, rogándole que las continuase, según tenía por costumbre (1).

La carta fechada en la misma ciudad de Gaeta el día 11 de Octubre y dirigida á todos los embajadores es también muy interesante.

Comienza diciéndoles que recibió por el mismo Blasi, á quien les había enviado, sus cartas generales y particulares, juntamente con los decretos y ordenaciones de la Sacra Asamblea contra el Papa y el Patriarca, expedidos en favor de su Real Magestad, y después, por medio de su amado consejero Simón Dipistis, doctor en leyes, otros decretos del mismo Concilio, con diferentes cartas de los dichos embajadores, las cuales le fueron sumamente gratas. Les manifiesta que, conforme deseaba y como les había requerido muchas veces, había sabido, al fin, que iban unánimes y concordes en pró de su honor y servicio, habiendo recibido armas bastante fuertes para es-

(1) Vid. Apéndices. XIX.



grimir contra los mismos Papa y Patriarca, es decir los decretos del Concilio, de los cuales había hecho sacar muchas copias mandándoles á las ciudades y tierras que le obedecían, así como á las que le eran rebeldes. Empero, decía, el mismo Patriarca, á semejanza, no de hijo obediente de la santa madre Iglesia, sino á manera de hijastro que la desprecia, posponiendo y olvidando los tales mandatos y no desistiendo de aquellas insolencias que había empezado contra él, le había tomado varias tierras de las ganadas en el invierno pasado; pero que esperaba que aquellas, con la ayuda del Cielo, sabrían bien pronto que las había recobrado; por lo cual le sería muy agradable el que se continuase el proceso comenzado contra del Papa y que se reprimiera la empresa del mismo con tanta audacia proseguida, prevaleciendo la causa de su Real Magestad, como esperaba; sobre lo cual, añadía, queriendo, conforme le pedían, desvanecerles las dudas y manifestarles cuál era su real voluntad, declaraba que, pues el Sumo Pontífice tan públicamente se daba y manifestaba como enemigo suyo, se consiguiese por medio de los oficios de ellos, lo mismo que por su ingenio y diligencia, en cuanto les fuera posible, que se reformara la Iglesia de Dios en sus miembros y en su cabeza; de tal modo que acerca de ello fuese proveido que el mismo Sumo Pontífice Eugenio no estuviera autorizado para poder hacer por sí tales cosas, ó bien se apele á cualquier otro remedio para que se le quitara totalmente la facultad de dañarle á él en el Reino de Nápoles.

No obstante, les decía, que quería que en ello se entendieran con los embajadores del Duque de Milán y se conformaran con su parecer, exhortándoles á ellos y requiriéndoles con el mayor afecto posible á que, prescindiendo de cosas supérfluas, guardasen la concordia y unanimidad en que en aquella sazón se hallaban y en la que esperaba que perseverarían, y de aquel modo se presentasen atentos y vigilantes en el desempeño de toda gestión de su real persona, á fin de que la diligencia, fama y amor á la verdad no sirviesen de recomendación, inclinando más y más su real ánimo á dispensarles favores. También les encomendaba que expusieran en su real nombre el Sacro Concilio, que él, como hijo singular y obediente de la Santa Ma-



dre Iglesia, estaba dispuesto á entregar á cualquiera comisario, á quien la Sacra Asamblea deliberara enviar á las tierras del patrimonio eclesiástico, sobre lo cual habían de hacer instancia al mismo Santo Sínodo, todas las ciudades, tierras y castillos que ganara, de las cuales la misma Sacra Asamblea, como representante de la Iglesia, podría disponer á su voluntad, mandándole que favoreciese al indicado comisario y le dispensase su auxilio. Además, seguía diciéndoles, porque algunos prelados de sus Reinos y tierras se denegaron á ír al mismo Sacro Concilio, alegando no serles bastante claro si estaban obligados á hacerlo; les exhortaba á ellos, del modo más atento posible, que impetraran bulas del mismo Sacro Concilio, las cuales le constituyesen á él en mero ejecutor y comisario, para que apareciera, sin responsabilidad suya, ser cosa mandada por la Iglesia el proceder contra aquellos que descuidaban ir; haciendo de modo que dichas bulas tuvieran todas las cláusulas y solemnidades para que cesase toda duda en lo venidero. Les participaba estarse dedicando con ahinco en reunir gente de armas para hacerse poderoso é incontrastable ante sus enemigos; así como que había dado el nombramiento de comisario suyo al magnífico Francisco Picinino, al cual esperaba con gran copia de gente de guerra, antes de fin de mes, con cuya llegada se aseguraría la victoria, pues su hueste se haría invencible; empero, añadía, que lo que más le ayudaba era la discordia nacida entre los antes coaligados Jacobo Caldora y el Patriarca, según había podido informarse por ciertas cartas y capítulos sorprendidos en aquellos días á los emisarios que la esposa del duque Renato enviaba al Patriarca. También les hacía saber que los parciales de Renato desesperaban de su llegada y que el pueblo napolitano estaba mal contento y no cesaba de murmurar; por todo lo cual, mediante la divina gracia, esperaba que no pasarían muchos días sin que recibiesen cartas portadoras de las más prósperas noticias. Dábales las más expresivas gracias por los decretos del Concilio que le habían remitido, manifestándoles que nada más grato podía haber recibido. Además les mandaba ciertos capítulos y pactos celebrados entre los emisarios de la esposa de Renato y los del Sumo Pontífice, para que el Santo Sínodo pu-



diera enterarse de cuán favorable era el papa Eugenio al duque Renato y á los émulos y rebeldes á su Real Magestad (1).

Otra carta dirigida al limosnero, fray Bernardo de Serra, desde Gaeta á 3 de Noviembre, encierra algunas particularidades dignas de ser consignadas.

En ella le dá el Rey las gracias por los avisos que le había comunicado, rogándole que continuara portándose del mismo modo; le hace mención de la carta escrita á toda la embajada, instando á los embajadores á que no desistan de trabajar en su real servicio y más especialmente en el asunto de la liga entablada con el Emperador, pero siempre de acuerdo con los embajadores del Duque de Milán, previniéndoles que ejecutasen todo lo que éste les escribiese y notificase, de la misma suerte que si él lo hiciera directamente, por cuanto había confiado á dicho príncipe la dirección del referido asunto; le reitera el encargo de cuidar que el arzobispo de Palermo y Luis Pontano obren de concierto y trabajen con soberana diligencia en pró de su real servicio; para animar al segundo, que seguramente no debía andar sobrado de dinero, manifiesta á Serra que ha escrito á Mateo Pujades sobre el sostenimiento suyo, no menos que sobre el de su colega; sigue notificándole que había mandado á Cataluña al venerable obispo de Lérida, portador de las instrucciones referentes á dicho negocio, rogando á Serra que entretanto consolase á Pontano. Para animarles dice que crean firmemente que tendrá en cuenta los grandes servicios que le prestan, y que cuando venga el caso, les hará tales mercedes que habrán de quedar contentos, repitiendo que no echa en olvido el asunto de su colación, pues piensa en ella tanto como en la de todos los servidores suyos (2).

En la misiva fechada en el campamento del Casal Juliano á los 12 de Diciembre, se advierte un notable cambio de propósitos, debido, sin duda, á que el Patriarca había desistido de sus bélicos proyectos y también á la esperanza de concertar alguna avenencia con el Papa. La carta que vá á ocuparnos está dirigida á los embajadores de Basilea.

(1) Vid. Apéndices. XX.
(2) Vid. Apéndices. XXI.

Porque, les dice, el venerable y religioso varón fray Bernardo de Serra ha de llegar en breve, queremos y mandamos que, con aquella más sagaz prudencia y madurez que podais y sepais, defirais el proceso contra del Sumo Pontífice, á fin de que no venga á su conclusión. Por el mismo limosnero sabreis expresamente nuestro parecer, y os enterareis de lo que fuere más conveniente y oportuno. Trabajad, pues, con los pretextos que podais emplear mejor, para que lo que absolutamente queremos lleveis á término. Advertid también unánimemente que para nuestra conveniencia y honor esto quede sepultado entre vosotros de tal suerte que no pueda llegar á conocimiento de nadie. Las noticias que os damos en otras cartas son completamente verdaderas; podeis pues leerlas y enteraros de ellas con alborozo. „

Esta carta traía una postdata. En ella les dice que la llegada del limosnero y el acuerdo tomado por ellos de enviarle, le había satisfecho en gran manera; que lo que le refirió acerca de la vigilancia, fidelidad, solicitud y formalidad que desplegaban por su honor y servicio, no le había satisfecho menos; que les alababa de que así lo hicieran y les rogaba que perseverasen, dándoles la seguridad de que sabría corresponder dignamente, otorgándoles en su día las gracias y mercedes oportunas (1).

Resta dar cuenta de algunos documentos referentes á un asunto interesante: aludimos á la alianza intentada por el Rey con el Emperador Segismundo.

La iniciativa en este asunto partió del Duque de Milán, quien aconsejó á Don Alfonso la liga insinuada, y como éste, según afirma terminantemente en una de sus cartas, quería seguir dichos consejos, por cuanto siempre le habían aprovechado, se apresuró á poner manos á la obra.

Fué el primer paso dado en tal sentido, una carta escrita al susodicho Emperador Segismundo, el 14 de Setiembre desde la ciudad de Gaeta, en la cual, después de algunas frases de delicada cortesía acerca de su humanidad, virtudes y afecto de padre que en él veía, le refiere que posée la mejor parte del

(1) Vid. Apéndices. XXII.



Reino de Nápoles y que espera alcanzar en breve la victoria. A renglón seguido le indica que la justicia está de su parte, ya que el Concilio de Basilea obra en favor suyo, mandando al Pontífice y al Patriarca de Alejandría, por medio de las bulas que él acababa de recibir, que le restituyan las ciudades y tierras que el segundo le había tomado, como igualmente dando de nulidad las absoluciones de los juramentos y homenages hechos anteriormente en favor suyo. Seguidamente le manifiesta que, habiéndose enterado de que era su opinión que, en caso de traslación del Concilio, se debía optar por la ciudad de Buda, había escrito á sus embajadores y padres de sus reinos para que, en unión con los representantes del Duque de Milán, trabajasen con ahinco en tal sentido, es decir, para que no fuese otra la ciudad elegida.

Ya hemos visto por el contenido de una de las cartas anteriormente estractadas, como el Rey decía la verdad respecto de este punto y como se había apresurado á escribir á sus embajadores en armonía con lo dicho.

Sin duda la respuesta del Emperador sería benévola y afectuosa; puesto que en el segundo de los documentos inéditos que tenemos á la vista, se trata ya expresamente del asunto de la liga susodicha.

Es el tal documento una carta escrita desde Gaeta, á los 3 de Noviembre, á los embajadores de Aragón en el Concilio, en la cual el Rey les dice que ha recibido cartas del Duque de Milán para que haga liga con el Emperador y Rey de Romanos, y queriendo seguir sus consejos que siempre le fueron favorables, les manda poderes, (por cierto duplicados y por diferentes vías) para concertarlo; advirtiéndoles, sin embargo, que procedan con el mayor cuidado, consultando siempre con los embajadores de Felipe María y no apartándose en nada de sus consejos y modo de ver, dado que confía y espera que con la prudencia de dicho príncipe, no se hará ni concluirá nada que no redunde en su común honor y en provecho de sus respectivos estados.

El tercer documento referente á esta materia, es el texto de los poderes mandados por el Rey á sus embajadores para que pudieran todos reunidos, ó en caso de ausencia, enferme-



dad ú ocupación, cinco, cuatro, tres y hasta dos de ellos, comparecer ante el Emperador, ó á quien le representase, y tratar, concluir y firmar con uno ú otro, toda clase de avenencias, amistades, ligas, sociedades, componendas, confederaciones, pactos, alianzas, inteligencias y concordias. Estos poderes están firmados en Gaeta el día 30 de Octubre (1).

Hay que confesar que la cancillería aragonesa podía no tener un criterio de rectitud acrisolada, y aún en esta parte hay que tomar en cuenta, para disculparla, por un lado el propio interés, que es siempre como una especie de catarata que ofusca lastimosamente el sentido moral, y por otro las corrientes de la opinión, sobre todo en la esfera eclesiástica, por aquellos días eminentemente adversa á la suprema autoridad del pontificado; pero lo que no podrá negarse, así al Rey como á los eminentes varones que le secundaban en sus trabajos diplomáticos, es una febril actividad, un tacto esquisito, una insinuante finura y un conocimiento de su época tan profundo y tan general, que abarcaba, no solo el modo de ser de cada uno de los estados, imperio, reinos, ducados, Comunes y Señorias, sinó también de las ideas y de los afectos de todos los hombres de algún valer que se agitaban en aquellos interesantísimos momentos.

Si no nos ciega nuestro entusiasmo por las glorias de la antigua monarquía aragonesa y sobre todo el amor que profesamos á Cataluña, que siempre tuvo la hegemonia en aquella poderosa confederación, nos parece que no exajeramos de ningún modo al afirmar, que en aquel período histórico, la política internacional española, llegó al zenit de la habilidad y del estudio, ya que no al de la grandeza.

Cumple ahora completar el cuadro de las gestiones políticas en lo que se rozan con el Concilio, durante el año que nos viene ocupando, por medio de la investigación de lo que arrojan los archivos milaneses.

El día 24 de Mayo, Nicolás Arcimboldi escribía al Duque, que antes de partir de Bolonia, había visitado al Papa para pedirle licencia y para ver si se le ofrecía algo para su Señor,

(1) Vid. Apéndices. XXIII.



y que el Papa le había manifestado que debía decirle que se abstuviera de favorecer al Concilio en daño de la Santa Sede; que para que los hombres malos no mantuviesen suspicacias entre los dos y les enajenasen el amor acostumbrado, le rogaba que no creyese fácilmente á los que le hablaran mal de él; que todo lo que le dijeran que hubiese proferido ó ejecutado, que pudiera llamarle la atención, se lo quisiese esplicar ó por mensajeros ó por cartas, ó referirlo al Cardenal de Santa Cruz que era persona excelente y amigo de las dos partes, el cual serviría de mediador.

Se vé, pues, por declaración explícita del Pontífice, cual era en aquellos días la actitud del Duque de Milán.

Nada, sin embargo, tan elocuente como la carta escrita, el día 17 de Junio desde Basilea, por el obispo de Estrasburgo al susodicho Duque, en cuyo documento le participa que, á nombre del emperador, se declaró en contra de la traslación del Concilio á Florencia, poniéndose en esto al lado de su serenidad, no menos que al del Rey de Aragón, habiéndole sido preciso, para ello, refutar las razones que había alegado en pró de dicha medida el obispo de Tarento. (1)

(1) (Parte episcopi Argentine, ambassiatoris Imperialis Majestatis in Concilio.

Princeps illustrissime. Post mei recommendationem, cum obsequiis fidelibus, omni favore honoribus vestris exhibendo, vestra noverit Serenitas litteras vestras pro non decretatione Florentiæ pro ipso futuro Concilio ecumenico celebrando ambasiatoribus vestris directas, ipsique sacro Concilio in congregatione generali constituto pro declaratione mentis vestre productas, lectas et intellectas; post quarum quidem litterarum vestrarum lecturam, idem vestri ambasiatores dictam mentis vestre intentionem perspicaci mentis ingenio, solemni protestatione, veluti ex eorum debito incumbebat, ingeniosissima subtilitate, dictam Florentiam pro huiusmodi universalis Eclesie solemni congregatione inutilem et inconvenientem declarantes, eleganter in audientia dicte congregationis in detestationem Florentinorum protulerunt. Quibus serenissimi Principis domini regis Aragonum dictam declarationem solemniter adherentes approbarunt. Et quamois dominus Tarentinus, accepta litterarum vestrarum et ambasiatorum tam vestrorum, quam regis Aragonie, sententia, ipsam Florentiam multa eloquiorum subtilitate pro ipso futuro Concilio celebrando, idoneam et utilem suis persuasivis rationibus declarare nitebatur, ubi, recepta persuasionum suarum declaratione, sententiam sue declarationis tanquam erroneam confutando, ipsum locum Florentie Deo et Eclesie inimicum, principibusque et utilitate rei contrariam, ad favorem Serenitatis vestre autoritate imperiali declaravi; et quamvis prefati vestri ambasiatores de hac re vestrum clare edocuerint Serenitatem, tamen pro augenda mentis vestre letitia tanquam servulorum vestrorum exiguus breviter intimare curavi, sicuti patri vestro carissimo, sacratissime Cesaree Majestati ad longum totam materiam in sacro Concilio habitam una cum favoribus hic et apud Imperialem Majestatem pro honore vestro clarissime intimavi, obsequiis vestris fidelibus semper obtemperans, honorem vestrum extollendo, me veluti unum ex vestris fidelibus habetote, in quo secure honorem vestrum confidalis.

Dat. Basilee, die XVIII junii 1437.



En el archivo gubernativo de Milán se conserva también una carta del cardenal de Santa Cruz, al obispo de Como, en la cual disculpa al Pontífice de todos los cargos que pudiera hacerle Felipe María, diciéndole que Eugenio IV trabajó fervientemente en favor de la paz, y que en aquella sazón el Duque no podía tener ningún motivo de queja; sin embargo, añade, éste siempre se empeña en apesadumbrar á Su Santidad y en causarle molestias, como sucede con los hechos del Concilio y con otras cosas que no ignora son odiosas é incómodas á Su Santidad. Y termina diciendo á la letra. "Y que nos perdone su alteza: sospechamos que la divina venganza va á caer sobre de él, porque el que batalla contra las cosas divinas, y olvidado de su pátria y nación, quiere perturbarlo todo con igual furor y transferir la gloria de sus gentes á los estrangeros, en verdad, y que nos perdone, si lo tiene á bien, nuestra opinión es que su alteza hace mal y otra vez mal y mal. Por lo cual le rogamos y conjuramos con las preces que podemos á que eche en olvido estos pensamientos, y los convierta, así como sus cuidados, en obedecer al Sumo Pontífice, y en defender el estado de la Sede apostólica y la dignidad de sus gentes, y no la transfiera, con detrimento de su dignidad, á los forasteros. Esto por tanto escribimos á vuestra paternidad, animados de sentimientos caritativos, á la cual deseamos buena salud." Esta carta está fechada en Bolonia á 12 de Julio de 1437. (1)

(1) Reverendo domino episcopo Cumano. (*Parte reverendissimi Cardinalis Sancte Crucis.*)

Reverendissime &c. Recepimus his superioribus diebus certas paternitatis vestre litteras cum copia aliarum introclusa, quas, gravi egritudine affecti, pro tunc legere nequivimus, neque exinde respondere. Nuper vero aliquantulum convalentes, lectis hujusmodi litteris, respondemus quod, quia nobis scripsistis et satis opinemur quod sanctissimus dominus noster talibus litteris nihil sit responsurus (non enim tales fuerunt, ut responsum mereantur, nisi ingratum) nos in modicis absolventes, responsionem nostram dicimus quod ille illustris princeps nullam causam querelle habet, sicut paternitas vestra et nos novimus. Laboravit enim sanctísimus dominus noster in facto pacís pro sua celsitudine ferventer sicut nostis. Post hec, si de conventionibus agitur que non fuerunt litteris autentice ooborate, etiam nulla superest querella; quia dominus noster factis implevit et implet ea que sunt ad conservationem pacis et caritatis inter suam celsitudinem et eum; sed sua celsitudo semper nititur adversus suam Sanctitatem operationibus gravibus et molestis sicut in factis Concilii, et in aliis que scit sue Santitati esse invisa et molesta. Et parcat nobis sua celsitudo, dubitamus quod divina ulcio in eum convertatur, quia contra divina pugnat, et inmemor patrie et nacionis sue omnia vult suo furore perturbare, et gloriam gentis sue transferre ad alienos; vere parcat nobis, si sibi placet, sententia nostra est quod celsitudo sua male fecit et iterum male atque male. Quam ob rem illam rogamus et obsecramus precibus quibus possumus, ut dimittat has cogitationes, et convertat eas et studia sua ad obedientiam



El dia 19 de Julio, el espía que tenía el duque en Plasencia, llamado Pedro de Plaza, le dice entre otras cosas: "*Li ambassatori greci sono iti a Vinetia per montare in galea et andare in Constantinopoli, et cum loro vano li ambassatori che venero da Basilea, et altri che manda il papa.*"

En carta escrita por el mismo espía desde la citada ciudad á 14 de Julio, se leen estas palabras: "*Dice li cardinali de Ursini, de Conti, da la Colona, quello da Capranica et tuti li cortesani, sono male contenti de la presa del principe de Tarante, che dice ha preso el patriarca.*"

Estas pequeñas indicaciones no dejan de pintar perfectamente el carácter y la asiduidad de Visconti que, como ya hemos dicho, estaba en todo y procuraba que nada le pasase desapercibido; pero no tienen la importancia del documento que traducimos á continuación.

Se trata de otra carta de Plaza fechada también en Plasencia el 19 de Septiembre de 1437.

"Ilustrísimo &c. Ahora ha llegado aquí un familiar de los embajadores del Rey de Castilla que están en Bolonia; dice que partió el mártes, y que el lúnes antes el papa había deliberado tener consistorio público, y quería hacer XII cardenales, esto es: uno Español, dos Franceses, y todos los demás Venecianos ó Paduanos. Y dice que no haría ninguno de aquellos Franceses ó Españoles, si no fuese que espera tener favor de Francia y España. Pero que él debe decir al rey de Castilla, de parte de aquellos embajadores, cosas por las cuales el rey quedará poco amigo del Papa, y que se adherirá al Concilio; dice debía también publicar que el Concilio se fuese á Ferrara; más por la noticia que llegó el domingo á Bolonia de la derrota y fuga de los enemigos de vuestra señoría se detuvo: pero que *certe* el sábado que viene publicará los cardenales, y también su ida á Ferrara con el Concilio. Pero dice que él cree, por lo que oyó á los embajadores, que, cuando estará en Ferrara, se irá á Venecia ó á Padua. Dice que los boloñeses se hallan ma-

Sumni Pontificis, Statumque tutentur sedis apostolice, et gentis sue dignitatem ad exteros sua indignatione non transferat. Hec ideo scripsimus paternitati vestre reverendissime, ut celsitudine sue referat, eidemque nos recomendet, nam eius caritate ista scribimus paternitati vestre, quam bene valere optamus.

Ex Bononia, XII julii 1437.



lísimamente dispuestos contra el Papa, viéndose haberle aprontado muchos ducados con darles á entender que quería tener el Concilio en Bolonia y ven que se quiere ir. „

Empero de todos los documentos del archivo de Milán ninguno tiene la alta importancia del dictamen emitido por el consejo del Duque acerca de la traslación del Concilio de Basilea á Ferrara. Con él, pues, cerraremos el cuadro de estas, aunque largas, importantes revelaciones.

Aquel cuerpo consultivo dice á Felipe María "que era de parecer que no debía de abandonar el Concilo de Basilea, mientras su señoría no tuviese otras pruebas de la buena voluntad del Papa de las que en aquella sazón tenía. No le parecía, con todo, que estando en tratos de paz con el Sumo Pontífice, que por entonces se debiesen hacer mayores instancias en favor de los asuntos de dicho Concilio basileense por medio de la nueva diputación de algunos al dicho Concilio; por cuanto el Papa, apercibiéndose de que el dicho señor enviaba á solicitar al dicho Concilio, se indignaría más y apartaría su ánimo de la paz, pues juzgaría que el dicho señor no tenía su espíritu dispuesto á la paz, cuando, estando pendiente en presencia de su Beatitud el tratado de paz, su señoría enviaba á incitar al Concilio contra sí. No parece, sin embargo, que se debiese consentir que el mismo Concilio se transfiriera á Ferrara, por cuanto, existiendo el Concilio en Ferrara, podría reputar el señor que estaba en tierras de sus enemigos. Aplauden, pues, todos que estando pendientes las cosas del modo que lo están, que el señor guarde un término medio ó sea la neutralidad, esto es, que ni consienta en Ferrara, ni responda cosa alguna sobre esto; ni tampoco haga mayor instancia en pró de los asuntos del Concilio Basileense por la misión de algunos, empero tenga dispuestos y prontos los prelados de su territorio, de suerte que en todo caso de oportunidad puedan ir súbitamente para procurar y buscar lo que parezca más expeditivo y más útil, según la condición de las cosas y modos que el Papa guardase acerca de la materia de la paz. Mas mientras llega el tiempo en el cual debe, según decreto del Papa, inaugurarse el concilio en Ferrara, esto es, en las kalendas de Noviembre, se entere el señor de la disposición del Sumo Pontífice acerca de



la paz; y por medio del obispo de Como podría hacer decir á su Beatitud algunas palabras, por medio de las cuales entendiera que en todo lo que hizo el mismo señor en las cosas del Concilio Basileense procedía por necesidad. Empero si Su Santidad diere paz al mismo señor y quisiere ser el padre común, entienda que el mismo señor le será hijo bueno y obediente. Y así con semejantes palabras, que sin embargo no serán obligatorias, incitarán lo bastante á su Beatitud á procurar la paz. Por lo demás el predicho Señor se enterará entre tanto de lo que haga y delibere el Concilio Basileense en vista de este decreto del Sumo Pontífice, lo que por otra parte deliberaren los demás reyes, príncipes y señores, en lo de apoyar al Papa ó bien al Concilio Basileense; é informado de todas estas cosas, podrá tomar el partido mejor y más saludable.„





CAPÍTULO XXXIII

SUMARIO

(Año 1438.) — Embajada del Rey á Eugenio IV en Bolonia. — Son infructuosas sus gestiones. — Renato de Anjou. — Concordia del pretendiente con los genoveses. — Entrada de Renato en Génova. — Intrigas del Duque de Milán. — Entra Renato en Nápoles. — Entusiasmo de sus partidarios. — Se le presenta Caldora. — Se apodera de Scafata. — Conducta de Francisco Sforza. — Júntase Renato con Caldora en Salerno formando un poderoso cuerpo de ejército. — Desafía Renato al Rey. — Escaramuzas. — Negociaciones del Rey cerca del Duque de Milán para atraerse á Sforza. — Asedio de Nápoles y muerte del infante D. Pedro. — — Sentimiento de D. Alfonso y de todo el ejército. — Elogios del Infante. — El Rey levanta el sitio. — Nueva embajada al Duque de Milán. — Instrucciones á Mosèn Berenguer Mercader.

El año de 1438 fué por todo extremo fecundo en importantísimos sucesos eclesiásticos. Como en su mayor parte son referentes al Concilio, para no involucrar cosas distintas, daremos cuenta de ellos en capítulo separado. Con todo corresponde aquí exponer una interesante negociación del Rey cerca de la Santa Sede, cuyo fondo es esencialmente militar y político. Veámosla.

Estando S. M. en Gaeta tuvo por bien diputar á Bolonia, en donde se hallaba Eugenio IV, á Angelo de Monforte, conde de Campobasso, y á fray Bernardo de Serra que había estado en Basilea. No mereciéndole, empero, igual confianza entrambos embajadores, les expidió un memorial común, comprensivo de las cosas que debían impetrar del Pontífice; más aparte de este documento entregó otro por separado á su limosnero, á fin de que, en el caso de que fracasaran las gestiones colecti-

vas, propusiera á Su Santidad, individualmente y á espaldas de Campobasso, diferentes y más accesibles maneras de llegar á una avenencia. Entrambos documentos traen la fecha de 21 de Enero del año que va á ocuparnos.

Examinemos su contenido.

En el primero se previene á los legados que se reunan en Bolonia y que presenten al Papa, previas las debidas recomendaciones, la carta á él dirigida y que le pidan audiencia pública, esto es delante del colegio de cardenales; y si no la pudiesen alcanzar, á lo menos que pidan se verifique en presencia de los cardenales de Plasencia y de Santa Cruz, los cuales intervinieron cuando el Papa habló al maestro Serra, mostrando tener voluntad de toda concordia con el Rey. Fuese de un modo ó de otro, los legados debían exponer la buena intención y voluntad que S. M. siempre había manifestado hácia el Padre Santo, queriéndole ser buen hijo, así como de la Santa Madre Iglesia, disposición de ánimo que era también la que en aquella sazón tenía.

Después de esto debían entrar en materia, exponiendo: que estando el patriarca sobre Scafata, si el Rey se le hubiera echado encima, podía haberle roto por completo; que sin embargo no quiso S. M. hacer todo lo que estaba en su mano, puesto que teniendo voluntad de correr en buena armonía con Su Santidad, hizo que aquel caudillo pudiera ponerse en salvo; que posteriormente, estando el mismo alto dignatario en Salerno y teniéndole allí el Rey rodeado por mar y tierra, otra vez le hubiera sido muy difícil el escaparse; con todo, requerido Don Alfonso para celebrar una tregua, no tuvo inconneniente en ello, tanto por las consideraciones referidas, como porque el mismo Serra le había comunicado haber visto al Padre Santo y haberle encontrado bien dispuesto á celebrar concordia, esperando que la tregua primero y la concordia después darían algún buen fruto, en beneficio del Pontífice, no menos que en el de S. M.; que realmente la tregua fué hecha entre el Rey y el patriarca con fuertes cláusulas, juramentos y penas de excomunión, perjurio y pecuniarias, duradera por todo el mes de Marzo inmediato, según se contenía en los capítulos de ella, de los cuales los embajadores tenían copia, y que aparte



de la tregua, fué firmado y jurado un capítulo por el patriarca, en el cual, bajo los dichos juramentos y penas, prometió no aceptar, ni tomar al servicio ó sueldo del Padre Santo, ni dar favor ni ayuda á Jacobo Caldora, á Ramón Caldora, ni al conde de Trivento, antes bien emplearse en la total ruina de ellos, según se contiene en los susodichos capítulos, de los cuales los legados debían dar lectura al Papa y á los cardenales, dejándoles además la correspondiente copia auténtica.

Allende de esto, tenían el encargo de decir como el Rey, hecha la tregua, pasó á Tierra de Labor en los casales de Aversa, en donde escuchó de lábios del maestro Bernardo Serra todo lo que quiso comunicarle de parte de Su Santidad y de la buena disposición en que le había hallado hácia el dicho Señor, el cual, acto contínuo, se ocupó en despachar al mismo maestro, informándole de estas cosas y de su buena intención hácia la Santa Madre Iglesia y el Padre Santo; que fray Bernardo Serra partiera dentro de dos ó tres dias; pero que el Patriarca, el cual había firmado la tregua con mala intención y propósito, contra el tenor de la misma, y no dudando en incurrir en las penas contenidas en sus capítulos, se concordó con Jacobo Caldora, y se convino con él la Noche-buena y el día de Navidad para ir á invadir al Rey, en la creencia de que caería en sus manos, rompiendo así dolosamente lo pactado. Sobre este punto, dice el Memorial, que los legados habían de referir particularmente todo lo que acaeció, exagerándolo conforme á lo que se les tenía advertido, suplicando de parte del Rey que el Papa quisiese revocar la legación al dicho Patriarca y hacerle partir del Reino, en donde había estado y estaba con gran ignominia, y castigarle según sus deméritos requiriesen; que todas estas cosas había querido notificarlas el Rey á Su Santidad para que viese y conociese cuánto honor y beneficio el dicho Patriarca, su legado, le procuraba, avisándole también de que el dicho Señor entendía notificarlo al Concilio general y á todos los príncipes cristianos en descargo suyo y en cargo del Patriarca y á todos aquellos que podían proveer en ello y que sin embargo no querían hacerlo; que á pesar de lo dicho, el Rey no dejaba de venir á toda buena concordia y de serle buen hijo, según en todo tiempo lo había demostrado. Dicho



esto los legados debían suplicar al Pontífice que quisiese hacer satisfacer y pagar al Rey las penas pecuniarias en las cuales había incurrido el Patriarca, las cuales ascendían á 200.000 ducados, y todos los daños que á dicho Señor y á sus gentes y súbditos se habían ocasionado por el rompimiento de la tregua, lo mismo que los que pudieran por igual motivo acarrearles en adelante.

Explicados los motivos susodichos, los legados debían pedir audiencia secreta, pudiendo, sin embargo, asistir los cardenales de Plasencia y Santa Cruz. En ella habían de instar que proveyesen en los referidos asuntos; diciendo que, aún cuando podían ser causa de que el Rey perdiese toda buena voluntad en lo concerniente al Padre Santo, sin embargo, en atención á que S. M. había sido solicitado por cartas de los cardenales de Santángelo y de Santa Cruz á que se pusiese del lado de la Iglesia y del Papa, por mostrar la voluntad y buena intención que todavía había tenido, se conformaba en entrar en plática de buena concordia con Su Santidad y admitir todos los medios razonables de llegar á ella.

El resto del Memorial se refiere á las bases concretas sobre las cuales quería el Rey que la concordia se asentase. Como en esta parte no hay una sola palabra que huelgue, la traducirémos literalmente. Héla aquí:

" Y viniendo el dicho conde y el maestro Bernardo á particularidad, en caso de que por el Papa y los dichos cardenales fuese pedida, dirán que la intención del dicho Señor es que, cumplidas las dichas cosas, y haciendo el Santo Padre la bula de la infeudación del Reino al dicho Señor, con todas las cláusulas necesarias á toda utilidad suya y con revocación de cualquiera otra bula que sobre esto hubiese sido expedida en contrario, el dicho Señor le dará 100.000 florines de cámara, en esta forma: esto es, 50.000 acto contínuo de haberse hecho la dicha bula y de haber sido puesto en poder del común de Venecia, que aquella habrá de tener en depósito por cada una de las dichas partes, hasta tanto que los restantes 50.000 florines sean pagados; y los restantes 50.000 florines dentro un año, que se contará desde el dia de la concesión de la dicha bula. Y de esto el dicho Señor dará obligación y seguridad de ban-



co. Quiere, empero, el dicho Señor que por el comun de Venecia sea prestada seguridad bastante y tal como el dicho Señor la querrá. Que dando cumplimiento á las cosas que por el dicho Señor se hayan de cumplir, el dicho común librará la dicha bula acto contínuo al dicho Señor, y en caso que el dicho Padre Santo pregunte cuál ha de ser la seguridad que ha de prestar el comun de Venecia, dirán que el que prometa y haga juramento y homenage de restituir y asignar la bula en manos del dicho Señor ó de quien él quiera, acto contínuo de cumplirse las cosas que por el dicho Señor se hayan de cumplir. Y de no hacerlo incurra en la pena de 200.000 ducados, por reintegro de los cuales el dicho Señor se pueda tomar cualquiera bienes y mercancías de cualesquiera ciudadanos de Venecia súbditos de aquella señoría que se pudieran haber á la mano, así dentro de sus reinos y tierras como en cualquiera otra parte.„

Este importantísimo memorial inédito está refrendado por Arnaldo Fonolleda.

Veámos ahora el memorial expedido para el exclusivo gobierno del limosnero real, el susodicho maestro fray Bernardo de Serra.

Se le encargaba en primer lugar que en el caso de que el Papa no quisiese dar lugar al partido que junto con el de Campobasso le había propuesto, procurase, prescindiendo del dicho conde, inducir al Papa á otro partido, debiendo ser éste; que revocando al Patriarca la legación y haciéndole salir del Reino y prometiendo cesar y hacer cesar toda ofensa de parte suya en el mismo, por tiempo de dos años, restituyendo, además, todas las ciudades, tierras, castillos y señores que habían sido sustraídos y ocupados. y que eran antes de la obediencia del Rey, éste ofrecía y se obligaba á dar al Papa 15.000 ducados, pagaderos por terceras partes en plazo de cuatro meses. En el caso de que Su Santidad aceptase dicho partido, Serra, en virtud de los poderes que tenía, quedaba autorizado para firmar todas las escrituras, instrumentos, capítulos y seguridades que se consideraran necesarios.

En el caso de que el Papa no quisiese aceptar el antedicho partido, Serra debía proponer estotro, esto es: que el Papa quitase las fuerzas ofensivas por los dos años dichos y dejase en



libertad á los señores y tierras que se tenian en obediencia suya en el Reino, siempre que los mismos hubiesen estado antes en obediencia del Rey, á fin de que pudiesen volver á ella si esta fuera su voluntad, y no siendo así, que S. M. pudiese conquistarlos á la fuerza, sin que el Padre Santo ni sus gentes les pudiesen favorecer ni ayudar en ninguna ocasión. Y si en el intermedio, durante aquel tiempo; para llegar más fácilmente á concordia y encontrar medio razonable para ello, Su Santidad quisiese elegir por su parte una ó dos personas eclesiásticas ó seglares, el Rey tendría por bien elegir por su parte otra ú otras dos, las cuales platicarían acerca de dicha concordia y de sus medios.

En el caso de que Serra viese que el Papa no quisiese convenir en ninguno de los dichos partidos y que los denegase totalmente, entonces no debía detenerse más, antes bien debía partir, y lo mismo debía hacer Mosen Martin de Vera procurador del Rey y á entrambos se les encargaba que hiciesen la vía de Basilea para poner en ejecución las cosas que en otro memorial se encomendaban.

Si viese que el Papa daba oidos á los dichos partidos y entrase en plática de ellos, empero que dilatase su conclusión, en tal caso quería el Rey que el dicho Martin de Vera permaneciese cerca de Su Santidad; empero que el maestro Bernardo partiese y se fuese al Concilio, dejando á cargo del dicho mosen Martin el platicar y concluir el negocio, puesto que Serra se llevaba poder bastante en favor de aquel.

Este otro documento está refrendado por el mismo secretario antes citado.

No cabe dudar que todas las negociaciones que dejamos expuestas no tuvieron ningún resultado favorable para el Rey: puesto que no recibió por entonces la bula de infeudación y siguió hallando enemiga, más ó menos encubierta, á la corte pontificia, de suerte que Serra hubo de volver á Basilea para tocar desde allí otra clase de resortes con idea de reducir la tenacidad de Eugenio IV, según más adelante veremos. (1)

Corresponde ahora introducir en escena un nuevo persona-

(1) Vid. Apéndices. XXIV.



je destinado á desempeñar un gran papel en los acontecimien-sucesivos. Nos referimos á Renato de Anjou, el cual acababa de recobrar la libertad, que si para todo el mundo es vida, para él podía ser además el camino que le condujese á la anhelada realeza. Algunos capítulos antes. apoyándonos en un historiador de Provenza, trazamos el cuadro de las desventuras del asendereado pretendiente; ahora, tomando por guía á su más moderno biógrafo, delinearemos su retrato. Digamos antes, para completar las noticias referentes á las desdíchas que le atribularon que, según escribe Muratori, obtuvo el rescate mediante la suma de doscientas mil doblas de oro, teniendo para ello que empeñar el estado y los bienes de sus amigos. Esta gran exacción unida al pago del dote de su cuñada Margarita, mujer del Duque Luis de Anjou su hermano, que cobró Luis Duque de Saboya, le dejó tan pobre, que nunca pudo hacer frente con desahogo á los gastos de las operaciones militares.

La nota dominante del carácser de Renato era la bondad, que se mostraba por el amor á sus súbditos y por su deseo de la paz. Bourdigue hablando de él dice: " *Oncques prince n' ayma tant subjectz qu ' il ayma les siens, et ne fut mieulx aymé et voulu qu ' il estoit d ' eulx.* „ Era liberal y piadoso, y con esto dicho se está que la limosna brotaba abundantemente de su diestra en bien de los desvalidos. El agasajo que el día de Viernes Santo hacen los reyes de España á un número dado de pobres, lo hacía Renato en cuaresma durante cuarenta días consecutivos, no despidiéndoles nunca con las manos vacías y vistiéndoles de piés á cabeza al llegar el dia de Páscua. Su ideal como príncipe reinante, según se lee en el preámbulo del nombramiento de lugarteniente general en favor de su primera esposa Isabel de Lorena, era la defensa de los huérfanos, de las viudas y de los menesterosos, el amparo de los oprimidos, el castigo de los criminales y la administración de la recta justicia. Aseveraba que aquellos á quienes Dios ha confiado la soberanía, tienen el deber de pasar las noches en vela para procurar el sosiego á los demás, añadiendo que deben entender por sí mismos en todos los litigios importantes y en general en todas aquellas cosas que interesan al bien común, y que de igual modo tienen la obligación de proveer á la mejor gestión



de la cosa pública como soberanos y como padres. Distinguíase, otro sí, por una suma rectitud y una lealtad á toda prueba, no menos que por una acrisolada devoción y por un valor que rayaba en heroísmo. La adversa fortuna no le quebrantó jamás; saliendo, sin abatirse, de sus más duros rigores. Era un caballero en toda la estensión de la palabra. Por su cultura, por su talento, por su alto amor á las artes y á las letras no desmerecía en nada de los príncipes más ilustres del Renacimiento que en aquella sazón con tan brillantes caracteres aparecía. (1)

No es esto decir que, como hombre que era, tan recomendables dotes no estuvieran oscurecidas por algún defecto reprensible. La misma bondad de su corazón le hacía fácil juguete de los intrigantes y de los listos; como hombre de guerra pecaba de asaz arrebatado y no resultaba tan buen general como

(1) Renato cultivó la pintura. Se le atribuyen muchos trabajos pictóricos; pero los menos dudosos son: *El Rey muerto*, tabla que remataba su sepulcro en Angers; algunos suponen que Wandeland le ayudó en dicha obra y otros dicen que fué retocada por Adam, hijo de Gilbert, en el siglo XVI; también se le atribuye el *Torneo ó paso de Saumur*, más está averiguado que se limitó á dirigir la ejecución de estotra tabla que fué regalada á Carlos VII de Francia; los artistas que la ejecutaron eran flamencos; el cuadro que parece no puede disputársele es la *Magdalena*, lienzo que dedicó á la reina su esposa; en el mismo caso se halla una pintura religiosa, *image de pitié*, que ofreció á los Frailes Menores de Laval; todo induce á creer que representaba á Jesús crucificado; también se cree con fundamento que eran suyas las pinturas decorativas de las casas de Chanzé y de Reculée; como lo fueron otras pinturas análogas del castillo de Bracon, de la capilla del palacio de su vencedor y carcelero en Dijon. Era aficionado á pintar su divisa que consistía en un braserillo lleno de ascuas, símbolo de su ardiente amor conyugal, con estos motes: *Ardent desir. Devot lui suis.* Cuando quedó viudo la cambió por un arco roto con este lema italiano, *Arco per lentare, piaga non sana.* Se cree que también pintó pájaros, copiándolos del natural. Hay muchos que dicen que se dedicó á iluminar códices, especialmente libros devotos; pero hay no pocas dudas para saber, de entre los que se conservan, cuáles son los auténticos y cuáles los apócrifos. El pretendiente tuvo también aptitudes literarias. Sus producciones de escritor tienen caracteres más indubitables. Los críticos y señaladamente, M. de Quatrebarbes, el cual publicó una edición de lujo de ellos en París, en el año 1845, con la colaboración de M. Paulin, las dividen en obras en prosa, en prosa y verso y en poesías. Figuran entre las primeras el *Libro de los torneos*, cuyo verdadero título es el siguiente: *Traicté de la forme et devis comme on fait les tournois. Las cartas que dirigió á los príncipes á sus oficiales y amigos.* Hay que contar entre las segundas: *El libro del corazón enamorado ó presa del amor (Livre du Cueur d'amours espris)*, especie de novela alegórica cuyo fondo son las aventuras del corazón, transformado en rendido galán, que trata de enamorar á la dama de sus pensamientos, personificada por Dulce Merced. *Mortificación de vano recreo. (Mortifiement de vaine plaisance)* trabajo de fondo moral, en el que descuellan los sentimientos de un alma cristiana y penitente, escrito en expiación de haber dado á luz el anterior. *El engañado en la corte (Abuzé en court)* también de carácter moral y alegórico con ribetes de satírico, en cuya obra parece que Renato trató de pintar los amargos desengaños cosechados en el espacio de quince ó veinte años en la intimidad de la casa de Francia. Registremos entre las obras en verso: *Regnault et Jeanneton* tierno idilio escrito con motivo de las bodas con Juana de Laval su segunda esposa. Además se le atribuyen con fundamento varias poesías sueltas, como cánticos sobre la Pasión y misterios ó autos sacramentales.



soldado que en cada encuentro sabe jugarse la vida. El fausto tenía para él un atractivo singular. Como D. Alfonso, como Carlos VII y como los duques de Borgoña y Milán, tuvo la desdicha de poner en el mundo algunos hijos bastardos. (1)

Tal era el competidor que, fuerte con la conciencia de su derecho, como heredero de su hermano Luís y con la convicción de que debía ser el continuador de su política, iba á luchar en todos los terrenos con el Rey y con los suyos.

Narremos ahora los primeros pasos de Renato en su carrera de pretendiente en campaña.

Ante todo conviene sentar que los genoveses fueron sus más decididos auxiliares; y era porque les convenía que el Anjevino ratificase un tratado celebrado el día 25 de Febrero de 1437 con su esposa la regente.

He aquí los principales extremos de esta concordia. Reservándose la Señoría para tiempos mas propicios toda reclamación por los dispendios anteriormente hechos por ella, se comprometía á enviar antes del 18 de Marzo una escuadra de cinco naves gruesas, en las que embarcarían tropas de todas las armas en socorro de la ciudad de Nápoles. Estas naves debían cruzar por aquellos mares, conservarlos libres de enemigos y emprender todas las operaciones conducentes á la consolidación del poder de Renato. Tres de ellas llevarían paga por tres meses y desembarcarían en Nápoles cuatrocientos cincuenta hombres de armas con trescientos ballesteros que se pondrían á disposición de la Reina. Las dos restantes, después de haber alijado en el puerto los cargamentos de sal y trigo y las municiones, podrían ser dedicadas á los negocios de sus patrones, y en caso de urgente necesidad, podrían ser retenidas por quince días más.

En recompensa Doña Isabel se comprometía á ceder á los genoveses la total administración de los derechos y gabelas de Nápoles, por cuatro años, á contar desde el día en que expirase el arriendo ó asignación recientemente hecho á Antonio Calvo. Sin embargo, si Renato ó su esposa pagaban á Génova en un plazo de dos años, la suma de diez y siete mil florines de

(1) Lecoy, loc. cit.



oro, esta cesión quedaría sin efecto. Las plazas de Briançon, en Provenza, y de Tropea, en Calabria, debían ser entregadas en hipoteca á la república cuando así lo exigiera. Las exenciones, inmunidades y privilegios de los genoveses en el reino de Sicilia serían respetados y confirmados; podrían exportar libremente de este país todo el trigo que quisieran, con tal que se emplease para el consumo de su ciudad y distrito. En lo venidero no se les impondría ningún nuevo gravamen. Las concesiones hechas en otro tiempo por la reina Juana á Zacarías Spinola, su síndico, se mantendrían en toda la fuerza y vigor. Por último se les restituirían las gabelas de Gaeta.

En cuanto supo la Señoría genovesa que Renato se hallaba en Marsella, se apresuró á diputarle al conde de Pulcino y Guy d' Ampigny con orden de ofrecerle algunos barcos para trasladarse á Génova. Aceptado el ofrecimiento por el pretendiente, regresaron los dichos mensajeros á dar cuenta de su cometido, y si no se pudo armar la escuadra tan pronto como se quería, fué por la necesidad de estar á la mira de las hostilidades del duque de Milán. Al cabo salieron cinco galeras y dos bergantines, el día 15 de Abril, y después de una navegación de tres días, no exenta de peligros ya por las borrascas de la mar ya por los cruceros catalanes, el de Anjou, con su hijo y con toda su escolta, hacía su entrada en la capital de la Señoría. Recibiósele con honores extraordinarios; pues se previno á los ancianos de la Bailia, de la Moneda, de la Romania y del banco de San Jorge que fuesen á su encuentro vestidos con sus ropones de escarlata; se vedó el que nadie pudiese salir á la calle en traje negro, bajo la pena de veinticinco florines; á las mujeres se les privó que ostentasen telas de color oscuro, y por un favor especial se les autorizó para que hiciesen perlas sin pagar ningún derecho. La cantidad votada para regalos y públicos regocijos ascendió á mil doscientas libras. Se le hospedó en las casas de Lamba y Bartolomé d' Oria, y se le estuvo obsequiando por espacio de quince días con las más finas atenciones.

La Señoría instó entre tanto para que ratificase las inmunidades comerciales antes apuntadas, más el pretendiente se escusaba diciendo que nada podía resolver sin la intervención



de su consejo, que así que desembarcase en Nápoles procuraría reunirle y que otorgaría todo aquello que le pareciese razonable. No satisfechos los genoveses con esta contestación, nunca acababan de alistar las naves, de suerte que en vez de pasar cinco días entre ellos, como tenía proyectado, Renato no pudo hacerse á la vela hasta pasadas tres semanas. Para conseguirlo tuvo antes que acceder á lo que se le exigía, porque llegó á convencerse que de otra suerte nunca le entregarían las naves que necesitaba. Para librarse en su día del cumplimiento de unas concesiones tan arteramente arrancadas, el 23 de Abril protestó de lo firmado en presencia de los principales señores de su séquito; el canciller Jaime de Sierck, Guillermo, obispo de Verdun, Carlos de Poitiers, gobernador de Provenza, Teobaldo de Laval y otros. (1)

La escuadra en que al cabo se embarcó, constaba de doce galeras y dos bergantines. El dux Tomás confió el mando á su hermano Bautista de Campofregoso, con cuatro consejeros que fueron Jorge Grillo, Gaspar Manufo, Oberto Gustiniano y Angelo Gioanini Lomelino.

Unos autores dicen que tocó en Porto Véneris, otros, como Zurita, dicen que tocó igualmente en Porto Pisano. En el primero se le reunieron otras dos galeras que había hecho armar en Córcega Giano de Campofregoso. El objeto, escribe el analista aragonés, de tocar Renato en Porto Pisano, fué conferenciar con el Conde Francisco Sforza, capital enemigo del Rey, como lo fué su padre, el cual le hizo gran ofrecimiento de que si pasaba al Reino, se le uniría para hacer la guerra á D. Alfonso, no desistiendo hasta echarle ó tenerle prisionero. El Duque, empero, no se decidió á aceptar tamaño ofrecimiento, porque los de su consejo le significaron, que se resentiría Caldora, y pasándose á la parte del Rey, sería causa de que todo se perdiese. Parece que Sforza no quedó nada contento de que se le hubiere despreciado de aquel mode. Muratori hace alguna indicación respecto de lo que pudo mover á Sforza á querer guerrear contra Don Alfonso. El Duque de Milán, dice, había atraido nuevamente á su devoción al Conde Francisco Sforza

(1) Vid. Lecoy. loc. cit.

con tales apariencias de quererlo casar con su hija, que ya se estaban haciendo los vestidos y se circulaban las invitaciones á la boda; y sin embargo estaba dispuesto á burlarle. También se mostraba aparentemente muy amigo de Don Alfonso, empero porque éste no habia cumplido todo lo que le prometió en Milán, le odiaba y estaba pensando en su ruina. Así pues, para satisfacer estas secretas pasiones, haciendo ver que Francisco Sforza obraba por su cuenta, le insinuó ocultamente que pasase al Reino de Nápoles á sostener el partido de Renato, mientras que en público le rogaba por aquellos mismos días que no ofendiese al Rey de Aragón, á quien consideraba como el mejor amigo que pudiese tener en el mundo.

Después de esto la escuadra se puso á la vista de Gaeta. El primer puerto napolitano que descubrió el de Anjou, se le aparecía erizado de defensas enemigas. Dos naves guardaban la rada y los soldados de Aragón coronaban las almenas. Apesar de todo, según Gaspar Pelegrín, el pretendiente quiso practicar un reconocimiento. Empero en las dos galeras nuestras se habían embarcado gran número de ballesteros, los cuales acometieron á fuerza de remos á las angevinas, y al tenerlas á tiro, la tripulación disparó sobre ellas una verdadera lluvia de dardos, hasta obligarlas á virar en redondo (1).

No queriendo Renato permanecer por más tiempo en aquella costa peligrosa, hizo rumbo á la capital del reino, y favorecido por un viento próspero, llegó el día 19 de Mayo á ella, desembarcando en un puente suntuoso que se había levantado en el barrio del Carmelo, en donde le recibieron con gran fiesta sus partidarios, acompañándole luego por las afueras de la ciudad al castillo de Capuana (2). El jueves siguiente, que fué

(1) Portum á longe explorat, (Renatus) quem penetraro non audet. Nuper insidiis due triremes regie intra portum aderant, et, quamvis majori numero exose triremes excessisse, prora sin illas dirigunt Cathalicii, quas insequuntur remis, et, cum jam hosti propinquarentur, multis lapsis sagittis, illos, conantur portum abire.

El ms. de Pelegri se halla en la Biblioteca nacional de Nápoles, ms. IX. c. 22. fól. 136-178. No hemos podido disfrutar de dicho autor más que los libros noveno y décimo que publica en sus documentos justificativos Lecoy de La Marche. Este lo tiene por contemporáneo y cortesano de Don Alfonso. El lector recordará que hemos citado varias veces á un agente diplomático llamado Jaime Pelegrí, pudiendo suceder que fuesen de una misma familia.

(2) Lecoy añade algunos más detalles acerca del recibimiento de Renato que copiaremos textualmente: «De Gaëte á Naples, aucun obstacle ne se presenta. Le lundi 19 mai, le golfe merveilleux déroula pour la première fois, aux yeux de René, le long cortége de ses beautés natureles et de ses souvenirs classiques.



la Ascensión, cabalgó por la ciudad, Juan su hijo primogénito, con grandes demostraciones de júbilo y aparatosos agasajos. [1] El dicho Juan era duque de Bar y luego se llamó de Calabria, y de él escribe Zurita que fué príncipe muy robusto y valeroso.

Al saberse por todo el Reino la llegada de Renato, cobraron mucho ánimo los de la facción angevina, por la gran fama de las hazañas ejecutadas por él en la guerra de Francia contra Inglaterra, la cual fama probó bien pronto con los hechos; por que desde luego pasó revista á los soldados que había en Nápoles y á los de la juventud napolitana, haciéndoles practicar ejercicios marciales y amaestrándoles para la campaña que intentaba.

Tras de esto mandó llamar á Caldora, que se hallaba en sus cuarteles de la Pulla, el cual se presentó sin pérdida de momento con sus tropas, en las que figuraba un cuerpo de tres mil caballos perfectamente equipados. Al llegar á Nápoles, formó la gente fuera de la Puerta Capuana y entrándose en el Castillo, visitó al Duque que le recibió con toda clase de honores. Caldora pidióle que fuese servido de salir á ver el único presente que podía ofrecerle, aludiendo á la hueste que había traido, y Renato montó á caballo y salieron ambos á revistarla. Renato, dice Constanzo, quedó contentísimo así de la presencia de un capitán tan esclarecido como lo era Caldora, como del número y calidad de las tropas; porque aquel caudillo, continúa, era de estatura bellísima, su aire perfectamente militar, su aspecto demostraba majestad y grandeza de ánimo, hablaba con gracia y con una elocuencia mas que marcial, porque era hombre de muy regulares estudios.

Un prince artiste et lettré ne pouvait manquer d'etre ému d'un pareil tableau. Mais, au fond du cercle d'azur, le château de l'Œuf et plus loin le Castel-Nuovo lui montraient encore la bannière espagnole, arborée à la porte même de sa capitale. Il les évita, et, en apuyant à l'est, il put aborder au pont de la Madeleine, construit à l'embouchure du Sebeto, dans le faubourg del Carmine, à l'extremité opposée de la ville. La reine l'attendait, avec le jeune prince de Piemont, leur fils cadet, Jean, leur ainé, et sa femme Marie de Bourbon, « la quale era piccola » descendirent de barque en même temps que le roi. Devant cette reunion de famille, le peuple napolitain, si sensible et si impressionnable, fit retentir les acclamations les plus sincères. L'air affable et la belle tournure de ce souverain de vingt-neuf ans, deja si éprouvé, séduisirent sur le champ les spectateurs.........

« Tout le monde se felicitait; et l'on s'écriait; La guerre est finie ! — La guerre hélas ! allait commencer ».

(1) Vid. Summonte, Dell' historia della cità e regno di Napoli.

Zurita dijo que el Duque de Anjou mandó cuatro galeras en socorro de los de Trani, pero que llegaron tarde, puesto que la plaza se había rendido á Pedro Palagono. [1]

Mejor resultado tuvo la primera operación militar que concertó con Caldora, siendo ésta la de tomar Scafata para tener así abierta la vía de la Calabria y la Basilicata. En efecto el *condottiero* salió al siguiente día de haberse avistado con Renato y, en cuanto llegó á dicha plaza, los que la guarnecían, sin esperar el asalto, se le rindieron mediante algunas condiciones.

¿Qué hacía el Rey entretanto? Después de haber talado su ejército todo el campo de Aversa, supo que el Conde Francisco Sforza se hallaba con sus compañías de gentes de armas en la Marca dispuesto á entrar en el Reino [2], y reuniendo sus tropas que se hacen ascender á diez mil hombres, salió de Capua y por la vía de Nola, trató de ir á socorrer á Scafata; pero al saber lo ocurrido, intentó operar una diversión yéndose á talar

(1) Durante los meses en que pudo Renato vivir tranquilamente en la capital, aparte de los negocios de la guerra, dedicó también su atención á los asuntos administrativos. Confirmó á Luis Caracciolo en el cargo de Justicia de la Universidad de Nápoles y le aumentó los emolumentos; adjudicó á la cartuja de San Martín algunos bienes confiscados á súbditos rebeldes y mandó á los oficiales reales que fallasen sumariamente los pleitos de dicho instituto; reglamentó el comercio napolitano y la administración de las aduanas y de las gabelas.

No estará de más hacer constar que se inscribió juntamente con la duquesa Isabel, su hijo Juan y María de Borbón su nuera, en la congregación de Santa Marta; por cierto que entre los códices que se conservan en el archivo de Nápoles hay uno, que es el que trae el núm. 58, en el cual figuran los retratos de los cofrades, con sus nombres, blasones y fecha del ingreso; Renato ocupa la página undécima; su miniatura tiene 8 centímetros de largo por 6 de ancho, en la cual aparece joven, imberbe, con la corona en las sienes, el cetro en una mano y el globo en la otra, vestido de una túnica de color de violeta y de un manto de escarlata, todo sobre un fondo de oro. Su escudo, en cuyos cuarteles se ven las armas de Sicilia, de Jerusalén, de Hungría, de Anjou, de Lorena y de Bar, tiene por tirantes dos ángeles. Al pié se lee esta inscripción: «*Rex Renatus primus intravit domum Sancte Marthe anno MCCCCXXXVIII, secunde indictionis.*» En las páginas 12, 13 y 14 figuran respectivamente los retratos de las personas de su familia anteriormente nombradas.

En medio de todo, la pobreza de la nueva familia real de Nápoles era suma, y consta que Juan Cossa tenía que subvenir á la mayor parte de sus gastos.

Vid. Lecoy. loc. cit.

(2) A principios del año 1438 el duque de Milán se mostraba poco satisfecho del conde Francisco Sforza, pues consultaba con teólogos y legistas la manera de anular el esponsalicio de dicho caudillo con Blanca Visconti, la futura heredera del ducado, instaba cerca del Santo Pedro y conseguía de éste la dispensa necesaria para proceder á la insinuada disolución. Ademas enviaba mensajeros secretos á un su *Amico* que, en concepto de Ghinzoni, no era otro que el marqués de Mantua, ofreciéndole alianza y parentesco. El mismo Ghinzoni sospecha si todas estas gestiones no eran mas que un espantajo para obligar al conde á secundar más dócilmente los planes políticos de la cancillería milanesa. En 1440 el espantajo de anular el esponsalicio llegó aún más allá, puesto que Blanca fué mandada con gran pompa á la corte de Ferrara.

Vid. *Doc. dipl. trat. degli. arch. mil.* Vol. III, part. I, núms. CLXIX, CLXX y CLXXI.



las tierras de Caldora en el Abruzzo, para obligarle á que interrumpiese las operaciones empezadas.

Caldora, aunque inferior en fuerzas, pues no tenía más que cinco mil hombres, fué denodadamente en seguimiento del Rey acampando en Casacandidella, castillo próximo á Sulmona, tanto que solo un riachuelo dividía su ejército del de Aragón. Oíanse perfectamente los soldados de los dos campamentos, cambiando entre si palabras injuriosas; los de Caldora hacían rechifla de los italianos, que militaban en el bando opuesto, por servir á dueños tan pobres y rapaces como decían que eran los catalanes, contestándoles los nuestros que no era mucho más rico el de Anjou, cuya misería le obligaría bien pronto á desistir de su empresa. Después de algunas ligeras escaramuzas deliberaron los de Aragón si convenía ó no atacar á Caldora. El Príncipe de Tarento instaba al Rey para que empeñase la batalla, afirmando que aquello seria la última ruina de los caldorescos; pero el Rey se había vuelto más cauto y tardío en el acometer y no quería exponerse temeraria y aceleradamente, y los de su consejo le decían que la prenda que se arriesgaba era muy desigual; pues vencedor, habría vencido á un aventurero, y vencido perdería el Reino. Separáronse, al fin, ambos ejércitos, yendo Caldora á ponerse á las puertas de Piacentro desde donde instaba al de Anjou á que fuese á juntarse con él, mientras que el Rey pasó al condado de Celano y en pocos días conquistó todas las tierras y castillos de aquel país.

No era aprensión el temor que del Conde Francisco Sforza y sus gentes habían estado abrigando algunos, porque lo cierto es que su ánimo fué siempre perjudicar la causa del Rey. (1) A este fin pasó la frontera y fué á poner su campo en el término de la ciudad de Amatrice, sin declarar abiertamente su intención. Por de pronto corrió la tierra de Josía de Aquaviva que seguía la causa del Rey; esperando á que Renato saliese á

(1) En el mes de Marzo de 1438 el duque de Milán, probablemente despechado de la conducta del que habia de ser su yerno, ó sea del conde Francisco, declaraba á Nicolás Piccinino de la prosapia y progenie de los Visconti, le concedía el uso de las armas é insignias de éstos, le confirmaba en el cargo vitalicio de capitán general y le nombraba marqués y conde de ciertas tierras que le concedía en feudo transmisible á sus herederos. Al participar el duque estas resoluciones al clero y pueblo de Milán, les ordenaba que hicieran procesiones, iluminaciones y repiques de campanas.

Vid. *Doc. dipl. dagli. arch. mil.* Vol. III, part. I, núm. CLXXII.



campaña para ver si podía servirle en aquella empresa. El Rey le observaba de cerca, pero no quería declararse su adversario, limitándose á tenerle á raya por medio de Francisco Piccinino, antíguo y natural enemigo de dicho caudillo. Sforza puso una contribución de guerra á los de Amatrice, que era del Rey, de mil quinientos ducados, pretendiendo además que bajasen las banderas de Aragón é izasen las del príncipe que él les dijese, siendo amigos de sus amigos y enemigos de sus enemigos; y que le diesen vituallas, paso y alojamiento, negándolo todo á los del Rey. Tras de esto siguió atacando los lugares y castillos de Josía, y sin respetar tampoco los estados del Duque de Andria que se hallaba en igual caso. Al cabo, mediante algunas concesiones, se pudo llegar á una avenencia, y el Rey, que se hubiera holgado mucho de tener á Francisco Sforza de su parte, le hizo ofrecer el cargo de Gran Condestable con paga para mil lanzas y mil infantes y además el Principado de Salerno y la gobernación de los Abruzzos. El conde respondió querer servirle, pero la cosa no pasó de palabras y el Rey instaba siempre á Josía que se sostuviera y conservase sus castillos, esperando siempre que la hostilidad de Sforza desaparecería el día que fuese llamado por el duque de Milán. (1)

Renato tampoco se descuidaba en lo de atraer á su partido al conde Francisco; pues comprendiendo, de la misma manera que lo comprendía el Rey, que aquel condottiero era como la clave de la contienda y que estaba en sus manos el dar el triunfo á quien se le antojase ó á quien le conviniese, tentó allá por el mes de Julio por medio de Nicolás Mateo Guarna de Salerno de entrar en concordia con él, á cuyo efecto le mandó hacer la proposición de confirmarle en el dominio de las ciudades, tierras, castillos y lugares que poseía en el Reinô, otorgarle cualquiera otras gracias que pudiese pretender y que á dicho embajador parecieran bien, así como el ofrecerle el cargo de gran Condestable. (2)

(1) El Diario de Nápoles dice que D. Alfonso, tratando de ver si se atraería al conde Francisco, le mandó tres caballos y algunos vestidos riquísimos y que el altivo condottiero dijo á los emisarios reales: «Decid á vuestro príncipe que tengo más caballos que él y que soy su enemigo.»

(2) No consta el resultado de esta negociación, pero el poder otorgado á Guarna con tal objeto, se conserva original en los archivos gubernativos de Milán. Vid. *Doc. dipl. etc.* Vol. III p. I. n.º CLXXIV.

Entretanto Caldora ponía sitio á Sulmona para ver si distraería la atención del Rey y le obligaría á dejar en paz las tierras que él poseía en los Abruzzos, no olvidándose por esto de apremiar á Renato para que fuese á juntársele si quería terminar la guerra. Renato siguió el consejo, poniéndose en camino con Micheletto Atendula, su capitán general, y con toda la gente que pudo juntar en la Tierra de Labor y con casi toda la juventud napolitana. Sucedía todo esto por el mes de Agosto en ocasión en que el Rey tenía su campo delante de Capilla. Renato á grandes jornadas se dirigió á encontrar á Caldora, no sin correr al paso las tierras que dependían de Sulmona.

El Rey procuró reforzarse pidiendo quinientos caballos al Duque de Milán por todo el mes de Setiembre. Los de Lanciano le habían ofrecido darle aquella ciudad en cuanto se pusiese á la vista y cada día ganaba nuevos y muy importantes lugares. Teniendo Renato su campo debajo de Toriello, el Conde de Caserta, que se volvía como una veleta, al compás de los sucesos prósperos ó adversos de sus amigos, al verle con tan poderoso ejército, abandonando la causa del Rey, se fué á prestarle homenaje. El 29 de Agosto llegó el de Anjou á Sulmona y allí se juntó con Caldora, apretando el cerco por medio de las tropas de entrambos. Como no la pudieran rendir se trasladaron á Pópulo que también se les resistió de igual manera. En aquella sazón recibió Renato un refuerzo de siete mil soldados del Aquila, gente fuerte y que parecía avezada á la guerra, llegando entre unos y otros elementos á juntar un ejército de diez y ocho mil hombres, que en aquellos tiempos era cosa respetable. El rey que no sabía los progresos de sus enemigos, vivía desprevenido y se entregaba á su diversión favorita, cazando por aquellos montes. Hallándose un dia junto á Castello Vecchio, en el valle de Sabrieco, como escribe Constanzo, supo que los enemigos se le iban encima y no ignorando ya la gran muchedumbre de ellos, mandó llamar al Infante D. Pedro y al Príncipe de Tarento y á algunos otros señores que andaban dispersos y reuniéndolos á todos emprendió la marcha. Dice Zurita que si el de Anjou no se hubiese detenido en el camino cuando salió del Pópulo, aquel dia se ganaba la corona. Sea como quiera pasaban así meses y meses sin trabarse



ningún encuentro formal y la guerra seguía su curso crónico con perjuicio del país, que era maravilla pudiese aguantar unas campañas tan largas y desastrosas.

Así que el Duque de Anjou hubo asentado su campo, envió á D. Alfonso un rey de armas con sus correspondientes trompetas para que le desafiaran, entregándole, según costumbre, el guantelete de hierro. Recibióles el Magnánimo muy satisfactoriamente, teniéndoles toda la tarde en el real y al siguiente día les mandó llamar y dió á cada uno vestidos muy ricos y joyas, respondiendo que aceptaba el reto y el guante y que deseaba ir al encuentro del Duque su primo, aunque á tenor de lo que escriben varios autores, no cuerpo á cuerpo, sino con sus respectivas gentes y que teniendo derecho el desafiado de escoger el lugar, elegía la Tierra de Labor, donde prometía estar por todo el mes de Setiembre. Según otros historiadores (1) el Rey dijo al heraldo que eligiese entre un duelo de persona á persona ó al frente de los dos ejércitos, habiendo sido Renato el que optó por esto último.

Sea como quiera mucho desplugo á éste el que D. Alfonso no aceptara la batalla desde luego; porque confiaba que había de salir vencedor, dados los elementos que en aquella sazón contaba. En el entretanto se dedicó á recobrar tierras y castillos y hubo casi todos los de aquella provincia, escepto Avenzano y Tresaco, entrando luego en Aquila que era muy fiel á la casa de Anjou, en donde fué recibido con grandes honores y demostraciones de cariño, obteniendo un buen socorro en dinero.

D. Alfonso no queriendo faltar á la cita se fué á esperarle en la llanura que hay entre Nola y Acerra, y de no haber comparecido el Duque en el plazo señalado, mandó, dice Summonte, levantar un acta pública. (2) Tras de esto se fué á sitiar

(1) Fazzio y Constanzo.

(2) Según Pelegrí, D. Alfonso, así que hubo llegado, hizo llamar por un heraldo tres veces á Renato, hasta que se vió que no había comparecido. Entonces considerado el provocado manchado ya con la nota de contumacia, para tratarle como merecían los contumaces, á tenor de las leyes de la milicia, S. M. recorrió el campo con gran solemnidad en señal de victoria, y para que redundase en infamia del ausente y en mengua de su buen nombre, abatió su arpagona por la liza é hizo publicar irrisoriamente por todas partes el quebrantamiento de la palabra empeñada. Para que aquel acto fuese más sublime, el mismo dia D. Alfonso armó caballero á su hijo D. Fernando.

Hé aquí el texto literal: «Eo quo cum rex supervenisset, publico instrumento



Arpaia que era de Marino Boffa, quien estaba entonces en su defensa. Entróla el segundo día por la fuerza de las armas y la puso á saco, prendiendo también al dicho su señor. Después de Arpaia le fué tomando los demás lugares que el susodicho magnate tenía desde la época en que gozó de la privanza de la Reina Doña Juana y eran Argencia, Airola, Cincella y varios castillos.

Baltasar della Ratta, Conde de Caserta, que, como hemos visto, hacía poco que había prestado homenaje al Duque de Anjou, espantado de lo que había sucedido á Marino Boffa, juró obediencia al Rey. Era aquella la quinta vez que mudaba de banderas en el espacio de dos años, achaque debido á su poca fé y á su sobrado egoísmo: que hay caracteres tan rebajados y tan viles que no quierer perder nunca. El sacrificio es un sentimiento tan puro y tan elevado que en todas las épocas de la historia solo ha sabido anidar en los pechos generosos.

Francisco de Pontadera, que se hallaba en Matalon, corrió hasta Arienzo casi á la vista del Rey para ver si lograba prender al Conde de Caserta, estando en poco el que no lograra su intento. Este dejó en el cuartel real, como prenda de futura fidelidad, el solo hijo legítimo que tenía, y D. Alfonso le confirmó en el dominio de lo que le había otorgado en Capua y le ofreció además darle la villa de Cocentayna con su baronía y castillo, y Matalon que estaba en poder de Ottino Caracciolo gran partidario del Duque.

Continuemos dando cuenta de las restantes conquistas de D. Alfonso. Tomó á Grañano y Scafata, redujo á su servicio al Conde de Montorio é hizo treguas con el de Severino, después de lo cual la emprendió con los hermanos Zurlo al objeto de tomarles las plazas que poseían.

Viendo que Renato, obligado por su pobreza, se entretenía más de lo conveniente en el Abruzzo, recogiendo socorros y

exclamat rex: si hic extaret Renatus; quem cum tribus vicibus petisset an illum aut abesset aut venturum foret, palam videtur abesse. Quapropter, quia contumacia repertus est actor, eaqua sollempnitate, uti in milicia jura dicunt contumacibus fieri, in signum victorie, equo currenti in campum labitur rex, ac ob infamiam absentis, in dejectionem decoris ejusdem, per totum campum prosternitur arpagona, ac insuper, ut de verbo remisso notaretur infamia undique predicacio fit derisoria. Et ut actus sublimior fieret, filium suum Ferdinandum militem illustravit.»



sacando dinero de donde podía, creyó el Rey que aquella era la mejor ocasión para abatir el orgullo de Juan y Francisco Zurlo. A este efecto movió la hueste hácia Angri y después de haber intimado la rendición al primero de dichos hermanos, como éste tratara de resistirse por lo muy afectado que estaba por el partido angevino, decidió ponerle sitio. Grande era la estrechez á que le iba reduciendo; pero como Juan era hombre de tesón, sabía resistir el hambre no menos que la fatiga. No era por cierto tan entero ni leal el otro hermano, llamado Francisco; pues en cuanto supo los quebrantos de los de Angri, se apresuró á significar á D. Alfonso que si quería darle el dominio de Nocera, le entregaría esta ciudad y le prestaría homenaje. El Rey recibió la nueva con no poca satisfacción, haciéndole llamar á su campo, saludándole al entrar con el título de Conde de Nocera, y dándole, además, muchos privilegios y mercedes. Como acariciaba en su mente el proyecto de embestir por mar y tierra á Nápoles tan pronto como le fuese posible, trató de ver si por medio de Francisco reduciría á Juan, haciéndole desistir de la temeridad con que se estaba resistiendo. Mientras tanto éste, acosado como se veía y expuesto á que se le rebelasen los vecinos de Angri, á quienes ya se hacía irresistible el hambre, antes de dar su brazo á torcer levantando las banderas de Aragón, como D. Alfonso pretendía, prefirió salir ocultamente de la plaza é irse á refugiar en Nápoles, donde esperaba que aún podía ser útil á la causa y partido angevinos.

En el mes de Agosto D. Alfonso envió á Andrés Gaçull á Milán para saber del Duque si debía tratar al Conde Francisco como amigo ó como enemigo, y además á pedirle que le mandase uno de sus capitanes.

Felipe María respondió que, á su juicio, debía ingeniarse y estudiar la manera de tratar á dicho conde como buen hijo, servidor y amigo, haciéndole las caricias y halagos que pudiese, teniendo á su lado alguna persona notable de la corte que le indujese á conservarse amigo de S. M.; que además de esto le mandase frecuentes embajadas y cartas corteses, haciéndole ofrecimientos y dándole pruebas por medio de hechos de querer su amistad; pues de esta manera si el conde no quisiese en-



trar al servicio de S. M., no le sería contrario y, manteniéndose neutral, no ayudaría á ninguna de las partes. (1) Procediendo así, opinaba el Duque, que Sforza se inclinaría á ser buen amigo y servidor del Rey, y añadía el citado príncipe que él por su parte se lo rogaría todo lo que le fuese posible, ya que no podía mandárselo; que lo que quisiese el Rey acerca de este asunto, tuviese á bien avisárselo, porque deseaba complacer á S. M. como padre, y si le parecía oportuno, hasta mandaría al encuentro del conde una persona de autoridad con este solo objeto, y si pudiese ó supiese hacer algo mejor, lo haría igualmente de buena gana.

En cuanto á lo de mandar uno de sus capitanes, el duque creía que S. M. debería esforzarse en tener al conde á su servicio; primero porque éste se hallaba más cerca, y además porque, contando con su cooperación, pronto daría cima á la deseada empresa. Para conseguir que el conde accediese á ello, aconsejaba el duque que S. M. le otorgase todo lo que averiguara que le pedía. Por lo demás le parecía cabal que en el caso de tener á Sforza á su servicio, tomase también á otro capitán, fuese ó nó de los milaneses, porque así daría más presto fin á su empresa, y que si quería que ese capitán fuese de los de la hueste ducal, se conformaba en que, escepto el capitán general, tomase y diese sueldo á cualquiera de los restantes, á fin de que los de S. M. hiciesen la práctica con él; sin embargo exigía que se le proveyese del dinero necesario antes de partir de Lombardía, para que pudiese ir al encuentro de S. M. y perseverar á su servicio. (2)

(1) ...ove la dicta Majestate rechede essere dechiarata da la Signoria sua, se la debe tractare al conte Francisco como amico, ó como inimico, che a luy pare che se debia insignare et studiare de havere et tractare lo prefato conte per bono fiolo, servitore, et amico de la sua Majestate, facendoli de le careze et piazevoleze quanto piu che la possa, per farsello et conservarsello bono amico et servitore, tenendo continuamente apresso ad esso conte qualche notabile persona de quelli de la sua Majestate, che induca lo dicto conte per ogni via possibile ad essere bono amico de la prefata Majestate; et cusi, ultra lo predicto che perseveri presso lo prefato conte, la dicta Majestate lo revisiti spesso de ambasiate et de lettere gratiose, ofefferendo segli in ucto et anchora facendoli de li facti per farselo amico, perchè, se lo prefato conte non volesse venire a li servitii de essa Majestate, almancho non li sia contrario, ma stia indiferente et de mezzo, non dando aiuto, ne favore á veruna de la parte. &c.

Vid. *Doc. dip. trat. dagl arch. milan.* Vol. III part. n.° CLXXVII.

(2) ...et, si la prefata Majestate vole veruno de li capitanei d'esso signor Duca, la Signoría sua é molto contenta che la dicta Majestá pigla et conduca quale se vogla de li dicti suoi capitanei, dal Capitaneo suo generale in fora, et che que-



Vamos ahora á narrar con la mayor riqueza de detalles que nos sea posible el asedio de Nápoles y el desastrado fin del infante D. Pedro muerto en la flor de su vida.

" Considerando el Rey, dice Zurita, que tenía en su poder todos los pasos de la provincia de Tierra de Labor, y que el Duque Reyner, quasi con todos los nobles ciudadanos de Nápoles andaba discurriendo y vagando por el Abruço, y que su armada de naos, y galeras de tres y de dos remos, con otras taffurcas y fustas habian destroçado y consumido las naves y galeras de los enemigos, echando las á fondo y quemando las, y tomando muchas de ellas, parecio le, aunque era en fin del mes de Setiembre, tiempo opportuno con estas comodidades, de cercar por tierra, y por mar la ciudad de Nápoles; que estaba fatigada con hambre y yerma de sus ciudadanos principales: y falta de cabeça: porque en sola aquella ciudad consistia la defensa de todo el reyno, y la autoridad de la victoria: para dar fin á la guerra. Puso se el cerco sobre ella por tierra y por mar á veinte del mes de Setiembre: y hallaron se con el Rey en su real de los Barones principales del reyno y de Sicilia, Andrés Mattheo de Aquabiva, que se llamaba Duque de Andria, Ramón Ursino, Conde de Nola Palatino, y de Sarno Maestre Justicier, Francisco de Aquino, Conde de Montedorisi, gran Senescal del reyno, Juan de Veyntemilla Marques de Girachi: y Almirante de Sicilia, y Don Pedro de Cardona Camarlengo del Rey. "

Las fuerzas del ejército de éste ascendían según Fazio y Constanzo á quince mil hombres, y tenía además diez galeras en el golfo venidas de Cataluña y de Sicilia que habían de abastecer el campamento é impedir que las embarcaciones menores pudiesen llevar víveres á la plaza. Zurita dice que la armada constaba de siete naves, cuatro galeras y otras fustas.

El Rey, sin embargo, antes de pasar adelante consultó el asunto con sus consejeros, manifestándoles cuál era su intención y el modo con que pensaba realizarla, y como fuese uná-

lli de la predicta Majestá faciano la practica cum lo dicto capitaneo che delibererano de torre, et cerchano de concordarse cum essolny, ma cum questo che 'l gli sia proveduto de denari inanzi se parta da questi paysi, per modo che 'l se puossa conducere la prefata Majestá et perseverare á servigli.

Vid. loc. cit.



nimemente aprobada, levantó el campo y se dirijió á Nápoles. Al llegar á la mitad de la plaza plantó su real al pié del templo de Santa María Magdalena, que solo distaba del muro como obra de unos quinientos pasos, no lejos del rio Sebeto que solo distaba doscientos. Hecho esto, dió el mando de aquel campo á su hermano el infante D. Pedro, plantando él el suyo en una altura poco apartada. para que en caso de un ataque pudieran prestarse mútuo ausilio. Summonte al tratar del sitio donde acampó el Rey se expresa en estos términos:

" Y Alfonso con el resto del ejército se puso más arriba, hácia Santa María delle Gratie llamada de las lagunas; en aquel tiempo dicho sitio, que ahora forma una de las veintinueve plazas de la ciudad y se llama Casanova, estaba fuera de Nápoles, y comprende la Iglesia de la Anunciata, San Crispino, San Pedro ad Ara, Santa María Egipciaca, Santa María della Scala y el Huerto del Conde. „

Los habitantes de la ciudad pertenecientes á la facción angevina quedaron muy sorprendidos de aquel impensado asedio, pero no por esto dejaron de tomar las precauciones que lo apurado del trance requería. Estaban á la defensa de la plaza y aún sostuvieron algún encuentro con el Rey por medio de sus respectivos escuadrones, Juan de la Noce, Jacobo Sannazzaro y Cristobal de Crema. Ottino Caracciolo estaba enfermo y los demás nobles se habían ausentado con el Duque de Anjou. No obstante reunida toda la gente apta para tomar las armas, se parapetaron lo mejor que les fué dado, distribuyeron grandes guardias en los puntos más débiles del muro y colocaron en los lugares convenientes toda su artillería y demás máquinas de guerra. Pero lo que se cree que contribuyó más á la conservación de la ciudad, fué el hallarse en el puerto cuatro carracas genovesas que habían llegado pocos días antes cargadas de cereales y otros víveres para el abastecimiento de la plaza. En ellas había unos seicientos soldados genoveses á los cuales, á ruego de la Reina y mediante una fuerte suma de dinero, se les indujo á pegar fuego á dos de sus naves y á atracar las otras dos casi al pié del mismo muro, desembarcando luego y distribuyéndose por los sitios de más peligro. Pareciales, dice Constanzo, que habían de reportar las mismas ventajas que ha-



bían alcanzado otros genoveses en Gaeta, y en la batalla naval de Ponza. Fueron realmente de gran provecho, especialmente en el servicio de las piezas de artillería.

Sacó el Rey de la escuadra sobre unos mil soldados de marina, haciéndoles desembarcar al pié del castillo Nuevo y les colocó entre el monte de San Telmo y los muros de la ciudad, para que ocupasen las iglesias del Espiritu Santo y de Santa Cruz contiguas á ellos para mayor seguridad de los sitiadores.

El infante D. Pedro puede decirse que era el alma de los trabajos de sitio; Pelegrí nos le presenta preparando todas las máquinas de guerra en aquella sazón en uso para el ataque y toma de la plaza. [1]

Cierta noche se verificó una tentativa de asalto sin el conocimiento del Rey, de tal suerte que mereció su alta desaprobación y el que mandase que nadie fuese osado á repetirla. El soldado valeroso que cometió aquel acto de heróica indisciplina fué, según el historiador últimamente citado, Reinaldo de Corbera. [2]

Por varios dias funcionó activamente la artillería de los sitiadores, haciendo no escaso daño en las fortificaciones de los sitiados, de manera que ya se estaban preparando las escalas para el asalto definitivo.

No debemos pasar por alto que en aquellos dias entró en la ciudad un gran refuerzo procedente de Aversa, al mando de un condottiero que no nombran los historiadores. Al siguiente día el enemigo forzó nuestro campo é intentó apoderarse de una pieza, lo cual visto por el infante, le movió á correr hácia el lugar del peligro, y no parar hasta poner á los sitiados en vergonzosa fuga. [3]

(1) «Preterea forma egregia infans Petrus tum grues, tum catos, tum arietes, tum scalas, tum tormenta muralia, tum quadrigas, tum currus, tum alia belica instrumenta multiformiter preparabat ad insultum inferendum captande urbis.»

(2) «Jam ei enunciaverant nocte obscura Reimbaldum de Corbaria muros presertim ascendisse, in illius urbis ejectionem; qua se commotus fuit rex contra illum, cui subito imperavit haud intemptare putasset tantum experimentum.»

(Pelegrí loc. cit.)

(3) Interea in civitatem nimia festinatione dux quidam armorum multis cum sociis, ab Aversa progrediens, in urbim Neapolis penetravit. Qui altera die, ruptis castris, conatur unum ex tormentis furari et intus civitatem dictam illud reponere; eo quo viso infans Petrus, eminens super alios, im primis precessit, qui tanta virtute ausos pertendit atque omnes in fugam repente abstulit.

(Pelegrí loc. cit.)



El dia diez y siete del mismo Octubre, poco después de haber salido el sol, aconteció el trágico fin del heróico y desventurado infante. Hé aquí como refiere el caso Zurita: " Yendo el infante D. Pedro á cavallo hazia la parte donde tenia su estancia contra los enemigos, para combatir los, fué herido de un tiro de una lombarda; y le hirió sobre la siniestra parte de la cabeza: y le llevó la metad de ello: y le esparció el celebro. „

Pelegrí, conforme con Zurita, al dar cuenta de tan valeroso príncipe no pone detalle alguno que haga sospechar impiedad por parte de él ni por lo tanto intervención sobrenatural ó divina en su prematura muerte. Veámoslo:

" Postremo die, cum omnes ordines servasset et circa victoriam magis ac magis vacaretur strenue, fatigatus cessit locum: tristior antem fuit progressus ab illo. Quippe dum commilitaret, letalis ictus, saxo ab instrumento tormentorum muralium perrupto, floridam etatem percussit. „

Estos relatos convienen con el de Fazio que dice estas textuales palabras: " Nam dum forte Petrus ejns frater paulum á castris, especulandi gratia progressus, in littore vagaretur, e Mariæ Carmelitanæ templo tormento ictus, répente occubuit. „ Algunos autores italianos se conforman también con la narración de Fazio y le siguen como lo hizo nuestro analista; otros, empero, como Summonte y el que escribió la obra intitulada *Dell' Historia del regno di Napoli d' incerto autore, Libri otto*, cuentan una infinidad de particularidades semi-milagrosas á propósito de dicha muerte, las cuales por su originalidad é interés creemos será bien ponerlas en conocimiento del lector curioso. Hé aquí la versión de Summonte. " El infante D. Pedro comenzó á batir el muro por aquella parte á beneficio de sus lombardas, y viendo que no alcanzaba gran resultado y averiguando que la Iglesia del Carmelo, que en aquella época se hallaba extramuros de la ciudad, era guardada por genoveses y que en su campanario estaban preparando lombardas para ofenderle, se sproximó hacia Sant' Angelo dell' Arena y mandó al artillero que apuntase hacia allí. El jueves 27 de Octubre á hora de tercia hizo disparar una grandísima lombarda llamada la Mesinesa, cuya bala habiendo dado en el muro de la ciudad, saltó sobre la tribuna de la iglesia y cayendo luego destrozó el

Tabernáculo donde estaba la imágen del Crucificado, llevándosele la corona de espinas y la cabellera que tenía sobre la cabeza, y milagrosamente la imagen bajó la cabeza y dejó pasar la bala, la cual saltando fue á pararse en el pavimento hácia la puerta principal, donde hoy se observa una losa circular de mármol, que se puso allí para memoria, lo que fué reconocido milagro por los napolitanos en medio de mucha devoción y no escasas lágrimas. Al dia siguiente á la misma hora, recorriendo el campo el infante en compañía del Conde de Fondi y de otros, mientras decía al artillero que tirase contra el muro, vió venir del campamento del Carmelo una bala de lombarda que queriéndola esquivar no pudo, porque habiendo primeramente dado en el suelo, rebotó y se le llevó la mitad de la cabeza, dejándole privado de vida sobre el caballo. Lleváronsele el Conde y otros que se hallaban presentes á la Iglesia de la Magdalena en donde estaban los cuarteles, y enseguida fueron á decírselo al Rey que estaba oyendo misa en Santa María de las Gracias. „

Hé aquí, por fin, la narración del *anonimo ó incerto autore:* " Se hallaba en la batería el infante D. Pedro de Aragón jóven belicoso y feroz: viendo que un artillero no quería tirar á la Iglesia del Cármen por reverencia á la Vírgen, le amenazó con hacerlo ahorcar, por lo cual el artillero tímido tiró á la tribuna de la Iglesia y la bala pasó y fué á caer á los piés de Cristo Crucificado y queriendo el infante que siguiese disparando todavía hácia allí, se vió venir del campanario de la misma Iglesia una bala de lombarda chica, (1) y dando primero en tierra, saltó y le hirió la cabeza y le hizo caer exámine del caballo. „

No hay que ponderar el dolor que de tan irreparable pérdida sintió D. Alfonso. Fué á ver inmediatamente el cadáver y al estar en su presencia refiere Summonte que dijo: " esta mañana le rogué que si me quería, no hiciese disparar las lombardas contra la Iglesia, pues un fugitivo de la ciudad me refirió un estupendo milagro del Crucifijo, y él, acaso por vengarse de los genoveses que están de guarnición en aquel lugar, no me

(1) Lecoy cita el nombre de esta pieza diciendo que la llamaban la *Loca* (**Pazza**).



ha hecho caso. Pero Dios justiciero tal vez le ha enviado la muerte en castigo de su impiedad. „ Quitóle luego la coraza y apartándole los vestidos le besó en el pecho esclamando: Dios te perdone hermano, que yo esperaba de tí otro placer que verte de esta manera muerto: sea Dios loado que hoy murió el mejor caballero que salió de España. „ Los soldados que habian servido á las órdenes del infante estaban aflijidos y llorosos y el Rey les consoló diciendo, " que por la muerte de un hombre no se debía perder el ánimo y sí pensar en dar feliz remate á la guerra. „ Tras de haber proferido estas palabras les repartió todos los despojos y arneses del difunto. La Duquesa Isabel mostró mucho sentimiento de la muerte del infante y envió á ofrecer al Rey todo lo que fuese necesario para sus exequias, manifestándole que si quería sepultarlo en cualquiera de las iglesias de la ciudad le mandaría todo el clero. El Rey le hizo dar las gracias y para animar á los suyos dijo que se harían los honores convenientes á los restos mortales de su hermano, así que se hubiese ganado Nápoles. (1) Entretanto les encerró en una caja de madera alquitranada y la deposisó en el castillo del Ovo. (2)

Grandes son los elogios que hacen los autores del infante D. Pedro. " Era, escribe Pedro Carrillo de Albornoz, de edad de veintisiete años, y muy valiente caballero por su persona, y doquier que se acertó hizo todo bien, y era franco y generoso, todo lo que un señor debía ser, y murió por casar. „ Fazio todavía le ensalza con más expresivas palabras: " Gratiosus

(1) Lecoy refiere varios detalles que prueban más y más la piedad de la duquesa Isabel y sus nobilísimos sentimientos. « Un tránfuga calabrés, dice, encontró el birrete encarnado del infante, con una parte del cráneo, y creyendo hacer un buen negocio, lo llevó á Nápoles y lo presentó á la reina Isabel. Empero la noble señora, llena de horror y de piedad, no quiso recompensarle, antes bien prorrumpió en acerbo llanto. « Porque llora V. M. le preguntaron, la muerte de un enemigo. » — « Era un príncipe real, repuso ella, de la misma sangre que mi esposo; si ahora era mi enemigo, mañana podía ser mi amigo. » Entonces le ocurrió una idea generosa: siguiendo los impulsos de su corazón, hizo dar tierra al cráneo de la víctima y mandó izar bandera de luto en el castillo de Capuana. »

(2) Entre las cédulas de tesorería (Cedole tesorarie) del archivo de Nápoles, sección de Cuentas de D. Alfonso, se halla una en el f.º 132, v.º que dice á la letra: « Item doni a mestre Martí Sartic, portognes, companyo del castell del Ou de Napoli IIII cannes IIII palms de drap vert de Florença. lesquals lo senyor rey..... li mana donar graciosament en smena de hun cubertor de drap que ell ha mes sobre lo cors dell illustre infant don Pedro, fratre germa del dit senyor. » También resulta de la misma sección de dicho archivo, f.º 181, que se fundó una misa en sufragio del alma del infante en la capilla del referido castillo.

Vid. Lecoy. T. I cap. III.



hic apud omnes ordines erat, homo sane ad rem militarem natus, si animis, si corporis dotes aspicias; siquidem ad omnia pericula subeunda impavidus; primus in acie, postremus prælio excedebat; animi magnitudini corporis robur respondebat: acer et manu promptus, hostem semper in acie dimicans vicit. Ejus mortem Alfonsus etsi graviter indoluit, non ut homo in castris, sed potious in studiis sapientiæ ab adolescentia versatus. „

Al otro dia empezaron á caer tan continuadas y copiosas lluvias que no solo no se podía pensar en el asalto, sinó que gracias que se pudiera parar en las tiendas. La gente menuda atribuía aquello á milagro, y como fueran arreciando los frios, el Rey de acuerdo con los barones y caudillos, deliberó levantar el campo y trasladarse á Cápua, como así lo hizo, á los treinta días de haber empezado el cerco. Al tercero de su ausencia de Nápoles sucedió un caso notable. Una cortina de muralla de las que más había batido la artillería, reblandecida luego por aquellas tan fuertes y continuadas lluvias se cayó toda de una vez dejando abierta una anchísima brecha; de modo que si el Rey hubiese retrasado siquiera tres días más el levantamiento del sitio, de seguro que Nápoles era suya. Los napolitanos dicen que parece fué voluntad de Dios que la ciudad no se perdiese en aquel tiempo.

Zurita refiere que muerto D. Pedro, el Rey escribió luego al infante D. Enrique para que á la mayor brevedad se fuese al Reino, reservándose si así conviniese llamar también al Rey de Navarra y perder antes la vida que desamparar aquella empresa.

Estando D. Alfonso en el sitio de Nápoles recibió ofrecimientos del Papa y del Rey de Francia de procurar la concordia.

Entretanto el Duque de Anjou y Caldora iban á socorrer á Nápoles, teniendo que atravesar rápidamente la Tierra de Labor porque no hallaban manera de poder sustentarse en ella.

No se portaron bien por aquellos días la mayor parte de los barones, especialmente el Príncipe de Tarento y el Conde de Nola, pues si hubieran secundado al Rey con eficácia, de seguro que quedaba terminada la campaña; empero era la táctica



de aquellos potentados el aflojar cuando veían demasiado cercana la victoria definitiva.

Hé aquí donde invernaron los más poderosos contendientes: el Rey primero en Capua y luego en Gaeta, el Príncipe de Tarento en la Pulla; el Duque de Anjou en Nápoles y Caldora en el Abruzzo. (1)

Desde Gaeta, á 12 de Diciembre, envió D. Alfonso á Berenguer Mercader al Duque de Milán para que le diese cuenta de todo lo acontecido y le esplicase las causas que le habían decidido á levantar el sitio de Nápoles.

Por fortuna también hemos podido dar con las instrucciones inéditas que fueron entregadas á dicho emisario, y como son bastante importantes, cerraremos este capítulo exponiendo á la consideración del lector algo de lo que contienen.

Mercader debía decir al Duque de Milán que el objeto de la embajada era, antes que todo, el visitar en persona, de parte del Rey, y saber de su salud, estado y asuntos, por tenerlos S. M, en aquella misma estimación que si fueran suyos propios; puesto que reputaba que el bien y prosperidad del uno lo era igualmente del otro, y no le consideraba menos de lo que haría respecto de su padre natural, si por ventura viviese; y que Dios sabía que el mayor deseo de dicho Señor era tener ocasión de demostrarle su voluntad en cosa que pudiera redundar en exaltación del dicho Duque.

Luego Mercader debía narrar el curso que habían seguido los asuntos de S. M. en el Reino de Nápoles, á contar desde el verano último, hablando de la ida del Conde Francisco al Abruzzo y del gran estorbo que con ella había ocasionado al Rey, así como el comportamiento que con éste había tenido y seguía teniéndole, mostrando en obras serle verdadero enemigo, por más que con las palabras quisiera paliarlo y fingir; también

(1) Por el mes de Diciembre de 1438 Renato, obligado por su gran estrechez, tomó dinero á préstamo de Raymundo Caldora, dándole en hipoteca el castillo de Aversa. Asi por algún tiempo pudo vivir tranquilo entregándose á las fiestas y á lo torneos á que hemos dicho era tan aficionado. También aumentó sus ingresos comisionando á Gerardo de Harancourt para que vendiese ó empeñase nuevas tierras, no menos que por medio de la venta de los bienes confiscados á los Caraffas, á los Baucios, á los Orsini y á otros á quienes consideraba rebeldes y contra los cuales Vital de Cabanis, gran justicia del reino, había incoado proceso en 1435. (Vid. Lecoy con referencia á los archivos de las Bocas del Ródano B. SS. f.os 242 y siguientes.)



debía hacer presente el emisario como S. M., insiguiendo los consejos del Duque, siempre había usado de tolerancia respecto de dicho caudillo, haciéndole muchos ofrecimientos para atraerle si posible fuera, á su devoción, ó para que no le fuese contrario, ni tuviera ocasión de marchar de acuerdo con los Comunes, ni de coligarse con ellos; pero que S. M. sentía y conocía que nada era bastante para sacarlo de aquella opinión; que por lo tanto viese el dicho Duque qué proceder se debía observar con él en lo venidero, para que no pudiese, lo propio que los Comunes, ofender ni dañar á cualquiera de los dos; y que si el Duque le enfrenaba de manera que ni él ni sus gentes pudiesen entrar en el Reino en defensa del de Anjou, S. M. esperaba, con la ayuda ne Dios, por todo el verano próximo dar feliz remate á su empresa ó por lo menos no distar mucho de su terminación.

Además debía referir los sucesos del sitio de Nápoles y el caso adverso ocurrido al infante D. Pedro, con las demás causas que habian sido parte para el levantamiento de aquél, así como el extremo á que había reducido la ciudad, sin embargo de haber sido poco ayudado por los barones del Reino. También debía manifestar como en aquella sazón la referida plaza, lo mismo que Aversa, seguian muy estrechadas y en gran penuria, de suerte que, á no ser por los socorros de los genoveses, tendrian que darse á partido, no obstante haber ido poco hacia el Duque de Anjou y micer Jacobo y Michelotto, los cuales no habían hallado manera de sostenerse, antes bien, lo que les convenía era salir prontamente de Tierra de Labor. Y sobre esto podría referir lo que les había ocurrido en la entrada y lo que pudiera acontecerles á la salida, según las diversas noticias y pareceres. Pero en lo que debia insistir más especialmente era en que dicha empresa estaría ya acabada sin el desfallecimiento de los barones parciales de S. M. y especialmente del Príncipe de Tarento y del Conde de Nola, los cuales cuando veían los asuntos á punto de terminarse, luego aflojaban y con fingidas maneras procuraban darles largas.

También Mercader debía manifestar al Duque como Tártaro se había presentado al Rey, de parte del capitán Nicolás Piccinino, diciéndole en gran secreto que dicho capitán no es-



taba muy contento del Duque, porque favorecía los negocios del Conde Francisco y no había permitido que dicho capitán le destruyese, antes bien procuraba magnificarle y daba lugar á que se tratase de cierto matrimonio entre una hija del dicho Conde Francisco y el hijo del referido Nicolás; diciendo también que ciertamente el matrimonio de Doña Blanca, hija del Duque, con el Conde Francisco acabaría por realizarse, y que por esto le había otorgado de nuevo algunas tierras; visto lo cual el dicho capitán había dado oídos á cierto partido que el Papa le proponía, si se decidía á salirse del servicio del Duque, á fin de deshacer y destruir del todo al Conde Francisco y recobrar y apoderarse de todas las tierras de la Iglesia; y que si S. M. quería consentir y tomar parte en este hecho, él se interpondría entre el Papa y el dicho Señor, sacándole tal partido de los negocios del Reino y de otros, que quedaría contento. Que sobre esto S. M. había contestado que se maravillaba de que, por causa del Papa ó de cualquiera otra persona, el dicho capitán quisiese desconocer al Duque y apartarse de su servicio, en atención al honor y beneficio que habia reportado de él, y, considerando que no podía creer que la confianza de dicho Duque no fuese mayor en el referido capitán que en el Conde Francisco, por más que debiesen tenerse en cuenta algunas demostraciones de benevolencia hácia el dicho Conde, las cuales sin embargo no podía creerse que el Duque consintiese redundasen en perjuicio del citado capitán, le rogaba que esperase antes de ejecutar cosa alguna, y que se guardase de todo cargo que la gente le pudiese dirigir; y que en en el caso de que, apesar de todo, quisiese poner por obra las cosas insinuadas, le suplicaba que le avisase, puesto que se interpondría de buen grado en aquel hecho para terminarlo del mejor modo posible, así para el Duque como para el referido capitán. Y puesto que los dichos asuntos habían sido comunicados en gran secreto á S. M., había deliberado avisar de ellos al Duque, rogándole que de la manera prudente con que sabía proceder, retuviese á su servicio al dicho capitán, ya que en todos aquellos manejos andaba la mano del Papa y de otros para salir al encuentro de los planes, no solo del Duque, sino del de S. M.; y que de lo que deliberara respecto de tal particular, tuviese á



bien responder y avisar acto contínuo al dicho señor. También debía decirle como los florentinos, por dos embajadas, una de Joannozzo Pitti y otra de Juan dez Puig, aún cuando fueron mandados bajo otro pretexto, se habían esforzado secretamente en infundir recelo y sospecha en el dicho Señor, de que el Duque no debía hallarse nada contento de él, y que en cartas y embajadas dirijidas al Conde Francisco por parte del mismo Duque así se daba á entender, y que en especial se tachaba al dicho Señor de ingratitud hácia el Duque, tanto por el hecho de la armada de Cataluña, que no quiso detenerse con motivo de los acontecimientos de la Spezzia, cuanto por que el Rey no le transmitió en la ribera de Génova las galeras que había ofrecido mandar á petición del Duque. Y que el dicho Señor les había respondido que él en ningún tiempo podía creer de parte del Duque otro zelo y voluntad sino el que un verdadero y natural padre puede y debe tener hácia un hijo; y que si por negligencia ó inadvertencia alguna cosa hubiese sido omitida en punto á buen proceder, no sería tomada en cuenta de ingratitud ó desconocimiento, en atención mayormente á que en lo de las galeras de Cataluña no se había podido hacer más por parte del dicho Señor ni de su capitán, por estar ya fuera de sueldo y porque sin esperar la una á la otra se habían partido y apartado del dicho Señor, dejándole en la mayor necesidad. Y en cuanto á la ida de las otras á la ribera, no se pudo dar manera por la opresión en que le tenian los enemigos, asi por mar, como por tierra; fuera de que las dichas galeras no estaban dispuestas del modo que era menester para mandarlas á aquellas partes. En conclusión; debía decirle que se dudaba de que los florentinos tuviesen buen ánimo hácia él; puesto que habían empleado todos sus esfuerzos por dicha vía y por otras per escandalizar el ánimo del dicho Señor hácia el Duque, y así sospechaba que no se esforzasen de escandalizar el suyo hácia el dicho Señor. Que por esto el Rey vería con gusto que el Duque quisiese mandarle alguna persona de su confianza, la cual estuviera continuamente en la corte del dicho Señor, á fin de que pudiese tratar confiadamente con ella no solo de semejantes cosas, sinó de otras que pudieran ocurrir.

Igualmente debía decir como cerca del Rey se hallaba un



embajador de Venecia para tratar de la presa de una galera, el cual hasta aquella sazón no había hablado de otra cosa más que de la restitución de dicho buque y de sus efectos, pero que aún así lo hacía notificar al Duque de la misma suerte que un hijo quiere enterar de todo á su padre.

Porque era cosa ciertísima que el Conde Francisco recibía anualmente de los florentinos la suma de 11.000 ducados y no era razonable que con dinero de los mismos, hiciese al Rey tales novedades y daños, como le había hecho en el verano pasado. Mercader debía ver si el Duque era de opinión que cuando á su regreso pasase por Florencia, debiera notificar á los dichos florentinos que, en consideración á que el Conde Francisco estaba á sueldo de los mismos, les avisaba que si aquel estorbase ó hiciese novedad en el Reino en perjuicio del Rey, éste tomaría represalias en las personas y bienes de los referidos florentinos sin necesidad de nuevo aviso. Más sobre este particular Berenguer solo debía poner por obra lo que le fuese aconsejado por el Duque.

De la propia suerte se encomendaba al susodicho embajador que más adelante dijese como en dias anteriores el Rey había recibido cartas del Duque, juntamente con cierto proyecto de liga, la cual parecía al mismo Duque que el dicho Señor y otros debiesen realizar entre sí; que el Rey respondió entonces que entendía transmitir en breve cierta persona con las correspondientes instrucciones y con plena potestad; y que por esto había dado pleno poder al propio Mosen Berenguer de hacer y cerrar por parte del dicho Señor cualquiera ligas é inteligencias con cualesquiera persona, mandándole que sobre ello hiciese y ejecutase todo lo que por el Duque le fuese ordenado; puesto que el Rey lo remitía todo al propio Duque, así en lo tocante á la forma, como á las personas con quienes la liga se debiese hacer. Quería, sin embargo, D. Alfonso, que en la excepción que se debía hacer de algunas personas de las dichas inteligencias, Mosen Berenguer exceptuase, las personas, cosas, reinos, tierras y vasallos de los reyes de Castilla, Portugal y Navarra.

Además debía decir como el Rey había sido avisado por carta de sus embajadores en Basilea de que habia muchas per-



sonas que veían con grandísima admiración y le hacían cargos de la adhesión hecha por los dichos sus embajadores á los del Duque, sobre que no se procediese á la deposición del Papa; dándole á entender que en lo venidero, quedando en el papado, continuaría siempre siendo enemigo del Duque y del Rey, en en atención á que era veneciano y querría siempre tener la opinión y seguir el partido de las Comunes, según el Duque podría enterarse por la copia de la carta de los dichos embajadores; y que en tal asunto quisiese mirar atentamente; puesto que había el peligro de que no pasase mucho tiempo sin que el Concilio se disolviese ó llegase á tanta disminución que diera por resultado la preponderancia del Papa, el cual entonces tendría ocasión de poder hacer gran daño á los negocios así del Duque, como del Rey; manifestándole, con todo, que el dicho Señor mandaría á sus embajadores que hiciesen lo que el Duque les ordenara; y de hecho, lo que anotara el dicho mosen Berenguer en la conferencia con el referido Duque, debía escribirlo á los indicados embajadores.

Todavía Mosen Berenguer debía decir como por muerte del infante D. Pedro, el Rey había deliberado mandar por el Infante D. Enrique; pero que antes quería saber cuál era el consejo del Duque. Y después de esto debía referirle la condición y estado de los negocios de la parte de Italia, tanto pasadas, como presentes; así de los enemigos, como del dicho Señor; quien de los obedientes, quien de los rebeldes á él, y del poder que cada uno mostraba ó decía tener; no menos que el trato que mediaba entre micer Jacobo y el dicho Señor; finalmente debía declararle en verdad el estado y las esperanzas del Reino de Nápoles con todas las debidas circunstancias, para que el Duque, una vez bien informado, pudiese mejor aconsejar; advirtiéndole de que si el dicho Señor en la primavera ó verano inmediatos no tenía estorbo alguno por parte de caudillos ú otra gente que entrase de nuevo en el Reino, como el conde Francisco ó gente suya, ó el patriarca ú otro capitán por parte del Papa ó de los Comunes, el dicho Señor, con la ayuda de Dios, entendía dar buena cuenta del Duque de Anjou y de sus secuaces y dar remate por el dicho tiempo á los indicados negocios.

Además se encargaba á Berenguer que dijese al Duque que



pocos dias antes de la muerte del infante D. Pedro, D. Alfonso recibió cartas del Rey de Francia, por un heraldo, de las cuales el dicho Señor por un correo del Duque le remitió copia, llevándose otra el dicho mosen Berenguer porque si el Duque no había recibido la primera, fuese enterado por la segunda, advirtiéndole que el Rey, habida consideración á que lo escrito por el de Francia tocaba grandemente al estado del Duque, no menos que el de dicho Señor, no había querido responder nada sin consultárselo antes. Por esto le rogaba que sobre el contenido de dicha carta le quisiera escribir y aconsejar lo que pareciese debía responder; puesto que, según lo que por él le sería aconsejado, entendía proceder.

Y porque el dicho Duque algunas veces le había enviado á decir que procurase tener á sueldo suyo algunas gentes de armas del mismo Duque, Berenguer debía manifestar como el dicho Señor tenía bastante gente en el Reino de Nápoles y por esto no se había curado de tener la dicha gente; pero porque necesitaba capitán que mandase á aquella y aliviase al dicho Señor en algunos trabajos que por falta de caudillo tenía que sobrellevar á pesar suyo, había deliberado trabajar para tener á su servicio á Pedro Juan Pablo.

En conclusión principal mosen Berenguer, por todas las vías y maneras que le fuese posible, debía procurar obtener de aquella su embajada, ante todo, reformación y consolidación de verdadero amor entre el Rey y el Duque, y después enterarse y saber claramente de éste la línea de conducta que debía seguirse con el Conde Francisco, con los florentinos, con el Papa y con el capitán Nicolás, no menos que en los negocios del Concilio, averiguando cual era el fin que debían tener. Más adelante ver y oir del dicho Duque si le podría dar manera en el verano inmediato de detener al Patriarca, al Conde Francisco y á otra cualquiera gente que quisiese entrar en el Reino de Nápoles para estorbar ó contrariar al Rey. Finalmente debía enterarse de todos los consejos que diera el Duque sobre las cosas susodichas y sobre otras que directa ó indirectamente tuviesen relación con los negocios de S. M. en el Reino de Nápoles ó con cualesquiera otros que á ambos ó á uno de los dos concerniesen, ó en el entretanto ocurriesen; ya que era



intención del dicho Señor observar en todo el dictámen del Duque, como á persona prudentísima que era, según lo había demostrado la experiencia en toda clase de negocios.

Estas instrucciones estaban refrendadas por Arnaldo de Fonolleda. Empero tras de la fecha, firma y refrendo traían una postdata del tenor siguiente:

El dicho mosen Berenguer dirá al dicho Duque como al dicho Señor han venido mensageros de la ciudad de Valencia y de Barcelona y aún algunas otras personas singulares, súbditos y vasallos suyos de sus Reinos y tierras de poniente, las cuales, cada una por su parte, le han, con gran insistencia, suplicado quisiese ir á visitar los dichos sus Reinos y tierras, haciéndole grandes y ricos ofrecimientos, á los cuales en conclusión el dicho Señor se ha totalmente negado á complacer, por no turbar la empresa de este Reino, de lo cual quiere que el Duque sea enterado.

Le dirá, además, como el dicho Señor ha deliberado pasar este invierno en Sicilia para hablar con los barones y universidades de aquel Reino, cuyo parlamento espera ciertamente que será de gran utilidad al dicho Señor, y acto contínuo entiende regresar á la parte de acá, de manera que por todo el mes de Marzo ó á lo más hasta el 15 de Abril, estará en campaña con toda su gente. Notificándole las dichas cosas para que no se admire de la dicha ida á Sicilia, si por cualquier otro fuese avisado de ella.

Place al dicho Señor que el dicho mosen Berenguer diga y esplique al dicho Duque largamente los ofrecimientos que por parte del principado de Cataluña al dicho Señor han sido hechos, en especial de grande y potente armada contra genoveses y el total exterminio de aquellos, con tal, empero, que el dicho Señor vaya personalmente á las partes de allá á visitar los dichos sus reinos y tierras, ya que de otra manera dicen que las dichas cosas no pueden venir á conclusión. Y por esto el dicho Señor quiere que el dicho Duque sea avisado de ello y diga al dicho mosen Berenguer lo que le parezca que el dicho señor deba hacer ó responder en el caso que de aquí en adelante sobre esto fuese nuevamente suplicado.

Firmadas y entregadas las anteriores instrucciones fueron adicionadas con los capítulos siguientes:



Más adelante dirá el dicho Duque como después de despachado al dicho mosen Berenguer y esperando tiempo para partir, con las galeras ha venido una fusta de Sicilia por la cual el dicho Señor ha recibido cartas de la Señora Reina su mujer y de todos los estamentos de sus reinos y tierras de la parte de allá, avisándole como el bastardo de Borbón, Poton de Contralla y Rodrigo de Villandran capitanes de gentes de armas, se habían acercado á las fronteras de Cataluña con deliberación de entrar con la dicha gente y damnificar aquel principado, y realmente han intentado escalar una tierra á cuatro millas de Perpiñan y combatir el castillo y lugar de Salces, los cuales son del dicho Señor, en el condado del Rosellón. Y como por la gracia de Dios, su propósito no ha tenido efecto y la dicha gente se ha alejado de aquellas fronteras, con todo hay avisos de que entiende en este invierno recogerse cerca de allí, y en la primavera volver á intentar su mal propósito. Y por esto suplican con grandísima instancia al dicho Señor que acto contínuo quiera partir é ir á la parte de allá en defensa de aquella tierra, la cual por su tan larga ausencia podría correr algún peligro. El dicho señor, tanto por el interés del dicho ilustre Duque, cuanto por el suyo propio en los negocios de la parte de acá y de esta empresa, les ha respondido animándoles lo mejor que le ha sido posible, declarándoles, empero, que al presente al dicho señor no le es posible de poder partir de la parte de acá. Cree bien el dicho Señor que estas cosas se hacen por inventiva y tratos del Duque Renato, para hacer desistir al dicho Señor de esta empresa. Y que si prestamente de aquella no se sigue la conclusión deseada, será raro el que no se sigan grandes estorbos y dilaciones respecto de los negocios del dicho ilustre Duque y del dicho Señor. Por esto el dicho Señor le ha querido avisar de todo, rogándole que, á tenor de la firme esperanza que en él tiene, quiera en este verano que el dicho Señor pueda llegar al fin y á la buena conclusión de la dicha empresa; pues de otra suerte si los franceses entraran en Cataluña, el dicho Señor no podría escusar su ida, y los negocios de la parte de acá quedarían en gran peligro, ó tendría que darse á partido respecto de ellos; por lo cual quiere que de todo sea avisado el dicho Duque y que diga al dicho mosen Berenguer su parecer.



Además le dirá como se ha apersonado Marcobello, enviado por el ilustre Duque, con el dicho Señor con diversas cartas, entre las cuales hay una credencial, y sobre lo que en virtud de aquella le ha esplicado, el dicho Señor muy en breve entiende despacharlo. En cuanto á las cosas que el dicho Duque le ha comunicado en las otras cartas, esto es, de escribir á Basilea á sus embajadores que tengan buena inteligencia con los embajadores del dicho Duque, y que no acepten embajadas algunas, el dicho Señor por diversas cartas les ha enviado instrucciones sobre esto y de presente les escribe y escribirá continuamente, previniéndoles que se guarden de aceptar embajadas. Y mandando á su limosnero que le quiera avisar si algunas diferencias hay entre sus embajadores y por culpa de quien se siguen. Al obispo de Vich, el dicho Señor escribe que, vista la presente, cese en toda diferencia que haya con los demás embajadores suyos y se pongan de acuerdo con ellos y siga la opinión de los mismos ó más verdaderamente del dicho Señor. Y si á esto no quisiera dar lugar, que se venga acto contínuo y parta del Concilio. En los negocios de micer Gisperto Pardo y de mosen Juan de Pau no entiende en su justicia que les sea innovado nada. De la provisión hecha á Luis de Roma el dicho Señor ha tenido gran placer y entiende favorecerlo en todo lo que pueda para que tenga posesión de aquella. Entiende el dicho Señor despachar prestísimamente cierta persona con plena potestad al conde Francisco, á fin de que mientras Francisco Landria (Landriano) trasmitido al dicho conde por el dicho Duque se halle allí, de igual modo se halle también la persona que se ha de transmitir por parte del dicho Señor.

En lo tocante á Francisco Piccinino, el dicho Señor vería con gusto, en razón á que tiene bastante gente, según se ha dicho ya, que el dicho Francisco Piccinino permanezca del lado de allá fuera del Reino, puesto que allá puede dar más fruto. Pero si el Duque lo quisiera enteramente, el dicho Señor tiene á bien tenerlo á medio sueldo ó estipendio é instar su venida á este Reino y al servicio del dicho Señor, y por tanto transmitirá cierta persona de su parte.

Estas adiciones traen fecha 11 Diciembre del año 1438. (1)

(1) Vid Apéndices. XXV.





CAPÍTULO XXXIV

SUMARIO

(Año 1438). — Graves conflictos para la Iglesia. — Bula de Eugenio IV convocando el Concilio en Ferrara. — Decretos de la trigésima primera sesión de los PP. de Basilea. — Segunda sesión de Ferrara presidida por el Papa en la que se declaran sediciosos y nulos los acuerdos de Basilea. — Contestación de los rebeldes. — Llega á Venecia el Emperador griego Juan Manuel Paleólogo. — Personajes que le acompañaron. — Su entrada en Ferrara. — Condiciones concertadas con el Patriarca de Constantinopla. — Puntos á discutir entre latinos y griegos. — Cuestión sobre la presidencia entre el Papa y el Emperador. — Primera sesión del Concilio de Ferrara. — Aplazamientos. — Conferencias privadas entre doctores griegos y latinos. — Terquedad de los de Basilea. — Segunda sesión de Ferrara. — Bessarion y Marco de Efeso. — Discurso de Andrés de Rhodas sobre la procesión del Espíritu Santo. — Argumentos de Bessarion y del Cardenal Julián. — Se presentan al Concilio los embajadores del Duque de Borgoña. — Don Alfonso manda al Concilio de Basilea como embajador especial al obispo de Vich, Jorge de Ornós. —Conducta del Duque de Milán respecto del Papa y en favor de los de Basilea. — Toma de Bolonia y otras tierras de la Iglesia por Nicolás de Piccinino.

GRAVÍSIMOS fueron los acontecimientos que en el orden eclesiástico tuvieron lugar durante el año de 1438. La esposa de Jesucristo hubo de presenciar un espectáculo destinado á desgarrar su amoroso y sensible pecho.

Estando Eugenio IV en Bolonia, expidió el día primero del citado año una bula que venía á ser como la contestación á lo decretado por los padres de Basilea en su sesión vigésima nona. En ella decía que después de haber transferido el Concilio á Ferrara, por razones todas ellas muy justas y valederas, había sabido á favor de un pretendido monitorio ó citación contra de él y contra de sus cardenales y prelados, que los padres



de Basilea persistían en sus designios, y para privarles de una resolución tan perjudicial á la unión de las dos iglesias, declaraba de nuevo, con el consentimiento del Sacro Colegio, que el Concilio se habia de trasladar á Ferrara donde se inauguraría el día 8 de Febrero [1], mandando á todos los que tuviesen derecho de asistir á él que acudiesen á esta última ciudad, bajo pena de incurrir en la indignación de Dios y de los apóstoles San Pedro y San Pablo.

Algunos padres de Basilea y entre ellos el cardenal Julián, obedecieron la intimación trasladándose á Ferrara, y el día ocho de Febrero se tuvo la primera sesión, siendo presidente Nicolás Albergati, cardenal de Santa Cruz, á quien Eugenio IV había nombrado para dicho cargo. En ella se hizo la declaración de que la traslación del Concilio era canónica y sus tareas legítimas, que todo lo que se hiciese en Basilea se consideraría nulo, excepto lo que tendiese á la sumisión de los bohemios, y que, en fin, todos quedaban absueltos del juramento prestado en el seno de aquella asamblea [2].

(1) En realidad el Concilio patrocinado por el Papa, empezó el dia 8 de Febrero de 1438 en Ferrara y terminó en dicha ciudad el 10 de Enero de 1439; continuó en Florencia desde el 18 de Febrero de 1439 hasta el 26 de Abril de 1442; fué prorrogado en Roma hasta el 4 de Agosto de 1445 en cuya fecha se disolvió definitivamente.

(2) Hoy es muy completo el estudio bibliográfico del Concilio Ferrariense-Florentino Lateranense. La fuente bibliográfica más importante la forman las *Acta Græca* que Vast atribuye al cardenal Bessarion. Han sido publicadas en las colecciones de Concilios de Labbe, t. XIII; de Hardouin, t. IX y de Mansi, t. XXXI. Viene luego la Historia del Concilio por Silvestre Syropulos, gran eclesiarco, la cual fué traducida al latin por el inglés Roberto Creygton con este título: *Historia vera Unionis non veræ inter Græcos et Latinos*, impresa en La Haya. Esta historia, como revela su título, es contraria á la unión. Los latinos tienen también su historia formada á favor de las notas recogidas y redactadas por Andrés de Santa Cruz, patricio romano y abogado pontificio. Estas notas fueron publicadas en forma de diálogo entre Andrés de Santa Cruz y su amigo Luis Pontano. Léense en la colección de Labbe t. XIII col. 825 y siguientes. Hay además un resúmen de las discusiones y de los actos del Concilio, escrito á fines del siglo XV por Agustin Patricio, canónigo de Sena; su título es este: *Summa concilii Florentini*. Esta obra fué publicada por primera vez en 1480. Figura en Labbe t. XIII co. 1498 y siguientes. La Historia eclesiástica de Fleury trata muy extensamente del Concilio de Florencia y según Vast esta parte es debida á Fabre, del Oratorio, continuador de Fleury. Su espíritu es marcadamenle jansenista. Hay que citar la historia del concilio de Florencia que figura en la Historia de la Iglesia católica del abate Rohrbacher, t. XXI. Esta está calcada en la tradición del Vaticano consignada en Andrés de Santa Cruz. También puede consultarse la Historia de los concilios de Héfélé escrita en alemán y traducida últimamente por el abate Delarc; su criterio es favorable al Papa. El protestante Fromman, M. Wolfgang von Göthe y el P. Cecconi también se han ocupado de dicho Concilio. Para completar estas noticias bibliográficas debemos hacer mención de un libro publicado en 1878 en Paris que se intitula «*Le Cardinal Bessarion (1403-1472) Étude sur la chrétienté et la renaissance vers le milieu du XV siècle* par Henri Vast, docteur és lettres, professeur agrége au lycée Fontanes» del cual sacaremos algunas noticias importantes.

Hay también varios trabajos sueltos como la Relación de Marco de Efeso sobre



Los embajadores del emperador y de los reyes continuaron en Basilea y el Rey de Francia llegó hasta á prohibir á todos sus súbditos, bajo penas rigorosas, que fueran á Ferrara so pretexto de asistir al Concilio.

Los de Basilea, firmes en el propósito que les animaba, acrecentaron su dureza y persistieron en la rebeldía. El día 24 de Enero celebraron su trigésima primera sesión en la cual acordaron dos decretos sobre disciplina eclesiástica que tendían decididamente á restringir las facultades de la Santa Sede. El uno tenía por objeto la instrucción de las causas y el otro las gracias espectativas y la provisión de beneficios. Después de ello en atención á que el Papa Eugenio persistía en su contumacia, le suspendieron de toda jurisdicción tanto espiritual como temporal, que asumieron ellos; declararon nulo todo lo que ejecutase en adelante y prohibieron, bajo pena de excomunión, el que se le prestase obediencia.

Hé aquí el texto justificativo de la exactitud de nuestro relato:

" In virtute igitur omnipotentis Dei, in cujus nomine hæc sancta synodus congregata extitit, et a quo inmediate potestatem super universos fideles cujuscumque dignitatis, etiam si papalis existant, (ut præmissum est) accepit, eadem sancta synodus prædictum dominum Eugenium Papam quartum, manifestum contumacem et in aperta rebellione persistentem, ac notoriè incorregibiliter atque Eclesiam Dei scandalizantem, omnibus præmissis tam conjunctim quám divisim attentis, ab omni administratione papatus in spiritualibus et temporalibus suspendit, ac suspensus esse declarat, processura tandem ad ulteriora usque ad sententiam finalem inclusivé si opus fuerit, ipso domino Eugenio amplius non vocato, prout utilitati et necessitati Eclesiæ, Spiritu Sancto dictante, conspexerit ex-

el Concilio de Florencia, publicada por Migne t. CLIX col. 1049 á 1060. El discurso apologético de Juan Plusiademe contra Marco de Efeso que figura en Migne, t. CLIX col. 1024 y siguientes. La carta de Besarion á Alejo Láscaris Philantrapino, que tambièn se lee en Migne, t. CLXI col. 319 á 407. « Oratio dogmatica sive de Unione quam Græce habitam Bessario ipse postmadum fecit Latinam.» Se halla en Migne t. CLXI col. 543-612. La carta de Marco de Efeso á Jorge Scolario. (Migne CLX. col. 1069.)

Se comprende que por nuestra parte, teniendo solo que tocar incidentalmente el Concilio de Florencia, hayamos prescindido de la mayor parte de estos importantisimos trabajos que tuvo á la vista el citado Vast.



pedire. Omnem antem ipsins papatus administrationem in his omnibus, quæ in spiritualibus et temporalibus ad solum Papam et Sedem Apostolicam de jure pertinere noscuntur, eadem sancta synodus ad se ipsam decernit ac declarat esse devolutam, ne propter gubernationis defectum, Ecclesia interim varia discrimina pati possit, decernens irritum et inane quicquid durante hac suspensione, per ipsum dominum Eugenium ratione papatus factum fuerit vel attentaturum. Omnes quoque reges, principes, communitates et alios quoscumque cujusvis et dignitalis existant, hæc sancta synodus monet et requirit et eidem in virtute sanctæ obedientiæ et sub divini obstellatione judici mandat, ecclesiasticis vero personis quacunque dignitate, etiam, si Cardinalatus, patriarchali ant pontificali prefulgeant, sub pœnis qua; ipso facto incurrant excomunicationis et suspensionis ab omnibus dignitatibus, et beneficiis es officiis, quocumque nomine nuncupentur, etiam si forent metropolitanæ aut catedrales ecclesiæ, sive in titulum, sibi in comendam obtineant. Vicariis autem, gubernatoribus, vassallis, feudatariis, et subditis Romanæ Ecclesiæ sub pœna privationis ipso facto omnium feudorum et aliorum quorumcumque jurium et privilegiorum quæ ab ipsa Romana Ecclesia obtinent; districté præcipit, ut durante hac suspentione, prætextu cujusvis juramenti subjectionis aut promissæ fidelitatis, eidem domino Eugenio nullatenus obediant. „ (1)

Presidía entonces el Concilio de Basilea el Cardenal Luis Alleman del título de Santa Cecilia, conocido más generalmente con el nombre de Cardenal de Arles, y fué él quien tuvo mucha mano en la toma de tan graves resoluciones y en la expedición del documento apuntado.

El Papa que había llegado el dia 27 de Enero á Ferrara presidió una congregación que tuvo lugar el día 8 de Febrero á la que asistieron todos los cardenales, obispos y doctores que habían acudido á dicha ciudad. En ella se manifestó quejoso de los padres de Basilea y declaró que se hallaba tranquilo en su inocencia; pero que si él ó los suyos se encontrasen culpables de algunas faltas, se sometería gustoso á la corrección de los padres.

(1) Véase el acta de la sesión XXXI en la Colección citada t. IV p.ª 510.



El dia 10 del propio mes se celebró una nueva congregación en que se trató de los reglamentos.

Cuatro días después el Concilio de Ferrara tenía su segunda sesión bajo la presidencia del Papa. Asistieron á ella, según Justiniani, setenta y dos padres, leyéndose el decreto en que se declaraban sediciosos y nulos los acuerdos de los de Basilea, conminando con la pena de excomunión y con la de privación de los oficios y dignidades á todos los que continuasen en aquella asamblea. En iguales penas se declaraban incursos todos los que estaban en dicha ciudad con motivo del concilio, sino salían de ella dentro el plazo de treinta días; ordenábase á los magistrados y oficiales, bajo pena de excomunión y á los vecinos, bajo la de entredicho, que les arrojasen en cuanto hubiese expirado aquel lapso; prohibiendo, bajo igual pena, llevar á Basilea ninguna mercaúcía ni cosa alguna necesaria á los usos de la vida, si los del Concilio persistían en su tenacidad.

En cambio, con fecha 25 de Marzo, los que así se veían tratados, redactaron una contestación sinodal contra los de Ferrara, negando que el Papa hubiese podido disolver el Concilio por segunda vez y manifestando que así como no había más que una Iglesia, no podía haber más que un Concilio, y que mientras el de Basilea subsistiese, cualquiera otra reunión que quisiese tomar igual carácter, no podría ser más que un conventículo de cismáticos.

El texto que justifica esta parte de nuestro relato se halla en la misiva intitulada “ *Responsio synodalis ad fundamenta et rationes primæ et secundæ sessionum conventiculi Ferrariensis, ostendens quod Papa erigendo ipsum conventiculum, introduxit schisma in Ecclesia Dei.* ”

Varios son los párrafos notables que podríamos entresacar pero nos limitaremos á los siguientes:

“ Conspiciant igitur illi qui Ferrariæ convenerunt, veritatem rerum, et de ipsa melius se informent ne suarum prætensarum sessionum in divisionem Ecclesiæ tam inania jaciant fundamenta, quæ nec ullum colorem talia faciendi sibi afferre potuerunt. Præterea adjecerunt, quod schisma venturum pertimescebant et impedimentum unionis Grecorum. O mirandam allegationem, schisma se timere dicentes, realiter schisma gra-



vissimum perpetrarunt, aliud Concilium contra istud erigere volentes, quasi altare contra altare ponentes: actu etiam perturbando quæcumque cum Græcis fuerat concordata. - [1]

El Concilio de Basilea, enterado de lo que se había hecho en las dos primeras sesiones del de Ferrara y viendo que su respuesta sínodal no había detenido al Papa Eugenio, tuvo la sesión trigésima segunda el día 24 de Marzo en la que casó la asamblea de Ferrara como cismática é indigna de llevar el nombre de concilio, anulando todo lo dispuesto por ella contra los ciudadanos de Basilea y declarando que éstos no debían obedecer. También citó á todos los que se hallaban en la asamblea de Ferrara á comparecer en el plazo de un mes ante la congregación general del Concilio, y en fin, excomulgó á todos los que directa ó indirectamente impidieran ó inquietaren á los que pudieran dirijirse á Basilea.

Entre tanto en Venecia se realizaba un acontecimiento mucho más consolador y placentero. El dia 8 de Febrero del mismo año de 1438 llegaba á sus playas el Emperador Juan Manuel Paleólogo con todo su séquito, y al dia siguiente, que fué domingo, verificaba su desembarco en medio de la mayor pompa y alegría. [2] Todas las campanas de las iglesias eran echadas á vuelo, las trompetas y demás instrumentos músicos de la época llenaban el aire de sus sones, el pueblo se agolpaba en la Piazzetta y en la Riva de Schiavoni para presenciar la salida del Dux de su gótico palacio; las góndolas se extendían hasta las islas de Giudecca y de San Jorge y ocupaban todo el extremo oriental del canal grande; el Dux vestido con su hopon de tisú de oro y con su capa de armiño y grana, subía en su embarcación de gala, el Bucentauro, cubierta de terciopelo encarnado; el Senado acompañaba al Dux en doce galeras ricamente empavesadas; todo era júbilo en la Reina del Adriático, porque los orientales, además de ser sus huéspedes, eran también sus ami-

(1) Op. cit. Tom. p.ª 594.

(2) La travesía de los griegos duró desde el 24 de Noviembre de 1437 al 8 de Febrero de 1438. Syropoulos cuenta las peripecias de aquel largo viaje: los dardos y las piedras que les arrojaron los turcos, la desesperación del patriarca enfermo en alta mar, la escursión á caballo hecha por el emperador por el litoral del Peloponeso; las escalas verificadas en Modon y en Corfú; en fin la diputación de Juan Disipato y del mismo Syropoulos con encargo de anunciar la llegada de sus compañeros y de prepararles alojamiento.



gos, atendiendo á que Venecia era, en aquella época, la más griega de todas las ciudades latinas y el pueblo de costumbres más orientales de cuantos á la sazón figuraban en Europa.

La solemne recepción tuvo lugar al pié de San Nicolás del Lido; el emperador recibió los honores sentado en un trono que se había erigido en su galera capitana y al mediodía hizo su entrada solemne por las aguas del canal grande, llevando á su derecha al Dux y á su izquierda al déspota Demetrio. El desembarco tuvo lugar en Rialto en donde se hallaba el palacio del marqués de Montferrato asignado al emperador.

Acompañaban á Juan Manuel, además del citado Demetrio su hermano y del Patriarca de Constantinopla, gran nùmero de metropolitanos, obispos, abades y monges los más sábios de aquella iglesia. Hé aquí los que enumera Justiniani:

Marco Eugenio, monge erutidisimo que acababa de ser elevado á la silla de Efeso, Dionisio Arzobispo de Sardes y Besarion de Nicea, que habían sido elegidos para llevar la palabra en nombre de todos, Doroteo Arzobispo de Trebizonda, Antonio de Heraclea, Metrófanes de Cízico, Macario de Nicomedia, Ignacio de Tornabía, Dositeo de Mónembasia, Doroteo de Mytilena, Joaseph de Amasea, Damián de Muldoblach, Nathanael de Rodas, los arzobispos de Lacedemonia y Stauroplia, Mateo de Melénica, Dositeo de Drama, Gennadio de Ganna, Calixto de Distria, Sofronio de Anchiala con Isidoro Arzobispo de Kiovia, Metropolitano de Rusia; total ventidos prelados de primer orden, todos de sobresaliente mérito.

Entre los de segundo orden figuraban principalmente Teodoro Xantópulo, diácono sacristán mayor de la iglesia de Constantinopla, Miguel Balsanion primer archivero y arcediano de la misma iglesia, Syrópoulos capellán mayor, quien como ya hemos dicho, compuso una historia del Concilio en que iba á tomar parte, Jorge de Capadocia con muchos más sacerdotes de la misma iglesia. Entre los monges se cita á Gregorio confesor del Emperador que fué protosyncelo en Florencia, á Gerónimo Abad del Monasterio del Todopoderoso y á los abades de los monasterios de Cala y de San Basilio, á Moisés monge de la Laura del Sacro Monte, á Pacomio abad de San Pablo, á Doroteo monge de Bacopedia, á Atanasio monge de Periblet, al sa-



bio Gemistio maestro de Besarion y de Marco de Efeso. También debe hacerse mención del filósofo Amerutza, de Jorge Scolario que con otros seglares y con los oficiales del Imperio formaban un total de setecientas personas. Entre los prelados había quienes representaban por poderes á los patriarcas de Alejandría, Antioquía y Jerusalén.

El Papa, enterado de la llegada del Emperador á Venecia, mandó, con la comisión de que le felicitasen, al Cardenal de Santa Cruz Nicolás Albergati y al Marqués de Ferrara Nicolás de Este, quien le ofreció su ciudad y sus estados. El Emperador á su vez comisionó para que pasasen á Ferrara, á saludar de su parte al Papa, á dos abades y tres seglares. Consigna la Historia que de estos comisionados los unos saludaron haciendo una lijera inclinación y los otros doblando la rodilla, habiendo rehusado prosternarse y besar los piés por ser costumbre completamente desconocida entre los griegos.

El 28 de Febrero, el Emperador después de haber recibido toda suerte de honores en Venecia, por la via del Po, se trasladó á Francolino distante como una media legua de Ferrara, y de ahí á esta ciudad, donde fué recibido por el Marqués de Este, por los cardenales y gran número de prelados. La entrada de Juan Manuel Paleólogo fué solemne y magnífica; montaba un soberbio caballo bayo ricamente enjaezado, iba bajo palio, cuyas varas llevaban los hijos y parientes del dicho marqués y multitud de trompetas saludaban por doquiera.

De este modo se dirigió al palacio del Papa, y al llegar á la puerta, todos se apearon escepto él que llegó montado hasta la sala baja. El Papa ocupaba su trono y, al anunciarle al Emperador, descendió las gradas y fué á recibirle hasta la mitad de la estancia. Allí se encontraron los dos, y el Papa, después de abrazarle, le alargó la mano para que se la besase. De allí pasaron á la camara donde Eugenio IV le hizo sentar á su izquierda, y después de terminada la recepción de los cardenales y príncipes, fué conducido con igual pompa que á su llegada al palacio que se le había preparado de antemano.

De este modo se prejuzgaba cautelosamente uno de los puntos llamados á ser objeto de las deliberaciones del Concilio, es decir la cuestión de la primacía. Sobrepuesto por un momento



el Papa al Emperador, la pendiente natural de los hechos llevaba forzosamente á igual superposición en otros momentos y siempre. En esto, después de todo, Roma era lógica: los papas habían visto á sus piés á los emperadores de Occidente en medio de su poderío y grandeza: ¿cómo, pues, habían de considerar preferentemente á un griego débil, gefe de un imperio decadente, amenazado por todas partes y próximo á derrumbarse de puro viejo y cuarteado? Naturalmente resuelta la cuestión de superioridad respecto del Emperador ¿quién había de disputar la de primacia respecto del patriarca? Los patriarcas orientales siempre sumisos á sus emperadores ¿cómo habían de lograr que se declarase su igual al que ponía á su izquierda al emperador en persona?

Tres dias después llegó el patriarca con una parte de los metropolitanos y obispos. Todavía hay que insistir en el estudio del ceremonial convenido, porque ciertamente no carece de importancia. Así lo conoció el mismo patriarca que no dejaba de comprender que en aquel instante podía quedar comprometida su representación y resuelto sin remedio lo que trataba de poner en tela de juicio. Como primera dignidad de la iglesia oriental, en la cual no se admitía la primacia y superioridad del Papa, pretendía tratar con éste de igual á igual, sin más diferencia que la que la edad exigiese. Sobre dos puntos insistió con preferencia: primero, que salieran cardenales á su encuentro, segundo que no se le exigiese besar los piés al Papa. Ambas pretensiones le fueron concedidas; pero en recompensa se le impuso la prohibición de hacer llevar su báculo pastoral y de dar su bendición en Ferrara. Estipulado todo lo dicho, hizo al día siguiente su solemne entrada, llegando rodeado de selecto acompañamiento hasta la puerta del palacio pontificio. Después de atravesar salones y antecámaras fué conducido hasta la cámara secreta, donde el Pontífice le esperaba sentado en un trono muy alto, teniendo á su derecha á los cardenales que estaban en asientos bastante más bajos. A la llegada del patriarca se abrieron las puertas de par en par, dándole ingreso con solo seis de los suyos; entonces, el Papa se levantó para darle el ósculo de paz y bienvenida. Acto contínuo el Pontífice se volvió á sentar y el patriarca, colocado á



su izquierda, hubo de tomar un asiento semejante al de los cardenales. Los seis metropolitanos del séquito fueron admitidos al ósculo de paz y en seguida se colocaron de pié á la izquierda del Patriarca, después de esto los demás orientales fueron entrando sucesivamente. De los sacerdotes unos se inclinaron delante del Papa, y otros le besaron las manos; los laicos se arrodillaron para besar los piés.

La contienda estaba ganada por parte de Roma; la cuestión de primacía del Sumo Pontífice, quedaba resuelta implícita y definitivamente. Todos los argumentos de los oradores del Concilio no habían de poder destruir más adelante la fuerza de aquel hecho consumado. (1)

Después de las recepciones que quedan descritas se empezó á tratar con el Emperador y el Patriarca de la continuación del Concilio. Aquel pretendía que los reyes y príncipes de Europa asistieran á él ó se hicieran representar por medio de embajadores. Para que así pudiese ser, se estipuló que la primera sesión de latinos y griegos reunidos tendría efecto el día 9 de Abril, la cual serviría como para dar fé de la instalación del Concilio y de la avenencia de las dos iglesias; que luego se circularian las invitaciones, y que para dar tiempo á los que habían de ir desde países lejanos, la segunda sesión se celebraría cuatro meses más tarde; que en el entretanto se tendrían congregaciones particulares en las cuales tomarían parte diez y seis padres de los más doctos de cada iglesia, para ir oyendo lo que cada uno tenía que decir sobre los cinco artículos que habían de formar la árdua materia del debate.

Hora es ya de que digamos cuáles eran estos artículos: primero, la procesión del Espíritu Santo; segundo, la adición *Filioque* que se había hecho en el Símbolo; tercero, el purgatorio y el estado de las almas antes del juicio; cuarto, el uso de

(1) Antes de la solemne inauguración de las sesiones hubo de tocarse la cuestión de subsidios. El Papa que no tenía dinero, porque los condottieros infestaban sus estados, propuso socorrer á los griegos en especie, más estos quisieron que el subsidio les fuese dado en metálico. El marqués de Ferrara corrió con el alojamiento y se estipuló que por la manutención el emperador recibiría treinta florines al mes, el patriarca veinticinco, el déspota veinte, cada uno de los prelados cuatro y los familiares tres. Syropoulos dice que el Papa se mostró muy liberal mientras los griegos estuvieron en Venecia; pero que en Ferrara se hizo notar por su avaricia. El 2 de Abril los orientales cobraron 691 florines por un mes de alimentos. El florin valía entonces unas doce pesetas de la actual moneda española.



los ázimos en los santos misterios; quinto, la primacia y la autoridad de la Santa Sede.

En cumplimiento de lo estipulado, el Papa hizo circular las invitaciones á todos los príncipes y obispos, manifestando el deseo de que asistiesen á la fraternal reunión del Oriente con el Occidente y á la formación de un solo rebaño bajo la guía y custodia de un único pastor.

Antes de procederse á la apertura de la primera sesión de las dos iglesias reunidas, hubieron de zanjarse algunas cuestiones de prelación que también se presentaron.

El Papa deseaba que su trono fuese colocado en la parte superior de la iglesia y en medio de dos filas una á derecha y otra á izquierda. El Emperador se oponía formalmente manifestando que aquel lugar era el suyo. Las razones que uno y otro alegaban, no son para que las pasemos en silencio. Fundábase el primero en que él debía representar, como realmente era, el centro y lazo de unión de los opuestos contendientes; apoyábase el segundo en los precedentes históricos, alegando que dicho sitio de honor había sido ocupado por sus antecesores los césares de Oriente; que Constantino lo tuvo en el Concilio de Nicea y que á Marciano se le adjudicó en el de Calcedonia. Al fin se transijió la disidencia; pero, como no podía menos de suceder, Roma ocupó un lugar preferente. Los diplomáticos no dejarían de decir que había pedido lo más, para estar segura de lo menos. Hé aquí cual fué á la postre la colocación que se convino en definitiva. El Papa se colocó en una cátedra elevada en primer lugar de la derecha; un poco más bajo de él, un trono vacante para el Emperador de los latinos; los cardenales, los arzobispos y obispos de Occidente debían venir enseguida. A la izquierda se puso un trono para el Emperador de los griegos frente á frente del del Emperador de los latinos; por bajo de él, la cátedra del Patriarca de Constantinopla, á continuación el escaño de los vicarios de los demás patriarcas é inmediatamente después los asientos de los arzobispos y demás prelados de Oriente. Nadie quedaba equiparado con el Papa que resultaba antes, por encima y á la derecha del Emperador latino; al paso que el Patriarca quedaba después y debajo del Emperador de los griegos. En el lugar de la presidencia se



colocó, con laudable acuerdo é insiguiendo respetables precedentes, el libro de los Santos Evangelios.

Realmente el día 9 de Abril se verificó la sesión del Concilio en que por primera vez, después del cisma, aparecían congregados los padres del Occidente con los del Oriente, siguiendo en todo las formas préviamente convenidas.

Así que terminó la misa del Espíritu Santo, el Emperador de los griegos con sus prelados, que la habían oido separadamente á tenor de su rito, entraron en la iglesia y toda la asamblea se puso de pié en honor de ellos. (1) Hízose la solemne declaración de que el Concilio ecuménico quedaba inaugurado en Ferrara y de que se señalaba un plazo de cuatro meses á todos los que debiesen asistir á él. Leyóse asimismo una declaración del Patriarca de Constantinopla, ausente de la sesión á causa de sus achaques, en la cual aprobaba la convocatoria del Concilio en Ferrara y consentía en que se diese un plazo de cuatro meses para que pudiesen asistir los padres que se hallaban en Basilea, así como los reyes y príncipes de Occidente por si ó por sus embajadores. Por último un obispo subió á la tribuna y publicó la bula del Papa en la cual declaraba, con el consentimiento del Emperador, del Patriarca y de todos los los prelados reunidos en Ferrara, que iba á celebrar el concilio general para la unión de las dos iglesias. Así terminó la sesión de aquel día.

Seis meses, en vez de cuatro, transcurrieron antes no se verificó la siguiente y apesar de tan dilatado intérvalo, fueron pocos más los padres que comparecieron; puesto que los reyes de Francia, de Castilla, de Portugal y de Navarra, el Duque de Milán y los príncipes de Alemania trataban de reconciliar

(1) El autor de las Actas griegas relata el brillo de aquella solemnidad. Fué, dice, un espectáculo á la vez imponente y admirable. El templo parecía un Paraiso. Todos los prelados vestían el traje de ceremonia. El emperador y su hermano llevaban un rozagante ropon de púrpura: cerca de él estaban algunos cortesanos nobles vistiendo sus uniformes palatinos; los mandatarios del déspota de Servia, del emperador de Trebizonda y del rey de Iberia se distinguían por sus vestidos del resto de los prelados; los dos apocrisiarios de los príncipes de Valaquia ostentaban un traje de seda encarnada guarnecido de pieles grises; los patriarcas, arzobispos y obispos llevaban una capa color azul subido listada de blanco y rojo y un pectoral con reliquias; los abades y los monjes iban de hábito gris y los del clero secular de larga túnica negra. Todos estos ricos trajes multicolores formaban un espectáculo variadísimo y por todo extremo agradable á la vista, y daban á los prelados griegos, con su lüenga barga, un aire respetable y magestuoso.



los padres de Basilea con el Papa Eugenio, absteniéndose de tomar resolución alguna en tanto que estuvieran pendientes las negociaciones para el logro del objeto apetecido. El Papa sentía tanto más tales dilaciones, cuanto que los griegos no querían reanudar las sesiones hasta que hubiese un número considerable de prelados.

Para no malgastar el tiempo, tuvo la idea de que se celebrasen conferencias en el monasterio de San Andrés. Por parte de los griegos fueron delegados Marco Eugenio de Efeso, y los obispos de Monembasia, Nicea, Lacedemonia y Anchiala con el archivero y el capellán mayor, dos abades y un monge á los cuales quiso el emperador que se uniera Fagaris. Los latinos diputaron al cardenal Julián, al cardenal de Fermo, á Andrés obispo de Rhodas, á Juan (¿ Torquemada?) doctor de España, y otros seis más. Marco de Efeso y Besarion de Nicea fueron los oradores que llevaron la voz en nombre de los suyos.

En estas conferencias á vueltas de algunos discursos enderezados á poner de relieve las ventajas de la unión, se trató del punto referente al purgatorio, habiendo expuesto el cardenal Julián, á ruego de los griegos, cual era la doctrina romana tocante á esta materia. Marco de Efeso expuso la oriental viéndose que solo difería en la inferioridad de los tormentos, (1) siendo idéntica en los medios de sacar las almas de aquel lugar de expiación. En vista de esto los latinos pidieron á Marco y Besarion una exposición escrita de su creencia. Por desgracia aquellos dos prelados no pudieron ponerse de acuerdo respecto de un punto importante; tal fué el de la beatitud, pues el primero estaba persuadido que no se realizaría hasta el día del juicio, al paso que el segundo creía que los santos la gozan ya, por más que deberán perfeccionarse al tener de nuevo sus cuerpos, cuando la resurrección de la carne.

Escasos fueron los frutos de estas conferencias prévias, las cuales tuvieron que suspenderse para dar lugar á la segunda congregación sínodal que se celebró el día 8 de Octubre.

(1) El señor Castelar (Vid. *Revolución religiosa* T. I. p.ª 339) escribe: «creian los latinos en el purgatorio y no creian los griegos ó por lo menos dudaban.» Por lo que acabamos de exponer se vé que dicho autor se equivoca. Los griegos ni dejaban de creer en el purgatorio, ni abrigaban dudas acerca de la existencia de este lugar de expiación. En lo único que disentian de los latinos era en la índole de las penas.



Poca mella hicieron en los padres del concilio de Basilea las comunicaciones que se les dirigieron, pues aparte de que la generalidad continuó asistiendo á las sesiones del mismo, en el intérvalo transcurido desde 9 de Abril á 8 de Octubre continuaron el proceso del Papa, desoyendo los ruegos de los embajadores de los reyes de Castilla y Aragón y del Duque de Milán y más tarde del Rey de Francia, los cuales pedían el sobreseimiento, y también contra el parecer de los prelados españoles é italianos que apoyaron la petición de los embajadores. Tan lejos estaba del ánimo de la mayoría de dichos padres acceder á tal demanda, que en una congregación general tenida en el mes de Agosto declararon incursos en las penas señaladas por el Concilio á todos los que estuviesen en Ferrara ó en adelante fueran á dicha ciudad, á reunirse con el Papa bajo pretexto del Concilio.

No era ciertamente del agrado de los griegos tan tenaz y sistemático desvío, pero se consolaban con la idea de hacer prevalecer sus creencias á favor de la ausencia de nuestros prelados latinos. (1)

Los dos primeros puntos puestos sobre el tapete fueron· primero, si era lícito añadir algo al símbolo; segundo, si la adición *Filioque* era conforme á la piedad y si podía sostenerse.

Los griegos ponían en tela de juicio la ortodoxia de esta doctrina y los mejores teólogos de ambas partes rompieron sus primeras lanzas en esta altísima controversia.

Hacía de intérprete Nicolás Secundino de Negroponto quien vertía instantáneamente en latin cuanto decían los griegos y viceversa.

Descollaban entre estos Besarion y Marco de Efeso, ambos discípulos de Gemistio, entre los cuales bien pronto se indicó un mal oculto dualismo, que andando el tiempo se hizo claro

(1) Syropoulos refiere la vida de Ferrara en aquel período de espera. Dice que el cardenal Julián empezó á dar una série de banquetes oficiales á los padres griegos con el objeto de ver si el trato y la buena amistad iría suavizando asperezas; también dice que el emperador entretenía su ociosidad entregándose á los placeres cinegéticos, en perjuicio de los labradores de las cercanías que más de una vez tuvieron que quejarse al marqués de Ferrara. Da cuenta igualmente del desarrollo de la peste de la cual fué víctima la mayor parte de los acompañantes de Isidoro de Rusia, no menos que Dionisio de Sardes vicario del patriarca de Jerusalen. En vista de los peligros y dilaciones muchos orientales trataron de escaparse de Ferrara, viéndose obligado el emperador á tomar algunas medidas coercitivas. (Vid. Vast. loc. cit.)



como la luz. Besarion, representaba la paz, la concordia, la dulzura, el deseo de conciliarlo y hermanarlo todo, el afán de llegar á una fórmula común, sintética que abarcase lo que en apariencia se presentaba discorde. Marco de Efeso al contrario, representaba la disidencia, la discordia, la inflexible tenacidad, la resolución inquebrantable de no ceder un ápice, ni apartarse en lo más mínimo de sus arraigadas é inmutables creencias, la convicción de que no hay términos medios entre lo que por naturaleza es antitético y contradictorio. Así pues el primer discurso de Besarion fué dedicado á poner de relieve las ventajas de la paz y á mostrar su corazón lleno de la dulce esperanza de conseguirla para las dos iglesias providencialmente congregadas. Marco de Efeso empleó sus primeras palabras en hacer recriminaciones y formular cargos, diciendo que la iglesia latina entonces tan deseosa de la paz, la había echado en olvido en ocasiones pasadas. Cuando se le habló de discutir, pidió que se empezara por afirmar, y á los que le hablaban de interpretaciones contestaba que antes que todo quería textos.

El Concilio deferente con la pretensión de Marco de Efeso hizo que se leyera cuanto deseaba. Dióse en efecto lectura de los símbolos de los dos primeros Concilios generales, de la fé de los trescientos diez y ocho padres reunidos en Nicea y la prohibición formulada por el Concilio de Efeso de añadir cosa alguna al símbolo. Marco expuso sus reflexiones sobre dicha prohibición, confirmándola con los testimonios de San Cirilo y del Papa Celestino. Hizo leer enseguida las definiciones del Concilio de Calcedonia, ó sea del IV ecuménico, así como las del V, VI y VII, haciendo ver que ninguno de estos se había permitido añadir una palabra al símbolo, de cuya circunstancia sacó gran partido, insistiendo más especialmente en el último de los citados ó sea en el segundo de Nicea.

Exhibióse un manuscrito muy antiguo de cuyo texto resultaba que el Concilio séptimo había declarado que el Espíritu Santo procede del Hijo. Los griegos lo calificaron de apócrifo, fundándose en que hasta entonces la iglesia latina no había hecho mención de él.

Los occidentales comprendieron, después del extenso dis-



curso del de Efeso, que había llegado el caso de tratar el fondo de la cuestión y para ello eligieron al docto teólogo al par que orador incansable y fecundísimo, el sabio Andrés de Rhodas. Sin eludir éste la letra de los textos en que se consignaban las prohibiciones, trató de penetrar en su espíritu: dijo que las adiciones vedadas eran aquellas que pervertian el fondo de nuestro credo, no aquellas que lo explicaban y lo hacían más claro, para evitar que su concisión pudiese dar pábulo á las heregías; sentó que la palabra *Filioque* no era realmente adición ni cambio, sinó una explicación de lo que se encierra en un principio más alto, del cual se deduce por una consecuencia necesaria, siempre de conformidad con el Evangelio, que es la fuente y el orígen del símbolo; é hiriendo de frente la materia, demostró que el Espíritu Santo procede del Hijo por medio de las siguientes pruebas: 1.º por el testimonio de los mismos padres griegos, especialmente por el de San Juan Crisóstomo, que dice que el Hijo posee todo lo del padre, escepto la paternidad. 2.º por lo que el Hijo de Dios dijo positivamente según el evangelio de San Juan, cap. XVI, versículo 15: "*Omnia quæcumque habet Pater, mea sunt*," de donde se deduce que si el Padre es el principio del cual procede el Espíritu Santo, el Hijo es también necesariamente el mismo principio. Consultando la historia de los concilios, puso de relieve que los ejemplos dados por ellos autorizaban la explicación, alegando lo hecho por el segundo que añadió bastante al símbolo de Nicea, apesar de la prohibición hecha por los padres de este último; renovada más tarde por los que se reunieron en Efeso. Citó varios pasages de los padres griegos, de los cuales se desprendía su creencia de que el Espíritu Santo procede del Padre como del Hijo y se fijó más particularmente en la autoridad de San Cirilo y en la de San Máximo, aún cuando se le objetó que el pasage de este último estaba falsificado; se apoyó asimismo en la autoridad de Tarásito patriarca de Constantinopla y en el antiguo manuscrito del VII concilio en el que figuraba la adición. Sacó partido del silencio de Focio que no había reprochado tal adición á los latinos, y examinando la misma argumentación de Marco de Efeso, encontró que había incurrido en contradicción; puesto que al preguntarle la razón por la cual el tercer conci-



lio había adoptado el símbolo de Nicea, sin hablar del de Constantinopla, se contestó que los dos podían considerarse como uno solo, siendo en el fondo una cosa misma; de suerte que las palabras añadidas al segundo, que es bastante más extenso, eran, en realidad, una explicación de las verdades encerradas de un modo más oscuro en el primero. El de Rhodas terminó con esta conclusión: de la propia manera que los griegos, antes y después del Concilio de Efeso han tenido por conveniente añadir algunas palabras al símbolo que sirvieron como de valla á las heregías nacidas en Oriente, la iglesia latina con el mismo derecho y para los mismos fines ha podido añadir una palabra para hacer frente á las heregías de Occidente.

A decir verdad, Marco de Efeso y Andrés de Rhodas, semejantes á dos claras lumbreras bastantes á desvanecer toda oscuridad agotaron la materia del debate, pues con su perspicaz ingenio, desde el primer momento no dejaron escapar ninguna dificultad sin que le salieran al encuentro y la analizaran puntualmente, de suerte que después de sus peroraciones hubo poco que añadir, y en realidad, se añadió poco.

A Andrés de Rhodas contestó Besarion, quien hizo principalmente hincapié en la terminante prohibición del tercer concilio. Antes de él, dijo, eran lícitas las adiciones; después que él las prohibió, nadie ha estado autorizado para hacerlas. No se opuso á que pudiera explicarse la fé, pero manifestó que no era en el símbolo donde cabían tales explicaciones; significó que no valía la distinción entre adiciones conformes con la fé y contrarias á ella, porque dicho se estaba que el concilio no había de suponer que los venideros añadiesen cosa que no fuese completamente ortodoxa; manifestó que los mismos padres reunidos en Efeso no se atrevieron á añadir la expresión, *madre de Dios*, aunque parecía conveniente y podían considerarla como doctrina contenida en el símbolo. Tratando la cuestión de las prerrogativas de la iglesia de Roma, dijo que no las ignoraba, pero que también sabía cuales eran sus límites y que los que vedaron á la Iglesia universal y al Concilio ecuménico hacer adiciones al símbolo, con más motivo lo vedarían á la iglesia romana.

Andrés de Rhodas replicó inmediatamente.



Las sesiones siguientes se invirtieron en oir á Juan obispo de Forli y al Cardenal Julián, siendo notable el nuevo punto de vista en que el segundo colocó la cuestión.

Para comprenderlo debidamente, puesto que es crítico-histórico y tuvo por objeto esplicar la importancia de la prohibición de los padres de Efeso, bueno será que por nuestra cuenta demos algunos antecedentes respecto de las circunstancias que precedieron y rodearon á dicho Concilio.

Hallábase entonces atribulada la Iglesia por la célebre heregía de Nestorio. Los sectarios de este heresiarca hacían circular un nuevo símbolo de la fé y trataban de cubrirlo de firmas; no habia diligencia que omitiesen, ni seducción que no empleasen: todo el Oriente se hallaba soliviantado y solo la firmeza de carácter de San Cirilo y el apoyo, aunque un tanto tardío, del emperador Teodosio, pudieron salvar de un naufragio inminente la doctrina cristiana. La brecha que se quería abrir en ella había de empezar por la maternidad de María; Nestorio y los suyos querían que solo se la llamase *antropotocos;* mientras que los ortodoxos no quisieron ceder un ápice, firmes en que por la fé era y debía llamarse *teotocos;* el término medio de llamarla *christitocos,* fué rechazado como un lazo tendido á la pureza del dogma y una abdicación de todo punto bochornosa. Los nestorios ó nestorianos, se escudaban en la necesidad de huir del apolinarismo, heregía que años antes había propagado Apolinar, según la cual se negaba la humanidad de Jesucristo diciendo que en el seno de María se había revestido de elementos particulares, creados de la sustancia de Dios y coeternos con el Verbo mismo, de suerte que el sacrificio de la cruz era, según ellos, como un espectáculo fantástico. Obcecados los nestorianos por el temor de esta heregía, la veían en todas partes y acusaban á San Cirilo de haber incurrido en ella en algunas proposiciones de sus anatematismas y sobre todo en una frase que debía glosar más tarde Eutiques, (á saber: *una sola naturaleza del Verbo encarnado.)* En el Concilio de Efeso se presentó un sacerdote destituido en una diócesis de Oriente, por no haber querido firmar un símbolo que difería del de Nicea en lo tocante á la encarnación del Verbo; el Concilio lo examinó y lo atribuyó á Teodoro de Mopsuestia conde-



nándolo como adulteración herética. Entonces y apropósito de lo que acababa de saber, fué cuando dictó el cánon famoso por el cual vedaba componer, hacer firmar, y propagar todo otro símbolo de fé que no fuese el de Nicea, añadir ó quitar cosa alguna de éste bajo pena de deposición para los eclesiásticos y de anatema paro los láicos.

Dados estos antecedentes veamos ahora la argumentación del cardenal Julián. Hizo notar en primer término que el Concilio de Efeso dirigía su prohibición directamente contra Nestorio y los que pudiesen hallarse en su caso, es decir contra los que pudieran incurrir en iguales ó parecidos errores y de ningún modo contra la Iglesia y contra los concilios venideros de cuya rectitud, pureza y eterna ortodoxia no era lícito dudar. Añadió luego que si se discurriese con un criterio tan estrecho y se tomara el canon en un sentido tan literal, resultaría que los padres de Efeso al hablar únicamente del símbolo de Nicea condenaban implícitamente las adiciones hechas al mismo por el concilio de Constantinopla y que, en fin, en Efeso y en Calcedonia solo se había tratado de cortar y combatir las innovaciones perniciosas que es lo mismo que se propusieron San Cirilo y San León. Para concluir apostrofó á Marco de Efeso diciéndole: ¿qué creéis respecto de nuestro dogma? Si es falso no hay modo de incluirlo en el símbolo, ni en nuestras definiciones como parece que pretendéis: si es verdadero no hay inconveniente en que brille en el símbolo, punto el más alto y más digno en que una verdad puede brillar.

Observóse, al concluir el cardenal su elocuente cuanto importante discurso, que fué felicitado y cumplimentado por Besarion. Dedújose de esto que el convencimiento iba labrando ya en el ánimo de los orientales y que bien pronto aquella, al parecer, compacta tenacidad iría cediendo por sí misma, mirando como feliz augurio de la realización de tan dulce y consoladora esperanza el doble comportamiento del candoroso Besarion.

En la sesión inmediata la discusión versó casi exclusivamente sobre crítica histórica. Parece que cuando Chartisco denunció el símbolo nestoriano á los padres congregados en el templo de Santa María de Efeso, para que no se dudase de la





pureza de sus intenciones y de la integridad de su fé, hubo de hacer pública profesión de ella. Con tal motivo leyó un símbolo que apesar de no ser textualmente el de Nicea, no fué rechazado, ni censurado por los padres del concilio. ¿Qué significaba aquel hecho considerado desde el punto de vista de la discusión? Hé aquí lo que se debatió prolijamente por los dos contendientes el cardenal Julián y Marco de Efeso. El primero deducía que el canon del concilio no debía tomarse en sentido estricto; pues los mismos que lo dictaron habían dado una prueba de benignidad á quien había respetado el fondo del símbolo de Nicea, por más que lo hubiera presentado en una forma distinta; al paso que el segundo, pronunciándose en retirada, deseaba saber si en todos los argumentos presentados quería la iglesia latina fundar la pretensión de hacer por sí y ante sí las adiciones que estimase convenientes al credo católico de Nicea.

En la sesión siguiente ocurrió un pique digno de particular mención, pues pinta al vivo el carácter soberbio y altivo que en todas épocas ha distinguido á nuestros vecinos de allende el Pirineo. Llegaron al Concilio los embajadores del Duque de Borgoña, Felipe el bueno, y lo eran tres obispos y un abad: después de haber sido introducidos en la asamblea saludaron según costumbre al Pontífice, besándole la mano derecha y la mejilla, después de lo cual se fueron á sus respectivos asientos sin dar la más pequeña muestra de que hiciesen caso alguno de la presencia del Emperador. Llevó éste tan á mal el irreverente y grosero comportamiento que con él habían tenido, que declaró que si en la sesión inmediata no le tributaban el honor que le correspondía se retiraría del Concilio, quedando rota toda esperanza de unión. El Papa y el Patriarca mediaron en el asunto y al dia siguiente dichos embajadores saludaron á Juan Manuel, si bien que con tanta frialdad y despego, que dieron á entender muy claramente que lo hacían á su pesar. No dejó de advertirlo el Emperador, pero bueno y apacible como era, disimuló en obsequio de la paz.

Continuando la discusión se invirtieron buen número de sesiones en réplicas y contraréplicas por parte de Marco y del cardenal Julián. Este pretendía que se dilucidase el fondo de



la cuestión; que si se reconocía que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo, que quedase el símbolo con la adición que se le había hecho, y que si se reconocía lo contrario se suprimiera lo añadido. Aquél manifestaba que se debía empezar por la supresión, y que si examinado el asunto se viese que los latinos tenían razón, que se consignase solemnemente por medio de una declaración del Concilio.

En tal estado de cosas fué cuando se trató de la traslación del Concilio á Florencia. Alegóse el temor á la peste en cuanto terminara el invierno; pero había también la razón de que casi agotados los recursos pecuniarios de la Santa Sede, los florentinos acudieron en su auxilio ofreciendo un buen subsidio, pero á condición de que la Asamblea se trasladase á orillas del Arno. Los orientales no dejaban de oponer sus dificultades, apoyándose principalmente la mayoría de ellos en las pocas esperanzas de llegar á una avenencia, pues manifestaron que habiendo comprendido que los latinos no estaban dispuestos á retirar la palabra *Filioque* y estando ellos resueltos á no cejar en punto de tanto interés, era claro que con tal disposición en los ánimos, sería tiempo perdido el que se emplease en argumentar en Florencia, como hasta entonces lo había sido empleado en Ferrara.

A tal altura se hallaba la crísis religiosa que estudiamos al terminar el año 1438, ofreciéndonos ocasión de terminar por nuestra parte este ya largo capítulo.

En este mismo año D. Alfonso reforzó su embajada al Concilio de Basilea con el célebre obispo de Vich, Jorge Ornós, que ya hemos visto figuraba en él con el carácter de prelado, el cual, no siendo más que curial, ya había sido su procurador en asuntos delicadísimos cerca del Concilio de Constanza, hombre de una lealtad y fidelidad á toda prueba y á quien se podían encargar los asuntos más delicados. Hemos hallado en los Registros del Archivo de la Corona de Aragón el texto de su poder, así como la carta en que el Rey avisaba á los padres de Basilea el haber hecho el tal nombramiento, cuyos documentos transcribimos. (1)

D. Alfonso no contento con lo dispuesto respecto del obis-

(1) Vid Apéndices. XXVI.



po de Vich y queriendo dar más fuerza y autoridad á los embajadores y prelados suyos en dicha asamblea, no cesaba de escribir á D. Domingo Ram, obispo que había sido de Huesca y luego de Lérida, en donde fué creado cardenal de San Juan y San Pablo, y que en aquella sazón era Arzobispo de Tarragona, para inducirle con palabras melosas y con halagos y adulaciones á abandonar su silla y á trasladarse á orillas del Rhin, con objeto de secundar su política. El P. Villanueva dice que, con maña, supo eludir los reclamos de D. Alfonso y que de esta manera se libró de los compromisos que de otra manera hubiera contraido. Para que se vean las instancias del Rey y las formas que solía usar en tales casos, copiarémos la carta inédita que con fecha 9 de Mayo del año que nos ocupa dirijió á dicho purpurado, la cual figura en el Reg.º 2651 fol. 32 del Archivo de la Corona de Aragón. (1)

En este mismo año de 1438, contra de lo que era de esperar, parece que surgieron algunas diferencias entre los embajadores del Rey en el Concilio, especialmente entre el obispo de Vich y los restantes. D. Alfonso se enteró de ellas por carta que le escribió su limosnero fray Bernardo de Serra, por medio de un fraile de la orden de PP. predicadores, y se apresuró á contestarle acerca de este particular, recomendándole cuán conveniente era que dicho obispo se conformase con lo que los demás representantes suyos, de acuerdo con su real persona, deliberaran seguir. Encargábale que advirtiese al propio obispo que no provocara disidencias, y que no se empeñara en hacer en servicio suyo más que lo que supiera ser la voluntad del Duque de Milán ó más bien lo que á S. M. consultara.

(1) Reverendissime in Christo pater et domine amice nostre carissime. Tandem ex sermonibus quos dilectus noster Guillermus Bartholomei procurator vester nobiscum habuit de vestra ad sacrum Basiliense Concilium profeccione, quam multorum literis jam audieramus, fuimus cerciorati. Qua ex re majorem in modum jucundati sumus. Nam cum sapiencia autoritate atque intelligencia inter ceteros patres qui ibi degunt prestantissimus sitis et habeamini, magnum nimirum circa direccionem Eclesiæ Dei ejusque reformacionem ex hoc vestro accesu Concilium ipsum robur ac firmamentum suscepturum est. — Proinde R. P. V. ex corde precamur ut quemadmodum confidimus dies noctesque ad ea invigilare ac toto spiritu velitis incumbere que ipsius sancte matris Eclesie Dei direccionem ejusque reformacionem tam in capite quam in membris concernunt. In his vero que decus nostrum honorem comoda et gloriam tangere rogamus ita vos habere velitis prout semper fuistis solitus. Hec enim res vobis magnopere nos obligatos efficiet, et ita obligatos ut plus vobis cuiquam reliquis omnibus propterea astricti videamur. Datum in civitate nostra Capue nono die Madii anno á nativitate domini MCCCCXXXVIII.— Rex Alfonsus. — Dirigitur Cardinali Tarraconensi.— Fuit expeditum parva forma.
Reg. 2651. Fol. 32.



Esta carta, cuyo texto insertamos, es de Gaeta á 23 de Diciembre de dicho año. (1)

Si alguien echara de menos en este capítulo las instrucciones reservadas y concretas del Rey á sus embajadores acerca de la línea de conducta que debían seguir en el Concilio y más especialmente en lo que tocaba á la persona del Papa, le recordamos que, según se ha podido ver en el capítulo anterior, sobre todo en las instrucciones dadas á Berenguer Mercader embajador de D. Alfonso cerca del Duque de Milán, no menos que en la carta á fray Bernardo de Serra que antecede, la dirección de los asuntos del Concilio por parte de Aragón y Lombardía corria en aquella sazón á cargo de Felipe María Visconti, quien comunicaba su voluntad ya directamente á nuestros embajadores, ya á los suyos para que la hiciesen saber á los de su aliado, siempre en la seguridad de que la seguirían sumisos á tenor de lo que S. M. les tenía repetidamente previsto. No obstante basta con el texto de las ya citadas instrucciones á Mercader para saber que el Duque de Milán mandaba que se aflojase en la oposición al Papa y que no se apoyase el que se procediera á su deposición, cosa que no hubo de parecer corriente á los legados de Aragón, los cuales debieron manifestárselo así á D. Alfonso, quien no se olvidó de hacérselo presente á su gran amigo. Tal vez la disidencia del obispo de Vich, Jorge Ornós, procedió de que siendo más batallador que sus compañeros, y teniendo más práctica en intrigas y achaques

(1) *Rex Aragonum Sicilie citra et ultra farum etc.*

Religiose vir Conciliarie helemosinarie et orator fidelis nobis sincere dilecti. Religiosus quidam frater ordinis predicatorum paulo ante vestras ad nos literas detulit et qum jam trirremes nostre in ipso abeundi articulo erant et fratrem ipsum nondum expedivimus solum pro responssione ipsarum literarum vestrarum dicimus quemadmodum etiam per literas illustrissimi Ducis Mediolani patris nostri carissimi nobis innotuit quod venerabilis Episcopus Vicensis á vestrum omnium sententia, consecuenter á nostra, plurimum discrepat, nolens id quod nobis et vobis propter nos placet sequi. Utrumque se habeat hoc humeris vestris imponimus, uti per vestras nos literas certiores faciatis interquos sit discidium, et si est cuius culpa proveniat ut ei malo scientes mederi possumus. Advisantes quod ad ipsum Vicensem Episcopum ut vobis et nobis se conformem reddat, et nihil aliud pro nostris serviciis agat quam idquod dictum mediolani ducem velle cognoscet aut potius personaliter ad nos se transferat. Cum igitur mentem nostram et desiderium satis ac super aperuerimus, id solum agente in rebus omnibus quod illustrissimus ipse dux agendum censebit et dicet, pro viribusque laborabitis ut invicem omnes sitis in bona concordia. Id enim est summum servicium quod in presentiarum nobis impendere potestis quidque hos pluris facimus quam si nunc milia ducatorum miteretis. Datum Gaiete die XXIII° decembris anno MCCCCXXXVIII°. — Rex Alfonsus. — Dirigitur Magistro Bernardo Serra.

Reg. N.° 2650, fol. 97.



político-religiosos, por haber asistido al Concilio de Constanza, no quería resignarse á obedecer ciegamente al de Milán y se agitaba de contínuo haciendo causa común con los más encarnizados enemigos de Eugenio IV. Apoyamos esta conjetura en el papel que como adversario del Papa desempeñó, y en la recompensa que más adelante le veremos recibir de manos del antipapa.

Todo lo insinuado lo irá viendo más claro el lector á medida que adelante en la lectura de los acontecimientos sucesivos.

Tratemos ahora de rastrear la actitud de la cancillería milanesa en aquellos dias en sus relaciones con el Papa y con la sacra asamblea.

Por desgracia hoy no existen en los archivos de Milán documentos que arrojen alguna luz acerca de tan delicada materia. En la revolución que tuvo lugar en la capital de Lombardía á la muerte de Felipe Visconti, de la cual daremos cuenta en lugar oportuno, aquellos centros diplomáticos sufrieron mucho y se perdió gran parte del caudal histórico que encerraban. En la colección impresa que nos va sirviendo de guía, no figuran, en el espacio que comprende el año 1438, documentos que hagan referencia á ninguno de los puntos insinuados.

Hay, pues, que acudir á los historiadores del ducado, así como á los del Concilio para suplir el vacío de los archivos.

Hé aquí el resultado de nuestras investigaciones dirigidas en el único sentido posible.

El Duque y el Pontífice siguieron en el año que nos ocupa en la mayor tirantez de relaciones, agriándose todavía más por efecto del brutal y torpe atentado cometido por Nicolás Piccinino, el capitán general y el hombre de más confianza de Felipe María, en los estados de la Iglesia. Ocúpanse de este hecho con gran riqueza de detalles Machiavelli, Ammirato, Sanuto, Rosmini, la Crónica de Bolonia y los Anales Bononienses.

Séanos lícito elegir el relató de Rosmini.

"En este intermedio, dice, Nicolás Piccinino se había retirado á Camurata, lugar entre Forli y Ravena, en donde hubo de fortificarse, mostrando temer las asechanzas del Duque de Milán, y allí permanecía como esperando para moverse que se



le presentase algún honesto partido. Sabía que el Pontífice, obligado por la necesidad, había puesto en posesión de la Romaña, en calidad de vicario suyo, al conde Francisco Sforza y que voluntariamente le habría privado de ella, siempre y cuando lo hubiese podido hacer á mansalva; por cuya cosa, cuando él creyó bien divulgada y acreditada la fama de su resentimiento con el Duque, hizo entender al Pontífice que si le hacía embolsar una buena suma de dinero, á beneficio de la cual pudiera sostenerse en armas, tenía ánimo bastante para conquistar en pró de la Iglesia los estados que el Conde ocupaba, añadiendo que para ello se necesitaban la celeridad y el sigilo, puesto que sabía de buena tinta que el Duque de Milán alimentaba en su ánimo el mismo proyecto, no en favor de la Iglesia, sino para sí, ya que estaría en mejor aptitud después de aquella adquisición para procurar la destrucción de los florentinos. Dió crédito el Pontífice á las palabras de Piccinino, y, apesar de que se le advirtió que desconfiase de él, hizo llegar á sus manos la suma solicitada y por medio de muchas promesas le animó á que acometiera la empresa. Piccinino, después de haber puesto en orden un poderoso ejército, en la misma sazón que su hijo Francisco, asaltada y entrada la ciudad de Spoleto, la entregaba al saqueo, él arrojada ya la careta, acampó bajo los muros de Ravena, que tenía guarnición pontificia, y después de varios asaltos la hubo por capitulación. Vinieron en pos de esta conquista las importantísimas de Bolonia, de Imola, de Forli y de veinte castillos que se tenían por el Papa. Después de esto, uniendo á la traición el ludibrio, el propio Nicolás Piccinino escribió al Pontífice que le había ocupado merecidamente los Estados, para vengarse de que Su Santidad hubiese intentado despojarle de la amistad del Duque y haber luego propalado con sus cartas por toda Italia que lo había conseguido, con infamia del mismo nombre suyo. „

No hay para qué ponderar cuanto sentiría Eugenio IV así el despojo como el escarnio, y cuán grande sería su justo resentimiento del Duque de Milán al saber que éste no solo se hacía solidario de las rapiñas de su generalísimo, si no también que ya había dispuesto de ellas aún antes que se efectuasen.

Nuestro Juan de Segovia en su obra, hasta hace muy poco



tiempo inédita, refiere extensamente las proposiciones hechas á la sacra asamblea por Felipe María á propósito de las tropelías que había tramado con Piccinino.

Al reseñar los actos del Concilio en el año 1438, nos dice que el Duque de Milán tenía de embajador en Basilea á Francisco de Barbaria á quien escuchaban no solo los demás embajadores de dicho príncipe, sinó también los del Rey de Aragón. Añade que habiéndose encargado á unos y á otros que consultaran en secreto á sus señores respecto de lo que procedía hacer con el Papa, no se dijo por de pronto lo que opinaba el Rey de Aragón, á causa de hallarse más lejos y ocupado en sus cosas del reino de Nápoles; pero que el Duque de Milán interpuso protesta, por medio del susodido Francisco de Barbaria, afirmando que su intención era que no se pasase más allá en contra del Papa y que los padres debían contentarse con la sola suspensión. Refiere luego como el día veinte de Mayo comenzaron los ataques de Piccinino contra las plazas de los Estados de la Iglesia, y prosigue su relato en un todo conforme con lo que hemos transcrito de Rosmini, añadiendo que aquel caudillo habia protestado y notificado á Su Santidad que en adelante se declaraba enemigo suyo y que haría en su daño, directa ó indirectamente, cuanto le fuera posible, aunque siempre en beneficio del Estado de la Santa madre Iglesia. En el mismo día veinte de Mayo en que se tomó Bolonia, dice que llegó á Basilea Isidoro de Rosale enviado del Duque, quien en unión de Francisco de Barbaria, después de entregar sus credenciales é instrucciones, que tenían la fecha del día doce, expusieron á los padres que formaban la comisión de los doce, que el duque había celebrado un tratado para que Bolonia y muchas tierras de la Iglesia se entregaran á manos del Concilio y que convenía para la administración de aquella ciudad y de otras tierras de la Iglesia que el Concilio nombrara legado suyo al cardenal Orsini, en aquellos dias residente fuera de la cura pontificia, por hallarse descontento del Papa. Sobre esto hubo grande discusión, por si acaso dicho purpurado obrara y pensara de otra manera, y porque no se creía de él que fuese favorable, como parecía, á la autoridad que los padres sostenían en pró de los coneilios generales. Apesar de todo se con-



cedió facultad plenísima de legación *á latere* á dicho cardenal de Orsini en letras en las cuales se marcaba el juramento que había de prestar, antes de entrar en el goce de dicha legación. Por este juramento debía comprometerse á ser siempre fiel y obediente á la Iglesia universal, al concilio general de Basilea lejítimamente congregado, representante de la misma Iglesia general á acatar y defender los mandatos y ordenes publicados y que en adelante publicase, y á procurar que por otros fuesen acatados y defendidos, entendiendo que estos mandatos y órdenes habían de partir de todo el santo sínodo ó bien de su mayoría, sin apelar á ninguna ficción de derecho; también debía jurar que las ciudades y otros lugares que iban á formar su legación las recibía para gobernarlas en nombre del mismo concilio y no de ninguna otra persona, aunque estuviera revestida de la dignidad pontificia ó imperial; así como que solo al santo sínodo ó quien éste le enviase, legítimamente y suficientemente autorizado con su mandato y beneplácito otorgado libre y espontáneamente, daría y restituiría dichas ciudades y lugares pura y simplemente y de buena fé; que no procuraría directa ni indirectamente que pasasen á manos de otro, de cualquier modo que fuese, sin el mandato de la sacra asamblea; que recibiría y haría recibir en nombre del Concilio los juramentos que solían prestarse por los oficiales y guarniciones de los castillos, y que hablaría en el nombre del mismo en los pregones, bandos y actos análogos; que recibiría el dinero y las rentas que recaudara el tesorero y demás oficiales que el Papa solía nombrar y que en adelante nombraría el Concilio; reservándose únicamente quinientos ducados por sus gastos; y que haría entrega del resto con la debida presteza á la sacra asamblea. Con tales cláusulas de juramento, el Concilio formuló su bula y entregó las letras al mismo delegado del Duque. Pero según se había sospechado, así sucedió, es decir que la forma del juramento no fué del agrado de este último, pues no le pareció bien que los padres pusieran las condiciones que habían estimado oportunas para su seguridad. En realidad estas cosas llegaron á noticia del duque al tiempo en que ya había muerto el cardenal de Orsini, por lo cual hizo inquirir si el Concilio constituiría en legados á los cardenales de Santa Cruz y de



Santa Sabina, ambos igualmente estimados por los padres, y si en tal caso se moderaría ó se abandonaría en todas sus partes la predicha forma de juramento, consignando que confiaba en que los cardenales se conducirían fielmente y en bien de la Iglesia; y manifestando que en el caso de que defraudaran su opinión y confianza, que él iría contra de ellos y les quitaría las tierras de la Iglesia. El susodicho Francisco expuso también que era tanta la liberalidad y fé de su Señor, que si el Concilio le escribía poniéndolo todo bajo la salvaguardia de su sinceridad, religión y magnificencia, que entonces los asuntos prosperarían, y que esto sería mejor que atar demasiado por medio de juramentos. Que por lo demás los padres debían confiar mucho en la circunspección de los referidos purpurados, no menos que en la del duque, puesto que se hallaban sobre el terreno y podrían conocer mejor las cosas que los padres que se hallaban bastante lejos, y que por lo tanto bastaba darles el encargo y estar á la conciencia de los predichos para que en todo procedieran según les pareciera convenir al servicio de Dios, á la utilidad del Concilio de Basilea y de la Iglesia universal. Los padres que formaban la comisión de los doce fueron de parecer que, puesto que era costumbre conferir las legaciones mediante juramento, no se debía dispensar de aquella forma de él únicamente ordenada en una congregación general y con tal requisito fueron entregadas las letras para los dichos dos cardenales de Santa Cruz y de Santa Sabina.

Queda, pues, fijada con esto la actitud de Felipe María Visconti, actitud hostil al Papa, falaz en sus procedimientos, rereservándose siempre un cabo de cuerda para burlar la confianza que pudiera depositar en él el Concilio, é intentando seguir con la sacra asamblea análogos procedimientos que los empleados con el Rey y con Renato, con Piccinino y con Sforza, con genoveses, florentinos y venecianos.







CAPÍTULO XXXV

SUMARIO

(1439). — El Concilio se traslada á Florencia. — Cuantiosos dispendios por los griegos. — Intervención del Emperador. — Juan de Ragusa debate con Marco de Efeso sobre la *Procesión* del Espíritu Santo. — Exhibición de antiguos códices. — Divisiones entre los griegos. — Negociaciones para llegar á una avenencia. — Jorge Scholario. — Grandes servicios de Besarion. — Fórmula del dogma aceptada. — Socorros á Constantinopla. — Muerte del Patriarca. — Otros puntos controvertidos. — Fórmula adoptada respecto de la supremacia del Papa. — Decreto de la Unión de las dos Iglesias. — Ultima sesión del Concilio de Florencia.

Aunque sea apartarnos en algo del método seguido hasta aquí, esto es, de dar cuenta de los años que comprende la presente historia, primero de los sucesos de la parte civil y luego de los que se refieren á la crísis religiosa, invertiremos este orden respecto del año 1439, para no interrumpir el relato del Concilio ferrariense-florentino, que dejamos pendiente en el capítulo que antecede.

Después de muchas negociaciones y tratos para inducir á Juan Manuel Paleólogo y á los griegos de su séquito á que accediesen á la traslación, al cabo se vino á un acuerdo y pudo aquella publicarse en la sesión décima sexta que se celebró el día 10 de Enero de 1439 y fué la última de las que se tuvieron en Ferrara. Para llegar á tal resultado hubo que pagar á los orientales una parte de lo que se les debía, mandar socorros pecuniarios á Constantinopla y prometerles que se les satisfarían los dispendios de su estancia en Florencia, así como los del viaje de regreso á su país, se verificase ó nó la unión apetecida.

A dos mil cuatrocientos doce florines ascendió el subsidio por sus gastos en cuatro de los meses transcurridos y á doce mil el socorro mandado á Constantinopla.

Ultimados todos estos asuntos, el Padre común de los fieles pudo trasladarse á Florencia el día 16 del mismo mes, precedido del Santísimo Sacramento con hachas encendidas, llevando la tiara y los hábitos pontificios y acompañado del Marqués de Ferrara que le llevó el caballo del diestro hasta las afueras de la ciudad.

Los griegos emprendieron el viaje un poco más tarde, habiendo tenido en Florencia una fastuosa acogida. (1) Por el camino se agravaron los padecimientos del Patriarca, hasta el punto que el edema de los piés le impidió luego el asistir á las más de las sesiones. (2)

La primera que se tuvo en Florencia fué el día 26 de Febrero á la cual, de común acuerdo, se dió el carácter de privada y se celebró en el mismo palacio pontificio. En ella presentaron las cosas un aspecto más favorable, gracias á la intervención del Emperador que era docto y versado en lides científicas, el cual tomó la palabra y después de haber debatido con el cardenal Julián, convinieron en que por una y otra parte se arbitrarían medios de unión, adoptándose el que pareciese mejor y más digno.

Los griegos se reunieron en la posada del Patriarca y contra lo que era de esperar, no idearon medio alguno, optando

(1) Le acompañaron en el camino los cardenales Colonna y Capranica.

(2) Vast apoyándose en las Actas griegas y en Andrés de Santa Cruz, describe de esta manera el recibimiento que hicieron los florentinos al Emperador de los griegos.

«El 16 de Febrero, dice, los magistrados municipales salieron á su encuentro hasta las puertas de la ciudad. Los nobles acompañados de sus esposas se presentaron con sus trajes más lujosos. Era domingo, y Florencia, infatigable los días de labor, aprovechaba la huelga del disanto. Leonardo el Aretino, canciller de la Señoría, recibió al emperador y le acompañó por las calles de la ciudad atestadas de muchedumbre de gente, que no solo ocupaba arroyos y aceras, sinó también ventanas y tejados. Toda la ciudad estaba adornada ricamente y por doquiera resonaban los acordes de los instrumentos de música y los sonidos de las trompetas. Desgraciadamente un chubasco estropeó toda la fiesta; aquello fué un sálvese el que pueda, especialmente por parte de la gente más granada y sobre todo de las mujeres que temían los desperfectos de sus trajes y tocados. El cortejo dejó de seguir la carrera de antemano designada: el Emperador fué conducido á su posada por el camino más corto, el agua caló las ropas de los cardenales, puesto que, aquello de nobleza obliga, no pudieron dispersarse como los curiosos y hubieron de acompañar al Empe ador hasta dejarle en su palacio.»

(*Le Cardinal Besarion, etc*, cap. II p.ª 76.)



por guardar una actitud pasiva y escuchar y discutir los que propusieran los latinos. Para esta última tarea eligieron una comisión compuesta de los padres siguientes: Antonio de Heraclea y Gregorio protosyncelo, vicarios del patriarca de Alejandría; Isidoro de Rusia y Marco de Efeso, que lo eran del de Antioquía, Dositeo de Monembasia, vicario del de Jerusalen, y Besarion de Nicea y Dositeo de Metelin á quienes dieron plenos poderes hasta para transigir sobre los cinco artículos con la comisión de siete padres que proponían á los latinos se sirvieran elegir para celebrar conferencias particulares.

No fué tal expediente del agrado de Su Santidad quien quiso que todo se hiciese á la faz del Concilio, para no dar pié á que se pudiera decir en ningún tiempo que se había apelado al artificio; por todo lo cual, y en vista de que los orientales no proponían cosa de más sustancia, siguió la discusión la misma marcha que llevaba.

Un nuevo adalid salió entonces á la palestra, rico de saber y fácil en la exposición de sus ideas, maduradas al calor de la meditación y de la experiencia. Fué este el que se designa en las historias especiales con el nombre de Juan de Ragusa, provincial de los dominicos, en Lombardía.

En la sesión en que comenzó, que fué la décima octava (2 de Marzo) después de haber pedido la bendición del Papa, que ocupaba la presidencia, explicó el significado de la palabra *procesión,* cuyo modo de entenderla apoyó en la autoridad de San Dionisio. Marco replicó que dicha palabra se podía aplicar lo mismo al Hijo que al Espíritu Santo, puesto que el Hijo según el Evangelio de San Juan, cap. XVI vers. 28, afirmó que había salido del Padre: *Exivi á Patre, et veni in mundum, et vado ad Patrem,* que sin embargo solo se usaba en el lenguaje de la Escritura y de los santos padres, respecto del Espíritu Santo, distinguiéndose de la producción del Hijo que se llama generación. Juan replicó, preguntando, si proceder era recibir la existencia de otro, y Marco contestó que sí; entonces Juan le hizo el argumento siguiente: el Espíritu Santo recibe el ser del Padre, puesto que proceder es recibir la existencia; siendo así, añadió, yo digo: el Espíritu Santo recibe la procesión de las personas divinas de quienes recibe el ser; es así que el Es-



píritu Santo recibe el ser del Hijo: luego recibe del mismo la procesión, siguiendo el propio significado de la palabra. Marco quiso negar entonces que el Espíritu Santo reciba el ser del Hijo, dando pié para que Juan se extendiera en probarlo claramente con muchos y selectos argumentos. Prosiguió esta contienda en las siguientes sesiones, llevando grandísima ventaja el dominico, quien en varios y repetidos casos dejó en forma á su competidor, si es lícito valernos de esta frase de las escuelas. Pero lo que más sorprendió á los orientales, dejándoles casi abochornados, fué la exhibición de muchos antiguos códices de San Basilio, que se habían mandado traer expresamente de Constantinopla y de varios lugares de Grecia, en los cuales este Santo Padre, en sus obras contra Eunomio, dice en palabras muy terminantes que el Espíritu Santo no procede únicamente del Padre, sinó también del Hijo. (1) Descubrióse de esta suerte la mala fé de los griegos que habían quitado la palabra Hijo de los ejemplares que produjeron. Corridos y maltrechos por tal derrota apenas eran osados á decir palabra, por lo cual hubo de tomarla el mismo Emperador para salvar el honor de su nación y de su gente, manifestando que no quería que el Concilio se atuviera á los códices presentados por los padres de su séquito y que él por su parte podía anunciar que eran muchos otros los ejemplares que circulaban por Oriente. Señor, dijo apostrofándole amorosamente el Cardenal Julián, ¿dónde están esos códices á que V. M. I. se refiere? ¿No ve V. M. I. que debían ser como las armas de la iglesia griega?

(1) Vast, apoyándose en las Actas griegas y en Andrés de Santa Cruz, da cuenta de aquel debate en términos algo diferentes de los empleados por Fleury á quien hemos seguido en esta parte. Para no alterer una sola palabra tratándose de argumentaciones tan sútiles y delicadas copiaremos el texto francés del primero de dichos autores:

« Ils discutèrent sur la procession du Saint-Esprit et entrèrent tout d' abord dans le corps même de sujet. Jean de Raguse prouva que le Saint-Esprit reçoit l' être du Fils par deux passages de Saint Epiphane: « J' appelle Fils celui qui est de Lui; Saint Esprit, celui qui, á lui seul, es de tous les deux, » et ailleurs: « De même que jamais personne n' a vu le Père sans le Fils, ni le Fils sans le Père, ainsi j' ose dire que personne ne peut conaitre l' Esprit-Saint sans le Père et le Fils, dont il reçoit l' Etre et dont il procède. » Marc d' Efèse risposta par une citacion de Saint Basile. Parlant dans un discours contre Eunomius de la producction de l' Esprit par la Père, il dit: «Dieu engendre, mais non pas comme l' homme; il engendre cependant, et ce qui a été engendré par lui laisse échaper l' Esporit par la bouche, mais par une bouche qui ne ressemble pas à celle des hommes, car la bouche de Dieu n' est pas corporelle. *L' Esprit est donc de lui et non d' ailleurs.* » Jean réplica: « Dans son troisieme livre contra Eunomius, Saint Basile affirme que le Saint-Esprit reçoi l' être du Fils, et ceci se trouve dans un livre tres ancien. »



¿Se querrá acaso que nosotros suspendamos la pelea en el momento en que llevamos la mejor parte, so pretexto de que faltan las armas de las cuales los padres griegos debían haber venido perfectamente provistos?

Confirmando en otra sesión el provincial de los dominicos cuanto había dicho acerca de San Basilio, mostró un nuevo ejemplar de los escritos de este Santo padre en el cual se lee, en la homilia acerca del Espíritu Santo, que esta persona divina procede del Padre y del Hijo. (1) Marco cada vez se iba defendiendo más débilmente, llegando el caso de no encontrar palabras con que contestar. Entonces el Emperador manifestó que en vista de las pruebas aducidas por los latinos había motivo para dudar, y que en tiempo oportuno podría volver á removerse una cuestión tan árdua. (2)

En este crítico estado de los representantes de la iglesia griega, el mismo Juan Manuel Paleólogo fué quien encontró un expediente para llegar á la reconciliación. Vínole á la mano cierta carta de San Máximo, en la cual dice que los latinos, al afirmar que el Espíritu Santo procede del Hijo, no pretenden que el Hijo sea la causa del Espíritu Santo, pues no ignoran que el Padre es la sola causa del Hijo y del Espíritu Santo, del primero por generación, del segundo por procesión, y que lo que únicamente creen es que el Espíritu Santo procede por el Hijo, puesto que es de su misma esencia. Refugiándose en dicho documento, como en la única tabla de salvación que para sus doctrinas quedaba, acordaron, salvo los votos de

(1) Besarion en su carta á Alejo de Lascaris Philanthropinus nos dá algunos pormenores acerca de los códices de San Basilio exhibidos en el Concilio de Florencia. «En este concilio, dice, se encontraron primeramente cinco ejemplares de San Basilio y después hasta seis: cuatro escritos en pergamino y dos en seda.» De los cuatro, tres pertenecían al arzobispo de Mitylena y el cuarto á los latinos. De los dos escritos en seda, el uno era propiedad de nuestro poderoso emperador, el otro del sagrado patriarca. De estos seis ejemplares, cinco tenían el texto tal como lo he citado, es decir afirmaban que el Espíritu recibe el sér del Hijo y que depende de esta misma causa, es decir del Hijo. Empero uno solo, el ejemplar del patriarca ofrecía diferencia: alguno había raspado el texto y luego añadido y quitado ciertas cosas.» (Vid. Vast. loc. cit.)

(2) La contienda entre Juan de Ragusa y Marco de Efeso duró cinco sesiones (desde la décimaoctava á la vigésima segunda) que comprendieron un período de quince dias. «Los intérvalos, dice Vast, no constituían para ellos una tregua, sino antes bien una vela de armas, durante la cual se preparaban para nuevos combates.» Realmente nuestros grandes debates parlamentarios parecen juegos de niños al lado de las colosales manifestaciones de aquellos titanes de la ciencia, de la erudición y de la dialéctica.



Marco de Efeso y del Arzobispo de Heraclea, los cuales no quisieron ceder un ápice, que si los latinos querían aprobar aquella carta de San Máximo, la unión sería fácil de realizar. Esta decisión de los orientales fué explanada en un discurso que hizo el Emperador, significando, empero, que antes de resolver en definitiva no había inconveniente, en que Juan de Ragusa terminase su peroración. Todavía llegó á más el deseo de la concordia por parte de Juan Manuel Paleólogo, pues comprendiendo que la tenacidad de Marco de Efeso podría embrollar la discusión, le prohibió asistir al Concilio lo mismo que á su compañero el Arzobispo de Heraclea. Hay quien afirma que el primero de dichos padres, no solo había agotado todos sus recursos teológicos y oratorios, sino que también dejaba entrever señales de estravío en su razón.

Tuvo por cierto cumplida satisfacción el deseo manifestado por el Emperador de que el profundo teólogo Juan dijese la última palabra acerca del punto que se debatía. En las sesiones siguientes (1) reanudó el hilo de su discurso con tanta solidez, condición y acertado espíritu crítico, que nadie se atrevió á objetarle, llevando la convicción al ánimo de la mayoría de los que hasta entonces habían sido sus adversarios.

Empezó mostrando su sentimiento porque Marco de Efeso no se hallase presente, indicando que tal vez desesperanzado de vencer, se había vencido á si mismo con la retirada. (2) Interrumpióle el Emperador explicando la causa de la ausencia de Marco y exponiendo que los griegos ya no asistían para discutir, sinó para ir oyendo los medios que podrían proponerse para llegar á una solución que satisfaciese la fé de ambas iglesias. Juan prosiguió su tarea acabando de explanar lo dicho por San Basilio, el cual enseña que el Espíritu Santo recibe el ser del Hijo, lo mismo que del Padre, y que sin embargo el Padre es la sola causa del Hijo y del Espíritu Santo, de suerte que el Hijo produce el Espíritu Santo principalmente del Padre. En apoyo de esta creencia citó las siguientes palabras del

(1) Fueron estas la vigésima cuarta y la vigésima quinta que tuvieron lugar respectivamente en los dias 21 y 24 de Marzo.

(2) Marco de Efeso en su reseña del Concilio dice que no asistió á aquellas dos sesiones por causa de enfermedad, por lo cual los latinos pudieron hablar sin que nadie les hiciese la contra. (Véase Migne, t. CLIX col. 1061.)



Evangelio de San Juan cap. XV. vers. 26: " *Cum autem venerit Paraclitus, quem ego mittam vobis á Patre, spiritum veritatis, qui á Patre procedit, ille testimonium perhibebit, quia ab initio mecum estis.* „ Al hacer esta cita cargó mucho el acento y llamó la atención sobre el *quem ego mittam vobis,* palabras que realmente resuelven la dificultad. Para corroborar su tesis adujo además el testimonio de San León, papa, de San Ambrosio, de San Gerónimo, de San Agustin y de otros varios padres de la Iglesia.

Otro dia continuó su discurso examinando la letra del Nuevo Testamento tal como ha sido interpretada por todos los antiguos doctores que vivieron en los siglos tercero, cuarto y quinto, ó sea mucho antes del cisma de Focio, y cuya doctrina había sido considerada muy ortodoxa por la iglesia griega. Resumiendo cuántas objeciones habían hecho los orientales al dogma que defendía, las fué examinando y refutando una por una, concluyendo por patentizar que de todos los padres griegos que hablaron de la procesión del Espiritu Santo, muchos afirmaron en términos formales ó equivalentes, que procede y recibe su ser del Padre y del Hijo; muchos que procede del Padre por el Hijo, lo que viene á ser lo mismo; algunos que procede del y por el Hijo, y que los que han escrito que procede del Padre, como á decir verdad hay algunos, ninguno ha excluido una sola vez al Hijo, lo cual no hubiera dejado de suceder si fuese falso que tuviese parte en la procesión del Espíritu Santo.

Corroboró esta doctrina con las decisiones de los Concilios de Galicia y Toledo, conformes en un todo con lo que contestó al obispo Toribio el Papa San León, de quien dijo el Concilio de Calcedonia, al hacer su elogio, que era hombre jamás manchado por el error y agraciado por Dios con el dón de la verdad y predestinado á combatir toda suerte de heregías. Juan habló por espacio de ocho horas en las dos últimas sesiones que hemos reseñadó, y siempre con gran lucidez de juicio y con una lógica irreprochable. Al concluir dejó sobre la mesa un compendio de sus discursos para que los griegos pudieran examinarlo cómodamente y tomar una decisión en sus reuniones privadas.

La escisión se declaró en el seno de éstos, mostrándose unos favorables á la unión y otros adversarios de ella. El Emperador patrocinaba á los primeros, por lo cual hubo de participar al Pontífice que siendo estéril la vía de las discusiones, sobre todo desde que tantos y tan famosos oradores habían agotado la materia, urgía buscar algún medio más adecuado para llegar cuanto antes á la apetecida paz. Contestóle Eugenio IV que había llegado ya la hora de que los griegos reconocieran paladinamente que los latinos habían probado la ortodoxia de su dogma, y que en caso de no querer dar esta muestra de sinceridad, consideraba que lo más expedito era que se reuniese el Concilio y que después de jurar sobre los santos evangelios, cada uno expusiera lealmente su parecer.

No satisfizo este medio al Emperador temeroso de que se reprodujeran las discusiones, por lo cual rogó reverentemente al Pontífice que fuese servido de proponer otro camino: en estas negociaciones se invirtieron más de dos meses. Entretanto los griegos se ocupaban en examinar el escrito del sabio teólogo Juan. Marco, firme en su actitud intransigente, sostenia que no era lícito suscribir el dogma de los latinos, que llegó á calificar de herético, al paso que Besarion decía que en honor y gloria de Dios era preciso confesar de buena fé que la doctrina de los latinos era la de la mayor parte de los antiguos padres de la iglesia griega, calificando de reprensible obstinación el pretender que los latinos habían falsificado los textos, como sino se viese patentemente que los ejemplares exhibidos por ellos habían salido de Grecia, copiados muchos siglos atrás por amanuenses griegos. Besarion fué eficazmeute apoyado por Jorge Scholario, quien en tres discursos trató de probar las ventajas de la unión, los medios de conseguirla y la manera de poner en planta dichos medios.

Séanos lícito decir quien era Jorge Scholario y la suerte de argumentos de que se valió para inculcar las ventajas de la unión en el ánimo de sus asendereados compatricios.

Jorge era láico, pero de noble estirpe, y pertenecía al número de los áulicos que acompañaron al Emperador. Aunque no tenía el derecho de emitir su voto en aquella altísima contienda, fué sin embargo consultado por el bueno de Juan Ma-



nuel y se creyó en el deber de decirle la verdad tal y como la sentía. Lego en achaques teológicos, tuvo la discreción de no meter su hoz en miés ajena y se abstuvo de pronunciarse claramente en lo que al dogma concernía. Su punto de vista fué más profano, pero si se quiere más práctico. Habló poco de religión: pero habló mucho de patria. Recordó que los griegos se habían embarcado, entre otros objetos, con el de procurarse recursos con que defender Constantinopla terriblemenfe amenazada; así, dijo, que si la Unión no se consumaba, aumentaría más y más el ódio què hácia ellos sentían los latinos. Entonces, añadió: " ya no nos quedará ninguna esperanza de salvación; hay que tener en cuenta que el emperador está ausente, el emperador cuya presencia tiene por sí sola una importancia tan capital. Vosotros mismos os halláis también ausentes, vosotros que con ser personas de tan elevada categoría, con solo vuestro regreso procuraríais á la ciudad un considerable socorro. Todos los ballesteros mercenarios han huido á escepción de veinticinco. Acaso á la hora presente esos que quedaban habrán hecho ya como los demás. ¿Qué esperanza podemos tener, en medio de una tan grande falta de combatientes, de salir con bien de una guerra tan terrible? Dado, pues, que la Unión es fácil, que no es depresiva, que será acepta á Dios y á todo el mundo, es menester darle remate sin retardo y obtener desde luego los socorros. Acordáos de vuestras esposas, de vuestros hijos, de vuestros padres, de vuestros conciudadanos miserablemente sitiados y sin recursos, ¡Pensad en los homicidios, en el cautiverio, en los golpes, en las injurias, en el hambre, en la sed, en el triste destierro, en la esclavitud inconsolable, en el rapto de los niños, en el exterminio de los viejos, en la desgarradora separación de los séres que se aman, en la profanación de las cosas santas, en las blasfemias proferidas contra el mismo Dios! ¡Pensad en que los unos de buen grado y los otros á la fuerza renegarán de Jesús, el verdadero Dios, el único maestro y legislador, y que se entregaran á las abominaciones del culto de Mahoma! „ De la cual dedujo que era necesario unirse con los latinos. Recomendó que, mientras se negociaba, se preparase el dinero, las naves, los socorros: que urgía trasladarse á Venecia, y que así que todo estuviera



arreglado se regresase cuanto antes á la patria que pedía el ausilio de sus hijos. A su entender en quince días podía quedar arreglado todo.

Lo pasion del ódio, compañera inseparable del amor propio ofendido, no dejó de envenenar el corazón de algunos contendientes, quienes se cebaron principalmente contra el bueno de Besarion que bien pronto fué el blanco de los tiros de cuantos no tenían un alma tan noble y un corazón tan sano como el suyo. (1)

Gracias al firme deseo de paz que animaba al Emperador y á sus activas gestiones para demostrar que no solo era útil, sinó justo y debido, pues entendía que el Concilio ecuménico que se estaba celebrando y en cuyas declaraciones iba á cimentarse, no era ni debía considerarse inferior á cuantos le precedieron, el partido de los intransigentes fué menguando de día en día, acabando los más de los padres griegos por aceptar en principio la unión, difiriendo tan solo en la fórmula según la cual había de establecerse.

Los occidentales propusieron una profesión de fé que no satisfizo completamente á los orientales; á su vez estos presentaron la suya que no se consideró bastante explícita: todo era por aquellos días actividad y movimiento y las reuniones parciales se sucedían sin descanso. Los latinos querían, sobre todo, poner á salvo la unidad de principio y de acción del Padre y del Hijo, y los griegos el que el Padre resultase siempre ser la fuente de toda la divinidad del Hijo y del Espíritu Santo. Por fin después de mucho contender, se convino en formular la declaración en los siguientes términos:

" En nombre de la Santísima Trinidad, del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo: Nosotros latinos y griegos convenimos en la santa unión de estas dos iglesias y confesamos que todos

(1) Vast en el capítulo III de su libro, intitulado « Part de Besarion dans les negotiations relatives á l' union » refiere menudamente las sesiones que tuvieron los griegos para decidir el partido que debían tomar; presenta á Besarion secundado por Isidoro y por el protosyncelo Gregorio, como el agente más activo de la paz y de la concordia. « Il était, dice, á la fois théologien et diplomate, prélat de cour et homme de cœur. ¡Que de services il a rendus dans toutes ces negotiations! ¡et comment l' Union aurait-elle été jamais signé sans lui! C' est lui qui allait sans cesse du pape á l' empereur, et de l' empereur au pape. C' est lui qui atténuait les messages, qui préparait les cédules et les declarations, habile á gagner les Grecs, á faire prendre patience aux Latins. » Uno de los opositores más ardienres fué Doretheo de Monembasia.



los fieles cristianos deben aceptar como verdad de fé: Que el Espíritu Santo es de toda eternidad del Padre y del Hijo, y que de toda eternidad procede del uno y del otro como de un solo principio y por una sola producción que se llama espiración. También declaramos que lo que algunos santos padres dijeron, que el Espíritu Santo procede del Padre por el Hijo, debè tomarse de modo que se entienda por estas palabras que el Hijo es como el Padre y conjuntamente con Él el principio del Espíritu Santo: Y por cuanto todo lo que es del Padre, lo comunica al Hijo, escepto la paternidad que le distingue del Hijo y del Espíritu Santo, por tanto el Hijo ha recibido del Padre de toda eternidad esta virtud productiva por la cual el Espíritu Santo procede del Hijo como del Padre. „

En aquel siglo, que como en el inmediato siguiente, solían mezclarse tan á menudo los asuntos temporales con los eternos y en que tantas veces lo profano influía sobre lo sagrado y viceversa, pagando la Iglesia á costa de ingerencias de los monarcas, no siempre convenientes, en las materias de fé y de disciplina, el apoyo que recibía del brazo seglar cuando quería apelar á la fuerza, no es de estrañar que después de resueltas las anteriores dificultades, fuese necesario sufrir aún algunas otras dilaciones.

El emperador que abrigaba respecto de la suerte de Constantinopla iguales sinó mayores zozobras que las manifestadas por Jorge Scholario, apareció lleno de exigencias materiales, aún cuando altamente patrióticas, y por todo extremo cristianas; pues tendían á la conservación de la Roma de Oriente, amenazada de contínuo por los turcos, poniendo, si se quiere, la satisfacción de ellos como premio de cuanto había hecho hasta entonces y pudiese hacer en adelante, dando margen á que el historiador imparcial sospeche si debajo de aquella mansedumbre y espíritu de concordia, se encerraba un alma interesada.

No conviene sin embargo ser inexorables con él; creyente y celoso por la mayor honra y gloria de Dios, al cabo también era hombre y príncipe, y su propio interés y el de sus estados no podrían apartarse de su mente sobre todo cuando la reflexión se los hacía entrever rodeados de inminentes y gravísimos peligros.



El arzobispo de Rusia en nombre del Emperador, y tres cardenales en el del Papa, transigieron las diferencias suscitadas por las peticiones susodichas. La Santa Sede que, al socorrer á Juan Manuel, socorría un imperio que formaba parte de la cristiandad y con su apoyo retardaba el momento de su caída bajo el yugo del islamismo, fué tan generosa como se lo permitieron sus recursos, y en esta conducta la Historia solo puede hallar motivos de justo y merecido aplauso.

El Pontífice se comprometió: 1.° A dar á los griegos cuanto necesitasen para los gastos de su viaje de regreso; 2.° A mantener anualmente trescientos hombres de guerra y dos galeras para la custodia de Constantinopla; 3.° A que los buques en que fueran los peregrinos, tocaran en dicha ciudad; 4.° A dar, cuando fuese necesario, veinte galeras por seis meses ó diez por un año, y 5.° Si eran menester tropas de desembarco, á pedírselas eficazmente á los príncipes cristianos de Occidente.

Zanjadas todas estas diferencias materiales y dada la última mano á la declaración que dejamos copiada, pareció un hecho la fusión, ya moralmente realizada en el interior de los corazones. Bien claramente se vió en aquel día por todo extremo fausto, así para la Iglesia como para su cabeza visible, en que, después de leídas las copias en griego y en latin que de la declaración se habían sacado, fueron aprobadas y aplaudidas en medio de los mayores transportes de júbilo y entre los abrazos de los que antes contendían con denuedo en el palenque de las ciencias teológicas.

Lástima que en tan bello cuadro aparezca el sombrío contraste del implacable Marco de Efeso, quien no quiso ceder jamás, urdiendo en su altanera mente planes de trastornos y revueltas para cuando sus hermanos en el episcopado estuvieran de vuelta en la Roma de Oriente.

El patriarca no solo aceptó plenamente y sin reserva la declaración, sino que quería apresurar la resolución de los demás puntos pendientes, porque sintiéndose achacoso y de cada vez más quebrantada salud, quería que no le alcanzase la muerte, antes de ver la completa y apetecida unión de la iglesia griega con la latina.

No quiso Dios otorgarle tan codiciada merced, pues le lla-



mó á su seno el dia 9 de Junio, después de haber escrito un acta en la cual dejaba consignada su última voluntad que era de reconocer la supremacía del Papa y el dogma del purgatorio, y tras una breve y casi repentina agonía hizo su tránsito al caer de aquella tarde. Sus restos mortales fueron honrados por el Papa y por la Corte pontificia con unas solemnes exequias, y enterrados en Santa María Novella.

Las demás divergencias ya no ofrecieron tanta dificultad. Después de un discurso de Juan de Torquemada quedó resuelta la discrepancia respecto del uso de los ázimos para la consagración.

Tocante al purgatorio y al estado de las almas antes del juicio, tampoco hubo que debatir gran cosa, pues cuanto se podría decir quedaba tratado en las conferencias de Ferrara de que hicimos mérito en lugar oportuno.

Segun Andrés de Santa Cruz la cédula que se adoptó definitivamente dividía á los que mueren, en tres clases: 1.º los santos. los que han recibido el bautismo y no han pecado nunca ó que han expiado sus pecados y han muerto en estado de gracia: estos van al Paraiso y contemplan la cara de Dios; 2.º los pecadores, los que no han recibido el bautismo, y los que habiéndolo recibido, han muerto en pecado mortal: estos van al infierno en donde sufren distintas penas; 3.º los pecadores perdonados, pero que no han expiado enteramente sus culpas por la penitencia; estos van al purgatorio en donde sufren sus penas por un tiempo más ó menos duradero. A estos pueden aplicarse los sufragios, las limosnas y las buenas obras.

El punto referente á la supremacia del Papa ofreció más dificultades. Como en todas aquellas en que se interesa y toma parte el amor propio. los ánimos se enardecieron y quedaron comprometidas las esperanzas de una definitiva paz. La cédula formulada por los latinos no satisfizo al emperador, y como Juan de Ragusa tratara de defenderla en una sesión á la que asistieron ambas partes, su discurso produjo una verdadera tormenta. Juan Manuel quería que sobre todo quedaran incólumes los privilegios de sus patriarcas y de su clero y en caso de no conseguirlo amenazaba con retirarse á su país. Besarion volvió á ser el encargado de recabar una fórmula más ventajo-



sa que la presentada. De aquí una série de conferencias entre él y Juan de Ragusa que duraron desde el 16 al 19 de Junio. Al fin los griegos presentaron lo que podríamos calificar de su *ultimatum*. Reconocían la supremacia del Papa en todas sus partes; pero querían ponerle dos cortapisas: era la una que el Soberano Pontífice no pudiese convocar el Concilio ecuménico sin el Emperador y los patriarcas, y la otra, que en caso de mediar alguna diferencia entre el primero y los segundos, el Papa no pudiese fallar sin haber enviado delegados á Oriente para que examinasen sobre el terreno de parte de quién estaba la razón.

Después de algunas conferencias, los orientales cediendo todavía más, extendieron la siguiente declaración que fué aprobada por el Papa y por los cardenales.

" Respecto de la primacia del Papa, confesamos que es el soberano Pontífice y el vicario de Jesucristo, pastor y doctor de todos los cristianos, que gobierna la Iglesia en nombre de Dios, salvos los privilegios y los derechos de los patriarcas de Oriente á saber: del de Constantinopla, que es el segundo después del Papa, y luego del de Alejandría, después del de Antioquía y por fin del de Jerusalén. "

Al ir á extender el decreto de unión, aparecieron nuevas divergencias sobre quien había de encabezarlo, si el Papa ó el Emperador; por último se transigió, quedando en que se pondria á nombre del primero, pero con estas palabras: " con el consentimiento del Emperador, del patriarca de Constantinopla y de los demás patriarcas. " También dió márgen á alguna escisión la fórmula que habría de emplearse para fijar los privilegios del Papa; los latinos querían que se dijese que usaría de ellos conforme á la Escritura y á los escritos de los santos; al Emperador le parecían estos términos sobremanera vagos y argüía no ser bien que, por el solo hecho de haber algún santo cumplimentado al Papa con frases respetuosas ó halagüeñas, ya se debiese tomar aquel cumplido como orígen y fundamento de un privilegio. Al cabo también se concilió esta dificultad estipulando que se diría que el Papa goza de sus privilegios á tenor de lo que prescriben los cánones.

Llegadas las cosas á tal altura se nombró la comisión que



debía redactar el decreto, la cual, después de trabajar asíduamente para el más pronto y exacto desempeño de su cometido, presentó el proyecto en la sesión de 4 de Julio, siendo aprobado por ambas partes.

Antes de su publicación, y atendiendo á que en ella nada se decía respecto de la forma de la consagración, el arzobispo de Nicea hubo de manifestar que los griegos declaraban públicamente estar conformes en este punto con los latinos.

La firma del susodicho decreto ofreció algunas particularidades que conviene no pasar por alto.

El domingo 5 de Julio, el documento latino fué presentado al Papa y lo firmaron ciento quince padres latinos, cardenales y obispos, abades y regulares. Solo uno de ellos firmó en griego: fué éste Pedro, abad de Grotta Ferrata, convento de padres griegos basilios situado en Tusculum.

Al propio tiempo el documento griego fué entregado de orden del pontífice al Emperador por mano de Nicolás Secundino, el intérprete oficial del Concilio. El palacio de Juan Manuel fué el punto designado para firmar los griegos. S. M. ordenó al gran ecclesiarca, Syropoulos, al gran chartophylario, Balsamon, y al protekdico, Jorge de Capadocia, que cuidaran de asunto tan delicado. El mismo Emperador firmó el primero con tinta bermeja y en caractéres apostólicos; luego todos los griegos de categoría, es decir todos los que tenian voz delibeberativa en el Concilio; vinieron en seguida según su rango: primero los representantes de los patriarcas, después los metropolitanos y los obispos, los hegoumenos ó abades y los padres pertenecientes al clero regular. Una grave cuestión de etiqueta había surgido desde el comienzo del Concilio entre los metropolitanos y los exokatakeles, es decir los grandes dignatarios diáconos de Santa Sofía de Constantinopla, que eran como los cardenales de la iglesia griega. Los metropolitanos habían obtenido la prelación, á bien que ellos se sentasen al lado del patriarca. Como en su mayoría eran hostiles á la adición *Filioque,* el patriarca, de acuerdo con el Emperador, les quitó el derecho de votar en todas las negociaciones que duraron desde el 24 de Marzo al 4 de Julio. El Emperador se lo devolvió el día en que se trató de aprobar las fórmulas definiti-



vas: dos horas antes les previno que tenían el deber de firmar.

Antonio de Heraclea estaba enfermo y no pudo salir de casa; empero una comisión compuesta del guardasello Manuel, del intérprete Nicolás Secundino y del obispo Cristóbal Garatoni, le presentó el acta de Union y la firmó inmediatamente después del Emperador. De los veintiun metropolitanos que habían ido á Italia, diez y ocho firmaron; uno solo rehusó hacerlo y se mantuvo inquebrantable hasta el fin: fué Marco de Efeso. Juan Manuel no se atrevió á imponérselo. Esta abstensión sirvióle luego para captarse el favor del populacho griego. Los dos restantes que no firmaron, fueron Isaias de Stauròpolis, que había huido de Florencia y Dionisio de Sardes que murió en Ferrara. Besarion firmó dos veces, en nombre propio y como representante del sacristán mayor Manuel Chrysococoeces, su antiguo maestro, que se quedó en Constantinopla. También firmaron cinco Stavrophoros, el protosyncelo Gregorio entre los representantes de patriarca, los otros cuatro después de los metropolitanos. Hubo una firma en ruso puesta por Abraham de Sousdalie que había acompañado á Isidoro de Rusia. Jorge, representante de las iglesias de Georgia y de Iberia, había huido; empero el topoterita de Moldo-Valaquia firmó; en pos de él firmaron dos regulares representantes de los conventos de Laura y de Vatopedi del monte Athos; por último cuatro monges de diversos conventos. Total treinta y tres firmas de griegos. El número resultaría mayor si se contaran las que fueron puestas por poderes.

El acta auténtica fué depositada por el cardenal Cesarini en la misma época del Concilio, en una cajita de plata cubierta de terciopelo, la cual se confió á la custodia de la Señoría florentina, que luego la depositó en la biblioteca Mediceo-Laurenziana.

Demos ya cuenta de la última sesión de latinos y griegos reunidos.

Tuvo efecto ésta el lúnes 6 de Julio en la grandiosa iglesia catedral de Santa María de Fiori y antes de Santa Reparata, obra de Arnulfo de Lapo y en la cual lucieron más tarde su poderoso ingenio el Giotto, Tadeo Gaddi y Brunelleschi, quien la dotó de su magestuosa y atrevida cúpula. Al pasar un día sus



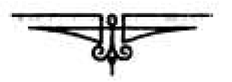
umbrales, despuésde haber admirado el exterior revestido de ricos mármoles de variados colores, de haber levantado el ánimo al contemplar el precioso campanario, obra delicadísima del Giotto y de haber pasado momentos de sublime placer artístico ante el baptisterio enriquecido con las célebres puertas de bronce de Ghiberti, de las cuales decía Miguel Angel que eran dignas del mismo cielo, la imaginación nos representaba bajo aquellas anchurosas naves la sesión que vamos á reseñar, así como la nefanda conjuración de los Pazzi, tan al vivo pintada en la tragedia del inmortal Alfieri y las predicaciones de fray Gerónimo Savonarola, enaltecido á nuestros ojos por la lectura de su apologista el padre Burlamachi. Allí se dispuso la colocación de los padres en la misma forma que el día de la inauguración del Concilio en la ciudad de Ferrara, solo que el trono pontificio se levantó cabe al altar mayor, porque Su Santidad quiso celebrar de pontifical para dar más solemnidad al acto, ya realzado por la asistencia de los magistrados de la ciudad que concurrieron corporativamente. Acabado el besamanos, la música del Emperador ejecutó el *Veni creator* en griego; celebráronse los divinos oficios, después de los cuales el Papa ocupó otro trono á la derecha, el Emperador el suyo á la izquierda y los cardenales y prelados sus respectivos asientos. En seguida Julián Cesarini leyó la bula en latin y Besarion en griego. Omitimos copiar dicho documento, primero por su mucha extensión, segundo porque ya conocen nuestros lectores la solución que cupo á cada uno de los puntos que iban en él comprendidos.

En otro viaje hecho á Florencia tuvimos ocasión de copiar la lápida que referente á este fausto suceso hay en uno de los pilares del crucero, hácia la parte del Evangelio, y que transcribirémos aquí como complemento de la narración del Concilio.

Ad perpetuam rei memoriam. Generali concilio Florentie celebrato, post longas disputationes unio grecorum facta est in hac ipsa eclesia die VI julii M.C.C.C.CXXXVIIII presidente eidem concilio Eugenio Papa IIII cum latinis epis et prelatis, et Imperatore constantinopolitano cum episcopis et prelatis grecorum in copioso numero, sublatisque erroribus, in unam eamdem que rectam fidem, quam romana tenet eclesia, consenserunt.



En este año Alfonso escribió desde Cápua el día 10 de Diciembre al protonotario Orsini para que se interesase con el Pontífice á fin de que el arzobispado de Salerno se diese á Antonio Carafa. Es notable la carta por lo mucho que adula á dicho Orsini, diciéndole que por su nacimiento y mèrito debe aspirar á mayor dignidad.





CAPÍTULO XXXVI

SUMARIO

(1439) — El Rey emprende otra vez la campaña. — Toma de Caivano y Pomigliano d' Arco. — Venganza de los napolitanos en Caivano. — Incidente en el Castillo del Ovo. — Negociaciones con Eugenio IV y el Duque de Milán. — Embajada al Papa. — Relato de Zurita. — Astucias é intrigas.—Los angevinos atacan el Castillo Nuevo de Nápoles. — Acude el Rey á socorrerlo. — Diversos hechos de armas. — Heroismo de Arnaldo Sans y demás defensores del Castillo. — Levanta el Rey el campo y el Castillo se rinde á Renato. — Otorga el principado al Conde de Nola casado con Leonor de Urgel. — Escaramuzas con las tropas de Caldora. — Muerte de este caudillo. — Acerra y Aversa se entregan al Rey.—Ardid de Renato.

Vamos ahora á dar cuenta de los sucesos políticos y militares que ocurrieron durante el mismo año de 1439, á reserva de ocuparnos inmediatamente después de lo que entretanto acontecía en Basilea.

Habiéndose trasladado el Rey de Capua á Gaeta, donde pasó los meses más rigorosos del año, solo pensaba en preparar medios para la campaña de primavera con objeto de recobrar las tierras que Renato había ganado en el Abruzzo, (1) así como en volver por el prestigio que el inútil asédio de Nápoles acababa de quitarle, no menos que la derrota sufrida por Juan de Vintimiglia entre Monte Sarchio y Arpaia (horcas caudinas) al querer atacar al Duque de Anjou á su regreso á la capital del Reino.

En tales preparativos estaba, cuando se le presentó un ha-

1. Peliguis et Marsis, dice Fazio.

bitante de Caivano ofreciéndose á darle dicha ciudad á favor de las inteligencias que tenía con algunos soldados del presidio. Comprendiendo desde luego cuán urgente era poseer aquellas tierras de donde Nápoles sacaba no escasos subsidios, deliberó anticipar las operaciones de la próxima campaña, y sin esperar á que llegase la primavera, acometió la empresa que el caivanés le propuso. A este efecto mandó por delante al Conde Juan de Vintimiglia, y él con el grueso del ejército le siguió á poca distancia. Así que el Conde llegó á la vista de la plaza los conjurados le mostraron la parte del muro en donde se debían aplicar las escalas, y aunque al llegar la noche subieron algunos de los soldados de su hueste, no tardaron en apercibirse muchos de los que guarnecían la ciudad, los cuales, secundados por varios de los campesinos que se habían refugiado en ella, intentaron arrojar del muro á los asaltantes. Pero á todo esto se presentó el Rey con el grueso de la fuerza, y consiguiendo derribar las puertas, entró en la plaza, obligó á deponer las armas á parte de sus defensores, y acorraló á los restantes tras de los muros del castillo. Considerando que si dejaba las cosas en tal estado, estos últimos combatientes molestarían la ciudad y tal vez la recobrarían, decidió ponerles sitio hasta rendir la fortaleza. A este efecto hizo abrir un foso y levantar un vallado que la circuyesen por completo y de este modo impidió que nadie introdujera víveres en ella. Renato no contaba con medios para acudir en auxilio de los suyos, porque, con la idea de no agravar la carestía de Nápoles, había mandado casi todas sus tropas á los cuarteles de invierno de Caldora, quedándose con poco más de doscientos soldados; cosa que no es de estrañar, atendida la gran confianza que tenía en la adhesión y en la lealtad de los napolitanos. Así fué que al cabo de tres meses, el alcayde del castillo de Caivano, viendo agotadas sus provisiones por la multitud de campesinos que en él buscaron refugio, y aportillados por doquiera los muros que lo circuían, por efecto de haberlos batido el Rey á favor de la artillería, no tuvo más remedio que rendirse.

Trás de esta afortunada operación, y después de haber dejado en la fortaleza y en la ciudad el presidio correspondiente, D. Alfonso movió su hueste hácia Pomigliano d'Arco que



se le entregó inmediatamente, siguiendo á esta conquista la de los siete castillos que rodeaban dicha plaza. A los pocos días se trasladó á Capua en donde reunió prontamente mayores fuerzas de las que había mandado hasta entonces, y viendo por otra parte que el rigor de la estación se había dulcificado, se dirigió desde dicha ciudad á Ponte Corvo, según Fazio, para no dejar ninguna tierra hostil á su espalda en la Campania, y según Constanzo, en la duda de que el Papa no mandase algún socorro á Renato. Más apenas llegó á San Germano recibió el aviso de que quinientos caballos de la juventud napolitana habían entrado Caivano y pasado á degüello la guarnición, por lo cual, mudando de propósito, se volvió para ver de recobrar aquella plaza. Juan Cossa, Ottino Caracciolo y los demás capitanes que mandaban á los de Nápoles, viendo que no les era posible apoderarse del Castillo, ni dejar guarnición suficiente en la ciudad, decidieron abondonarla, dándose por satisfechos con la matanza del presidio del Rey y con el saqueo de las casas de los que poco tiempo antes les habian sido traidores. D. Alfonso pudo, pues, entrar de nuevo y sin resistencia en Caivano, y dejando en ella mayor y más fuerte destacamento, á las veinticuatro horas partió de allí con toda su gente. En esta marcha simuló regresar á Ponte Corvo, pero torció la vía de la marina. Al llegar al país de la Rocca de Mondragone se separó de su ejército, y se trasladó con muy pocos de los suyos á la plaza de Gaeta.

Vamos ahora á dar cuenta de una nueva tentativa de traición que tenía por objeto la entrega del importante castillo del Ovo. Un cura de Pozzuoli, (1) gran partidario de la causa angevina, se presentó á Renato y le manifestó que tenía estrecha amistad con cierto Jaime Cecato, que era yerno del gobernador de dicha fortaleza, y que por su mediación confiaba hacerle dueño de ella. Renato le animó cuanto pudo y le ofreció grandes premios si llevaba á cabo tal propósito. El cura se vió con su amigo, y confiando en él más de lo que realmente debía, le comunicó su idea y le hizo no escasos ofrecimientos. Jaime fingió dejarse seducir, pero apresuróse á dar parte á su suegro, llamado Pedro, de todo lo que pasaba, pidiéndole ins-

(1) *Sacerdos quidam puteolanus*, dice Fazio.



t rucciones sobre lo que debía hacer con el que trataba de corromperle. El gobernador creyó prudente enterar de todo á Arnaldo Sans alcayde del Castilio Nuevo, que era su superior gerárquico. Este vió que se le presentaba una ocasión magnífica para tender un lazo á Renato, y desde luego ordenó que se siguieran los tratos, hasta atraer á los franceses al pié de los muros del castillo. Jaime esperó al cura, y así que se le presentó le dijo que podía participar á Renato que el gobernador del castillo entraba en la traición y que le podía mandar dos emisarios para sentar las bases así del premio, como de la entrega de la fortaleza. El de Anjou envió dos caballeros franceses, so pretexto de tratar del rescate de prisioneros, cuyos emisarios introducidos en el castillo se vieron con el dicho gobernador, y aunque empezaron por hablarle del rescate insinuado, luego abordaron de frente la verdadera cuestión, ofreciéndole grandes recompensas, si realizaba la entrega deseada. El gobernador les dió seguridades de arreglarlo todo, con cuya noticia se presentaron á Renato, quien dispuso que al siguiente día volvieran al castillo para fijar terminantemente el dia y la hora en que se realizaría la empresa, manifestando además, que había decidido mandar personalmente las tropas que hubieran de intervenir en ella. Regresaron los franceses al castillo y estipularon el precio de la entrega, dejando ya decididamente acordado la hora y la forma de verificarla, de todo lo cual se apresuraron á dar conocimiento á Renato. El gobernador, de acuerdo con Arnaldo Sans, hizo sabedor de todo á D. Alfonso por si quería mover su ejército y ver de utilizar la caída del de Anjou en la red que se le preparaba; pero el Rey, considerando que la distancia que le separaba era demasiado larga, optó por no tomar parte en aquel hecho de armas, dejando á los gobernadores que obraran conforme les dictase la prudencia, teniendo siempre el cuidado de que no resultara detrimento á los suyos. Con esta mira, Arnaldo Sans, el día antes del convenido, mandó reforzar el referido castillo con cuarenta hombres de confianza de la guarnición del Nuevo, los cuales salieron de día embarcados en una birreme, que fingió que se largaba; más al caer de la tarde viró repentinamente y á favor de las tinieblas pudo desembarcar sus gentes en las bóvedas. sin que nadie se apercibiese.



Consistía el plan tramado en que al llegar la noche acordada y á la hora de la tercera guardia, mandase Renato cinco soldados valientes y decididos, con dos trompetas, á las cuales el presunto traidor franquearía la primera y segunda puerta, tras de lo cual estos últimos darían la señal de que se podía adelantar la demás fuerza.

Para que sea fácil comprender las peripecias de aquel suceso, traduciremos de Constanzo la descripción del Castillo del Ovo, cuyos alrededores, según tuvimos ocasión de ver en nuestra visita á dicha fortaleza, han cambiado bastante por efecto de la urbanización de que posteriormente ha sido objeto.

" Para que aquellos, dice, que no han estado nunca en Nápoles, puedan entender esta historia, es necesario describir la situación del Castillo del Ovo, y decir que es un escollo unido, por medio de un puente de fábrica de cincuenta pasos, con tierra firme: pero al llegar al escollo sigue un camino abierto en la ladera del mismo de más de sesenta pasos y del ancho de doce piés, al cabo de cuyo camino se halla la primera puerta, por la cual por otro tanto espacio, pero empinado, se va á la segunda que conduce al Castillo que está en la cima del escollo. "

Al llegar la hora de la noche convenida, Renato, que estaba siempre dispuesto á arrostrar toda clase de peligros, se dirigió á las inmediaciones del castillo con doscientos hombres escogidos, y parándose en el puente, mandó los cinco franceses con los dos correspondientes trompetas. El aparente traidor los recibió en la primera puerta y luego los acompañó hasta la segunda; en donde fueron hechos prisioneros, viéndose obligados enseguida los trompetas á sonar la seña convenida. Empero como todo esto no pudo hacerse sin producir cierto ruido, el Duque de Anjou hubo de sospechar del dolo, por lo cual dispuso que fueran algunos de los suyos á la desfilada para averiguar lo que hubiese de cierto, en sus sospechas. Como la noche era muy oscura y los que estaban en los muros del castillo oían el ruido de los que corrían por la calle, sin poder ver, sin embargo, si eran pocos ó muchos, comenzaron á arrojar piedras y otros proyectiles y mataron á tres de los enemigos, con lo cual, advertido Renato de la traición, mandó tocar retirada.

Ocupémonos ahora de las relaciones de D. Alfonso con la Santa Sede, porqué están destinadas á darnos la clave del punto de vista del Rey en los asuntos del Concilio de Basilea.

A la altura á que había llegado la empresa del Magnánimo. dueño como era de las tres cuartas partes del Reino, contando con una buena escuadra y con un ejército más que regular, falto por otra parte su competidor de recursos pecuniarios, comprendió que el éxito final de la campaña estribaba, más que en todo, en la actitud que tomase Eugenio IV, que en aquellos días se había hecho más temible por disponer del Conde Francisco Sforza.

El Rey no quería, pues, quedarse sin medios de contrarrestar al Pontífice y de pesar en sus decisiones. Así fué que cuando el Duque de Milán le propuso con grande instancia, porque convenía á sus medios, que llamase á los embajadores que tenía en dicho concilio y les mandase salir de Basilea, ofreciéndose él á hacer lo propio, cuyo paso había de ser como el preliminar de la retirada total de los prelados de ambos estados, el Rey se negó rotundamente al planteamiento de tal medida. Lo que por aquellos días le convenía era tener al Papa propicio, haciéndole ver que hacía buen uso de las armas morales que las circunstancias habían puesto en sus manos; pero siempre consideró que sería gran torpeza el soltarlas por completo. Así pues, mientras los padres de Aragón seguían una conducta benévola, al tratarse en aquella asamblea de la deposición de Eugenio IV, desestimaba D. Alfonso la proposición del Duque de Milán, diciéndole que de ella podrían resultar muy grandes inconvenientes. Para demostrárselo le hizo presente que si los suyos se retiraban del Concilio quedaría al arbitrio de Francia deponer á Eugenio IV y hacer nombrar á otro pontífice de su devoción, ó bien disolver aquella asamblea, resultando de esto último que el Pontífice se les escaparía de las garras, pues ya no se podría convocar otro Concilio hasta que pasasen diez años y aún habría de ser mediante su beneplácito. Felipe María comprendió la sagacidad de estas observaciones y aceptó el partido que le proponía D. Alfonso, no solo dejando que sus respectivos prelados continuasen en Basilea, sinó nombrando de nuevo por sus embajadores al Cardenal D. Do-



mingo de Ram, Arzobispo de Tarragona y al Arzobispo de Milán.

El Papa por su lado no obraba con menos astucia que el Rey, movido siempre por el temor de que los padres aragoneses no hiciesen causa comùn con los muchos enemigos que tenía en Basilea y que de cada día se le presentaban más audaces y altaneros. No queriendo pues romper abiertamente con D. Alfonso, procuraba tener á raya al Conde Francisco Sforza y por otra parte hacía al Rey repetidas proposiciones de que entrase en plática de concordia con Renato, mostrándole grandes deseos de concertarle con él.

A estas proposiciones debió contestar D. Alfonso con una nota cuya sustancia nos dá Zurita en el Libro XIII de sus Anales.

" El Rey, dice, no cesaba de justificar su causa: declarando al Papa, que estando en tregua con las provincias que seguían la obediencia de la Reina Juana, le tomaron en Calabria á Tropea, y pedia; que antes de entrar en la plática de la conconcordia, le fuesse restituyda: pues siendo entonces el Duque Luys vassallo de la Reyna, y teniendo la posesión del Ducado de Calabria, era obligado á guardar la tregua. „

No se defendía con menos habilidad el Duque Renato, contestando que el Rey se había incapacitado para suceder á Doña Juana en razón á haberse comprometido, por medio de una escritura firmada de su puño y letra y sellada con un sello de oro, á que toda rebelión de su parte contra la Reina se tuviese como renuncia de su derecho.

No era solo el Papa el que trataba de concertar la concordia entre los dos pretendientes al trono de Nápoles; el Rey de Francia quería también mediar, y acaso exclusivamente, en este asunto, para atraerse luego la adhesión de los favorecidos.

Hubo de entenderlo Eugenio IV, y al momento se mostró receloso de ello, enviando un nuncio á D. Alfonso, que esta vez lo fué el abad de San Pablo en Roma, rogándole que tuviese á bien mandarle sus embajadores, porque el Duque de Anjou mandaba los suyos, y exhortándole á que le diese el honor de la concordia antes que á otro ninguno, y le ofrecía pro-



ceder en sus cosas de tal manera que con razón estaría muy contento.

D. Alfonso accedió á ello, y á 19 de Mayo, estando en la Torre de Carbonara, le envió la embajada. Componíanla Don Alfonso de Borja, obispo de Valencia, Berenguer de Fontcuberta y Berenguer Mercader, á quienes se advirtió que estuvieran en todo á la disposición y ordenanza del Duque de Milán, á cuyo efecto se notificó á éste todo lo acontecido por medio de un enviado que se llamaba Jacobo Scorsa.

Hé aquí las justificaciones de la conducta del Rey que tenían el encargo de hacer valer los dichos embajadores.

Volvamos á tomar por guía á Zurita:

" Afirmaba el Rey que jamás él fué en ninguna cosa contra la Reyna: porque en el primer movimiento, quando mandó prender al gran Senescal, aquello se ejecutó por los tratos que avia movido contra él. Después cuando el Rey vino á Iscla, aquella jornada fué por mandato de la Reyna: y vino como amigo, y no como enemigo: ni offendiendo, ni haziendo injuria ninguna, ni daño en el reyno: y para solicitar su venida, fué á Mecina un secretario del Marqués de Cotron: por parte de la Reyna: y llevó los capítulos firmados de su mano: y sellados: que eran de las promesas, que la Reyna haría al Rey: escribiendo al Marqués de Cotron, que su voluntad era, que él viniese con el Rey á Iscla: para que se pudiesen poner en execución aquellas cosas, que al Rey eran prometidas. Después que el Rey llegó á Iscla, la Reyna le hizo escritura, revocando la que contra él avía hecho: y aprobando, y confirmando lo primero que se ordenó en su favor: más como estava en poder de los Anjoynos, y temia el peligro de su persona, si aquello se publicase, quedó aquella escritura en poder de la Duquesa de Sessa: para que la tuviese, hasta tanto que la Reyna estuviesse en libertad: para poder poner en execución, lo que avia prometido, y jurado: y en aquel auto intervinieron de la parte de la Reyna, y del Rey, las personas que se han referido; de suerte, que no podría negarse. Después dissimulando el Rey su sentimiento, de estar la Reyna tan oppressa, y sojuzgada, partió de la Iscla con su buena gracia: y con mucha conformidad, y concordia: y no se detuvo más de lo que la Reyna tuvo



por bien. Tomar después á su cargo la defensa y protección del Duque de Sessa, y de su estado, no se hizo por deservir á la Reyna: sinó por offender, y resistir á Jacobo Caldora: assí como á enemigo suyo: y hombre del Duque de Anjous: y después que Caldora desistió de hacer la guerra al Duque de Sessa, dió orden el Rey, que el de Sessa se fuesse á poner en la obediencia de la Reyna, como buen vassallo: y fué muy bien recojido: y perseveró en su servicio, hasta que la Reyna acabó sus días. Allende desto no le podían calumniar, por haber dado favor al Príncipe de Taranto: y averle enviado con gente de guerra al Conde Juan de Veyntimilia, que en este tiempo era Marqués de Girachi, no era contra la Reyna, sinó contra el Duque de Anjous, y contra Jacobo Caldora: que como enemigos, se esforçaban de destruir todos los servidores y vassallos del Rey: porque si moría la Reyna, que estava en disposición de no poder vivir muchos días, se hallasen ellos más poderosos en el reyno: y los que seguían la opinión del Rey destruydos: y su parcialidad flaca y debilitada: y más fácilmente ellos pudiessen tyranizar, y ocupar el Reyno. „

El resultado final de todas estas alegaciones debía ser, como siempre, pedir con grande instancia la investidura del Reino. (1)

Mientras estas negociaciones seguían su curso, escribe el propio analista, á fin de que el Papa no se inclinase á la parte del Duque de Anjou, el Rey y el Duque de Milán resolvían dar más favor al Concilio de Basilea de lo que habían hecho hasta entonces, porque temían que abandonando á los padres que lo formaban, no desmayasen y se sometiesen al Papa ó se disolviese la asamblea, cosa que de haber sucedido, dice literalmente Zurita, “ era daño irreparable del Rey y aún del Duque de Milán. „ Entre estos dos potentados se hablaba y se trataba, como de la cosa más natural del mundo, de la suspensión y de-

(1) También hemos tenido la fortuna de encontrar en el Archivo de la Corona de Aragón las instrucciones dadas por el Rey á los embajadores citados por Zurita. Aunque aquellas comprenden algunos detalles no espresados por el analista aragonés, cómo no son muy interesantes, no creemos conveniente rehacer su relato, limitándonos á insertar por nota este documento inédito, junto con otro correlativo. (a)

(a) Vid Apéndices XXVII.



posición del Papa, contando siempre con poder manejar á su antojo á los padres de Basilea, y aún era objeto de mútuas recriminaciones la discusión de la oportunidad, pues el Duque ya había querido que se pasase adelante en la forma de tan trascendental medida, apesar de que luego desistió de su propósito. Y era porque Felipe María se hallaba acosado de enemigos, todos más ó menos ligados pública ó secretamente con el Papa. Eran estos principalmente los venecianos, los florentinos y el Conde Francisco Sforza, cuya hostilidad fué causa de que Nicolás Piccinino no pudiese rendir la ciudad de Brescia y fuese luego derrotado, junto con el Marqués de Mantua, en el castillo de Ten, por las tropas de los aliados. (1)

¡ Tales eran los móviles que impulsaban á los monarcas absolutos á resolver en determinado sentido las más graves y trascendentales cuestiones eclesiásticas!

Tócanos ahora referir por cuán estraña manera vino á perderse el Castillo Nuevo de Nápoles que los nuestros poseyeron por espacio de once años.

Aunque el Rey disponía de una muy regular escuadra, por despreciar más de lo justo á su enemigo, teníala en parte desarmada y en parte alejada del Reino con idea de hacer la guerra á los genoveses, no teniendo á mano más que cuatro galeras para la guarda de los importantes castillos de Nápoles. Aconteció á todo esto que los genoveses, sus encarnizados y perennes enemigos, alistaron cinco naves gruesas cuyo capitán fué Spineta de Campo-Fregoso y una galera que mandaba Nicolás del mismo apellido. Estos buques llevaron trigo á Nápoles y estando aún cuatro de las naves en el puerto, dispuestas á hacerse luego á la vela con rumbo á los Abruzzos, se le antojó al gobernador del Castillo Nuevo disparar una gran lombarda, cuyo proyectil se llevó la mayor parte de la popa y del mástil de la nave en que se hallaba Nicolás de Campo-Fregoso, yendo luego á caer en la cámara en ocasión en que éste

(1) Apropósito de los ahogos bélicos del duque de Milán debemos citar un curioso documento que se conserva en los archivos gubernativos de la capital de Lombardía. Nos referimos al instrumento por el cual dicho príncipe constituye en comisario suyo á Francisco Castioni de Tortosa, catalán *(nostri dilecti Francisci Castioni de Tortosa Cathelani)* con encargo de alistar una flotilla con la cual se había de hacer la guerra por mar á Venecianos y Florentinos.

Vid. Doc. dipl. tratt. dagl. archiv. milan. Vol III, part I, n.º CLXXXXVIII.



estaba contando allí una suma de dinero. Fué tál el susto que aquel acto de impensada hostilidad produjo en los circunstantes, que Nicolás, lleno de ira, juró que á cambio de aquel proyectil había de hacer cincuenta disparos de ballesta ó trabuco, contra de la fortaleza, (1) Constanzo dice que Nicolás, ardiendo de corage por lo sucedido, hizo subir la artillería de las naves á la iglesia de San Nicolás del muelle y con ella y con ciertos instrumentos de guerra antiguos que se llamaban trabucos, infestó el castillo y á la guarnición de modo que los que la formaban apenas estaban seguros en las casamatas. Cada vez que el trabuco se disparaba tirando en alto, caía sobre el castillo un gran chubasco de piedras, á guisa de granizo, que mataba á todos los que se hallaban al descubierto ó debajo de frágiles techos.

El gobernador al ver á los suyos tan mal tratados, ideó un singular recurso de guerra. Fué éste mandar de noche una barca al alcayde del Castillo del Ovo con orden de que entregara los cinco franceses que habían sido hechos prisioneros en la empresa que dejamos relatada, y así que los tuvo en su poder, púsoles en el lugar más peligroso, á fin de que si los genoveses continuasen haciendo jugar las baterías ó trabucos, fuesen aquéllos las primeras víctimas. Por de pronto el recurso dió buen resultado; pero más adelante se vió que el remedio había sido peor que la enfermedad; porque hallándose con los anjevinos un capitán francés, de nombre Zampanias ó Sampaglia, doliéndose de la triste suerte que esperaba á sus paisanos, fué al encuentro de Nicolás y le propuso que, en vez de seguir hostilizando el castillo con pérdida de tan bravos caballeros, se reunieran las fuerzas de mar y tierra y con ellas se atacase la torre de San Vicente, debajo de cuya protección atracaban las embarcaciones en el Castillo Nuevo y metían en él las municiones y las subsistencias; hecho lo cual, no cabía duda que esta última fortaleza no había de tardar en rendirse. Parecióle bien esta idea al caudillo genovés, y ambos á dos fueron á someterla á la consideración de Renato, que la aprobó por completo. Solo faltaba que los patrones de las naves consintieran

(1) *Non abiturum se inde juravit*, (dice Fazio) *prinsquam quinquagies saxa in eam arcem conjecisset.*



en exponerlas; pero todo se arregló dándoles la correspondiente caución ó fianza para el caso de que fueran echadas á pique ó sufrieran avería. Todo era ya movimiento y animación en Nápoles, y el de Anjou estaba preparando por sí mismo y á toda prisa los demás recursos necesarios.

Apercibido Arnaldo de Saus de lo que se proyectaba, como encargado que era por el Rey de la custodia de aquella torre, tomó todas las medidas que le sugirió su celo para salvarla, y fueron éstas: reforzar la guarnición con veinte hombres sacados del Castillo Nuevo, que con los diez que ya había en ella puso bajo el mando de dos hermanos llamados Martin y Bernardo, á los cuales fué él mismo á dar ánimo por medio de una larga y calurosa arenga; proveer la torre de grandes piedras y de toda suerte de proyectiles; y por fin, llenar su almacén de las vituallas disponibles.

El fuerte de San Vicente, según Fazio, estaba rodeado por el mar. Por la parte que miraba al mismo tenía un dique muy ancho, para resguardo de las olas; pero por la que miraba á tierra no tenía ninguna fortificación ni reparo. En su lado extremo, es decir en el cercano al Castillo Nuevo, estaba situada la torre, ostentando una muralla ó recinto exterior de poca más altura que la de un hombre y en algunas partes aún no llegaba á ella; de modo que su remate venía al nivel de las popas de las naves genovesas.

Al otro día Nicolás Fregoso y Sampaglia la atacaron con todas las naves y leños disponibles. Este, á favor de las embarcaciones menores, echó sin resistencia todas las tropas en el estremo del muelle y empezó á atacar á sus enemigos. Acto seguido las naves, convenientemente dispuestas para defenderse en lo posible de los preyectiles de la artillería y de los de las demás máquinas de guerra, acometieron en masa la dicha torre, pudiendo colocarse una de ellas en el espacio que había entre la misma y el Castillo Nuevo, viéndose así los nuestros acosados por doquiera. La nave mayor en su abordaje puso la proa junto á la primera muralla, y á favor de unas teas cubiertas de alquitrán colocadas al extremo del bauprés, incendió un reparo ó mantelete improvisado que los de la guarnición habían levantado para defenderse de los disparos que se les pudieran ha-



cer desde la cubierta de las naves gruesas. Los atacados no tuvieron medio de apagar el incendio, porque así que asomaban por cualquiera parte, caía sobre de ellos, de todos los buques, una lluvia de piedras y de dardos. Sampaglia había dividido su infantería en diversos pelotones y estos iban embistiendo por turno con gran brío y decisión la muralla exterior y ofendían á sus defensores á pedradas y por medio de disparos de ballesta. Estos, aunque por el incendio del mantelete se veían privados de su principal resguardo, resistíanse sin embargo con denuedo y herían á muchos de los que con mayor audácia les acometían. Una cosa, no obstante, les hacía aflojar en su resistencia: tal era la falta de pólvora que les impedía hacer jugar sus lombardas; hallándose en el mismo caso los del Castillo Nuevo que tampoco podía ayudarles por medio de su artillería. Esta carestía se explica por el hecho de haber gastado D. Alfonso, durante el sitio de la ciudad, casi todas las municiones que en los castillos había. La fortaleza era atacada por todas partes, así de cerca como de lejos, desde las cubiertas de las naves, no menos que desde la misma isla, y era tal el número de saetas que de contínuo iban hendiendo el aire, que ninguno de los defensores podía sacar al descubierto ninguna parte de su cuerpo, sin que al punto no quedase herido. Apesar de todo eran tantos los bríos de los atacados, que aún así aparecían impensadamente, y con sus proyectiles también ocasionaban bajas en las filas del enemigo. Haciendo ya mucho tiempo que duraba el combate, no habiendo ninguno de los nuestros que no estuviera herido, y aflojando por esta misma causa la resistencia, Sampaglia mandó dar la última y mayor acometida, y aplicando contra el muro unos fuertes maderos ó vigas, resguardó á los suyos de los proyectiles que les pudieran arrojar desde lo alto. Entonces Martin y los que con él se hallaban se retiraron atemorizados al interior de la torre por medio de las escalas que conducían al portillo de la misma, en cuya operación, poniendo sus cuerpos al descubierto, muchos fueron acribillados de heridas, entre los cuales se contó el mismo Martin que recibió dos, una en la cerviz y otra en el muslo derecho. Apesar de todo ninguno de ellos soltó las armas, escepto uno que tuvo roto un femur y no pudo sostenerse de pié. Empero, todos,



vendándose sin pérdida de tiempo las heridas, volvieron á la pelea para evitar que el enemigo asaltase la torre. Pusieron, sin embargo, el mayor empeño en que nadie llegase hasta el portillo, y viendo que ya no podían fiar su salvación más que á su propia valentía, arrojaron al agua las llaves que lo cerraban. Entonces los angevinos saltaron la muralla exterior ó sea la que formaba el primer recinto, desparramándose por el espacio que quedaba entre ella y la torre, y aplicando de nuevo los maderos contra esta última, tuvieron medio de pegar fuego á mansalva á las puertas que cerraban el insinuado portillo, con lo que, apoderados del interior, obligaron á los nuestros á que depusieran las armas. Se peleó con denuedo y contínuamente hasta muy entrada la tarde, Los vencidos fueron respetados á causa de su heróico valor: se les llevó á la ciudad y allí se les curaron las heridas. De los enemigos algunos perecieron y muchos salieron heridos.

¡ Así se batían nuestros bravos antepasados ! ¡ Así defendían á su Rey y á su bandera los heróicos soldados de Aragón y Cataluña.

Los vencedores repararon la torre y rebosando alegría dejaron en ella numeroso presidio. (1)

Poco después se escapó un prisionero de los que estaban en el Castillo Nuevo, descolgándose por una cuerda, y acto contínuo se presentó á Renato, enterándole de que en él solo había subsistencias por muy pocos días, cosa que sabía de cierto por haber oido platicar de ello á los soldados de la guarnición, de suerte que si se decidía á sitiarlo lo rendiría fácilmente.

Renato movido por estos informes y habiendo además conocido en la expugnación de la torre de San Vicente que en el castillo faltaba pólvora de lombarda, decidió poner cuanto antes cerco á dicha fortaleza. Así, obrando con rapidez, no daba tiempo á que se juntaran con D. Alfonso el príncipe de Tarento y los demás barones que estaban en marcha. Reunida, pues, la fuerza de mar y tierra, y habiendo hecho venir gran golpe de tropa, tanto de Aversa como de varias otras partes, puso su

(1) Esta minuciosa é interesante descripción, que no figura en ningún autor castellano, catalán, ni italiano, la hemos traducido casi literalmente del texto latino de Fazio.



campo fuera del alcance de los proyectiles del Castillo Nuevo, Demás de esto ocupó los templos de San Pedro Apostol y de Santa María Coronada, que impedían que nadie pudiera aproximarse á dicho fuerte, y á fin de evitar todo ataque á los mencionados edificios, ya por parte de las gentes de D. Alfonso, ya en el caso de una salida de los sitiados, mandó ceñirlos de doble valladar y foso. Para que no pudiera entrar por la boca del puerto ningún barco que llevara subsistencias ó refuerzos á los del castillo nuevo, mandó cargar unas barcas de grandes y pesados peñascos y las hizo sumergir en el espacio que mediaba entre la torre de San Vicente y el muelle llamado provincial que era donde estaba dicha boca.

Puso en el interior del puerto cinco naves gruesas, y una galera de las mayores, que repartió por igual distancia entre la citada torre y el muelle de la ciudad, á las cuales mandó que largaran áncoras y las proveyó de artillería y de toda clase de armas arrojadizas. Preparadas así las cosas empezó á batir el Castillo Nuevo por mar y tierra, sin dejar á los sitiados un momento de reposo. Arnaldo Saus tomó también por su parte todas las medidas que lo grave del caso requería, distribuyendo la gente por los muros y teniendo la mayor vigilancia, á fin de que los enemigos no entraran en la fortaleza, ni por la fuerza, ni por la astucia. Además de esto procuró poner en conocimiento del Rey todo lo que estaba sucediendo.

Entretanto D. Alfonso se hallaba en Tierra de Labor ó sea en la antigua Campania, habiendo pasado de Gaeta á Capua y de ésta á Santa María la Mayor, dando disposiciones para que el Príncipe de Tarento fuera á reunírsele con las fuerzas de su mando á fin de hacer frente á las eventualidades de un porvenir que ciertamente no se presentaba satisfactorio para nuestra causa. Por lo que toca á los recursos navales, mandó alistar cinco galeras que dotó de soldados valerosos y cargó de toda suerte de vituallas, para ver si le era dado introducir algún socorro en el Castillo Nuevo. Más tarde esta escuadrilla se reforzó con otra compuesta de seis galeras y de la nave de mosen Bastida, y aún se dió orden de que se armase en Gaeta la galera de Riambao. Estos últimos buques estaban al mando de Gilabert de Montsoriu y de Galcerán de Requesens, los cuales



habían operado en los mares de Salerno, guerreando contra el papa, á quien dicha ciudad se había dado. Por cierto que en esta campaña apresaron una galera de genoveses y á su capitán llamado Juan de Federico.

Renato y Eugenio IV trataban, mientras esto sucedía, de ir ganando tiempo y de adormecer al Rey por medio de arteras y dolosas negociaciones. Estando en Santa María de Capua, Renato le propuso desistir del asedio del Castillo Nuevo y dejarle libre y aún permitir que se abasteciese, si en cambio se firmaba tregua por un año. El papa por su parte aparentaba siempre trabajar en la concordia de los dos pretendientes, á cuyo fin tenía frecuentes conferencias con los embajadores que D. Alfonso le había diputado, pero por bajo mano inducía á Renato á que de ningún modo se concertase con el Rey y además le hacía grandes ofrecimientos.

D. Alfonso cada día más ducho y avisado, desoyó por completo al de Anjou; y dió á entender al Papa que había descubierto su doble juego, disponiendo la retirada de los embajadores de la corte pontificia.

Estando el Rey en Campo Viejo se le presentó un napolitano, hombre de baja condición, llamado Marco Pérsico y le ofreció hacerle ocupar el monasterio del Carmelo, el cual estaba bien fortificado y artillado y desde él se podía ocupar fácilmente la ciudad. Con esta esperanza se entretuvo algunos días, mientras que Pérsico decía seguir tratando la traición con sus amigos y pretextando que era necesario esperar que la luna no alumbrase tanto; pero al cabo, después de haber hecho perder un tiempo precioso, eludió todos los compromisos contraídos.

Entretanto Renato, concluídas las obras de sitio que había empezado, circunvaló por completo el castillo y cerró á los sitiados todo camino por parte de tierra.

El Rey habiendo conocido el dolo de Marco Pérsico, levantó el campo prontamente y atravesando por el monte de San Telmo se fué á Chiaja y de allí pasó á acampar en Pizzofalcone, prometiéndose forzar la trinchera, y por aquella vía socorrer el castillo. De esta situación de los campos resultó que uno y otro beligerante fué á su vez sitiador y sitiado. Sin embargo



las condiciones no eran iguales, porque las tropas de Renato tenían libre y seguro el acceso á la ciudad y desde ella se les suministraba toda clase de provisiones, fuera de que las grandes defensas que habían construído aseguraban por completo su campamento. Todos los días se escaramuceaba, sin empeñar ningún encuentro decisivo. Lo que más infestaba el campo del Rey eran los continuados disparos de artillería de que era blanco tanto de día como de noche, así por parte del real enemigo, como del castillo de San Telmo, los cuales quitaban de enmedio á todo el que se descuidaba. D. Alfonso sin embargo se mantenía firme expiando la ocasión de forzar las trincheras del enemigo.

A todo esto los hechos de armas de segundo orden y los rasgos de heróico valor personal menudeaban por parte de los nuestros. Demos cuenta de algunos por todo extremo interesantes.

Habiéndosele ocurrido al enemigo tomar uno de los cañones, que estaba en la parte baja del castillo, dió el asalto y se precipitó sobre de él, teniendo ya en el muelle dispuesta la gente que debía arrastrarlo después de haberle atado una cuerda. Advertido esto por Arnaldo escogió cien hombres del presidio, y les mandó que hicieran una vigorosa salida por la puerta del socorro, prévia una lluvia de proyectiles que desde lo alto de las almenas se arrojó sobre el enemigo. Siguieron aquellos valerosamente las órdenes recibidas, y después de cortada la cuerda con el filo de sus espadas, recobraron la pieza y la volvieron al castillo.

Otro de dichos rasgos fué el siguiente.

Aconteció que tres naves enemigas, de las cinco que estaban ancladas, dejaron su estación y se pusieron del otro lado del muelle. Así que Pedro, que estaba de gobernador en el castillo del Ovo, se apercibió de ello, pensó que había llegado la oportunidad de socorrer al Nuevo, conforme con lo que el Rey le tenía ordenado, y metiendo treinta hombres en una barca, les mandó que fueran á su destino á toda fuerza de remos. Cumplieron ellos con tanto arrojo y diligencia su consigna, que en un momento se plantaron al pié del Castillo Nuevo, por más que tuvieron que pasar por entre las dos naves gruesas que



habían quedado en el puerto. En vista de tanta audácia, los enemigos, sobre todo los que se hallaban más cerca de esta altísima fortaleza, corrieron á las armas y trataron de impedir que pudieran introducirse en ella. Difícil era la empresa por parte de los aragoneses, pues á un tiempo tenían que resistir el ataque y meterse por el portillo; pero se batieron tan bien y fué tal el ausilio que les dieron los sitiados, que todos, escepto uno, pudieron entrar incólumes en la fortaleza.

Entonces Renato, para que los sitiados no recibieran nuevos ausilios por la vía del mar, por medio de unas vigas atadas entre sí, hizo pasar una cadena que iba desde la torre de San Vicente hasta el muelle, disponiendo además, que acto contínuo volvieron las naves al lugar que se les había señalado.

Obedecida esta orden, deliberó el Rey hacer jugar su artillería contra las naves, y apuntando á la más cercana se dió de tal manera en el blanco que el proyectil se le llevó el mastil. Produjo esto tanta consternación en el campo angevino, que asegura Fazio, que si en aquel momento los nuestros hubiesen atacado el campamento enemigo lo hubieran puesto en gran peligro.

No pararon aquí las acciones heróicas.

Pensando Arnaldo de Saus que el enemigo no podía sospechar jamás que los del castillo tuviesen la osadía de quitar la cadena que cerraba la boca del puerto, la cual, en realidad, no era vigilada en lo más mínimo, ideó acometer la atrevida operación de apoderarse de ella; pero antes le pareció del caso comunicar el proyecto á D. Alfonso y obtener su asentimiento. Más ¿de qué manera dar este paso preliminar, rodeado de enemigos como por todas partes se hallaba? Con soldados como los nuestros no había cosa imposible. Puesto que no se podía pasar por tierra, ni par la superficie del mar, el parte pasó por debajo del agua: se colocó dentro de una bola de cera y un excelente nadador y buzo fué por dicha vía á llevárselo al campamento. Leído por D. Alfonso, como consintiese en la empresa, el mismo emisario volvió con la respuesta al castillo. Inmediatamente Arnaldo hizo poner manos á la obra. Existía en la fortaleza una canoa que los soldados habían fabricado del tronco de un árbol para que les sirviese de solaz en sus mo-



mentos de ocio. En ella mandó el alcayde que se embarcaran dos valerosos soldados provistos de un fuerte garfio, hecho de un arpón encorvado, el cual se puso al extremo de un calabrote. En un abrir y cerrar de ojos estuvieron los dichos á la boca del puerto y el arpón quedó enclavado en la cadena. Ya regresaban á toda fuerza de remos, cuando se apercibieron los enemigos, los cuales embarcados en botes y provistos de achas y azuelas fueron á romper el calabrote; pero el cabo de éste estaba ya en el castillo. Entonces se empezó una lucha rara, teniendo por objeto, por parte de unos, tirar con fuerza para romper las ligaduras de la cadena; por parte de otros, romper el calabrote para que resultasen inútiles aquellos esfuerzos. Tanto y tan reciamente tiraron los del castillo que roto y descompuesto el aparato que cerraba la entrada del puerto, pudieron traer hácia sí gran parte de la cadena. Los dos valerosos soldados salieron incólumes de tan arriesgada empresa, y el enemigo no tuvo en adelante ánimo ni ocasión de rehacer aquel obstáculo. No obstante de nada sirvió esta hazaña á los sitiados; puesto que á causa de ella, los sitiadores vigilaron con mayor asiduidad para que nadie pudiera acercarse al castillo, así por mar, como por tierra. El rigor iba pues creciendo de día en día. Un cordón de tropas ceñía la fortaleza, y las naves no se apartaban de la boca del puerto.

El Rey era también muy hostilizado en su campamento de Pizzofalcone, siendo su conducta en aquellos difíciles momentos un modelo de sufrimiento y paciencia. No así los suyos que aún cuando al principio se portaron con gran abnegación, á la postre llegoron á rayar en la indisciplina. Veámos acerca de este delicado particular lo que nos dejaron escrito el anónimo. ó *incerto autore,* y Zurita.

El primero, después de decir que se estableció el campamento en Pizzofalcone y de mencionar los asaltos sin resultado que se dieron en el de los enemigos, por la brava resistencia que hicieron los caballeros napolitanos escribe: "Entretanto el castillo de Santelmo que se tenía por Renato tiraba de noche y mataba infinidad de gente en el campo aragonés y el peligro era común así á los capitanes y barones, como á los soldados, y aún mayor, porque los del castillo apuntaban siempre á



las tiendas más vistosas; y entre los principales del campo no había ninguno que fuese osado de decir al Rey que mudase de alojamiento, pareciéndoles á todos vergüenza el tomar la iniciativa de ello, esperando que el Rey por sus propios impulsos, viendo tales estragos, lo ordenase. Al fin después de haber muerto más de cuarenta caballeros y gran número de gente menuda, unánimente se gritó de todo el campo que se mudase de alojamiento: el Rey, subiendo á un alto, para poder ser oído de todos, dijo de cuán grande importancia era socorrer el castillo y que habría querido antes perder las tierras que tenía en el Reino, y les animó á que tuvieran paciencia, mientras mandaba celebrar pactos con el Duque de Anjou, que así solía llamar á Renato, para que hiciese buena guerra, y no hiciese disparar; con todo esto algunos capitanes replicaron que á ellos no les pesaba morir en servicio del Rey, cuando su muerte pudiera redundar en provecho de él y fuese en lugar donde pudieran mostrar el valor de sus personas, y no morir sin efecto alguno á guisa de cabras. „

Hé aquí lo que añade Zurita acerca de estos sucesos. " Mudó después su alojamiento á Picifalcon: y tenía hasta once mil combatientes: y tiraban del castillo de Santelmo, que estaba sobre un collado del monte Pusilipo, que sojuzga toda la ciudad, al real con sus lombardas sin cesar: (1) y recibiendo mucho daño de los tiros, determinó acometer las bastidas: por si pudiera entrarse en la ciudad: y recibiendo los nuestros grande daño del castillo, los señores, y capitanes del real embiaron al Duque de Bari, para que se hiciese la guerra cortés: y pidieron al Duque de Anjous que hiziessen á usanza de buena guerra, como era costumbre: y respondió el Duque de Anjous, que el Rey Alfonso no había dexado cosa: por vencer: hasta recoger gente de armas y soldados contra la usanza de la guerra: para que no pudiesen tornar á servirle: (2) y asi le conve-

(1) Además de los disparos de lombarda jugaban también los morteretes según se lee en Constanzo. « El Rey, escribe, estando en su campamento recibía mucho daño del castillo de Santelmo que disparaba con una especie de piezas llamadas morteretes que arrojaban además de la bala una gran cantidad de piedras pequeñas, contenidas en una especie de jaula de madera, que se esparcian por todas partes, sembrando la mortandad en el campamento y siendo constante el peligro de tan grandes personages como se hallaban en él. »

(2) Esta idea resulta algo confusa. El anónimo la aclara con estas palabras:



nía á él guerrear á su modo. Fué este príncipe el primero, que llevó al Reino las espingardas: pero pocos sabían hacer la pólvora: y el Rey mandó hacer gran número dellas: y comenzaron á usarse mucho de allí en adelante: como arma ofensiva y terrible. „ (1)

Por su parte Arnaldo había acabado la pólvora y no podía hacer jugar la artillería. A esta carestía se añadió muy pronto la de las saetas y demás armas arrojadizas.

Pero lo más grave y menos llevadero, era que ya se veía cercano el angustioso conflicto del hambre, pues solo quedaba trigo para muy pocos días y por ninguna parte se vislumbraba la más pequeña esperanza de socorro. Con todo Arnaldo exhortaba á los suyos á que soportasen con buen ánimo el asedio; puesto que el Rey había de hallar medio de librarlos de tanto peligro, diciéndoles que cuantos más fuesen sus sufrimientos, serían mayores las alabanzas que recibirían y la gloria á que se harían acreedores. En este estado de cosas, Arnaldo volvía á mandar al mismo nadador al campamento de D. Alfonso, para que le enterase de la falta de trigo y de la general estrechez en que se hallaban los del castillo. El emisario cumplió su encargo como la vez primera, regresando acto contínuo con noticias halagüeñas; pero la verdad era que ni abiertamente ni por medio de la astúcia, había forma de hacer algo en beneficio de aquel puñado de héroes. Se vió otra vez si se podrían introducir en el Castillo Nuevo los víveres que, procedentes de Gaeta, habían sido depositados por las naves en el vecino del Ovo; se vió igualmente si podía forzar el campamento enemigo: todo se presentaba erizado de tantas dificultades que resul-

« Re Renato rispose, che Re Alfonso non avea lasciato mai cosa alcuna per vince- » re, e contra l' use della guerra aveva fatto fare taglia á tutti i soldati che da suoi » erano presi, ó tal che impoveriti non potessero tornar á guerreggiare. »

(1) El Diario de Nápoles dá más noticias acerca de las espingardas. Primero dice que eran unas piezas de cañón portátiles, cuya carga no excedía de dos libras. Lueño añade que Renato había llevado consigo sesenta espingarderos, de entre los cuales solo dos sabían fabricar la pólvora; D. Alfonso, continúa, quiso tener también dichas armas, pero que no pudo servirse de ellas, falto de polvoristas hábiles hasta que hizo prisioneros en el sitio de Sant Archangelo, pequeño castillo inmediato á Nápoles á uno de los prácticos en dicho oficio. Entonces teniendo ya buena pólvora aumentó el número de tales piezas. Lecoy que ha examinado las cuentas del Rey, dice haber hallado varias cédulas de tesorería referentes á sumas gastadas en pólvora y en espingardas, lo mismo que en la adquisición de « ciertas artillerías secretas encargadas por S. M. para el servicio de su campo. » Sin embargo afirma que estos gastos no remontan más allá de 1442.





taba casi enteramente imposible. Llegó por fin el momento en que los compañeros de armas de Arnaldo le pidieron que mirase por su salvación. Este, antes de rendirse, todavía quiso intentar una nueva escitación cerca de la persona del Rey; así pues mandó por tercera vez al buzo, para que le manifestase que á causa de haberse agotado los víveres, era imposible sostener el sitio por más tiempo. D. Alfonso mandó la respuesta de que hiciese lo que pudiese, sin detrimento de los suyos, y que en un caso extremo quedaba autorizado para capitular.

Después de esto viendo el Rey que su presencia y la del ejército era ya inútil cerca de Nápoles, levantó el campo y rodeando el mismo monte por cuya falda había ido, se fué á Castellamare, para dirigirse desde allí á Salerno. Sin embargo mudando luego de intento y para que no le remordiera la conciencia de no haber hecho todo lo posible por la salvación del Castillo, alistó dos triremes, se embarcó en una de ellas y de noche fué á abordar al castillo del Ovo, para ver por si mismo si podía aprovecharse de algún descuido del enemigo y meter algunos aprovisionamientos en la fortaleza sitiada. Todo fué en vano. Los capitanes de las naves sitiadoras se apercibieron de ello y estrecharon más y más el bloqueo del Castillo Nuevo. En vista de esto dejó en el del Ovo á Guillén Ramón de Moncada y Raimundo Boyl con poderes bastantes para que tratasen con Renato, ó con quien éste designara, las condiciones de la rendición del Castillo asediado, después de lo cual regresó á Castellamare y habiendo puesto en orden la hueste hizo, como antes tenía proyectado, la vía de Salerno.

Moncada y Boyl negociaron con los embajadores del Rey de Francia, que lo eran el preboste de París y Raudolfo Gaucurt y no gustando á los primeros las proposiciones de tregua de un año con Renato, que ya otra vez les había hecho, decidieron entregar el castillo, mediante ciertas condiciones. Eran éstas que la guarnición debía salir sana y salva; que cada soldado conservaría todos los efectos ó bienes que pudiese llevar encima: y concedidas que les fueron, nuestros negociadores entregaron las llaves de la fortaleza á los legados del Rey de Francia. (1) La guarnición pasó del Castillo Nuevo al del Ovo

(1) Algunos historiadores indican que por algún tiempo el Castillo tuvo guarnición francesa; pero que al fin fué entregado á Renato.



y de este punto al campamento de Don Alfonso, llevando á la cabeza á Moncada, Boyl y al heróico Saus.

La rendición del Castillo fué á 24 de Agosto. Constanzo escribe: fué muy alabado el valor del castellano y de sus compañeros, pues no les quedaban más que algunos trozos de carne de las mulas del molino, que habían sacrificado y salado. Así, según Summonte, se lee en el epitafio de su sepulcro en Monte Olivete.

Dos palabras para despedirnos de los embajadores del Rey de Francia. Yendo un día á platicar con el Rey á Santa María de Capua, en compañía del Conde de Bucino y de Santo Galeoto, al estar entre Melito y Aversa fueron asaltados y tratados de tal modo que se volvieron á Nápoles llenos de insultos y de palos, con muchos de su acompañamiento heridos, y de allí á tres días partieron para Francia amenazando con que su rey les vengaría; pero no sucedió nada de esto, porque acontecieron en Francia las guerras con los ingleses, y su rey tuvo bastante que hacer con ellas (1).

Tras de la pérdida del Castillo Nuevo el Rey dividió sus fuerzas del modo siguiente: una parte fué al Abruzzo. otra á la

(1) Según Lecoy, los genoveses entendieron algo de las proposiciones de tregua que hizo Renato á Don Alfonso y de las idas y venidas al campamento de éste de los embajadores del Rey de Francia, con ó sin la aquiescencia del de Anjou, y al punto se soliviantaron y le escribieron diciéndole que no se olvidase de avisarles antes de celebrar cualquiera tregua ó convención; puesto que era preciso que se les comprendiese en ella; el enemigo, añadían, nos ha ofrecido condiciones inesperadas á trueque de nuestra neutralidad, las cuales hemos rehusado, por cuanto el ardid es demasiado burdo y no tiene más objeto que dividir á los aliados. La carta en que esto pedían trae la fecha de 18 de Agosto (Arch. de Génova X. 111). Además de este documento, que tiene visible carácter oficial. existe otra carta escrita en aquellos mismos días á Renato por Tomás de Campofregoso, de carácter ya más íntimo, la cual se lee en la Historia de la Provenza de Papón, quien la tomó de un MS. del Vaticano. He aquí algunos de sus párrafos más notables. «Ya sabéis con qué alegría y con qué interés os han recibido todas las personas virtuosas. Dispútanse con envidia el honor de poneros en el trono y todo lo sufren por el amor que os profesan; ruinas, incendios, sitio, hambre, heridas, todo lo afrontan, hasta la misma muerte. Cuando reflexiono acerca de estos generosos esfuerzos, me parece que no hay cosa más capaz de alentar el valor de que habeis dado tantas pruebas, así en la próspera como en la adversa fortuna.... En el trono en que os habeis levantado y desde el cual despreciais los pasatiempos frívolos y los vanos placeres, la gloria es la única pasión á que no habeis renunciado; mas no ignorais que no se adquiere si no por medio de una firmeza inquebrantable que se ostenta en las grandes empresas y en medio de los mayores peligros.... Venciendo obstáculos y vicisitudes Hércules, Aníbal, Fabio Máximo, Marcelo y muchos de vuestros progenitores llegaron al templo de la inmortalidad...»

No hay duda que es difícil hallar un lenguaje más clásico, puesto al servicio de una política más prosáica y materializada; por que la verdad es que cuando Génova vió decaer la causa de Renato, solo pensó en sí y en la manera de captarse la benevolencia de Don Alfonso.



Tierra de Labor, otra al mando de Gabriel Orsino á la Pulla, y él con el resto al principado de Salerno.

La primera operación fué sitiar la capital, que desde que el patriarca se apoderó de ella tenía las banderas de la Iglesia. El cerco quedó ultimado á primeros de Septiembre y la plaza y el castillo se le rindieron al poco tiempo.

Desde el campamento escribió Don Alfonso á España, por conducto de su camarero Ramiro de Funes, diciendo á la Reina y al Rey de Navarra que no desconfiasen del éxito de la empresa que traía entre manos, por más que se hubiese perdido el Castillo Nuevo, puesto que le quedaban aún el del Ovo, el de Isquia y la importante plaza de Gaeta, fuerzas que no podían dejar de ahogar al pueblo de Nápoles y á la postre sojuzgarle. Que por lo demás lo tenía todo en tan buen estado que esperaba en breve no solo recobrar el castillo sinó también la ciudad de Nápoles.

Tomada la ciudad de Salerno se la dió el Rey con el título de príncipe al Conde de Nola, que se había casado ya con Doña Leonor hija del Conde de Urgel y también le dió el Ducado de Amalfi. (1). Era el conde primo hermano del Príncipe de Tarento. Con esto subió al más alto grado de esplendor la familia de los Orsini, de la cual dice Constanzo que poseía en el Reino siete ciudades metropolitanas y más de treinta de Sede episcopal con más de trescientos castillos.

Después de Salerno el Rey tomó á Eboli y á Capaccia que era de Jorge de la Magna. Todos los de la casa de Sanseverino se le dieron á partido, con lo cual aumentó mucho su reputación y la fama de su poder.

(1) Balaguer con referencia á las crónicas del monasterio de Poblet habla de una Doña Leonor de la casa de Urgel penitente de Fr. Pedro Cerdan, desengañada del mundo y retirada á una ermita llamada de San Juan Bautista, distante una legua del citado monasterio, en donde vivió con increible abstinencia, descalza, vestida de ásperos cilícios, dvota imitadora de la Madalena. Dicho autor pone la fecha de su muerte en 1430. Los cronistas de Poblet escriben que murió en olor de Santidad; la llaman venerable y cuentan que Fr. Pedro Marginet vió subir el alma de la misma al cielo conducida en triunfo por los ángeles. Por lo que exponemos en el texto la esposa del Conde de Nola no puede ser la penitente de Poblet, pues esta murió en 1430 y la otra vivía aún en 1439. Si lo que dicen las crónicas del monasterio es cierto, solo se esplica admitiendo la existencia de dos señoras de este nombre ó sean tia y sobrina. Entonces la tia como hermana del Conde de Urgel sería la penitente y la sobrina como hija de aquel desgraciado sería la esposa del Conde de Nola. (BALAGUER, *Las Ruinas de Poblet.*)

Feliu de la Peña, libro XVI, cap. V, pág. 455 en sus Anales de Cataluña, también habla de esta Doña Leonor y de Fr. Pedro Marginet con referencias al archivo de Poblet, lib. de antigs. manuscritos.



Entre tanto Jacobo Caldora había tomado Pescara, Loreto y Sulmona y casi todo el Abruzzo y al fin de Setiembre movió su hueste para ir al encuentro de Renato. Sabedor el Rey de este movimiento desde la Campania se dirigió á atajar á dicho condottiero y tomar los pasos para resistirle la entrada. Caldora se puso debajo de Cariazza y el Rey de la otra parte del río Volturno al pie de Limacola, según Zurita. Sea como quiera, á poco de haber llegado el Rey á una orilla, se presentó Caldora en la opuesta. Este que había hecho atravesar alguna gente, estaba ya echando cuerdas y tenía medio arreglado un puente. Enterado, empero, el Rey de esta operación, mandó toda su caballería para que estorbase el paso del enemigo, cuya fuerza, cumpliendo rápidamente la consigna, se encontró con trescientos infantes que habían pasado el río á los cuales atacó denodadamente. obligándoles á huir precipitadamente y persiguiéndoles hasta Moroyo, que era un castillo de aquellas cercanías. A los demás que se preparaban á pasar, les desbarató el puente y les frustró sus designios. Caldora se dirigió entonces á Benevento, lo cual sabido por el Rey, salió de Ducenta y se dirigió al valle de Caudina con toda celeridad para ver de cortarle el paso.

Se atribuye esta determinación de Caldora á que en aquella fecha Nápoles no ofrecía grandes recursos para reparar sus gentes. El día 5 de Octubre el Rey tuvo su real en Marigliano, luego pasó al puente de Carbonayra y no quiso acampar junto á Acerra por evitar la tala de su campiña, puesto que estaba en tratos con Antonello Barone que tenía el castillo y que ofrecía entregárselo.

A 10 del propio mes se hallaba D. Alfonso en Massaria de la Reina contemporizando con Jacobo Caldora y con el Conde Francisco Sforza, desoyendo, por lo tocante á este último, las excitaciones que recibía del Duque de Milán. Por lo que respecta á Caldora obraba así, porque éste tenía un ejército de veteranos, todos muy aguerridos y que formaban la flor y nata de los soldados de aquel tiempo, por lo cual habría sido insigne desatino provocarle sin necesidad.

Dos palabras acerca de los trabajos de la cancilleria aragonesa.



Por aquellos días se pactó con el Papa una tregua de dos años. A espaldas de Eugenio IV, el Rey hacía escribir al Duque de Milán que seguiría en la primavera cuanto por él fuere ordenado, y que el buen éxito de la empresa de la Marca dependía del estado de la recuperación del Reino. Allende de esto, le hacía proposiciones de casar á su hija con el infante don Fernando, pidiendo á Felipe María que desechase al Conde Francisco Sforza.

De Massaria pasó el Rey, terminado el mes de Octubre, á Arienzo y Caldora se fué á Circello, que era del patrimonio de la Iglesia, pero que gobernaban los de la casa de Lagonesa. ¡Con malos designios y peor síno emprendió aquella marcha! Estando camino del Collo, que formaba parte de la baronía de Circello ó Cercello y era país muy rico, sus habitantes ofrecieron darle obediencia y vituallas, rogándole que no alojase á los soldados en la tierra. Pero él tenía muy diferentes ideas, pues había prometido á los suyos que les permitiría el saqueo. Cuando hubo oído á los síndicos que le pedían favor con los ojos bañados en lágrimas, se dirigió á la soldadesca exclamando: " á vosotros me remito: no tengo dinero que daros y á la verdad queria alojaros para manteneros; sinó queréis ser alojados no me pidáis la paga, porque no puedo satisfacérosla. " Respondieron las tropas que querían alojarse. Entonces los síndicos regresaron al pueblo, cerraron las puertas, y con la ayuda de los labradores, se prepararon á impedir la entrada de los caldorescos. El gefe dió acto contínuo la orden del asalto. Estaba discurriendo á caballo por la campiña, en compañía del Conde de Altavilla y de otros de sus capitanes, diciendo que entraría en Nápoles arrollando todos los obstáculos que se opusieran á su paso, gloriándose de que á sus setenta años era tan ágil para llevar la armadura y para sobrellevar las demás fatigas de la guerra, como á los veinticinco. Al pronunciar estas palabras, le dió un ataque de apoplegía; y si el Conde de Altavilla y Nicolás de Offieron no le hubiesen sostenido, se habría caído del caballo. Acudiendo luego mucha gente, fué llevado á su tienda en donde murió á los 15 de Noviembre.

Digamos algo acerca de este insigne condottiero. Había nacido en el castillo de Guidici bajo la montaña, cerca del rio



Sangro. Fué hombre, aún á juicio de sus enemigos, esclarecido en el arte militar, temido no solo por sus rivales, sinó también por todos los príncipes á los cuales servía, y tan magnánimo que nunca aceptó el título de Duque ni de Príncipe, haciéndose llamar siempre Jacobo Caldora, pudiendo haber poseido, de Rey abajo, cualquiera otro título que se le hubiese antojado; porque era señor de las dos partes del Abruzzo y de gran parte de Tierra de Bari y de Capitanata y usó esta empresa: *Cœlum cœli Domino, terram autem dedit filiis hominum.* Fué hombre de muchas letras, y tenía gran predilección por los capitanes que las habían, como él, cultivado. No abandonó jamás á Renato en la adversa fortuna, y si algunas veces fué veleidoso con otros, se escusaba con los abusos de los reyes, que siempre tienen odio á los servidores que les dan más estados y grandezas, pareciéndoles no ser verdaderos señores, mientras viven aquellos por cuyo medio fueron engrandecidos, y por esto abandonaba de mejor gana á los señores que servía, cuando se hallaban en estado próspero, que cuando eran víctimas de la instable fortuna. Por efecto de la victoria que alcanzó contra Braccio, llegó á tener tanta reputación, que muchos potentados de Italia le mandaban grandes estipendios á su casa, solo para asegurarse que no se pondría contra de ellos; razón muy poderosa para hacerle pasar la vida guerreando. Es general opinión que aventajaba en las artes de la milicia á Nicolás Piccinino, á Francisco Sforza y á Andrés Braccio, capitanes celebérrimos de su tiempo. Estas virtudes fueron manchadas por una extremada avaricia y una gran falta de fé. Se habían formado en su escuela Antonio Caldora su hijo, que se intitulaba Duque de Bari, Raimundo Caldora, Lionello Croc-ciamura, Pablo de Sangro, Nicolás y Carlos de Campobasso, Mateo de Cápua, Francisco de Montagano, Raimundo de Annechino, Luis Torto, Ricardo de Ortona y muchos otros. Estos le acompañaron con todo el ejército hasta la sepultura que se le abrió en la Iglesia del Espíritu Santo de Sulmona, en donde se le celebraron las exequias con grandísima pompa. (1)

(1) A 23 de Noviembre de 1439 D. Alfonso escribió á su esposa notificándole la muerte de su enemigo Jacobo Caldora y pidiéndolo 500 ballesteros, cuya tropa debía reclutarse del siguiente modo: 200 el principado de Cataluña y el Reino de Mallorca, 200 Aragón y Valencia y los 100 restantes pagados por la Corte. La carta está fechada en Capua. (Reg.° 2651, fol. 198.)



El mismo día de los funerales llegó Sarro de Brancazzo, mandado por Renato, á dar el pésame á Antonio por la muerte de su padre; llevóle el privilegio de la confirmación de los estados y del oficio de gran Condestable y además el privilegio de Virrey en toda aquella parte del Reino. Por esto cuando Antonio en una pública alocución pidió á todos los capitanes que le siguieran con la misma fé y valor con que habían seguido á su padre, todos á una respondieron que querían seguirle y le prestaron obediencia.

Entretanto el Rey, sabiendo que los caldorescos se hallaban en el Abruzzo, mandó sus gentes á cuarteles de invierno, porque el frio ya arreciaba, y él partió hácia Capua. Mas á poco se le presentó uno de Acerra á ofrecerle, con ayuda de algunos paisanos suyos, la entrega de la ciudad, si mandaba allí su hueste con la mayor premura posible. Pero pareciéndole que el tiempo era poco apropósito para acometer tal empresa, y separado como estaba de una parte de sus fuerzas, mandó diferirla para sazón más oportuna. De Capua se trasladó Don Alfonso á Gaeta. A todo esto un emisario de los acerranos se presentó á Juan de Ventimiglia á decirle que ya no podían aguantar más al gobernador del castillo, que se llamaba Antonello Barone y lo tenía por los de la casa de Origlia, á quienes había dado la Reina aquella ciudad, poco antes de su muerte; por cuyo motivo estaban resueltos á sacudir el yugo de Renato y á entregarle la ciudad á él. Ventimiglia se apresuró á enviar un parte á Don Alfonso, diciéndole lo que pasaba, y, pensando que no debía abandonar en aquel peligro á tan beneméritos partidarios, y que no debía perderse la ocasión de ganar una plaza tan apropósito para el sitio de la capital, pues desde ella se podía impedir el paso á todos los que pretendiesen abastecerla bajando del valle de Benevento, sin esperar órdenes, juzgó conveniente acudir en socorro de los acerranos. Como no estaba prevenido para la operación, echó mano de las fuerzas que pudo, y disponiendo que las restantes la siguieran á la mayor brevedad posible, se dirigió á Acerra. Habiendo entrado desde luego en la ciudad, dispuso que se pusiera sitio á su castillo, y para que los asediados no pudiesen recibir ausilios, lo rodeó de foso y vallado á cosa de un tiro de



ballesta; á trechos levantó un buen número de torres, colocando en ellas una parte de sus tropas. Montó luego las fuerzas de artillería y empezó á batir la fortaleza. Renato en aquella ocasión se veía reducido á la mayor impotencia, no pudiendo socorrer en modo alguno á los sitiados; porque Antonio Caldora se hallaba en el Abruzzo con toda la caballería y él no contaba con tropas. Emprendidos con vigor los trabajos de sitio, arruinadas las torres enemigas con el contínuo chocar de los proyectiles, empezó el temor á enseñorearse del corazón de los sitiados, que sin embargo rehacían del modo que les era posible los destrozos causados por nuestras máquinas de guerra.

D. Alfonso habiendo dado vado á los asuntos que le llamaron á Gaeta, regresó á Capua, en donde se enteró de lo que pasaba en Acerra, y sin pérdida de tiempo, recogió todas las tropas que le restaban y se encaminó á esta última ciudad. Su llegada acabó de quitar las pocas esperanzas que quedaban á los del Castillo; y como al continuado ataque y al destrozo de las murallas empezaba á unirse el azote del hambre, como no vislumbraran tampoco ningún indicio de ausilio por parte de Renato, decidieron entregar la fortaleza, prévia capitulación, á los tres meses de haber comenzado el cerco.

Recibido el juramento de fidelidad de los acerranos y dotado el castillo del presidio conveniente, el Rey tuvo á bien dirigirse á Aversa, pues consideraba que su posesión le sería aún mucho más útil que la de Acerra, para apretar á los de Nápoles á causa de hallarse á mucha menor distancia. Ninguna ciudad del campo de la Campania es más apropósito que Aversa para abastecer un ejército, porque su comarca es feraz y rica en toda clase de frutos. D. Alfonso tenía dobles esperanzas de que sería suya. Fundábanse éstas, primeramente en lo que le habían comunicado algunos acerranos, á saber: que la plaza que codiciaba tenía en aquella sazón muy escasas subsistencias, cosa tanto más digna de creerse, cuanto que por la larga duración de la guerra los aversanos no habían podido apenas sembrar sus tierras, fuera de que sus graneros se hallaban exhaustos, en razón á las grandes cantidades de trigo que habían llevado anteriormente á Nápoles; y en segundo lugar las esperanzas del Rey se fundaban de igual modo en la certeza de que



había muchos ciudadanos que se hallaban enemistados con Reto y que solo deseabau ocasión de pronunciarse por Aragón. Habiendo llegado al pié de la plaza, D. Alfonso dividió su campo en dos partes, colocándose entrambos á una milla de la ciudad. Al pronto su aparición produjo zozobra y tumulto, pero luego algunos de los que estaban más enterados de los recursos de ambos beligerantes, empezaron á tratar con los de su facción sobre la conveniencia de admitir presidio de los nuestros; empero no se atrevían á poner en práctica sus designios por la mucha vigilancia que tenían los de la parte angevina. Pero pronto la mayoría de los aversanos se convenció de la inutilidad de la resistencia, y como se viese que los víveres estaban á punto de quedar agotados, no hubo más remedio que mandar parlamentarios al Rey, quien otorgó una razonable capitulación, firmada la cual, tomó posesión de Aversa á los doce días de haberse presentado ante ella. La ciudadela, sin embargo, siguió bajo el dominio y la fé de Renato. Situada en una llanura, lo mismo que la ciudad y rodeada de un ancho y profundo foso, su opugnación se hacía por todo extremo difícil. Además de esto el espesor de los muros, que con su solidéz desafiaban los tiros de la artillería, su misma elevación y el gran número de torres que los flanqueaban, hacían que aquella fortaleza fuese de las más inexpunables; fuera de que no se ignoraba que tenía muchas provisiones y guarnición proporcionada, compuesta de ciento cincuenta hombres, al mando de Xanto de Matalon, militar excelente y muy amigo de Antonio Caldora á las órdenes de cuyo padre había servido largo tiempo.

Por todo lo expuesto consideró el Rey que era mäs conveniente sitiarla que atacarla, y en el acto dió instrucciones para el planteamiento de las obras de sitio, cuya dirección encargó á Juan de Ventimiglia y á Raimundo Boyl, tras de lo cual hizo la vía de Capua. Ventimiglia se limitó á rodear el castillo de un foso de regulares dimensiones, marchándose también á Capua. La continuación y complemento de las obras aludidas quedó desde entonces bajo la exclusiva dirección de Boyl.

Este reunió gran número de campesinos de la comarca, y les hizo trabajar á la fuerza. Consistieron aquellas en un gran foso y terraplén flanqueado de recias torres que formaba un



muy fuerte campamento. Para que los que lo defendían se pudiesen comunicar con la plaza unió uno y otra por medio de dos terraplenes ó vallados, también con sus fosos y torres, que iban á unirse con los dos extremos de la media luna que formaba la muralla de Aversa por aquel lado. En la misma ciudad levantó también algunas obras de ataque. ¿Qué hacía entretanto Renato para conjurar los males que por todas partes le amenazaban? ¿Qué hacía especialmente para socorrer á Xanto de Matalon y á los de la guarnición del castillo?

La situación del pretendiente era apurada y hubo de dar lugar á una decisión muy atrevida.

Los sucesos políticos y militares del año de 1439 acaban con el anuncio de la retirada que simuló el Duque de Anjou, para ocultar mejor la arriesgada marcha á través de la Tierra de Labor y del campo enemigo de que daremos cuenta en otro capítulo.

No queriendo Antonio Caldora ir á reunirse con su Rey, pretextando la falta de medios con que dar á sus soldados las pagas que les adeudaban, éste deliberó ir al encuentro del condottiero; pero, para poder hacerlo con más seguridad, publicó por Nápoles que viendo casi perdida su causa, había determinado embarcarse con su familia en dos naves genovesas que estaban ancladas en aquellas aguas y con ellas hacer rumbo á un puerto de la Toscana, para ir á Florencia á echarse á los pies del papa Eugenio, por si le podía dar algún ausilio, y en el caso de que Su Santidad contestase afirmativamente regresar al Reino; y en el de que le deshauciase, volverse á Provenza, para procurarse nuevos elementos de guerra así de soldados, como de naves. Los napolitanos que no estaban en el secreto fueron á rogarle muy rendidamente que no les abandonase, pues no querían á otro rey mas que á él, á lo que contestaba dejándoles en el error en que estaban. Con tanto disimulo se hubo de llevar aquel velado proyecto, que hasta el mismo Don Alfonso cayó en el lazo; pues estando en Gaeta á primero de Diciembre, fueron á participarle lo que sucedía en Nápoles, y dió tanto crédito á la noticia, que se apresuró á escribir á la Reina, diciéndole cuán prósperas se presentaban sus cosas y la gran esperanza que abrigaba de que en breve Nápoles sería suya y todo el Reino estaría en su obediencia.





CAPÍTULOXX XVII

SUMARIO

Basilea en 1439. — Muerte del Emperador Segismundo. — Su elogio por Eneas Sylvio. — Conferencias de Maguncia. — Conclusiones en contra del Papa. — Las impugnan el Arzobispo de Palermo y el de Burgos. — Juan de Segovia.—Sesión tumultuosa. — Franceses y españoles. — El Arzobispo de Tarragona, Domingo Ram. — Relación de Fleury. — Los embajadores ponen su veto á la publicación de los decretos en contra del Papa. — Retíranse en la sesión trigésima tercia los Padres españoles é italianos. — Volubilidades. — Citación y deposición de Eugenio IV. — Respuesta del Papa condenando los actos del concilio de Basilea. — Elección del antipapa Duque Amadeo de Saboya que toma el nombre de Felix V. — Actitud é intrigas de D. Alfonso. — Embajada al Duque de Milán y demandas á los de Basilea.

CORRESPONDE ahora tratar del Concilio de Basilea y de los graves acontecimientos que tuvieron lugar en su seno durante el año 1439, tan fecundo en hechos importantes cualquiera que sea el órden en que se le considere.

Empecemos haciendo constar la muerte del Emperador Segismundo, el gran patrocinador de aquella sacra asamblea, si es que no podemos llamarle el incitador de sus extravíos y excesos.

Dos palabras de despedida á tan gran personage tomadas de Eneas Sylvio en su *Descripción de la Europa*. "Muchas son las acciones egregias que se hallan escritas de Segismundo, entre las cuales es la más preclara la de que, hallándose la Iglesia católica trabajada por una triple división, la volvió á la unidad por medio de la reunión del concilio en Constanza. Pa-



ra el logro de este fin recorrió Italia, Francia, España é Inglaterra. A Vitoldo de Lituania, para que pudiera llamarse rey, le complació enviándole la corona. Sin embargo, murió éste antes de que le fuese dado coronarse solemnemente. Mandó al rey de Polonia que restituyera Prusia á los caballeros de Santa María de la orden teutónica, cuyo estado había ganado por medio de las armas. Sostuvo cruda guerra con los venecianos, durante la cual tuvo por caudillo al florentino Pipon (¿Piccinino?). Prendió al rey de Bohemia Wenceslao, hermano suyo, que había demostrado su ineptitud para reinar, aunque, por la negligencia de sus guardas, fué libertado por algunos bohemios, con grave daño de la cosa pública. Recibió en Roma la corona del imperio de manos de Eugenio IV. Apenas pudo poseer la Bohemia, tras de muchas calamidades. Otorgó el marquesado de Brandeburgo á Federico burgrave de Nuremberg. Dió su hija, habida de su consorte Bárbara, por esposa á Alberto Duque de Austria, el mismo á quien, después de su muerte. acaecida en Zuoyman (Suavia), legó en testamento todos los reinos que constituían su patrimonio. Sus huesos descansan en Varadino. „

La Sacra Asamblea continuaba con el consentimiento del Emperador Alberto, no menos que con el de la mayor parte de los reyes y príncipes de aquel tiempo, todos los cuales no habían aprobado la traslación á Ferrara ni enviado embajadores á Florencia.

No por esto veían con buenos ojos los decretos expedidos contra el Papa ni dejaban de reconocer su soberanía; y en el mes de Marzo se congregaron por sí ó por medio de representantes en la ciudad de Maguncia para tratar de común acuerdo la línea de conducta que habían de seguir en adelante. Los de Basilea les mandaron una diputación encargada de proponerles el planteamiento de ciertas órdenes secretas y el Papa envió también agentes suyos para que le defendieran. Presidía los del concilio el patriarca de Aquilea, á quien se había dado el carácter de legado *á latere,* con todas las atribuciones inherentes á dicho cargo; llevaba la palabra á nombre de Roma el sábio y esclarecido Nicolás de Cusa. Bien pronto empezó la imprescindible contienda, pues los primeros no quisieron con-

sentir jamás en el sobreseimiento del proceso contra el Papa, ni en la traslación de la asamblea, mientras que los segundos declaraban resueltamente que no existía ya el Concilio de Basilea. Los príncipes no quisieron aprobar de ningún modo los decretos dirigidos contra Eugenio IV, aunque á la postre reconocieron los restantes. De buena gana los legados basileenses hubieran pasado por esta restricción y aún hubieran abogado por obtener la conformidad del Concilio, siempre que los príncipes les prometieran que seguirían protegiéndole y contrajeran el compromiso de abandonar el pontífice en el caso de que no reconociera los acuerdos sinodales. Empero el obispo de Cuenca, que representaba en Maguncia á D. Juan II, dijo que el Papa no podía aceptar una situación depresiva y que las potencias no consentirían jamás en lo que se proponía. Así pues los diputados de Basilea se retiraron sin haber conseguido el principal objeto de su embajada. Esta conferencia acaeció el día 26 de Marzo.

Posteriormente se presentaron en la misma ciudad dos nuevos emisarios del Papa, pidiendo que fuese revocado el reconocimiento de los decretos del pretendido Concilio, cualquiera que fuese su índole, quejándose de que los Príncipes sostuviesen á aquellos padres rebeldes en perjuício del prestigio del Pontífice, á quien se desautorizaba sin oirle.

Volvamos ya la vista á las orillas del Rhin y veamos el hervidero de sentimientos y pasiones de que eran entonces teatro. Agitábase por aquellos días la cuestión de saber si Eugenio IV podía ser declarado herético á causa de su desobediencia á las órdenes de la Iglesia; empero los pareceres de los padres se hallaban profundamente divididos, y mientras unos estaban por la afirmativa, otros calificaban al Papa únicamente de relapso. Después de mucho discutir fueron redactadas ocho proposiciones ó conclusiones teológicas para someterlas á la aprobación de la asamblea. Séanos licítico dar un traslado de ellas. —I. Es una verdad de fé católica que el Santo Concilio general tiene poder sobre el Papa y sobre toda persona. —II. Es una verdad como la precedente que un Concilio general legítimamente reunido no puede ser disuelto ni trasladado ni prorogado por algún tiempo por la autoridad del Papa, sin el



consentimiento del mismo Concilio.—III. Todo el que resista tenazmente á estas verdades debe ser reputado herege.—IV. El Papa Eugenio IV ha combatido estas verdades, cuando por la plenitud de su poder apostólico ha intentado disolver ó transferir el Concilio de Basilea.—V. Eugenio IV advertido por el Concilio se ha retractado de los errores opuestos á estas verdades.—VI. La disolución ó la traslación del Concilio, intentada por Eugenio, segunda vez, es contraria á estas verdades y encierra un error inescusable en la fé.—VII. Eugenio insistiendo deliberadamente en la disolución ó traslación del Concilio ha reincidido en los errores de que se había retractado.—VIII. Eugenio amonestado por el Concilio para que revocase la segunda disolución ó traslación que quería hacer, persistiendo en su rebeldía, después de haber sido declarado contumaz, y queriendo tener un conciliábulo en Ferrara, él mismo se declara tenaz y obstinado en el error.

Estas ocho conclusiones así redactadas fueron leídas en la asamblea en presencia de los padres, para que cada uno manifestara su opinión acerca de ellas, y ya casi todos estaban dispuestos á darles su aprobación, cuando hubo de levantarse á combatirlas el siciliano Nicolás Tudesco, llamado más comunmente Panorma, arzobispo de Palermo, que, como hemos dicho tantas veces, era otro de los embajadores de Don Alfonso.

Lo difícil del caso era que anteriormente se había pronunciado á favor de la supremacia del Concilio; pero en aquella sazón tenía el encargo de sostener la causa del Papa y quiso complacer al veleidoso Duque de Milán, director de la liga lombardo-aragonesa, á quien por entonces no parecía conveniente que se precipitaran los sucesos.

A Panorma unióse el obispo de Burgos, que si bien salvó las tres primeras proposiciones, como referentes al derecho, impugnó las cinco restantes que solo concercían á los hechos y á la persona del Pontífice.

También habló más ó menos directamente á favor de las proposiciones Juan de Segovia, que fué interrumpido varias veces por el Arzobispo de Palermo, apesar de las formas suaves y templadas que procuró emplear en toda su peroración [1].

(1) He aquí como presenta Eneas Sylvio á Juan de Segovia en el momento de



Tras de éste hizo uso de la palabra (Fleury no dice si en pro ó en contra) un nuevo obispo y lo hizo en medio de tanta acritud y destemplanza, que llegó hasta las injurias, viéndose luego obligado á pedir perdón.

Al siguiente día continuó la discusión empezada.

Levantóse el arzobispo de Lyon, embajador del Rey de Francia, á sostener que el Papa era herege, declamando contra la degradación de los que le habían elevado al pontificado y exagerando extraordinariamente las calamidades de la Iglesia.

Contestóle el arzobispo de Burgos que insistió en su idea de que había que examinar las tres primeras proposiciones con independencia de los cinco restantes. Expuso que la supremácia del Concilio era una verdad incontestable, á bien que dudaba mucho que se debiese tener como artículo de fé; más al llegar á la cuestión de hecho no agradó ya á la mayoría, de tal suerte que ésta decía que no era ya el mismo orador.

Un abate de Escocia, espíritu sutil y alambicado, y Tomás Corcelis canónigo de Amiens, contestaron al arzobispo de Burgos y defendieron la justicia de todas las ocho proposiciones.

Jorge Ornós obispo de Vich, secundando al arzobispo de Palermo, se opuso á la resolución que se quería tomar de declarar herético á Eugenio IV. ¡No se le habia apercibido en vano de que siguiera á los demás embajadores del Rey ó partiera del Concilio!

El arzobispo de Lyon empezó á moderar sus arranques, y así como la vez primera se había espresado tan calurosamente, se levantó á hablar de nuevo, manifestando el temor de que en la deposicición del Papa no se procediese con la madurez debida.

Muchos otros oradores fueron de igual parecer, y aunque

levantarse en aquella sesión famosísima y por todo extremo tempestuosa para impugnar à Nicolás Tudesco:

«Inter tot tamen strepitus turbulentasque vociferationes non defecit spectato et optimo viro Ioanni Segovio ex gymnasio Salmatino theologo audientía; quoniam et illum Conciliares avidi audiebant, quasi ex suis unum; et alii virtutem hominis, summamque bonitatem etiam inviti venerabantur. Tanta est enim virtuti innata auctoritas, ut etiam hoste colatur; versumque Virgilianum in eo fuit:

Tum pietate gravem ac meritis, si forte virum quem
Conspexere, silent, arrectisque auribus adstant.

Omnes namque, ut assurrexit Ioannes, silentium tenuerunt. Ille autem postquam desiderari sua verba cognovit, sic exorsus est.»

las ocho conclusiones parecían implícitamente aprobadas, se suspendió por entonces tan importante debate.

Antes de pasar más adelante debemos poner de relieve dos hechos que importa tener presente. Primero el dualismo visible entre los padres franceses y españoles. Segundo, la conducta conciliadora y moderada del arzobispo de Palermo y del obispo de Vich en armonía con la política del Duque de Milán, secundado servilmente, de buen ó mal grado, por D. Alfonso.

La congregación venidera se esperaba con el mayor interés; pero los arzobispos de Palermo y Milán, obrando de acuerdo, como á su vez también obraban el Rey Alfonso y el Duque, procuraron poner toda clase de obstáculos al atentado que se proyectaba y exhortaron á los de su partido á resistir con denuedo. Llamaron al cardenal arzobispo de Tarragona [1] que se hallaba en la inmediata ciudad de Soleure y al protonotario Luis que se había ido á tomar baños, tanto para atender á su salud, como para no verse obligado á obrar contra su conciencia, abogando por Eugenio IV. Se hizo venir igualmente á gran número de obispos de Aragón, que se habían ausentado la víspera del día en que se debía celebrar la congregación que va á ocuparnos.

(1) Este no puede ser otro, tratándose del año 1439, que D. Domingo Ram, quien, según el P. Villanueva, fuè aragonés, natural de Alcañiz: «Siendo, dice el citado autor, obispo de Huesca, fué uno de los nueve electores de Caspe. Después pasó á la iglesia de Lérida, donde fué creado por Martino V. presbítero Cardenal, no Diácono como dice Zurita, con el título de San Juan y San Pablo á 10 de Marzo de 1430. Fuè trasladado aquí (Tarragona) á 25 de Agosto de 1434. Era hombre muy conocido por su saber y su virtud, de quien hay varias memorias en las historias de estos reinos. De sus hechos, durante este ponfificado, sabemos que trató de reparar y concluir la muralla de esta ciudad, y también de remediar la escasez de agua con la construcción del acueducto llamado de Loreto: proyecto varias veces intentado, más siempre sin fruto hasta nuestros días, como se dirá en su lugar. Llamado al concilio de Basilea, después de su traslación á Ferrara, supo excusarse con maña de su asistencia, aún en medio de las instancias con que el Rey D. Alfonso V. le mandaba ir allá. Envióle este príncipe á Roma por su Legado donde fué hecho cardenal y obispo portuense y murió á 25 de Abril de 1445, como se nota en el Necrologio. Tiene su entierro en la iglesia de San Juan de Letran con este epitafio: *Hic jacet Reverendis. in Christo Pater et D. D. Dominicus Ram, Episcopus Portuensis S. R. E. Cardinalis, Tarrachonensis nuncupatus. Qui obiit anno Dni MCCCCXLV mense aprilis, ætatis suæ centessimo, vel circa.*»

Apesar de lo que dice el P. Villanueva en las anteriores líneas seguimos en el texto á Eneas y á Fleury. Tal vez se concilie la contradicción entre Villanueva y los historiadores del Concilio, diciendo que el cardenal de Tarragona fué á Basilea como embajador del Rey; pero que jamás quiso tomar parte con el carácter de padre en las tareas sinodales. Así se explicaría su retraimiento en Soleure la víspera de los inauditos escándalos que debemos ir reseñando.



¿Quién no ve latir debajo de cambios de frente, como el de Panorma y de retraimientos como el del protonotario Luis, una influencia superior de todo punto agena á los intereses eclesiásticos, y aún al criterio de cada uno de los embajadores de D. Alfonso?

Sigamos paso á paso las peripecias de aquel drama político-religioso hasta llegar á su poco edificante desenlace.

Al fin la congregación pudo celebrarse. Algunos de los embajadores de los príncipes, obrando en armonía con lo que les hemos visto acordar en Maguncia, se convinieron para impedir el escándalo que se tramaba. Los españoles é italianos se opusieron valerosamente á la aprobación de los artículos propuestos. El primero que acudió á la brecha fué el arzobispo de Burgos, pidiendo que se aplazase la resolución del asunto, hasta que regresaran de Maguncia los demás embajadores de los príncipes. Tras de él saltó á la arena el arzobispo de Palermo que comenzó su perorata con estas palabras de Isaías: "*Clama, ne cesses, quasi tuba exalta vocem tuam.*" Realmente así habló él, manifestando con la mayor vehemencia que era necesario preservar á la Iglesia de la ruina que la amenazaba, y acabó diciendo que protestaría contra todo lo que los padres hiciesen, sinó se tomaba el partido de sobreseer en el asunto. Antes de sentarse hizo leer la protesta que tenía redactada.

Lo que aconteció en el resto de aquella sesión hace que se la pueda comparar con las más tumultuosas de los modernos parlamentos. Para no poner ni una palabra nuestra, traduciremos literalmente el relato que hace Fleury, calcado en el *Fasciculo* de Eneas Sylvio Piccolomini. "Después que muchos hubieron manifestado su parecer en esta congregación, el cardenal de Arles, que era el presidente y como alma del Concilio, hizo una recapitulación de todo lo que se había dicho: enseguida entró en materia, refutó las razones de los que querían que se difiriese la deposición de Eugenio: se esplicó con mucho calor y osadía contra el Papa y contra todos aquellos que le favorecían, de suerte que Eneas Sylvio dice que su celo era digno de la corona del martirio. El discurso de este cardenal dejó pasmada á toda la asamblea: los unos alababan la memoria, los otros se hacían lenguas de su erudición. Pero los cata-



lanes que veían que todo el discurso del presidente tendía á no conceder respiro alguno, gritaron que se leyese en alta voz la protesta del arzobispo de Palermo, antes de otra cualquiera deliberación: lo que renovó el tumulto y fué causa de que de los gritos se pasase á las injurias y á las riñas. El patriarca de Aquilea apostrofó á Panorma, éste exclamó que ya no había libertad en el Concilio y exhortó á los de su partido á salirse del salón, puesto que el susodicho patriarca les amenazaba con hacerles romper la cabeza. Realmente era cierto que se les había dicho, que si continuaban gritando y oponiéndose al bien de la Iglesia, no se retirarían con las cabezas enteras, puesto que no sabían de lo que eran capaces los alemanes. Empero Juan, Conde de Tierstein, que desempeñaba el cargo de protector del Concilio, les prometió toda seguridad y les salió garante de que el salvoconducto del Emperador no sería violado por ningún estilo, sinó que se respetaría en todas sus partes; al mismo tiempo amonestó al patriarca para que retirase lo que había dicho, y para que fuese más comedido en lo sucesivo. „

¡ El espíritu rebelde de la Reforma se agitaba ya convulsivamente en el cerebro de aquellos demagogos eclesiásticos! ¡ Tanto podía el amor propio ofendido, que antes de someterse á una sencilla transacción, preferían introducir el cisma en la Iglesia y escandalizar á la Cristiandad con el espectáculo de sus iras !

El partiarca hizo explicar sus palabras por medio de Juan de Bachenstein, auditor de la cámara apostólica, lo que verificó diciendo que no se trataba de quitar la libertad al Concilio y sí solo excitarle á la constancia y á cumplir la promesa que había hecho á la faz del mundo entero de trabajar en la reforma de la Iglesia. Apesar de este discurso no se evitó el clamoreo, y cada vez que habló de los artículos, redoblaron los murmullos y los gritos.

En vista de esto intervino nuevamente en el debate el arzabispo de Lyon para decir que, en los ocho años que llevaba de duración el Concilio, no había visto una escena tan lamentable; las conclusiones, dijo, son ciertas y verdaderas y el protonotario Luis las ha hecho aprobar por las universidades de Lovaina y de Colonia.



El cardenal de Arles hizo que se diera lectura del dictámen ó concordato de los doce padres de lo que en lenguaje parlamentario llamaríamos la comision; más apenas hubo comenzado, Panorma con los aragoneses y catalanes se levantó y se opuso con la mayor vehemencia.

Entonces Nicolás Lami, doctor de la Universidad de París, exclamó que apelaba al Concilio de la oposición de Panorma. Este apóstrofe redobló el tumulto y enardeció el altercado, de suerte que todos desconfiaban de que hubiese forma de terminar el debate.

Juan de Segovia logró, por fin, hacerse oir por bastante tiempo y todo su discurso no tuvo más objeto que exhortar á los de su bando á que no cedieran, ni amainaran por ningún estilo en la defensa de la verdad.

Los catalanes y aragoneses volvieron á levantarse en medio de una nueva gritería, siendo imposible oir la lectura de los artículos.

La noche empezaba á extender su manto de tinieblas sobre el recinto y aún no se había tomado acuerdo alguno. Entonces el presidente á ruegos del obispo de Lausana y de muchos otros teólogos se valió de un artificio. Fingió querer hacer alguna proposición agena á lo que se debatía y de este modo pudo conseguir que se restableciera el silencío. Realmente empezó diciendo que había recibido cartas muy importantes de Francia que daban noticias sorprendentes y hasta increíbles, las cuales pondría en conocimiento de los padres si se dignaban escucharle. La curiosidad fué instrumento del orden y todo el mundo se sentó y se mantuvo callado. El cardenal fué diciendo el contenido de las cartas, las comentó é hizo que la naturaleza de los comentarios le permitiese ocuparse del Pontífice, exponiendo la necesidad de reprimirle, y manifestó que solo se conseguiría aprobando, á lo menos, las tres primeras proposiciones de entre las ocho que se discutían. Su discurso fué aplaudido y el cardenal dió por tomado el acuerdo en nombre de todo el Concilio.

Así hubo de terminar aquella borrascosa sesión destinada á ser célebre en los anales eclesiásticos.

Al día siguiente llegó el cardenal de Tarragona para poner-



se á la cabeza de los padres catalanes y lombardos. [1] Todo fueron idas y venidas, conferencias y embajadas para llegar á una concordia que, de hora en hora, se hacía más imposible. Los arzobispos de Burgos y de Lyon en vano quisieron servir de mediadores. Se acudió á los magistrados de la ciudad para que impidieran el cisma; pero con su flema alemana se encogieron de hombros, diciendo que si el Concilio no sabía entenderse, no tenían ellos la culpa; puesto que su misión era solo mantener el orden público. Los embajadores de los príncipes que acababan de celebrar el Congreso de Maguncia, pusieron el veto á la publicación de los artículos. A cada momento, pues, se iba enmarañando más aquel desgraciadisimo asunto.

El dia 9 de Mayo se tuvo una nueva congregación general á la que asistieron casi todos los padres. En ella se debía acordar principalmente la forma del decreto. Los doce padres de la comisión dieron lectura de su proyecto y ya no faltaba más que señalar el día en que debía celebrarse la trigésima tercera sesión del Concilio, para obtener la definitiva aprobación de las proposiciones. ¿Pero que hacían los embajadores de los príncipes que anteriormente habían puesto su veto? El obispo de Lubeck les entretenía mañosamente fuera del salón para que no llegaran á tiempo de impedir lo que se fraguaba. Cuando, al fin, se enteraron de que se les estaba burlando, abandonaron bruscamente el coro de la catedral, donde habían estado, y entraron en la asamblea quejándose amargamente de la injuria que se les hacía.

El que llamaríamos decano del cuerpo diplomático, pidió á nombre de los demás embajadores que se revocara la conclusión ó acuerdo, prometiendo en cambio ayudar á la paz y declararse en todo protectores del Concilio.

El arzobispo de Tours manifestó que era lícito á cada uno el hacer las observaciones que tuviesen por conveniente, hasta la sesión en que se publicase el decreto, que el asunto era difícil y que él deseaba oir á todo el mundo para poder enterar mejor á su señor el Rey de Francia.

El infatigable Panorma volvió otra vez á la pelea. Empezó

(1) Es de presumir que fué de puertas afuera, pues no suena en ninguna sesión ni desempeñando ningún cargo sinodal de los muchos que luego se repartieron.



su discurso muy conmovido y apostrofó duramente á los padres del Concilio, aplicándoles estos pasages del Evangelio: "*A fructibus eorum cognoscetis eos.* „ "*Omnis, enim, qui male agit odit lucem.* „

A la peroración de Panorma respondió el Cardenal de Arles diciendo que la conclusión ó acuerdo había sido hecho canónicamente, según la costumbre que siempre habían observado los padres del Concilio, y que los trámites sucesivos no tendrían más objeto que su confirmación; fuera de que, examinando esta conclusión con el ánimo libre de preocupaciones, no se podía negar que era conforme á las prácticas establecidas, puesto que la habían suscrito los obispos de Francia, de Alemania y de Polonia y solo se habían opuesto los de Italia y Aragón, no debiendo perder de vista que el Rey D. Alfonso no era completamente independiente, pues, por su reino de Sicilia, era feudatario del Papa. A la postre hizo leer los documentos necesarios para llegar al acuerdo, y luego concluyó á instancia de los promotores. Acto contínuo despidió á los concurrentes indicando que la sesión trigésima tercera del Concilio, en la que se debía confirmar el decreto, tendría lugar el día 16 de Mayo.

Al fin llegó éste. Todos los que habían abogado para que la sesión se celebrase, acudieron puntualmente. El obispo de Lausana celebró la misa. Los embajadores de los príncipes mandaron al arzobispo de Tours y al obispo de Lubeck, prometiendo que asistirían todos, si los padres se comprometían á diferir por cuatro meses la deposición de Eugenio IV. Se les concedió este plazo, pero al punto tuvieron otra exigencia: tal fué que el decreto solo abarcase la primera conclusión. El cardenal de Arles les hizo decir que todo dependía de las dos siguientes y que el Concilio se fijaba de preferencia en ellas. Añadió que si no querían asistir, la asamblea pasaría adelante y que ellos serían responsables de la ruptura del Concilio y de la paz de la Iglesia. Este reproche no fué de su agrado y no quisieron sancionar con su presencia un acto tan grave como el que se preparaba. Por igual retraimiento optaron los padres de Aragón y de Castilla. De Italia solo asistieron dos prelados de la diócesis de Como. Constituía la totalidad de los presentes una

veintena de obispos y abades de Francia y de Alemania. La grave medida que se iba á tomar estaba condenaba á nacer completamente desprestigiada.

Empero el Cardenal de Arles, fecundo en recursos, como dice el autor de la Iliada siempre que habla de Ulises, ideó uno no indigno del célebre rey de Itaca. Hizo traer de todos los templos de la ciudad las reliquias de los Santos que en ellos se veneraban ,y cuando las tuvo en el interior de la catedral mandó colocarlas en las sillas vacías por la ausencia de los padres que debían ocuparlas. El expediente excitando en unos la devoción, en otros la curiosidad, le dió en parte el resultado apetecido. Al momento el interior de la catedral se llenó de gente y aunque no comparecieron los prelados, lo hicieron en su lugar sus procuradores, los arcedianos, los prebostes, los priores y los doctores en número de más de cuatrocientos. Terminada la misa, el obispo de Marsella leyó el decreto que fué escuchado con religioso silencio. A su vez el obispo de Albenga leyó una protesta de la que no se hizo ningún caso, después de lo cual quedaron establecidas las tres primeras conclusiones ó proposiciones, de las ocho que dejamos transcritas, como artículos de fé. Se cantó el *Te-Deum* y se dió por terminada la sesión trigésima tercera.

Veámos el texto literal de estas tres graves conclusiones sacado del acta de la sesión indicada:

" Veritas de potestate Concilii generalis universalem Ecclesiam repræsentantis, supra Papam et quemlibet alterum, declarata per Constantiense et hoc Basileense generalia Concilia; est veritas fidei catholicæ.

„ Veritas hæc, quod Papa Concilium generale universalem Ecclesiam represeutans, actu legitime congregatum, super declaratis in præfata veritate aut aliquo eorum, sine ejus consensu nullatenus authoritative potest dissolvere, aut ad aliud tempus prorogare, aut de loco ad locum transferre; est veritas fidei catholicæ.

„ Veritatibus duabus prædictis pertinaciter repugnans est censendus hæreticus.

„ Datum in sessione nostra publica, in majori ecclesia Basileensi solemniter celebrata xvij Calendas Iunii, anno á na-



tivitate domini millesimo quadrigentesimo trigesimonono.

Vamos ahora á dar cuenta de un hecho completamente impensado y que demuestra la volubilidad de criterio con que en aquella época se decidían los más sagrados asuntos.

El viernes siguiente se celebró una congregación general á la que asistieron muchos de los embajadores de los príncipes y en la cual aprobaron el decreto objeto antes de su viva oposición y hasta de su mismo veto. Y no pararon en esto, sinó que afirmaron que el Papa Eugenio era enemigo de la verdad; á bien que suplicaron á los padres que difirieran el incoar su proceso. El cardenal de Arles quedó admirado de tamaño cambio y dió gracias á Dios por haber tocado el corazón y entendimiento de los que antes se habían declarado tan abiertamente contra el Concilio. Esta disposición de ánimo de parte de los embajadores de las potencias dió alas á los padres para pensar formalmente en la deposición del Pontífice y en elegirle un sucesor.

¡Quién lo diría! Poco tiempo después Panorma escribía un libro en defensa de todo lo actuado por el Concilio. Pero sigamos relatando los sucesos, que aún le hemos de ver haciendo otros actos más en disonancia con las luchas que había sostenido en favor del Papa.

En una congregación que se celebró á los pocos días, los embajadores de los príncipes pidieron que se difiriese el proceso del Papa y que el Concilio accediese á la designación de un tercer lugar, que no fuese ninguno de los dos que estaban en litigio, para la continuación de sus tareas; empero los padres se denegaron á ambas pretensiones, y confirmaron las cinco proposiciones restantes. Aunque al principio habían resuelto dejar transcurrir sesenta días entre la deposición de Eugenio IV y la elección de su sucesor, luego cambiaron de idea y citaron al Pontífice para que compareciese en la sesión inmediata. Los más de los embajadores se resignaron vergonzosamente á ello. En su consecuencia se fijó el cartel en la puerta de la iglesia llamándole para el día 25 de Junio, en que se verificó la sesión trigésima cuarta.

Hé aquí los graves sucesos que ocurrieron en aquel día, según los refiere Patricio.



Asistieron á la sesión treinta y nueve prelados mitrados (1) y más de trescientos eclesiásticos subalternos, Eugenio fué llamado por dos veces obispo y como no compareciese se le declaró contumáz. Enseguida en virtud y por la autoridad del Concilio de Constanza se pronunció la sentencia de su deposición y se declaró á todos los fieles dispensados de prestarle obediencia; y no solo esto, sino que se les prohibió reconocerle por soberano pontífice bajo pena de heregía y de cisma, de privación de toda clase de honores, beneficios y dignidades. En esta sentencia ya no se le designa sinó con el nombre de Gabriel, que era el que llevaba antes de ser elevado al supremo pontificado, tratándole en ella de perturbador de la paz y de la unión de la Iglesia, de simoniaco, perjuro, incorregible, cismático, herético, obstinado en sus errores, disipador de los bienes y derechos de la Iglesia, y de administrador inútil y hasta peligroso del soberano pontificado. Se añade que se ha hecho indigno de todo título, grado, honor y dignidad.

Los obispos del ducado de Saboya asistieron á esta sesión y contribuyeron á aumentar la concurrencia de prelados.

¿Sabía el Duque Amadeo que era el candidato de la mayoría para reemplazar á Eugenio IV y procuraba acaso que los padres saboyanos le allanaran el camino para llegar hasta la sede pontificia?

(1) Llama la atención el corto número de prelados mitrados que tomaron parte en la deposición de Eugenio IV, y si hemos de creer á Torquemada, los obispos no fueron más que ocho ó nueve. Hé aquí lo que acerca de este particular escribe Pagi: «Octo vel novem tantum Episcopos Eugenii depositioni interfuisse ac subscripsisse ait Joannes Turrecremata, quos et nominatim recenset in responsione ad Basileenses p. 12, fol. 311, quam M. S. extare in Biblioteca S. Victoris Parisiensis asserit Spondanus. Causas etiam referens cur Eugenio essent infensi. Cardinalis, inquit, Arelatensis antiquus Eugenii Summi Pontificis inimicus, quia ab eo non valuerat impetrare ut avunculo suo succederet in officio Cameræ Apostolicæ: Patriarcha quondam Aquileiensis, Papæ capitalis inimicus propter Patriarchatum occupatum á Venetis: Ludovicus de Paludo Episcopus quondam Venciensis, furiosus adversarius Papæ, quia in Ecclesia Marsiliensi non habuerat contra justitiam desiderata suffragia: Gratianopolitanus Sabaudiensis, Arelatensi consanguineus: Basileensis, homo sine litteris, timore (ut credebatur) ductus: Duo Religiosi á sui ordinis obedientia apostatæ, sine Ecclesiis Cathedralibus Episcopi nominati: Raymundus Thaloni, sine mitra, qui dicebat Episcopum se Tricariensem, Papæ jamdudum infensus, quod ab ipso ob sua demerita privatus fuisset officio auditoris Curæi Avionensis. Cui concordans S. Antoninus tit. 22, cap. 10 § 4, testatur fuisse inter hos Basileenses, aliquos privatos Episcopatu, et dignitatibus suis ab Eugenio, propter scelera sua.»

Ya veremos como en la elección del sucesor de Eugenio asisten muchos más prelados, aceptando vergonzosamente la teoría de los hechos consumados y haciéndose partícipes y responsables de lo realizado por tan turbulenta como audáz minoría. ¡Tan cierto es que en todos los cuerpos deliberantes, la garantía del número resulta ilusoria en los momentos más críticos, siendo como un lastre baladí que cede al empuje de un grupo de gente osada!



Si realmente era así, el anacoreta de Ripailles ocultaba debajo de una edificante mansedumbre, una ambición criminal y sacrílega. Varios son los historiadores que abrigan esta sospecha.

¡Y qué amargas ingratitudes tiene la fortuna para todos los hombres! ¡Y cómo elige muchas veces la ocasión para herirles de la manera más viva!

El triste espectáculo, la lastimosa escena de Basilea pasaba precisamente el mismo día en que se verificaba en Florencia la grata, la memorable sesión de latinos y griegos.

Acto contínuo los padres enviaron diputados á todos los príncipes de la Cristiandad para notificarles la deposición de Eugenio, é inducirles á la ejecución de este decreto. La mayor parte de ellos se dolieron de la intemperancia del Concilio y así se lo hicieron entender. Figuran en este número los reyes de Francia é Inglaterra, el Emperador y los príncipes de Alemania. Los historiadores no citan á D. Alfonso, ni al Duque de Milán; cosa que no es de estrañar porque, como hemos visto, por aquellos días, se llevaban muy mal con Eugenio IV.

No obstante, todas aquellas quejas no impidieron á los padres de proseguir en la realización de sus intentos, y á este objeto celebraron su sesión trigésima quinta el día 2 del mes de Julio. Se discutió largamente sobre la conveniencia de elegir de luego á luego un nuevo Papa, ó de dejar pasar algún tiempo antes de proceder á dicha elección; optando por no esperar demasiado. Juan de Segovia tomó la palabra para manifestar que si solo se consultase la prudencia humana, se debería proceder cuanto más antes mejor á la elección del nuevo pontífice; pero que sin embargo opinaba que Dios les pedia que aplazasen dicha determinación por tiempo de dos meses añadiendo que era más conveniente diferir á las exigencias del honor, aunque hubiera en ellas algún peligro, que á los de la utilidad, por más seguras que pareciesen.

El consejo del segoviano fué seguido por el Concilio y se resolvió esperar los dos meses en conformidad con el decreto de la séptima sesión, en la cual los mismos padres habían acordado que si vacase la Santa Sede, no se pasase á la elección de un nuevo Papa hasta haber transcurrido sesenta días. Para



que después de dar este paso el Concilio no se quedase en cuadro, resolvieron que continuase y que no pudiese ser disuelto bajo pretexto alguno sin el consentimiento de las dos terceras partes de los que en él tuvieren voz; y á fin de que esta decisión fuera más efectiva, nombraron lo que hoy llamaríamos una comisión permanente, compuesta de varios prelados encargados de sostener el acuerdo, á cuyos prelados se les designó con el dictado de padres de la estabilidad.

A poco el azote de la peste empezó á diezmar á los habitantes de Basilea y muchos de los padres fueron á dar cuenta á Dios de sus actos é intenciones. Citemos entre varios al protonotario Luis, al patriarca de Aquilea, al gran lismonero del Rey de Aragón, fray Bernardo de Serra, al obispo de Lubeck, al de Constanza, al abad de Donne y á Juan de Ruan primer secretario del cardenal de Arles.

En vista de tales estragos unos querían que se disolviese la asamblea, otros pedían permiso para retirarse á alguna casa de campo de las inmediaciones, bajo promesa de regresar así que la peste fuese menos mortífera; pero el presidente cardenal de Arles se mantuvo inexorable, diciendo que era preferible salvar el Concilio á riesgo de la vida, que salvar la vida á riesgo del Concilio. Con este ejemplo de entereza de ánimo los padres continuaron en Basilea.

Se dejaron pasar los dos meses señalados y en el entretanto la asamblea mandó emisarios á los congresos de Francfort y Maguncia, al concilio provincial de Bourges, al Emperador y al Rey de Castilla, los cuales fueron mal recibidos casi en todas partes.

¿Qué efecto produjo todo lo que acabamos de narrar en el ánimo de Eugenio IV?

Habiendo sabido en Florencia, en donde se continuaba el Concilio, aún después de la partida de los orientales, todo lo que acababa de acontecer en Basilea, renovó en la sesión sexta, celebrada el día 4 de Setiembre, el decreto que se había dado en Ferrara contra los padres rebeldes. En este nuevo decreto condena las ocho proposiciones de fé acordadas por los padres de lo que llama solamente asamblea basileense, tratándola de reunión de ladrones, á la que habían acudido todos los



demonios del universo para poner el colmo de la iniquidad y colocar la abominación de la desolación en la iglesia de Dios: declara á toda clase de persona, de cualquiera dignidad en que se hallasen constituídos, cardenales, patriarcas, arzobispos, ó eclesiásticos subalternos que continuasen en Basilea después de la revocación del Concilio, ó que hubieran asistido á sus sesiones, excomulgados, privados de todo honor, dignidad y beneficio, reservados al juicio eterno de Dios al par de Coré, Dathan y Abiron, como cismáticos rebeldes. Revoca, anula y casa como perniciosos todos los actos, estatutos y decretos de esta asamblea, principalmente en las dos últimas sesiones, como hechos por gente destituída de toda autoridad. En fin, califica á aquellos padres de hereges y cismáticos para los cuales no hay castigo bastante, lo mismo que para sus sectarios y favorecedores.

No por esto los padres de Basilea desmayaron, ni sintieron decrecer su malhadada energía, pues el día 17 de Setiembre tuvieron su trigésima sexta sesión. Consuela verles por un momento dar tregua á sus agitaciones para declarar que la opinión de la Inmaculada Concepción de la Santa Vírgen, es una opinión piadosa, conforme con el culto de la Iglesia, con la fé católica, con la recta razón y con la Sagrada Escritura, que todos los católicos deben aprobar; que á nadie será lícito enseñar, ni predicar lo contrario; que la fiesta de la Concepción se celebrará en adelante en toda la Iglesia el día 8 de Diciembre, según la costumbre de la Iglesia romana y que se cantará en ella el oficio compuesto por Juan de Segovia, concediendo indulgencias á los que lo celebrasen.

¡ Ojalá que no hubiesen abandonado luego tan edificante camino! Sin embargo en la misma sesión se ocuparon de la réplica que se debía dar al decreto, ó, según ellos lo calificaron, á la invectiva de Eugenio IV. Para ello redactaron una apología en la que trataron de demostrar que las proposiciones definidas eran verdaderas y que les asistió la razón al deponer al Pontífice, á quien siguieron dando el nombre de Gabriel. Rechazaron lo que afirmaba el Papa respecto de los decretos de Constanza, es decir que solo habían sido acordados para obligar á la obediencia á Juan XXIII y le reprocharon por los ar-



tificios de que se había valido para atraer los griegos á Ferrara. Algunos querían que el decreto de Eugenio IV fuese condenado como herético, lo que produjo una viva reyerta, apaciguada solo por las admoniciones de Juan de Segovia que demostró que el paso que se proponía era de mayores y más graves consecuencias de lo que á primera vista se podía calcular. Un gran número de fieles, les dijo, honran á Eugenio como Papa y no se conforman con su deposición; su decreto se ha hecho con el concurso de los cardenales y de muchos prelados, los cuales resultarían condenados como hereges. Por lo demás les presentó la perspectiva de los dos papas que iban á existir, con la circunstancia agravante de haberse de excomulgar mútuamente por hereges. En vista de estas advertencias se aplazó la decisión, contra el parecer del cardenal de Arles que quería que se fallase sobre la marcha.

La apología de los padres de Basilea fué refutada en un discurso que hizo Juan de Torquemada, otro de los muchos españoles que en aquella sazón llenaban el mundo católico con la fama de su ciencia.

Mientras tanto se recibieron cartas del Emperador que por cierto se batía en retirada. En ellas mostraba á los padres la pesadumbre que le producía el haber sido desatendidos sus ruegos respecto de la no deposición del Pontífice, añadiendo que al menos se difiriese la elección del sucesor.

El infatigable cardenal de Arles abogó ardientemente por que se desoyesen los ruegos de Alberto, diciendo que urgía proveer al bien de la Iglesia, á la pureza de la fé y á la autoridad de los concilios generales, y que por su parte estaba pronto á dar la vida en aras de la misma Iglesia que Gabriel atacaba con tanta violencia. También observó que si se hiciese caso de los alemanes, sería cuento de nunca acabar, porque jamás celebraban una dieta, sin que de ella naciese la precisión de someter los asuntos á otra nueva y diferente.

El cardenal de Arles no paró, después de todo, hasta hacer acordar como habian de nombrarse los conclavistas. Eneas Sylvio y Patricio refieren con alguna diferencia lo sucedido en esta parte; pero convienen sustancialmente en la decisión final, que no fué otra que la designación de tres, como ahora di-



ríamos, compromisarios encargados del nombramiento de veintinueve padres que, unidos con ellos y con el presidente, habian de hacer la elección del Pontífice. Obtuvieron tan insigne muestra de confianza por parte del Concilio, Tomás abad de Conduno en Escocia, Juan de Segovia y Tomás de Corcellis canónigo de Amiens, los tres doctores en Teología. Se les previno que los nombramientos de los restantes habían de hacerse en secreto y que solo se les podría dar publicidad la víspera del día de la elección.

A los pocos días se celebró una congregación para recibir el juramento á los triunviros, como Eneas Sylvio les llama.

Habiendo cesado la peste en la ciudad y circulado la noticia de la próxima elección de un nuevo Papa, Basilea se llenó de personas principales anhelosas de asistir á tan desusado y singular acto.

El día 28 de Octubre el Concilio celebró su sesión trigésima séptima. En ella se declararon nulos todos los impedimentos puestos ó que en adelante se pudieran poner para estorbar la elección futura; se convino en que ésta se haría en el Concilio, y que para ser válida, el elegido habría de reunir las dos terceras partes de los sufragios; que los electores antes de entrar en conclave deberían recibir en corporación la Santa Eucaristía y prestar juramento según el decreto de la vigésima sesión; que el elegido estaría obligado á aceptar y á jurar que guardaría la fé católica, según la doctrina de los apóstoles y de los concilios generales y que haría ejecutar particularmente los decretos de Constanza y Basilea, que continuaría la celebración de los concilios generales y la confirmación de las elecciones, y, por fin, también acordaron que mientras los electores estuviesen en el conclave, se suspendieran los demás asuntos.

Veamos lo que pasó en la reunión de los compromisarios, que tuvo lugar al siguiente día para cumplir su cometido. El cardenal de Arles que debía acudir antes que los triunviros, se hizo esperar por mucho tiempo. Al cabo se presentó y después de haberles pedido que le dispensaran el retardo, habló de la importancia de la tarea que les reunía y dijo que la suerte de la Iglesia dependía de lo que iban á ejecutar. La tristeza y el temor, dice Eneas Sylvio, se retrataban en su semblante Le



devoraba la aprensión de que los electores no olvidasen á los prelados y eligiesen personas de segunda fila y que por ello hubiera luego resentimientos. El abad de Escocia y Juan de Segovia que barruntaron la causa de sus inquietudes procuraron tranquilizarle.

Después de este acto se procedió á la elección. Primero se nombraron once obispos que con el cardenal de Arles hacían el número de doce, para imitar el de los apóstoles y luego siete abades, cinco teólogos y nueve doctores. Aparte de ellos nombraron igualmente á los oficiales del conclave, un vicecamarero, ocho guardianes, dos maestros de ceremonias, dos promotores, y un procurador fiscal, tomándolos indistintamente de todas las naciones.

En esta elección los españoles tuvieron nueve conclavistas entre castellanos, aragoneses y navarros: figuraron por parte de Aragón los obispos de Tortosa y Vich, Pedro, abad de San Cucufate; Antonio de Arles, abad benedictino de la diócesis de Elna; Bernardo Bosch, doctor en leyes y vicario general, era, según el P. Villanueva, de la diócesis de Lérida, y Raimundo Albiol, canónigo de Tarazona.

El cardenal de Arles viendo que todo el mundo quedaba satisfecho de los nombramientos, se puso más alegre, encomió la discreción de los triunviros y levantó la sesión, citando para la trigésima octava que se verificó el día 30 Octubre.

En esta se confirmó la elección hecha por los triunviros. El cardenal de Arles celebró la misa en la que hubo sermón, y el predicador, después de haber enumerado extensamente los crímenes de que era acusado el Pontífice, exhortó á los electores á elegir un papa que observara una conducta contraria á la de su predecesor. El celebrante, después de haber comulgado, dió la Eucaristía á los electores que se fueron acercando á la sagrada mesa por orden de categoría.

Después de la misa todos los prelados se revistieron de todos sus hábitos pontificales, el obispo de Lausana subió al púlpito y dió lectura: 1.º de la respuesta sinodal del Concilio al llamado libelo del Papa; 2.º del decreto referente á las elecciones; 3.º de los nombramientos hechos por los tres compromisarios. Estos fueron aprobados por los padres con la fórmula del *placet*.



Acto seguido los conclavistas fueron prestando el juramento. Eran ya las tres y los padres aún estaban en ayunas. Se cantó el *Te-Deum* y después se acompañó á los electores al conclave, entrando en él con las personas destinadas á su asistencia.

Eneas Sylvio dice que el lugar de que se hubo de echar mano fué una casa situada frente á la Catedral, en la que había grandes salas, que anteriormente lo habían sido de baile. (1)

Al siguiente día, al despuntar el alba, todos los electores oyeron misa y cantaron luego el himno del Espíritu Santo procediendo acto contínuo á la votación. En uno de los salones se había levantado un altar y delante de él se había puesto una mesa con una bandeja de plata. Tras de esta mesa estaba el cardenal de Arles, teniendo á su derecha al obispo de Tarento y á su izquierda al de Tortosa; siguiendo luego en dos alas los asientos de los demás conclavistas. Los votos se iban emitiendo por medio de cédulas firmadas; tras de lo cual se hacía el escrutinio. La primera vez aparecieron con votos hasta diez y siete candidatos de diversas naciones, sin que, por consiguiente, resultase ninguno con la indispensable mayoría. No obstante desde luego se vió que quien tenía más partido era el Duque Amadeo de Saboya, decano de los Cristianos de Ripailles, en la diócesis de Ginebra, que reunió díez y seis votos.

A las tres de la tarde conferenciaron los conclavistas para ponerse de acuerdo, y cada uno alababa la persona objeto de sus simpatías. El partido de Amadeo iba aumentando por momentos. En el escrutinio verificado el día 4 de Noviembre, llegó á reunir diez y nueve votos; en el siguiente veintiuno; quedándose en el inmediato con los mismos. Solo le faltaba un voto. El cardenal de Arles mandó entonces hacer rogativas para que Dios fuese servido de establecer la unión en el conclave y colocar el gobierno de la Iglesia bajo una persona capaz de conducirle con celo y piedad. Demás de esto se discutió al candidato que había reunido la mayoría de los sufragios. Esta discusión es curiosa y de buen orígen, pues se debe al mismo Eneas Sylvio Piccolomini que fué otro de los maestros de ce-

(1) Pagi dice: « in iis Basileæ ædibus in quibus deputatio pro Communibus haberi consueverat. »



remonias del conclave, el mismo que luego ocupó legítimamente la silla de San Pedro con el nombre de Pio II. (1) Demos una idea de ella. Los unos pretendían que no era conveniente imponer tan pronto las manos en un seglar, ni elevar repentinamente á un príncipe del mundo á la primera dignidad de la Iglesia; otros le excluían del Sumo Pontificado porque era viudo y tenía híjos; otros alegaban su poca experiencia en los negocios eclesiásticos, por no ser doctor, ni haber cursado ciencias teológicas. Sus valedores, en cambio, replicaban que Amadeo sinó era doctor, era docto, que en su juventud había sido muy estudioso, que su conducta habia sido siempre ejemplar, que asistía con asiduidad á los divinos oficíos y aunque príncipe láico rezaba todos los días el breviario y que el haber sido casado no le excluía del sacerdocio. Fué tal el elogio que de este príncipe hicieron los suyos, que arrastraron á cinco de los más indecisos, y en el inmediato escrutinio salió elegido Papa por veintiseis votos. (2)

Al punto la alegría quedó pintada en todos los semblantes: se llamó á los notarios y testigos que levantaron acta de la elección y á la una de la tarde se hizo saber al público desde una de las ventanas; á poco salieron los conclavistas revestidos de sus hábitos pontificales, y el clero que les estaba esperando en la puerta del conclave, les condujo á la catedral.

En la sesión trigésima octava, los padres de Basilea aprobaron la contestación á la condenaclón, que calificaban de invectiva, de Eugenio IV, de que hemos hablado antes, la cual parece que les impresionó vivamente. Su refutación ó réplica comienza con un texto de Esdras.

En ella insisten en que el Concilio tiene potestad inmediata de Cristo; á la cual está obligado á obedecer el papa, según lo declarado por el Concilio de Constanza y también por el mismo de Basilea en sus sessiones segunda, undécima, duodécima, vigésimanona y en otras, así como en las epístolas sinodales, de conformidad con los cardenales de la santa iglesia

(1) La colección de los concilios al hablar de los oficiales del conclave dice: «Pro clericis ceremoniarum gratia, Æneas de Senis Tridentinensis, Michael Brumensis Beluacensis ecclesiarum canonici, notarii apostolici.»

(2) Patricio sostiene que el máximum de los sufragios obtenidos por Amadeo fué el de veintidos.



romana, patriarcas, arzobispos, obispos, embajadores de los príncipes, abades y doctores que asistieron á la asamblea. Siguen defendiendo la doctrina consignada en las ya citadas proposiciones, y hacen valer el hecho de haber el concilio de Constanza depuesto á Juan XXIII y privado á Benedicto XIII del derecho al pontificado, si es que tenía alguno, y elegido á Martin V, á quien sucedió Eugenio IV, los cuales en virtud de dicha elección pudieron crear cardenales, hacer promociones de prelados y demás órdenes y grados eclesiásticos. Tratan el Concilio de Ferrara de conventículo y prohiben publicar, predicar, aprobar ó defender el que llaman libelo de Gabriel.

En la sesión trigésima nona, que ocurrió el dia 17 de Noviembre confirmaron la elección de Amadeo y ordenaron que fuese reconocido Papa por todos los fieles. Inmediatamente le diputaron veinticinco legados, á saber, siete obispos, tres abades y catorce doctores con el cardenal de Arles á la cabeza y conde de Tierstein subprotector del Concilio, para notificarle la elección y para rogarle que aceptase. Esta diputación partió el día 11 de Diciembre y llegó á Ripailles el 29 del mismo mes. Amadeo salió á recibirla con sus hermitaños y servidores. Los legados le participaron el objeto de su visita, pero sin presentarle todavía las cartas del Concilio, ni pedirle el consentimiento. Unicamente solicitaron una audiencia que les fué otorgada para de allí á tres días.

No obstante los consejeros del Duque se anticiparon á poner algunas dificultades; primero querían que se modificase la fórmula del juramento, luego pretendieron que el electo no debiese quitarse la barba, á la que tenía exagerado cariño, y por fin que no se le obligase á trocar el nombre. Los diputados respondieron que ellos no podían añadir ni quitar cosa alguna al juramento, por ser de la incumbencia del Concilio; que así que el Duque habría otorgado su consentimiento sería necesario que vistiese hábitos conformes á su dignidad, y que, según la práctica establecida, debería cambiar de nombre, puesto que Jesucristo mismo se lo mudó á San Pedro. En cuanto á la barba, como Amadeo no quería oir hablar de quitársela, se le dejó que la llevara por algún tiempo.

Llegado el día de la audiencia fueron recibidos los diputa-



dos, quienes le entregaron el acta de la elección y le rogaron que aceptase con instancias y súplicas reiteradas, á las que al cabo condescendió, no sin dejar de derramar todo un torrente de lágrimas. Seguidamente prestó el juramento y anunció que tomaba el nombre de Felix V. Se le revistió de hábitos pontificios, pero no hubo medio de hacerle recortar la barba que era de una longitud extraordinaria. El cardenal de Arles le bendijo y le puso en el dedo el anillo del pescador; los demás le prestaron homenage de Papa en la iglesia del monasterio de San Mauricio en la que se había levantado el solio.

Al siguiente dia partió para Thonon, á orillas del lago Leman, en donde ejerció las funciones de su nueva dignidad, asistiendo á las fiestas religiosas que celebra la Iglesia por aquellos dias; su barba llamaba la atención de todo el mundo, y como él advirtiera que era objeto de muchas sonrisas burlonas, al cabo optó por el partido de afeitársela.

Así que el Papa Eugenio se enteró de todo lo ocurrido procedió contra Felix, le declaró cismático y herético, excomulgó á sus electores, fautores y partidarios, si no le abandonaban dentro el plazo de cincuenta días.

Los de Basilea por su parte casaron lo actuado por Eugenio y prohibieron que nadie le obedeciera.

Para hacer frente á los rebeldes, Eugenio IV, en un consistorio tenido en el Concilio de Florencia el dia 18 de Diciembre, creó diez y ocho cardenales de diversas naciones. Sin embargo no hubo más castellano que el dominico Juan de Torquemada y no figuró en la promoción ningún súbdito del Rey D. Alfonso.

Así terminaron los asuntos del orden eclesiástico en el año de 1439.

Procuremos ahora rastrear la parte secreta de los sucesos que dejamos reseñados en lo que concierne á la conducta obsevarda por los embajadores y padres aragoneses.

Zurita levanta una punta del velo que oculta los manejos de D. Alfonso, dejando entender que tuvo mucha maña en la brusca evolución de los catalanes y aragoneses, tan ardientes papistas al principio de las actuaciones; tan tibios é indolentes y hasta cómplices en los momentos en que debieron arre-



ciar en su oposición y en la defensa del legítimo pontificado.

Hé aquí las palabras del Analista: "Tenía el Rey gran sentimiento, y quexa del Duque de Milán, porque cuando el Duque quiso que los embaxadores, que tenia el Rey en el concilio de Basilea, se declarassen contra el Papa, ellos por comission del Rey procedieron de tal manera en el negocio, que si el Duque persistiera en su opinión, no solo fuera en esta sazón el Papa suspendido de la dignidad, pero aún del todo le hubieran depuesto: más porque al Duque no le pareció que se hiciese, fué el Rey contento de mandar á sus embajadores que cessassen de proceder adelante: y dezia el Rey, que era blasmado por ello de las gentes: viendo no ser constante en los hechos del concilio como al principio."

Por nuestra parte podemos arrojar mucha más luz acerca de este punto con solo someter á la consideración del lector las instrucciones auténticas y hasta ahora inéditas que se dieron á Jacobo Scorsa, quien fué de embajador del Rey á Milan para tratar extensamente de las cosas del Concilio con Felipe María Visconti. De esta manera quedará, no solo confirmado, sinó también grandemente ampliado lo que nos dejó escrito Zurita.

Estas instrucciones fueron expedidas desde el campamento delante de la torre de Carbonara ó Carbonayra el día 19 de Mayo del año que nos ocupa. Scorsa debía pasar á Milán para dar cuenta al Duque de que el Rey, accediendo á las instancias que le había hecho el Papa por medio de su embajador el abad de San Pablo de Roma, de que se le diese el honor de establecer una concordia entre S. M. y el Duque de Bar, con preferencia al Rey de Francia, que también lo solicitaba, tenía en aquella sazón en Florencia una embajada compuesta del obispo de Valencia, de mosen Berenguer Fontcuberta y de mosen Berenguer Mercader, todos los cuales eran buenos servidores suyos y por lo tanto les creía merecedores de su más omnímoda confianza.

Scorsa llevaba copia de las instrucciones que se les habían dado, y tenía el encargo de manifestar á Felipe María que si le pareciese que se debían seguir tal como habían sido expedidas ó si por ventura creyese que se debían adicionar en algún



modo, qué tuviese por bien declararlo, puesto que el Rey estaba decidido ó complacerle.

Tras de esto el propio embajador debía hacer algunas indicaciones respecto de los asuntos del Reino y tocar algo de lo concerniente al conde Francisco, á Jacobo Caldora y á Nicolás Piccinino, no menos que á los preparativos navales de S. M., para que el Duque pudiese vivir prevenido y obrar en consecuencia.

Después se prevenía á Scorsa que entrase de lleno en los negocios del Concilio y que los tocase con arreglo á las siguientes instrucciones que copiaremos literalmente:

"Item le dirá como el dicho Señor ha sido avisado desde la Curia Romana como el Papa tiene pésima intención hácia el dicho Señor: y que á bien que por muchas y diversas vías el dicho Señor había procurado aplacar y atraer al dicho Papa á alguna buena concordia; jamás, empero, no lo había podido lograr; y que al presente tiene más perversa intención que nunca hácia el dicho Señor; por tanto advierte al dicho Duque que si le parece que si fuera bueno dar más favor al Concilio, por parte de cada uno de ellos, esto es por el dicho Señor y por el dicho Duque y contra el Papa, de lo que se ha hecho hasta ahora, al dicho señor le parece que sería bueno; porque es dudoso que desfavoreciendo hechos del Concilio no venga á mostrarse dispuesto á ponerse de acuerdo con el Papa ó á disolverse totalmente; puesto que cualquiera de estas cosas son de grandísimo interés y podrían redundar en daño irreparable del dicho Señor y también del dicho Duque.

También el dicho Jacobo dirá como el dicho Señor ha estado y quiere estar siempre conforme con la voluntad del dicho Duque; y que por esto cuando al dicho Duque fué grato que los embajadores del dicho Señor en el sacro Concilio procediesen contra del Papa, por mandato del dicho Señor, con suma diligencia, procedieron contra del dicho Papa: de modo y de manera que si el dicho Duque lo hubiese tenido por bien, á la hora esta el dicho Papa no solo fuera suspenso, sinó también depuesto del todo.

Pero porque al dicho Duque no pareció que se hiciese, el dicho Señor estuvo contento, por no apartarse de su voluntad



en modo alguno, de mandar á los dichos sus embajadores que sobreseyesen: mas breve, que estuviesen totalmente á las órdenes y disposiciones del dicho Duque. La cual cosa el dicho Señor ha hecho y hace por respeto al dicho Duque y no por alguna otra cosa, con grandísimo contento, por contemplación del cual, no solamente esto, sino también cualquiera otra mas grande cosa, aunque fuese tal que supiese perder y abandonar el Reino, por satisfacer á la voluntad y deseo del dicho Duque, de buena gana la haría. Verdaderamente que considerarado esto que dice de los referidos embajadores no se puede hacer sin lesión del honor del dicho Señor, por causa de la volubilidad en que incurre, porque siempre y señaladamente en los primeros tiempos, hasta poco menos que el año pasado, había escrito favorablemente al dicho Concilio, mostrando que por favor, aumento y conservación de él, el dicho Señor haría todo lo que pudiese y en realidad lo hizo. Y que puesto que por el sobreseimiento de sus embajadores se conozca tanta y tal volubilidad y contradicción en el dicho Señor, puede pensar el dicho Duque cuánto esto grava la estimación del dicho Señor en el concepto de los hombres del mundo, especialmente príncipes y señores, cardenales y otros prelados y sobre todos el dicho Papa. El cual no es de admirar que cobre audacia contra el dicho Señor, viéndole no ser constante en los hechos del Concilio, como lo era al principio. Y por tanto que el dicho Duque vea si estando los dichos embajadores del dicho Señor en el dicho Concilio para no hacer cosa alguna contra el Papa y en favor del Concilio, como hacían primeramente, es bueno ó no. Y que al dicho Señor le parece que para no hacer mas que lo que hacen al presente, sería mejor que partiesen y fuesen á servir sus beneficios y prelaturas. Y que de esto el dicho Duque no se admire de modo alguno, puesto que el dicho Señor no entiende decirlo con alguna displicencia y contrariedad del dicho Duque, pues por él se conformaría gustosísimo á hacerse enemigo de cuantos amigos tiene; y queriendo el dicho Duque que los dichos embajadores deban permanecer en el dicho Concilio, no favoreciendo ni haciendo oposición alguna al Papa, el dicho Señor tiene por bien que permanezcan y hagan, como siempre les ha mandado, todo aquello que por el dicho Duque les será impuesto. „



Estas instrucciones están firmadas por el Rey y van refrendadas por Jorge Catalá.

Conviene ahora preguntar si las amargas reflexiones hechas por D. Alfonso á su amigo y aliado labraron en el ánimo de éste y le indujeron primero á declararse neutral y luego á romper abiertamente y de una vez con el Papa, dando por consecuencia orden á los padres de Milán y de Aragón que cesasen en la defensa de Eugenio IV y que tomasen en la designación de su sucesor la parte que realmente tomaron. Podría ser también que los agravios recibidos por el mismo Felipe María de parte del Pontífice, gran favorecedor de venecianos y florentinos, enemigos jurados de dicho príncipe, fueron parte para acabar de inclinar su voluntad é hicieran lo que no hubieran podido hacer por sí solas todas las mañosas sugestiones del Magnánimo.

Así se esplicaría claramente el servil cambio de frente de los embajadores y padres de los susodichos estados, cambio aún más vergonzoso y censurable que los que vemos en nuestros días en las modernas asambleas parlamentarias, puesto que éstos solo afectan á lo humano y transitorio y aquel tendía á afectar al orden divino y permanente de la Iglesia.

Son igualmente congruentes con dicho asunto los dos siguientes textos de Zurita, uno referente á nuevos agravios recibidos por el Rey de parte del Pontífice y otro en el cual se declara terminantemente que D. Alfonso previno á sus embajadores que se cruzaran de brazos en lo del proceso de Eugenio IV.

“ Del campo de Santa María la Mayor se passó el Rey á poner su real junto á Cancelo: y de allí avisó á sus embaxadores que tratavan en Roma de la concordia, que se avia movido por la otra parte con dañada intención: y que el Papa avia embiado al Duque Reyner animandole, y haciendo le grandes ofertas: porque no se concertasse con el Rey: y mandó á sus embaxadores, que se saliessen de Roma y se fuessen para él. Esto fué á veynte y ocho del mes de Julio. „

“ En el mismo tiempo avian salido sus embaxadores de Basilea: y quedaba allí por su orden el obispo de Tortosa: y mandó le que con los otros Perlados y ecclesiasticos destos reynos



tratasse, que no saliessen de aquella ciudad: ni desamparassen el concilio: y quanto al processo, que se esperava, que havían de hacer los del Concilio á elección de otro Pontífice, mandava, que no se declarassen: y estuviesen indiferentes. „

Para concluir daremos cuenta de una negociación del Rey cerca de los padres del Concilio que tenía por objeto asuntos meramente temporales. Veámosla.

D. Alfonso mandó á Basilea á Luis Çescases con instrucciones que comunicar á sus embajadores, ordenándole que entregara las que anteriormente habían sido dadas con igual objeto al escribano Juan Sellent y que recogiera las últimamente escritas. También se le dió su carta credencial que le acreditara cerca de dichos embajadores.

Prévia una carta para el Concilio para que diera fé y crédito á los representantes de Aragón en los asuntos que iban á gestionar cerca de los padres de la asamblea, el Rey encargaba al dicho Çescases: primero que saludase á los embajadores y les diese las gracias por la constancia con que trabajaban en honor y servicio de S. M., lo cual le era muy grato, exhortándoles á perseverar en ello, conforme así lo esperaba, declarándoles de su parte que á todos y á cada uno en su lugar y tiempo les haría las mercedes á que por sus trabajos se habian hecho acreedores; luego debía encargarles que entregasen la carta-credencial que para el Concilio les remitía y que en virtud de ella le pidiesen con las palabras y modos más honestos el que el Rey entendiese de las usuras y causas pias que en sus reinos y tierras se cometian y hacían, según y á tenor de lo que se concedió por el pontífice al Rey D. Juan, autorizándoles para exhibir la copia de dicha gracia, á cuyo efecto Çescases la llevaba consigo, encomendándoles que en el caso de alcanzar tal petición viesen de que fuese por el mayor tiempo posible; que al menos interinamente el conocimiento de estos asuntos se confiriese en los reinos de Aragón, Valencia y Mallorca y principado de Cataluña á los obispos de Lérida y Urgel juntos ó á solas, en el Reino de Cerdeña al Arzobispo de Cáller y en el de Sicilia de allá del faro, al Arzobispo de Palermo, así á los que lo eran en la actualidad como á sus sucesores, y concedida la gracia, se les hiciese saber por medio de rápidos emisarios.



En las propias instrucciones figura un asunto bien ageno de los demás y que revela la afición del Rey á los buenos libros. Como anteriormente fray Bernardo de Serra le hubiese escrito que estaban corrientes dos códices uno *Super salterii* y otro *Super biblia,* encarga á Çescases que diga á dicho embajador que se los adquiera para él al mejor precio que pueda hasta llegar á la suma, si menester fuese, de mil ducados. Estas instrucciones fueron expedidas en Cápua á 28 de Enero de 1449, época, por lo tanto en que Serra no había aún fallecido. Van firmadas por el Rey y refrendadas por Arnaldo de Fonolleda. (1)

En realidad el Concilio autorizó al Rey para que conociese de las usuras y le facultó para que pudiese delegar dicha facultad en el obispo de Lérida, D. García, en el principado de Cataluña.

Así resulta del archivo municipal de Gerona, cuyos documentos á este asunto relativos ha dado á conocer últimamente nuestro particular amigo D. Julián de Chía en su reciente libro, *Bandos y Bandoleros de Gerona, (1888).* Es más; de lo que escribe este diligentisimo historiógrafo, se deduce claramente que D. Alfonso, al entablar tal súplica, no lo hizo llevado de animadversión á las malas artes de los logreros, sino como un vulgar arbitrista que buscaba en dichas causas una mina de interesadas componendas, con muy ricos y muy abundantes filones para hacer frente con ellos á los gastos exhorbitantes de la guerra. El señor Chía al describir los efectos de aquella medida, lo atribuye todo á la iniciativa del Concilio por no haber llegado á su noticia la misión de Çescases. Tomemos algo de lo que á dicho propósito escribe el secretario archivero del Ayuntamiento de Gerona.

El día 30 de Setiembre de 1440 se presentó en dicha capital, con el carácter de subdelegado del obispo de Lérida, micer Gabriel de Vilanova canónigo y prepósito de aquella Sede, acompañado del fiscal Juan de Barbarroja y de otros ministros para incoar en nuestra diócesis las referidas causas de usura. Sin decir una palabra á los jurados gerundenses, procedió desde luego á fijar carteles en las puertas de las iglesias y en las

(1) Vid. Apèndices XXVIII.



de la ciudad, invitando á que se le denunciaran los contratos usurarios celebrados en la demarcación territorial insinuada. Bastó este solo anuncio para que el vecindario acudiese á los jurados, en queja de tamaña novedad y para que éstos, teniéndola como contrafuero, y ocasionada á causar grandes perjuicios, adoptaron por de pronto la resolución de arrancar los referidos carteles.

Tratando luego de apelar á recursos menos ocasionados á disgustos acudieron en consulta á los concelleres de Barcelona y Perpiñán y aún á los Diputados del general de Cataluña y á la misma Reina D.ª María.

Entretanto esta señora, á quien el subdelegado del obispo Lérida habría enterado de lo ocurrido, se apresuró á escribir dos cartas á los jurados de Gerona, echándoles en cara su arrebatado proceder, reprendiéndoles el que indujesen á seguir su ejemplo á otras ciudades, anunciándoles que había mandado proceder contra ellos y que, en el caso de resultar culpables, serían castigados con arreglo á derecho y, por fin, conminándoles bajo pena de privación de sus cargos y multa de 10.000 florines, si no le daban al subdelegado el favor y ayuda necesarios.

No por esto se acobardaron los jurados empezando un nutrido fuego de apelaciones y protestas jurídicas, alegando por su parte los daños que se causaban al vecindario, que la acción del subdelegado era contraria á las regalías de la corona, á los privilegios de la ciudad y á las constituciones de Cataluña, y que, no afectando el crímen de usura á las doctrinas de la fé, el perseguido incumbía al poder civil y no procedía la instrucción de proceso alguno, como no fuera á instancia de parte.

¡Bien se vé que en su inocencia ignoraban que la medida había sido solicitada por el Rey y que, en vez de ser contra las regalías de la corona, era, por el contrario, una regalía más que la corona había recabado del Concilio!

Por esto sus voces clamaban en el desierto, teniendo como tenían en contra á la reina, al gobernador general de Cataluña, al obispo de Gerona Bernardo de Pau y á toda la gente de la curia, todos los cuales es fácil que estuvieran en el secreto. Los jurados vieron por lo tanto restablecida íntegramente la



autoridad de Vilanova y fueron requeridos de nuevo á darle favor y ayuda.

A poco el veguer y el baile publicaron un bando haciendo saber al vecindario que todos los que hubiesen satisfecho ú obligádose á satisfacer ganancias (logres) ó usuras, por cualquier concepto ó bien comprando trigos, vino, aceite, cebada, avena, lino, cáñamo, ropas de lana, ropas de cáñamo, lanas, ganado grande y pequeño y otras cosas mediante pacto de espera, de modo que por causa de él les hubiesen sido vendidas aquellas especies á mayor precio que el de á dinero contante ó que hubiesen enagenado aceite, azafrán y otros artículos antes del tiempo de su recolección á menos precio que el corriente, por razón del adelanto, y por fin todos los que de cualquier modo, lo mismo cristianos que judíos, hubiesen pagado ganancias y usuras, estaban obligados á denunciarlo á la comisión dentro del preciso término de diez dias, prometiéndoles que les serían devueltas todas las cantidades pagadas por tales conceptos y que quedarían cancelados los debitorios y toda clase de contratos usurarios, conminando á los que no se constituyeran en denunciadores con la pena de excomunión, y anunciando que también se procedería contra los encubridores de todo acto usurario.

No pararon aquí las cosas, sinó que el subdelegado pidió que se procediese contra los jurados *pro crimine proditionis et rebellionis,* al paso que estos, en justa defensa, hablaron claro, tachando al subdelegado y á sus ministros de *pestiferos concitatores populi* y diciendo que lo que estaban haciendo era más asunto de lucro que de salvación de almas.

Todo fué inútil. Vilanova y los suyos fueron extremando su rigor y condenaron á varios vecinos á pagar multas de 1000 florines y á otros á estar en la picota *a manera de delats de heretgía;* fuera de que, según aseveraban los jurados en carta al gobernador, también se atrevían á cobrar cantidades sin librar recibo y suplían este resguardo con autos en los que declaraban que el penado no había cometido crímen alguno de usura.

Al cabo los representantes de la ciudad deliberaron que Eymerich de la Vía fuese á Nápoles á ofrecer al Rey un donativo de 1000 florines.



Esto era lo que se buscaba.

Es de presumir que en los reinos de Aragón, Valencia, Mallorca, Cerdeña y Sicilia no pasarían las cosas de una manera más edificante.

Espanta el considerar que el pago dado por el Rey al Concilio por su connivencia en tan graves escándalos y en tan torpes exacciones pudo ser la cooperación de los padres aragoneses en la elección del antipapa.

A los anteriores datos hay que añadir lo que resulta de una minuta corregida existente en la Biblioteca nacional de París (1) de que da cuenta A. Lecoy de la Marche en su ya citado *Le Roi René*. (2) Dice este autor: "El antagonismo del papa y del concilio dividía la cristiandad en dos campos desiguales: Renato, como el rey de Francia, estaba por el primero, el cual, en recompensa, favorecía su causa en Italia; hasta el punto de que acaba de mandar á sus súbditos de dar completa obediencia al pontífice, y de detener á los portadores de toda clase de cartas perjudiciales á su autoridad suprema, pues él decía que siempre había sido vasallo sumiso de la Santa Sede á la cual había hecho el homenage y el juramento de fidelidad. Alfonso por oposición debía inclinarse del lado del concilio. Efectivamente desde 1437 había enviado á Basilea al arzobispo de Palermo y al obispo de *Viana?* (3) para obtener la confirmación de sus derechos al trono de Sicilia (4) y sin la resistencia del cardenal de Arles y de Raymundo Tolon, magistrado provenzal encargado de responder á nombre de su soberano, (5) tal vez la hubiera conseguido ante la asamblea de los padres, sistemáticamente hostiles á los actos de Eugenio IV. Empero no se limitó á lo dicho: entró en la coalición urdida para deponer al papa, é hizo impulsar al duque de Saboya, Amadeo VIII á que codiciase la tiara. Una nota anónima y sin fecha, emanada de uno de sus secretarios, nos suministra la prueba de las intrigas tramadas por él con tal audaz objeto. Este documento que arroja una nueva luz acerca de las causas de la elec-

(1) MSS. italianos, 1583 f.° 25.
(2) T. I, p.ª 182 y 183.
(3) Lecoy debió leer mal este nombre, y sin duda dirá de Vich.
(4) Debe entenderse de esta parte del faro.
(5) Archivos nacionales de Francia. Fondo de Lorena K. K. 1126 f.° 536 v.°

ción del antipapa Félix, parece referirse al año que precedió á su coronación (1439). Encierra las instrucciones para el régimen de un cierto Zohanne Pedro, (1) quien tenía el encargo de ir al encuentro de Luis de Saboya, hijo de Amadeo, de inducirle á pretender el pontificado para su padre y de asegurarle que el rey de Aragón le ayudaría con todo su poder: este último promete no pedir más indemnización, por la conquista de las tierras que quitará al papa Eugenio, que el pago de las gentes de guerra que emplearía." (2)

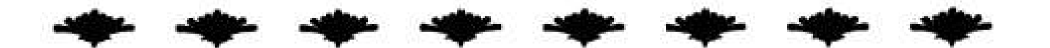
Si este documento en realidad debe referirse al año de 1439, no cabe duda que debió ser expedido en los últimos meses del mismo. Entonces explicaría el cambio de frente de los padres catalanes y aragoneses, el haber éstos cesado en la defensa del Pontífice y el haber tomado tanta parte en la elección de su sucesor. Bajo este punto de vista es en realidad muy interesante, y Lecoy, al descubrirlo, ha prestado un buen servicio á la historia de nuestra patria.

(1) ¿Perot Johan? Por el modo de escribirse el nombre Juan y por figurar el documento entre los MSS. italianos, nos hace sospechar que en su redacción anduvo la mano de la cancillería milanesa.

(2) Minuta corregida (Bibl. nac. ms. ital. 1583 f.º 23).







CAPÍTULO XXXVIII

SUMARIO

(Año 1440) — Estratagema de Renato de Anjou. — Encuentro en Nola con los de Aragón. — Llega á Benevento. — Como se capta las simpatías del país. — Instancias á Caldora. — Campaña de Don Alfonso para desbaratar los planes de su rival. — Entrevista de Renato y Caldora. — Combate indeciso en Tufana. — Graves consecuencias de la conducta de Caldora. — Este trata con Don Alfonso. — Ríndense los castillos de Aversa y de Salerno. — Renato manda á Provenza á su mujer é hijos. — Proposiciones de concordia á Don Alfonso. — Influencia de los genoveses en contra. — Barí y otras poblaciones se entregan al Rey. — Liga del Duque de Milán con los Florentinos. — Noble acción del Rey. — Toma de Benevento y otras poblaciones. — Nuevos tratos de Antonio Caldora. — Legitimación y heredamiento del Infante Don Fernando. — Varias cartas del Rey.

ORRESPONDE empezar la narración de los sucesos pertenecientes al año de 1440, por la atrevida marcha de Renato á través del país enemigo.

Pero antes de empezar su descripción, será bien apuntar algunos datos que se leen en Fazio, no del todo destituídos de interés, pues acaban de pintar la perfidia y la refinada astúcia de aquellos tiempos.

Para que el mensajero de Caldora, que lo fué Raimundo de Annechino, portador de la respuesta al llamamiento hecho por Renato, pudiese pasar con más seguridad, le mandó su gefe que en vez de echar por sendas extraviadas, atravesara el cuartel real, con el pretexto de llevar el encargo de concertar una avenencia entre S. M. y el Duque de Anjou, en la cual Caldo-

ra se ofrecía á servir de mediador. Realmente Annechino emprendió la marcha y se vió con Boyl de quien recabó un salvo conducto para trasladarae cerca de D. Alfonso. Después de haber conferenciado largamente con éste le pidió la venia para ir á persuadir á Renato, y como le fuera otorgada, dicho se está que logró lo que se proponía.

En las cartas de que era portador, decía Caldora al Duque de Anjou que procurase juntarse toda la más gente posible y se trasladase secretamente al Abruzzo, pues operada la reunión de todas las fuerzas, el Rey tendría que levantar el sitio del Castillo de Aversa, ó en el caso de haberlo ganado, entre los dos lo recobrarían fácilmente. (1)

Veamos ahora, siguiendo á Constanzo, al Anónimo, á Pelegrí y á otros, los detalles de la interesante marcha de Renato á la cual Fazio dedica solo unas cuantas líneas.

Cuando todo el pueblo de Nápoles, lleno de pena, pensaba perder á su Rey, hé aquí que en la noche del 29 de Enero le llama Renato á un pátio del castillo. Los napolitanos acuden presurosos al llamamiento y ven con sorpresa que el que creían que iba á embarcarse cuanto antes, se hallaba á caballo rodeado de unos cincuenta ginetes y que les recibe con estas amorosas y levantadas palabras.

"Hijos mios; quiero que sepais que no he degenerado tanto de mis progenitores que quiera abandonar una tan bella y nobilísima ciudad, y un tan valioso Reino, con tantos valientes, leales y estimados amigos sin pasar antes por los más extremados riesgos; y si dije que quería embarcarme con rumbo á Provenza, fué solo para dar á nuestros enemigos una falsa alegría y hacer que descuidaran la vigilancia, á fin de poder, con menor peligro, emprender el viaje que proyecto. Había mandado llamar á Antonio Caldora, en cuyas manos, como sabéis, es-

(1) El Diario de Nápoles da una versión algo distinta de la respuesta de Caldora, versión que acepta Lecoy en su *Le Roi René*. Según ella el condottiero dijo: que le faltaba dinero, que el país no daba de sí para la manutención de sus gentes, que muchos de sus oficiales intentaban trabar inteligencias con el Aragonés, en fin que correspondía al rey el ir á vigorizar á sus partidarios por medio de su presencia, sin lo cual el mismo se vería obligado, de igual suerte que su tio Raimundo, á pasarse á las filas de D. Alfonso. Caldora, añade, alimentaba ya proyectos de deserción y esperaba que la ocupación de la Tierra de Labor impediría al príncipe unirse á él y proyectaba sacar de su negativa un pretexto para abandonarle.



tán todas nuestras fuerzas, para que viniese con el ejército á librarme de la estrechez en que me hallo, y ha mandado decirme que su hueste no se puede mover sin dinero, y que no hay otro remedio, sinó que yo vaya á juntarme con él, que con los subsidios que me darán las tierras que están en mi obediencia, podré pagar y mover el ejército; por esto voy, y espero volver muy presto y hacer que esta ciudad sea, como fué siempre, cabeza de todo el Reino; entre tanto os la recomiendo, y del mismo modo os recomiendo la Reina y mis hijos que quedan bajo vuestro amparo, „ Dicho lo cual se puso en marcha con muy exiguo acompañamiento (1) no sin oir al paso que todos le deseaban felicidades en el viaje y le aseguraban que preferirían morir antes que ver flotar una bandera que no fuese la suya en las murallas de Nápoles. Algunos jóvenes de la ciudad, por no tener tiempo de ir á su casa á montar los caballos que tenían, le siguieron á pié con unos ochenta soldados de infantería, al mando de Raimundo de Barletta y caminando toda la noche por sendas estraviadas, llegaron al despuntar la aurora frente á Nola.

Al pié de los muros de esta plaza, según Pelegrí, los anjevinos sufrieron un contratiempo. Como los centinelas aragoneses oyeran el ruido de la cabalgata, se apresuraron á dar la voz de alerta, y Renato, al notar que había sido descubierto picó espuelas y logró escurrir el bulto.

Al poco rato pasó Juan Cossa, enviado tras él por la Duquesa de Anjou, con refuerzos y bagages, y hallando á los nuestros sobre las armas se vió obligado á sostener un encuentro. El resultado fué desastroso para él, pues además de caer prisionera la mayor parte de la fuerza que mandaba, perdió también todo el depósito que se le había confiado. El botin fué rico; los aragoneses se apoderaron de muchedumbre de objetos de oro y plata, de las banderas, tiendas y armas de Renato y mil otros efectos de valía.

Más tarde pasaron también los médicos franceses del pretendiente y topando de igual modo con los del presidio de la ciudad, sufrieron la misma suerte que los de la columnita de

(1) Lecoy dice que llevaba solo cuarenta franceses. Según Constanzo debió llevar más gente.



Cossa. Este pudo escapar en medio de la confusión y se salvó ocultándose en una cueva.

Los vencedores muy contentos encerraron á los prisioneros dentro los muros de Nola. De dicha plaza Renato se dirigió á Bayamo á donde llegó cuando ya era entrado el día. A los que hallaban al paso decían los del Duque de Bar que querían ir á tomar la baronía de Sant'Angelo di Scala, que se tenía bajo las banderas de Ottino Caracciolo, que era de los más señalados de la parte anjevina: y para mostrar que ellos eran del bando aragonés gritaban *Orso, Orso,* porque los Orsini eran parciales de D. Alfonso. Pero apesar de todo no pudieron evitar el ser conocidos. Enterado de lo que pasaba el que les servía de guía, que era un padre del convento de Monte Vergine, llamado fray Antonello, hombre muy fiel al Duque, y sospechando que pudieran tropezar con alguna dificultad por la parte de Monte Forte, tomó la vía de la montaña, en donde había cuatro palmos de nieve (1) y todavía seguía nevando. Así que hubieron ganado la cumbre de la montaña, se desmontaron y emprendieron por lugares desconocidos cubiertos de nieve, por donde jamás habían pasado caballos, con tanta fatiga y peligro que murieron algunos de aquellos nobles animales y, lo que fué más sensible, cuatro hombres. El Duque, volviéndose á cada momento con alegría é intrépido talante, daba ánimo á todos, diciéndoles que así como eran en aquella sazón compañeros en la fatiga y en los riesgos, así también serían luego copartícipes de la victoria. Al fin, siempre con agua, nieves y vientos pasaron la montaña y el Duque llegó á Sant'Angelo di Scala con parte de la compañía; porque los que no tenían buenos caballos se quedaron en Sumonte, que era de Ottino Caracciolo. El castellano de Sant'Angelo hospedó al Duque lo mejor que permitía aquel pobre y reducido castillo, y porque de las balijas de éste unas se habían perdido al subir la montaña, otras se habían quedado en Sumonte y otras, como hemos

(1) Constanzo dice que aquel día era el 28 de Diciembre. En el caso de ser exacta esta fecha debería ser del año 1438; empero hemos de deducir que está equivocada; porque, según el Diario de Nápoles, Renato salió de esta ciudad el día 29 de Enero (1440). De el Itinerario de Renato que publica Lecoy resulta que el 28 de Diciembre dicho pretendiente se hallaba todavía en el Castillo de Capuana y que el 31 de Enero de 1440 llegó á Benevento, cuya noticia veremos pronto confirmada por un documento de los archivos milaneses.



visto, habían caído en poder del enemigo; como tuviera necesidad de mudarse, puesto que el agua le había calado, se vió en la precisión de ponerse las ropas de uso del buen alcayde.

Al otro día llegaron los rezagados de Sumonte, y Renato se encaminó hácia Benevento, con igual temporal de nieves que en la anterior jornada, y pasando por la piedra Stornina, fué asaltado por un número grandísimo de villanos; pero no quiso detenerse á escaramuzar con ellos, sinó que prosiguiendo el viaje, mandó á un francés, que con él iba, caballero de mucho valor, llamado Guido, que les resistiera con algunos ginetes de los más denodados de su séquito, el cual retirándose con mucho arte y batiéndose luego con no menos valor, mató á uno é hizo prisioneros á cinco. A éstos se los llevó á Altavilla, en donde el Duque se había detenido un poco. Así que estuvieron en su presencia se arrodillaron á sus piés, pidiéndole misericordia, escusándose con que no le habían conocido, y él mandó benignamente que fuesen puestos en libertad y les dijo que se podían marchar á sus casas, que él era Rey, que había ido á librar y no á hacer morir las gentes del Reino. Los de Altavilla, que desde los muros vieron tan gran acto de generosidad y cortesía, salieron á presentársele y dieron liberalmente de comer á toda la compañía, aunque aquella tierra se tenía con las banderas de Aragón, porque el Conde que tomaba el título de ella seguía el dicho partido. Continuando el de Anjou su viaje con tiempo malísimo y pésimo, á duras penas llegó á las dos de la noche á Benevento.

Hay que dar algunos detalles acerca de la entrada del Duque en dicha ciudad, la cual se tenía por el Conde Francisco Sforza, ya que podemos hacerlo gracias á un documento contemporáneo. Según un parte dado por el castellano Buccello y por el rector Ruso de Dyano, encargados de la custodia de la plaza, á Foschino Attendolo y á Victorio Rangoni, las cosas pasaron de la siguiente manera. A las dos de la noche del último día de Enero de 1440 se presentó á Dyano miser Galiotta, diciéndole como miser Guido, el señor de Nosone y Raimundo de Annechino habían llegado con ciertos caballeros napolitanos y con cerca de doscientas personas á caballo y á pié. El mismo miser Galiotta le dijo de parte del arzobispo que fuese servido



dejarles pasar adelante, á lo que el rector contestó negativamente; pero que podían entrar con veinte ó veinticinco personas y que las demás quedasen á fuera y determinó que entrasen por la puerta de la Anunciata.

Acto seguido tomó las llaves para darles ingreso, permitiendo la entrada á veinticinco, según la orden, y á los demás se les dijo que fueran á alojarse á los arrabales. Ya cerrada la puerta, dió parte al rector de que entre los veinticinco estaba el Rey Renato, vestido á guisa de merodeador (saccomando), y resultó cierto. Inmediatamente el rector fué á ver al castellano en el castillo y le comunicó lo que acontecía y la befa que habían sufrido. El Rey se fué al palacio arzobispal, prometiendo partir al día siguiente. [1]

El arzobispo no solo le recibió con las mayores demostraciones de amor, sinó que hizo que los vecinos de la ciudad fueran en busca de las gentes que escoltaban al Duque para alojarlas amigablemente. Al siguiente dia, que era domingo, el Duque salió del palacio del arzobispo y se fué á oir misa, después de la cual advirtió que fray Antonello, que era hijo de Benevento y tenía casa en la ciudad, estaba hablando con varios cortesanos y les invitaba á que fuesen á almorzar con él, y con alegre semblante le dijo: fray Antonello, por esta mañana quiero ser huésped vuestro. El padre que no cabía en sí de

(1) Hé aquí la transcripción del documento aludido:

Magnifici domini, domini nostri reverendi, recomendiatione premissa: Avisamo le vostre Signorie como mo ad hore doe de nocte vende da nuy missere Galiotta diciendo come missere Guido, lo signore de Nosone et Raimundo de Annechino vennero con certi gentilomini napolitani con circa duyconto persuni ad cavallo et a pede. Lo dicto missere Galiotta ce dixe da parte de lo archipiscopo che ne piacese lassareli intrare dentro; foli resposto per muy de no, ma che intrassero con venti ó venticinque persuni et l' altri stessero de fora, et determonemo che intrassero per la porta de la Nanciata. Pillyay le chiavi yo rectore per fareli intrare, facendone intrare XXV secondo le ordene. Et chiusa la porte, a me fo dicto chence era Renato vestito o modo de un saccomando, et così è stato. Yo mende anday a lo Castellano in castello et doixilli como stava la facenda havimo patuta questa beffe; lo dicto Re stà in casa de lo archipiescopo et havence promisso de a demanj partirese. Sempre ne recomando á la S. V.

Beneventi in castro hora predicta: die ultimo januarii, tertia indictione. 1440.

Postscripta.—Se una hora più che un' altra havessemo ad fare, advisatende et commandatence presto, porche farimo zò che la V. S. commanderano.

Servitores
Buczellus Castellanus et
Russus de Dyano, Rector Civitatis
Beneventi

(A tergo) Magnificis dominis, dominis nostris reverendis Fuschino de Actendolis ex Comitibus Cutigniole, et domino Victori de Rangonibus de Mutina militi et generali locumtenenti illustris domini Comitis Francisi Sfortie &:



contento, al ver que el Duque hablaba de veras, se echó á sus piés dándole las gracias, y acto contínuo se fué en derechura á su casita. A poco se presentó Renato, el cual fué recibido en una estancia donde ya estaba puesta la mesa y en la que había asimismo encendida una gran lumbre, á cuyo alrededor se veían diversas aves y otras piezas de caza asadas, y mandó que solo cinco de los del séquito se quedaran á almorzar con él, y después que hubo comido con mucho placer y alabado lo sabroso de los asados y lo esquisito de los vinos, preguntó á Fray Antonello si estaba contento, el cual le contestó, que creía que no había en el mundo otro que lo estuviera más, puesto que S. M. le había hecho tan gran favor. El Duque le replicó que viviese, para esperar de él mercedes proporcionadas á la afección y lealtad suyas.

Aquí Constanzo hace la declaración siguiente: todo esto he querido escribir tal como lo he encontrado en los *Diarios,* así para mostrar que en algunas ocasiones los reyes participan de las miserias humanas, como para enseñar á los que me lean que nada es más apto para conquistar la benevolencia de los pueblos que la humanidad y la cortesía de los príncipes; porque aquel acto de haber perdonado á los cinco villanos y luego el otro de haber ido á almorzar en casa de fray Antonello, fueron divulgados por todos los castillos vecinos, ganándole no pocas voluntades.

Y nosotros añadiremos de nuestra cuenta que la crueldad y el terror solo concitan animadversiones y odios y que algunas campañas que nos ha cabido la desgracia de presenciar en la España contemporánea, se han perdido por aquellas causas.

Prosigamos el relato.

Al otro día el Duque pidió cincuenta ducados al Arzobispo, para poder salir de Benevento, y gran número de vecinos de la ciudad salieron á acompañarle hasta el rio y muchos se ofrecieron á seguirle á todos partes; más éste les dió las gracias y les recomendó que mirasen por la ciudad de Nápoles, que estaba muy necesitada de socorros de vituallas. Los beneventanos atendieron la recomendación, pues muchos bajaron con harinas, fingiendo, para engañar á los destacamentos aragoneses, que los llevaban á los dominios del Rey, luego las intro-



dujeron en Nápoles. Pasado el rio, el Duque se fué á Padula, y por todo el camino encontró gentes que acudían de los castillos vecinos para rendirle homenage y rogar á Dios que le tuviese en su santa guarda.

Había por aquellos dias en Pietra-maggiore dos *condottieri* de los cuales el uno mandaba cincuenta lanzas y se llamaba el Bozzo y el otro trescientos infantes y era conocido por el Rosso Danese, quienes habían servido á D. Alfonso; pero como èste les adeudaba muchas pagas, ellos despechados de que se les hiciese tan poco caso, mandaron á Renato, en el momento en que iba á salir de Padula un regalo consistente en dos caballos y seis tazas de plata y le hicieron el ofrecimiento de servirle. Renato aceptó alegremente la dádiva y la oferta, y cuando al otro dia comparecieron los acogió benignamente, lo mismo que á sus compañías y siguió el viaje hasta Nocera de Pulla, siempre con vientos y nieves. Los vecinos de esta ciudad le recibieron con las mayores demostraciones posibles de amor y afección y se dirigían á cada uno de los de la comitiva para llevarse á sus casas á los más cansados y maltrechos del viaje.

Entretanto fué grande la concurrencia de gentes que fueron á Nocera á visitar á Renato, trayéndole donativos de buenas sumas de dinero, las cuales mandaba al Abruzzo para ser entregadas á Antonio Caldora, á fin de que pagase el ejército y fuese sin pérdida de tiempo á reunirse con él; empero por mucho que mandase, Caldora siempre quería más, ya fuese por insaciable avaricia, ya por falta de voluntad de levantar al príncipe que se servía de él con tan inmerecida confianza.

De Nocera pasó Renato á Aquila y de todos partes le mandaban ya de derecho, ya en ofrenda, grandes sumas en metálico. Caldora pidió que se le diese Sulmona y el de Anjou se la otorgó, aunque la tuvo aquél por pocos días; porque los sulmoneses odiaban el nombre de los caldorescos, y alzaron las banderas de D. Alfonso. Renato tuvo entonces que poner sitio á dicha plaza, y para no perder mucho tiempo en entrarla, se vió precisado á otorgar una capitulación, entre cuyas bases figuraba la de que no pudiese dar la ciudad á los barones, sinó tenerla como de la Corona.



Tras de esto mandó órdenes terminantes á Caldora para que tuviese dispuesta toda la gente posible y por la vía de la Capitanata fuese á reunirse en Tierra de Labor. Este prometió hacerlo y mandó decir al de Anjou que se adelantase, porque compareceria á los pocos días. Con esta esperanza Renato partió y á fines de Mayo se hallaba en la Dragonara, en donde concurrieron á tomar sueldo de él muchos otros escuadrones de caballos. Por Tierra de Labor se esparció la fama del aparato bélico del pretendiente y de lo numeroso de su ejército, y los anjevinos todos tenían por cierto el triunfo de su causa. El alcayde de Aversa que ya empezaba á entrar en tratos, no quiso escuchar ni una palabra más de ellos. Apesar de todo, Renato pasó muchos días en la Dragonara esperando á Caldora, cuando entendió, dice el Anónimo, *ch'era andato á Carpenone á starsi á piacere con la moglie, alla quale era piu dedito che non si conveniva ad nomo di guerra;* por lo cual tuvo que instarle de nuevo.

Suspendamos por un momento la narración de las etapas de Renato para ver lo que por aquellos meses estaba haciendo D. Alfonso.

Ya hemos visto que á principios de Enero dejó á Ventimiglia y á Boyl en el sitio del castillo de Aversa y que él se retiró á la plaza de Gaeta.

A 7 de Febrero requirió á los florentinos y al conde Francisco Sforza para que desistiesen de dar ningún ausilio á Antonio Caldora, y no le atizasen contra él, como habían hecho con su difunto padre Jacobo.

Teniendo las cosas ya en órden, deliberó distraer á Renato para ver si desbarataba sus planes, á cuyo efecto nada le pareció mejor que emprender un ataque contra las tierras de Troyano Caracciolo, Conde de Avellino. Los resultados de esta campaña fueron reducir muchos pueblos á la obediencia de Aragón. Pero pareciéndole aquello todavía muy poco, se dirigió á Montefalcón, y aunque Joanoto que llevaba el apellido de esta misma plaza era muy adicto á Renato, se vió forzado con todos los suyos a rendirse. No eran solo tierras y castillos los que iba ganando D. Alfonso, también reducía y obligaba á obedecerle á muchos capitanes y barones, contándose entre



ellos algunos tan señalados como Carlos de Campobasso y Luis de Capua. Más tarde también se le dieron á partido los de la ciudad de Amatrice en el Abruzzo.

Durante todo el mes de Febrero Boyl cuidó de estrechar más y más el sitio del Castillo de Aversa.

Todo, pues, se presentaba próspero para la causa de los nuestros, y ya los enemigos del Rey no veían más salida para quitarle el Reino de las manos, que enemistarle con el Duque de Milán, haciendo que éste concertase liga con venecianos y florentinos. En tal sentido trabajaban con el mayor ahinco el conde Francisco Sforza y otros, lo cual como fuese descubierto por D. Alfonso envió á pedir á Felipe María que se resistiese á tales sugestiones y que caso de no dignarse á ello, á lo menos, obrando con la lealtad que su antigua alianza exigía, le avisase antes de concertarse con sus enemigos.

En el mes de Marzo también siguieron presentándose favorablemente las cosas á D. Alfonso, pues estando en el castillo de Capua, que llaman de las Piedras, se le sometieron Jacobo Antonio, Conde de Manieri, y Hugo y Wenceslao de Sanseverino.

A poco se trasladó á la isla de Capri que se halla frente al golfo y ciudad de Nápoles y desde allí mandó á 12 de Marzo que se comenzase la guerra contra ésta, invitando á secundarle al Duque de Venosa, á Josia de Aquaviva, Duque de Atri, á los condes Antonio y Aymerico de Santseverino, á la Marquesa de Cotron, al Conde de Sínopoli, á la Duquesa de Sessa, al Conde de Lauria y á D. Antonio de Centellas.

A fines de dicho mes dió una paga á la gente de su ejército, para tenerla dispuesta; pues proyectaba salir de nuevo á campaña. Su plan era irse á reunir con el Duque de Andria que se hallaba en Tellino con algunas compañías para sostener aquella frontera, á cuyo efecto le avisó de lo proyectado, diciéndole que si surgía algún obstáculo que le impidiese llevarlo adelante, obligándole á quedarse al cuidado de lo de Nápoles, le enviaría tal socorro de tropas, que no solo le bastarían para estarse á la defensiva, sinó también para ofender á sus enemigos.

El patriarca de Alejandría había sido preso en el castillo



de Santángelo de orden del Papa por sospechas de estar en inligencia secreta con el Rey y con Nicolás de Piccinino que infestaba los Estados Pontificios. D. Alfonso deseaba ir á conferenciar con éste y de paso dar ánimo al Duque de Andria, reiterándole que iría en su ausilio y en el de Aymerico del Aquila.

Entretanto los de Sulmona temían aún algún ataque de parte de los anjevinos, el cual se realizó, como ya dejamos dicho, y advertidos con tiempo, requerían al Rey que acudiese por aquella parte. De Cápua fué éste á poner su campo contra la capital del Reino junto á Dullolo y por aquellos mismos dias ó sea á 13 de Mayo se le rindieron los de Montefúsculo. De Dullolo se trasladó á la Guardia y estando en su tienda, á dos del mes de Junio, Guillermo de San Fraymundo, Conde de Cerrito, le prestó homenage. A 20 del mismo mes le hallamos con el real puesto contra Cándida.

A todo esto se enteró con cierto disgusto y aún alarma de los resultados de la caminata que estaba haciendo Renato, pues aparte de que quedó burlado en las esperanzas que tenía de lograr en breve la ciudad de Nápoles y de que el pretendiente se fuese á Francia, se dolía de haberle conocido por hombre de tan gran valor y de ver que iba conquistando tan alta reputación, levantando del suelo los ánimos abatidos de los anjevinos y haciendo decaer los de los aragoneses, señaladamente después que fué avisado de que muchas tierras que se tenían con las banderas de Aragón no habían querido impedirle el paso, como hubieran podido hacerlo. (1) Pero aún le llegaba más al alma la obstinación de los napolitanos, que hallándose de una parte privados de las vituallas de Tierra de Labor y de los Abruzzos y por otra de las del valle de Benevento y de la Pulla, teniendo enemigas Cápua, Aversa, Nola y Acerra, así que supieron que su Rey estaba á salvo, tuvieron ya por cierta la victoria y abrigaban tan grande confianza, que no pasaba un día sin que hicieran correrías, y habían obligado á las casas de campo de Aversa y Nola, para no ser infestadas, á mandar secretamente provisiones á Nápoles. Teniendo en cuenta todo

(1) Dice el *Diario* de Nápoles que cuando D. Alfonso se enteró de lo que había sucedido exclamó; « conviene que cada uno cumpla con su deber, habiéndose desencadenado este león. »



lo dicho, D. Alfonso auguró que Renato regresaría muy pronto con todo el ejército, y á fin de poderle hacer frente, dispuso que todos los soldados se prepararan á salir á campaña y mandó asimismo tomar á sueldo nuevas gentes para suplir las bajas inevitables.

Pelegrí da también cuenta de otros sucesos ocurridos en aquel intermedio, es decir durante la marcha de Renato, hablándonos de una tala en el término de Puzzoli, del apresamiento hecho por nuestras galeras de dos naves del de Anjou cargadas de armas, caballos y hombres de guerra, acaecido en las aguas de Sicilia y de un encuentro que tuvo lugar el dia 3 de Junio delante de Montorio entre Antonio de Centellas, virey de aquella provincia por una parte y por los condes de Arena y Giraci, Juan de la Nuce y el señor de Saint Valier, por otra. El resultado de este encuentro fué muy lisonjero para Aragón, pues murieron de los enemigos, Francisco Diomedes, Carlos de Aquaviva, Nicolás de *Casilis ac Corpus Longus* heridos de lanza; cayeron prisioneros el señor de Saint Valier, Honorato Cayetano, Diomedes Caracciolo, Salvador de Mayda y otros muchos de sus compañeros con trescientos caballos, tiendas y pertrechos de guerra. Huyeron Juan de la Nuce y el hijo del conde Giraci los cuales se encerraron tras de los muros de Franca Villa que fué sitiada.

Estando el Rey frente á Candida supo la marcha de Renato á Dragonara. Entonces movió su campo junto á Atripalda y á 25 de Junio envió á Nicolás Piccinino para que la diese á su hijo Fraucisco, el cual quería que entrase por el Abruzzo con mil quinientos caballos, porque con aquella gente esperaba dar remate á su empresa. Esto no fué posible, por cuanto los pontificios y florentinos movían mucha guerra al primero de estos caudillos. El Rey había ofrecido á Nicolás el condado de Albi y á Braccio el viejo, que militaba con él, el de Celano.

Entretanto el Duque de Anjou había visto transcurrir toda la primavera y principio del verano, y por mucho que solicitase á Caldora, éste no se quería mover.

Perdida por tanto la paciencia resolvió ir al encuentro del condottiero, y al llegar á Boyano, que está á ocho millas de Carpenone, éste aguijoneado por la vergüenza, al cabo se le



presentó. El de Anjou le dijo que había dado mucha prisa á sus tropas, y si los caldorescos no se iban á unir muy pronto con ellas, para emprender algún buen hecho de armas, se consideraba perdido. Caldora replicó que sus soldados querían más dinero y el Duque le dió todo el que tenía, y á pesar de esto la hueste insinuada nunca acababa de comparecer. Renato le volvió á llamar, le amonestó y le pidió que se portase como honrado capitán y no le hiciese perder los gastos efectuados y además el Reino. El de Bari volvia á las andadas pidiendo siempre dinero, y él le replicaba que debía bastar con el que le tenía entregado, puesto que era todo el que había podido recoger, y que después de haberse movido con tanto peligro para ir á su encuentro, era muy justo que fuese á servirle, máxime siendo seguro que al llegar á Nápoles hallarían dinero mandado por los florentinos y demás confederados y con aquel procuraría resarcir todo lo que pudiera deberle, para que estuviese siempre contento y sus gentes bien pagadas. Si Troyano Caracciolo, cuñado de Caldora, dice el Anónimo de quien tomamos estos últimos detalles, que poco antes había sido despojado de sus tierras por D. Alfonso, no le hubiese impulsado con mucha instancia á cabalgar, se cree que las palabras de Renato habrían sido de poco efecto; pero, fuese que el amor conyugal le impeliese á ayudar al cuñado á recobrar las tierras, fuese que le hiciera mella la esperanza que le había dado el de Anjou de los dineros de Nápoles, al fin se decidió á moverse y le siguió por la vía de Benevento.

Cuando D. Alfonso se enteró de la susodicha unión, dejó en el campo atrincherado, que sitiaba el castillo de Aversa, el número de tropas necesario, y él con el resto se dirigió al valle de Caudina con toda celeridad, tomando los desfiladeros que conducen al de Benevento y ocupó de preferencia el puente que los naturales del país llaman de Tifana ó de Tufara. (1)

Habiendo llegado Renato con los suyos á la vista del ejército aragonés, puso su campo muy cerca, pues solo había la cava de por medio. Esto acontecía el día de la fiesta de San Pedro y de San Pablo. Estando en esta disposición mandó un

(1) Otros dicen que D. Alfonso ocupó el lugar llamado la Pelosa.



heraldo ó trompeta á D. Alfonso para pedirle que fuese servido de combatir cuerpo á cuerpo ó con pocos compañeros ó con todo el ejército para la posesión del Reino, puesto que así no se arruinaría á los pueblos. A esto respondió el Rey que no sería oficio de prudente, ni cosa de persona de buen seso, habiendo llegado con tanto afán al estado en que tenía las cosas, y siendo suyo casi todo el Reino, quererlo arriesgar á la ventura de una batalla, mayormente sabiendo que el objeto y fin de todo buen capitán era vencer y no pelear.

Oida esta respuesta el de Anjou, viendo cuán poco podía fiarse de Caldora, deliberó jugar el todo por el todo, poniendo su persona en el mayor peligro. El úlimo día de Junio, formado un escuadrón con todas las gentes de su mando, se puso á la cabeza de él y arremetió con tal furia al campo aragonés. que muchos capitanes de Caldora, movidos por el espectáculo de tan heróico valor, desobeciendo á su gefe, fueron á secundar al pretendiente con sus ginetes. El de Anjou que ya había derrotado al enemigo, con aquel refuerzo ganó también las trincheras, de tal suerte que ya se veía claro el principio de la victoria. El Rey en aquella sazón se hallaba enfermo de un carbúnclo (1) y se había hecho conducir en una litera al campo de batalla, y cuando los más valerosos de los suyos, vieron la rota, solo trataron de escoltarle para que pudiese trasladarse á lugar seguro.

A todo esto Riccio de Montechiaro que era coronel de la infantería de Caldora, envió á decir al Rey, que ya estaba dada la orden de levantar el campo y que estuviese sin temor; y luego el mismo Duque de Bari con el estoque en la mano mandó á los suyos que se retirasen, hiriendo á los que no querían hacerlo; todo socolor de temer la pérdida de su gente, pues decía que los aragoneses eran muchos y que sería peligroso hacer jornada. Renato al advertir lo que pasaba corrió á su encuentro y le dijo: “ Duque ¿qué hacéis? ¿no véis que la victoria es nuestra?„ A cuyas palabras él respondió: “Señor, V. M. no sabe el modo de guerrear á la italiana; estos que fingen huir

(1) Hé aquí el texto de Pelegrin en el cual se habla de la enfermedad del Rey; « qui, etsi pre dolore sevi cujusdam carbunculi lacessitus esset, haut secus uti posset officio militandi, suis insequentibus aciebus, humeris militum quousque ad Acerras defertur. »



tratan de atraernos á alguna emboscada, porque no hay razón para que huyan siendo en mayor número que nosotros. Bastante se ha hecho por hoy. „ El de Anjou replicó diciendo: que donde iba su persona, podía ir él con sus gentes; y por último Caldora le dijo: " que si S. M. perdía aquel Reino, aún le quedaba la Provenza y los demás estados de Francia, al paso que si él perdía sus gentes se vería obligado á mendigar. „

Entretanto los de Aragón comenzaron á hacer cara y viendo amainaba la fúria y el impetu de los enemigos, dieron tiempo al Rey, que seguía en su litera escoltado por la flor de los caballeros, para que pudiera ponerse en salvo, al paso que Renato sin el ausilio de los caldorescos no quiso proseguir la victoria. Retiróse, pues, al campo de donde había partido, y al siguiente día por las alturas de Monte Vergine se encaminó hácia la Tierra de Labor, (1) lamentándose de que en la referida jornada Caldora le hubiese quitado de las manos el triunfo decisivo y hasta la persona de su enemigo el Rey. Seguía en la hueste de Renato, Riccio de Montechiaro coronel de infantería, hombre de poca fé y avarísimo, el cual por conducto seguro, hizo decir á D. Alfonso que él y Caldora le habían hecho oficio de grandes servidores, no permitiendo que su rival alcanzase la victoria. El Rey procuró tenerle contento para servirse de él por espía. La conducta del Duque de Bari desagradó á la mayor parte de los capitanes que habían simpatizado mucho con Renato al verle hombre de tanta virtud y valor, y cuando emprendió la marcha hácia la Campania, se resolvieron á seguirle, apesar de la oposición de Caldora, el cual pretendía, contra el parecer del Duque de Anjou, no ser conveniente meter tanta gente en Nápoles para hacerla morir de hambre. Su intento era quedarse en aquella comarca, combatiendo alguna tierra de mala muerte, sin empeñar encuentro alguno; pero al ver á la mayor parte de los suyos amotinados para irse con el pretendiente, al cabo se resolvió á seguirle también. El plan de Renato era ir á socorrer el castillo de Aversa, con la esperanza de que D. Alfonso, deseoso de no perder aquella fortaleza, y consiguientemente la ciudad, aceptaría

(1) Zurita dice que Renato estaba el 1.º de Julio en Illulo.



la batalla para impedir el socorro; pero luego teniendo por seguro que Caldora repetiría lo que hizo en el puente de Tufara, tomó la vía de Nápoles, y en cuanto hubo llegado, puso su campo en las afueras de la ciudad. El ejército de Renato era de siete mil hombres. La marcha que acabamos de describir tuvo lugar en los primeros dias de Julio.

Entretanto D. Alfonso se había dirigido á Cancelo, y de allí se fué á Aversa para estrechar el castillo y batirle por todas partes.

No descuidando los asuntos de política esterior, como llegase á su noticia que por aquellos mismos días Nicolás Piccinino había sido batido en Agnani por las fuerzas coaligadas de venecianos y pontificios, le ausilió para que reorganizase su hueste y le dió conducta para cuatro mil caballos, con que hacer la guerra en la Marca al Conde Francisco Sforza.

El dia 4 de Julio, dice Zurita, llegaron á Nápoles, procedentes de Provenza dos naves muy gruesas cargadas de provisiones, con cuyo socorro se animó mucho todo el pueblo.

Estando Renato acampado en las Lagunas ó Padulas, ocurrió un hecho destinado á tener gran influencia en los asuntos posteriores y en el destino de los interesados en ellos. Aludimos al rompimiento de los Duques de Anjou y de Bari. Aquella interesante escena la refieren con muy parecidas palabras Zurita, Constanzo y el Anónimo, y casi la pasan por alto Fazio y Summonte.

Invitó un día Renato á almorzar consigo al duque de Bari y á Ramón Caldora y con ellos á Leonello Aclocciamura, Conde de Celano; Troyano Caracciolo, Conde de Avelino; Riccio de Montechiaro y otros muchos barones y capitanes, y estando á los postres, se dirigió al primero y le dijo: "Duque, vos sabéis que así que supe la muerte de vuestro padre, mandé que os visitaran en vuestra casa y os remití la confirmación del oficio de gran Condestable y de todas las tierras que aquel buen anciano había conquistado, y además el privilegio de Virrey del Reino, esperando que vos, siguiendo las huellas de él, os portaríais como leal y honrado capitán; y luego encontrándome encerrado en Nápoles en la más extremada necesidad, os mandé llamar muchas veces. Más cuando esperaba veros llegar



con todo el ejército, movido por mis apremiantes instancias, vino un mensajero de parte vuestra á decirme que fuese al Abruzzo. A la verdad causó risa á todos los que le escucharon, que hubieseis estimado más factible y más digno que yo, que estaba encerrado en Nápoles sin ejército, tuviese que pasar por tantas tierras enemigas para ir á encontraros, que venir vos, con una hueste de tantos valientes, á mi encuentro; y sin embargo yo fuí con tanto peligro como todo el mundo sabe. Cuando llegué á la Pulla, vos en vez de salir á recibirme permanecisteis en el ocio allá en vuestras tierras, importunándome con demandas de dinero. No ignoráis que os mandé cuanto pude, que no fué pequeña suma, y ni por esto os quisisteis mover, siéndome necesario ir á vuestro encuentro hasta Boyano, y después de haberme hecho perder tres meses, los más apropósito para guerrear, ya sabéis como pasaron las cosas en el puente de Tufara; que si el Rey de Aragón no es hoy mi prisionero en este castillo, si tiene ejército, si posee la mayor parte de las tierras del Reino, es todo gracias á vos; por esto, teniendo en consideración los servicios de vuestro padre, quiero confirmaros enteramente en vuestro estado; no obstante la gente de armas, ya que se paga de mis recursos, la quiero á mi disposición, de suerte que sea obligada á combatir siempre que me parezca bien; pero os mando quedaros recluso en un cuarto, hasta que vuestras tropas me hayan prestado juramento de servirme lealmente. „

Caldora queda corrido, y solo sabía decir que en aquel encuentro obró del modo que lo hizo, por temor á una emboscada, porque era conocedor del terreno; más con todo esto, viendo que la totalidad de los barones que se hallaban presentes, con su silencio le daban la culpa, prometió hacer lo que se le pedía. Cuando el Rey mandó tomar el juramento á una banda de soldados del Abruzzo, vasallos de Caldora, no pareciéndoles bien que su gefe estuviera preso, empezaron á amotinarse diciendo que se querían ir á Aversa para pasarse á D. Alfonso y derribaron y arrastraron el estandarte del Duque de Anjou. Raimundo Caldora, que era caballero prudente, y estaba disgustado de las acciones de su sobrino, corrió al momento al campo y con su autoridad amenazó é hirió á los cabezas del



motin, con lo cual logró que todos jurasen en manos de Ottino Caracciolo servir fielmente á su Rey. Terminado el acto, Renato hizo comparecer á Antonio Caldora y le dijo: "Duque, así como hasta hoy habéis sido el primer personaje del Reino, despues de mi, quiero que lo sigáis siendo, sin más diferencia que en lo de disponer de la gente; porque si alguna vez somos de diverso parecer, es más justo que sigáis el mio, que yo el vuestro. Os confirmo en el cargo de Virrey en todas las partes del Reino que están en mi obediencia; idos á la provincia del Abruzzo, que por la afección que profesa á vuestra casa, podréis gobernarla sin ejército; porque el Rey de Aragón, estando yo con esta gente, ya no pensará en venir á hostilizaros." Caldora, disimulando, le dijo que haría cuanto dispusiese S. M. y al otro dia tomó la vénia de Renato y cabalgó con unos cien ginetes de su casa. Esta escena tuvo lugar el dia 8 de Julio.

Cuando todo el mundo creía que ya había hecho media jornada, apareció de improviso en el puente de la Madalena y envió á requerir á los suyos á que se fuesen para él, lo que efectuó la mayor parte de la hueste. Renato se armó para atacarle, más fué aconsejado que no lo hiciese porque mal se podría fiar de aquellos soldados para combatir con el Duque Antonio, así como de los capitanes, que eran Raimundo Caldora, Leonello Aclocciamura y Troyano Caracciolo. A todo esto las tropas gritaron á una voz que se mandase de parte de todo el ejército á suplicar á S. M. que quisiese volver á su gracia al general, y Raimundo de Annechino fué con aquella irreverente embajada. Renato estaba tan enojado que ni siquiera quiso oirle, porque, dice Constanzo, el Rey era de naturaleza sencilla y agena á toda suerte de fraude, y tenía por seguro que las gentes que el día antes le habían prestado juramento, no lo quebrantarían con tanta facilidad. Más los del consejo veían que de la separación de Caldora podía originarse la pérdida de la empresa y le suplicaban que fuese servido de mirar de cuánta importancia era privarse de aquel ejército, cosa que sucedería no volviendo á la gracia á su caudillo. Renato les contestó: que aún cuando Caldora fuese á ponerse con todos los suyos al servicio de D. Alfonso, aquel Rey preferiría tratar con otro Rey su igual, como lo era él, que no aceptar la servidumbre de tan desleal capitán.



Zurita supone que la embajada, en vez de partir del ejército, partió del mismo Caldora y la refiere en estos términos: " Luego el de Bari envió con un trompeta á dezir á Reyner: que le tuviese por recomendado: pues avia vuelto por su honor: pareciendo le gran mengua y vergüença tornarse al Abruço con el estandarte en el saco, y que le pluguiesse confirmarle la conducta, que le dexó su padre; que el seria muy buen servidor de su Magestad: y que le daria en rehenes á su muger y sus hijos. „ El analista concuerda con Constanzo en decir que estaba en el puente de la Madalena y no en el castillo y que se iría á ver con el Rey D. Alfonso. (1)

Rotas ya decididamente las amistades entre los dos Duques, Caldora á 22 de Julio cabalgó con todo su ejército y al llegar á Pomiliano tuvo una entrevista con Juan de Ventimiglia; luego significó deseos de besar la mano al Rey, para lo cual pidió salvo conducto. D. Alfonso respondió que no tenía menor deseo de conocerle y le mandó una carta de su puño y letra, manifestándole que fuera con pocos caballos entre Arienzo y Arpaya en donde tenía proyectada una cacería. Caldora no dejó de comparecer y en cuanto estuvo delante del Rey, se apeó y le besó la rodilla. D. Alfonso con gran afabilidad le impidió que hablase si no volvía á montar á caballo y luego le abrazó y le dijo que tenía gran placer en haberle conocido, puesto que su presencia correspondía á su fama. El de Bari respondió que le pesaba no haber conocido antes á S. M., puesto que no habría perdido el tiempo siguiendo á aquel Rey ingrato y que desde aquel momento, escribe Constanzo, *si dava in anima, ed in corpo á sua Maestá,* y Zurita dulcifica la declaración diciendo: " juró en sus manos, que era su voluntad, que el ánimo fuesse de Dios, y su persona y estado del Rey. „ Con

(1) Lecoy en su *Le Roi René,* gracias á un ms. de la biblioteca de San Marcos de Venecia, añade un interesante detalle á estas singulares escenas. Hélo aquí: Cuando Raimundo Caldora supo la traición de su sobrino, salió de Nápoles en pos de él para hacerle desistir de su felonía. Antonio, en vez de escucharle, trató al contrario de que hiciese causa común con él; más el bravo caballero regresó al lado de Renato; le refirió su inútil tentativa y le dijo: «Señor; haced de mí lo que queráis, puesto que me entrego en rehenes en lugar de mi sobrino.» Renato le respondió que no era justo pagase culpas agenas, le tranquilizó con palabras corteses, protestó de que le tendría más en su gracia que antes y le dispensó de todas las garantías que hubiese podido darle. Débese este relato á Domingo Dellello, contemporáneo y testigo de los sucesos. (Bibl. de San Marc. de Venecia ms. ital. XLII f.° 73.)



unas ú otras palabras esperaba Caldora que D. Alfonso le invitaría desde el momento á tomar sueldo de él. Empero el Magnánimo conocía que de hacerlo así se enagenaría el ánimo del príncipe de Tarento, que lo había servido con tanta fidelidad y era enemigo mortal de Caldora, y no quiso por entonces entrar en negociaciones de darle paga, rogándole sin embargo que trabajase para que Santo ó Xanto de Madaloni, que defendía con heroismo el castillo de Aversa, lo rindiese. Caldora contestó que dicha fortaleza la tenía en prenda ó hipoteca Raimundo Caldora su tio por diez mil ducados, y que cuando estaría en el Abruzzo se los pagaría de su bolsillo para servir á S. M. Con esto pidió licencia para partir, y después de haberse reunido con su ejército, lo condujo á Montesarchio, en donde el Rey mandó los diez mil ducados, recibiendo en cambio una contraseña á beneficio de la cual se le rindió acto contínuo el castillo.

Dícese que el Rey quedó admirado de la gallardía y agilidad de la persona de Caldora y que afirmó que si tan bellas partes hubiesen ido acompañadas de estabilidad y fé, hubiera sido el más perfecto caballero del mundo.

De todo el ejército caldoresco solo quedaron con Renato unos cuatrocientos caballos, que militaban á las órdenes de Lionello Aclocciamura, Conde de Celano, el cual apesar de ser primo de Caldora no quiso seguirle en su traición, sino que sirvió al pretendiente hasta acabada la guerra, mereciendo que después de la victoria D. Alfonso le profesase siempre gran estima, conociéndole por hombre tan honrado y fiel.

Escribe Fazio que rendido el castillo de Aversa, D. Alfonso mandó sus tropas á cuarteles de invierno, y se fué á Gaeta para allegar recursos con que pagarlas, y que de allí pasó luego á Capua, desde donde volvió á llamarlas, ya entrada la primavera, para ver si por medio del temor podía hacer que los de Puzzoli se le rindieran. Ya no quedaba en toda la Campania, ó sea Tierra de Labor, más poblaciones hostiles que dicho Puzzoli y la Torre llamada de Octavio ó del Greco. Para ver, pues, si acababa de quitar al enemigo toda esperanza de recibir socorros de vituallas por parte de tierra, resolvió hacer una demostración contra la primera, estimando que era la oca-

sión más oportuna, por cuanto los angevinos no tenían ejército que oponerle. Así, pues, encaminándose hácia allí, pusosu campamento á poco más de un tiro de ballesta; y porque la expugnación le parecía peligrosa é irrealizable, á causa de la naturaleza del terreno, trató más bien de amedrentar que de atacar á los moradores de aquella plaza. Hallábase ésta situada en un peñón muy alto y escarpado, que la defiende en casi todo su ámbito; y el resto de él no era menos fuerte, porque daba al mar y tenía por allí un alto muro que la hacía inexpugnable. Solo tenía una senda, y aún esta muy estrecha, que conducía á la población por medio de un puente. Para sitiarle en regla se hubiera necesitado una escuadra, puesto que se abastecía por medio de las naves genovesas, contra los cuales nada podían las galeras. Al cabo de algunos dias viendo que los naturales no querían oir hablar de entregarse y que el miedo no labraba en ellos, el Rey se limitó á mandar que se talasen los árboles y cepas del término, y levantando el campo, se fué á ponerlo en la vertiente del Vesubio no lejos de la población de la Torre. Allí también hizo proposiciones de rendición al gobernador, llamado Tomás Caraffa, más como éste las desechara, y no tuviera D. Alfonso artillería disponible, ordenó asimismo devastar la campiña, y se retiró.

Cuando Caldora averiguó que Nicolás Piccinino estaba de la parte del Rey se arrepintió de la concordia, pero obrando con doblez daba esperanzas de que alzaría banderas por Aragón, sin acabar jamás de hacerlo.

Seguian á D. Alfonso las cosas prósperamente por todas partes, pues tras del castillo de Aversa se le rindió el castillo alto de Salerno al que hacía casi un año que se había puesto sitio. También tuvo el lugar de Matalon y puso su fortaleza en gran aprieto; lograda ésta ya no quedaba en Tierra de Labor más que Nápoles y las dos pequeñas plazas de que hemos hablado. (1)

(1) D. Alfonso dió parte al Virrey de todos estos triunfos en una carta concebida en los siguientes términos:

Lo Rey

Visrey — Ja per altres nostres letres haurets sabut com havem hagut lo Castell de Aversa. Ara per la present vos avisam com havem haut lo castell de Salern adescrecio ab totes les persones e bens que en aquells eren. Speram de dia en dia que lo Illustre Antoni Caldora duch de Baralçe nostres banderes, quant Deu vulla

Comprendiendo cuanto le convenía que Caldora se declarase de una vez abiertamente á su favor, le mandó á Gimen Perez de Corella; pero el astuto *condottiero* no tuvo por conveniente hocerlo; porque estaba en tratos con el Pontífice y esperaba que éste le daría el cargo de capitán general de su ejército. Esta comisión tuvo lugar el día 10 de Setiembre, estando el Rey en Gaeta.

En el mes de Octubre, viendo Renato tan mal parada su causa, mandó á su esposa é hijos á Provenza ([1]) y comenzó á entablar concordia con el Rey, ofreciéndole cederle el Reino, con tal que tomase por hijo adoptivo á su primogénito Juan, el cual le sucedería despues de su muerte en aquel trono. Los napolitanos que eran obstinados y no querían bien á los catalanes, animaban á Renato y le rogaban que no les abandonase, diciéndole que el Papa Eugenio, ([2]) el Conde Francisco Sforza

les haia alçades vos ne avisarem per vostra consolacio. Eaxi matex vos fasem participant de totes altres victories que Deu nos do. Dada en Gaieta á VIII de Setembre del any MCCCCXXXX. Rex Alfonsus.

Dominus Rex mandavit michi
Arnaldo Fonolleda

Sub eadum forma fuid scriptum procuratori Regio.

(Reg.º 2651 fol. 155 v.º)

Además del Virrey, D. Alfonso participó también sus triunfos en muy parecidos términos á su esposa la Reina D.ª María, con la sola diferencia que en la carta dirigida á ésta habla también de la toma de la tierra de Matalon, haciendo constar que en la Tierra de Labor solo le restaba que ganar Nápoles y Puzzoli. El resto de la misiva á dicha ilustre Señora está todo dedicado á asuntos de hacienda, por los cuales se trasluce una vez más la suma estrechez y los constantes agobios del real erario. (a)

(1) Lecoy con referenci a á un documento del archivo de las Bocas del Ródano (B. 12, f.º 90,) y á otro de los archivos nacionales (P. 1379, cole. 3118,) nos dice lo que encargó Renato á Isabel antes de su salida de Nápoles. Isabel, escribe, llevaba consigo una comisión fechada el 10 de Agosto, confiriéndole la lugartenencia general y el gobierno de los ducados de Bar, de Lorena, de Anjou y del condado de Provenza. También recibió de su marido instrucciones y poderes para arreglar de una manera definitiva, conforme á los proyectos estipulados en Gien, las rentas de Carlos, conde de Maine, y la sucesión de la casa de Anjou. Los poderes que se le entregaron á este efecto, el 4 de Agosto, en el consejo supremo, fueron firmados por los principales oficiales de Renato: Guillermo de Monferrato, calificado con el título de primo del rey de Sicilia; Othon Caracciolo, canciller del Reino; Luis de Beauvau; Filiberto d' Agout, señor de Mison; Pedro de Champaigne: Juan Cossa, *colledefer* de la ciudad de Nápoles &c.

(2) La octitud del papa era, como es sabido, desde mucho tiempo atrás muy favorable á Renato. Un documento de los archivos gubernativos de Milán nos pinta perfectamente el estado de ánimo de Eugenio IV allá por el mes de abril, es decir, cuando la causa del pretendiente no se hallaba de mucho tan apurada como en el mes de agosto. El tal documento es una carta del cardenal Nicolás Acciapozzi al conde Francisco Sforza en la que figuran párrafos tan explícitos como los que transcribimos:

« Item heri sera, incalzando nostro Signore in presentia de monsignore lo vicecancillero che volesse securrere lo reamo, me resposse che non potia secundo desi-

(a) Vid Apéndices XXIX.



y los genoveses, á los cuales no gustaría por ningún estilo que el Reino estuviera en manos de los catalanes, así que se enterarían de la rebelión de Caldora, no dejarían de mandar socorros. Con tales súplicas y razones le obligaron á desistir de toda negociación de paz. Pronto la experiencia demostró que no andaban del todo fuera de camino, porque los genoveses no tardaron en mandar á Oroncio Cibo, hombre de mucho valor con dos carracas cargadas de víveres y ochocientos ballesteros, y el Conde prometió enviar muy pronto un considerable socorro de tropas.

Las tierras de los Abruzzos, aún se mantenían fieles á Renato, ya por la actitud espectante de Caldora, ya por el disgusto de sus capitanes, que se arrepentían de haberle seguído. Por lo demás la situación de todos ellos era muy precaria, pues no tenían esperanzas de tomar la paga ni de parte del Rey ni de la de Renato. Solo les quedaba el recurso de vivir sobre el país, pero les parecía cosa injusta saquear las poblaciones pequeñas y empresa peligrosa el entrar á saco las grandes. A todo esto el Duque de Bari ya empezaba á no tenerlas todas consigo; porque pasada la ira, veía claramente que la ruina de Renato, implicaba necesariamente la de la casa y estirpe de los Caldoras. Allende de esto, ya todo se le volvían dificultades, viéndose precisado á mandar á su tio Raimundo contra los de Ortona, que no habían querido abrir sus puertas á los caldorescos que iban á alojarse en dicha plaza, como solían hacerlo

deraba, *per diffecto de dinari* (a) et licet dicesse vero, pure replicaimo che piacesse *a la sactità soa de obligar centomilia ducati li quali hano nel banco di Firenza.* perchè speravo dare modo trovarle. Respose nostro signore che se ne contentava multo, et questa matina ne ha voluto consiglio da alcuni cardinali et, havuto lo consiglio, fece chiamare lo cardinale Morinense et me, et in presentia de ipso cardinale, ne dixe che omnino havea deliberato *pigliare l' impresa de lo reame et in favore de la vostra magnificentia.* »

« Preterea *el Papa ha deliberato mandare ad sollecitare l' armata de Zenoa.* »

« Dat. Florentie die XIIII aprilis 1440. »

« Potscripta. . . . .

Tandem *deliberaro lo Papa et tutti* (li cardinali) *per honestare et per justificare la causa che se mande ad re Renato et ad re de Ragona che vogliano levare le offese, et perché simo certi che re de Ragona non obedirà et re Renato sí*, et cossi *lo Papa haverà insta causa pigliare l' impresa del reame contra re de Ragona.* Verum è deliberato non mandarese *mentre che la gente et lo legato non siano in punto* acczò che lo trono et lo lampo siano insiene. »

« Dat die XV aprilis.

(a) Los pasages impresos en letra cursiva en la carta están escritos en cifra; pero tienen encima una esplicación interlinear de mano contemporánea. Firma esta nota Posso.



cuando militaban bajo las órdenes de Renato: con dicho Raimundo fueron también Josia de Aquaviva y Riccio de Montechiaro que mandaba la infantería.

Veámos ahora con qué operaciones terminó el Rey por su parte el año de 1440.

Sucedió, en primer lugar, que en el mes de Noviembre, Marino de Norcia, gobernador de Bari, que tenía aquella ciudad por Antonio Caldora entró en tratos con el Príncipe de Tarento y se la entregó. Otro tanto hicieron otros amigos infieles del *condottiero* con los lugares de Rotigliano, Conversano y Monopoli, privándole así de casi toda la tierra de donde sacaba su título.

Del valle de Gaudio pasó el Rey al de Tocco, y allí le sobrevino una gran tempestad de aguas, privándole de seguir adelante, y esperando que abonanzase el tiempo, contrajo unas calenturas que le obligaron á trasladarse á Santa Agueda para curarse de ellas, teniendo que abandonar las operaciones comenzadas. En Santa Agueda estuvo detenido quince días, repartiendo luego sus gentes á cuarteles de invierno por la Pulla, Abruzzo y Tierra de Labor. Entonces él se trasladó á Cápua y llegó hasta los lugares que eran de la Abadía de Montecasino, para ver si podía dar algún golpe de provecho. Aconteció entonces que al fin el Duque de Milán se resolvió hacer la paz con sus enemigos, no tal como él la deseaba, sinó tal como se la habían impuesto; también anunció que enviaría á su hija á Ferrara para que consumase el matrimonio con el Conde Francisco Sforza; amenazando con ello crear un inconciliable dualismo en la familia ducal de Milán, por ser el suegro amigo del Rey y querer que diese feliz fin á la empresa del Reino, y ser el yerno su tenaz enemigo y querer que Renato fuese el que reinara en Nápoles.

En este tiempo Fazio da cuenta de otra espedición que no conviene pasar por alto. Creyó el Rey que le sería fácil apoderarse de Carpenone, á cuyo efecto mandó por delante á Francisco Pandon y á Palermo Centurión, para que intentaran por la noche escalar la plaza y apoderarse de ella, moviéndose él con el resto de la fuerza para llegar al amanecer á fin de secundarles en aquella empresa. A poca distancia de Cápua atra-



vesó el Volturno por un vado, aconteciendo un hecho que puso una vez más de manifiesto su magnanimidad y excelentes dotes de carácter. Estando cerca la orilla opuesta esperando que pasaran todas las tropas, uno de los capitanes de caballería llamado Rodulfo Perusino, sintió arrastrado por la corriente el caballo que montaba, y teniendo ya todos sus vestidos empapados en agua, se cayó de la silla de suerte que todo hacía creer que iba á ahogarse. Al ver el Rey la indigna muerte que esperaba á tan bravo caballero, incitó á los suyos para que le socorriesen, y como el miedo de sufrir igual suerte se apoderara del ánimo de todos, les motejó de cobardes y crueles, y picando espuelas á su caballo, se entró rio adentro para darles el ejemplo. Al ver este rasgo algunos de los ginetes que con él estaban se sintieron avergonzados, y apresurándose á seguirle, sacaron casi exámine al infeliz caballero. Pusiéronle al momento cerca del fuego, y en cuanto se rehizo un poco, le colgaron por los piés para que echase el agua que había tragado, contándose que al recobrar el habla, la palabra primera que pronunció fué " ¡Aragón! ". En lo sucesivo el Rey le trató muy liberalmente.

Siguiendo la marcha á Carpenone, se encontró con que Palermo con sus tropas, de noche y sin que se apercibiesen los vecinos, se había apoderado de la población, aunque no del castillo ó fortaleza; empero habiendo sabido que se acercaba Antonio Caldora, y no descubriendo aún el ejército real, fuese que tuviera miedo, fuese que no quisiese perder el fruto del saqueo, abandonó la población antes del arribo del Monarca. Habiendo llegado á noticia de D. Alfonso todo lo que acababa de suceder, repartió sus tropas por diversos alojamientos y él se dirigió á Venafro.

Encontrándose á 19 de Noviembre en el castillo de Mignia-no, el caballero español García de Cabanillas tomó la fortaleza y ciudad de Benevento de la manera siguiente: Hallábase éste con parte de la caballería del ejército real en Montefúsculo, á fin de vigilar á los de Benevento para que no proporcianasen vituallas al enemigo. Un dia recibió mensajeros de Pedro Squacquari, hijastro del alcayde de la ciudadela, el cual residía en ella al lado de su madre, ofreciéndole la entrega de



aquella por traición. Cabanilles aceptó el ofrecimiento y por su parte prometió no escasos premios. Convenidas la hora y la forma de la entrega, Cabanilles mandó parte de sus gentes, las cuales escalaron furtivamente los muros y se apoderaron del padrastro del traidor y de todos los demás que custodiaban la fortaleza. A poco rato tomó posesión de ella Cabanilles, y saliendo impensadamente de su recinto, se apoderó de la ciudad sin que sus habitantes, que ya iban tomando las armas, fueran osados á resistirse. (1) Al saber D. Alfonso tan agradable noticia se dirigió allí con todas sus tropas, rindiendo luego, á favor de la fuerza moral de dicha operación, multitud de lugares y castillos de aquellos alrededores. Es Benevento ciudad muy apropósito para centro de operaciones, dista solo treinta millas de Nápoles y desde ella se puede vigilar la Campania y la Marca de Ancona; situada en un collado, tiene despejadas sus cercanías, y no lejos de ella corren dos ríos en los cuales sus vecinos pueden proveerse fácilmente de agua.

Después de Benevento pasó el Rey á Padula, y Jaime Carbone que la tenía, se la rindió. Queriendo seguir adelante, tuvo confidencia de que Cayazza estaba mal guardada y se dirigió hácia ella; pero el aviso no resultó exacto, pues estaba muy bien guarnecida y provista, siendo necesario hacer subir con mucha fatiga la artillería á un monte que la domina, con cuyo medio pudo batirla, logrando que se le rindiese á los pocos dias.

Entonces Caldora y los suyos trataron nuevamente de ponerse al servicio del Rey, en ocasión en que éste se hallaba en Presenzano á 21 de Diciembre. Caldora quería que se le devolviese Bari, el Condado de Conversano y Rotiliano; pero el

(1) El dia 27 del mismo mes de Noviembre se hallaba D. Alfonso en Aversa desde donde escribió la siguiente carta á sus consejeros:

«Lo Rey

»Nobles e amats consellers nostres: apres vostra partida nos ha occorregut una cosa la qual per ço com nos par necessaria tant com toca al fet de la Esglesia, vos havem delliberat trametre ço es copies de la treua que fem ab lo patriarcha, e de la potestat per lo papa donada al patriarcha, e encara de la escritura que daqnets jorns nos feu lo papa pera que della puxen veure la infraccio de la dita treua, e la puxan mostrar si será necessari als Reys de Castella e de Navarra e altres queus será ben vist. Dada en Aversa á XXVij dies Noembre any MCCCCXXXX Rex Alfonsus.

Als nobles e amats consellers e maiordom nostres D. Joan Dixar, Mossen Berenguer Mercader batle general del Regne de Valencia e mossen Guillen de Vich.»



Príncipe de Tarento se opuso tenazmente, mandando, al contrario, que se estrechase el castillo de Bari que aún se tenia por el célebre caudillo.

También redujo el Rey á su obediencia la ciudad de Lanciano que era de Francisco de Montagani. (1)

Así terminó en lo civil el año de 1440.

Antes de pasar á estudiarle en lo religioso debemos dar cuenta de un acto familiar realizado por D. Alfonso, pero que apesar de tener este carácter, debía influir poderosamente en las cosas del Reino de Nápoles y aún de toda Italia. Nos referimos al privilegio hecho á 17 de Febrero de 1440, por el cual legitima á Fernando su hijo natural, y quiere que pueda sucederle y le suceda por testamento ó bien *ab intestato,* y le constituye y hace heredero y sucesor en todos los estados y particularmente en el Reino de Nápoles. (2)

(1) El Rey satisfecho de la campaña de este año, escribió á principios del siguiente á su hermana la Reina de Castilla la carta que copiamos á continuación: (Reg.° 2650, fol. 121.)

«Molt ylustre Reyna nuestra muy cara hermana: A vuestra consolación vos notificamos que por gracia de nuestro Senyor Dios somos bien sano e dispuesto de la persona de la qual sanidad nos plazería saber de vos. Otro si nuestros afferes de la part daqua stan en tal punto que con la ayuda de nuestro Senyor pronto speramos poner este Reyalme en reposo e paz. E en estos dias havemos a nuestra obediencia e fieldad reduzido esta ciudad e Lançano con otros muchos castillos e lugares e Francisco de Montagani que es un gran baron en este Reino, e reducida la casa Caldora la qual prestamente speramos haver e la Ciudad de Napol este Reyalme quedara en buena tranquilidat. Haveremos plazer que de las nuevas e buena concordia dellas partes dalla nos querades scrivir e avisar, ca muy gran plazer nos ende faredes. E sea muy illustre Reyna nuestra muy cara e muy amada ermana la Sancta Trinidat en vuestra curosa guarda. Dado en la ciudat de Benavente á XXVI dias de Enero del anyo MCCCCXXXXI REX ALFONSUS.»

«Dominus Rex mandavit michi Johanni Olzina.

«A la muy illustre Reyna nuestra muy cara e muy amada Ermana la Reyna de Castilla e de Leon.»

Como asunto de cancillería correspondiente á este año hay que dar cuenta de una embajada que se mandó al Rey de Portugal. Fué el embajador D. García, obispo de Lérida, conforme se ve por la carta escrita á dicho monarca avisándole de la partida del referido prelado. Esta carta está fechada en Cápua á 26 de Diciembre de 1440 (Reg.° 2651 fol. 134.)

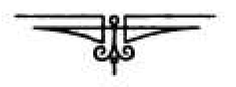
En el propio Reg.° fol. 170 v.° figura otra carta de D. Alfonso al infante D. Enrique maestre de Santiago participándole que manda embajada á él, así como á los reyes de Castilla y de Navarra, compuesta de D. Juan de Hijar, mayordomo, Guillermo de Vich, camarero mayor y de Berenguer Mercader bayle general de Valencia. Esta está fechada en Nápoles (debe ser á la vista de Nápoles) á 24 de Octubre de 1440.

(2) Este notable documento se halla inserto en la colección diplomática que tiene por título: *Archivio della reggia giurisdizione del Regno di Napoli dal Dottor Bartolomeo Chiocarello. Tomo primo.* Tiene por epígrafe «Privilegio fatto d' Alfonso d' Aragona á 17 febbrajo 1440 nel quale legitima Ferdinando suo figlio Naturale, e vuole che possa succedere, e che succeda per testamento, overo ab intestato, e lo costituisce, e fa suo Erede, e Successore in tutt' i Stati di ditto Re, e particolarmente del Regno di Napoli.»



Demos punto á este capítulo haciendo constar una negociación que prueba que D. Alfonso no se cansaba de mover todos los resortes para alcanzar el objeto que codiciaba. En este mismo año de 1440, dice Reynaldo que indujo al Rey de Navarra y al maestre de Santiago sus hermanos y á la Reina Doña María de Castilla, su hermana, á que enviaran embajadores á Roma para manifestar al Papa Eugenio que sino se abstenía de favorecer á Renato de Anjou contra el Rey, seguirían la causa de éste y se declararían contra Roma. A esta amenaza respondió el Pontífice qne D. Alfonso solo trataba de sojuzgar inícuamente el Reino de Nápoles par la fuerza de las armas. (1)

(2) La carta de contestación de Eugenio la inserta dicho autor, (año 1440 número 13) diciendo que se lee en el Cod. MS. de Alejandro VII, p.ª 194.





CAPÍTULO XXXIX

SUMARIO

(Año 1440). — Muerte del Emperador Alberto y elección de Federico, Duque de Austria. — La dieta de Francfort se niega á reconocer al antipapa Felix. — Actitud de D. Alfonso ante el nuevo cisma. — Instrucciones á la Reina sobre el particular — Cuadragésima sesión del Concilio de Basilea en que se lanza excomunión contra los que no reconozcan á Felix. — Eugenio IV excomulga á Felix y á sus electores y partidarios. — Respuesta de los de Basilea en donde es ordenado y coronado Amadeo de Saboya. — El Rey de Francia tampoco le reconoce. — Negociaciones del antipapa con D. Alfonso.—Actitud de los diversos estados según Eneas Silvio. — Creación de cardenales por el antipapa. — Cuestiones entre los griegos y continuación del cisma. — Graves instrucciones de D. Alfonso á Juan Gerart. — Otras instrucciones y providencias del mismo. — Trágica muerte de Juan Vitellesco, patriarca de Alejandría. — Mezzanotte le sucede en el cargo.

EMPECEMOS este capítulo dando cuenta del fallecimiento del Emperador Alberto ocurrido el día 27 de Octubre de 1439, camino de Buda á Viena, en ocasión en que trataba de socorrer á Esteban y Jorge, hijos del déspota de Servia, sitiados en Sinderavia por las tropas de Amurates. [1]

El dia 27 de Febrero de 1440 los príncipes de Alemania tuvieron una dieta en Francfort y eligieron emperador á Fede-

(1) Aunque Alberto solo ciñó la corona imperial por espacio de dos años escasos, logró durante ellos distinguirse como príncipe de relevantes cualidades. Eneas Silvio en su *Descripción de la Europa* le hace objeto del siguiente elogio: « Religiosus Princeps, et qui liberalitate simul justitiaque prœstaret. Fuit quoque in bellis audax, et manu promptus. Moravos et Boemos armis subegit. Polonos latè vagantes intra regnum suum coercuit, magna de Christianæ Reipublicæ promittere videbutur, nec minora populi de sua virtute conceperant, pulcherrimæ spei satisfieri brevitas non sinit, repentè occidit, qui brevi ad summum potentiæ creverat, neque enim biennio toto imperavit. »



rico, Duque de Austria, hijo de Ernesto y primo hermano del difunto Alberto. Federico solo contaba la edad de veintiseis años y su amor á la paz hizo que se le diera el dictado de pacífico.

Durante esta dieta, los padres de Basilea hicíeron pedir á los príncipes alemanes el reconocimiento de Felix, y el abandono de la neutralidad, cuya demanda les fué denegada.

Mientras tanto D. Alfonso tomaba una actitud muy parecida á la de los alemanes, pues estando en Gaeta mandó á don Juan de Hijar á la Reina con instrucciones en este sentido, fechadas el dia 14 de Febrero del año que nos ocupa:

" Primeramente, decía, dirá y esplicará el dicho D. Juan á la señora Reina que la voluntad, disposición, y ordenación del dicho Señor es que las bulas, cartas, y cualesquiera otros rescriptos y actos del Concilio de Basilea, de cualesquiera de los contrincantes y contendientes del papado no sean recibidos ni recibidos ó admitidos ni presentados en los reinos y tierras del dicho Señor sin expresa licencia, permiso y voluntad del dicho Señor.

Item que todos y cada una cosa y personas que son ó se dirigen al Concilio de súbditos del dicho Señor sean revocadas, quitadas y separadas del dicho Concilio, queriendo el dicho Señor, que en las dichas cosas dé la dicha Reina orden y presta ejecución con todo efecto, proveyendo en ello por todos los remedios oportunos, por manera y forma que la voluntad del dicho Señor sea cumplida al pié de la letra.

Y esto no lo hace y manda hacer el dicho Señor con intención de que sus reinos y tierras no reconozcan debida superioridad y obediencia á la Santa Sede Apostólica y al general Vicario de Jesucristo, si no por causa del inminente cisma y en beneficio de la Iglesia; y con la idea de poder más plenamente consultar y deliberar sobre las dichas cosas, lo que se debe hacer en servicio y beneficio de la Santa Iglesia.

Más le explicará que el dicho Señor ha considerado que no sería ó será inconveniente que, por beneficio general y utilidad pública, la cual debe ser preferida á la privada, algunas causas, pleitos y cuestiones estén suspensas por algún tiempo.

Tiene á bien, empero, y ordena al dicho señor, que la di-



cha Señora Reina con el consejo del arzobispo de Zaragoza y otros prelados y personas científicas, vista la manera y forma como se observó en tiempo del Rey D. Pedro, [1] cuando comenzó el otro cisma, delibere algún buen orden para que pueda seguirse sobre todas y cada una de las cosas arriba y más abajo contenidas. Manda, empero, y quiere el dicho Señor que así del orden que se observó en tiempo del Rey D. Pedro, como del que nuevamente se deliberará seguir por la dicha Reina, con el consejo del arzobispo y otros prelados y personas científicas, sea acto contínuo informado y consultado el dicho Señor, á fin de que mejor, con más dictámen y madurez pueda acordar, deliberar y proveer en estas cosas tan poderosas, según le parecerá más conducente y necesario en utilidad y beneficio de la Iglesia.

Y durante este intervalo los ordinarios podrán y deberán proveer los beneficios que vacaren según orden de derecho. Y hagan justicia en las causas, pleitos y cuestiones según á su oficio pertenece.

Si aconteciese vacar en este intermedio algún obispado ó abadía, hágase elección canónica de nuevo obispo ú abad. Y solo canónica elección sea presentada al arzobispo ú abad al cual pertenezca la confirmación. Quiere, empero, el dicho Señor, que antes de proceder á sola confirmación, sea consultado S. M. y necesariamente se haga esperar respuesta suya.

Y si acaso vacare en el dicho intermedio arzobispabo, porque es de mayor importancia y el dicho Señor tiene mayor interés con respecto á la confirmación, declara el dicho Señor y quiere que de tal vacante sea acto contínuo informada y consultada su Señoría. Y entre tanto la elección que deba hacerse de nuevo arzobispo sea suspendida hasta tanto que se consiga respuesta del dicho Señor, la cual se podrá tener muy bien dentro el tiempo que exige el derecho para elegir, otorgar y asignar.

Sobre todas y cada una de las cosas arriba dichas, el dicho Señor encarga á la dicha Reina que entienda en ellas con celeridad, cuidado y suma diligencia, según lo requiere la calidad

(1) Alude al reinado de Pedro IV.



del negocio, aplicando á esto todos los remedios oportunos, según el dicho Señor plenamente confía en ella y tiene indudable esperanza; el orden, empero, arriba dicho, tanto como sea posible, quiere en todo caso que se observe. „

Estas instrucciones, además de la firma real, traen el refrendo de Arnaldo de Fonolleda. (1)

Por este tiempo el antipapa que se preparaba para trasladarse á Basilea, nombró al cardenal de Arles su legado apostólico.

El 27 de Febrero el Concilio celebró su cuadragésima sesión. En ella se dió cuenta de la aceptación de Felix y se excomulgó á todos los que no lo reconociesen por legítimo papa; se habló del modo de proveer á las necesidades del intruso y á las de sus oficiales, no llegando por entonces á tomar acuerdo, y se convino en la jurisdicción que tendría la asamblea, dada la elección del nuevo pontífice.

En cambio Engenio IV tuvo el día 3 de Marzo la tercera sesión del concilio de Florencia, á contar desde la marcha de los griegos, y en ella excomulgó á Amadeo, á sus electores y partidarios, sinó se sometían en el plazo de cincuenta días; declaró á Félix antipapa, herético y cismático y á todos sus fautores criminales de lesa magestad.

El dia 23 de Julio los de Basilea celebraron la sesión cuadragésima prima, y enterados ya del Decreto de Florencia calificaron la sentencia de escandalosa, injuriosa, cismática y herética, y prohibieron su recepción y publicación. Declararon que Eugenio, convicto de grandes crímenes, había sido excomulgado con razón, y depuesto y privado de toda autoridad.

El 24 de Junio, Amadeo hizo su solemne entrada en Basilea, donde cantó su primera misa, fué consagrado obispo y coronado Papa. Acompañábanle altos dignatarios civiles así de Saboya como de Suiza, y vestido de ricos ornamentos pontificales y con una tiara que valía treinta mil escudos de oro, paseó procesionalmente la ciudad, precedido de dos cardenales y de los obispos de Tortosa y Vich que hacían de diáconos. En aquel día la ciudad vió crecer su población hasta cincuenta

(1) Vid. Apéndices XXX.



mil almas y los magistrados pusieron sobre las armas á mil mozos de los más gallardos para que cuidaran del orden público. Los judíos salieron á presentar á Felix el libro de la ley que alabó, condenando sin embargo la superstición de dicho pueblo. Los dominicos fueron á recibirle en comunidad, le llevaron á su iglesia, en donde después de haberle colocado delante del altar mayor le hicieron entrega de las llaves. La procesión duró hasta las tres de la tarde, disolviéndose á la salida del convento de los mismos.

En la sesión cuadregésima segunda, habida el día 4 de Agosto, se señalaron á Felix, á título de renta, el quinto de todas las piezas eclesiásticas, durante cinco años, y el décimo en los demás.

Lo dicho no le valió, como pretendía, el reconocimiento del Rey de Francia, quien siguió acatando á Eugenio IV como legítimo y verdadero Papa.

A todo esto el intruso envió sus cartas requiriendo y exhortando al Rey para que le prestase obediencia, y hallándose éste junto á Dalliolo, desde donde intentaba ir á sitiar á Nápoles, creyó conveniente encargar á Panorma que fuese á visitar al titulado Felix V y le diese alguna escusa, porque no respondía á sus amonestaciones y porque sus embajadores no se habían hallado ni en la privación de Eugenio, ni en la elección de él (1); por ser asunto árduo y que se debía deliberar maduramente con los del consejo. Tras de esto el enviado habría de ver de sacar un buen partido de su embajada, diciendo, que si el Rey debía prestar obediencia, según lo esperaba Amadeo, había de ser, mediante la confirmación de adopción que hizo la Reina Juana y la donación del Reino para sí y sus sucesores. En este caso ofrecía D. Alfonso procurar con todas sus fuerzas el someter para la Santa Iglesia Romana la ciudad de Roma y las demás tierras de los Estados pontificios; acompañar á Amadeo con sus galeras hasta ponerle en su silla, como á verdadero pastor de la Iglesia universal, y, por fin, tenerle por verdadero, único y sumo pontífice.

(1) Esta misión de Panorma la tomamos de Zurita. Si este analista se atuvo rigurosamente á lo que leyó en el documento original, hay que hacer observar que entonces D. Alfonso no se expresaba en él con verdadera exactitud, pues el obispo de Vich, que figuraba con el carácter de embajador, tomó parte en la elección de Amadeo, conforme vimos en el lugar correspondiente.



El Arzobispo de Palermo estaba autorizado para prestar la obediencia en el caso de que se le otorgase todo lo dicho, debiendo, empero, pedir que añadiesen cien mil florines para la conquista de Nápoles, pues era estado de la Iglesia. Quería además el Rey, en caso de que se realizasen sus pretensiones, que Felix V se fuese al Reino con toda la corte pontificia, pues estando allí podría reducir más fácilmente a su señorio lo que estaba usurpando Eugenio IV, para lo cual le prometía hacer todo lo posible, estando decidido á enviar seis galeras á Niza, que era del estado de los duques de Saboya. Puesto á pedir, el Rey completaba sus pretensiones con la cesión de Terracina, por ser tan importante para su empresa.

La máscara estaba arrojada, el juego quedaba descubierto, y esto es una prueba más de lo que hemos dicho en otra parte, á saber, que las tribulaciones de la Iglesia eran para los monarcas de aquellos tiempos materia explotable para sus fines y medios, ni más ni menos que las de cualquier casa reinante con la cual pudieran hallarse en enemistad ó disidencia. Yo y mi casa: tal era la regla moral política del Renacimiento: todo lo demás lo consideraban como necios escrúpulos ó mujeriles aprensiones. ¡ Cuántas legitimidades, que con la aureola del tiempo parecen sagradas, han tenido orígen por medio de manejos como los que estamos reseñando! ¡ Cuándo Francisco II, en medio de las lágrimas de tantos corazones generosos, rendía Gaeta y perdía la Corona que ciñeron Carlos III, Carlos 1, Fernando el Católico y Alfonso V, de seguro que ningún legitimista francés se acordaba de Luis y de Renato, ni ningún católico tenía presente á Martin V y á Eugenio IV!

La divisa que Jacobo Caldora llevaba escrita en su escudo, teníanla grabada en su mente todos los reyes de aquel tiempo.

Isabel de Hungría, Alberto, Duque de Baviera, otro Alberto, Duque de Austria, así como las Universidades de París, de Alemania y de Cracovia y casi toda la orden de los cartujos, reconocieron á Felix V. Los ingleses y escoceses siguieron prestando obediencia á Eugenio IV. (1)

(1) Tal es el relato de Fleury. Eneas Silvio en su *Tractatus de Ritu, situ et moribus Germaniæ* es más completo respecto de este punto, pues escribe: «Galliam, Hispaniam, Italiam, Hungariam et Angliam Eugenium IV secutas: Sabaudiam, Suitenses, Basileenses, Argentinenses at ex Saxonia Caminenses, Felici obedisse:



El intruso no se daba paz á sí mismo en la tarea de crear cardenales. A raiz de su entrada en Basilea creó cuatro, á saber: Luis, obispo de Lausana; Bartolomé, obispo de Novara; Valtram, obispo electo de Utrech, y Alfonso Carrillo, protonotario. Posteriormente ó sea á 15 de Octubre, creó ocho, también de distintas naciones, siendo los favorecidos: Alejandro, patriarca de Aquilea; Othon de Moncada, obispo de Tortosa; Jorge Ornós, obispo de Vich; Francisco, obispo de Ginebra; Bernardo, arzobispo de Aix, Juan, obispo de Strasburgo; Juan, vicario de Frisinga, y Juan de Segovia. Por último á 2 de Noviembre elevó á la misma dignidad á Nicolás Tudesco (Panorma), Arzobispo de Palermo; á Dionisio, obispo de París; á Amadeo, arzobispo de Lyon; á Felipe, arzobispo de Tours; á Juan, Obispo de Nantes, y á Gerardo, obispo de Castres, confesor del Rey de Francia.

Para que todo se volviera fuente de quebrantos y amarguras para el triste Eugenio IV, empezaron á llegar noticias por demás desagradables de lo acontecido en Grecia poco después del arribo de los orientales. Los firmantes de la unión fueron mal recibidos, y el clero que figuraba á la cabeza de los descontentos, no quiso que desempeñaran las funciones eclesiásticas. A los pocos días se extendió la conspiración, menudearon las injurias, llamóseles azimistas, traidores, apóstatas y doquiera los frailes y el populacho les llenaban de denuestos. Marco de Efeso tuvo una ovación y se le consideraba como la más firme columna de la iglesia y del honor de los griegos. Los menos convencidos empezaron á claudicar y muy luego el arzobispo de Heraclea, Gemistio y Syropoulos se arrepintieron de haber firmado.

El Emperador lleno de quebrantos y pesadumbres sintió entibiarse bien pronto el celo de que había hecho gala en Florencia. Los escritos en pró y en contra de lo hecho pulularon por Oriente, sobresaliendo entre los últimos una circular de

Regem Aragonum et Siciliæ Alfonsum, Polonos et Britones, nec Eugenio, nec Felici, sed Concilio Basileensi adhæsisse: Germaniam neutralitatem quandam induisse, suamque nationem Acephalam reddidisse.»

Lo de *sed Concilio Basileensi adhæsisse*, se halla limitado por el espíritu del primer párrafo de las instrucciones que se entregaron á D. Juan de Hijar para la Reina D.ª María, que dejamos estampadas al principio de este capítulo.



Marco de Efeso dirigida á todos los patriarcas, la cual fué refutada por el protosincelo Gregorio. De los escritos se pasó á las hablillas y á las murmuraciones y de éstas á las calumnias. pues se habló de coacciones, de corrupción y de compra de sufragios por medio del oro. Besarion contestó á esas difamaciones; pero sus escritos no tuvieron publicidad hasta después de la muerte de Marco de Efeso, produciendo un efecto demasiado tardío. En las iglesias había choques diarios, no queriendo los recalcitrantes celebrar los divinos oficios en compañía de los que habían aceptado la unión; el Emperador que quiso apaciguarlos y reconciliarlos fué desobedecido y vió escarnecida su autoridad.

A todo esto se quiso hacer frente al conflicto por medio de la elección de Patriarca de Constantinopla, procurando que recayese en persona dotada de firmeza de carácter y demás dotes de gobierno. Pareció que Metrófanes de Cizico era el más apropósito, y previas las debidas formalidades, se le dió posesión del patriarcado la víspera de la fiesta de la Asunción. En realidad el elegido hizo cuanto estuvo de su parte para apaciguar los disturbios, y secundado por el legado pontificio, el Cardenal de Venecia, suspendió y destituyó á los rebeldes: más como se atravesaran complicaciones internacionales y se temiese un motin en Constantinopla, donde la gente levantisca era casi en su totalidad contraria á la unión, el Emperador retiró el apoyo al patriarca y el cisma entró en su período crónico.

Tratemos ahora de las instrucciones dadas por el Rey á Juan Gerart, escribano suyo, de lo que debía hacer de parte de dicho Señor. (1) Llamamos la atención del lector acerca del contenido de este documento, pues en él la osadía de D. Alfonso llega al período álgido y se atreve nada menos que á im-

(1) Englobamos aquí este documento que, aún cuando no trae fecha, solo puede referirse al año de 1440 por las siguientes razones: 1.º porque al obispo de Vich se le dá ya el título de cardenal, cosa que no pudo suceder antes del referido año, puesto que fué elevado á dicha dignidad el 15 de Octubre de 1440; 2.º porque aún no se dá este título al arzobispo de Palermo cosa que no pudo suceder en 1441, puesto que habiendo obtenido la púrpura cardenalicia el 12 de Noviembre de 1440, había tiempo de sobra en mas de mes y medio para que este suceso llegase antes del primero de Enero del año 1441 á noticia de D. Alfonso y 3.º porque en el documento que va á ocuparnos se habla de la misión confiada por el Rey á dicho arzobispo cerca del antipapa y, como hemos visto, ésta tuvo lugar en 1440.



pretar del Concilio que le dé la comisión de prender á Eugenio IV.

Hé aquí lo que prevenía al susodicho emisario.

Primeramente que á su paso por Roma y por las tierras del patrimonio de la Iglesia procurase enterarse de la gente de armas que se dijese estaba por aquellas partes y quienes fuesen sus capitanes ó *condottieri*, y que se esforzase en averiguar lo que se propusieran, avisando de todo al Rey en carta cifrada.

Item que al llegar á Florencia entregase la carta de que era portador al Papa Eugenio y se esforzase en olfatear como tomaba éste el contenido de aquélla y lo que se dijere é hiciere respecto de la misma.

De una manera parecida debía presentar acto contínuo al consistorio de Cardenales ó en parte donde todos se hallasen reunidos, la carta dirigida á su colegio y los demás escritos que iban con ella, y de un modo análogo las cartas dirigidas á los cardenales en particular, viendo si podía rastrear algo de lo que dijeren despues de haberlas leido.

De igual suerte debía presentar desde luego la carta del Rey dirigida al comun de Florencia, husmeando en cuanto fuese posible, algo de lo que se dijese ó innovara á causa de ella.

Item debía transmitir por medio de persona de confianza la carta que iba al Dux de Venecia, procurando que el que la presentase averiguara lo que se dijera en pró ó en contra de S. M. de resultas de dicha carta. Si buenamente el dicho Juan Gerart podía pasar por Venecia, debía tomar á su cargo la presentación de la carta, y averiguación de todo lo que le fuera dado, sobre la disposición de ánimo de los venecianos acerca de S. M. en lo concerniente á los negocios referentes así al Papa Eugenio, como al Reino.

No sabemos el contenido de las cartas insinuadas; pero harto claramente se deja comprender que no eran más que una especie de tienta de cirujano que el Rey empleaba para sondear las intenciones de sus presuntos enemigos respecto de S. M., así como los de cada uno de ellos respecto de las restantes.

Por lo que toca á los asuntos del Concilio, las instrucciones son más explícitas.



Al llegar á Basilea debía dar las cartas que llevaba al cardenal de Vich y al arzobispo de Palermo y decirles de parte del Rey, juntos y separados, como al dicho Señor le parecía ser cosa muy necesaria que acto contínuo el Concilio le transmitiera á la parte en donde él se hallaba, un comisario que tuviera potestad de tomar y tener todas y cualesquiera ciudades, tierras y lugares de la Iglesia, sin exceptuar á Roma, en manos y poder del dicho Concilio y quitarlas de mano y poder del dicho Eugenio y de todos los demás.

Item que se mandaran cartas generales ó particulares á los oficiales y pueblo de Roma y de igual modo á todos los magnates y otros barones feudatarios y á todas las ciudades y tierras de la Iglesia, para que aceptasen y obedeciesen al dicho comisario y no á Eugenio ni á sus oficiales, conminándoles con grandes penas.

Item que se escribiera al dicho Señor, de parte del Concilio, induciéndole y rogándole que quisiese dar favor y ayuda al mencionado comisario que iría de parte de dicho Concilio y que le asistiese en la ejecución de las referidas cosas personalmente, si quisiese, ó por medio de sus gentes.

Item que el dicho comisario tuviese orden y mandamiento del referido Concilio de hacer y ejecutar todo lo que el dicho Señor Rey mandase y ordenase para la adquisición de Roma y de las demás ciudades y tierras de la Iglesia y para tener, regir, defender y conservar aquellas.

Item que el dicho comisario ó algún otro, á tenor de lo que ordenase el dicho Señor, tuviera poder especial de prender y poner la mano en las personas de Eugenio y cardenales y legados, ministros, comisarios, capitanes y otros oficiales suyos y resistir y ofender á aquellos, sin incurrir en excomunión ni en otra pena alguna mayor ó menor.

Item que por el dicho Concilio se transmitiera al dicho Señor bula de licencia por la cual él y cualesquiera capitanes, *condottieri*, oficiales, y todas las otras gentes, así vasallos suyos del dicho Reino, como de los demás Reinos y tierras suyas y todos los estipendiarios, de intervenir y poner mano en las relatadas cosas, sin incurrir en excomunión alguna ni en otra pena mayor ó menor.



Item que el dicho comisario ú otro tuviera poder especial de revocar y anular cualesquiera citaciones, procesos ó fallos y sentencias que por Eugenio ó por legados ó comisarios suyos se intentasen contra de la persona y estado, reinos, súbditos, capitanes, *condottieri,* estipendiarios y servidores adherentes del dicho Señor Rey. Y que tuviera poder especial en aquel Reino de separar y quitar las prelaturas y otros beneficios á los obedientes al Papa Eugenio y darlas á otros.

Item debía decir á los mentados cardenal de Vich y arzobispo de Palermo que procuraran é hicieran todo lo que pudieran á fin de que, para la ejecución de las dichas cosas, fuese suministrado dinero con que sufragar los gastos que la dicha ejecución produjera. Y si tan presto no pudiera alcanzarse, que á lo menos fuera dada licencia al dicho Señor, por medio de una bula del referido Concilio, de retenerse las ciudades, castillos y tierras que por la dicha vía se consiguieran y usufructuar aquellas hasta que fuese satisfecho y pagado de los dispendios que le convendría hacer por la dicha causa.

Y todas las dichas cosas debía procurar el dicho Juan Gerart con el cardenal de Vich y con el arzobispo de Palermo que se obtuvieran y despacharan acto contínuo y que fuesen transmitidas al dicho Señor por segura vía. Y si los dichos cardenal y arzobispo las dichas cosas no pudiesen obtener del dicho Concilio, habían de procurar si podrían obtenerse en secreto del Papa Felix, en cuyo caso debían trasmitirlas secretamente á las partes en donde se hallase el Rey.

Item debía apremiar el dicho Juan Gerart al arzobispo de Palermo para que tomase á pecho los negocios por los cuales había sido enviado por el dicho Señor y que continuamente le escribiese por muchas vías.

Item el dicho Juan Gerart debía dedicarse á saber y husmear todo lo que pudiera referente al honor, servicio é interés del dicho Señor sobre los negocios por los cuales fué enviado el dicho arzobispo y de todo debía avisar por cifra al dicho Señor por muchas vías, duplicando los informes.

Item debía decir á los dichos cardenales de Vich y arzobispo de Palermo como el dicho Señor había tomado el castillo y la ciudad de Benevento, de poder y manos del conde Francisco



Sforza, y que por cuanto la dicha ciudad era de la Iglesia, en servicio y amor del Señor, quisieran procurar que el dicho Concilio hiciese donación de ella al dicho Señor y á los suyos perpétuamente; por cuanto era más puesto en razón que la tuviese el dicho Señor que el dicho conde.

Item que en atención á que el arzobispo de Benavento era obediente á Eugenio y sospechoso al estado del dicho Señor, quisieran procurar que el arzobispado de Benevento fuese dado á Tomás de Aquino abad del monasterio de Ferraria, de la orden del Cister, hermano del conde de Loreto, el cual había sido siempre servidor del dicho Señor.

Estas instrucciones tienen la firma del Rey y la media firma de Olzina. (1)

No podemos pasar en silencio algunas graves determinaciones del Rey congruentes con los negocios eclesiásticos de España.

Descúbrense claramente en las respuestas que daba á las cosas á él esplicadas de parte de la Reina, por su emisario Juan dez Pou, lugarteniente del bayle general de Cataluña.

Del contenido de los párrafos I y VII resulta que por indisposición de la Reina, á la cual los médicos habían aconsejado el clima suave de Valencia, no se pudo, en primer lugar, hacer la proposición á las Cortes de Lérida, ni tampoco la publicación de la neutralidad que parece requería la proposición susodicha. También resulta de igual modo que acá en los reinos de Aragón había murmuraciones acerca de los intentos del Rey, á cuyo efecto éste da la orden de que su augusta esposa, asesorada del arzobispo de Zaragoza y otros prelados y hombres de Iglesia y buena ciencia y conciencia, delibere que remedio y saludable práctica se pueda guardar en servicio de Dios, conservación de los reinos y pueblos, honor y servicio de la Señoría, durante la diferencia surgida en la Iglesia de Dios.

D. Alfonso anuncia que él, por su parte, seguirá idéntico procedimiento, asesorándose del arzobispo de Palermo, obispo de Valencia y otros prelados que se hallaban en la parte de Italia, prometiendo que lo que resultare más hacedero, lo co-

(1) Vid. Apéndices. XXXI.



municará á su esposa, rogando al paso á ésta que le dé acto contínuo noticias del resultado de las deliberaciones en que ella intervenga, para ver cual de las dos es más conducente á los fines antedichos. El Rey previene á D.ª María que si entre tanto le llegaran bulas ó rescriptos del Concilio de Basilea, del duque de Saboya llamado Papa Felix ó del Papa Eugenio, con peticiones de que se ejecutaran, dilate la ejecución con buenas y honestas maneras, poniendo algunos estorbos, y avise á S. M., para que habida incontinenti madura deliberación, pueda escribir lo que respecto de dicha ejecución deba hacerse y observarse. Y esta disposición manifiesta el Rey que quiere que se considere vigente, hasta que por medio del procedimiento indicado se pueda trazar la línea de conducta aplicable á todos los casos.

El párrafo octavo da á conocer el nombre de uno de los murmuradores: este se llamaba Francisco dez Plá. El Rey le desprecia por completo, lo mismo que á otros; dice que no tiene que arreglar su conciencia con la de tales gentes, á quienes solo mueven las pasiones; pero no un buen celo ni una conciencia sana.

Por fin D. Alfonso manifiesta que el haber dicho, por medio de las instruccionos dadas á D. Juan de Hijar, que sin expresa licencia de S. M. no se obedecieran bulas ni rescriptos del Concilio ni de nadie, no significaba que se debía hacer constar así en las letras que se hubiesen de hacer por esta causa. La conducta que él quería que se siguiese, es decir, el apelar á las tranquillas y tropiezos, iba consignada ya en la respuesta que daba en otro capítulo. Por lo demás aprueba la conducta seguida por la Reina, en las provisiones hechas por ella, después de la elección de Felix. (1)

En el párrafo IX de otro documento, apéndice del anterior, y que lleva el siguiente encabezamiento: "A las otras cosas que ha explicado el dicho P. Juan al dicho Señor par parte de la dicha Señora Reina, da el dicho Señor las respuestas siguientes " hallamos otra determinación muy séria: Héla aquí:

En consideración, decía el Rey, que el patriarca de Alejan-

(1) Vid. Apéndices. XXXII.



dría Juan Vitellesco cardenal y legado del Papa Eugenio IV, estipuló á nombre del dicho pontífice y de la Santa Madre Iglesia que la parte que infringiese los capítulos de la tregua incurriría en la pena de cien mil ducados, (1) y como era notorio que dicho purpurado no solo infringió dicho capítulo, sinó que también rompió la tregua, procedía la exacción y ejecución de la referida pena; y ya que S. M. no la podía hacer efectiva por otro camino más que por el siguiente, había deliberado y quería que desde aquel día en adelante la Reina no permitiese que persona alguna fuese admitida á la posesión de cualquier prelatura, dignidad, oficio ni beneficio eclesiástico, por la vía ordinaria ó en virtud de bulas, letras ó provisiones apostólicas ó del Concilio de Basilea, aún que tuviera licencia real, sin pagar antes la annata ó vacante correspondiente, las cuales debían ser recaudados por el tesorero de S. M., por los bayles generales y procuradores reales, cada uno en su provincia ó distrito, y que estos últimos debieran responder al mencionado tesorero, hasta tanto que la dicha pena fuese íntegramente ejecutada, con más todos los daños y gastos que por dicha causa sufrió S. M. y sus súbditos; procediéndose en caso necesario por todos los rigurosos remedios en tales ocasiones acostumbrados, contra aquellos, (los obtentores de las piezas eclesiásticas) los beneficios y sus rentas. (2)

¡Qué fecunda y agena de escrúpulos ha sido en todos tiempos la inventiva de los arbitristas!

Para dar punto á la narración de los sucesos del orden eclesiástico durante el año de 1440, solo nos resta hablar de la muerte del célebre patriarca de Alejandría Juan Vitellesco de Cornetto y del nombramiento del que le reemplazó.

Muchos son los autores que se ocupan del trágico fin de aquel desgraciado y de los motivos que lo ocasionaron.

Fleury, apoyándose en Blondel y en San Antonino, nos dá una versión; Muratori, tomando por guía á Petronio y Bonincontri, nos dá otra algo distinta; pero de entre todas las que presenta más visos de veracidad y más riqueza de detalles es

(1) En el texto de los capítulos que ya hemos insertado la pena figura por una cantidad superior.

(2) Vid. Apéndices XXXIII.



la de Ammirato en su *Istorie florentine* (1) Según ella, los promovedores de aquel atentado fueron los florentinos, movidos, antes que por otra cosa, por el miedo. Veámosla.

Era, dice, en el año de 1440 *gonfaloniero* de justicia, Pablo del Diacceto, el cual sabedor de que los venecianos querían que el Conde Francisco Sforza pasase al socorro de Brescia y que éste alegaba razones de no ser aún tiempo oportuno, envió, por consejo de sus compañeros y de Cosme de Médicis, á Julián Davanzati y á Neri Caponi á Venecia y al Conde para enterarse de sus propósitos y para iuformarse del modo como habían de gobernar la guerra en el verano siguiente. Pero el día 9 de Febrero llegaron á Ferrara, y allí tuvieron noticia de que dos días antes Nicolás Picccinino, después de algunas escaramuzas tenidas con el Conde, había pasado el Po con seis mil caballos para dirigirse á Toscana, lo cual se apresuraron á poner en conocimiento del *gonfaloniero,* siguiendo luego su camino. Llegados á Venecia y oidas las razones de los venecianos, y de allí trasladados á Verona, donde escucharon las del Conde, deliberaron por entonces que los venecianos diesen dineros y se solicitase la más pronta salida á campaña para socorrer á Brescia. Pero los avisos de la bajada de Piccinino á Romaña atribulaban grandemente á los florentinos, sabiendo que iba acompañado de los emigrados, los cuales habían ido á verse con el Duque de Milán y le habían probado como era imposible vencer á los venecianos, si no se les privaba del ausilio de los florentinos, así como que los florentinos no podrían ser contrarrestados, sinó se les molestaba en su propia casa, los cuales cuando se verían reciamente combatidos, se considerarían obligados á llamar al Conde y á hacerle regresar de Lombardía, prefiriendo mirar antes por sí, que no por las cosas agenas. Reinaldo de los Albizi, que figuraba entre los emigragrados, prometía á sus gentes abrirles la vía del Casentino, por ser muy amigo de Francisco de Batifolle Conde de Poppi, y en este caso decía ser seguro que habría cambio de gobierno en Florencia, pues que el pueblo estaba cansado no menos de los gravámenes, que del orgullo de los poderosos ciudadanos,

(1) Parte segunda. Tomo V, pgs. 40 y siguientes.



los cuales en su altanería disponían soberbiamente de todo, á medida de su antojo. A estos males se unía, que si bien el pontífice Eugenio, al saber la marcha de Piccinino hácia Romaña, se había confederado con los florentinos y trataba de cooperar con sus gentes allí donde tenía empeñada su palabra; sin embargo estando las dichas gentes bajo el mando de Vitellesco, á quien obedecían mucho más que al mismo pontífice, no solo no se había esperado ninguna ayuda de ellas, sinó que se las contemplaba con terror, temiendo no poco de la voluntad de aquel hombre soberbio y cruel, del cual sabían, que desde el destierro de Reinaldo, no había sido nunca buen amigo de los florentinos, pareciéndole, que bajo su fé, Albizi había sido traidoramente vendido. Ya los desterrados hacían saber, para dar ánimo á sus enemigos, que hacía tiempo que no dormían, á bien que Cosme de Medicis, que no quería ser vencido ni siquiera en la guerra de palabras, hacía responder que estaba muy cierto de ello, porque les había robado el sueño. Pero se multiplicaron mucho más las desazones y sospechas de los florentinos, cuando llegaron mensajeros al nuevo *gonfaloniero* Leonardo Bartoli, refiriéndole como los Malatesta, no obstante haber sido tomados á sueldo por los venecianos y por ellos, y de haber recibido ya algún dinero, se habían entendido con Piccinino, y aún se dudaba, además, si Pedro Juan Pablo Orsino capitán de le República, el cual con cuatrocientas lanzas y doscientos infantes había sido mandado por los florentinos en ausilio de los Malatesti, había sido desarmado por Piccinino hallándose en los dominios de sus nuevos confederados. Con todo esto los que gobernaban no sintieron decaer su ánimo, sinó que mientras alistaban nuevas gentes, escribieron al Conde dejando á su arbitrio el trasladarse ó no á Toscana en su socorro; puesto que ellos mirarían de defenderse bravamente. Entretanto por el gran cuidado y vigilancia que tenía el Consejo de los Diez sobre los correos, estafetas peatones y demás medios de comunicarse las gentes, fueron encontradas en Montepulciano cartas de Vitellesco, escritas á Piccinino, sin el consentimiento del Pontífice, las cuales mandadas por aquellos magistrados á Eugenio IV, aún que estaban eseritas en cifra y fuese difícil entender su verdadero sentido, alarmaron gran-



demente el ánimo del Papa, apercibiéndose, aunque tarde, de cuán peligroso era en tales tiempos, haber dado tanta autoridad y reputación á un ministro audaz y grande como lo era Vitellesco. Habiéndose determinado, á consecuencia de lo dicho, á asegurarse de él, por consejo de Cosme, fué enviado Lucas Pitti con cartas credenciales á Antonio Rido, alcaide del Castíllo de Santangelo en Roma, en las cuales se le prevenía que del mejor modo que le fuese posible se ingeniase para tener en sus manos, muerto ó vivo, al patriarca, por ser así necesario á la quietud y á la seguridad de la sede apostólica y del estado eclesiástico. Fué la fortuna favorable al deseo del Pontífice y de los florentinos, por cuanto queriendo el patriarca pasar á Toscana y por lo mismo partir de Roma, mandó decir á Rido, que á la mañana siguiente se hallase al pié de la puerta del castillo, porque tenía algo que tratar con él. El castellano ordenadas las cosas necesarias á su fin, se puso por la mañana á esperar que el patriarca compareciese, y viéndole venir le salió repentinamente al encuentro hasta el pié del puente, enteramente desarmado y con la mayor reverencia, y como si no quisiera que los demás oyesen lo que entrambos habían de hablar, tomó galantemente la brida del caballo en que el patriarca iba montado y empezó á departir con él con la mayor naturalidad, cuando al volverse á mano izquierda del puente, vió el patriarca que echaban á sus espaldas el rastrillo de la puerta esterior, y luego una cadena á tres brazas del suelo, la cual había estado disimulada bajo un surco hecho apropósiso durante la noche anterior. Después de esto el gobernador dijo al patriarca que quedaba preso y á una señal que ya estaba convenida salieron del interior de la fortaleza muchos soldados armados de alabardas para rodearle y apoderarse de su persona á mansalva; más él desenvainando la espada y picando espuelas al caballo, puso á los soldados en la precisión de herirle, y así, todo ensangrentado, fué llevado preso al interior del castillo, en donde, mientras se le estaba sondando una gran herida que tenía en la cabeza, Lucas Pitti, apretando la tienta con su mano, se la metió en el cerebro haciéndole morir instantáneamente. Tal es la versión de Ammirato.

Fleury y los autores en que se apoya, no mencionan la



crueldad de Lucas Pitti y suponen que el patriarca murió á consecuencia de la gravedad de las heridas. Muratori dice que Vitellesco vivió desde el 18 de Marzo, en que tuvo lugar la celada, hasta el mes de Abril, acabando sus dias, añade, ó por veneno ó de otra suerte.

En lo que no cabe duda es en que su cuerpo fué vilmente sepultado.

¿Qué dirían las cartas en cifra interceptadas por los florentinos? Hacemos esta pregunta porque la misma diversidad de cargos de que se hacen eco los autores, prueba que no pudo ponerse gran cosa en claro. Los florentinos le hicieron pagar el miedo que tenían de que les fuese traidor; otros dicen que había sospechas de querer hacerse papa, á cuyo fin se entendía con Piccinino y con el Duque Felipe María para sorprender la ciudad de Florencia y lograr su propósito, no ya por medio del cisma como Amadeo, sino á favor del ejército y de las plazas fuertes con las cuales creía poder contar á todo evento.

Muratori le hace el siguiente capítulo de cargos:

" Hasta aquí Juan Vitellesco Corneta patriarca de Alejandría y cardenal, se había conquistado crédito de gran capitán de guerra cerca de los hombres, pero no ya cerca de Dios, por ser hombre más de mundo que de Iglesia. Muchas muestras había dado de su desapoderada ambición, crueldad y lujuria, en el curso de sus bravuras, y últimamente había recobrado el castillo de Spoleto, con hacer prisionero al Abad de Monte Cassino. De tal hombre quiso Dios librar á los Estados de la Iglesia, permitió que el Papa Eugenio (no sabemos bien si con verdaderos ó falsos fundamentos) tuviera vehementes sospechas de él, de que maquinaba apoderarse de las ciudades pontificias y de que tenía secreta inteligencia con Nicolás Piccinino y con el Duque de Milán. "

Sea como quiera los ejemplos de Tartaglia y Vitellesco muestran bien claramente que los pontífices, siempre que llegaba la ocasión, sabían también ser duros en el castigo. Cuando á principios del siguiente siglo, Cesar Borgia, nombrado capitán general de la Iglesia por su padre Alejandro VI, coge alevosamente á Vitellozzo, á Oliverotto, á Orsini y á otros *condottieri* en la ciudadela de Sinigaglia, les hace morir para po-

ner en orden los estados pontificios y dar con ello autoridad y fuerza al Papa que era el juguete de aquellos desatinados aventureros, tal vez lo hace acordándose de Eugenio IV y de Vitellesco y del buen resultado de la celada del Castillo de Santangelo.

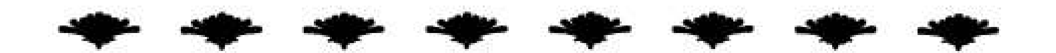
¿Se apoyó por ventura Maquiavelo en entrambos desastres, para dar el siguiente consejo respecto de todos los que pudieran hallarse en el caso de aquellas víctimas?

"No conviene tocar á los hombres poderosos, á menos de matarles, cuando se les toca."

El Pontífice dió, en sustitución de Vitellesco, el mando de las tropas á Luis Sarampio Mediarot de Padua, arzobispo de Florencia y patriarca de Aquilea. Se le llamaba más comunmente Mezzanotte; era por parte de padre de la familia de Arena, cuyo nombre abandonó por tomar el de su madre. Su primitiva carrera era la de médico; más habiendo ido á Roma se captó la benevolencia de Eugenio, haciéndole ganar la batalla contra Nicolás Picinino. Mezzanotte fué creado cardenal por el mismo papa, después de haber obtenido el arzobispado de Florencia, como despojo de Vitellesco, y además el patriarcado de Aquilea. Sus aficiones eran esencialmente militares y sirvió al papa en diferentes guerras.







CAPTULO XL

SUMARIO

(1441). — Progresos de la causa del Rey. — Tratos y amistad con Caldora. — Planes contra Sforza y embajada al Duque de Milán. — Manejos de los florentinos. — Campaña del Rey contra Sforza. — Desastre de Caldora. — Batallas de Troya. — Carta del Rey á los Concelleres de Barcelona dándoles noticias de sus victorias. — Estratagema singular de los de Biccari. — Rasgo de valor del caballero Despuig. — Ríndense varias plazas. — Nuevas negociaciones diplomáticas con el Duque de Milán. — Proyecto de casamiento del infante D. Enrique con Blanca de Milán. — Instrucciones á Bartolomé Roig sobre este asunto. — Pretensiones de Caldora. — Diversas operaciones militares del Rey — Infidelidad de Caldora. — Trabajos de la liga para arrojar á D. Alfonso de Italia. — Conducta desleal del Duque de Milán que firma la paz de Lombardía y casa su hija con el conde Francisco Sforza.—Como responde D. Alfonso á la deslealtad de su amigo y aliado. — Párrafos de Zurita. — Toma de la isla de Capri y apresamiento de una galera de Francia. — Acampa D. Alfonso alrededor de Nápoles y se apodera de Puzzoli y Torre del Greco. — Convenio de Renato con Sforza. — Asedio de Nápoles. — Socorro de los genoveses.

PROSIGAMOS la narración de la muchedumbre de embajadas, tratos, avenencias, concordias y amistades en que D. Alfonso hubo de emplear su ingenio para ir aislando á su competidor Renato, á fin de quitarle las pocas plazas y lugares que aún quedaban en su obediencia en todo el Reino, para concluir luego con la toma de su codiciada capital.

Unas veces de buen grado, otras por los más duros escarmientos, los pocos caudillos que habían permanecido fieles al de Anjou, así como los gobernadores y alcaydes de los castillos y fortalezas ó estuvieron á la espectativa ó se fueron poniendo del lado del Rey. Durante el año de 1441, su competidor ya

no pudo emprender cosa alguna de provecho para hacer frente á tan graves contratiempos.

El Anónimo refiere que uno de los primeros que durante dicho año trató de ponerse bien con el sol levante de la causa aragonesa, fué el castellano del castillo de San Telmo. Llamábase éste Antonello Barone, y ya antes había pactado tregua con el Rey y le había implícitamente reconocido; pero en aquella sazón quería entregárselo del todo y alzar las banderas de nuestra pátria. Sus compañeros, empero, no fueron del mismo parecer y, tratando de cumplir como leales, le pusieron preso en nombre de Renato y mandaron decir á éste que nombrase un gobernador más adicto. El de Anjou les dió las gracias, hízoles á todos grandes promesas y no quiso imponer otra pena que desterrarle del Reino.

Entretanto la situación de Caldora se hacía de cada día más precaria. Por los oficios del Príncipe de Tarento que se captó la voluntad de Marino de Norcia, hechura de los caldorescos, el célebre *condottiero* se había quedado sin Bari, Noya, Conversano, Rutigliano, Martina, le Noci, Capurso, Turi, Castellana, Gioja, Cassano y Aquaviva, conservando solo por la fidelidad de Cecco de Valignano á Bitonto, así como el castillo de Bari que lo gobernaba Tuccio Riccio de Lanciano.

Por otra parte las esperanzas que Caldora tenía cifradas en el Papa se iban desvaneciendo lentamente; porque los de la liga, si bien estaban resueltos á socorrer á Nápoles por medio de la hueste de dicho caudillo, y aùn el Pontífice mandó á requerirle para que le sirviese, cosa que él aceptó con gran alegría, pensando que así podría recuperar la gracia de Renato; sin embargo, viendo después cuán lentamente procedían todos en lo de mandarle dinero, así como las gentes de refuerzo que le habían prometido, no tuvo más remedio que volver los ojos al Rey, comprendieudo que el captarse su amistad era el único partido sólido que podía tomar en sus quebrantos. (1) A es-

(1) No es estraño que el Papa anduviera remiso, pues por aquellos dias estaba en tratos y negociaciones con el Rey conforme es de ver por la siguiente carta que hemos tomado del Reg.º 2659, fol. 121, del Archivo de la Corona de Aragón.

«Sanctisime ac beatissime pater. Per religiosum et dilectum virum fratrem Johannem dalcaniç ordinis sancti Johannis Hierusolomitani in Romana curia procuratorem S. V. literas Florencie sub sextodecimo kalendas januarias expeditas suscepimus, cumque abunde audivimus in his omnibus que V. S. pro parte di-



te efecto mediaron tratos y negociaciones, concluyéndose de manera que en prenda de lealtad hubo de dejar á Ristayno Caldora, su hijo primogénito, en poder de D. Alfonso. Brillaba dicho mozo, dice Constanzo, por su gran belleza y disposición, y el Rey, añade Fazio, lo aceptó como prenda de amistad y de segura fé, apresurándose á mandar el perdón al padre. Ristayno fué dado por compañero al príncipe D. Fernando, con el que se ejercitó en las artes del perfecto caballero, de suerte que viendo D. Alfonso su gran disposición, trató de darle por esposa á aquella hija que más tarde se enlazó con el marqués de Ferrara. (1)

Sigamos narrando muchos otros acontecimientos que refieren los historiadores, muy á menudo, sin fechas, y que cada uno ordena á su modo.

Zurita habla, como de cosa sucedida al principio de este año, de la obediencia que dió al Rey Nicolás Antonio Zurlo caballero principal de Nápoles.

Hecha la amistad con los Caldoras, escribe el propio autor, el Rey mandaba poner en orden las cosas de la guerra, esperando una oportunidad para pasar con su ejército á la Marca al objeto de desbaratar el del Conde Francisco Sforza, ajustándose en esto al parecer y deseo del Duque de Milán, de quien el Conde era enemigo, apesar de las insinuaciones de Felipe María de quererle dar la mano de su hija.

También refiere el Analista de que á fines de Febrero se presentó en Capua Nicolás Antonio Acrocciamura á ponerse á la obediencia del Rey.

Para hostilizar á Sforza, alma y nervio de la liga, pensó

cere voluit, cui nos etiam respondentes omnem intentum nostrum satis aperuimus quem ipse S. V. referre poterit ac penitus reservare. Almam personam vestram feliciter et longeve conservare dignetur omnipotens Deus noster. Datum Beniventi die XVIII januarii. Anno Domini Millesimo CCCC° XXXXI.° REX ALFONSUS.

E. S. V. humilis filius et devotus A. Rex Aragonum Sicilie citra et ultra farum. Dominus Rex mandavit michi Johanni Olzina. »

Una carta en parecidos términos escribió el Rey al cardenal de Aquilea camarero y legado apostólico de la Santa Sede.

(1) El Rey se apresuró á participar tan próspero suceso á su augusta esposa la Reina D.ª María en carta fechada en Capua á 17 de Febrero de 1441. En ella le hablaba, además, de la sumisión de las ciudades de Sulmona, Lanciano y Pistara (Pescara?) y de algunas otras tierras de la provincia de los Abruzzos, así como de Nicastro, Martorano y otras en la Calabria; de la obediencia que le habían prestado el Conde de Altavilla, Francisco de Muntagano y Raimundo Caldora gran camarlengo del Reino. (Reg.° 2651. fol. 191. v.°)



luego D. Alfonso que lo mejor y más seguro sería invadir las tierras que aquel tenía en el Reino, pues de este modo no solo escarmentaría á su más tenaz enemigo, sinó que habiendo sufrido poco durante las guerras los moradores de dichas tierras, todos estaban muy ricos, siendo como un filón que podria dar grandes recursos. Más antes quiso asesorarse de su astuto amigo y fiel aliado el Duque Felipe María, á cuyo efecto mandó á Milán el dia 7 de Marzo á Bartolomé de Benevento, para que le hiciese saber en cuán próspero estado tenía las cosas del Reino, lisonjeándose de que á no tardar se apoderaría de los lugares que poseía en él su común enemigo el Conde. El mismo enviado tenía encargo de manifestar que, terminada esta operación, pensaba el Rey salir del Reino, ya haciendo la vía de la campiña de Roma, contra el Papa Eugenio, ya la de la Marca, contra Sforza, según á él mejor le pareciese y las circunstancias lo aconsejasen; á bien que también podrían hacerse ambas cosas: ó sucesivamente con todo el ejército reunido ó simultáneamente dividiendo las tropas en dos cuerpos, yendo en este caso los Caldoras á la Marca y el resto á la campiña de Roma. El embajador debía consultar todo lo dicho con Felipe María y oir atentamente el consejo de aquel sagaz potentado.

Por aquellos mismos dias envió el Rey á España á D. Juan de Hijar con algunas galeras, el cual tocó en el puerto de Niza, en donde se le presentó Bautista de Campo Fregoso para persuadirle que retrocediera hácia Génova, porque él se embarcaría en la escuadra con todos sus parciales, y con ello bastaría que atracasen en el muelle para producir una revolución y mudar el gobierno de la ciudad, quitándola de manos de su hermano Tomás y volviéndola al dominio del Duque Felipe María. Como el de Hijar no tenía instrucciones en este sentido, desoyó las halagos de Bautista y prosiguió su viaje, no sin sospechar que se trataba de hacerle caer en una celada.

Mientras el Rey se estaba preparando para sus campañas terrestres contra los confederados, no olvidaba tampoco la necesidad de combatirles por mar, á cuyo efecto escribió á Cataluña, que jamás le abandonó en análogas ocasiones, para que alistase el mayor número posible de galeras y se las mandase en breve plazo. Con la idea de que la escuadra que debía salir



á la mar causara á los enemigos una impresión más profunda, pensó que apareciera no solo como suya, sinó también como del duque de Milán, á cuyo efecto le invitó á que enarbolara sus banderas, á que se embarcara en ella un comisario milanés y para que no apareciese que anclaba de prestado en los puertos del Reino, ideó simular una venta á dicho Duque de la ciudad y castillo de Isquia, por la suma de cincuenta ó sesenta mil ducados, poniendo entonces en las torres las insignias lombardas, pero nada más que las insignias; porque, en su previsión, no quería exponerse á perder aquella bellísima isla y aquella casi inexpugnable fortaleza, por lo cual no se olvidó de hacer constar en la nota en que iban comprendidas todas las dichas proposiciones, que la mencionada ciudad y castillo se tendría por capitanes reales á nombre de Felipe María.

Este no quería explotar menos la amistad del Rey, de lo que el Rey quería explotar la suya, de suerte que por su parte le mandaba decir que no se concertase de ningún modo con el Papa Eugenio, sin que antes le prometiese que no había de intentar cosa alguna contra de él, ni contra sus confederados y recomendados de una y otra parte del rio Apanari como de la Marca.

D. Alfonso respondió á estas solicitaciones, mandando desde Aversa. á 21 de Abril, á Juan Çabrugada, con orden de que manifestara al Duque de que en las pláticas que traía con el Pontífice, miraba con tanto interés por las cosas de él, como por las suyas propias, y le asegurara que si alguna honra pretendía por la victoria y conquista del Reino, era para tener mayores fuerzas con que ayudarle y servirle.

Entretanto la cancillería florentina tampoco se dormía, porque consideraba que los aumentos del Rey y su cada día más sólida amistad con el Duque pudieran tornarse en daño suyo. A este efecto mandó una embajada á D. Alfonso, con la idea de hacerle algunos halagos, y de ponerle bien con él, y á reserva de aprovecharse de las pláticas para difundir, á su regreso á Florencia, algunas hablillas que fueran gérmen de desconfianza y levadura de riñas entre aquellos dos tan grandes aliados y aún particulares amigos.

El encargado de esta pérfida y astuta misión fué Ioanozzo



Pitti. Al presentarse ante D. Alfonso empezó haciendo como se maravillaba de la toma de Benevento, y tras de insinuarse de este modo, ofrecióle la mediación de la Señoría de Florencia para arreglar las desavenencias que tenía con el Papa, á bien que dijo que en aquellos momentos Eugenio IV y los florentinos no corrían en la mejor armonía; pero que en obsequio al Rey pasarían por todo y aceptarían el papel de amigables componedores, extendiendo sus buenos oficios hasta para lograrle la concordia con el Conde Francisco Sforza. Para esto no pedían más sino que el Rey fuese servido de enviar una embajada á Florencia. ¿Qué objeto llevaban en todas estas falsas y calculadas solicitaciones? No se necesita ser un lince para comprender desde luego que lo que querían era, como ya dejamos indicado, excitar los celos del Duque de Milán, hacerle entrar en desconfianzas respecto de su aliado y difundir la cizaña entre ambos amigos. D. Alfonso no cayó en el lazo y se excusó diciendo que no se resolvía á ello, perque todas sus anteriores embajadas á orillas del Arno, solo habían redundado en bien del Pontífice y nunca él había sacado el más pequeño provecho. Pitti se retiró descontento y luego se vió que no había obrado de buena fé: primero porque se supo que había hecho decir á Renato que no se alarmara por aquel paso de los florentinos, porque todo era cosa simulada; y segundo por que al llegar á Florencia, al dar cuenta á los magistrados de la ciudad del resultado de las gestiones que había hecho, adulteró las intenciones del Rey y puso en su boca palabras que debían agraviar al Duque de Milán, sin que aquel hubiese pensado en pronunciarlas. ¡A tan bajas y reprobables intrigas no tenía reparo en apelar la diplomacia de aquel tiempo! Como nuestra cancillería era muy avisada, no tardó en saberlo todo, y para que aquellos amaños no labrasen en el ánimo del Duque de Milán, se le hizo decir por el mismo Çabrugada, según escribe Zurita "que se veya bien, que aquellos sus comunes enemigos, tenían grande invidia, y pasion, por la buena y verdadera inteligencia, y benevolencia que avia entre ellos: y como el Duque era muy sospechoso, le pedia caramente, que no diesse oydos a tales nuevas: pues todo era astucia, y malicia de sus enemigos."

En aquella misma sazón empezó el Rey á dar paga á los caldorescos.

En tanto llegaron al puerto de Nápoles, el dia 8 de Mayo, dos naves procedentes de Provenza dando gran ánimo á los de la ciudad, diciéndoles que el Pontífice, los florentinos, los genoveses y el Conde Francisco Sforza, había formado una liga para echar de Italia á los de Aragón, y que muy presto habían de llegar, por mar y tierra, grandes y formidables socorros.

¿Qué importaban aquellas vanas alharacas y aquellas necias bravatas? El Rey tenía tomadas exactamente sus medidas y se sentía en terreno firme. Por medio de Nicolás Piccinino, cuyas espaldas estaban guardadas por el Duque de Milán, tenía á raya al Papa, á florentinos y venecianos, y al Conde Francisco Sforza, máxime desde que, hacía poco, el primero había obtenido en el Bresano una gran victoria contra éste último; los genoveses bastante tenían que hacer con sus discordias intestinas; Provenza era pobre y no podía suministrar recursos y, por fin, Renato había quedado reducido á la impotencia desde el cambio de frente de Caldora. Había llegado, pues, la ocasión de emprender alguna cosa que fuese sonada, y viendo que el tiempo abonanzaba por momentos, creyó el Rey que nada podía realizar con más provecho que la expedición que tenía proyectada á los lugares y tierras del Conde Francisco Sforza.

Desde Aversa, de donde salió con su ejército á fines de Abril, hasta Troya, que costituía el objetivo principal de la campaña, la marcha del Rey fué una série continuada de conquistas. Primero fué á poner su campo sobre Cayazza, que ya tenían los aragoneses muy estrechada.

Era esta plaza de Roberto Sanseverino gran aliado del Conde, y á poco de ver la hueste real se rindió sin gran resistencia. Quedaba, no obstante, el castillo, pero habiéndose arruinado una gran cortina del muro, el alcayde que lo gobernaba se entregó el dia 10 de Mayo.

Entretanto los sforcescos se preparaban á la defensa, y Renato, que trataba de congraciarse la voluntad del Conde Francisco, mandó á Lionello, Conde de Celano, á unirse con Vitto-



rio Raugone y con su hueste para la defensa de aquellos estados.

En cambio D. Alfonso, desde Cayazza, envió á rogar á Caldora que fuese con sus gentes á cooperar á la empresa comenzada, supuesto que ya había recibido las pagas; pero éste se escusó con decir que no podía abandonar el Abruzzo, por cuanto Alejandro Sforza habría ocupado toda aquella provincia: pero en su lugar mandó á Pablo de Sangro que era el capitán más caracterizado de todos los de su ejército. Levantado el campo de Cayazza, al llegar al valle de Benevento, se rindieron al Rey, Buon-Albergo, Apice y Ariano. A 3 de Junio estaba acampado en Cancellería y de allí pasó á Padula, recibiendo aquel lugar en su obediencia, así como al que era señor de él y se llamaba Jacobo Carbon. También se le presentó á prestarle homenaje un caballero napolitano de nombre Baffomo Thomaccello. De Padula se trasladó al bosque de Alconante y allí fué á sometérsele, á 20 de Junio, Miguel de Atténdulo Conde de Cotignola, pariente y gran aliado de los Sforzas. La marcha siguiente tuvo por objeto Ursara en la Pulla. Había deliberado, según afirmaba el Rey, escribe el Analista, de ir la via de Campania y Roma, pero desbarató este plan el Príncipe de Tarento, por que se había de restituir la ciudad de Bari á Antonio Caldora, cosa á la que se manifestaba muy opuesto. y para arreglar aquel extremo, hubo necesidad, aunque se hubiera de perder mucho tiempo, de ir á conferenciar el Rey con dicho Príncipe en Mirabella, cabe á Montefúsculo. El resultado de la conferencia fué tener que ir D. Alfonso á Bari y después regresar por la Campania. Aquella expedición tampoco resultó infructuosa, pues se le rindieron Mirabella, Casano, Montela, Bagnolo y Sabignano. Al cabo pudo llegar frente á Ursara, que también se le entregó á discreción. Allí fué donde se le reunió Pablo de Sangro con los quinientos caballos de Caldora, que eran, escribe Constanzo, la flor de la caballería italiana.

Vamos ahora á dar noticia de una contecimiento cuya fecha es difícil de precisar. Zurita al referirlo tras de los sucesos, que siguiéndole en gran parte, hemos narrado últimamente, se limita á decir " en este medio ..; Constanzo lo pone con mucha anterioridad á la sumisión de los Caldoras y á la salida del Rey



de Aversa; Muratori después de la batalla de Troya que aún no hemos reseñado; el Anónimo lo hace contemporáneo de la retirada del Rey á Biccarí y de su marcha por la Capitanata, pues dice "*Quasi in questo medesimo tempo*" y por fin Fazio lo describe también como acaecido simultáneamente con la retirada y toma de Biccarí (Viccarium) pues escribe "*Per idem fere tempus.*" Sea pues cualquiera el tiempo en que acaeciese lo narraremos ahora, como lo hace Zurita.

Un hermano del Conde Francisco llamado generalmente Alejandro Sforza ó Cottignola pasó desde la Marca, al Ducado de Atri con mil quinientos caballos y por traición se apoderó del lugar de Pescara y de allí, insiguiendo las órdenes del Conde, se fué sobre Raimundo Caldora que estaba acampado en Ortona, á la cual había puesto sitio, y atacándole de improviso, le rompió, haciéndole prisionero, y con él más de quinientos caballos. Poco faltó para que también cogiera á Riccio de Montechiaro y á Josia de Aquaviva, que se salvaron huyendo á todo escape á la ciudad de Thieti. Fazio dice que Raimundo y los suyos iban á reunirse con D. Alfonso y nada habla del sitio de Ortona; dá además el nombre de Juan al hermano del Conde Francisco. Sucedió este desastre por no haber querido Raimundo esperar á su sobrino el Duque de Bari, que estaba en Santa Polmara, é iba ya en su socorro con mil caballos y quinientos infantes.

A poco el Papa dispuso que el Cardenal de Taranto que mandaba el ejército pontificio fuese á reforzar á los sforcescos, como así lo ejecutó sin pérdida de tiempo. Hallábase el purpurado en el condado de Albi, al tiempo en que D. Alfonso seguía en Ursara.

Viendo que los sforcescos y el Papa no se descuidaban en poner en orden sus gentes, escribió á Nicolás Piccinino para que le mandase á Amatrice ó á Thieti á su hijo Francisco, prometiéndole hacerle partícipe de la victoria y que entrambos emprenderían grandes cosas.

A 9 de Julio hallamos al Rey con toda su hueste talando la campiña de Troya y encerrados en aquella plaza casi todos los capitanes sforcescos que militaban en el Reino, así como á los anjevinos que Renato había enviado para que les ayudasen.



Hé aquí los nombres de algunas de ellos: Cesar Martinengo, Vittorio Rangone, Lionello Acrocciamura, Francisco de Sanseverino, Marqueto de Cotignola, Colella de Nápoles y el Gato. Su plan era esperar que D. Alfonso desmembrase su ejército, con ocasión de mandar alguna columna á sitiar esta ó aquella plaza de las inmediaciones, para salir luego al frente de la caballería é infantería y librarle la batalla.

Al siguiente dia 10 se hallaba el Rey en Ursara, que solo dista cuatro millas de Troya, y desde allí destacó un gran golpe de caballos para que se situaran en la llanura que hay al pié de esta última, á fin de provocar al enemigo y espiar las fuerzas con que contaba. Los sforcescos así que se apercibieron de ello formaron su gente y salieron del recinto de la plaza. Hállase ésta situada en un alto al que se sube por una pendiente bastante suave de cerca de quinientos pasos; al pié de ella hay una vasta llanura interceptada por lijeras desigualdades del terreno; el suelo es feraz y yermo ó muy escaso de arbolado.

Añadiremos que la plaza á que nos venimos refiriendo era en aquella sazón regularmente fuerte, pues tenía un buen foso y un muro no despreciable. Los esforcescos fueron osados á bajar hasta el pié de la colina, lo cual visto por los nuestros les decidió á atacarles con gran furia. El choque fué duradero y sangriento. Al principio pareció indecisa la victoria: más como los de Aragón recibieron reiterados refuerzos, al cabo los sforcescos tuvieron que retroceder y buscar la salvación dentro de los muros de la plaza. El Rey que ya había conseguido su objeto, que, como hemos dicho, no era otro que averiguar las fuerzas del enemigo, mandó tocar retirada. Después de este encuentro se pasaron cuatro dias sin que ocurriera ningún nuevo hecho de armas. Al quinto algunos de los nuestros fueron á reconocer el recinto de la fortificación y llegaron hasta lo alto del cerro.

Cesar Martinengo lo vió, y al punto dió orden á los suyos para que formaran fuera de la plaza. El Magnánimo comprendió entonces que se le provocaba á nueva y campal batalla y deliberó aceptarla. Haciendo regresar á los que habían salido en busca de provisiones, ordenó el siguiente plan de ataque, que refiere con más detalles que ningún otro historiador, el



tantas veces citado Fazio, verdadera especialidad en los asuntos de táctica y estrategia. Dividió sus gentes en nueve haces, colocando la infantería en medio; dió á Ventimiglia el mando del ala izquierda y él se reservó el de la derecha. Por delante destacó á lo que hoy llamaríamos guerrillas, armadas á la ligera, para que provocaran al enemigo á combate. Victorio Raugone opinaba no combatir con todas las tropas, sino permanecer en la cuesta y no permitir que el enemigo se acercase á la ciudad; empero Gato y otros caudillos, ávidos de batirse, le obligaron á que cambiase de consejo. Así, pues, los de Gato, en cuanto vieron que la hueste real llegaban á un desfiladero ó angostura que había muy cerca de la cuesta, trataron de cerrarle el paso, pero en lugar de conseguir lo que se proponían, fueron rechazados hácia la colina. Algunos de ellos en su retirada vinieron á caer en medio de las haces de Aragón y no hallando ninguna salida, fueron hechos prisioneros. Martinengo trató entonces de rodear á los nuestros aprovechándose de que los estremos de sus alas eran estrechos y de poca consistencia y con la caballería, que había colocado en su ala izquierda, atacó el pico de la derecha de D. Alfonso, creyéndola más débil, mandando rodearla y acometerla de flanco. El mismo concurrió personalmente, y ya por aquella parte, variando la suerte de las armas, los del Rey empezaban á verse oprimidos y amenazados. En cuanto D. Alfonso se apercibió de ello, se dirigió con todo el grueso del ala derecha y con el nervio de la infantería hácia la cuesta para ver de cortar la retirada al enemigo, con lo cual el orden de batalla, que ya empezaba á desbaratarse por aquella parte, se pudo rehacer desde luego, y los sforcescos, tal como lo había calculado D. Alfonso, temiendo que se les cogiera por retaguardia, fueron cediendo poco á poco, hasta que al cabo volvieron cobardemente la cara. Los fugitivos rotos por los del Rey, cayeron en gran parte prisioneros y los demás se precipitaron á buscar amparo tras de las murallas de la plaza. Francisco de Sanseverino, uno de los caudillos más valientes de aquel ejército, temiendo que juntamente con los vecinos de Troya, que también se habían armado y combatido para ayudar á los sforcescos en aquella función de guerra, no se introdujera el enemigo en la plaza, formó su haz, resistió á los



nuestros y dió tiempo á aquellos paisanos para que se pusieran á salvo, tras de lo cual metió á los suyos, quedándose él afuera. Cuando hubo desfilado toda su cohorte, mandó cerrar la puerta, y entonces, picando espuelas á su caballo, y salvando de un enorme salto el foso de la plaza, se refugió dentro de ella. (1) Fazio al escribir esta casí increible proeza no cae en la cuenta del muro, pero Constanzo que sigue su relato lo arregla diciendo: " *et poi per un' altra parte, dove il muro della Città havea un poco di margine, dato forte di sproni al cavallo, con un salto incredibile passó la larghezza del fosso et si salvó.* " También refiere Fazio otro episodio no menos interesante de aquella jornada. Como el Rey fuera de los que más se adelantaran en la persecucíón del enemigo, uno de los de la caballería sforcesca le esperó espada en mano al pié de los muros de la plaza; pero al verle con la capa ó clámide, que se llevaba sobre la armadura, más rica y lujosa que la de los demás, hubo de preguntarle quien era, y como D. Alfonso le contestara que el Rey, el sforcesco al ver tan tranquila confianza, arrojó la espada, se echó á sus piés y se le entregó prisionero. Muchos de nuestros enemigos que no se pudieron refugiar en la ciudad, á causa de la clausura de las puertas, acosados por los de Aragón, no pararon hasta las inmediaciones de Nocera. Algunos cuentan un hecho que parece milagroso, y es que un heróico caballero, ¡lástima que su nombre no haya llegado hasta nosotros! al perseguir al enemigo, que se refugiaba en la ciudad, llevado por el ímpetu del caballo, se metió por una puerta, y atravesando por entre los pelotones sforcescos, salió incólume por la del lado opuesto. Se peleó con gran furia por espacio de dos horas.

Terminada la batalla y hecha la señal de retirarse el Rey se fué á acampar á Ursara. Desde este campamento se apresuró á dar cuenta de tan brillante victoria á su querida ciudad de Barcelona. Hé aquí el documento tal como se lee en el Archivo municipal de dicha ciudad. (2)

" Lo Rey.

(1) *Calcaribus subditis, non modicæ latitudinis fossa strenuo saltu transmissa, in oppidum se recepit.*

(2) Cartas reales de 1400 á 1441. Lo publicó D. Andrés Balaguer y Merino en el *Calendari Catalá*, año 1877.



Amats nostres. Perque som certs que de nostre bon succes e prosperitat haurets plaer, vos notificam que, exints aquesta primavera prop passada en camp contra les gents e terres dels esforciscos, nostres enemichs, haguem primer per combat e siti lo castell e ciutat de Cayazza. E faents apres la via dels altres castells e terres lurs, havem haut e reduit a nostra obediencia Padula, Mirabella, Petralpucina, Montella, Banyolo, Cassano, Monteleone, Puni, Sanmayno e Ursara. E darrerament, stants allogiats en camp per alguns dies entre la dita Ursara e la ciutat de Troya, faent lo guait a aquella, sentim que dins la dita ciutat era e se juntava de diverses parts la gent d' armes dels dits enemichs. E per ço algunes voltes los anam parar batalla a les portes, la qual en aquells dies no volgueren acceptar, fins a que veents se forts e trobantse justats e aplegats en la dita Ciutat de Troya ab tota lur gent darmes de cavall e de peu, entrels quals eran capitans e caps principals Leonello Aconchamura, quis diu Comte de Celano, Cesaro de Martinengo, Ffrancisco de Sancto Severino, Marqueto ds Continyola, Colella de Neapoli e lo Gato en gran nombre de cavalls en squadra e ballesters a cavall e infanteria assay, isqueren de la propdita Ciutat vuy matí dia data de la present, a exida de sol, ab bon ordre per volernos dar batalla. E nos, essents en aquella hora avisats per nostres scoltes de la llur vinguda, com stiguessem allogiats en lo dit nostre camp luny de la dita Ciutat per spay de dos milles, fem muntar a cavall e metre en punt nostra gent de cavall e de peu, e anants per encontrarlos a mitja vía, ells se retragueren poch á poch fins aprop la dita Ciutat per metrers en certa part a ells fort e molt avantajosa, e fermantse lla, mostraren en totes maneres voler sperar alli en no en altra par la dita batalla. Nos perçó, veents que en altra part bonament nols podiem junyer ni collir, confiants en lo adjutori de nostre Senyor Deus e del benaventurat San Jordi e en nostra bona justicia e encara la virtut e animositat de la dita nostra gent, metem en ordre nostres esquadres e infanteria e montam de continent a darlos la dita batalla, en la qual apres molt stret conflicte, per gracia de nostre Senyor Deus los dits enemichs foren vençuts e en tot romputs e en grandisima part presos e altres tant stretament per-



seguits per los nostres quels convench lançarse dins lo fos o vall de la dita Ciutat. E latra part dells ab los damunt nomenats lurs capitans, fugiren ayxí romputs e vençuts, uns la via de Nochera, e altres la via de Fogia per espay de X o XII milles sensa gosar aturar ni sperar per los nostres qui continuament los perseguiren. De la qual victoria nostres enemichs pendrán sens dupte gran terror e confusió. Faem de tot laors e gracias a nostre Senyor Deus, en lo qual havem ferma e bona sperança que apres aquesta nostra victoria, breument vos fara hoir altras prosperitats per les quals, havents nostres optat de aquesta empresa, haurem mellor manera de poder anar visitar nostres Regnes e terres e aqueyxes parts, en cumplira nostre honest e bon desig. Dada en lo nostre camp prop de Ursara á X de Juliol del any Mil cccc quaranta hu. — Rex Alfonsus. „ — Al reverso. — " Als amats e faels nostres los Consellers de la ciutat de Barcelona. „

De Ursaria se trasladó luego el Rey á Biccarí distante unas ocho millas de Troya. Al llegar á esta última plaza, los nuestros, de la primera arremetida, saltaron el vallado, atravesaron el foso y mientras unos barrían el muro con toda clase de armas arrojadizas, los otros ya lo estaban asaltando. Los habitantes, aunque fueron sorprendidos por la impensada aparición de los aragoneses, no anduvieron remisos en armarse y al punto aparecieron detrás de las almenas, repeliendo á los asaltantes con un diluvio de piedras. Como los de la hueste real persistieran denodadamente en el ataque y no se pudiera lograr que abandonaran el muro, los de Biccarí apelaron á la siguiente estratagema. Hacía pocos días que, temiendo la llegada de sus enemigos, habían llevado á la plaza todas las colmenas que tenían esparcidas por los campos y para ver si se librarían de los asaltantes les ocurrió trasladarlas á la muralla y soltar de una vez todos los enjambres de abejas. Estas, escitadas por el ruido de la pelea, no tardaron en esparcirse, picando en la boca y en los ojos de los aragoneses y metiéndose por debajo de las armaduras y de las túnicas. Perturbados los nuestros por tan singular adversario y por la novedad de sus ataques no tuvieron más remedio que apartarse. Entonces todo el ejército pudo presenciar un rasgo de valor personal que hay que refe-



rir con todos sus pormenores. Uno de los caballeros más principales del Reino de Valencia llamado Luis Podius (Despuig) maestre de la orden de Montesa, hombre de grande estatura, ánimo y fuerza, aunque era atacado con toda clase de proyectiles, se quiso mantener firme y no abandonar el lugar á que había llegado; empero acudiendo hácia aquella parte mayor número de enemigos, le cogieron y le arrojaron al foso. No por esto se quiso dar por vencido, sinó que levantándose con la mayor audácia, en un abrir y cerrar de ojos, volvió á ocupar el sitio de donde se le había echado. Era este una rampa ó pendiente muy violenta y era dificilísimo poderse tener de pié en lo más alto de ella. ¿Qué significaba tal dificultad para un hombre tan animoso? Mandó á los compañeros de armas que estaban más cerca que le apuntalasen y sostuviesen con las picas y partesanas. En esta disposición volvió á batirse bravamente desafiando con la espada y con la lanza á los defensores de la plaza. Mientras tan heróicamente se conducía recibió una estocada y con ella una herida debajo del ojo derecho; pero ni aún lastimado de este modo desistió de la pelea. Entretanto no lejos de allí se estaba socavando el muro y como cayese rápidamente en medio de la espectación general, cogió de sorpresa á algunos de los que iban al asalto. Entonces por aquella brecha se efectuó una irrupción de los nuestros dentro de la plaza, rompiendo á sus habitantes que no cejaron en la defensa. Tomado el lugar, se permitió el saqueo á los soldados. Don Alfonso siguiendo su laudable costumbre, quiso que se respetara el honor de las mujeres haciendo que se refugiaran en la iglesia y poniendo en su guarda algunos de los más ancianos de la hueste. Sabida por el país la catástrofe de los de Biccarí, muchos otros castillos enviaron mensajeros para hacer la sumisión, los cuales fueron recibidos por D. Alfonso en medio de las más grandes muestras de benignidad y clemencia.

Antes de proseguir la reseña de las operaciones militares todavía debemos decir algo más de las negociaciones diplomáticas. Aunque eran hasta cierto punto solidarias las campañas de Nápoles y Lombardía contra los enemigos comunes del Rey y de Felipe María, no se daba éste por satisfecho, pretendiendo que el Rey hiciese también la guerra á los venecianos y



florentinos. Por lo tanto nuestra cancillería dedió hacerse cargo de esta arriesgada exigencia y ver de contestar al Duque de manera que no quedase agraviado. Se le dijo que la intención del Rey era que se esperase á declarar la guerra á la Señoría de Venecia, hasta que hubiese medios de hacerle sentir todo el peso de ella; y que entre tanto aprobaba el parecer del Duque respecto del Pontífice, porque como era éste veneciano, por más halagos que se le habían hecho, siempre se había mostrado contrario, hallándole de cada vez más duro y obstinado en favorecer la causa opuesta con tratos, astucias y obras de capital enemigo. Respecto del intruso Felix se decía al Duque que la opinión de D. Alfonso era que no había medios de entenderse con él, porque había hecho explorar su ánimo por el Arzobispo de Palermo y jamás había querido manifestar claramente á lo que iba.

El dia 2 de Junio recibió el Rey una nota del Duque de Milán en la que le declaraba ser cada dia más enemigo del Conde Francisco Sforza y proponía el casamiento de Blanca, heredera del Ducado, con el Infante D. Enrique. No hay para que decir que el Rey no desechó tan lisonjera proposición, porque así impedía que dicha princesa casara, como estaba proyectado, con el referido Conde. Más tarde interesó á Nicolás Piccinino para que procurase la realización de este proyecto.

En cuanto se hubo entablado tan ventajoso matrimonio, D. Alfonso se apresuró á dar cuenta de él á su hermano, que á la sazón se hallaba en España, por medio del escribano Bartolomé Roig á quien se expidieron las siguientes instrucciones.

" Instrucciones dadas por el Serenísimo Señor Rey de Aragón y de Sicilia á Bartolomé Roig escribano suyo, sobre las cosas que debe decir y esplicar al Muy llustre infante D. Enrique maestre de la orden y caballería de Santiago &c. hermano del dicho Señor.

" Primeramente, después de los saludos acostumbrados, le dirá como el Muy Ilustre Duque de Milán ha enviado á decir al dicho Señor por micer Jacobino de Monferrato que el dicho Duque tendría gran voluntad y placer que el dicho infante contratase y celebrase matrimonio con la inclita D.ª Blanca, hija del dicho Duque, y que por esto fuese del agrado del dicho Se-



ñor terciar en el dicho negocio y oir sobre aquél la intención del dicho infante. Y por esto el dicho Señor manda á él el dicho Bartolomé Roig, notificándole que del matrimonio el dicho señor tendría soberano placer, y á verificar aquel anima tanto cuanto se puede decir y escribir, al dicho infante, y se lo alaba por muchas consideraciones y en especial por las siguientes.

Esto es, que el dicho infante está ya informado y sabe mejor que el dicho Señor, como la dicha Doña Blanca ha sido bien y honestamente siempre criada é inclinada á las buenas y loables costumbres y bien y honestamente tratada y estimada por todas las gentes y muy bien amada por el dicho Duque su padre. Y de esto se refiere al dicho infante, quien, en los dias que allí se encontraba con el dicho Señor, se informó de ello. En tanto que, sin ninguna duda, espera el dicho Señor que la dicha Doña Blanca sucederá en la Señoría del dicho Duque su padre, muriendo aquel sin hijo varón y legítimo, como es de presumir que lo hará, atendida su edad y la esterilidad que hasta el presente se ha manifestado en la Duquesa, esposa de aquél.

Y además, porque el dicho matrimonio es el más honesto y más útil que al presente se pueda saber y encontrar, tanto por la estimación que siempre ha habido y se ha hecho del dicho Duque, cuanto por la gran Señoría que tiene y espera tener en Italia, la cual es de dote y precio inestimable. Ni parece al dicho Señor aquella sea comparable á dote ninguno que verosímilmente pudiese tener la hija viuda del que era duque de Saboya, y que ahora se llama Papa Felix, el matrimonio de la cual es el otro de los mejores y más honrosos de que de presente se sepan. Y que si de presente la Señoría, estado y casa del dicho Duque de Milán son grandes y de mucha reputación, aún se espera ser mucho mayores por la inteligencia que entre el dicho Señor y el muy ilustre Rey de Navarra y el dicho infante hermanos suyos es y será con el dicho Duque de Milán, la cual será mucho mayor y más estrecha haciéndose el dicho matrimonio y en especial á mano del dicho Señor, obteniendo él pacíficamente, como espera, con la ayuda de Dios, prestamente este Reino. Y considera que sin ninguna duda estas



dos casas y señorías, esto es del dicho Señor y del dicho Duque, en aquella hora serán suficientes á dar é imponer ley en toda Italia y hacer de aquella á todo su arbitrio.

Más todavía esfuerza el dicho Señor al dicho infante en realizar el dicho matrimonio, porque siempre ha comprendido que el dicho Duque de Milán ha mostrado bueno y especial amor al dicho infante, y él y sus curiales y servidores y otras gentes de la parte de allá han mostrado tener buen grado y gran alteza y contento su persona, proceder y conservación, y por consiguiente le amarán y tendrán mucho más acepto. Y más aún que haciéndose el dicho matrimonio se demostrará á las gentes alguna buena gratitud que por el dicho Señor y los dichos sus hermanos se tiene hácia el dicho Duque y por el tal y tanto beneficio cual y cuanto de él, según es notorio á todas las gentes, los dichos tres hermanos han reportado, apesar de que esto deba ser para ellos cosa de poco afán y cargo, habida consideración del dicho tan gran beneficio. Antes más pronto se debe y puede esperar por la dicha vía gran aumento del honor y prosperidad de cada una de las dichas casas y de sus estados.

No crea ni dude el dicho infante que por la dicha razón su estancia, negocios y cosas en Castilla debiesen ó pudiesen recibir menoscabo, alteración ó detrimento. Puesto que sin ninguna duda espera que el dicho Duque complacerá en esto al dicho infante y que todas sus cosas y negocios serán mejor reputados, estimados y tratados en Castilla; ni tampoco quiera pararse en que la dicha Doña Blanca es hija natural y no legítima; puesto que consideradas las demás cosas que en ella concurren dichas más arriba, y que en mujer defecto natalicio se acepta y tolera más pronto que en hombre, al dicho Señor parece que no solamente el dicho matrimonio no se deba poner en tela de juicio, antes bien de todos modos se deba realizar y concluir, y que el dicho infante deba mostrar siempre en el trato de aquél gran liberalidad de ánimo y voluntad al dicho Duque. Pues espera el dicho Señor que todo será para gran exaltación de sus casas y estados. Y que nuestro Señor Dios querrá mostrar que las cosas pasadas han sucedido más por obra de la providenncia que por obra ninguna humana, y que todo fué con un fin de mayor bien.



Por cuyas consideraciones y por muchas otras que decir y esplicar se podrían, dirá el dicho Bartolomé Roig al dicho infante, que al dicho Señor parece ser muy expedito que el dicho matrimonio se haga. Y que realmente quiera mandar á las partes de acá poder bastante á contratar y concluir aquél y declarar su intención, tanto sobre la manera de la dote, cuanto sobre todas las demás cosas que al dicho infante en el dicho negocio se le ocurrieran. O si el dicho infante lo prefiera, el dicho Señor tratará que sean enviadas en alguna parte personas ó poderes bastantes por parte del dicho Duque para concluir, terminar y asegurar el dicho matrimonio, haciendo el dicho infante una cosa parecida.

Dado en nuestro Campo Real cerca del puente de Tafara á dos dias de Junio del año 1441. — *Rex Alfonsus.*

Por mandato del Sr. Rey. – Juan Olzina. „ (1)

Veámos ahora qué acontecimientos tuvieron lugar después de la batalla de Troya y de la toma de Biccari.

Antonio Caldora escribió inmediatamente al Rey felicitándole por sus victorias y se dirigió igualmente á Pablo de Sangro encargándole que pidiese á S. M. que el Príncipe de Tarento le restituyera Bari y algunos otros lugares y tierras que jamás habían formado parte de su principado. Pablo desempeñó el encargo con mucha destreza y diligencia, pero el Rey contestó que le era imposible acceder, sin perder del todo la amistad del Príncipe, que tanto le había servido en la guerra: empero manifestó al mediador que escribiese á Caldora que podía estar tranquilo; por cuanto, terminada la conquista del Reino, le haría mercedes mucho mayores. El Magnánimo, por su parte, también escribió en igual sentido al Duque de Bari y en la misma carta le hacía mil elogios de Pablo de Sangro y de sus soldados, diciéndole que ellos empezaron la gran victoria alcanzada.

Más adelante llegó á noticia del Rey que el Papa Eugenio había mandado ocupar una tierra de poca entidad perteneciente á Francisco de Aquino, llamada Strangolagallo en los confines del Reino, y para no tener ociosa la hueste, se trasladó

(1) Vid. Apéndices XXXIV.



allí, al tiempo que Pablo de Sangro se trasladó al Abruzzo. Los soldados del Papa al saber la marcha del Rey se retiraron súbitamente, dejando algún presidio en Ponte Corvo.

De otras operaciones dá cuenta Zurita, diferentes de estas últimas que hemos tomado de Constanzo.

Dice que el Rey pasó á la Baronía de Petracatello contra Francisco Buccapianula y que también tuvo aviso de que parte de sus gentes habían entrado en Bicelli, entregándose esta ciudad, más no el castillo que defendía Lorenzo de Cotignola, en cuyo auxilio trataba de ir el Bozzo.

Por este tiempo, continúa el Analista, se había reducido á la obediencia del Rey casi toda la Calabría, porque el Conde de Giraci había renovado el juramento de fidelidad, y el Conde de Arena y el alcayde del castillo de Cossenza trataban de reducirse también, imitando la conducta de Juan de la Nuce que se había sometido con todos los lugares que el Conde Sforza tenía en aquella provincia.

Pareció ya que por aquel verano bastante se había hecho para que quedase en buen lugar el honor de las armas aragonesas. Empero Renato aprovechó la suspensión de las hostilidades para diputar á Nicolás Guarna, caballero de Salerno, al Conde Francisco Sforza, á fin de que le mandase algún socorro. Este se hallaba entonces en la Marca de Ancona, y no estando en disposición de enviar auxilios de gente, porque guerreaba con los capitanes del Papa que querían echarle de dicha Marca, trató, no obstante, por otro camino, de favorecer á su amigo y de vengarse del Rey, á cuyo efecto mandó que le trajesen á Raimundo Caldora, que estaba preso en el castillo de Fermo, y le entabló conversación acerca del próspero estado de las cosas de D. Alfonso, diciéndole que no era bien que se levantase tanto, que luego pudiese oprimir no solo á los príncipes y capitanes, sinó también hacerse dueño de toda Italia: añadióle que estaba pasmado de que Antonio Caldora hubiese querido hacer las paces con él y que se resignara á ver como se marchitaba su fama sin poder obtener del Rey de Aragón que le diese el segundo ó el tercer lugar, después de haber dejado el primero, que tenía al lado del Rey Renato. Mostróle como era claro que D. Alfonso, que tantos favores debía al



príncipe de Tarento, al Duque de Sessa y á Jacobo Piccinino, no les quitaría jamás del lugar que ocupaban para dárselo al Duque de Bari. En conclusión, quiso que Raimundo escribiera á su sobrino para que volviese al servicio de Renato. Antonio, corrido y avergonzado, no se sentía con ánimos de hacerlo, máxime teniendo á su hijo en poder de D. Alfonso, y por otra parte el Duque de Anjou no quería fiarse de él, porque le había engañado tantas veces. Al fin se estipuló que Antonio Caldora tomase partido por Sforza, y como capitán á sueldo de él fuese á socorrer á Renato, y que para mayor garantía le habría de acompañar Juan Sforza, hermano del Conde, con mil quinientos caballos. El correvedile de estos nefandos tratos fué Francisco de Montagano. Así obtuvo la libertad Raimundo Caldora. Antes que tal concordia se hiciese pública, Antonio mandó con mucho rendimiento á suplicar al Rey que le mandase al hijo por pocos dias á Carpeno, porque su madre estaba muy enferma y con infinitos deseos de verle antes de morir. D. Alfonso, aunque abrigaba sospechas de lo que sucedió más tarde, con ánimo generoso se lo envió perfectamente tratado.

Cuando este acuerdo se supo en Nápoles y en el Abruzzo pareció á los anjevinos que se les ensanchaba el pecho; porque consideraban que con la presencia de Juan Sforza y con la autoridad del conde, Francisco Caldora se portaría lealmente y la capital podría ser socorrida.

En el mes de Agosto, (1) según Zurita, tenía el Rey su campo en la selva de Vandra, en donde se detuvo hasta mediados de Septiembre y allí fué á prestarle homenaje Baordo Pignatello de Nápoles; más tarde puso su real al pié de Rocca Guglielma, que era muy fuerte por su situación, pero como careciera de vituallas, Antonio Spinello, señor de aquel castillo, se lo rindió á 6 de Octubre.

Mientras más se levantaba el prestigio del Rey y adelantaba en la conquista del Reino, subían igualmente de punto los

(1) De este mismo mes es una carta de D. Alfonso á Luis Sirvent, patron de galera, referente á sus ofrecimientos para intervenir en la paz deseada con el Sultán de Babilonia, de cuyo arreglo estaba encargado el maestre de Rodas. En ella se da á dicho Sirvent alguna intervención en tan importante asunto. (Reg.° 2651, fol. 200.)



celos y las iras de sus enemigos los confederados. Al tiempo que sucedían las últimas tomas y entregas de plazas y castillos que dejamos reseñados, el legado Cardenal de Tarento, con su ejército de diez mil hombres, al mando de Antonio Orsino, Conde de Tagliacozzo, se iba apoderando del condado de Albi, en el cual ya dijimos que entró, en el lugar correspondiente. (1) También Raimundo Caldora, levantó las banderas de la Iglesia y se puso al servicio del Papa. Todo eran idas y venidas de legados y embajadores de una capital á otra, no solo para impedir al Rey la conquista del Reino de Nápoles, sinó también para arrojarle de Italia. (2) Los de la liga, en su astuta penetración, comprendían que lo más principal y lo que más urgía era robar á D. Alfonso la amistad del Duque de Milán y dejarle en completo aislamiento. Tanto hablaron, tanto escribieron y tanto intrigaron, que al fin aquel voluble potentado hizo un cuarto de conversión, cuyo primer acto fué firmar la paz de Lombardía y el segundo dar su hija al Conde Francisco Sforza, realizándose la boda en Cremona el dia 15 de Noviembre.

D. Alfonso, al saberlo, sintió comprometidos sus intereses de Rey, burlada su fé de buen amigo y aún herida su dignidad de caballero, como hermano de D. Enrique y como gefe de su estirpe.

(1) Lecoy en su obra citada nos suministra algunos datos acerca de los trabajos que en aquella sazón se estaban haciendo en favor de Renato. Refiere, entre otras cosas, como el 26 de Abril quedó concertada una liga entre el Pontífice y los genovéses con el objeto de arrojar de Nápoles á los de Aragón. Medió por parte de Eugenio IV Blanchardin de Becutis, de Perusa, caballero y doctor en derecho. En el poder que se le otorgó se lee una especie de alegato en pro del pretendiente, del cual transcribimos el siguiente notable párrafo. « El reino de Sicilia es una dependencia de la Santa Sede y la devastación á que se halla entregado da origen al deber de procurar el restablecimiento de la paz. El cardenal de Tarento diputado por nos cerca del ilustre Alfonso, rey de Aragón, no ha sido recibido como legado nuestro, ni siquiera admitido en el territorio siciliano; de lo cual deducimos que este príncipe es el adversario obstinado de la paz y de la Iglesia romana. Nuestro caro hijo Renato, al contrario, se ha ofrecido dócilmente á acatar nuestra voluntad, como emanada del directo señor del reino. Es pues evidente que solo con las armas se puede terminar el conflicto. » La campaña del cardenal de Tarento y del conde de Tagliacozzo se esplica como resultado de las negociaciones susodichas. Añadamos que el Papa intentó también por medio de sus embajadores en Francia que Carlos VII se pusiera al lado de Renato. (Vid. Arch. de Génova. *Materie politiche*, marzo 11, y Lecoy, *Pieces justificatives*, n.º 17.)

(2) Los genoveses después del envío de Oroncio Cibo, ya no hicieron cosa de provecho en favor del triste Renato. Hé aquí como pinta Lecoy la santa calma ó por mejor decir el cálculo refinado de la astuta señoría. « La famosa escuadra siempre se estaba alistando: se hubiera podido creer que se construía. En el mes de Setiembre el dux anunciaba que todo estaba listo y que los buques se harían á la vela tan pronto como los aragoneses fuesen atacados por tierra; excusábase del retardo en las dificultades surjidas respecto del papa, que habían enviado muchas menos tropas de las que había prometido. »



Las comunicaciones que con tal motivo mediaron entre él y el Duque de Milán son por demás interesantes y ponen en muy alto lugar la justa y legítima altivez nunca desmentida en los monarcas de la dinastía aragonesa.

La primera nota fué toda escrita en cifra de mano del mismo D. Alfonso. En ella decía al Duque que había sido informado de que se estaba tratando la boda de su hija con el Conde y la paz de Lombardía, doliéndose de que pudiera pasar adelante sin haberle dicho nada, y rogando á Felipe María que le comunicase el secreto de aquellos negocios, pues él no los podía entender en la forma en que se publicaban y que si pasaban como se decía, lo sentiría más por el Duque que por él mismo.

Felipe María dijo al embajador del Rey que en lo del casamiento había obrado más por necesidad que por voluntad, encargándole que manifestara á D. Alfonso los medios de salir con bien de la situación en que se hallaba. Eran estos que enviase una embajada para concertarse con el Conde Sforza, hacer la paz con el Pontífice y con las señorías de Venecia y Florencia.

En la réplica fué donde el Magnánimo mostró elocuentemente qué merecía tal dictado, porque es digna de esculpirse en mármoles y bronces.

En la dificultad de trasladarla original, la presentamos tal como se encuentra en Zurita.

" A este consejo mandó el Rey á su embaxador que respondiese al Duque: que él le agradecía sus buenos consejos, y remedios: pero con su buena gracia, no entendía de presente valerse dellos: ni de su licencia. Porque á la hora que partió de Cataluña la postrera vez, que avian pasado cerca de diez años, para emprender los hechos de aquel reyno, fué con deliberación, que no solamente la casa Sforcesca, y el Papa, pero aun por ventura toda Italia le seria enemiga: y por la misma razon le seria forçado hazer rostro á todos cuantos le quisiessen ser adversarios en aquella empresa: y por este respeto no dudar de poner en todo peligro la persona, estado, reynos y bienes. Que si este ánimo avia cobrado, teniendo tan poco, como entonces tenia en aquel reyno, no debia pensar el Duque, que



agora le faltasse, teniendo tal y tanta parte: y aviendo assentado el pie en aquella empresa. Primeramente, quanto á lo que tocava al Conde Francisco, dixesse Juan Çabrugada al Duque, que el sabia, que por lo que se publicava de aquel matrimonio, y también porque no le estava bien al Rey ser adversario á persona, que era tan conjunta al Duque en parentesco, condescendió, y tentó por diversas vías, con parecer y consejo del mismo Duque, de tener buena amistad con el Conde Francisco: á la qual jamás por ninguna via se quiso reduzir: antes siempre se esforçó en dar le todo el empacho que pudo: entendiendo se continuamente con sus enemigos: y con los que le eran adversarios en aquel reyno: y obrando lo peor que sabía: o podía. Que no creyesse el Duque, que por alguna via él se havia de inclinar á embiar embajaxada al Conde Francisco, por aplacar le: é induzir le á ninguna buena reconciliacion: pero si él le quisiesse ser amigo, como persona tan allegada al Duque, y servidor, y vasallo por las tierras que tenía en aquel reyno, él por contemplación del Duque, le aceptaria en buena amistad á él, y á sus cosas: y le trataría como persona muy allegada á sí: y esto dezia el Rey, que lo remitia á la instancia, requesta y voluntad del Conde: si entiendiesse, que aquello le estava bien: ó le convenía. Mas quando toda via el Conde se dispussiese á querer yr para ser lo contrario en aquel reyno, por cualquier título, ó causa, conoceria, que hallaria enemigo: y que por ventura no esperaria el Rey, que le fuesse á buscar dentro en su reyno: antes le saldría al camino: aunque le seria grave, por el dezir de las geutes, aver de contender con persona tan allegada en parentesco al Duque. Pero pudiendo se el Rey escusar con Dios, y con las gentes, y ante todos los del mundo, con el Duque, esperaria saber, y poder dar buen recaudo en sus empresas: por forma, que el que amasse su honor, y buenos sucessos, recibiria contentamiento. En lo que el Duque rogava al Rey, que tomasse partido de concordia, é inteligencia con el Papa Eugenio, el Rey dezia: que el Duque sabia bien, que muchas vezes por consejo suyo, se dispuso de ser le bueno y obediente hijo, y componer sus negocios con él: y jamás hasta allí le dió lugar: antes siempre le avia querido ser enemigo: y tomar debaxo de su amparo á los



que lo eran: y que no hazia mucha estima de su enemistad: considerando como estava: ni entendia, que le pudiesse venir por ella mucho provecho, ó daño. Quanto á la inteligencia con Venecianos y Florentines dezia el Rey: que no tenia en olvido el beneficio, y buen tratamiento, que recibió del Duque: en el tiempo, y caso de su liberación: y que por ello en todo el tiempo de su vida se reputaria obligado al Duque: no menos que á su propio, y natural padre: si biviese: y que por ninguna causa no tomaria cargo, que las gentes le pudiessen notar de él alguna ingratitad: ó desconocimiento con el Duque: en tener inteligencia con sus antiguos, y casi naturales, y capitales enemigos. Quanto más, que podria ser, que aquella paz no tuviesse firmeza entre el Duque, y aquellas comunidades: y no le estaria bien al Duque, que uviesse prendas de obligacion entre el Rey, y Venecianos, y Florentines. En conclusión de su respuesta, mandava á su embaxador, que dixesse al Duque: que se diesse buena vida: y tuviesse buen ánimo: que él esperava, que sin inteligencia, ni amistad del Papa, ni del Conde Francisco, ni de Venecianos, y Florentines, él se daria buena maña en la empresa que traya en las manos: de la conquista de aquel reyno: y se defenderia de cada uno dellos: y aun de todos juntos: porque tarde se habian juntado, y unido, en querer empresa de lançar le de aquel reyno: aviendo le dexado passar tan adelante: y conocerian, que tenian que hazer con Rey. Que desto no se diesse el Duque punto de congoxa: ni fatigarse su pensamiento: porque esperava, que oyria buenas nuevas, y se persuadiesse, y creyesse verdaderamente, que siempre que el caso lo requiriesse, haria mas por él, que por Príncipe del mundo. „

Creemos inútil todo comentario para ponderar la habilidad y firmeza de esta nota, que es tal vez uno de los mayores documentos que hayan salido de nuestra antigua cancillería.

Reanudemos, ahora, el relato de los acontecimientos militares, preludio de la toma definitiva de la tan bella como codiciada Partenope.

Terminadas las operaciones de Roca Guglielma, D. Alfonso regresó á Cápua. Pensando entonces que todo el campo de la Campania, escepto Puzzoli, estaba ya en su poder y que el



cielo se le iba mostrando favorable en todo lo que proyectaba, trató ya de poner sitio en la capital, prevaliéndose de las pocas gentes de que en aquella sazón disponía su émulo y competidor Renato.

Mientras resolvía en su mente tan alto y glorioso proyecto se le presentó en Cápua un clérigo de la isla de Capri á ofrecerle que le pondría aquella tierra en la mano. El Rey mandó inmediatamente á ella seis galeras, y el trato hecho con el cura se realizó sin dificultad. No fué aquella adquisición de tan poca monta como, á los que hayan estado en dicha isla, podria parecer desde luego; pues á poco la experiencia demostró que se había logrado una gran cosa. Una galera procedente de Francia llegó á ella, y en la creencia de que todavía se hallaba en poder de Renato se apresuró á desembarcar la tripulación, que cayó en poder de aquellos isleños, con más el barco y ochenta mil escudos que conducía. Esta impensada é incalculable pérdida acabó de cortar las alas á Renato, que esperaba aquel dinero para poder prolongar la guerra.

Después de esta fácil conquista, el Rey se trasladó á Nápoles para arreglar los detalles del asedio, antes de que Antonio Caldora se moviese en su socorro, el cual, como tenía de costumbre, tardó todo lo que pudo. Así que el Rey llegó con el ejército se dirigió á los antiguos campamentos, es decir á lo que Zurita llama *los Padules* y Constanzo *le Paludi* ó las lagunas que estaban de la parte de Levante, y á Echía y Pizzifalcone, que están en la de Poniente. Apoyémonos ahora en Fazio para poder dar á nuestros lectores algunos detalles referentes á la castramentación del ejército real. Eligió D. Alfonso el campamento de las lagunas porque le pareció el más idóneo, no solo por la facilidad de aprovisionarle de vituallas y por la abundancia de las aguas, sinó también porque formaba un cerro de suave pendiente muy fácil de fortificarse. En él levantó por la parte de Septentrion y Mediodía un vallado bastante alto y además un foso, y por Oriente, que era la parte más llana y por tanto la menos segura, una doble estacada y cava con algunas torres de trecho en trecho que le daban todo el aspecto de un castillo, repartiendo además en toda su estensión, en los puntos más apropósito, un gran número de pie-

zas de artillería. El mando de aquel campamento se lo dió á su hijo D. Fernando, que apesar de ser muy mozo, pues solo tenía dieciocho años, demostraba ya su índole preclara. El príncipe tenía por ayo á Corella.

Arreglado aquel campo, el Rey con las fuerzas que le quedaban se partió hácia Puzzoli. Parecióle que convenía grandemente rendir aquel lugar para que no quedase cerca de Nápoles nada absolutamente que pudiera alentar las esperanzas de los sitiados· así pues, puesto el real no lejos de la plaza, y habiendo mandado que costearan por allí cerca las galeras, para que ninguna embarcación pudiera darles socorro, empezó á batirla reciamente con la artillería. Los habitantes de Puzzoli prevalidos de su buena situación, no se amedrentaron de ningún modo, y se fueron resistiendo mientras les quedaron víveres. Empero, en cuanto vieron que se les acababan, enviaron parlamentarios al Rey para estipular una capitulación, y como se les concediera todo lo que preponían, hicieron entrega de la plaza.

De Puzzoli se trasladó D. Alfonso á Torre Octaviana ó del Greco, y sus habitantes, viendo que nadie podía contrarrestar ya la buena estrella de los aragoneses, se le entregaron sin resistencia.

Es necesario suspender por un momento el relato de las operaciones de sitio, para volver los ojos á los enemigos de don Alfonso á fin de estudiar su actitud y los móviles que les impulsaban á tomarla.

¿Qué había sucedido para que el Conde Francisco se pusiese tan abiertamente del lado de Renato y para que de una manera tan decidida arrojase el guante á D. Alfonso? Veámoslo.

En primer lugar las relaciones del célebre condottiero con Eugenio IV acababan de cambiar radicalmente, y de invasor de los Estados pontificios y por consiguiente de enemigo del Pontificado, se había trocado en portaestandarte ó capitán general (gonfaloniero) de la Iglesia romana, en virtud de los pactos y avenencias realizados con el Papa, y en virtud, asimismo del cambio de frente realizado por el Duque de Milán.

En segundo lugar abrigaba un profundo resentimiento hácia D. Alfonso, por el hecho de haberse apoderado éste, de la



ciudad de Benevento que se tenía por él, infringiendo con dicho despojo la convención formal estipulada entre ambos, de que no podrían romper las hostilidades sin avisarse dos meses antes.

Tratando, pues, de ayudar al Pontífice, enemistado de larga fecha con el Magnánimo, y tratando al par de vengar sus propios y personales agravios, aceptó los ofrecimientos que le había hecho Renato, firmando el dia 25 de Noviembre en el Castillo de Cremona un tratado con Mateo Guarna representante de dicho príncipe.

Lecoy, con referencia á un documento que ha podido consultar en los archivos de las Bocas del Ródano [1], da cuenta de los extremos que figuran en dicho tratado:

" El Rey de Sicilia, dice, toma á su servicio al conde Francisco Sforza con mil lanzas y mil infantes, á razón de diez ducados mensuales por cada lanza, y de dos ducados y medio al mes por cada infante. El conde tendrá la facultad de conducir un número mayor á fin de apresurar la conquista del reino; pero siempre á expensas del rey y al mismo precio. Podrá abandonar el país dejando uno de los suyos al mando de la hueste. Renato, en recompensa de su buena voluntad y celo, le promete el oficio de gran condestable del reino de Sicilia y desde luego le otorga el título, prometiéndole además los poderes de vicario general del reino mientras se hallase en él. Todos los oficiales y soldados del Conde que tengan posesiones en el reino, recibirán la confirmación de las mismas. El rey confirmará de igual modo los privilegios concedidos anteriormente á Sforza por Luis III y Juana II, al par que los feudos que tiene en el Estado, y le permitirá reconquistar aquellos que le hubiesen sido usurpados. Le nombrará, desde luego por cinco años, y por el tiempo que en adelante tuviese á bien, *maestro portulanato* del reino, concediéndole los honores y emolumentos anejos á este cargo. Las plazas y los castillos que tomase Francisco, serán entregados á Renato sin distinción alguna. El conde le prestará homenaje por sus tierras y por sus oficios y alzará sus estandartes. "

Prueban que el Papa tuvo mucha mano en esta concordia

(1) B. 205, f.º 118.



dos documentos del archivo de Milán de los cuales es bien que demos cuenta á renglón seguido. Nos referimos á dos cartas del cardenal de Cápua escritas al célebre condottiero. Una trae la misma fecha que la susodicha convención ó sea la de 25 de Noviembre; la otra fué escrita cinco dias después ó sea el 30.

En la primera el referido purpurado avisa al conde que Pedro Juan Pablo Orsini se halla dispuesto á tomar partido por él, con la esperanza de recobrar algunos antiguos castillos suyos y le aconseja que le atienda en consideración á ser quien es y porque de esta manera se podría reducir mejor á los Orsini. Dando por ultimado el propósito de invadir y conquistar el reino le añade textualmente: " *Preterea in questo principio de la intrata de lo reame, afectariamo omne persona reducessiro ad voi. Et di poi, acquistato lo reame, quando la Signoria Vostra habesse piu uno pinsiero che uno altro, lo porrisivo ponere meglio in executione.* " Prosigue recordándole haberle avisado que Capri y la Torre (del Greco) se habían perdido y también dos galeras y otras fustas que iban cargadas de grano de Calabria, rogándole que si le fuera posible, que al menos mandase cien infantes en una nave de Génova que debía ir á cargar trigo del Papa, terminando de esta manera "*perchè valeriano piu cento fanti de li vostri che quattrocento de altri, et Dio voglia che Napoli interim ve poccza aspectare.* "

En la segunda el cardenal se muestra tan apremiante, tan previsor, tan amigo de los intereses de la Iglesia y ¿porqué no decirlo lealmente? tan italiano y tan patriota, que vale la pena de dar á conocer literalmente lo que decía á su amigo el Conde.

"Ilustre y excelentísimo señor, el mejor amigo nuestro, salud:

Si dice un proverbio antiguo: Dios no quiera que tengas asuntos con persona que únicamente se ocupe de una cosa sola, porque todo su entendimiento lo pone en ella; por lo mismo hablando á Vuestra Señoría familiarmente, nos somos uno de aquellos y, á pesar de que conocemos ser importunos, con todo, perque se trata de nuestro interés y casi de toda Italia, hemos sido seguramente osados para quereros escribir esta carta, la última y perentoria, para excusarnos ante Dios y el mun-



do, y también ante vuestra señoría, así como para exonerarnos de tantos avisos; y luego que Vuestra Señoría delibere aquello que le plazca y parezca, que nos quedaremos contentos. El motivo de esta es que, como debéis saber, el rey de Aragón está acampado en Nápoles y allí junta todo su poder y el de los señores, y ha deliberado edificar las casas al rededor de Nápoles y no partir jamás de allí, hasta que no la tenga. y se dice que tendrá diez mil personas y más de cincuenta bombardas y de noche y de día hará bombardear Nápoles y luego probará combatirla por fuerza. Por lo cual sospechamos que no podrá resistir por muchas razones, las cuales hemos escrito á miser Jannone Darli y á miser Nicolás Mattheo, aunque éstos las saben mejor que nos. Empero si Vuestra Señoría tiene el ánimo de echar al rey de Aragón, de vos depende que Nápoles se resista y para quererse resistir es necesario que Vuestra Señoría mandase de doscientos á cuatrocientos infantes, y Dios quiera que aún sea tiempo, y mandándolos sería necesario que Vuestra Señoría escribiese al Dux de Génova que los mandase allí con una nave, y se requiere que sea de confianza, para que no mandásemos los lobos á guardar las ovejas, de otra suerte tened por seguro que Nápoles no puede resistir, advirtiendo á Vuestra Señoría que cuatrocientos infantes por cuatro meses harían cuatro mil ducados, los cuales cuatro mil ducados constituirían la esperanza de nuestra futura victoria. „ (1)

A pesar de tan vivas y apremiantes instancias, no consta que Sforza enviase refuerzo alguno á los tristes é infortunados napolitanos.

Por otra parte los genoveses también se echaron al surco y solo trataron de mirar por sus negocios. Oigamos á Lecoy que habla con referencia á un documento de los archivos de aquella Señoría.

“ El 31 de Diciembre, dice, se advierte todavía que los concejos genoveses estaban deliberando acerca de la cuestión de

(1) Esta carta va con la dirección siguiente:
Illustri et excelso domino Francisco Sfortie Vicecomiti, Cutignole et Ariani Comiti, marchioni, santeque Romane Ecclesie confaloniero, ac illustrissime Lige capitaneo generali, &c amico nostro optimo.
N. tituli Sancti Marcelii, presbiter Cardinalis Capuanus.
(Vid. *Doc. dipl. tratt. dagl. arch. mil.* Vol. III, part. I, ns· CCXXX y CCXXXI.)



saber si se debían armar definitivamente los buques ó abandonar este proyecto. Tomar el último partido, decían, sería dar el trono al Rey Alfonso; adoptar el otro sería convertir en más duras las condiciones del tratado que acaso habría que estipular con él. Y en la duda, delegaron para pesar el pro y el contra. cuatro provisores, cuatro ancianos y ocho ciudadanos notables. „ (1)

Reanudemos el relato de las operaciones del sitio de Nápoles.

El Rey, después de la toma de la Torre del Greco, levantó el segundo campamento. Para ello atravesó el monte donde se halla el castillo de San Telmo y fué á ponerse en Pizzifalcone desde donde infestaba el Castillo Nuevo.

Dice Pelegrí que D. Alfonso hizo de su campamento una reproducción material de la ciudad de Nápoles, con sus calles, pórticos, edificios é iglesias, figurados con más ó menos exactitud. Para morada suya hizo construir una casa en Campo-Vechio en donde recibía á los embajadores ingleses. (2)

El mismo autor enumera los capitanes que acompañaron á S. M. en tan glorioso asedio, y fueron los siguientes: el príncipe D. Fernando, el príncipe de Salerno, el marqués Juan, el marqués de Cotron Centellas, el conde de Adorno, Lope de Urrea, Urso Orsini, Raimundo Boyl, Gimen Perez de Corella, Berenguer de Eril, Enrique (¿Iñigo?) de Guevara, Pedro y Alfonso de Cardona, Alvaro de Castro con otros muchos que no nombra.

Renato había edificado un castillo, que venía frente al del Ovo y por encima del campamento aragonés de Pizzifalcone, el cual todavía conservaba en su poder. D. Alfonso reconociendo su gran importancia se dirigió á él con sus tropas. Su guarnición no fiándose en lo débil de sus obras y teniendo, además, muy escasas subsistencias, al cuarto dia verificó su rendición.

Dentro de Nápoles no habia mas que los ochocientos ballesteros al mando de Oroncio Cibo, algunos veteranos france-

(1) Vid. Arch. de Génova. Deliberaciones, X. 960. 31 de Diciembre.

(2) La erección de la ciudad de Santa Fè por los reyes católicos en el sitio de Granada ¿fué, acaso, una imitación de lo hecho por su ilustre ascendiente en el sitio de Nápoles?



ses de los que habían ido con Renato de la Provenza y la juventud napolitana que sirvió á las mil maravillas y procedía no solo de la clase noble. sinó también de la del pueblo.

La situación de dicha plaza pronto se hizo muy grave, Los víveres escasearon y el modio, almud (tomolo) de harina, valía, según el Anónimo, á once ducados, No había memoria de un hambre y una estrechez tan horrible. Pero era tanto el amor que profesaban los ciudadanos á su Rey, que con increible paciencia soportaban el tener que alimentarse de carne de caballo y de otros animales inmundos, y el de Anjou, que veía todo esto, procuraba corresponder dignamente á tanta adhesión, pues con su clemencia, benignidad y afabilidad satisfacía á todos, y en aquellas cosas de orden puramente corporal ó físico, rayaba personalmente tan alto como qualquiera otro, no esquivando fatiga ni peligro, demostrando, en fin, en todo cuán gran cariño tenía á su fidelísima ciudad.

Este comportamiento le ha valido justísimos elogios de los historiadores franceses. especialmente de su biógrafo Lecoy, quien afirma que el pretendiente era de aquellos hombres que se crecen en la desgracia, adquiriendo nuevo temple y redoblando la energía. El mismo autor refiere que el último dia del año los napolitanos organizaron una fiesta en obsequio de Renato. Representaron á su presencia un certámen entre Scipión, Alejandro y Aníbal. Minos era el juez que había de fallar cual era el más grande entre los tres competidores y otorgó la palma á Scipión. Entonces un orador esplicó que el Africano figuraba á Renato, defendiendo Roma y Nápoles contra los aragoneses, al paso que Anibal, ó sea el astuto cartaginés, representaba á D. Alfonso reduciendo las ciudades y devastando la Campania. (1)

No en vano se desarrollaba el sitio en pleno Renacimianto.

A los últimos dias del año, estando próximos á agotarse las subsistencias, el de Anjou hizo llamar al Castillo á los principales de la capital, y en una elocuente alocución se lamentó de su adversa suerte, y de no haber hallado lealtad, sinó en ellos. á cuya fé no podía corresponder de otro modo que procurando

(1) Este discurso se conserva en la biblioteca de Sain-Diè (n.º 37) á continuación de las Paradojas de Ciceron.



que no se arruinase la ciudad, entregándola á D. Alfonso con pactos y condiciones ventajosas, tras de lo cual, añadió, que partiría con memoria y agradecimiento eterno de su bravo proceder. Todos los circunstantes le oyeron con los ojos llenos de lágrimas, sintiendo que el duro hado le impeliera á tan extrema resolución, cuando á esto se levantó una voz. que á todos les hizo el mismo efecto que si saliera del Cielo, anunciando que acababan de llegar dos naves cargadas de víveres, con lo cual todos resolvieron resistir algùn tiempo mas. [1]

Antes de dar cuenta de la toma de Nápoles que acaeció ya entrado el siguiente año de 1442, suspendamos el relato del sitio, para dar cuenta de los sucesos con que terminó el de 1441.

D. Alfonso pactó tregua con el Cardenal de Tarento, Legado la Iglesia, el cual volvió con su ejército á la campiña de Roma.

El dia de Navidad se presentó á prestar homenaje al Rey el Vizconde Alesio de Nápoles, como procurador de Nicolás de Arena, Conde de Arena, de Melito y de San Rufo de Calabria.

Estas noticias y las que daremos al principio del siguiente capítulo abatieron necesariamente el ánimo, siquiera fuese esforzado, de nuestros enemigos los napolitanos.

(1) D. Alfonso tenia noticia de que se preparaba tal socorro y habia dado sus disposiciones para el apresamiento de los buques genoveses. Así resulta de un artículo de sus cuentas, fecha 12 de Febrero de 1442, comprensivo de un gasto de 447 ducados « en la compre de diverses vitualles e armes que feu en la dita civitat de Gaieta, per rahó del forniment de la nau apellada del Botiffarrer, laqual lodit senyor manava armar sots capitania de moss. Berenguer de Rill, per poder resistir é prohibir ensemps ab altres fustes del dit senyor e encare combatre II naus de Genovesos carregadas de forment, qui de hora en hora se speravan per dar forniment e soccors á la ciutat de Napols, la qual lo dit senyor tenia assetiada; e com lesdites naus fossen arribades abans que lo dit armament hagus conclusio, mana lodit senyor levarma e cessar dit armament, e partir e distribuir les dites armes e vitualles a XI galeres sues, com encara al Castell della dite ciutat de Gaieta. » (Arch. de Nápoles. Cedole tesorarie. Ced IV, fol 124.) Documento citado por Lecoy.







CAPÍTULO XLI

SUMARIO

(1442). — Operaciones en el campo de Nápoles.—Arnaldo de Sans cae prisionero de Riccio de Montechiaro. — D. Alfonso contesta al Duque de Milán sobre la proposición de confederarse con los genoveses. — Apuros de los sitiados. — Sorpresa por la via de un acueducto de la ciudad.—Entrada de los aragoneses y combate de Renato con D. Pedro de Cardona. — Valor del de Anjou que al fin se refugia en el Castillo Nuevo. — Saqueo de la ciudad y providencias de D. Alfonso para salvar la honra de las mujeres. — Márchase Renato en una nave genovesa. — El Rey se apodera de los castillos. — Detalles de la entrada de D. Alfonso en la capital del Reino. — El Rey emprende la campaña contra Caldora. — Derrota de este caudillo en Carpenone. — Generosidad de D. Alfonso. — Negociaciones con Sforza. — Embajada al Duque de Milán. — Concierto con Piccinino. — Paseo triunfal por el Abruzzo y la Pulla. —Ruptura del Duque de Milán con Sforza. — Favor de Piccinino.

Aunque sea apartarnos, una vez más, del método que venimos siguiendo, no daremos cuenta ahora de los sucesos del orden eclesiástico durante el año de 1441; primero para no interrumpir la narración del sitio y toma de Nápoles, y segundo, porque habiendo entrado la crísis religiosa en su período crónico, un solo año no ofrecería materia bastante para llenar todo un capítulo.

Prosigamos, pues, la reseña de los sucesos militares.

La gran escasez de la capital del Reino se habia aliviado algo con las provisiones genovesas; pero èstas se hubieran agotado más rápidamente, si de cuando en cuando no llegaran al muelle algunas barcas, también cargadas de víveres, procedentes de Sorrento, de Vico y de Massa, las cuales se arriesgaban



á cruzar el golfo, en parte por el cebo de la ganancia y en parte por el deseo de socorrer á los ciudadanos de Nápoles oriundos de aquellas tierras. D. Alfonso trató, pues, de impedirlo, mandando por el mes de Febrero una escuadra de trece galeras, que con otras fustas, bergantines y barcas eran en número de ochenta, á dichas poblaciones, con orden de que si no podían rendirlas, las escarmentaran infestando sus términos. (1) Sorrento se defendió bizarramente y siguió con las banderas de Renato; en cambio Vico y Massa abrieron sus puertas sin tardanza.

Mientras tanto un dia, habiendo ido el rey de caza, recibió aviso de Arnaldo de Saus, el que fué gobernador militar del castillo nuevo, de que Riccio de Montechiaro acababa de llegar y combatir San Germano. El Rey, con la actividad que le caracterizaba, se dirigió hácia allí con los de la montería, dando orden de que parte del ejército, con toda la celeridad posi-

(1) En este mismo mes un Juan, que se firma *dux*, escribía el propósito de Miciano con fecha 7 desde Gaeta, adonde habia ido á avistarse con D. Alfonso, según dice el documento que nos sirve de guía, para solicitar que el hecho se realizase presto, que era ciertísimo que el capitán Piccinino estaba con la Magestad del Rey con catorce mil caballos, y que dicha Magestad había ido á Gaeta para encontrar dinero y que lo habia encontrado todo; animando á dicho preposito, bajo su fé, con el anuncio de que sucederían en pocos días cosas que ellos mismos no las pensarían y que cuando habrian sucedido no las creerían.

El señor Cossa, anotador del documento, dice que este Juan dux, era el duque de Calabria, es decir, el hijo de Renato de Anjou. En el caso de ser así, ocurre preguntar: ¿ què era lo que quería este personage que se realizase presto y què era lo que esperaba que había de suceder? ¿ Se trataba, acaso, de alguna falsa esperanza que le hubiese dado el Rey en orden á la sucesión del reino y en armonía con lo que antes había propuesto el Pretendiente, es decir, que el reino fuese de D. Alfonso por durante su vida y que á su muerte pasase á la casa de Anjou? Esto es lo único que el duque de Calabria podía desear que fuese presto.

Sin embargo no nos satisface esta explicación, la sola posible, en el supuesto de que Cossa no se equivoque; y lo decimos, porque las cosas habían ido demasiado allá para que el hijo de Renato pudiera hacerse ilusiones. Creemos más bien que ese dux, què tal vez haya de traducirse capitán ó caudillo, era uno de los de la hueste de Piccinino, enviado á Gaeta para ultimar la concordia entre su gefe y D. Alfonso, y entonces se comprende porqué está enterado de este asunto, porqué se halla en Gaeta, porqué desea que *el facto che sia presto*, y porque anuncia cosas extraordinarias é increibles, refiriéndose seguramente á la toma de Nápoles.

Hé aquí ahora el tenor de este misterioso documento.

«Preposto. Più di sonno non ve habiamo avisato de alchuna cosa; mo per questa ve facemo noto chomo succedeno le cose, che de certissimo el capitano Nicholò Piccinino è cum la Magestà de re cum quattordecemilia cavali, et la Magestà de re è vennuto qui ad Gayeta per trovare el denaro, et è pur trovato tutto, et io sò vennuto qui cum la Magestà sua a solecitare el facto che sia presto: si che confortatene che per la fede mia havorèmo in pochi di cose che noi stessi nol pensaremo et poi che seranno nol crederemo. Confortate adunque tutti nostri dillà et, se cosa alchuna possemo per voi, semo parati. . . . .

...Ex Gayeta VII februarij 1442.

Johannes dux manu propia.»

(Vid. *Doc. dipl. trat. dagl. arch. milan.* Vol. III, part. II. n.º CCXXXV.)



ble, fuese á reunirse con él. Las tropas no perdieron el tiempo, uniéndose á poco con D. Alfonso; empero no se pasó mucho rato sin que llegara el parte de que Riccio acababa de saquear aquella tierra y de que el benemérito Arnaldo de Saus había caido dolosamente prisionero. Tras de esta hazaña el *condottiero* se fué á atacar el castillo de Arceyanola; empero cuando vió aproximarse al Rey, sorprendido de tan inopinada rapidéz, que no le dió tiempo para aprestarse á la defensa, tomó con todas sus gentes la vía del célebre Monasterio de Montecasino y desde allí, no sin correr muy señalados peligros, se entró por las tierras de la Iglesia. San Germano abrió inmediatamente las puertas á D. Alfonso, que luego regresó á Cápua.

Estando en Gaeta á 25 de Febrero volvió á enviar á Çabrugada al Duque de Milán para que respondiese á su proposición de que el Rey se confederase con los genoveses. A este efecto Felipe María, había diputado al reino de Nápoles á un hidalgo llamado Francisco de Landriano con encargo de ponderar las ventajas de dicha confederación; que eran tales y tan irrisorias que tenían por base la entrega de la isla de Cerdeña. La contestación que debió dar Çabrugada no era menos digna ni menos arrogante que la última de que nos ocupamos en el anterior capítulo.

Volvamos á copiar á Zurita. " El Rey se escusaba diziendo: que aunque su ánimo y voluntad fué siempre y sería de complazer al Duque con toda liberalidad, mas que á persona del mundo, pero la enagenacion y dismembracion de los reynos, y tierras de la Corona de Aragon, y del patrimonio real, le estava prohibida por la union inseparable, que de ellos, el primer día, que fué Rey prometió, y juró de guardar á todos sus subditos; y por muy gran necesidad, que le sobreviniese, no le era permitido hazer lo contrario: que si tal cosa se intentasse, allende del quebrantamiento de su fé y promessa dada á todos sus súbditos, sin duda ninguna su estado correria un gran peligro de subversion: y novedad nunca oyda entre los suyos: y que era cierto que el Duque de Milán no querria, ni permitiría tal cosa. "

Por este tiempo se dijo en Nápoles que Juan Sforza con

mil quinientos caballos habia entrado en el Reino con orden de ir, juntamente con Caldora, á socorrer la ciudad. Pero éste último, fuese por su carácter remiso ó fuese por que sus gentes no estuvieran al corriente de las pagas, tardó en ponerse en orden y difirió excesivamente la marcha. (1)

Entretanto tuvo lugar un hecho que precipitó de un modo impensado el curso de los sucesos. (2) Refirámoslo con toda la mayor riqueza de detalles que nos sea posible.

(1) Esta dilación esplica los decaimientos y los recelos de los parciales de Sforza, como puede verse por la carta que Victorio Rangone le escribía, dándole cuenta de que había estado en poco que el Rey no tuviera á Lucera por traición. y excitándole á que proveyese á la defensa de la Pulla.

« Illustrissime ac potentissime domine mi singularissime. Post humilem et debitam recomendationem. Da poy scripto el memoriale de Rego Galioto è scoperto uno tractato in Lucera chel Catalan re aveva col castellano della dita citate. Et certissimamente, se non fosse stato per misericordia della divina potentia, che per quella persona propia che mandava el dicto castellano a concludere col dicto Catalan re, che revelò el tractato alla maiestà de re Renato, Lucera era perduta in tutto. Et ad quanto periculo stava el vostro Stato et tutta questa Puglia, et la prima botta la montagnia, la vostra illustrissima signoria el po comprendere, et tutto questo procede per non provedere prestamente de piu gente questo vostro Stato, per essere victorioso a questa vostra imprexa. Per Dio la vostra illustrissima signoria ce volgia provedere cum effecto; alla quale semper humilmente me recommando.

Dat. Manfredonie, die secundo marcii 1442.

Illustrissime dominationis vestre fidelissimus servitor

Victor. »

(Vid. *Doc. dipl. tratt. dagl. arch. mil.* Vol. III, part. II, n.º CCXXXVI.)

En la misma colección diplomática se lee un poder de Antonio Caldora otorgado á Pedro Pablo de Corvi d' Adria para tomar á sueldo á sus propias expensas á Francisco Sforza para la defensa de los estados de Renato en Sicilia; una patente de Alejandro Sforza acerca de la ejecución de algunos capítulos convenidos á nombre de Francisco Sforza con Raimundo Caldora; una obligación de Carlos de Campobasso y de Nicolás de Annichino para la observancia de los capítulos convenidos por Raimundo Caldora con Alejandro Sforza á nombre de Francisco, hermano de éste; los capitulos y convenciones estipulados entre Francisco Sforza y Raimundo Caldora; la obligación de los aquilanos para la seguridad de los capítulos convenidos entre los susodichos caudillos; la patente de liberación de Raimundo Caldora; la carta por la cual Alejandro Sforza expide á su hermano Francisco, la copia de los referidos capítulos, explicándole las razones que tuvo para ultimarlos de aquella manera; las promesas de Francisco Sforza á Pablo de Corvi de Adria, procurador de Antonio Caldora, acerca de la defensa de los estados de Renato en Sicilia y los capítulos de la conducta del conde Francisco á espensas de Eugenio IV. Todos estos documentos son del mes de marzo de 1442. escepto el último que es de 13 de Abril del mismo año.

Véanse los núms. CCXXXIVI. CCXXXVIII. CCXXXIX. CCXL. CCXLI. CCXLII. CCXLIII. CCXLV y CCXLVI.

El resultado de tantos tratos y concordias veremos como fué completamente nulo para el desventurado Renato.

(2) No podemos pasar adelante sin estudiar lo que dice Lecoy al ocuparse de los castillos de Nápoles.

En el capitulo III p.ª 150 de su obra *Le Roi René* al tratar de los sucesos del año 1437 dice: « *Mais un échec plus grave pour la reine Isabelle, et le plus regrettable de toute cette campagne fut la perte de deux citadelles avancées de sa capitale, le Château-Neuf* (Castel-Nuovo) *et le château de l'Œuf* (Castel dell' Ovo), *dont la masse imposante protegeait et protége encore Naples du côté de la mer.* »

La Reina Isabel no podía perder aquellos castillos, porque no los poseia; ha-



Dos albañiles, uno de ellos llamado, según Summonte, Aniello Ferraro, salieron de Nápoles, ya que el hambre les acosara, como es la creencia general, ya que, según Colenuccio, les mandara una vieja resentida de Renato, por haberle negado con mal modo el socorro que pretendía. Dichos artesanos, eran los encargados de arreglar la mina ó acueducto subterráneo que abastecía de agua la ciudad, y pensando hacer valer el secreto de que eran poseedores, se presentaron á don Alfonso, que se hallaba en Aversa y habiendo alcanzado de él una audiencia secreta, le manifestaron cuán fácil era apoderarse de Nápoles por aquella impensada vía.

El Rey consideró desde luego muy interesante la noticia, pareciéndole el ardid cosa que podía salir bien, y al punto llamó á sus más íntimos consejeros, así como á los caudillos de más confianza y les mandó que meditaran lo que podría hacerse en vista de revelación tan importante.

A muchos de aquellos les pareció que no debía intentarse

biendo estado sin interrupción en poder del Rey desde el tiempo de la Reina Doña Juana, como detalladamente se ha visto en el curso de nuestro trabajo

Al hablar en el mismo capítulo p.ª 179 de los sucesos correspondientes al año de 1439, después de narrar la rendición del Castillo Nuevo escribe: «*Le lendemain, le château de l' Œuf se rendit à son tour.*»

Ni Fazio, ni Zurita, ni Constanzo, ni el Anónimo, ni Summonte, ni Giannone, ni ningún otro de los autores que hemos consultado hablan una palabra de la pérdida del castillo del Ovo

Al referir el mismo Lecoy en el propio capítulo, p.ª 210, el sitio de los años 1441 y 1442. Dice: «*Vers la fin février 1442, le Château de l' Œuf qui avait pu tenir jusque-là quoique separé de la ville, retomba en son pouvoir (d' Alphonse).*»

Tampoco habla de esta recuperación ninguno de los autores que hemos consultado; es más: Fazio dice terminantemente que Renato había edificado contra el alcazar marítimo (este es el nombre que da constantemente al Castillo del Ovo) un castillo en la cumbre del collado en el cual Alfonso había levantado su campamento «*Aedificarat Renatus adversus arcem maritimam castellum in ejus collis fastigio, in quo Alphonsus castra fecerat*»

Pelegri se ocupa en un párrafo de lo que fué de los castillos y al hablar de la terminación del sitio dice: «*Renatus autem superatus et victus treugarum inducias poscit, que decem dierum duntaxat termino conceduntur; intra quem ratibus Jannuensium binis, ancio spiritu, Castro Novo illis relicto, Renatus alto conscendens profugus recessit ad suam Marsiliam Gallie, castrum Sancti Erasmi reliquens. Jamque castrum de Capuano victûs inopià traditum fuerat, civitati pace relictà.*» Como se vé no dice una palabra de la recuperación del castillo del Ovo.

Diríamos rotundamente que Lecoy se había equivocado, si no nos hiciesen vacilar los siguientes textos de Constanzo y de Summonte.

Dice el primero al hablar de la castramentación de D. Alfonso: «*acampó a Pizzifalcone, et di là tenea stretta la Città, infestava il Castello novo et tenea pure asediato il Castello dell' Ovo.*» Dice el segundo, siguiendo evidentemente al anterior: «*acampó in quell' alto detto Pizzofalcone, da ove non solo tenea stretta la Città, ma infestava il Castello nuovo, e quel del Ovo, che gli venira à stare di sotto.*»

Por lo demás Lecoy engloba la noticia de la recuperación del castillo del Ovo, con la ocupación de muchos reductos inmediatos, de la torre de los Molinos, de la torre de Octavio y del castillo de los frailes y lo apoya todo en las cuentas de don Alfonso



cosa alguna por la dicha vía, ni por ninguna otra; confiando en que la falta de alimentos, por mucha que fuese la pertinacia de los napolitanos, les obligaría á rendirse.

En realidad, escribe el Anónimo, en aquella ocasión ya se distribuía el pan solo á razón de seis onzas á cada una de las personas aptas para llevar las armas, teniendo que alimentarse las demás de yerbas cocidas y de otras cosas de poquísima substancia.

El Rey, empero, no confiaba en tanta manera en los efectos del hambre, sobre todo sabiendo que los sitiados tenian aviso, aunque fuese infundado, de que el Conde Francisco Sforza habia debilitado de tal modo las fuerzas del Duque de Milán, que ya podía disponer de dos mil caballos, con los cuales Juan y Caldora se aprestaban para acudir en socorro de la plaza. Por lo tanto trató de aprovechar el recurso que la suerte le ofrecía, y dió alguna recompensa á los albañiles, diciéndoles que quería sirviesen de guías á una fuerza que trataba de mandar por el interior del acueducto. Mas como en el palacio del Rey hubiera muchos napolitanos que conocían á aquellos hombres, al verles entrar tantas veces en la cámara real, con aquella viveza propia de las cabezas meridionales, conjeturaron rápidamente el objeto, el cual, pasando de boca en boca, llegó hasta oidos de Renato. Este ordenó acto contínuo á Juan de Cossa y á Rufino Galeoto, caballeros de mucha lealtad y valor, que se encargasen de que no se perdiera la plaza por la vía del acueducto. Fueron estos con gran diligencia á reconocerle, y bajando por uno de los pozos ó respiraderos situado no lejos del punto en que el agua se vertía en la ciudad, mandaron levantar tres muros poco distantes uno de otro, en los cuales solo dejaron un pequeño ventanillo, con su correspondiente reja de hierro, por donde pudiese correr el agua. Demás de esto pusieron allí una fuerte guardia con orden de que, así de dia como de noche, vigilara sin descanso para advertir si se oía el más pequeño ruido ó se descubría la más mínima señal de que se derribaran los muros.

El celo que en esto demostró el pretendiente lo demostraba en todas las demás cosas. Así dispuso que ningún soldado abandonase, bajo pena de la vida, el lugar que se le hubiere seña-



lado. También ordenó que todos los vecinos estuvieseu de guardia en sus casas, y que cuatro banderas de soldados patrullasen por la ciudad para acudir rápidamente donde quiera que fuesen necesarios.

El dia postrero de Mayo, en que se celebró la fiesta del Corpus, quiso que, según era costumbre, se hiciese la procesióu, y él, con grandisimo recogimiento, acompañó á pié al Santísimo hasta la iglesia de Santa Clara.

El mismo día un napolitano de los de la Corte, quien, aunque deseara la victoria, no la quería sin embargo de forma que fuese la ruina de su patria, aviso á Nápoles que habia oido de boca del Rey que á la mañana siguiente pensaba hallarse con todo el ejército dentro de la plaza. Este aviso fué puesto luego en conocimiento del de Anjou, en ocasión en que le rodeaban muchos caballeros, y volviéndose á ellos, les dijo que aquello eran tretas y añagazas de los catalanes, para hacerle entrar en sospechas de la fé de sus servidores, con la idea de que les ofendiese por medio de injustas é irritantes inquisiciones. No obstante recomendó que se hiciese con mucho esmero el servicio de las guardias y que se redoblase la vigilancia en la vía del acueducto, diciendo que estaba seguro que por ninguna otra era posible que Nápoles se perdiera. Juan y Rubino volvieron á reconocer los pozos ó respiraderos y mandaron que se adelantase á hacer otro tanto con los muros últimamente levantados, un soldado llamado Sachitello, el cual era tenido por hombre de gran confianza. Fué fama, que éste encontró ya á los aragoneses ocupados en el derribo de dichos obstáculos y que fué corrompido por aquellos, de suerte que regresó á decir á sus gefes que los muros estaban intactos. Y esta versión apareció confirmada, porque aquella misma noche Sachitello se arrojó desde lo alto del muro y se fugó al campo del Rey, tal vez á recoger el premio de su perfidia. Juan y Rubino confiados en el parte de aquel soldado desleal, creyeron que podían ir á recogerse. (1)

(1) Lecoy se hace eco de una versióa distinta respecto del origen en el ánimo de D. Alfonso de la idea de sorprender la ciudad por la via del acueducto Esta versión la toma de las memorias del gaetano Domingo Delello, quien refirió sus recuerdos á un veneciano, el cual escribió en 1481 una *Istoria del regno di Napoli* que se conserva ms. en la biblioteca de San Marcos de Venecia. (Ms. ital. XLII).

Pocas horas después empezaron á entrar por el acueducto, guiados por los albañiles, Pedro Martinez, Juan Caraffa, Mateo de Genaro ([1]) y otros caballeros napolitanos del bando aragonés, con unos cuatrocientos soldados, ([2]) todos armados de ballestas y de ciertos venablos con las astas cortas, que en aquel tiempo se llamaban javalinas; puesto que no podían usar otra clase de armas por la angostura de la mina. Llegados á los muros, empezaron á derribarlos, y luego treparon por el respiradero que daba á una casucha de un sastre, llamado Citello, aunque Colennuccio dice que era la de la vieja de que hablamos al principio, cuya casa estaba situada cerca de la iglesia de Santa Sofía, que no estaba lejos de la muralla, pues el largo de San Juan de Carbonara se hallaba á la sazón extramuros. Por mucha maña que se dieron los invasores, tardaron bastante en subir y solo había cuarenta en el interior de la casa. D. Alfonso, que no había considerado bien que el retardo era debido á que tenían de ir de uno en uno, que necesitaban mucho rato para el derribo de los muros y el arreglo de las piedras á fin de poder hacerse paso, mandó dar el asalto antes de tiempo, siendo rechazado por los sitiados, que se batieron con gran valor y bizarría. Considerado que el espacio empleado en aquella función de guerra era el suficiente para que los del acueducto diesen alguna señal de vida, y que sin embargo no se les veía salir por ningún lado, pensó que habían muerto ó caido prisioneros y, doliéndose de las bajas inútiles que había tenido, mandó tocar retirada. En el mismo punto y hora en que los suyos eran rechazados del muro, acababan de

Oigámosle: «Un dia D. Alfonso hojeaba un libro que el poeta Leonardo (Bruni Aretino, secretario de la república florentina, le acababa de enviar á poco de haberlo traducido del griego al latin. Deleitábase en esta ocupación, puesto que era muy aficionado á la literatura clásica, cuando, al llegar á una página donde se refería la guerra de los godos en tiempo de Belisario, se detuvo súbitamente, como iluminado por una inspiración inesperada; acababa de leer que el general romano había entrado en Nápoles por un acueducto por donde corría el agua de la fuente, la cual iba encañada en una distancia de tres millas y se hallaba en poder de los godos Entonces, dice literalmente el veneciano: «*havendo posto anchora lui la fantasia a questo, deliberó de experimentar la fortuna et veder de haver anchora lui quello per dita via.*»

(1) Respecto de los gefes que acaudillaban à los encargados de la sorpresa dice textualmente Pelegrí: «*Erant eorum ductores, qui tanto periculo sese injecerunt nocte, Micael Johannis, miles urbis Valencie, Maceus de Ginnaro, miles Neapoletanus, Petrus Sancii. eo officio bené docti.*»

(2) El Diario de Nápoles dice que eran 660.



trepar los susodichos cuarenta hombres á la consabida casucha, las cuales agarrotaron á la mujer é hija del sastre y, con amenazas de muerte, les obligaron á que no chistasen.

El plan que habían ideado era ayudar á que subiesen los restantes para salir luego á recorrer la ciudad y sembrar el terror por todas partes. A esto quiso el diablo que Citello regresara á su casa y al abrir la puerta, como topase de manos á boca con aquellos estraños huéspedes, tuvo tiempo de salir escapado y de correr por la ciudad, gritando que el enemigo estaba dentro. No hay para qué decir el tumulto que acto contínuo se armaría. Los que habían salido del pozo, al verse descubiertos, no acertaban la resolución que habían de tomar, considerando que si querian volver á bajar uno tras otro, antes de que lo consiguieran algunos poços, se presentaría el enemigo y les cogería prisioneros ó les pasaría al filo de las espadas. Entonces hicieron de la necesidad virtud, saliendo de la casa con ánimo de arrojarse del muro que, como hemos dicho, no se hallaba muy distante. Pero luego, apercibiéndose de que la puerta de Santa Sofía solo estaba guardada por cuatro ó cinco hombres, porque los demás así que vieron la retirada del ejército aragonés, se habían ido á cenar, corrieron allí y sin gran fatiga, despacharon los pocos que habían quedado y trataron de abrirla sin pérdida de tiempo. La puerta sin embargo estaba cerrada con llave y resultaron vanos sus intentos. Ante esta contrariedad tomaron el partido de subir á la torre que había encima y enarbolaron en ella una bandera aragonesa. Al momento se presentó Renato al frente de dos mil quinientos caballos, con más algunos infantes, que pudieron seguir su galope y dió muerte por su misma mano á tres de los que forcejeaban para abrir la puerta; luego fué acosando á los restantes y en breve espacio recobró la torre é hizo prisioneros á todos los que no tuvieron tiempo ó audacia para arrojarse desde el muro. Fazio conserva el nombre de uno de estos valientes que prefirió morir, yendo al encuentro de Renato. Llámale *Joannes Michael Calatovitus eques valentinus.*

Los últimos soldados del ejército aragonés que subían la cuesta de Capodimonte, se detuvieron al ver la bandera puesta en la torre, y viendo los gritos, esperaron para ver en que pa-



raría aquello, Sucedió entre tanto que trescientos genoveses que estaban de punto en la puerta de San Genaro y en todo el barrio comprendido hasta la de Dionisio, que estaba inmediata á lo que es hoy puerta Real, habiendo oido á Citello que gritaba que el enemigo estaba dentro, por temor de ser acuchillados, se retiraron al castillo y dejaron abandonadas las guardias. A la verdad tenían más miedo que los demás por el odio natural que había entre catalanes y genoveses. Esta retirada fué causa de que Nápoles se perdiera, porque algunos frailes de Santa Maria Donna Regina, (1) que tenían hermanos y parientes en el campo aragonés, viendo desde lo más alto del convento, que entonces dominaba los muros de la ciudad, que los genoveses habían dejado aquella parte abandonada, empezaron á hacer toda clase de señales á los de la retaguardia del Rey para que se acercasen á la plaza. Los mandaba en aquella ocasión el siciliano D. Pedro de Cardona, hombre de gran corazón, el cual, advirtiendo las señas de los frailes y de algunos otros, que después de haberse ido los genoveses acudieron á aquella parte del muro, escogió cuatrocientos infantes y se fué á la puerta de San Genaro, no descuidando de avisarlo al Rey, que se hallaba algo más adelante. Entre los que estaban sobre la muralla hay que mencionar á Spiccicaso napolitano con algunos otros partidarios de la causa aragonesa, los cuales, deseosos de contraer algún mérito, empezaron á bajar escalas y á echar cuerdas, ya que no les era posible abrir la puerta, que estaba condenada por medio de un terraplén y de grandísimas piedras. El primero que subió fué el valeroso Cardona y tras él todos los de la retagurdia y al momento echaron por la calle real de Somma Piazza, en cuyo punto encontraron á Sarro Brancaccio, que iba montado en dirección de Santa Sofía, para unirse con Renato. Habiendo hecho prisionero á dicho capitán, Cardona montó su caballo y se encaminó también hácia la misma iglesia. Apenas había llegado á Pozzobianco, cuando topó con el de Anjou, que creyendo dejar segura la ciudad por aquel lado, se retiraba para tener algún descanso. Los de su séquito quedaron sorprendidos al ver á D. Pedro de Cardona á caballo, y pensando que todo el ejér-

(1) Lecoy dice monjas,



cito aragonés iba tras de él, el miedo les obligó á retirarse á sus casas; más el Pretendiente con los pocos que quedaron á su lado, entre los cuales había muy denodados caballeros, no quiso volver la cara, sinó que, resistiéndose muy bravamente, sostuvo el choque por un gran espacio, riñendo una muy desigual batalla y dando grandes y aún heróicas pruebas del valor de su persona y de la fuerza de su brazo. En el interín don Alfonso había retrocedido hasta el pié del muro y hacía escalar á cuantos podía de los suyos, por manera que á poco las calles se hallaron cuajadas de soldados aragoneses. Tales eran los gritos de alegría y de triunfo que daban á voz en cuello, que llegaron hasta oidos del de Anjou, el cual viendo que era temeridad resistir por más tiempo, con tan pocos de los suyos, á tal alud de enemigos, se abrió paso con la punta de su espada y se retiró al Castillo Nuevo, más por el temor de caer vivo en manos de los nuestros, que por el miedo á la muerte. (1) Cardona teniendo ya libre y despejado el camino se dirigió hácia la puerta de Santa Sofía, procurándose de paso azuelas á cuyo favor pudo abrirla. El Rey, que se había aproximado con toda la caballería hasta el largo de San Juan de Carbonara se precipitó acto contínuo dentro de Nápoles. Porque había prometido el saqueo por el lapso de cuatro horas, dió el encargo al Príncipe de Tarento y al Duque de Sessa y á otros principales señores del ejército, que, repartidos por los diversos cuarteles de la ciudad, tuvieran el cuidado de hacer respetar los lugares sagrados, adonde presumía que se habrían refugiado todas las mujeres nobles y plebeyas que tuviesen en algo su honra. El mismo, en ayunas y rendido de fatiga, durante dicho tiempo cabalgó por do quiera, prohibiendo toda clase de violen-

(1) Lecoy refiere algunos rasgos de valor personal ejecutados por el de Anjou Dice que dió muerte por su mano á tres de los que se habian apoderado de la puerta de Santa Sofía, entre los cuales figuró Miguel Juan (Calatovitus) Añade que fué herido en la muñeca derecha de una piedra lanzada desde lo alto de la torre, haciéndole caer la espada de la mano, la cual recobró al punto, matando á tres nuevos adversarios El siguiente detalle que copiaremos textualmente es ciertamente un poco fuerte: «*Mais le desespoir ne fait que l' enflaimmer davantage. Il court à la porte Capuana.* «*Fuyons, lui crie un chevalier français qui le recontre, Louis d' Epinay; fuyons, les Aragonais son partout* » *Il lui réplique par une des plus belles paroles que l' histoire puisse enregistrer;* «*C' est à un roi que tu dis de fuir.*» *Et, dans un excés d' indignation, il lui fend la tête.* » Dicho autor acaba la reseña de las hazañas de Renato con la siguiente: Un catalán, dice, le acomete poco después y le declara su prisionero: de un tajo, hace caer al suelo la mano que quería apoderarse de él.



cia en las personas de uno y otro sexo. La inmensidad de robos que en aquellas cuatro mortales horas debieron cometerse, al menos se cometieron, como diríamos ahora, en medio del mayor órden. ¡Qué inescrutables arcanos tiene la Providencia! Las manadas de hienas y chacales en forma humana, que un día, con idéntica gritería y no menos sed hidrópica de oro, saquearon á Poblet, violaron el sepulcro de aquel héroe coronado y dieron al viento el polvo de su osamenta, tal vez vengaban al cabo de siglos á los tristes ciudadanos de Nápoles.

Al fin llegó el momento de que cesara el saqueo, y entonces por medio de público pregón se conminó con pena de la vida á todo soldado que tocase á los bienes ó personas de los ya desbalijados habitantes. Allende de esto se publicó una amnistía general para todos los que hubiesen seguido el bando del Anjevino. Desde el dia siguiente llegaron de todos aquellos contornos tanta copia de alimentos, que la plebe, que solo desea que la dejen trabajar y comer en paz, comenzó á dar al olvido el nombre de Renato y á victorear á D. Alfonso, que aún encontró clemente, atendidos los brutales procedimientos en aquella sazón al uso entre los que asaltaban una plaza con peligros de sus vidas.

Constanzo dice que D. Alfonso permitió á sus soldados que se quederan solo con lo que podían traer escondido encima, obligándoles á restituir todo lo demás á los vecinos de Nápoles.

¿Qué fué del Rey Renato? Encerrado en el Castillo Nuevo, permitió á Juan Cossa, que gobernaba el de Capuana, que lo rindiera á D. Alfonso. Cossa puso por condición de que se salvasen su mujer y sus hijos. En esta capitulación intervinieron D. Lope de Urrea y Raimundo Boil que con Gimen Perez de Corella habían ganado muchos lauros en aquella jornada.

Al otro día llegaron dos naves de Génova cargadas de vituallas y en una de ellas se embarcó el de Anjou con Ottino Caracciolo, Jorge Alamano (1) y Juan Cossa, y al hacerse á la vela miró siempre á Nápoles, suspirando y maldiciendo la fortuna, y con próspero viento llegó á Puerto Pisano, y de allí se dirigió á Florencia al encuentro de Eugenio IV.

Colennuccio hace la siguiente observación. La entrada de

(1) Otros dicen della Magne.



D. Alfonso á Nápoles fué á 6 de Junio de 1442, (1) al cumplir veintiuno desde que fué llamado por Juana II á hacer la guerra, ganando la ciudad novecientos cinco años después que Belisario, por el mismo acueducto, se la ganó á los godos.

Y nosotros añadiremos que, salvo algunos pequeños eclipses promovidos por las guerras con Francia, las casas de Aragón, de Hapsburgo y de Borbón han tenido la ciudad y el reino hasta nuestros días, todas ellas como sucesoras del Rey Magnánimo. Hoy no queda de tan penosa, tan hábil y tan porfiada empresa más que la gloria que en ella alcanzaron nuestros heróicos antepasados. ¡Que el historiador sepa conservar este tesoro, mejor que el político supo conservar el que se le había confiado!

Al recorrer la magnífica galería que el actual Palacio Real de Nápoles tiene por la parte del mar, desde la cual se domina uno de los panoramas más fantásticos y encantadores del globo, oimos contar lo siguiente:

Cuando el Sha de Persia estuvo en Nápoles visitó igualmente aquel palacio y se asomó también á aquel mirador incomparable. Al sentir su alma arrebatada por tan singular belleza salieron de su boca estas palabras: "Si yo hubiese sido Francisco II, antes que dejarme quitar tan rico joyel, me hubiera hecho estrangular en esta misma galería." (2)

El Papa concedió tardíamente la investidura del Reino á Renato y le consoló diciéndole que se formaría una nueva liga para hacer que lo recobrara. A esto respondió el Anjevino que quería volverse á Francia para evitar que los *condottieri* italianos siguieran esplotándole; y porque era deudor de grandes sumas al genovés Antonio Calvo y le había dejado de alcayde del Castillo Nuevo de Nápoles, al ver que el Pontífice no le daba más que buenas palabras, escribió al acreedor que se cobrase la deuda, viendo de vender dicha fortaleza á D. Alfonso. Este tuvo gran alegría al saber que su competidor se ha-

(1) Hay historiadores que dicen que fué el 2 de Junio y otros el 3.

(2) El emisario que llevó la noticia de tan estupendo triunfo á la reina Doña María fué Bernardo de Riumajor conforme se vió por el siguiente capítulo de las cuentas de D. Alfonso: «A mess Bornat de Riu-Major, per rabo de la despesa que li convindría fer anant en les parts de Catalunya per portar la nova a la senyora reyna de la presa de Napols, XXV duc» (Arch. de Nápoles, *Cedole tesorarie*, Cod. IV, f.º 291, v.º)



bía ido á encontrar el Papa, porque temía que no se hubiese marchado á la Marca á reunirse con el Conde Francisco Sforza, porque en tal caso nada habría significado la toma de Nápoles, pues el pretendiente podía haber entrado en el Reino con esforcescos y caldorescos reunidos y hubiera sido el árbitro de los sucesos.

Además del Castillo Nuevo, también logró por hambre el castillo de San Telmo, que gobernaba por Renato un caballero de nombre Mazario Gallo. El de Anjou demostró hasta el fin el amor que profesaba á los que le habían servido lealmente, pues otra de las condiciones que impuso á Calvo para la rendición del Castillo Nuevo fué la de que el Rey debía dar el indulto á Ottino de Caracciolo, á Jorge Alamano á Juan Cossa y demás que le habían acompañado en la desgracia, á lo cual accedió D. Alfonso con su benignidad característica. (1)

Antes de continuar la reseña de las luchas militares que tuvieron lugar después de la toma de Nápoles, completemos la narración de ésta con algunos otros detalles.

El dia 4 de Junio el Rey fué á visitar la iglesia Mayor de Nápoles y estando en ella recibió el homenage de los síndicos de los cinco Sejos de la ciudad, según se lee en Anónimo y en Zurita.

Summonte refiere, además, la anécdota siguiente, que no trae ningún otro autor de los que hemos consultado. Al otro dia del asalto, dice, á la hora de vísperas, queriendo entrar en la ciudad, se desmontó el Rey en la iglesia de Santa María del Cármen, y deseando reconocer el milagro del Crucifijo, se lo advirtió á Fray Gregorio Pignatello, que era entonces prior de aquel convento, y quiso que Diego de Avalos (2) subiese por

(1) El Duque de Milán fué invitado á tener á su disposición el Castillo Nuevo. El autor de la oferta fué el genovés Antonio Fiesco conde de Lavania, el cual contaba con la intervención de un hermano del alcayde que poseía dicha fortaleza, llamado Jacobo Calvo. Fiesco pedía al duque un salvo conducto para el dicho Jacobo á fin de que pudiese recibir sus instrucciones; por otra parte hay que consignar que el prócer genovés no llevaba más mira que el congraciarse con el Duque; pues le decía que una vez dueño del castillo, lo mismo le importaba que lo cediese al rey de Aragón, como que le diese cualquier otro destino: « *e tutto ciò che en facesse la prelibata Signoria vostra sia cum la maiestà de re d' Aragona, sia como se vogla, reputarò esser ben facto, et restarò contentissimo.* » La carta de Fiesco al Duque es de de 17 de Octubre de 1442.

(Vid. *Doc. dipl. tratt. dægl. arch. mil.* Vol. III. part. II, n.º CCLII.)

(2) ¿Iñigo?



una escala para ver si el cuello de la imágen estaba sano, y al responderle que sí, fijando los ojos en la piedra de la lombarda que fué arrojada, la estuvo considerando largo rato y luego se puso á llorar delante del Crucifijo. Levantándose luego para ver el lugar donde fué muerto y sepultado Coradino, se volvió á los circunstantes y les dijo: " Coradino fué muy digno Príncipe". Y despidiéndose del Prior, cavalgó con grandísima pompa por la ciudad honrado y reverenciado por todos, yéndose luego al castillo de Capuana.

Narremos ahora la batalla después de la cual pareció que D. Alfonso había conseguido clavar la rueda de la Fortuna. A fuer de gran político y esclarecido militar comprendió desde luego que la toma de Nápoles nada significaba, si tras de ella no seguía el aniquilamiento de Caldora, quien, de acuerdo con el Conde Francisco Sforza, podía tener de contínuo en jaque al ejército real. Partiendo, pues, de esta idea, puso en órden sus tropas y se dirigió al encuentro del enemigo, que desde el Abruzzo parecía querer tomar la vía de Nápoles. Caldora por su parte comprendía la necesidad de presentar cuanto antes batalla al Rey, puesto que en aquella sazón contaba con Juan Sforza, hermano del Conde, que seguía su hueste, nada menos que con dos mil de á caballo. Esperar más era exponerse á que el yerno del duque de Milán, viendo ya perdida la ciudad de Nápoles y ausente del Reino el Anjevino, solo pensase en sus cosas, y llamase á su hermano á la Marca, desmembrando así considerablemente las fuerzas de que accidentalmente disponía. El Rey, pues, después de haber dejado una buena guarnición en la capital, compuesta en gran parte de los napolitanos que le habían dado mayores pruebas de serle adictos, salió de ella á 21 de Junio y se dirigió hácia Cápua. De esta ciudad pasó á grandes jornadas á Fuente del Pópulo y luego á Isernia que era de sus enemigos, la cual se le rindió con toda la guarnición. Desde Isernia se movió hácia Carpenone, que gobernaba Antonio Real, hermano de leche de Caldora, el cual disponía de muy poca gente. En Carpenone guardaba el *condottiero* un tesoro en efectos de plata y joyas, por ser uno de los lugares que tenían por más seguros. Antonio Real recibió un heraldo de parte del Rey que le intimó la rendición y al cual contestó,



ya fuese por miedo, ya porque así se lo tuviera prevenido Antonio Caldora, que se entregaría pasados cuatro días, siempre y cuando este último no lo socorriese. Esta es la versión del Anónimo. Zurita añade que Real tomó un salvoconducto del Rey por dos dias y fué á verse con Caldora en Asperonasmo, distante cinco millas, manifestándole que no se podría defender y se vería forzado á rendir á Carpenone, si él no acudía en su ausilio. Caldora deseando salvar el castillo y el tesoro, decidió dar la batalla en el menor plazo posible. Parece que Juan Sforza vacilaba; pero su gefe le animó, pintándole por muy segura la victoria.

Según Fazio y Zurita, el día 28 de Junio, Caldora fué á acampar debajo de Sassano, apesar de que Pablo de Sangro se había pasado la noche anterior á D. Alfonso, enterándole, como es natural, del estado de las fuerzas del enemigo. El Rey pensó acto contínuo en tomar el collado por donde presumía que habían de pasar los caldorescos, y así, moviendo el campo hácia aquel lado, mandó á trescientos infantes que estuviesen en observación de Sassano y ocupó, además, con otra gran fuerza de infantería el paso que dejamos insinuado. Al enterarse Caldora de esta operación se fué hácia Pesculanciano, que no está muy distante de Carpenone. Hé aquí, ahora, la topografía de este último. La población ocupa una colina de despejada pendiente. Solo un pequeño intérvalo la separa de otra de igual altura, por el cual pasa el camino que conduce al lugar. No lejos de allí hay aún otro monte, situado á la derecha en el que D. Alfonso había puesto su real. Al siguiente día Caldora, lleno de la mayor confianza, formó sus haces y avanzó. El Rey al verlo, formó también sus escuadrones y se dispuso á hacer jornada.

Estaba con el Rey Alfonso, dice el Anónimo, Jacobo Piccinino, hijo de Nicolás, jóven de grandes esperanzas en las cosas de la guerra, así como otros capitanes brancescos de muy alta reputación; éstos que sabían la fiereza de Caldora, estaban seguros que no dejaría de socorrer á Carpenone y por este motivo persuadieron al Rey que pasase más allá del llano de Sassano, para ponerse entre Carpenone y el ejército caldoresco, á fin de impedir ó cuando menos dificultar, el socorro. El Prín-

cipe de Tarento y los demás capitanes del Reino, así como los sicilianos y catalanes reprobaban aquel consejo y censuraban una resolución tan peligrosa, protestando de la temeridad de reducir en aquel valle rodeado de montañas, tan conocidas del enemigo, un ejército con la persona del Rey. Pero éste movido por la grandeza de su ánimo y fiando en la voluntad de Dios que creía tenerle preparada la victoria, siguió el consejo de los brancescos, y se adelantó.

Apenas los nuestros hubieron bajado del monte en que tenían el campamento y ocupado el llano, apareció Caldora del lado opuesto y puso sus alojamientos no lejos del ejército aragonés. En esto empezó á cundir un gran temor en el campo de D. Alfonso, pareciendo que se habían realizado los temores del Príncipe de Tarento y de los demás caudillos de autoridad, que habían disuadido al Rey de que adelantase, aparte de que empezó á correr el rumor de que el enemigo había ocupado ú ocuparía en breve los pasos de los alrededores y que á la fuerza tendría que experimentarse gran carestía de vituallas y que la hueste se hallaría sitiada.

El Rey al oir estas murmuraciones llamó á consejo á todos los jefes del ejército para resolverse lo más conveniente. El Príncipe de Tarento fué el primero á decir que se debía librar la batalla, puesto que no se podía pasar más allá sin grandísimos peligros; cuyo parecer fué unánimente aprobado. Pero algunos muy amantes de la Persona Real, insistieron en que, puesto que se veían tan marciales bríos en el ejército contrario, antes de hacer jornada, el Rey se trasladase á Isernia, Venafro ó á cualquiera otro lugar seguro, habiendo la certeza de que aquel hecho de armas no podía realizarse sin gran peligro, atendiendo al número y al valor de los caldorescos. Uno de los que así opinaron, aunque no le nombra el Anónimo, pero sí otros, fué Juan de Ventimiglia. D. Alfonso, por toda contestación, se puso la celada y mandó salir á dar la batalla.

Caldora había dividido su ejército en tres cuerpos; el uno lo mandó él, el otro Juan Sforza y el otro Lionello Acloccciamura.

Los nuestros estaban divididos en cinco escuadrones, dos al mando de D. Pedro y D. Alonso de Cardona, otro al de don

Guillén Ramón de Moncada y los dos de reserva al de D. Lope Gimenez de Urrea y de D. Raimundo Boyl.

Estando los dos ejércitos uno á la vista de otro empezaron á escaramucear, y no queriendo los caldorescos pasar un arroyo que alli había, el Rey mandó que lo hiciesen los tres primeros escuadrones, que con gran orden acometieron la batalla; pero luego viéndose que eran ceñidos y estrechados por los enemigos, pasaron el arroyo los dos de reserva y atacaron á los de Caldora por otro lado, enconándose el encuentro é hiriéndose muy bravamente.

En esto, la infantería aragonesa, que estaba de observación en Sassano, se echó sobre el bagage de los caldorescos y lo comenzó á robar. El Duque de Bari al ver aquello desmembró algo sus huestes, mandando una fuerza de caballería, para que escarmentase á nuestros infantes, que nunca como entonces merecerían el dictado de *pillards*. Entonces el Rey, en su alta sabiduría militar, comprendiendo que aquella era la ocasión de dar el golpe decisivo, acometió con su cuartel general y con toda la gente que había quedado en el campo, y los enemigos quedaron rotos y vencidos. [1]

Según Fazio, Antonio Caldora fué hecho prisionero y llevado á la presencia del Rey. [2]

(1) Hay otra versión de este notable hecho de armas prohijada por el Anónimo, y también ligeramente insinuada por Summonte, que se apoya en Agustin de Sessa autor del libro de *Prophanitate*.

Algunos dias antes de la batalla, escribe, los soldados del Rey hicieron prisionero á uno del ejército caldoresco y lo llevaron á presencia de D. Alfonso. Este, como tenía de costumbre, quiso averiguar de qué compañía era, y el soldado respondió que de la del Baròn ó sea de la de Pablo de Sangro. Al oir este nombre el Rey se lo llevó á la parte más secreta de su tienda y con grandes promesas le pidió y basta le obligó que dijese de su parte al capitán que debía mirar por sí y pensar cuanto mayor honor y seguridad encontraría en servirle á él que era Rey poderosísimo, que á Caldora, que era un simple caudillo, que estaba condenado á arruinarse antes de muy pocos días. También le encargó que le ofreciese muy honrada conducta de gentes de armas y algunas tierras que sabía deseaba. Con estos y otros ofrecimientos de palabra y con cien alfonsinos, que eran una moneda de un ducado y medio, le dió la licencia exhortándole á volver con la respuesta. El soldado regresando á su campo, refirió diligentemente á su capitán la embajada del Rey, y añadió tanto de su parte que el negocio quedó concluido. Unos dicen que la contestación fué á llevarla secretamente el mismo Sangro, otros que mandó al soldado.

Al reseñar el encuentro, sigue diciendo el Anónimo, que Pablo estaba aún en el campo caldoresco, pues este le había dado el mando de la reserva, y que en lo más reñido de la jornada le pareció que había llegado la hora de poner por obra su traición, y bajando la lanza, atacó por la espalda á los caldorescos, que combatian con más ardimiento, apellidando « Aragón, Aragón », siendo ocasión de que en el espacio de dos horas el ejército caldoresco fuese desecho y muertos y presos todos sus hombres más valerosos.

(2) El Anónimo refiere el suceso con estas palabras: « Antonio, habiendo he-



Rendido Carpenone, el Rey se hizo traer todo el tesoro que Antonio guardaba allí, y en el cual fueron hallados veinticuatro mil ducados de oro, gran copia de alhajas de plata, joyas, tapices, armas, cristalería regalada por los venecianos, con otras infinitas preciosidades que tanto el susodicho duque como su padre habían acumulado en una larga série de años, y volviéndose á él le dijo: " para que conozcas que el valor encuentra respeto y gracia aún ante los enemigos, de todas estas cosas sólo me quedo con esta (y retiró una copa de cristal). Respecto de los estados que tu padre y tú conquistasteis con las armas, no puedo ser liberal, porque tengo partidarios y adictos, que me han servido: todos los demás castillos que tienes de antiguo, así por herencia paterna, como materna, quiero que sigan en tu poder; procura, pues, vivir en tranquilidad y sé agradecido conmigo, puesto que uso de tan buena voluntad respecto de ti. „ Antonio se arrodilló para besarle los piés y le dió infinitas gracias por su benignidad, porque no le abatía, después de haberle visto tan alto.

Las gentes que habían militado con él no quiso el Rey que le siguieran obedeciendo, sinó que se las dió al Príncipe de Tarento, y prohibió á Antonio y á los demás caldorescos que pudiesen volver á formar compañías de gente de armas, mandándoles que fuesen á vivir á sus respectivos castillos.

Panormita en su libro *Dictis et factis regis Alfonsi,* todavía refiere otro acto de magnanimidad del Rey no menos digno de loa que el que dejamos apuntado. Dice que habiendo presentado á D. Alfonso un escritorio lleno de cartas y documentos dirigidos á Caldora, entre los cuales le dijeron que había muchos escritos de príncipes del Reino y estrangeros, por los cuales se podía saber todos los que habían conspirado contra él, no quiso que se leyese ninguno, sinó que los hizo quemar á su presencia.

cho personalmente pruebas maravillosas de soldado y capitán, combatía rodeado de ocho ó diez ginetes aragoneses, y tratando de abrirse paso con la punta de su espada, iba de aquí para allá en su caballo de una fuerza y de una agilidad portentosas; á esto llegó el Rey, y admirándose del ánimo y del valor de tan buen caballero, dijo: Conde, bastante nos habeis hecho trabajar, ya es hora de que vayamos á desayunarnos. A estas palabras, como los demás se pararan, Antonio conociendo al Rey, arrojó la espada, echó pié á tierra y se arrodilló á sus piés. D. Alfonso le mandó que cabalgase y tuviera buen ánimo y se fueron juntos hácia Carpenone, cuyo castillo abrió luego las puertas. »

La herencia de Caldora la constituían, si hemos de creer á Constanzo, por la parte de padre: el Condado de Palena, el de Piacentro, el de Monte di Riso, el de Archi, el de Aversa y el de Valua, por la parte de madre que lo era Medea d' Evoli: el de Trivento que se componía de diez y siete pueblos. (1)

Antes de pasar á otro asunto digamos que Fazio hace mención especial del valor desplegado en la jornada por D. Iñigo de Guevara.

De Juan Sforza solo se sabe que se salvó con quince caballos, yendo á refugiarse en la Marca.

Tal fué la batalla decisiva por cuyo medio el Rey pudo añadir á su corona un nuevo florón, tan rico como incomparablemente hermoso.

La escena del gran acto de magnanimidad del Rey pasó, según Zurita, en Santa María de Carlito; y de allí se trasladó al Vasto Aymón, y se le rindieron los de Ortona y Francavilla y al estar sobre Pescara, Conrado de Aquaviva, Conde de San Valentin, se presentó á darle homenage; la etapa siguiente fué á Salino, y los de Andría le enviaron la obediencia.

Apenas había salido el Rey de tantos y tan grandes trabajos marciales, cuando se le presentaron otros de carácter diplomático, no menos árduos y graves. Hasta entonces le habían sobrado enemigos; al día siguiente de sus triunfos eran los amigos los que amenazaban crearle más sérias dificultades. El querer ser siempre del partido que vence, no es un vergonzoso achaque que pertenezca exclusivamente á la época moderna.

En cuanto el Conde Francisco Sforza supo los aumentos de D. Alfonso, empezó á atosigarle para obtener de él el cargo de Gran Condestable, con paga ó *condotta* para cuatro mil caballos y mil infantes. El Rey le entretenía con buenas palabras por consideración al Duque de Milán, pero el Conde perdió la paciencia, y sabiendo que D. Iñigo de Guevara, que era de los del Consejo y uno de los que gozaba de mayor privanza, se hallaba contra el Tocco, para reducir á los últimos caldorescos

(1) Zurita habla también de esta herencia pero la merma muchísimo, pues dice que solo la formaba el condado de Trivento. También escribe que D. Alfonso dió el tesoro de Caldora á la mujer de éste.



se fué á ver con él, pactando los dos una infinidad de estremos para los cuales, según se dijo luego, Guevara no tenía autorización ninguna.

No figuraría ciertamente entre ellos el proyecto de casamiento de que vamos á dar cuenta, pues D. Iñigo tenía poder nada menos que *plenum, sufficièns, validum et speciale*, el cual había sido *visum, lectum et intellectum* por el notario autorizante de las promesas.

Sacamos la noticia de dicho proyecto de enlace de un documento original escrito en pergamino, existente en los archivos de Estado de Milán.

Según él, D. Alfonso prometió á Sforza, por medio de Iñigo de Guevara, que casaría á su hijo de edad cerca de ocho años, llamado en el instrumento susodicho, Sforza á secas, con la hija que él tenía, llamada D.ª María de Aragón, calificada de primogénita y que entonces contaba cerca de once años estipulándose además que los futuros realizarían su enlace cuando llegaran á la edad legal; que por lo tocante al dote, el Rey daría á su hija el que se conviniese entre las dos partes; que al llegar la ocasión oportuna, los contratantes cumplirían lo pactado, obligándose á remover todos los obstáculos que pudieran presentarse, bajo la pena de cien mil ducados de oro. En estas promesas medió juramento sobre los santos evangelios el cual hicieron Guevara *in animam eius illustrissimi et excellentissimi regis et suam* y Francisco Sforza *in animam propriam*.

El documento trae la fecha del día postrero de Julio de 1442 y está autorizado por *Antonius, condam Iacopini de Minutis de Placentia, publicus imperialis notarius*. (1)

Prescindiendo del matrimonio susodicho, el Rey no quiso aprobar ninguna otra de las pretensiones del Conde sin asesorarse de Felipe María Visconti, puesto que Nicolás Piccinino tenía aspiraciones muy análogas á las del Conde.

Lo peor del caso era que si se difería la decisión, no se realizase, como se estaba temiendo, la concordia de ambos caudillos, para ponerse al servicio de los de la antigua liga y volver las armas contra el Rey. (2) Este se apresuró, pues, á

(1) Vid. *Doc. dipl. trat. dagl. arch. mil.* Vol. III, part. II, n.º CCLI.
(2) Este temor era tanto más fundado cuanto que el día 1.º de Setiembre se



mandar una embajada á Felipe María, para que manifestase lo que á él podría serle más grato. El Duque vacilaba, como siempre; aparentemente parecía inclinarse á favor de su yerno; pero por bajo mano quería se le hiciese guerra hasta tenerlo humillado y á su exclusivo servicio. Para tratar de ello anunció una embajada; pero antes de que ésta llegase al campo aragonés, el Rey supo por Çabrugada que Felipe María no deseaba que el Conde saliese favorecido.

Entretanto éste hacía publicar por toda Italia su concordia con el Rey, quien le dejaba en aquella confianza, mientras que trataba secretamente con Piccinino, con el cual al cabo se concertó, dándole sueldo para cuatro mil caballos y dos mil infantes.

Así pagó Sforza su antigua enemistad con el Rey, y sus veleidades respecto del Pontífice y del Duque, de quienes era sucesivamente amigo ó enemigo, según que su antojo ó su interés le aconsejaban.

Todo esto se hizo antes de que llegaran los embajadores de Felipe María.

Después de haber ganado la batalla á los caldorescos, don Alfonso pasó al Abruzzo en donde redujo, además de los lugares que habían sido del Duque de Bari, á Lanchano, ó Lanciano, Ortonomar, Francavilla, Latessa, Guardiagrilis, Buchiniano, Pescara, la ciudad de Sant' Angelo, Silvi y la ciudad de Atri. Más tarde se apoderó también de Monte Real, Campli. el Tocco y de la ciudad y Condado del Aquila. Durante aquellas expediciones recibió igualmente el homenage de los de Semenara, de Juan Antonio Orsini, Conde de Tagliacozzo, de Angelo Orsino, de Margarita de Poitiers, Marquesa de Cotron y Condesa de Catanzaro, de Pablo de Celano y Juan de Celano su hijo.

Estando D. Alfonso en Tocco, llegaron á él los embajadores del Duque de Milán y á 16 de Setiembre asentaron nuevamente confederación ó, mejor dicho, robustecieron la antigua.

firmaron treguas entre el papa Eugenio y Nicolás Piccinino por una parte y el conde Francisco Sforza por otra, á condición que se habían de ratificar al cabo de un mes. Después de estipular que no podían ofenderse mútuamente, convinieron también en que se concedería á Piccinino la fortaleza de Tolentino, pudiendo empero sacar el conde *tute le monitione et cose sue et del castellano de la dicta rocha*
(Vid. *dm. dipl. trat. dagl. arch. mil.* Vol. III, past. II, n.º CCLI.)



Una de sus cláusulas establecía que estando el Rey en el Reino ó cualquiera de sus hermanos, siempre que el Duque les notificase que su yerno se había convertido en su enemigo, venían obligados á hacerle la guerra y á confiscarle todo lo que tuviera en el Reino, hasta que obedeciese al Duque.

Después del Abruzzo pasó D. Alfonso á la Pulla, para hacer la guerra á los lugares del Conde. Primero puso su real en Pentonia, y luego recibió proposiciones de Antonio Dentiche, que quería entregarle el castillo de Nocera, así como de Michelotto de Attendulo y de Cesar Martinengo y de otros capitanes de Francisco Sforza, que deseaban ir á servirle; pero el Rey tenía ya sobrado ejército y los tuvo que desatender por falta de dinero; sin embargo propuso á su amigo el Duque de Milán que se lo diese, aunque no fuera más que para quitar á aquellos caudillos del servicio de Venecia.

El día primero de Octubre, teniendo su campo sobre Pentonia se le rindió el lugar de San Severino, así como los de la primera plaza citada. Luego puso su real sobre Caneto y á 22 del mismo mes se le entregaron los de Nocera. De allí se trasladó a Candula no dejando de abrirle sus puertas Thermoli, Veste, Nicastro, la ciudad del monte de Sant' Angelo, Foggia y Troya.

A medida que iba dominando las comarcas, procuraba dejar en ellos quien las defendiese; así en el Abruzzo dejó á Nicolás Piccinino con cuatro mil caballos y dos mil infantes y en otra parte de la misma provincia á Raimundo Boil con quinientas lanzas y quinientos infantes, ambos con orden de vijilar al Conde Francisco que estaba en la Marca.

También pasó el Rey á la Capitanata para ir generalizando la pacificación.

Recorrió después el monte Gárgano y hubo los lugares que están en él con la ciudad de Veste y el Honor que llaman de Santangelo, así como la ciudad de Manfredonia.

Por último pudo tomar á su servicio á Cesar Martinengo con trescientas lanzas, y por su medio logró la ya apuntada plaza de Troya y el lugar de Ursara. También se le redujo Marcheto de Cotignola con todos sus lugares.

Estando en Foggia, á 12 de Noviembre, esperaba que se le



entregaran Ariano y Apici de suerte que por aquella parte ya nada le quedaba que hacer.

En Calabria solo se mantenían rebeldes Tropea y Rijoles, de tal modo que podía darse casi por conseguida su total dominación del Reino de Nápoles.

No acabaremos la reseña de los sucesos pertenecientes á este año sin decir que los embajadores del Duque de Milán pidieron á D. Alfonso que asentase concordia con el Pontífice, y el Rey, accediendo á tales ruegos, pactó una tregus por el intermedio de Nicolás Piccinino. El Patriarca de Aquilea ó sea Cardenal de San Dámaso, llamado Luis de Pádua, pareció aceptarle no solo de muy buena fé, sinó también con grandísimo gusto, porque decía ser muy amigo de D. Alfonso. No obstante las gentes del Papa lo infringieron, talando los lugares de Luis de Celano y del Conde de Fundi que habían reconocido al Rey.

Antes de pasar á otros hechos, será bien volver la vista un poco atrás y dar la clave de las eternas mudanzas en los afectos y amistades del Duque de Milán, sobre todo respecto de Sforza, y decir algo del cambio de relaciones de éste con el Pontífice; pues sospechamos que una y otra cosa habrán escitado la atención del lector, que no habrá acertado á explicárselas. Por otra parte, como el Conde juega, y está destinado á jugar todavía más, un gran papel en el período que comprende la presente historia, no holgará ciertamente el que recojamos todos los antecedentes que se refieran á este personaje.

Cuando el Duque de Milán firmó la paz de Lombardía, no era, como él hizo decir á D. Alfonso, que se viera forzosamente obligado á ello. Nada de esto; fué una cábala y nada más que una cábala. Muy al contrario, Nicolás Piccinino tenía cercado de tal modo á su enemigo el Conde Francisco Sforza, que éste no tenía más remedio que rendirse. Entonces el caudillo milanés escribió á su señor el Duque, que estaba en su mano hacerle dueño absoluto de Lombardía, con la más completa humillación de todos sus adversarios; pero le añadía que le parecía merecer algún insigne premio por esta empresa, y que solo pedía un asilo en donde, después de tantas fatigas y sudores derramados en su servicio, pudiese descansar con honor y dig-



nidad en lo que le quedaba de vida. Tras de esto le pedía la posesión de la ciudad de Piacenza, y á la petición tuvo la audácia de añadir la amenaza de retirarse en el caso que le denegase lo solicitado. Entonces Felipe María, antes que sucumbir á las exigencias de Piccinino, prefirió salvar á su enemigo el Conde, mandándole quien le ofreció la paz y además. la mano de Blanca con Cremona y Pontremoli per dote. La paz se hizo y el matrimonio se celebró. La primera la firmaron los embajadores del Duque, de los venecianos, de los florentinos, de los genoveses y de los Marqueses de Ferrara y Mantua.

Aún se estaban celebrando sus fiestas, cuando fué turbada por el Duque y por el Papa. Hé aquí los detalles de esta resolución tal como los publica Rosmini en su libro intitulado *Dell' Istoria di Milano.* " El Duque, apesar de que le hubiese concedido la hija por esposa, odiaba más que nunca á Sforza, y no sabía perdonarle el haberse visto obligado á recurrir á él para castigar la audacia de sus capitanes. Aborrecía en él todas aquellas cualidades que á los ojos de los demás granjean la estimación y el afecto; es decir el crédito y la autoridad de que disfrutaba ante todos los Estados de Italia, el amor, y el ejercicio de la milicia, el valor extraordinario en las armas, la gloria de sus pasadas empresas. Pero más que todo era aguda espina que lastimaba su corazón, el pensar que aquel hombre, no teniendo él, como no tenía, hijos legítimos, estaba llamado á ser su heredero y sucesor; y si le hubiese sido posible sin peligro alguno, hecha apenas la paz que le aseguró el trono, de buen grado se hubiera desecho de él.

Mientras abrigaba en su pecho sentimientos tan perversos. se le presentó ocasión oportuna de darles rienda suelta, alejando al Conde de su lado y abriéndole un camino plagado de asechanzas y peligros. Sabía que el Pontífice Eugenio IV, después que con la paz había recobrado una gran parte de sus estados, se arrepentía de haber cedido al Conde Francisco la Marca de Ancona, y de buena gana se la hubiera quitado, á contar con las fuerzas necesarias para ello. Hé aquí porque el Duque le hizo entender secretamente que había llegado el momento de satisfacer sus deseos y le ofreció gentes y caudillos convenientes para esta empresa. Habiendo el Pontífice acepta-

do el partido, el Duque se convino secretamente con Nicolás Piccinino, á quien despidió públicamente, afirmando, que ya que entonces la Lombardía estaba en paz, quería evitar gastos supérfluos y aliviar á sus pueblos de una gran parte de las milicias; las cuales ocultamente, con dinero del Duque, fueron reclutadas por Piccinino, que también hizo otro tanto con las gentes licenciadas por los Venecianos; y en el acto del despido, dijo que quería visitar á Perusa su pátria y tomar allí algún descano. Habiendo llegado en los primeros días de Marzo de 1442 á Bolonia, tuvo muchas entrevistas secretas con el Pontífice, tras de las cuales fué nombrado Porta-estandarte de la Santa Iglesia, y con esto declaró tácitamente la guerra al Conde Francisco Sforza, que había sido revestido antes de la misma dignidad.

El nuevo capitán general salió de Bolonia con numeroso ejército, y mostrándose de improviso enemigo del Conde, entró en la Marca y fué á sentar su campo debajo de Todi, y habiéndose apoderado de dicha ciudad se fué á poner sitio á Asís. Esta noticia llegó al Conde Francisco Sforza en Venecia, en donde se hallaba con su consorte, para gozar de las fiestas que en obsequio suyo se preparaban. Su idea era pasar al Reino de Nápoles, desde donde Renato le llamaba con grandes instancias por hallarse muy estrechado por el Rey Alfonso, el cual había escrito al Duque de Milán, para que retuviese á su lado á Sforza, y que en caso de no poderlo conseguir, le procurase tantos conflictos en Romaña, que no pudiese pensar en ir en ausilio de su aliado. La pérdida de Todi hizo que el Conde desistiera de todo pensamiento de ir al Reino, y sin vacilar salió de Venecia el dia 6 de Mayo. Su ejército no podía medir las armas con el de Piccinino; así pues, mientras esperaba el socorro que había pedido á las Repúblicas de Venecia y Florencia, determinó estar á la defensiva, en tanto que iba poniendo buenos presidios en los lugares fuertes, conservándose él la guarda de Fermo.

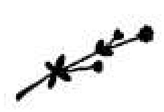
En este tiempo el Rey Alfonso, que ya había logrado el dia 2 de Junio hacerse dueño de Nápoles, firmó la paz con el Pontífice, que hasta entonces había favorecido los intereses de Renato, y fué condición de dicha paz, el que el Rey recibiría la



investidura del Reino, pero en cambio debería unir sus fuerzas con las de Piccinino, para despojar á Sforza de la Marca. „

En otro capítulo veremos desarrollarse todos estos pactos y concordias. (1)

(1) En el mes de Octubre de este año, el Rey envió desde el Reino de Nápoles á Luis Despuig, su camarero, á Castilla con un memorial que comprende las cosas que debía explicar al conde de Castro.
(Reg.° 2652 fols. 15 y 21 vuelto.)







CAPTULO XLII

SUMARIO

(1441-42). — Continúan los de Basilea agitando la Cristiandad. — La Asamblea de Príncipes de Alemania rehusa recibir á Juan de Segovia como cardenal y no quiere reconocer á Félix. — Eugenio IV envía á su vez á Maguncia á Juan de Carvajal y Nicolás de Cusa.—Discuten largamente ambas legacias.—La Asamblea de Maguncia propone la reunión de un tercer Concilio. — Negociaciones del Rey y del Duque de Milán. — Condiciones que éste pone para el reconocimiento del antipapa — Confusión que en Cataluña y Aragón produce la doblez de D. Alfonso en esta grave cuestión. — Adhesiones al antipapa. — Embajada de los de Basilea al emperador Federico en Francfort. — Otro tanto hace el papa Eugenio IV. — Alegato de Panorma.— El Emperador, oidas ambas partes, cree necesaria la reunión de un tercer Concilio. — Va el Emperador á Basilea y visita al antipapa. — El príncipe Fernando envía su adhesión á los de Basilea. — Incidente notable. — Francisco Sforza reconoce al antipapa y le hace extraordinarios ofrecimientos. — Respuesta del antipapa — Doblez de Sforza. — Contestación de Eugenio IV á las proposiciones del Emperador. — Discusiones en Constantinopla y muerte de Marco de Efeso.



En este período de dos años los de Basilea siguieron agitando la Cristiandad y trabajando para captarse la adhesión de los potentados de la tierra.

Habiéndose reunido en Maguncia, en el mes de Abril de 1441, la asamblea de príncipes de Alemania, el Concilio envió allí á Juan de Segovia, que se titulaba Cardenal de San Calixto con el carácter de Legado. Empero el congreso no le quiso reconocer como á tal, alegando que, si bien admitia la legitimidad del Concilio de Basilea, para él el Papa verdadero era Eugenio IV y no Félix V. Juan escribió á los padres lo que le estaba pasando, y éstos mandaron para apoyarle al Cardenal de



Arlés y á Juan de Frinsaga, llamado el Cardenal de San Martin. Manifestóles que se les oiría con benevolencia si se despojaban del carácter de legados y no vestían hábitos cardenalicios, á lo cual se resistieron tenazmente; más viendo á la asamblea inquebrantable en su resolución y observando la actitud de los magistrados de la ciudad, que les amenazaba con retirarles el salvoconducto, á la postre se vieron obligados á ceder, para que sus comitentes no quedasen sin defensa.

Eugenio IV á su vez había diputado á Maguncia, para que abogasen por su causa ante los príncipes, á Juan de Carvajal y Nicolás de Cusa.

Llegó el dia de oir á las dos partes interesadas, Los primeros que hicieron uso de la palabra fueron los representantes del antipapa. Insistieron en la soberana autoridad de los Concilios, en la justicia de la deposición de Eugenio IV y en la legalidad de la elección de Felix V.

Al siguiente dia respondieron los representantes del legítimo Pontífice, refutando los argumentos de sus contrarios y mostrando que el Papa fué depuesto tan solamente por siete obispos, cuando para deponer á un obispo ya se necesitaban doce. Amadeo fué acusado de haber comprado la tiara, á la cual, dijeron, que aspiraba de mucho tiempo, bajo el disfraz de una falsa mansedumbre, y denunciaron el hecho de haber ofrecido doce mil hombres de caballería á la República de Venecia, si se separaba del partido del verdadero Papa.

Juan de Segovia fué encargado por los de Felix de hacer la réplica, y por su parte alegó doce pruebas para evidenciar el poder soberano de los concilios ecuménicos. Manifestó que el de Basilea era legítimo y que el Pontífice no tenía autoridad para disolverlo. Carvajal y Cusa hicieron la contraréplica, después de la cual querían hablar de nuevo los Diputados de Basilea, más como se lo denegaran los príncipes, hubieron de retirarse.

Oidos de este modo todos los contendientes, la Asamblea acordó que se reuniera un tercer concilio, en el que se refundiesen los de Basilea y Florencia, para tratar de la paz y de la cesación del cisma, y que se mandaran invitaciones en este sentido asi al Papa, como al antipapa Amadeo, señalando co-



mo plazo máximo para la inauguración el mes de Agosto del año siguiente.

Esta decisión fué remitida al Emperador, quien, á su vez. la sometió al juicio de la Dieta de Francfort, que tardó mucho tiempo en reunirse.

Poco después ocurrieron negociaciones entre D. Alfonso y Felipe María, cada uno por una parte, y el Concilio de Basilea por otra. Los primeros tenían por objeto obtener un impuesto universal ó sea el diezmo sobre las rentas del clero, con el fin de atender á la isla de Rodas asolada por las algaradas de los turcos, á cuya pretensión hubo de denegarse el Concilio; las segundas versaban acerca del reconocimiento de Felix V que trataba de hacer el Duque. Sus embajadores, que llevaban este negocio con reserva, porque había cierto riesgo por parte de dicho potentado en decidirse antes que ningún otro príncipe de Italia, pusieron por condición que se le entregasen mensualmente trece mil escudos de oro para atender al sostenimiento de quince mil hombres de caballería, adelantándole la subvención de algunos meses para poner en perfecto estado de defensa todas las plazas del Ducado. Felipe María se comprometía por su parte, además de dicho reconocimiento, á recobrar las provincias de la Iglesia Romana y á entregar á Félix la ciudad de Bolonia. Mediaron muchas cartas y despachos, pues los cardenales aconsejaban á Felix que aceptase el ofrecimiento, diciéndole que en pos del Duque de Milán no dejaría de seguir D. Alfonso y más tarde los alemanes. Por fin se le contestó que Félix estaba dispuesto á entregarle cincuenta mil escudos de oro tres semanas después de tener la ciudad de Bolonia, y más tarde cincuenta mil más, pagaderos en diferentes plazos de las rentas que la misma produjera. No pareciéndole bien á Visconti el cobrar por atrasado, entretuvo á los embajadores del antipapa con halagüeñas palabras, hasta que al fin las dos partes se convencieron de su mútua doblez y falsía y no consiguieron engañarse (1) En Octubre de 1441, los padres

(1) Todavia se conserva en los archivos gubernativos de Milán el poder otorgado á fray Felipe Provana y al doctor en leyes Bartolomé Caccia por Felipe María, para que juntos y obrando siempre de común acuerdo pudiesen reconocer al antiguo duque de Saboya, su suegro, y á la sazón Felix V, en nombre del mismo duque y por todos sus dominios, como verdadero y santísimo papa y para prestarle



de Basilea recibieron, según Patricio, cartas de D. Alfonso, en las cuales se manifestaba que pondría los reinos de su corona bajo la obediencia de Félix, con muchas otras cosas más, si se le mandaba un legado *ad latere*. (1) El concilio envió á Juan de Segovia, para que viese de lograr la sumisión al Antipapa de los estados de Italia y para que trabajase en concertar la paz entre el Magnánimo y Renato.

Por un momento la fortuna pareció sonreir al Antipapa pues á poco se presentaron á rendirle homenage diputados de Praga y de Ulrico de Rosemberg gobernador del reino de Bohemia. Los de este último no se olvidaron de pedir recursos, si bien dijeron necesitarlos para combatir á los husistas. Se les contestó que se pedirían para ellos á la Dieta de Francfort. A estas adhesiones se añadieron muy presto la del Obispo de Cracovia y la del Rey de Polonia que ya la había ofrecido al principio, pero á condición de que se le diera la investidura del Reino de Hungría y se le permitiese quedarse con el dinero de las indulgencias.

las solemnidades debidas y en tales casos acostumbradas reverancias, obediencias y reconocimientos. El párrafo segundo del referido poder aclara el móvil que impulsaba á Visconti y la condición onerosa que debió imponer á este reconocimiento, pues en dicho párrafo se autorizaba á los apoderados para aceptar, en nombre de su señor, de mano del Papa Felix, la dignidad, honores y preeminencias de gonfaloniero ó portaestandarte universal de la Santa Madre Iglesia á perpetuidad, así como cualesquiera otros cargos y honores que les parecieran bien y figuraran en la concordia que había de celebrarse con el referido Papa, con las dignidades, ventajas, estipendios, sueldos de gentes de armas tanto de caballo como de pié.

Este poder trae la fecha de 20 de Junio de 1441.

Vid. *Documenti dipl. tratt. dagl. arch. mil.* Vol. III, part. I, n.° CCXXVI.

(1) La conducta llena de doblez, tortuosa, aunque calculada, de D. Alfonso de no romper abiertamente con el Papa ni con el concilio, á la par que de no someterse decididamente á uno ú otro, llenaba de confusión á la Regente de estos Reinos la virtuosa y prudentísima Reina D.ª María, su olvidada esposa. De esta confusión nacían mil dudas en la resolución de los asuntos eclesiásticos que también se enmarañaban por efecto de que unos querían llevarlas á tenor de lo prescrito por el Papa y otros según las modificaciones establecidas por los padres de Basilea. Como prueba de lo dicho insertamos el párrafo VIII de un documento notable é inédito del Archivo de la Corona de Aragón. Dice así:

«Mes avant avise sa S. com en aquests Regnes e terres sues ha una gran murmuració e descontentament perque sa S. manant servar substracció, atorga letres de licencia de executar bulles axi de papa Eugeni com del Concili perque aço porta gran confusio, car dien que sil Concili es Concili, papa Eugeni no es papa, car la suspes e privat e que los Embaxadors de sa S. e daltres Reys e princeps consentiren en la suspensió. E que si lo papa roman papa, ni ha poder que lo Concili no es res, car la disolt e damnat E daço se parla molt lejament. E certifique sa S. quen volien entroduhir e aquesta cort per via de meselarho en la Embaxada. Empero ha se tinguda manera que per res no sen parle en special en quins termes e quant carregosos la cosa sen met. Sia merce de sa S. volerhi prevehir segons es expedient á la honor de Deu e servey seu. — *B. Sellent.*» (1)

(1) Archiv. de la Cor. de Arag. Reg.ª 2650, fol. 166 v.°



¡ Por lo visto la codicia tenia carcomidos los corazones de aquella época !

Acercándose el día de la llegada del Emperador á Francfort, el Concilio de Basilea nombró una respetable embajada para que fuera á su encuentro. De acuerdo con Felix se le dieron instrucciones que tendían á la paz y además una carta sinodal obra de Eneas Sylvio Piccolomini: en ella se manifestaba á Federico cual había sido la conducta del Concilio y la causa de sus discusiones con Eugenio IV, expresando vehementes deseos de la paz, pero honrosa, fundada en la verdad, en la justicia y en la honradez, sin compromisos para la fé ortodoxa y que partiera de la observancia de los decretos de los Concilios de Constanza y Basilea.

Formaron esta embajada el Cardenal de Arles, Juan de Segovia y el arzobispo de Palermo representantes de los diversos matices que se dejaban notar en el Concilio, la cual emprendió su viaje el día 15 de Abril de 1442.

Para poner más de relieve su anhelo por la paz, Felix y el Concilio ordenaron rogativas públicas para el buen éxito de la embajada y suspendieron las sesiones para evitar que alguno de sus acuerdos pudiese desagradar al Emperador y á la Dieta.

El Papa por su parte no descuidó asunto de tanta monta para la Santa Sede, é insiguiendo lo que había hecho respecto de la Asamblea de Maguncia, mandó una embajada á Francfort para rebatir las declaraciones y desbaratar los manejos del antipapa y de los suyos. Los nombrados por el Pontífice fueron Juan de Carvajal, Nicolás de Cusa y Jaime de Ferrara.

El Emperador dió audiencia particular á unos y á otros, más como le urgiese pasar á Aquisgran para la ceremonia de su coronación, manifestó á los embajadores que en su día serían oidos por las personas nombradas expresamente para el caso.

Mientras dicha ceremonia tenía efecto, los obispos, teólogos y magnates designados por Federico, citaron á conferencia con ellos á los enviados de entrambas partes. Panorma tomó la palabra en nombre de la embajada de Basilea y en un alegato verbal que duró tres dias, expuso cuanto le pareció bien para probar la justicia de la causa que defendía. ¿ Habla-

ba el arzobispo de Palermo por cuenta propia, como otro de los padres del Concilio ó seguía con el carácter de embajador de D. Alfonso cerca de los padres de Basilea? (1) De todos modos, oculta ó desembozada, no puede negarse la connivencia del Rey en los pasos de Panorma. Por lo demás no debe esto extrañarnos, pues la animosidad que sentía D. Alfonso por Eugenio IV continuaba en aquella sazón sin llevar trazas de moderarse, en razón á la parte principal que éste seguía tomando en las hostilidades de la liga que tanto animaba á Renato. (2)

(1) Son innumerables las vacilaciones y cambios de frente de este prelado. Consultando la *Historia eclesiástica* de Natal Alejandro, hemos hallado los siguientes datos que no queremos dejar en olvido.

Dice este autor que el arzobispo de Palermo, después de haber defendido la autoridad de los concilios como superior á la del papa, al predicar en la festividad de Pentecostés, en ocasión en que celebraba Felix V, sentó que el papa era superior al concilio general, y que no habían obrado bien los padres que pospusieron el nombre del pontífice al del concilio; porque aquel era cabeza del concilio y obispo de la iglesia universal, aunque esta prerogativa solo la tiene en las cosas agenas; porque en las personales el papa está por debajo del concilio, de suerte que puede ser juzgado por el mismo por cualquiera pecado mortal notorio que perturbe la Iglesia. En lo demás, dijo, que el fallo pertenece á él del todo, sin esceptuar las definiciones de la fé, aún en el caso de estar reunido el concilio. Los padres que oyeron este lenguaje se alarmaron, creyendo que tal doctrina era contra el concilio de Constanza y en favor de Eugenio. Amonestado sobre ella en presencia de Felix y de sus cardenales, corrigió varios conceptos, recordando lo que había hecho antes por la autoridad y defensa del concilio, manifestando que muchas palabras que se le habían escapado en el ardor de la oración, no tenían el alcance que muchos les habían dado y que no debían interpretarse como lo hacían algunos. Fueron aceptadas tales explicaciones en razón de haber favorecido siempre la autoridad del concilio. Natal apoya este relato en la autoridad de Patricio.

« Panormitanus Archipræsul Nicolaus de Tudisco, quem Lucernam Juris appellatum, Trithemius testatur ab Alfonso Aragonum et Siciliæ Rege cum Eugenio Papa reconciliato Basilea revocatus, cum ad Eclesiam suam rediiset, essetque sub Eugenii potestate, propugnatum in Concilio Basileensi de Synodorum Generalium supra Romanum Pontificem Authoritate sententiam non revocavit, neque ut revocaret ab Eugenio compulsus est: nec ejus Commentarios in Caput *Significasti*, *De Electione*, censura confixit, prohibuit, igne damnavit Apostolica Sedes: velut Scriptoris de Authoritate Pontificia male sentientis: Imo Nicolaum V. ejus jam defuncti nomini ac memoriæ favisse, et Cardinalitiam ejus dignitatem ratam habuisse, referunt S. Antoninus, Onuphrius Panvinius, et Ciaconius. Singulare vero est, observatione dignum, quod de Oratione ab ipso habita in celebritate Pentecostes, Felice V, in sua Obedientia Pontifice, Sacris operante, refert Augustinus Patricius, Cap. 120. Cum scilicet de Authoritate Concilii et Papæ loqueretur, asseruit Papam esse majorem Generali Concilio, neque recte agi á Patribus, quod nomen Pontificis, nomini Concilii postponerent, quoniam ipse esset Caput Concilii, et Episcopus universalis Ecclesiæ, sed hanc prerogativam habere Pontificem in rebus alienis: In factis autem propiis ita Papam subesse Concilio, ut etiam pro quocumque peccato mortali notorio, Ecclesiam perturbante, posset á Concilio judicari. In aliis Judicium ad eum omnino pertinere, ad quem etiam Fidei Definitiones spectarent, etiam præsente Generali Concilio. Hæc Panormitani verba multorum patrum animos perturbarunt, putantes ea aperte contra Constantiensis Synodi doctrinam esse, et in favorem Eugenii. Monitus super his Panormitanus coram Felice et Cardinalibus suis se multis verbis purgavit, ostendens prius quæ et quanta fecisset pro Authoritate et defensione Sacri Concilii, se ea verba protulisse ardore quodam sermonis, et non ea intentione quo multi acceperant; sed neque esse ita interpretanda. Proínde acciperent ejus bonam mentem, qui Authoritati Conciliorum favisset semper faveretque quoad viveret. »

(2) Lo que hace sospechar que Panormita obraba de acuerdo y aún por orden



Nicolás de Cusa habló en nombre de los legados del Papa para probar la ilegalidad y la inconveniencia de cuanto se había realizado en Basilea.

Los discursos de ambos oradores fueron puestos por escrito y sometidos al juicio del Emperador á su regreso de Aquisgran. Enterado éste de una manera minuciosa de cuanto había ocurrido, y oido el parecer de la Dieta, manifestó la necesidad de reunir un nuevo concilio, resolviendo enviar diputados al Papa Eugenio y al Concilio de Basilea para el logro de dicho objeto, manteniéndose entre tanto en la más estricta neutralidad. Como no mentase siquiera al antipapa, los enviados de éste se quejaron con amargura, partiendo inmediatamente con el fin de hacer á sus comitentes el relato de lo acontecido.

La cancillería imperial extendió las instrucciones que debían llevar los embajadores de Federico, siendo notables las siguientes: sincerar al Emperador y á los príncipes alemanes por su decisión de permanecer neutrales; proponer la reunión de un nuevo concilio, procurando que tuviera lugar en una ciudad de Alemania y con preferencia en Ratisbona, Tréveris, Metz, Strasburgo, Constanza ó Trento; ofrecer al Papa la con-

del Rey, es la correspondencia cifrada que entre los dos mediaba desde mucho tiempo antes, como lo manifiesta la siguiente carta que tomamos del Reg.° 2651, foleo 181 v.° del Archivo de la Corona de Aragón. En ella le encarga, procure que el Concilio otorgue á la Corona ó á su curia todas las multas que se saquen con motivo de las usuras, con lo cual se confirma lo que apuntamos en el lugar correspondiente, es decir, que el Rey en lo que menos pensaba era en castigar el desuello de sus súbditos por parte de los logreros y sí en llenar sus arcas con la sustancia de unos y otros.

« Rex Aragonum etc.

Reverende in Christo pater consiliarie et orator noster dilecte: magnas p. v. gracias habemus de advisamentis in vestris litteris quas ad nos dedistis contentis vos certiorem reddentes quod cifram ad vos mittimus cum qua quitquid scribendum erit tute possitis scribere, proinde ipsam V. R. P. affectuose rogamus ut sepe numero et per varias vias de omnibus occurrentibus velitis ad nos scribere sic enim jungere non poterit quin multas ex vestris litteris habeamus; ceterum quia per sacrum Bassiliense concilium venerabili in Christo patri G Episcopo Ilerdensi consiliario nostro dilecto super usuris in illis Regnis et terris nostris occiduis comissio facta sit, itidem paternitatem vestram affectuose precamur cum ipso concilio modum teneatis quatenus dignetur eidem Episcopo mandare ut pecunias omnes que ex inquisitionibus dictarum usurarum exibunt, nobis seu nostre Curie dare debeat in emendan expensarum quas in favorem ipsius sacri Concilii subjecimus. Erit enim res de qua certe nobis complacebitis in immensum. Datum in civitate Averse die XXVI novembris 1III.ª (1) indiccione. Rex Alfonsus. — *Olzina*.

Reverendo in Christo patri N. Archiepiscopo Panormitano consiliario et oratori nobis plurimum sincere dilecto. »

(1) 1441.



vocación del concilio á nombre del Emperador, para el caso de que le repugnara hacerlo en el suyo propio: manifestar que si el Papa quería justificarse, no se le pondría impedimento, pero no se permitiría llegase el caso de la justificación; no esperar más de un mes la respuesta á sus proposiciones, debiendo ser ésta por escrito; no recibir los de la embajada, gracia, dignidad ni beneficio del soberano Pontífice.

A los que habían de ir á Basilea se les previno que no debían reconocer á Felix como Papa, y tratasen con él por el intermedio de tercera persona.

A unos y otros se les mandó que estuvieran de regreso el día de la Purificación de la Virgen, para cuyo tiempo estaba convocada una nueva asamblea de príncipes en la ciudad de Nuremberg.

Disuelta la Dieta de Francfort, el Emperador emprendió un viaje que le obligó á pasar muy cerca de Basilea. Sabedores los padres de esta coincidencia le mandaron una diputación encargada de pedirle que se sirviese entrar en la ciudad y honrar con su presencia á los que formaban el Concilio. Negóse terminantemente Federico, resentido de la resistencia que se le oponía y de los obstáculos que hasta entonces habían encontrado sus proyectos de concordia. Oyó no obstante á los diputados y después de algunas conferencias, logró del Concilio la promesa de trasladarse á otro punto, en obsequio de la paz. Los padres no vinieron incondicionalmente á tal acuerdo, teniendo algunas exigencias, que les fueron concedidas, entre las cuales hay que hacer mención de las siguientes: que el lugar designado para la reunión ofreciera seguridades bastantes y, á ser posible, se señalara una ciudad de Alemania; que la traslación se hiciese de órden del Emperador; que éste asistiera en persona ó enviara representantes; que invitase á los reyes y príncipes á mandar embajadores y á recomendar la asistencia á sus respectivos prelados; por último, que todos se comprometieran á obedecer cuanto el Concilio decretase.

Ante esta nueva actitud el Emperador se desenojó por completo, y en prueba que ya no conservaba resentimiento alguno, el dia 11 de Noviembre de 1442, se dignó visitar la ciudad. Su entrada fué, según la costumbre de aquella época, sobrema-



nera solemne y pomposa. Iban á su lado el Cardenal de Arles y el Patriarca de Aquilea, obispo de Trento; precedíanle los demás cardenales y prelados, así como algunos magnates entre los cuales hay que citar más especialmente al Duqne de Brunsvick y al Conde de Ginebra. En esta forma se dirigió á la catedral, donde, después de haber orado, se sirvió dar audiencia. Fué ésta franca y leal y durante ella mediaron satisfactorias explicaciones. Federico significó que su conducta no tenía más móviles que la justicia, la paz y el esplendor de la Iglesia.

Al siguiente dia tuvo por conveniente visitar á Amadeo de Saboya: así con el tacto que distingue á los monarcas dotados del dón de buen gobierno y con la firmeza característica de los que se han aprovechado de las lecciones, que no deja de recibir ninguno de los mecidos en régia cuna, preparaba el terreno para que en su dia la persuasión fructificara, y, en vez de aumentar las distancias, las acortaba, allanando y haciendo fácil el camino. Sin embargo, para que su visita no tuviese un carácter distinto del que él le quería dar, fué con poco acompañamiento de personas de su servidumbre. Al llegar al salón de la morada de Felix, se descubrió; á poco se presentó el antipapa, vestido con un ropón de púrpura todo forrado de armiño; y el Emperador fué á su encuentro con las mayores demostraciones de respeto; un obispo hizo la presentación y explicó la causa por la que S. M. I. no le tributaba los honores correspondientes al soberano Pontífice, cuya causa dijo ser el deseo de concordia y la mira de que cesase cuanto antes aquel estado anómalo de la Iglesia. Dicho introductor no dió jamás al de Saboya el tratamiento de Santidad, ni el de beatitud, y si solo el de bondad; en cambio Amadeo contestó dándose tono de Papa, y, tras de una conversación en que se tocaron distintos puntos, Federico se retiró á su palacio y al otro día se ausentó de Basilea.

Transcurrido algún tiempo, Felix se trasladó á la ciudad de Lausana en aquella Suiza teatro predilecto de todos los innovadores. Al despedirse de los padres del Concilio les manifestó que le movía á emprender la traslación la necesidad de cuidar de su salud y que regresaría á orillas del Rhin en cuanto pasara el invierno.



Dice Patricio, que en el mes de Diciembre de 1442, Fernando, Duque de Calabria, hijo de D. Alfonso de Aragón, envió un diputado á Basilea para someterse y prometer obediencia en todo lo que no fuera opuesto á los intereses de su padre. Más habiendo dado dicho emisario á D. Fernando el título de Duque de Calabria. un obispo llamado Raimundo, protestó en nombre de Renato, diciendo que el Reino de Nápoles pertenecía á éste y no á D. Alfonso que era un usurpador, y que por la misma razón el ducado de Calabria pertenecía á Juan, hijo de Renato, siendo D. Fernando un duque supuesto.

Panorma, que se hallaba presente, reprendió al obispo con mucha acritud y le dijo que no tenía autorización ni poder de Renato para expresarse de aquel modo, añadiendo que su proceder era tanto más torpe, cuanto que D. Alfonso y su hijo se declaraban en favor del Concilio y que era necesario tratarles con consideración y no defender la causa de sus enemigos.

No es de estrañar que los reyes se inmiscuyeran en las cuestiones de disciplina eclesiásttca, cuando los concilios se creían autorizados para discutir el mejor derecho de los reyes.

Debemos advertir que en la fecha de la embajada de don Fernando tal vez haya alguna equivocación, puesto que hasta el año siguiente, ó sea en el de 1443, no fué declarado duque de Calabria, á menos que se considerase tal, por efecto del testamento de su padre, que se halla en la Colección de Chioccarello.

Otro de los que anduvieron en negociaciones con el antipapa para valerse de él en contra del legítimo Pontífice, fué el Conde Francisco Sforza; ¿Qué interés religioso le impulsaba en sus manejos? Ciertamente ninguno. Lo único que esplica su solicitud es el afán de conservar lo que había usurpado en la Marca de Ancona. Pensó que tal vez por medio del Concilio ó del antipapa le sería fácil obtener la sanción de sus despojos, á cuyo efecto ofreció á uno y otro que les haría reconocer por las Repúblicas de Venecia, Florencia y Génova, que recobraría á Roma con todos las estados de la Iglesia para dárselos á Felix, y, para poner el sello á su osadía, añadió que entregaría á Eugenio IV prisionero.

A estos ofrecimientos debió contestar el antipapa con la nota de los suyos, cuya copia se halla en los archivos de Estado de Milán y trae la fecha de 3 Agosto de 1442.



El mediador lo fué Francisco Visconti, el cual debía exigir á Sforza, de parte de Felix V, que levantase las armas de la Iglesia y las suyas en todos los lugares que poseía, así como en las de sus adherentes y coaligados, ó bien, como gonfaloniero del propio Felix y de la Iglesia en campaña, enarbolase sus armas, aceptase un legado suyo, comisarios y oficiales y con todo su poder hiciese la guerra á Eugenio IV y conquistase el patrimonio de la Iglesia.

Los ofrecimientos consistían en darle sueldo para seis mil caballos y once mil infantes, al precio acostumbrado por la Iglesia por un año y por otro mes á beneplácito; en entregarle desde luego en dinero contante cien mil ducados y en autorizarle para que el resto del sueldo se lo pudiese cobrar de los ingresos de la Iglesia, á escepción de los de Bolonia. Cosme (de Médicis) debía tomar el cambio del dinero y prometer por el conde el cumplimiento de lo pactado.

Felix se avenía á entrar en la liga por intermedio del Conde, como papa, hacer que la Iglesia entrase en la misma, y, como duque de Saboya, hacer que entraran sus hijos, dejando esperar que también entraría el marqués de Ferrara, si se hacían las cosas del modo que queda dicho.

Para que se vean los halagos del antipapa al poderoso condottiero, copiaremos un párrafo elocuentísimo del documento insinuado.

" Questa è la substantia de tuto; el papa se reposará sopra le spale del conde: dice vole sia el suo primo figliolo, cioè chel goberni luy e la Chiesa, e suo terzo figliolo in amor peró che luy ne ha due altri. Che Chosma mandi sufitiente mandato a tor el denaro e far la promesa, e cosi il conte a prometer e sugelar. "

Apesar de estos halagos, hallamos en la colección diplomática que nos sirve de guía, que el día 1.° de Setiembre del mismo año se celebró una convención y tregua entre el papa Eugenio y Nicolás Piccinino por una parte y el referido conde Francisco Sforza por otra. Esta tregua se estipuló que duraría hasta el mes de Abril del año siguiente.

Con todo el Conde Francisco, obrando con una doblez censurable, sin acordarse de que había firmado de mano propia,



sellado con su sello ordinario y hecho firmar por su canciller la escritura de la referida tregua, poco tiempo después, ó sea el día 13 de Noviembre, expedía un memorial á Tomás de Rieti, para celebrar concordia con el antipapa, bajo las bases siguientes, que copiamos textualmente para no vernos obligados á llenar con riesgo de la exactitud los desperfectos que presenta el documento.

" MCCCCXLIj, die 13 novembris in villa
Turris Cingoli.

„ Imprimis che la Santità de nostro signore papa Felice quinto renda et restituisca al illustre Conte Francesco tutto quello che papa Eugenio gli ha tolto in questa guerra, o vero che lo dicto conte se li toglia da per luy stesso.

„ Item che la prefata Santità confirmi et de... al prefato conte tucto quello teneva de la Chiessia... presente guerra, e che glilo daga iu vicariato... de ciò fargli autentichi et oportuni privilegij, e cosi confir... cti li altri vicariati, quali (ha) havuti da papa Eugenio per sè et suoi eredi.

„ Item confirmarli et de novo concederli l' offitio del confalonerato de Sancta Chiesia, e 'l marchesato.

„ Item che la prefata Santità daga ad esso conte lo soldo et stipendio de cavalli quattromilia, et fanti mille.

„ Item che la prefata Santità, facte le obligationi et capituli cum lo prefato illustrissimo conte, sia tenuta dare et pagare ad esso conte in pecunia numerata in Venetia ó Fiorenza de prestanza ducati d' oro centocinquantamilia. „

„ Item che la prefata Santità prometta e sia tenuta condursi personalmente cum la sua Corte in Italia, et esso conte gli promette da mo, conclusi li capituli, alzare le sue bandieri, et dargli obedientia in tucte le sue terrre, et dargli recepto nella Marcha e in ogni suo luoco dove volesse stare, et fare guerra á papa Eugenio.

„ Item e contento et promette el prefato conte instare et operare cum la illustrissima Liga quanto gli sia possibile, che nelle sue terre gli daga obedientia, et invochi lo suo nome; et simile opere et instantia farà el prefato conte cum lo serenissimo re de Ragona, accadendo chel... de acordo cum la maistà soa... to seguiere la voluntà de la Santità soa.



„ Item porre altre cose nelli capituli... se li convengono &c. „ (1)

La anterior negociación no tuvo más resultado que la de aquellos cazadores que trataban de la piel del oso antes de haberle dado muerte.

Hablemos ahora de lo que hacían los embajadores que Federico había mandado al Pontífice.

Mucho tiempo pasó antes de que pudieran saber á qué atenerse; pero viendo que había pasado el día de la inauguración de la Asamblea de Nuremberg, rogaron reiteradamente á Eugenio IV que les diera una respuesta decisiva, Por fin éste con la firmeza é inmutabilidad de principios que es como la clave de la duración del Pontificado, contestó con un *non possumus* y con un *qui non est mecum contra me est*. Las formas con que veló esta contestación fueron sin embargo persuasivas y corteses. Hizo manifestar á los embajadores que era estraña la idea de un nuevo concilio, cuando en Roma mismo, en la basílica de San Juan de Letran, donde se había trasladado el de Florencia, estaba funcionando uno legítimo, ecuménico, de autoridad apostólica por reconocimiento de todos los patriarcas de la Cristiandad y por medio del cual se habían hecho cosas milagrosas, como nadie podía dejar de reconocer, sin apartarse de la fé ortodoxa y sin ponerse en rebeldía con Dios: que si alguien pensaba lo contrario, el Papa deseaba que ese abriese los ojos á la luz y que, rechazando las sugestiones de los de Basilea, abrazara la doctrina de la Santa Sede, á la cual Jesucristo instituyó juez de la fé; que el Concilio de Letran estaba compuesto de gran número de prelados capaces de resolver todas las dudas que se pudieran suscitar; que para complacer al Emperador consultaría con dicho concilio lo que hubiese lugar acerca de sus pretensiones; que llegado el caso de ampliarlo, el mismo diría quien podía ser admitido y quien debía ser rechazado; que apesar de todo mandaría embajadores al Emperador y á los príncipes, por más que estuviera convencido de la inutilidad de este paso, en tanto que uno y otros persistieran en una neutralidad que no cabía dentro de la ley de Jesucris-

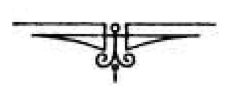
(1) Vid. *Doc. dipl. trat. dagl. arch. mil.* Vol. III, part. II, ños CCL, CCLI y CCLIII.



to, y dejaran de reconocer que la Santa Sede era la única capaz de devolver la paz á la Iglesia; por fin, que si los alemanes se sometían y los monarcas adictos no veían inconveniente en ello, entonces y solo entonces se convocaría un nuevo concilio.

En Constantinopla los asuntos religiosos no habían tomado en el espacio de los dos años que nos ocupan, un sesgo muy favorable. Continuaban las divisiones y las disputas, y el Emperador, á quien absorvían toda la atención las querellas que tenía con su hermano Demetrio, ideó el expediente de una discusión á puerta abierta, para ver si la opinión pública acertaba á resolver lo que él, por falta de tino y de carácter, no sabía resolver de modo alguno. Aunque esto fuera desentenderse de todo lo hecho y suscrito en Florencia, no tuvo empacho en realizarlo. Los contendientes fueron Marco de Efeso, por un lado y el Obispo Bartolomé de Florencia, de la órden de los dominicos, por otro. Habiendo llevado el primero la peor parte, en sentir de la mayoría de los que asistieron al certámen, le entró tal pesadumbre de ánimo que al poco tiempo bajó al sepulcro, no sin dejar dispuesto que prohibía asistieran á sus funerales y oraran por él cuantos hubiesen firmado la unión ó fueran partidarios de ella.

Así dió fin aquel tipo de inexorabilidad y dureza, solo comparable con Calvino, sinó afearan á éste la insaciable sed de mando y la crueldad, defectos que por fortuna no rebajaron á Marco en medio de su altanería.





CAPÍTULO XLIII

SUMARIO

(1443). — Negociaciones entre D. Alfonso y el Duque de Milán para aceptar concordia con el Papa. — El Duque propone al Rey el casamiento de Leonello de Ferrara con D.ª María de Aragón, hija natural de D. Alfonso. — Parlamento de los barones del reino de Benevento que después se traslada á Nápoles — Entrada triunfal del Rey en su capital. — Magnificencia del cortejo. — Alegría del pueblo. — Arco de triunfo — Celébrase el Parlamento. — Discurso del Rey. — Acuerdos tomados. — Proclamación del infante D. Fernando como Duque de Calabria y heredero de la Corona. — Se rectifica el juicio severísimo de Bofarull. — Incidente con Piccinino. — Como se desentiende el Rey del Antipapa y trata concordia con Eugenio IV — Resultado de las negociaciones con el cardenal legado. — Capítulos de la concordia. — Varios otros documentos pontificios sobre lo mismo. — Bula de la investidura del Reino. — Embajada del Rey al Papa. — Tregua con Venecia.—Reanúdanse las operaciones militares. —Júntase con el Rey Piccinino con sus huestes.—Paralelo entre Piccinino y Sforza. —Ríndense Viso y Sanseverino que el Rey entrega al legado del Papa.— Se pasa á la causa del Rey Pedro Brunoro y se entregan las plazas de Macerata y Tolentino. — Apuros de Sforza que desea reconciliarse con su suegro el Duque de Milán. — A las proposiciones de éste contesta el Rey que tiene empeño en recobrar la Marca por el Pontífice. — Insistencia del Duque y conferencias de Milán con los enviados del Rey Malferit y la Nou — Enredos diplomáticos. — Prosigue la campaña en la Marca. -El Conde Sforza manda un heraldo al campo del Rey que dirige graves cargos contra Piccinino. — Respuesta de este caudillo. - - Desafío incumplido á las puertas de Fano.— Escaramuza en Fermo con Alejandro Sforza. — Relato de Fazio enviado para tratar con D. Alfonso. — Tregua con los genoveses. — Hecho de armas desfavorable á Piccinino. — Raimundo Boil se apodera de Teramo. — Negociaciones varias de la cancillería real. — Infructuosas gestiones de Vinyes, enviado por los Concelleres de Barcelona á pedir ciertos privilegios al Rey.

No nos toca por fortuna ocuparnos en la mayor parte de este capítulo que comprenderá los sucesos acaecidos durante el año de 1443, de encuentros y batallas, de sitios y toma de plazas, de depredaciones y saqueos, de lágrimas, como en la mayoría de los que anteceden.



El ánimo del lector se esplayará al pasar la vista por él, como ahora se esplaya el nuestro al escribirlo, ante acontecimientos más bonancibles y agradables; que no porque sea muchas veces la guerra el único camino de la paz, deja de causar horror á todo el que no contempla con indiferencia las miserias de los hombres y las calamidades de los pueblos.

En el capítulo anterior hemos visto como el Papa y el Rey firmaron tregua, aunque no la tuvieron con la religiosidad apetecible algunos caudillos del ejército pontificio. Andando el tiempo, y ya principiado el año de 1443, la tregua se trocó en concordia, según queda apuntado en el pasaje que tomamos de Rosmini. Corresponde, pues, en este lugar dar la correspondiente suma de detalles, respecto de los pasos preliminares del tratado, que, como era de rigor en aquellos tiempos, marchó con bastante lentitud.

La proposición de la concordia llegó al Rey de parte del Duque de Milán, y como D. Alfonso no quisiese estipularla sinó con el consejo y la intervención de aquel su grande y antiguo amigo, le envió á un camarero suyo, llamado Juan de Liria y á Luis de Pernia, que era letrado en derecho civil y canónico, para que en unión de Juan Çabrugada embajador ordinario del Rey en Milán, discutieran sus bases con los del Consejo del Duque que lo eran en aquella sazón, Guarnerio de Castellon, (¿Castiglione?) Francisco Laudriano, Scaramuça de los Vizcondes, (¿Visconti?,) Tomás de Boloña, Guini Fores Barziniziis, (¿Guiniforte Barzizza?) Luis de Verino, Conde de Sangriana, Nicolao de Archimboldis é Italiano Bonromeo. (1)

No bien habían empezado estos diplomáticos sus árduos y delicados trabajos, cuando Felipe María, cuya cabeza no descansaba un momento, concibiendo siempre planes y urdiendo intrigas, se dirigió nuevamente á D. Alfonso que se hallába en Barletta el dia 9 de Enero, proponiéndole el matrimonio entre Leonello, Marqués de Ferrara y Doña María de Aragón, hija natural del Rey.

¿Qué intención llevaba el Duque en este enlace? El lector recordará, por el pasaje que vertimos de Rosmini en el capí-

(1) Damos dichos nombres del modo que los escribe Zurita y los rectificamos siguiendo á los historiadores de Milán.



tulo XXXVIII, que dicho Marqués fué otro de los que firmaron la paz de Lombardía á que debió su salvación el Conde Francisco Sforza. El pensamiento del Duque no era, por lo tanto, otro que tener al referido potentado de la parte suya y del Rey, para inducirle á romper sus compromisos y hacer la guerra al altivo *condottiero,* siempre que suegro y yerno no corrieran en buena armonía, como era lo habitual y como sucedía entonces.

El que llenó tan delicada misión de parte de Visconti, fué Gerónimo Bindocio de Sena, y al cabo de algunos dias, ó sea á 21 de dicho mes, hallándose el Rey en Foggia, le dió audiencia y otorgó la vénia para que dicho matrimonio se tratase, poniendo por primera condición que el Marqués mandara sus embajadores.

Para ocuparse D. Alfonso con más conocimiento y seguridad de los asuntos que tenía pendientes con la cancillería milanesa, ideó el expediente de pedir á Felipe María que le enviase por su embajador á Francisco Barbaria, pues tenía confianza y amistad con él, desde que estando de gobernador en Savona trató con tanto miramiento y atención no solo á su real persona, sino á los infantes y demás caballeros que estuvieron en aquella ciudad, después del desastre naval de la isla de Ponza. Esto lo hacía el Rey, porque la experiencia le había enseñado que los más de los cortesanos del Duque, tal vez considerando que Sforza pudiese sucederle un día en el Ducado, estaban casi en todo á favor de él, y no era cosa de que fraguasen algo en contra de los intereses de la causa aragonesa, señaladamente en aquella sazón en que había pendientes tan delicados asuntos entre una y otra córte.

A tal altura se hallaban los negocios diplomáticos, cuando el Rey pensó en dar vado á otras atenciones que eran igualmente interesantes.

Había hecho convocar desde Barletta para el 21 de Enero el Parlamento general en la ciudad de Benevento, escribiendo á los barones para que concurriesen puntualmente. De Barletta pasó á Trani, Molfetta y Giovenazzo, y de allí al sitio de la convocatoria, donde encontró ya á una gran parte de los próceres del Reino. Mientras esperaba á los restantes que por el



rigor del invierno y el mal estado de los caminos se habían retrasado, se le presentaron algunos caballeros napolitanos mandados por la capital, á suplicarle que trasladase la asamblea á ella, por ser cabeza del Reino y sitio el más adecuado y conveniente. Considerando razonable la petición, accedió desde luego, emprendiendo por su parte inmediatamente el viaje. (1)

Aquí nos encontramos con otra notable divergencia entre los autores que venimos consultando y que nos sirven de guía.

¿Fué el Parlamento antes que la entrada triunfal ó fué al contrario? (2)

Para nosotros, apesar de las divergencias de los historiadores, no cabe duda que la entrada triunfal fué lo primero.

Hagamos la descripción lo más detallada posible, de aquel ostentoso suceso que dejó imperecederos recuerdos en toda Italia, pudiendo leerse en centenares de autores y contemplarse esculpido en uno de los monumentos arquitectónicos más bellos de aquella edad.

Al saber los napolitanos por las letras de Juan Olzina, se-

(1) En el mes de Febrero de este año el Duque de Milán rogaba á D. Alfonso, por medio de Gerónimo de Sena, que se sirviese tomar á sueldo, con las mejores condiciones posibles, á Luis Gonzaga, hijo del Marqués de Mantua, Juan Francisco II, al cual el dicho Duque profesaba el cariño de hermano y miraba por su bien y honor lo mismo que por el suyo propio. Luis Gonzaga había servido el papa y se hallaba él y su compañía sin colocación. Felipe María hacía asegurar al Rey « *che esso misser Ludovico no fa lo mestiero de le arme per cupidita de guadagno, ma solo per acquistare honore et fama.* »

Vid. *Doc. dipl. tratt. dagl. arch. mil.* Vol. III, part. II, n.º CCLVII.

(2) Hé aquí lo que dice Constanzo: « Celebrato questo Parlamento concesse alla Città di Napoli molti capitoli, li quali hoggi si vedeno in stampa, dapoi ne andó á Somma per alcuni di per aspettare che si apparechiassero le cose necessarie per entrare in Napoli al modo antico di trionfante.»

El Anónimo escribe « Ma Re Alfonso stabilite le cose sue (esto es celebrado el Parlamento, otorgados varios privilegios y mercedes y proclamado su hijo D. Fernando Duque de Calabria) come di sopra è detto, usci di Napoli, è com' era in tutte le cose magnánimo, volle di la à pochi di tornare triomfando al modo antico in uno Carro dorato. »

Fazio da á entender que la entrada triunfal fué inmediatamente después de la convocatoria, no de la celebración del Parlamento; así dice: « *Alfonsus Beneventum concessit, ibique conventum agere instituit. Quod postquam vulgatum est, Neapolitani cives, Regnique Optimates honestius arbitrati, Conventum Neapoli agi, quæ urbs esset Regni totius caput, ibique Regem honorificentius quam usquam alibi excipi posse, Legatos ad eum misere oratum, uti apud se mallet Conventum agi. Fuit ea legatio Alfonso perjucunda; quod quam grata sua victoria Neapolitanis esset, ex eo maxime judicabat; itaque Neapolim conventum edixit. Post hæc ex Benevento digressus, Neapolim ad Divi Antonii templum suburbem, ad quingentos ferme passus, concessit; ibique moratus est, donec, quæ ad triumfi magnificentiam pertinebant, parata essent.*

Zurita es el más concluyente, pues cita fechas; veámoslo: « Entró en aquella ciudad un Martes á veynte y seis del mes de Febrero: con gran solemnidad de triunfo, y fiesta. » Y en otro lugar añado: « El Jueves siguiente celebró el Parlamento á los Grandes y Barones en el capítulo del monasterio de Sant Lorenzo... »

Summonte sigue á Zurita, no hallando razón ni motivo para rectificarle.



cretario del Rey, que éste había accedido á los deseos de la ciudad y que el Parlamento se celebraría en ella hácia fines de Febrero, deliberaron por la victoria de su Rey y por su inmediata clemencia después de haberla conseguido, honrar su entrada en Nápoles, construyéndole un carro triunfal con un rico palio, para que entrase á guisa de los emperadores romanos. A este efecto abrieron lo que hoy llamaríamos una suscripción que arrojó la suma de 1901 ducados dados por 596 personas entre capitanes y ciudadanos del pueblo. Julián Passaro en sus ANALES inserta íntegra la lista de los suscritores con sus respectivas cuotas y Summonte copia la parte que se refiere á lo dado por los Capitanes de las Plazas.

De este dinero el regimiento de la Universidad ó sea el Ayuntamiento hizo construir un carro dorado con cuatro ruedas, el cual había de ser tirado por cuatro caballos blancos con gualdrapas de terciopelo carmesí recamado de oro, y con las bridas también de oro, y además un pálio de rico brocatel con las banderolas adornadas con las insignias del Pueblo y del Rey, con muchas empresas, el cual se sostenía por veinticuatro astas ó varas doradas. Debiendo entrar por la parte del Mercado, los napolitanos, para honrar á D. Alfonso y mostrar que un tan gran Rey no cabía en puerta alguna, derribaron cuarenta brazas de muro, determinando que pasase por aquella brecha.

Esto escriben Constanzo y Summonte. Lo hacemos constar para que se vea que la idea de aquel gran aparato no fué hija del orgullo del Rey, sinó del entusiasmo y del agradecimiento del pueblo de Nápoles.

Mientras se estaba en estos preparativos, D. Alfonso salió de Benevento y se dirigió á Aversa, en donde se detuvo algunos días, y á 26 de Febrero cabalgó hácia Nápoles, apeándose en la Abadía de San Antonio, en el Borgo de Capuana, y al siguiente día, á las nueve de la mañana, se presentó en la Iglesia del Cármen de cuya Vírgen era muy devoto, acompañado de todos los barones. Inmediata estaba la puerta del Cármen y el trozo de muro derribado.

Un testigo presencial, Vinyes, en una de sus cartas dirigidas á los concelleres de Barcelona, hizo constar que el Rey,



al salir del monasterio de San Antonio, iba á caballo, vistiendo una ropa rozagante de carmesí, forrada de martas, el rostro animado, claro y sonriente.

Antes de subir al carro triunfal quiso dar una prueba de su liberalidad y munificencia á los que le habían servido en la guerra, otorgando á unos ducados, á otros marquesados y concediendo á no pocos el cíngulo militar, nombre que tal vez los historiadores italianos quieren significar la condecoración de la jarra y estola, de que hablaremos extensamente más adelante.

Panormita dice: "Antes empero que subiese en el carro, determinó decir y hacer algunas grandezas que él tenía acostumbradas: y así mandó llamar á Girardo Gaspar de Aquino y díjole: mancebo, teniendo respeto á los muchos y grandes servicios que de tu padre he recibido, yo te crio de nuevo y hago marqués de Pescara; asimismo te amonesto que procures imitar las virtudes de tu padre y seguir la constancia, fé y firmeza que en toda honestidad tuvo aquél en cuya memoria hoy tan señalada honra te damos; la cual, pues, por merecimientos de tu padre la recibes, será justo que con virtudes la sepas y procures conservar. A tí Nicolao Cantena, por los muchos servicios que con toda fidelidad nos has hecho, te hacemos Duque de Sora. A tí Alonso de Cardona, por las hazañas señaladas, que en los peligros de la guerra has mostrado, te señalamos y declaramos conde de Ríjoles: con esta manera de palabras, graciosa y amorosa voluntad, crió otros muchos condes y barones señalados, como fueron el señor Francisco Pandono, conde de Venafro; Juan de Sant Severino, condé de Turcio; Francisco de Sant Severino, conde de Marata; el señor Almerich, conde de Capudache. Tras éstos hizo y armó caballeros y nobles un número grandísimo de personas, que señaladamente en el decurso de la guerra habían muy bien servido."

Instalado ya en el carro, se oyó por todas partes una estrepitosa salva de lombardas acompañada del toque de clarines y de cornetas alternadas con las aclamaciones del pueblo que, ébrio de entusiasmo, por doquiera gritaba "Viva el Rey." Acto contínuo sentóse en la silla curul tapizada de terciopelo carmesí recamado de oro, que eran los colores de la ciudad, y en-



tonces se ciñó la corona de oro macizo y con muchas piedras preciosas, y se pusieron, sobre almohadones de brocado otras seis representativas de sus reinos: á saber Aragón, Sicilia, Valencia, Mallorca, Cerdeña y Córcega.

En el mismo carro y enfrente de la misma silla en que S. M. estaba, había otra que era la divisa del rey, ó sea la silla peligrosa, que parecía echar de sí llamas de fuego.

Panormita dice: " aunque muchos grandes y sabios se lo porfiaron, nunca consintió que le pusieran en la cabeza corona de laurel, asi como los triunfadores solían llevarla. Creo yo que la intención fué pensar como católico y devoto que la corona y señal de victoria era honra debida solo á Dios que la daba, y no á hombre ninguno mortal. "

Llevaba en el cuello una cadena de la que pendía una rosa compuesta de rubíes, ostentando en su centro un riquísimo carbunclo.

Salióle luego al encuentro Gaspar de Diano, Arzobispo de la ciudad, acompañado de todo el clero, con las reliquias de los santos protectores de Nápoles. Acto contínuo se organizó el cortejo por el orden siguiente: primero, el clero cantando himnos, salmos y llevando en andas las susodichas reliquias; los trompeteros ejecutando tocatas triunfales.

Llegaron enseguida los florentinos y catalanes, más antes de formar en la comitiva mostraron su profundo amor y su inquebrantable adhesión á D. Alfonso, en la forma que copiaremos.

" En la delantera, escribe Panormita, iban los Florentinos, los cuales, como muy afectados al rey, habían ordenado ciertos juegos muy solemnes y de gran coste y sumptuosidad, ordenados de esta manera. Iban diez mancebos Florentinos, todos en calzas con jubón; los jubones muy ricos de diversas sedas, las calzas de grana muy ornadas de chapería de oro y perlas y piedras ricas. Estos iban en muy hermosos caballos; los caballos assi mesmo enjaezadas de muchas campanillas y cascabeles de plata, muchas redes por las cabezas y por diversas partes que los adornaban, todo de plata, riquísimamente obradas. Cada uno llevaba su fantasía de invención conforme á su propósito de mancebo y á la dama que servía: tan levantados so-





bre los estribos y tan galanes, que el que por parte ninguna tocaba la silla era tenido por feo y mal caballero. Cada cual llevaba una lanza pequeña en la mano, la cual con el brazo alto, teniéndola por medio, la temblaba á manera de hombre de guerra. Estas lanzas eran muy pintadas, llenas de flores y muy galanas y hacían con ellas dos mil gentilezas sobre la silla, cada cual lo mejor que sabía y podía. Llevaban asi mesmo cada uno en la cabeza una guirnalda de flores, entretejida de ciertas laonas de oro, que la hacían muy rica y hermosa, la cual se quitaba de la cabeza el tiempo que pasaban delante del Rey, haciendo con la inclinación de todo el cuerpo el acatamiento que debían. Estos diez mancebos llevaban tras sí un carro grande y alto, en la cumbre del cual iba asentada la Fortuna, la cual llevaba la frente adornada con muchos y muy largos cabellos y llevaba el colodillo calvo y descubierto. Iba asentada encima de una gran bola dorada y redonda; un niño, á manera de ángel, iba á par de ella y mostrando refirmar los piés en ondas de agua, se esforzaba cuanto podía, tendiendo los brazos para levantar la bola sobredicha. Iban tras la Fortuna, no muy atrás, las seis virtudes en seis caballos hermosos y ricamente ataviados; ellas iban vestidas de unas ropas muy honestas que representaban mucha gravedad. Llevaban, para ser conocidas, cada cual una devisa en la mano. La Esperanza, que iba primero, llevaba una corona. Luego la Fé llevaba un caliz. La Caridad llevaba un niño en los brazos. La Fortaleza, tras éstas, iba sustentando una columna de mármol. Iba luego la Templanza con dos vasos en sus manos templando el agua con el vino. La Prudencia, postrera de todos, llevaba en la mano izquierda un espejo y en la otra una serpiente ó culebra que mostraba al pueblo. Quedaba después de estas virtudes la Justicia como reina y señora de todas: no contenta de ir en un caballo iba por sí muy eminente y alta, cubierta de un muy adornado palio á manera de púlpito, muy notable y vistosa en sus ropas y atavíos. Llevaba en la mano derecha una espada sacada y en la izquierda un peso templando las balanzas. Esta se mostraba mas alta de los hombros arriba que las otras y su silla mas eminente, cuasi prometiendo á los que la siguiesen y guardasen que les daría imperios, mandos y



señorío. La silla en que iba asentada era muy rica, cubierta de oro y carmesí: mostrábanse tres ángeles descender del cielo que estaban encima de ella. Cada cual de ellos traía una corona en la mano y la prometía á cualquiera que supiese merecer aquesta silla de la Justicia.

Seguían á esta señora tan hermosa un gran número de príncipes, caballeros y señores de diversas naciones; diferentes en trajes rostros y vestiduras, y éstos, así como se mostraban ir en seguimiento de esta señora, también representaban ir delante un emperador, que luego tras ellos iba superbo y poderoso, en un carro maravillosamente ataviado, en el cual había una silla alta, riquísima, muy adornada: para subir á ella había muchas gradas y estrados asaz ricos. En esta silla, iba asentado el emperador sobredicho: en su cabeza llevaba una corona de laurel: todo el cuerpo armado y cubierto de una cierta ropa de magestad encima de las armas: en su mano derecha tenía un cetro imperial y en la izquierda una bola redonda dorada que sustentaba: iba debajo de sus piés un mundo en forma redonda que continuamente se movía en derredor. Este emperador así apuesto paró delante del Rey Doñalonso y en versos italianos muy bien ordenados dijo las palabras siguientes: O el mas excelente de los Reyes, Rey Doñalonso: yo te amonesto y requiero para que siempre guardes honores y tengas contigo estas siete virtudes que en tu presencia has visto pasar: bien así como todo el tiempo de tu vida las has honrado y guardado. Y si esto haces, como yo muy bien sé que lo harás, los que ahora te dan este triunfo que presente ves, algun dia te harán merecedor y te daran otra muy mejor silla: que es aquella que ahora poco ha, viste pasar tan poderosa y gloriosamente, en la cual iba asentada la Justicia, como creo que bien notaste. Y ella te mostró que sin ella es imposible alcanzar jamás en este siglo gloria firme ni verdadera. Otro si, debes mirar que en la Fortuna, que primero della viste pasar. con el cabello en la frente rubio y engañoso, no te confies; porque verdaderamente ella es falsa y sin constancia alguna. Ves asi mesmo el mundo como va rodando y volviéndose: todo cuanto en si tiene es de esta condición. Por ende tu oficio sea, como hasta aquí has hecho, honrar siempre y guardar la justi-



cía, como catolico y cristianisimo. Yo siempre jamás rogaré á Dios todopoderoso haya bien por guardarte y conservarte en prosperidad y á Florencia en libertad. Acabadas estas palabras el emperador pasó adelante y mezclóse con la otra compaña. Seguíanlo luego por orden, en dos procesiones partidos, cuasi sesenta florentinos, todos vestidos de ropas de grana y carmesi. „

" Venian luego tras estos los españoles, aquellos especialmente que acostumbramos llamar catalanes: traian tambien unos muy alegres y solemnes juegos. En que traian cierta manera de caballos coutrahechos, que en todo parecian ser vivos y verdaderos: por cima cubiertos de cierta manera de cobertura que muy aproposito acompañaban la invencion; venian encima da cada caballo un mancebo con ropas largas de estado hasta tierra. Y era el artificio tal que moviendose por sus propios pies los mancebos que en ellos venian, parecia que los mismos caballos arremetian y se tornaban á coger y hacian todo el ejercicio que suele hacer un caballero con un gentil caballo. Traia cada uno de estos caballeros en la mano izquierda un escudo con las armas del Rey Doñalonso y en la derecha una espada sacada. Venia al encuentro de ellos un gran escuadron de turcos á pie, armados y ataviados al modo de Persia y Suria, con cierta forma de alfanges y armaduras de cabezas, que la muestra dellos, sin mas, parecia muy temerosa. Esta gente toda, asi los de caballo como los de pie, movianse á manera de gente que danzan al son de cierta música que les tañian. De ahi poco en la bayla y el son por la mesma orden, se iba mas encendiendo: hasta que venian á parar en trabar batalla los unos contra los otros. Esta pelea duraba un rato entre moros y cristianos; hasta que ya los turcos poco á poco iban mostrandose vencidos y venian á huir: quedando vencedores los españoles y señores del campo, con muchos de los otros presos y cautivados. A éstos seguia luego una torre de madera, muy alta, muy hermosa y muy adornada: esta torre tenia una puerta, delante de la cual estaba un ángel que defendia la entrada con una espada en la mano. Encima de esta torre venían cuatro virtudes, es á saber: Magnanimidad, Constancia, Clemencia y Liberalidad. Estas virtudes llevaban delante sí



aquella silla religiosa que arriba nombramos, que era la devisa del rey Doñalonso, y cada una de las virtudes le iban cantando su cancion muy al propósito concertada. Venidos delante del rey el angel primero de todos comenzó á decir de esta manera: Rey Doñalonso, rey de paz: yo te ofezco este castillo juntamente con estas cuatro virtudes, las cuales en pago de cuanto tu las has honrado y guardado, ahora tambien en el dia de tu triunfo te quieren acompañar de muy buena voluntad. Venia luego la Magnanimidad y encomendaba al rey la excelencia del noble ánimo y generoso. Diciéndole esto, mostrábale los turcos vencidos por los españoles, cuasi ofreciéndole experiencia que si quisiese tomar guerra contra aquellos bárbaros, que no dudase: que allí eran prestos para le servir los españoles, vezados siempre ganar victoria y que no le fallarian. Venia luego la Constancia, que es la conserva de todos las virtudes, y amonestabale ella mesma al rey diciendole, que si alguna adversidad se le ofreciese sobre la defensa de la Justicia, la sufriese con ánimo constante y de varon. Y no bastase ningun trabajo para quitarlo de los altos propósitos nobles y generosas empresas que llevaba; pues sabia bien que cualquiera fortuna, con sufrir es vencida. Allegose la Clemencia, mostrando alegria muy señalada, mas que las otras en viendo al rey, en el cual, asi como en espejo, muy firmemente se miraba: con esta atencion comenzóle de decir: estas otras mis hermanas, ó rey, te hacen muy señalado entre los hombres. Yo espero, no solo entre los hombres, mas aun á los ángeles y santos del cielo te hago semejable y te comunico semejanza grande con Dios. Porque mis hermanas te enseñan como alcances victoria de tus enemigos: yo empero te muestro como de verte señor dellos, sepas perdonallos y ganallos como verdaderos amigos. Dicho esto brevemente, luego calló. Vino postrera la Liberalidad, mostrándole al rey como habia de repartir sus tesoros y moneda con los pobres, porque, pues, lo que es propio del rey es la gloria: justo es que lo demas lo reparta y lo comunique con los súbditos que le sirven. „

Vinyes habla también del carro de las virtudes de la manera siguiente: " saliole al encuentro un muy pujante (poxant) entremés, sobre otro catafalco preparado por los mercaderes



catalanes, donde estaban las cuatro virtudes guardando el *Sitio peligroso,* que es la divisa ó empresa del señor Rey; una de cuyas Virtudes, en alta voz expresó y dijo al mismo Señor, que la empresa quedaba realizada (havie son obtente) por razón de su bienaventurada conquista, ya que ningún otro soberano, príncipe ó señor habia merecido sentarse en aquel sitio más que el Señor referido con la conquista de dicho reino. „

Hubo también otro carro en el que figuraban doce emperadores romanos, según Summonte; doce capitanes antiguos de Roma, según Constanzo; los cuales se iban dirigiendo sucesivamente al Rey, anteponiendo el poder y las hazañas de éste á las de los personajes representados.

Tras de los carros formaban los elegidos ó regidores de la ciudad, seis nobles y un pechero todos vestidos de gramalla de escarlata; (1) luego el caballo del Rey guiado por dos favoritos de la Córte. Era el troton una hermosa jaca blanca toda enjaezada de oro y seda; alrededor de ella se contemplaban treinta palafreneros los cuales vestían la librea real que era verde listada de terciopelo negro. Precedido de un grupo de doncellas que, adornadas con luengas vestiduras blancas, iban agitando ramas de laurel, marchaba el deslumbrante carro triunfal del Monarca.

Demos cuenta de un incidente de que no hablan algunos autores.

Se había acordado en el ceremonial arreglado de antemano, que los barones y demás magnates precedieran al carro; más al dar el maestro de ceremonias la órden al Príncipe de Tarento de que se pusiera en marcha, dijo que no quería ir delante confundido con muchos barones que habían sido vencidos, porque á él le tocaba parte del triunfo, por haber tenido tanta parte en la victoria. El Rey se enteró con disgusto de la contienda, y como le pareciese muy altiva la contestación del Príncipe, dispuso que todos los barones se colocaran alrededor del carro. Desde este dia se cree que el de Tarento cayó en desgracia y que, conociéndolo, se fué á Otranto con intención de no parecer por mucho tiempo en la Córte.

Continuemos la descripción del cortejo.

(1) Panormita dice que eran cinco.



Tiraban el carro cuatro caballos blancos como la nieve y á derecha é izquierda iban veinticuatro jóvenes de las seis plazas de la ciudad, esto es, veinte nobles y cuatro plebeyos sosteniendo las doradas varas del palio, cuyos gallardetes se agitaban acariciados por el viento, produciendo bellísimo efecto. Tenemos á la vista un dibujo grabado del carro, que luego se depositó en la iglesia de San Lorenzo, donde todavía están hoy los estandartes que llaman aragoneses, entre ellos el del mismo Rey, ante el cual tuvimos un día ocasión de descubrirnos con respeto. El carro representa un castillo almenado, tiene una puerta en su parte delantera y cuatro torrecillas en los cuatro angulos; en la plataforma se vé la silla curul en la que el artista representó sentado á D. Alfonso. También se vé el pálio cuya guarnición tiene figuradas las armas de Nápoles, las barras de Aragón y las llaves entrelazadas del Papa, por ser el Reino feudo de la Santa Sede.

Digamos ahora el orden en que iban los magnates. En primer lugar D. Fernando, hijo del Rey, juntamente con el Príncipe de Tarento, Gran Condestable, á derecha de éstos el gran Justicia y á izquierda Abranio embajador del Rey; alrededor iban veinte palafreneros de D. Fernando, vestidos de tela color de paja con listas de terciopelo carmesí; luego seguía el gran Almirante con el Gran Protonotario á la derecha y con Pedro Trotto, Embajador del Duque de Milán, á la izquierda; tras de estos veíase al Camarero mayor enmedio del gran Senescal y del Gran Canciller; después de un pequeño intérvalo figuraba Antonio de Sanseverino, Duque de San Marco; Troyano Caracciolo, Duque de Acelfi; Antonio Centellas, Marqués de Cotron, y el Conde Jacobo Piccinino, hijo del valeroso Nicolás; á continuación marchaban de tres en tres y de cuatro en cuatro, hasta cuarenta títulos y magnates del Reino, con otros cien barones, varios prelados, muchedumbre de caballeros y otras personas distinguidas.

Vinyes cita los condes de San Valentino, de Mareri, de Lauria, de Bochino, de Calatamoxeta, de Calataballola, de Saderno, de Oliveto de Mirabella, el conde Gilaberto, Ramón Caldora, Jacobo de Lagonissa, Carbo (Carlo) di Campobasso, los almirantes de Sicilia y de Aragón, el maestre Jusati; el con-



servador y el portulano de Sicilia, los embajadores de Florencia, Génova y Languita, maese Jacobo Gaetano, Francisco de Mondragón &c. (1)

Tras de ellos iban sesenta jóvenes napolitanos vestidos de púrpura y grana. Cerraban la marcha con militar desembarazo una representación de cada una de las compañías que habían tomada parte activa en la série de victorias que abrió á D. Alfonso las puertas de Nápoles.

Salido el cortejo ó el Triunfo, como le llaman los italianos, del ancho del Mercado, pasó, dice Summonte, por la Iglesia de San Elisio y por la de San Juan del Mar, notándose todo el suelo de la calle cubierto de hojas y de flores, los balcones colgados de tapices y paños de seda y oro, las tiendas de los plateros y joyeros ostentando sus más ricas mercancías y con artificios ingeniosos y agradables; de allí se dirigió á la plaza de los Armeros, pudiendo admirarse los almacenes de los mercaderes llenos de telas así de oro, como de seda y lana. Alli se presentaron gran número de doncellas lujosamente vestidas que con gran alegría ejecutaban admirables danzas, y como se parara el Rey un momento, suspendieron la música y el baile y con gran acatamiento fueron á venerarle como guardador de su honra, vida y riquezas. Desde dicha plaza siguió por el Sejo del Puerto, hallándolo igualmente adornado, y también con coros y bailes de doncellas que rindieron á S. M. parecido homenage. Del Sejo del Puerto pasó al de Nido, que superaba á los dos antedichos en lujo y magnificencia y luego al de la Montaña en donde recibió D. Alfonso expontáneo rendimiento, no ya solo de las jóvenes, sinó también de los varones. Habiendo llegado la comitiva frente al Palacio Arzobispal, el Rey se apeó, entró en el templo, que halló expléndidamente adornado, y oró con gran compunción, atribuyendo á la Divina Magestad las alabanzas, la victoria y los honores del Triunfo, tras de lo cual, habiendo recibido la bendición del Arzobispo y otorgado algunas mercedes, siguió la procesión su curso hácia el Sejo de Capuana, en donde era tanta la magnificencia desplegada, tales y tan hermosos los tapices, tan deslumbrante

(1) Esta nomenclatura queda truncada por faltar un doblez á la carta original.



la belleza de las damas y tan rumbosa la liberalidad de los caballeros, que, dice Summonte, no se vió en la vida otra cosa á que pudiera compararse. Luego por la calle de los Baños y por la iglesia de San Agustin llegaron los de la comitiva frente las Casas Consistoriales también ricamente colgadas, viniendo á disolverse, por la puerta del Apenino, al Castillo de Capuana en hora muy avanzada. (1)

El carro fué depositado sobre la puerta de la Iglesia de San Lorenzo por la parte de adentro, en donde lo vió Summonte hasta el año 1580 en que los frailes lo quitaron.

No contentos con esto los napolitanos quisieron perpetuar la grata memoria de aquel faustísimo día y al efecto idearon representar lo sucedido en un magnífico Arco de Triunfo en el cual compitieran la grandiosidad de la concepción arquitectónica, con los primores y bellezas esculturales. No hablaremos ahora de él, porque nos reservamos hacerlo, para cuanto tratemos del estado de las artes en el reinado de D. Alfonso. Aquí solo nos toca decir algo de las circunstancias que acompañaron al acuerdo. El obsequio se costeó por el Ayuntamiento de fondos comunales; se mandaron á buscar mármoles blancos de los más preciosos que se conocían y se encargó la obra á un milanés.

Se había deliberado que su emplazamiento fuese frente la puerta pequeña del Palacio Arzobispal, empero no pudo lograrse por una circunstancia que prueba una vez más la benignidad de D. Alfonso.

Nicolás Maria Bozzuto, que le había servido en aquella guerra, fué á quejársele de que si se levantaba el arco en el lugar proyectado, quitaría la luz á la casa en que habitaba, y el Rey sonriéndose de la irreverencia y falta de consideración de la demanda, le dijo que tenía razón, y dando las gracias á los concejales, les pidió que se contentasen con erigirlo á la entrada del Castillo Nuevo, donde todavía se conserva hoy, y ante él pasamos muchos ratos, admirando su bella disposición, sus correctos bajo relieves y tomando apuntes para describirlo en lugar oportuno.

(1) Vinyes hace constar que en la plaza del Mercado se había erigido un arco de triunfo y que por la noche los castillos de San Telmo, del Ovo y el Nuevo, así como el resto de la ciudad, encendieron grandes fogatas y luminarias.



El jueves siguiente 28 de Febrero [1] el Rey convocó el Parlamento general, según queda ya indicado, en la sala capitular del convento de San Lorenzo. El orden de los asistentes era el siguiente: el Rey estaba sentado en un sillón colocado entre dos bancos; á sus piés tenía á su hijo natural D. Fernando; en el banco de la derecha se hallaban por orden de categorías Juan Antonio de Balzo [2] Orsino, Príncipe de Tarento y Gran Condestable del Reino; Juan Antonio Marzano, Duque de Sessa y Gran Almirante; Honorato Gaetano, Conde de Fundi y de Morcon Loghoteta y Protonotario; en el banco de la izquierda estaban Ramón Orsino, Príncipe de Salermo y Conde de Nola, Gran Justicia; Francisco de Aquino, Conde de Loreto y Satriano, Gran Camarero; Ursino Orsino, Gran Canciller; en un escabel y á los piés se sentó Francisco Zurlo, Conde de Nocera y de Montoro y Gran Senescal; en asientos más bajos figuraban por su orden los barones siguientes: Antonio Sanseverino, Duque de San Marcos; Francisco Orsino, Conde de Gravina y Prefecto de Roma; Troyano Caracciolo, Duque de Melfi; Nicolás Cantelmo, Duque de Sora; Antonio Centellas, Marqués de Cotron; Bernardo Gasparo de Aquino, Marqués de Pescara; Juan Antonio Orsino, Conde de Tagliacozzo; Juan Sanseverino, Conde de Marsico y de Sanseverino; Guillermo de Sanframondo, Conde de Cerreto; Bautista Caracciolo, Conde de Ghiraci; Antonio Caldora, Conde de Trivento; Enrique de Guevara, Conde de Ariano; Alfonso de Cardona, Conde de Reggio; Amerio Sanseverino, Conde de Capaccio; Francisco Sanseverino, Conde de Lauro; Perdicasso Barrile, Conde de Montedorisi; Francisco Pando, Conde de Venafri; Leonello Acciloccia Muro, [3] Conde de Celano; Marino Caracciolo, Conde de Sant'Angelo; Nicolás Orsino, Conde de Popolo; Petricocone Caracciolo, Conde de Burgenza; Juan de la Rath, Conde de Caserta; Luis Camponeso, Conde Montorio; Luis de Capua, Conde de Altavilla; Conrado de Acquaviva, Conde de San Valentin; Juan Antonio Manieri; Juan Nicolás de Gianusilla; Raimundo Caldora; Jocobo de la Leonesa; Lucas Sanseverino;

(1) Aquí ya dice Summonte que esta fecha se lee en los Capítulos y Privilegios de la Ciudad

(2) Zurita dice siempre de Baucio.

(3) Aclocciamura le llaman otros autores.

Luis de Gesualdo; Antonello de la Rath; Luis de Capua, milite ó del brazo militar; Enrique de la Leonesa; Antonio Spinello; Carlos de Campobascio; Marino Boffa, doctor en leyes; Jacobo Gaetano, milite; Antonio Dentice, milite; Nicolás de Sanframondo; Hugo Sanseverino, milite; Jacobo Zurlo; Juan de la Noce; Wenceslao Sanseverino; Antonio de Fusco, señor de Musa y milite; Altonero y Miguel Sanseverino; Serio de Monteforte; Juan de Effidio; Nicolás Antonio Aclozia muro; Francisco Caracciolo, milite; Mateo de Serina; Nicolás Antonio Zurlo; D. Pedro de Aragón, como procurador reconocido ó aceptado; García Cabanillas, Conde de Troya; Raimundo de Annechino, milite; Nicolás Gasparo; Teseo Morano; Mateo Stendardo, milite, Conde de Girace y como procurador; Jorge Caracciolo, milite; Tomás de Lauria; Marchetto Attendolo, de los Condes de Cotignola; Melchor de San Mango, milite; Jacobo de Aquino; Esaú Rufo, procurador del Conde de Arena; Jacobo de Sangro, milite; Nicolás de Annecchino; Jacobo de Valua; Ciartello Caracciolo, milite; Galaso de Tarsia; Juan de Ascanio, señor de Maida; Algiasi de Tocco; Pedro Jacobo de Montefalcone; Godofredo de Galucio; Andrés de Evoli; Antonio de Evoli, su padre; Nicolás de Campobascio, por el Conde de Campobascio su padre; Pedro Cozza, milite; Antonello de Sorrento; Guillermo de la Marza; Amelio de Sinerchia; Landulfo Marramaldo; León de San Agapito; Juan Carestia, milite; Moncello Arcamone, por sí y por Lionello; Antonio de Castellono; Jacobo Missanello, milite; Fuschino Attendolo; Notar Guillermo de San Mauro, procurador; Nicolás Mateo de Porta, Barón de San Mauro; Olivo Attendolo; Miguel Sanseverino, procurador; Felipe Sanseverino; Margaritone Caracciolo; Giordano de lo Tufo, Franciscoo Gesualdo; Bartolomé Galluccio y Antonio Gesualdo.

El Rey manifestó que habiendo acabado la guerra con el ausilio de la Divina Gracia y librado el Reino de la tiranía, era conveniente, para mantenerlo en paz é impedir que nadie fuera á perturbarlo, que se impusiese una módica contribución ó pago con el fin de tener constantemente una fuerza armada que acudiera á la defensa del sosiego público. Entonces se levantó el Gran Protonotario é hincando una rodilla en tierra,



dió las gracias al Rey por las fatigas que había sufrido en la liberación del Reino y dijo que era cosa conveniente y hasta necesaria y puesta en razón socorrer á S. M. y constituir un tributo anual para su tesoro. Tras de esta declaración pidió licencia para que los asistentes pudiesen retirarse á fin de ponerse de acuerdo acerca de lo qué debía hacerse.

Previo algún debate convinieron en los ofrecimientos y peticiones de rigor en tales casos.

Como han sido ya publicados en forma de capítulos, nos limitaremos á transcribir el resúmen que trae de ellos Giannone: " entre otras cosas, dice, figura el que se diese audiencia pública todos los viernes á los pobres y personas miserables: que se les nombrase un abogado con un sueldo anual á cargo de la Real Cámara: que en la gran Corte de la Vicaría, en lugar del gran Justiciero, debiese asistir continuamente su lugarteniente ó sea regente con cuatro jueces para la administración de la justicia: que á los barones se les conservasen los privilegios de la jurisdicción á ellos concedida: que fuesen libres de todo pago de *adoa:* que pagándose por cada fuego ó vecino diez carlinos, se les suministrase un tomolo ó almud de sal. "

El sábado 2 de Mayo se celebró la segunda sesión en el mismo local, con idéntica colocación de todos, y el Rey se conformó con lo pedido, prometiendo tener mil hombres de armas pagados en paz y en guerra y además diez galeras para la guarda del Reino.

Habiendo quedado contento y satisfecho el Parlamento, suplicó al Rey que fuese servido declarar primogénico, sucesor suyo y heredero del Reino á D. Fernando de Aragón su hijo, dándole el título de Duque de Calabria y haciéndole jurar por futuro Rey. Habiendo accedido D. Alfonso á la peticion, don Fernando fué proclamado Duque de Calabria y sucesor de su padre en el Reino de Sicilia *citra pharum,* aceptándole el Parlamento como tal y como Lugarteniente del Rey y enseguida los representantes le juraron homenage y vasallage de lealtad *ore et manibus,* y de todo lo acaecido fué levantado público instrumento por Juan Olzina Secretario y Notario del Rey, el cual se halla en el libro de los Capítulos.



Al siguiente dia 3, el Rey acompañado de su hijo, de los obispos de Valencia y Urgel y de los barones, se constituyó en la Iglesia de las monjas de San Ligorio, en donde, después de oir una solemnísima misa, entregó á D. Fernando las insignias del Ducado de Calabria, poniéndole la diadema en la cabeza, una espada en la mano derecha y el estandarte en la izquierda, confirmándole Duque de Calabria y sucesor suyo en el Reino, haciendo levantar también un acta de ello.

El dia 9 se celebró en San Lorenzo la tercera y última sesión del Parlamento, ratificando todo lo hecho y declarándolo terminado.

Antes de pasar más adelante conviene hacer algún ligero comentario sobre los sucesos que dejamos últimamente reseñados.

Bofarull empieza el capítulo VIII de su Tomo V, emitiendo un juicio por demás severo de D. Alfonso.

Hé aguí algunos de sus cargos: " De este modo, ejerciendo allí D. Alfonso el papel de gran protagonista, para los años restantes de su vida, sin consideración á los naturales de estos reinos, que, en pago de haber dado á su padre la corona que él ciñe, han de ir á Italia á hacerse matar para defender un dia al que el dia antes atacaron, para apoyar tan pronto al Papa, como para pelear con las huestes que mandan los legados Pontificios; allí milita Alfonso sin hacer caso de las quejas que le dirigen las cortes de estos reinos, olvidado lo mismo de sus súbditos como Rey, que de su noble esposa la Reina D.ª María, como esposo. "

Cualquiera que lea este juicio, sin haber seguido paso á paso la campaña militar y política del Magnánimo, notable la una por su inquebrantable tenacidad, la otra por su habilidad incuestionable, creería que el Rey había procedido en sus alianzas por caprichos del momento y que solo había ido á Italia para erigirse en D. Quijote.

La verdad es que el señor Bofarull tuvo muy poco á la vista los autores italianos, como lo prueba el dar por trabajo el más especial el debido á Antonio de Palermo (el Panormitano) libro más de Córte que de consulta, más literario que histórico, y el suponer que los comentos de Eneas Sylvio pueden ser-



vir de algo al que trate de aclarar algún punto oscuro. A su debido tiempo nos ocuparemos de ambos autores; pero baste por ahora indicar que el primero apenas es citado por los historiadores del Reino, más que para recoger tal ó cual acto de magnanimidad ó tal ó cual dicho agudo, y el segundo absolutamente nunca, pues no hay en él una sola amplificación ó rectificación histórica. Si hubiese hablado de Fazio en los términos con que habla de Panormita, estaría entonces en lo cierto.

D. Alfonso amparó á la Reina Juana, mientras ésta no conspiró contra él á las claras; combatió al Papa hasta arrancarle la investidura; fué enemigo de los Caldoras hasta que Antonio se le dió á partido; riñó batalla naval contra el Duque de Milán mientras éste hizo causa común con los genoveses, fué siempre consecuente con el Príncipe de Tarento; y si hubo mudanzas respecto del modo de considerar á Atendulo Sforza, á su hijo el Conde Francisco, á Caracciolo y á otros, la volubilidad y los cambios de frente partieron de los enemigos del Rey, pero nunca del Rey mismo. Para captarse amigos supo llegar hasta los más grandes sacrificios; jamás por antojo ni por capricho, se concitó un solo enemigo.

¡Que vivió alejado de sus súbditos!

El que se haya enterado de lo rudo y porfiado de la empresa, no podrá hacerle un cargo de que empleara tanto tiempo en terminarla! Era tan difícil, además de penosa y arriesgada, que el Rey hizo bien en no querer confiarla á manos menos experímentadas que las suyas.

¡Qué hacía matar á sus súbditos!

Tal cargo es injusto cuando se trata de un Rey tan valeroso que nunca escaseó dar el ejemplo, exponiendo más de lo justo su persona, no menos que á las prendas más adoradas de su corazón como su hijo D. Fernando y sus hermanos D. Pedro, D. Juan y D. Enrique, el primero de los cuales pagó su heroismo con la vida.

Por lo demás no era cosa de que los Perellós, los Boyls, los Despuig y los Cardonas se dejasen eclipsar en los campos de batallas por los Orsini, los Marzanos y los Vintimiglias.

¿Pudo el Rey volver á su país terminada la conquista y dejar á otro ú otros que gobernasen el Reino de Nápoles?

Gran prueba de sabiduría y de alta política fué quedarse en él, y no lo decimos nosotros, pues que nuestra opinión nada valdría. Lo dice el gran maestro de là política que sienta como principio que los nuevos principados, acostumbrados de antes á vivir con independencia, solo pueden conservarse ó arruinándolos ó explotándolos por medio de una oligarquía indígena ó yendo el nuevo príncipe á habitar en ellos personalmente.

Hé aquí las textuales palabras de Maquiavelo en su Capítulo V del libro de IL PRINCIPE: " Quando quelli Stati che si acquistano, come è detto, sono consueti á vivere con le loro leggi é in libertà, á volergli tenere ci son tre modi. Il primo é rovinargli. L' altro andarvi ad abitare personalmente. Il terzo lasciargli vivere con le sue leggi, tirandone una pensione, e creandovi dentro uno Stato di pochi, che te lo conservino amico. Perché essendo quello Stato creato da quel Principe, sa che non puó stare senza l' amicizia e potenza sua, e ha da fare il tutto per mantenerlo; e piu facilmente si tiene una città usa á vivere libera con il mezzo de suoi cittadini, che in alcuno altro modo, volendola preservare. „

D. Alfonso no podía en su magnanimidad arruinar Nápoles como, según dice el florentino, " I Romani per tenere Capua, Cartagine e Numanzia le disfecero, e non le perdero; „ tampoco quería sacar de ella un tributo y dejarla abandonada á las contigencias de la suerte; no le quedaba más remedio que ir á vivir en ella y así lo hizo.

Pero demás de esto quiso que Nápoles fuese tan libre, tan independiente, tan autónoma, según diríamos hoy, como pudiera ser cualquier reino de los que poseía en España.

Sus primeros actos, después del definitivo triunfo, fueron celebrar Parlamento, pedir tributos y no imponerlos, nombrar funcionarios públicos del país, dictar leyes sabias y sobre todo acordarse en primer término de los amigos leales, sin ser rencoroso ni vengativo con los enemigos que se le bajaron y depusieron sus iras.

Así sucedió con los napolitanos lo que Maquiavelo dice en el mismo capítulo. " Ma quando le città ó le provincie sono use á vivere sotto un Príncipe, é quel sangue sia spento, essen-



d) de una parte use ad ubbidire, dall' altra non avendo il Príncipe vecchio, farne uno intra loro non si accordano, vivere libere non sanno; dimodochè sono piu tarde á pigliare le armi é con piu facilità se li puó un Principe guadagnare, e assicurarsi di loro. „

D. Alfonso hizo más de todo lo que dejamos insinuado. Con el nombramiento ó designación de su hijo D. Fernando dió á los napolitanos prendas para lo porvenir, mostrándoles que no era su ánimo robarles en ningún tiempo el carácter de nación soberana é independiente.

De error político califica Amador de los Rios esta última medida, diciendo que más tarde lo enmendó la espada del gran capitán. Sin embargo la obra de éste se vino al suelo tras de rebeliones tan vergonzosas como la de Massaniello. Nápoles fué al cabo independiente y al fundirse en nuestros dias en el Reino de Italia, ni aún cupo, por consejo de Olózaga, hacer una protesta; porque estando allí en vigor la Ley sálica, en vez de hacerla en favor de los derechos eventuales de D.ª Isabel II, la hubiéramos hecho en favor de la familia del Pretendiente.

Así había terminado D. Alfonso aquella empresa iniciada en muy lejanos dias por los consejos de Caraffa ó Malicia. Como no era ingrato ni falto de memoria, no dejó de acordarse de los sucesores de aquel fiel agente y astuto negociador. A uno de sus hijos llamado Diomedes le nombró escribano racional del Reino, el cual conocía, como nuestros Intendentes ó Bayles generales, de todo el Patrimonio Real y por lo que concernía á los alojamientos de las gentes de armas y de la infantería, tenía sugeto todo el Reino. Este cargo pasó de Diomedes á Alberico Caraffa hijo del hermano el cual llegó á ser luego Duque de Ariano y Conde de Marigliano. (1)

Antes de emprender con mayores bríos las campañas diplomáticas, pues de las guerreras no se habló por espacio de algún tiempo, todavía el Rey quiso deslumbrar con su magnificencia á los habitantes de Nápoles.

Al otro dia de la entrada triunfal, en muestra de la común alegría, se comenzaron muy bellas fiestas, como justas y tor-

(1) Malicia murió el dia 10 de Octubre de 1438, así se lee en su sepulcro en Santo Domingo en la capilla de los Caraffas.



neos que duraron muchos dias. En medio de tales regocijos el Rey no se olvidaba de los actos de justicia, siendo uno de ellos volver á dar el gobierno del Castillo Nuevo á Arnaldo de Saus.

Todos los potentados de Italia mandaron embajadoros á D. Alfonso para que le felicitasen por su victoria y triunfo, escepto el Papa que no pudo ocultar su sentimiento por la derrota de Renato.

Sin embargo convenía captarse á todo trance la buena amistad de Eugenio IV, pues por entonces se necesitaba, no ya solo para el negocio de la investidura, sinó también para que reconociese la institución de sucesor y heredero de la corona en favor de D. Fernando. Por ahí, pues, se reanudaron los trabajos de cancillería, si es que se hubiesen interrumpido con motivo de las fiestas.

El que medió principalmente en estos tratos, fué Nicolás Piccinino por obra del siguiente concurso de circunstancias. En el mes de Abril, Jacobo Piccinino, á quien el Rey tenía en mucha estima, se salió como huyendo de Trani y en menos de catorce horas se puso fuera del Reino. Como mandaba las tropas que estaban en la Pulla, el Rey envió inmediatamente á un caballero para que fuese á ponerlas bajo las órdenes del referido Nicolás, padre del fugitivo, y para que le manifestase que estaba maravillado de aquella inesperada deserción. Este, se mostró muy quejoso, yéndose de tal modo de la lengua que se aventuró á decir que ya que él había sido causa de que don Alfonso obtuviese el Reino, quería también serlo de que lo perdiese. Aquí cuadraría la pregunta de nuestro inmortal Quevedo: ¿Quién era ella? Era D.ª María á la cual los Piccinini querían respectivamente por esposa y nuera, y acababan de saber que se habían celebrado en Milán los esponsales de la misma con Leonello d' Este, Marqués de Ferrara; aunque el casamiento no se realizó hasta el mes de Julio siguiente. (1) Tam-

(1) Vinyes en carta fecha 4 de Abril habla de los esponsales de la hija del Rey, si bien cambia el nombre de D.ª María por el de D.ª Leonor. En realidad la esposa del Marquès de Ferrara fué la primera y no la segunda, conforme escriben Puiggarí y Muratori y conforme se lee en un documento autèntico que insertaremos. Hè aquí la sustancia de la carta de Vinyes — «El lúnes primero de este mes de abril, los condes de Montoro y de Fundi, gran senescal el primero y protonotario el segundo, juntos con el Duque de Amalfi, defendieron aquí un soberbio palenque de torneo que duró todo el dia, presentándose hasta noventa aventureros. Pre-





bien reclamaban el cumplimiento de otras promesas, con más muchos millares de escudos que se les debían de sus sueldos. Todo fué, sin embargo una nube de verano; porque se persuadieron que en todo había andado la mano del Duque de Milán y al cabo decidieron ir á verse con D. Alfonso que se hallaba en Terracina, y como éste les recibiera con los mayores agasajos, quedaron desenojados y Nicolás se encargó de trabajar en pró de la concordia con el Papa. El Anónimo esplica de la manera siguiente la facilidad con que Nicolás Piccinino quedó satisfecho. "El enfado de Nicolás, dice, duró poco tiempo, porque siendo irreconciliable enemigo del Conde Francisco, no podía ver con buenos ojos como se había hecho dueño de la Marca de Ancona y adquirido de dia en dia mayor pujanza; y como conoció que no tenía por sí fuerzas bastantes para abatirlo y que le convenía la ayuda del Rey, se vió con éste y trató de coaligarle con el Papa, así como de buscar por este medio la completa ruina del Conde. No tuvo para ello que esforzarse mucho, porque el Rey tenía dos motivos para acceder desde luego; primero captarse la amistad de la Sede Apostólica y dejarla propicia al Duque de Calabria su hijo, y segundo

sente el señor Rey, hizo llamar al honorable Juan Lull, y delante de todos los magnates le nombró gobernador de Sorrento, Maro, Bicco y Crapi, que abarcan el más bello y rico pais de montaña de este reino; y acto contínuo ordenó á Mossen Fonolleda, su secretario, que estendiese sus provisiones. Seguidamente, dejadas las justas regresó al castillo de Capuana, donde aquella noche misma ultimó y firmó los esponsales de su primogénita D.ª Leonor (debió decir D.ª María) con el Marqués de Ferrara, asignándole en dote 30.000 ducados, con 1.000 de renta para su bolsillo, aunque no me consta la manera del pago. Después de otorgadas las cartas, se celebró una gran colación. Diz que es un famoso enlace, por razón de las riquísimas ciudades que posee el novio, si bien en cambio se presume no dará mucho gusto á los venecianos, cuyo territorio linda con el del Marqués.»

Con referencia á este mismo enlace y á sus preparativos, hemos encontrado en el archivo de la corona de Aragón la siguiente carta inédita, fechada en Nápoles el dia 2 de Abril de 1443:

«Lo Rey

Batlle general. Nos havem novament fet matrimoni de la Illustre dona Maria Darago nostra filla ab lo Marques de Ferrara. E com tant perla dita dona Maria per raho del matrimoni que novament ne havem fet quant encara per la Illustre dona Elienor sa germana, vullam nos trametats totes les coses que en lo memorial interclus dins la present se contenen, vos manam e encarregam que de continent e lo pus prest que posible vos sia, nos trametats tot quant en lo dit memorial es contengut. E si james nos deijan servir no hi haia falla ne dilació alguna. Dada en Napols a dos dies de Abril del any mil CCCCXXXXIII. — REX ALFONSUS

(Dominus Rex mandavit michi. — *Arnaldo Fonolleda.*)

Al amat conseller nostre Mossen Berenguer Mercader batlle general del Regne de Valencia.»

(Signe el memorial.)

Archivo de la Corona de Aragón. Registro n.º 2718, fol. 24.



la aversión que sentía hácia el Conde Francisco, quien siempre le había sido tenaz enemigo y no hubiera sido un buen vecino para su sucesor.

Veámos ahora cómo se ultimaron los pactos de la avenencia con el Pontifice.

Pero antes debemos advertir que D. Alfonso no había roto sus tratos con el antipapa, antes bien los estaba siguiendo por medio de Luis Çescases su secretario, que se hallaba en la Corte de Felix. El dia 16 de Abril, estando D. Alfonso en Nápoles, entendía en la oferta hecha por aquél de confirmar la adopción de que le hizo objeto la Reina D.ª Juana y dar además docientos mil ducados de oro. ¿Qué hacer en vista de tan halagüeñas proposiciones? Después de todo, Eugenio IV, parecía mostrarse propicio y no cabía duda de que era preferible concertarse con él. El Rey contestó satisfactoriamente á Felix, ofreciéndose por su parte á tomar á su cargo la proteccióu y defensa de los Estados de la Iglesia por sí, y después de su muerte, por D. Fernando su hijo, quedarse con la ciudad de Terracina por la suma de trescientos mil ducados de cámara, en parte de paga de la cantidad, que decía que se le debía, por las penas en que había caido el Patriarca Juan Vitellesco cuando quebrantó la tregua. Añadía que cumpliendo todo lo dicho, él y sus hermanos prestarían obediencia á Felix y se enviarían embajadores al Concilio de Basilea ó á otro si lo convocase, y procuraría la asistencia de sus prelados y trabajaría para que el Rey de Castilla y el Duque de Milán siguiesen su ejemplo y, por fin, que èl y sus hermanos se confederarían con la casa de Saboya. Empero todos estos ofrecimientos tenían una condición puesta de intento para que resultaran inaceptables, que era lo que D. Alfonso deseaba: el antipapa, que era pobre, debía aprontar la suma de los doscientos mil ducados en una sola paga. Así el Rey se lo quitó de encima y quedó en completa libertad de negociar con Eugenio IV.

Este, aunque nunca había tenido buena voluntad á D. Alfonso, no quería, sin embargo, hacer la guerra en vano, pues veía que Renato se había ido á Francia y que era imposible su restauración; así estando en Sena llamó á 5 de Abril á Luis Scarampo Paduano, Patriarca de Aquilea, Cardenal de San Lo-



renzo in Damaso, su Camarlengo, hombre de mucho talento, con quíen solía consultar todos los negocios de importancia, y le nombró su Legado para que tratase la paz con D. Alfonso. Fazio refiere muchos interesantes pormenores que omiten Zurita y Summonte, apesar de que se ocupan de estas negociaciones con alguna estensión. Cuando el Legado llegó á Priverno, dice el Canciller, envió emisarios para que hiciesen saber su viaje al Rey y no pasó adelante. Así que éste fué enterado de ello, se apresuró á mandar á D. Alfonso de Borja, Obispo de Valencia, junto con otros ilustres personajes de su consejo para que le saludaran. Entonces se originó un disentimiento, porque Luis pedía ser recibido por el Rey como Legado, y el de Borja y los demás negaban que esto procediera; porque aparecía que el Rey era todavía adversario de la autoridad de Eugenio. Así que D. Alfonso lo supo, cortó desde luego toda controversia, permitiendo que Luis fuese con todos los honores correspondientes á la legación y le mandó recibir á distancia de cuatro millas de Terracina por muchos magnates de su corte y él mismo salió á una milla a cumplimentarle y á honrarle debidamente. (1) Manifestóle que estaba decidido á tratar de la paz personalmente y sin intermedio de nadie, por parecerle esto más seguro y preferible. El legado aceptó la proposición y dijo que le satisfacía plenamente.

Las conferencias empezaron el mismo día y el Rey defendió su causa diciendo: que había tomado las armas para sostener su derecho, pues no podía hacerlo de otra manera, y así había movido guerra al Papa Eugenio, teniendo en cuenta que éste favorecía á Renato, desconociendo que él había sido nombrado hijo adoptivo de D.ª Juana y su sucesor en el Reino; esta determinación la había tomado muy á su pesar, puesto que no habiendo injuriado en nada al Pontífice, éste le combatía con mucha pertinacia; que el Papa debía ser como el Padre de todos los fieles y no mirar las personas, sinó las causas, y no amar ú odiar más á uno que á otro; recordó los peligros que había arrostrado para conservar la dignidad y autoridad de la

(1) Vinyes en carta fechada en Nápoles el día de San Juan, dice que el Rey salió al encuentro del legado á caballo, hasta fuera de las puertas, seguido de más de mil entre ballesteros y espingarderos, y que después de hacerse grande honra, fueron los dos bajo palio, marchando el legado á la derecha.



Iglesia, citando en primer lugar la expedición á la isla de los Gerbes, emprendida para mayor gloria de la Cristiandad. Que todo lo hecho por él, más debía atribuirse á la necesidad que á la voluntad; en conclusión, que estaba dispuesto á dar y aceptar voluntariamente la paz, si se pidiese y concediese de una manera equitativa.

Cuando el Rey hizo ademán de haber terminado, el Legado tomó la palabra y dijo: que el Papa, por su parte, había hecho la guerra más por humanidad, que por odio, pues no pudo denegarse á los ruegos de Renato que le pedía socorro; pero que desde el momento que cesó esta causa, por efecto de haberse ausentado Renato, el Pontífice hizo ánimo de firmar la paz, y que él personalmente había trabajado más que nadie para inducir á que Eugenio tomase tal resolución; alabó el valor, el tacto y la magnitud de las empresas llevadas á cabo por el Rey y especialmente su tenacidad y constancia en la guerra, añadiendo que siempre deseó su amistad y que se daría por muy contento si la paz se lograba por sus buenos oficios. Después de hacerse alternativamente muchos cumplidos y de dirigirse mútuamente no escasas alabanzas, se separaron por aquel dia.

Al siguiente el Rey volvió á visitar al Legado y como no le concediera lo que pedía, se separó de él, de suerte que todo el mundo entendió que había pocas esperanzas de paz. Ya uno y otro estaban dispuestos á emprender la marcha y habían hecho sus preparativos. Entonces el Legado propuso poner el asunto en manos de árbitros, designando á Alfonso de Covarrubias, Protonotario Apostólico, hombre de gran prudencia y buena fé, el cual por ser español, se entendería más fácilmente con el Rey, cosa un tanto difícil para él que apenas hablaba el idioma de D. Alfonso.

Covarruvias aceptó el encargo; se vió con el Rey, le hizo todas las reflexiones imaginables, insistiendo, sobre todo, en la gloria que le reportaría el no ser intransigente con el Papa. El Rey pareció que se dejaba persuadir y mandó al Obispo de Valencia á que rogase al Legado que difiriese por algunos dias la partida: éste accedió; el Rey hizo mediar también en el asunto á Francisco Orsino, Prefecto de Roma, y al cabo, tras



de muchas visitas y conferencias, quedó estipulada la paz. [1] Tal es en sustancia el relato de Fazio. Zurita hace intervenir también á Juan de Olzina y escribe que á datar del mes de Mayo, el Rey había enviado á Francisco Siscar, su camarero, y otro de los de su consejo á Milán, para dar cuenta al Duque de las condiciones que pensaba exigir para la conclusión de la paz.

El tratado existe impreso en la Colección de Chioccarello, tomo I, bajo el siguiente título: *Capitoli della pace, fatta tra detto Cardinale (Ludovico Scarampo) Legato Apostolico, etiam proprio nomine, e detto Re, (Alfonso d' Aragona) fatti l' istesso giorno de 14 giugno de 1443.*

En sustancia el Papa daba á D. Alfonso el Reino con los mismos derechos y obligaciones con que lo habían tenido sus antecesores los demás reyes de Nápoles; si tenía á su muerte hijos legítimos debía pasar á ellos; pero se dejaba esperar el reconocimiento de D. Fernando, como heredero; el Rey venía obligado á auxiliar al Papa para arrancar la Marca de las garras del Conde Francisco Sforza; también debía suministrar tropas y naves en la cruzada contra turcos y moros; debía llamar á los Prelados que tenía en Basilea, y no reconocer á los tres cardenales creados por el intruso, á no ser que luego se arreglase la habilitación de su título.

Posteriormente se añadió que el Rey tendría por durante su vida las ciudades pontificias de Benevento y Terracina, las cuales no podría transferir á sus herederos sin el beneplácito del Pontífice, y que en caso de quererlo hacer, debía entregar al Papa en equivalencia la ciudad Ducal, Amulio y la Lagonesa, según dice Zurita, Matricem Civitate, atque Accumulum, según Fazio, cuyos nombres traduce Constanzo de esta manera: la Matrice y Acumulo.

Esta paz produjo una infinidad de documentos pontificios, además de los capítulos citados. [2] Hé aquí la nota tomada del ya mencionado Doctor Bartolomeo Chioccarello.

(1) Vinyes hizo constar que el Rey consiguió cuanto deseaba y que en muestra de agradecimiento dió un opíparo banquete al legado, quien se volvió alegre y satisfecho.

(2) En el archivo de Estado de Milán se halla una antigua copia de los capítulos de la paz, probablemente la misma que enviaría el Rey para conocimiento

Bula de dicho Papa, de 6 de Julio de 1443, por la cual confirma los dichos primeros capítulos hechos entre el Rey y el Legado Apostólico.

Bula de dicho Papa, de 13 de Julio de 1443, por la cual absuelve al Rey y á sus ministros de todas las escomuniones y

de su gran amigo el Duque. La trasladaremos aquí tal como se halla en la colección diplomática tantas veces citada.

«Primo quod reverendíssimus dominus Cardinalis Aquiliensis vigore suo bulle apostolice date Senis MCCCCXLIII, secundo idus aprilis init capitula cum rege Aragonum pro pace habenda inter s. d. nostrum et ipsum regem ac utrumque eorum.

Et primo, quod sit pax perpetua inter s. dominum nostrum, *(a)* atque utriusque eorum subditos, et quod deleatur omnis inimicitia.

Secundo, quod inirie facte el elapse remisse sint, et remictuntur.

Tertio, quod rex habebit s. dominum nostrum verum et indubitatum papam eique parebit &c.

Quarto, quod rex non permictet clam vel palam s. dominum nostrum offendere, et, si quid actum est contra Ecclesie libertatem revocabit &c.

Quinto, quod non amplius offendet s. dominum nostrum, terras, loca, Cardinales, prelatos, permictetque victualia transire &c.

Sexto, quod s. dominus noster promictit regem Aragonum habere in filium devotum.

Septimo, quod s. dominus noster non offendett regem ipsum, nec complices et ipsi regi aderentes.

Octavo, quod s d. noster absolvet ipsum regem et omnes suos ab omnibus censuris, penis et obligationibus et excomunicationibus si quas incidissent.

Nono, quod s. dominus noster, sive eius legatus, investiet ipsum regem de regno Scicilie citra Farum pro (sic) romanum pontificem servari consuetam (sic) et confirmatione arogationis ipsi domino regi et cum clausula, quod non obstat quod per vim illud regnum occupasse noscatur.

Decimo, quod s. dominus noster ipsum regem de dicto regno coronabit per se, legatum vel aliud.

Undecimo, quod s. dominus noster dabit in vicariatur perpetuum ipsi regi civitatis Beneventi et Taracine pro duobus ancipitris *(sic)* pro recognitione ipsius vicariatus, ipse rex restituet terram Civite ducalis, Accumoli gonisse

Duodecimo, quod s. dominus noster ipsum regem absolvit ab omni quantitate pecuniarum de qua ipse tenererur camere apostolice pro quacumque causa etiam benefitiali.

Tertiodecimo, quod rex post sigillationem capitulorum restituet castra Sancti Felicis es Fresoloni cum suis pertinentijs legato, vel cuicumque placuerit s. domino nostro.

Quintodecimo, *(b)* quod rex promictit mittere contra Teucros, post confirmationem et sigillationem ad sex menses, sex galeas sive treremes.

Sextodecimo, quod rex, post sigillationem et confirmationem predictas, mictet contra Comitem Franciscum pro recuperatione Marchie, et aliarum terrorum per Comiten Franciscum occupatarum, quatuor milia equitum et pedites mille, et terre quas ipse gentes acquirent extra regnum erunt s. domini nostri, et has gentes supponet quibus ill. Capitaneo s. d. n. videbitur.

Decimoseptimo, quod utriusque justitie complementum ministretur tam s. domini nostri, quam regis.

Decimooctavo, quod infra tempus trium mensium predicta omnia ratificabuntur pro s. d. nostro.

Omnia predicta fuerunt acta in Terracina XIII die junij MCCCCXLIII. et ut predicta observentur posita est pena ducatorum ducentorum milium pro parte non observantem (sic) solvendorum, et nihilominus omnia predicta firma maneant.»

Vid. *Doc. dipl. tratt. dagl. arch. mil.* Vol. III, part. II, n.° CCLXI.

(a) Esta cláusula, debió estar mal copiada ó está mal impresa en la colección de Osio, pues falta evidentemente «et regem Aragonum»

(b) El capítulo décimo cuarto le pasó por alto al autor de la copia de Milán.



censuras en que hubiesen incurrido por las guerras y por las ofensas hechas á la Iglesia Romana y por la ocupación de los bienes eclesiásticos.

Bula de dicho Papa, de 14 de Julio de 1443, por la cual concede al Rey Alfonso la investidura del Reino de Nápoles por sí y sus herederos masculinos y femeninos legítimamente descendientes, por línea recta de su persona, [1]

Bula de dicho Papa, de 4 de Septiembre de 1443, por la cual cede y dá al Rey Alfonso el importe del pago de las Marcas sterlingas (Marche sterlinghe) que venía obligada á pagar á la Cámara Apostólica, por causa de la concesión é investidura del Reino de Nápoles.

Bula del Papa Eugenio IV, de 25 de Setiembre de 1443, por lo que cede á dicho Rey toda suma de dinero que le debiese por causa del censo del Reino de Nápoles por el tiempo pasado: y toda suma que dicho Rey y sus Oficiales y Ministros en su nombre hubiesen exigido y percibido hasta dicho día por cualquiera razón y créditos de la Cámara Apostólica ó bien Prelaturas, Dignidades, Beneficios y Personas eclesiásticas de cualquier modo que fuese.

Bula del Papa susodicho, de 25 de Septiembre, de 1443, en la cual promete al dicho Rey Alfonso mandarle á Luis, Cardenal de San Lorenzo in Damaso ú otra persona acepta á dicho Rey, para coronarle solemnemente cuando y en donde el Rey querrá.

Bula del susodicho Papa, de 13 de Diciembre de 1443, en la la cual permuta la pena de privación del Reino, en caso de contravención á los pactos de la investidura, hecha al Rey Alfonso, con la pena de cinco mil ducados, que se habrán de pa-

(1) La bula de investidura negada por algunos escritores la inserta también Summonte en el Tomo III, p.ª 194 y siguientes de su Historia de Nápoles. Es un documento larguísimo, el cual dice que le proporcionò *el Signor Marc' Antonio de Cavalieri, persona de belle lettere unite con facoltà legale*. Fuè expedida en Sena y además de la firma y sello de Eugenio IV trae el consentimiento y la firma de los cardenales siguientes: «D. Episcopus Portuensis Cardinalis Terracinensis, Ioannes Episcopus Prenestinus Cardinalis Lateranensis, Nicolaus tituli S. Marcelli Presbyter Cardinalis. S. Tituti S. Anastasiæ Presbyter Cardinalis. B. Basilice 12 Apostolorum Presbyter Cardinalis. G. Tituti S. Marie in Transteverim Presbyter Cardinalis, Prosper S. Georgij ad Velum, ac etiam Diaconus Cardinalis de Columna. Albertus S. Eustachii Diaconus Cardinalis. Petrus S. Mariæ Nova Diaconus Cardilis, A. Sancti Grisogoni Presbyter Cardinalis Portugallensis, L. Tituli S. Laurentii in Damaso Presbyter Cardinalis Aquileyiensis. Trae además estas otras firmas B. Roveretta. A Destrecta.»



gar á la Cámara Apostólica, empero durante la vida de dicho Rey.

Bula de dicho Papa, de 13 de Diciembre de 1443, en la cual se prorroga por otros dos años el tiempo para prestar el juramento á la Iglesia Romana, por la Investidura del Reino de Nápoles; no obstante que en dicha Investidura se dice deberse prestar dentro de seis meses, si el Papa estuviese en Italia, y dentro de un año, si se hallase fuera de ella.

Bula del mismo Papa, de igual dia, por la cual perdona al Rey Alfonso las ocho mil onzas de oro al año que le debía por el Censo de Nápoles, durante, empero, la vida de dicho Rey.

Bula del susodicho Papa Éugenio IV, del día 13 de Diciembre de 1443, en la cual dá facultad al Rey Alfonso de no recibir á sus rebeldes en el Reino de Nápoles; y de echarles y de apoderarse de sus bienes, no obstante el juramento prestado por dicho Rey, como obligación de la investidura que se le concedió, de recibir á dichos rebeldes en el Reino, de restituirles sus bienes, absolviéndole del dicho juramento.

Bula del dicho Papa, del mismo dia y año, en la cual se dice, que si bien en la Investidura del Reino concedida á dicho Rey se pactó que no pudiese imponer tribntos y colectas á la Iglesia, Monasterios, Lugares Pios y Religiosos, Clérigos y personas eclesiásticas y sobre sus bienes, escepto en los casos permitides *de jure* ó por antigua costumbre del dicho lugar; sin embargo dicho Papa concede al Rey, por todo el tiempo de su vida, que pueda imponer tributos y colectas á dichos lugares y personas eclesiástioas, habiendo necesidad, si por ley de dicho Reino, ó Real costumbre le es lícito, no obstante los pactos de dicha Investidura.

Bula del mismo Papa, de dicho dia, en la cual se dice, que exponiéndole el Rey Alfonso, que por antigua costumbre de dicho Reino, podía imponer tributos y colectas á las Iglesias, Monasterios, Lugares Pios y Religiosos, Clérigos y personas eclesiásticas y sobre sus bienes, y que no estaba obligado á recibir ni admitir Prelados electos, nombrados y provistos en dicho Relno, si probablemente le eran sospechosos con respecto al Estado de dicho Rey; el Papa le concede que pueda imponer dichas colectas: y no recibir dichos Prelados, si por cos-



tumbre del Reino le era lícito, sin embargo de los pactos que figuraban en la investidura.

Bula de dicho Papa, del mismo día, en la cual, á instancia del Rey Alfonso, concede y dispensa que los Transversales puedan también suceder en el Reino de Nápoles, no obstante los pactos de la Investidura de dicho Reino, que llama solo los varones nacidos ó que pudieran nacer, legítimos descendientes, por línea recta, del dicho Rey. (1)

Bula de dicho Papa, de 13 de Diciembre de 1443, en la cual confirma á dicho Rey la adopción ó sea arrogación por hijo y sucesor del Reino de Nápoles, hecha por la *quondam* Reina Juana en la persona de dicho Rey Alfonso.

Bula del mismo Papa Eugenio, del susodicho día y año, en la cual dispensa al Rey los trescientos soldados armados que debía tener en campaña por el servicio que había prometido á la Sede Apostólica á sus espensas por tres meses, por causa de la Investidura del Reino que se le concedió.

Aquí acaban las concesiones pontificias otorgadas al Rey durante el año de 1443. Es preciso confesar que ó Eugenio IV fué muy liberal y generoso, ó bien que el Rey y su cancilleria estuvieron muy hábiles ó afortunados. Apenas quedó nada de los títulos onerosos á cuyo favor se había arrancado la suspirada paz y la codiciada Investidura. No era, sin embargo, lo apuntado más que preludio de otras concesiones que la benignidad del Pontífice debía hacer á nuestro bienhadado D. Alfonso, en el año siguiente y en los sucesivos. (2)

(1) En este título debe haber alguna omisión, porque en uno de los anteriores se habla de los herederos masculinos y femeninos.

(2) La paz con el Papa dió lugar á otros documentos que hemos sacado del Archivo de la corona de Aragón. *(a)* A los concellers de Barcelona les notificó el Rey la paz firmada con el Papa por medio de la siguiente misiva:

« Als amats e fels nostres los veguer consellers e promens de la ciutat de Barcelona.

Lo Rey

Promens, perque som cert de açó haurets plaher, vos auisam que per dar manera en aquest nostre realme en nostre absencia se pugue mils conseruar e perpetuar en continua obedientia e fidelitat nostra, e perque puxam hauer millor apportunitat de anar prestament visitar aqueix principat, hauem formada perpetua inviolable pau e bona concordia ab nostre Sant Pare papa Eugeni, per medi e intercessió del molt reverent pare en Jesuchrist e car amich nostre lo Senyor Cardenal de Aguileya legal apostolical, de que speram se seguirá servey accepte á Nostre Senyor Deu e gran benefici no solament á nos mes encara al Estat uniuersal de San-

(a) Vid. Apèndices XXXV.



Expuestos todos los anteriores datos referentes á la parte diplomática, volvamos de nuevo la vista hácia las luchas militares, pues que al cabo también hubo de haberlas en este año, aunque siempre alternadas con negociaciones é intrigas á fin de ver si se podía inutilizar al enemigo á quien se desconfiaba de vencer en buena lid.

Estando el Rey en Terracina, fué Nicolás Piccinino embarcado en las galeras catalanas á avistarse con él, para concertar las operaciones de la campaña que tenía por objeto la recuperación de la Marca, y resuelto de mancomun lo que debía ejecutarse, D. Alfonso regresó á Gaeta y Piccinino á Toscanella, en donde tenía el grueso de sus fuerzas.

A poco se presentaron en Gaeta los embajadores del Duque de Milán, que esta vez lo fueron Pedro de Monserrat, su camarero, y Simonino Guilino, (1) con orden de notificar al Rey que el Conde Francisco, ingrato á los beneficios recibidos de Felipe María, se había declarado su enemigo, y á rogarle, en gracia de su antigua amistad, que hiciese todo lo posible para echarlo de la Marca. (2) D. Alfonso por los mismos embajadores le dió cuenta de la paz ultimada con el Pontífice, así como de su entrevista y acuerdos con Nicolás Piccinino, pero tam-

ta Mare Sglesia, e ocasió á nos pus facil e mes presta de podervos personalment anar visitar segons dit es, com sia un dels pus principals desitgs que nos hauiam, lo qual speram Nostre Senyor Deus haurá pus prest effecte forsa que no pensariets

Dada en la ciutat de Gayeta á XXj de Juny any MCCCCXXXXiij.

Rex Alfonsus. »

Grande fué la alegría que esta noticia produjo en la capital del Principado Por de pronto los Concelleres, juntamente con algunos ciudadanos honrados, pasaron á la Catedral, y participada la novedad al Gobernador general de Cataluña mossen Galcerán de Requesens, al sotaveguer, que en aquella sazón regentaba la Veguería, Berenguer Soyol, y al batlle de Barçelona, Pedro Torrent, con asistencia del Señor Obispo y clero, cantaron un solemne *Te Deum laudamus* y luego dirigieron diversas preces al Cielo. Acto seguido acordaron celebrar una ostentosa procesión, que fué anunciada al pueblo por medio del pregonero, para el viernes XXvj del mes de Julio, como así se ejecutó en medio del mayor júbilo, previas unas brillantes iluminaciones la víspera de aquella fiesta religiosa.

Vid Libre de coses asanyalades cap. 43

(1) Simon Guilinus ac Gunifortis Bergomensis, dice Fazio

(2) En el mes de Abril el Duque de Milán escribía á su secretario Jaime Becchetto, para que exhortase al conde á mandar sus embajadores al Papa para agenciar el acuerdo proyectado entre Su Santidad y el mismo conde. La carta trae la fecha de 24 de dicho mes Seis días más tarde, Sforza daba poderes á Galeotto degli Argensi y á Nicodemus del Trincadi para que pudieran tratar paz y liga con Eugenio IV. Con esto se ve una vez más la facilidad con que Felipe María Visconti variaba de planes, ó cuando menos la doblez con que ocultaba los unos, á favor de las apariencias de otros enteramente distintos.

Vid. *Doc. dipl.* Vol III, part II, núms. CCLIX y CCLX.



bién le hizo decir que si bien reconocía que era obligación suya complacerle en todo, sin embargo le rogaba que le hiciese el favor de estar firme en su propósito; porque luego sería vergüenza, en medio de la guerra, desistir de la empresa, puesto que la opinión pública achacaría el desistimiento á inconstancia ó á miedo. Los embajadores de Milán respondieron que conocían que aquella vez el Duque sería implacable con su yerno, y jamás haría decir una palabra á S. M. contra dicho propósito, y luego regresaron á la capital de Lombardía.

Mientras tanto D. Alfonso diputó á Francisco Orsino, Prefecto de Roma, á Arnaldo, Obispo de Urgel (1) y á Berenguer de Eril á dar la obediencia al Papa, y á asegurarle de parte del Rey que en lo que á este le quedaba de vida, le haría conocer en paz y en guerra su adhesión á la Santa Sede; debiendo añadirle que aún cuando no estaba en los capítulos de paz, para servirle más eficazmente, quería ir á la Marca con todo su ejército. El Papa mostró quedar muy complacido de la disposición de ánimo del Rey y despidió á los embajadores, dejándoles contentos respecto de todo lo que habían pedido. Constanzo no dice una palabra de cuáles fueron estas peticiones; pero el lector lo sabe ya por el contenido de las bulas cuyo resúmen tomamos de Chioccarello: es decir la ratificación de los capítulos de paz, que desaconsejaban al Papa varios prelados franceses é italianos, y algunas dispensas de pagos y restricciones que figuraban en el tratado.

Todavía no concluyeron las idas y venidas. En la misma Gaeta á 25 de Junio, cuando el Rey estaba ya con un pié en el estribo, se le presentó un embajador del Dux de Génova pidiéndole con gran ahinco una tregua, dejándole entrever que

(1) Probablemente para tener á este prelado dispuesto á prestar dicho servicio, le había escrito algún tiempo antes la siguiente misiva:

«Lo Rey

Venerable pare en Christ e amat conseller nostre. Be vem que al rebre de la present vos serets ja en Pombli, segons per tres nostres altres letres vos ne havem scrit. Per çons pregam que de continent rebuda la present partiats d' aquí de Pombli cavalcant nit e dia e vingats á Talamo, no perdent una hora ni un punt de temps, car la galea que nos trametem á Talamo per levar los embaxadors del duch de Milá e á vos no pot star allí sensa gran perill ni sperar sino tan temps com bonament sera mester per venir de Pambli á Talamo. Per tant siats sollicit en vostra venguda. Dada en Napols lo darrer dia de Maig any MCCCCXXXIII. — *Rex Alfonsus.*»

Dirigitur Episcopo Urgellensi. (Reg.° 2652, fol. 51.)



mientras tanto se ajustaría alguna buena concordia. Después de varias conferencias del genovés con algunos de los del consejo del Rey, se le dijo que, ante todo, quería éste que se le restituyeran ciertos fondos que se tomaron á sus ministros residentes en Génova, cuando la rebelión contra el Duque de Milán. Esto era, según Zurita, para dar largas al asunto y no deshauciar á aquella Señoría; pues de otro modo, es decir, rechazando en absoluto el ofrecimiento, los genoveses hubieran podido confederarse con los venecianos y florentinos y con el Conde Francisco en daño de Aragón.

Acto contínuo propuso el Rey al Duque otorgarles una tregua de un año con ciertas condiciones; pero deseaba el primero que el segundo no solo diese su consentimiento, sinó que figurase en ella y la firmase juntamente con él, para mostrar una vez más que en todo eran una misma cosa y obraban animados como por una sola voluntad. Francisco Siscar fué el encargado por D. Alfonso de esta nueva misión.

Por este tiempo Raimundo Boil que gobernaba el Abruzzo, tuvo alguna entrevista con el Conde Francisco, á instancia de éste; lo cual, sabido por el Rey, se le prohibió para lo sucesivo. También se le dió orden de que acopiase subsistencias para el ejército real que había de moverse hácia aquella provincia.

A poco D. Alfonso salió por entre Capua y Aversa á la comarca del Mazzone, en donde reunió la hueste y, para hacer la vía de la Marca, se dirigió hácia Aquila acampando á cinco millas de esta ciudad. No tardaron en llegar algunos que, con la idea de aparentar gran celo, le dijeron que no entrase en Aquila, porque Antonuccio Camponesco, que era señor de la plaza, se había comprometido á matarle y que sería gran indiscreción meterse en ella, siendo ciudad tan populosa, tan llena de gente levantisca y tan partidaria de la causa angevina. Pero el Rey que conocía bien á Antonuccio, por haber militado éste bajo las banderas de Aragón, y que sabía que era viejo y prudente y por tanto incapaz de hacer tal locura en aquel tiempo en que no había en Italia ni un solo hombre que pudiese ausiliarle, sobre todo teniendo frente las puertas de la ciudad todo el ejército aragonés, tuvo por muy vano el aviso; y al otro día,



solo con la gente de su Córte, entró en dicha ciudad. No hay para qué decir que recibió todos los honores que podían tributársele en aquel tiempo, y á la jornada siguiente siguió su viaje cabalgando hácia Norcia para reunirse con Nicolás Piccinino.

Zurita intercala la noticia de que estando D. Alfonso con su campo cerca de Civitáreale, á 13 de Julio, mandó al Cardenal de Vich, que estaba con Felix, que desistiese de la plática que se había llevado por medio de Çescases su secretario.

También escribe que estando el Rey en el lugar de Sangro á 21 de Julio, supo que iba hácia él un canciller del Conde Francisco, llamado Theseo, para ofrecerle toda fé y seguridad si quisiese recibirle en su gracia; más habiendo averiguado que Sforza se prometía grandes resultados de esta plática y mensajeros, no solo para sí, sinó también para sus aliados de la Marca, mandó que dicho canciller no pasase adelante y no quiso recibirle, declarando delante del Obispo de Spoleto, Comisario Apostólico y de los oficiales de Piccinino, que estando en campaña para combatir á su enemigo, le haría la guerra hasta que restituyese las tierras que tenía ocupadas á la Iglesia en la Marca.

De todo dió aviso al Duque de Milán y envió embajadores á Venecia para que notificasen á aquella señoría la concordia que había firmado con el Papa y supiesen que en breve combatiría al Conde con las armas.

Tras de este paréntesis digamos que al llegar el Rey á Norcia se le presentó Nicolás Piccinino con veinte caballos, la flor y nata de la milicia brancesca y esta ida le fué muy agradable, porque algunos, y entre ellos el Príncipe de Tarento, le habían dicho que se guardase de entrar en la Marca, por cuanto el Duque Felipe, arrepentido de verle á tal altura, acababa de tratar secretamente con el Papa, de hacerle matar, á fin de poder luego disponer entrambos á su antojo del Reino de Nápoles. La presentación de Piccinino le quitó toda clase de sospecha, pues le pareció que, además de la fama que gozaba de leal capitán, su presencia y el modo de expresarse representaban un hombre de bien, enemigo de toda falsía, y al día siguiente fueron juntos á reunirse con las tropas que éste mandaba.



Ya antes, en señal de confianza, le había enviado á Juan de Liria con mil infantes, persona á quien tenía en mucha estima, no solo por su lealtad y finura de modales, sinó por los muchos peligros que había arrostrado en defensa de su causa. Este llevaba la consigna de reforzar á Nicolás Piccinino en el asedio de Viso que se tenía por el Conde.

La campaña fué breve y fácil. Por segunda vez aragoneses y brancescos [1] iban á luchar contra sforcescos. Hé aquí el paralelo que hace Fazio entre Piccinino y el Conde. Aunque los dos eran reputados iguales en la ciencia militar, tenía cada uno, sin embargo, su diferente sistema. Nicolás más dispuesto á pelear, al punto acertaba la ocasión apropósito para las batallas, sacando ventaja al enemigo por medio de la celeridad; también sabía fatigarle á beneficio de las marchas y prefería la caballería ligera á la infantería, buscando soldados rudos y fuertes que no se acobardasen, cualquiera que fuese el número de los adversarios. Francisco, luciendo más por el arte y la habilidad, no peleaba sinó cuando le convenía y tenía proyectado, y acampando y asediando, quebrantaba al enemigo. Se valía más de la infantería y envalentonaba á sus soldados, haciendo que no temiesen á un ejército más fuerte, por medio del culto al oro y á la plata. Por lo demás Nicolás Piccinino era indulgente con sus tropas, al paso que Francisco era duro. No les separaba la envidia, porque cada uno se tenía por el más glorioso en la guerra, sinó las antiguas enemistades que ya habían dividido á Braccio y á Sforza.

Apenas los dos ejércitos real y brancesco estuvieron frente á Viso, sus moradores, conociendo que el Conde no podría socorrerles, trataron de rendirse al Rey, quien no quiso aceptarles, haciendo que se rindiesen al Legado del Papa, pues dijo públicamente que había emprendido aquella guerra en servicio de la Iglesia. Después de la rendición de Viso, D. Alfonso hizo grandes progresos contra el Conde.

Hé aquí algunas de las etapas que nos ha sido posible poner en claro. De Viso pasó á la comarca de Camerino al punto que Fazio llama Plebem Taurinam, separándose de Nicolás

(1) En los Anales de Forli se lee que el ejército del Rey y de Piccinino ascendía á treinta mil hombres de infantería y caballería.



Piccinino. Luego se reunieron de nuevo y se dirijieron á Porta Sarravallis, poniendo el campo á orillas del Clenti. El Conde se hallaba entre Sanseverino y Tolentino con su hueste de ocho mil hombres. D. Alfonso que no estaba abundante de víveres, tomó el camino de Tolentino, y antes de llegar á este punto, torció á la izquierda, para seguir por un atajo que conducía á Sanseverino haciendo esta marcha de noche. Al despuntar el día se hallaba en el castillo de Sutii, ya muy poco distante de Sanseverino, lo cual sabido por Sforza, le movió á levantar el campo y á dirigirse á Cingulo. Los soldados del ejército del Rey, ávidos de pelear, pidieron á voz en grito que se les dejara atacar el susodicho castillo, cosa á que accedió el Rey condolido de que tuviesen que soportar la irremediable escasez de las provisiones. Los de la hueste real asaltaron por un lado y los de Nicolás por otro.

A todo esto los de Sanseverino libres de la presión del Conde y del miedo que le tenían, mandaron las llaves al Rey, el cual dispuso, á tenor de lo que había hecho en Viso, que se las entregaran al legado del Papa, tômando pié de esta decisión para hacer nuevas protestas en favor de su celo por la causa de la Iglesia.

Entre tanto como se viese que el castillo no podía resistir, los mismos legados de Sanseverino suplicaron al Rey que hiciese desistir á los suyos del asalto, á fin de que no fuese arruinada aquella fortaleza y se evitara el saqueo; asegurándole que los que la guardaban, lo mismo que todos los habitantes de los pueblos de la jurisdicción de Sanseverino, imitarían el ejemplo de la capital.

D. Alfonso, ablandado por estos ruegos, aunque ya tenía la victoria en la mano, mandó tocar retirada. Despues de esto se movió hácia Cingulo, en donde ya dijimos que se había retirado el Conde; pero al estar á tres millas del castillo, mandó acampar no lejos del rio de Potenza. En el mismo dia, á fin de que Nicolás Piccinino pudiese hacer obra de fidelidad y valor, demostrando que estaba dispuesto á arrostrar con los suyos toda clase de peligros, lo mismo que el resto del ejército, le mandó ir de vanguardia, no olvidándose de hacerle objeto de las más estremadas alabanzas. A la jornada siguiente el



Rey mandó levantar el campo y hacer la vía de Potenza. Se creía que Sforza se aprovecharía de la oportunidad del lugar para presentar resistencia; y aún muchos trataban de disuadir á S. M. de la conveniencia de aquella jornada, por causa de lo difícil de los caminos; sin embargo, como Piccinino fuese de contrario dictámen ¡tan grande era la autoridad de aquel capitán! el Rey mandó seguir su consejo y las tropas se pusieron en marcha. Como el sol corría rápidamente á su ocaso y hubiese que explorar con mucho cuidado el camino, por aquel día no se pudo llegar á Potenza. Francisco se enteró de dicho movimiento, y después de haber celebrado consejo de guerra con los suyos, dispuso dejar guarniciones ó presidios en las plazas, y como no fuese su ánimo presentar batalla al Rey, fué retirando poco á poco. Hé aquí como repartió la mayor parte de sus fuerzas: á Fermo, que es cabeza de dicha provincia, mandó á su hermano Alejandro; á Auxino, á Juan de Tolentino con seiscientos caballos; á Iesi á Troilo; á Roca Contrada, á Roberto, su sobrino, con otros caudillos. Así que el Conde hubo partido, Pedro Brunoro, que mandaba ochocientos caballos, ya fuese que viese arruinada la causa sforcesca, ya que tuviese animosidad personal respecto del Conde, se pasó á los nuestros y entregó todos los lugares que se habían confiado á su custodia. Con esto se acrecentaron los cuidados del altivo *condottiero,* pues veía que tanto como habían disminuido sus fuerzas, habían aumentado las del enemigo. El Rey que no sabía el estado de animo del Conde, vaciló en adelantar; pero luego cerciorado de la ausencia del enemigo, llevó sus tropas entre Monte Melón y Montículo.

Los primeros resultados de la traición de Pedro Brunoro, fueron la rendición á los Legados pontificios de Macerata y Tolentino. ¿Qué recurso le quedaba al infeliz Conde Francisco? Su primer pensamiento fueron las señorías de Venecia y Florencia á las cuales había dado tantos días de gloria. No obstante creyó que al ver el mal estado de sus asuntos, y hallándose, además, ellas en guerra con el Duque su suegro, no podrían prestarle ningún ausilio. Una de las cosas que más le preocupaba era la inconstancia de los pueblos presumiendo que se escaparían de su poder, en parte deslumbrados por la

gloria de D. Alfonso, en parte por los escrúpulos religiosos. A los florentinos y venecianos no les agradaba que el Conde abandonase la Marca, y no se sabían esplicar como había andado tan flojo en la resistencia. No pudiéndole ausiliar con fuerzas, le ausiliaban al menos con sus consejos.

Entonces Sforza volvió los ojos al Duque de Milán, y convencido de que no tenía medios de resistir, simuló deseos de reconciliación con él, no sin consultar antes el proyecto con las dichas señorías, que lo aprobaron desde luego.

A este efecto le mandó astutos emisarios que le hiciesen entrar en celos y desconfianza respecto de D. Alfonso.

Hízole decir, según Constanzo, que si se había empleado en su deservicio, fuè más por ambición que por mala voluntad que le tuviese, en atención á que no podía olvidar á tan gran bienhechor suyo; pero que al ver que Piccinino, capital enemigo del nombre sforcesco, tenía el primer lugar en la Corte de Milán, y en la guerra el bastón de capitán general, consideró que no podía estar sujeto con honra y seguridad á tal hombre: que sino quería ayudarle por causa de las ofensas que le había inferido, debía ayudarle en bien de Italia, porque ya sabía por experiencia la fortuna y el valor del Rey y de sus gentes, y, supuesta la destrucción de la milicia sforcesca, uniéndose D. Alfonso con la brancesca, cosa por todo extremo fácil, porque siempre había tenido predilección por ella, no sabía ni veía quien podría impedirle el que se hiciese dueño de toda Italia, como debía creerse que lo ambicionaba; porque no podía pensarse que un Rey de tantos reinos se hubiese movido en persona, sólo para servir al Papa, que le había sido siempre enemigo; debiendo presumirse más bien que guerreaba por cuenta propia, máxime sabiéndose, como se sabía, que por los capítulos de la paz no estaba obligado sinó á enviar una parte del ejército.

Esta semilla de desconfianza cayó en terreno el más apropósito para que germinase rápidamente, y á poco el Duque mandaba ya á decir al Rey por Juan de Baldazzone que el Conde Francisco se había reducido á buen acuerdo y que por lo tanto le había vuelto á su gracia, con la idea de dejarle atender sin más contradicción á la recuperación de su Estado. Por



esto rogaba al Rey que tratase bien al Conde y que en suma no quedase éste ni vencedor ni vencido.

D. Alfonso recibió el anuncio de esta nueva impertinencia estando en Belforte á 19 de Agosto, y haciendo de ella el caso que merecía, prosiguió las operaciones de la campaña.

Entretanto manifestó á Baldazzone que, una vez tomada la defensa del Pontífice, no podía desistir dignamente de la empresa hasta haber arrojado al Conde de la Marca.

Dejando guarniciones en las plazas recuperadas, se dirigió á Cornice, no lejos de Cingulo, en donde puso su real. Francisco retiró una vez más, y los vecinos de dicha plaza, desconfiando de ser socorridos, se rindieron al tercer día. De Cornice pasó el Rey á Castro Plano, y como sus habitantes se resistieran por causa de sus opiniones, los Legados pontificios permitieron á los soldados que entrasen á saco dicho lugar.

Mientras los de la hueste real estaban en esto, el Duque mandó un nuevo emisario á D. Alfonso con cartas mucho más urgentes y apremiantes, para que desistiese de la campaña de la Marca y se volviese con todas sus fuerzas al Reino. Las cartas, dice Fazio, habían sido escritas en presencia del Conde por el emisario que le había mandado el Duque y hasta asegura el mismo autor que Sforza las había dictado. No paraban aquí los enredos, pues Guilino había escrito que D. Alfonso, en virtud de la alianza firmada con el Duque de Terracina, venía obligado á suspender las operaciones de la guerra en cuanto supiese que así lo quería Visconti. Como esto no era verdad, el Rey deliberó mandar á Milán á personas de confianza que pusiesen las cosas en su lugar y destruyesen todo aquel embolismo. (1) Los elegidos á este objeto fueron Mateo Malferit,

(1) La siguiente carta sacada de los archivos gubernativos de Milán prueba clarísimamente la fidelidad del relato de Bartolomé Fazio:

« Domino regi Aragonum &c.

Serenissime &c. Como siamo certi horamay debia havere inteso la Mta. vostra da Iohanne Baldizono nostro famiglio, lo illustre nostro zenero el conte Francesco è accordato totalmente cum nuy, et è redncto a la devotione et gratia nostra como may fosse; e nuy le avemo acceptato, e tolto in protectione nostra, come carissimo figlolo chel reputiamo. Per tanto, rendendose nuy certi che la Sublimita vostra non reputa meno per soi quelli che sono nostri, como quelli chi sono vostri propij, et quello medesmo tractamento voglia fare a li nostri, che la fa a li soi stessi, che gli sono piu fedeli et piu cari, confortiamo, et pregamo la Sublimità vostra, che non voglia procedere più a le offese del prefato conte, poiche zà mai è facto in tuto nostro, como è dicto; anze più tosto se degna la Mta. vostra receverlo a la gratia soa, e volerlo havere per suo bon figlolo, e servitore per nostro amo-



muy docto en la ciencia del derecho y Juan Nuceo ó de la Noce persona también muy discreta. Se quería que para ir con más seguridad atravesaran los dominios de Segismundo Malatesta, de quien se tenían noticias que solicitaba la amistad del Rey, pero viendo que tardaba en presentarse á él, en contra de lo que tenía anunciado, los emisarios llevaron diferente camino.

Las instrucciones que se les habian dado, las conocerá el lector cuando hablemos de las conferencias que tuvieron en Milán, de las cuales trata Fazio con bastante minuciosidad.

Así que Felipe María supo la llegada de los legados del Rey á Milán, les mandó á algunas personas de calidad con encargo de cumplimentarles. En el mismo dia les recibió muy benigna y cortesmente en el palacio ducal en donde pudieron saludarle. Después de la recepción el Duque nombró tres personas para que concertaran con ellos lo que debía hacerse en aquellas circunstancias. Fueron los designados Hugo Contrario, Nicolás Guerrero y Francisco de Castellón ó de Castiglione. Al otro dia celebróse la primera conferencia, siendo Malferit el que tomó la palabra en estos ó parecidos términos. Dijo que el Rey estaba grandemente admirado de que habiendo emprendido la expedición á la Marca, á ruegos y por impulso del Duque, en contra del Conde Francisco, se hubiese antojado al primero de éstos en ocasión en que D. Alfonso tenía ya en su poder tantas villas y lugares, y había llegado á los últimos límites de aquel territorio, mandarle á Baldazzone con la embajada de que, depuesta toda contienda, había vuelto á su gracia al

re, como habiamo ferma speranza, e com essa Mta. è tennta de fare per le promesse, lighe, et conventione, le quale tanto solemnemente habiamo contrectate insema; et como ancora la Sublimità vostra promise a lo egregio secretario nostro Symonino Ghilino circa questi facti del conte Francesco in lo suo partire de la presentia vostra. Certificando la Sublimità vostra, che non poría farne a questo mondo la maiore gratia, nè lo maiore piacere de questo. E cossì non poría farne la Mta. vostra el maiore despiacere, como a procedere a le offesse d' esso conte, perchè ogni bene et ogni male, che li fosse facto, reputassemo che fosse facto a nuy stessi; e quando la Sublimità vostra ne contrafacesse in questo, che è quella cossa la quale habiamo più a core in questo mondo, essa ne daría evidentia che in le altre cosse ancora più importante, et ardue, la non volesse attendere le promesse. Eandem vero Maiestatem &.

Mediolani, XXV augusti 1443.

In simili forma, et de quelo medesmo effecto, fu facta una instructione a Federico Crivello, quale é andato da la Mta. del Re.

Item un'altra instructione informa á Zerzo da Annono quale è anche luy andato dal prefato signor re. »

Vid *Doc. dipl.* Vol. III, part. II, n.º CCXLV.



dicho Conde; que no le había estrañado menos el ruego de que desistiere de la campaña y cesase de guerrear, lo cual le sería muy agradable siempre que se le diese palabra de verse libre en adelante del peso de aquella lucha, pero que desconfiaba del Conde como perpétuo aliado de florentinos y venecianos. Luego, añadió Malferit, que se había presentado al Rey un secretario con nuevas cartas, unas que sabía dictadas por el mismo Sforza y otras muy insolentes de Guilino en las que afirmaba la falsedad de haberse comprometido el Rey en Terracina á no seguir la expedición de la Marca, sinó hasta cuando fuese del agrado del Duque. El Rey, continuó Malferit, quedó pasmado de que Felipe María se hubiese dejado persuadir tan fácilmente de que el Conde obraba de buena fé; pues á él le constaba por Pedro Brunoro, el *condottiero* que se había pasado á la causa aragonesa, el cual estaba en todos los secretos de su jefe, que éste había obrado de aquella manera por consejo de las señorías de Florencia y de Venecia, como se vería muy presto por el resultado que aquel paso daría; que el Rey se dolía mucho de que no se le dijese cómo habrían de quedar las cosas que se referían al Pontífice por efecto de aquella reconciliación, ni aún las suyas propias, especialmente por lo que concernía á las plazas que el Conde estaba aún detentando en el Reino; que convendría saber, si en el caso de obedecer el Rey al Duque, Francisco retiraría los presidios que tenía en dichas plazas, extremo que se había olvidado lastimosamente, como si al Rey no le correspondiese de ningún modo conocer de los asuntos de Sforza. Demás de esto, prosiguió el legado regio, el Pontífice, como directo señor del Reino de Nápoles, tenía derecho á intervenir en todo, pues por su mandato se había hecho la guerra y solo él podía decir si quedaba remediado lo que había sido motivo de sus quejas; por lo que tocaba á la guerra misma, el Rey creía ser cosa muy desacertada hacer retirar un ejército que había alcanzado tantas victorias y dejar entero á un enemigo altivo é irritado á causa de sus derrotas; y para que se viese la importancia del triunfo, bastaba decir que se habían tomado veinticinco ciudades y que muy pronto toda la Marca habría vuelto á la obediencia del Papa; cosa que éste se prometía del Rey según podía verse por las cartas que cada



dia le mandaba; que el Rey había dicho á Simonino Guilino que retiraría el ejército siempre y cuando mediasen tres circunstancias, á saber: que el Duque volviese á la gracia á su yerno, que el Papa quedase satisfecho y, por fin, que el Conde restituyera al Rey, Civitella, Theano y demás plazas que tenia en el Reino; por último que si el Duque conociera sus intereses, no miraría tanto por el Conde, quien privado de sus lugares y castillos de la Marca sería más humilde y más fácil de dominar y no tendría los recursos que tantas veces había empleado en daño de Felipe María, y si después de todo lo dicho, éste persistiese en su idea de que el Rey depusiese las armas, debía arbitrar antes el modo de que esto pudiera hacerse sin que el Papa se quejase.

Los consejeros del Duque no contestaron palabra, sinó que fueron á poner en conocimiento de su señor todo lo dicho por Malferit, prometiendo dar á su debido tiempo comunicación del dictámen de Felipe María.

Algún tiempo después éste les llamó á palacio y les dijo que les parecía imposible que el Rey (nada habló del Pontífice ni de Piccinino) no fuese movido por otros contra el Conde, y que le dolía se separase de sus indicaciones, sabiendo que nadie había mirado con tanto interés como él las cosas que concernían á la causa aragonesa. Aseguró la sinceridad del arrepentimiento de Sforza y rogó que se le dejara de hostilizar.

Malferit respondió que se sabía por Pedro Brunoro que el Conde obraba en connivencia con los venecianos y que la sumisión era de todo punto simulada, como se vería el dia que recibiese los socorros que esperaba de aquella señoría. Aunque quería añadir mucho más, Felipe María le interrumpió y pasado un rato de silencio, nuestros legados se retiraron á su posada.

Algunos dias después celebraron los dichos alguna nueva conferencia; pero como no hubiese medio de disuadir al Duque, que insistía en la retirada del Rey, Malferit y Juan de la Nuce trataron de ausentarse. Felipe María les dió permiso, diciéndoles, empero, que el Rey podía renunciar desde aquel dia á que él le siguiese tratando como padre y que en adelante quedaba abandonado á sí mismo.

Los de Aragón averiguaron que aquel astuto potentado



acababa de concertar, á espaldas de D. Alfonso, la paz con los venecianos y sus aliados. Tras de lo cual regresaron al Reino por la vía de Florencia, en donde les fué confirmada la anterior noticia.

Realmente viendo el Duque que no tenía medio de reducir al Rey, hizo una muy estrecha liga y confederación con la señoría de Venecia y los comunes de Florencia y Bolonia para conservación y defensa de sus respectivos estados, debiendo allegar para socorrerse mútuamente, hasta cinco mil caballos y mil infantes al Conde Francisco y á Segismundo Malatesta su yerno, (1) empero el Duque, que siempre iba rezagado, debía mandar otra tanta gente y tenerla á sueldo por todo el tiempo que los dichos tuvieran la suya. El objeto era favorecer á Sforza en su campaña de la Marca, así como en el Patrimonio de San Pedro, en el Ducado de Spoletto y en Todi. Este tratado se firmó en Cremona y estipulándose que ningún aliado pudiese concertarse con nadie que fuese superior en dignidad á las

(1) Demos algunos datos acerca de los enlaces de Segismundo Pandolfo Malatesta, señor de Rimini. En 1433 casó con Genoveva de Este, hija del marqués de Ferrara. De esta señora tuvo un hijo que murió el 29 de Setiembre de 1437, antes de llegar á cumplir un año. Al cabo de tres más, ó sea el 8 de Setiembre de 1440, ella pasó también á mejor vida en la ciudad de Rimini, á la temprana edad de 22 años. Se murmuró grandemente acerca de la causa de esta muerte, diciendo si había sido obra de un tósigo. Eneas Sylvio, Fray Filippo de Bérgamo y Clementino admiten la existencia del crímen y declaran autor á Malatesta. Dos años después de la muerte de Genoveva, casó con Polixena Sforza, hija del conde Francisco, de la que tuvo un hijo nacido en 1443, y que llevó el nombre de Galeotto. Polixena bajó al sepulcro el 1.º de Junio de 1450 y entonces Segismundo se enlazó con Isotta de Rimini, su antigua amante, con quien mantenía relaciones ilícitas, al decir de Battaglini, su biógrafo, desde 1438, y de la cual había tenido varios hijos adulterinos. No se sabe la fecha exacta del tercer casamiento de Segismundo, más en un documento de los padres hermitaños de San Agustin de Rimini del mes de Junio de 1457 se llama á Isotta *Domina Issotta de Malatestis*, al paso que antes siempre suena con el nombre de *Domina Isotta acti de Actis*. También se cree que la muerte de Polixena fuè violenta y Clementini asegura que Malatesta la estranguló con una servilleta. El audaz condottiero se valió del ascendiente que tuvo sobre el papa Nicolás V, para pedir, después del tránsito de su segunda esposa, la legitimación de los hijos adulterinos, entre los cuales había uno, llamado Salustio, al cual quería entrañablemente, pretendiendo que le sucediera en el dominio del estado en detrimento de sus hermanos mayores.

Desde que Segismundo contrajo relaciones ilícitas con Issotta siempre llevó en las fiestas y torneos y en las ceremonias públicas la divisa de su amante. En su sello, en sus armas, en las armaduras de sus soldados, en los muros de los monumentos, en los frisos de las iglesias, en los frontales de los altares unió siempre su inicial con la de Isotta. Muchas son las obras de arte: medallas, bustos, retratos, sarcófagos, &. que han inmortalizado el nombre de la dueña del corazón de Malatesta.

¡Tal era el gènero de vida que llevaban los más de los personages durante el siglo XV en Italia!

Vid. CHARLES IRIARTE. *Un condottiere au XV siécle. Rimini. Etudes sur les lettres et arts à la cour des Malatesta d' aprés les papiers d' Etat des archives d' Italie.* Paris J. Rothschild, éditeur 1882.



partes contratantes con lo cual el Papa y el Rey quedaban escluidos de poder formar parte de aquella liga.

Apesar de esto no dejaron de menudear las embajadas entre el campo del Rey y la capital de Lombardía, sin que los dos antiguos amigos lograran entenderse y hacer las paces.

D. Alfonso se había valido del Duque para vencer; una vez conseguida la victoria necesitaba del Papa para consolidar su conquista. ¿Qué estraño, pues, que entonces todo lo sacrificara á la buena amistad de Eugenio IV?

Reanudemos la narración de la campaña de la Marca.

Después de lo dicho, el Rey determinó ir contra la plaza de Iesi, que gobernaba Troilo, caudillo de los de mayor confianza de Sforza; á quien, por razón de su antigüedad en el mando de la caballería y por el concepto que tenía de su valor, le había dado á una hermana suya por esposa. Sea que Troilo se hubiese disgustado con el Conde, sea que esperara mayores medros siguiendo las banderas del Rey, sea que intentase figurar una deserción para llevar á cabo algún golpe que levantase los asuntos de su jefe que cada dia iban más de capa caida, lo cierto es que hizo decir, por medio de los emisarios que Iñigo de Guevara ocultamente le mandaba, que entregaría la plaza y se pasaría al campo aragonés. El Rey quedó sumamente satisfecho de aquel paso, primero por la importancia de la ciudad que iba á tener en sus manos; segundo porque quedaban desmembradas las fuerzas de su enemigo y muy aumentadas las suyas, y finalmente por el efecto que producía la traición de un capitán de tanta valía y que además estaba emparentado con el Conde. Pensaba D. Alfonso que, privado Sforza de los dos caudillos citados, con cuyo consejo y obras solía contar en las batallas, cifrando en ellos las esperanzas de triunfo, ya no se atrevería en adelante á hacer jornada, ni á defender los lugares y castillos que le quedaban y que demás de esto, viéndose vendido por aquellos en quienes más confiaba, recelaría continuamente de los demás capitanes. Habiendo recibido á Iesi bajo su obediencia y entregado la plaza al Legado Pontificio, D. Alfonso prosiguió su camino para ir contra el Conde, hasta arrojarle de la Marca antes de que tuviera tiempo de rehacerse. Empero Piccinino le hizo cambiar de propósito con



notificarle que tenía esperanzas de tomar á Roca Contrada, pues había entre los de la guarnición quien se ofrecía á facilitarle la entrada. El Rey movió entonces toda la fuerza disponible y puso su campo á la vista de dicha ciudad. Esto fué causa de que Segismundo Malatesta no se sometiese, pues á pesar de que se veía perdido, calculó que tendría tiempo para reforzar los presidios de sus castillos, en tanto que el Rey lo perdería sitiando á Roca Contrada, la cual confiaba que se resistiría en atención á lo fuerte que era y á la numerosa guarnición que la defendía. El Rey intentó rendir la ciudad sitiada privándola del agua que la abastecía, á cuyo efecto hizo diferentes tentativas, para desviarla. Su gobernador Roberto Necuo, de la estirpe de los Sanseverinos, con la caballería y los habitantes de la plaza frustaba los conatos de D. Alfonso, vigilando además muy cautelosamente para que no sucediese ninguna novedad en el recinto de la misma. Esperada por mucho tiempo la traición y viendo que no se declaraba nunca, el Rey movió sus reales hácia Barbara y de ahí hácia e. rio Metauro ó Metro sobre Faro de Fortuna, (Fortunæ Fanum) en donde se había refugiado el Conde con la caballería que le quedaba. Así que éste se apercibió de dicho movimiento, se retiró tras de los muros de esta población, limitándose á hacer algunas salidas y á empeñar ligeras escaramuzas en las que siempre se le acorralaba hácia el interior de la plaza.

Por aquellos dias llegaron al campo del Rey los legados del Duque, Juan Balbo y Pedro Cotta, con encargo de pedir lo mismo que ya habian hecho otros, es decir, la suspensión de las hostilidades; porque eran tantas y tan apremiantes las instancias del Conde, que su suegro se veía en la necesidad de tener siempre embajadores en camino. Todavía no se habían ausentado estos últimos del real aragonés, cuando sucedió un hecho que retrata perfectamente la época y que interesa referir con todos sus detalles, pues se echa de menos en la mayoría de los historiadores españoles é italianos. Nosotros lo tomaremos de Fazio.

Presentóse en el campamento un heraldo del Conde Francisco, el cual pidió la venia al Rey para poder hablar con toda libertad, conforme á los fueros de su orden é instituto. Muchos



cargos de perfidia y de ignominia dirigió en nombre del Conde contra Nicolás Piccinino que se hallaba presente, llamándole traidor y desleal, avisando además al Rey de que no se fiara de él pues que no le sería más fiel de lo que había sido á los demás príncipes cuyos ejércitos había mandado y de lo que había sido respecto del Conde Francisco, á quien prometió, en presencia de Martinengo, al tiempo de hacer la paz, que entrambos, de común acuerdo, harían la guerra á D. Alfonso. Añadió que no se había atrevido á combatir por sí solo con el Conde, en la Marca, sinó que había esperado ocasión de poder unir sus fuerzas con las de Aragón. Finalmente le desafió á nombre de Sforza para que ambos pudiesen poner á prueba sus dotes de capitanes y las de sus respectivos soldados. De esta suerte en una sola batalla ellos y su hueste se cubrirían ó de gloria ó de vergüenza.

Así que hubo terminado, Nicolás que estaba ya muy conmovido desde el principio del parlamento, respondió probando muchos cargos contra el Conde Francisco, mostrando con ejemplos cuál era su fé y arguyéndole de perfidia; dijo que le pesaba mucho no tener la robustez que tenía antes de recibir la herida de la cerviz, pues le habría enseñado en singular combate cuál de los dos podía ser manchado con la nota de traidor; pero que sin embargo de haberle robado la fortuna aquella facultad, y de hallarse, como se hallaba, debilitado de cuerpo, aceptaba el reto lanzado con las dichas condiciones, y mediante el permiso del Rey, comparecería bajo la ciudad de Fano y presentaría batalla. El Rey consideró que debía tomar bajo su amparo el honor de Piccinino y se encargó de velar por la seguridad de los combatientes. Estipulado así el desafío. el heraldo regresó á la ciudad á dar cuenta de su gestión y del ánimo de Piccinino. Al oirlo el conde, su faz se inundó de alegría y acto contínuo mandó á los suyos que se preparasen para el encuentro del siguiente día. En el campo del Rey se levantó un gran clamoreo y todos se llenaron de gozo, y aunque no debían esperar más que una noche, unos impulsados por el deseo de pelear, otros por el de presenciar la pelea, á todos el tiempo les parecía interminable. Suspiraban por ver el choque de los dos más famosos capitanes de Italia, así como de sus



das respectivos ejércitos y de la flor y nata de la caballería de aquella Península. La mente de todos se representaba el hermoso espectáculo en el cual se pondría en claro la gloria y la importancia militar de los combatientes, para saber desde aquél dia cuál era el mejor capitán de los dos que se disputaban la primacia. A la hora convenida Piccinino se presentó en el campo de batalla con los suyos. El Rey se puso de observación con el ejército aragonés á una milla de distancia, para hacer que quedara el campo libre por la una y la otra parte. Piccinino esperó hasta mucho después de la hora acordada la comparecencia del Conde y de los suyos. Fué en vano; Sforza no se movió del recinto de la ciudad. Piccinino fué entonces como vencedor hasta el pié de las murallas y al llegar á las puertas de la plaza llamó é increpó á voces al enemigo; y como nadie saliera por ellas, con gran vanagloria de los suyos, se retiró á su campamento.

Después de esto no queriendo el Rey perder más tiempo por aquella parte, pues, por su situación topográfica, Fano era muy difícil de sitiar, por cuando por la parte del mar era abastecida fácilmente y además la presencia de Francisco hubiera hecho que la resistencia fuera muy recia, despachó, á los legados y determinó retroceder y, diviendo sus fuerzas, mandó á Piccinino á Monte Aureo y él se dirigió á Monte Arboto.

¿Qué contestación dió á los legados del Duque, Juan Balbo y Pedro Cotta? Fazio no lo dice, pero Zurita llena este vacío. D. Alfonso concedió tregua á los genoveses por todo el tiempo que fuese su voluntad y además dos meses á fin de que se pudiesen tratar mejor de la concordia, con tal de que entrase en ella la familia de los Fregosos. Respecto de desistir de la guerra que hacía al Conde y de las amenazas que se le habían hecho de que él y Piccinino, después de dominar la Marca, encontrarían otras sierras y despeñaderos y que se alzaría contra de ellos toda la Lombardía, se limitó á responder por escrito, á 17 de Setiembre, que se maravillaba de haber perdido aquel crédito que antes tenía y que hacía que el Duque le mirase con ojos de padre, pero que por esto el tiempo le daría ocasión de portarse con él como hijo que mucho le amaba.

Veamos las ulteriores jornadas de los nuestros. De Monte Arboto pasó el Rey á Iesi y de alli á Auxino, cuyas villas se entregaron voluntariamente al Pontífice, y luego dirigió sus pasos hácia Fermo. Al llegar al lado opuesto de la puerta de esta plaza, mandó levantar el campamento; empero Alejandro Sforza, hermano del Conde, que la defendía, salió de la ciudad con los seiscientos caballos que mandaba y embistió por la espalda á nuestros últimos escuadrones, que lo eran en aquel dia los de Juan de Vintimiglia y sembró el terror entre ellos. D. Alfonso, al oir la gritería de su retaguardia, tomó sus banderas y se dirigió contra el enemigo, al cual obligó á huir y á refugiarse de nuevo tras de los muros do Fermo. No fué esto sin que se trabase un recio choque, acompañando los de Aragón á los sforcescos, tomándoles el vallado ó antemural y llegando hasta la misma puerta. Después de este encuentro los del Rey se fueron á proseguir las obras del campamento. Era Fermo ya en aquella sazón una ciudad grande y opulenta y la más fuerte de toda la Marca. Tiene un peñasco de tanta altura que desde él, como desde un mirador elevadísimo, se descubre el territorio de casi toda la provincia. Sobre de aquella eminencia había una pequeña meseta, circuida de un muro con torres poco distantes unas de otras, constituyendo una fortaleza inexpugnable. El vulgo la llamaba Girona ó Girone. Quien era dueño de Fermo se podía decir que tenía en su mano toda la Marca. El Rey la reconoció sin hacer ánimo de sitiarla, pues solo se había acercado á ella para ver si con su presencia se producía alguna rebelión, por cuanto se le había participado que había muchos ciudadanos deseosos de arrojar la guarnición del Conde y de entregarse á la Iglesia; más al ver que nada sucedía, levantó á los pocos dias el campamento, y formada su hueste, se dirigió á Torre de Palmas. En esta marcha llevaba la idea de ver si podía hacerse con la ciudad de Ascolí y luego regresar con todo el ejército al Reino para invernar en él.

Fazio empieza á dar cuenta de sucesos en los cuales fué no solo testigo, sino también actor. Refiere como fué enviado por los genoveses para tratar de la tregua, como llegó á un castillo no lejos de Fermo antes de que el Rey levantara su campo



y como se reunió con él en Marrano ó Marano, no sin algunos peligros. Añade que por aquel dia no consiguió más que hacerse anunciar por D. Lope de Urrea que era el prefecto del campamento. Esta circunstancia le hizo que pudiera enterarse personalmente de los sucesos que narra á renglón seguido y que fueron los siguientes.

Pedro Brunoro y Troilo, á quienes ya conoce el lector, habiéndose hecho sospechosos de traición, fueron presos y sus efectos, armas, caballos y equipajes entregados al pillage.

La causa de tratarles así, fué, además de otras sospechas, el haberles sorprendido una carta escrita por el Conde en la que les decía que así que hubiesen madurado lo que pensaban, lo pusiesen en planta sin dilación. Del campamento se les mandó á Nápoles y de allí salieron embarcados para el Reino de Valencia, dándoseles por cárcel el castillo de Játiva. Fazio no dice más; Zurita añade que lo que se publicó del trato era que habían de matar al Rey y al Príncipe de Tarento, y que una vez destrozado el ejército, el Conde y Alejandro Sforza habían de entrar en el Reino. También dice que estuvieron diez años en el citado castillo.

De Marano pasó el Rey á Ascolí en tres jornadas. Ascolí es ciudad muy principal de la Marca, pues por un lado está defendida por un alto monte en cuya cúspide está la ciudadela y por otro por el rio Truento ¿Tronto? La ciudad se halla en una planicie y estaba ya en aquella sazón muy poblada de edificios. Algunos emigrados de ella se habían presentado á don Alfonso y le habían dado esperanzas de que los de su partido, al ver la aproximación del ejército, intentarían algún movimiento. Por la vigilancia de Juan Sforza, hermano de Francisco, que era el alcayde, no ocurrió en la plaza novedad alguna, por más que el Rey plantó sus reales muy cerca.

En aquellos dias S. M. dió audiencia á Fazio quien escribe la arenga que le dirigió y la contestación que recibió en cambio, llenas ambas de finas y lisonjeras espresiones y de vivas muestras de los deseos de paz.

Después de esta conferencia, D. Alfonso designó para que trataran de la tregua con el genovés á D. Lope de Urrea, á Batista Platamon y á Juan de Olzina. No hubo por entonces



modo alguno de entenderse, porque los del Rey querían que fuesen comprendidos en la paz los Fregosos y otros genoveses que habían abrazado su causa y que habían sido expulsados de los dominios de Génova por los Adorni que la gobernaban entonces.

Empezando ya á arreciar los frios, D. Alfonso levantó el campo y se dirigió à Atri. Antes de partir de Ascoli, los de Teramo le entregaron la ciudad, á escepción del castillo. Acto contínuo envió á ella un buen presidio.

Después de esto mandó á Juan Antonio Orsino, Conde de Tagliacozzo, á Pablo de Sangro y á Jacobo de Montagano, con otros capitanes, á Nicolás Piccinino, que se hallaba en Monte Aureo, para que defendieran las ciudades pontificias que habían ganado y hostilizasen las que aún quedaban en poder del Conde.

Por el camino supieron aquellos que Nicolás había sido destrozado y puesto en fuga por el enemigo y que muchos de los suyos habían caido prisioneros. Hé aquí como sucedió esta derrota. Habiendo averiguado Piccinino que después de la marcha del Rey, el Conde había juntado sus fuerzas y se dirigía contra él, destacó una parte de su gente para que diese la vuelta al monte y atacase por retaguardia al enemigo, pensando que al verse cogido en medio de los escuadrones brancescos, no se podría escapar. Aconteció, empero, que la fuerza enviada á practicar dicha maniobra se retrasó más de lo conveniente, y por otra parte Sforza se presentó mucho antes de lo que se esperaba, embistiendo con tanta celeridad y con tal ímpetu á los que habían quedado en el campo, que apenas les dió tiempo para armarse. Los pocos que daban las guardias sostuvieron el primer choque, lo cual, advertido por Piccinino, le movió à alentar á los suyos para que se armasen rápidamente y fuesen al encuentro del enemigo y le castigasen de la osadía de haberles atacado en el mismo campamento. La inesperada aparición de los sforcescos, así como la ausencia de aquellos á quienes se había mandado dar el rodeo, de los cuales no se descubría ninguna señal, fueron parte para que el terror se apoderara de los de Nicolás y que la mayoría pensase más en la fuga que en la pelea, anteponiendo la conservación de la vida



á la salvación de la honra. Los dispersos se refugiaron en la cuesta en que estaba el campamento y en el pueblo inmediato. Nicolás, después de haber hecho todos los esfuerzos propios de un esclarecido capitán, viendo la cosa desesperada, trató también de salvarse. Los que se habían mandado á atacar por retaguardia, al saber por los exploradores que sus compañeros de armas habían sido derrotados y que ya no era posible hacer jornada, antes de toparse con el enemigo, retrocedieron por el mismo camino que habían seguido y se reunieron de nuevo con Piccinino. Apesar de saber este desastre, las fuerzas que enviaba el Rey, prosiguieron su ruta hasta reunirse con el caudillo milanés. Con este refuerzo pudo seguir hostilizando los lugares que aún estaban en la obediencia del Conde.

Mientras esto sucedía en la Marca, el Rey llegó á Atri (Adria de los antiguos) y de allí se dirigió á Ciudad Apenina, no descuidando la ciudadela de Teramo, cuyo asedió encargó á Raimundo Boil y á otros capitanes, tras de lo cual repartió las tropas de su propio ejército por varios cuarteles de invierno, trasladándose él á Nápoles. Boil ganó la fortaleza de Teramo por hambre, después de un cerco de dos meses, y dejando en ella un fuerte presidio, fué á su vez á invernar en Atri.

Así acabó aquella memorable campaña y con ella los sucesos correspondientes á 1443.

En este mismo año el Rey pretendió de D. Juan II de Castilla que echase de sus reinos á los genoveses, que intercediese con el Rey de Francia para que no ausiliase con sus tropas á Renato y para que le ayudase á conseguir del Pontífice la investidura del Reino de Nápoles. [1] D. Juan de Hijar, Berenguer Mercader y Luis Despuig, fueron sucesivamente encargados de estas demandas. El Rey de Castilla se denegó redondamente á la primera petición y contestó con evasivas á las dos restantes.

Entre los negocios de cancillería más ó menos relacionados con los sucesos que acabamos de referir hay que citar la embajada de Andrés Gazull á Florencia, según consta de la carta escrita por el Rey desde Nápoles á 2 de Abril [2]; la contesta-

(1) Así lo escribe Zurita. La invesiidura, sin embargo estaba ya conseguida, de tal modo, que las gestiones cerca del Rey D. Juan se hicieron innecesarias.
(2) Reg.º 2552 fol. 41 v.º



ción á la señoría de Venecia tocante á los asuntos entablados por su embajador Zacarías Bembo; [1] y, por fin, el exámen de los capítulos propuestos al Rey por Pedro de Rocafort en nombre del Emperador de Constantinopla. [2]

La contestación á Venecia fué sumamente cortés, asegurando el Rey que su propósito era aumentar la amistad que siempre había existido entre la casa de Aragón y aquella Señoría, y que estaba dispuesto á administrar justicia á los súbditos vénetos. [3]

En el mes de Julio de este año de 1443, Vinyes fué recibido dos veces por el Rey en Terracina y aún que las conferencias entre ambos fueron muy largas, S. M. no se decidió á otorgar los privilegios solicitados por la ciudad de Barcelona, remitiendo el asunto á mayor deliberación, despidiendo á Vinyes en nombre de Jesús y dándole una carta para los concelleres de la ciudad citada. Vinyes escribió el mal éxito de sus gestiones, y anunciando que regresaría por la vía de Sicilia en la nave del *botifarrer*, buque que suena en otro documento.

(1) Reg.° 2652 fol. 69

(2) Reg.° id. fol. 62 v.°

(3) Rex Aragonum et utrinsque Sicilie etc. Illustris et magnifice Dux amico nobis carissime: redituro istuc viro spectabili et magnifico Zaccaria Bembo eximio legum doctori ipsiusque. J. domini oratori super iis que hucusque ex dicta sua legacione nobis exposuit et verbis et scriptis presentibus alligatis respondimus ut ex iis plane intelligere poterit eadem J. M. V. firmum habitura quod intuitu antique amicicié que semper intra inclitam Aragonie domum et ipsum Illustre dominum viguit futuramque a bono in melius speramus nichil in administranda justicia venetis ipsis de nostris quibuspiam subditis ommittemus quod nostro studio nostraque opera debite fieri prestarique possit. Datum Neapoli XX Decembris VII indictione MCCCCXXXXIII. *Rex Alfonsus.*

Dominus Rex mandavit michi Johanni Olzina.

Dirigitur Duci Veneciarum.





CAPTULO XLIV

SUMARIO

(1443). — Fidelidad de D. Alfonso en cumplir lo pactado con el Papa. — Retíranse de Basilea los prelados de Aragón y Sicilia. — Suspensión del Concilio. — Eugenio IV vuelve á Roma. — Estado del cisma en Oriente. — Avances del islamismo. — Victorias de Huniades ó Corvino. — Apéndice que trata de los obispos de Vich y de Tortosa.

Así como el Papa cumplió por medio de la espedición de las bulas, cuya sustancia conoce el lector, todos los compromisos contraidos en la paz y concordia firmada el dia 12 de junio de 1443, D. Alfonso, á fuer de leal, también fué cumpliendo los suyos. Digamos en obsequio de las altas partes contratantes, que una y otra tuvieron á orgullo el realizar con creces lo estrictamente estipulado, pues si Eugenio IV dispensó al Rey de muchas obligaciones que emanaban del tratado, el Rey, por su parte, en vez de ir á la Marca con los cuatro mil caballos y mil infantes que eran las fuerzas fijadas, quiso ayudar al Papa con todo el ejército y aún mandarlo personalmente.

D. Alfonso se apresuró de igual modo á circular cartas por todas las provincias de sus reinos manifestando que, después de haber dudado por mucho tiempo acerca de los asuntos de la Iglesia, Dios le había abierto los ojos, haciéndole conocer que Eugenio IV era el verdadero é indudable Vicario de Jesucristo y que solo á él se debía obedecer.





Quedaba por cumplimentar lo referente á la retirada de los Padres, súbditos del Rey, del Concilio de Basilea y el arreglar el asunto de los cardenales nombrados por Felix que lo eran el Arzobispo de Palermo y los Obispos de Tortosa y Vich.

Veámos lo que sucedió acerca de este extremo á tenor de lo que nos dice Patricio.

El Rey se dirigió á estos últimos, escribiéndoles que si quisiesen hacer una cosa que le fuese acepta, les rogaba que se retirasen cuanto más pronto mejor de Basilea y que se fueran ó bien á Italia ó bien á sus respectivas diócesis, añadiéndoles que les suplicaba de igual modo que no esperasen nuevas cartas de su parte acerca de este particular. El mismo Patricio hace la observación siguiente: como estos tres prelados eran súbditos del Rey Alfonso en cuyos estados tenían sus beneficios, no pudieron dispensarse de obedecer en cuanto conocieron la voluntad de este príncipe. Así pues, después de haber deliberado con sus colegas y de haber gemido y derramado lágrimas por la triste situación en que se hallaban, se retiraron, protestando de que siempre permanecerían fieles al Concilio y á Felix y que no reconocerían jamás á Eugenio, que defenderían con ardor la autoridad de las santos concilios y que en ningún tiempo desistirían de su doctrina. El célebre Panorma partió el dia 4 de Agosto, para retirarse á su diócesis, despuès de haber dejado en Basilea todos los distintivos del cardenalato. Los otros dos prelados también se retiraron y poco después les siguieron casi todos los demás súbditos del Rey que se hallaban en dicha ciudad. (1)

La causa de los rebeldes al autocratismo del Papa, recibió con esto un golpe de muerte y desde entonces caminó á su ocaso el régimen democrático de la Iglesia.

Entretanto los padres de Basilea instaban á Felix para que regresara á su lado á fin de dar mayor autoridad al Concilio, à lo cual contestaba el antipapa que su propia experiencia le había demostrado que la Iglesia podía ser mejor gobernada desde Lausana.

D. Alfonso, Venecia, Florencia y Sena, se interesaron con el Emperador para que consintiere en la reunión del Concilio

(1) Véase el apéndice á este capítulo.



en Roma. Empero Federico no quiso tomar determinación alguna sin contar con la Asamblea de Nuremberg. Por su parte Francia proponía al Imperio, como único expediente que restaba para salir de la crísis religiosa, una reunión de príncipes en la que se resolviese á pluralidad de votos la conducta que se debía seguir. El Emperador se hallaba aburrido, pues mientras él trabajaba para que los concilios de Florencia y Basilea se refundieran en uno nuevo y común, el Papa continuaba el primero, trasladándolo á San Juan de Letran, y los de Basilea decretaban proseguir el suyo, al cabo de tres años, en la ciudad de Lyon, absteniéndose á este efecto de declarar disuelto ó terminado el que estaban celebrando. (1)

El tiempo, que tantas veces basta á remediar lo que no pueden los hombres por tenaces ó por discolos, contribuyó no poco á la solución del conflicto, pues cansados los de Letran y los de Basilea de tanto y tanto discutir, casi dejaron de celebrarse sesiones y ambos concilios se disolvieron de hecho. La paz no reinaba en las conciencias, pero al menos no se echaban más combustibles en aquella hoguera que de tantos años ardía consumiendo la fé y empañando con su humareda la candidez de las almas.

El dia 28 de Setiembre, Eugenio IV partió de Sena, y regresó á Roma después de una ausencia de más de nueve años. El que tuvo que evadirse á causa del motin de que dimos cuen-

(1) Tenemos á la vista un fehaciente é importantísimo documento que fija las actitudes respecto del concilio, así del Emperador como de D. Alfonso en este año de 1443. El primero escribió al segundo dándole cuenta de lo acordado en la Dieta de Nuremberg é invitándole á que cooperase á la reunión de un nuevo concilio en alguna de las ciudades del imperio, el cual fuese de todos reconocido y acatado, con la idea de poner fin al largo cisma de la Iglesia. El Rey le contesta aconsejándole que se entienda con el verdadero Pontífice, como lo hicieron Teodosio y Constantino y todos los principes piadosos. Le da cuenta de haber abandonado la neutralidad y de haber reconocido al Papa que fué elegido canónicamente y fué así mismo reconocido por toda la Cristiandad, calificando con durísimas palabras á los que le depusieron. Le dice que todos los reinos han vuelto ya á la obediencia de Eugenio IV y que si él y los principes alemanes hicieran otro tanto, el cisma ya habría cesado. Respecto del nuevo concilio se atiene y adhiere á lo que el Papa contestó en Florencia á los embajadores del Imperio, rogando al Emperador que lo acepte, poniendo de relieve la imposibilidad en que se halla Eugenio de abandonar sus estados ya por los disturbios de que eran estos presa, ya por su falta de salud. Pone á las nubes el concilio de Letran y le suplica que lo acepte y reconozca, como lo ha hecho él mismo, disponiéndose á enviar á la referida asamblea prelados y embajadores.

Esta carta está fechada en Esculum (¿Ascoli?) el 15 de Octubre de 1443. *(a)*

(a) Vid. Apéndices. XXXVI.



ta en su lugar oportuno, fué recibido con alegría en medio de las aclamaciones del pueblo, aunque hay quien indica que tuvo mucha parte en esto cierto tributo sobre el vino que el Papa abolió antes de su entrada.

Uno de sus primeros cuidados fué anunciar, por medio de breves, el Concilio de Letran, á todos los príncipes católicos, invitándoles á que mandasen á él sus prelados y embajadores. Así intentaba dar el golpe de gracia á la obra de los rebeldes.

Al paso que el cisma de Occidente se iba encaminando, si bien lenta y penosamente, á su definitiva terminación, el de Oriente no dejaba de agravarse.

Habiendo ido el Arzobispo de Cesarea á Jerusalen, se quejó de los disturbios que causaba á la Iglesia griega la unión realizada en Florencia; acusó á Metrófanes de haberse apoderado de la sede de Constantinopla, diciendo además de él que, abusando de su poder y del apoyo que el Emperador le otorgaba, se había constituído en perseguidor de cuantos permanecieron fieles á la antigua doctrina de los griegos y en protector de los afectos á la Iglesia latina á los cuales elevaba exclusivamente á las dignidades eclesiásticas. A consecuencia de estas quejas y acusaciones, Philoteo, Patriarca de Alejandría, Doroteo de Antioquía y Joaquin de Jerusalén, circularon una carta sinodal por la cual pronunciaban sentencia de deposición contra todos los ordenados por Metrófanes y de excomunión, si, apesar de aquella sentencia, continuaban ejerciendo funciones eclesiásticas, dando plenos poderes al Arzobispo de Cesarea para la ejecución de todo lo ordenado en dicha carta. Escribieron además otra al Emperador amenazándole con escomulgarle si continuaba protegiendo á Metrófanes y apoyando la causa de los latinos.

Juan Manuel Paleólogo, de cada día más tibio, acabó de enfriarse con la impresión de aquella amenaza. Todo el Oriente miró con respeto tan autorizada declaración y se volvió más contumaz y más duro. El estrago cundió hasta Rusia, cuyos habitantes solo veían en materias religiosas por los ojos de los griegos. El Cardenal Isidoro, Legado del Papa, se trasladó á dicho país, para ver si lograba convencerles; pero sus gestiones tuvieron tan mal éxito que el pueblo le trató de traidor, se-



ductor y apóstata, llegando á tal grado la violencia de que fué objeto, que los que le acosaban por doquiera, no pararon hasta dar con él en la cárcel, de donde tuvo la suerte de evadirse.

El Emperador de Oriente no vió más remedio á los males de que hemos dado cuenta que el convocar un sínodo en Constantinopla con la idea de hacer aceptar la unión. La muerte de Metrófanes que aconteció en aquellos dias le hizo desistir de este proyecto. Vacante el patriarcado á que da nombre dicha ciudad, fué ascendido á él el Protosincelo Gregorio confesor del Emperador. Ya veremos como en el gobierno de aquella sede no tuvo menos disgustos que Metrófanes.

Tales fueron los acontecimientos más notables que en el órden eclesiástico ocurrieron en el transcurso de 1443.

Antes de proseguir la narración de las cosas de Italia, debemos convertir la vista al Oriente, y recoger algunos antecedentes históricos, á fin de que el lector pueda seguir el desarrollo de los sucesos verdaderos con la debida ilación. Hacemos esto porque Aragon estaba llamado á intervenir en la mayor de las cuestiones, en aquella que, originada muchos años antes de la época que nos ocupa. aún está en nuestros dias sobre el tapete: nos referimos á la cuestión de Oriente, á la suerte de Constantinopla, á la humillación del poder del islamimo, al predominio de la cruz sobre la media luna.

Seremos muy parcos en este punto, comprendiendo que una digresión demasiado larga sería perjudicial á la unidad, requisito que no se nos oculta que debe procurarse en primer término en todo trabajo histórico.

Los espantosos triunfos de Tamerlan, el Tamurbec de nuestro Ruy Gonzalez de Clavijo, y sobre todo su estupenda victoria de Ancira, en la que cayó prisionero el sultán Bayaceto, dejaron respirar por algún tiempo al débil y trabajado imperio de los griegos. A Bayaceto fueron sucediendo sus hijos, hasta que el poder pasó en 1413 á Mahometo I. Como turco fué de los mejores reyes y vivió en paz con el Emperador griego Manuel II á quien dejó al morir la tutela de sus hijos.

A Mahometo I le heredó Amurates II que entra ya en el cuadro de los sucesos concernientes al período objeto de nuestro trabajo. Este en 1431 puso sitio á Constantinopla con un



ejército de doscientos mil hombres; pero los griegos se portaron como buenos y lograron rechazarle. En cambió tomó á Tesalónica, que hacía siete años que estaba en poder de los venecianos, reduciendo á la esclavitud á siete mil de sus habitantes, transformando las iglesias en mezquitas y los monasterios en hospederías de las caravanas.

Cuando Eugenio IV ascendió al Pontificado, dirigió vivas instancias á todos los príncipes de la Cristiandad para armar una cruzada. Las razones que exponía para manifestar su necesidad se diferencian bien poco de las que en nuestros dias hemos visto alegar por los embajadores de las principales potencias para amparar á los servios y montenegrinos, y á los cristianos de la Bosnia y la Herzegovina, así como á los griegos, súbditos del gran Sultán.

Francia, Inglaterra, y Alemania contestaron con mucha tibieza; solo Polonia y Hungría, reunidas bajo el cetro de Ladislao, secundadas por el Duque de Borgoña y las repúblicas de Génova y Venecia, se dicidieron á erigirse en baluarte de la Cristiandad.

Los sucesos que vamos á referir corresponden ya al año de 1443. Tenía Ladislao por capitán y consejero al célebre Juan Huniades cuyo verdadero apellido era el de Corvino. Su nombre era ya temible á los turcos que le llamaban *Taneus Lain,* es decir, Juan el malvado. Ladislao al frente de la infantería y caballería de Polonia y Valaquia y de una muchedumbre de aventureros franceses y alemanes, pasó el Danubio y tomó la ciudad de Sofía; pero al saber que los turcos se aproximaban mandó adelantar á Huniades con un cuerpo de diez mil caballos. Este ejecutó con tanta pericia y valor las órdenes de su Rey que derrotó al enemigo, le mató treinta mil hombres, hizo cuatro mil prisioneros, tomó nueve banderas y puso á los infieles en completa dispersión. Poco después el ejército cristiano llegó hasta las fronteras de la Tracia y la Macedonia, y en el monte Hemus derrotó á otro ejército turco que Amurates había sacado del Asia para defender los desfiladeros de las montañas. Entonces Ladislao regresó á Buda, y con los piés descalzos, se dirigió al templo de la Vírgen para cumplir la promesa que había hecho, y depositó en él las banderas enemigas.



Ahora comprenderá el lector, el empeño que tenía Eugenio IV en que D. Alfonso tomase parte en la cruzada y en que se estipulara así en el tratado de paz que celebraron entrambos.

Desde este momento la cuestión de Oriente, como la llamamos ahora, entra ya en la esfera de las tareas de la cancillería aragonesa.

¡Qué gloria para Aragón! ¡Qué vergüenza para la España de hoy excluída de los congresos europeos!

APÉNDICE SUPLEMENTARIO

Siendo tan notable el papel que desempeñaron los obispos de Tortosa y de Vich en el Concilio de Basilea, hemos procurado rastrear algo acerca de la vida de ambos, y habiendo hallado noticias muy curiosas en el *Viaje literario* del P. Villanueva, así como en el *Felipe de Malla* del señor Bofarull y Sans, las publicamos por apéndice á este capítulo, á fin de que el lector se forme idea del carácter de aquellos dos célebres personajes.

Del cardenal obispo de Tortosa dice el primero de dichos autores:

« D. Oton de Moncada electo á 21 de Diciembre de 1415: celebróse en su tiempo el famoso concilio provincial de Tortosa de 1429, presidido por el cardenal Pedro de Fox, legado de Martin V, cuyo objeto fué extinguir las reliquias del cisma, y reparar las quiebras que había padecido con aquella ocasión la disciplina eclesiástica. Había ya renunciado el antipapa Gil Muñoz en manos del mismo cardenal su supuesto derecho al pontificado á 14 de ese año, en la villa de San Mateo; de donde pasaron á esta ciudad al sinodo, que comenzó el dia 10 de Septiembre. El cardenal Aguirre publicó las actas y constituciones de este sínodo; y esto me consuela de la escasez de documentos que hay sobre él.

....En 1432 celebró nuestro prelado sínodo en Ulldecona, cuyas constituciones, con las correcciones que parecieron oportunas, renovò en el que tuvo el año siguiente en Tortosa á 1.° de Febrero. Otras hizo para el gobierno de la iglesia en distintas ocasiones: en una de ellas ordenó que nadie fuese admitido por canónigo de esta catedral que no fuese graduado en derechos ó teología y profeso ya cinco años en la vida reglar de San Agustin. Hallóse D. Oton en el Concilio Basileense y fué creado cardenal de Santa Potenciana por el antipapa Felix V; por donde se vé haber sido de los que se mantuvieron en Basilea y se opusieron á la traslación del Concilio á Ferrara, mandada por el papa Eugenio IV. Sábese que este papa aprobó todas las creaciones de cardenales que el cismático había hecho; y así el nuestro fué siempre reconocido por tal. Durante su ausencia de esta silla, que fué como de cuatro años, gobernó la iglesia don Bernardo, obispo Caratense, el cual consagró el altar mayor del nuevo templo en 1441. Dicen que D. Oton fué muy liberal con su iglesia. Murió á 20 de Febrero de 1473. »



Pagi dice que Othon de Moncada renunció su falsa dignidad cardenalicia por medio de su procurador Bernardo Fraire, en manos de Eugenio IV en 1445.

Ya veremos como D. Alfonso trabajó para la reabilitación del mismo.

Del cardenal obispo de Vich dice el mismo P. Villanueva:

« Jorge de Ornos ó de Ornós, apellido que todavía se conserva en Cataluña, el cual seis años antes sé que era arcediano mayor de Elna, canónigo de Mallorca y de Barcelona, consejero del rey y su procurador ó enviado en la curia romana. A lo menos consta en Zurita (Libro XII cap. 67) que nuestro prelado, antes de serlo, fué enviado por dicho rey, como *gran curial*, à Constancia, para que el papa revocase las gracias que había concedido á sus vasallos. Fué doctor en ambos derechos y colector general de la cámara apostólica en casi todas estas diócesis. Tomó posesión de esta silla á 6 de Enero de 1424 por procurador, y á fines del mismo mes ya vino á su residencia. Muy pronto se le ofreció ocasión de manifestar la firmeza de su carácter y celo en defensa de sus derechos con la resistencia que hicieron algunos canónigos del Monasterio de Manresa á reconocerle por superior. Porque en el mes de Marzo inmediato pasó allá, y con gran rigor castigó su inobediencia, imponiéndoles penas pecuniarias y de cárcel y otras aflictivas. No pararon aquí los cuidados sobre aquella iglesia, porque luego se intentó que se le reuniera la de Santa María del Estany, lo cual, como contrario á la jurisdicción episcopal, no consintió el prelado, y fué causa de varias apelaciones al metropolitano y á la sede apostólica, y de muchas discusiones entre el obispo y la ciudad de Manresa, que hizo causa propia la de los monasterios. No he sabido hasta ahora los trámites que tuvo este negocio. Lo que sé es que á fines del siglo XVI, suprimido el monasterio de canónigos reglares del Estany, de las rentas de su abadía y de otros del país, se crearon cinco dignidades en varias iglesias de este principado, una de las cuales es el deanato de ésta.

A principios del año 1426 pasó nuestro prelado á Valencia, donde se hallaba aún á mediados del año siguiente con el rey D. Alfonso V, del cual logró un privilegio ó confirmación de sus derechos á 25 de Noviembre del mismo año

Fué uno de los prelados que salieron á recibir al cardenal Pedro de Fox, legado del papa, para acabar con las reliquias del cisma. También fué uno de los que en la segunda venida del cardenal asistieron al concilio de Tortosa de 1429. Cosas sabidas de todos y dichas ya en las cartas anteriores. Hallóse también en el de la misma ciudad de 1436 congregado para tratar del pago de los 60 mil florines que en el concilio anterior se prometieron el legado.

No es menos conocido el negocio del concilio de Basilea, al cual el rey don Alfonso mandó en 1437 que acudiesen los obispos de esta provincia. Solo me consta hasta ahora que cumpliesen esta orden los obispos de Vique y de Tortosa, que intervinieron también en la deposición de Eugenio IV y elección del antipapa Felix V, permaneciendo ambos gustosos en su obediencia, aún después que el rey de Aragón, puesto de acuerdo con Eugenio, había logrado de



él la investidura del reino de Sicilia. Estaba ya nuestro Jorge, creado cardenal por dicho antipapa, primero con el título de Santa Anastasia, y después de Santa María Transtiberim. También lo era el obispo de Tortosa Oton de Moncada. Ambos salieron de Basilea en fuerza de las repetidas órdenes del rey en 1443 á 4 de Agosto; pero jurando no separarse jamás del partido que habían abrazado. Era particular el enojo del papa Eugenio contra nuestro obispo, y así no contento con la declaración general del concilio Florentino, que condenó como cismáticos á todos los de Basilea, aún en la absolución de las censuras que promulgó en favor de los vasallos del rey de Aragón á 20 de Octubre de 1444, exceptuó, como dice Moncada, señaladamente á nuestro obispo. Lo que yo puedo asegurar es que hácia la mitad del año 1443 debió ser depuesto de su silla por el papa é intimada al capítulo esta deposición; pues en la Curia eclesiástica de esta ciudad se halla un registro comenzado en 1440 y hácia la mitad del libro se lee: *Hic incipit recipere ius sigilli honorabilis archidiaconus die XXVI. Augusti MCCCCXLIII.* De donde es clara la vacante de esta sede en dicho tiempo. (1) A ella pertenece la absolución que el papa envió al capítulo de todas las censuras en que habían incurrido por su inobediencia pasada, fecha á 4 de las calendas de Noviembre año XIV de su pontificado que es el de 1444. Sin embargo poco después hallamos á Ponce de Bruno (Bru), como vicario general del obispo y cardenal Jorge ausente, ejerciendo su jurisdicción, y al capítulo proveyendo en las vacantes de canonicatos á nombre y obediencia del mismo prelado. De esta manera continuaron hasta el dia 19 de Julio de 1445, como se vé en los citados registros. A 22 del mismo mes y año ya tomó posesión de esta silla Ponce de Fenollet, canónigo y sacrista de Barcelona, á nombre del obispo sucesor, el cual había dado estos poderes y nombrado sus vicarios generales, estando en Barcelona á 17 del mismo mes y año.

Que esta sede no vacó por muerte del obispo Jorge, sinó por deposición apostólica, consta por las palabras de una bula del papa Eugenio que está aquí original, y es el último monumento de estas revueltas, fecha á 10 de las calendas de Octubre de 1445, año XV de su pontificado; en la cual estando ya el sucesor en posesión de esta silla, absuelve de nuevo á los canónigos de las censuras en que incurrieron por su reincidencia: « *Præfato Georgio,* (dice) *sic ut præfertur damnato, tamquam vero vestro episcopo, et forsan aliqui ex vobis tamquam cardinali, eiusque monitis, gestis, atque mandatis plenarie obedire, et parere, et intendere non dubitaveritis, in sententias, censuras et pœnas prædictas damnabiliter reincidendo. Et sicut eadem petitio subiungebat, vos ad præstandum Georgio obedientiam huiusmodi, non in nostrum vel sedis prædictæ contemptum, sed ad tolerandum malignorum temporum varietates, et conditiones deveneritis, et alias venerabilem fratrem nostrum Jacobum episcopum Vicensem ad ecclesiam Vicensem per privationem Georgii tunc vacantem, per nos nuper promotum, tamquam obedientiæ filii debitâ honorificentiâ susceperitis,* &.»

(1) Pagi confirma lo insinuado por el P. Villanueva, diciendo: «Fueron objeto de rigor especial por parte del legitimo papa, Luis, Arzobispo de Arles, y los obispos Cenomanense y Vicense, los cuales después sufrieron la pena de deposición, nombrándose administradores para sus respectivas diócesis por pesar sobre ellos muchos cargos contra la dignidad pontificia: « qui plura adversus Pontificiam dignitatem moliti erant. »



El obispo Jorge debió morir antes de la renuncia del antipapa Felix, porque á haber sobrevivido, hubiera sido repuesto en su silla y confirmado en el cardenalato, como lo fué su compañero, en el cisma, Oton de Moncada, obispo de Tortosa. No debe omitirse que este prelado tuvo por su vicario general al famoso Jaime Marquilles, jurisconsulto catalán, comentador de los *Usages*. En 1439 se hallaba aquí un obispo Gonzalo consagrando el altar de San Nicolás. He visto la cedulita que se depositó en él junto con las reliquias; más no se puede leer bien el título de su sede, aunque me inclino á que dice episcopus Tingitanus, y pudo ser ausiliar de esta iglesia en largo tiempo que estuvo ausente de ella el obispo propio. Pudo ser también Gonzalo obispo Auguriense, que ejercía por acá los pontificales en este tiempo, y de ello hay varias memorias.»

También habla con alguna estensión de Jorge Ornós el señor don Francisco Bofarull y Sans en su notable trabajo intitulado *Felipe de Malla y el Concilio de Constanza. — Estudio histórico-biográfico.* Ornós, como ya hemos visto por lo que dice el P. Villanueva, fué enviado á Constanza para negociar el asunto de las gracias, con el carácter de Procurador en la Corte de Roma. Hace observar el señor Bofarull que Zurita manifiesta que estando el Rey en Valencia el dia de Navidad de 1417, envió á llamar á los embajadores que tenía en Constanza, de los cuales estaba descontento, porque después de la elección del Pontífice habían procurado más por sus intereses que por los del Rey, mandándoles escribir que no compareciesen en su presencia ni entrasen en las tierras de su señorío. El Rey envió entonces á Jorge Ornós (curial de fama) con carácter de procurador; su misión era hacer instancia con el Papa para que revocase las gracias concedidas á los suyos, como se hizo consistorialmente y con eso no cesaba de procurar su remuneración. El Papa pretendía que el Rey prendiese á Pedro de Luna, pero solo le concedía el castillo y villa de Peñíscola y el despojo de Pedro de Luna. Alfonso optó por entretener el negocio diciendo que guardaría el castillo de Peñíscola y sería él el carcelero.

Después de esta cita de Zurita, el señor Bofarull saca la cuenta de que Ornós debió hallarse en Constanza á mediados ó últimos de Enero de 1448. Llevaba éste el *rótol* y memoriales, además de varias cartas para los embajadores. También inserta el señor Bofarull el memorial de las cosas que micer Jorge Ornós, debe esplicar al S. P. elegido, y además otro para su gobierno. El éxito de su misión diplomática fué por todo extremo desastroso, como preludio del desvio que Martin V habia de mostrar constantemente á D. Alfonso.

Resulta así mismo del trabajo del Sr. Bofarull que una de las prebendas que el Papa concedió á Felipe de Malla ó sea el arcediANATO de Barcelona, se la había el rey arrendado de antemano al dicho Jorge de Ornós.





CAPÍTULO XLV

SUMARIO

(1444) — Tratado entre D. Alfonso y el Duque de Bosnia. — Otro tratado con la Señoría de Génova. — Proyecto de casamiento del príncipe D Fernando con una hija del Rey de Francia. — Mercedes del Rey para con sus fieles servidores. — Enlaces de caballeros de Aragón con grandes señoras italianas. — El Rey por este tiempo conoce á Lucrecia de Alagno. — Nuevas negociaciones con el Duque de Milán. — Renuévanse las hostilidades en la Marca para complacer al Papa. — Derrota y prisión de Francisco Piccinino. — Enfermedad del Rey — Casamiento del príncipe Fernando con Isabel, sobrina del príncipe de Tarento. — Otros enlaces de alta política — Demostraciones del Papa hácia el Rey, enviándole la *Rosa de Oro* y expidiendo la bula de legitimación del príncipe Fernando y habilitación para la sucesión en el trono. — Rebelión del marqués de Cotrón. — Concordia con Génova. — Pérfidas y astutas maquinaciones del Duque de Milán. — Muere Nicolás Piccinino.

El año de 1444 se inaugura con dos importantes tratados. El primero, del que no se ocupan los historiadores italianos, lo refiere sin embargo con bastantes detalles el diligente Zurita. Celebróse en el Castillo Nuevo de Nápoles el dia 19 de Febrero y fueron los contratantes, por una parte, el Rey, y por la otra, Estéban Herceo, Duque de Bosnia. Representaron á éste sus embajadores, el Conde Jorge y el Conde Pablo, los cuales llevaban el objeto de poner al Duque bajo la protección de D. Alfonso y al abrigo de las asechanzas de Mahometo I que había invadido la Bosnia y puesto en ella un rey. Quedaban sin embargo al Duque sus estados de Grecia, consistentes en varios condados, tierras y castillos. Hé aquí las principales cláusulas del tratado. El Rey aseguraba la per-



sona del Duque y de sus hijos y súbditos, autorizándoles con este seguro ó salvo conducto para ir á su Reino y residir en él, ofreciendo, además, que si algún príncipe vecino les moviese guerra, él les daría favor y ayuda, como si se tratase de su propio estado. El Duque aceptaba al Rey como á su más grande protector y se daba á él con todo lo que poseía, obligándose á servirle en cada año en que tuviese guerra con mil caballos á la usanza italiana con el sueldo que pagaba el Rey, que era á razón de ocho ducados al mes por lanza y que por el sueldo del año corriente mandaría treinta mil ducados. Estando el Rey en paz se obligaba á pagarle el mismo tributo que en otro tiempo satisfacía al gran Turco. Demás de esto también se comprometía á declarar la guerra á sus expensas á cualquier Príncipe ó señoría que el Rey le ordenase hasta recibir aviso de lo contrario. Añade el Analista que era el de Bosnia señor tan poderoso, que se leé en memorias antiguas haber juntado ejército de veinticinco mil combatientes.

Del segundo tratado dan cuenta los escritores genoveses. Bartolomé Fazio y Alberto Foglietta.

Dice este último: "en el mismo año de este siglo cuadragésimo cuarto, hubo necesidad de armar tres naves gruesas contra catalanes que por órden de D. Alfonso infestaban el tráfico marítimo, de cuya armada fué capitán Guillermo Marrufo, á quien, según costumbre, se le dieron dos consejeros que fueron Felipe Grimaldi y Gerónimo Fornari. Finalmente la ciudad cansada de tantos males se vió obligada á condescender á firmar la paz con Alfonso con condiciones más bien acomodadas al mísero estado en que se hallaba, que insoportables para ella."

Veamos ahora, con arreglo á Fazio, los trámites que siguieron las negociaciones. Cuenta este historiador que acompañó al Rey á se regreso de la Marca, y que luego por los Apeninos y por Toscana llegó á Génova, mucho antes que las cartas que desde el campamento había remitido á Rafael Adorno, Dux á la sazón de la Señoría, en las cuales le daba cuenta de todo lo gestionado. Enterado éste de la disposición de ánimo del Rey, mandó á Nápoles á Juan Federico con órden de que le persuadiese, de enviar legados á Génova, asegurándole que



los genoveses, y más que ninguno él, deseaban la paz y la amistad de los aragoneses.

D. Alfonso accedió, diputando á este objeto á Caraffelo Caraffa y á Juan Tudesco. Así que llegaron éstos á la capital se empezaron las negociaciones, manifestando que en primer término debía darse satisfacción á la dignidad y al honor del Rey, á cuyo efecto propusieron muchas cosas, pero en primer lugar el que en lo alto de la torre aneja á la casa pretorial, se levantase, en los dias festivos, según solía hacerse anteriormente, la bandera de S. M. No se avinieren á esta humillación los genoveses, en vista de lo cual hubo de pensarse en otros medios de aplacar á D. Alfonso. Considerando que las pláticas podrían seguirse mejor en Nápoles, en donde ya se sabía que había llegado el Rey, el Dux mandó partir á sus embajadores Bautista Goano, jurisconsulto, y Bautista Lomelín, varón integérrimo y prudente, los cuales se embarcaron, junto con los legados de D. Alfonso, en una de las naves gruesas de la Señoría, y favorecidos por el viento, en pocos días arribaron á Puzzoli. El Rey se había ido de caza, más así que supo la llegada de los embajadores, se llenó de contento y les mandó que permanecieran en dicho punto hasta que él estuviera de regreso en Nápoles, cuidando, sin embargo, de disponer que se les prepararan alojamientos. Cuando estuvo todo arreglado se les pasó el correspondiente aviso, siendo recibidos en el Castillo Nuevo en donde cumplimentaron al Rey, no haciendo más por aquel dia. En los sucesivos se trató ya de la paz, versando las principales diferencias acerca de la satisfacción que debía darse al honor de la corona. D. Alfonso se mostraba exigente y los genoveses no cedían, de suerte que las esperanzas de concordia se veían muy lejanas. A lo último se les pidió que todos los años hubiesen de presentar al Rey una fuente de oro, y que concedido esto, lo demás se arreglaría fácilmente. Zurita dice una fuente ó una copa de oro en figura redonda, en señal de reconocimiento de verdadera devoción y benevolencia y que había de ser lo ancho del vaso, de dos palmos de la cana de Nápoles. Los legados no se creyeron autorizados para acceder y, dejando en suspenso las conferencias, pidieron instrucciones á Génova. La pretensión del Rey causó vivo interés en dicha



ciudad y fué causa de que se convocara el Senado, el cual, viendo que no había otro camino de alcanzar la avenencia, y teniendo en cuenta, antes que toda otra cosa, el sosiego público, estimó que debía accederse á lo pedido. Trasladóse el acuerdo á los legados y, arregladas las demás diferencias, se estipuló la paz en los siguientes términos. Habrá amistad firme y perpétua entre el Rey y los genoveses y ninguna de las partes contratantes podrá volver á encender la guerra; el Rey no podrá ausiliar á los enemigos de los genoveses, ni éstos á los del Rey. Si alguno hiciera la guerra á un tercer pueblo, debe respetar los bienes de los súbditos de la otra parte firmante del tratado, y en caso de necesidad, permitir la exportación de los mismos. Si hubiese motivos, por justos que fueren, para que el Rey hiciese la guerra á los genoveses ó viceversa, no se podrán romper las hostilidades sin el correspondiente anuncio ó declaración. Los derechos antiguos, así del uno como de los otros, se guardarán religiosamente, á saber los del Rey respecto de Génova como antes de la dominación del Duque de Milán y los de los genoveses respecto de Nápoles como en tiempo de los reyes de dicho Reino hasta Ladislao. Entre estos derechos figuraban en primer término el poder comprar y exportar trigo y demás frutos de las ciudades pertenecientes á la otra parte contratante. Si hubiese algún derecho de los genoveses en las ciudades que hubieran pasado á poder del Rey ó viceversa, este derecho se mantendrá, salvo empero el caso en que los habitantes de ella se diesen al nuevo poseedor. Finalmente se estipulaba el donativo anual de la fuente de oro. Jurada la paz por ambas partes, se promulgó solemnemente, y los legados de Génova regresaron á su país. La fecha de este tratado es la de 7 de Abril.

Mientras D. Alfonso se ocupaba en todo esto, se preparaban las negociacionas al objeto de concertar un casamiento ventajoso al príncipe D. Fernando. Estando en Puzzoli se escribieron, con fecha 24 de Enero, las instrucciones que debía llevar á Francia D. Guillén Ramón de Moncada, gran Senescal de Sicilia, en las cuales se le decía que moviese plática con el Rey Carlos para casar á una de sus cuatro hijas con el dicho heredero de la Corona de Nápoles, debiendo declarar el mucho



amor que le tenía su padre, quien le había hecho jurar por los tres estados de aquel Reino como primogénito y señor y después por Rey. La enfermedad de D. Alfonso, acaecida antes de que partiese el de Moncada, frustró tan brillante proyecto. [1]

Al llegar á este punto debemos intercalar una série de noticias interesantes que da Constanzo, alguna de las cuales no hallamos en otros autores, por lo general más minuciosos.

Deseando, dice, el Rey engrandecer á los que le habían acompañado desde España, dió el Marquesado del Guaito y los condados de Ariano, de Potenza y de Apici, á D. Iñigo de Guevara con el oficio de gran Senescal. A D. Iñigo de Avalos, hermano de madre de Guevara, había intentado tres años antes de engrandecerle por la vía del matrimonio y darle Enriqueta Ruffa que había quedado heredera de un muy grande estado, que se componía del Marquesado de Cotron, del Condado de Catauzaro y de buen número de tierras en Calabria; á este efecto había escrito á D. Antonio Centellas, que era Virey de Calabria, que fué á Catauzaro, donde se hallaba la marquesa, y que tratase el matrimonio de D. Iñigo. Centellas cumplió inmediatamente el encargo, pero al ver la gran belleza de aquella señora y sabiéndola dama tan principal, trató el matrimonio por cuenta propia. Aunque no ignoraba que incurriría en el desagrado del Rey, confiaba tanto en los servicios que le había prestado que esperaba que esto no le haría perder sus estados. El Rey disimuló por entonces, por más que quedó muy ofendido. Habiendo fallecido luego el Marqués de Pescara, de la casa antiquísima de Aquino, y habiendo dejado á Antonia su hija heredera universal de un grandísimo estado, el Rey se la dió en recompensa al dicho D. Iñigo, espejo de caballeros en las prendas del cuerpo no menos que en las del ánimo. Queríale D. Alfonso tan de veras, porque Ruy Lopez de de Avalos, padre de D. Iñigo, siendo Condestable de Castilla y Conde de Rivadeo, con grandeza en aquel Reino, por fa-

(1) En el Reg.º 2652, del fol. 70 al 71, figuran las «instruccions donades per lo Serenissimo S. Rey de Aragó e delles dos Sicilies etc. al Magnifich Mossen Guillem Ramón de Moncada conceller del dit Sr gran Senescal del Regne de Sicilia della (del) far de les coses que deu dir e esplicar al Illustre duch de Borgunya per causa de les coses reportades per lo dit mossen Guillem Ramón al dit S. en virtut de certes instruccions tramases per lo dit illustre duch al molt Reverend S. Cardenal de Foix per micer Arnau de Cofita cavaller del orde de S. Johan.»



vorecer la causa de los infantes de Aragón, cayó en desgracia de D. Juan II y lo perdió todo y murió pobre. D. Iñigo y su hermano D. Alfonso se dieron al Rey y le sirvieron lealmente. La magnánima D.ª Antonia no solo aceptó el matrimonio, sinó que suplicó al Rey que se hiciese con el pacto de que los sucesores al dicho estado debiesen llamarse Avalos de Aquino y usar las armas de entrambas unidos. Grandes y esclarecidos fueron los hijos que dieron á la patria aquellos cónyuges, los cuales figuraron luego en primer término en los acontecimientos de Italia. A García Cavanillas le dió el Rey el Condado de Troya y muchas otras tierras, y engrandeció además á Gabriel Curiale Sorrentino, su paje, haciéndole Señor de Sorrento, de donde descendía. Al poco tiempo murió este último con gran sentimiento del Rey, quien se dolió de que la parca no le hubiese permitido engrandecerle aún más como era su deseo. Panormita escribe que el Monarca compuso este dístico para ponerlo en la sepultura del paje:

Qui fuit Alfonsi quondam maxima pars Regis
Gabriel hac modica contumulatur humo

No pararon aquí los extremos del Magnánimo, sinó que mandó llamar á un hermano de Gabriel, llamado Marino, y lo hizo Conde de Terranova y señor de muchos otros lugares y le tuvo siempre en grande estima, en memoria del difunto.

Por fin, escribe el historiador últimamente citado, que en aquel mismo invierno, estando el Rey en Nápoles, se enamoró de Lucrecia de Alagno, hija de un caballero del Sejo de Nido, llamado Cola d' Alagno.

Verdaderamente no podemos dar un paso en la presente historia sin encontrarnos de contínuo con el Duque de Milán. También en este año tuvo sus pretensiones y también hubo de lidiar con él la cancillería aragonesa.

Parece ser que lo que en esta ocasión pretendía era la libertad de los presos que estaban en Játiva, Troilo de Muro y Pedro Brunoro, pretextando que quería saber de ellos algunos tratos y cosas del Conde Francisco.

Para responderle y para hablarle de su inesperada actitud, á fin de que la trocase por otra más conveniente á los intereses del Rey, le mandó éste á Ferrer Ram, de su consejo, y su



tonotario, el cual partió de Nápoles con las instrucciones que estractamos en lo posible. Primeramente debía dolerse de que el Duque hubiese firmado la concordia con venecianos, florentinos y boloñeses escluyendo al Rey, pues que esto era faltar al trato que tenían hecho ambos soberanos, de que ninguno de los dos pudiese hacer paces ni treguas sin que los dos viniesen bien en ello; debía también lamentarse de la conducta que el mismo Duque había observado con su yerno, y decir que, apesar de todo, el Rey estaba dispuesto á no ofender nunca á dicho señor, antes bien, le reverenciaría como padre y se limitaría á batir á los que fuesen en ausilio del Conde; que tenía á éste por mal vecino y se holgaría de que no le quedase nada en la Marca ni en la campiña de Roma; que si se trataba de la paz general de Italia, el Rey entraría gustoso en ella y se confederaría con los que quisiesen escarmentar al que la turbase y no se contentase con lo suyo; que D. Alfonso se daba por satisfecho con tener el Reino de Nápoles y no codiciaba ninguna otra cosa, y que si el año anterior había hecho la guerra, fué por proteger al Papa y obedecer al mismo Duque, quien así se lo había encargado; que en aquella sazón solo deseaba volver á España de la que estaba ausente once años hacía; que si Felipe María quería algo del Rey, que se lo mandase decir por la vía que quisiese, pues estaba dispuesto á complacerle como á su propio padre; que si apesar de todo quería serle adversario, el Rey se pondría á la defensiva, coaligándose con quien le pareciese bien y que esperaba escarmentar á sus agresores de donde quiera que fuesen; que el Rey se consideraba desligado de todos los compromisos contraidos con su antiguo amigo y aliado y que en adelante obraría según le pareciese mejor; en lo tocante á Troilo de Muro y Pedro Brunoro, el embajador debía manifestar que eran unos malvados de quienes nada bueno podía esperar el Rey ni el mismo Duque; sin embargo si quisiese éste saber algo de ellos, que mandase á Játiva á persona de su confianza y se daría lugar de que les hablase; aparte de lo dicho debía Ferrer Ram pedir una audiencia secreta y manifestar á Visconti que el Rey estaba decidido á ayudarle á recobrar todo lo que le habían usurpado sus vecinos y aún á que tomase tal parte de Italia, que pudiese llevar dignamente

el título y la corona de Rey de Lombardía, siempre que quisiese perseverar en su antigua amistad y considerarle como hijo.

¡Cómo revelan estas instrucciones el perfecto conocimiento que tenía D. Alfonso de todas las fibras del corazón de sus aliados! (1)

Empero no había logrado aún todo lo que esperaba del Papa; todavía le faltaba lo principal y no era cosa de quedarse en la mitad del camino emprendido un año antes. Convenía no desatender los asuntos de la Marca y el Rey los hizo objeto de su preferente solicitud.

Zurita dedica pocas líneas á la segunda parte de aquella campaña; pero Fazio y Muratori, este último apoyándose en Simonetta (2) y en los Anales de Forli, la refieren con bastante extensión. (3)

Hé aquí como empieza el Analista italiano.

Hallándose en Fermo Blanca Visconti, mujer del Conde Francisco Sforza, dió allí á luz un hijo, el dia 24 de Enero, de

(1) A principios del año de 1444, la ciudad de Barcelona mandó al Rey otra embajada de cuatro representantes, los cuales fueron recibidos por primera vez el dia 4 de Abril en ocasión en que S. M. estaba adoleciendo de unas calenturas contraidas en Puzzoli. El objeto de la embajada era insistir sobre los privilegios todavía pendientes de despacho é instar al Rey á que visitara sus tierras. Esta embajada dió lugar á una interesante correspondencia entre los representantes de Barcelona y los concelleres de la propia ciudad, la cual nos suministrará algunas notícias en extremo interesantes que iremos intercalando en su lugar oportuno.

(2) Vida de Francisco Sforza.

(3) Para hacer frente á los dispendios de esta campaña así como para indemnizar al Rey de los gastos hechos en la anterior, Eugenio IV le concedió un subsidio de 200,000 florines de oro que debía pagar el clero de las provincias y obispados de los reinos y partes de Aragón, Valencia, Cataluña, Mallorca y Menorca. Para el cobro de una parte de dicho subsidio ó sea de 140,000 florines, D. Alfonso escribía á la Reina y á los abades de los monasterios de Valldigna y Santas Creus, á éstos con el carácter de colectores constituidos por bula apostólica, que se procediese con la mayor premura á repartir los cupos, de acuerdo con el consejo de dicha señora, y en mandar la salida de los recaudadores; encargándoles que cobrasen sin pérdida de momento. También les encargaba que viesen de que los prelados anticiparan todo lo que les fuera posible á cuenta del cupo de sus obispados, haciéndoles entender que en el caso de dar de más, serían luego reintegrados cuando hubiese ingresado en poder del tesorero Mateo Pujades ó de su sustito Perot Mercader la totalidad del subsidio. Manifestaba que dichos adelantos podían también negociarse con las personas láicas, firmándoles las consignaciones y seguridades oportunas, todo con la mira de recaudar cuanto antes la susodicha suma. Anunciaba, además, que el Papa le había prometido expedir una bula para compensar los quebrantos de la recaudación y los intereses de los anticipos, en cuya seguridad y calculando que dichas mermas serian de importancia, encarecía que en el reparto se tirase de largo, pués por medio de dicha bula, ya quedaría tranquila la conciencia de los repartidores. (a)

(a) Vid. Apéndices XXXVI.



cuyo parto se dió inmediatamente noticia al Duque de Milán padre de aquella señora, preguntándole qué nombre se debía poner al recién nacido y se le puso el de Galeazzo María. Entre sus desventuras el Conde Francisco tuvo al menos este consuelo. Empero hallándose sin dinero, mandó á su yerno, Segismundo Malatesta, á Venecia, para ver si lo podría obtener; y en efecto éste recabó de aquella República una suma no despreciable, gran parte de la cual se la retuvo á cuenta de sus pagas.

En recompensa Nicolás Piccinino fué socorrido por el Pontífice y por D. Alfonso, no solo con refuerzos de gente, sinó también con remesas de numerario, gracias á lo cual pudo entrar en campaña por aquel tiempo y comenzar sus correrías por el territorio de Fermo. Por otra parte, las milicias de don Alfonso también comenzaron la guerra.

Veámos lo que dice Fazio de estas últimas. Mientras se estaba en las negociaciones con los genoveses, el Rey se dirigió á fines de Mayo, á ruegos del Papa, á la Fuente del Chopo (Fontana del Chioppo) que dista como unas tres millas de Tiano, con la idea de reanudar las operaciones de la Marca. Según Constanzo, el Papa le había escrito diciéndole que no se podía echar al Conde de la Marca sin la presencia suya y que era menester que cabalgase para extinguir á aquel común enemigo; porque arrojándolo de allí habría asegurado no menos el Reino que reintegrado á la Iglesia sus dominios; y que si no se hiciese de este modo, el audaz caudillo recobraría muy pronto todas las plazas que se le habían tomado. La verdad era que después de la derrota de Piccinino á fines del año último, el Conde había quedado muy superior en fuerzas y recorría á mansalva todo el campo Piceno y obligaba por el terror á que se le entregasen muchos pueblos. D. Alfonso había dado orden á todos los barones que tenían tropas á su mando de que concurriesen con ellas al punto insinuado. El Marqués de Cotron, que era Centellas de parte de padre y Ventimiglia de la de madre, salió de Calabria con trescientos caballos llevando la idea de reunirse con el Rey. Con esto esperaba aplacarle de las ofensas que le había inferido, alguna de las cuales hemos apuntado ya. Más al llegar entre Capua y Calvi fué avisado



por alguno de la Corte del Rey que no pasase adelante; porque éste estaba decidido á mandarle cortar la cabeza. Se cree que este aviso se lo mandó el marqués de Ierace ó Girachi, hermano carnal de su madre. Sea como fuere, al leer la carta se volvió á sus capitanes y les dijo que el Rey le ordenaba que regresase á Calabria por algunas sospechas que tenía y, volviéndose atrás, se restituyó á su estado, fortificando á Cotron, Catanzaro y los castillos y preparándose para lo porvenir. A don Alfonso, dice Constanzo, que iba á la Marca muy á remolque, siempre con el temor de deservir al Duque de Milán, le vino á pedir de boca lo sucedido para escusarse con el Papa á quien mandó decir que la provincia de Calabria se le había sublevado y que sería cosa muy grave que en tales momentos abandonase el Reino y dejase que el incendio siguiera tomando creces. Sin embargo, para satisfacer al Pontífice, mandó parte de su ejército. Iba éste al mando de D. Lope de Urrea, de Orsino y de García Cabanillas, los cuales se debían reunir con don Raymundo Boil que ya se hallaba más allá de Atri. La consigna que llevaban era romper inmediatamente las hostilidades en favor del Papa.

Veamos lo que entretanto acontecía en la Marca. Piccinino se dirigió á Monte-milone y habiendo pasado el rio de Potenza, fué cogido allí por Ciarpellione, uno de los más valientes *condottieri* que seguían al Conde, sufriendo una gran derrota dejando prisioneros á muchos de los suyos. El se salvó milagrosamente, retirándose á una torrecilla que no fué registrada por Ciarpellione. Poco después recibió orden de Felipe María de retirarse á Milán y asentar entre tanto una tregua con el Conde Francisco Sforza. Piccinino obedeció el primer mandato, pero no el segundo, por habérselo impedido el legado del Papa. Así pues, dejando el mando á su hijo Francisco Piccinino, se dirigió á la capital de Lombardía. En tanto el Conde Francisco también tuvo que pasar sus disgustos, porque Segismundo Malatesta le hizo traición, pues después de haberse puesto en camino con sus tropas á fin de unirse con él, como encontrara un pretexto, se retiró á su ciudad de Rímini. Esto hizo que Sforza viese con temor que si Francisco Piccinino unía sus fuerzas con las de Aragón no tendría medios de sos-

tener la ciudad de Fermo. Para impedir esta pavorosa contingencia, deliberó ir al encuentro de Piccinino que ocupaba muy buenas posiciones en Monte-Olmo. El 19 de Agosto se hallaron ambos caudillos frente á frente, dispuestos á reñir batalla. Al fin empezó ésta; Piccinino dió con sus escuadrones señales de gran valor; pero, dice Muratori, combatía con un capitán que en hechos de armas fué maravilloso y no sabía ser vencido. Mientras más empeñada estaba la reyerta Alejandro Sforza ocupó las tiendas y los bagajes de los enemigos y luego fué á acometerles por un flanco, en tanto que su hermano Francisco con igual atención y ardor hizo lo mismo por el otro. En suma quedó derrotado todo el ejército de Piccinino con pérdida de casi tres mil caballos, y él refugiándose en una laguna, trató inútilmente de salvarse. Descubierto por uno de sus infantes fué conducido prisionero á presencia del Conde Sforza. El legado del Papa, Cardenal Domingo Capránica, á duras penas pudo salvarse huyendo á Cesena. Al dia siguiente Monte-Olmo se rindió al afortunado caudillo y encontró muchos oficiales y soldados de Piccinino que se habian refugiado allí con no pocos caballos y preciosos efectos. El gran triunfo que hemos reseñado trajo consigo la rendición de Macerata, Sanseverino y Cingoli.

¿Qué fué de los refuerzos aragoneses? Nada dice Muratori; pero Fazio escribe, que verificada la unión de Urrea y Cabanillas con Boil, se pusieron en camino, y que estando ya en el territorio de la Marca, Boil supo por sus exploradores, que había enviado en direcciones distintas, que Piccinino había sido derrotado y preso. Esta noticia les sorprendió grandemente y estimando que las fuerzas del Conde eran superiores á las suyas, deliberaron no seguir adelante. Sforza que estaba enterado de la marcha de los nuestros, se dirigió al Tronto con ánimo de disputarles el paso de este rio, ó de presentarles batalla si ya lo habían pasado. Por entonces no hubo encuentro alguno, volviéndose el Conde por el mismo camino que había traido, y retrocediendo también algo los aragoneses.

Suspendamos este relato para tratar ahora de la boda del Príncipe D. Fernando, que no todo han de ser desastres y muertes en el curso de una historia.

Dos causas señalan los autores como motivo ú ocasión de



este enlace. Unos dicen que á principios del mes de Abril cayó el Rey tan gravemente enfermo que ya todos le daban por muerto y se preparaban para las eventualidades que este suceso podía traer. Era tal, el día 5, el rebato que había en la ciudad, que los aragoneses y catalanes, dice Zurita, andaban poniendo sus bienes en salvo por los castillos. Los barones se aprestaban á levantarse y ente ellos Antonio Caldora, que llevó al Abruzzo á su hijo Ristaino y el Príncipe de Tarento que partió á la Pulla.

Cuando el Rey se puso bueno, que fué á los cinco ó seis dias, vió cuán poco se podía fiar de los naturales del Reino, y para el caso de que muriese, trató de dejar á su hijo sólidamente asegurado por medio de un matrimonio conveniente.

Empero otros autores esplican de diferente manera la decisión del Rey. Viendo, dicen, que el Duque de Calabria no era bienquisto de los napolitanos por ser de carácter muy diferente del suyo, pues se lo afeaban la soberbia, la avaricia, la doblez y la poca observancia de la fé empeñada, adivinó que había de perder el Reino. Así cuando estaba restaurando el Castillo Nuevo, solía decir que lo rehacía para que pareciese nuevo á tenor de su nombre y no porque no supiese que había de pasar á manos ajenas.

Sea que el recelo del Rey viniese de los barones, sea que naciese de la poca confianza que tenía en las cualidades de su hijo, creyó que nadie podía servirle de mejor amparo en lo venidero que el Príncipe de Tarento, superior en fortuna, en linaje y en prestigio á todos los demás potentados napolitanos. Tenía éste en Lecce una sobrina llamada Isabel, hija de la Condesa Catalina Orsino, su hermana carnal y de Tristan de Claramonte, gran privado que había sido del Rey Jacobo de la Magne, y que tenía el título de Conde de Convertino. Era Isabel jóven de muchas y muy altas prendas y sobre todo muy querida del Príncipe su tío que la amaba con el cariño de padre. En aquel mismo año se había tratado de casarla con Tomás Paleólogo, Despota de Morea, hermano legítimo de Constantino, que luego ascendió al imperio de Constantinopla. Empero el Rey mandó pedir su mano para el Duque de Calabria y el Príncipe de Tarento accedió á ello con gran contento, lle-



vándola expléndidamente á Nápoles en donde se celebraron muchas fiestas. Llamó en ellas la atención, afirma Constanzo, pues manifestaba lo mudable de la fortuna, que Antonio Caldora, que pocos años antes había sido señor de tan grandes estados en tantas provincias, y que había tenido el atrevimiento de combatir á banderas desplegadas con el Rey, que había mandado un ejército donde estaba la flor y nata de los caballeros de tantas naciones, sirviese en aquella ocasión la copa á la Duquesa de Calabria. En dichas fiestas hubo justas muy pomposas en las cuales rompieron lanzas con otros barones del Reino, Ristaino y otros dos caballeros más de la casa de Caldora.

No se contentó el Rey con este apoyo, proporcionando otros al Príncipe D. Fernando por medio de los vínculos del parentesco. A Margarita, hermana de S. M., la casó con Antonio de Ventimiglia, hijo mayor de D. Juan, Marqués de Girachi. También dió á Marino de Marzano, hijo único del Duque de Sessa, á una de las hijas naturales que tenía llamada D.ª Leonor, la cual llevó en dote el Principado de Rosano con una gran parte de la Calaboca. (1)

Fué la Duquesa de Calabria modelo de Princesas y el Rey

(1) Es notable que de estos dos últimos matrimonios, Zurita solo habla del primero y no dice una palabra del segundo, al paso que Constanzo da cuenta del segundo y pasa completamente por alto el primero.

En la correspondencia de los representantes de Barcelona se leen algunos detalles acerca de los enlaces referidos. «El domingo 3 de Mayo, concurrieron á las bodas de la hija menor del Rey con el Duque de Sessa (Cessa), asistiendo toda la nobleza italiana con el Príncipe de Tarento y la flor de señores del Reino, cuyo conjunto ofreció brillantísimo aspecto, así en la ida y salida de misa de la seo (episcopia), como en el solemnísimo banquete y en los solaces y grandes danzas que se celebraron después de comer. Nuestros embajadores fueron expresamente convidados por el duque de Sessa, tanto á la bendición nupcial como á la comida, dándoles preferencia de lugar sobre dos duques, ocho ó nueve condes y otros nobles caballeros de Italia, Cataluña, Valencia y Aragón; obsequio distinguido que acompañó de notables ofrecimientos, mostrando singular aprecio de Barcelona, que llamó ciudad gloriosa. Otro enlace ha concluido el Rey, de su hijo D. Fernando, con la sobrina de dicho Príncipe de Tarento.»

A renglón seguido los embajadores daban cuenta de unas justas mantenidas por el Conde de Riano, el baylo general de Aragón, D. Pedro de Guzmán y dos italianos. Durante la fiesta S. A. quiso justar con su propio hijo y con el vizconde de Galiano, D. Luís Corney, Mosen Jaime Romeu y D. Galcerán Dusay. D. Fernando dió cinco carreras, encontrando en las tres y quebrando en las otras dos lanzas, siendo cosa portentosa la bizarría del mancebo. Tomaron parte en la justa más de ochenta aventureros, que entre todos quebraron 250 lanzas, siendo innegable para todos que los mejores justadores fueron los de Barcelona.

Luego escribian que en la tarde del 13 del propio mes, hizo S. A. publicar el concertado enlace de su hijo con la sobrina del Príncipe de Tarento, cuyos esponsales debian celebrarse el siguiente jueves 14, representada la novia, mediante poderes, por el referido Príncipe.



no hubiera podido hallarla mejor para los fines que llevaba. Así se quitó toda sospecha respecto del de Tarento, su tio, de quien se temía, cada vez que iba á verse con el Rey, que éste le pondría preso.

Entre tanto los favores y las muestras de amor y de benevolencia de Su Santidad hácia la persona de D. Alfonso se repetían casi diariamente.

Según los representantes de Barcelona, el día 13 de Mayo, llegó á palacio un embajador pontificio, que era abad de monjes negros, acompañado de mossen Batista, del Real patrimonio, que habia sido enviado á la corte de Roma, trayendo consigo la rosa de oro que el Papa suele regalar en cuaresma el domingo dicho de la Rosa, y de que aquel año hacía presente á S. M. No hay para qué decir la solemnidad con que el Rey recibió el obsequio, concurriendo al acto toda la grandeza. Entró el enviado precedido de muchos trompeteros y de un paje de honor del Santo Padre, que llevaba la rosa. Con este orden se dirigieron todos hácia la Seo, donde S. M. estaba aguardando, y á la llegada se apearon El enviado hizo una galante alocución en nombre de Su Santidad, á que respondió D. Alfonso con no menos lisongeras frases; luego, cogiendo la rosa, fué á colocarla en el altar delante del Obispo de Valencia, recién promovido á cardenal, que celebraba de pontifical, cantándose un oficio con toda solemnidad. Concluido, volvióse el Rey junto con el enviado y demás comitiva á caballo, precedidos de D. Fernando, que sostenía la rosa; y después de dar un gran rodeo por la ciudad fueron al Castillo Nuevo, donde el Rey se apeó siguiendo los demás hasta la posada del legado pontificio.

Allende de esto, el dia 14 de Junio, el Papa expidió una bula en la cual legitimaba á D. Fernando y le habilitaba para suceder á su padre en el Reino de Nápoles. Tambien este documento puede leerse en el tomo I de la colección del Doctor Chioccarello. Sin embargo el Analista aragonés añade que el Papa quiso que esta bula, así como las de infeudación del Reino, no se comunicasen á ninguna persona todo el tiempo que él viviese y se tuviese secreta la concordia asentada entre el Rey y el Cardenal de Aquilea en Terracina, y no se entregaron las bu-



las á D. Alfonso hasta el año siguiente; y de todo lo dicho hizo este solemne juramento en manos del Abad de San Pablo de Roma. [1]

Veámos ahora lo que dispuso ó hizo el Rey en orden á la rebelión del Marqués de Cotron. Al otro dia de saber la contramarcha de èste mandó en su seguimiento á Pablo de Sangro y á otros capitanes con mil caballos, más como no pudieran alcanzarle, decidió, como ya hemos indicado, desistir de tomar parte personalmente en la campaña de la Marca y consagrarse al escarmiento de aquel primer rebelde. De Fuente del Chopo se trasladó á Tibuli, donde se hallaba el 14 de Agosto, y luego, pasando por Passarano y Castelucio, regresó por unos dias á Nápoles. Con esta tregua esperaba dar tiempo al Marqués para que reflexionara y se arrepintiera, pero lo cierto es que éste se mantuvo pertinaz y duro, preparándose á una vigorosa defensa de sus estados que en parte eran dotales y en parte dados por el mismo Rey. Demás de esto fué osado de ofenderle con una carta muy irreverente dirigida al Príncipe D. Fernando, en la cual le decía que había ganado sus tierras con su dinero y sus trabajos y no permitiría que nadie se las quitase. D. Alfonso irritado por tan gran atrevimiento, decidió no diferir más el salir á campaña y con una corta fuerza de infantería y con una regular de caballería se fué camino de los Abruzzos. En cuanto se hizo pública esta marcha los que favorecían secretamente al Marqués no tardaron en desmayar y en desistir de su complicidad vergonzosa. La primera operación del Rey fué contra Ziró que se le rindió sin resistencia. De Ziró pasó á Rocca Bernarda donde el castellano y los de la guarnición le hicieron cara por algunos dias, pero al cabo, viendo que no podían esperar socorro, también se le sometieron. Entonces se dirigió á Belcastro y los del lugar le abrieron

(1) En el Reg.° 2852, fol. 80 v.° se lee la siguiente carta congruente con las anteriores negociaciones:

«Sanctísime ac beatísime pater &. Remittimus istuc venerabilem et dilectum vestrum fratrem J. Abbatem Sancti Pauli de Urbe pridem per eandem S. V. ad nos dimissum, quippequi super utrinsque occurrentibus negociis demum mentem omnem nostram cognovit ut illius itaque verbis non secus ac nostris fidem integram habere dignetur E. S. V suppliciter deprecamur almam personam &. Datum in Castello novo Neapoli die XIIII Junii Anno Domini MCCCCXXXX quarto. —*Rex Alfonsus.*

Dominus Rex mandavit michi Johanni Olzina.



acto contínuo las puertas. Desde allí mandó, el dia 22 de Noviembre, á Gilabert de Centellas, para ver si podía hacer desistir al Marqués de su rebelión, ofreciéndole que tendría salva la vida y no sería declarado traidor si se entregaba desde luego. Las condíciones que se le ponían eran principalmente la rendición del castillo y torre de Belcastro, de la ciudad y castillo de Catanzaro, así como la ciudad y la fortaleza de Cotrón, de la torre y lugar de Casteli y del castillo de Crepacoro y por fin de la plaza y castillo de Tropea y de todos los demás lugares fuertes que le quedasen.

Empero el Marqués confiaba en los venecianos, esperando que socorrerían con sus galeras á Cotrón situado en la costa del mar Jonio, aunque no fuese más que por favorecer al Conde Francisco y contribuir á tener al Rey entretenido en otra guerra distinta de la de la Marca. Con estas falsas esperanzas Antonio Centellas fué contumaz y no quiso escuchar los ofrecimientos de D. Alfonso.

La continuación de estas operaciones pertenece ya al año de 1445.

Antes de dar punto á los sucesos del de 1444 debemos enterar al lector de que allá por el mes de Setiembre, estando el Rey acampado en Castelnuovo, camino de Ziró, asentó cierta concordia con Rafael Adorno, Dux de Génova y con Bernabé, capitán de aquella Señoría y con los de su parcialidad. Los disturbios y pendencias intestinas les obligaron á prometer al Rey el señorío de Génova y de su estado y que le prestarían homenaje y le harían juramento de fidelidad como en otro tiempo acostumbraban hacerlo á los reyes de Francia y como lo habían hecho al Duque de Milán, y que alzarían las banderas de Aragón y que entregarían las fortalezas y castillos dentro de dos meses. El Rey les daba treinta mil ducados que debían cobrar en Sena, teniendo por bien empleado este dinero, con tal de que le fuesen adictos, por más que no pudieran cumplir todo lo prometido.

¡A tal grado de humillación habían llegado los vencedores de Ponza gracias á sus mútuas rivalidades y á sus contínuas reyertas!

Tampoco podemos pasar por alto, antes de despedirnos del



año que nos viene ocupando, los sordos manejos de la diplomácia italiana para arrojar á don Alfonso del Reino de Nápoles. (1)

Llevaba la batuta de las desleales intrigas que se fraguaban, el falso y artero duque de Milán, el cual arreció en su enemiga al ver que el Rey no quería atender á sus ruegos de que dejase tranquilo al conde Francisco Sforza.

Su primer paso fué diputar á Florencia ó un micer Nicolás con encargo de que concertase la paz entre Lombardía, el papa, el conde Francisco Sforza y las señorías de Venecia y Florencia. Respecto de lo que se debiese hacer para que quedaran contentos el Pontífice y el conde Francisco, que eran entonces los más enemistados, quería Felipe María que su embajador se conformase con el parecer del de la Señoría véneta. Esta embajada tuvo lugar á principios de Enero de 1444, pues la carta al embajador trae la fecha del 4.

Dos meses más tarde, ó sea en el de Marzo del mismo año, el duque de Milán proponía á un micer Angelo, que, en concepto de Ghinzoni, es posible fuese Angelo Acciajuoli, el que se le nombrase á él comisario de la señoría de Venecia y de la Comunidad de Florencia, comprometiéndose á desempeñar dicho oficio con fidelidad, rectitud y sinceridad, sugetándose á ser sindicado y, si lo mereciese, castigado, dándoles, sin embargo, animo de lograr en breve que el Rey de Aragón diese buena paz á Italia y que Nicolás Piccinino fuera á pedirla con la correa al cuello. (2)

No pararon en esto las insidias del de Milán, pues en el mismo mes hacía decir á Francisco Barbaro, embajador de Venecia, que se debía indemnizar al conde Francisco de lo que había perdido en la Marca, ayudándole las señorías de Venecia y Florencia, aunque de una manera secreta, para que conquistase otro tanto de las tierras de sus enemigos, de suerte

(1) Estas dolosas maquinaciones se remontan á principios de 1444 y, como verá el lector, siguieron casi sin interrupción hasta el mes de Setiembre. Para que cada uno de sus detalles no fuera un hilo más en la trama harto compleja de este capítulo, los presentamos reunidos al fin de él, aunque así quebrantemos el orden rigorosamente cronológico.

(2) «Chel gli dà l' animo di fare in brevi, che la Maestà del re d' Aragona haverà di gratia de dare buona pace a la Italia, et cusi a Nicolò Picinino de venire cum la corregia al collo a rechiedere pace.»



que le compensasen de los daños sufridos con haber tenido que abandonar la Marca á la Iglesia. ¿Quién había de ser el enemigo destinado, si nos es lícito valernos de una frase vulgar, á pagar los vidrios rotos? Pues ni más ni menos que D. Alfonso, de quien decía la cancillería milanesa estas textuales palabras: "*como saria de le terre del re d' Aragona, quale è certo vo reputati per inimico; e, quando non lo reputassevo per inimico, dice el mio signore, che vi ne ingannati; avisandovi che ogni bassamento e depressione che habia el re d' Aragona, gli pare che sia exaltatione de la Signoria vostra* (la véneta)".

Este partido le parecía mucho mejor al duque que satisfacer al conde en perjuicio de la Iglesia.

Otros pasos dió también dicho príncipe en daño de la causa aragonesa, pudiendo citar: la gestión que encomendó á Santelmo de Pozzobonello cerca de Cosme de Médicis para que no se diese libertad á Angelo Morosini, capitán y corsario al servicio de D. Alfonso y de Nicolás Piccinino, hombre de quien uno y otro hacían grande estima; el procurar que Carlos Gonzaga abandonase el servicio del Papa, en razón á que los Gonzagas eran adherentes suyos, y él se hallaba en liga con venecianos y florentinos y éstos en contra de su Santidad, con lo cual debilitaba á un aliado y protector de D. Alfonso; y por fin, el declararse enemigo de los genoveses si persistían en querer vivir con el Rey en la forma que lo hacían. (1)

Más al llegar al mes de Mayo el despecho y la osadía de aquel viejo zorro llegaron á su apogeo, atreviéndose nada menos que á mandar un emisario á Renato con encargo de que le azuzase de nuevo. Esta gestión merece que la sugetemos á mayores desenvolvimientos.

El documento del cual sacamos esta noticia es una carta ó instrucción dirigida á un tal Gerónimo, que á juicio de Ghinzoni, es Gerónimo de Sena, y trae la fecha de 16 de Mayo de 1444.

Decíale en ella que quería que fuese á verse con el rey Renato y que procurase enterarse si éste había deliberado trasladarse á las partes de Italia y con qué poderío proyectaba y po-

(1) «Ma dove se vogliano intendere e vivere con esso re in la forma che fano, chel vi acerta che apertamente gli vole essere inimico.»



día ir, entendiéndose que se había de tratar de la realidad y no de vanas palabras. También le encomendaba que averiguara á qué altura se hallaban las negociaciones de paz entre los reyes de Francia y de Inglaterra y si estaban próximas á ser ó nó un hecho. Quería, además, que hiciese la embajada de parte suya al referido Renato, y si éste deliberase con efecto ir á Italia con tal poder que pudiese obrar contra su enemigo, que él tendría á bien entenderse con dicho rey y darle favor y ayuda y ser los dos una misma cosa, advirtiéndole que si determinase ir, que lo que se tuviese que hacer se hiciese presto: puesto que obrando con prontitud haría más con un caballo, que no haría con doce si esperase otro verano.

En el mismo mes Felipe María siguió intrigando por otros estilos, ya tratando de que el Papa licenciase á Carlos Gonzaga y poniendo á éste en el caso de que debiese pedirle sueldo ó *condotta*; (por cierto que no quiso decidir cosa alguna respecto de esta petición sin asesorarse antes de la señoría de Venecia); ya tratando con Nicodo de Menton, señor de Versoy y de Hermy, gobernador, por el duque de Saboya, de la ciudad y condado de Niza, para establecer algunos capítulos é inteligencia á fin de obrar de acuerdo contra el común de Génova, que, como hemos visto, se inclinaba á correr en buena armonía con D. Alfonso. El primer acto de hostilidad que debía ejecutar Nicodo, era apoderarse de Mónaco y conservarlo contra cualquiera que intentase quitárselo.

El 15 de Julio, Gerónimo de Sena daba cuenta á Felipe María de las averiguaciones que había podido hacer tocante á los asuntos de Renato. El documento fué escrito en gran parte en cifra y ahora presenta muchos desperfectos. Veámos, sin embargo, la sustancia de lo que se conserva.

Decía el emisario que Renato había empleado los buenos oficios de algunos ciudadanos de Venecia y Florencia, amigos suyos, para que ambas señorías se entendiesen con él para conquistar el reino de Sicilia contra el Rey de Aragón, y que éstas decían que no podría hacerse si Su Señoría no venía bien en ciertos pactos y capítulos, encareciendo al pretendiente que trabajase para que Su Señoría los aceptase, en cuyo caso ellos se holgarían de hacer lo que Su Señoría hiciese.



En lo concerniente á la guerra aludida, Gerónimo decía á su señor que la mayor parte de las gentes de Francia se hallaban en las fronteras de los ingleses al mando del Delfin.

En el mes de Setiembre el mismo implacable potentado seguía conspirando en daño de la causa de Aragón, intrigando con los venecianos para que se concluyese la paz entre el papa y el conde Francisco, á fin de arrojar luego á D. Alfonso de Italia.

El plan que con este objeto proponia á Francisco Barbaro, embajador veneciano, no podía estar mejor urdido. Quería que el conde devolviese la Marca al Papa, conservando solo una parte razonable y aún con el carácter de interinidad, pues debería devolverla cuando se le indemnizase con otro tanto ó más en el Reino de Nápoles; contento y acallado el papa y, por tanto, no necesitando ya que le ausiliase D. Alfonso, se daría sueldo al conde por parte de Venecia, y entre esta señoría y el mismo duque también, se lo darían á Nicolás Piccinino, ya que sin la cooperación de éste todo pensamiento sería mezquino, y entonces, unidos estos dos caudillos en contra del Rey, lo espulsarían del Reino de Nápoles y librarían á Italia de los muchos peligros á que se hallaba expuesta. ¡Cuán lejos estaba de sospechar que estuviese tan cercano el fin de aquel ilustre guerrero! Libre dicho reino de la dominación aragonesa, decía el duque, que los venecianos serían árbitros de él y que no habría más estado ni más señor que el que pareciese á la señoría véneta. La terminación de la nota que venimos estudiando merece ser conocida literalmente en el propio lenguage en que está escrita, pues constituye un finísimo y singular halago á los señores de la Reina del Adriático: " *Si che quanta gloria et merito apreso a Dio sia per seguire a la vostra Signoria, chel sia dicto che per sua casone, sia restituito á la Ghiexia quello chi e suo, quanta reputatione, fama et utilitate etiamdio apresso al mundo sia che la possa disponere del reame a suo modo, lo lassa judicare alla Magnificentia che intende più dormiando, che ley vigilando.* "

Mientras andaba en estos manejos no descuidaba el duque las cosas de la guerra, procurando restar enemigos á su yerno para que saliese lo más incólume que fuese posible de la cam-



paña. En el mes de Setiembre lograba del condottiero Roberto Paganelli, al servicio de Nicolás Piccinino, la promesa de no hostilizar al conde Francisco primero por el lapso de un mes y más adelante por el de seis meses.

Las asechanzas del duque de Milán se paralizaron á consecuencia de haberse firmado á 30 de Setiembre los capítulos de paz entre Sforza y el papa Eugenio, interviniendo el cardenal Luis Scarampio de Padua, por parte del segundo y Galeotto Agnesio de Nápoles por la del primero.

No tienen para nosotros un interés directo los pormenores de la tal paz; por lo cual nos limitarémos á decir que el pontífice absolvió al conde y á sus secuaces, señaladamente á Segismundo Malatesta, de las penas en que hubiesen incurrido; les recibió en su gracia; les prometió no ofender las tierras que poseyesen, mientras pagasen en adelante los censos y otras rentas á que venían obligados; les restituyó las dignidades, vicariatos y honores de que habían sido exonerados por sus delitos y por las guerras pasadas; perdonó al conde toda deuda en dinero por cualquier concepto que fuese, renunciando en pedírsela en ningún tiempo; no así á los adherentes, confederados y coaligados de dicho caudillo á los cuales no dispensó de los censos debidos por el tiempo pasado, empero se obligó á no exigírselo por medio de la guerra; prometió al conde la renovación de todos los vicariatos que le había concedido en la Marca; le restituyó el oficio y la dignidad del Marquesado de la Marca de Ancona, con Masa Trabaria y la presidencia de Farfa.

En recompensa, el conde y los suyos se comprometieron á prestar juramento de fidelidad y obediencia al papa; el conde, además, se obligó á servirle, siempre que fuese requerido, con la gente de á caballo y de pié con que otras veces se había obligado á servirle y según el tenor de su obligación.

El conde ya seguro por parte de la Iglesia, se apresuró á formar nuevas alianzas con Federico, conde de Urbino, con Josia de Acquaviva, duque de Atri y con Isabel de Varano de Camerino, en nombre propio y en el de sus hijos y con otros señores y caudillos.

Apesar de esta inesperada y placentera paz, los estados de



Italia no dejaban de mirar con constante recelo la preponderancia de D. Alfonso y continuamente volvían los ojos á Francia para saber á que altura se hallaban las esperanzas de Renato.

Buena prueba es de lo dicho la carta de Cosme de Médicis al conde Francisco, en la cual le participaba que Juan Cossa le había escrito que, á pesar de que, la paz entre los reyes de Francia é Inglaterra se había aplazado para otros tiempos, sin embargo se decía estarse proyectando una empresa contra el Rey de Aragón, así en Cataluña, como en el reino (de Nápoles), á cuyo efecto se agenciaba el concurso del duque de Orleans, quien, á cambio de otros servicios, debía proporcionar gente y dinero para la invasión del Reino.

Por fortuna el pontífice deseaba la paz y solo pensaba en armar galeras para ir á la conquista de la Tierra Santa.

En los capítulos sucesivos veremos cambios inesperados de decoración y nuevas y originales alianzas y enemistades, que las intrigas narradas no nos harían sospechar de ningún modo. [1]

En este año, según algunos, el dia 15, y, según otros, el 16 de Octubre, pasó á mejor vida el ilustre caudillo Nicolás Piccinino, de quien tanto hemos debido ocuparnos en la presente historia. Jamás pudo quitársele del corazón la derrota de su hijo Francisco, la cual acabó de acibararle la existencia, ya llena de pesadumbre por la pérdida de Bolonia. Tanto y tanto sufrió su espíritu, que el cielo, apiadado de tales angustias, quiso al fin librarle por medio de la muerte, del peso, para él insoportable, de la vida.

Fué uno de los más insignes capitanes que han tenido las armas italianas. Rosmini publica el dibujo de una medalla en cuyo anverso se vé su retrato, muy probablemente obra de Victor Pisanello. El duque sintió mucho verse privado de tan valiente, honrado y fiel capitán y no pudiendo remediarlo de otro modo, se dió á proteger á sus hijos Francisco y Jacobo, obteniendo del Conde Sforza la libertad del primero y llamando á entrambos á Milán.

(1) Vid. *Doc. dipl.* Vol. III, part. II, del n.º CCCVI al n.º CCCVIII.





CAPÍTULO XLVI

SUMARIO

(1444).— Tregua en Oriente. — El Concilio de Florencia se traslada á Letrán. — Asamblea de Nuremberg. — Disposiciones de D. Alfonso respecto al estado eclesiástico de sus reinos. — Liga de los príncipes cristianos contra el turco. — Desastrosa batalla de Varna en la que pierden la vida el rey Ladislao y el cardenal Julián.

Pocas y no muy notables son las ocurrencias religiosas que debemos narrar en el decurso del año de 1444.

La derrota del ejército cristiano, á la cual dedicarémos luego algunas palabras, intimidó vergonzosamente á Juan Manuel Paleólogo, quien temiendo que Amurates sospechase que si sostenía la unión religiosa con los latinos, lo hacía menos por escrúpulos de conciencia que con el fin de procurarse aliados que le sostuvieran en la guerra, desistió de combatir el cisma y aparentó no tener nada de común con los occidentales. Gracias à estas abdicaciones, así de su dignidad como de los sentimientos que debían serle más caros, pudo obtener la paz del Sultán, el cual portàndose dignamente, la guardó por el resto de su vida.

El concilio de Florencia tuvo su primera sesión en el palacio de Letran el dia 30 de Setiembre, en la que, después de haber dado gracias á Dios por la unión de los Griegos, de los Armenios, Jacobitas y Sirios, se nombró una comisión de car-



denales y doctores, para que conferenciara con el Arzobispo Abdalo, acerca de los errores reinantes entre estos últimos pueblos.

En la asamblea de Nuremberg se habló de la crísis religiosa y se trató de nombrar cuatro delegados por parte del emperador, dos por cada elector y uno por cada príncipe, para que examinaran las razones de los representantes de Eugenio IV y de Felix V y propusieran lo que debía hacerse en bien de la religión cristiana y de la paz de la Iglesia. También se resolvió exhortar á los dos papas á que consintieran en la reunión de un nuevo concilio.

D. Alfonso, acordándose de que había comprometido á gran parte de las personas pertenecientes al clero de sus reinos ante los ojos del pontífice, dictaba disposiciones para ampararles y escudarles, á fin de que no sufriesen detrimento en sus oficios y temporalidades, por efecto de sus opiniones y conducta durante la enconada y duradera crísis que hemos ido reseñando.

Varios son los documentos inéditos que demuestran el cuidado exquisito con que en tal asunto procedía.

Citaremos en el año de 1444, que nos ocupa, en primer lugar las Instrucciones dadas al noble Berenguer Vives de Boil, á 13 de Enero, desde el Castillo Nuevo de Nápoles.

Debía este emisario decir á la reina que respecto de las bulas obtenidas del Papa Eugenio para la colación de dignidades, prelacías y otros beneficios eclesiásticos durante el tiempo de la neutralidad y antes del edicto de restitución de obediencia, solo se ejecutasen aquellas que hubiesen logrado expresa licencia del Rey; que no ejecutasen las bulas obtenidas del Concilio de Basilea durante el tiempo de la propia neutralidad; que tocante á las que hubiesen alcanzado dicha licencia antes de la publicación del edicto, se respetase la posesión á los interesados y se diese á los que no la tuvieran aún, amparándoles contra cualesquiera otra personas que les quisiesen molestar ó demandar en virtud de cualesquiera otras bulas, las cuales no debían ser admitidas ni tener efecto alguno, antes bien, á los que atentaren algo contra los indicados poseedores, se les debiesen aplicar las penas contenidas en el edicto de la neutralidad.

Empero las demás bulas y provisiones alcanzadas del pontífice después de la concordia y de la publicación del edicto de restitución de obediencia, quería el Rey que fuesen admitidos y obedecidos en la forma establecida en el susodicho edicto. ([1])

Otro de los documentos que prueban nuestro anterior aserto son las instrucciones que llevó Bautista Platamón, vicecanciller, á la corte de Roma.

Traduciremos á la letra el primer apartado, porque tiene suma congruencia con el punto que estamos tratando.

" Primeramente, después de las debidas y humildes recomendaciones, suplicará el dicho vicecanciller al dicho nuestro Santo Padre, de parte del dicho Señor, que por cuanto el dicho Señor ha entendido que Su Santidad, no perdonando al religioso frey Pedro Farnés, mayordomo del dicho Señor, el haber estado en el que en otro tiempo fué concilio de Basilea y también, á tenor de lo que se habría dado á entender á Su Santidad, el haber sido gran concilista, había proveido en frey Pedro Ramón Çacosta la encomienda de Villell de la castellania de Amposta, la cual es de dicho frey Farnés, y consideraba á éste deudor al Tesorero de Rodas de una buena suma de dinero. Y en atención á que el dicho frey Farnés ha estado en el que fué concilio por voluntad, mandamiento y ordenación del dicho Señor y el dicho Señor habría sido informado que más bien el dicho frey Farnés sería acreedor del dicho convento y tesorero de Rodas, que no deudor á aquél; por contemplación y amor del dicho señor, plazca á Su Santidad casar, revocar y anular la dicha provisión de la dicha encomienda hecha por su santidad al dicho frey Çacosta y absolver al dicho frey Farnés de su ida y permanencia en el que fué concilio. Y que por conservación de justicia, le plazca cometer á un juez que Su Santidad elegirá en el Reino de Aragón, la decisión y determinación por la vía de justicia de cualesquiera cosas que contra el dicho frey fuesen acumuladas, atendiendo siempre á las costumbres que existen entre los freyles de la Castellania de Amposta y priorato de Cataluña. "

En el párrafo último de las mismas instrucciones también

(1) Vid. Apéndices. XXXVII.



se encarga al embajador que sostenga los derechos cobrados por frey Farnés de la encomienda de Orta y que vea de lograr de Su Santidad que esta encomienda vuelva á poder del mismo, instando para que se castigue á Çacosta y á un tal Luis Gastanç contra el cual se formó proceso.

De igual modo se dice á Platamón que disculpe á Farnés, á frey Pedro de Liñan y á otros por no haber comparecido ante Su Santidad al tiempo en que fueron citados en virtud de instancia hecha por Çacosta, en razón de que cuando la citación tuvo lugar, el Rey había mandado la neutralidad entre el Concilio y el Papa. (1)

Nada podemos decir acerca de qué parte de los que contendían estaba la justicia; pero era acto de magnanimidad en el Rey no abandonar á los que le habían sido adictos, tal vez hasta el extremo de violentar su conciencia. Solo de este modo consiguen los monarcas el tener súbditos leales.

Tales son los pocos sucesos que ocurrieron en el orden religioso. Ahora solo nos resta dar cuenta de la memorable batalla de Varna que hizo que adelantara un paso más la famosa cuestión de Oriente.

Todo estaba prevenido por parte de los príncipes cristianos coaligados para reanudar la guerra contra el turco. Ladislao, Huniades, el Papa Eugenio, los venecianos, los genoveses, el Duque de Borgoña, Juan Manuel Paleólogo, todos estaban á punto de tomar las armas y de batir al infiel por mar y tierra, así en Asia como en Europa. Una armada de setenta galeras al mando del Cardenal Condolmero, sobrino del Papa, estaba ya en el Helesponto decidida á cerrar el paso á los turcos. Amurates vió que le sería muy difícil poder resistir, y entonces presentó proposiciones de paz por todo extremo ventajosas. Aparte de ellas corrió el oro: Huniades recibió cincuenta mil escudos de oro, y por su influencia Ladislao se avino á firmar una tregua de diez años.

A poco todos conocieron que habían defraudado las esperanzas de la Cristiandad y el cardenal Julián, legado del Papa, les hizo presente la necesidad de reanudar á toda costa la guerra, demostrándoles que no debían tener escrúpulo respecto del

(1) Vid. Apéndices. XXXVIII.



rompimiento de lo pactado. Los confederados se reunieron, como los capitanes griegos, en una especie de agora de la que salieron todos entusiasmados y dispuestos á romper las hostilidades.

Acto continuo se hizo saber la decisión á Juan Manuel Paleólogo. Ladislao salió de Zegedin el dia 21 de Setiembre, pero con muchas menos tropas que en el año último, porque después de la tregua había licenciado no pocos polacos y valacos. El ejército pasó el Danubio por Orsana y entró en la Bulgaria y atacó Nicopoli con la esperanza de un gran botin, pero esta ciudad se les resistió bravamente. El príncipe de Valaquia fué á unirse con los coaligados; pero al ver las pocas fuerzas de Ladislao intentó hacerle desistir de su empresa, diciéndole que el sultán llevaba más esclavos cuando salía de caza, que él soldados en aquella guerra. Ladislao desoyó el consejo y el de Valaquia se retiró, dejándole, empero, un cuerpo de cuatro mil hombres. De Bulgaria el ejército cristiano pasó á la Tracia sin ser un modelo de disciplina.

Amurates reunió entonces sus fuerzas y pasó, no se sabe cómo, el Helesponto. Algunos dicen que los genoveses les facilitaron sus naves haciendo traición al ejército cristiano. Luego se reunió con las fuerzas que tenía en Europa y se aprestó á reñir batalla.

Cristianos y turcos se encontraron en Varna y los caudillos de los primeros disintieron sobre si se debía ó nó hacer jornada. Huniades y el Déspota Jorge estuvieron por la afirmativa é impusieron la decisión de pelear al siguiente dia. Cuando el primero vió, al salir el sol, las fuerzas de Amurates, cambió súbitamente de opinión y propuso á Ladislao la retirada. Este noble Rey se enfureció y le dijo que debía haber considerado mejor las cosas antes de echar las bravatas de la víspera, y dió orden de comenzar la refriega. Los cristianos solo eran de diez y ocho á veinte mil, los turcos eran en número quíntuplo. Al principio la victoria pareció inclinarse del lado de la cruz y Amurates pensaba ya en apelar á la fuga; la media luna volvió con nuevos brios á la carga y el éxito estuvo por mucho tiempo indeciso. A la postre los infieles arrollaron á los cristianos y el jóven Ladislao, desesperado, se arrojó en medio de



los enemigos y quiso atacar una colina defendida por los genizaros en la cual estaba Amurates. Entonces le mataron el caballo y acosándole de todas partes le quitaron la vida. Para que los confederados desmayasen, se le cortó la cabeza y se mostró en la punta de una pica. Huniades salvó parte del ejército, retirándose del campo de batalla, quizás antes de tiempo, no imitando seguramente en nada el heroismo del magnánimo Ladislao. El Cardenal Julián también perdió la vida en esta jornada. Muchos dicen que él fué la causa de tan gran desastre por su insistencia en aconsejar el rompimiento á la fé jurada.





CAPTULO XLVII

SUMARIO

(1445). — Operaciones militares contra el marqués de Cotron. — Serifale entrega al Rey la plaza de Cotron. — Ríndese el castillo. — El marqués sitiado en Catanzaro pide clemencia al Rey. — Es despojado de sus bienes raices como Juan de la Noce su cómplice de rebelión. — Desavenencias del Duque de Milán y Sforza. — El Duque pide ayuda á D. Alfonso. — Lo propio hace Malatesta de Rimini. — Estado de la Casa de Francia. — Concordia entre el Papa y el Duque de Milán. — Luto en la corte del Rey por el fallecimiento de sus hermanas las reinas de Castilla y de Portugal. — Exequias y sepultura del infante D. Pedro. — Muere el infante D. Enrique. — Campaña contra Sforza y sus aliados. — El Rey se apodera de Civitella. — Juan de Ventimiglia toma el mando de las fuerzas coligadas contra Sforza. — Operaciones diversas en la Marca. — Fermo se amotina contra Sforza y entran en ella los coligados. — Muerte del Emperador Juan Manuel Paleólogo y le sucede Constantino. — Vaca el arzobispado de Palermo por fallecimiento del célebre Panorma. — Tratos del antipapa con los venecianos.

Empecemos lo correspondiente al año de 1445 reanudando la narración de las operaciones contra el Marqués de Cotron. Viendo éste que las cosas se le presentaban de mal cariz y que se iban rindiendo los castillos y tierras puestas bajo el mando de personas hechuras suyas en quienes había creído encontrar gran lealtad y valor, decidió concentrar todos sus esfuerzos en la defensa de Cotron y Catanzaro. Él por su parte se encargó de la última de estas plazas, encerrándose en ella en compañía de su esposa y de sus hijos, y llevándose allí todos sus tesoros que, como veremos luego, no eran ciertamente pocos. Cotron fué confiado á Bartolo Serifale y su castillo á Pedro Carbone ó Carbó. Mientras hubo posi-



bilidad de comunicarse con ellos, el marqués no dejó de exhortarles por medio de cartas á que soportasen virilmente el asedio, porque el Rey no podía pasar mucho tiempo en aquella provincia, en razón á que cosas de mayor importancia le llamaban á otras partes. Confiaba igualmente en que había muchos en el campo aragonés que no querían verle arruinado, y esperaba así mismo que, en cuanto D. Alfonso volvería la espalda, le secundarían no pocos que entonces no se atrevían á sublevarse por el miedo. No era el Magnánimo de los que dejaban las cosas una vez emprendidas, y muy lejos de dirigirse á otra parte se fué á últimos de Enero de 1445 derechamente á Cotron y empezó desde luego las operaciones del sitio. Los del presidio de esta plaza se aprestaron bravamente á la defensa, coronando los muros por todas partes y empeñando con los sitiadores una escaramuza diaria. Entonces D. Alfonso mandó las trirremes á Nápoles con el objeto de que le tragesen artillería de sitio. Entre tanto, como se le hubiese presentado ocasión de comunicarse con los enemigos, trató ocultamente de tener la plaza por medio de la traición. Era Serifale, su gobernador, un caballero de Sorrento, empero se había casado en Cotron que le había ortorgado carta de ciudadanía. Fuese que por este motivo no quisiese su ruina, fuese que le sedujeran los ofrecimientos del Rey, prometió la entrega de la plaza y cumplió su promesa de la manera siguiente. En un dia dado, mientras los nuestros intentaron el asalto general, él cuidó de dejar una parte del muro sin la guardia correspondiente, por la cual los del ejército real, colocadas las escalas, se introdujeron á mansalva en la ciudad sitiada. A poco los vecinos, después de pedir clemencia y dar toda la culpa al Marqués, fueron á recibir al Monarca que entró triunfalmente en la plaza.

Quedaba solo el castillo, algo distante de Cotron, y el Rey empezó á atacacarlo poniendo en batería las lombardas que al cabo llegaron de Nápoles. Los enemigos empezaron entonces á desmayar, cuyo desmayo se aumentó con la herida de saeta recibida por Pedro Carbone, quien como ya digimos, había sido nombrado alcayde de aquella fortaleza, como servidor que era muy favorecido del Marqués. No teniendo quien le curara



se decidió á pedir al Rey que le enviase un cirujano, y S. M., para obligarle, le mandó al médico Salvador, encargándole que tratase con el herido la rendición de la fortaleza. Los tratos dieron resultado y á poco el Rey quedó dueño del castillo.

Esta pérdida, dice Constanzo, afligió profundamente á Centellas, porque había escrito al Conde Francisco y á los venecianos y se hacía la ilusión de que le socorrerían. Pero lo que le atormentaba más era el daño que iban á recibir sus vasallos, que le amaban entrañablemente y á quienes él correspondía con igual afecto, remordiéndole la conciencia de haberse enredado en aquella guerra. Por esta causa escribió á muchos parientes y amigos suyos á fin de que tratasen con el Rey para lograr que le recibiese en su gracia bajo condiciones tolerables. Contentábase con sufrir él todo el daño á trueque de no arruinar á sus vasallos con un largo asedio, y de evitarles el peligro de que tuviesen que sufrir el saqueo, cosa que se decía acababa de prometer el Rey á sus soldados. Más éste estaba tan enojado que no quiso oir una palabra de tratos, diciendo que quería que el Marqués, con la correa al cuello, fuese á echarse á sus piés. Duras eran estas condiciones y Centellas se resolvió á defender á Catanzaro. No estaba, escribe Fazio, esta plaza tan bien situada como Cotron, pero lo que le faltaba por la naturaleza ó por la topografía, se había suplido con el arte. Hállase, continúa el propio autor, en un monte abrupto por todas partes, escepto por una, donde el acceso es más fácil, en cuyo punto se levantó la fortaleza con el intento de proveer á su defensa. El Rey, después de haber dejado un buen presidio en Cotron, se dirigió á Catanzaro y empezó á batirla por la parte que ya hemos señalado como más débil. Cada dia se empeñaban reñidos combates entre los del Rey y los del Marqués, aunque éstos iban perdiendo la esperanza de salir bien librados, por no vislumbrar ninguna espectativa de socorro. Viendo Centellas que cuanto más tardase en someterse, más exasperaría la ira del Rey, un dia salió de Catanzaro en compañía de su esposa y de sus hijos, y entrando en la tienda del Monarca se arrojó á sus piés y con los ojos preñados de lágrimas se encomendó á su nunca desmentida clemencia, pidiéndole que se apiadase, ya que no de él, al menos de los pe-

queñuelos. D. Alfonso le reprendió duramente, echándole en cara que con un acto de rebelión hubiese querido perder tantos servicios como le había hecho antes, diciéndole que desobedecer á un Rey equivalía á quitarle la corona de las sienes y que aún cuando merecía castigo corporal ó por lo menos una cárcel, le dejaba en libertad, quitándole solo los bienes raíces, pero dejándole los muebles y mandándole que diese las órdenes oportunas para la rendición de Catanzaro y Tropea. El Marqués lo hizo así, y después de haber besado los piés á don Alfonso, se fué á Nápoles con la esposa. Importaban tanto los efectos del Marqués, es decir sus joyas, oro y plata labradas, tapicería y ganados de toda especie que les habrían bastado para vivir expléndidamente por muchos años en aquella capital. Empero era Centellas persona de tan elevado espíritu, que no pudiendo llevar una vida oscura, á poco se fugó de Nápoles y se trasladó á Venecia, poniéndose á sueldo, ora de aquella señaría, ora del Duque de Milán, militando muy honradamente hasta la muerte de D. Alfonso. Fué cómplice de su rebelión el lombardo Juan de la Noce, que había servido á sus órdenes en la conquista de Calabria y á quien el Rey había dado en recompensa Renda y otros cuatro castillos; más cuando éste se enteró de dicha complicidad, le puso preso y siendo luego reo confeso y convicto, quería hacerle cortar la cabeza, pero á ruego de Francisco Barbaria, embajador de Milán, se contentó con quitarle las tierras y le perdonó la vida. Esta campaña duró cuatro meses, terminada la cual, D. Alfonso regresó á la capital del Reino recorriendo antes Matera, Altamura, Trana y Barletta.

En dicho tiempo el Duque de Milán no desistió de sus pasadas peticiones, instando al Rey primero para que desistiese de escarmentar á D. Antonio de Centellas y luego para que le enviase tropas que le ayudasen á resistir á su yerno el Conde, que amenazaba ir á Lombardía á moverle guerra. ¡Así pagaba Felipe María el haber dado la mano á un sér tan turbulento como ingrato! D. Alfonso desoyó la primera súplica; más no la segunda, respondiendo á Gerardo de Crema, embajador extraordinario del Duque, que le mandaría las fuerzas pedidas para el tiempo que su amigo las quisiese.



Zurita escribe que en el mes de Abril, el Rey ordenó á Lionello d' Este, Marqués de Ferrara, su yerno, que llevase al Duque de Milán las compañías de gente de armas con que le socorría. Realmente el Conde Francisco, después de haberse apoderado de buena parte de la Marca, amenazaba á su suegro. Concertóse que el Marqués, con dos mil de á caballo, se juntase con cuatro mil del Rey y se fuese la vía de la Romañola para hacer la guerra al Conde. [1]

¿Cuál era el motivo de esta nueva disidencia entre suegro y yerno? Nada dicen de él Zurita, Fazio, Constancio ni Summonte. Muratori lo esplica de esta manera. Después de la muerte de Piccinino, se quedó el Duque falto de un gran general que mandase sus tropas. Entonces puso la vista en Ciarpellione, esto es, en el más acreditado capitán que en aquella sazón tenía el Conde Francisco, y acto contínuo comenzó á tratar secretamente con él para quitárselo á Sforza y hacerle ir á Milán. Transpiró este tratado y puso muy sobre aviso al Conde, el cual, fiándose muy poco de su suegro, cuyas mañas conocía de sobra, temía que le daría malos resultados el dejar partir á quien era partícipe de todos sus secretos. Por lo tanto mandó que Ciarpellione fuese preso en la fortaleza de Fermo y que se le procesase por varias iniquidades. Poco después le mandó ahorcar, haciendo luego correr la voz de que había maquinado contra la vida de su jefe. El Duque quedó altamente ofendido de tan gran fechoría y aseguró que se vengaría del Conde. Este informó inmediatamente de lo que pasaba á los venecianos y florentinos á los cuales les causó gran satisfacción verle de nuevo enemistado con su suegro.

No pararon aquí las inesperadas desavenencias. Segismundo Malatesta, señor de Rímini, también se separó de la amistad de Sforza con todo y ser su yerno, á causa de no poder lograr Pésaro y Fossombrone que ambicionaba con vehemencia. Desde luego empezó á remover cielo y tierra para hostilizar al Conde dirigiéndose al Duque de Milán, al Papa y á D. Alfonso. Eugenio IV, á instancias de Felipe María, le tomó á sueldo,

(1) Zurita coloca después de estos acontecimientos el casamiento del Príncipe D. Fernando. Como ha podido ver el lector, nosotros siguiendo á Muratori, lo damos como acaecido en el año anterior.



con lo cual hubo un elemento más para la campaña que habrá de ocuparnos luego. (1)

Por otra parte el duque de Milán no recibía noticias muy halagüeñas del estado de los asuntos de Renato; pues, con fecha 25 de Mayo, le escribían los embajadores que había mandado al rey de Francia, entre otras cosas, lo siguiente: que había gran discordia y división en la casa de Francia; que en primer lugar ésta no podía ser mayor de lo que era entre el Delfin y Renato, en razón á que el de Anjou gobernaba todo aquel estado y que había sido él el que había hecho hacer aquella ordenanza y reducción de la gente de armas de la cual le mandaban una copia; que allende de esto tampoco eran muy satisfactorias las relaciones entre el duque de Orleans y Renato, también por celos del dicho gobierno; que en lo tocante á la reconciliación entre el duque de Borgoña y el pretendiente, la creencia general era que no se realizaría; que respecto de la ida á Italia de este último no se hacía mención ni se hablaba una palabra; que la gente de armas estaba repartida por todo aquel reino, unos aquí, otros allí, pero todos dispersos.

En otro párrafo de la carta le decían aún más, y era que habían entendido que el Angevino se hallaba con gran zozobra por aquella escuadra que por allí se susurraba que estaban alistando el Rey de Aragón y los genoveses, pues se decía que querían ir á damnificar á Renato en Provenza, y que en razón de ello se habían enterado de que éste ponía en órden para mandar á aquella parte de Provenza gente de armas de Francia.

¿Contribuyeron estas noticias á que el duque tomase aquella nueva actitud y tratase de estrechar los lazos de amistad con el pontífice y con D. Alfonso, valiéndose además de ellos para vengar las injurias del conde Francisco Sforza? Todo es de creer dada su refinada astucia y su execrable malicia.

Por cierto que los venecianos no le aprobaron que mandase gente á la Marca con orden de hacer la guerra á su yerno. (2)

Sea como quiera, el dia 30 de Julio se firmaba en la cámara del cardenal de Como, la convención entre el papa Eugenio y el Duque de Milán para hostilizar al conde Francisco.

(1) Vid. Apéndices. XXXIX.
(2) Vid. *Doc. dipl.* Vol. III, part. III, n.º CCCXVI.



Demos una ojeada, siquiera sea somera, á esta nueva é impensada concordia.

Intervinieron por parte del duque el citado cardenal de Como, del título de Santa María en Transtévere y Marcolino Barbaria, secretario y embajador extraordinario de aquél, y por parte del Papa Luis Scarampio, Cardenal de Aquilea, del título de San Lorenzo, Camarlengo de Su Santidad. Los representantes de Felipe María prometieron que éste ausiliaría al Pontífice en la empresa de la recuperación del Estado de la Iglesia, ocupado por el conde Francisco Sforza, por medio de las compañías de gente de armas, así de pié como de á caballo, de Malatesta Novello, de los Malatestas de Cesena, de Taliano Furlano y de Roberto de Montealbodio, que militaba al servicio del mismo duque, todos á sus expensas, y ulteriormente por medio de los demás caballeros y gentes del mismo duque, á elección del Papa ó del Camarlengo, hasta el nùmero de cinco mil caballos, manteniéndoles hasta el fin de la guerra, y que proveería que sin pérdida de tiempo y, á más tardar, por todo el mes de Agosto, estuviesen preparados cerca de los confines de la Marca para cooperar á dicha empresa. Que también dispondría, que la hueste jurase obediencia en manos del Camarlengo ó de la persona que él diputase, no de otro modo que si fuese el mismo duque, para la feliz terminación de la campaña. Con la condición, empero, que el número de gente que ofrecían era solamente para el caso de que no acudiese el Rey de Aragón, ni mandase sus gentes á guerrear contra el conde; pues siempre que aquél compareciese ó enviase sus tropas, los representantes del Duque solo se comprometían en su nombre á secundar al Papa principalmente con dos mil caballos, puesto que esta fuerza, juntamente con la del Rey y con la de la Iglesia, bastaría plenamente para el buen éxito de la empresa; fuera de que Su Señoría habría de emplear el resto de sus fuerzas de tal manera, que prestarían á la guerra poco menos favor que si el Papa lo tuviera á su servicio.

También convinieron dichas partes que las palabras "*el Rey iría ó enviaría*„ se debiesen entender siempre que fuese, al menos, con tres mil caballos, ó los enviase á ofender al Conde y perseverase por espacio de quince dias; con todo, si des-



pués que hubiese ido ó enviado, pasados dichos quince días, se marchase ó llamase sus gentes, se tuviese como si no hubiese ido; pues debía mandar á lo menos dos mil caballos. Si no lo hiciese, solo en aquel caso, y no en otro, el Duque estaría obligado á suministrar íntegro el socorro de gentes de que anteriormente queda hecho mérito.

El Camarlengo prometió á nombre del Papa que á los ocho días de recibido el socorro del Duque, haría la guerra pública y abiertamente con toda su hueste de caballería é infantería al conde Francisco y á las tierras por él ocupadas, así como á sus gentes de armas de á caballo y de pié, feudatarios, vasallos, adherentes, recomendados, súbditos y á todos los hombres del mismo; ofendiéndole y haciéndole ofender tan gravemente como fuese posible, invadiendo, tomando, reteniendo y de los demás modos conducentes á la opresión del mismo, según se acostumbraba y debía hacerse con los enemigos para que cayesen vencidos muy pronto, y que no se abstendría ni mandaría abstenerse de tales ofensas sin el pleno consentimiento del Duque. Del mismo modo prometió el Camarlengo que el Papa daría en las tierras de la Iglesia, á las gentes del duque de Milán todo lo que hubiesen menester, como alojamiento, paso y víveres por el dinero y precio competente, y que los trataría y haría tratar como eran tratados los que guerreaban al servicio de la Iglesia.

De la propia suerte las dos partes contratantes se prometieron mútuamente no hacer nada directa ó indirectamente ó de cualquier otro modo, mientras durase la dicha empresa, que la pudiera perjudicar ó prestar favor alguno al referido Conde Francisco. (1)

Por este tiempo llegó á Nápoles la noticia del fallecimiento de las reinas de Castilla y Portugal D.ª María y D.ª Leonor hermanas de D. Alfonso, y como por este motivo la corte estuviese de luto, el Rey creyó que era la ocasión más oportuna para celebrar las exequias de su hermano D. Pedro. Con la pompa funeral correspondiente fué trasladado su cadáver desde el Castillo del Ovo, en donde había sido depositado, hasta la iglesia de San Pedro Mártir. Era el ataúd, que también se con-

(1) Vid. *Doc. dipl.* Vol. III, part. II, n.º CCCXXI.



serva en la sacristía de San Lorenzo, de terciopelo bordado en algunos trozos y fué llevado, según Passaro, por Francisco Pandon, Conde de Venafro; Americo Sanseverino, Conde de Capaccio; Alfonso Cardona, Conde de Regio; García Cabanillas, Conde de Troya; Ristaino Caldora; Jacobo de Sangro; Algiasi de Tocco y Andrés de Evoli. Se celebraron los divinos oficios, tras de lo cual se iba á colocar la caja en un determinado lugar de la tribuna de la Iglesia. Terminio escribe que entonces fué advertido el Rey de que no era conveniente que en dicho lugar hubiese más sepultura que la de la casa de Constanzo, y preguntando el Rey de quien era aquel enterramiento, se le dijo que de Cristóbal de Constanzo, gran Senescal en tiempo de la Reina D.ª Juana primera, quien había sido el fundador de la tribuna; oido lo cual D. Alfonso pronunció estas memorables palabras: " siendo cosa mala en un príncipe hacer injusticia á los vivos, será mucho peor hacérsela á los muertos. „ El cuerpo fué colocado en una caja cubierta de brocado y puesto en dicha tribuna, frente á la tumba del gran Senescal, en donde se leía la inscripción siguiente:

PETRI ARAGONEI PRINCIPIS STRENUI, REGIS
ALFONSI FRATRIS, QUI NI MORS EI ILLUSTREM
VITÆ CURSUM INTERRUMPISSET, FRATERNAM
GLORIAM FACILÉ ADEQUASSET, Ó FATUM
QUO BONA PARVULO CONDUNTUR
OBIIT M.CCCC.XXXIX DIE XVIII OCTOBRIS
IIII. INDICT.

Andando el tiempo se le hizo nuevo sepulcro juntamente con el cuerpo de la Reina Isabel de Claramonte.

Pocos dias después llegó la nueva de la muerte del Infante D. Enrique que fué para el Rey la peor que recibió en su vida, así por el gran amor que le profesaba, como por su valor y por sus señalados servicios. El recuerdo de la pérdida de cuatro de sus hermanos y hermanas lastimó hondamente el corazón del bondadoso D. Alfonso.

Veámos ahora las peripecias de la campaña de este año, una de las más complejas por la diversidad de móviles y de elementos que en ella juegan. Zurita, Constanzo y Summonte, la

tratan muy de pasada. Muratori dice algo más; en cambio Fazio la refiere con interesantes detalles.

Josia de Aquaviva, uno de los próceres del Reino, que poseía algunos lugares en la frontera del mismo, intentó tener, por medio de la traición, la ciudad de Atri, la cual codiciaba, por haber sido en otro tiempo de sus antepasados. Como sus cálculos le salieron fallidos, pidió ausilio al Conde Francisco y ayudado por sus tropas, se presentó de improviso al pié de los muros de dicha ciudad y como tentase luego en vano su ataque se retiró á los lugares vecinos. Porque esto sucedía en la época de más frio y las tropas del Rey se hallaban en sus cuarteles de invierno, no fué posible evitar dicho acto de hostilidad inesperada. Aquella región está, por causa de la cordillera de los Apeninos, cubierta de nieves perpétuas, y en tal estación muy atormentada de los frios que reinan con gran intensidad, no menos que de toda clase de inclemencias atmosféricas apenas tolerables para sus habitantes que están acostumbrados á ellas. Fué, pues, necesario dejar pasar aquella mala estación. Al llegar la primavera salió á campaña Orsino con las tropas que habían estado invernando y cuya jefatura le había dado el Rey. Dirigióse desde luego al castillo de Bozam que pertenecía al de Aquaviva, y colocando su campo no lejos de él, dió comienzo á su cerco. En cuanto Josia tuvo noticia de lo que estaba sucediendo, reunió sin pérdida de momento la caballería del Conde Francisco, así como todos los que hoy llamaríamos somatenes y cayendo de improviso sobre el campamento enemigo desbarató á los del Rey haciendo que se fugaran. Sabedor D. Alfonso de lo acaecido, reunió en el acto todas las tropas disponibles y se dirigió á Chieti con la idea de socorrer á Orsino y de evitar que entraran más tropas del Conde Francisco en el Reino, no menos que para estar á la mira de la plaza de Civitella situada no lejos del Tronto, que aún obedecía al citado caudillo. Así que Josia se enteró de esta novedad, quedó aterrorizado, pues le constaba que Sforza no podía ayudarle eficazmente, por causa de que las fuerzas del Pontífice y las del Duque de Milán le estaban dando no poco que hacer en la Marca, y en vista de esto trató de reconciliarse con D. Alfonso. Hecha satisfactoriamente la avenencia, la caballería del



Conde que había ausiliado á Josia trató de volverse á la Marca para reunirse á sus banderas, pero con tan mala suerte, que pasado el Tronto, cayó sin sospecharlo en medio de los escuadrones del Rey los cuales cargaron denonadamente contra ella é hicieron prisionera la mayor parte.

Veámos lo que escribe Muratori acerca de lo que estaba pasando en la Marca entre Sforza y sus poderosos enemigos. Hemos visto hace poco, dice, restituido á la gracia del Papa Eugenio, al Conde Francisco Sforza y establecido el acuerdo entre ambos. Sin embargo, este pontífice, como si sus pactos solo debiesen durar el tiempo que le tenía cuenta no romperlos, apenas se vió animado y asistido del Duque de Milán, volvió á tomar las armas contra el Conde. Este, ya que Segismundo Malatesta, señor de Rímini, se había declarado su enemigo, después de haber recibido socorros de dinero de los florentinos, fué á poner sitio á la rica tierra de Méldola en el que empleó mucho tiempo y no pocos trabajos. Túvola á fuerza de armas, según unos, el 17, según otros, el 22 de Julio, y con el saqueo cruel de que la hizo objeto, se enriquecieron todos sus soldados. Pero el dia 10 de Agosto se le rebeló la ciudad de Ascoli, y como su hermano uterino Reinaldo Fogliano fuese completamente derrotado, dicha ciudad pudo darse al pontífice. Pero no pararon aquí los desastres del turbulento caudillo, sinó que su yerno, Segismundo Malatesta, consiguió que se unieran con él y fueran á hostilizar á su suegro, Taliano Furlano, otro caudillo llamado también Malatesta, señor de Cesena, y diversos capitanes más con grandes fuerzas de infantería y caballería. (1)

Digamos ahora la parte que tomó el Rey en aquella tremen-

(1) En los archivos de Estado de Milán se conserva una carta del duque á Taliano Furlano de la cual resulta que éste se resistía á unirse con los Malatesta, el de Rímini y el de Cesena, apesar de que se le había dicho que lo debía hacer; en vista de ello Felipe María le encargaba que fuese al socorro de Segismundo y que hiciese por su estado lo mismo que haría por el de Milán. Ya veremos como, andando el tiempo, Taliano pagó muy caro tales vacilaciones.

En el mismo archivo también pueden leerse las minutas de las cartas que el referido duque escribía a las señorías de Venecia y Florencia para que mantuviesen la paz que habían firmado con él. Por tales documentos se echa bien de ver que temía de veras que si acudían en ausilio del conde, su fiel protegido y amigo, le impidiesen vengarse de él y le desbaratasen todos los planes que tan cautelosamente había fraguado.

Vid. *Doc. dipl.* Vol. III, part II, núms. CCCXXII CCCXXIV y CCCXXXV.



da coalición que amenazaba la total ruina del Conde Francisco.

D. Alfonso levantó el campo que tenía á orillas del rio de Pescara y se dirigió hácia el Tronto con la idea de atacar á Civitella. Así que lo supo el Patriarca, que con las gentes del Papa estaba haciendo la guerra al referido caudillo, se dirigió inmediatamente allí á rogar al Rey que mandara una parte de las tropas á la Marca para dar feliz remate á la guerra. El Rey asintió á ello y le dió á Juan de Ventimiglia. Por cierto que esto fué causa de que dicho capitán desistiese de la expedición á Grecia en socorro de Carlos, yerno del príncipe de Carnia. comarca del Epiro, que en aquella sazón estaba sitiado por los turcos. De esta manera las disensiones entre los príncipes y señores cristianos venían á redundar en beneficio de los crueles sectarios de Mahoma. D. Alfonso siguió en su campamento y á poco los habitantes de Civitella se la entregaron á escepción del castillo.

Confió á Raimundo Boil el sitio y ataque de éste, que por su situación y por sus obras de defensa se veía que sería tarea larga y difícil: dispuso de igual modo que Berenguer de Eril con parte de la caballería fuese á reforzar á Juan de Ventimiglia, y tomadas estas medidas, él tuvo por conveniente regresar á Nápoles.

En otro tiempo no hubiera dejado la dirección personal de la guerra. ¿Era que echaba ya de menos á su idolatrada Lucrecia?

Boil bloqueó rigurosamente el castillo de Civitella y al ver los sitiados que no podían proveerse de víveres de ninguna clase y que pasaban dias y dias sin que llegase el suspirado ausilio del Conde Francisco, decidieron rendirse. Posesionado el caudillo aragonés del castillo, puso en él la correspondiente guarnición y se retiró con sus tropas á Atri. Entre tanto el Patriarca tenía sitiado á Ausidio (Ausidium) y como sus habitantes vieran llegar á Juan de Ventimiglia, atemorizados por aquel aumento de las fuerzas, enemigas no vacilaron en entregarse. En adelante, por mandato del Pontífice, Ventimiglia se encargó del mando de todas las fuerzas coaligadas. No merecía menos su gran valor, experiencia y pericia. Desde el último punto se encaminó con el asentimiento del patriarca á



Ripa Trasenta (¿Ripatransone?) sin novedad especial. La etapa siguiente tuvo por término Rotilio y Solite, efectuándose la marcha con el mayor cuidado, formada cuidadosamente la columna, como si estuviera á la vista del enemigo. Ventimiglia llevaba la idea de ver si le sería posible, burlando los sforcescos, verificar su reunión con las tropas de Felipe María, que iban al mando de Taliano Furlano, y de no ser factible, ver si este caudillo podría juntar las suyas con las de Aragón y de la Iglesia, única manera de poder hacer cara al Conde Francisco, pues que aisladamente las dos fuerzas mencionadas le eran muy inferiores en número. Este, con su habitual sagacidad sospechó desde luego el designio de Ventimiglia y acto contínuo se puso en marcha, colocándose entre él y Taliano, y por más que éstos últimos marcharan y contramarcharan siempre se lo encontraban en medio. Ventimiglia en otra etapa, fué á acampar bajo el Monte Eripeto, ganando para el Pontífice el pueblo de San Víctor y muchos castillos cercanos sin necesidad de disparar una ballesta.

Comprendiendo que era vano abrirse paso directamente hácia el campamento milanés, á causa de la suma vigilancia del Conde, retrocedió, de acuerdo con el Patriarca, á Ripa Trasenta, con la idea de intentar por la montaña y á favor de un largo rodeo su reunión con Taliano. En aquella expedición atacó y venció á los campeselonites y tedonates que se resistían tenazmente á llevar el yugo pontificio, esperando que con este ejemplo se entregarían los de los pueblos vecinos. Recibido por el Conde el parte de lo acaecido, creyó que había llegado la ocasión de tener algún encuentro, á cuyo efecto fortificó su campo y envió escuchas en varias direcciones para saber ciertamente cuando llegase el enemigo y evitar así que le cogiese desprevenido. Por entonces no pareció Ventimiglia; porque levantado su campamento regresó á Ausidio y de ahí, al siguiente dia, se dirigió hácia el Tronto, en cuya orilla acampó. Empero Sforza conocedor de lo que acontecía, es decir, de la retirada de los coaligados, insistió más y más en su propósito, á saber, de estar siempre en medio de los dos campos, no siguiendo exclusivamenente á ninguna de las dos columnas, pero procurando impedir que la una pudiera unirse con la otra.



En vista de esto, los de nuestro bando celebraron consejo de guerra para arbitrar un nuevo plan, ya que era necesario y urgente incorporarse á las fuerzas de Taliano Furlano. Los pareceres fueron diversos: algunos querían que la flor de la infantería y caballería se embarcara en los buques del Rey, que no se hallaban muy lejos, que se abandonase la gente inútil lo mismo que la impedimenta, dando por razón el que no había que navegar gran cosa para ir hasta donde estaban los milaneses; otros aconsejaban que con las dos de las citadas armas, se formasen las haces y se hiciera la vía de Fermo. Este último plan no pareció realizable, principalmente porque Alejandro, el hermano del Conde Francisco, conocida la dirección que habrían de llevar, por medio de sus exploradores, podría fácilmente oprimir la columna por retaguardia con los ochocientos caballos que mandaba y que atacados y combatidos por él, el Conde tendría tiempo de acudir con el resto de las tropas sforcescas, y cogiéndoles en medio las derrotaria, sobre todo teniendo en cuenta que la noche aumentaría el pavor, no menos que el verse acosados de frente y por retaguardia por fuerzas que habrían de sobrepujar á las suyas. Añadían que aún cuando la unión se efectuase felizmente sin encontrar enemigos al paso, se echarían de menos las tiendas, los criados, los equipajes y todo lo demás que no habían de poder llevar en aquella arriesgada marcha. Entonces Ventimiglia ideó tomar el camino más largo pero más seguro, y llevar al ejército por los Apeninos, pensando que así salvaría con seguridad no solo la gente sinó también todos los efectos. Como este pensamiento fuese aceptado por muchos otros capitanes, tomó la dirección de Ascoli, de allí se encaminó al puente ó collado que los naturales llamaron de Sibila, bajando luego á los campos de Nurcia, y prosiguiendo luego su hábil marcha, dió con los suyos en Fulginato. El Conde que no había podido evitar que así se le burlase, se dolió de haber seguido el consejo de los que le disuadieron de hacer jornada. Entonces comprendió que no le quedaba otro recurso que retirarse de la Marca, porque veía que más tarde tal vez no le sería posible, y que acaso ya no le quedaría más remedio que dejarse sitiar ó fiarlo todo al dudoso éxito de una batalla. Entretanto Ventimiglia tomó el camino



de Matélica, llegando luego á los confines de Cíngulo, en cuyo punto se hallaba Taliano Furlano con sus gentes y asumiendo el mando de todas las fuerzas realizó la unión tan deseada.

En los dias inmediatos siguientes se apoderó de los arrabales de Cíngulo y luego empezó el sitio de Monte Melón. Poco se resistieron los habitantes de esta plaza, quienes á trueque de una capitulación por la que tenían salvas sus vidas y haciendas, se entregaron al Pontífice. Otra de las operaciones de aquellos dias fué el ataque de San Victor, cuyos vecinos, confiados en que les llegaría socorro, trataron de resistirse, por lo cual el lugar fué entrado á viva fuerza y se permitió el saqueo á los soldados.

Después de esto, Ventimiglia supo que el Conde había abandonado la Marca y acababa de refugiarse en la comarca de Urbino, y no ignorando que los lugares que quedaban á su devoción en la primera de estas dos provincias, ya por su especial situación, ya por lo fuerte de sus presidios, se habian de ganar más bien por hambre que con la punta de la espada, teniendo también en cuenta que los frios se le venían encima, deliberó regresar al Reino y mandar las tropas á sus cuarteles de invierno. Dejando á los pontificios y á los milaneses que se dirigieron contra Fermo, él ya no se creyó en el caso de volver por la montaña, sino que siguiendo el camino del llano, fué á acampar aquel día no lejos de Monte Sancto. Los habitantes de aquella villa aterrorizados por su inesperado arribo, antes de que fuesen hostilizados, mandaron parlamentarios encarcargados de manisfestar que estaban prontos á obedecer al Papa, y se entregaron en el acto. Otros castillos de las inmediaciones fueron ganados de igual modo. De ahí hizo la vía de Monte Alto en donde se detuvo algunos dias. (1)

(1) Poco duró la constancia del duque de Milán, pues por esto tiempo ya andaba de nuevo en componendas con el conde Francisco. Resulta así de un documento de los archivos de Estado de Milán que trae la fecha del dia 16 de Octubre del año 1445. Trátase de una carta escrita por dicho caudillo á Angelo Simoneta en la cual le encarga que muestre á la señoría de Venecia cuanto le escribe Jorge del Maino acerca de los ofrecimientos que le había hecho el Duque de Milán y que pida á la misma que provea con presteza á sus necesidades, pues quiere vivir y morir con los venecianos.

¿Qué había dicho este príncipe á Jorge del Maino?

Para que se vea con claridad transcribirémos toda la carta.

« Angelo Giozzo del Mayno, quale tenimo apresso el Duca de Milano, ne secrive questa littera in cifra del tenore subsequente.



Solo quedaban al Conde, dice Muratori, las plazas de Fermo y Iesi. Mientras se entretenía en hacer la guerra, con la ayuda del Conde Federico, á Segismundo Malatesta, hé aquí que el dia 26 de Noviembre, el pueblo de Fermo toma las armas, se amotina, arroja el presidio del Conde, obliga á su hermano Alejandro á refugiarse en la fortaleza ó ciudadela denominada Girofalco y enarbola las banderas del Papa. Así que Juan de Ventimiglia supo esta novedad, contramarcha con todas sus tropas para apoyar á los de Fermo y encuentra que el Patriarca y Taliano Furlano también habían acudido con los suyos. Entonces tomaron de común acuerdo las medidas para el asedio de la ciudadela y Ventimiglia, con las tropas restantes, se dirigió á los confines del Reino. Poco después, añade el analista italiano, el Girofalco fué vendido por Alejando Sforza, convencido de que le era imposible sostenerse. Quedó, pues, únicamente al Conde, la ya citada ciudad de Iesi.

«Illustris et excelse domine mi singularissime, post debitam recommendationem. Lo illustrissimo et excellentissimo signor duca di Milano me ha dato in scripto ve scriba queste sue proprie parole, Ser Antonio de Pisaro quale haviamo mandato á la Maestá re de Ragona è retornato con capituli et confirmacione de tucte le cose che volesemo da la Maestá soa, per li quali vedemo et comprendemo apertamente che non poderiti restare contra la possanza de la Chiexia et del re, li quali hano intencione per omne modo disfarve, con li quali ancora concorreno de li altri segnori de Italia a la disfacione vostra, la quale cosa a noy dispiace, perchè anche ve portamo più amore che non crediti; et pensando a la salute vostra vo offerimo fare dare da lo Sancto Patre et de lo dicto re buono partito, cioé quella provisione che ve paga la Liga per quante tempo vorete, et confirmerave tucta la Marcha; de le terre del reame non ve dicamo fermamente che ve le renda tucte, ma per la maiore parte sí. Apresso, ancora noy vogliamo darve una altra subvencione, ultra la dicta provisione, et faremove de le altre cose che haverite caxone essere ben contenti de noy, senza adomandarve alcuna cosa, et questo fazamo acioché possati continnamente tenere una grossa coda. Alla quale cosa non ce movemo per nulla specialité nostra perché noy non ve domandamo alcuna cosa, ma solamente per salváreve de tanto pericolo in che vedemo jaceti, perché, havendo tante possanze adosso senza essere aydato de la Liga como siti, perdereti lo Stato, la compagnia et la persone in un tracto. Siché responditi de la intencione vostra prestissimo, aciochè sapiamo quello che habiamo da fare, advisandove, che si ademorate á prendere questo partito, per le cose grande che hano contra voy, quando voy vorreste pigliare questo partito, non lo poristi havere cosi grasso. Noy ve voliamo havere dato questo partito per le mane, aciochè a Dio et al mundo siamo scusati, et anche non possati dire che noy ve habiamo lassato disfare, senza darve un poco de aiuto, né secreto, nè palexe, á li vostri bisognj: racomandome á la Signoria vostra. Dat. Mediolani, die 7 ottobris 1445.»

Hé aquí ahora la continuación de la carta del conde por la cual se ve que todo lo posponía á su amistad con los venecianos.

«Siché tu mostreray questa nostra littera a la illustrissima Signoria, aciochè, sapia tucto et intenda lo nostro pericolo, perché gli fara buon pensero a providere che non rescha (riesca) lo pensero á li nostri inimici disfarne, como fano pensero: certificando quella illustrissima Signoria che la intencione mia è vivere et morire con essa, si trovasse tucto el mondo, ma suplico la Signoria soa che non me lasse disfare da li suoy inimici, né dare tanta consolacione a loro, che possano dire: Conte Francisco disfacto. Advisame de quello che dirá la prefata Signoria supra ció. Dat in castris meis prope Montefanum die XVj Ottobris 1445.»

Vid. *Doc. dipl.* Vol. III, part. II, n.º CCCXXX.



Así terminó la campaña de 1445, una de las más gloriosas para nuestras armas y en la que puso el sello á su reputación militar el invicto y hábil caudillo D. Juan de Ventimiglia, émulo de Braccio, de los Sforzas, de los Caldoras, de Malatesta y de Piccinino.

Para concluir, digamos que en dicho año Chioccarello no registra más documento pontífico que la bula de Eugenio IV de primero de Abril por la cual comete á Juan, Abad del Monasterio de San Pablo en Roma, para que reciba del Rey, en nombre de la Sede Apostolica, el juramento que estaba obligado á dar por causa de la concesión de la investidura del Reino.

Por lo que toca á la parte religiosa solo debemos hacer constar la muerte de Juan Manuel Paleólogo acaecida el día 31 de Octubre del año que nos ocupa, sin haber podido establecer entre los griegos la unión á cuyo favor tanto había trabajado. Su imperio quedó en el más deplorable estado, así por el poderío formidable de los turcos, como por la extremada impotencia de los griegos, no menos que por la funesta división que trabajaba á los príncipes de la casa imperial. Juan Manuel no dejó hijos y sí cuatro hermanos: los dos mayores eran Constantino y Demetrio quienes se disputaban el imperio, alegando el uno su derecho de primogenitura y el otro el haber nacido cuando su padre Mannel ocupaba ya el trono de Constantinopla.

El pueblo era partidario de Constantino por su mayor honradez y dulzura de carácter, por cuyo motivo se dirigió á Amurates, como si este fuese ya el dueño del imperio y árbitro de sus destinos. El sultán aprobó la designación, y Constantino recogió una mermada herencia que había de acabar de perderse en sus manos.

Registremos también, como suceso notable, ocurrido en dicho año, el fallecimiento del célebre Panorma, Arzobispo de Palermo, de quien tanto hemos tenido que hablar en los capítulos anteriores. Fleury le califica del más famoso canonista de su tiempo. Algunos le achacan la volubilidad de su conducta en el Concilio de Basilea; pero el lector tiene ya la clave de todas sus inconsecuencias, á saber la mezcla de lo político con lo religioso, de lo profano con lo sagrado. Si hubiera tenido la



independencia de los prelados de hoy, á pesar de que los tiempos presentes suelen calificarse de muy duros y ominosos, otra hubiera sido la conducta y otro el brillo de su nombre en la historia de la crisis religiosa. El absolutismo real, la razón de estado, los intereses mundanales, le agobiaron con su inmensa pesadumbre. Todo ló que hizo, todo lo que escribió, debe juzgarse sin perder de vista esta consideración que le disculpa un poco. (1)

En este año hubo negociaciores entre el intruso eu el pontificado y los venecianos en representación de los que perseveraban en la liga contra el Papa legítimo, el Rey y el Duque. Felix prometía asistirles con cien mil ducados en aquel invierno y ellos á ponerle dentro de Bolonia ó de Pisa y prestarle obediencia.

(1) Con motivo del fallecimiento de Nicolás Tudesco, el Rey hubo de entender en la designación de su sucesor, por cuyo motivo escribió á su embajador en Roma, que en aquella sazón lo era Micer Mateo Malferit, la siguiente carta en la cual le recomendaba que trabajase para que el arzobispado de Palermo fuese dado á Simón de Bolonia:

«Lo Rey etc.

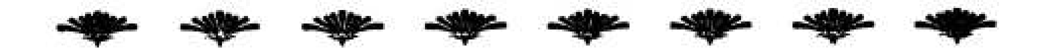
Micer Matheu: segons per altres en aquets propassats dies vos havem scrit, molt som maravellats com fins açi no sentim que se sia spatxat lo fet del Arquebisbat de Palerm per lo qual sols segons sabets vos trametem, creem quen sia causa vostra poca diligencia e sollicitut. Manam e encarregam vos per ço quant mes stretament podem que sollicitant e importunament quant en vos sera, e en la manera que mils vos sia vist procurets e façats que per nostre Sant Pare sia provehit del dit Arquebisbat al amat Conseller nostre micer Simon de Bolonya segons scrit havem a sa Santedat avisantla que aquesta es nostra voluntat. E que per res no permetriem que altri algu obtengues lo dit Arquebisbat, e de continent siats spatxat veniuvosen. Dada en lo nostre Castellnou de Napols a XIIII dies del mes de Juliol del any de nostre Senyor MCCCCXXXXV. — REX ALFONSUS.

Martorell.

Al amat conseller e embaxador nostre Micer Matheu de Malferit doctor en Leys.»







CAPÍTULO XLVIII

SUMARIO

(1446). — Maquinaciones en todos los estados de Italia. — Formación de dos ligas. — Conducta leal de D. Alfonso con sus aliados. — El Papa fulmina excomunión contra Sforza y sus secuaces.—Scander-begh. — Campaña en la Marca.—Consejo de guerra y decapitación de Taliano por traidor. — Varias escaramuzas — Alejandro Sforza firma concordia con el cardenal legado. — Negociaciones del Rey con los florentinos. —El Duque de Milán toma la ofensiva contra los venecianos.—Piccinino, caudilo de los milaneses, es derrotado por Cotignola en Cremona. — Rico botín que se repartieron los venecianos. — El Rey envía socorros al Duque de Milán. — Doblez del Visconti. — Prósperos sucesos de Cotignola.— Proyecto de liga del Rey Carlos VII de Francia con el Duque de Milán. — Nuevos enredos, concordias y defecciones — Gestiones del Rey cerca la Santa Sede. — Instrucciones dadas á micer Ferrer Ram. – Otras á Juan Caraffa. — Mútuos honores entre el Rey y el Duque de Borgoña. — El Papa y los príncipes alemanes.

AL empezar el año de 1446, los príncipes y señorías de Italia querían unánimemente la paz; más no dejaban por esto de prepararse para la guerra. Todo eran embajadas de una corte á otra, pero al mismo tiempo, todo era nombrar caudillos y tomar á sueldo compañías de gente de armas. Berenguer de Eril, Almirante de Aragón, y Bautista Platamon, eran enviados por el Rey á Roma; el Papa á su vez mandaba á Alfonso de Covarruvias á Nápoles; en Sena se celebraba un congreso de legados de los príncipes y señorías; pero todo el mundo quería hacer que prevalecieran sus intereses á los agenos.

El Papa exigía la recuperación de la Marca, y el Rey la de



Civitella, á cuyos efectos éste era solicitado para emprender una nueva campaña en dicha provincia, pero en cambio pedía al Pontífice que se encargase de hacer la guerra á los florentinos.

Para acabar de enmarañar á Italia, se le ocurrió al Duque de Milán vengarse aún más de su yerno, resentido como estaba de él por las causas que dejamos indicadas, quitándole Cremona y Pontremoli, sin reparar que se las había dado á título de dote de su esposa, y además moverle guerra por todos los medios imaginables. (1)

Viendo entonces que el insinuado Conde Francisco, continuaba desavenido con Segismundo Malatesta, por haberse mostrado aquél gran amigo de Federico de Montefeltro, Conde de Urbino; pensó seguir valiéndose del condottiero de Rimini, lo lo cual hizo notificar al Pontífice, manifestándole que aquella era una magnífica ocasión para proseguir la empresa de la recuperación de la Marca y para abatir al que tan descaradamente se la había usurpado á la Iglesia.

Formáronse, pues, dos ligas: una en la que entraron el Duque de Milán y Eugenio IV, con su aliado D. Alfonso; y otra en la que figuraba el Conde con sus sempiternos amigos los florentinos y venecianos, reforzados esta vez por los de Bolonia que barruntaban que el papa queríа apoderarse de dicha ciudad. (2)

(1) El Duque de Milán, para cohonestar esta nueva perfidia, pretestaba no estar obligado á dar á su hija más dote que cien mil florines. Decía que los estados de Cremona y Pontremoli eran como la hipoteca de dicha suma, añadiendo que estaba dispuesto á hacerla efectiva cuanto antes en Venecia. (Vid. Marino Sanuto. *Vite dei duchi*, p.ª 1121.)

Además de esto mandó á dicha señoría á Vitaliano Borromeo con encargo de que le hiciese presente sus deseos de la paz y le expresase las dudas que tenía acerca de la fidelidad del conde y de Miguel Attendolo hácia ella. Venecia despreció el aviso, diciéndole que tenía completa confianza en ambos caudillos (Vid. *Doc, dipl.* Vol. III, part. II, n.º CCCXXXVII.

(2) Cosme de Médicis fué el alma de la liga destinada á proteger al conde Él indujo á los florentinos á mandar una embajada á Venecia en la que figuraron Neri Caponi y Bernardo Giugni para procurarle socorros eficaces Estos embajadores concluyeron un nuevo tratado entre las dos repúblicas, fundado en que Visconti había infringido la paz de Capriana. A la verdad, Cremona y Pontremoli habían sido cedidas al conde bajo la fè de aquellas Señorias, de suerte que Visconti por el hecho de atacar dichas plazas violaba los capítulos de la paz. Para hacer respetar su autoridad, los venecianos y florentinos se obligaron á reforzar su ejército de Lombardía con cuatro mil caballos pagados por entrambos, y á constreñir al Duque de Milán á que cumpliese sus compromisos anteriores. Demás de esto cada una dió un subsidio de sesenta mil florines al Conde.

(Vid. Sismondo Sismondi, *Storia delle Republiche italiane dei secoli di mezzo.* T, IX. 215.)



Allende de esto los que gobernaban en Génova, los cuales, como digimos en su oportuno lugar, habían firmado concordia con D. Alfonso, se vieron acosados por sus enemigos, y acudieron al Rey para que, en cumplimiento de lo estipulado, les mandase algún socorro. En suma, Aragón falto de enemigos propios ó á lo menos directos, tenía que sostener tres guerras para amparar á sus aliados: el Papa, el Duque de Milán y los genoveses. D. Alfonso cumplió como leal y á ninguno de sus amigos defraudó lo que de derecho le correspondía.

La reseña de estas campañas debe, pues, formar principalmente la materia de este capítulo, destinado á abarcar todo lo acontecido en el año de 1446.

Comenzó el Papa fulminando por dos meses la escomunión contra el Conde Francisco y sus secuaces, y para vengarse de los florentinos, que con su mucho dinero daban alas á dicho caudillo, entabló negociaciones para hostilizarles en su propio estado. La verdad es que el Conde no solo era atizado por Cosme de Médicis, sinó también por algunos cardenales y barones romanos á dirigirse á Roma en son de guerra, hasta que lograse una buena concordia del Pontífice. Prometíanle la rebelión de Todi, Narni y de Orvieto con muchos otros ausilios. Sforza movido por aquellas sugestiones y promesas, salió á campaña por el mes de Mayo y llegó hasta Montefiascone y Viterbo.

El Papa entretanto mandó á Nápoles al Patriarca de Aquilea á pedir ausilios á D. Alfonso. (1) quien se apresuró á man-

Por otra parte, con fecha 27 de Abril Cosme de Médicis escribía directaménte al Conde impulsándole á salir á campaña sin pérdida de tiempo, diciéndole estas textuales palabras: « *et chredo la signoria vostra fard più al presente con cinque che de quì a uno mese con dieci.* » También le aconsejaba que sacase partido del descontento que el Patriarca había producido en todos los estados del papa.

(Vid. *Doc. dipl.* Vol. III, part. II, n.° CCCXLII y Guernerio Bernio *Crónica d' Agubbio* p.ª 185.)

Sforza, sin embargo, no las tenía todas consigo y le pesaba grandemente tener que romper con su suegro. Para ver de ablandarle, escribió una rendida carta el dia 20 de Abril á un Jorge, que Ghinzoni cree ser Jorge del Maino, encargándole que de su parte hiciese al Duque toda suerte de protestas de adhesión y amor, con frases tan humildes como esta: « *Et non mi poria fare la signoria sua tanto male che io non recevesse ogni cosa per bene, et sempre gli fusse servidore.* »

Vid. *Doc. dipl.* Vol. III, part. II, n.° CCCXLI.

(1) Es probable que en aquella sazón se trató igualmente por parte del de Aquilea de la embajada que Su Santidad y el Rey mandaron á Jorge Castrioto, llamado Scander-begh, príncipe de la Albania, para felicitarle con motivo de la gran victoria alcanzada por él el año anterior sobre la hueste de Teris, bajá de Macedonia y general de Amurates».

Hè aquí á este propósito un pasaje que se lee en libro intitulado *Istoria di Giorgio Castrioto, detto Scander-begh, di Gianmaria Biemmi prete bresciano.* «Con estos ale-



darle á Juan Antonio de Orsino con dos mil de á caballo. Por su parte el Conde Francisco reunió las tropas y tomó posiciones en el campo Tudertino para estar en observación de los movimientos de los del Rey y de los pontificales, entre los que iban Taliano Furlano á sueldo de Visconti y Nicolás, Cardenal de Capua. En cuanto se adelantaron estos últimos, el Conde no tardó en saber por sus escuchas, que eran superiores á lo que había creido, y como por otro lado vió que Todi y Orvieto no correspondían á las esperanzas que sus amigos le habían dado, deliberó retroceder á la comarca de Urbino. (1) Entonces los aliados comenzaron á recorrer la Marca para hacer rendir todos los castillos y plazas que habían vuelto á la obediencia de aquel caudillo.

Apesar de esto, Eugenio IV vivía en contínua zozobra, temiendo siempre ver de regreso al Conde con más tropas y más

gres sucesos terminó el año de 1445 y comenzó el de 1446, el cual fué ilustre y glorioso como el pasado. Al principio de la primavera Scander-begh se fué á Dibra esperando con no realizados deseos nuevas acometidas de los turcos. Habiendo estado allí hasta mediados de Mayo regresó á Croya para recibir á los embajadores del Pontífice y del Rey Alfonso de Nápoles, los cuales había sabido que acaban de tomar tierra en Durazzo. Los arzobispos de Antivari y de Durazzo y otros diversos prelados se unieron á aquellos embajadores á fin de hacer más honorífica y más conspicua aquella embajada: todos á una habiendo ido á Croya fueron acogidos por Scander-begh con las mayores demostraciones de honor y de estima. Aceptó el los ofrecimientos que le hicieron para ir contra el turco, mostrándose dispuesto para derramar la última gota de la sangre de sus venas en pro de la exaltación de la Iglesia Romana; añadiendo que, fundándose en la protección del Cielo y en su larga experiencia acerca del modo de guerrear contra el turco, esperaba que los príncipes cristianos no habrían ciertamente de arrepentirse de haber acudido en su ausilio. En justa correspondencia mandó á Pedro Perlato y á Pablo Cucca al rey Alfonso, poniendo en poder de cada una de dichas embajadas cuatro banderas y otros ricos dones, procedentes del botin de los turcos, á fin de que lo presentasen todo á los referidos príncipes, como muestra de sus triunfos y prueba de su devoción.

Esto fué el principio de la amistad de Scander-begh con Alfonso, la cual habiendo sido en lo venidero cultivada por él con particular cuidado, se acrecentó hasta llegar al más alto grado de confianza; de suerte que aquel monarca llegó á ser el más poderoso de todos sus amigos y aliados y el más sólido apoyo que tuvo así en la Albania como fuera de ella. Fué sumo el gozo que sus embajadores proporcionaron á los albaneses, los cuales se alegraron de este ausilio proporcionado por el Pontífice y por el Rey de Nápoles, más que si hubieran alcanzado una insigne victoria contra los turcos. Y el vulgo pronto y fácil en sus fantasías comenzó á urdir una liga por obra del Papa entre los príncipes cristianos y en daño del turco, de la cual vislumbraba había de ser capitán general el Príncipe que los goberdaba.»

(1) Sismondo Sismondi dice que Sforza no supo hacer sus aprestos militares con la debida presteza. Su tardanza fué causa de que Todi, Orvieto y Viterbo no le abrieran las puertas cuando se presentó ante sus muros, ni quisieran tampoco suministrarle vituallas; fuera de que iba tan mal provisto de máquinas de sitio, que ni aún siquiera por medio del miedo le fué posible sacar alguna contribución de guerra de aquellas. Simoneta escribe que el ejército de Sforza compuesto casi todo de caballería pesada, hubo de mantenerse por espacio de tres dias de las fresas que cogía por la montaña, (Op. cit. pág. 213.)



bríos. Entonces volvió de nuevo los ojos al Rey, enviándole de embajador á Tomás de Sarzana, Obispo de Bolonia, su futuro sucesor en el Pontificado, con la misión de que pidiera refuerzos. Este fué recibido en audiencia por D. Alfonso, al cual pintó la insuficiencia de las tropas de Juan Antonio Orsino, por más que elogió su valor y pericia, máxime temiéndose que se rebelaran muchas plazas y que se perdiese así el fruto de las anteriores campañas. El Rey respondió, como hijo devoto de la Iglesia y leal aliado del Papa, que estaba dispuesto á arriesgar no solo el reino de Nápoles, que había ganado con sus trabajos y peligros, sinó también los que había heredado de sus mayores, antes que consentir que el Papa sufriese detrimento en sus derechos. Después de dar ánimo al Legado y de decirle que el Conde no era tan temible como parecía, le concedió á Raimundo Boil con mil caballos y otros tantos infantes y se ofreció ir en persona siempre que fuese necesario. Boil hizo la vía del Abruzzo para reunirse con el Patriarca, siendo su primera operación pasar el Tronto y, al llegar á Auxino, juntarse con Jacobo Caviano, otro de los caudillos subalternos que estaban á sueldo de la Iglesia.

Entonces el Conde volvió á tomar posiciones, eligiendo esta vez á Fossombrone para impedir la reunión de los dos ejércitos. Boil y Caviano acordaron llevar sus tropas por la costa, mientras que el Patriarca á distancia de una jornada y á veces de más les iba siguiendo por la cordillera. Al saber éste último la situación del Conde, mandó que se juntasen ó cuando menos se aproximasen los dos ejércitos aliados para poderse prestar mútuo ausilio. Apesar de esto Sforza esperó con la idea de hacer ver á los suyos que no temía al enemigo. Al fin Raimundo y Caviano se presentaron unidos con las fuerzas del patriarca, entre Fossombrone y Fano, á retaguardia del Conde. Entretanto los florentinos habían hecho proposiciones á Taliano Furlano, ofreciéndole nombrarle capitán general de su ejército. Fuese que la cosa se hubiese pactado con formalidad, fuese un ardid de aquellos astutos políticos, Taliano lo pasó muy mal, como veremos á renglón seguido. [1] Al otro dia de es-

(1) Sismondo Sismondi, apoyándose en Platina, en los comentarios de Neri Caponi, en la Crónica de Bolonia y en otros autores, asevera que no solo Taliano



tar los aliados en el punto que dejamos dicho, el legado del Papa citó á consejo de guerra á todos los capitanes para deliberar lo que deberia hacerse, en vista de las sospechas que respecto de dicho caudillo abrigaban los milaneses,

Comenzada la sesión, el embajador del duque de Milán, Jorge Nurio, que seguía el ejército desde mucho antes, pidió permiso para hablar y acusó á Taliano de traición á Felipe María, diciendo que éste la había descubierto y que era su voluntad que pusiese preso al traidor. Todos quedaron admirados y el legado del Papa hubo de preguntar á Nurio, cómo, habiendo transcurrido tanto tiempo desde que se separó del Duque, y habiendo pasado tantos dias en los campamentos, pudo guardar silencio sobre un asunto tan grave. A lo cual respondió que Visconti le había ordenado que no hiciese mención de nada, hasta que Boil con las tropas del Rey se hubiese juntado con los pontificales, temiendo que no existiesen entre éstos algunos que se opusieran á la depuración del crímen y á su correspondiente castigo. Dicho lo cual Taliano fué reducido á prisión, sin que nadie le defendiera, y entregado á Domingo Malesta para que le custodiase. Tres dias después se le dió tormento, y como confesase expresamente su felonía, al llegar frente á Roccacontrada, se le cortó la cabeza. (1)

Después de esto, el legado movió su campo hácia Montefabro (tal es el nombre del pueblo) que estaba en poder del enemigo, y reunidas todas las tropas, lo tomó acto contínuo. Tras de esta conquista, ganó igualmente muchos lugares y castillos que eran de Federico, Duque de Urbino, unos á viva fuerza y otros por capitulación. El Conde por la inferioridad numérica de los suyos los llevaba por la montaña, algún tanto alejados de los nuestros, espiando sin embargo, si se le presentaba ocasión para dar un golpe atrevido. El legado, al contrario, confiado en la superioridad de su hueste, marchaba por el llano, sin encontrar al paso enemigos que le resistieran, devastando, talando y saqueando toda la comarca de Urbino. Mas como se

Furlano sinó también otro condottiero llamado Jacobo de Caivano estaban dispuestos á abandonar las banderas del patriarca de Aquilea para pasar al servicio de los florentinos.

(Loc. cit. p.ª 216.)

(1) Vid. Fazio, lib. VIII.



aproximara el invierno, las tropas del Pontífice empezaron á disolverse, principalmente por falta de víveres y demás cosas necesarias á que habían dado lugar las mismas devastaciones cometidas. En este intermedio, el Conde Francisco recibió de venecianos y florentinos el refuerzo que les había pedido. Así pudo ya bajar de la montaña y pasearse por el llano con probabilidades de luchar con buen éxito contra sus enemigos.

Por ausencia del legado, quedó al frente del campo Alfonso de Covarruvias, quien fué á tomar posiciones al otro lado del rio de Pisauro. Acto contínuo el conde movió también su hueste y se puso frente de él, no separándoles más que dicho rio. Uno y otro ejército se abastecían de agua de él, sin que ninguno fuese osado á atravesarlo. A los tres dias Covarruvias se trasladó con los suyos al castillo llamado Tauleto, que era de Segismundo Malatesta, situado en una colina que solo distaba una milla. El conde Francisco le fué siguiendo los pasos y se colocó en otro castillo frontero enclavado sobre la misma colina. Pertenecía este último al Duque de Urbino. En tal disposición Sforza mandó el reto á los nuestros, provocándoles á hacer jornada. Alfonso Covarruvias contestó que había que contar con el legado, que se hallaba en Montefloro, quien había dado orden de que nada se intentase en su ausencia, y por tanto rehusó paladinamente la batalla. El legado al saberlo fué de parecer que por entonces no debían comprometerse tantas tropas del Pontífice y de D. Alfonso.

A todo esto los nuestros advirtieron que el enemigo levantaba su campo y, temiendo que no atravesase el angosto bosque que separaba ambos ejercitos y no asaltase el real, todos tomaron las armas y se aprestaron á la defensa, saliendo también hasta la entrada de dicha selva. Al llegar allí ya se encontraron con los sforcescos, trabándose una gran pelea, que aún hubiera sido mayor si las fuerzas de los dos campos se hubieran podido desplegar convenientemente. Después de un buen rato de lucha, viendo el Conde que serían vanos sus esfuerzos para conseguir la victoria, mandó tocar retirada. Los aliados dejaron una avanzada en aquel punto y se replegaron á su campamento. Tres dias después el Conde se puso en marcha y se dirigió á Monteaureo, castillo de Segismundo, y así



éste, como otro que no estaba muy distante, los entró á poca costa. De allí se trasladó á Gradara, que también era de su yerno Malatesta, pero lo fuerte de la plaza y el buen presidio que lo guarnecía le obligaron á renunciar á tomarla por asalto, no teniendo más recurso que cercarla, en cuya operación consumió la mayor parte del invierno. (1)

Mientras esto acontecía al Conde Francisco, su hermano Alejandro se hallaba en Pésaro, de cuya ciudad era señor, y viéndose cada dia más acosado por las armas de los enemigos, juzgó más prudente, el dia 23 de Julio, firmar concordia con el Cardenal Luis, legado del Papa. De esta resolución se dolió amargamente el Conde, como de una negra ingratitud; puesto que con su dinero había adquirido aquella plaza para su hermano. Alejandro se escusó con la necesidad, asegurando al Conde su nunca interrumpida fidelidad y amor. En prenda de estos sentimientos, le mandó á Urbino á Blanca Visconti apesar de la oposición del cardenal. (2)

(1) Con motivo de esta defensa, Segismundo Malatesta, gran protector de los grabadores Victor Pisanello y Mateo da Parli hizo abrir por el segundo un troquel que recordase tan fausto suceso. Iriarte publica el diseño de la medalla la cual ostenta en su anverso una matrona con un pilar en las manos sentada sobre un elefante echado, con la fecha MCCCCXLVI.

(2) Para no interrumpir el anterior relato hemos dejado de dar cuenta de una negociación del Rey cerca de la Señoría de Florencia cuya negociación, no por ser de carácter secundario deja de probar cuanto se habian entibiado la cordialidad de relaciones que entre uno y otra mediaban. Fué el representante de S. M. su escribano Leonardo de Olite, quien pasó de Nápoles á Florencia provisto de credenciales é instrucciones, expedidas éstas el dia 6 de Abril. Su objeto era reclamar el pago del dinero que el llamado monte de Florencia debia satisfacer cada año, tanto por lo pasado como por lo venidero, á los súbditos del Rey, Charleta Caratzulo (Ciarletta Caracciolo), Juan de Miraballi y otros, cuyo pago habia reclamado en vano primero á los embajadores de Florencia que estuvieron en Nápoles para celebrar y honrar las bodas del principe heredero, luego por medio del ayuda de cámara de éste Juan Minyó, el cual con este solo objeto pasó provisto de cartas reales á Florencia y, por fin, á los embajadores de la propia comunidad que fueron á ver á S. M. en el Tronto. Llegó á tal punto el propósito de huir el cuerpo por parte de los florentinos, que cuando la reclamación de Minyó, prohibieron á los notarios que levantaran ninguna clase de acta á instancia del mismo.

Para que no se repitiese la burla de aquellos señores, Leonardo Olite tenía encargo de hacerles saber que el Rey, siquiera fuese constreñido y contra su voluntad, tendría que usar de los remedios de derecho común contra la magnifica comunidad y sus súbditos, según le pareciese conveniente, debiendo levantar instrumento público de su respuesta.

También en el mismo año Leonardo recibió orden de pasar á Sena, provisto de la correspondiente credencial é instrucciones, éstas expedidas en Nápoles igualmente á 6 de Abril, para entablar cerca de aquella comunidad el pago de la suma que Pero Guerdoli, súbdito florentino refugiado en dicho estado, después de su fuga de Nápoles, debía á los súbditos del Rey, Bernardo Claver y Juan de Olite. Leonardo debia requerir á la comunidad y á sus oficiales que pagasen y satisfaciesen ó hiciesen pagar y satisfacer 93 ducados en el término de quince dias á contar desde aquel en que se hiciese el requerimiento.



Dos palabras ahora sobre la campaña de los del Duque de Milán. Infringiendo manifiestamente los capítulos de la paz, firmada con venecianos y florentinos, puso en pié de guerra un ejèrcito de cinco mil caballos y mil infantes y dió el mando á Fransisco Piccinino y á Luis del Verme y lo dirigió al principio de mayo contra Cremona, cuya sorpresa le había hecho esperar Orlando Pallavicino. [1] Las susodichas tropas perdieron algún tiempo en la toma de Soncino y de otras tierras del Cremonés, pues en este intermedio, los venecianos viendo rota la paz por parte de aquel inquieto príncipe, tuvieron oportunidad para meter algún socorro de gente de armas en Cremona. Piccinino al llegar á esta ciudad se encontró con que había

Como muchas veces los motivos pequeños dan lugar á grandes disgustos, si por acaso fué desatendida la reclamación, hallaríamos en tal injusticia otra de las causas que esplicarian la enemiga que más adelante mostró Don Alfonso á los seneses. *(a)*

(1) En los archivos de Estado de Milán se halla un documento curiosísimo acerca de este suceso, tal es el relato de las órdenes dictadas por Pallavicino para dar el golpe de mano á dicha plaza, las cuales sin duda comunicó á Felipe María para que éste viese cuán bien urdida estaba la trama. El documento trae al dorso el siguiente rótulo: «Tractatus de habenda civitate Cremone per Rolandum Palvicinum tempore ducis Filippi.» Empieza de esta manera: «Infrascripti sunt ordines capti pro facienda fienda.»

Sentimos que su mucha extensión no nos permita transcribirlo íntegro, porque tiene tanta miga que no vacilamos en decir que podría firmarlo con orgullo un jefe de Estado mayor de nuestros tiempos.

Hé aquí algunas de las disposiciones:

«Primo, per tore una porta sum ollecti duy per Conestabili, li quali cum fanti XXV debiano tore quella porta, ali quali fanti XXV, computati alchuni che stano dentro, lo ordinato da matina a bona hora deno intrare dentro da la terra e a l' ora ordinata tore la porta in sí.

Item per dare adintorio a la facenda, habiamo facto tore una taverna apresso a la porta per uno nostro amico, lo quale torá X on XII homini a manghiars in casa sua, e a l' ora ordinata dara secorso a la porta.

Item ad una giesola la quale é lí apresso é ordinato di metere fanti Lta. inter li quali ge siano zarabatoneri XII (cerbataneros ó soldados provistos de cerbatanas, que, según nuestra academia de la lengua, eran especie de culebrinas de poco calibre), balistreri XX, e tarconi X, cum li quali sia il partesano in cappo, e quilli etiam dégano secorro á la dicta porta.»

Luego reseña las tropas de infantería y caballería que habían de secundar la sorpresa, la situación que debían ocupar, las naves en que debían embarcarse para recorrer el Po y las ordenes dictadas para que con un dia de anticipación se prohibiese la circulación de las gentes. En otro párrafo dice había encontrado uno. «lo quale é acunzo colo Conestabile de la dicta porta, lo quale dará adintorio necessario per compire la facienda, e in tore la porta, e si studiará de atrovassi in cima de la porta, e de haber le sarasinesche in sua libertade de la dicta porta.» También pone los nombres de los condestables, de los infantes que mandarían, la lista de las naves alquiladas ó comprometidas, las trompetas y borbarditas que serían menester, la consigna que se había de dar á las tropas auxiliares, los viajes que debían hacer el dia antes las naves para disimular la trama, la ración que todos tenían que llevar, el modo y tiempo de hacer las faginas, &. El gefe debía ser Moreto.

(Vid. *Doc. dipl.* Vol. II, part. II, n.º CCCXLIV.)

(a) Vid. Apéndices. XL.



dispuesta á su defensa mucha más fuerza de la que creía, por cuya causa acampó á su alrededor, esperando poder reducirla por hambre. En tanto los venecianos, ya que veían que con una embajada no habían podido disuadir al Duque de su propósito, ordenaron á Miguel Atténdolo de Cotignola, general de la señoría, que movilizase todo su ejército y marchase al encuentro de los milaneses.

Felipe María, además de las tropas que movilizó al principio, también había hecho salir á campaña, con el fin de quitar Pontremoli á su yerno, á Luis de Sanseverino y á Pedro María Rossi, pero estos tuvieron que contentarse con devastar el país; por cuanto los florentinos, dice Muratori, enviaron con tiempo á aquella comarca un refuerzo de milicias y consiguieron salvarla. [1]

No faltaron tampoco por aquella parte traiciones y sospechas. Guillermo, hermano de Juan, Marqués de Monferrato, ocupaba Castelfranco en el Boloñés con una brigada de cuatrocientos caballos y cien infantes, al servicio del Duque de Milán. Como mediaran entre él y Carlos Gonzaga disgustos sobre su respectiva categoría, tomó sueldo de los venecianos y de los boloñeses y se convino con el Marqués Tadeo y con Tiberto Brandolino capitanes de los primeros. A poco batió en San Juan de Persiceto á Carlos de Gonzaga que mandaba tropas del Duque. Escarmentado éste por la dicha defección, entró en sospechas de que Bartolomé Coleone, otro de sus caudillos, no hiciese lo mismo, por cuyo motivo le puso preso y le encerró en la cárcel de Monza.

Perturbados así los planes de Felipe María, sus enemigos

1) Los florentinos antes de llevar tan allá sus hostilidades, trataron nuevamente de poner fin á aquella guerra por medio de la paz general. A este efecto mandaron embajadores al Rey para recordarle el tratado que había hecho con aquella república, y del cual el papa le había desligado con su bula de 23 de Abril, cuyo documento puede leerse en los Anales eclesiásticos de Rainaldo (año 1446, número 12), obligándole á renovar la guerra: también enviaron otros al mismo papa y al duque de Milán; pero en ninguna parte fueron recibidos. Puccio Pucci que había ido de Venecia á Milán para comunicar al Duque sus proposiciones, hubo de ver como se iba difiriendo un día tras otro el darle audiencia, puesto que Visconti esperaba el momento que pareciese favorable á sus astrólogos. Al llegar el instante deseado, Pucci fué llamado á la audiencia, pero él resentido de este mal proceder respecto de su república, respondió á su vez que no se hallaba dispuesto, y que si la hora era buena para el duque de Milán, no lo era en cambio para la República de Florencia.

(Vid Ammirato lib. XXII pág. 51.)



creyeron llegada la ocasión de dar el golpe decisivo, cayendo contra el grueso de las fuerzas milaneses que, como hemos dicho, mandaba Piccinino y estaba no lejos de Cremona. Uniéronse con el ejército veneciano las gentes de Tadeo, Marqués de Este, de Tiberto Brandolino y del tránsfuga Guillermo Monferrato y todos, al mando de Miguel de Cotignola, se dirigieron contra los de Milán. Los primeros triunfos de los caudillos de Venecia, consistieron en recobrar muchos lugares que eran del Conde Francisco y que habían sacudido su yugo, y luego hacer levantar á Piccinino el sitio de Cremona, obligándole á retirarse á Cassalmaggiore entre los estados de Cremona y de Parma. Este caudillo para poder resistirse con más facilidad puso su campamento en una isla del Po y la fortificó con bastiones y lombardas. Un puente sobre los dos brazos del rio, le daba paso á las dos ribéras y le permitía recibir víveres del Parmesano.

A todo esto llegó Cotignola dispuesto á darle una lección severa. El dia 28 de Setiembre, según los más de los autores, [1] se trabó alguna escaramuza á la entrada del puente, empero los venecianos no pudieron ganar los parapetos que los milaneses habian levantado para defenderle. Attendolo, no se dió, sin embargo, por vencido y acudió á la siguiente estratagema. Una parte de sus tropas siguió entreteniendo al enemigo en la cabeza del puente, en tanto que unos escuadrones de caballería figuraban querer pasar el rio por su parte más ancha. Mientras esto sucedía, gran golpe de coraceros, cada uno de los cuales llevaba un peón en la grupa, pasaba silenciosamente el rio por un vado situado á notable distancia que algunos ginetes habían descubierto. Gracias á esta operación llevada á feliz término, al cabo de un rato los milaneses que defendían el puente y la ribera del rio se vieron impensadamente atacados por retaguardia por aquella fuerza veneciana, y sorprendidos al ver el enemigo en la isla, abandonaron el puerto y huyeron vergonzosamente. Toda la hueste de Piccinino fué derrotada casi sin haber combatido, y el gefe, dando á los suyos el ejemplo de la cobardía, pasó el segundo puente es decir, el que conducía al estado de Parma, y acto contínuo lo hizo cortar, de-

(1) Sismondi dice el 29.



jando en la orilla opuesta cuatro mil soldados, todo los cuales fueron hechos prisioneros.

Piccinino perdió igualmente el bagaje, municiones y carros, todo lo cual reunido fué de valor extraordinario, Marino Sanuto dice en su *Istoria di Venezia* que á Cotignola le tocaron ochocientos caballos, á Guillermo de Monferrato ciento, al Marqués Tadeo seiscientos, á Gentile, hijo de Guttemala, ochocientos, á Tiberto Brandolino cuatrocientos, á Cristobal de Tolentino y á otros su parte correspondiente, de modo que se hicieron dueños de más de cuatro mil caballos. Por esta tan señalada victoria se celebraron grandes fiestas en la Reina del Adriático y en todo el territorio de la República. [1]

Narremos ahora, á tenor de lo que refiere Zurita, como el Duque en aquella desecha tormenta hubo de ver el áncora de salvación en su amigo D. Alfonso.

En primer lugar ¿había españoles en el ejército milanés el dia de aquella triste derrota? En los historiadores italianos que hemos consultado no se hace mención de ninguno, sin embargo el Analista aragonés dá á entender que desde el principio de la campaña militaban algunos súbditos de D. Alfonso en el ejército ducal, pues dice: que el Duque de Malta, [2] Cesar Martinengo, Magno Barrile y Sancho Carrillo salieron la via de la Marca con sus compañías de gente de armas y con orden de seguir por general á Francisco Piccinino. Solo uno de estos caudillos es mencionado en la campaña de la Marca, por esta razón y por la de ir al mando del gefe que militaba en el Cremonés, es de presumir que los restantes se hallarían en la jornada que hemos reseñado.

Sea lo que quiera, veámos ahora lo que hizo el sagaz Duque de Milán. En primer lugar procuró persuadir al Rey que para efectuar una diversión que desconcertara á sus comunes enemigos, debía acometer la empresa de señorear la ciudad y

(1) En los archivos de Estado de Milán se conserva el parte que los diputados cremoneses cerca del ejército veneciano dieron á Francisco Sforza después de la estupenda victoria de Casalmaggiore. De este documento resulta que la batalla aconteció el 28 y no el 29. Empezaban diciéndole que podian cantar con el glorioso salmista: *Hæc dies quam fecit Dominus; exultemus et lætemur in ea.* Añadian que habian caido en poder de los venecianos más de tres mil caballos y que entre los prisioneros figuraban Sagramoro de Parma, Paulo de Roma, Antonio de Landriano, Squarza Biasino Colona, Faxano y muchos otros notables escuderos.

(1) Summonte escribe de Melfi. Era este Ottino Caracciolo.



república de Génova, cuya demanda rechazó D. Alfonso, alegando lo aborrecidos que eran allí los nombres de los reyes de Aragón y de la nación catalana.

También le escribió recordándole que le había puesto la corona en las sienes y pidiéndole que le sostuviera la suya. Solicitaba de él que mandase á Lombardía á Raimundo Boil, que hasta aquella sazón había guerreado en la Marca, así como que invadiese la Toscana para obligar á los florentinos á pensar en su propia defensa, privándoles de que pudiesen poner todas sus fuerzas á disposición de los venecianos. Le representaba que el Senado de Venecia, más constante que ningún monarca en sus proyectos ambiciosos, abrigaba hacía más de un siglo el propósito de conquistar la Lombardía; que los venecianos estaban más cerca de conseguir su objeto que no lo habían estado en ningún tiempo; que si la orgullosa república lograba alguna vez extender su dominio desde los Alpes á los Apeninos, teniendo en cuenta que en ella los consejos no eran desvirtuados por las pasiones personales, ni se disipaban los tesoros en cosas de puro lujo, sojuzgaría fácilmente el resto del territorio de Italia.

La verdad es que estas mismas aprensiones labraban igualmente en el ánimo de Cosme de Médices y del Conde Francisco Sforza. (1)

D. Alfonso, que era buen aliado y consecuente amigo, deliberó tomar las disposiciones siguientes para favorecer á Felipe María. Envió á Milán á Iñigo de Avalos su gran privado, encargándole que dijese al Duque que no le pensaba consolar, porque sabía que su valor era tal que no podía mudar ni en la adversidad ni en la próspera fortuna. Mandó en su socorro mil quinientos hombres de armas y escribió al Papa que entre los dos se diese sueldo ó conducta á Reinaldo Orsino, para que encendiese la guerra en la Toscana ó fuese á juntarse con el duque, según que éste prefiriese. Además hizo alistar quince galeras para que se reuniesen con las que ya tenía, amén de otras quince de refuerzo que se debían poner en orden más adelante. Con esta escuadra intentaba hacer una diversión en las costas de Venecia y aún hostilizar á dicha señoría en tie-

(1) Vid. Sismondo Sismondi. loc. cit. T. IX p.ª 221.



rra firme. Advirtió, otro sí, al Duque, que si esto no era suficiente, iría D. Fernando con toda la gente que tenía, quedándose él á proveer lo necesario para el sostenimiento de la guerra; pero sin escusarse de tomar personalmente una parte en ella, pues estaba dispuesto á arrostrar toda clase de peligros, mejor que si se tratara de causa propia. A 5 de Octubre en realidad salió á campaña con cinco mil caballos, con idea de pasar á Romaña y á los diez de Noviembre acampó en Presenzano en la provincia de Tierra de Labor.

Por esta parte, pues, no habían dejado de tener buenos resultados los pasos y gestiones del Duque de Milán. Continuemos dando noticia de sus demás tentativas, pues aquel astuto diplomático no dejaba nunca de tocar todos los resortes convenientes, siempre que su situación lo requería.

Procediendo con cierta bajeza, impropia de quien con su osadía lo había enmarañado todo, no titubeó en acudir con el olivo de la paz en la mano á la misma señoría de Venecia. Su tentativa tuvo un éxito desastroso; puesto que los mensajes que se atrevió á dirigirle no merecieron siquiera los honores de la contestación. Así se lo dijeron al Conde Francisco Sforza en la postdata de una carta fecha 14 de Octubre los agentes que tenía cerca de la Reina del Adriático. Hé aquí sus literales palabras:

" La ilustrísima Señoría no ha dado nunca respuesta á los escritos que el duque ha hecho dirigir aquí, conforme avisamos á vuestra Señoría, y esto se hace, no porque no pueda dársele contestación conveniente, sino por causarle más despecho; y para darle á entender que hacen poca estima de sus palabras, y que se acuerdan de la acogida salvaje hecha á los embajadores que fueron á Milán, á los cuales él no quiso oir, y honestamente hizo despedir de Milán. (1)

Los agentes del conde decían la verdad, porque realmente Felipe María no solo había escrito, sino que también había en-

(1) La illustríssima S.ª non ha may facto risposta al scrivere che fece qui il duca, secundo la S. v. fuo advisata, et questo se fa non perché non habiano de fargli convenienti risposte, ma per fargli magiore dispecto, et per dargli ad intendere che poca estima fanno de soe parole, et che se ricordano de la selvatica recoglienza facta ad li ambassatori che andarno à Milano, li quali lui non volse oldire. et honestamente fece licentiare de Milano.
Vid. *Doc. dipl.* Vol. III, part. II, n.º CCCLXVII.



viado el 5 de Octubre un mensagero secreto á la república de Venecia, pidiéndole la paz y ofreciéndose á restituir todo lo que en el Cremonés había tomado. Los venecianos no le hicieron caso y, viendo su gran debilidad, ordenaron á Cotignola que siguiese adelante. Este, después de haber recobrado Soncino, Caravagio y todos los castillos del Cremonés, pasó el Adda y rompió de nuevo las milicias del Duque que trataron de hacerle resistencia, tomándoles seiscientos caballos y haciendo prisioneros á mil doscientos infantes. Después de esto recorrió el Milanesado, saqueandó el país, ganó Cassano con su castillo y fortificó admirablemente aquella tierra. Zurita añade que los venecianos no pararon hasta llegar á las puertas de Milán, creyendo apoderarse de aquella ciudad con el favor de la parte güelfa que estaba dentro.

El duque de Milán, en medio de sus apuros y tribulaciones, puso también la mente en el rey Carlos VII de Francia. Veámos lo que medió entre ambos.

Hay que reconocer con Sismondi que al monarca francés no le interesaba grandemente el equilibrio político de Italia. Ocupado en una lucha duradera con Inglaterra, no podía pensar en las cosas del otro lado de los Alpes, y debió ver con indiferencia las conquistas de la república veneciana y el abatimiento de sus rivales. Y si á pesar de todo, Francia, por el recuerdo de pasados acontecimientos, alimentaba todavía predilección por algún partido, era por el de los güelfos, por las dos repúblicas y por el conde Francisco Sforza. Con todo el duque de Milán no desesperaba de tener aquella nación de su parte; por lo cual envió á Carlos VII Tomás Tebaldi de Bolonia, su secretario; y por precio del socorro de tropas que le pedía, le ofreció la restitución de la ciudad de Asti, que en otro tiempo había sido cedida á la casa de Orleans, á título de dote de Valentina Visconti. (1)

Por fortuna en los archivos de Estado de Milán se halla una copia contemporánea del tratado de alianza platicado entre Carlos VII y Felipe María, con fecha 20 de Diciembre de 1446 que nos permite apreciar el resultado final de la susodicha embajada y consiguientes negociaciones. (2)

(1) Sismondi loc. cit. T. IX. p.ª 222.
(2) Daverio en sus Memorias, p.ª 211 y siguientes, publica las instrucciones que llevó á Francia el embajador del Duque.



Intervinieron en el tratado por parte del Rey Cristianísimo, Pedro de Bresse, conde de Eurens, senescal de Poitou y Anjou, Beltran de Bean, señor de Persigny, bayle de Turena, meser Baudoin, señor de Tusce y meser Teodoro, Conde de Valperga; señor de Macé, bayle de Macon y senescal de Lyon; y por parte del duque el ya citado Tomás de Bolonia. Fué firmado en la ciudad de Tours el dia que reza la copia.

I. El rey de Francia, en virtud de la liga celebrada, se obligaba á socorrer al Duque dentro de la parte de Italia contra toda persona, potencia, comunidad, Señor ó Señoría, escepto el papa Eugenio, el rey Renato, el Duque de Saboya, y el Marqués de Monferrato, y si alguno de los mencionados ó todos juntos moviesen guerra al duque, el rey prometía defenderle; de igual modo si los susodichos hiciesen algo contra el Rey en Italia, el Duque venía obligado á obrar contra ellos y á defender al Rey, entendiéndose, empero, que ni el Rey ni el Duque pudiesen en ningún caso romper las hostilidades contra los susodichos, sin el mútuo consentimiento; quedaban reservados aún los florentinos, villas y señoríos de Florencia, pero no se esceptuaban en modo alguno sus gentes de armas de pié y de á caballo, ni otra fuerza suya que se dirigiese á ofender al duque.

II. El Rey de Francia prometía mandar á Italia, lo más presto posible, de modo que estuvieran allí por todo el mes de Marzo siguiente, dos mil caballos de gente de armas y mil infantes, los cuales mil infantes debían ser pagados de los ingresos de la ciudad de Asti, reservados los gastos de la custodia de dicha ciudad. En caso que de dichos ingresos no se pudiesen pagar los mil infantes, se comprometía á satisfacer lo que faltase en ayuda y favor del Duque. Mas así que el Rey tuviese en su poder la ciudad de Génova, por mediación y ausilio del Duque, ó bien por cualquier otra vía, se obligaba á dar lo que fuese necesario para la paga de cinco mil infantes, computados los dos mil susodichos; cuya gente de pié y de á caballo debían ayudar al duque á la recuperación de Brescia y de Bérgamo, con sus diócesis y distritos.

III. También prometía el Rey que así que tuviese paz ó tregua con el de Inglaterra, mandaría á Italia, al objeto con-



signado en el anterior capítulo, además de los sobredichos, otros tres mil caballos de buena gente de armas; entendiéndose que toda la fuerza expresada, sería enviada, tenida y pagada á expensas del citado Rey hasta la recuperación de Brescia y Bérgamo. Y siempre que el Rey tuviese en Italia la suma completa de cinco mil caballos y cinco mil infantes á favor del duque, si Brescia y Bérgamo no se recobrasen jamás, que el Rey solamente fuese obligado á servir al dicho duque por espacio de seis meses, los cuales podrían ser á elección del Duque, con tal que fuesen sin interrupción siempre á expensas del Rey.

IV. De igual modo prometía al Rey á mandar embajadores suyos á Florencia para inducir á los florentinos á que se abstuviesen de ofender al duque, así como á Venecia y allí donde fuese menester.

V. Item, se obligaba al Rey á mandar y esforzar á los suizos y á sus demás amigos de allí que diesen favor y ayuda al mentado Duque.

VI. Del propio modo prometía el Rey y se conformaba, en que, si el referido Duque pudiese conseguir la paz y la avenencia con los venecianos y demás enemigos, que la pudiese hacer según le pareciese mejor para su Estado, empero con participación y consentimiento del Rey ó de sus comisarios, entendiéndose, sin embargo, que el dicho consentimiento debiese ser prévio, de otra suerte, no.

VII. Viceversa el Duque hacía buena liga y confederación con el Rey por sus súbditos, adherentes y vasallos y le prometía darle Asti con la señoría de Asti, poniéndolas en poder de Teodoro de Valperga, al cual el Rey había dado el gobierno de las mismas, así que se presentase.

VIII. (1) Item, prometía el duque de Milán al predicho Rey darle y hacer pasar á sus manos, de aquella fecha á la Pascua de Resurrección del año 1447, la señoría y la ciudad de Génova; y de momento poner en sus manos, ó bien de quien gustara el Rey, todas las tierras que tenía el predicho señor en el Genovés, escepto la tierra y el castillo de Nove, que siempre

(1) Este artículo y el siguiente, por su importancia los traducimos literalmente



habían sido poseidos por el predichó duque, y que así desde aquel momento haría todo lo que sabría y podría á fin de que desde luego la dicha ciudad de Génova fuese á manos del Rey, y lo más tarde de aquella fecha á Pascua, como queda dicho.

IX. Item, prometía el predicho Duque, que así que él tuviese Brescia y Bergamo con sus distritos, como queda dicho, ó buena paz con sus enemigos, como más arriba se ha dicho, ó bien estuviese servido del número completo de cinco mil caballos y de cinco mil infantes por espacio de seis meses, como se contenía en el tercer capítulo de las promesas del Rey, queriendo el Rey acometer alguna empresa en Italia, darle ayuda y favor de tres mil caballos y mil infantes de pié (fanti da pede) á sus expensas por seis meses, los que fuesen sin interrupción, contra cada uno Señor ó Señoría y potencia de Italia, esceptuados todos los sobredichos y el Rey de Aragón en el reino (de Nápoles), contra del cual el duque de Milán no podía obrar por los convenios que mediaban entre ellos. Más, bien era verdad que hasta entonces el Rey de Aragón ha atendido poco al Duque de Milán en cosa que le hubiese prometido, y así creía que le atendería menos en lo venidero. Si así lo hiciere, podría el dicho duque hacerle la contra sin desmerecer en su honor; y, pudiéndosela hacer con honor, prometía hacerla así contra de él, como contra de los demás.

X. También prometía el Duque dar alojamientos á las gentes del Rey, así de pié como de á caballo, y hacerles tratar en todo como á las mismas tropas ducales, salvo el sueldo y alojamiento.

XI. De idéntica manera prometía el duque al referido Rey perdonar á Guillermo de Monferrato los errores y demás cosas que hubiese cometido, y opinar y obrar conforme al parecer y juicio de Pedro el senescal y de Tomás de Bolonia.

XII. Prometíanse mútuamente entrambas partes, interpretar rectamente la liga y sus capítulos, sin escepción ni cavilación y como convenía á la corona del Rey y al honor del Duque, y que durase por todo el tiempo de su vida, durante el cual la una parte no pudiese hacer paz ni tregua, sin el consentimiento de la otra, quedando, empero, firmes los capítulos y cosas sobredichas.



XIII. Como el mandatario del Duque se había extralimitado de la comisión que se le había dado, el Rey accedió á que quedase al arbitrio de Felipe María el ratificar la liga con sus convenciones y capítulos por todo el mes de Febrero de 1447. En caso de que la firmase y sellase, quedaba válida; empero si no lo hiciese, todo debía quedar írrito, permaneciendo las partes en completa libertad. Si el duque ratificase los capítulos, pero no la obligación de entregar la ciudad de Asti por todo el dia de Pascua, debía persistir la liga en forma ordinaria por espacio de veinte años. El Duque, entonces, quedaba desobligado de toda promesa que hubiese hecho al duque de Orleans, ó á cualquiera otra persona, de restituir dicha plaza, y el Rey se comprometía á que el Duque quedase libre de tal obligación, y si el Rey no pudiera conseguirlo ó contentar por otra vía al duque de Orleáns, solo quedaba autorizado para poner la ciudad de Asti en poder del duque de Orleáns ó de los suyos, con participación y voluntad del de Milán, pero no de otra manera. Y símilmente el duque de Milán, no aceptando ni ratificando los anteriores capítulos, se obligaba, siempre y cuando que el Rey tuviese el dominio de la ciudad de Génova, á poner en manos del mismo ó de sus oficiales todas las tierras y fortalezas que el dicho duque tenía en aquella sazón en el Genovés, excepto el castillo y tierra de Nove, el cual en ningún caso quería entregar. Respecto de los demás capítulos, si el duque no los ratificase, se entendería que era como si no se hubiese platicado con ellos.

XIV. En el caso en que meser Teodoro estuviese enfermo ú ocupado, podía diputar á nombre del Rey á Bonifacio de Valperga para tomar posesión y tener la ciudad de Asti.

Tales son los tratos que tuvieron lugar entre aquellos príncipes, los cuales no produjeron ningún resultado efectivo. Pero estaba escrito que los duques de Milán habían de abrir las puertas de Italia á los franceses, y lo que no sucedió en tiempo de Carlos VII, sucedió en el de Carlos VIII.

Simonetta refiere como el duque de Milán envió también embajadores al mismo conde Francisco Sforza, los cuales le pidieron que tomase la defensa de su suegro contra los venecianos que querían despojarle de todo su dominio. Estos embaja-



dores hicieron valer las reflexiones de que Felipe María se hallaba opreso por la vejez y atacado de una enfermedad que casi le había vuelto ciego; que no tenía más apoyo natural que el del marido de su única hija; que á uno y otra destinaba su herencia; por lo cual era lógico que el conde no quisiese la ruina de unos estados de los cuales algún día debía ser señor.

Pero un documento del archivo de Milán da todavía más luz acerca de esta nueva abdicación de Felipe Maria. Nos referimos al poder otorgado por él á Pedro Pusterla, para tratar una alianza ofensiva y defensiva con el conde, y como tantas veces había faltado á lo prometido, ofrecía entonces obligarse á tener lo que se pactase con todos sus bienes presentes y futuros y además con juramento. (1)

Otros cambios y mudanzas en las relaciones de los poderosos de Italia produjo también el desastre de Casalmaggiore. El conde Francisco y Segismundo Malatesta, también suegro y yerno, hasta aquella sazón enemistados, firmaron una alianza secreta. Por otra parte Venecia trataba de reconciliar á Francisco Ssforza con el Papa y de apartar á éste de la liga que tenía hecha con el duque de Milán.

Digamos ahora lo que pasó en la Marca á consecuencia de las derrotas de los milaneses. Fazio lo refiere mejor que ningün otro historiador de los que tenemos á la vista. Como el Duque también se había dirigido al Pontífice en demanda de socorro, el legado dispuso que Segismundo Malatesta, Cesar Martinengo y Raimundo Boil pasasen á dar ausilio á los milaneses. Mientras tanto vieron llegar de refuerzo á Rodrigo Mur con mil infantes y á Roberto Montalbotto con parte de la caballería. A estos se unió Jacobo Caviano, y el legado con las demás tropas tomó la vuelta de la Marca. A poco entraron sospechas de traición respecto de Caviano. Entretanto el Conde Francisco mandó á decir á Boil que le mandase al gefe de su infantería, llamado Palermo, por tener asuntos importantes que comunicarle. Obtenida la venia correspondiente del Cardenal, partió Palermo, oyendo luego de lábios de Sforza que no podía entenderse directamente con Boil mientras estuviera vigilàndole en su campo el legado florentino, pero luego ambos

(1) Vid. *Doc. dipl.* Vol. III, part II. n.° CCCLXXV.



tuvieron medios de celebrar una entrevista en Monteaureo en la cual el Conde manifestó que quería la paz y la concordia con el Pontífice y sus aliados. Tras de esta conferencia Sforza se refugió en Pésaro, que era de su hermano Alejandro, para pasar allí el resto del invierno. Por cierto que el tal Alejandro ya había hecho un cambio de frente, volviendo á la gracia del Conde, no sin desentenderse de los pactos celebrados anteriormente con los enemigos de éste.

Cesar Martinengo invernó en el Parmesano y luego juntamente con Reinaldo de Montalbotto, desertó de nuestras banderas y tomó sueldo de los vanecianos.

El conde Francisco tenía tantos más motivos de vacilar en su adhesión á sus dueños los venecianos, cuanto que le desatendían en su gran miseria y en sus necesidades bélicas, siempre graves y apremiantes, pero nunca satisfechas. Segura aquella república con la impotencia del duque de Milán, andaba cada dia más remisa y tarda en lo de mandar subsidios al conde, á bien que en parte tenían razón al comparar con gran amargura las contínuas derrotas de la Marca con los prósperos sucesos de la Lombardía; y á las peticiones de nuevos subsidios hechos por Sforza, respondían que Atténdolo emplearía más ùtilmente el dinero y las municiones.

El conde por tanto hubo de empezar á meditar un cambio de frente, á cuyo efecto iba ganando tiempo con negociacianes equívocas, y á fin de tener la razón de su parte el día que volviese la espalda á los venecianos, no cesaba de atosigarles con exigencias pecuniarias, aunque supiese de antemano que habían de ser completamente desoidas.

¿Qué hacía el Rey al tiempo que se iban desenvolviendo los sucesos que dejamos apuntados? Sigamos sus etapas. Estuvo en Presenzano hasta 15 de Noviembre, desde donde exhortaba al Duque que no hiciese la paz con venecianos y florentinos, pues la suya implicaría la del Papa, y á la larga Nápoles y Milán habrían de dolerse de la pérdida de aquel aliado, siendo por lo tanto preferible seguir la guerra contra aquellas señorías así por mar como por tierra, á cuyo efecto le participaba que estaba alistando una formidable escuadra.

De Presenzano pasó á Pontecorvo, y estando allí decía al



Cardenal de Aquilea que estuviese à la defensiva en lugar seguro y no empeñase batalla con el conde Francisco, y que de ningún modo firmase la paz con él, por más que supiese que el Duque le había vuelto á su gracia. También escribía á D. Iñigo de Avalos que pensaba aceptar el dominio de Génova, pero que lo dejaba para más adelante, encargándole que así se lo manifestase á Felipe María.

De Pontecorvo se trasladó D. Alfonso á Ceprano en los Estados Pontificios, y como á 8 de Diciembre, supiese que una parte de sus tropas estaban ya en Lombardía y la otra se hallaba defendiendo el patrimonio de Segismundo Malatesta, esperó la reunión de nuevas fuerzas para presentarse con el prestigio que su dignidad exigía. Su plan era pasar á Roma para conferenciar con el Papa, al objeto de ponerse de acuerdo sobre la guerra y aún arbitrar medios para llegar á la tan deseada paz general de Italia.

De Ceprano partió para Cervara, no lejos de Anagni, en cuyo punto los florentinos le enviaron embajadores para tratar una concordia. No le desagradó ciertamente esta determinación de sus enemigos, vislumbrando una liga de la que formasen parte el Papa, el Duque, Nápoles y la República de Florencia, teniendo por seguro que habría de traer la ruina de los venecianos y del Conde Francisco. No obstante no quiso comprometerse á nada sin consultarlo antes con Felipe María, á cuyo efecto el dia 21 de Diciembre se valió de nuevo de Iñigo de Avalos.

Dos palabras sobre Génova. En el año anterior, dice Foglietta, habían nacido algunas discordias en esta ciudad, con motivo de la obediencia de los de Porto Veneris: fuese por esta causa ó, como dice Zurita, porque Benedicto de Oria habia llegado con cinco naves, y dada la división que había en la ciudad, todo amenazaba una gran mudanza en aquel estado, don Alfonso mandó al Dux algunas galeras para que vigilasen su ribera y la defendieran, con más algunas compañías de soldados aragoneses al mando de un caballero catalán que luego veremos figura en otros más grandes cargos, el cual se llamaba D. Raimundo de Ortafá.

Tal es lo referente á la guerra en el decurso del año de



1446. Demos cuenta ahora de algunos sucesos ajenos á ella.

Para que el Rey pudiera hostilizar á los florentinos, un tiempo grandes amigos del Papa, á quien hospedaron por espacio de muchos años y le dieron medios de celebrar el Concilio, fué necesario que éste le absolviera del juramento prestado en la investidura. Eugenio IV accedió á ello, expidiendo el dia 17 Octubre la Bula que publica Chioccarello con el título siguiente: "Bula del dicho Papa, de 27 de Octubre de 1446, en la cual concede al dicho Rey Alfonso que pueda y deba hacer la guerra contra los florentinos que favorecían á Francisco Sforza, el cual hacía daño á los pueblos de la Marca de Ancona, absolviéndole del juramento hecho sobre este particular á la Sede Apostólica en la Investidura del Reino."

No pararon aquí las negociaciones entabladas por el Rey. No había este aceptado la infeudación del Reino de Sicilia de esta parte del Faro, que el Papa le había enviado por conducto de Alfonso de Covarruvias, por causa de la pretensión que tenía de que se habían de reformar muchas cláusulas de ella, á cuyo efecto siguió instando para que Su Santidad viniere bien en las reformas solicitadas. También pretendía que el Pontífice aprobase y diese fuerza y vigor á todas las cosas ordenanas por el Concilio de Basilea, desde el tiempo en que él le prestó obediencia, hasta que mandó que se guardase la indiferencia, cualesqiera que fuesen éstas, pues de otro modo se perjudicaría á sus súbditos, considerando que por orden suya tuvieron recurso á dicho Concilio, que en aquel tiempo tenía la administración de los derechos pontificales.

Igualmente debió pedir licencia para imponer subsidio sobre la clerecia, pues manifestaba al Papa que no lo había hecho por su propio interés, cuando traía entre manos la conquista del Reino; y en la empresa de la Marca le sacaba la cuenta de que solo había recibido del tesoro pontificio cuarenta mil ducados y había gastado en cambio la suma de ochocientos mil.

Otras gestiones, aunque de menor entidad, había hecho de antes el Rey acerca de la Santa Sede; pues á 20 de Marzo mandó á Roma á micer Ferrer Ram, consejero y protonotario suyo, con instrucciones expedidas en Nápoles para suplicar di-



ferentes asuntos á Su Santidad, é instarlo cerca del cardenal de Aquilea, Camarlengo y otros.

No los detallaremos, todos porque muchos solo tienen interés secundario, pero sí mencionamos los más interesantes, dejando que el lector deseoso de no perder pormenor alguno, se entere leyendo las instrucciones originales que insertamos en los Apéndices.

Hé aquí los más dignos de ser citados.

Suplicar una bula de indulgencia para el monasterio de la Trinidad de Valencia y la unión al mismo de la rectoría de Tiana, asuntos en que tenía mucho interés la Reina D.ª María.

Pedir que se levantase la escomunión fulminada contra los obispos de Urgel y Tarragona, mosén Berenguer de Eril almirante de Aragón, mosén Nicolás de Montsoriu protonotario de Su Santidad, mosén Galcerán Valleriola y micer Juan Marroma canónigos y pabordes de la Seo de Valencia, por haberse constituido en fiadores, de orden del Rey, de cinco mil ducados tomados á cambio en Corte Romana por el procurador del Rey de Navarra, para pagar la vacante del maestre de Calatrava, debiendo rogar que se absolviese á los susodichos por el tiempo de un año, y más, si pudiese ser, para que dentro de este plazo les fuese dado mostrar que el cambio había sido pagado, ya que el referido Rey de Navarra había asignado una suma igual para el cumplimiento del antedicho compromiso.

Instar que se levantase la escomunión lanzada al conde de Rijols y á sus vasallos, por no haber querido dar obediencia al arzobispo últimamente creado, suplicando al Papa que expidiese bulas al arzobispo antiguo, por las cuales se le restituyese el arzobispado, alegando que si por mucho tiempo había estado ausente de él, fué por causa del real servicio.

Impetrar que se diese el obispado de Cayaso á Antonio de Uço; el abadiato de San Germano á Antonio Caraffa, el de San Felipe de Argiron á Jayme Paternó y el Obispado de Sulmona á Petruccio de Aristotilis.

Reclamar que se respetase el fuero de que disfrutaban los frailes de Santa Cruz de la ciudad de Nápoles, de ser considerados como capellanes del Rey y de ser juzgados por el capellán mayor de palacio y no por fray Juan de Capistrano, ni por ningún otro general ni ministro.



Pedir el abadiado de San Bartolomé de lo gando (sic) para un hermano de Pedro Squaquera en atención al servicio hecho por éste al Rey en la entrada de Benevento, intimando que S. M. no daría lugar ni consentiría en que otro obtuviese dicha pieza eclesiástica.

Agenciar una bula espectativa en pro de Miguel García para el arzobispado de Zaragoza y obispados de Valencia y Segorbe en atención á los buenos servicios prestados por Juan García de la escribanía del Rey.

Solicitar que se diesen dos mitras en el Reino de Cerdeña, una al Maestro Benito Vicent y otra á fray Juan de Cetina.

Instar la recuperación de la jurisdicción civil de la villa de Bañolas empeñada al abad del Monasterio de San Esteban de la mis ma villa por los antecesores de S. M., prometiendo dar á dicho monasterio un censal perpétuo que formase mayor renta.

Pedir, en atención á que en la Corte de Roma no había más que un cardenal súbdito del Rey, y que el cardenal de Tarragona hacía dias que habia muerto, que Su Santidad diese la púrpura al obispo de Segorbe en las cuatro primeras témporas venideras.

Recordar la súplica hecha por el Rey, á raiz de la concordia de Terracina, de que se erigiese en obispado la iglesia de Orihuela y se la separase perpétuamente de la diócesis de Cartagena, dándose á Pedro Ruiz de Corella, hijo de Ximen Perez de Corella, gobernador del Reino de Valencia, conservándole el arcedianato de Játiva. Rogar de igual modo que la Abadía de la Real de Mallorca se proveyese en Juan Rossell.

Suplicar que se amparase á micer Juan Marroma en la posesión de una canongía de la Seo de Valencia, y que se impusiese perpétuo silencio á Cristóbal Benet que pretendía tener mejor derecho á ella.

Tras de dichos asuntos, algunos de ellos tan secundarios, figura en muy subalterno lugar, el siguiente interesantísimo negocio para el corazón de D. Alfonso. Traduzcamos la petición al pié de la letra.

"Item más suplicará el dicho prothonotario al dicho N. S. Padre que plazca á su S^dad^. querer legitimar las ilustres doña María de Aragón, Marquesa de Ferrara, y D.ª Leonor de Ara-

gón, princesa de Rosano, hijas del dicho señor, y mandar expedir acto contínuo las bulas de las dichas legitimaciones en la forma que al dicho prothonotario parecerá ser más conveniente. „

Después de la anterior petición sigue la de que se confirme la elección y postulación hecha de fray Leontino de Clemença, de abad de Santa María de Milo, otorgándole bula de dispensa de edad, por no tener más que veinte y tres años.

Termina la larga lista de encargos que nos viene ocupando, con el de que se suspendiesen las inquisiciones comenzadas contra el obispo de Catania, por ser este buen servidor de S. M. [1]

También en el propio año de 1447, pasaron á Roma Juan Caraffa, caballero, Miguel Ritzo (Riccio) doctor en leyes, fray Juan de Alcañiz y Micer Pedro de Santa Olalla con instrucciones expedidas desde el Castillo Nuevo de Nápoles, con fecha 6 de Mayo, para pedir á S. S. que, puesto que se habían concedido al Rey D. Pedro de Aragón las primicias de las tierras que conquistase á los moros, francas de todo subsidio, sínodo ú otra imposición eclesiástica, según bula de XVI de las Kalendas de Mayo de 1095, y que habiendo cedido S. M., con privilegio fechado en Tortosa á 3 de Abril de 1420, las dichas primicias francas de todo gravámen á la comunidad y habitantes de las aldeas de Turoli (¿Teruel?) y villas de Mosqueruela y Manzanares, con promesa de obtener de la Santa Sede la ratificación de dichas concesiones, S. S. tuviese á bien hacer la declaración ó nueva concesión correspondiente. [2]

Cerraremos esta parte de nuestras indicaciones dando cuenta de que Juan Claver, comendador de Chalamera y de San Esteban de Monopoli, del orden de San Juan de Jerusalen, pasó también de orden del Rey á Roma para instar algunos asuntos cerca de S. S. y luego á Sena á conferenciar con el lugarteniente del maestre de Rhodas y con los demás caballeros que formasen parte del capítulo general de la orden convocado en esta última ciudad. [3]

(1) Vid. Apéndices. XLI.
(2) Vid. Apéndices. XLII.
(3) Vid. Apéndices. XLIII.



Otro de los asuntos diplomáticos fué el ofrecimiento del Toisón de oro que el Duque de Borgoña creyó justo hacer al Rey y que este aceptó con las salvedades siguientes: 1.º que por su dignidad fuese exento de llevarlo cada dia y que bastase con colgárselo al cuello los domingos. 2.º que si algún caballero de la misma orden, al servicio de otro príncipe, guerrease contra él y cayese prisionero, no fuese el Rey obligado á librarle, bastándole con salvar sus honra y estados. 3.º que si el Duque se confederase en algún tiempo con los Anjous, fuese lícito al Rey devolverle el collar. En justa recompensa y con iguales condiciones D. Alfonso mandó al Borgoñon su divisa de la Estola y Jarra. Este último acto de mútua cortesía, ocurrió estando el Rey en su campamento inmediato á Presenzano el dia 13 de Noviembre. Fué el portador del Toisón, Gilberto de la Noy, señor de Vulernal y de Froncienes de cuya casa dice Summonte que salieron los príncipes de Sulmona.

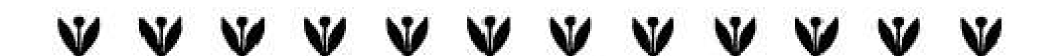
Pocos sucesos dignos de mencionar ocurrieron en el orden religioso. El más importante fué la deposición hecha por el Papa, de Thierry y de Jaime, arzobispos y electores de Tréveris y Colonia, porque favorecían abiertamente al Concilio de Basilea. La asamblea de príncipes se reunió á poco en Francfort y encontrando mal hecha la deposición, acordó que si Eugenio no la anulaba y no suprimía los impuestos eclesiásticos que pesaban sobre la nación, los dos arzobispos se adherirían á lo hecho por los de Basilea. Con esta mira pidieron al Emperador que les secundase y mandase de acuerdo con ellos una embajada á Roma. Federico acudió y diputó á este efecto á su secretario Eneas Silvio. Este desempeñó tan bien su cometido, que el Papa se apresuró á enviar á Tomás, Obispo de Bolonia, al Duque de Borgoña para anunciarle que quedaba revocado el decreto de deposición de los dos citados arzobispos, de los cuales el uno le era sobrino y otro hermano natural.

A principios de Setiembre se presentaron ante una nueva asamblea, también reunida en Francfort, el dicho Obispo de Bolonia y Juan de Carvajal, en competencia con el Cardenal de Arles que habían mandado los del Concilio. Después de muchas contiendas, los príncipes acordaron hacer algunas peticiones al Papa, decidiendo que si éste las otorgaba, Alemania sal-

dría de su neutralidad y le reconocería y obedecería como único soberano Pontífice. En recompensa del buen éxito obtenido por sus legados, Eugenio IV les creó cardenales, remitiéndoles el capelo antes de que regresasen á Roma.

Los de Basilea viendo su causa en derrota, manifestaron que querían la paz de la Iglesia por medio de la reunión de un concilio libre, en el que se arbitrarían los medios de agrupar todos los pueblos bajo la guarda y dirección de un solo pastor. A este efecto pidieron el apoyo del Emperador y de los príncipes de Alemania, los cuales deliberaron que si se celebraba el Concilio, fuese por el mes de Mayo del año siguiente, en una de las ciudades que ellos habían propuesto, á elección del papa Eugenio. Estas ciudades eran todas alemanas. ¡Dios quería llegar á la cesasión del cisma por otras vías, y en sus inescrutables designios, había dispuesto que no viese este Pontífice suceso tan placentero!





CAPÍTULO XLIX

SUMARIO

(1447). — Embajada del Rey á Florencia. — El Papa recibe á los mensajeros de la asamblea de Francfort. — Bula de Eugenio IV y regocijo en Roma. — Muerte edificante del Papa. — Juicios sobre este Pontífice. — D. Alfonso manda á Roma una embajada de duelo para asegurar á los cardenales la libertad en la elección. — Paz concordada con Sforza por el Rey y el Duque de Milán. — Reunión del Cónclave. — Pretensión de algunos barones romanos. — Intervención de don Alfonso. — Es elegido el Cardenal de Bolonia, Tomás de Zarzana, que toma el nombre de Nicolás V. — Sucesos desagradables en Roma. — El Rey manda al electo una embajada. — Carta á la Reina. — Embajadas y negociaciones. — Conferencia infructuosa. — Crúzanse las gestiones diplomáticas. — Convenio del Rey con Segismundo Malatesta. — Ruptura de los venecianos con Sforza. — Proposiciones del Duque de Milán al Rey con intención de heredarle. — Disturbios en Génova de los cuales saca partido D. Alfonso. — Misión de Luis Despuig en Milán. — Muerte del Duque Felipe María Visconti. — Su testamento nombrando heredero del Ducado al Rey D. Alfonso. — Retrato del último Visconti. — Consecuencias de su muerte. — Agitación de los milaneses. — Boil les entrega el Castillo. — Avances de los venecianos. — El Duque de Orleáns se apodera de Asti. — Ciudades que se declaran independientes de la república milanesa. — Prudencia y sagacidad del Rey en tan críticas circunstancias. — Su expedición en la Etruria. — Embajada á Sena. — Operaciones simultáneas del conde Sforza que se pone al servicio de la República milanesa. — Se le juntan los Piccinino y Coleone. — Entra en Pavía y Tortosa. — Anarquía en el territorio lombardo. — Nicolás V envía cartas á todos los príncipes que se apresuran á reconocerle como legítimo Papa. — Bula en favor del Rey.

El año de 1447 es de los más interesantes en la historia de las perturbaciones de Italia. Las del anterior fueron en aumento en éste, no solo por efecto de la ley peculiar á esta clase de desastres, sinó también por que les dió pábulo la muerte de dos personajes que hubiesen podido servirles de freno.



Procedamos, no obstante, por riguroso orden de fechas.

Se inaugura dicho año con una embajada del Rey á los florentinos, formada por Caraffelo Caraffa y Mateo Malferit, para que entrasen en la liga y concordia que él tenía hecha con el Papa y para que rompiesen su antigua amistad con los venecianos y con el Conde Francisco. Nuestros embajadores fueron recibidas por el Senado de Florencia y le hicieron presente que apesar de que el Rey trabajó siempre para acrecentar las buenas relaciones que habían existido entre los reyes sus predecesores y la Señoría, ésta sin embargo había favorecido secreta y manifiestamente á Jacobo Caldora, al Conde Francisco y á todos los enemigos de S. M. y de sus aliados. Añadieron que para que estas ofensas pudieran ser olvidadas, era preciso que desistiese de hostilizar el estado del Duque de Milán y que le devolviese los lugares y castillos que le había tomado. En el memorial de agravios de nuestros embajadores figuró de igual modo el reciente hecho de haber tomado puerto en Liorna, por causa del tiempo, una galeota del Rey que iba en demanda de Génova con dos galeras reales, y en vez de hallar la hospitalidad á que era acreedor por el derecho de gentes, fué atacada por las flotas de la señorías que estaban en dicho puerto, saliendo heridos muchos de la tripulación y con los dedos cortados el alferez que sostenía nuestra bandera, tras de lo cual fué reducido á prisión el patrón de dicho buque. Parece que el resultado de la embajada fué poco satisfactorio, de suerte que el Rey comprendió que no reduciría en detalle á sus enemigos siendo preciso buscar la manera de dar un golpe coutundente á la coalición, á fin de ver si los abatía en conjunto. (1)

Cuando se estaba en estos tratos (2) un suceso inesperado

(1) Aunque era tal la actitud de la señoría florentina, sin embargo, si hemos de dar crédito á Simonetta, Cosme de Médicis, de su propia cuenta, aconsejaba al conde Francisco que no siguiese más línea de conducta que la que le dictara su propio interés y á que no se considerase ligado á las dos repúblicas, las cuales no le habían ayudado únicamente por sus medios, sino por los suyos propios. Con este modo de proceder, Cosme inauguraba una nueva política y empezaba á mostrar los celos que tenía de Venecía, los cuales fueron parte para trocar casi todas las antiguas alianzas de la peninsula italiana. (a)

(2) Decimos en «estos tratos» y debiéramos haber escrito «en estos y otros tratos» porque la diplomácia italiana no se daba en aquellos dias un momento de reposo. En los archivos de Milán se conserva la minuta de las observaciones del duque de Milán á los capítulos estipulados por Tomás de Bolonia con el rey de

(a) Vid. Apéndices. XLIV.



vino á imprimir muy diverso aspecto á las complicaciones de de la península italiana. Nos referimos á la muerte de Eugenio IV, acaecida en Roma el dia 23 del mes de Febrero. Reseñémosla con los mayores detalles posibles, porque es interesante y aún podríamos decir dramática.

El Pontífice acababa de recibir á los embajadores de la asamblea de Francfort y había oido hasta con complacencia el discurso que en nombre de todos pronunció Eneas Silvio Piccolomini, apelando al amor hácia el bien público, á la humildad, equidad, humanidad y clemencia, que deben brillar constantemente en quien ciñe la tiara. Al salir de la recepción se sintió indispuesso y encargó á los cardenales que terminaran aquel asunto. Al poco tiempo los embajadores fueron recibidos en la cámara y Eneas Silvio les entregó la bula que acababa de extender por orden de Su Santidad. Este documento lleva la fecha de 7 de Febrero y es el último de su clase que firmó Eugenio. Por él concede y confirma á los alemanes muchos de los artículos concernientes á los beneficios, jurisdicción de diócesis, súbditos y vasallos de los obispos, annatas y servicios comunes; declara nulo todo lo actuado durante el cisma contra la autoridad de la Santa Sede; absuelve á todos los que siguieron al Concilio de Basilea después de su ruptura, siempre que volvieran á la unidad de la Iglesia ó que hubiesen vuelto ya; les restablece en sus oficios, dignidades y beneficios, todo con el beneplácito de los cardenales de la Santa Iglesia Romana.

Estas decisiones colmaron de júbilo la ciudad eterna, echándose á vuelo las campanas, quemándose fuegos artificiales y

Francia de que hemos dado cuenta en el capítulo que antecede; también se halla la carta original escrita por D. Alfonso al conde Francisco, prometiéndole que si se ponia de su parte, no solo le dejaría requisar caballos en el Reino, conforme lo pedía, sinó que le haría mayores y más favorables gracias; de igual modo figuran las instrucciones dadas por el Felipe María al ya citado Tomás de Bolonia, enviado nuevamente por él á Francia para la reforma de los capítulos de alianza convenida con Carlos VII; de la propia suerte se conserva la comunicación del conde Francisco al Duque de Milán, dándole noticias y esplicaciones de cuanto habia practicado en cumplimiento de la inteligencia establecida con él; no menos que la minuta de las reformas á los capítulos estipulados entre el Duque de Milán, don Alfonso y el papa Eugenio; también encierran un documento del que resulta que Marcelino Barbavara fué enviado por el Papa, el Rey y el Duque á platicar un acuerdo con el Conde Francisco.

Vid. *Doc. dipl.* Vol. III, part. II, núms. CCCLXXVIII, CCCLXXIX, CCCLXXX, CCCLXXXI, CCCLXXXII, CCCLXXXIV.



organizándose una solemne procesión que salió de la Iglesia de San Marcos, llevando las principales reliquias que son orgullo de la capital del orbe católico, y se dirigió á San Juan de Letran, en donde se depositó la mitra del papa San Silvestre que se había recibido de Aviñon hacía muy poco.

A todo esto la enfermedad de Eugenio se agravaba por momentos, y el arzobispo de Florencia, San Antonino, historiógrafo de aquellos sucesos, entró á visitarle con los santos óleos, dispuesto á administrarle la unción. Así que el Papa le vió, le dijo en tono firme y seguro: ¿Porqué venís sin que os lo haya mandado; porqué no esperárais mis órdenes antes de darme los Santos Sacramentos?

No obstante, conociendo luego que se aproximaba su última hora, llamó á todos los cardenales que se hallaban en Roma, les hizo entrar en la cámara y cuando cada uno hubo ocupado el lugar que le correspondía, les dirigió estas palabras con la mayar entereza de ánimo. [1]

“ Llegó mi hora y he de morir. No me quejo de las leyes de la naturaleza. Viví mucho y recibí muchos honores. ¡Ojalá que hubiese cumplido los deberes de mi cargo! Pero Dios se paga más de la voluntad que de las obras. No busqué la tiara, sinó que ella se vino á mí. Muchas contrariedades han acaecido en el tiempo que ocupé la Santa Sede. No por esto me creí menos acepto á Dios; porque, por lo mismo que nos ama, nos corrige y nos castiga. Los secretos del Cielo son inexcrutables. Sea como quiera, antes de que se cierren mis ojos, tengo el consuelo de ver á la Iglesia reunida. Todos los presentes sois cardenales creados por mí, con escepción de uno, á este le traté como hermano y á todos como hijos. Os ruego que conservéis los vínculos de la paz: amáos los unos á los otros, no haya divisiones entre vosotros, cumplid la ley de Dios y ayudáos á llevar vuestra carga. Pronto vacará la Sede Apostólica. Ya sabéis quien codicia este solio. Elegid al que me supere en doctrina y virtudes. No os seduzca la afección. Consultad el interés general y no el privado. Si habíais de escuchar mis ruegos,

(1) Este discurso lo hemos traducido del libro que Muratori, en su colección intitulada *Scriptores rerum italicarum*, publica con este epígrafe: Ex aditamentis ad Ptolemæum Lucensem é Codice Msto. Patavino et penes Baluzium. Tom. III, parte 2.ª; column. 968.



os diría que vale más que elijáis á un varón modesto por unanimidad, que á otro prelado, si para ello ha de haber discordias. Donde está la paz, allí está el espíritu de Dios. Hemos consumado la unión, pero no hemos arrancado del todo la raiz de las discordias. Ved que no germinen y pululen, y sobre todo, no las fomentéis. Si estáis concordes, la Iglesia está salvada; si discordáis solo presentará miserias. Un sentimiento paternal me hace hablaros así; porque ya sé que no ignoráis cuanto á la Iglesia conviene. No disputéis sobre mis honores póstumos, haced no más que lo que sea de costumbre. Fuera las pompas y la gloria pasajera del sepulcro. Sea permitido á mis restos descansar en lugar humilde en frente de Eugenio III. „

Estas palabras fueron dichas con voz tan conmovedora que los cardenales todos prorrumpieron en acerbo llanto. Después de haber guardado silencio por algunos momentos, le rogáron que levantara el destierro al Cardenal de Capua, empero el Papa les contestó lo que Jesucristo á los hijos de Zebedeo. " No sabéis lo que pedís. „ ¿Qué delito había cometido aquel infeliz purpurado? Casi ningún autor de los que refieren los últimos momentos de Eugenio dice una palabra acerca de este punto. Sin embargo Eneas Silvio Piccolomini, en su descripción de la Europa (1) dice que por celos de Luis Scarampo, Patriarca de Aquilea, y por mala voluntad á los consejeros de Eugenio, más que á Eugenio mismo, algunos cardenales, y entre ellos el de Capua, atizaban al Conde Francisco, cuya circunstancia fué causa de su destierro. (2) Esto concuerda con el pasaje que tomamos de Muratori al comenzar la reseña de la campaña de 1446 en el capítulo que antecede.

Después el Papa hizo que se le acercase el Arzobispo de Florencia y le olease, tras de lo cual sintió que las fuerzas le faltaban y cerró para siempre sus ojos á la luz.

Su cuerpo fué embalsamado y expuesto en la basílica de San Pedro para que el pueblo pudiera besarle los piés, y luego se le dió sepultura junto á la de Eugenio III, conforme había

(1) *Æneæ Sylvii Pii II Pontificis Maximi in historiam ubique gestarum locorumque descriptionem. De Europa*. Cap. LVIII.

(2) *Erant enim inter Cardinales nonnulli qui Lodovici potenciam indignantes, Franciscum non quasi adversus Eugenium. sed contra ejus concilium invitabant, inter quos Nicolaum Capuensem in urbe gratiosum ac potentem fuisse commemorant. Nam Eugenius per id tempus, eum de ipsa re suspectum, Roma amovendum curavit.* »



deseado. Algún tiempo después se le trasladó al monasterio de San Salvador, de la congregación de canónigos regulares á la que había pertenecido.

Muchos son los autores que se ocupan de su biografía y juicio de sus actos. Empecemos por decir que tenía sesenta y cuatro años de edad y que había ocupado la silla de San Pedro por espacio de diez y seis, menos ocho dias.

D. Alfonso, al anunciarle la enfermedad de Eugenio y la serenidad con que había rechazado la unción por considerarla fuera de tiempo, refiere Baluzio que exclamó: "Debemos acaso maravillarnos de que luchara con el conde Francisco, con los Colonnas, conmigo, con toda Italia, él que se atrevió á combatir con la muerte, y apenas fué vencido por ella? „

Tolomeo Lucense, en el Códice ya citado, escribe de él estas palabras: "Apenas se hallará un papa en cuyo pontificado aconteciereu más sucesos, tanto adversos como favorables. Congregó el Concilio y lo disolvió, sostuvo muchísimas guerras, venció y sucumbió. Sufrió la sentencia de deposición pronunciada contra de él á nombre del Concilio. Depuso á los que le habían depuesto. Tuvo un adversario y competidor en el pontificado. Empezó la neutralidad con aquel pontífice, cosa nueva é inusitada. Perdió la Alemania y la recobró; redujo los griegos á la unión. Dió la ley á los Jacobitas que ignoraban el Evangelio. Envió una escuadra contra los turcos. Dió potestad al Legado Julián sobre los Husistas. Primero movió guerra al Emperador Segismundo y luego le concenió la corona. Privó de la dignidad á varios Arzobispos y obispos. Tampoco dejó incólumes á los Cardenales y Electores del Imperio. Canonizó á San Nicolás de Tolentino. Se apoderó de Roma, huyó de ella y volvió á ella. Perdió la Marca y la recobró. Escomulgó á Braccio de Montone y después de muerto le absolvió. Elevó á Juan Vitellesco, luego le puso preso, el cual murió en la cárcel. Fué dueño de Bolonia, y después la perdió. Fué enemigo del Rey de Aragón y más adelante le confirmó en el Reino. Primeramente fué amigo de los venecianos, más tarde empezó á ser tenido por sospechoso. Fué de gran corazón. Su mayor defecto consistió en no medir las cosas, emprendiendo, no lo que podía, si no lo que quería. „



Eneas Silvio, en el libro ya citado, hace de él este brillante elogio: " Fué, á la verdad, Eugenio un grande y esclarecido pontífice, despreció el dinero y estimó sobre todas las cosas la virtud. Ni se ennorgulleció en la próspera fortuna, ni en la adversa se abatió. La esperanza no le aumentó la alegría, como tampoco el miedo fué parte para acrecentarle el temor; su ánimo fué sereno y su semblante igual; hablaba poco y sus palabras llevaban el sello de la gravedad. Era duro y áspero con los enemigos, pero siempre estaba dispuesto á recibirles bajo su protección. Brillaba por la distinción del continente, compostura del rostro y la veneranda magestad de su vejez; algunas veces fió demasiado de las personas en quienes había depositado su confianza y les dió más atribuciones de lo que era razonable. Su padre comerciaba en Egipto juntamente con el de Francisco Foscari, y habiendo ido entrambos á consultar con un hermitaño, oyeron de sus lábios un vaticinio igualmente lisonjero. Al uno le pronosticó que su hijo sería el príncipe de su pátria, al otro le auguró que su hijo llegaría á ser sumo pontífice. Eugenio recibió en las pilas bautismales el nombre de Gabriel; al llegar á la adolescencia, después de haber dado tierra á sus padres, distribuyó, insiguiendo las enseñanzas del Evangelio, el patrimonio, no pequeño, que constituía su herencia, entre los pobres de Jesucristo. "

Hé aquí como le juzga Fleury, apesar de que en su obra muestra bastante inclinación á los padres de Basilea. " Si Eugenio tuvo sus defectos, reunió también grandes cualidades. Su pontificado fué presa de contínuas agitaciones, en el cuál alternaron la buena y la mala fortuna. Terminó con bastante gloria todas las guerras emprendidas por él y no se mezcló en las disenciones que mediaban entre los príncipes cristianos. Obligó á los griegos á someterse á la Iglesia romana, convirtió á los armenios y á los jacobitas é hizo que los príncipes emprendieran muchas cruzadas. Aunque no alcanzó reputación de sábio, no dejó de componer algunos escritos contra los husitas. Amaba á las personas doctas, fundó muchas iglesias y fué muy caritativo con los pobres. Perdió la Marca de Ancona, pero la recobró poco después. Si fué depuesto en el Concilio de Basilea, sin embargo no se sometió, y hasta despojó de la púr-



ra á los que habían contribuido á su deposición. No se puede negar que tuvo mucha ambición, puesto que con el único objeto de mantener su autoridad, no reparó en prolongar un tan largo cisma en la Iglesia. La falta que cometió engrandeciendo á su sobrino, que elevó á la dignidad cardenalicia, y el descansar demasiado en él en lo tocante al gobierno, le atrajo una gran desgracia. Este sobrino que solo pensaba en enriquecerse y en divertirse, se portó tan mal con los romanos, que éstos no pudiendo sufrir por más tiempo su conducta, y formalmente irritados de un ultraje señalado que les había hecho, tomaron las armas contra el Papa, que á duras penas pudo salvarse por el Tiber disfrazado de fraile. „ (1)

El Rey que se hallaba en Tívols, en cuanto supo la muerte de Eugenio, mandó de embajadores á Roma á Marino Caracciolo, Conde de Santangelo, á Juan Antonio Orsino, Conde de Troya, á García Cabanillas y á Caraffelo Caraffa, con órden de dar el pésame á los cardenales y asegurarles que podían elegir con libertad al nuevo pontífice, sin que hubiesen de temer de la vecindad del ejército aragonés, pues que él estaba allí para ayudarles y protejerles.

Fazzio asegura que habiéndose preguntado al Rey cual de los cardenales le gustaría más especialmente que fuese elegido, respondió que el que reuniese todos los votos y todas las voluntades del Sacro Colegio.

Los cardenales contestaron á la embajada, que quedaban sumamente agradecidos á su buena voluntad y que no dudaban que los actos corresponderían á las promesas, si la ocasión se presentaba.

Mientras acontecía el tránsito de Eugenio IV, D. Alfonso había zanjado todas sus desavenencias con el Conde Francisco y por mediación del Duque le había recibido bajo su protección, dando al olvido las mil ofensas que de èl tenía recibidas. Una de las primeras muestras de perdón fué concertar con Felipe María que entre los dos le tomarían á sueldo para emplear-

(1) El juicio que hace de Eugenio IV Sismondo Sismondi es bastante más severo. « *Le austerità monastiche*, dice, *alle quali rigorosamente si attenne, fecero scordare agli scrittori ecclesiastici il suo scandaloso disprezzo dei giuramenti più solemni, la sua cieca confidenza in indegni favoriti, e la parte che egli ebbe in tante odiose perfidie: essi lo rappresentarono come un santo; ma la storia non può risguardarlo se non come un trito principe.* T. IX, p.ª 225 y 226.



le en beneficio de la Iglesia y contra los venecianos y florentinos sus comunes enemigos. Esta concordia se firmó en Tívoli el dia 2 de Marzo, y en el propio mes se presentó al Rey en la misma villa, Alejandro Sforza á ofrecerle sus respetos en nombre de su hermano Francisco y en el de Federico de Montefeltro, Duque de Urbino. (1)

Durante los nueve dias que duraron los funerales del Papa los diez y ocho purpurados que se hallaban en Roma, se reunieron todas las tardes en Santa María de la Minerva, á fin de tomar de común acuerdo las medidas necesarias para proceder á la elección. El cardenal de Capua, que era de la familia de los Colonnas, abandonó su destierro y se presentó en Roma. El pueblo y una gran parte del clero, le recibieron con mucha alegría, manifestando deseos de que se le elevase al pontificado.

En las exequias del Papa hubo dos oraciones fúnebres; pronunció la primera Malatesta, auditor de la Rota, que hizo una descripción del estado en que se hallaba en aquellos momentos la corte de Roma; la segunda la dijo el Cardenal de Bolonia que se ocupó en la manera como debía hacerse la elección, sin que fuese lícito escuchar el odio, ni obrar á impulsos del favor. Fué tal la fuerza y la discreción con que supo expresarse, que

(1) Simonetta da más detalles acerca de esta reconciliación. Dice que Felipe María prometió á su yerno doscientos cuatro mil florines de oro al año por las pagas de su ejército, suma igual á la que hasta entonces le habían satisfecho los florentinos y venecianos; que al mismo tiempo le dió el mando supremo de todas las fortalezas y tropas del estado de Milán; que le mandó dinero y que hizo que D. Alfonso se lo mandara, con lo cual el conde se dispuso á entrar acto contínuo en campaña.

En el archivo de estado de Milán se halla una carta original de Marcolino Barbavara al conde Francisco en la que le dá cuenta del resultado de las gestiones que éste le había encargado cerca del Rey. Copiaremos los párrafos más importantes. «*In effecto la sua serenitá é restata contenta non solamente pagare quello doveva pagare el papa, ma etiemdio de contribuire de maiore quantitá, che non era stato razonato da prima, cioé de ducati norantaquattromilia d' oro et in oro ogni anno per duy anni, come ha scripto el prefato signore che ' l restava contento per duy anni, et vole pagare questi denari in questo modo, cioé vintimilia ducati nel mese presente, et altri XX.m nel mese d' aprile sequente al piu tardi, et lo resto per la mitá al fine de li sey mesi dal di de la ferma vostra, et l' altra mitá al fine de l' anno. Et questo per lo primo anno. Ma per respecto al secondo anno resta contento per tucto mezo del dicto anno de pagare XXXX.m ducati, et li altri LIIIj.m de sey mesi in sey mesi, como é dicto sopra, et cossi ha promesso la sua serenitá per capituli firmati en conclusi cum si, et sigillati del suo sigello et ancora subtoscripti de soa propia mano, et deve fare ex bursare li dicti denari a li dicti tempi a qualunche messo del prefato seynore o vostro, havendo expediente mandato á ció.*

Como en aquellos dias se estaba en lo de la eleción del papa, Barbavara terminaba su carta diciendo: «*Quanto a la electione del Papa ce ho scripto per altre quello haveva inteso. Adesso non mi occorre altro, excepto che tucto se fará per haverne uno che sia amico. et non volendo essere, se haverano de li modi de farlo pentire.*

Vid. *Doc. dipl.* Vol. III, part II, n.º CCCLXXXIX.



su auditorio decía que tan sábio orador era digno de ascender al Pontificado.

Diez dias después de terminadas las honras del Papa, los cardenales resolvieron reunirse en cónclave en el dormitorio de Santa María de la Minerva, aunque los canónigos de San Pedro se oponían á ello, sosteniendo que la elección se hacía con más libertad en el Vaticano, residencia habitual de los pontífices. Con el consentimiento del Sacro Colegio, los tres cardenales jefes de la órden, fueron á poner las guardias en las avenidas del cónclave y se confiaron las llaves de las cuatro puertas á los arzobispos de Rávena, Aquilea y Sermonetta y al obispo de Ancona, quienes se instalaron en el Capitolio, cuya custodia estaba al cargo del embajador de los caballeros de la isla de Rhodas. Muhos barones romanos y en especial Juan Bautista Savelli, quisieron entrar en el cónclave, invocando antiguos privilegios; pero los cardenales se denegaron á ello por temor de que fuesen parte para que se hiciese una mala elección.

Fazio indica que D. Alfonso contribuyó á tener á raya á dichos barones, amonestándoles por medio de cartas y enviando á personas que apoyasen y favoreciesen el cónclave. (1)

No esplicaremos las vicisitudes del cónclave que nos llevarían demasiado lejos; solo diremos que al principio llevaba gran mayoria el Cardenal Colonna, quien llegó á obtener hasta once votos de los doce que se necesitaban de entre los diez y ocho purpurados que tomaban parte en la elección; pero al tercer dia un noble arranque del cardenal de San Sixto los arrastró á todos, resultando elegido el Cardenal de Bolonia, llamado Tomás de Sarzana.

¿Influyeron en la rapidez del resultado el miedo que inspiraban D. Alfonso, el Conde Francisco y el mismo antipapa Amadeo? Los autores que tratan especialmente de aquel cónclave así lo indican, y Tolomeo Lucense pone en boca del Cardenal Marin estas palabras, como pronunciadas en los momen-

(1) *Deinde proceres Romanos (quorum nonnulli motus nuntiabantur) favere paratos, prout in suos quisque affectus erat, nequid intercederent quo minus comitia ipsa rite fierent, per litteras monuit. Quibus partim metu, partim verecundia deterritis, missis insuper á Rege, qui Collegio adessent, faverentque, Thomas Episcopus Bononiensis, quem Nicolaum quintum appellavere, Pontifex Maximus factus est.*



tos en que los ánimos de los conclavistas estaban más perplejos, y no acertaban á dar el último voto que le faltaba al Cardenal Colonna. "*¿Quid, Rererendissimi Patres, tempus terimus? ¿Nihil Ecclesiæ periculum est cunctatione nostra? Urbs anceps est. Rex Aragonum inminet. Amadeus Sabaundiæ nobis insidiatur. Comitem Franciscum hostem habemus, heic multa, incommoda ferimus. ¿Quin Pontificem citiùs elegimus?*

El electo quería excusarse protestando de que era indigno de este honor, pero al fin fué obligado á rendirse á las súplicas del Sacro Colegio.

Dos palabras acerca de sus antecedentes: ya hemos dicho su nombre y apellido; había visto la primera luz en un lugar cerca de Suni, ciudad episcopal, cuya sede se trasladó á Sarzana. Su padre se llamaba Bartolomé, y era médico, y toda su familia de mediana condición. Eugenio supo estimar la gran piedad y doctrina que en él se atesoraban y le nombró cardenal de Santa Susana, en recompensa de lo bien que desempeñó, según ya dijimos, la embajada cerca de la asamblea de príncipes alemanes en Francfort. Tomó el nombre de Nicolás V, como tributo de consideración á Nicolás Albergati, cardenal de Santa Cruz, de quien había sido familiar. Algunos aseguran que éste le predijo que llegaría á ser Papa.

En la monumental colección de Muratori, tantas veces citada, (1) se halla una vida de este papa escrita por Iannozzo Manetti, uno de los más distinguidos literatos de Florencia y aún de toda Italia, con este título: *Vita Nicolai V Summi Pontificis, auctore Jannotio Manetto florentino.* En ella resume los talentos de Tomás de Sarzana en esta forma:

Grammaticus, Rhetor, Geometra, Pictor, Aliptes,
Augur, Scenobates, Medicus, Magus omnia novit
Græculus esuriens: ni cœlum jusseris, ibit. (2)

Demos cuenta ahora de algunas particularidades que ocurrieron después de su elección.

Así que quedó terminada, el cardenal Colonna, primer diácono, abrió, según costumbre, la ventana del cónclave y sa-

(1) Tom. III pars. II.
(2) Eneas Silvio habla de él en los siguientes términos: «*Nicolaus quintus natione Tuscus ex oppido Sarzana, patre médico, theologica doctrina illustris, et omni ferme scientiarum genere insignis, post Eugenium in Petri cathedram suffectus est.*»



cando la cruz afuera, anunció al pueblo el resultado. Pero como dicha ventana se hallaba muy alta, no se pudo entender el nombre del nuevo Papa y muchos dijeron que el favorecido con la mayoría de sufragios era él, lo cual causó gran alarma á los que pertenecían á la facción de los Orsini, obligándoles á correr á sus casas á fortificarse. El pueblo romano, contento con tener un papa de la ciudad, se llenó de alegría y festejó la supuesta elección con bailes, fuegos y festines. Cuando se supo la verdad, por una de aquellas estúpidas mudanzas que suele presentar el ánimo de la plebe, la casa del Cardenal Colonna fué saqueada, no menos que la del Pontífice real, el Cardenal de Bolonia.

Cuando D. Alfonso supo la elección de Nicolás V, que fué en Tívoli el dia 6 de Marzo, se apresuró á mandarle, al siguiente, una embajada compuesta de Honorato Gaetano, Conde de Fundi, de D. Ramón Guillen de Moncada, de Carlos de Campobasso y de Marino Caracciolo, para que le felicitasen y le prestasen obediencia. (1)

El Papa se trasladó del lugar del cónclave á la Iglesia de la Minerva, se le colocó en el altar mayor y fué adorad opor los cardenales. De allí pasó á San Pedro montado en una jaca blanca que guiaba Procobio senador de Roma, y cuando estuvo sobre la escalinata dió la bendición al pueblo. Dice Tolomeo Lucense que en la misa recibió tres veces agua, la primera del emba-

(1) La carta dirigida por D. Alfonso á la Reina, que insertamos á continuación, dá pormenores interesantes acerca del personal de las embajadas que fueron mandadas á Roma.

«Illustrissima Reyna nostra molt cara e molt amada muller. Avisamvos per vostra consolació è plaer com per gracia de nostre senyor Deus stam ben sans de nostra persona é nostres fets en aquestes parts van de be en millor. E perque sabem trobareu plaer vos avisam de les noves açí occorrents, ço es que á XXIII de febrer prop passat mori nostre Sant Pare papa Eugeni. E á sis del present mes fou elegit en papa lo cardenal de Bolunya lo qual ha nom Nicholaus quintus e a XVIIII del dit mes fou coronat á la qual coronacio nos trametem embaxadors los spectables magnifichs è amats Consellers nostres lo Comte de Fundi, comte de Tallacoço, comte de Aderno e comte de Termuli. E apres havem trames Embaxadors per donarli la obediencia los spectables magnifichs e amats consellers nostres lo comte de Tallacoço, lo comte de Ariano mossen Berenguer darill almirall darago, misser Carrafello, micer Martin de Vera e micer Mathon Malferit. Lo dit nostre sanct pare comença virtuosament e be si axí persevera speram sera servey de nostre senyor Deu e be vniversal de sancta mare sglesia. E sia Illnstrissima Reyna nostra molt cara è molt amada muller vostra curosa guarda la sancta Trinitat. Data en la ciutat de Tibuli á XXIIII de Març del any mil CCCCXXXXVII. — Rex Alfonsus.»

A la Illustrissima Reyna nostra molt cara amada muller et loctinent general

Dominus Rex mandavit michi

Francisco Martorell



jador de Chipre, la segunda del del Rey y la tercera del del Emperador. Después de la coronación recibió á nuestro embajada.

Bien pronto Nicolás V tuvo ocasión de poner á prueba sus escelentes dotes de gobierno. Poco después de las antedichas ceremonias llegaron á Roma los legados de Venecia para felicitarle en nombre de aquella señoría, y apenas cumplida su misión, hallaron forma de entablar con él conversación acerca de la guerra. Manifestáronle que los venecianos estaban cansados de la que sostenían con el Duque de Milán y que nada les sería tan grato como el que Su Santidad mandase un representante suyo á Ferrara, adonde acudirían de igual modo los emisarios de los demás estados de Italia para concertar la paz general. Nicolás se alegró muy mucho de tal propósito, pues deseaba más que nadie que aquella hermosa península, presa de tanto tiempo de estériles agitaciones, gozase al cabo de alguna quietud. Por lo tanto les contestó que en breve diputaría un nuncio suyo á la citada ciudad. No pararon aquí las gestiones leales ó simuladas de los de Venecia, sinó que al partir de Roma se dirigieron á Tivoli para conferenciar en igual sentido con el Rey. Oyóles éste con no menos benignidad, respondiéndoles que su más viva satisfacción sería el trabajar con todas sus fuerzas por la paz de la pobre Italia.

Algunos dias después los florentinos mandaron también su embajada á la ciudad eterna, y así que hubieron cumplimentado al Papa, hicieron la via de Tivoli para entablar negociaciones con D. Alfonso. Escuchóles éste con no menor agrado que á los venecianos y contestó á sus proposiciones de paz, que estuviesen seguros de que él por su parte no dejaría de hacer todo lo posible para lograrla.

A poco se pusieron de acuerdo el Papa y el Rey sobre este mismo asunto, enviando el primero á Ferrara al cardenal Morinense, francés de nación, muy perito en la ciencia del derecho y hombre de muchas y muy relevantes cualidades, y el segundo á Caraffelo Caraffa y á Mateo Malferit, para que concertasen la paz, ó en su lugar una tregua, según lo que prefirieran los venecianos.

Llegó el dia señalado para la conferencia y reunidos todos



los representantes de los diversos príncipes y estados de Italia, en presencia del legado pontificio y de Lionello de Este, Marqués de Ferrara, tomaron la palabra los venecianos Mateo Victorio y Pascual Maripetro y remontándose á la fundación de su ciudad en tiempo de Atila, expusieron la política tradicional seguida por su gobierno, que al decir de ellos, era de tranquilidad y quietud, no apelando jamás á las armas, sinó cuando á ello se veía precisado por las agresiones de otros. Presentaron sus cargos contra el Duque de Milán, diciendo que no tenían enemistad con sus súbditos y que estaban prontos á hacer la paz con ellos el día que Felipe-María falleciese; pero que por entonces, ya que el Duque les había movido una guerra injusta, se hacía necesario para firmar la paz, que les indemnizase de todo el dinero gastado, y si por acaso aquella larga campaña hubiese dejado exhausto su tesoro, exigían que les pignorase algunas plazas ó territorios hasta la completa liquidación de la deuda. Los legados del Rey trataron de convencer á los venecianos de que tenían toda la culpa de la guerra; más viendo que no estaban dispuestos á ceder, les propusieron poner el asunto á la deliberación y juicio arbitral del Papa. Los embajadores de Venecia se negaron á ello, y después de contender inútilmente, se disolvió la conferencia sin ningún resultado positivo.

Cumple ahora á nuestro propósito y al mejor orden de fechas, dar cuenta de una série de asuntos diplomáticos, si se quiere de segundo orden, pero no destituidos de interés, que muestran el curso de los manejos de cada una de las partes contendientes para llevar adelante sus egoistas planes, ora contentando á los amigos, ora perjudicando á los adversarios, intrigando para tener de cada día más eficaz poderío, pero en todas ocasiones á costa del menor gasto posible.

El Rey, apesar de haberse concertado con el Conde Francisco, temiendo siempre para sí, y, después de su muerte, para su hijo, la vecindad de aquel inquieto y turbulento caudillo, aconsejaba bajo cuerda al Pontífice que no le cediese las tierras y castillos que hábía usurpado en la Marca ni le diese los vicariatos francos, como pretendía.

Entre tanto Francisco Sforza negociaba por medio de Pe-



dro Pusterla (3 Marzo), con el Marqués de Ferrara y con el señor de Faenza para que entrasen al servicio del Duque de Milán; más el Marqués pedía (7 Marzo) que el Duque, con arreglo á platicas antiguas, le diese cuarenta mil ducados al año.

El papa mostraba cada vez más favorables disposiciones en pro de la paz y no estaba muy dispuesto á gastar el dinero de la Iglesia en pagar compañías de gentes de armas; así se lo decía Marcolino Barbavara al Conde Francisco, (8 Marzo) añadiéndole que habían salido de Roma el Camarlengo y el vicecanciller á tratar con el Rey de este asunto, pero que él sabía que no lograría nada, por cuanto S. M. estaba resuelto á darles á entender que las palabras de paz no eran de su agrado, escepto en el caso de que antes se proveyera respecto del dinero que debía entregarse á Su Señoría, á fin de que por este medio los enemigos otorgaran mejores condiciones. D. Alfonso tenía determinado que si Su Santidad y los cardenales no venían á mejor acuerdo, tomar sobre sí el cargo de pagar al Conde y decirles que estuviesen seguros que luego se lo haría satisfacer todo á ellos; y si esta manifestación no bastara, estaba resuelto á pasar de las palabras á las obras. (1)

Apesar de haberse entregado el Conde Francisco al Duque de Milán, al Rey y al Pontífice, procuraba no romper del todo con los venecianos, haciéndoles decir por Juan de Amelia (9 Marzo) que se maravillaba de que se dijese por Venecia que él había tomado la vía del Duque de Milán, por cuanto siempre había dicho á los embajadores de la ilustrísima liga, que se hallaba en el mismo ser y condición que en lo pasado respecto de ella y que su voluntad era servirla; que si se hallaba apartado de la Señoría veneciana, había sido porque ésta así lo había querido; por lo cual acababa encargando á su mensajero que rogase el pago de lo servido.

Sin embargo al tiempo en que el Conde se expresaba de este modo, trabajaba eficazmente para procurar secuaces á Felipe María y suscitar enemigos á la Señoría véneta. El archivo de Milán nos ha conservado las pruebas de lo que hizo en este

(1) *Et, se ancora*, dice el documento, *questo non adiutarà, mostra de volere usare altro che parole, zoè venire alli facti, dicendo che li preti sono homini da bastonate et non da preghiere.*



sentido respecto de Roberto de Montealbodo y de Orlando de Pallavicino, y de las instancias que interponía para que el Rey por su parte tomase á sueldo á entrambos Malatestas, el de Rimini y el de Cesena, ya que el Pontífice había contestado que no podía con tales gastos. Si hemos de dar crèdito á Marcolino Barbavara, D. Alfonso se hallaba en aquella sazón tan decidido, que confiaba que su bandera sería la que primero saldría á campaña en aquel año, mostrándose altamente resuelto y entusiasmado en favor del Duque de Milán.

No debieron ser desoidas las instancias del Conde tocante al asunto de la contrata de los Malatestas, por cuanto el mismo Marcolino Barbavara le escribía poco después, (18 Marzo). diciéndole que S. M. había ofrecido á los cancilleres de aquellos caudillos tomar á sueldo al de Rímini con seiscientas lanzas y otros tantos infantes, y al de Cesena con cuatrocientas lanzas é igual número de infantes, á razón de cincuenta ducados por lanza.

El dia 26 de Marzo el Magnánimo expedía desde Tivoli una promesa solemne, firmada de su puño y letra, sellada con su sello pequeño y refrendada por Arnaldo de Fonolleda, por la cual se obligaba solemnemente á defender los estados de Francisco y Alejandro Sforza y de Federico, Conde de Urbino, y á tener los tres por adherentes y aliados.

Poco después Alejandro Sforza escribía á su hermano el conde (27 Marzo) participándole haber celebrado una conferencia con el Rey en la susodicha ciudad de Tivoli, en la cual le había arrancado la promesa de entregarle cuarenta mil ducados, cuya suma no tenía disponible por entonces, pero debía tenerla, á lo más, dentro de doce dias, pues acababa de mandar por ella á Fonolleda y á Tomás de Riete. También le decía que se habían obtenido los bienes del papa para los Malatestas, y que al cabo Su Santidad se conformaba en dar á don Alfonso treinta y cinco mil ducados, que se harían efectivos pasado un mes. De igual modo le hacía saber que el Rey estaba dispuesto, en cuanto llegase el verano, á ofender á los florentinos, y terminaba encareciéndole la conveniencia de hacer entrega de la ciudad de Iesi para tener contento al papa que quería aquella plaza.

Los manejos secretos correspondientes al mes de Marzo rematan con una carta del conde al Duque de Milán, fecha del 29, avisándole de que Roberto de Montealbodo acababa de tomar sueldo de los venecianos, y con otra del mismo á Marcolino Barbavara, fecha del 31, encargándole que persuadiese al Rey de no emprender cosa alguna contra los florentinos para que no se uniesen con los venecianos.

En el mes de Abril prosiguieron las negociaciones entre el Pontífice, el Rey, el Duque, las Señorías y los caudillos, siempre á los efectos indicados, es decir con miras más ó menos egoistas que patrióticas, tirando de contínuo al personal engrandecimiento.

Uno de los asuntos que más dió que escribir fué la cesión de Iesi.

El dia 1.° de dicho mes, Barbavara decía á Sforza que el Papa se conformaría en dar algún dinero para recobrar dicha ciudad, pero no manifestaba cuánto. "Veré, añadía, literalmente dicho emisario, hasta qué cantidad llegaría, no mostrando, sin embargo, consentir en la cesión, antes bien diciendo lo contrario. „

Sobre el mismo escribía Alejandro Sforza á su hermano, (2 y 3 de Abril) pero con menos esperanza que Barbavara, pues le comunicaba, tocante á la indemnización insinuada, que el Papa había dicho que no podía ni debía dar dinero alguno.

El Conde escribió el 2 de Abril á su hermano, aprobando en todas sus partes los más de los asuntos de que le había ido dando cuenta; pero en lo que insistió con mayor interés fué en la conveniencia de haber disuadido al Rey de que de ningún modo soliviantase á los florentinos. Esta parte de la epístola del Conde, por su gran interès político, merece ser traducida literalmente.

" De los embajadores que el susodicho Rey manda á Génonova y á Florencia, del de Génova no se me ocurre cosa alguna, pero del que dice querer diputar á Florencia, me parece que las artes que has empleado para hacerle sobreseer han sido buenas y laudables y yo sobre este asunto le he escrito dos cartas que encerraban mi parecer y aquello que es bien que se haga; esto es que la magestad del Rey no les mande,



ni emplee palabra, ni acto alguno por el cual los florentinos tengan que dudar de él, porque esto sería ocasión para echar á perder todo lo que ha comenzado bien; por cuanto, aunque son estimulados dia y noche por los venecianos á hacer gastos y le han sido mandados allí los Malatesta y muchos otros para que los tomasen á sueldo, con todos ellos se manifiestan tibios y no dan oidos á ninguno, sino palabras generales, y esto por que tienen puestos los ojos en mí y no ven otra cosa, si no qué movimiento hará el Rey, porque, según lo que el Rey hará, así se conducirán ellos, y obrando la Magestad del Rey como he dicho y como es necesario que obre para conseguir que las cosas vayan bien, dichos florentinos no harán gastos, por cuya manera estoy cierto que entre los venecianos y ellos nacerá la discordia, y según me avisan nuestros amigos, aún podría ser que los florentinos fuesen de los nuestros; pero si el Rey les infundiese miedo, ellos gastarán y lo harán todo para entenderse con los venecianos, que no irían perdiendo. De suerte que te entenderás con Marcolino para que se ponga remedio á eso, como he dicho, porque, además de estas razones, hay los capítulos entre el Duque y yo, en los cuales se estipula que no pueden ser los dichos florentinos ofendidos por la dicha Magestad, ni molestados, sin consentimiento mio, en modo alguno. „

En otra carta del 6, el conde insistía eficazmente acerca del mismo extremo, encareciendo á su hermano Alejandro la conveniencia de que el Rey tratase bien á los embajadores florentinos que habían ido al cuartel real con idea de adormecerles y hacer que dejasen pasar la oportunidad de tomar á sueldo á varios caudillos que en aquella sazón no tenían contrata.

A este encargo contestaba Marcolino Barbavara, con fecha del 9, que no creía oportuno dar semejantes consejos á S. M. por cuanto los embajadores florentinos que habían estado en presencia suya, habían oido de sus labios que su ánimo estaba más dispuesto á la paz que á la guerra con ellos, siempre que se quisiesen apartar de la vía de los venecianos, pero que los dichos embajadores no se inclinaban á ello, antes bien, decían claramente que en Florencia se había deliberado dar ayuda á los venecianos con dos mil caballos y mil infantes.



Entre los móviles del empeño que tenía el conde de que el Rey no rompiera con los florentinos, debemos citar especialmente los consejos que en este sentido le daban Cosme de Médicis y otros señores de Florencia. Así se lee en una carta que Sforza escribía á Nicolás Guarna con fecha del 10 de Abril.

Tanta era la mella que estos consejos hacían en el ánimo del conde, que, á pesar de lo que Barbavara le había escrito, le contesta el dia 13 del mismo mes, insistieudo en la necesidad de que D. Alfonso no disgustase á los florentinos, asegurándole no ser verdad que hasta entonces hubiesen tomado á sueldo á nadie.

Por aquellos mismos dias (16 de Abril) el Duque de Milán aceptaba la alianza pactada con el Rey y el Delfin de Francia.

Añadamos que todos los amigos del conde Francisco, viendo la conveniencia de contar en las próximas eventualidades con la buena voluntad del Pontífice, le aconsejaban que sin más dilaciones le cediese la plaza de Iesi. Entre estos amigos debemos citar especialmente á Pedro de Monferrato, á Bartolomé Visconti y al mismo Cosme de Médicis.

Conviene ahora dar cuenta de algunas particularidades referentes á la convención celebrada con fecha 21 de Abril entre el Rey y Segismundo Pandolfo Malatesta. El documento que nos sirve de guia trae la fecha de 21 de Abril de 1447. Intervinieron á nombre del caudillo de Rímini, Nicolás de Benzo, su camarero y Lucas de Cauleto, su canciller.

Se estipulaba que S. M. tomaba á su servicio y estipendio al referido Segismundo con 600 lanzas y otros tantos infantes, á razón de 3 caballos por cada lanza, con el compromiso (ferma) de un año contínuo y próximo venidero, á contar desde el día en que serían firmados, concluidos y ratificados los capítulos por entrambas partes contratantes, por un año, á beneplácito de la Real Magestad. De este beneplácito, sin embargo, Segismundo debía ser avisado con dos meses de anticipación, á contar desde aquel en que empezase el compromiso. En honor del mismo caudillo, el Rey le creaba y constituía lugarteniente suyo en el ejército, *ipsa Maiestate absente*.

Item D. Alfonso prometía dar al referido Segismundo por la susodicha contrata de caballos é infantes, á título de présta-



mo, 50 ducados de oro por cada lanza y 4 por cada infante, á razón de 8 ducados por lanza y 2 por infante mensualmente.

Item prometía S. M. dar ó hacer dar á Segismundo la provisión estipulada, esto es, 4.000 ducados por año.

Item prometía la Real Magestad, que á los ocho dias de quedar firmados los capítulos, daría á Segismundo una cuarta parte de la suma á que ascendía el mencionado préstamo, en los ocho dias siguientes otra, el dia primero de Junio otra, el dia 15 del mismo mes la restante. A estas entregas venía el Rey obligado con la condición de que por su parte hubiese recibido el dinero que debía reembolsarse del Papa y del Duque de Milán, á los cuales lo había prestado para los pagos hechos al Conde Francisco Sforza. En el caso que S. M. no hubiese cobrado el dinero indicado, no correrían los plazos predichos, empezándose solo á contar desde el día en que lo cobrase. Los pagos á Segismundo no habían de ser con deducción de *el agio,* derecho que solía deducirse y se recibía de los demás capitanes y caudillos.

Item prometía la predicha Magestad, durante el mencionado compromiso, defender el Estado y las tierras de Segismundo, de cualquiera persona que lo ofendiese, ó bien dar licencia al mismo miser Segismundo ó á miser Malatesta, su hermano, en el caso que tomase sueldo de S. M., para que el uno ó el otro en persona, con la gente que á S. M. pareciese, volviesen á sus tierras para defenderlas, quedando el resto de la gente de sus huestes al servicio de la dicha Magestad, allí donde por la misma les fuere ordenado. *Ita tamen* que *pariter* las dichas tierras, así de Segismundo, como de Malatesta, estuviesen obligadas á dar favor contra los enemigos de S. M., ó del ilustre Duque de Milán, según que por S. M. fuese ordenado *in omni* necesario, excepto contra el Papa, contra el cual, ni contra el ilustrísimo Duque de Milán, no se obligaba S. M. á defender las tierras del mencionada Segismundo.

Item quería S. M. que miser Segismundo, durante su contrata, no estuviese sujeto ni obligado á obedecer á otra persona más que la predicha Magestad, ó su ilustre hijo, á reserva de que, si por ventura S. M. tuviese que mandarle á Lombardía en socorro del Duque de Milán, debiese y estuviese obliga-



do á obedecer á dicho ilustre Duque ó al Conde Francisco, su capitán general, según que por el mencionado Duque le fuese ordenado.

Item quería S. M. que ningún capitán ó caudillo pudiese ni debiese tomar ni sustraer compañero alguna del señor Segismundo, sino cuando fuese de su voluntad.

Item prometía S. M. que, estando Segismundo con sus gentes en los dominios reales, le haría proveer de alojamientos, y tener forrages y leña y ausiliares, como á sus demás gentes. (1)

Item quería S. M. que, luego de haber recibido Segismundo íntegramente el susodicho préstamo por las referidas 600 lanzas y 600 infantes, al cabo de un mes estuviese obligado y debiese pasar revista y alistar y señalar (bollare) las dichas lanzas é infantes, como era costumbre y se hacía por parte de los demás capitanes y caudillos de S. M.

Y viceversa, el referido Segismundo prometía á la citada Magestad servirla con su persona y con la dicha hueste de 600 lanzas y 600 infantes bien, leal y diligentemente, durante el tiempo de su compromiso contra cualquiera persona de cualquier estado, grado y condición que fuese, según le fuese ordenado por la dicha Magestad, y pasar revista y señalar, según queda dicho arriba, escepto en el caso de que se le obligase á mover guerra contra el Pontífice ó contra Malatesta, su hermano.

Item prometía Segismundo que, en el caso de que hiciese prisionero á algún capitán ó señor, lo entregaría á S. M. ó quien le representare; dándole S. M. de regalo ó propina (beveragio) lo que conociese ser conducente.

Item prometía Segismundo que en caso de pillar algún rebelde á la citada Magestad, entregárselo á esta ó á quien quisiese sin obsequio alguno.

Item también prometía el mismo que si tomaba alguna tierra, fortaleza ó lugar por fuerza, asalto ó industria, asignarlos á la predicha Magestad ó á quien le mandase, más solo las fortificaciones, y que los bienes que existiesen en el interior fuesen del dicho Segismundo y de su compañía.

(1) **Fargli provedere stantie, et haver strame et legne et saccomanno como fará all' altre gente soe.**



Segismundo debía aceptar estos capítulos dentro el lapso de quince dias. De no ser así, el Rey quedaba libre de toda obligación y observancia de los mismos. (1)

El 24 de Abril Simón Arrigoni escribía á Sforza que el Papa había mandado al Rey 8.000 ducados, con promesa de hacerle entrega de 16.000 más. (2)

Mientras se seguían las antedichas negociaciones, los venecianos teniendo ya por enemigo al Conde Francisco, se resolvieron á quitarle la plaza de Cremona. Concertados con algunos güelfos de aquella ciudad, Miguel Atténdolo, general de la señoría, se presentó el dia 4 de Marzo impensadamente con cuatro mil caballos y gran golpe de infantería en la puerta de dicha plaza que tiene el nombre de Todos los Santos, creyendo que la encontraría abierta; pero el intento le salió fallido, porque Foschino Atténdolo de Cotignola, gobernador, y Giacomazzo de Salerno, gefe de las tropas del Conde, tomaron rápidamente las armas, redoblaron las guardias de las puertas, muros y torres, de suerte que los vecinos no fueron osados á hacer ningún movimiento. Los venecianos, descubierta ya su intención, tuvieron que retirarse, como vulgarmente se dice, rabo entre piernas. En esto, escribe Muratori, los florentinos comenzaron á tener celos de los venecianos, porque no les gustaba que se engrandecieran con los despojos del Duque, lo cual sabido por el Conde Francisco, le acabó de decidir á ponerse resueltamente de la parte de su suegro á condición de tomar, como ya indicamos, un muy crecido subsidio y tener además el título y autoridad de general de los ejércitos de todos los estados.

Por este mismo tiempo fué sabedor el Rey de que en Venecia se armaban algunas galeras á instancia de Antonio Centellas, y recelando que su propósito era infestar la costa de Calabria, dió orden de que se fortificase, especialmente la plaza de Cotron y los castillos de aquel estado.

(1) Nos hemos detenido á traducir casi literalmente este documento procedente de los archivos milaneses, porque sirve á maravilla para formarse idea del modo de ser del caudillaje en Italia en la época objeto de nuestros estudios.

(2) Vid. *Doc. dipl.* Vol. III, part. II, núms. CCCLXXXX, CCCXCI, CCCXCII, CCCXCIV, CCCCI, CCCCIII, CCCCV, CCCCVI, CCCCVII, CCCCIX, CCCCX, CCCCXI, CCCCXIV, CCCCXV, CCCCXVII, CCCXVIII, CCCCXIX, CCCCXXII, CCCCXXIII, CCCCXXIV y CCCCXXV.



Vamos ahora á dar á cuenta de otro negocio diplomático. quizás el más importante de entre los muchos en que intervino nuestra cancillería, á escepción del de la libertad del Rey, después que fué hecho prisionero y del concerniente á la investidura del Reino.

Nos referimos al propósito, manifestado por el Duque de Milán, de dar todos sus estados á D. Alfonso y de nombrarle en su testamento heredero suyo en el Ducado. Tantas eran las pruebas de adhesión y buena voluntad que Felipe María había recibido del Rey, la consecuencia de éste, sometida á la piedra de toque de los hechos en un largo período de años, tal en fin el respeto filial que en todas las cosas le había mostrado, que al cabo el Duque, atribulado por otra parte por sus recientes derrotas, se convenció de que D. Alfonso le quería como hijo, y no teniendo sucesores legítimos, deliberó probarle como le correspondía con el amor, no menos sincero, de padre.

Veamos cómo se procedió en tan grave y delicado asunto. Continuaba el Rey en Tívoli por ser punto muy apropósito para comunicarse con el Papa y para estar más á la mira de venecianos y florentinos, en el caso de un inesperado rompimiento. Allí supo que el Duque en medio de su atortolamiento y en su afán de buscar amigos y favorecedores, había ofrecido al Duque de Orleans la ciudad de Asti, que es como la llave de Lombardía, en su frontera de los Alpes. Considerando desde luego cuán impolítico era aquel paso y además de impolítico, peligroso; hizo advertir á Felipe María las consecuencias que podría traer, porque desde el punto y hora en que el de Orleáns se viese dueño de dicha ciudad, le faltaría tiempo para mover guerra á Génova, y si la tomase, se haría luego señor de toda su ribera, siendo de presumir que teniendo ya tal base de operaciones y libre la entrada de Lombardía, se apoderaría sin dificultad del resto de aquel Ducado. Recordaba, además, D. Alfonso á su buen amigo y protegido, que los franceses siempre que habían entrado en Italia había sido en daño de ella, y que en aquella ocasión harían muy mala liga con los aragoneses, siendo de esperar que la guerra que surgiría entre ambos ejércitos, sería mucho peor que la que habrían de mover á sus enemigos. Hacíale también presente que si los franceses tenían



á Asti, había de suceder una de estas dos cosas: ó aliarse ó romper la guerra con los genoveses; en el primer caso él tendría que combatirles, en el segundo socorrer á sus nuevos amigos; y en una y otra contingencia, estando entretenido en aquella campaña, por fuerza tendría que desatender los asuntos de Milán. Estas advertencias fueron dadas desde Tivoli, á 12 de Mayo.

Tal fué la impresión que causaron en el ánimo del atribulado Duque, que pidió al Rey le enviase á una persona de su mayor confianza, por tener que comunicarle un asunto por demás reservado é interesante. El Rey le mandó sin tardanza á Luis Despuig, Clavero de Montesa, su más íntimo privado y prudente consejero.

He aquí, á tenor de las palabras textuales de Zurita, las estupendas proposiciones que hizo el Duque. " Con la llegada de este cavallero, luego descubrió el Duque su ánimo: que era entregar al Rey todo su estado: y que estuviesse á su gobierno: reservando se los castillos de Milán, y Pavia: y que la gente de guerra le jurasse fidelidad. y se pusiesse del todo debaxo del gobierno, y órden, y disposición del Rey: y él nombrasse persona, para el regimiento de las cosas de su estado. „ ¿Fueron aceptadas por D. Alfonso tan delicadas y peligrosas proposiciones? Interinamente parece que sí, pues á renglón seguido del pasaje transcrito, dice el Analista aragonés, que estuvo en el regimiento del Estado de Milán, á nombre del Rey. primero Luis de Sanseverino y luego el mismo Despuig; aparte de Raimundo Boil, Virey del Abruzzo, que también se hallaba en aquella capital con su gente de armas y tenía igualmente mucha mano en la resolución de los asuntos más delicados. Más tarde volvió á agitarse este singular negocio entre los dos amigos y aliados, según veremos cuando el orden de fechas lo exija.

Por aquellos mismos dias, Boil, secundando las instrucciones de D. Alfonso, no dejaba de pecho á Felipe María, para persuadirle que bajo ningún concepto cometiese el desatino de entregar la ciudad de Asti al Duque de Orleans.

Dos palabras acerca los genoveses. Refiere Foglietta que el año de 1447 es notable en la historia de Génova por dos me-



morables ejemplos dados por otros tantos ciudadanos genoveses, el uno de maravillosa moderación y el otro de increible atrevimiento. Corrían tales tiempos que no podían soportar los defectos de los dux, y hasta eran odiados aquellos cuya virtud y bondad les hacía sobrepujar á sus antecesores. Por esta causa la moderación, la equidad, la justicia, la mansedumbre y la prudencia de Rafael Adorno, aunque le hacían amar por la generalidad de los ciudadanos del bando opuesto, no eran sin embargo bastantes para que no le odiasen los mismos Adorni; porque dichas dotes no se avenían con sus deseos; de tal modo que pensaron en echarle del gobierno del estado y sustituirle con Bernabé, cabeza de los que pensaban de distinta manera. Este era de muy diversa conducta, y en las cosas del gobierno de la patria no tanto buscaba el derecho y la razón, como la utilidad y la grandeza, no absteniéndose de secundas los caprichos de sus partidarios. Antes de apelar al tumulto y á la rebelión, Bernabé y sus secuaces trataron de persuadir al Dux Rafael que dejase el gobierno, pues así se establecería la concordia y la quietud en la ciudad. Este no creyendo que hubiese ningún fraude ni engaño en aquel consejo dado por personas de su misma familia, á las cuales suponía que no debía importar menos que á él que el gobierno de la patria estuviese en manos de los Adorno, sin ninguna vacilación, contestó que haría lo quisiesen. Añadió que no permitiese Dios que él con su ambición retardase ni por un instante el bien público, y que había aceptado la suprema magistratura no por su medro, sino por el interés general, en cuyo obsequio se hallaba dispuesto á renunciarla; y acompañando los hechos á las palabras, acto contínuo firmó la renuncia y se dirigió á su casa particular acompañado de grupos de ciudadanos que ponían en las nubes su rara virtud y singulares merecimientos. Entonces se elegieron doce ciudadanos para que reformasen el gobierno; empero hubo tanta desfachatez en Bernabé y en sus parciales, que con desmesurada codicia, el mismo dia que Rafael dejó su cargo, Bernabé fué creado Dux. La alegría le duró poco tiempo, porque al mes, Giano Fregoso entró en el puerto de noche, secretamente y con una sola galera, acompañado no más que de una compañía de ochenta y cinco jóvenes vale-



rosos, despreciando el fuerte presidio de seiscientos soldados escogidos que D. Alfonso, enemigo de los Fregosos, había mandado á Bernabé. Asaltado el palacio de improviso, y atacada la guardia del Dux, hubo un encuentro tan fiero, que Fregoso, apesar de tener todos los suyos heridos y también algunos muertos, quedó al cabo victorioso, echó á Bernabé, se hizo dueño del palacio y fué elegido Dux.

Así que el Rey supo estas novedades, conviniéndole estar seguro por la parte de Génova, confirmó á Fregoso la paz que tenía hecha con los Adorno, asentándose nuevas condiciones, con las cuales consiguió tener en su mano aquella ciudad, y al nuevo Dux y á toda su familia en más estrecha confederación que la que había tenido con el pasado.

Tranquilo D. Alfonso por aquella parte y ansioso de comprometer al Conde Francisco, le ordenaba que fuese con toda celeridad á acometer á los enemigos, de manera que viese que le tenían sobre sí; mientras que encargaba á sus comisarios D. Raimundo Boil y Pedro de Monferrato, que estaban en Lombardía, que le proporcionasen todo lo que pudiera necesitar. (1)

Con algún dinero recibido á cuenta de su sueldo y con al-

(1) En los archivos de Estado de Milán se conserva la carta original dirigida á dicho objeto por el Rey al conde Francisco. Hé aquí su tenor:

« Rex Aragonum utriusque Sicilie etc.

Illustris et magnanime Comes nobis plurimum dilecti. Abenché, considerata vostra diligentia grande supra lo mester de le arme, extimamo non farrá besognjo troppo sollecitare el vostro presto et bon spaczio ad trobareve in ordine con le gente ad essequjre quello besognja in le parte de Lombardio; attenta nichilomimus la importancia ardua del negocio, non dubitamo lo diligente sollicitare et anche pregare et stringere et incarricareve quanto più potemo, che vostra prefata comendata diligencia in questi facti debiate mostrare et che, quanto più presto possibile ve sia, ve sentano lj injmici supra sè stricto invásore, et de loro audacia et pensierj revoltatore, la quale audacia de lj prefati inimici in quisti tempi porria de lege (¿ legeri ?) crexere con grande danno de nostra parte, se vostra andata venisse a retardarse, Advisandove como nuy ad augmentare lo stimulo de li injmici de ciascuna banda, havemo ordinato in certa parte de Lombardia nostri commissarij con possanza competente lo spectabile et magnifico hominj misser Raymundo Boyl, Camarlengo et vicemgerente nostro in la provincia de Apruzo, Capitan d' arme strenuo, et misser Pietro de Monferrato, cavaglerj et consiglierj nostri con li quali ve intenderete in tucte quelle cose conuxerete essere beneficio et stato nostro et de lj comuni amici. Ca havemo speranza con la possanza loro et anche con le sparle vostre, et quel che vui darete a fare a lj injmici, porrano essequjre le cose a loro imposte per beneficio et stato nostro et anche de lj comunj amici.

Dat. in Civitate Tiburtina die XXIIj mensis Madij Xª indicionja. — Anno MCCCCXXXXVIj.

REX ALFONSUS.

Fonolleda.

(A tergo) Illustri et magnanimo Comiti Francisco Sforza Vicecomiti, Comiti, Marchioni etc. strenuo gentium armorum Capitaneo nobis plurimum dilecto.

Vid. *Doc. dipl.* vol. III, Part. II, n.º CCCCXLII.



gún otro que se le mandó de Roma, el Conde, resuelto ya á obedecer las admoniciones del Rey, empezó á poner en orden su hueste para iniciar las operaciones de la guerra. Pero estaba escrito que la envidia había de perturbarlo todo, y aquella vez dicha pasión eligió por morada el corazón de los Piccinino, Francisco y Jaime, que veían con malos ojos el encumbramiento de su antiguo rival, por cuya causa empezaron á sembrar la desconfianza en el ánimo del débil Duque, de modo que ya no soltó más dinero, y en vez de permitir á su yerno que fuese directamente á Milán, le ordenaba que pasase al Paduano ó al Veronés con motivo de operar una diversión, dando así á entender bien claramentes que no le quería en casa. (1) Todos estos embrollos retardaron los movimientos de Sforza y ayudaron grandemente á los venecianos. (2) Su ejército atravesó el puente de Cassano y se plantó en el riñón del Milanesado y luego fué á acampar debajo de la capital, pues el general abri-

(1) Según Simonetta, los Piccinino fueron secundados en estos manejos por Nicolás Guerrieri de Parma, Antonio de Pêsaro, Jaime de Imola y otros pertenenecientes al partido brancesco. Decían que Sforza se preparaba á entrar como señor en el Milanesado, que ya prometía recompensas anticipadas á sus soldados, tierras á los oficiales, como si fuese el soberano de los estados de su suegro. A concuencia de esto, Visconti retardó el envío de los subsidios prometidos al conde. Además, como supiera que había mandado á su hijo é hija á Cremona, para que fuesen presentados á su abuelo, lejos de mostrarse deseoso de verles, les prohibió que atravesaran las fronteras milanesas.

(2) En los archivos de Milán existe un documento que da mucha luz acerca de las intrigas tramadas en daño del Conde. Es una carta que con fecha 5 de Mayo le escribía Nicolás Guarna su agente en la capital de Lombardía. Veámos algunos de sus extremos. En primer lugar le dice que Pedro Pusterla, representante oficial de Su Señoría, enviado para cobrar el dinero que había de aprontar el Duque, no había sido recibido por éste y sí solo por Domingo (Forussino) y Juan Mateo (Bottigella) sus secretarios; que al mismo Pusterla se le había levantado la calumnia de haber pedido á Su Señoría los bienes de Jacobo de Imola y de Antonio de Pesaro, que le habían sido concedidos, puesto que Su Señoría iba, más que como soldado, como verdadero señor; que el origen de esta hablilla debía buscarse en una carta escrita por Bartolomé de Pésaro desde Plasencia á Antonio de Pêsaro, cuya carta los brancescos dieron á leer al Duque; que con tales intrigas Felipe María había tenido celos de Su Señoría y que no procedía ya con sinceridad; si bien procuraba disimularlo; que el Duque no soltaba el dinero, no porque no pudiese, si no porque no quería; que si antes la cosa iba tarda y fria, en aquella ocasión se había helado *(et dove per molte lettere ho scripto alla Signoria vostra che la cosa procedeva tarda et fredda, mo ve dico ch' é giazata)* que ni siquiera le había sido posible recabar mil ducados, para dar uno por caballo á la gente de armas de Cremona, para que no desertara, aunque sabía que había todos los medios en el castillo para pagar una tal partida, es más, que cada dia le daban esperanzas de entregársela, pero que nunca la aprontaban. Erantales las angustias de Guarna, que escribía *ex abundantia cordis* estos sentidos lamentos que copiaremos á la letra: «*et volesse Dio che, quando fuy per partirme da Pesaro per venire quá, me havesse rotto l' osso della gamba et che ne stesse in lecto uno anno, purché no ne rimanesse stropiato, et sum certo me seria menore affanno che non é questo dove mi retrovo...*» Luego le participaba que Francisco Piccinino había sido contratado de nuevo por el Duque con mil lanzas y. según decían algunos con el oficio delugar teniente. En orden á la provisión de Cremona,

gaba la esperanza de que los ciudadanos le cumplirían la promesa de introducirle secretamente en la plaza. Viendo que no sucedía nada de lo prometido, Miguel Atténdolo pasó á la parte del Monte de Brianza, en donde derrotó á Francisco Piccinino con otros capitanes. Después de esto se fué á sitiar el fuerte castillo de Lecco á orillas del Lago de Como, empleando en esta operación cerca de cuarenta dias, no solo sin resultado favorable, sino también con pérdida de muchos de los suyos.

Los venecianos difundían la especie de que Felipe María se hallaba próximo á la muerte y que con ella se realizaría la extinción de la casa Visconti, ofreciendo á los milaneses que eligiesen entre pasar al dominio de Venecia, conservando todos sus privilegios, ó proclamar el gobierno republicano, en cuyo caso se les invitaba á que, sin vacilar, tomasen las armas y diesen el grito de libertad.

El Duque no se atrevía á presentar batalla, antes bien, ordenaba á sus generales que no expusieran á sus soldados. En tan apurado trance, todo se le volvía apremiar á su yerno, para que fuese á él á marchas dobles; y á fin de que éste pudiese obedecer, rogó á D. Alfonso que le anticipase algún dinero, ya que él no se hallaba en situación de darle el que le había prometido. Pero el Rey que deseaba librar al papa de la incómoda vecindad de un caudillo de tanto empuje, respondió que no quería aprontar el dinero que le pedía Visconti hasta tanto que el Conde restituyese al pontífice la ciudad de Iesi. Sforza no pudiendo mover su hueste por falta de medios pecuniarios [1] y viéndose expuesto á perder su reputación militar y además sus soldados y sus tierras de continuar en la inacción y en el

que le había encargado al Conde, le participaba que le habian respondido que se man daban á Soncino 200 infantes de Piccinino y á Cremona 250 infantes con algunas lanzas *spezate* (a) las cuales irían presto.

Vid. *Doc. dipl.* Vol. III, part. II, núm. CCCCXXXIV.

(1) Los documentos núms. CCCCLIII, CCCCLIV. CCCCLV y CCCCVII de la colección diplomática milanesa, tantas veces citada, hacen referencia á las tristes é inútiles gestiones hechas hasta aquella sazón por el conde Francisco para salir de sus apuros.

(a) La verdadera traducción de *lanze spezate* debe ser lanzas sueltas; hé aqui como las define Sismondi: *chiamavansi allora lance spezzate i corazzieri che si acconciavano al soldo altrui per propio conto, e non facevano parte della compagnia di un condottiere.*



alejamiento del teatro de la guerra, por último accedió á renunciar á una plaza fiel, que por él había afrontado un sitio de dos años y soportado gravísimos dipendios y desastres. Iesi pasó al cabo á poder del Papa, recibiendo el Conde de mano de D. Alfonso 35.000 florines, con los cuales puso en orden la hambrienta y atrasada hueste. (1)

Mientras iban desenvolviéndose estos sucesos, el Duque de Milán volvía á la carga cerca de D. Alfonso, insistiendo en el gravísimo proyecto que antes insinuamos.

(1) En los archivos de Milán existen varios documentos referentes á esta entrega. Figura en primer lugar una carta del Duque de Milán al conde *Arianò* para que avisase al Rey de como el obispo de Novara había ido á verle á él y le había propuesto que Iesi se restituyera á la iglesia y que los treinta y cinco mil ducados que se debían entregar á los Malatesta le fuesen entregados á él, con la promesa secreta de que así que los tuviese se los daría al conde Francisco. También quería que el Rey fuese avisado de que el dicho obispo había hablado en desdoro del honor de S. M. para que viese que se le engañaba por aquella via; añadiendo que no se podía comprender de donde procedía todo aquello, como no fuese de una cosa, á saber: que el Rey no pudiese tener á los Malatesta, y no teniéndolos y no encontrándose bastantemente fuerte, no pudiese ir adelante, antes bien, tuviese que retroceder y con ello otros se pudieran echar adelante é hicieran todo lo que se les antojase.

Otro de los documentos existentes en dicho centro es el poder del conde Francisco á Marchetto Atténdolo de Cotignola para la entrega de Iesi al Papa ó al Rey.

También figuran las instrucciones dadas por el conde al mismo emisario para la citada entrega.

El conde se avenía en consignar la plaza al Rey, pero poniendo por condición que fuese á las quince horas de haberse alejado de sus cuarteles situados en los confines del estado de Urbino; también se conformaba, si así conviniese, en entregarla á un representante del Duque de Milán para que este representante la diese al Rey ó al Papa, y en caso necesario se contentaba con ponerla en manos de un delegado del Rey, con tal que fuese persona idónea. Quería general remisión y absolución para sus partidarios, á fin de que no fuesen molestados en ningún tiempo y que, además, se le respetasen todas las donaciones que les hubiese hecho. Pedía 35.000 ducados al contado, conforme se había convenido, y encargaba que se pidiesen al Papa 15.000 más, pudiendo rebajar el dicho Attendolo, su emisario, hasta 10.000. Encargaba que se solicitase del Rey un préstamo de 10.000 ducados, los cuales podría luego descontar de los 94.000 con los cuales socorría al Duque. Encarecía la necesidad de proceder con urgencia y de hacerse dar el dinero en Roma. Impetraba una bula absolutoria de toda excomunión y entredicho, por haber guerreado contra la Iglesia, en favor suyo, de sus hermanos, hijos, mujer, sobrinos, parientes, capitanes, caudillos, hombres de armas y de cualquiera que hubiese estado á su servicio. Rogaba que á fray Jacobo, confesor de su compañía, debidamente autorizado por el Papa, se le recomendase á Su Santidad á fin de que le confirmase en su cargo, y que á los que hubiese absuelto, se entendiesen absueltos *autoritate papalí*. Pedía que se le restituyese una bombarda que le fué quitada bajo los capítulos y promesas hechas á Alejandro, su hermano, en el Girone de Termo, como también la fusta de su propiedad con las municiones, la cual le fué secuestrada de la misma manera. Pretendía que se expidiesen los privilegios en favor de la ciudad susodicha. Encomendaba que se arreglase ó se suspendiese el asunto del conde Dulce (de Anguillara) para que no tuviese escusa para dejar de reunirse con él; lo mismo encargaba respecto de los asuntos del Bosso y del Conde de Santa Flora. Por último instaba que se hiciese todo el favor posible á miser Federico (conde de Urbino.)

De estos tres documentos el 1.º trae la fecha de 3 de Junio, el 2.º 16 y el 3.º la del 17 del mismo mes.

Vid. *Doc. dipl.* Vol III, part. II. núms. CCCCXLV, CCCCXLVI y CCCCXLVII.



Como esta segunda parte toca más de cerca á la historia de Aragón, la ampliaremos ahora. Luis Despuig y Luis Descases conocedores ya de los planes de Felipe María fueron á ver al Rey en Tívoli y le dieron minuciosa cuenta de todo. Enterado D. Alfonso volvió á enviar á Milán al primero de dichos embajadores el dia 11 de Agosto, y le encargó que manifestase al Duque que pensando continuamente en las cosas de Lombardía, tanto como en las suyas propias, opinaba que con el levantamiento del sitio de Lecco, con la salida de la hueste real á campaña y con el arreglo habido entre el Conde y el Papa por medio de la entrega de Iesi, las cosas no tardarían en tomar un rumbo más favorable. Por esta misma causa S. M. entendía que el Duque debía desistir de darle el gobierno de su estado, porque esto podría descontentar al Conde Francisco que esperaba heredarlo después de la muerte de su suegro. Era natural, debía hacer observar Despuig, que si dicho Conde veía al Rey posesionado de todo, entendería que aquello era un despojo y desconfiando de recuperar la herencia que esperaba, entraría en tal desesperación, que tomaría partido por los enemigos ó á lo menos ejecutaría tarde y mal las operaciones de la guerra, de todo lo cual el primer perjudicado sería el mismo Duque. El emisario le debía añadir que no estrañase que el Rey no le hubiese representado antes en este sentido, porque la verdad era que Milán no se había hallado jamás en tanto peligro, y que no achacase á poca afición, ni á miedo de los enemigos el darle aquellos consejos, sinó porque le parecían los más convenientes y discretos. Las instrucciones finales dadas á nuestro legado eran, que si el Duque se conformaba con el dictámen del Rey, regresase acto contínuo á dar cuenta de ello, y que en el caso en que el Duque perseverase en que el Rey se hiciese cargo del gobierno, cumplimentase lo que Felipe María le mandase.

En verdad causa sorpresa la gran sabiduría que mostraba D. Alfonso en estas instrucciones, sobre todo si se compara con la falta de seso de su amigo y aliado.

Veámos ahora los movimientos del Coude Francisco, seguramente bien ageno de cuanto en su daño se tramaba. Para poder obrar con más desahogo y seguridad, ya desde el dia 11

de Marzo había hecho tregua con Segismundo Malatesta, señor de Rímini, y con su hermano el señor de Cesena. El dia 9 de Agosto dispuesto ya el ejército, salió de Pésaro y entró en campaña. Consistian sus fuerzas en cuatro mil caballos y dos mil infantes, con los cuales se fué á tomar algún descanso en Cotignola. La guerra, pues, amenazaba formalizarse y todo hacía esperar que Miguel Atténdolo encontraría un competidor que sabría tenerle á raya. Más hé aquí que una inesperada novedad, vino á echar por tierra el fruto de tantas y tan difíciles negociaciones y concordias y á embrollar más y más las cosas de Italia en el preciso momento en que la Providencia, condolida de tantos desastres, parecía querer remediarlos.

El Duque de Milán que había caido enfermo el dia 7 de Agosto, muere el 13 en el Castillo de puerta Zobbia, (1) sin dejar sucesión masculina, después de haber otorgado el siguiente testamento, como si quisiese ser después de su muerte causa de grandes disgustos, como lo había sido en toda su agitada vida. (2)

Un dia antes, dice Zurita, que fué á 12 del mes de Agosto ordenó el Duque su testamento en el cual revocaba todos los anteriormente hechos. Luego dejaba por razón y título de institución á Blanca su hija única, que había sido legitimada, mujer del Conde Francisco, la ciudad de Cremona con su distrito y territorio y jurisdicción y todo el derecho que le competía en aquel estado, y además sus joyas y recámara. En todas las ciudades, tierras y castillos de los restantes estados, así los que se llaman feudales, como alodiales y en todos los otros bienes y derechos instituía por heredero universal al Serenísimo Rey D. Alfonso de Aragón á quien estimaba con el afecto de padre. Ordenaba á Antonello de Seratico, castellano de su castillo de Porta Zobbia, Giovia ó Iovi, (que de los tres

(1) El conde Francisco supo el estado gravísimo de su suegro, casi deshauciado por los médicos, merced á una carta que le escribió Nicolás Guarna desde Milán. En ella le decía que «*lo male suo é flusso con febre, et é indebilito, che li medici judicano che sia impossibile possa più guarire de questo male.*» Demás de esto le conjuraba á que hiciese la via de la capital de Lombardía con la mayor celeridad posible, en razón á lo mucho que convenia.

Esta carta trae la fecha de 11 de Agosto á las 11 de la noche.

Vid. *Doc. dipl.* Vol. III, part. II, núm. CCCLVIII.

(2) Este testamento, que muchos, y entre ellos Muratori y Denina, creen fabuloso y supuesto, fué publicado por Argelati en su *Bibl. Script. Mediolan.* página 1647 y siguientes.



modos lo escriben Muratori, Rosmini y Zurita) á Francisco Landriano, su camarero, á Domingo Ferasino y á Juan Mateo Butigela sus secretarios, á Brocardo de Persico y á Bonifacio de Berlingieris su familiar y á todos los capitanes, gente de armas, castellanos y oficiales que ejecutasen aquella su última voluntad y obediesen al Rey en todo y á sus embajadores, ministros y comisarios sin escepción, con todos los suplementos y fuerzas que se podían ordenar. Testificó el testamento Jacobo Bechetto secretario del Duque en su ya dicho castillo de Porta Zobbia, en presencia del Conde Antonello de Seratico alcayde, y de Francisco Landriano y otros testigos.

Antes de referir las graves consecuencias de este testamento, séanos lícito completar con dos palabras la descripción del carácter del difunto Duque de Milán, apesar de que ya esbozamos su retrato al introducirle en esta historia. Su enfermedad, afirman algunos autores que fué ocasionada por el susto que le produjo el oir la gritería de sus enemigos desde el mismo castillo que ocupaba. Solo la supieron los muy contadas personas que tenían acceso en el cuarto del paciente, los cuales por propio interés tuvieron buen cuidado en mantenerla oculta; de tal suerte que luego la noticia del fallecimiento cogió de sorpresa á todo el mundo. Murió, dice Rosmini, sin buscar el consuelo de los Sacramentos y la asistencia de los Ministros del Altar, exclamando: *spaventoso gastigo, á cui si fanno incontro coloro che in vita unicamente occupati delle cose terrene, con raccapriccio il pensiero allontanaro del loro ultimo fine*. Su enfermedad, que fué un flujo, su desmesurada gordura, lo caluroso de la estación, aparte de la disposición poco favorable de los milaneses, por él de mil maneras traidos y llevados y opresos, fueron motivos que apresuraron sus funerales, calificados de tumultuosos por Pedro Cándido Decembrio, y los cuales se celebraron con muy poca pompa. Muratori dice que el cadáver del Duque fué expuesto en el Duomo, pudiendo el pueblo contemplar muerto á su soberano, en desquite de no haberle visto casi nunca durante su vida. Falleció á los cincuenta y cinco años aún no cumplidos, aunque parecía mucho más viejo de lo que realmente era, ya por haberse vuelto casi ciego, ya por la llaga que tenía en una pierna, ya por

las grandes pasiones de ánimo que le acongojaron en los últimos años de su vida.

Hé aquí lo que se lee en el mismo Rosmini acerca del carácter del Duque de Milán. ¡Tan miserablemente acabó sus dias un Príncipe, el cual si hubiese hecho mejor uso de los medios que tuvo á mano, podía dejar un nombre glorioso, y lograr lo que era su ideal, es decir el dominio de una gran parte de Italia! Porque ningún soberano tuvo á su servicio capitanes tan valerosos. Basta, para convencerse, nombrar, entre muchos, á Francisco Carmagnola, Nicolás Piccinino y Francisco Sforza. Pero suspicaz, desconfiado, celoso como era, viendo perfidias y traiciones donde no existían, y no advirtiéndolas cuando eran reales y positivas, convirtió por su estraña conducta á sus fieles y leales servidores en verdaderos enemigos, y entregándose á una vida solitaria y caprichosa, no teniendo á su lado más que una turba de aduladores ambiciosos é ineptos y de astrólogos judiciarios en cuya vana ciencia había puesto toda su confiansa, despreció á todos los demás hombres, conculcó la fé de los tratados y los juramentos, creyendo siempre que los astros y los planetas guerrearían por él y le harían triunfar de todos los obstácnlos. La verdad, sin embargo, exige que se diga que si el Duque Felipe María fué cruel, ingrato, envidioso, supersticioso y estuvo encenagado en otros vicios, sinó más enormes, al menos más sórdidos, no careció de algunas virtudes. Dió indicios nada equívocos de su magnanimidad y grandeza de ánimo al tratar del modo que le hizo á sus ilustres prisioneros Carlos Malatesta y los dos reyes de Aragón y Navarra. No dejó ni un solo monumento público que sea digno de recordarse, tratándose de un gran príncipe; pero le disculpa de esta falta el haber estado siempre ocupado en largas y difíciles guerras, las que le absorvían toda la atención y le hacían gastar todo el dinero de que disponía. Según Pedro Cándido Decembrio, que escribió su vida, fué poco amigo de las letras y de los literatos; pero esta sentencia es algo apasionada, pues la contradicen las distinciones de que hizo objeto á Francisco Filelfo, á Gasparino Barzizza y á Guiniforte su hijo, á Antonio Beccadelli, llamado el Panormitano, á Fray Antonio da Ro y á Apolinar Offredi.



Fué muy aficionado á la lectura de Tito Livio, del Dante y de Petrarca.

Hé aquí el retrato que hace Sismondi de Felipe María, apoyándose principalmente en Eneas Silvio en su obra intitulada: "Æneas Sylvius in gestis imperatoris Friderici III.„ y en Benvenuto da San Giorgio en su "Istoria del Monferrato. „

Felipe María, el último de los Visconti, duques de Milán, era de estatura elevada, bastante flaco en su juventud, muy obeso en edad avanzada. Su semblante era deforme y casi espantoso, los ojos grandes y la mirada siempre incierta. Descuidaba cuanto podía contribuir á dar aspecto agradable á su persona; la hermosura en el vestir y la misma limpieza le parecían cosas odiosas y no admitía jamás á su presencia á los que iban elegantemente ataviados; la caza y los caballos eran su único solaz; por otra parte era sombrío y tímido; los rayos y truenos le espantaban extraordinariamente, lo mismo que cualquiera conversación que tendiese á hacerle pensar en la muerte; su carácter y sus obras parecían ser debidos á la contínua desconfianza que tenía de sí mismo y de los demás. Temía ser juzgado de una manera siniestra de todo el que se le acercaba, y antes que vencer este temor, cuando se trató de ver al emperador Segismundo, en ocasión de la venida de éste, prefirió hacer de aquel monarca un enemigo irreconciliable. Ni venció tal desconfianza, si no cuando tuvo en sus manos la suerte de los príncipes introducidos á su presencia. Por esto acogió con honor á Carlos Malatesta y con aprecio á Alfonso de Aragón, uno y otro sus prisioneros y los colmó de beneficios, casi para reconciliarles con su facha repulsiva. Huía igualmente de las miradas de los forasteros y de los súbditos de toda condición, los cuales no podían presentársele sin hallar mil dificultades; pero si él, al fin, tenía á bien el recibir á alguna persona, sabía mostrársele dulce y afable; y los que conseguían granjearse una vez su confianza estaban seguros de ejercer bastante influencia sobre su ánimo. Receloso acaso de aquellos con quienes no tenía intimidad, trataba siempre, aún en tiempo de paz, de debilitarles y de arruinarles clandestinamente con la política más malvada; pero era, después de todo, capaz de depositar su confianza, de un modo duradero,



en las personas que llegaban á serle familiares: por esto siempre se le vió faltar á las promesás y hasta á las alianzas y por tanto no fué fiel á la amistad. Temía, despreciaba y aborrecía á los hombres; con todo, tenía bastante tino en la elección de los que dependían inmediatamente de sus órdenes, y casi siempre echó mano de sujetos de suma capacidad como generales, consejeros y embajadores. En las misiones que les encomendaba, no limitaba sus facultades con recelosa desconfianza; y en un siglo en que el honor y la buena fé estaban proscritos, y en el cual el mismo daba contínuos ejemplos de perfidia, sus generales y sus ministros jamás le hicieron traición. Príncipe sin respeto á la humanidad, sin amor á sus pueblos, azote de sus propios estados y de los de sus vecinos, fué más bien un soberano criminal que un hombre malvado, y en él se encuentra una cierta mescolanza de talento, de virtud y de generosidad.

Veámos ahora las consecuencias que se siguieron de su muerte, así en lo militar, como en lo político. Por de pronto los oficiales del Rey tomaron posesión del castillo y del castillejo (Rocchetta) y recibieron juramento de fidelidad á los principales capitanes milaneses. El Conde Francisco á quien dejamos descansando en Cotignola, supo el 15 de Agosto, por Leonello de Este marqués de Ferrara, la nueva secreta de la muerte del Duque, golpe que le dejó consternado, máxime al enterarse del testamento que había hecho. Por de pronto tenía dos competidores, el Rey de quien presumía que haría valer en su favor aquella última voluntad, y Carlos, Duque de Orleáns, por los derechos que arrancaban también en su pro de Valentina Visconti, hija del Conde de Virta, de cuya señora era aquel hijo primogénito.

Pero á estos se debían añadir los venecianos que no tenían más razón que la de sus espadas, el Duque hermano de la Duquesa viuda, María de Saboya y el propio pueblo de Milán que quería gobernarse por sí mismo. (1)

(1) Sismondo Sismondi diserta largamente acerca del derecho de sucesión al ducado de Milán. «No es, dice, que las pretensiones de Francisco Sforza á la herencia de Felipe María fuesen injustas; sus derechos no eran menos fundados que los de cualquiera otro pretendiente; ó por mejor decir, entre todos los que la ambicionaban, ninguno tenía derecho á ella, escepto la república milanesa. Los Visconti no



Demos cuenta de cómo ocurrió el levantamiento de este último. Muerto el Duque se dividieron los pareceres de los milaneses, inclinándose cada uno de los bandos al pretendiente que le inspiraba más simpatías. (1) Empero terminados los funerales, se reunieron cuatro de los principales ciudadanos y juraron emplear todos sus esfuerzos para devolver la libertad á la pátria y para no permitir que la sujetase ningún príncipe ya fuese nacional, ya estrangero. (2) Estos ciudadanos, nota-

eran más que gefes de partido seguidos por el pueblo y levantados al soberano poder, ora por el asentimiento tácito de la nación, ora por las luchas y la fuerza de las armas. Nunca fundaron una monarquía regular y constitucional en la cual estuviesen reconocidos los derechos hereditarios. Después de Otton Visconti, en el cual en 1227 tuvo comienzo la grandeza de su casa, hasta Felipe, en el cual se extinguió, no ocurrió en ciento setenta años una sola sucesión regular. Unas veces todos los hermanos habían reinado juntos; otras se habian repartido los estados, otras se habian sucedido los unos á los otros en perjuicio de los hijos; el principio de todo nuevo reinado se hacia notar por alguna revolución La sola fuerza decidía del derecho, el temor ocupaba el lugar del afecto, y el soberano de Lombardía no se habría mostrado menos atónito que su pueblo, si se le hubiese hablado de los diversos grados de herencia que abrían la sucesión del trono.

En las familias de los señores de Italia, los bastardos se consideraban cuasi de la misma manera que los hijos legítimos; por dondo admitiéndose que la sucesiòn de los Visconti pudiese pasar á la mujer, el nacimiento de Blanca no era suficiente motivo para excluirla. En la partición de los estados de Juan Galeazzo, padre del último Duque, su bastardo Gabriel había tenido una parte casi igual á la de los hijos legítimos. . . . .
. . . .

Los derechos que la casa de Orleans pretendía haber adquirido por medio de Valentina Visconti, hermana del último Duque, estaban fundados en la hipòtesis de que Lombardía fuese un feudo femenino; pero Lombardía no era ni un feudo, ni una señoría que pudiese pasar á las hembras. Los derechos que los emperadores hicieron valer despuès sobre el ducado de Milán, como revertido al dominio directo del imperio por la extinción de la estirpe de los Visconti, no eran más legitimos que los demás; por cuanto Milán, antes de la fundaciòn del ducado, y aún antes de la grandeza de la casa de Visconti, era un estado libre, si bien parte del imperio, y jamás habia pertenecido al emperador. La corona ducal podía volver á aquellos que la habían conferido; pero la señoría no debía salir de manos de lombardos, respecto de los cuales los duques no eran más que mandatarios. Los derechos de Alfonzo V, rey de Aragón y de Nápoles, fundados en un verdadero ó falso testamento de Felipe María en su favor, eran igualmente ilusorios, porque al Duque de Milán jamás se le habia concedido la facultad de disponer por testamento del gobierno de sus pueblos. Finalmente los derechos de Francisco Sforza, como esposo de la única hija del último soberano, en un país en el cual las hijas no habían heredado jamás la señoría, dependían totalmente del asenso del pueblo.

(1) Simonetta dice que la fracción brancesca del consejo del Duque, en la que figuraban Francisco Landriano y Broccardo Pérsico, trataba de dar la soberanía de Lombardía á D. Alfonso, fundándose en que era el más rico y el más poderoso de los príncipes de Italia y en que había estado aliado por espacio de mucho tiempo con Felipe María, habiendo récibido de él beneficios que no podían olvidarse, por lo cual era de creer que se mostraría agradecido á los consejeros del soberano difunto. Andrés Birago, con los amigos de Sforza, pretendían que se diese todo el apoyo á este último.

(2) Según Ripamondi, en su *Historia Urbis Mediolani*, fué tal la agitación de los ánimos de los milaneses por efecto de los sucesos que de hora en hora acontecian en la ciudad y tal la lucha entre el temor y la esperanza, que apesar de haberse unido muchos ciudadanos al cortejo fúnebre del Duque, todos, uno en pos de otro, lo fueron abandonando, sin esceptuar los sacerdotes, de suerte que á duras penas se pudo llevar el cadáver hasta la tumba que se le habiá preparado detrás del altar mayor de la catedral.



tables por lo preclaro de su estirpe, no menos que por sus riquezas y prestigio, fueron Antonio Trivulzio, padre del famoso Juan Jacobo, Teodoro Bosso, Jorge Lampugnano é Inocencio Cotta; Corio añade á Bartolomé Morone, célebre jurisconsulto. Llamado el pueblo á Parlamento, le mostraron que había llegado el tiempo de recuperar su antigua libertad, sin ofender los derechos de nadie, porque los que querían hacer valer los diversos pretendientes, eran del todo ilusorios. Añadieron que habiendo muerto el Duque sin sucesores legítimos, el pueblo había llegado á ser el único soberano, con facultad de elegir el gobierno que le pareciese más acertado.

Al oir esta alocución ya no se escuchó más que un solo grito: Libertad y República. Por lo cual los cuatro ciudadanos anteriormente mencionados, conociendo que lo crítico de las circunstancias exigía solícitas y vigorosas providencias, convocaron legítimamente á los ciudadanos de las seis puertas ó barrios de la ciudad, y por mayoría les hicieron elegir cuatro diputados por cada barrio, para que concurriesen á formar el Supremo Consejo de la República. Estos veinticuatro diputados, á ejemplo de la República florentina, debían ser renovados cada dos meses y se llamaban Capitanes y Defensores de la libertad.

¿Qué fué á todo esto de Boil y de los aragoneses? Los capitanes que habían servido al difunto Duque entre los cuales figuraban Guido-Antonio Manfredi de Facuza, Carlos Gonzaga, Luis dal Verme, Guido Torrello y los hermanos San Severino, quienes estaban retirados en los castillos, cuando supieron la proclamación de la Repùblica, socolor de ordenar sus gentes, salieron de ellos y dando al olvido el juramento de fidelidad que habían prestado al Rey, lo prestaron entonces á los Defensores de la Libertad y se pusieron á su sueldo.

Quedaban en defensa de las fortificaciones la gente de don Alfonso, fuerza pequeña é insuficiente para resistir por mucho tiempo el empuje de un pueblo desbordado y lleno de febril entusiasmo. Habiéndose entregado al saqueo de las turbas los bagajes y el equipo de Boil, como en castigo de haber ocupado los castillos, los soldados atemorizados ante tamaño modo de proceder, no tardaron en abrir las puertas. Faltaba empero á



los milaneses apoderarse del castillo de Puerta Zobbia, porque temían que Boil y los suyos en su despecho no lo entregaran á los venecianos, y á este efecto hicieron muy pingües ofrecimientos.

En realidad Boil en lo que menos pensaba era en lo que temían los milaneses. Viendo que no tenía provisiones para resistir muchos dias, porque la premura del tiempo no había permitido hacerlas, y que, además, era difícil poder esperar socorros de Nápoles, trató de sacar el mejor partido de su precaria situación y entregó aquella fortaleza á cambio de diez y siete mil florines de oro que los sublevados habían hallado en el tesoro de Felipe María. Hecha la entrega, los milaneses se apresuraron á demoler aquellos monumentos que llamaban de la tiranía, en tanto que los nuestros tomaban la vuelta del Reino.

Con el poco tacto y el sobrado atolondramiento que caracteriza á los movimientos populares, los de Milán por de pronto se habían enagenado la amistad del Rey y del Conde y se habían quedado sin dinero y sin castillos con que defender la capital del Ducado. Veámos ahora lo que hicieron los venecianos, y lo que es más grave, cómo secundaron aquel movimiento las demás ciudades importantes del Milanesado. Lodi y el castillo de San Colombano, situado entre esta plaza y Pavía, cayeron muy pronto en poder del enemigo. Piacenza ó Placencia hizo proposiciones á los venecianos, y como éstos le concediesen cuanto pretendía, se les rindió. Asti abrió sus puertas á Reinaldo de Dresnay que tomó posesión de ella á nombre del Duque de Orleans.

Mientras Como, Alejandría y Novara se adherían á la República milanesa, Pavía se declaró independiente y no quiso obedecer al gobierno de la capital. Tortona hizo otro tanto. Parma se inclinaba á seguir el mismo partido y se escusaba con el Conde Francisco, que quería tenerla, por medio de buenas palabras.

Oh! una revolución y un cambio de gobierno se hacen muy fácilmente; lo difícil es prever sus consecuencias y tener medios preparados para hacer frente á las desfavorables! Un tribuno apropósito para soliviantar á las turbas, se halla al vol-



ver de cada esquina; en cambio los hombres de gobierno en todos tiempos han sido muy raros.

¿Quién podía, pues, en aquella grave crísis contener á los venecianos é impedirles que se hiciesen dueños de toda la Lombardía? Los únicos que tenían seso y esperiencia; los que no se improvisaban hombres de mando y gobierno: el Rey y el Conde Francisco, más ó menos secundados por el Papa. Mientras los lombardos solo cometían locuras, veámos los tratos y negociaciones que emprendían estos potentados para conjurar aquel gran peligro. Las estudiaremos detenidamente, aunque no sea más que para no perder ninguna de las enseñanzas que ofrece á los políticos aquella agitada época. Por nuestra parte las consideramos tan provechosas, que no reparamos en afirmar que no hay hombre de gobierno posible, sinó las tiene al dedillo.

La noticia de las novedades de Milán la supo primero Luis de Parma y con los suyos se aproximó al campamento del Rey. Así que éste fué enterado de lo que pasaba, temiendo que no aumentaran los peligros de los milaneses, al punto les mandó, según Fazio, á Caraffelo Carafa y á Mateo Malferit. Zurita añade á Guinio Fores (Guiniforte), Barzizzio (Barzizza) á Luis Despuig y á Raimundo Boil. ¿Cuál era la misión que estos embajadores llevaban? El primero de dichos autores solo dice que iban á explorar el ánimo de los milaneses y á exhortarles que tuviesen constancia para sostener la guerra y á prometerles socorro. El segundo es más extenso, pues, como hemos manifestado varias veces, se ve claramente que habla de las negociaciones diplomáticas con los documentos originales del Archivo de la Corona de Aragón á la vista. Según él, los legados del Rey dijeron à los del gobierno de aquella ciudad que don Alfonso, sabida la muerte del Duque, á quien amaba como padre, se había dolido de ella, sobre todo por no haberle podido mostrar en vida la grande voluntad que le tenía, como y también á su estado, por las señaladas muestras de favor que en otro tiempo había recibido de entrambos; que su intención era obrar en lo de la herencia con la buena gracia y beneplácito de los milaneses, y entretanto, si ellos querían, ayudarles contra aquellos que quisiesen trastornar la paz y bienandanza de



Milán y de toda la Lombardía: que el Rey no podía menos de dolerse que á Boil y á los suyos se les hubiesen quitado las armas, caballos y bienes por orden de los que gobernaban la ciudad, pues por derecho de hospitalidad aquella gente debía estar segura, aunque fuera entre infieles, máxime sabiendo que había sido enviado en su ayuda y socorro. Aparte de esto debían procurarse los embajadores el testamento del Duque ó saber positivamente lo que se ordenaba en él.

Mientras se estaba en esto, el dux de Génova, agradecido al comportamiento leal de don Alfonso, acudió á ofrecérsele para todo lo que pudiera necesitarle.

Faltaba solo asegurarse de los florentinos para dejar aislada á Venecia y conseguir así que Aragón, ya que no fuese llamado á aumentar por de pronto sus conquistas en Italia, no perdiese al menos ni el Reino que poseía, ni la justa influencia de que había venido gozando. Otro que no hubiera sido D. Alfonso se hubiera dejado cegar por la tentación del testamento del Duque, más él comprendió, observa Zurita, que de intentar la toma de posesión de los estados de Felipe María, le hubieran sido contrarios no solo los sumos pontífices y potentados de Italia, sin quedar ninguno, sinó también el Imperio de Alemania, y los reyes de Francia, como príncipe que aspirase á ocupar el reino de toda Italia; esto sin contar que también se lo hubieran impedido las complicaciones de Castilla y los regalos y dulzuras de Nápoles, de los que pretendía gozar pacíficamente en lo que le quedaba de vida.

Relatados estos antecedentes, reseñemos ahora las etapas de la marcha de D. Alfonso, así como las del itinerario del Conde Francisco Sforza.

Antes de internarse el Rey en Toscana, mandó llamar á Gimen Perez de Corella, Conde de Cocentaina, á Mateo Pujades y á Juan de Olzina, principales consejeros Aragoneses que quedaban para guiar el Príncipe D. Fernando, y les dió las órdenes é instrucciones convenientes respecto de lo que debía hacerse en el Reino de Nápoles, durante su larga ausencia. Tras de esto levantó su campo, y estando incierto sobre si convertiría sus pasos á la Galia cisalpina ó bien á la Etruria, según más le conviniese, se dirigió á la Sabina para espiar desde



allí la marcha de los sucesos. Primeramente acampó en Farfa á nueve millas de Roma, pasando luego á la Umbría en donde hizo magníficos funerales á su difunto amigo el Duque. De allí atravesó, por medio de un puente de campaña, el rio Nare ó Nera, yendo luego á acampar no lejos de Orte. En este intermedio, mandó á los dichos consejeros de D. Fernando al Papa, para que le diera algún dinero con que pagar el sueldo de la gente de armas que llevaba á la Marca Segismundo Malatesta. Dudando luego si era más conveniente ir en ausilio de los milaneses, ó amedrentar á los florentinos para apartarles de los venecianos, después de mucho pensarlo, se decidió por esto último. Hecha la determinación atravesó el Tiber por debajo de Orte, parte por un puente y parte por el vado. En esto Simonetta que había acabado el tiempo de su empeño ó contrata con los florentinos, pasó con los mil caballos que mandaba á las órdenes y sueldo del Rey. En compensación el Duque ó Conde de Urbino pasó de su libre voluntad al servicio de la República con mil infantes y seiscientos caballos.

Con el refuerzo susodicho, el Rey se creyó ya en disposición de invadir la comarca de Florencia, aunque no hostilmente, esperando que los florentinos llamarían las tropas que tenían en Umbría y que logrando tener aplacada y aún amiga la Toscana, podría consagrarse libremente á dar socorro á los milaneses. Al llegar á Montepulciano se le presentaron los legados de Sena, que está en los confines de los florentinos, para pedirle que no sufrieran ningún daño los pueblos de su jurisdicción. El Rey les contestó que su espedición á Etruria no tenía ningún objeto hostil y que su deseo era antes que todo la paz general de Italia; pero que si los florentinos la rechazaban, entonces les obligaría á firmarla á la fuerza.

Volvamos ya la vista á Florencia para ver qué resoluciones tomó ante los peligros que tan de cerca la amenazaban. Para ello no será preciso tomar por guía á Scipione Ammirato y sus *Istorie fiorentine*. Ya antes del momento histórico que nos ocupa, pero dentro de este mismo año, había llegado á dicha ciudad la noticia de que quinientos infantes habían entrado en Cennina, castillo situado en Valdarno ó Valle del Arno superior, apellidando Aragón, al tiempo que los labradores se



hallaban trabajando en los campos. Mientras los florentinos esperaron que la conferencia de Ferrara podía tener buen éxito, no se prepararon á resistir; pero cuando supieron que se había disuelto sin ningún resultado positivo, trataron de recobrar dicho pueblo, porque estaba situado en lugar muy fuerte y desde él se podía hacer gran daño al país. Tras quince días de sitio, Cennina capituló y los que entraron en ella se apresuraron á ahorcar á los que eran sospechosos de haber estado en connivencia con los que la habían tomado antes.

Por el mes de Setiembre supieron que el Rey había salido á campaña con siete mil caballos, cuatro mil infantes, muchos merodeadores y otra gente inútil, que entre todos sumaban quince mil hombres, y que con estas fuerzas se aproximaba á Toscana. Era gonfalonero ó porta-estandarte, nombre con que se designaba la suprema magistratura, Puccio Pucci y en la espectativa de que podían presentarse graves peligros, fueron creados súbitamente los diez que se llamaban de balía, especie de junta de armamento y defensa ó de consejo supremo de la guerra. Estos procuraron poner sobre las armas toda la más gente posible y estar luego en observación, no sin recomendar á los seneses que se mantuvieran firmes y procurasen conservar su libertad. Al saber que el Rey había llegado á Montepulciano, le diputaron por embajadores á Giannozzo Pitti y Bernadetto de los Médicis, para averiguar con qué intenciones iba al estado de Florencia y qué motivo le hacía mover guerra á los florentinos, que jamás habían maquinado cosa alguna contra los territorios del Reino. D. Alfonso les contestó que él había deseado siempre la tranquilidad de Italia y que con esta mira fué el autor de las conferencias de Ferrara; pero que habiendo conocido que no era el Duque de Milán, sinó los venecianos los que querían turbarla, puesto que después de la muerte de éste continuaban la guerra y solo tendían á hacerse dueños de aquel estado, que entonces le pertenecía por efecto del testamento de Felipe María, se veía obligado á tomar las armas contra ellos para tener á raya á sus aliados, ya que se sabía que los venecianos por sí solos no eran capaces de nada. Añadió que si dudaban de la verdad de estas declaraciones, podían hacer desde luego la prueba, esto es, desentenderse de sus



amigos, y entonces verían que en toda Italia no habría quien les estimase más que él, y que ya sabían solía guardar santamente la amistad que una vez juraba. Los embajadores pidieron cinco dias para consultar con el Senado, pero no llegó su respuesta; porque después de todo antepusieron sus antiguos compromisos con Venecia, á las proposiciones de concordia de un Rey que había invadido Toscana con las armas en la mano.

No hubo, pues, más remedio que romper abiertamente la guerra.

Entre tanto D. Alfonso mandaba á la Magnífica Comunidad de Sena una solemne embajada que la componían Bautista Platamón, vice-canciller, micer Carafello Caraffa y frey Luis Despuig, clavero de Montesa. Hé aquí las instrucciones que se les dieron. (1)

En primer lugar: después de saludar á los señores de dicha Comunidad de parte del Rey, debían manifestarles: que habiendo sido conducido con su ejército en terreno de ellos y considerando la antigua amistad y mútua benevolencia que entre S. M. y la Comunidad había existido siempre, había deliberado mandarles á los mismos embajadores para visitar aquella república y ofrecerse á ella en todas las cosas que redundasen en su honor, beneficio y amplificación, y que con la dicha Magestad y con todas sus cosas podían contar como si se tratase de un especial amigo, defensor y protector de la República y de su libertad.

Después debían decir como la dicha Magestad habiendo obtenido, por la gracia de Dios, el Reino de Sicilia de esta parte del faro, el cual le pertenecía de justicia, estando contento con aquella porción ó parte de la provincia de Italia, no entendía ocuparse de ninguna otra cosa, sinó de lo que fuese menester para la paz de dicha provincia, la cual diversas veces había ofrecido así á los venecianos como á los florentinos y á otros, quienes por medio de delicadas vías y escusas la habían diferido ó más bien rechazado; de tal modo que habiendo acaecido la muerte del Duque de Milán, la misma Magestad mandó llamar al embajador de los florentinos en Roma, al cual ofreció y

(1) Están fechadas en Surtiano á 16 de Octubre de 1447.



dijo querer tener buena paz con éstos, en consideración á que por la muerte del susodicho Duque estaban en libertad de poder hacer aquello que fuese de su agrado; y á bien que el dicho embajador mostrase tener de esto grandísimo placer, dijo querer escribir á Florencia, y después de algunos dias mandó á la misma Magestad copia de una carta que le habían remitido los florentinos, la cual en efecto decía que considerando que los dichos estaban en liga y confederación con la Señoría de Venecia, no podían ni querían entrar en plática alguna sin aquellos, y de esta manera habían ido rehuyendo la dicha paz.

Allende de esto los venecianos no contentos de los límites de su territorío, después de haber demostrado, mientras vivía el Duque de Milán, que la guerra que hacían era para defenderse del dicho Duque; habiendo muerto aquél, se habían empeñado y se esforzaban en ocupar toda la Lombardía, diciendo que aquella debía ser patrimonio de los vencedores; por tanto la misma Magestad, deseando la paz universal, se había trasladado á aquellas partes, tanto para tenerla con los florentinos si de buena voluntad la quisieren, y en el caso de no quererla, para obtener victoria sobre ellos, no menos que para reprimir la insolencia de los venecianos y proveer para que no tuviesen la soberanía de Lombardía; pues la misma Magestad sabía ciertamente que los venecianos y florentinos se habían repartido toda Italia, por lo cual rogaba á la susodicha Comunidad le quisiese dar paso por su territorio, así como vituallas mediante el pago de su precio, y que no creyese que la predicha Magestad hacía ó pedía esto para hacerle romper su neutralidad, puesto que se conformaba que así á las tropas de los florentinos como á las suyas, los seneses diesen vituallas en su territorio.

Además debían decir los referidos embajadores como la citada Magestad había oido á los embajadores de la Comunidad, y que en cuanto á la escusa que dieron basada en los hechos de micer Angel Morosino y micer Raimundo de Ortafá, respondía que les tenía por bien escusados; pero que cuando S. M. hizo escribir á la dicha comunidad no tenía informes de cómo habían pasado las cosas; pero en aquella sazón sabía ya á que atenerse por el relato de los dichos embajadores.



Quería, con todo, S. M., que los dichos embajadores hablasen y comunicasen las dichas cosas con Guinbelante, micer Antonio Petruci, micer Pedro Michaele y con todos aquellos que les pareciera poder libremente explayarse para el logro de los asuntos de que están encargados. Y si á los predichos les pareciese que las cosas referidas, después de haberlas hecho presente á los señores y á otros oficiales de la Comunidad, se debiesen también exponer al pueblo, hiciesen todo lo que por parte de aquellos les fuera recomendado, y de igual suerte si los mismos fuesen de parecer que debían requerir á la dicha Comunidad para la formación de liga, confederación é inteligencia, que pusiesen por obra todo lo que los dichos le aconsejaban.

Item debían decir y rogar á la predicha Comunidad, por parte de la Magestad mencionada, que tuviera á bien dar presta y buena respuesta á la embajada, según S. M. confiaba de ella, advirtiéndole que un dia de tiempo que se perdiese, á la predicha Magestad le parecería que perdía un año, máxime teniendo en consideración los términos á que habían llegado las cosas, las cuales necesitaban más de ejecución que de deliberación.

Estas instrucciones traen el refrendo de Francisco Martorell. (1)

D. Alfonso, al propio tiempo que esto hacía con los seneses, no se olvidaba de escribir á Juan Olzina su secretario, diciéndole, desde el campamento de Turrita á 22 de Octubre, que sacase copia de las bulas expedidas á su favor por Eugenio IV y por Nicolás V, y en primer lugar, de aquella por la cual se le daba autorización para tomar cualesquiera tierras, así en Toscana como en Lombardía, que se dieran á él, así como las que lograse por la fuerza; y que luego de sacar dicha copia, se le mandase por correo propio, y le fuese transmitida volando; que de igual modo procediese respecto de las copias de las demás bulas, tan presto como las tuviese sacadas; advirtiéndole que si por ventura se hallasen en poder de Antonio de Cetina, ya se habia escrito á este que se las enviase al dicho Secretario, á fin de que las tuviera en el más breve plazo posible: con

(1) Vid. Apéndices XLV.



el objeto de que pudiese sacar las copias pedidas, pero más especialmente la de la bula susodicha, que, repetía, quería se le remitiese volando. (1)

Esta insistencia en recibir cuanto antes el documento insinuado, prueba la poca sinceridad con que se comportaba con los seneses, al hacerles asegurar que estaba contento con el reino de Nápoles y no deseaba ninguna otra parte del territorio italiano. La verdad es que D. Alfonso debió pensar más de una vez en poner sobre sus sienes la corona de toda aquella hermosa península.

Después de todo, son de admirar los locos favores que llegó á obtener del os pontífices, merced á su tacto en las artes de la diplomacia y á su energía en los oficios de la guerra. ¡Ah, si los recursos de que tan escaso se halló siempre, le hubieran permitido terminar en edad más temprana la empresa del Reino de Nápoles, de seguro que hoy no habría territorio italiano que no hubiese pertenecido á la gran confederación aragonesa!

Hé aquí ahora, siguiendo al citado Ammirato, las principales operaciones de la campaña de Toscana. Empezó por la comarca de Valterra, y el día 10 de Noviembre ocupó el Rey Ripomerancia, la cual, para escarmiento de los demás pueblos, fué entregada al saqueo. A poco, temiendo igual castigo, se le dieron Castelnuovo, Sasso, el castillo de Rossi y Monteverdi. No fué tan afortunado en Montecastello al que puso sitio, teniendo luego que levantarlo por falta de vituallas y por un viento que empezó á soplar; cuya fuerza fué tal, que no dejaba parar á los soldados en sus tiendas y á algunos los levantaba en el aire, fuera de que el ejército carecía de lombardas con que batir los muros de la plaza. De Montecastello pasó el Rey

(1) Lo Rey etc.

Secretari: perque a nos es sumament necessari haver copia de totes les bulles de nostre Sant Pare papa Eugeni e encara papa Nicolau present nos han atorgades, vos pregam e manam que en continent, vista la present, si en poder vostre seran les dites bulles primerament nos façau copia de la bulla ab que lo dit sant pare nos atorga poguessem pendre qualsevol terres que nos donassen anos axi en Toscana com en Lombardia ó encara les que nos prenguessem per força; et aquella feta de continent ab correu propi e volant lans trametou et axi fareu apres de totes les altres quant pus prestament seran fetes. E si força seran en poder de Anton de Cetina nos li scrivim de continent les vos comunique en manera que lo pus prest que sia possible haian aquelles, pero sobre tot nos trameteu volant lo trellat de la dessus dita bulla. Dada en nostre camp prop Turrita á XXII de Octubre MCCCC-XXXXVII. — Rex Alfonsus.

Dirigitur Joanni Olzina Regio Secretario.



á Campiglia para invadir la comarca de Pisa, estimulado por las sugestiones de Fazio y de Enrique, Condes de la Gherardesca, los cuales siendo enemigos de los Florentinos, habían seguido por mucho tiempo la hueste real. En este tiempo don Alfonso, para más molestar á sus adversarios, habia dado la orden de que todos los súbditos de Florencia, que no fuesen emigrados, debiesen abandonar los reinos y provincias de la corona de Aragón, dentro de muy corto espacio. Entre tanto no salieron vanas las promesas de dichos condes, tomando el Rey, por su mediación, Montescudaio, Guardistallo, Bolghieri, la torre de San Vicente y Ripalbello. Campiglia fué asediado de nuevo, pero los de dentro se resistieron con igual bravura que la vez primera. Después de esto, el Rey se retiró á cuarteles de invierno cerca de la costa, no solo porque así sus tropas eran abastecidas por la escuadra, si que también porque la temperatura era allí más suave. El campo se puso en un collado que se halla cerca del emplazamiento de la antigua Populonia, á unas tres millas de Piombino.

Corresponde ahora dar cuenta de las operaciones del Conde Francisco; pero para comprender la solidaridad de intereses que podía haber entre este caudillo y el Rey, será bien apercibirse de lo que dice Zurita acerca de las negociaciones que entre ambos mediaron para llegar á un acuerdo.

El Conde, escribe, puso algunos medios para reducirse á concordia con el Rey, siempre que no le pusiese impedimento en la sucesión del estado de Milán. D. Alfonso se avenía á ello, con tal de que quedase su vasallo por aquel estado y por el Condado de Pavía y fuese obligado al servicio militar á usanza del Reino; y demás de esto que debiese comprometerse á hacer la guerra á los venecianos y á todos los enemigos de Aragón, y valerle contra Venecia hasta conquistar las ciudades y tierras de Brescia y el Bresano, Bérgamo y el Bergamasco, Verona, Vicenza, Padua, Treviso y la Marca Trevisana que el Rey pretendía para sí. En cambio éste se ofrecía á ausiliarle con dos mil caballos y mil infantes, y á este objeto procuraba contratar á Luis dal Verme, Guidantonio, señor de Faenza, Carlos Gonzaga y Astorre de Faenza. Estas proposiciones las hizo Alfonso al Conde por medio de Luis Despuig, desde Montecastello.



Para la narración de los hechos de Sforza soltaremos los autores que nos han servido hasta ahora y nos apoyaremos en Rosmini que los trata muy por extenso.

Los milaneses después que se hubieron pronunciado, pensaron que les era preciso nombrar un capitán general que se pusiese al frente de todas sus tropas al objeto de expulsar de su territorio á los venecianos. Muchos aspiraban á este honor y ciertamente Luis dal Verme, Guidantonio de Faenza y los Sanseverinos, eran capitanes dignos de él. Pero había la dificultad de que si se nombraba al uno, quedasen desairados los restantes, y se abrigaba el temor de que el despecho les hiciera pasar á los venecianos. No quedaba pues, más medio que nombrar á uno que por sus hechos y circunstancias acallase todas las quejas, y en visto de ello se pensó en el Conde Francisco que ofrecía además la ventaja de tener á sus órdenes un ejército aguerrido y numeroso. La idea cayó bien á los demás caudillos y ninguno se avergonzó de ponerse á las órdenes de quien tantas veces les había mandado. Se le diputó desde luego á Scaramuccia Balbo, que le encontró en Cremona, y le ofreció el mando de las fuerzas de la República con las mismas condiciones con que había tenido el de las fuerzas del Duque y, para estimularle, los milaneses le enviaron poco después á Antonio Trivulzio con el ofrecimiento de Brescia ó Verona, así que las rescatase del poder de los venecianos. Realmente le pesaba á Sforza el estar á las ordenes de un pueblo sobre cuya obediencia se creia con derecho; pero por de pronto aceptó, disimulando los planes que en su mente acariciaba.

La primera operación del Conde fué sorprender y tomar á Parma, reduciéndola al gobierno de Milán. A poco vió su hueste reforzada con los hermanos Piccinino, que desoyendo los halagos y ofertas de los venecianos, se pusieron también al servicio de la República de Milán. A estas se unió igualmente Coleone,que, escapado después de la muerte del Duque, del Castillo de Monza, había reunido sus milicias, y tomado sueldo de los Defensores de la Libertad. Con tales aumentos el Conde Francisco se decidió á pasar el Adda y á entrar el dia 3 de Setiembre en el territorio de Lodi, tras de lo cual sitió y tomó á los doce dias el castillo de San Colombano, sin que pudiera



oponérsele Micheletto Atténdolo en razón á haber dividido demasiado sus fuerzas, con la necesidad de poner guarnición en tantas ciudades conquistadas en la campaña citada.

Hé aquí como Sforza se hizo luego dueño de Pavía. Sus habitantes se habían declarado independientes de Milán; pero sin embargo de querer sostener su autonomía, no se hallaban decididos á batirse. Todo se les volvía pensar en nuevo dueño y tan pronto dirigían su vista al Rey de Francia, como al Duque de Saboya, á los venecianos como al Conde Francisco Sforza.

Hallábase en la fortaleza de Pavía, en donde se había refugiado después de la muerte de su antiguo amante el Duque, Inés del Maino, madre de Blanca Visconti, y por lo tanto suegra del Conde Francisco. Esta, con la idea de favorecer á su hija y á su yerno, indujo á Mateo Bolognini, gobernador de dicha ciudadela, á favorecer el partido de Sforza, ofreciéndole en cambio el Castillo de San Angelo con el título de Condado. Bolognini, unido con otros personajes influyentes, arrastró la mayoría del Consejo general y consiguió que acordara ofrecer la ciudad al Conde Francisco, con la condición, sin embargo, de que sería erigida en condado, transmisible á sus descendientes, con la prohibición de que en ningún tiempo pudiera pasar bajo el dominio de Milán. El Conde recibió á los enviados en San Colombano, y aunque le hacía vacilar el tener que infringir lo prometido á los milaneses, al fin aceptó por miedo de que Pavía no parase en las manos de otro dueño. A los pocos dias tomó posesión de ella, confirmando los privilegios á sus habitantes, y al gobernador todas las promesas que su suegra le había hecho. Bolognini, en cambio, le entregó todo el dinero y alhajas que habia en la fortaleza, con cuyos recursos, se apresuró á reclutar nuevas tropas. Los milaneses tomaron tan á mal la aceptación del Conde, apesar de que éste les decía que valía más que dicha plaza estuviese en su poder que en el de sus enemigos, que acto contínuo mandaron embajadores á Venecia para formar una liga que tuviese por objeto combatir al audaz caudillo. El Senado Veneciano estuvo, sin embargo, tan exigente, que los milaneses acordaron seguir valiéndose de Sforza, dejando que el tiempo les enseñase lo que luego de-



bían hacer con él. Entre tanto el estado del Duque parecía haber quedado á disposición de todo el mnndo. Leonello de Este había ocupado Castel Nuovo, y por medio de la facción de los Vitali, meditaba apoderarse de Parma. Los hermanos Correggio se habían posesionado de Bressello. Giano de Campofregoso, con los genoveses, había pasado los Alpes y se había incautado de Voltaggio, Novi y varios castillos, y amenazaba Tortona. Luis, Duque de Saboya, con grandes promesas de premios y de abolición de gravámenes, trataba de seducir á los de Novara, Alejandría y Pavía, é infestaba sus territorios. El Marqués Juan de Monferrato procuraba extender los límites de su jurisdicción usando, y no sin efecto, ora los ofrecimientos, ora las amenazas. Por fin Reinaldo de Dresnay, gobernador de Asti, en nombre del Duque de Orleans, con tres mil caballos que se le habían mandado de Lyon, recorría el Alejandrino, habiéndose apoderado de algunos lugares fuertes y entrado hasta los arrabales de la capital de aquel distrito. ¡Tal era el fruto de la precipitada resolución de los patriotas de Milán!

Entre tanto Tortona se había dado al Conde Francisco bajo idénticos pactos con que lo había hecho Pavía. El dia 16 de Noviembre tomó éste por asalto á Plasencia, después de un largo sitio en que hubo de jugar la artillería y una escuadra de barcos sutiles colocada sobre el Po. A esta conquista siguió luego la de su fortaleza, con gran vergüenza de los caudillos venecianos que se habian refugiado en ella. Consignemos que las violencias cometidas por los Sforcescos fueron de lo más repugnante que registra la historia de los asaltos.

Entre los franceses y los de Alejandría hubo también una sangrienta batalla en que no se dió cuartel. Registremos como último hecho de aquella campaña la entrada de Coleone en Tortona, de la que quitó las banderas del Conde, izando las de la República milanesa.

Por lo que toca á la crísís religiosa, solo debemos referir que en cuanto Nicolás V hubo tomado posesión de la Sede Apostólica, dirigió cartas circulares contra Amadeo á todos los príncipes cristianos, y que casi todos ellos, incluso el Emperador, se apresuraron á reconocerle.



Las tribulaciones de la Iglesia se acercaban á su término.

En este mismo año el Papa dió una bula por la cual restituía al Rey las tierras de Accumula, Civitá Ducale y Lionesa en la Montaña de la Amatrice, dadas por dicho Rey al Papa Eugenio, en cambio de las ciudades de Benevento y Terracina, y que éstas quedasen del Rey y de sus sucesores en el Reino perpétuamente, sin pagar ningún censo.





CAPÍTULO L

SUMARIO

(1448).— Campañas del Rey en Toscana y del Conde Sforza en el Milanesado.— Del Señorío de Piombino.— Malatesta se pone al servicio de Florencia.— Batalla naval favorable á Aragón.—Notable arenga del Rey en el ataque de Piombino.— Valor de los sitiados y sitiadores.— Elogios de Galcerán de Bardaxí.— Retirada del Rey.— Nacimiento del primer hijo de los Duques de Calabria, Alfonso.— Embajada del obispo de Lérida en Roma.— Los milaneses solicitan la protección del Rey.— Digresión sobre las turbulencias de Milán —Victorias de Sforza guerreando contra los venecianos.— Se pacta entre ellos concordia con la expresa condición de que la Señoría de Venecia ayudaría á Sforza á apoderarse del gobierno de Milán.— Gestiones de los milaneses.— Güelfos y gibelinos.— Iniquidades de Gonzaga gobernador de Milán.— Los Piccinino se alían con Sforza.— Veleidades de los genoveses respecto del Rey.— Instrucciones á Martorell.

En este capítulo corresponde ocuparnos de la campaña del Rey en Toscana y sobre todo en el señorío de Piombino, y de la del Conde Francisco en Lombardía, amen de algunos tratos ó negociaciones entre diversas cancillerías. Hablan de la primera de las insinuadas campañas, mucho mejor que ninguno de los historiadores españoles, Fazio y Ammirato, y aunque tenemos las dos á la vista, seguiremos principalmente á éste último, porque, además de traducir al primero casi al pié de la letra, añade algunos datos y noticias de Florencia que no se leen en el libro del canciller.

Era en aquel tiempo señor de Piombino, Reinaldo Orsino, como marido de Catalina Appiana, por haber ésta heredado el Señorío de su padre Jaime, que murió sin dejar hijos varones. El Rey consideraba el punto en que había sentado sus reales

muy apropósito para empezar la guerra contra los florentinos, máxime teniendo, como tenía, ciertos y seguros indicios de que Reinaldo no corría bien con la Señoría, y de que no era difícil atraerlo á su devoción. Empero éste, como político diestro y experimentado, conoció que no le tenía cuenta enagenarse la voluntad de un estado vecino á cambio del apoyo problemático de un Rey que luego le habría de patrocinar desde muy lejos, y así decidió estar á la mira del rumbo que tomasen los sucesos y prepararse para defender la capital de sus dominios. A este efecto cuando D. Alfonso se aproximó á Píombino, le cerró resueltamente las puertas y no toleró que vagasen por sus tierras sino algunos pocos de los nuestros y aún éstos desarmados. Como varios soldados que enviaban los florentinos de guarnición á Castiglione de Pescaía, hiciesen saber al Rey que le entregarían dicha tierra, mandó á Simonetto que cabalgase hácia ella, y este último condottiero, no solo la dominó, si que también logró apoderarse del primer recinto del pueblo. Quedaba aún el segundo y además el fuerte en poder de los florentinos, y con el fin de proveer por sí mismo lo necesario, el Magnánimo formó su ejército y se dirigió hácia allí. Doliéronse muy mucho de aquella pérdida los de Florencia, porque comprendieron que si D. Alfonso se acababa de enseñorear de la referida posición, teniendo como tenía desde ella facilidad de proveerse de Nápoles de todo lo que le hiciese falta, sería ya muy difícil que abandonara la Toscana, sucediendo lo contrario, si se viese obligado con su hueste á vivir contínuamente bajo las tiendas, sujeto á las incomodidades del campamento y á las inclemencias del tiempo. No obstante tenían cifradas todas sus esperanzas en que Bernardo Ariñghieri, comandante del castillo, y Sermanno, comisario de la Señoría, se portarían con valor y lealtad y resistirían tenazmente. Entretanto, y como para operar una diversión, mandaron á Maremma de Pisa á Bernardetto de los Medicis y á Neri Capponi con fuerzas respetables, los cuales habiendo acampado alrededor de Ripalbello, lo entraron á viva fuerza y lo arruinaron. Pasando luego á la comarca de Valterra recuperaron Ripomerancia y muchos otros castillos. Siendo gonfaloniero por tercera vez Manno Temperani, se supo que los de Castiglione habían pac-



tado con el Rey, que sino recibían socorro de los florentinos en el plazo de diez días, verificarían su rendición; y realmente no habiendo sido posible asistirles de ninguna manera, dicha plaza se entregó, así que hubo expirado aquel período. Sin embargo, para que tal cobardía no quedase impune, se pusieron á precio las cabezas de Bernardo y Manno, responsables en primer término de ella.

Después de la toma de Castiglione, como hiciese aún mucho frío, apesar de estar ya en primavera, el Rey, después de dejar en aquella un buen presidio, se retiró á Aquaviva, en tanto que los florentinos procuraban poner en práctica toda clase de medios para organizar la resistencia. Segismundo Malatesta, como ya narramos, había sido tomado á sueldo por don Alfonso con sus setecientas lanzas, de tres caballos cada una, y con sus cuatrocientos infantes, y había recibido á título de préstamo la suma de treinta mil escudos; pues bien, la Señoría intentó inducirle á hacer un cuarto de conversión, para tenerlo á su servicio. Mandóle á este efecto al hábil diplomático y esclarecido literato Giannozzo Manetti, el cual le recordó la antigua amistad de los florentinos con sus predecesores y las grandes ventajas que podría esperar cada vez que necesitase de una República que siempre había estimado á sus antiguos amigos. Sea porque le hiciesen mella estas razones, sea porque quisiese embolsar la plata de los florentinos, como ya había embolsado la del Rey, accedió á las instancias de Manetti y se hizo hombre de Florencia. (1) Lo más raro era que Malatesta

(1) Cuando S. M supo el cambio de frente de Segismundo, le mandó á Jaime Perpiñá provisto de la correspondiente credencial é instrucción. En esta última encargaba que se dijese al referido caudillo, que había recibido su carta y oído á micer Antonio de la Cámara, doliéndose mucho de que hubiese tomado partido por los florentinos, no tanto por lo que pudiera afectarle, como por lo que el mismo Segismundo saldría perjudicado, puesto que los florentinos no le guardarían nada de lo ofrecido y prometido, augurándole que antes de poco se arrepentiría de su determinación, de lo cual S. M. se consolaba. También mandaba que se le manifestase que pues el dicho Antonio de la Cámara había expresado que su señor, ya que había tomado partido por los florentinos, estaba conforme en restituir al Rey el dinero que de él había recibido que la real voluntad era que hiciese asignar dicho dinbro en el banco de Juan de Miraballe, ó sea en el mismo donde anteriormente el Rey se los había asignado á él. Item también se le había de significar que Su Mgaestad estaba dispuesto á abonarle en cuenta los doscientos florines, á razón de cuarenta boloñinos por florín, entregados por él al mismo Perpiñá. Estos documentos fueron expedidos en el campamento de Castiglione della Pescaia, el dia 5 de Enero de 1448 y fueron refrendados por Francisco Martorell. (a)

(a) Vid. Apéndices. XLVI.



estaba llamado á guerrear teniendo por compañero á Federico de Urbino, con el cual mediaban antiguas enemistades; pero la habilidad de los comisionarios logró que éstas no salieran á la superficie. Reuniéronss ambos caudillos en Spedaletto, formando las dos huestes un total de cinco mil caballos, cuatro mil infantes y mil merodeadores. (1)

Entretanto el Rey con su ejército algo reforzado, después de haber estado en la Abadía de Fangi, se había ido aproximando á Campiglia, y cuando se creía que iba á devastar aquella tierra, se dirigió impensadamente hácia Píombino. Reinaldo estaba bajo la protección de los seneses, y por esta causa les dió cuenta acto contínuo de todo lo que le acontecía. Empero éstos, no pudiendo socorrerle con las armas, mandaron embajadores para que intercedieran á favor de él cerca del Rey, los cuales no lograron absolutamente nada; por cuyo motivo Reinaldo deliberó entonces dirigirse á los florentinos. Era supremo magistrado de justicia Lucas Pitti, el de la triste hazaña en contra del Patriarca de Alejandría, y de acuerdo con Cosme de Médicis y con el Consejo de los Diez, determinó que se diese á Reinaldo toda clase de ausilios, así por mar como por tierra, y que se considerase Píombino como si fuera cosa propia de Florencia. Trasladáronse las órdenes al campamento, para que se procediese acto contínuo á socorrer á dicha plaza, pero los jefes manifestaron que no era posible por de pronto,

El más moderno biógrafo de Malatesta de Rimini, Carlos Iriarte, da algunos detalles acerca del cambio de frente de dicho caudillo: «..... *le savant ambassadeur Florentin séduit le prince en lui monstrant de beaux manuscrits et, avec une coquetterie toute litteraire, déploya devant lui les tresors de son erudition.*

Gianozzo réussit pleinement dans sa mission, et, quoiqu' il fût positivement engagé, le seigneur de Rimini reprit sa parole; il garda même, dit on, les sommes qu' il avait reçues comme avance. Cette façon d' agir fut hautement blâmé dans toute l' Italie, mais il faut dire, à la décharge de Sigismond, qu' aux premières propositions de Florence, il avait envoyé Leonardelli et Benvenuti au roi de Naples pour lui faire part de ce qui survenait et lui demander de lui donner la solde entière s' il voulait le voir s' attacher définitivement à son service et refuser les offres de Florence.

Alphonse, au lieu de répondre, emprisonna les envoyés; Sigismond, ayant réuni son conseil, sans cacher à ceux qui le composaient qu' il avait dépensé partie de la somme reçue, se décida, sur l' avis de Roberto Valturio, à regarder l' argent comme acquis; ce dernier alléguait les frais déjà faits, et concluait à traiter définitivement avec Florence unie aux Vénetiens.»

(1) Cuando Segismundo estuvo en campaña se enteró de que los del Duque de Urbino, infringiendo la alianza y la tregua, volvían á infestar su territorio y, aunque no pudo acudir á atajarles personalmente, dió orden á su hueste de Rimini de responder á la agresión con la agresión, y á cada toma de un castillo con el ataque de otro castillo en el Montefeltro. Las mútuas hostilidades entre los dos condottieri no cesaron hasta que intervino de nuevo Florencia por medio de Neri Capponi.



por haber el Rey construído una bastía en Capazuolo, [1] por lo cual fué necesario pensar en la vía del mar. Hacía poco que habían regresado de Flandes dos galeras gruesas de la República, las cuales fueron utilizadas con aquel objeto, dándoles orden de que, juntamente con otras dos, se armaran convenientemente á fin de poner en Píombino trecientos infantes, pólvora, dardos cortos (verretoni) y otras municiones, y como no hubiese en aquella sazón en el mar ninguna escuadra aragonesa, la dicha orden pudo cumplimentarse sin la menor dificultad, el dia 8 de julio. Discutieron luego los florentinos acerca del lugar donde pondrían el campamento, y les pareció que eligiendo las cercanías de Campiglia, podrían cortar la retirada á los nuestros y les derrotarían por completo. Pero no habiendo comparecido aún Tadeo Manfredi señor de Imola, el cual por la reciente muerte de Guidantonio su padre, había sido tomado á sueldo con mil doscientos caballos y doscientos infantes por la República, no creyéndose los dichos florentinos seguros en el llano se retiraron à la montaña sobre Caldone á cosa de una milla de Campiglia. Empero aquel lugar ofrecía la desventaja de que el ejército no podía proveerse de agua porque los puntos habitados eran pocos, tenían pozos que la daban de muy mala calidad, y tampoco había provisión de vino, de suerte que por estas causas unos doscientos merodeadores se pasaron al Rey. Este, en cambio, tenía en su real, gracias á la escuadra que lo había abastecido hacía muy poco, toda clase de vituallas, á escepción de forrajes. Para que los manjares delicados abundasen, el Rey mandó llamar á sus halconeros, á los cuales hizo pedir salvo conducto á los comisarios enemigos que por cierto lo denegaron. Los florentinos habían dispuesto que sus galeotas proveyesen el campo cargando las vituallas en Pisa y desembarcándolas en Vado que está á ocho millas de Campiglia; pero descubiertas éstas por la escuadra del Rey, entre

(1) El texto dice: «*avendo il re fatto una bastia a Capazuolo*. ¿Qué era una bastía? Ammirato no lo esplica; pero otro historiador, Lorenzo Pignotti en su STORIA DELLA TOSCANA SINO AL PRINCIPATO CON DIVERSI SAGGI SULLE SCIENZE, LETTERE E ARTI, describe las bastías en estos términos. «*Si fabbricavano poi o di legno o di sasso castelli o bastie da offesa e da difesa intorno alle mura, alle torri, sulle rive di un fiume, sopra una colina o dove si stimasse il terreno più atto all' offesa o allo difesa.*» Zurita traduce esta palabra como en italiano y escribe también *bastía*. De aquí vino el nombre de *bastíon*.



San Vicente y Puerto Barato, salió acto contínuo á su encuentro desde el canal de Piombino con la esperanza casi segura de la victoria. Algo difieren los autores en la enumeración de nuestras fuerzas navales. Fazio hace mención de seis galeras y tres naves pequeñas de transporte; Zurita añade una galeota, pero Capponi dice que eran diez galeras sutiles, y un anónimo dice siete galeras, una nave, dos balleneros y algunas fustas. Las cuatro galeotas florentinas, en cuanto vieron la escuadra real, se largaron mar adentro, de modo que dejando hácia tierra á los adversarios, fuesen libres, según se presentase la ocasión, de embestir ó de retirarse. Los del campo florentino, pues que hay que advertir que ambos ejércitos enemigos fueron espectadores de la pelea, viendo que sus galeotas se largaban, quedaron muy satisfechos creyendo que eludían el combate, ya que era tanta la desigualdad de las dos armadas; pero al cabo de una hora al ver que viraban en redondo auguraron ya muy desfavorablemente. No obstante jamás hubo combate naval tan feroz ni tan arriesgado, habida cuenta de la desigualdad de las fuerzas. empero los florentinos, afirma Ammirato, estuvieron tan lejos de la derrota que al principio tomaron una de las naves de transporte aragonesa, y aún se cree, que si hubiesen atendido más á combatir que á capturar, fácilmente hubieran conseguido la victoria. Se luchó por espacio de cinco horas contínuas, tanto que habiendo llegado la noche; se perdieron de vista las escuadras y los del campo no sabían cuál de las dos había llevado la mejor parte. Al dia siguiente se supo que eran prisioneras dos de las galeotas florentinas y que las otras dos habían podido librarse, no sin gran mortandad de las tripulaciones de entrambos bandos. El capitán de la escuadra aragonesa lo fué el noble Garcilaso ó Galcerán de Requesens, el de la florentina el comisario Neri Capponi.

Esta derrota, ocurrida el día 15 de Julio, así que llegó á noticia de los toscanos, les hizo perder toda esperanza de aprovisionamiento, de tal modo que no ya solo los merodeadores, sinó también los principales, empezaban á murmurar, diciendo que no se debía seguir en un punto en donde no había vino, las aguas eran pocas y detestables y por último hacía un calor



extraordinario. Por estas causas se decidió levantar el campo, y para no perder el tiempo inútilmente, procurar la recuperación de los castillos perdidos. Entre tanto se creía que el ejército real no podría permanecer mucho tiempo en aquel país, puesto que aún cuando no le faltaban víveres, habían en cambio aumentado terriblemente las enfermedades por lo insalubre del aire, que, en aquellos lugares y en la dicha estación, parecía corromperse, de tal guisa que el real aragonés estaba como apestado y ya se aproximaban al número de mil los muertos de enfermedades. Mientras tanto los florentinos pusieron su campamento alrededor de Montescudaio y por medio de las lombardas que se procuraron de Pisa le obligaron á rendirse á los doce días. En este intermedio el Rey no permanecía ocioso, dando repetidos asaltos á los muros de Piombino y no dejando de mano por otra parte el hacer cada dia nuevas proposiciones á Orsino, para que se pusiese á su devoción, siendo éstas constantemente desoidas. A los florentinos no les llegaba la camisa al cuerpo al ver á un Rey tan poderoso dentro de Toscana, del cual sabían que no solía darse gran fatiga por cosas baladies y de poco momento, recordando siempre que tras de mucha paciencia y obstinación se había apoderado, al cabo de veinte años, del Reino de Nápoles, parte tan noble y principal de Italia, y por lo mismo les asustaban los resultados que podría tener aquella nueva guerra. Por efecto de estas legítimas aprensiones resolvieron proponer un acuerdo, á cuyo fin fué enviado al Rey, Bernadetto de los Médicis, el cual recibió de su boca la siguiente respuesta: que siempre y cuando la República le pagase cincuenta mil escudos y no se entrometiese en las cosas de Piombino, él haría inmediatamente la paz con los florentinos. La generalidad de éstos estaba por admitir la proposición y poner cuanto antes término á la guerra, pero opinó de muy diverso modo Neri Capponi, demostrando cuán peligrosa sería á la República la vecindad de un Rey lleno del deseo de la gloria, por cuya razón se optó por la resistencia siempre que D. Alfonso no dejase en pacífica posesión de su estado al señor de Piombino. Frustradas de este modo las esperanzas de paz, los florentinos apelaron á otro medio. Hacía poco tiempo que los de Venecia les habían mandado un emba-



jador para ver de conducir de común acuerdo al Rey Renato á Italia, para que hostilizase á su enemigo D. Alfonso. Más los florentinos considerando que los intereses de los venecianos eran muy distintos de los suyos, supuesto que hacían aquella proposición para enseñorearse del Milanesado, que el Rey también pretendía por su parte, en tanto que á ellos no les convenía que fuese ni de los unos ni del otro, dejaron en suspenso tal concordia. Pero sintiéndose entonces hostigados injustamente por el Rey, mandaron al senado veneciano á Giannozzo Manetti para resucitar aquella plática, que casi había caido en olvido, esperando que si el Rey se viese obligado á defender el Reino de Nápoles, desistiría de molestar la Toscana. A todo esto los beligerantes proseguían sus operaciones, D. Alfonso molestando continuamente Piombino y los de la República batiendo Guardistallo. Una vez tomada esta plaza, se dirigieron á Bolgheri que obtuvieron por capitulación, y poco después, siendo gonfaloniero por segunda vez Alamano Salviati, ganaron, de igual modo, Monteverdi. Con estas conquistas tuvieron libre la carretera hasta Campiglia, por cuyo motivo decidieron volver á sus cercanías, así para dar ánimo al señor de Píombino, como para cerrar contra los del Rey en el caso de una retirada. D. Alfonso fuese que no le gustase aquella evolución del enemigo, fuese que aumentaron de dia en dia los muertos y los heridos á consecuencia de las agresiones de los sitiados, deliberó levantar el campo, pero antes quiso tentar el último esfueazo, para ver si con el ímpetu de un extremado valor lograría su deseo.

A este efecto, habiendo inflamado á los suyos por medio de una grave y elocuente alocución para que se portaran valerosamente en los postreros hechos de armas de aquel año, repartió los mandos y las comisiones, con maravilloso orden, entre los más grandes del ejército. [1] Encargó á D. Pedro de Cardona

(1) Al llegar aquí Ammirato hace un elogio de las dotes oratorias del Rey, diciendo en un parentesis «*percirché fu quel re, oltre l' altre sue virtú, molto buon dicitore.*» Fazio inserta dicho discurso aunque podemos abrigar de él la misma duda que expresa Rosmini al tratar de otro que Machiavello pone en boca de un embajador en sus Historias florentinas, preguntando: ¿fué realmente el discurso que pronunció el embajador ó el que hubiera pronunciado Machiavello si se hubiese hallado en su caso? De todos modos hé aquí el de D. Alfonso: «Ego vestra virtute fretus, qua sæpius in Italia, Africa, Hispania, hostes viceram, ac demun Regnum Neapolitanum magnum atque opulentum, vestris maximis laboribus ac periculis



que atacase la ciudad por la parte de tierra, la cual está del lado de oriente y en donde dias atrás había derribado una torre con un trozo del muro, por medio de la artillería gruesa que se le había enviado de Nápoles; á D. Iñigo de Guevara le encomendó que con un buen golpe de soldados escogidos, acometiese la plaza por la parte de occidente; á las tropas forasteras les señaló como punto de ataque el lado norte, donde se halla la puerta de entrada y, por fin, confirió el mando de la escuadra á Berenguer Barril, [1] el cual debía infestar por mar á Piombino, á favor de las ballestas y de los demás artificios de que disponía. Hecho esto recomendó á todos que tomasen el descanso necesario y dió la consigna de que al siguiente dia á la salida del sol todo el mundo estuviese dispuesto para el combate. Así que amaneció, el Rey fué el primero en montar á caballo y desde luego dispuso que se colocase una gran guardia á bastante distancia de los muros, á fin de que si llegara el enemigo, pudiera contenerlo hasta que él acudiera á reforzarla, y demás de esto destacó algunos exploradores, para que le diesen parte de cualquiera novedad que descubrieran. Tomadas estas precauciones, hizo que las trompetas diesen ya la señal del ataque. Reinaldo Orsino que, por las disposiciones tomadas por los aragoneses el dia anterior, había comprendido cuál fuese su intento, se había preparado maravillosamente para resistir el asalto, y había rodeado los muros de hombres, artillería, piedras, saetas y demás armas arrojadizas. A las mujeres les había confiado el encargo de procurar pan y vino á sus maridos y hermanos cuando estuviesen cansados de batirse, y allí donde conoció que debía ser mayor el peligro, colocó á los jóvenes más

adeptus fueram, Hetruscam hanc expeditionem suscepi, mihi persuadens vos eamdem operam, ac fidem quam superioribus bellis, mihi æque strenne præstaturos; quippe quos semper pluris facere dignitatem gloriamque meam, quam salutem vestram, quam vitam (quemadmodum viros fortes decet) animadverti. Itaque quam animi fortudinem, quamque constantiam antehac ostendistis, eadem hodie repræsentetis opus est, quo partam armis gloriam, cujus jactura generosis animis omni incomodo, et calamitate debet esse gravior, tueri valeatis. Nec vero vos in periculo mitto, ipse absum; sed comes eo, omnis eventus vestri particeps futurus. Res nostra, ut videtis, eo loco sita est, ut nobis, aut viriliter pugnandum, aut turpiter cedendum, deferendaque obsidio sit: quandoquiem hostes sese hodie confligendi consilio ad castra nostra profecturos denunciarunt. Itaque, ut paucis agam, si pristinam animi virtutem, si robur, si vestrum illud in me ingens studium retinetis, nihil est profecto, quod de victoria (Deo bene juvante) dubitem. Namque ut ignavos viros fortuna rejicit, ita fortibus præsto est. »

(1) Creemos que debe leerse de Eril.



animosos y valientes y en los cuales tenía más confianza. En suma no se le había olvidado ninguna de las precauciones que el arte militar aconsejaba en tales casos. Los aragoneses así qué oyeron la señal del ataque comenzaron á batir la plaza, tanto por mar [1] como por tierra y simultáneamente unos se lanzaron á los fosos, otros apoyaron las escalas en el muro y otros subieron denodadamente por ellas, mientras el espacio se llenaba con el tronar de las lombardas y los gritos así de los asaltantes como de los asaltados. Todo acontecía bajo las miradas del Rey, y cada uno era impulsado por la idea de los premios ó de la vergüenza á que se haría acreedor, según fuese su comportamiento; así no obstaba el haber sido rechazado una ó dos veces ó el haber sido arrojado de lo alto de los muros ó de sus almenas, con tal que quedara el cuerpo sano, para volver acto contínuo á la pelea. Ni el Rey se mostraba inferior á sus soldados así en los bríos, como en la diligencia, recorriendo todos los puntos de ataque, encendiendo aún más el ánimo de los valientes, infundiendo corage á los cansados, hacienretirar á los heridos y reemplazándoles por otros que llegaban de refresco, teniendo una palabra de emulación ó de alabanza para todos. Orsino á su vez mostraba á los suyos el común peligro que correrían, si dejasen el enemigo en el muro, recordándoles contínuamente que entonces no se trataba de italianos contra italianos, sinó que combatían con catalanes, gente rapaz y cruel, tocándoles por idéntico modo las fibras más sensibles para animarles á la defensa; y así les impulsaba á hacer jugar la artillería, que distaba mucho de tener la perfección

(1) Al hablar del ataque por mar dice Fazio: «A mari antem onerariæ, quo propius tuto potuerunt, pontibus in puppibus excitatis, quos in muros transmitterent, haud procul ab arce maritima magna vi subire, expositis e triremibus sociis navalibus, et ipsi ad muros succedere cæperunt, oppidanis varie terrorem intentantes.»

Sismondi da á entender que los buques recibieron algún tiro de bombarda que dificultó la maniobra proyectaba, la cual era acercar á los muros por medio de garfios unos botes suspendidos á la altura de los mástiles y en los cuales se hallaban los marinos que debían ir al asalto, viéndose éstos imposibilitados de cumplir su consigna á causa de aquel y otros percances. Hé aquí el texto:

«I vascelli catalani mossero contra il castello dalla banda della Rocchetta, ed avevano apparechiati de' battelli pieni di gente armata, i quali sollevati colle carrucole fino alla cima degli alberi, dovevano giugnere all' altezza delle mura, attaccarvisi con uncini, e dare in tal modo facile il passo agli assalitori. Ma un avventurato colpo di bombarda, partito dalla Rocchetta, colpi nel mezzo uno di que' battelli e lo fece cadere in ischeggie; gli altri, sebbene avessero più volte scagliati gli arpesi, mai non riuscirono ad aggrappare il muro.»



que luego ha alcanzado, y á lanzar piedras y, lo que molestaba más á los asaltantes, agua hirviendo y cal viva, la cual pasando por entre las armaduras y corriéndose por todos los miembros de los combatientes, embargaba extraordinariamente las fuerzas de los enemigos. Donde los aragoneses resultaban más castigados era en el punto en que había tocado á Cardona, porque eran batidos de flanco desde un muro en el cual Orsino había colocado sus mejores ballesteros y además unas piezas pequeñas de artillería, llamadas columbrinas, las cuales apuntadas contra cualquiera que fuese osado á subir á la muralla, dejaban á muy pocos con vida. En tal peligro brilló explendoroso el valor de Antonio Fuxonus (¿Foxá?) y de Juan Antonio Caldora, el más jóven, los cuales combatían sobre los muros con los de la plaza. Los de dentro se veían más acosados por la parte por donde atacaba Guevara; Francisco David peleando valerosamente había sido hecho prisionero y Bernardo Sterlich y Martin Nuccio habían muerto. Muchos escritores concuerdan en decir que fué digno de admiración, sobre todos los demás, el valor de Galeazzo ó Galcerán Bardaxi, quien, apesar de haber sido arrojado tres veces del muro donde había subido, volvió siempre más fiero y animoso á escalarlo y habría logrado ocupar aquella parte, siendo, como era, hombre de fuerzas incomparables, si la última vez, en que asido de una almena estaba ya próximo á saltar sobre la muralla, no huhiera recibido una tremenda pedrada y no le hubiese faltado al mismo tiempo aquella pared donde tenía apoyadas las manos, cayéndose él y la pared, de antemano cuarteada, con estrépito hasta el foso. Hé aquí lo que escribe Zurita de este caballero: "Señaláronse en aquella guerra en diversos combates D. Pedro de Cardona, D. Berenguer de Eril y Galeoto de Bardaxi: que fué uno de los señalados cavalleros en valentía y esfuerço que uvo en aquellos tiempos. Fueron las fuerças, y valentía de ánimo de este cavallero maravillosas y muy alabadas de todas las naciones; en que sobrepujó á los más robustos y valientes soldados, y capitanes, que se señalaron en las guerras de Italia: así peleando á pié, como á cavallo: sin hallar ninguno que pelease con él, que no fuesse vencido: y sus hazañas no se encarecen como de los otros de su tiempo, sinó en



comparación de los excelentes cavalleros, que dexaron de largos siglos inmortal memoria. „

Fazio hace un elogio aún más brillante de este caballero que debería ser más popular y más celebrado no solo en la historia, sinó también en la poesía pátria. Dice: “ Su estatura fué bastante más que mediana, de miembros robustos y bien formados. La magnitud de sus fuerzas correspondía á la de su cuerpo: en la lucha, en el tiro y en el salto no halló quien le superase. La fuerza de su ánimo corría parejas con la de sus miembros; fué luchador acérrimo así á pié como á caballo: armado de una pesada armadura y con el casco puesto, estando pié á tierra, cojía la silla de su caballo con la siniestra mano, se apoyaba con la derecha en su lanza de caballería y de un gran salto montaba sobre su troton de guerra que era de mucha talla. Riñó cuatro veces singulares batallas, dos en Italia, una en Francia y otra en Bélgica y siempre salió vencedor. En esta misma guerra una vez fué acometido por tres enemigos: á uno con la empuñadura de la espada le derribó, medio muerto, del caballo; al otro le cogió por la cintura le sacó de la silla y le arrojó al suelo, y al último le tiró un tajo en el codo y le obligó á escaparse. En cambio era tanta su modestia, que nunca hablaba de sí, aún rogándolo sus amigos: su vida era culta, de costumbres elegantes y en todo agradable y discreto. „

Mientras se combatía de dicha manera en Píombino, he aquí que llega la noticia al Rey de que se comenzaba á descubrir caballería enemiga, lo que le dió motivo, por más que luego supo que se trataba de pocos caballos, para mandar tocar la señal de retirada. (1) Considerando luego las dificultades que

(1) Así se batían los señores de Piombino á quienes un escritor francés ha querido presentar poco menos que como innobles payasos en una popularísima zarzuela.

La defensa de Piombino dió motivo á la aparición de un poema épico que publicó Muratori en sus *Scriptores rerum italicarum* T. XXV p.ª 319 á 370. Hé aquí el juicio que formó Sismondi del *Poema dell' assedio di Piombino*.

« Antonio degli Agostini di Samminiato, autore di questo poema, trovavasi alla corte del principe di Piombino in tempo dell' assedio. Pare che fosse una specie di trovatore o di poeta cortigiano, addetto a Rinaldo Orsini, di cui celebro in terza rima il valore e la morte. Trovansi in questi versi alcuni curiosi particolari intorno alle costumanze di quo' tempi; ma le invocazioni degli Dei, le aringhe, le similitudini, finalmente tutta la parte poetica di queste cronache rimate nelle quali non v' é pure scintilla d' ingegno, ne rendono la lettura faticosíssima. »

No fué el poema publicado por Muratori el único á que dió motivo aquella



había en hacerse dueño de Píombino, así por la proximidad del invierno, como por la falta que tendría de vituallas no menos que por la exigüidad del número (1) de las tropas, las cuales habían ido disminuyendo de dia en dia, resolvió partir, haciendo la vía del mar y de los estanques. No quisieron los florentinos probar de picarle la retirada, ya por no concitarse aún más su ira, ya porque quisieron seguir aquel refrán que dice: á enemigo que huye, puente de plata. Llegó D. Alfonso con su gente en bastante mal estado á Castiglione de la Pescaia, en donde dejó un fuerte y valiente presidio. Luego, amenazando que en otra ocasión se vengaría del bochorno por que le habían hecho pasar los florentinos, entró en el Sanés y en Ansedonia, y pasando enseguida á los Estados pontificios, fué á parar á Civitavechia, en donde ordenó que el ejército siguiese hasta Nápoles por la vía de tierra. El se embarcó en las galeras, y después de muchas fatigas y peligros, dió consigo en Gaeta. Al llegar al puerto desembarcó, y por tierra se fué en dirección de la capital del Reino. Al llegar á ella, dice Constanzo, se encontró con que la Duquesa de Calabria, su nuera, había parido un hijo, que fué luego el Rey Alfonso II de Nápoles, y en el tiempo del parto apareció en el aire sobre el Castillo Nuevo una columna de fuego que fué presagio de los terrores de su reinado. Los napolitanos dieron muchas demostraciones de alegría por el regreso del Rey, y entre otras fué una el reunirse muchos caballeros que por la noche recorrieron

campaña. Basinio de Parma escribió otro titulado de las *Hespérides*, en el cual ensalza hasta el cielo las hazañas de Segismundo Malatesta al frente del ejército florentino. Basinio fué discípulo de Victorino de Feltre y de Teodoro de Gaza, sobresalió en la Filosofía, las Matemáticas y las Humanidades; pero su fuerte fué la Poesía. Dejó escritos, además de las *Hespérides*, otros dos poemas, titulados *Meleagridos* y los *Argonautas*, aparte de las *Isottai* ó sean treinta cartas en honor de Isota, de Rímini. Fué gran protegido de Segismundo quien le hizo enterrar en uno de los sarcófagos del panteón de San Francisco de Rímini, templo agrandado y decorado por dicho caudillo. Iriarte publica cuatro magníficos facsímiles de miniaturas sacadas de los códices manuscritos de Basinio referentes á la campaña de D. Alfonso, altamente preciosas, por que dan una idea clara del modo de hacer la guerra en aquella remota época.

(1) Fazio escribe un párrafo notable para expresar cómo hubo de suplir el Rey la falta de forrajes para su caballería, apelando á las hojas de caña y de encina, á las zarzas y cortezas de árboles. «Interea equorum plerique, cum quicquid herbidum circa erat, mandissent, nudumque solum nullam jam amplius stramentorum, aut pabuli copiam suministrarent neque hæc vicinis hostibus, longius peti possent, harundinumque, et quercuum foliis rubisque, et arborum corticibus sustentari cogerentur (jam enim finis autumni erat) macie, atque inedia confecti extabuerunt.»



montados la ciudad con antorchas en la mano y luego fueron á aclamar al Rey al pié del Castillo.

Así terminó el año de 1448.

Antes de entrar en la reseña de las operaciones militares que tuvieron lugar en el Milanesado, no debemos dejar de dar cuenta de una embajada que mandó á la Corte pontificia. Esta vez el embajador lo fué el obispo de Lérida. Tenemos á la vista las instrucciones que recibió de D. Alfonso, las cuales insertamos por nota, y puesto que las más se refieren á cosas estrañas á la empresa del Reino de Nápoles, nos limitaremos aquí á apuntar las que tienen alguna conexión con el objeto de nuestro libro.

Lo más interesante era pedir al Papa que diese permiso á las gentes de armas que militaban en pró de Aragón, es decir, tres mil caballos y dos mil infantes, para que pudiesen residir ó invernar en los estados de la Iglesia, es decir, desde la ciudad de Todi hasta los confines del comun de Sena.

Como la campaña no había terminado satisfactoriamente, ya se vé desde luego que el objeto era no alejarse demasiado del teatro de la guerra, para poderla continuar con más facilidad en la primavera siguiente. Demás de esto, el consentimiento del pontífice á lo solicitado debía implicar cierta solidaridad por parte del mismo en los intentos del Rey, cosa que no hubiera dejado de dar mayor prestigio á la causa aragonesa.

El regreso del ejército real á Nápoles, de que hemos hecho mención pocas líneas antes, prueba que el papa se denegó á lo solicitado.

Los demás encargos que llevaba dicho prelado, si bien son interesantes para la historia de los reinos que D. Alfonso poseía acá en España, no importan gran cosa á nuestro propósito. (1)

Corresponde ahora narrar lo que ocurrió en Lombardía entre el Conde Francisco y los venecianos. Más antes hay que dar cuenta de una negociación que medió entre los de la nueva República de Milán y D. Alfonso, en ocasión en que éste se hallaba haciendo la guerra en Toscana. Fueron enviados al cuartel real, de orden de los magistrados milaneses, Juan Ho-

(1) Vid. Apéndices. XLVII.



modeo y Jacobo de Trivulzio, para pedir al Rey que recibiese aquel estado bajo su protección, á lo cual accedió, firmando la confederación que deseaban, y aún les mostró mucho interés por su libertad, añadiéndoles que en cuanto arreglase lo de los florentinos, iría en socorro de Milán. Los embajadores querían que el Rey pasase con todas sus fuerzas hácia la parte de Pádua, y que desde luego hiciese la guerra en Lombardía, para lo cual hubiera sido necesario un gran ejército. Ofreciéronle en señal de amor y veneración llevar en la bandera milanesa las armas de la comunidad con las suyas á cuarteles, y darle cada año un cierto don por el estilo de la fuente de los genoveses. D. Alfonso no rehusó llamarse defensor y protector de la libertad de Milán, y aún parece que se estipularon los siguientes pactos para cuando la guerra se hiciese. Los milaneses debían darle diez mil ducados de oro cada mes; todo lo que conquistase desde el Adda hácia Venecia, señaladamente Pádua, Vicenza, Verona y Treviso, con todas sus fuerzas y castillos, debía ser para él, y todo lo que ganase desde dicho rio hácia Milán, es decir Brescia, Bergamo, Lodi, Ghiaradadda, igualmente con sus tierras y castillos, debía ser para los milaneses.

D. Alfonso, procediendo en armonía con la nueva actitud en que se había colocado, se apresuró á escribir á su yerno el marqués de Ferrara, para que corriera en buena inteligencia con los milaneses y aceptase los grandes ofrecimientos y ventajas que le habían hecho, y se desentendiera de cualquier clase de partido que tuviera con los venecianos; y para apremiarle más, se le hizo entregar la carta por Luis Despuig, clavero de Montesa, quien tenía el encargo de hacerle comprender de palabra que, unido Aragón con los milaneses y con los de Ferrara, nada había que temer de la República veneciana. Para que Despuig pudiera dar pruebas fehacientes del poderío del Rey, éste le anunciaba que hacía ya doce días que Raimundo Boil se hallaba en marcha por la vía de Génova y que aún le quedaba del lado de acá de la frontera de Toscana, Simonetta, Baldo de Tolentino, Sancho Carrullo (Carrillo?), Carlos del Oddi y Angel Farnesio con 3.000 caballos, los cuales habían sido tomados á sueldo recientemente.

¡ Lástima què la campaña de Toscana no tuviera mejor èxi-



to y no pudiera ponerse en planta el convenio de que dejamos hecho mérito!

Contrista hondamente el ánimo la revolución de Milán. Por nuestra parte sentimos que no entre directamente en el plan de este libro, porque es un cuadro muy fecundo en enseñanzas. No cabe duda que en el estudio de la historia, las desventuras agenas pueden ser parte para hacernos evitar las propias, especialmente en la época que atravesamos, en la cual tan poco se mira el subvertir el órden antiguo de las cosas y el dar en tierra con las más venerandas instituciones. Reseñemos, sin embargo, aquellas aciagas turbulencias con la extensión compatible con los límites razonables de nuestro trabajo.

El año de 1448 se inaugura por parte de los milaneses con un insigne acto de desconfianza, que trae en pos de sí una vergonzosa abdicación. Los que gobernaban aquel estado, recelando de la fidelidad del Conde Francisco, tratan de concertarse con los venecianos, dan la libertad á Gerardo Dandolo, su prisionero de Piacenza, y le encargan que entable los preliminares con el senado de Venecia. Este señala la ciudad de Bérgamo como punto para la celebración de un congreso, y acudiendo á él representantes de los dos estados, se estipula la paz bajo la base de que cada uno de los beligerantes conserve lo que haya conquistado durante la guerra.

Como quiera que estas conferencias no pudieran mantenerse tan secretas como la índole exigía, el Conde se enteró de ellas, comprendiendo que si se realizaba lo concertado, se hundiría para siempre. Empero para que las estipulaciones tuvieran la necesaria eficacia, era menester que las aprobase el Consejo general de Milán, y el Conde se dió buena maña á fin de que hubiese en él gran divergencia de opiniones. Llegado el dia en que debió discutirse el tratado, el pueblo tomó las armas y, guiado por Lampugnani y Bosso, promovió un atroz motin, bajo cuya presión los consejeros no tuvieron más remedio que votar la continuación de la guerra. Jamás se tomó una resolución tan desatentada, porque los milaneses carecían de dinero, y además sus tropas se quedaron desmembradas, porque Astorre Manfredi, terminado su compromiso, abandonó el servicio de aquella repúlica y con las fuerzas que mandaba se



retiró á Faenza; Coleone aún hizo más, porque no solo se desentendió del servicio de Milán, sinó que se puso á sueldo de sus enemigos.

Entre tanto el Conde Francisco disimulaba cautelosamente, para adormecer cualquiera sospecha que abrigasen los de Milán. Así las cosas el ejército veneciano estaba acantonado entre el Oglio, el Mincio y el Adige y su escuadra anclada en Casalmaggiore. El Conde rompió las hostilidades el día primero de Mayo, apoderándose de Mozzanico, Vaitale, Triviglio, Melzo y Pandino. Después de esto quería dirigirse á Cremona, ya que el almirante Quirini, con la escuadra veneciana, había atacado el puente de barcas, que fué defendido por los milaneses al mando de Blanca Visconti, amenazando hacerse dueños del Po hasta Pavia; pero los magistrados de Milán, de acuerdo con el parecer de los hermanos Piccinini, ordenaron al Conde que viera de recobrar á Lodi. La escuadra veneciana después de la jornada de Cremona se había vuelto á Casalmaggiore; fortificándose por medio de cadenas y estacadas. El Conde Francisco obedeció; pero una vez emprendido el sitio de Lodi, pidió permiso para atacar á la armada de Quirini. Obtenido el asentimiento de los de Milán, emprendió la marcha, y puesto de acuerdo con Blas Axarate, (Biaggio Assereto) el vencedor en la batalla naval de Ponza, que mandaba la escuadra milanesa, idearon entre ambos el siguiente plan de ataque. Montáronse de noche dos baterías á los dos estremos de Casalmaggiore, dirigidas contra las galeotas venecianas, y Axarate tomó posición en la apertura del canal inferior de la isla, que existe en aquella parte, para impedir que los venecianos se movieran. En cuanto Atténdolo supo lo que ocurría, cabalgó con las fuerzas de su mando para ir en socorro de la armada; pero no ejecutó sus movimientos con tanta rapidez, que no diese tiempo al Conde, el 16 de Julio, de hacer jugar sus piezas durante todo el dia, causando grandes averías á las galeotas venecianas. Cuando Quirini quiso levar anclas, halló ya inservibles la mayor parte de sus barcos y no tuvo más remedio que desistir. Al llegar la noche, desesperando de salvarse, mandó pegar fuego á las galeotas incendiadas y las empujó contra la escuadra milanesa, para ver si la incendiaba, y él,



con siete de dichos barcos que aún podían prestar servicio, vió si podría atravesar la línea enemiga en medio de la general confusión. Axarate, para evitar el peligro, abrió paso á las galeotas incendiadas y tras de ellas Quirini logró su salvación.

Demos ahora cuenta de otro triunfo no menos notable de Francisco Sforza. Después de la jornada quería ir al asalto de Brescia, porque así convenía á sus intereses; pero los del gobierno de Milán le mandaron que atacase á Caravaggio. Por entonces aún le tenía cuenta obedecer, é hizo lo que se le mandaba. Una vez al frente de dicha plaza, atrincheró fuertemente su campamento para evitar una sorpresa. A los tres dias, ó sea el primero de Agosto, Micheletto Atténdolo movió su hueste de doce mil quinientos caballos y también acampó y fortificó su campamento, no lejos de los sforcescos. Así las cosas, el Conde Francisco puso en batería cuatro grandes piezas y empezó á abrir brecha en los muros de la plaza. Ya todo estaba dispuesto para el asalto, pero el experimentado y astuto condottiero todavía esperó, por las dos siguientes razones: primera, porque teniendo el enemigo á la vista podría ser que los suyos cebándose en el saqueo y en el botin, en el caso de un ataque por retaguardia, no acudiesen á batirse con la presteza necesaria; segundo, porque tenía indicios de que la idea de una capitulación labraba ya en el ánimo de los sitiados. Los del campo veneciano diferían de parecer respecto de la determinación que lo árduo del caso requería; estando unos por abandonar á Caravaggio y otros por atacar á Sforza y jugar el todo por el todo. Los comisarios venecianos optaron por el temperamento de someter el asunto al Senado de Venecia, el cual, creyendo que en ciertos casos lo más prudente es el valor, se decidió por el ataque.

Hé aquí como Atténdolo dispuso las cosas para cumplir honrosamente el mandato de la Señoría. Por un lado del campamento de los sforcescos había un bosque espeso y pantanoso que éstos, por creerlo impracticable, no habían levantado en aquella dirección ninguna obra de defensa. Uno de los capitanes venecianos, de nombre Tiberto Brandolino, lo había reconocido, descubriendo un camino por medio del cual se podía llegar hasta el real enemigo. Comunicada la noticia á su gene-



ral, determinó éste aprovecharse de aquel descubrimiento y presentarse impensadamente en el campo enemigo en la hora en que sabía que los del Conde tomaban el desayuno. Tal deliberación fué puesta por obra el día 15 de Septiembre, teniendo cuidado de dejar en el campamento veneciano, para su necesaria defensa, á Bartolomé Coleone con mil quinientos de á caballo, dándole además la consigna de que engañase al enemigo por medio de una ligera escaramuza.

Atténdolo llevaba consigo una hueste de once mil caballos. Otro enemigo menos ducho y avisado hubiese podido ser sorprendido, pero el sagaz Sforza mandó botar sillas y formar á los suyos y se puso en observación de los movimientos de Micheletto. Como vigilaba en todas las direcciones, menos en las del bosque, quedó pasmado al llegarle la noticia de que los venecianos habían avanzado por él y que ya estaban dentro del campamento, donde todo era confusión y desórden; más con la sangre fría que le caracterizaba, no por esto se confundió, sinó que ordenó que algunos de los escuadrones que tenía prevenidos diesen un gran rodeo y penetrando en el mismo bosque cerraran contra el enemigo por su espalda. Cuando éste, que se creía victorioso, se vió atacado por donde menos sospechaba, se pronunció en dispersión yendo á estrellarse contra los árboles ó á atascarse en el lodo de los pantanos. Entonces el Conde con las fuerzas que le quedaban arremetió de frente y completó la derrota. Los que huían del ataque de vanguardia, chocaban con los que hacían lo propio del de retaguardia, y ya en la hueste veneciana todo fué dispersión, confusión y vergüenza, dándose la mayoría prisionera. Entonces Sforza formó á los suyos y les arengó animándoles al asalto del campo de los contrarios y terminar la jornada con su completa ruina. En pocos momentos fueron ganados los atrincheramientos, dispersos sus defensores y puesto en fuga Coleone que á duras penas le fué dado llegar hasta Bérgamo. De todo el ejército veneciano solo se salvaron mil quinientos caballos; todos los demás fueron hechos prisioneros. Sforza tuvo además en su poder á los comisarios ó proveedores, todo el bagage, tiendas, municiones y un rico ajuar que en recompensa distribuyó á sus soldados.

La gran victoria que narrada queda, llenó de espanto las



comarcas de Brescia y Bérgamo y así que Sforza hubo pasado el Oglio se le rindieron sin resistencia todos aquellos lugares. Su plan era apoderarse de Brescia y luego concertarse con los venecianos para tomar por objetivo Milán. A los hermanos Piccinini algo se les alcanzaba de estos planes, no dejando de hacer partícipes de cuanto descubrían ó recelaban á los magistrados de la República milanesa, con cuyos mensajes aquellos señores estaban llenos de desconfianza. Llegó esta á su colmo cuando se les hizo saber que el Conde daba libertad á los venecianos sin exigirles rescate, y que solo se quedaba con sus armas y caballos, calculando que lo hacía para tener propicia á la señoría y dispuesta á secundarle en sus rebeldes designios. Entonces se le ordenó que dejase á un lado lo de Brescia y que emprendiese la conquista de Lodi y Bérgamo. Sforza solo obedeció en parte y aún de una manera calculada, mandando á sitiar la primera de dichas ciudades á los Piccinini, á los Sanseverini y demás capitanes de procedencia brancesca, que para sus intentos más le servían de estorbo que de utilidad verdadera. Entonces fué cuando acabada por este acto de rebeldía la paciencia de los regentes de la República milanesa, diputaron un embajador á Venecia para que á toda costa consiguiese hacer la paz con aquella Señoría. Los venecianos le entretuvieron con buenas palabras, y aunque á primera vista todo hacía creer que les convenía más la alianza con la República de Milán que con el Conde Francisco, por un refinamiento de cálculo y de malicia la ofrecieron á éste, previendo que cuando los milaneses consideraran segura su ruina, harían nuevas proposiciones y se rendirían á discrecion. El Conde aceptó la oferta sin vacilar ni un momento, considerando que de hacerlo así le resultaría gran ventaja; al paso que de denegarse, daría ocasión y motivo para que las dos repúblicas se concertaran en contra de él. Por lo demás, las cláusulas de la concordia no podían serle más favorables, estipulándose que él acabaría de dar libertad á los prisioneros que aún retuviese, que devolvería los lugares ocupados en los territorios de Brescia y Bérgamo y que renunciaría á todo derecho que pudiera tener sobre el Cremasco y la Ghiaradadda; en cambio Venecia debía ayudarle á sentarse en el trono de Felipe María, socorriéndole con cuatro



mil caballos y dos mil infantes y con trece mil florines cada mes hasta que Milán fese suya. Participada esta evolución á la turba de sus descreidos soldados, todos se manifestaron dispuestos á seguirle allí donde les llevase.

Mientras en Milán se celebraba con cívicos festejos la victoria de Caravaggio, llegó la noticia de la traición de Sforza, trocándose la alegría en tristeza, y en desesperación y terror la confianza. Algunas ciudades de Lombardía, viendo levantarse la fortuna del Conde, se le entregaron desde luego. Halláronse en este caso primero Piacenza y luego algunas plazas secundarias. No pararon aquí las desventuras de los milaneses; puesto que á poco se vieron abandonados de los más de sus capitanes que se pasaron al Conde. Mencionemos entre varios á los Sanseverini, á Luis del Verme y á Guillermo de Monferrato. En cambio Carlos Gonzaga abandonó las filas de Sforza, y con las fuerzas de su mando se puso al servicio de Milán.

Los magistrados de la República cometieron entonces la bajeza de mandarle una embajada al rebelde, para ver si le harían desistir de sus intentos; pero Sforza contestó que si el aliarse con los venecianos era un acto de perfidia, no ignoraba que Milán lo había intentado antes que él. Como los embajadores quisieron llevarse las milicias de la ciudad, el Conde que estaba bien seguro de ellas, les permitió que las arengasen, pero con tan mal éxito, que los mozos no solo no quisieron volver al redil, sino que insultaron y aún pusieron las manos sobre los infelices legados.

Todavía la desatentada República de Milán no había acabado de subir á la cumbre de su Calvario. El Conde mandó á la capital á Benedetto Riguardati para solicitar una audiencia del Consejo y hacerle entender la conveniencia de someterse á la autoridad de su legítimo Duque. Riguardati desempeñó con celo y elocuencia su cometido, y cuando parecía haber llevado la convicción á los espíritus, se levantó Jorge Lampugnani y en una calurosa filípica tronó contra el Conde, pintando la vergüenza, el vilipendio, y aún los peligros que correría la República, si se bajase á los piés de tan indigno y pérfido dueño, arrancando del auditorio el juramento de conservar la libertad sin reparar en ningún género de sacrificios, Francisco Piccini-



no fué nombrado general en gefe del ejército y Carlos Gonzaga gobernador de Milán. La República reforzó las guarniciones de las plazas que aún se conservaban fieles y acudió en demanda de ausilios á D. Alfonso, al Duque de Saboya, al Rey de Romanos y al de Francia.

Al saber todo lo ocurrido, el Conde puso en marcha su hueste y empezó por apoderarse de Abiate. Demás de esto, desvió el curso del Navilio, que se deriva del Tesino, y abastece de aguas la ciudad y constituye el motor de la mayor parte de los molinos. Los milaneses, sin embargo, supieron hacer frente á tamaño contratiempo. Poco después, habiendo el Conde recibido el subsidio de gente armada de los venecianos ocupó todas las orillas de los tres lagos, Mayor, de Como y Lugano, tomando muchas plazas y castillos y rematando aquella favorable operación con la conquista de Novara. Sus capitanes tampoco permanecieron ociosos, apoderándose del castillo de Romagnone, de Vigevano, de Sale y de Alejandría.

Los milaneses, por su parte, apenas si hicieron cosa alguna de provecho. Los Piccinini se limitaron á saquear el uno la comarca de Pavía y á asegurar el otro la conservación de Parma. La atroz discordia se había introducido en Milán y sus ciudadanos formaban ya dos bandos rivales: el de los güelfos y el de los gibelinos; estos eran los moderados, aquellos los exaltados. A todo esto el gobernador Gonzaga ideó trabajar por cuenta propia, apoyándose en los gibelinos, pero comprando simultáneamente el apoyo de los más granados del partido güelfo. Todo lo tenía ya preparado para dar el golpe y alzarse con el dominio de alguna ciudad, como por ejemplo Mantua. Ya había mandado trasladar á ella todas sus riquezas y tenía dispuesto el banquete para el dia en que tomase el título de Príncipe.

Los más ardientes republicanos se enteraron de tales proyectos y no sintièndose fuertes para contrarrestarlos por sí mismos, decidieron ofrecer la obediencia al Conde Francisco, siempre que les otorgase una constitución en armonía con la forma de gobierno que se habían dado. El Conde oyó el ofrecimiento tan contrario á sus proyectos y menos propio de un vencedor que de un vencido, contestando que reflexionaría y que se quedase el legado que hacía de secretario para comunicar la respuesta.



Gonzaga averiguó lo que se tramaba y supo que Bosso y Lampugnani eran de los que conspiraban por entregar la ciudad al Conde. Fingiendo la necesidad de una embajada al Rey de Romanos, logró del Consejo que nombrase por sus legados á los dichos dos gibelinos, y dándoles una escolta, les hizo salir hácia Como. Cuando estuvieron á cierta distancia, el jefe que mandaba las tropas les hizo torcer en dirección de Monza y al llegar á esta ciudad, Lampugnani subió al cadalso y se le cortó la cabeza. Bosso fué puesto al tormento y hubo de descubrir á sus cómplices, los cuales fueron reducidos acto contínuo á prisión y también pagaron con sus vidas el oponerse á los planes de Gonzaga. Tras de dichas ejecuciones se concertó éste con los más ambiciosos, y para tener apoyo en la hez del pueblo, elevó á las primeras dignidades á las personas de más bajo orígen. Entonces Milán fué presa de la rapacidad de aquellos tiranuelos. Primero se enriquecieron con los despojos de los ejecutados y de los proscritos; luego socolor de buscar granos y subsistencias ocultas, empezaron á descerrajar las casas de los ciudadanos, desbalijándoles de todos los objetos preciosos que les venian á la mano y obligándoles, puñal en mano, á que descubriesen los que tenían ocultos. Asumida por Gonzaga la superior autoridad, un resto de patriotismo obligó á los Piccinini á olvidar los antiguos agravios que tenían con el Conde y á ponerse á sus órdenes para salvar á Lombardía.

Así terminaron en el año de 1448 las cosas de aquel estado.

En este mismo año los genoveses, con la veleidad que les caracterizaba, pretendieron del Rey, por medio de un embajador, llamado Jacobo de Bracellis, que, no habiéndoles sido acepta la liga que otro embajador suyo llamado Aron, extralimitándose de sus poderes é instrucciones, habia pactado con S. M., fuese aquella declarada írrita, casada y anulada. El Rey, aunque tenia por firme dicha nueva liga, les hizo declarar, por conducto de Francisco Martorell, que deseando complacer y ser grato á la Señoría, se conformaba con lo pedido, siempre que fuese igualmente abolida la anterior, es decir la hecha y firmada entre S. M. y Juan de Federico, procurador del Dux de dicho Estado; quedando siempre en toda su fuerza y vigor los capítulos de paz entre S. M. y la Señoría, en razón á haber



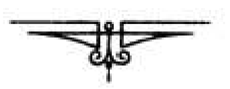
sido ratificados por Oberto Intinia, también procurador del Dux, estando S. M. en Tivoli.

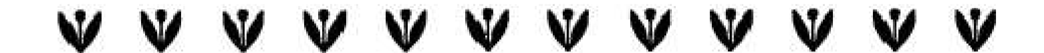
Martorell, á tenor de las instrucciones que le fueron expedidas desde Albarescio á 12 de Marzo del año que nos ocupa, debía comunicar la determinación del Rey á los ancianos y á otros del consejo, y en caso de que se aceptara lo que S. M. pedía, quedaba autorizado para otorgar público instrumento en la forma que se le había comunicado.

También llevaba el encargo de decir como S. M. estaba muy maravillado de que por la dicha comunidad no le hubiese sido remitida la fuente ó jofaina que cada año la dicha comunidad estaba obligada á mandarle, á tenor de los capítulos de la paz.

Las instrucciones á Martorell están refrendadas por Mateo de Juan. (1)

(1) Vid. Apéndices XLVIII.





CAPÍTULO LI

SUMARIO

(1448-1449). — Sucesos del orden eclesiástico. — Prestigio de Nicolás V. — Conferencia en Lyon y mensaje al antipapa. — Condiciones de la sumisión. — El Papa las acepta casi todas menos la de convocar un nuevo Concilio. — Renuncia y sumisión de Amadeo de Saboya. — Sumisión de los de Basilea y cesación del cisma. — Alegría de la Cristiandad. — Juan de Segovia. — Ausilios del Rey á los milaneses. — Referencias del cronista Zurita acerca de algunas ocurrencias de este período. — Combate naval de Siracusa entre venecianos y aragoneses. — Incendio de nuestras naves. — Victoria del Almirante Vilamarí en el Epiro. — El almirante hostiliza á los turcos en el mar Egeo. — D. Alfonso y Scanderbegh. — Asedio de Sfeligrado. — Proposiciones de paz con los florentinos. — Acciones de guerra en el territorio lombardo. — Nueva defección de los Piccinini en daño de Sforza. — Gonzaga se pasa al partido de Sforza. — Venecia hace liga con Milán. — Represalias del conde. — Muere Francisco Piccinino. — Tratos cancillerescos. — Bula de Nicolás V en favor de D. Fernando.

PROCUREMOS algún solaz y descanso al lector, después de la narración de tantos encuentros y batallas, diciendo como hubo fin la crísis religiosa, gracias al prestigio del nuevo Papa y al cansancio de todos los príncipes cristianos. Y si dejamos pendiente por algún tiempo lo que toca á D. Alfonso, á Milán, á Florencia y á Venecia, cúlpese á lo complejo de la trama de esta historia y téngase presente lo que ya advertía Solís en la de la Conquista de Méjico, con las siguientes palabras: "y este primor de entreteger los sucesos sin que parezcan los unos digresiones de los otros, es la mayor dificultad de los historiadores." Veámos, pues lo que ocurrió en el órden eclesiástico durante los años de 1448 y 1449.

Ya dejamos dicho que los alemanes se apresuraron á reco-



nocer al nuevo Papa, quien les mandó un legado, que lo fué el cardenal Carvajal, para reparar los desórdenes que había producido la neutralidad y para atender á las quejas del Imperio. Después de muchas conferencias con el Emperador y los príncipes, se celebró un concordato, confirmado por una bula dada en primero de Abril de 1448, en el que se estipuló la manera de proceder en la colación de beneficios y piezas eclesiásticas, señalando las que correspondían á cada una de las dos potestades.

En este mismo año Nicolás V publicó otra bula en que se descubre una gran confianza en el logro de la paz, así como un lenguaje muy templado respecto de los disidentes. En tal documento manifiesta confiar mucho, para el bien y la tranquilidad de la Iglesia, en los buenos oficios de los embajadores de los reyes de Francia, Inglaterra y Sicilia, así como del Delfin. indicando que no desesperaba del desistimiento de Amadeo y de la cooperación de los padres de Basilea, congregados á la sazón en Lausana.

Para contribuir á la realización de tan gratas esperanzas, reunióse una conferencia en Lyon, en la cual estuvieron representadas todas las potencias que más habían trabajado en pró de la paz. Hé aquí los legados de los diversos soberanos: por el Rey de Francia, Jaime Juvenal de los Ursinos, arzobispo de Reims, el obispo de Clermont, el mariscal de Fayette, Elias de Pompadour, arcediano de Carcasona y Tomás de Corcelis, doctor en Teología; por el Rey de Inglaterra, el Conde de Dunois y otros; por cuenta propia ó á nombre del Imperio, que esto no resulta claro, el arzobispo de Tréveris con los embajadores de los electores de Colonia y Sajonia; por Amadeo y el Concilio de Basilea, el cardenal de Arles, el preboste de Montjou y otros; por parte del Delfin, como señor del Delfinado, el arzobispo de Ambrun y el señor de Malicorne; por el titulado rey de Sicilia, ó sea Renato de Anjou, el obispo de Marsella. Mucho se debatió en este Congreso, que duró hasta Octubre de 1448, sin poder venir á un acuerdo. Por fin se convino en mandarle emisarios á Amadeo, que se hallaba entonces en Ginebra, para ver con qué condiciones trataba de someterse al legítimo Pontífice. Los diputados partieron en el mes de Noviembre, oyendo de boca del antipapa, que mediante

las concesiones que luego enumeraremos, no tenía inconveniente en hacer su sumisión. Sabedor el Rey de Francia de tan buena disposición de ánimo, mandó una embajada á Roma para que negociara directamente con Nicolás V. Los ingleses habían enviado otra con idéntico objeto.

Hé aquí las proposiciones que los primeros sometieron á la Santa Sede. 1.° que Félix haría su renuncia en buena y debida forma; 2.° que Nicolás revocaría todas las penas, privaciones y suspensiones impuestas á Félix, al Concilio y á sus adherentes; 3.° que los que hubiesen sido privados de sus beneficios, dignidades y posesiones serían reintegrados en ellos en la forma debida; 4.° que los cardenales de las dos obediencias conservarían sus honores, prerogativas y emolumentos y que si hubiese dos ó varios que tuviesen el mismo título se proveería en ello, como se hizo en el concilio de Constanza; 5.° que todos los oficiales de la corte de Félix conservarían sus empleos; 6.° que el papa Nicolás convocaría por medio de letras un concilio general para el dia primero de Setiembre del año siguiente, en alguna ciudad del dominio de Francia; 7.° que aprobaría y confirmaría todas las provisiones hechas por Félix y por el Concilio de Basilea respecto de cualquier beneficio; 8,° que se comprometería á proveer al estado de Felix de una manera decorosa y que le fuese conveniente, y que todo esto sería aprobado por el futuro concilio.

Hé aquí ahora las pretensiones personales de Amadeo: que se le hiciese cardenal, obispo, legado y vicario perpétuo de la Santa Sede en todos los dominios del Duque de Saboya; que tuviere en la Iglesia romana el primer puesto después del Papa; que cuando se presentase delante de Su Santidad, èste se levantase de su asiento para recibirle y le besaría la boca, sin exigirle de él otras muestras de respeto y de sumisión; que conservaría los hábitos y ornamentos del pontificado, excepto el anillo del pescador, el dosel y la cruz en el calzado y que no se llevaría con él la Santa Eucaristía; que cuando saliese de Saboya, tuviese en todas partes, los derechos y facultades de legado y que no pudiese ser obligado á comparecer en la corte de Roma, ni ante un concilio general.

Llegó el año de 1449, y todavía el Rey de Francia, por me-



dio de sus embajadores, tuvo que intervenir para dar la última mano á las negociaciones. Obtenida la promesa de la cesión de Amadeo, el Papa expidió tres bulas concediendo casi todo lo pedido, menos convocar un nuevo concilio; en vista de lo cual, el dia 9 de Abril, el antipapa renunció el pontificado y todos los derechos que pudiera tener á él. Los padres de Basilea se reunieron por última vez en Lausana, aprobando la renuncia y levantando todas las censuras que á su vez habían lanzado con ocasión del cisma y declarando válidas las provisiones y elecciones en favor de los que no habían reconocido el Concilio.

La alegría que la cesación del cisma produjo fué general en toda la Cristiandad, pero más especialmente en Roma, donde el pueblo se echó á la calle al grito de ¡Viva el Papa Nicolás! Este mandó que se celebrasen funciones de gracias en toda Italia, y en una bula que publicó hizo grandes elogios del Rey de Francia y de los demás príncipes que se congregaron en Lyon. Amadeo volvió á retirarse en Ripailles, en donde llevó una vida ejemplar, muriendo á los tres años, ó sea en 1452, á la edad de sesenta y ocho.

Así terminó aquel largo y doloroso cisma.

Un dia en la catedral de Turín y en la capilla real del palacio de los reyes de Cerdeña, que es como un anexo de aquella, meditábamos al lado del sepulcro y ante la severa estátua de mármol del antipapa Amadeo, cuyos restos mortales parece amparar la sin par reliquia del santo sudario, acerca la diferencia que media entre el que sabe ceder y el que, llevado de sus pasiones, deja que la discordia y la desolación se ceben en el mundo, llenándole de ruinas morales y materiales.

Juan de Segovia, que había sido creado cardenal por el antipapa, no solicitó su rehabilitación como lo hicieron los cardenales aragoneses, por medio de D. Alfonso, y los franceses Juan, arzobispo de Tarentesio, Luis de Varenbon, obispo de Manrienne y Guillermo de Etang, arcediano de Metz, sinó que se retiró á un monasterio oculto en medio de las montañas, en donde tradujo el Coran en latin, refutando los desvarios de dicho libro. ¿Fué esta retirada una protesta hija de un disentimiento de lo ejecutado? No lo sabemos. (1) La verdad es que

(1) Juan de Segovia fué llamado así no se sabe, si por su pátria ó por su ape-

por si debía ó no trasladarse el Concillio á esta ó aquella ciudad, se desistió de la reforma pacífica y ordenada de la Iglesia, dando pié á que más tarde esta necesidad, que habían reconocido los padres de Constanza, originase una de las heregías más hondas y duraderas que han destrozado el seno maternal de la esposa de Jesucristo.

Volvamos de nuevo los ojos al Rey y á las cosas de los aragoneses.

Es raro; los más de los historiadores de Milán nada dicen de la intervenzión de D. Alfóso en los asuntos de Lombardia durante el año de 1449. No obstante, Zurita, trae una infinidad de noticias que hacen creer que el Rey estuvo muy distante de seguir con los brazos cruzados las peripecias militares de aquel estado. Empieza el Analista de Aragón contando como don Alfonso envió gran socorro de gente de armas á los milaneses y procuró que se sostuviera la ciudad de Parma en la obedien-

llido (sive á patria, sive propio gentis cegnomino). Fué arcediano de Villaviciosa en la iglesia de Oviedo, designándole de este modo los actos del Concilio y su historiador Eneas Silvio. Francisco Tarafa le llamó, en vez de Segoviensis, Segobricensis, como si fuera natural de Segorbe. Fué catedrático de Teología en la Universidad de Salamanca. en donde resulta hallarse en el año de 1431, en cuyo año sostuvo una discusión teológica sobre la Trinidad y la encarnación del Verbo con cierto moro de Granada que había ido de embajador cerca de D. Juan II, el cual en aquella sazón se hallaba en Medina del Campo.

Fué al Concilio de Basilea por mandato de dicho monarca y en representación de la Universidad salmantina. Así lo declara el acta de la sesión vigésima octava de la sacra asamblea. «*Venerabilis et circunspecti viri domini et magistri Ægidii Caminati in medicina Parisiensis, et Joannis de Segovia in theologia magistri Salmanticensis, almarum universitatum studiorum generalium in dicta sancta Synodo Ambaciatores, &c.*»

En 1440 fué creado por Fèlix cardenal, según algunos, del título de Santa María in Transtevere y, según Agustin Patricio, de San Calixto, cuyo honor renunció al cesar el cisma. Nanclero dice que entonces fué nombrado prefecto de la iglesia de Cesárea, encerrándose en un pequeño monasterio. Hay quien cree que en vez de Cesárea debe leerse Zaragoza

Hé aquí el título de las obras que dejó escritas:

I. *Concordantias biblicas vocum indeclinabilium.*

II. *De processione Spiritus Sancti ex Filio.*

III. *De summa auctoritate Episcoporam in universali Concilio.*

IV. *De actis Concilt Basilensis.* Del ejemplar de esta obra que se escribió en Basilea escribió Patricio: «*Hos quidem codices ipsi Basileæ cidimus magna diligentia ut Sibyllarum libros á civibus servatos.*

V. *De immaculata Virginis Deiparæ conceptione* y más extensamente: *Septem allegationes, et totidem avisamenta pro informatione P. P. Concilii Basileensis anno M.CDXXXVI circa sacratissimæ Virginis Mariæ immaculatam conceptionem, eiusque præservationem á peccato originali in primo suo animationis instanti.*

VI. *De mitendo gladio Spiritus in Saracenos.* Nicolás Antonio vió un códice incompleto de esta obra en poder de su amigo Martin Vazquez Siruela del cual sacó el prólogo y el índice de capítulos que publica en su *Bibliotheca hispana vetus.*

Se le atribuye una traducción latina del Coran seguida de una refutación de los delirios de Mahoma y algunos opúsculos.

Existen códices notables de sus obras en las bibliotecas nacionales de París y Vaticana.

Vid. Nicolás Antonio. — *Bibliotheca hispana vetus.* — T. II, pág. 225 y siguientes.



cia del nuevo gobierno de la República, mandando á dicha ciudad al Conde Carlos de Campobasso con algunas mangas de caballería é infantería. También advierte que por el mes de Febrero dicho Conde recibió orden de irse á juntar con el virrey que teníamos en Lombardía, que creemos lo seguiría siendo Raimundo Boil para que entrambos hiciesen la guerra al Conde Francisco. (1)

De todos modos muy ineficaces serían estos ausilios cuando los callan Rosmini y otros, y cuando el Papa, por medio del Cardenal de Aquilea, y el consejo de los novecientos de Milán. por medio de sus embajadores, instan al Rey, en ocasión en que se hallaban en el castillo de Trajeto, para que tome á su cargo la defensa de aquella comunidad y recobre todo lo que había usurpado el Conde. Zurita indica que á 25 de Marzo se firmó un compromiso, obligándose el Rey á tomar la ciudad de Pavía con su ciudadela y los demás castillos y fortalezas que tenía el Conde, debiendo, en cambio, los milaneses tener á su sueldo dos mil infantes y tres mil caballos por todo el tiempo que durase la guerra y pagarle cien mil ducados cada año. Todo induce á creer que este tratado no tuvo formal ejecución.

De otra negociación dá también cuenta el mismo Zurita. Tal fué la que intentaron en Venecia Luis Despuig y Malferit para la paz y tranquilidad de Italia, aunque con mal éxito, como lo prueban las luchas navales que muy pronto tuvieron lugar entre nuestros barcos y los de aquella señoría. Los embajadores del Rey pretendían que los milaneses fuesen admitidos á tomar parte en la concordia, que la ciudad de Parma quedase en libertad, como lo estaba antes de que fuese ocupada por el Conde, y que se revocase el derecho de cinco por ciento. impuesto sobre las mercancías de catalanes y sicilianos por cierta represalia.

También da á entender el mismo Zurita que rompimos las amistades con los genoveses y que empezamos á perseguir sus naves por los mares de Levante. Foglietta no dice nada respec-

(1) Sismondi confirma el relato de Zurita al hablar de los motivos que tenia el conde Francisco para desconfiar un tanto del buen éxito de su empresa. « Pareva pure, *dice*, che Alfonso d' Aragona volesse prendere la difesa dei milanesi; perciochè due piccole squadre dell' aragonesa erano entrate l' una dopo l' altra nello stato di Parma, e colà poi erano state disperse da Alessandro Sforza. Le quali disfatte potevano movere Alfonso a mandare in Lombardia più poderose forze. »



to de esto, pero sí escribe que en este año murió el Dux Giano de Fregoso y fué reemplazado por Luis del mismo apellido, pudiendo suceder que el Rey no corriera con éste en la misma armonía con que había corrido con sus antecesores.

Vamos ahora á dar cuenta de los combates marítimos entre catalanes y venecianos. Al llegar aquí ya podemos proceder con más certeza, porque nos hallamos con que el irreemplazable Fazio los refiere minuciosamente.

Habiendo resultado vana la misión de Despuig y Malferit, los embajadores milaneses rogaron con grandes instancias al Rey que moviese guerra por mar á los venecianos, supuesto que no dejaban de ausiliar al Conde y de infestar cada día con mayor encarnizamiento el estado de Milán. Entonces el Rey dispuso que se armara una ingente nave de transporte, de la que nombró capitán á D. Iñigo de Avalos, para que con otra, no mucho menor, que se había apresado no lejos de la ciudad de Túnez, navegase por el mar Adriático á fin de molestar los barcos venecianos que regresaran de Alejandría. No estaba la Señoría desprevenida, pues así que supo lo que ocurría, mandó inmediatamente contra D. Iñigo una escuadra compuesta de seis naves y de quince galeras perfectamente armadas, al mando de Luis Loredano. A poco descubrió ya nuestros buques y empezó á darles caza, salvándose éstos por la llegada de la noche en el puerto de Siracusa, donde fueron á refugiarse gracias á los consejeros de D. Iñigo, que le hicieron comprender que era aquel el único medio de salvación. La escuadra de Venecia fué sin embargo en persecución de la nuestra, y, confiada en su gran superioridad, se entró sin vacilar en dicho puerto y atacó inmediatamente. La batalla fué larga y sangrienta: más como nuestras naves estaban sólidamente amarradas en tierra y eran valientemente defendidas por sus tripulantes, los venecianos, en la imposibilidad de hacerlas prisioneras, apelaron al recurso de incendiarlas haciéndoles atracar una de las suyas convertida en una inmensa hoguera. (1)

(1) Los historiadores venecianos y principalmente M. Antonio Sabélico refieren detalles de aquella jornada marítima. Las naves nuestras incendiadas en el puerto de Siracusa dicen que fueron cuarenta y siete y que el almirante de la Señoría Véneta no contento con aquel horrible desastre, se dedicó luego á devastar las costas de los reinos de Sicilia y de Nápoles.



Así que el Rey recibió el parte de esta derrota, alistó diez galeras y nombró por general de ellas á Bernardo de Vilamarí capitán esforzado y muy perito en las cosas marítimas, dándole órden de que inmediatamente hiciese rumbo al Adriático. Los venecianos tenían en aquella sazón doce galeras perfectamente armadas y equipadas, cuyo almirante, al saber la salida á la mar de las del Rey, levó anclas para penerse á observarlas. Habiendo llegado á alta mar, navegando con tiempo bonancible, se levantó súbitamente una tempestad que dispersó su armada, y cinco de las galeras que formaban parte de ella fueron llevadas al Epiro, en donde antes habían hecho rumbo las nuestras. Al ir á tomar tierra en el puerto que llaman de Cotúrnico, se hallaron con que allí estaban ancladas las aragonesas, y Bernardo de Vilamarí salió acto contínuo dispuesto á reñir batalla. Las cinco venecianas mencionadas, así que vieron las de Aragón, pensaron que eran enemigas y emprendieron inmediatamente la fuga. Vilamarí puso entonces más empeño en perseguirlas, de tal modo, que dos de ellas embarrancaron en la playa y, desamparadas de sus tripulantes, cayeron en nuestro poder; otra fué hecha totalmente prisionera y las dos restantes, por ser las de más andar, pudieron salvarse huyendo. Después de esto, nuestro almirante se dirigió á hostilizar las islas que poseían los venecianos en el mar Egeo, tomándoles muchas naves é infestando encarnizadamente las tierras, tras de lo cual, como se firmara la paz, el Rey volvió á llamarle á Nápoles.

Después de esto D. Alfonso para contrarrestar las demostraciones de fuerza de los turcos, hizo salir de nuevo á Vilamarí, no sin haber abastecido convenientemente sus galeras y no sin darle una más, que mandaba Tomás Caraffa, quien por cierto murió de unas calenturas malignas en aquella expedición. La consigna que dicho almirante llevaba era regresar al mar Egeo y de allí, marchando á la costa de Sicilia, que en aquella sazón llamaban de Satalaneo, situada enfrente de Rhodas, ocupar con la escuadra aquella pequeña isla deshabitada y rehacer la fortaleza que en ella había existido. Realmente Vilamarí cumplió perfectamente su cometido, pues visitó sin cesar las costas inmediadas, y por espacio de más de dos años



apresó de contínuo muchas naves infieles cargadas de mercancías y asoló los campos de los sectarios del Coran, hasta que llamado por el Rey, dejó una buena guarnición en la fortaleza reedificada é hizo la vuelta de Nápoles.

En este mismo año de 1449, Castrioto, llamado también Scander-begh, trató de recobrar la plaza de Sfeligrado, que había perdido poco antes, merced á la traición y á la más torpe de las supersticiones, (1) á cuyo efecto procuró reunir el mayor golpe de combatientes que les fué posible, reclamando ausilios de sus aliados y aún del Pontífice y de los príncipes cristianos. De entre los primeros solo su futuro suegro Arianites, le mandó cuatro mil combatientes y la suma de diez mil *argenteos,* á título de adelanto del dote que debía llevar su hija; el Papa se limitó á colmarle de alabanzas, de consuelos y de esperanzas para lo venidero; en cambio halló mejor disposición de ánimo en D. Alfonso quien le mandó mil doscientos soldados y gran cantidad de víveres cuyo socorro fué desembarcado en Durazzo. No dice cosa de más sustancia el presbítero Biemmi en su ya citada *Istoria di Giorgio Castrioto.*

Para averiguar si este ausilio fué desinteresado. ó sea si se concedió á título gratuito ú oneroso, convendrá apelar á Fazio y á Zurita que resultan más enterados que Barlezio, el P. jesuita Duponcet y un anónimo, natural de Antivari, en cuyas obras Biemmi ha calcado su relato. Según Fazio, Scander-begh hubo de solicitar el protectorado de D. Alfonso, y ya se sabe la sujeción que esto implicaba. También añade que el socorro del Rey fué mandado en dos expediciones, yendo al frente de la segunda Gilaberto de Ortafá. (2)

(1) La guarnición de Sfeligrado, al tiempo que Scander-begh perdió esta plaza, estaba compuesta en gran parte de gentes del Dibra superior, que no eran albaneses y sí búlgaros y servios. Su religión, aunque cristiana, se hallaba adulterada por la heregía y por las supersticiones, entre las cuales figuraba la de no atreverse á comer ni beber cosa alguna que habiendo estado en contacto con algún cuerpo muerto, fuese humano ó de un animal cualquiera. Como en el recinto de la ciudad no hubiese más agua que la que se sacaba de un solo y único pozo, el traidor, á quien había comprado Amurates, halló medio de arrojar un perro en él con lo cual aquellos fanáticos dijeron que se les había privado de la bebida y que antes de morir de sed, preferian entregarse mediante una capitulación ventajosa, á la que tuvo que acceder Perlato, que era quien á la sazón tenía el mando.

(2) «Quo tempore Scanderbercus, nobilis in Epiro Regulus, ac magnæ et spectatæ virtutis, adversos Turcas, a quibus obsidebatur, ad Alphonsum Legatos auxilium oratum misit. Quoque ab eo promptius, atque enixius adjuvaretur, sese in ejus fidem, ac tutelam dedit. Quo facto, Rex confestim, que brevior per Adriati-



Zurita, apartándose de Biemmi y aún de Fazio, pues éste coloca el socorro del Rey á Castrioto para después de su campaña marítima emprendida por Vilamarí contra los venecianos, dice, según veremos en su lugar oportuno, que la petición y concesión del ausilio tuvieron lugar estando D. Alfonso en Gaeta á 26 de Marzo de 1451 y á título altamente oneroso, pues Scander-begh se comprometió á entregar la capital de su estado, juntamente con el castillo que la defendía en poder del delegado que S. M. designara, y además que las conquistas que se hiciesen al turco pasasen á poder del Rey, á prestarle homenage como vasallo y pagarle el tributo que pagaba á Mahometo.

No nos atreveremos á decir que el analista aragonés incurriese en alguna equivocación de fechas, pues podría suceder que las demandas de socorro del Albanés fuesen más de una, y que la segunda tuviese lugar en dicho año de 1451, máxime teniendo en cuenta que durante él tuvo embajadores en Italia, siendo éstos Bartolomé Eperanio y Demetrio Basilico, quienes estuvieron en Roma á dar las gracias al Papa por el ausilio que le había suministrado en 1450 con motivo del sitio de Croya por Amurates; empero en 1451, el Rey no mandó ningún contingente de fuerza armada. En 1450, después del levantamiento dol sitio de Croya y de la retirada de Amurates, socorrió á Castrioto con algunos millares de florines, le pagó las deudas que había contraido con los mercaderes de Nápoles y Ragusa y le mandó una gran cantidad de víveres, que según Barlezio fueron trescientas mil medidas llamadas *moggi* de trigo y cien mil de cebada. Allende de esto, mal podía ofrecer Scander-begh pagar á S. M. el tributo que pagaba al Sultán de Turquía, cuando venía resistiendo heróicamente á dar cosa alguna al infiel, apesar de que se le hicieron mil proposiciones ventajosísimas por parte de éste, siempre y cuando se aviniese á pasar por esta muestra de sumisión y vasallaje.

Dos palabras ahora sobre el asedio de Sfeligrado y sobre el

cum mare trajectus erat, primum peditatum, ac frumentum, nec multo post Gilibertum Ortafanum, impigrum virum, cum alia manu militum ad eum misit.» No está en lo cierto Fazio en lo de «*a quibus obsidebatur*» pues aún cuando Castrioto fué sitiado diversas veces por los turcos, en la ocasión en que recibió el socorro aludido, trataba de ser sitiador.



papel que en él desempeñaron los enviados del Magnánimo.

Antes de empezar las operaciones, el caudillo albanés pasó revista á su hueste en una llanura llamada Temetha, poco distante de Croya, y halló que tenía debajo de su mando veinte mil hombres, á saber: doce mil vasallos suyos, cuatro mil aliados, súbditos de Arianites, mil doscientos de D. Alfonso y el resto aventureros allegadizos, que sumados con los tres mil hombres que custodiaban la frontera y mil más que esperaba de un momento á otro, formaban un total de veinticuatro mil combatientes.

Todavía no había emprendido la marcha, cuando supo que las fuerzas destacadas por delante, acababan de batir á los turcos en una salida que estos intentaron y que desde entonces ya no se atrevían á abandonar el recinto de la plaza. Con todo no bien hubo instalado su campamento, allá por los últimos dias de Septiembre, ya á muchos caudillos empezaron á presentárseles claras las grandes y casi insuperables dificultades de la empresa, recordando que cuando los suyos eran dueños de la ciudad no la pudo ganar el turco, con todo y disponer de artillería de sitio y de haber abierto muy anchas brechas ¡qué había de acontecerles entonces faltos de aquellos elementos de ataque, pues no contaban más que con algunas piezas de campaña!

Scander-begh primero intentó poner por obra los recursos diplomáticos, mandando parlamentarios á los sitiados con encargo de ofrecerles una honrosa capitulación, y como este paso no le diera resultado, apeló á un ardid de guerra, haciendo ocultar de noche cuatrocientos soldados escogidos en unas cuevas abiertas en la roca y situadas cabe al camino que conducía á la plaza, proyectando provocar á los sitiados á escaramucear con unos pocos albaneses, á fin de que una vez abierta alguna de las puertas de aquélla, saliesen los de la celada, viendo si en medio de la confusión que se armaría con la retirada de los enemigos, podían introducirse por sorpresa en el recinto murado. También le salió fallido este plan, porque los sitiados no hicieron caso de la provocación, antes bien, se burlaron con grandes carcajadas del intento de Castrioto, en cuanto vieron que sus soldados salían de los escondites en que se habían apostado.



Ya no quedó, pues, más recurso que jugar el todo por el todo y quedó resuelto el asalto. La hueste albanesa fué dividida en dos columnas de ataque, una al mando de Zacarías Groppa, el cual llevaba gran golpe de lo que hoy llamaríamos ingenieros, provistos de zapapicos y palas, para socavar los muros en sus fundamentos á fin de lograr que se derrumbaran, y la otra bajo Moisés de Dibra. Castrioto se colocó á retaguardia de este último con las escuadras de arqueros y arcabuceros, los últimos casi todos procedentes de Italia y del contingente enviado por D. Alfonso. El conde Urana se puso á espaldas de Zacarías Groppa con la misma clase de milicia, y con igual idea que Castrioto ó sea para ofender á los enemigos que estuvieran á la defensa del muro y hacer más fácil el ataque de los que iban al asalto.

La resistencia de los turcos fué terrible. Aún los sitiadores no habían llegado al pié del muro y ya contaban innumerables bajas. Cuando intentaron escalarlo creció todavía más la mortandad, pues sobre de ellos llovían los dardos, las balas, las piedras, los maderos y toda clase de armas arrojadizas. La gente de Moisés se batió muy bien, pero una herida que recibió este caudillo le hizo desistir de su empeño. Los intentos de Groppa, de socavar el muro resultaron trabajo perdido y no llegaron á infundir el menor cuidado á los turcos, y por lo que toca al asalto, su columna estuvo tan desgraciada como la que mandaba Moisés. En vano el general en gefe quiso volver á todos á la pelea, poniéndose él al frente: su tentativa dió también pésimos resultados y con ella solo consiguió acrecentar el número de bajas que ya habían sufrido. Fueron estas en su totalidad, según el cálculo más generalmente admitido, novecientos muertos y mil heridos, de los cuales, á los pocos dias, fallecieron cerca trescientos.

Grande fué la consternación en el campo de los albaneses, revelándose desde luego con la deserción de la mayoría de los aventureros, que viendo solo penalidades y quebrantos allí donde esperaban hallar botín y riquezas, fueron desapareciendo unos en pos de otros, en el término de pocos dias. Para aumentar la zozobra cundió el rumor de que Amurates iba á entrar en campaña, para socorrer á los suyos y que ya había expedido



ordenes para que de todas las provincias de su imperio se mandasen tropas á Andrinópolis.

No era Scander-begh hombre que se diese fácilmente por vencido, y contra el parecer de sus experimentados capitanes, ordenó un segundo asalto allí en los comienzos del mes de Noviembre. La verdad es que fué obedecido de mala gana, y el aspecto de su hueste, en aquella nueva función de guerra, no infundía lisonjeras esperanzas. Más hé aquí que cuando sus tropas llegaban tardas y pesarosas al pié del muro, se recibe la noticia del destacamento que guardaba la frontera de que habían aparecido ya los exploradores del sultán y que había trabado una escaramuza con ellos. La nueva no era rigorosamente cierta, porque, aún cuando había tenido lugar un encuentro con los turcos, no pertenecían éstos al ejército de Amurates que por entonces no pensaba eutrar en campaña. Sea como fuere, no hubo más remedio que levantar el cerco de Sfeligrado y retirar en dirección de Croya.

Tal fué el adverso éxito de aquella sangrienta campaña.

¿A donde fueron á parar los nuestros á la terminación de ella? El Antivarino no vuelve á hablar palabra de ellos, por lo cual cree Bemmi que, terminado el sitio de Sfeligrado, se embarcaron en demanda de Nápoles.

Por nuestra parte hemos consignado en nuestro trabajo todo lo que se nos ha alcanzado de esta expedición, y no dudamos que en el archivo de la corona de Aragón han de haber datos para sujetarla á mayores desenvolvimientos.

Demos cuenta ahora de algunos otros sucesos interesantes ocurridos en aquel año. Como la guerra era muy formal en Lombardía, y el Rey no cesaba de mandar socorros á los magistrados de aquella República, fué necesario, para que hubiese unidad en el mando, nombrar capitán general de Lombardía á Luis Gonzaga, Marqués de Mántua. Este nombramiento fué expedido, según Zurita, el dia 10 del mes de Julio.

Demás de esto hay que advertir que los florentinos instaban al Rey, por medio del Papa y del Marqués de Ferrara, para que hiciese concordia con ellos. Hé aquí lo que D. Alfonso exigía: que quedasen para él Castiglione della Pescaia y la isla del Lirio y que se disolviese el estado del señor de Píombi-



no, repartiéndoselo con la Señoría de Florencia; que esta tendría Píombino y Sonareto y él la isla de Elba y todos los lugares pertenecientes á Reinaldo de Orsino que existían entre el rio de la Cornia y Castiglione; y por añadidura, que Florencia debiese pagarle cincuenta mil ducados. ¡Así se respetaba la legitimidad entre los reyes legítimos!

Los florentinos, dice Ammirato, rechazaron toda paz en la cual no fuese comprendido el señor de Píombino y su aliado.

Antes de llegar á la concordia entre venecianos y milaneses, y entre el Rey y el Conde Francisco, debemos dar una ojeada á Lombardía y enterarnos del rumbo que siguió la campaña entre milaneses y sforcescos.

El Conde recibió con los brazos abiertos á los Piccinini, por más que sabía su volubilidad de carácter, y prometió á Jacobo darle por esposa á su hija natural, llamada Drusiana, á la sazón viuda de Giano de Campofregoso. A poco de recibir el refuerzo de dichos caudillos, Sforza tuvo otra alegría: tal fué la rendición de Parma, de la que se posesionó en 28 de Febrero su hermano Alejandro.

Durante el invierno, el Conde tuvo muy estrechada la capital, poniendo en gran aprieto á los milaneses; más al llegar la primavera, quiso sitiar simultáneamente la plaza de Monza, á cuya comarca mandó á Francisco Piccinino, á Antonio Ventimiglia y á Luis dal Verme. Pronto el primero de éstos volvió á vacilar y á tener secretas inteligencias con el gobierno de Milán. Gracias á dicha connivencia, Carlos Gonzaga pudo ser enviado á socorrer á los de Monza y entrar sin obstáculo en dicha ciudad. A poco intentó una salida, y como Francisco Piccinino no acudiera en socorro de Ventimiglia y de Luis dal Verme, éstos fueron derrotados con grandes pérdidas, incluso la de la artillería. Dal Verme recibió una herida y después de algunos meses sucumbió á consecuencia de una fiebre pestilencial.

La fortuna parecía querer inclinarse del lado de los republicanos milaneses, pues no mucho después se les alió el Duque Luis de Saboya, quien envió á Lombardía seis mil caballos, al mando de Juan de Compeys. Su primera arremetida fué contra Novara, más no pudiendo tomarla, se dedicó á in-



festar el país. Coleone, mandado al encuentro de los montañeses por el Conde Francisco, pronto dió buena cuenta de ellos, derrotándoles en Borgo Mainero y haciendo prisioneros mil caballos y además á su general.

Sforza persistió en la idea de ganar á Monza, y disimulando el que supiese ciertamente la traición de los Piccinini, les encargó aquella empresa juntamente con Guillermo de Monferrato. Así que estos caudillos llegaron á las puertas de la ciudad, los Piccinini abandonaran á su compañero y se pasaron á los de la guarnición. Monferrato no tuvo, pues, más remedio que retirarse. Tras de esto los traidores hicieron su entrada en Milán, en donde fueron más honrados de lo que merecían, y uniéndose con Carlos Gonzaga, partieron á levantar el sitio de Crema, que estrechaban los venecianos, y á apoderarse de Melegnano. El Conde que conocía la importancia de esta última plaza, cabalgó hácia ella, para ver de recobrarla y fácilmente hubo la ciudad, pero no así el castillo en el que los Piccinini habían dejado muy buen presidio. Cuando esto se supo en Milán, todos los mozos tomaron las armas y, unidos con las huestes de de Gonzaga y los dos hermanos citados, fueron en número de muchos miles contra el campamento del Conde. Al ver á los sforcescos tan serenos y tan en orden, comprendieron que las tropas aguerridas no pueden ser batidos por fuerzas allegadizas, viéndose obligados á volver la espalda y á refugiarse corridos y en medio del mayor desaliento dentro de los muros de Milán. (1) A consecuencia de ello la fortaleza de Melegnano no tardó en caer en poder del Conde. Vigevano fué entonces el objeto de sus miras, y tras de un largo sitio y de

(1) Al llegar á este punto Sismondi, después de referir la salida de las milicias de Milán al mando de los Piccinini y de Gonzaga, hace una digresión para hablar de los fusiles, la cual traduciremos, porque, á nuestro juicio, merece ser conocida. «Se pretende, dice, que no tenían (los milaneses) menos de veinte mil hombres armados de fusiles. Esta arma era todavía poco usada è inspiraba grandísimo pavor aún á los coraceros más ancianos; pero los generales de los dos ejércitos sabían bien que se podía sacar poco fruto de ellos. En realidad los fusiles estaban entonces construidos de manera que se necesitaba cuasi un cuarto de hora para cargarlos, y en todo este tiempo los fusileros no podían hacer nada, ni defenderse después de haber disparado. Aún no se habían inventado las bayonetas, por las cuales estas armas de fuego debían transformarse en temibles armas blancas: tampoco se había puesto el sistema del fuego no interrumpido de fila, ni la evolución ó el movimiento por el cual las primeras filas, después de haber disparado, se colocan á retaguardia, de suerte que siempre hay nuevos fusileros al frente del enemigo.»



sangrientos asaltos, porfiadamente dados y heróicamente resistidos, la obtuvo por capitulación. Acto contínuo se dedicó á talar la fertil campiña de Milán, en ocasión en que las mieses estaban más hermosas, y luego distribuyó sus fuerzas encargándoles operaciones menos importantes, pero casi todas terminadas con buen éxito.

Entre tanto la agitación era permanente en la capital de Lombardía. Dos de los defensores de la libertad, como retuvieran el poder por triple tiempo del que la ley concedía, tuvieron que ser depuestos violentamente y además encarcelados. Los nuevos defensores deliberaron poner término á los males del estado por medio de la paz con los venecianos, y valiéndose de un mercader milanés, Enrique Panigarola, que á la sazón se hallaban en Venecia, hicieron proposiciones al Senado. Este respondió públicamente que no podía faltar á la fé que había dado al Conde, pero en secreto hizo decir á Panigarola, que no abandonaría á la Repúblico milanesa y que pronto se verían las pruebas. Los venecianos necesitaban algún tiempo para que surtiese efecto una nueva traición que se estaba tramando. Viendo Carlos Gonzaga que los magistrados últimamente nombrados eran personas de tesón y á quienes no podría dominar fácilmente, pensó atender á sus provechos, antes de que fuera separado del cargo de capitán general. A este efecto hizo proposiciones al Conde, ofreciéndose pasarse á él y entregarle las plazas de Lodi y Crema que tenía bajo su custodia. Sforza aceptó, y le ofreció en cambio la ciudad de Tortona. El dia 11 de Setiembre tuvo efecto la traición, y ya dueño el Conde de las ciudades y estados, entregó Crema á los comisarios venecianos, puesto que así lo había estipulado en la escritura de concordia. Cuando el Senado de Venecia se vió en posesión de lo que codiciaba, consideró que había terminado la misión del Conde, por lo cual volvióle repentinamente las espaldas; y el dia 24 de Setiembre, se concertó con la República de Milán. ¡Solo la fé púnica se albergaba en aquellos tiempos en el corazón de todos los gobiernos y de todos los caudillos! El que hubiese obrado con lealtad, no tenía más remedio que ser víctima constante de las agenas perfidias.

Las condiciones de la concordia entre venecianos y mila-



neses eran que los primeros tendrían en tiempo de guerra á sus propias expensas ocho mil caballos y cuatro mil infantes, y los segundos de igual manera seis mil caballos y tres mli infantes, disminuyendo de una cuarta parte las fuerzas de Venecia en tiempo de paz y solo de una tercera parte la caballería de sus aliados. Además de esto se estipuló que ninguna de las dos repúblicas podría concertarse con otra potencia, ni hacer la paz con sus enemigos sin el consentimiento de la otra, imponiendo, como sanción penal, el pago de doscientos mil florines de oro á la que infringiese estos tratos.

Poco después Venecia mandó embajadores al Conde, para hacerle saber lo acontecido y para brindarle con ser parte en la concordia, los cuales de paso ordenaron á Coleòne que regresara á sus antiguos cuarteles. Sforza disimuló, concediendo por de pronto á los milaneses un mes de suspensión de hostilidades. Apesar de ello, si bien se alejó de los muros de Milán, repartió sus huestes por los pueblos inmediatos. Las condiciones que se le proponían eran por todo extremo ventajosas, pues se le daba el dominio de Novara, Tortona, Alejandría, Pavía, Parma, Piacenza y Cremona. Para disimular más y más, el Conde mandó sus embajadores á Venecia para que ultimasen el tratado de paz, y creyéndose en Milán que no dejaría de firmarse, los magistrados y los vecinos descuidaron el hacer provisiones y aún emplearon en la sementera todo el trigo que les quedaba. Esto era precisamente lo que Sforza se proponía. Su hermano Alejandro que era quien debía llevar la voz en Venecia, tenía la instrucción, que cumplió puntualmente, de dar largas á los tratos; pero los magistrados de la Señoría bien pronto comprendieron la añagaza y le amenazaron con los pozos sino firmaba el tratado. Alejandro que entendió que eran muy capaces de hacerlo tal como lo decían, puso su firma en el papel y luego su persona á salvo.

El Conde protestó altamente de la violencia de que había sido víctima su embajada, y fingiéndose hombre de mucha conciencia y pundonor, quiso consultar lo que procedía á los catedráticos de Pavía, los cuales afirmaron unánimente, que el tratado, como fruto de las amenazas, era írrito y de ningún valor.

Entonces el Conde esperó que hubiese espirado el plazo de



la tregua con los de Milán, y haciendo salir impensadamente las tropas que mandaba de los acantonamientos, éstas devastaron toda la campiña de la capital y se llevaron todo el ganado, que con la seguridad de la paz, se había sacado á pacer por los campos.

Entonces los venecianos mandaron que su capitán general, Segismundo Malatesta, saliese á campaña, y unido con las fuerzas milaneses, viese de meter en cintura al ensorbebecido Conde.

Precisamente en aquellos dias los asuntos de Milán presentaban muy mal cariz, porque había muerto, á 16 de Octubre, el caudillo Francisco Piccinino, el cual fué reemplazado en el supremo mando del ejército por su hermano Jacobo (1) También se habían renovado los magistrados, siendo los nuevos más duros y menos queridos que los antiguos, de suerte que la pública opinión se iba acentuando en el sentido de acabar con la nueva forma de gobierno y darse al Conde ó á los venecianos, á trueque de la perdida quietud.

Mientras tanto Malatesta había pasado el Adda en las inmediaciones de Lecco, esperando unir su hueste con las de Piccinino, á quien había invitado á salir de la capital; más el Conde batió á entrambos separadamente y en detalle, quedándose dueño del campo y obligando al caudillo veneciano á repasar dicho rio.

Así terminó la campaña de Lombardía, al espirar el año de 1449.

Firmada la paz susodicha, los milaneses comprendieron que debían contar con el Rey, y á este efecto le suplicaron que tuviese á bien aceptarla, en atención á que se le había reservado lugar; más D. Alfonso no quiso al pronto dar ninguna respuesta decisiva.

Francisco Sforza por su parte también trataba de tenerle propicio; así fué que le ofreció por diversas vías ser buen ser-

(1) Hé aquí el juicio que hace Simonetta de los hermanos Piccinini. «Francisco había causado á los milaneses más daños que bienes. Inferior á su padre y á su hermano en ingenio, en valor y también en fuerzas físicas, perdía tal vez por causa de la borrachera el uso de sus facultades. Sus desaciertos habían causado á la milicia brancesca frecuentes derrotas que la habían humillado y abatido. Jacobo fué capitán más listo y rápido en sus movimientos y más bravo en las batallas. Francisco era más querido de los soldados por su espléndida liberalidad y por la franqueza de su carácter. Jacobo era tachado de avaro.»



vidor de él y hacer cuanto dispusiese, siempre que le recibiese bajo su protección y le sirviese de amparo. Como prenda de seguridad de estas promesas, quería poner en poder del Rey á su mujer y á sus hijos y cuanto en este mundo poseía. D. Alfonso oyó al célebre *condottiero* como había oido á los milaneses, y por entónces no quiso contraer compromisos formales con ninguno de ellos. Los venecianos, como más hábiles, trataron de interesar al Papa para que mediase en el logro de la avenencia que igualmente pretendían; pero el Rey también se mantuvo reservado con ellos. Por fin recibió ofrecimientos en idéntico sentido de Luis, Duque de Saboya.

Solo los florentinos que anteriormente habían sido deshauciados de igual modo, dieron muestras de sentir aquella repulsa; pues á fines de 1449 enviaron á sitiar la plaza de Castiglione de la Pescaia, y el Rey, aunque la estación estaba muy adelantada, mandó á Simonetto, Conde de Castro Piero, por tierra y á Bernardo de Vilamarí por mar, con toda la escuadra de galeras, en ausilio de la guarnición que teníamos en aquel punto.

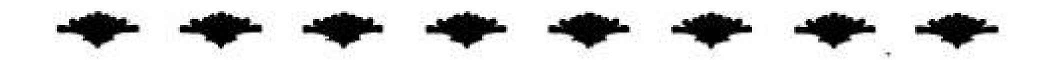
¿Cómo pasó dicho año D. Alfonso, ya que no salió á campaña? Para responder satisfactoriamente á esta pregunta sería necesario dar comienzo al cuadro del movimiento literario de Nápoles; decir el esplendor de aquellla culta y elegante corte de sábios y de poetas griegos, catalanes, sicilianos, castellanos é italianos, seguir el camino trazado por escritores tan competentes como el inolvidable Amador de los Rios, Balaguer y Menendez de Pelayo, y aún añadir algo bajo el punto de vista artístico, que sin duda por falta de tiempo y vagar, omitieron aquellos doctos y peritísimos historiadores. Por nuestra parte no queremos complicar con un hilo más la trama ya asaz compleja del presente trabajo, y guiados por esta consideración, reservaremos para lo último materia tan importante, limitándonos en este capítulo á decir que fueron las ocupaciones preferentes de D. Alfonso la organización del estado, el amor, los ejercicios cinegéticos, las letras y las artes.

Para concluir este capítulo, digamos que el día 27 de Abril de 1449, el Papa Nicolás expidió una bula en la cual confirmaba y concedía de nuevo la legitimación y sucesión del Reino



de Nàpoles, hecha por Eugenio IV, á D. Fernando, hijo del Rey, ampliándola para que dicho Fernando pudiese suceder en los demás Reinos del Rey su padre. Este documento figura en la Colección de Chioccarello.





CAPÍTULO LII

SUMARIO

(1450). — Negociaciones entre el Rey y el Conde Sforza. — Los florentinos solicitan también su amistad por mediación del Papa. — Fírmase concordia. — Embajada de Barcelona. — Tratos con los venecianos. — Entra Sforza en Milán y es aclamado Duque. — El Rey envía emisarios á Venecia. — Discurso del Panormita. — Condiciones de la concordia. — Fiestas por esas paces. — Peste en Italia y Jubileo en Roma. — Casamiento del Rey de Romanos, Federico de Austria, con Leonor de Portugal, sobrina de D. Alfonso. — El Rey insta la canonización de San Vicente Ferrer. — Segundo Parlamento general del Reino en el Castillo Nuevo de Nápoles. — Capítulos presentados y aprobados. — El Rey recibe á los embajadores de Barcelona que apadrinan en el bautizo á una hija del Príncipe. — Insistencia de los legados en que el Rey se decidiese á regresar á Cataluña.

El año de 1450 se inaugura con nuevas negociaciones. El Conde Francisco vuelve á la carga, instando al Rey para que le recibiese debajo de su protección. Hé aquí las proposiciones de D. Alfonso: Sforza debía ponerse á su sueldo y servicio, recibiendo doscientos mil ducados, con cuya suma, aunque tuviera que añadir algo más, venía obligado á poner en campaña cinco mil caballos hasta haber conquistado todas las tierras de la República de Venecia, el Trevisano y el Friul. Como garantía, y acordándose de lo que le había sucedido en otro tiempo con Antonio Caldora, no admitía mujer ni hijos, sinó otras prendas más sólidas y positivas, á saber: que pusiese en poder del Conde de Campobasso, virrey por Aragón en Lombardía, todas sus tierras y castillos, á condición de que, faltando á lo prometido, quedasen en nuestro poder.

Los florentinos también se esforzaban en llegar á una concordia con D. Alfonso, apelando al alto valimiento del Pontífice. Veamos con ayuda de Zurita, de Ammirato y de Fazio, si podemos detallar algo los caminos por donde la consiguieron. Por de pronto la intervención del Cardenal de Aquilea á nombre del Papa, no dió ningún resultado, pues el Rey respondió: que lo que había hecho y hacía en aquella empresa contra florentinos, era por conservar su reputación, pues no daba ninguna importancia á Castiglione y á la isla del Lirio, que poseía en Toscana; mas con todo rogaba á Su Santidad, que ya que había fiado en él, tratàndose de cosas mayores, le dejara obrar á su voluntad en aquella que era más pequeña.

Realmente, como los florentinos no habían quedado quebrantados, conservaban grandes bríos y era menester que volvieran en sí y aprendieran á respetar algo más las enseñas de Aragón. Es de ello buena prueba lo que Ammirato refiere, es decir, que concluída la guerra, fué Reinaldo de Orsino á Florencia, en ocasión en que era porta-estandarte Agnolo Acciaiuoli, para dar gracias á la Señoría de los favores y socorros recibidos, prometiendo que jamás sería ingrato con el pueblo florentino. No solo fué bien recibido y honrado de todos por el valor y dotes de mando que desplegó en la defensa de la capital de su estado, sinó que también fué tomado á sueldo por un año, á razón de mil y quinientos escudos al mes, en recompensa de haber atajado al Rey y para que en adelante vigilase á nuestros presidios á fin de que no infestaran las fuerzas de la Señoría. Por cierto que algún tiempo después, los de Castiglione hicieron una salida y se apoderaron de Gavorano, castillo que pertenecía á los Malevolti, caballeros seneses, cuya pérdida fué debida más á falta de vigilancia que á otro motivo.

El Rey, según Fazio, no tardó en hallar medio de acosar á Reinaldo Orsino, favoreciendo á su hermano Juan Antonio, Conde de Tagliacozzo, que le disputaba el estado, á cuyo efecto salió él nuevamente á campaña hácia el Abruzzo, poniendo su campo en Montemiloso, cerca del rio de Pescara. Entonces los florentinos, temiendo una nueva invasión, amedrentados por la pérdida de Gavorano y cansados de las trabas que por medio de nuestra marina poníamos á su comercio, mandaron



al campamento real á Franco Sacchetti, varón muy elocuente, novelista célebre y que acababa de ser Gonfaloniero, y á Gianozzo Paudolfini, para ver si lograban por su medio lo que no había podido conseguir el Pontífice. A poco escribían éstos que el Rey no estaba lejos de llegar á un acuerdo, con tal de que el señor de Píombino le diese todos los años, á título de tributo, un vaso de oro de valor de quinientos florines, y le cediese además todo lo que había conquistado en el señorío píombinés. Los florentinos contestaron á sus embajadores que si no podían pasar por menos, firmasen la paz bajo aquellas bases. A fin de prepararse para lo porvenir, nombraron capitán general á Micheletto Cotignola, quien recibió el bastón de mando de manos del gonfaloniero Carnesechi, el dia 4 de Junio. Entretanto medió, á nombre del Papa, Antonio, Cardenal de Lérida, y gracias á su intervención se firmó la tan ansiada paz con las antedichas condiciones. Los de Florencia ofrecieron grandes sumas por la recuperación de Castiglione y la isla del Lirio, pero el Rey las rechazó, diciendo que no todo debía hacerse por el dinero, y que algo se debía conservar como testimonio de la gloria. Gianozzo Pandolfini fué hecho caballero por Su Majestad, en recompensa de lo que habia trabajado en pro de la concordia. Por fin fué ésta pregonada solemnemente en Florencia el dia 18 de Julio, siendo *Gonfaloniero* Luis Ridolfi, con gran júbilo de todos los ciudadanos. [1] En el intermedio del

(1) En este año Barcelona mandó otra embajada á S. M. con el objeto de lograr que fijase plazo para visitar sus tierras de aquende. Los legados llegaron á Nápoles un viernes 3 de Julio, habiendo sido recibidos por Mossen Pedro de Santcliment y Mossen Francisco Desvalls, con otros catalanes y curiales. Después de ponerse en marcha, saliéronles al encuentro los vocales del Real Consejo, que constaba de seis condes y seis juristas, quienes les acompañaron hasta su posada. Insiguiendo lo que habian hecho los que formaron la embajada anterior, no descuidaban de dar frecuentes noticias á los concelleres de cuanto iba ocurriendo en el Reino de Nápoles. Primeramente escribieron que S. M. estaba en el Castillo de Sango y que había firmado paz y alianza con los florentinos y venecianos, además de celebrar una concordia con el Conde de Tallacosso, por la que éste se obligó á pagarles 35.000 ducados, los 25.000 de presente y el resto á plazo de un año. Asimismo añadieron que también se había ajustado la paz con el señor de Plumbi (Piombino), mediante entregar éste anualmente una vajilla de oro de valor 500 ducados; y que como consecuencia de la paz con los venecianos, había regresado á Nápoles la armada de Vilamarí; que S. M. había dispuesto que el referido capitán con sus patrones fuesen recibidos solemnemente, por lo cual salieron hasta el puerto los del Consejo con el Regente y también la embajada barcelonesa; que las galeras estaban empavesadas é iban escoltadas por la de Mossen Pach de Mallorca; que Vilamarí fué colocado entre el Conde de Fundi y Juan de Marimón, otro de los embajadores de Barcelona, y que en pos de ellos iban el Conde de Broenza, Benito Zapila y Mossen Gonzalo de Nava patrón, con los demás mezclados entre curiales y caballeros y en esta forma se dirigieron á la Catedral á dar gracias al Altísimo.



anuncio y la publicación de la paz, falleció Reinaldo Orsino, dejando en el Señorío á su mujer Catalina Apiano, quien aceptó todo lo hecho por los florentinos, quedando en cambio bajo su protección. A poco también murió esta señora, siendo reemplazada por Manuel Apiano su deudo, quien tratando de vivir tranquilo, pasó por pagar el tributo á D. Alfonso. Los florentinos, escribe Ammirato, bien pronto se aprovecharon del levantamiento del bloqueo de sus costas, y armando sus mayores buques, los expidieron á Cataluña, Sicilia, Alejandría y á otros puntos.

Zurita da cuenta de las gestiones hechas por el Dux de Génova para que el Rey le tomase bajo su protección, y escribe que éste lo rehusaba, porque la parte del bando de Istria, que era poderoso en Córcega, ofrecía mudar el estado en aquella isla, siempre rebelde y levantisca, hasta reducirla á la obediencia del Rey. Decía D. Alfonso que dicho Dux no era digno del favor que pretendía, por cuanto había protegido á muchos milaneses ingratos que no le tuvieron lo prometido, tras de haberle hecho gastar muchos millares de ducados.

Corresponde ahora referir las negociaciones con los venecianos; pero para comprender bien su situación y apreciar el embarazo en que se hallaban, es necesario retroceder un tanto y volver los ojos á los asuntos de Milán.

Hé aquí como en compendio los refiere el analista italiano. Durante todo el mes de Enero y buena parte de Febrero, el Conde Francisco solo pensó en estrechar la ya tan angustiada ciudad de Milán y en tener dispuestas las cosas á fin de que los venecianos no pudieran socorrerla, metiendo en ella las vituallas que pretendían. Aumentó en consecuencia el hambre de tal manera que ya los vecinos comían carne de caballo, de perro, de gato, de rata y hasta las hierbas. Si alguno pretendía salir de la plaza, el Conde, no tan magnánimo como el Rey, cuando el sitio de Gaeta, tenía dispuesto que los guardias le hiciesen regresar á ella. Los magistrados milaneses entretenían al pueblo con la esperanza de la pronta llegada de los venecianos. En realidad, Segismundo Malatesta hacía tiempo que se había puesto en marcha; pero iba tan despacio que jamás acababa de presentarse. Llegó á todo esto el 25 de Febrero y Gas-



par Vimercato sublevó unos quinientos hombres, con los cuales se dirigió al Palacio público, teniendo la desgracia de ser rechazado. Habiendo vuelto con algunos más, el embajador de Venecia, Leonardo Veniero, que era quien más había entretenido á la plebe con las esperanzas siempre fallidas de socorro, quiso reprender y amenazar á los sediciosos, mas éstos le cogieron y le despedazaron. Ante este horrible espectáculo, los magistrados supremos huyeron vergonzosamente, y como las turbas crecieran por momentos, no tardaron en apoderarse de todas las puertas. Al dia siguiente se reunió la muchedumbre en Santa María de la Scala, y pudiendo más en ella el hambre que el deseo de conservar la libertad, decidió proclamar por su señor al Conde Francisco Sforza. Acto continuo se le expidió un aviso á Vimercato en donde se hallaba en observación del ejército de Venecia. La pretensión de los ciudadanos más visibles era que el Conde firmase una capitulación, pero éste sin escuchar más que su interés, hizo sin pérdida de tiempo la via de la ciudad en la cual entró, no sin tener que superar algunas dificultades. Aquel pueblo, antes tan entusiasmado con su República, le recibió al grito de *Sforza, Sforza, viva el Conde Francisco,* y otros no menos lisonjeros. Su primer cuidado fué ir á dar gracias á Dios en la Metropolitana, tras de lo cual se posesionó de todas las puertas y fortalezas, confiando el mando de la plaza á Carlos Gonzaga. No dejándose engañar por la mudable fortuna, regresó súbitamente á Vimercato para no perder de vista á los venecianos, no sin mandar á todas las ciudades vecinas que se apresurasen á enviar provisiones al hambriento pueblo de Milán. Esta disposición fué tan puntualmente observada que á los tres dias había tal abundancia de todo, que parecía no haber ocurrido el sitio.

Asi que Malatesta supo lo acontecido, repasó el Adda y para mayor seguridad hizo cortar el puente. A los dos dias Como, Monza y Bellinzona, que eran muy republicanas, se apresuraron á prestar obediencia al Conde. Por la fiesta de la Anunciación de la Virgen, ó sea á 25 de Marzo, el célebre caudillo, juntamente con su esposa Blanca y sus hijos Galeazzo María y Alejandro, hizo su entrada en Milán. Las justas, bailes, convites y otras fiestas por su advenimiento, duraron por



espacio de muchos días, recibiendo embajadas y felicitaciones de todos los príncipes y gobiernos de Italia, á escepción del Rey y de los venecianos. Poco tardó el nuevo Duque en ordenar la reedificación del demolido castillo de Puerta Zobbia, poniendo á trabajar diariamente cuatro mil hombres en aquellas obras colosales.

¡Así terminó la malhadada República de Milán, falta del seso y madurez necesarios en la próspera fartuna y del espíritu de abnegación y paciencia en la contraria! [1]

Veamos ahora la honda impresión que causaron estos sucesos en la Señoría veneciana. Era Dux en aquella sazón Francisco Foscari, y al ver al Conde Francisco tan poderoso, temió, y con él todos los magistrados de la Señoría, que aquel vecino no fuese el reverso de la medalla de la débil República lombarda, y su mira preferente la completa restauración del antiguo ducado. ¿A quién acudir en trance tan angustioso? Ya de antes los venecianos estaban en tratos con el Rey; pero después de lo ocurrido, comprendieron que también éste había quedado entre burlado y vencido, y que no le convenía menos que á ellos oponerse al poderío creciente del famoso condottiero. A D. Alfonso, pues, volvieron los ojos y en su sabiduría pusieron sus esperanzas. Fazio da interesantes detalles acerca de las negociaciones, que no son para pasadas por alto. El primer valedor de quien echaron mano fué Leonello de Este, Marqués de Ferrara, á cuyos buenos oficios se debió que el Rey mandase en calidad de su legado á la ciudad de que tomaba el título su dicho yerno, al célebre Luis Despuig, á quien ya le

(1) José Ripamondi, Canónigo de Santa María de la Scala, historiador del siglo décimo séptimo escribe en su libro intitulado *Historia Urbis Mediolaci* una bellísima página acerca de lo que fué en lo sucesivo la dinastía de los Sforzas en el ducado de Milán.

Su corona (la del Conde Francisco), dice, no debía llegar hasta el sexto heredero, y las cinco sucesiones por las cuales se transmitió habían de ir acompañadas de otras tantas trágicas vicisitudes en su familia. Galeazzo, su hijo, por sus delitos y por su lascivia, fué muerto por algunos caballeros conjurados contra de él, en presencia del pueblo, ante los altares, y en medio de fiestas sacras; y toda la ciudad fué luego ensangrentada con la ejecución de los conspiradores. Juan Galeazzo, su sucesor, murió envenenado por Luis el Moro, y fué víctima de los delitos del tío. Este, hecho prisionero de los franceses, murió de dolor en la cárcel. La suerte de uno de sus hijos fué parecida á la suya: el otro, después de un largo destierro y de una vida miserable, restaurado, ya viejo y sin hijos, sobre un trono vacilante, vió acabar á un mismo tiempo su imperio y su vida. Tal fué la recompensa de la traición que subyugó Milán; ¡y para un tal fin Francisco Sforza arrastró toda su vida entre los engaños, las fatigas y los peligros!



hemos visto que confiaba los asuntos más delicados. En la misma Ferrara se personó también el embajador de Venecia y allí se incoó el tratado de paz. Habiendo surgido algunas dudas, Leonello las participó á D. Alfonso, el cual envió con instrucciones al jurisconsulto Jacobo Constancio, para que, en unión de Despuig, prosiguiera las conferencias. Después de mucho discutir, se comenzaba ya á llegar á un acuerdo, cuando llegó la noticia de que Milán estaba en poder del Conde. Este suceso pudo más que todos los discursos de los embajadores, hasta tal punto que habiendo enviado los venecianos á Víctor Maripetro cerca del Rey, éste les otorgó desde luego su amistad y su alianza. Tras de esto consideró que había llegado la hora de mandar á Venecia embajadores que en su nombre cumplimentaran á la Señoría por la celebración de la paz. Esta vez cupo tal honra al ya citado Despuig y al sabio y elocuente Antonio Panormita. No hay para que traducir la pulcra y atildada oración que dirigió al Senado veneciano el segundo de dichos embajadores. Fazio, real ó compuesta por él, la pone en su libro con todas sus flores retóricas en tales casos usadas, y sea del uno ó del otro de estos dos insignes latinistas, hay que confesar que es una pieza verdaderamente ciceroniana. El Senado respondió á las alabanzas que Panormita había hecho en su discurso de la sabiduría y poder de la República veneciana, con otras no menos pomposas dirigidas al Rey, y después de haber dirigido no pocos cumplidos á sus embajadores, señaló dia para las conferencias secretas.

El canciller no descorre el velo que ocultó á Italia las cláusulas de aquel tratado; pero Zurita que suple su falta de conocimiento de tantos y tantos autores italianos, con la inapreciable ventaja de haber tenido á la vista los registros de los Archivos de la Corona de Aragón, nos muestra claramente los pensamientos ambiciosos del Rey y de los venecianos. La principal condición de la liga, dice, fué que se hiciese guerra contra Francisco, Duque de Milán, hasta que la ciudad de Milán quedase en su libertad con las tierras y castillos que están entre el rio Adda y el Tesino, con las mismas condiciones que aquella ciudad estaba obligada al Rey en el asiento que tomó con los milaneses, por medio del Cardenal de Aquilea en No-



viembre y como comisario de aquella ciudad; y si se conquistasen Parma y Pavía y sus condados, fuesen del Rey; y Cremona con todas las tierras que están de la otra parte del Adda, hácia Venecia, fuesen de la Señoría. Las otras ciudades que están de esta parte del Po y del Tesino, que se tenían por el Duque Francisco Sforza, se repartirían por la Señoría y por el Rey entre los capitanes y señores, que entraban en esta liga, reservando el Condado de Plasencia, que se había de dar al Conde Jacobo Piccinino. (1) Esta concordia la asentaron los nuestros con Mateo Vittorio procurador de la Señoría de Venecia á 24 de Octubre.

Narremos ahora algunos otros sucesos notables ocurridos en aquel año.

No se puede pasar en silencio la peste que diezmó á los ha-

(1) Los legados de Barcelona escribieron que cuando se supo la noticia cierta de las paces con Florencia y Venecia, S. M. la hizo pregonar por toda la ciudad, mandando que se celebrase con fiesta, repique de campanas y luminarias nocturnas y al siguiente dia con procesión solemne del clero, que recorrió las principales calles, asistiendo diferentes órdenes religiosas. S. M. por su parte abandonó Aversa y avisó que á la mañana siguiente haría su solemne entrada. Dispuesto todo, los embajadores catalanes madrugaron para salirle al encuentro, en unión con el maestre racional Mossen Francisco Llobet y otros muchos personajes, los cuales encontraron á S. M. á cosa de una legua, acompañado de D. Fernando, Duque de Calabria, y de una brillante comitiva. Al ver á D. Alfonso, todos se apearon, haciéndole el debido acatamiento. Dispensoles éste graciosa acogida, mostrando gran satisfacción de su ida y colocándoles inmediatos á él, les fué preguntando de Barcelona y de los asuntos referentes á dicha ciudad y á su Consejo. Así anduvieron hasta muy cerca de la ciudad, donde ya aguardaba el Conde de Fundi, con multitud de condes, barones, caballeros y gentileshombres, con un grupo de trompeteros y ministriles y un cuerpo de cien infantes uniformados de jórneas blancas, sobrepuesta la cruz de San Jorge, llevando las ballestas al hombro. Flotaban al aire gran número de pendones: sonaban juglares y tamboriles, y la tropa daba numerosos vivas al Rey de Aragón. Este rompió como pudo por entre el gentío, y llegó á la puerta Capuana, guardado el órden siguiente: iban delante los peones, juglares y tamboriles; seguían ruidosas trompetas; á éstas los curiales y notables, luego el Consejo real, los reyes de armas y heraldos (arautes); los embajadores del Preste Juan (de presta johan), los de Barcelona con el Maestre Racional, D. Fernando con su paje, que llevaba cubierta la real espada, y luego el Rey. Ante la puerta del Castillo de Capuana estaba la muy Ilustre Señora Duquesa, mujer de D. Fernando, rodeada de nobles damas y doncellas, las cuales se adelantaron á saludar á S. M., quien descabalgó un momento para corresponder á su galantería, y otra vez puesto en marcha, siguieron hacia la plaza de Capuana que estaba ricamente tendida de valiosos paños de oro y seda, llena de damas y galanes en brillante arreo, que danzaban al son de los ministriles; y también al llegar el Rey, suspendidas sus danzas, se lanzaron á besarle manos y pies. En la *Mater ecclesiæ*, el Arzobispo de la ciudad y el clero, formada procesión, recibieron al Rey bajo palio, entrando en la iglesia para hacer sus preces. A la vuelta, siguió el curso por las plazas de la Montaña, Nido, Puertanueva y Puerto, todas también engaladas y ocupadas por danzarines. El cléro y religiosos de las iglesias situadas en la carrera, salian procesionalmente y entonaban himnos al son de todas las campanas. Cuando entró el Rey en el Castillo Nuevo, el pueblo en masa clamaba á grandes voces: ¡Viva el Rey de Aragón! Los embajadores catalanes manifiestan que le siguieron hasta el piso alto y como ya fuese hora adelantada, aquel les despidió, yéndose todos á comer.



bitantes de Italia, así como el sacro jubileo concedido por Nicolás V, el cual fué celebrado con insigne devoción. Hubo tal concurso en Roma de personas de todos los reinos cristianos, que no se había visto igual desde 1300, en que se concedió igual gracia espiritual, y según afirma Infesura, los caminos reales de aquella península parecían otras tantas ferias. El dia 19 de Diciembre, al volver el pueblo de la bendición del Papa, dada en la Basílica de San Pedro, al pasar por el puente de Santangelo, con ocasión de azorarse una mula, hubo tales apreturas y empellones que perecieron más de doscientas personas, unas ahogadas y otras precipitadas al Tiber. Grandes fueron las limosnas que dejaron los romeros, las cuales empleó el Pontífice, no en sostener cruentas guerras, sino en restaurar los templos de la capital del catolicismo y en el sustento de los desvalidos.

Acaeció también en 1450 que Federico Duque de Austria, y Rey de romanos, concertó matrimonio con la infanta D.ª Leonor, hija del Rey D. Duarte de Portugal, y por lo tanto sobrina de D. Alfonso por parte de madre. D. Duarte, que era muy jóven, sometió este asunto al celo y amor de su cuñado, quien lo llevó con el tacto y discreción que su índole requería, pues mediaba la circunstancia de que otro de los pretendientes á la mano de D.ª Leonor, era nada menos que el Delfín de Francia. El dia 10 del mes de Diciembre se celebraron los desposorios por poderes en la ciudad de Nápoles, representando al Emperador el Duque de Cleves. La ceremonia fué celebrada con grandes festejos.

Otro hecho hay que conviene consignar antes de dar punto á este capítulo. D. Alfonso, sintiéndose ya viejo, y no confiando quizás lo bastante en la adhesión de los barones napolitanos hacia la persona de su hijo y presunto sucesor, el príncipe D. Fernando, fué poniendo las mejores plazas y castillos bajo el mando y custodia de gobernadores y alcaydes catalanes y aragoneses y quitando de dichos cargos á los naturales del Reino. Uno de los separados fué Landolfo Marramaldo que tenía el castillo de Barletta, haciá ya treinta y cuatro años.

Para concluir digamos que D. Alfonso acudió á la Santa Sede para que se incoase el proceso de la canonización de San



Vicente Ferrer, á cuyos buenos oficios, en el compromiso de Caspe, debía tal vez el trono heredado de su padre D. Fernando de Antequera. El Santo, empero, no fué colocado en los altares hasta el pontificado de Pío II.

No podemos dar por terminada la reseña de los sucesos acaecidos en el año de 1450, sin hablar de un acontecimiento que ofrece especialísimo interés, por haber pasado desapercibido á casi todos los que se han ocupado de la historia del reino de Nápoles. Nos referimos al segundo parlamento general y á las capitulaciones á que éste dió origen.

Sin embargo Mazzella, en su *Descrizione del Regno,* se muestra bastante enterado y da algunas noticias con referencia al Registro intitulado: *Literarum curia secundi anni 1451.* De dicho autor sacó Giannone varias indicaciones, que pueden leerse en su *Istoria civile del regno di Napoli.* (1) De lo dicho por ambos resulta que D. Alfonso estando en Torre del Greco, en el año de 1449, convocó un nuevo parlamento, (2) diciendo en su proposición que manteniendo él grandes ejércitos, así de mar como de tierra, para la custodia del reino, y no siendo los ingresos suficientes, le era forzoso aumentarlos, y que había pensado, que por beneficio universal, sería bien que se impusieran cinco carlinos, sobre los diez que ya se pagaban, y que en recompensa prometía dar todos los años á cada familia, hogar ó fuego, un *tómulo* de sal, lo que fué estipulado de común consentimiento.

Vamos nosotros á arrojar no escasa luz sobre este punto, gracias al documento inédito intitulado *Capitula ultimi parlamenti Neapali publice celebrati,* que figura en el Registro 2914, fol. 52, del Archivo de la Corona de Aragón.

D. Alfonso, después de varias prórogas exigidas por la falta de comparecencia de los magnates y barones, pudo por fin reunirles en el Castillo Nuevo de Nápoles el dia 3 de Marzo de 1450. El documento aludido no los cita á todos, pero enumera á los más granados, que fueron los siguientes: D. Fernando de

(1) T. 6, p.ª 45.

(2) Los embajadores de Barcelona se encuentran enterados de la convocatoria de este segundo parlamento, pues en una de sus primeras cartas dicen «tenía (el Rey) convocadas cortes de barones en Nápoles para el 10 del venidero Agosto, aunque deberían llegar con anticipación, más como en Gaeta iban á celebrarse unas grandes bodas del Virrey, creíase que primero se detendrían allí.»



de Aragón, duque de Calabria, su primogénito; los ilustres y magníficos Raimundo de Orsini, príncipe de Salerno, maestre justicier; Juan Antonio de Marzano, duque de Sesa, almirante; Iñigo de Guevara, marqués del Vasto, gran Senescal; Honorato Cayetano, conde de Fundi, logotheta y protonotario; Iñigo Dávalos, gran camarero; Antonio de Sanseverino, duque de San Marcos; Francisco de Baucio, duque de Andria; Nicolás de Cantelmo, duque de Sora; Juan de Ventimiglia, marqués de Girachi; Jorge de Alamagno, conde de Pulcino; Americo de Sanseverino, conde de Capacio; Francisco Pandon, conde de Venafro; Juan de la Rath, conde de Caserta; Marino Caracciolo, conde de Santángelo; Petricon Caracciolo, conde de Burgencia; Leonelo Aclociamura, conde de Celano. Luego añade: "*et aliis plurimis baronibus et procuratoribus nonnullorum absencium majorem et saviorem partem magnatum et baronum Regni hujus representantibus.*"

Expuesto por el Rey á los susodichos que para la defensa de su estado y del Reino y para subvenir á las necesidades que se le ocurrían y principalmente para la paga de las gentes de armas, que habían de atender á la defensa y conservación del mismo estado, así como de los dichos magnates y barones y de los demás habitantes y de toda la república, quisieran subvenirle de tres colectas ó socorros ordinarios y de alguna infantería; obtenido de los mismos respuesta satisfactoria, el predicho duque de Calabria, en su nombre y en el de los demás magnates y barones del Reino, le suplicó que se dignase conceder benigna y graciosamente á ellos y á todo el Reino las gracias que reseñaremos.

El Rey vió las peticiones presentadas y las sujetó á madura deliberación, oyendo á los de su consejo; más queriendo obrar graciosamente respecto de dichos magnates y barones y demás habitantes del Reino, llevado de su innata clemencia y benignidad, atendiendo también á la memoria de los obsequios recibidos de los mismos, así en general como en particular, y no queriendo tampoco echar en olvido la respuesta que le habían dado y el ofrecimiento de subvenirle en la forma que se espresa en los capítulos de que daremos cuenta, mandó que éstos se escribieran juntamente con sus respectivos decretos,



respuestas y concesiones y redactarlos en forma de privilegio, de la manera que sigue:

"I. En primer lugar: que los infantes, los cuales, á petición de V. M., los mencionados magnates y barones han ordenado que tengais, siempre y cuando este Reino fuera invadido de gente forastera, seais servido de no quererles hacer militar fuera del Reino, ni tampoco en las fustas marítimas, y sí sólo en la defensa terrestre, y que no les hagais militar no siendo invadido el dicho vuestro Reino, los cuales infantes ascenderán al número de dos mil y trescientos, á razón de un infante por cada centenar de fuegos. Y que los dichos barones deban ser avisados con dos meses de anticipación, á fin de que puedan ordenar las cosas en debida forma, y que el servicio de los dichos infantes no se deba computar en dinero. Y que durante el servicio de los mencionados infantes, V. M. no imponga otra nueva leva.—Place á la Magestad real, salvando que en cuanto á las devastaciones y al tiempo del llamamiento y requisición en los lugares más próximos al punto invadido, quede al arbitrio de la Magestad real.

II. Item suplican los predichos que las derramas que se deben por subvención á V. M., las queráis cobrar á tenor de las gracias hechas en la manera de recandarlas por la Reina Juana segunda, vuestra venerable madre, de feliz memoria y por V. M., de las cuales una se pagará por todo el mes de Mayo y la otra por todo el mes de Junio próximo venidero del presente año, XIII indicción, y que V. M. deba mandar á hacerlas recaudar, las cuales dos contribuciones se entienda ser dadas á V. M. por este año, XIII indicción, tan solo y no más. —Place á la Real Magestad que dichas contribuciones se presten según la cuota, modo y forma de las últimas derramas exigidas por la misma Real Magestad.

III. Item suplican los predichos que queriendo V. M. dar la sal, esto es, un *tómulo* por cada fuego, como ya se ha ordenado, que sea servido de dar dicha sal por los meses de Junio y Julio próximos venideros, y que el pago se haga por los meses de Setiembre y de Febrero del año que viene, XIIII indicción próxima venidera, considerando que á causa de los demás pagos que se hacen, no se puede hacer éste de la sal, sino por el



dicho tiempo de Setiembre y Febrero mencionados. — Place á la Real Magestad que dicha sal se dé todos los años por la curia, en los meses de Junio y Julio, y su precio se pague en los meses de Setiembre y Febrero expresados en el capítulo.

IIII. Item suplican que habiendo algunos barones, los cuales, por prestar la debida obediencia, han hecho pagar el medio tómolo de sal de este pasado Febrero, plazca á V. M. mandar que aquella contribución sea descontada al satisfacer la derrama general que se debe recaudar en la Páscua próxima venidera, y que los tesoreros ó vuestros comisarios, enviados para la exacción de las dichas derramas generales, deban aceptar las pólizas de haber satisfecho dicha sal, en pago de la derrama general. — Place á la Real Magestad.

V. Item suplican los predichos que plazca á la referida V. M. conceder un indulto general á todos y cada uno de los mismos magnates y barones del dicho vuestro Reyno y á sus súbditos, oficiales y vasallos de todo exceso y delito cometido por los mismos ó cada uno de ellos en cualquier tiempo, de cualquier modo y contra cualquiera, hasta el presente dia. — Place á la Real Magestad. Excepto el crímen de lesa majestad y moneda falsa, así como las cosas ya juzgadas y ganadas por el fisco.

VI. Item suplican los predichos que plazca á V. M. concederles plena indulgencia y omnímoda remisión, tanto á los mismos magnates y barones como á sus súbditos, oficiales y vasallos de cualquiera pena pecuniaria ó perdición de feudos en que hubiesen incurrido, tanto por contumácia, como por no haber denunciado la muerte de su padre ó hermanos, cuanto por relevo dejado de pagar, no menos que por no haber pedido nueva investidura en tiempo hábil, y también por adora ó adoha no pagada en todo ó en parte, así como por no haber impetrado el debido consentimiento de la enagenación y obligación de las cosas feudales, así bien por no haber hecho inscribir en los libros de la cámara de la sumaría, no solo sus privilegios según su contenido, si que también por no haber pagado la derrama general en los plazos debidos ú otro impuesto cualesquiera: y que de dicha remisión se deba hacer privilegio general con reintegración, confirmación y en cuanto necesario



sea, nueva concesión de todos los bienes que tienen y poseen de presente. Y que toda pragmática ó bien provisión hecha contra el presente capítulo, ó en todo ó en parte del mismo, sea casada, anulada y enteramente revocada, y que desde hoy en adelante, en lo que concierne á las obligaciones y enagenaciones de los bienes feudales y á la impetración de los consentimientos sobre los mismos, se deba estar á lo dispuesto en las constituciones y capítulos de este vuestro Reino.—Place á la Real magestad la indulgencia y remisión, salvando las cosas juzgadas y ganadas por el fisco, pero que de aquí en adelante sobre lo susodicho se guarde la pragmática sanción por la misma Real Magestad hasta ahora promulgada, cuyo tiempo empezará á correr desde este momento, y que por causa de las obligaciones de los bienes feudales, de los cuales no se transfiere el dominio ó la posesión, los contrayentes no incurran en ninguna pena por causa de no haber impetrado el consentimiento.

VII. Item suplican los predichos que plazca á V. M. ordenar y estatuir que vuestro sacro consejo, para la administración de justicia, resida constantemente en la ciudad de Nápoles y que sea presidido por el protonotario de este vuestro Reino de Sicilia según los estatutos del mismo Reino, y en su ausencia por su lugarteniente, asistido de consejeros idóneos y capaces y de algunos magnates de este vuestro Reino, los cuales se nombraran por V. M., y que el dicho lugarteniente sea regnícola y de las tierras del dominio del dicho vuestro Reino, á fin de que con buena madurez todas las causas puedan terminarse debidamente. — Place á la Real Magestad que presida el protonotario ó su lugarteniente.

VIII. Item suplican los predichos que plazca á V. M. reformar Vuestra gran Corte de la vicaría, tanto en lo que concierne al lugarteniente de maestrojusticier ó verdadero regente de la dicha Corte, cuanto por lo que dice relación con los jueces, asesores y jueces de apelacion. Otro sí: que para dicho oficio se deban elegir personas idóneas y suficientes y que sean doctores en derecho y naturales de las tierras del dominio de la dicha V. M., y que deban renovarse todos los años, y que pasado el año deban ser residenciados, según los estatutos de



vuestro Reino, y que los predichos jueces ó asesores, ya sean regnícolas ó forasteros, (1) tengan dotes idóneas y den fianza de sujetarse á juicio de residencia, acabado el tiempo de su oficio, como arriba se ha dicho. Y que deban hallarse presentes en las horas marcadas de los dias señalados para administrar justicia, de modo que no se pueda dar justa queja, no derogando las concesiones, privilegios y capítulos ya concedidos á los predichos magnates y barones de vuestro Reino. —Place á la Real Magestad.

VIIII. Item suplican los predichos que, considerando las intolerables extorsiones y novedades introducidas por los jueces de las provincias de este vuestro Reino, plazca á V. M. discernir y ordenar que de hoy en adelante ningún Juez de este vuestro Reino se deba entrometer en las primeras diligencias, así civiles como criminales de los súbditos, oficiales y vasallos de los mismos magnates y barones que tienen el mero y mixto imperio, y si sólo en el caso de que se les deniegue justicia, la cual denegación de justicia, primeramente y ante todas las cosas, debe legítimamente constar, y que los predichos magnates y barones y sus súbditos no estén obligados á pagar los gastos y manutención á los predichos jueces, según por los predichos jueces eran requeridos. —Place á la Real Magestad, escepto en el caso de prevención, la cual, la Real Magestad se reserva especialmente para sí y para los dichos jueces, empero á los dichos barones concede, por gracia especial, que por un año ó sea hasta el inmediato siguiente, los jueces no se entrometan en las tierras de los barones aún en el caso de prevención.

X. Item suplican los predichos que los dichos jueces deban ser anuales y que se muden cada año, y que en el comienzo de su oficio sean obligados á dar suficiente é idónea fianza ó caución, y estar y pasar por el juicio de residencia al terminar el tiempo de su oficio, según los estatutos de este vuestro Reino, y que los dichos jueces no puedan ejercer los dichos oficios por substituto y lugarteniente. Y que esta cláusula se

(1) Tal vez la indicación de magistrados forasteros haga referencia á la costumbre mencionada en la ley 1.ª título 49 libro I. 2.º volúmen de las constituciones de Cataluña, según la cual los naturales del Principado tenían derecho á ocupar constantemente dos plazas, una en el consejo de Santa Clara de Nápoles y otra en el tribunal ordinario.

ponga en sus privilegios.—Place á la Real Magestad que sean residenciados todos los años á tenor de las constituciones y capítulos del Reino, y que se cuide adecuadamente en la cámara de la sumaría de que se esté á lo juzgado.

XI. Item suplican los predichos que plazca á V. M., para alivio de vuestros súbditos y vasallos, querer ordenar y hacer limitar y moderar los gastos de cualquier escritura que necesiten de vuestra real corte y de vuestro sacro consejo, de forma y modo que los secretarios registradores y otros escribanos á los cuales concierne, sean debidamente pagados de su correspondiente trabajo y vuestros súbditos y vasallos no sean explotados. Y que la forma de dicho pago se haga objeto de estipulación entre los mismos secretarios y registradores y los mismos magnates, y que lo que se acuerde se deba siempre observar en lo sucesivo, así como de igual manera se deba hacer respecto del pago de vuestros sellos y que por los mismos se deba pagar según el arancel del tiempo de la Reina D.ª Juana, vuestra venerable madre, de buena memoria, y del Rey Ladislao, de buena memoria.—Place á la Real Magestad que la tasación de los salarios de las escrituras y que el derecho de sello pendiente, se exija según el arancel aprobado por las constituciones y capítulos del Reino. En aquellas otras cosas respecto de las cuales no existe verdadero arancel, la Real Magestad encarga su tasación al arbitrio de los infrascritos, á saber: el Conde de Concentayna, Valentin Claver, Juan de Copons, Nicolás Fillach y Miguel Ritzo.

XII. Item suplican los predichos que plazca á V. M., en bien de los menesterosos y para obviar á los fraudes de los que quisieran valerse de la calumnia, discernir y declarar que de aquí en adelante ningún regnícola, por causa de menor cuantía, es decir hasta seis onzas, se pueda llamar ni traer á juicio fuera de su propio juez y corte de la tierra en que resida, y esto, en las primeras instancias, escepto el caso de denegación de justicia, la cual denegación deba constar evidentemente.—Place á la Real Majestad.

XIII. Item suplican los predichos que considerando que á todos vuestros súbditos y vasallos es necesario subvenir á V. M. por medio de diversos pagos y que por V. M. se ha publicado un



bando y mandato, ordenando que no se puedan sacar fuera de este vuestro Reino vituallas y ganado, ni otras mercancías, y que por esto los dichos vuestros súbditos y vasallos, no pudiendo vender sus vituallas y ganado y otras mercancías fuera del Reino, no les sería ya posible hacer efectivos los dichos pagos, ni tampoco atender á su subsistencia; por esto ruegan á V. M. que tenga por bien concederles la gracia de que puedan vender sus vituallas, esto es, granos, vino, aceite, carne salada y toda otra cosa perteneciente á la alimentación humana, así cocomo todo género de ganado y otras mercancías, fuera de este vuestro Reino á quien les parezca bien, y que por derechos de vuestra Corte y por razón de exportar las dichas cosas fuera del Reino, deban pagar como se pagaba en tiempo de la Reina Doña Juana segunda, de buena memoria, vuestra venerable madre, y no de otro modo, revocando y anulando todo bando y mandato que haya sido hecho contra el presente capítulo. Y que ninguna nueva prohibición respecto del grano se deba hacer en lo sucesivo, sinó que cada uno tenga libre facultad de venderlo á su arbitrio á los buenos amigos y fieles de V. M. — Place á la Real Majestad que los derechos se exijan y cobren según se acostumbraba á exigir en tiempo del Rey Ladislao ó de la Reina Juana segunda, á elección y arbitrio de la Real Majestad; y acerca de la libertad de vender los cereales, place á la Real Majestad.

XIIII. Item suplican los predichos que considerando que algunos comisarios y maestros camineros van contínuamente por este vuestro Reino, buscando é inquiriendo los pesos y las medidas y las usurpaciones de los caminos públicos, bajo pretexto de corregirlos, y luego lo arreglan todo por medio del dinero, con gran perjuicio de los mismos vasallos vuestros: que plazca á V. M., en atención á que las predichas cosas, correcciones y enmiendas de las mismas corresponden á los dichos magnates y barones, y pertenecen á las razones y baylias de sus tierras, querer ordenar y declarar que en las tierras dependientes de los castillos y demás lugares que no son del dominio real, no deba ejercer tal oficio, sinó que lo dejen ejercer y conocer de él á los dichos bayles, según los capítulos y constituciones de este vuestro Reyno. — Por cuanto el arreglo, afina-



ción y justicia de los pesos y medidas, son regalías de la Majestad Real, quiere S. M. que se ejerzan por sus oficiales; sin embargo, si después de hecho el contraste de los pesos y medidas y de haberlos marcado, se cometiere falsedad en ellos, competa el castigo á los bayles del crimen ó á nuestros oficiales ó á los señores de los lugares que tienen mero imperio, á prevención.

XV. Item suplican los predichos que plazca á V. M. declarar que todas las vituallas, ganado y otras cosas, las cuales se trasladan de una comarca á otra de este vuestro Reino y no fuera de él, que no hayan de pagar cosa alguna por derecho de víveres, ó por otra nueva disposición. —Estese á lo de costumbre, hasta que verificada la correspondiente información, Su Majestad provea de diferente manera.

XVI. Item suplican los predichos que S. M. haga reducir los pesos de los ducados, carlinos y otras monedas, según eran en el tiempo de la Reina Juana segunda, vuestra venerable madre de feliz memoria. — Place á la Real Majestad.

XVII. Item suplican los predichos, que considerando que en algunas partes de este vuestro Reino hay gran carestía de hierro y no tienen los almacenes inmediatos en donde poderlo comprar, que sea lícito á los tales regnícolas comprar el hierro en los almacenes habilitados, pagando las debidas gabelas del mismo hierro, y luego poderlo vender, al por menor, á todo el que quiera comprarlo, ya que cada uno no puede ir á comprarlo al por menor al síndico. —La Real Majestad proveerá, previos informes.

XVIII. Item suplican los predichos que, considerando que en la provincia de Calabria las tierras que fueron de D. Antonio de Centellas no pagan ningún gravámen, los súbditos de los mismos magnates se parten de sus tierras y van á las dichas tierras francas, que plazca á V. M. mandar que no sean recibidos. —No piden lo justo.

XVIIII. Item suplican los predichos que, considerando que en la provincia del Aprisçio hay diversas monedas, plazca á V. M. ordenar que dichas monedas sean tomadas por el valor que tienen en la dicha provincia por los Tesoreros y demás oficiales de V. M. enviados á la dicha provincia, en los pagos



que se deben hacer á V. M.—La Real Majestad, previa la información y deliberación, proveerá.

XX. Item suplican los predichos que, considerando la penuria de la moneda que hay en este vuestro Reino, plazca á V. M. ordenar, acerca de esto, de manera que se acuñe más moneda, y haciéndolo asi continuamente se harán todos los pagos á V. M.—Después de los informes se proveerá convenientemente.

Item suplican los predichos que de todas las sobredichas cosas y gracias, plazca á S. M. mandar que se haga privilegio general y gratuito. Y si algún magnate ó barón lo quisiese en particular, deba pagarlo á sus espensas.—Place á la Real Majestad.—Rex Alfonsus.„

El documento aludido termina con las fórmulas de costumbre, en las cuales se manda que se observe puntualmente, así por los magnates, barones y súbditos, como por los oficiales reales, bajo la pena de incurrir en la ira é indignación de S. M.

Fué firmado en el mismo Castillo Nuevo de Nápoles. El dia de la fecha está en blanco en el Registro del Archivo susodicho, mas no así el mes, indicción y año. Pues dice: Dado en el Castillo Nuevo de la ciudad de Nápoles dia... Marzo, XIII indicción, año de la Natividad del Señor MCCCC cincuenta, décimosexto de nuestro Reinado, en esta parte de Sicilia del lado de acá del faro, y XXXV en los demás Reynos. (1)

Para dar remate á los sucesos de este año, diremos el éxito que tuvieron las gestiones de los embajadores de Barcelona. Después de mucho tiempo de permanecer en Nápoles y de asistir, conforme dejamos dicho, á toda clase de recepciones y fiestas, en las cuales siempre se vieron muy honrosamente considerados, al cabo fueron recibidos por el Rey para tratar del objeto que había motivado la embajada. El sábado 18 de Julio, S. M. se dignó admitirles ante su Consejo privado en la sala dicha Glorieta, dándoles á besar la mano, pero resistiendo que le besasen el pie. Otro dia, ó sea el 22 del mismo mes, les recibió privadamente en Torre del Greco. Entonces expresaron su deseo y el de la ciudad condal de que fijase un término á su

(1) Vid. Apéndices XLVIIII.



larga ausencia y de que señalase un plazo para visitar sus estados de España; pero, aunque mostró abundar en buenos propósitos, no lograron recabar lo que pretendían. Para compensarles del disgusto de tal negativa, les permitió visitarle de nuevo el dia 31 del mes ya citado, en ocasión en que se hallaba en el Castillo Nuevo, donde oyeron misa con él y asistieron luego á la audiencia pública. Terminada ésta, quiso que le acompañasen á la atarazana para mostrarles las galeras y naves que había mandado construir, á la vez que una bonita casa de jarcía, explicándoles los planes y proyectos que tenía. No contento con esto, citóles para después de la comida y siesta, al objeto de enseñarles todas sus joyas. Los embajadores quedaron maravillados á la vista de aquel tesoro, que luego debía causar también la admiración del Emperador Federico. En la misma noche recibieron la invitación por parte del Duque de Calabria, para que dos de ellos sacasen de pila á una hija suya que acababa de dar á luz la Duquesa.

La ceremonia se verificó con grande ostentación en la tarde del domingo 2 de Agosto. Fueron padrinos los dos dichos embajadores, junto con el maestre racional y madrinas dos condesas y la señora del protonotario. Bautizó á la recién nacida, á quien se puso el nombre de Leonor, el Arzobispo de la ciudad, y hubo música, baile, en el cual danzaron las señoras catalanas y aragonesas á usanza de nuestro país, y en un intermedio su correspondiente refresco ó colación de confites.

Otro dia los legados fueron recibidos en Torre del Greco y como no cesaran en sus patrióticos propósitos, volviendo á la carga respecto de que D. Alfonso señalase la fecha de la suspirada visita á sus Reinos de España, S. M. les significó que su intento era pasar antes á Sicilia y dejar bien asegurado el gobierno de su hijo; y al dar á entender que contaba con la galera de los embajadores, éstos se apresuraron á ofrecérsela y hasta á acompañarle personalmente, cuyo ofrecimiento aceptó con viva complacencia.

A principios de Septiembre todavía los legados insistían en el logro de su objeto.

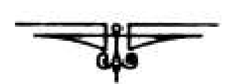
¿Qué pensaba y qué hacía el Rey entretanto? Tal vez sentía bullir en su mente la idea de nuevos y más importantes en-



grandecimientos, y por más que estimase á sus buenos y leales súbditos y en especial á su rica ciudad de Barcelona, por ventura no quería cerrar su corazón á los halagos con que le acariciaba la fortuna; pero aparte de esto, el amor le había embelesado profundamente, y los encantos de la de Alagno, le tenían como cautivo en la playa de Torre del Greco.

Harto lo sabían los embajadores; pero no se atrevieron á escribirlo claramente al Consejo de Barcelona, contentándose con apuntar que el Rey andaba por demás distraido, diciendo que hacía poco caso de los negocios y reclamaciones y que retirado en Torre del Greco, donde moraba su idolatrada Lucrecia, luego de oida misa, solo recibía unas dos horas antes de comer, y por la tarde se hurtaba de las gentes, pasándola en un verjel para entregarse á *dulces solaces*, sin que nadie le viese más.

En una de las conferencias otorgó á la ciudad de Barcelona permiso para erigir unos Estudios generales. Los legados debieron contentarse con esta y algunas otras concesiones menos importantes, y como por otra parte quedó aplazado el viaje á Sicilia, en razón á ciertas dificultades allí surgidas, determinaron su regreso, anunciando el embarque para primeros de Noviembre.





CAPÍTULO LIII

SUMARIO

(1451). — Paz y tregua en toda Italia. — Asuntos diplomáticos. — Liga con el Déspota de Rumania y Morea. — Socorre el Rey á Scander-begh. — Pide también su auxilio el Conde de Albania. — Embajadas del Rey á Ferrara y Píombino. — Envia á Córcega, con algunas fuerzas, al caballero Jaime de Besora — Pleito famoso en Cerdaña entre los Rocaberti y la casa de Oristan. — Embajada en Florencia. — Manejos diplomáticos. — El Emperador de Oriente envia embajadas pidiendo socorro contra los turcos. — Ligas y contra-ligas en los estados de Italia. — Ofrecimiento de las Cortes catalanas al Rey, si regresaba pronto. — Entrega de cuatrocientos mil florines. — Nuevas instancias del legado barcelonés.

EL año de 1451 fué escepcional, supuesto que hubo paz en toda Italia.

El Rey ya que no tenía que pensar en las cosas militares, se dedicaba á las diplomáticas, y una de las que más absorvieron su atención, fué el estorbar que el Duque de Cleves casase con una hija del infante D. Pedro de Portugal, calculando que toda la descendencia de éste había de ser enemiga de la casa de Aragón, y para ello aconsejó al Rey D. Alfonso, por medio de Vasco de Govea, que diese á dicho Duque una de sus hermanas por esposa.

Estando en Torre del Greco, recibió á 5 de Febrero, según Zurita, al Conde Atanasio Láscaris, embajador de Demetrio Paleólogo, Señor ó Déspota de Rumania y de Morea, quien llevaba el encargo de concertar una estrecha confederación y liga entre ambos soberanos. Las bases que se estipularon fueron las siguientes: que en el caso de que el Rey emprendiese

la expedición á Turquía, dicho Déspota debiese ausiliarle personalmente al frente de seis mil de á caballo y de la infantería que le fuese posible, todo á sus expensas y costas, y que si la campaña se emprendía por el lado de Albania, quedaba obligado á atacar por las fronteras de sus estados. En cambio pretendía este ambicioso, sentarse en el trono de Constantinopla ó hacer sentar en él al que se casase con su hija, en detrimento de su hermano Constantino que lo ocupaba legítimamente.

Con más sanas intenciones, buscaba la amistad del Rey, Jorge Castrioto ó Scander-begh, Señor de Croia. Este, según Zurita, le envió por sus embajadores á Esteban, Obispo de Croia y á Fray Nicolás Berguzi de la orden de Santo Domingo, ofreciendo que si mandaba gente en su socorro, le entregaría la ciudad y castillo de Croia y pondria sus estados á disposición de la persona que delegara. Todo lo que se ganase al turco queria que fuese del Rey, y si le sacaba de la sujeción de tan cruel enemigo, prometía prestarle homenaje como vasallo suyo y pagarle el tributo que satisfacía á Mahometo. Tuvieron lugar estos tratos en Gaeta el dia 26 de Marzo. D. Alfonso no rechazó á tan desvalido como valeroso príncipe, sinó que antes bien le mandó socorros con los cuales pudo sostenerse por mucho tiempo. ([1]) Algunos años más tarde fué Castrioto de gran utilidad á D. Fernando, considerándose dichoso de poder pagar al hijo favores recibidos del ya difunto padre.

Aranito Connonevili, Conde de Albania, hizo iguales ofrecimientos, brindándose á servir al Rey en la guerra contra el turco, á hacerse su vasallo y pagarle el tributo que el islamita le exigía. No consta en Zurita la respuesta y resolución de D. Alfonso.

Es seguro que si el Rey hubiese ganado algunos años antes el Reino de Nápoles, dándole tiempo de ensanchar sus dominios en Italia, Europa se habría ahorrado una gran vergüenza y la casa de Aragón hubiera sido la soberana de todos los estados cristianos de Oriente. El peso de los años, los disgustos que recibía de España y los placeres que como compensación se procuraba, todo contribuyó, luego, á apartarle de una em-

(1) Esta relación no se conforma con lo que refiere Bemmí.



presa en la que hubiera podido recoger tantos y tan inmarcesibles laureles.

Por aquellos dias falleció Leonello de Este, Marqués de Ferrara, y como no dejó sucesión, pasó su estado á Borso de Este, su hermano, á quien el Rey envió á Luis Despuig y á Panormita, para que le cumplimentasen.

Habiendo por aquel mismo tiempo tomado posesión de la Señoría de Píombino el ya citado Manuel de Appiano, el Rey encargó á Andrés Gazull que fuera á darle la enhorabuena y á ofrecerle de su parte que le tomaría bajo su protección, siempre que aceptase los pactos que habían mediado entre él y su antecesora, Catalina de Appiano. Manuel se conformó, quedando tributario y buen amigo de D. Alfonso.

En el propio año los del bando del Rey, en la isla de Córcega, le enviaron un mensajero para inducirle á que volviese de nuevo los ojos á dicha isla y tratase de recuperar lo que le estaban detentando sus enemigos. Figuraban en primer término entre nuestros partidarios, el Conde Pablo de la Rocha y Vicentello de Istria: el mensajero que diputaron fué Antonio de la Rocha, hermano del primero. El Rey por de pronto les confirmó á los Rocha en sus estados y á Vicentello le adjudicó los lugares y castillos que fueron de su hermano Salon, gran servidor de la causa aragonesa en Italia. Pedíanle, entre otras cosas, que mandase á Córcega capitán y gentes de guerra. Don Alfonso no quiso desatenderles y les envió al caballero catalán D. Jaime de Besora, con algunas compañías de infantería y caballería. Huyendo, sin embargo, de provocar nuevos conflictos, encargó á todos que, si bien veria con gusto que se apoderasen de algunos lugares fuertes de la marina, evitasen cuidadosamente emprender nada contra Bonifacio y Calvi, ni contra lo demás que poseian los genoveses al tiempo que firmó con ellos la paz, ni siquiera recibiesen tierra alguna que se hallase en este caso, por más que los que la custodiaran se la quisieran entregar.

Zurita da también noticia de un ruidoso pleito que por aquellos dias se seguia sobre unos estados de Cerdeña, entre D. Dalmau de Rocaberti, hijo de D. Guillén Hugo de Rocaberti, y la casa de los Marqueses de Oristan. Los Rocaberti pretendían



tener derecho sobre ciertas partes del Juzgado de Arborea, porque el dicho D. Guillén Hugo era hijo de D.ª María de Arborea, sucesora y heredera en el Juzgado del Juez Hugo de Arborea, su padre. No obstante, todo se seguia pacíficamente y el litigio estaba á punto de ser fallado. Era por entonces Virrey y Lugarteniente general de la isla, Galcerán Mercader.

Los florentinos, que por algún tiempo se habian mantenido prudentes, empezaron á ofender al Rey, suministrando algunos ocultos socorros á su enemigo el Conde Francisco Sforza. Esta imprudencia dió origen á muy graves complicaciones que Ammirato refiere por extenso y del que será bien que tomemos las noticias de más bulto.

Siendo portaestandarte, dice, Juan Popoleschi, la liga entre los venecianos y el Rey de Aragón dió mucho que sospechar á los florentinos, dudando si habria sido hecha en su daño y en el del Conde Francisco Sforza; mas pronto empezaron á ver algunas señales de ello, pues los venecianos dictaron una ley por la cual se prohibia que entrasen en Venecia tejidos extranjeros y se imponia un tributo á las personas que no fuesen del país, cuyas disposiciones parecian ser tomadas expresamente contra los florentinos. Estos eran informados por Giannozzo Manetti, que estaba de embajador en la Corte del Rey, de todos los tratos y negociaciones que iban mediando entre los nuevos aliados. Siendo *gonfaloniero* Simeon Canigiani, llegaron á Florencia Luis Despuig y Antonio Panormita, embajadores del Rey y Mateo Vettori de la Señoría de Venecia, quienes les dieron ocasión de comprender que no eran infundados sus recelos. Declararon que se hallaban de paso para Venecia con objeto de arreglar asuntos pertenecientes á sus respectivos estados, y la Señoría florentina les recibió con muchos honores, introduciéndoles á presencia de los magistrados, cosa que no acostumbraba á hacerse. Entonces declararon que la liga se habia celebrado únicamente en defensa de sus respectivos estados y no para ofender á nadie, manifestando que habian reservado lugar á todo el que quisiese entrar en ella: cuya parte del discurso adornaron artificiosamente, haciéndose lenguas del gran deseo, así del Rey como de la Señoría de Venecia, de que no se turbase por ningún estilo la paz y tranqui-



lidad de que se gozaba en Italia. Lo dicho fué expuesto por ellos como una manifestación solidaria y común. El embajador veneciano expuso luego particularmente que, así como á la República nada le interesaba tanto como la paz general, se daría por ofendida respecto de cualquiera que procurase perturbarla con actos por los cuales los demás se pudieran resentir: que si los florentinos quisiesen poner mientes en su conducta, verian como habian ofendido gravemente á los venecianos, puesto que, apesar de la liga en vigor entre ambas Señorías, habian dado paso, el año anterior, por Lunigiana, á Alejandro Sforza, hermano del Duque, el cual conducia fuerzas á Lombardia en socorro de éste, y que también habian prestado dinero á Francisco Sforza, y por su mediación, lo habían hecho amigo del Señor de Mantua. Concluyó diciendo que si perseveraban en aquel modo de obrar, les advertia amistosamente que incurririan en grandes peligros, y que de la noche á la mañana podian hallarse con una guerra encima, indicando que el que no cuenta con los demás, no debe extrañar que los demás no cuenten con él. El *gonfaloniero* respondió que se alegraba de la concordia anunciada, máxime siendo Florencia amiga del Rey y estando en liga con los venecianos, y que respecto á las embozadas amenazas que había oido, haria contestar cuando se serenasen los ánimos. Pocos dias después fueron llamados los embajadores, y Cosme de Médicis, jefe de la República Florentina, como hombre muy informado de todas sus cosas, el cual además nunca se dejaba llevar ni del temor ni de la ira, no quiso confiar á nadie el responderles y les enderezó una oración concebida, poco más ó menos, en estos términos: "No hace tres años, señor embajador veneciano, que fuimos requeridos á tomar las armas con vosotros en daño del Conde Francisco; lo que hicimos, infringiendo la primera confederación asentada entre nosotros, la cual se hizo para la defensa de los respectivos estados y no para ofender á nadie. Es notorio que entonces mandamos á Segismundo Malatesta con dos mil caballos y á Gregorio de Anghiari con mil infantes á vuestro servicio. E hicimos esto, apesar de haberos propuesto poco antes el traer á vuestras expensas al Rey Renato y á darle cuatro mil caballos y dos mil infantes, negándoos á dar ninguna



fuerza de infanteria y reduciendo la caballeria á la cifra de dos mil hombres, imponiendo además tantas otras condiciones, que al cabo hubimos de desistir de toda gestión y no os dimos más molestia. Os concertasteis con el Conde y nosotros, que éramos vuestros aliados, nos hicimos igualmente buenos amigos de dicho personaje, y como sucede entre los que se profesan leal amistad, nos alegramos de sus prósperos sucesos. Ahora si por nuevas vicisitudes os habeis enemistado con el Conde, desde que por su fortuna se ha hecho Duque ¿de qué venis á quejaros? La primera liga hecha entre ambas Señorías en defensa de sus respectivos estados subsiste todavia, y, por nuestra parte no la hemos violado, ni infringido. La segunda hecha particularmente en contra del Conde, cesó de resultas de la concordia que hicisteis con él; y si luego, por efecto de las ocurrencias, se os antojó pensar otra cosa, era muy puesto en regla que nos lo hicieseis saber: de esta manera os hubiéramos manifestado aquello que nos parecia, y nos hubierais replicado alegrándoos ó doliéndoos de nuestra nueva actitud. Bien podríamos recordaros que durante el largo período en que hemos estado confederados, nos habeis tratado siempre con longaminidad, y esta conducta la reconocemos como hija de la grandeza y superioridad de la ilustrísima Señoría veneciana, la cual siendo por tantos conceptos gloria y esplendor de Italia, siempre nos hará resignar á que nos lleve ventaja, mientras no se nos prive de responder á cierta clase de amenazas como la de que mañana nos podemos encontrar con una guerra. De parte de estos mis comitentes os digo, señor embajador, que ningún pueblo ó príncipe, que quiera vivir con honor, puede hacer más que tratar de que nadie pueda ofenderle con legítimos motivos. Y si obrando con prudencia y lealtad se halla con que le ofenden injustamente, soy de parecer que sabrá defenderse con aquel mismo tino con que supo gobernarse, en la seguridad de que Dios le ayudará, puesto que no se inclina jamás del lado de la injusticia. Nosotros no hemos apelado á más medio, para ensanchar nuestro dominio, que al de portarnos recta y lealmente con nuestros vecinos, siendo excelentes amigos de los buenos y tratando de extirpar á los malos, como si fueran plantas pestíferas y venenosas. Y si príncipes extran-



jeros y lejanos han tomado las armas contra nosotros, hemos, con la ayuda de Dios y de nuestras fuerzas, obrado de tal manera, que así como vosotros os gloriais de que vuestra ciudad, rodeada como está de las aguas, no ha sido hollada jamás de plantas enemigas, así también la nuestra, aunque situada en tierra firme, gracias á la bondad divina, desde que empezó á gozar de libertad, hasta la hora presente, tampoco ha visto en su recinto al enemigo victorioso. No cabe en la modestia de mis conciudadanos, siempre parcos en las propias alabanzas, citar el ejemplo de aquellos que vinieron llenos de soberbia para dañarnos, y que luego se alejaron corridos del pié de nuestras murallas. Pero solo añadiré que la seguridad de nuestra conciencia nos hace vivir más llenos de esperanza que de temor, animados aún con tantos ejemplos, á temer cada dia menos. Y estamos ciertos que cuando vuestra República, exenta de algún afecto que en estos momentos la domina, se dedique con ánimo sereno á juzgar las cosas, no solo por su rectitud, sinó también por otros motivos que la inducirán á ello, estará más dispuesta á tomar las armas en favor que en daño de los florentinos.„

El embajador veneciano no tuvo nada que argüir en contra de lo expuesto por Cosme, antes bien mostró quedar muy satisfecho, manifestando que lo que dijo era para prevenir toda clase de rozamientos, debiendo entenderse que su República no tenia odio ni mala voluntad á la de Florencia.

A poco los dichos embajadores, con aspecto más de amor que de malquerencia, abandonaron esta última ciudad y se dirigieron á Venecia.

No obstante, jamás la Reina del Adriático perdonó á la Señoría florentina el haberle estorbado la ocasión de apoderarse de Lombardía, no menos que el haber mostrado á Italia que era más hábil política.

Siendo gonfaloniero Bernardo Giugní, llegó la primera prueba de rompimiento, con la noticia de que los venecianos, con fecha de primero de Junio, habian dado orden de que para el dia 20 del mismo mes, todos los florentinos ó súbditos de Florencia debiesen abandonar, juntamente con todas sus cosas, la ciudad de Venecia, sus tierras y dominios, bajo penas

muy severas. Giannozzo Manetti escribió que lo mismo había hecho el Rey respecto de todos sus reinos.

También se supo que los venecianos habían hecho liga con los seneses, para valerse de la comodidad que la situación de su estado ofrecía, con ánimo de hostilizar á los florentinos. Otro tanto intentaron respecto de los boloñeses, procurando introducir en la ciudad á todos los proscritos, para que cambiaran el gobierno, pero frustró este proyecto el valor de Santo de Bentivoglio, quien atajó á los rebeldes que ya habían penetrado por las cloacas, dando muerte á muchos de ellos, entre los cuales figuró uno de los señores de Carpí.

Al ver los florentinos tantas muestras de hostilidad de parte del Rey y de los venecianos, trataron de tomar las precauciones que el caso requería y se prepararon decididamente para la lucha que veian inevitable. En primer lugar el dia 12 de Junio crearon los *diez de baylia,* especie de Consejo Supremo de la guerra, siendo nombrados: Cosme de Médicis, Neri Caponi, Agnolo Acciauoli, Lucas de los Albizi, Otto Niccolini, Castello Quaratesi, Domingo Buoninsegni, Francisco Orlandi, Julián de Particino y Bartolomé de Francesco. Estos tomaron á sueldo, entre otros caudillos, á Simonetta que ya en anteriores ocasiones había sido capitán de los florentinos, y expidieron embajadores á casi todos los príncipes y repúblicas de Italia, en parte para justificar su causa y captarse sus voluntades y en parte para sondear y descubrir el ánimo de sus enemigos. Pero su principal negociación, que por cierto no les salió fallida, fué la que celebraron por medio de Diotisalvi Neroni con el Duque de Milán, con quien, durante el mando de Nicolás Mori, se firmó liga por diez años, bajo la base de la defensa de sus respectivos estados, la cual fué promulgada el dia 15 de Agosto. Demás de esto mandaron á Nicolini cerca de los seneses, y éste envió á decir que los susodichos no darían paso ni proporcionarían vituallas ni socorro alguno á cualquiera que se presentase con ánimo de encender la guerra, añadiendo que por ningún estilo harían liga con el Rey. Por lo que decían las cartas de Giannozzo Manetti, parecía que D. Alfonso se había ablandado un tanto respecto de los florentinos, habiendo hecho publicar un pregón por el cual se hacía saber que daría



salvoconducto al que se lo hubiese pedido. Los boloñeses mostraron muy buena y muy pronta disposición hacia dicha República, afirmando que querían vivir bien con el pueblo florentino, de quien en sus mayores quebrantos habían recibido tan señalados beneficios. El Pontífice, que por sus sentimientos y tendencias tenía el ánimo muy distante de toda clase de colisiones entre los príncipes y estados cristianos, respondió que en tales tiempos, en los cuales el poderío de los turcos iba en aumento de dia en dia, haciendo temer por el imperio de Constantinopla, era mucho mejor convertir las armas contra los infieles, que no por vanas disputas y disensiones, rompieran dichos estados y príncipes las hostilidades entre sí; por este motivo su contestación consistió en recomendaciones y ruegos muy ardientes para que se verificase la unión y la paz universal en todos ellos. De los venecianos se descubrió la confirmación del odio acerbo y mortal que profesaban á Florencia, los cuales alegaron que no podían sin el consentimiento del Rey, con quien tenían formada liga, tratar con ellos de ninguna cosa, y así no querían dar el salvoconducto al embajador que había sido nombrado por la República cerca del Senado veneciano. Ni faltaron otras pruebas de la malevolencia de aquella ciudad, puesto que pasaron por Florencia embajadores de Constantino Paleólogo, Emperador de Constantinopla, los cuales se dirigían á Roma, y como trataran de presentar sus respetos á la Señoría Florentina, representada por Bernardo Carnesecchi, para rogarle que ayudase en todo lo posible al Imperio constantinopolitano, cada día más acosado por las acechanzas de los turcos, hubieron de referir como el Emperador su amo había sido estrechamente apremiado por los venecianos para que echase de todas las tierras del Imperio á los mercaderes florentinos; sin embargo de que él, sabiendo las atenciones de que la República de éstos había hecho objeto al Emperador Juan Manuel, su hermano, de feliz memoria, cuando estuvo en Florencia, en tiempo del Papa Eugenio, para tratar de la unión de la Iglesia cristiana, no había querido de modo alguno acceder á las solicitaciones de Venecia. Iguales tentativas hizo esta última cerca del gobierno de Ragusa, obteniendo empero idéntica respuesta.



Con todo, no pareciéndole al Rey, en virtud de la reciente paz celebrada con los florentinos, ni á los venecianos, que aún tenian en vigor la liga hecha con ellos, que había llegado la hora de romper las hostilidades, sin antes aparentar que la razón estaba de parte de los recién coligados, deliberaron de común consentimiento enviar embajadores á Florencia, no sin esperanza de poder sembrar la zizaña entre sus ciudadanos, cuyo espíritu de bandería estaba aún mal apagado. Llegaron, pues, á Perusa A. Cecco Antonio, embajador del Rey y Zacaría Trivigiano, que lo era de Venecia, y acto contínuo mandaron mensajeros á Florencia en súplica de un salvoconducto, so color de que debían tratar asuntos de gran utilidad con los magistrados de esta Señoría. Nicolás Soderini, que fué el último gonfaloniero de aquel año, y sus demás compañeros, concedieron el salvoconducto al embajador del Rey, empero al de Venecia le contestaron, que estando Florencia en liga con el Duque de Milán, no podían recibirle sin participárselo á su aliado, y mucho menos escucharle. Los venecianos empezaron desde entonces á apercibirse que en Florencia no se hacía ningún caso de ellos. La embajada susodicha no produjo, pues, efecto alguno, no queriendo el legado del Rey ser recibido sin la compañía del de Venecia.

Cada parte desde entonces empezó á prepararse para la guerra, buscando el Rey y los venecianos la alianza de los boloñeses, del Duque de Saboya y del Marqués de Monferrato, y por su lado, los florentinos, el concurso de los genoveses. Éstos, por medio del Duque de Milán, entraron prontamente en liga con los que á ello les solicitaban; pero los boloñeses se mostraron remisos á los halagos de sus pretendidos amigos. Aparte de esto, Florencia y el Duque mandaron embajadores al Rey de Francia para que ingresase en su concordia, cuyo paso no dió resultado. En cambio el Marqués de Mantua tomó partido por ellos. Muratori nos da algunas noticias tomadas de Cristóbal da Soldo en su *Historia Bresciana* y de Sanuto en su *Historia de Venecia*, respecto de los preparativos bélicos de aquel año, que completan lo que refiere Ammirato.

Entonces, dice, disponían los veneciacos de raudales de dinero, debido á la extensión de sus estados y posesiones, no so-



lo en Italia, sinó también en Dalmacia y en otras provincias de Levante, y á que Venecia era reputada como el más rico emporio de la Península italiana y aún de todo el Occidente. Sanuto, como nuestro Campmany, se ocupa extensamente del comercio de la Reina del Adriático, demostrando palmariamente lo que dejamos indicado.

Los venecianos, además de los dichos preparativos, tomaron á sueldo á Carlos Gonzaga y más adelante á Guillermo de Monferrato, ambos enemigos del Duque de Milán. En el mes de Abril nombraron general de sus armas á Gentile de la Leonessa, capitán tan sábio, como valiente. Y porque Bartolomé Coleone, que militaba al servicio de la señoría, con mil y quinientos caballos y cuatrocientos infantes, pretendía para si aquella dignidad, se agravió no poco del desaire y además de pedir licencia, á pretexto de que no iba corriente de pagas, mostró sobradamente su disposición de pasarse al ejército del Duque. Al saberlo los venecianos trataron de cogerle y de cortarle la cabeza. Dióse tan arriesgada comisión á Jacobo Piccinino, quien por medio de una marcha forzada se echó encima de Coleone, sorprendió á todas sus gentes y poco faltó para que dicho caudillo no cayera prisionero. Tuvo sin embargo la fortuna de salvarse en Mantua, más sus tropas quedaron en poder y á sueldo de Venecia. Entró él luego á servir al Duque que le prometió grandes ventajas. Los despojos del ejército de Coleone los hace ascender Sanuto á ochenta mil y quizás á cien mil florines de oro.

¿Qué hacía entre tanto Francisco Sforza? Por su parte quería paz y tranquilidad, para ir organizando el fruto de su conquista, asaz maltrecho y estragado por las pasados revolunes. Por otra parte era pobre y no ignoraba que el dinero es la primera condición para poder hacer la guerra. No obstante no vivía desprevenido, pues conocía que así que se rompiesen las hostilidades, de grado ó por fuerza, tendría que tomar parte en la lucha, en compañía de sus aliados los florentinos y demás que quisieran ausiliarle.

El Rey también procuró, según Summonte, advertir al Cardenal de Lérida que en la paz que había firmado con los florentinos, le había prometido de parte del Papa que, en el caso



de que aquellos no observasen las condiciones estipuladas, le concedería una bula por la que se le absolvería del juramento hecho en virtud de la investidura del Reino, y le permitiría moverles guerra. Chioccarello, que registra todos los documentos pontificios, no inserta ninguno de esta índole, como expedido en aquel año; lo que hace creer que Nicolás V no quiso dar autorización para que se perturbase la paz de Italia.

El mismo Summonte refiere que en aquel año Francisco Sanseverino, Duque de la Scala y Conde de Lauria, se mostró desobediente al Rey al no querer permitir que se levantasen ciertas lanzas que había ordenado juntar en el territorio de Lauria, por lo cual S. M. dispuso que se procediese contra aquel en términos de justicia, conforme á las constituciones del Reino, haciéndole juzgar por sus iguales. Asistieron al consejo que se celebró con este motivo Juan Antonio Marzano, Duque de Sessa; Nicolás Cantelmo, Duque de Sora; García Cavanillas, Duque de Troia, Francisco Pandon, Conde de Venafro; Francisco Síscala, Virrey de Calabria; Carlos de Campobasso, Conde de Termine; D. Pedro del Mila, Gran Camarero, sobrino de D. Alfonso de Borja, Cardenal de Valencia, y Lionello Acclociamura, Conde de Celano. Se supone que el fallo le fué desfavorable y que su rebelión le hizo perder el estado que poseía.

Al llegar aquí Summonte coloca el acaecimiento de un hecho de cuya veracidad nos ocuparemos en la parte literaria del reinado. Nos referimos á la embajada de Panormita á Venecia con el objeto de pedir una reliquia de Tito Livio, cuyos restos se conservaban en la ciudad de Pádua.

Zurita hace constar que los catalanes reunidos en Córtes ofrecieron servir al Rey con cuatro cientos mil florines de Aragón, que eran doscientas veinte mil libras barcelonesas; empero que esto sería á los dos meses de haber regresado al Principado, con tal que fuese desde el 24 de Diciembre de 1451 en que se hacía la oferta, hasta por todo el mes de Agosto de 1453, después de cuya fecha se podía considerar prescrito el subsidio. Fueron enviados á dar cuenta de esto á D. Alfonso, fray Beltrán Samaso, Abad de Ripoll y Francisco Deçplá.

Bofarull da algunos pormenores acerca de estas Cortes de



las cuales conviene que digamos algo, aunque para ello tengamos que hablar de años posteriores al de 1451. Fueron convocadas por la Reina desde Perpiñán, con fecha 13 de Enero de 1449, para la misma villa, sin decir más acerca de su objeto sinó que eran para un gran servicio y para la tranquilidad y utilidad de la República. Por no probar á Doña María el clima de Perpiñán, se trasladaron del Castillo á la casa de Ramón Blau y de ahí á Vilafranca del Panadés el dia 15 de Diciembre de 1450, y luego al monasterio de Santa Ana en Barcelona el dia 15 de Abril de 1451. Allí se presentaron el 1.º de Julio embajadores del Rey pidiendo un socorro, dando esperanzas del regreso de éste para consuelo de sus súbditos. Entonces se votó el subsidio de que habla Zurita. (1) Por causa de la peste volvieron las Cortes á Vilafranca. En sesión de 17 de Mayo de 1453 se leyó una carta de D. Alfonso pidiendo que se le enviase nuevo socorro, consistente en el sueldo por seis meses para dos mil ballesteros y marineros al objeto de armar cinco naves. Los enviados de que habla Zurita regresaron con encargo del Rey de pedir prórroga para que no prescribiese el subsidio votado, la cual se le concedió hasta el mes de agosto de 1454. El dia 1.º de Octubre de 1453 quedaron licenciadas las Córtes por cédula concebida en estos términos: "La Señora Reina, que, conforme ya muchos lo sabéis, ha de marchar de aquí prestamente para ir á Castilla, licencía y da por licenciada la presente Córte."

Algunos alabarán la parsimonia de nuestros predecesores; pero nótese que en 1453, que era cuando D. Alfonso quería armar las cinco naves, acababa de caer Constantinopla y toda la Cristiandad volvía los ojos á Nápoles. Ya veremos lo que hizo S. M. ¡Cuánto más no hubiera podido hacer si se le hubiera dado desde luego aquel regateado subsidio!

Como hemos indicado en la última nota, Vinyes pasó de nuevo á Nápoles diputado por los incansables concelleres de Barcelona. D. Alfonso le recibió en Torre del Greco el dia 19 de Setiembre. En la conferencia que tuvieron, el legado bar-

(1) Antonio Vinyes enviado cerca del Rey por los concelleres de Barcelona en Setiembre de 1451 dice en carta fechada el 12 de Enero de 1452 que por aquel tiempo D. Alfonso recibió el donativo incondicional de 400.000 florines que las cortes de Cataluña acababan de votar.

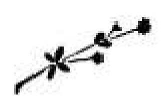


celonés volvió á tocar el asunto del regreso de S. M. á sus reinos de España, planteando, además, varios puntos de administración y gobierno muy necesitados de remedio, entre ellos la cuestión de la *viga y la busca* y doliéndose de las extralimitaciones del gobernador Requesens.

Como este último fué ganando favor de dia en dia en el ánimo del monarca, hasta el punto de alcanzar el nombramiento de embajador cerca del Rey de Castilla, lo empleó en hacer fracasar las solicitaciones de los barceloneses, y cuando no pudo más, en hacer retrasar el despacho de sus asuntos.

En este viaje Vinyes, descorriendo ya descaradamente el velo de los amores de D. Alfonso, da interesantes detalles acerca de los halagos de que éste hacía objeto á la bella Lucrecia, así como de las fiestas que le dedicaba, apuntando también algo de lo que pensaba S. M. respecto de la salud de su esposa.

Pondremos á contribución las cartas de Vinyes en el capítulo dedicado especialmente á los amores de D. Alfonso.







CAPTULO LIV

SUMARIO

(1452). — Viaje del Emperador Federico III á Italia. —Su entrada en Florencia. — — En Sena se reune con D.ª Leonor su prometida. — Recelos del Pontífice. —El Rey le da seguridades de su fidelidad. — Entrada del Emperador en Roma. — Ceremonias de la coronación y desposorios. — Reclamaciones sobre la *Corona de hierro*. — Magnífico recibimiento de Nápoles. — Nacimiento del segundo hijo de los Duques de Calabria, el infante D. Federico. — Pompa desplegada y munificencia del Rey hácia los alemanes. — Fiestas y espectáculos. — Nueva embajada del Concejo de Barcelona. — Embajada de los húngaros al Emperador en Florencia. — Dicho encomiástico del Emperador respecto de D. Alfonso. — Se rompen de nuevo las hostilidades entre Venecia y Milán. — Fuerzas respectivas. — Campaña en Toscana en la que hace sus primeras armas como jefe el Duque de Calabria. — Su retrato por Fazio. — Arenga del Rey al darle el mando. — Escuadrilla en la costa de Toscana. — Rendición de Foiano, Rencine y Vada. — Fallecimiento de Amadeo de Saboya.

La ida del Emperador á Italia con motivo de su coronación y boda y el rompimiento de la guerra que tan cuidadosamente hemos visto prepararse en el capítulo que antecede, llenan por completo el año de 1452.

Las historias particulares de las diversas ciudades por donde pasó Federico III, refieren su viaje con tal lujo de detalles, que podemos narrar este suceso como si hubiera acaecido ayer.

Envió por delante, según Sanuto, una embajada para prevenir al Pontífice y á los demás príncipes italianos, á fin de que pudieran recibirle digna y amistosamente. Ejecutado este acto de cortesía, penetró en Italia á principios de Enero, acompañado de Ladislao, su sobrino, electo Rey de Hungría y de Bohemia, que frisaba entonces en los doce años, de ventidos

obispos y de cerca de dos mil ginetes bien montados, pero mal vestidos, al mando de Alberto, Duque de Austria, su hermano. Atravesó el Friul y otros estados de la República veneciana, y en todas partes recibió muchos honores. Así que estuvo en el Polesino de Rovigo, le salió al encuentro Bosso de Este, señor de Ferrara, con magnífico acompañamiento, y con él entró en esta ciudad el dia 17 de Enero. Siguió, dice Zurita, este camino, para apartarse del Estado de Milán, por considerarlo usurpado por el Duque Francisco Sforza, que lo tenía sin ningún reconocimiento del Imperio. En Ferrara se detuvo ocho dias para tomar algún descanso, siendo muy obsequiado y solazado. Allí se le presentaron los embajadores de Florencia que, según Ammirato, lo fueron Bernardo Giugni, Otto Nicoolini y Carlos Pandolfini, los cuales le significaron la voluntad y buena disposición de la República. El Emperador les acogió benignamente y ellos se agregaron á su séquito. Al partir, recibió un regalo consistente en cuarenta corceles y cincuenta halcones perfectamente amaestrados para la caza, y de allí hizo la via de Bolonia, en donde llegó el dia 25 con gran solemnidad y fiestas populares.

En esta ciudad recibió el dia 26 á los legados florentinos de una manera á la par solemne y afable, y el 29 llegó á Scarperia en donde le esperaba una gran parte de la nobleza de Florencia con orden y aparatos sorprendentes, hospedándose con la corte en las casas de Cosme y de Bernadetto de Médicis. Al otro dia salieron á encontrarle hasta el lugar llamado el Uccellatoio, el Arzobispo Antonino con su cabildo y ventidos ciudadanos caballeros y más de sesenta jóvenes de la nobleza, todos lujosamente vestidos y muy bien montados, con los cuales llegó á San Galo cuando quedaban aún bastantes horas de sol. Allí echó pié á tierra y bajó á los aposentos del monasterio, los cuales se habían adornado con lujo, se le hizo sentar en un lugar eminente, presentándosele con señales de grandísima reverencia los Diez de baylia, en cuyo nombre, y en el de los priores de toda la ciudad, le dirigió un bellísimo discurso Carlos Marzuppini, secretario de la República, expresando la alegría con que era recibida su llegada y poniendo todo el estado de la Señoría á su servicio.



Eneas Silvio tuvo el encargo de responder á nombre del Cesar, agradeciendo á Florencia su buena voluntad y sus grandes agasajos. Montado de nuevo, llegó el Emperador á las puertas de la ciudad, llevando las riendas de su caballo alternativamente, los ya citados Diez de la Baylia. Allí le esperaban el gonfaloniero Benvenuti y muchos señores y gremios. Estos le recibieron bajo un estandarte que tenía las armas del Imperio, y puestos á las riendas el gonfaloniero á mano derecha y el preboste á mano izquierda, entró en Florencia en medio del gentío popular, y de la admiración de las damas que estaban asomadas á las ventanas, dirigiéndose á Santa María del Fiore, ó sea á la catedral, ante cuyo altar mayor se prosternó un momento. De allí, siguiendo el mismo curso que siguió el Papa Martin, fué conducido á Santa María Novella, haciéndole descansar en las habitaciones que se le habían preparado, alhajadas todas ellas como las de un palacio real. Durante su permanencia creó caballeros, el dia de la fiesta de la Candelaria, á Orlando de Médicis, á Alejandro degli Alessandri, á Carlos Pandolfini y un hijo del Podestá. El dia 6 de Febrero se trasladó á Sena para ir á reunirse con su esposa, que acababa de llegar allí.

Había emprendido ésta el viage por mar, y tras de una muy trabajosa y larga navegación, arribó, según varios autores, á Puerto Pisano (1) y de allí hizo la vía de Sena. (2) Fueron entrambos cónyuges muy atendidos por su acompañante el obispo de aquella ciudad, Eneas Silvio Piccolomini, hijo de la misma, hombre de muchas letras y de insigne talento, que había sido secretario de S. M. Cesárea y que, como ya indicamos, andando el tiempo ocupó la cátedra de San Pedro con el

(1) Ammirato dice á Liorna.

(2) Nicolás Lanckman de Falkenstein que fué á Portugal, junto con otros embajadores del Emperador, dejó escrito el diario de su viage en una obra que se halla en la colección de Pezium. Script. Austriac. T. II. p.° 569-602 con este rótulo; *Historia desponsationis et coronationis Friderici III et conjugis ipsius Eleonoræ, auctore Nicolao Lanckmanno de Falkenstein* Entre las varias cosas curiosas que contiene llama la atención la poca seguridad individual que entonces habia en casi todos los países de Europa. Para librarse de peligros, los embajadores tuvieron que disfrazarse de peregrinos y con este traje recorrieron Alemania, Suiza, el Delfinado, el Languedoc, Cataluña, Aragón, Castilla la Vieja y Portugal. Es posible que Falkenstein exajere en algunas cosas, pues al narrar como Doña Leonor tuvo que fondear en Ceuta, afirma que en aquella sazón esta ciudad tenía el doble de población que Viena en Austria.



nombre de Pio II. En Sena recibió una embajada del Papa compuesta de dos cardenales, que no tanto llevaban la misión de cumplimentarle y acompañarle, como de explorar sus intenciones, supuesto que Nicolás V no las tenía todas consigo por lo que diremos luego. (1) También el Rey diputó á dicha ciudad á Jacobo de Constanzo para que visitara en su nombre al Emperador y á la Emperatriz y para acompañarles y asistirles, y uno y otra tuvieron por muy cara la visita, manifestando Federico que después de la coronación, queria ir á Nápoles á saludar al Rey, á quien califica Muratori de príncipe celebérrimo de aquel tiempo. Así que D. Alfonso supo, por carta de Constanzo, el propósito del Cesar, deliberó recibirle con la mayor magnificencia que pudiese, é inmediatamente, para tener más tiempo de prepararse, mandó á Nicolás Piscicello Arzobispo de Nápoles, (2) á Marino de Marzano, Príncipe de Rossano, su yerno, á Francisco del Balzo, Duque de Andria, á Lionello Acclocciamura, Conde de Celano y á Antonio Panormita que se hallasen en la coronación y persuadieran al Emperador de que acabase la cuaresma en Roma.

Veamos ahora lo que pasaba en la mente del Pontífice, los recelos que abrigaba y como le fueron disipados por obra de D. Alfonso. Esta parte no la refieren los historiadores italianos, pero la trata muy extensamente Zurita, que sin duda vió las notas que mediaron entre Nicolás V y el Rey. Estuvo el Papa, dice, con mucho temor que esta ida no fuese causa de mayores complicaciones en las cosas de Italia y se perturbase la paz general que tanto se procuraba. Con este temor envió á pedir consejo al Rey de lo que debía hacer, teniendo mayor confianza en él que en ningún otro príncipe ni potentado de aquella península. El Rey se enteró de estos temores estando en el castillo de Trajeto, y á dos del mes de Febrero, le mandó á Andrés Gaçull, su secretario, y de los de su consejo. Certificó éste al Papa, de parte del Rey, que podía estar seguro, que así como hasta aquel dia había amado, guardado y defendido su persona y estados, estaba dispuesto á hacer lo mismo en lo ve-

(1) Ammirato dice que la embajada del Papa la recibió en Florencia.
(2) Summonte dice que el Arzobispo de Nápoles era Renato Piscicello y que Nicolás lo era de Salerno.



nidero y aún mejor, si posible fuera, mirando por las cosas de la Iglesia, como por las suyas propias; que si sospechase alguna mira hostil por parte del Emperador, no solo se lo avisaría, sinó que con todo su poder le desviaría de ello, estando dispuesto á salirle personalmente al encuentro con todas las tropas de sus reinos; que no obstante de ser sobrina suya la esposa del Emperador, en el caso de tener que declararse, siempre se pondría del lado de Su Santidad. Tras de esto aconsejó al Papa que ya que había enviado dos legados á Federico, continuase en aquella línea de conducta, sin mostrar ninguna sospecha, y procediese como en las demás idas de emperadores habían procedido los predecesores suyos en el gobierno de la Iglesia. Mostróle que, apesar de todo, si recelaba algún movimiento popular, tumulto ó tentativa de novedades, pusiese su gente en Roma para reprimirla; y que él, por su parte, tendría dispuestas las fuerzas de su mando para guardarle las espaldas siempre que fuese requerido. Todas estas manifestaciones fueron hechas con gran secreto y cautela. El Papa se animó grandemente y recibió al Emperador de manera que éste no sospechó jamás que hubiese inspirado la más pequeña desconfianza. Nicolás V, sin embargo, siguiendo el consejo del Rey reunió todas sus milicias y puso en orden sus fertalezas.

El dia 8 ó 9 de Marzo, según unos y según otros el 14 ó 17, el Emperador hizo su entrada en Roma. Trece cardenales con todo el clero y los magistrados de la ciudad salieron á recibirle y le acompañaron bajo un magnífico pálio hasta la escalinata de la Basílica de San Pedro, en donde le esperaba el Papa revestido de sus hábitos pontificales, sentado en una silla riquísima de marfil. Delante del Emperador iba su espada desnuda, y al llegar á la presencia del Pontifice, se hincó de rodillas y le besó los piés, hecho lo cual le presentó una maza de oro, insiguiendo una antigua costumbre. Eneas Silvio, que le acompañaba, dirigió una felicitación á Su Santidad. El jóven Ladislao también le besó los piés y le enderezó una oración gratulatoria que le había compuesto su preceptor, en la cual le prometía sumisión completa y le rogaba que se dignase tomar sus reinos debajo de su protección. Cochelée ha conservado esta arenga en su historia de los husistas.



La ceremonia de la primera coronación, según Platina, tuvo lugar el dia 13 de Marzo, recibiendo la corona de hierro delante del altar mayor, y durante la misa fué confirmado el matrimonio que los embajadores de Federico habian tratado entre éste y la Emperatriz. El 16 se velaron los cónyuges imperiales.

Ya se sabe que la corona de hierro la recibieron como reyes de Lombardía. Este distintivo debían habérselo ceñido en Milán, pero no lo hicieron así, ó porque Federico no había querido reconocer por Duque á Francisco Sforza, ó porque todavia duraba la peste en aquella ciudad. Con todo, este último había enviado á Ferrara á su primogénito Galeazzo María, con gran comitiva, para que asegurase á Federico su buena voluntad y obediencia, pero no por esto logró que el Emperador cambiase en un punto la mala malevolencia que hácia él sentía. Eneas Silvio hace constar que el asunto de la corona de hierro dió lugar á sérias reclamaciones por parte de los embajadores milaneses; pero el Papa lo consultó, y como se le informara favorablemente, pasó adelante, salvando, empero, los derechos de aquel estado y del Arzobispo de Milán.

El domingo siguiente, dia 19, según los términos de la bula del Papa, el Emperador, después de haber prestado el juramento de costumbre, revestido de alba fué recibido canónigo de San Pedro. Acto contínuo fué ungido recibiendo además el manto imperial, la espada, el cetro, la esfera ó pomo y la corona de Carlomagno, que se había llevado de Nuremberg para esta ceremonia. Doña Leonor recibió también de manos del Papa la corona que otro tiempo puso Martin V en las sienes de la esposa de Segismundo. Federico sirvió luego de escudero al Papa, desde San Pedro á Santa María. Nicolás V le hospedó en el palacio de Letran y le trató magníficamente.

El pueblo romano se asoció de todo corazón á los regocijos que se celebraron y todo pasó en medio de la más perfecta paz y de la más completa alegría.

Terminadas las fiestas, el Emperador y la Emperatriz fueron á Nápoles á celebrar las de su matrimonio, con gran deseos, dice Zurita, por parte de Federico, de conocer y tratar al Rey, cuya fama y gloria era tan celebrada por todas las gen-



tes. Quedóse en Roma el Rey Ladislao, según Cuspiniano, por no turbar la fiesta, concurriendo en aquella ciudad con D. Alfonso, que entre sus títulos traía también el de Rey de Hungría.

Salieron los príncipes de Roma llevando un acompañamiento de cinco mil personas, por cuyo motivo tuvieron que dividirse en secciones para poder ser convenientemente alojadas y mantenidas. El Rey ordenó que el Duque de Calabria saliese á recibirles en Terracina, acompañado de los barones y de Antonio Panormita que llevó la palabra, dirigiéndoles una elocuente oración. Federico, según Fazio, dijo que no iba como un emperador romano á ver un rey, sinó como un hijo amadísimo á un padre deseado. Fué cosa extraordinaria, exclama Constanzo, ver con orden admirable puestas de trecho en trecho en el campo, mesas llenas de viandas y hombres encargados de servirlas á los que iban pasando, desde los confines del Reino hasta la ciudad de Nápoles. Todas las calzadas resonaban con los gritos de alegría que suele engendrar el vino.

De Terracina el Emperador pasó á Fondi, en donde fué recibido por el Conde Honorato Cayetano con inusitada explendidez, porque este Conde era por carácter dado á la magnificencia y más que ningun otro barón del Reino gastaba las riquezas de su casa, y no solo abundaba en joyas de oro y plata, tapicerías y otros objetos comprados por él, sinó que había heredado tantas alhajas de sus antecesores, que no hubo persona de mediano rango en la compañía, de entre los que se alojaron en las casas de Fondi, que no tuviese una habitación dispuesta con todas las cosas necesarias, así el dia en que estuvo el Emperador, como al siguiente en que llegó la Emperatriz, con la que iba siempre el Duque de Calabria. Quedó fama hasta el tiempo en que escribía Constanzo, que el Conde se vistió de un paño muy burdo llamado *zegrina,* con un sombrero también del mismo paño, empero con una cinta llena de joyas de valor de más de cien mil ducados, y su mujer se adornó con otras tantas, cuando le tocó salir al encuentro de D.ª Leonor. En el recibimiento de los cónyuges imperiales gastó la casa de Fondi más de diez mil ducadas, que en aquel tiempo en que los víveres estaban á tan vil precio, pareció á todos una gran cosa.



De Fondi pasaron el Emperador y la Emperatriz á Gaeta en donde el Rey había mandado á D. Iñigo de Avalos, Conde Camarlengo. El mismo Constanzo consigna que Federico, el Archiduque Alberto y demás señores alemanes, quedaron admirados de la amenidad del país y de aquella odorífera playa perfumada por las flores de los cidros y naranjos, puesto que habiéndose suavizado la temperatura estaban aquellas plantas en completa florescencia. La Emperatriz, como nacida en país más templado, se fijó preferentemente en el donaire y hermosura de las hijas de Gaeta. Luego pasando el Garellano por un bellísimo puente de madera, llegaron á Sessa, en donde el Príncipe de Rosano, que era el señor de ella, y la Princesa su mujer, que era hija del Rey, no dejaron que les eclipsara en magnificencia y en explendidez el Conde de Fondi y recibieron primero al Emperador y luego á su esposa con aparato tanto mayor, en cuanto era también más grande la categoría del Príncipe. Trasladóse luego Federico á Capua, y el Rey, que había llegado allí el dia antes, salió tres millas más allá para encontrarle, y luego que le hubo conducido hasta la ciudad y lo tuvo alojado régiamente, partió súbitamente á Nápoles para acabar de disponer las cosas necesarias al recibimienio, que, como era natural, debía superar á los anteriores. Fué ciertamente, cosa fastuosa, prosigue Constanzo, ver al Rey que anduvo hasta Mitito, entre la capital y Aversa, con toda la nobleza no solo de Nápoles sinó de todo el Reino, porque no había memoria, ni aún en tiempo de los padres y de los abuelos, que hubiese estado otro emperador en Nápoles, y por esto acudieron de todas las provincias del Reino todos los barones grandes y pequeños y todos los caballeros con el lujo correspondiente, porque sabían que así servían al Rey y de muchos siglos no se había visto semejante pompa. Cuando el Emperador y el Rey llegaron á la puerta Capuana, el primero fué colocado debajo de un rico pálio de tisú de oro con varas doradas llevado por doce caballeros. D. Alfonso quería ir detrás, pero Federico no lo consintió y dijo que no quería ir de aquel modo si el Rey no se ponía á su lado.

Increible fué la muchedumbre que había acudido de todas partes para presenciar una novedad tamaña. Era costumbre de

los reyes predecesores de D. Alfonso, en dias tan solemnes, crear algunos caballeros, y con el Sejo de Capuana, se presentaron muchos ante él, y D. Alfonso dijo que todos eran personas nobles y esperaban ser investidos con la dignidad de caballeros por la Magestad Cesárea. Entonces el Emperador que llevaba por delante al Gran Escudero con el estoque, mandó que se lo pasara y les hizo á todos caballeros; y siguiendo por los demás Sejos creó algunos otros. Cabalgando de esta manera por toda la ciudad, fué cosa milagrosa que después que hubo entrado en el castillo de Capuana, en menos de una hora, todos los de su séquito, con ser tan numeroso, sin ruido ni desorden, fueron acompañados á sus respectivos alojamientos, de suerte que pareció luego que no había en Nápoles una sola persona forastera.

Al otro dia el Rey salió con la misma pompa y comitiva á recibir á su sobrina, y aconteció que la noche anterior la Duquesa de Calabria dió á luz su segundo hijo, al cual se puso por nombre Federico, en memoria del Emperador. Ya estaba dispuesto que salieran las damas con grandísima pompa á su encuentro, más éstas se dividieron por los diferentes sejos, y doña Leonor se paraba en cada uno de ellos y las señoras iban de una en una á besarle la mano. Por la tarde entró en el castillo de Capuana, en donde, como ya hemos dicho, estaba también aposentado su esposo. Como aún era Semana Santa, el Rey ordenó que se dieran en la iglesia de Santa María algunas representaciones de la Pasión de N. S. Jesucristo, á las cuales asistió tanto gentío que muchos estuvieron á punto de perecer asfixiados. Llegado el dia de Pascua, el Rey invitó al Emperador y á la Emperatriz al Castillo Nuevo, y después de un opíparo y suntuoso desayuno, les hizo visitar aquella fortaleza, así como el tesoro real, y dió muchas joyas y perlas de grandísimo precio á los cónyuges imperiales, no menos que al Archiduque Alberto y á los demás príncipes alemanes; pero lo que puso el colmo á la esplendidez, fué una real orden disponiendo que en todas las calles en donde hubiese artífices, estuvieran cuatro hombres de reconocida buena fé, los cuales preguntaban á los alemanes que era lo que deseaban comprar y les acompañaban por las tiendas y les hacían dar de balde lo que querían, poniéndolo todo en la cuenta de D. Alfonso.



Cuando el Emperador se enteró de tanta liberalidad, mandó gran número de caballeros suyos con encargo de que velasen para que sus gentes no abusasen de la generosidad del Rey, y viesen que el que tuviese alguna cosa no tratase de adquirir ninguna más.

Delante del Castillo Nuevo se levantó un anfiteatro ó plaza de madera, en el que trabajaron dos mil artífices, capaz de contener gran número de gente, desde el cual se presenciaron durante muchos dias justas en las que tomaron parte el Duque de Calabria, el Príncipe de Rosano, el caballero Orsino y muchos otros barones y caballeros nobilísimos.

Igualó la esplendidez de los espectáculos antiguos, una cacería á cuatro millas de Nápoles en el punto llamado *Li Struni,* li Astroni ó li Strigoni (1). Es esta una planicie de dos millas de circuito, con un lago de agua sulfurosa en medio, rodeada por todas partes de un monte, escepto por el punto en que lo parte un vallecito bastante angosto. Detrás de este monte había dos bosques, abundantísimos de jabalies y de toda clase de alimañas: el uno se llamaba Corvara y el otro el Gaudo. El Rey hizo prevenir cinco mil villanos de las granjas de Aversa y de Nápoles, los cuales dos dias antes rodearon los bosques y con grandes gritos levantaron la caza, y por el vallecillo hicieron entrar gran número de reses en la planicie, cerrando luego aquella entrada y apostándose en toda la cresta del monte, de suerte que las fieras no se pudieran escapar. Al siguiente dia el Rey hizo levantar en la falda del monte y en el sitio más ameno la tienda real, en la cual había salas, cuartos y recámaras adornadas de paños y de pinturas, y provistas de todas las comodidades que se encuentran en los más grandes palacios. Ciertamente, el dia de la cacería fué muy gran placer divisar por toda la extensión de aquel monte tiendas de príncipes ilustres, en las cuales las damas y los caballeros obsequiaban con fastuosos banquetes á los próceres alemanes. La concurrencia se estimó en más de setenta mil personas. El aparato que aquel dia desplegó el Rey fué prodigioso, puesto que solo los vasos de oro y plata fueron evaluados en ciento cincuenta mil ducados. Pero lo que excitó más la admiración fueron tres fuentes

(1) La solfatara; es el cráter de un antiguo volcán.



de vinos riquísimos, griego, malvasía y garnacha, según Duca, que bajando de la cima del monte, por diversos canales hacían, á cada paso, infinidad de fuentecitas, de segundo orden, las cuales bastaron para apagar la sed de los setenta mil concurrentes, pues estuvieron manando por espacio de cinco horas. Después del almuerzo, el Rey colocó al Emperador y á su consorte en dos sillas imperiales, dejando á un lado á la flor y nata de los príncipes y grandes señores del Reino, y él, con el Duque de Calabria y muchos cortesanos, empezó la cacería, la cual se ordenó de manera que todas las fieras que fueron levantadas, vinieran á morir debajo del palco donde estaba el Emperador. El Rey dió muerte por su mano á más de veinte jabalíes. Por la tarde todos, hartos ya de deportes, regresaron á la capital. Tal fué la acogida, casi sin ejemplo en los fastos de la magnificencia, que hizo el Rey Magnánimo á su sobrina y á su esposo el Emperador. Pontano esclama apropósito de ella: *Nesciam an sol in hoc magnificentiæ genere, quicquam viderit magnificentius.* (1)

(1) Fueron testigos presenciales de las fiestas que se celebraron en Nápoles con motivo de la ida del Emperador y la Emperatriz, los legados del Concejo Vinyes y Deçplá. Este último llegó á aquella ciudad el dia 9 de Febrero de 1452 portador de un regalo que los concelleres de la capital del Principado hacian á D. Alfonso, consistente en una cuenca ó brocal á estrias plateadas y doradas con la empresa real y en una imágen de Santa Eulalia con bastimento de piés ó base correspondiente. Debia haber labrado estas alhajas el maestro Leopart, pero por indisposición se encargaron á otro platero de fama. Deçplá fué recibido por mossen Bastida y otros cortesanos. Como se le comunicara la orden del Rey de que se le presentase en Puzzuoli, se dirigió allí, precedido del tomborilero Burgusot, hallando primero por el camino al Duque de Calabria y luego á S. M. que estaba tomando el sol en el zaguán de su posada. Por la tarde se le dió audiencia en la cual expuso el objeto de su misión é instrucciones, que no eran otras que el suplicar á D. Alfonso visitase sus reinos de España. Deçplá no consignió absolutamente nada, pero para contentarle fué invitado á la fiesta de Santa Eulalia que tuvo lugar en la capilla del Castillo Nuevo y en la que lució por primera vez la imágen regalada por los concelleres de Barcelona, celebrando el Obispo de Urgel D. Arnaldo Roger de Pallars y predicando el famoso teólogo Epila.

Los concelleres habian mandado poner en el zócalo de la imágen la siguiente inscripción: «Domine veni et non tardare.»

Cuando llegaron el Emperador y la Emperatriz, Deçplá y Vinyes pudieron ver todo lo que iba aconteciendo, no olvidándose de dar detallada cuenta de las fiestas á sus comitentes. Entre los datos que figuran en su correspondencia, dada á conocer por el señor Puiggari, y que no hemos hallado en los autores que nos han servido para escribir la descripción que antecede, figuran: la de que, según noticias, cuando el pontífice coronó al Emperador el domingo de la Rosa, se le cayó la corona de la cabeza; la de que el Rey mandó reempedrar las mejores calles y plazas de la ciudad; la de que en la plaza que mandó construir S. M., desde la puerta Patraccia hasta el Castillo Nuevo, toda rodeada de gradas y cuya altura era igual á la de la muralla, los 2.000 obreros trabajaron aún en los dias festivos; la de que se prepararon diez riquísimos pálios, cinco para el Emperador y cinco para la Emperatriz, al objeto de recibirles en las varias poblaciones á partir de Terracina; y, por fin, la de que se invitó á las damas á que bailaran en público y á los mercaderes á que vistieran de seda; esta última invitación fué tan generalmente correspondida que no hubo sastre cuyo taller no rebosara en brocados y sedas.



Pocos dias después hizo Federico la vía de Roma de regreso á su país, mientras que Doña Leonor fué acompañada por el Rey á Manfredonia, en donde encontró las galeras de los venecianos que la llevaron á Venecia. (1)

Ammirato refiere algunas particularidades del regreso del Emperador que las dejaremos pasar desapercibidas. Tomó Federico á su vuelta el mismo camino que había traido á la ida, llegando el dia 5 de Marzo á Florencia, siendo gonfaloniero de justicia Agolino Martelli, quien nombró á Tomás Soderini á Franco Sacchetti, á Juan Bartoli, á Nicolás degli Alessandri y á Antonio Lenzoni para que le recibieran. Iba con el Emperador, Ladislao, Rey de Bohemia y de Hungría, hijo póstumo del Emperador Alberto; Isabel, su madre, hija del Emperador Segismundo, heredera de aquellos reinos, lo recomendó desde muy niño á Federico, confiándolo á su amparo y piedad. Este, esperando que tuviera edad suficiente para poder gobernar por sí mismo sus estados, no se lo había querido entregar jamás á los húngaros, que con grandes instancias lo pedían, y entre las varias embajadas que á este efecto mandaron, fué una la que llegó á Florencia á poco de estar en ella de regreso el Emperador. Más como éste no quisiera darle audiencia, los legados húngaros interpusieron el valimiento de la Señoría florentina, puesto que ya que Federico no quería hacerles aquella gracia por su amor, la hiciese al menos por el que tenia á la República. El gonfaloniero Martelli habló á Federico de este asunto, el cual se limitó á contestar que cuando estaría en sus dominios deliberaría lo que fuese más conveniente. Y no se habló más de esto, porque el César estaba muy desabrido con los húngaros. Los Diez de bailía fueron solicitados á dar apoyo á Ladislao para sacudir el yugo del Emperador, de quien estaba como prisionero, á fin de poderse volver á sus reinos, asegurándoles perpétuo agradecimiento. Los magistrados florentinos se denegaron á ello, primero, porque esto hubiera sido faltar á Federico que entonces era su huésped; y luego, porque les merecía escasa confianza la poca edad del

(1) La anterior narración de los festejos de Nàpoles la hemos calcado en los relatos de Fazio, Constanzo y Summonte; á bien que los dos últimos casi copiaron al primero.



Rey de Hungría, de quien sabían que se movía por los consejos nada prudentes de un cierto ayo ó preceptor, cortado á lo Escoiquiz, que le acompañaba. El Emperador que entendió algo de aquellas conferencias, anticipó su partida de Florencia. No obstante al llegar á Viena supo el leal proceder de los florentinos, y les mandó una carta dándoles las gracias, mientras que castigó severamente al consejero del Príncipe. Fué tal la prisa con que Federico salió de Florencia, que dejó atrás á los señores que querían despedirle, empero estos, picando espuelas, pudieron alcanzarle por el camino y después de haberle rendido el homenaje de su adhesión, le dejaron á Guillermo Tanagli por su embajador, que le acompañó hasta Ferrara. Allí había prometido que mediaría para concertar la paz entre las dos ligas enemigas; á bien que por causa de los embajadores venecianos, que dijeron no tener poderes bastantes para ello, no se pudo ultimar cosa alguna de provecho. Después de haber reconocido á Borso de Este, como sucesor de Lionello, prosiguió su ruta hácia Venecia, en donde encontró ya á la Emperatriz, emprendiendo juntos la vía de Viena.

Refiere Jacobo Spiegello en sus anotaciones en el libro *De los dichos y hechos de Alfonso,* escrito por Panormita, que el Emperador, después que hubo regresado á Alemania, cuando sus amigos le preguntaban qué cosa había visto en Italia que fuese notabilísima, solía responder: "he visto al Rey Alfonso."

El resto del año 1452 lo llena una nueva guerra.

Durante la estancia del Emperador en Venecia, los venecianos procuraron enterarse del estado de su ánimo y como descubrieran que era hostil al Duque de Milán, acabaron de envalentonarse, y el dia 16 de Mayo declararon la guerra á éste. El Rey por su parte no tardó en hacer lo mismo respecto de los florentinos y muy pronto se inauguraron las dos campañas.

Demos una idea de entrambas, empezando por la de los venecianos. El ejército véneto, al mando de Gentile de Lionessa, fuerte de diez y seis mil caballos y de seis mil infantes, entró en la Ghiaradadda y se apoderó de varios castillos y en especial de Soncino, sembrando por toda aquella comarca el terror y la depredación. Al propio tiempo Guillermo de Monferrato,



á quien los venecianos, con objeto de animarle, habían prometido la ciudad de Alejandría, entró en el territorio de la misma con cuatro mil caballos y expugnó muchos lugares fuertes.

El Duque de Milán, después de haber metido un gran presidio en Alejandría y en Lodi, cuya guarda había confiado á su hermano Alejandro, y de haber mandado contra Guillermo de Monferrato á su otro hermano Conrado, empezó á operar con su hueste de tres mil infantes y diez y ocho mil caballos invadiendo el Bresciano y apoderándose de Pontevico y de otros lugares. Los venecianos, al saber que estaba ocupado el Bresciano, trataron de hacer una diversión, á cuyo efecto enviaron secretamente al Conde Carlos de Montone al Lodigiano; cuyo caudillo, cayendo de improviso el dia 25 de Julio sobre Alejandro Sforza, le batió y dispersó su ejército, haciéndole sufrir una pérdida, entre muertos y heridos, de ochocientos caballos.

Sinó que esta derrota fué compensada por una victoria que el mismo dia y en otra parte alcanzaron los sforcescos sobre sus enemigos. Doliéndose el Duque de Milán de los progresos que hacía Guillermo de Monferrato en el Alejandrino, á quien no podía contrarrestar Conrado, hermano del primero de los susodichos beligerantes, ya por el corto número de sus tropas, ya porque no cuidaba lo necesario de la higiene de las mismas, mandó allá á Sagramoro de Parma con dos mil caballos, el cual, unido con las milicias de Conrado, sorprendió á Guillermo medio desarmado bajo los muros de Cossina, en ocasión en que sus gentes se habían dividido por el país, para huir del rigor de los calores. Y aunque al verse asaltados inopinadamente, dieron algunas muestras de valor, no pudieron, con todo, resistir el ímpetu de los asaltantes y al fin huyeron, perdiendo sus tiendas y bagajes. Guillermo de Monferrato, no quedando ya en actitud de proseguir la campaña, se vió precisado á abandonar todas las conquistas que había hecho y fué á encerrarse en Castelnuovo.

Después de estos encuentros, la guerra de Lombardía comenzó á languidecer, puesto que, aún cuando el Duque presentó muchas veces batalla á los venecianos, éstos la rehuyeron siempre, prometiéndose que el enemigo con la escasez de



dinero que le agobiaba, se vería obligado, más tarde ó más temprano, á pedir la paz hasta con condiciones desventajosas; por lo cual, hallándose ya adelantada la estación, condujeron sus tropas á cuarteles de invierno. (1)

Veámos ahora la campaña de Toscana. Según Ammirato rompieron las hostilidaees los soldados del Rey, que ocupaban la plaza de Castiglione, invadiendo la comarca de Volterra que devastaron terriblemente, llevándose muchas personas y ganado. Para causar más honda impresión á los florentinos, el Rey había elegido por general en gefe de esta guerra á su hijo el Duque de Calabria.

Hé aquí al retrato que hace Fazio de este novel caudillo que iba ensayar sus bríos y su talento para el mando supremo en aquella campaña:

" Fué de claro ingenio, de gran aptitud para todas las bellas artes é instruido en todas las disciplinas liberales; estudió el derecho civil para que pudiese unir las leyes con las armas, dos requisitos indispensables para el gobierno de las repúblicas. No se olvidó de la ciencia militar, ni tampoco de la diplomática; fué diestro en la equitación, en la lucha, en el salto, en el tiro y en todos los ejercicios ecuestres, para poder contender con los más encanecidos veteranos; amó la gloria y supo resistir el frio, el hambre y toda clase de penalidades, y aún que fué superior á tantos, fué de todos amado y respetado. "

Para el mejor éxito de la campaña, pusiéronse en orden, dice Constanzo, seis mil caballos del Reino, bajo el mando del Marqués de Ventimiglia, Iñigo y Alfonso de Avalos, Pablo de Sangro, Iñigo de Guevara, Marqués del Guasto y Carlos de Campobasso, y además cuatro mil infantes. Se tomó á sueldo á Federico, Duque de Urbino, á quien se dió el bastón de general, al Conde Averso de la Anguillara, y á Napoleón Orsino. El Rey señaló al Duque cuatro consejeros que fueron Antonio Caldora, Conde de Trivento, Lionello Accrocciamura, Conde de Celano, á Orso Orsino hermano del Prefecto y á García Cabanillas, todos hombres de gran esperiencia en las cosas de la guerra.

(1) Vid. Rosmini.



Antes de partir el Duque, su padre le dirigió al frente de las tropas una levantada arenga, que si es tal como la han conservado algunos historiadores napolitanos. merece ser puesta sobre las niñas de los ojos. A reserva de darla íntegra en la parte literaria, no podemos resistir al deseo de insertar aquí, en la bella lengua italiana, algunos pensamientos de aquella pieza de oratoria militar que Constauzo tradujo del texto latino de Fazio.-Hablando de los soldados dice: "*Questi voglio che ami e habbi cari, se ami te e hai cara la vita mia; guardati di non mandarli temerariamente á morire, benche sono cosi pronti e animosi che dove vedranno potere con ogni pericolo acquistare la vittoria haverano piu bisogno di freno che non di sprone; riservati tali huomini per quelli casi dove va la vita e la gloria tua; ma sopra tutto ricorda che non ti fidi tanto nella grandezza dell' esercito e nel valor tuo, che habbi da sperare d' acquistar vittoria senza il favor d' Iddio; perche la vittoria nasce assolutamente dalla voluntá d' Iddio e non da prudenza de Capitani, ne da valor de soldati. Ricordati di temer Dio e de sperare dalla mano sua ogni cosa che desideri; habbi cura non meno de la reputation tua, che de la vita, perche spesso la bona fama have bastato senz' arme á dare gran vittoria...* „

Habiendo salido de Nápoles el Duque, tomó la vía del Abruzzo siendo recibido amorosamente en todas partes. Pasando luego adelante, cuando estuvo en el valle de Spoleto, se llegó á él Federico de Urbino con pocos caballos para conferenciar acerca del modo de llevar la guerra, y llenada esta necesidad, volvió á partir para ir á recoger sus gentes. En aquel mismo lugar compareció el Conde Averso de Anguillara, con una manga de caballos selectos, y tomando la dirección de Perusa, entendieron que los vecinos de esta ciudad habían prohibido á los habitantes de su comarca que llevasen provisiones al campo; pero el Papa, á instancias del Duque, dispuso que sino querían llevar los víveres, al menos los vendiesen á los emisarios que iban con orden de procurárselos.

Pocos dias después llegó el de Urbino con los caballos de su mando, gente escogida y bizarra, y el Duque al verse con tal refuerzo se consideró invencible. (1)

(1) Desde la entrada de nuestras fuerzas en Toscana, hasta la terminación del año, es necesario para referir bien los sucesos tomar por guía á Ammirato que los registra con mucha más minuciosidad que los historiadores napolitanos.



Allende de esto se preparaba una escuadra, aunque no de muchos buques, apropósito, sin embargo, para ausiliar al ejército real, para devastar la costa de Toscana y para dividir las fuerzas del enemigo. Los florentinos nombraron una bailia por cinco años á fin de evitar contínuas mutaciones y la invistieron de poderes bastantes con que hacer frente á las necesidades de la guerra. Súpose á poco que el dia 12 de Julio, D. Fernando acababa de entrar en terreno de los florentinos. Había pensado éste intentar primeramente la toma de Cortona, con la mira de que no se dejase á retaguardia ninguna plaza enemiga; pero conociendo la dificultad de expugnarla, ya por hallarse esta ciudad situada sobre una colina áspera y de difícil subida, ya porque era fama que estaba muy bien fortificada, dispuso, así que hubo saqueado el condado, que antes de pasar adelante, se formasen las haces, por temor de no ser hostilizado por los florentinos, que se hallaban en las colinas que hay cerca de Castiglione Aretino. Fazio, dice, que el ejército real se habría visto apurado en los pasos del Tiber y del Chiana, si los florentinos se los hubieran disputado, valiéndose de las ventajas del sitio; pero Ammirato hace observar que esto no podía ser, porque la República no había reunido aún fuerzas suficientes para intentar aquella operación con esperanzas de buen éxito, pues antes de que los nuestros llegaran á Foiano, no estaban aún en Arezzo, Astorre, señor de Faenza, y Simonetta, caudillos á sueldo de la Señoría. D. Fernando adelantó hasta llegar á unas cinco millas de Arezzo, ocupando cinco castillos de aquellas cercanías, después de lo cual entró la duda en su campo sobre si se debería proseguir por el valle de Arezzo á mano derecha ó dirigirse á mano izquierda para ver de tomar Foiano y abrirse la vía del Chianti. Al cabo prevaleció esta última idea, porque ofrecía más facilidades de poder allegar vituallas. Los del Rey acamparon, pues, el dia 22 de dicho mes, alrededor de Foiano, mientras que Astorre y Simonetta llegaban á Arezzo para tener en jaque á su enemigo. Tenía la plaza de Foiano un condestable de los florentinos de nombre Pedro Somma con doscientos infantes. Era este hombre de probado valor, muy fiel á sus señores, y se defendía muy denonadamente, no cejando ni por los repetidos asaltos, ni por las torres de



madera de altura igual á la del muro, fabricadas por orden del Duque, esperando que en aquel intermedio las gentes situadas en Arezzo no tardarían en dejarse ver, siquiera para inspirar algún respeto á los sitiadores. Astorre Manfredi proyectó ponerse secretamente en marcha para ver de sorprender á los merodeadores de D. Fernando; pero como le hiciese traición uno de sus escuderos, la cuenta le salió al revés, resultando ser él sorprendido con pérdida de cien caballos, sin que pudieran socorrerle los sitiados por la exigüidad de su número. A poco llegó del campo aragonés una batería de lombardas con las cuales el muro fué reciamente batido y se abrió una no pequeña brecha, hasta tal punto que Somma ya no tuvo más remedio que pactar con los del Rey, que si dentro de ocho dias no recibía ausilio de los suyos, rendiría la plaza, y como estos no dieron señales de vida en el término fijado, al fin Foiano cayó en poder de Aragón. Acaeció la entrega el dia 2 de Setiembre, después de cuarenta de sitio. Somma se trasladó à Florencia en donde tuvo una gran acogida, no solo por su heróico proceder, si que también por haber dado tiempo con él, de que se fortificaran las demás plazas de guerra de la República y de que se completase la organización de su ejército. Durante aquel respiro, los magistrados de Florencia habían tomado á sueldo, además de los caudillos ya citados, á Segismundo Malatesta, á quien se dió el mando en jefe, á Domingo, su hermano, señor de Cesena, á Miguel de Cotignola, á Tadeo Manfredi, señor de Imola, á Carlos de los Oddi y á otros de menos categoría, reuniendo entre todos siete mil caballos y cuatro mil infantes. (1) El plan que se adoptó fué el de estar á la mira del enemigo, rehuyendo el hacer jornada, pues á la República solo le interesaba que el de Calabria no se hiciese dueño de alguna plaza

(1) Iriarte, en la obra ya citada, publica en el Apéndice de notas, documentos y comentarios el contrato ó *ferma* celebrado entre Segismundo Malatesta y los florentinos. Lo copió de los Archivos de Florencia (Registro de los Diez de Bailia, Filza XI. Carte C.LXXX). En rigor dicho caudillo había sido tomado á sueldo por el Duque de Milán, empero la señoría florentina hizo suyo el compromiso. La fecha es en Rimini á los 5 de Agosto de 1452. Firman Sacramoro de Sacramaris, Segismundo, Francisco de Gentili y Agnolo dalla Stufa. El condottiero debía tener en armas 1.400 caballos y 400 infantes y se le contrataba á razón de 50.000 florines anuales desde 1.° de Julio de 1452 á fin de Septiembre de 1453, la primera mitad de esta suma no podía ser embargada por ninguna persona, ya fuese ciudadano florentino ya forastero, en razón de débitos de Segismundo, á contar desde 1447. Esta cláusula parece ser puesta por temor á la deuda que tenía con el Rey.



importante, despreciando los lugares pequeños, por ser sabido que en cuanto cesa la guerra éstos se recobran con la misma facilidad con que se pierden.

D. Fernando, después de haber dejado en Foiano cuatrocientos caballos y otros tantos infantes, como lugar apropósito para devastar las provincias de Arezzo y Florencia; se dirigió á Rencine, plaza que hubiera podido defenderse, á no ser por la cobardía de los dos cónsules que la custodiaban, los cuales la tenían casi indefensa, por cuyo motivo fueron luego enviados á la capital de orden de Bernadetto de Médicis, comisario del campo florentino, pagando la pena de su infamia. Tras de la toma de Rencine, los nuestros pusieron el campo alrededor de Broglio y de Cacchiano, villas de la familia de los Ricasoli, las cuales no se pudieron ganar, por cuyo motivo D. Fernando se trasladó el dia 23 á Castellina, empleando recursos de su industria y poder para rendirla.

Entre tanto los astutos diplomáticos florentinos empleaban todas sus artes para crear dificultades á D. Alfonso, habiendo mandado, de acuerdo con el Duque de Milán, á Agnolo Acciaiuoli y á Francisco Venturi, al Rey de Francia, para inducirle á que mandase al Rey Renato á la conquista de Nápoles así que la guerra en que se hallaban empeñados les permitiese disponer de algunas fuerzas. Los de Castellina se resistían bravamente, al paso que la lombarda que intentaron hacer jugar los sitiadores se les reventó al primer disparo. Durante este sitio los aragoneses iban talando el país y haciendo repetidas correrías. En una de ellas llegaron á Santa María dell' Impruneta, cogiendo tres mil cabezas de ganado y luego á Petrafitta, Grignano y la fortaleza delle Stinche, á la que pegaron fuego, haciendo gran número de prisioneros. El gefe de esta incursión al país enemigo, fué Diomedes Caraffa, á quien en vano trató de atajar Simonetta, pues ni siquiera logró encontrarle. Con todo D. Fernando tuvo que levantar el sitio de Castellina, después de cuarenta y cuatro dias de inútiles esfuerzos para rendirla, viéndose obligado á retirarse á Rencine el dia 5 de Noviembre, para rehacer sus fuerzas, especialmente los caballos que habían sufrido extraordinariamente por falta de forrajes. Habiendo pasado allí tres dias sin encontrar los recursos que



se prometía, levantó el campo é hizo la vía de la Abadía de San Galgano, situada en la comarca de Sena, lugar mucho más oportuno para ser aprovisionado así por mar, como por tierra. Los florentinos quedaron muy satisfechos de la resistencia de Castellina, colmando de obsequios su alcayde Rosso Rodolfi y nombrándole por un año capitán de la ciudad de Liorna. Habiendo entendido que el Duque se retiraba á invernar en la costa, mandaron á Simonetta á la comarca de Arezzo para que no le perdiera de vista. A Malatesta le permitieron que se volviese á sus tierras, á Astorre y demás capitanes les señalaron la comarca de Pisa, todo con el objeto de que si el Príncipe proyectaba alguna intentona no les cogiese desprevenidos. En realidad no eran destituidas de fundamento las aprensiones de los florentinos, puesto que D. Fernando tenía ya secreto aviso de su padre de una espedición que había dispuesto. Realizóse ésta por mar baio la dirección de Olzina, el cual, echando en tierrra ochocientos soldados, cercó la plaza de Vada con cuyo gobernador, Rosso Attavanti, estaba en inteligencia de antemano. En realidad éste se la entregó á las primeras de cambio, pactando, para mejor disimular, que quedarían salvas las personas y efectos de los sitiados. La Señoría florentina se convenció de la traición y puso á precio la cabeza de aquel villano, disponiendo acto contínuo que Simonetta y Astorre se movieran en aquella dirección para ver si les era posible recobrar á Vada que tenían en mucho, puesto que desde ella se podía infestar á mansalva todo el Condado de Pisa. D. Fernando que traslució algo de aquellas órdenes se puso en marcha hácia el mismo punto, por lo cual los caudillos florentinos se vieron imposibilitados de cumplirlas y permanecieron quietos en sus campamentos. A consecuencia de ello el Duque retrocedió y fué á acampar en Acquaviva.

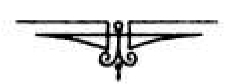
En esta campaña murió el bravo y leal García Cabanillas.

Así terminaremos los sucesos militares correspondientes al año de 1452.

Para concluir añadamos que los embajadores florentinos Acciaiuoli y Venturi cerca del rey de Francia, le hallaron ocupado en la recuperación de Burdeos que le había quitado el de Inglaterra, recibiendo solo buenas palabras y la promesa

de que les atendería en cuanto se viese libre de aquella guerra.

Antes de dar punto á este capítulo, debemos registrar el fallecimiento de un personage que ha hecho un gran papel en nuestra historia: nos referimos á Amadeo de Saboya. Fué su tránsito en Ginebra á 17 de Enero de este año y á los sesenta y ocho de edad. Algunos pretenden que gozaba opinión de santo. Fué enterrado en Ripailles desde donde fueron trasladados sus restos á la iglesia de San Juan de Turin. Dejó muchos hijos así varones como hembras.





CAPITULO LV

SUMARIO

(1453). — Continúa la guerra en Italia mientras los turcos van avanzando. — Tratos entre el Rey de Francia Carlos VII y Renato de Anjou para volver á intervenir en Italia.—Convenio de Tours aceptado por los florentinos.—Campaña de los venecianos al mando de Jacobo Piccinino. — Defiéndese el Duque de Milán Sforza. — El príncipe D. Fernando reanuda sus operaciones en la Toscana. — Toma de Constantinopla por los turcos. — Estudio sobre este suceso. — Notas bibliográficas. — Retrato de Mahometo. — Decadencia del imperio oriental. — Gestiones de los papas. — Conducta de D. Alfonso en tan grave asunto. — Sitio y asalto de la capital de Oriente. — Entra Renato en campaña otra vez. — Trabajos de Nicolás V para lograr la paz. — Renato obtiene la alianza con Génova y Milán. — Invaden el Bresciano. — Sforza y el pretendiente. — Crueldades de los franceses. — Regresa Renato á Provenza dejando á su hijo Juan con los los florentinos. — Sale á campaña D. Alfonso. — Mercedes al almirante Vilamarí. — Consejos del Papa al Rey para hacer frente á los turcos. — Escuadra aragonesa en el Adriático. — Preliminares de la paz.

Continuó en el año de 1453 la guerra de Toscana no menos que la de Lombardía, con daño de Italia y vergüenza de la Cristiandad; porque de haber convertido contra Mahometo, que cada dia se levantaba más potente, las armas que se blandían de una manera fratricida entre príncipes que seguían la ley del verdadero Dios, se hubiera podido evitar la pérdida de Constantinopla.

Siguieron este año las negociaciones con Carlos VII de Francia y con Renato para lograr que éste volviese á tomar parte en las contiendas de la península italiana.

El monarca francés, por más que codiciaba la posesión del estado de Génova, alentado por los ofrecimientos de los deste-



rrados que no cesaban de llamar al Delfin, no se resolvió á tomar una parte decisiva en la lucha de los florentinos y milaneses, contra el Rey y los venecianos, y se limitó á permitir que Renato se comprometiera á bajar á Italia, á cuyo efecto dió orden al heredero de la corona, de que le apoyase en aquella empresa.

En el mes de Abril Acciaiuoli, embajador de Florencia cerca del Rey de Francia, escribía á los señores con fecha 21 de Abril de 1453 (1) que Carlos VII le había dicho: " Espero que la liga que he hecho con el Duque de Milán será eterna, " y que luego había añadido que pensaba confiar al rey de Sicilia todos los negocios de Francia en Italia, y que le ausiliaría.

Renato, antes de tomar las armas, quiso que los coaligados le dieran, por medio de un convenio escrito, las necesarias garantías, tanto bajo el punto de vista militar, como bajo el de los recursos pecuniarios. Las cláusulas de este convenio se estipularon el dia 11 de Abril en Tours en casa de Juan Ardouin, tesorero de Francia, en donde el pretendiente se había hospedado. Presenciaron el acto, su hijo, su yerno Ferry y muchos de sus oficiales.

Hé aquí la sustancia de este documento. (2) El rey de Sicilia irá á Italia al servicio de la ciudad de Florencia y en socorro del Duque de Milán, á lo menos con dos mil cuatrocientos caballos; debiendo hallarse allí por todo el 15 de Junio de 1453. Hará la guerra á sus enemigos, lo mismo que á los adversarios de la ciudad de Florencia y del Duque de Milán, á escepción del Papa y del rey de Francia, en el territorio que será designado por dos de las tres partes contratantes. El Gobierno florentino le pagará dos mil florines de oro al mes y le entregará el mando de todas las tropas. En consideración á los gastos que causará la traslación de su ejército á Italia, el subsidio de dos mil florines empezará á correr un mes antes de su llegada, y al hallarse, ya sea en el condado de Asti, ya en el de Alejandría, se le entregará la cantidad de veinte mil florines. Quince dias después de haber sentado los reales en Italia, presentará

(1) Biblioteca nacional de Francia, ms. italiano, 1586, f.° 79. (Vid. Lecoy.)

(2) Lecoy lo inserta íntegro en sus *Pièces justificatives* núm. 28, habiéndolo tomado del Archivo de las Bocas del Ródano, B. 673.



las listas de revista de la gente de armas que haya traido consigo; si no resulta de ellas la cifra de caballos convenida, la completará en el plazo de quince dias; de otra suerte su socorro se rebajará proporcionalmente á lo que falte. Si quisiere desligarse de su compromiso, deberá avisarlo con dos meses de anticipación al gobierno florentino, y éste quedará sometido á la misma obligación; en este caso entrambas partes quedarán libres, la una respecto de la otra, mediante una indemnización de veinte mil florines para el regreso de las tropas francesas á su país. Si Renato tuviere precisión de irse á Provenza ó á Francia, podrá verificarlo haciendo venir y nombrando generalísimo, en lugar suyo, al Duque de Calabria, su hijo, bajo las mismas condiciones estipuladas respecto de él. El presente convenio será redactado en forma de instrumento público y ratificado en la ciudad de Florencia en el plazo de dos meses.

Esta adhesión de parte del pretendiente llenó de júbilo á los coaligados. Los florentinos al tener noticia de ella se apresuraron á escribirle, diciéndole que con el ausilio de sus dotes de mando y con el de sus armas estaban seguros del triunfo. (1)

El pretendiente cumplió religiosamente su empeño, según tendremos ocasión de ver más adelante.

Mientras se cerraban estos tratos, los venecianos inauguraron la campaña sin reparar en lo crudo de la estación, pues todavía el invierno dominaba con sus molestos rigores. Su primer objetivo fué hacer una expedición contra el Marqués de Mantua para arrancarle Castiglione delle Stiviere. Fué enviado á esta operación Jacobo Piccinino, quien después de varios asaltos que costaron la vida á muchos centenares de combatientes, obligó á aquella plaza á rendirse, con la promesa de que serían salvas las personas y los efectos. Empero no era Piccinino del mismo modo de pensar que D. Alfonso, (2) por cuanto no mantuvo su fé á dicho pueblo, antes bien le dió el saqueo, hizo en él gran botin, y no respetó el honor de las mu-

(1) Lecroy publica esta carta. Vid. *Pièces justificatives n.° 80*. Tomóla del Archivo de Florencia. *Lettere della Signoria* reg. 87, f. 77 v.°

(2) En la arenga de que hemos hecho mérito en el capítulo anterior se leen estas palabras: «*per ultimo sempre ch' accaderà che se ti renda alcuna terra à patti, osserva i patti e usa pietade è cortesia à quelli che si pongono à la fede tua, e facendo questo empierai te di gloria e me di contentezza.*»

jeres, con vituperio grave de la República que permitió tanta infidelidad y barbarie.

Llegado el mes de Marzo los venecianos ganaron algunos castillos, más bajo los muros de Manerbe, recibió su general Gentile da Lionessa una grave herida que le llevó al sepulcro el dia 15 del mes de Abril. A consecuencia de ello obtuvo el bastón del mando supremo dicho Jacobo Piccinino, quien, después de Francisco Sforza, pasaba por el capitán más egregio en las cosas de la milicia. Las armas venecianas se apoderaron de algunos otros castillos y recobraron á Pontevico. Empero estas conquistas cesaron de luego á luego, por la salida á campaña del Duque de Milán, que volvió otra vez al Brescjano. Entretanto los venecianos, para acceder á los deseos de Carlos Gonzaga, afanoso de recobrar algunos castillos que le había tomado su hermano el Marqués de Mantua, le dieron tres mil infantes y quinientos caballos. Desde el Veronés entró aquel caudillo en el Mantuano y hacía ya algunos progresos, cuando el dia 15 de Junio, el Marqués, apoyado por Tiberto Brandolino, le salió al encuentro y llegaron entrambos á las manos. La batalla fué larga y dura, pues no bajó de cinco horas, terminando con la derrota de Carlos y de los venecianos, quienes perdieron más de mil caballos y algunos cabos de la escuadra. En este intermedio el Duque de Milán emprendió al asedio de Gedo ó de Goido, y tanto porfió que al cabo se hizo dueño de esta plaza. El dia 11 de Agosto, los sforzescos toparon con una fuerza enemiga de cuatro mil caballos y les dieron una buena sacudida bajo los muros de Castiglione. (1)

Corresponde ahora ver el rumbo que llevaron los sucesos de Toscana, cuya guerra se prosiguió de igual manera en este año. Inauguróse, por parte de los nuestros, con la marcha de D. Fernando desde Acquaviva á Castiglione della Pescaia, por considerar este punto el más apropósito para hacer los preparativos que necesitaba. Los florentinos, que tenían en aquella sazón por su gonfaloniero á Bernardo Gherardi, también se apercibieron á la lucha, tratando con el Duque de Milán que les mandase la gente que le sobraba, á cambio de algún socorro en dinero del que solía estar muy escaso. En virtud de la

(1) Muratori. *Anales de Italia.*



concordia que se celebró con tal objeto, Sforza mandó á la Señoría á su hermano Alejandro, con dos mil hombres, recibiendo en compensación la suma de ochenta mil florines. Por este tiempo llegó á los magistrados de Florencia la noticia, que les dió por cartas Acciaiuoli, de como estaba tomado á sueldo el Rey Renato y de como á mediados de Junio se hallaría en Italia con las fuerzas insinuadas, salvo los impedimentos que pudiera poner á su paso el Duque de Saboya.

Mientras se estaba en todo esto se supo, la toma de Constantinopla por los turcos, cuya triste y miserable novedad suspendió por algún tiempo los ánimos en toda Italia, dando ocasión á que se cruzaran muchas y muy sentidas notas y negociaciones entre sus príncipes y magistrados y la Santidad de Nicolás V.

Como se trata de un suceso tan interesante y de tantas y tan importantes consecuencias, asi inmediatas como mediatas, no solo para aquella península sino para toda la Cristiandad, es fuerza suspender todo otro relato y decir algo de aquella inmensa catástrofe. (1) Para poderlo hacer debidamente habrá

(1) Vast publica en su *Le Cardinal Bessarion* un estudio de los autores que se han ocupado del asedio y toma de Constantinopla, el cual completamos dando el titulo de sus respectivas obras.

GIBBON (EDWARD) *History of the decline and fall of the roman empire.*

HAMMER PURGSTALL (JOSEPH DE) *Geschichte des Osmanischen Reiches, grossentheils aus bisher unbenutzen Handscheriften und Archiven.*

Esta obra fuè traducida al francés con este titulo: *Histoire de l' empire ottoman, depuis son origine jusqu' à nos jours, par J. de Hammer. Ouvrage puisé aux sources les plus autentiques et redigé sur des documents et des manuscrits la plus part inconnus en Europe; traduit de l' allemand sur les notes et sous la direction de l' auteur, par J. J. Hellert.*

PHRANZÆ (Georgii) *Chronicon*

DUCÆ. Mich. Ducæ nepotis. *Historia Byzantina.*

CHALCONDILÆ *historiæ Turcarum libri X.*

Anales turcos traducidos por Leuclane, se hallan en Migne T. CLIX.

SCHOLARIO y CRISTOBULO. — Collección Didot. *Fragmenta historicorum græcorum.*

ISIDORO DE RUSIA. *Carta dirigida al Papa.* El ms. latino se halla en la Biblioteca nacional de Paris. M. S. latinos n.º 3127. Puede leerse impresa en Migne. T. CLIX col. 953.

LEONARDO DE CHIO. — *De urbis Constantinopoleos iactura captivitateque ad sanctissimum dominum nostrum divinum pontificem, Leonardi Chiensis humilis Theologicæ professoris, Mityleni Archiepiscopi, Historia.* — Nosotros la hemos leido en la obra titulada: *Cronicorum turcicorum.* Impreso en Francfort 1578. Se halla en la Biblioteca de Gerona.

LAURO QUIRINI — Autor de una carta á Nicolás V. fechada en Candia el 15 de Julio de 1453. Fué públicada por Juan degli Agostini. — El tomo existe en la biblioteca de San Marcos de Venecia.

Hay también lamentaciones, monodias ó threnos. Vast cita las debidas á Mateo Camariota, Georgillas y Andronico Callistos. — Pueden verse en Migne t. CLX col. 1019. Id CLXI col. 1131 y en M. Egger *L' Hellénisme en France* T. I. p.ª 438.

Digamos por nuestra parte que hay también un threno sobre el mismo asunto



que volver la vista atrás y llenar el vacío que dejamos respecto de las cosas de Oriente, para no complicar con continuadas digresiones la marcha de nuestro trabajo. La última vez que hablamos de aquellos sucesos, fué para dar cuenta de la muerte de Juan Manuel Paleólogo en 1446, y del advenimiento al trono imperial del mayor de sus hermanos Constantino XII, con el consentimiento de Amurates.

Juan Manuel Paleólogo, antes de morir, había negociado con dicho Sultán una paz vergonzosa, á costa de la cesión de la mayor parte de las ciudades marítimas del Imperio y de un tributo de treinta mil ducados anuales; aquella bajeza la hizo pagar de una manera cruel é impía Mahometo II á Constantino XII.

En 1448 todavía los húngaros, que eran el más fuerte escudo de la Cristiandad, trataron de atajar por sí solos el poderío creciente de los sectarios del Corán. Huniades volvió á probar fortuna, obligando de nuevo al victorioso Amurates á salir de su retiro y á ponerse al frente de sus huestes. El dia 17 de Octubre volvieron á cruzarse las armas en los campos de Merlés, siendo nuevamente derrotados los cristianos y viéndose obligado Huniades á huir solo y arrostrando muchos peligros, á refugiarse tras de los muros de Belgrado.

En 1451, como ya queda apuntado, Scander-begh forzó á Amurates á levantar el sitio de Croya y á retirarse al Asia Menor en una especie de convento de religiosos turcos que se llamaban Zechitas, para acabar allí tranquilamente el resto de

escrito en catalán por un autor hoy desconocido. Figura en un cancionero de la Universidad de Zaragoza, de cuyo códice se han ocupado extensamente Amador de los Rios, Milá y Balaguer. Decimos de autor *hoy desconocido*, porque el dicho códice tenía los nombres de los autores en la parte superior de cada página y el encuadernador se llevó el nombre del autor de nuestro threno. Mandamos sacar copia de esta bellísima composición y la poseemos íntegra. Empieza;

Plors, planis, senglots / é gemechs de congoxa
Me rompen tot / é nomen merevell
Per lo cruel / é doloros novell
Don me complanch / ab fort mortal angoxa
E durs sospirs / del cor van arrenquant
Quant hoidir / pres ha constantinoble
Es pel gran turch / é dissipat lo poble
Princeps barons / son venuts al encant.

Existe también un relato escrito por dos mercaderes florentinos que vivían en Constantinopla. Veáse la *Revue des Sociétés savantes* 2.ª serie T. V, p.ª 142 y T. VIII p.ª 500.

Hay, en fin, una carta de Bessarion al Dux de Venecia, Francisco Foscarí. Existe en la Biblioteca nacional de Paris m. 55, latinos n.º 3127.



sus dias. Pero al cabo pudo más en él la sed de la venganza que del reposo y, no sabiendo mantenerse inactivo, volvió á empuñar las riendas del Imperio y salió de nuevo á campaña para sitiar otra vez á Croya y tomar el desquite del príncipe de la Albania. Al querer arengar á sus generales se exaltó de tal manera que le entró una calentura, falleciendo el dia 11 de Febrero, según unos, á los setenta y cinco años de edad, y según otros, á los ochenta y cinco. Phranzés dice que murió en Andrinópolis á causa de un exceso en la bebida. Sucedióle su hijo Mahometo II.

Este se iba á hallar frenfe á frente de Constantino, trabándose entre los dos una lucha descomunal y suprema, cuyo desenlace había de fijar la suerte definitiva de Constantinopla y del Imperio de Oriente. Dos palabras, pues, acerca de cada uno de estos importantes personages.

Constantino era heróico y prudente y tal vez uno de los pocos emperadores griegos que no fueron causa del desastre que le costó el Estado y la vida. Su padre Juan túvole en mucha predilección y le destinaba á sucederle. Dueño del trono, quiso casarse con la hija del Dux de Venecia; pero los grandes de la corte bizantina no hallaron conveniente esta alianza. Prefirieron la de la hija del príncipe de Georgia, que pagó este honor á precio de oro. Constantino introdujo la mayor sencillez en su palacio y cambió en soldados los siete mil halconeros que tenían sus antecesores.

Se esmeraba en ser un gran emperador, aunque el hado adverso, en su fatal ceguera, le trató como si hubiera sido el peor entre los malos.

¡Cuán diferente de él fué el bárbaro de Mahometo á quien concedió la más estupenda victoria! Era el único hijo que quedaba de Amurates; tenía en aquella sazón veintitres años, pues habia nacido en el 1430. Se dice que su madre fué Milizza, hija del déspota de Servia, de quien Amurates estaba locamente enamorado; esta princesa era cristiana, no siendo obstáculo tal circunstancia para que su hijo profesase un aborrecimiento irreconciliable hácia los fieles de dicha religión. La naturaleza le había dotado de un cuerpo extremadamente robusto, capaz de soportar las mayores fatigas de la guerra, de cuyo oficio hi-



zo la ocupación favorita de toda su vida; su temperamento era fogoso y nada moderaba los ímpetus de su carácter; su talento era sutil, rápido en las concepciones; mañoso, disimulado y su instrucción bastante general. Era además atrevido, emprendedor y tenía una sed insaciable de gloria.

Las conquistas no las debió únicamente á su valor por muy grande que fuese; la prudencia y la política tuvieron en ellas no poca parte. Con estas dotes de ánimo, logró derribar dos imperios, conquistar doce reinos y tomar más de doscientas ciudades. Sus conocimientos eran más vastos de lo que pudiera creerse, perteneciendo á la raza musulmana; hablaba cinco idiomas, además del suyo, á saber: el griego, el latino. el árabe, el caldeo y el persa; sabía matemáticas, astrología y el arte militar, habiendo llegado á ser un capitán muy perito, tanto por el estudio, como por la experiencia; estaba enterado de la historia de los hombres más eminentes de la antigüedad, desviviéndose por emularlos. (1) La sabiduría no sirvió para darle honradez de carácter de la cual carecía por naturaleza. Solo adoraba su buena fortuna, única divinidad en la cual creía, estando siempre dispuesto á sacrificárselo todo. Hacía burla de todas las religiones, sin excluir la mahometana, diciendo del Profeta, cuando hablaba con amigos de confianza, que había sido un capitán de bandoleros. Para él no existía más Providencia que la que cada cual sabe procurarse. El interés, la grandeza y los placeres eran su única regla de conducta; no guardaba la fé, ni la palabra, ni los tratos, ni los juramentos, si nó en cuanto eran útiles para el logro de sus fines. Su corazón estaba tan corrompido como su alma; sus excesos y

(1) En prueba de la ilustración de Mahometo se puede citar lo que de él escribe Pelipe Leonicero en su obra intitulada: «De origine turcorum, eorumque sub saracenis, tartarisque victoriis, et cladibus, tum etiam incremento «Regibus et Imperatoribus», otra de las que figuran en el «Cronicorum Turcicorum». Afirma que dicho sultán fué gran admirador de las obras del ingenio y de las artes y que llamó á sí, contratándolos á gran precio, á los varones más doctos y á los más ilustres artistas, y queriendo que sus hechos, guerras y victorias fuesen descritos y figurados cuidadosamente por personas peritas. Añade que se deleitaba soberanamente con la lectura de las cosas hechas por los antiguos reyes y emperadores, como Alejandro el grande, Scipión. Annibal, Julio Cesar; que tuvo en gran estima á Juan Lombardo, oriundo de Vicenza, el cual dió por maestro á su hijo Mustafá, solo por causa de haber escrito en lengua italiana y turca su expedición y victoria contra los persas de Ussuncassan; que colmó de regalos regios al pintor véneto Juan Bellini, que le había sido enviado por los venecianos, y á quien encargó su retrato, con otras muchas pinturas de las cosas de los reinos cristianos de Occidente.



la muchedumbre de sus vicios empañaron la gloria de cuanto pudo realizar que tuviera carácter de grandeza.

Hé aquí algunos rasgos que completan su retrato, tomado de Fleury. que tuvo á la vista las obras de Phranzés, Sagredo, Chalcondilas y otros. Dió muerte á Esteban, Príncipe de Bosnia y al Príncipe de Metelin, faltando á la palabra empeñada; mandó abrir las entrañas á catorce de sus pages para saber cuál de ellos se había comido un melón hurtado de una huerta que él cultivaba: cortó por su mano la cabeza á una mujer culpada de prodigalidad en sus amores. Los turcos le llamaban *Bojuc,* que significa grande, dictado que le cuadraba, pues era grande en orgullo, en ambición, en avaricia, en perfidia, en latrocinio, en crueldad, en impiedad y en toda clase de abominaciones.

A este desalmado le tocó ganar la Roma de Oriente, por la indisculpable desidia de los príncipes cristianos. Reseñemos á vuela pluma las peripecias de tan estupendas conquistas.

Ante todo veámos las gestiones que hacía el Pontífice, para evitar el desastre que amagaba á Constantinopla. En 1451 y á raiz del advenimiento de Mahometo al trono de sus mayores, mandó á Alemania al Cardenal de Cusa, en calidad de legado, con el encargo de que agenciase una paz duradera entre sus príncipes, y de que exhortase á los fieles á socorrer con sus limosnas á los que estaban amenazados por el poderío de los turcos. Por de pronto se recogió una suma bastante crecida.

Para inducir á los fieles á contribuir con sus dádivas á los gastos de la guerra en favor de los pobres griegos, el Cardenal Sbignée, obispo de Cracovia, suplicó al Papa que se dignase conceder el jubileo á Polonia y Lithuania, dispensando á sus habitantes de ir á Roma á ganar las indulgencias, á condición de que cada uno daría á los cuestores la mitad del dinero que hubiera debido gastar en el viage á la capital del orbe católico. La mitad de la suma recogida se debería entregar al Rey de aquellos estados para hacer frente á los dispendios del ejército, una cuarta parte á la Reina Sofía para emplear en dotes con que casar á las doncellas pobres y la otra cuarta parte al Pontífice para reparaciones en las iglesias de Roma. Se concedió al piadoso cardenal lo que solicitaba, reduciendo, sin



embargo, á una cuarta parte lo que debían satisfacer las personas á quienes se dispensaba de la peregrinación á Roma, y aún así se reunió una cantidad muy subida.

Entre tanto Nicolás V no dejaba de exhortar á los griegos y á su Emperador, para que diesen de mano las disputas religiosas y aceptasen de todo corazón la unión verificada en Florencia. En aquella ocasión el Papa fué verdadero profeta, pues les decía que, según la parábola del Evangelio, se esperaría tres años á que la higuera, que hasta entonces se había cultivado insuficientemente, diera sus frutos, y que si no los daba, si en este plazo que Dios concedía á los griegos, para aceptar la unión, no desistían de su dureza, el árbol sería cortado hasta la raíz, lo que equivalía á manifestar que Grecia sería arruinada por los ejecutores de la justicia divina. Este anuncio fué hecho en 1451: en 1453 Constantinopla contumaz y empedernida caía en poder de los turcos.

Mahometo renovó á Constantino el tratado de paz que le había firmado Amurates. Apesar de ello, uno y otro, según iremos viendo, se preparaban cautelosamente para la guerra. Constantino no dejaba de escribir al Papa y de mandarle embajadas, pintándole el estremado peligro en que se veía y pidiéndole pronto y eficaces ausilios, ofreciendo que obligaría á sus súbditos á someterse á la unión, y rogando, para lograrlo más fácilmente, que le enviase al Patriarca Gregorio que se había ido á refugiar en Roma. De nada estaban, sin embargo, más distantes aquellos tenaces disidentes; pues en aquella misma sazón escribían á los bohemios y á los husistas, excitándoles á perseverar en su alejamiento de la ortodoxia católica.

El Pontífice mandó á Constantinopla al Cardenal Arzobispo de Kiovia, quien pareció por de pronto que iba á reducir al buen camino á los cismáticos.

Empero al año siguiente, con motivo de haberse celebrado según la nueva liturgia en la iglesia de Santa Sofía, es decir, con pan ázimo y agua fria, hubo un terrible motin, en el que tomó parte la mayoría de la población de Constantinopla capitaneada por los fanáticos devotos de un fraile llamado Gennadio.

Veámos los preparativos de Mahometo para escarmentar terriblemente á aquellos degenerados griegos.



Hizo construir en la orilla del Bósforo, del lado de Europa, en el punto en que este canal es más estrecho, una fortaleza que impidiese el paso de los buques del mar Negro, y facilitase el de sus tropas desde el Asia á la orilla europea, teniendo así, además, en caso necesario, un punto en que apoyar la retirada. Las obras fueron acabadas en cuatro meses: seis mil operarios trabajaron constantemente en ellas. Dicha fortificación se correspondía con otra que su abuelo había hecho levantar en la orilla asiática. (1)

Digamos ahora el pretexto de que se valió para la declaración de la guerra.

Había prometido la paz á Constantino y le había entregado á Ourkan Celebi, hijo real ó supuesto del sultán Bayaceto. Constantino le amenazó un dia con soltar á su pupilo, haciéndole enfurecer de tal modo, que desde luego dió permiso para hacer incursiones al territorio griego y llevar allí á pastar los animales. Constantino prendió á los invasores y Mahometo se apresuró á declarle la guerra.

Otro de los medios que el turco tenía dispuesto, para la toma de la antigua Bizancio, era la artillería de sitio. En Andrinópolis mandó fundir nuevas piezas bajo la dirección del húngaro Orban, desertor del ejército de Constantino, y entre las cuales las había tan grandes que se necesitaron dos meses, cuatrocientos hombres y sesenta bueyes para trasladar al campamento una que arrojaba balas de mil doscientas libras. En el mes de Abril de 1453 se presentó ante los muros de Constantinopla, con trescientos mil hombres y trescientas naves. (2)

(1) De estas fortalezas la primera tenía el nombre de Boghaz-Kecen (corta garganta) y también el de Roumeli-Hissar; la segunda el de Anatoli-Hissar.

(2) Los diversos historiadores griegos ó italianos consultados por los que se han ocupado modernamente de la toma de Constantinopla, como Gibbon. Hammer y Vast, difieren bastante acerca de los elementos de combate de los sitiadores. Leonardo de Chio habla de 300,000 combatientes, Chalcondilas de 400,000, el monge Cristobulo indica 300,000, sin contar la muchedumbre que seguía la hueste (*merodeadores, saccomani, pillards*), Lauro Quirini dice que el ejército turco constaba de 240.000 hombres y Phranzés de 258.000, incluyendo este último en su cuenta los tripulantes de la armada. Entre estas fuerzas había un número relativamente corto de tropas regulares. Los anales turcos dan 20.000 infantes y 10.000 genízaros. Según el relato de los mercaderes florentinos había 200.000 turcos, 60,000 de tropas regulares y 40.000 caballos de los cuales solo una cuarta parte iba armada pesadamente á la francesa, las tres restantes solo llevaban espadas y rodelas y no eran más que merodeadores.

Veamos ahora los elementos navales. Phranzés dice que tomaron parte en el asedio 420 embarcaciones turcas. Lauro Quirini dice que había 250, de las cuales 14 eran de tres órdenes de remos. Los mercaderes florentinos hacen mención de 70 galeotas ó galeras menores.

El ejército estaba mandado por el mismo sultán. la escuadra por Baltaogli.



Dentro de la ciudad solo había las fuerzas siguientes: cuatro mil novecientos setenta romanos y dos mil genoveses y venecianos, para guardar un recinto de diez y seis millas Un escaso número de buques, tanto de guerra como mercantes, tenían á su cargo la defensa de la cadena del puerto. Muchos habitantes, so pretexto de ortodoxia, rehusaron hacer servicio y otros abandonaron vil y cobardemente á su patria. (1)

¿ Qué pasaba entre tanto en la Cristiandad ?

Los príncipes de Morea permanecieron indiferentes ó poseidos de espanto. Huniades había pactado una tregua de tres años con Mahometo. ¿ Y el Pontífice? Consignemos todos los datos que hemos podido recoger acerca de su actitud. Platina dice que Nicolás V había resuelto enviar una escuadra á Constantinopla, pero que fué desconcertado por la rapidez con que obró el Sultán. Eneas Silvio asegura que estaba alistada una armada compuesta de buques venecianos, genoveses y catalanes. Así se lee en su carta CLV dirigida al Cardenal de San Pedro *ad vincula*. He aquí sus palabras: " Classem quam summus Pontifex Nicolaus cum Venetis ac Januensibus et Cathelanis in auxilium Græciæ struxerat, sive tempestatibus actam, sive per ignorantiam locorum inclausam, sive alio quovis infortunio male defensam, ut rumor est, intercepit, maximas ibi opes, bellicorum instrumentorum vim summam, armorum omnis generis ingens pondus adeptus est."

El mismo en su carta CLXII dirijida á Nicolás V, le dice, hablando de la pérdida de Constantinopla, estos notables palabras: " At hujus tempore nobis regia Constantinopolis á Turcis capta direptaque est, nescio an diruta incensave dici poterit: quamvis in manu hostium data minus exusta nobis quam integra possit obesse. Itaque luet vestra fama sine vestra cul-

(1) Tal es el relato de Fleury.

Veámos lo que dicen los historiadores particulares respecto de las fuerzas de los sitiados. Phranzés afirma que habia en el recinto de Constantinopla 4.973 griegos capaces de empuñar las armas. Los mercaderes florentinos dicen que existían de 30 á 35.000 hombres y 7.000 combatientes. Leonardo de Chio habla de 6.000 hombres de guerra, á los cuales añade 3.000 habitantes de Pera que fueron á reforzar á los defensores de la plaza. Había también 2.000 estrangeros, venecianos y genoveses en su mayoría mandados por Giustiniani. Ducas escribe que cuando la toma de la ciudad se contaban 8.000 griegos con las armas en la mano.

La escuadra de defensa consistía, según los mercaderes florentinos, en 30 buques. Ducas menciona 8 naves gruesas y 20 de menor calado, sin contar las trirremes genovesas y venecianas y los muchos barcos de transporte y de comercio. Adviértase que no se hace mención de ninguna galera aragonesa.

pa. Qui et si totis conatibus opem ferre miseræ civitatis studuistis, non tamen Christianis regibus persuadere potuistis, ut arma símul capescentes commune fidei negotium adjuvarent. Negabant tantum esse periculum quantum dicebatur: mentiri Græcos, mendicareque pecunias arbitrabantur, omnia ficta vanaque reputabant. Fecit vestra beatitudo quod potuit. Nihil est quot vestræ clementiæ possit impingi, sed tamen impinget hoc vestro nomini posteritas rerum ignara, cum vestro tempore Constantinopolim amissam didicerit. „

De una manera igual pinta en su *Historia de Europa,* á los príncipes cristianos respecto de su indiferencia á las súplicas y lágrimas de los griegos. Por pudor les llama sordos y ciegos, ocupados en sus odios é intereses particulares y olvidados del bien general.

Así como Eneas Silvio trata de sincerar á Nicolás V, Zurita intenta otro tanto respecto de D. Alfonso. Veámos si fué ó no una escepción respecto de los demás monarcas y señores de su tiempo.

El lector ya conoce las expediciones del Rey y de sus gentes de mar y tierra contra los infieles y no ignora tampoco sus alianzas con los príncipes cristianos de Oriente: vea ahora sus gestiones para evitar la caida de la antigua Bizancio.

Resulta de lo que escribe el Analista de Aragón, que don Alfonso era sabedor de cuanto pasaba en Constantinopla, y se dolía profundamente del desamparo en que los príncipes cristianos, y especialmente los de Italia, dejaban al triste y sin ventura Emperador de Oriente. Para ver si el Papa era parte para poner remedio á tan grave daño, diputó á Roma á Luis Despuig, Clavero de Montesa, con el encargo de que instase la paz general de la Península, que Su Santidad se había propuesto á poco de ascender al solio pontificio. Las condiciones que ponia D. Alfonso para aceptarla eran que no se consintiese que Francisco Sforza quedase dueño y señor del Ducado de Milán, que los florentinos se saliesen de la concordia que tenían con este audaz caudillo y entrasen en la liga que él había formado con los venecianos, pagándole los gastos que le había ocasionado la guerra. Esta embajada tuvo lugar en el mes de Mayo. En el de Junio siguiente como se tuvieran noticias más graves



de Constantinopla, y se supiese que el turco con todo su poder estrechaba de cada dia más aquella desdichada metrópoli, el Rey envió á Nicolás V á un religioso, llamado fray Julián Mayali, para que dijese al Papa: " que estimando el honor de su Santidad, como el suyo propio, le suplicava que quissiese disponer á embiar muy presto el socorro, que avía deliberado embiar al Emperador de Constantinopla: porque uviesse de hallar se á la defensa de aquella ciudad: que desde el augmento de la religion Christiana fue avida por nueva Roma: y resistir contra la potencia del gran Turco. Si por ventura no pudiese embiar todo el socorro, que havia determinado, tan presto como la necessidad lo requeria, tuviesse por bien, por mas presta expedición, embiar el que pudiesse: porque no se difiriesse mas: pues dilatando se, y no llegando á tiempo, seria imputado á mucho cargo de su Santidad: de lo qual él se condolería grandemente: por la infamia, que resultaría contra su Santa persona. Advertía, que él sabía, que el gran Turco no podía estar mucho tiempo en campo sobre Constantinopla: y que le avia de levantar forçosamente: y por esta causa él embiava en continente su socorro: que era de cuatro galeras: pero que podia pensar su Santidad, que se imputaria á gran cargo de su honor, que los socorros que hazian todos los Principes Christianos se hallassen allá: y no el de su Santidad: y en quanta desesperacion, y desconfiança estaría el Emperador, y todos los Griegos de su Santidad y de la Iglesia Latina. „

De estas declaraciones se deduce que el ánimo del Rey era anticiparse á mandar sus socorros de cuatro galeras. ¿Lo mandó realmente? Zurita añade: " Así fué, que estos socorros, que el Rey dezia, fueron como sinó lo fueran: pues quando esto advertia: y procurava el Rey, aquella ciudad avia sido entrada por los enemigos. „

Ya hemos visto lo que dice Eneas Silvio en su carta CLV respecto de la escuadra de la que formaban parte los barcos catalanes. Cantú habla del ausilio que dió D. Alfonso á Scander-begh, quien al frente de sus mirditas, se propuso atajar á Mahometo. Consistía el socorro, dice, en algunas naves, manmadadas por Raimundo de Ortafá, con gran cantidad de víveres; pero esto, según hemos visto, ocurrió anteriormente, (1449).



De todo lo dicho se deduce, y aún más que de lo dicho, del significativo silencio de los autores aragoneses é italianos, que no se hizo cosa alguna de provecho y que lo poco que se estaba preparando, se resintió de la lentitud y de la falta de entusiasmo, no menos que del poco crédito que se daba á los apuros de los griegos y al poder extraordinario de Mahometo, de suerte que todo resultó insuficiente y tardío, y en vez de ser un título de gloria para la Cristiandad, lo es más bien de vituperio y de ignominia. Si D. Alfonso hubiese tenido una escuadra, como la que perdió en las aguas de Ponza, y hubiese podido disponer de más frecuentes subsidios, no cabe dudar, dada su magnanimidad y sus antecedentes y el celo que mostró en despertar al Pontífice, de que él solo hubiera tomado sobre sus hombros la empresa de libertar á Constantinopla.

Hé aquí á tenor de las que relatan Ducas, Chalcondilas, Cristóbulo y sobre todos Phranzés, las posiciones de sitiadores y sitiados, relato que, por más que sea minucioso, no creemos haya de holgar aquí, pues en él veremos que se menciona al cónsul de los catalanes, y á los voluntarios de nuestra amantísima patria. (1)

" El Sultán hizo levantar su tienda en frente de la puerta de San Román: allí debían tener lugar los ataques decisivos. Tenía con él á sus fieles genízaros. Cien mil infantes asiáticos formaban el ala derecha desde el castillo de las siete torres en el Propóntido. Cincuenta mil europeos del ala izquierda rodeaban la muralla hasta la puerta de madera, en frente del palacio de las Blanquernas, contiguo al Cuerno de Oro. Toda esta parte del recinto de Constantinopla, que está del lado de tierra, se hallaba dotado de un circuito de fortificaciones y las puertas que daban acceso á ellas se hallaban flanqueadas por dos torres. Tenía cerca de seis kilómetros de desarrollo. Los dos lados restantes estaban fortificados naturalmente por el mar. Zagan-Pachá, pariente del Sultán, fué á sentar sus reales con algunas tropas á retaguardia de Pera y de Galata para tener en jaque á los genoveses que habitaban estos barrios.

El emperador Constantino, cuyo corazón magnánimo ala-

(1) En esta parte traduciremos literalmente á Vast. Véase *Le Cardinal Bessarion*, pgs. 200 y 201.



ban á una todos los historiadores y analistas, había elegido el sitio de combate más peligroso, es decir la puerta de San Román que defendía con los 400 genoveses de Juan Longos, de la familia de Giustiniani. Los dos gemelos Pablo y Antonio Troilo Bochiardi tenían á su cargo el Myriandro, cerca de la puerta de Andrinópolis; el alemán Juan Grant y el jefe de los ballesteros cretenses, Teodoro Carystios, estaban á la defensa de la puerta de Caligaria. El genovès Manuel se hallaba junto á la puerta dorada, que era batida por el ingente cañón de Mahometo; los genoveses Gerónimo y Leonardo de Langosco, tenían á su cargo la puerta de madera. Gerónımo Minotto, bayle de Venecia, ocupaba el magnífico palacio de Blanquernas. Toda la línea que se extiende desde el palacio de Blanquernas hasta San Demetrio, á lo largo del Cuerno de Oro, se había confiado á un soldado de gran valor, el famoso cardenal-legado Isidoro de Rusia. Pero es probable que esta parte del recinto no fué realmente guarnecida hasta pasado el 19 de Marzo, con motivo de haber atravesado las galeras turcas la colina de Galata y de haber penetrado en el Cuerno de Oro. Lucas Notaras, gran almirante, tenía el mando del puerto del Cuerno de Oro, y había establecido su cuartel general en San Teodorico. Andrés Denio, jefe de las galeras, debía dar, bajo la dependencia de Notaras, las órdenes á los buques anclados detrás de la cadena. Algunos marineros, soldados de marina y pilotos, procedentes de Creta, se habían situado cerca de la puerta bonita ó puerta Horea. El bravo veneciano Contarini tenía el mando general de los muros del puerto exterior. A sus ordenes Pedro Giuliano (¿Juliá?), consul de los catalanes, ocupaba el Boucoleon. El erudito Teófilo Paleólogo, gran partidario de la Unión, ejercía el mando en la puerta de Selymbría con los griegos de Mauricio Cataneo. En la ciudad, Demetrio Cantacuzeno y su yerno Nicéforo Paleólogo, hallábanse apostados en la iglesia de los Santos Apóstoles con las reservas para acudir allí donde arreciara el peligro y para contener al pueblo en el caso de alguna sedición. Demás de esto, á algunos valientes y generosos ciudadanos, se les dió la custodia de los puestos peligrosos y no dejaron de cumplir su deber en la medida de sus fuerzas. De manera que, según confiesa el mismo Phranzés,



había cretenses, catalanes, y un cierto número de voluntarios griegos que engrosaron los puestos de los defensores, sin alterar la repartición de fuerzas descritas.

Narremos ahora, siquiera sea á la lijera, las operaciones del sitio. Los turcos empezaron á batir las murallas dia y noche con indecible vigor. (1) Los sitiados se defendían bravamente al mando de Constantino y del genovès Juan Giustiniani. El puerto resistía también perfectamente, gracias á la cadena y á la superioridad de las naves cristianas. Entonces, según Phranzés y Chalcondilas, Mahometo recurrió á un expediente que parece fabuloso; tal fué introducir los buques por tierra. Está formado aquel puerto de un golfo que penetra entre Constantinopla y Galata y detrás de esta última hay unas colinas á través de las cuales ideó el Sultán trasladar sus naves lijeras. Con la connivencia criminal de los genoveses, abrió un camino de cuatro á cinco millas y por medio de rodillos untados de manteca hizo resbalar ochenta galeras de treinta y cincuenta remos, que fueron á varar á retaguardia de las naves que protegian el puerto, separando así de la ciudad toda la escuadra cristiana. Esta difícil y estupenda maniobra se ejecutó en una noche. No hay para que decir cuánto creceria el valor de los infieles y se abatiría el ánimo de los sitiados. Entonces Guistiniani apeló al recurso de incendiar la escuadra turca; más los genoveses le descubrieron y su nave fué echada á pique con ciento cincuenta de los valientes que la tripulaban.

A todo esto las bocas de los 130 cañones de Mahometo, repartidos en catorce baterías, habían abierto muy anchas brechas. Una de ellas tenía doscientas brazas. Los sitiados trataban de rehacer los muros por medio de sacos de tierra, en cu-

(1) Hé aquí lo que dice Leonardo de Chio testigo presencial acerca de las bombardas y demás máquinas de guerra que hicieron jugar los turcos:

«Horribilem perinde bombardam, quanquam major alia, quæ confracta fuit, quam vix boum quinquaginta centum juga vehebant, ad partem illam murorum simplicem, quæ nec fossatis, nec antemurali tutabatur, Calegariam dictam figentes, lapide qui palmis undecim ex meis ambibat in gyro, ex ea murum conterrebant. Erat tamen murus perlatus, fortisque, qui tamen machinæ tam horribili cedebat. Inde quia major confracta, Regis animum afflictabat, ne tristitia in tanto certamine afficeretur, jussit mox aliam longé majoris formæ coeflari, quam, ut aiunt, Calilbasciæ consularis Baronis amici, artifex nunquam ad perfectum conduxit, aliis mediocribus innumeris collidere urbem machinis undequaque conabantur. Sclopis, spingardis, zarbathanis, fundis, sagittis, dies noctesque, muros hominesque nostros vexabant, mactabantque.»

De Urbis Constantinopoleos jactura captivitateque, &c.



ya tarea no se daban punto de reposo. Por su parte contestaban denonadamente al enemigo, haciendo jugar la artillería y empleando su famoso fuego griego. [1] El dia 29 á la una de la mañana el sultán dió la orden del asalto; para ello llenó el foso de cadáveres de sus patuleos, á los cuales mandó por delante, y cuando lo tuvo lleno, dispuso que pasara sobre aquel terraplén de carne humana su columna, de diez mil genízaros que tenía preparada para aquel momento.

A las ocho, parte de la ciudad se hallaba ya en poder del enemigo. Guistiniani fué herido, Constantino halló una muerte heróica en medio de la refriega. Tras de estas desgracias, los griegos emprendieron la fuga y los turcos penetraron por todos lados; comenzando el más terrible degüello. Los buques cristianos del puerto levaron anclas y se pusieron á salvo, despues de haber admitido á su bordo algunos infelices griegos. Así terminó el imperio de la cruz en aquella ciudad famosa entre todas las del universo mundo. Lo que luego pasó en ella es más para llorado que para escrito. Cuando Mahometo contempló el palacio imperial saqueado y profanado, después de haber visto la cabeza de Constantino clavada en la columna erigida en honor de Santa Elena, exclamó con el poeta persa: "La araña ha tejido su tela en el palacio imperial y la lechuza ha cantado por la noche en los techos de Afrasiab." El sitio había durado cincuenta y cuatro dias.

Veámos ahora de que manera repercutió este golpe en el corazón de los príncipes y señorías de la península italiana.

Parecía que el primer efecto debía ser la cesación de la guerra entre el Rey y los venecianos por una parte, y el Duque de Milán y los florentinos por otra, y sobretodo de la malhadadada campaña de Toscana. El Rey se dirigió el Pontfice y éste á los demás beligerantes; pero el Duque de Calabria prosiguió sus operaciones con poca honra y menor provecho. Veámoslo. Los florentinos se habian reforzado con tomar á sueldo á Manuel Appiano, señor de Piombino, con mil quinientos caballos, con cuyo ejército se dirigieron á Rencine, y aunque

(1) Se dice que les fué revelado en el año 654 por Callinico, arquitecto de Heliopolis. Constantino Porphyrogeneto escribe que su composición era como un secreto de Estado.



D. Fernando trató de socorrer aquella plaza, como la batieran por medio de la artillería de sitio, la entraron en los primeros dias de Agosto. De allí se trasladaron á Foiano, que recuperaron el dia 24 del mismo mes, por más que el Duque se trasladara á Sorano, en donde su ejército empezó á ser diezmado por las enfermedades, de suerte que no solo era impotente para atacar, sino también para moverse de sus alojamientos. Dolióse mucho la Señoría de que aquel lugar, por las malas medidas tomadas por los que mandaron el asalto, hubiese sido saqueado y de tal modo incendiado que casi quedó destruido por completo, siendo menester ofrecer á sus moradores no pocas exenciones y privilegios, para que volvieran á habitarlo.

Por aquellos dias entró en campaña el Rey Renato, y siendo personaje de tanto interés, será fuerza que le dediquemos algunas líneas, cuando hayamos dado punto á la narrración de los sucesos de Toscana.

En este tiempo Gerardo Gambacorti, señor de Valdibagno, concertó con Despuig entregar todas sus tierras y castillos al Rey, con tal de que éste le diese otro estado en el Reino de Nápoles. Los florentinos olieron algo de estos tratos y para estorbarlos mandaron un emisario á Gambacorti, para que le sondease y viese lo que había de cierto; más éste, maestro en las artes del disimulo, supo fingir tan bien, que los magistrados de la Señoría tuvieron la confidencia por una verdadera calumnia. Llegó el dia señalado para que Gambacorti entregase la fortaleza de Corzano á Despuig y en el momento en que iba á darle entrada, un sobrino suyo, ciudadano de Pisa, llamado Antonio Gualandi que formaba parte de la guarnición, empujó al señor y le echó fuera, motejándole de desleal á su patria. Pronto se supo lo acontecido en otros cuatro castillos, lo que dió lugar á que sus presidios rechazaran á los del Rey y alzaran las banderas de Florencia. Este fracaso fué muy sentido por el Duque, por cuanto hubiera podido correrse por Valditevero y por el Casentino y tal vez hubiera evitado la pérdida de Foiano. El haberse rebelado, por obra de Antonio Salimbeni, algunos soldados de la fortaleza de Valiano, causó gran extorsión á aquel ejército y le impidió el hacer nuevas conquistas. No obstante después que hubo levantado el campo de Foiano,

en los primeros dias de Setiembre, recobró á la fuerza aquella fortaleza, deliberando inmediatamente que la hueste se trasladase á Vada. El sitio de esta plaza fué muy largo, dando tiempo para que el Pontífice mediase para ver si podía imponer la paz.

Demos cuenta de sus humanos y levantados desvelos. Acerca de ellos hay dos versiones un tanto diferentes. Digamos algo de entrambas. Según Ammirato, el Papa rogó á la Señoría florentina que le enviase dos embajadores para tratar de la paz común de Italia, á fin de que se pudiese atender á la guerra contra el turco. A este objeto se le mandaron á Bernardo Guigni y á Giannozco Pitti. Allí debieron encontrarse con los embajadores del Rey, y, añade el mismo autor, que como á don Alfonso no le conviniera sobreseer en la guerra, puso muuhas dificultades, exigiendo, entre otras cosas, ser indemnizado por los florentinos de los gastos que había hecho, al paso que éstos pusieron por condición que se les restituyera Castiglione della Pescaia y Gavorsano y también el resarcimiento del dinero gastado. Entre el Duque de Milán y los venecianos, los cuales probablemente también estarían representados, pasó à poca diferencia lo mismo, de suerte que el Pontífice, lleno de justa ira, hubo de declarar que escomulgaba á todo el que se resistiese á hacer la paz que él recomendaba. Viendo las instancias de Nicolás V, Florencia completó su embajada enviando á Roma á Otto Nicolini, doctor en leyes.

Zurita dice que el Papa mandó sus legados y nuncios á todos los príncipes y potentados de la Cristiandad, para que arbitrasen los medios de resistir al turco, quien, orgulloso de su pujanza y poder, parecía que lo había de ir dominando todo, hasta acometer la cabeza y silla de la religión cristiana y del imperio latino. Uno de los primeros reyes que recibió la embajada fué D. Alfonso, cerca del cual fué diputado el Cardenal de Fermo que llegó á Nápoles á mediados del mes de Julio. Debia también insistir en la necesidad de la paz de Italia, como única manera de que fuesen eficaces los socorros que Nicolás V pretendía de los que estaban al frente de los diversos estados de aquella península. El de Fermo cumplió su encargo. recibiendo del Rey la contestación siguiente, según el mismo

analista. Que Dios sabía la buena intención que siempre tuvo de defender á la Cristiandad y de perseguir á sus enemigos y que por esta razón había emprendido tener á sus costas, por espacio de tres años, algunas galeras suyas en Levante contra los infieles, sin pedir socorro á nadie; que entonces no podía sin él sostenerlas de nuevo en aquellos mares, porque era cosa de muchos gastos y necesitaba el apoyo pecuniario de Su Santidad. En cuanto á la paz de Italia, entendía que era paso preliminar indispensable para cualquier intento contra Mahometo; pero que el Papa ya sabía que él estaba en liga con la Señoría de Venecia y con otras potencias de Italia y nada podía responder sin darles noticia de ello, á cuyo efecto se pondría de acuerdo con Juan Moro embajador de los venecianos. Por fin manifestó que si se hacian proposiciones razonables á la liga, él sería el primero en aconsejar que se aceptase por el beneficio general que reportaría toda Italia.

Fuese que celebraran conferencias en Roma, fuese que el Papa tratase con cada potencia en particular, fuesen entrambas cosas simultánea ó sucesivamente, lo cierto es que estos trabajos diplomáticos por entonces no produjeron efecto alguno. La guerra continuó, pues, como si el Pontífice no hubiera mediado para nada. Reanudemos, por tanto, su relato en el punto en que le dejamos.

Por todo aquel tiempo prosiguió con gran empeño el sitio de Vada. Bernardo de Vilamarí con sus galeras se esforzaba en sostener cuanto podía dicha plaza, ya introduciendo víveres en ella, ya procurándole todos los medios de fortificarse y resistirse. El Rey reforzó á dicho almirante con las galeras de Grageda, de Roger de Esparça y de Bernardo de Requesens; mandándole que costease por toda la marina de Pisa y no se moviese de ella. Mientras los florentinos iban estrechando á Vada, el Duque de Calabria tenia su campo en Túmulo, pero como era punto muy mal sano, no pocos de los de su ejército cayeron enfermos y entre ellos el de Urbino, viéndose obligado á trasladarse á Pitiliano. Más tarde se hubo de desmembrar algo la escuadra por la necesidad que surgió de socorrer á los de las casas de Istria y Civerca en la isla de Córcega, á los cuales se mandó á Requesens con algunas naves.



Antes de dar cuenta de la pérdida de Vada, debemos decir algo de lo que hicieron Renato y el Rey cada cual por su lado.

El anjevino salió de su castillo de Angers el dia 4 de Mayo, llevando consigo á su yerno Ferry, á Juan Cossa, á Guido de Laval, señor de Loué y á muchos otros señores, dejando el gobierno de Anjou al consejo ducal, reorganizado bajo la presidencia de Beltrán de Beauvau. A primero de Junio se hallaba en Provenza. Empero el equipo y el paso de sus tropas, exigía muchos cuidados y, por tanto, era imposible que pudiera estar en Italia dentro del plazo señalado. El dia 29 del mismo mes otorgaba su testamento en Aix, el cual fué anulado por otros dos que ordenó posteriormente. A primeros de Julio trató de penetrar en Italia por tierra; á cuyo efecto se apoderó de Sisteron, desde donde dió parte á Francisco Sforza de que se dirigía á su encuentro, prometiéndole tenerle al corriente de sus ulteriores etapas. *Solumve dicimo,* añadía, *che havemo vergogna scrivere piu da quali monti; fino á qui non se possuto fare altro.* Lo cual debe traducirse: solamente decimos que nos da vergüenza de escribir aún del lado de acá de los montes; hasta ahora no nos ha sido posible hacer otra cosa.

Luego avanzó hasta Gap, en la confianza de que podría atravesar los desfiladeros de los Alpes; más la hostilidad y los diversos obstáculos suscitados, tanto por parte del duque de Saboya, como por parte de la república de Génova, le impidieron el paso y le obligaron á retroceder después de haber perdido muchas semanas.

En vista de esta contrariedad, Pedro Fregoso fué por él á Marsella y le desembarcó en Ventimiglia, mientras que su caballería llegaba por otro lado. Entonces los genoveses le concedieron paso franco por su territorio, esperando desviar la tempestad que se cernía sobre sus cabezas. El Delfin, desentendiéndose de la enemiga del Duque de Saboya, su suegro, hácia Renato, le había mandado un refuerzo de tres mil infantes y dos mil caballos, y este mismo príncipe, después de haber atravesado la frontera, se mantenía á cierta distancia, dispuesto á tomar posesión personalmente de Génova, accediendo á las invitaciones de sus parciales. A este efecto dirigió embajadas y mensajes á los habitantes de la ciudad, ofreciéndose á



ser su defensor. Con todo, su tio, reconociendo la buena voluntad que acababa de encontrar en algunos de ellos, especialmente en Benito Doria, á quien concedió, por esta razón, la castellanía de Brignoles, le dió orden de abstenerse de aquella tentativa y le rogó que retrocediese. No convenía, hace observar el ya citado biógrafo de Renato, á la hueste expedicionaria el agraviar á un estado amigo que había de dejar en pos de sí.

El Delfin se volvió á Francia para entregarse á nuevas intrigas, entre las cuales figura el intento de una nefanda traición: tal fué el tomar sueldo de los venecianos para ayudarles á combatir al duque de Milán, aliado de su padre Carlos VII y de Renato su tio. La señoría veneciana le desoyó temerosa de concitarse las iras y la intervención del Rey de Francia. (1)

Entretanto el Anjevino había podido llegar á Asti y más adelante á Alejandría en donde cobró los veinte mil florines de los florentinos.

Libre de la cooperación de un ausiliar peligroso, con gran contentamiento de Sforza, trató de buscar el socorro de otro potentado más útil, ya que el tenerle de su parte implicaba que abandonaría la causa aragonesa á cuya defensa se había hasta entonces consagrado, siendo el único adherente de don Alfonso en aquella importantísima frontera: aludimos á Juan, Marqués de Monferrato. Al recibir á los embajadores que éste se apresuró á diputarle, Renato les dijo terminantemente que era preciso que su señor se decidiera á ser francés ó catalán. El Marqués optó por lo primero, más exigió del anjevino que mediase en la reconciliación que necesitaba, por un lado, con Guillermo, su hermano, y por otro, con el sucesor de Felipe María Visconti, bajo razonables y decorosas condiciones. El de Anjou tomó aquel asunto por su cuenta y como fuera afortunado en sus gestiones, el Marqués rompió sus antiguos compromisos é hizo la paz con su hermano y con Sforza. Esta avenencia permitió al duque de Milán sacar de los Alpes cuatro

(1) Lecoy cita los documentos de los archivos de Florencia, Milán y Venecia en que funda este último aserto, consignado por él por vez primera en la historia de aquellos sucesos.



mil combatientes que fueron á reforzar su ejército del Bresciano. El instrumento en el que se estipulan las condiciones de la concordia fué firmado en Alejandría el dia 15 de Setiembre: en él figuran como testigos Ferry de Lorena, Nicolás de Brancas, obispo de Marsella, Juan Cossa, Guido de Laval, Luis, señor de Clermont, Vital de Cabanis y Raynaldo de Dresnay.

Tres dias después el pretendiente se trasladó á Pavía de donde salió á recibirle la Duquesa de Milán. De allí pasó á Cremona siendo acogido con toda clase de honores, los cuales fueron objeto de un programa formado por la ciudad, pero sometido á su aprobación previa.

Simonetta supone que desde Pavía el anjevino hizo, con los suyos, una escursión á Milán en la que perdió quince dias en medio de las fiestas y de los deportes con que procuró agasajarle la duquesa. " Estas gentes, escribe el biógrafo de Sforza, refiriéndose á los franceses, solo buscan los festines y los placeres, sobre todo cuando viven sobre las costillas ajenas. „ Lecoy rectifica este relato haciendo notar que Renato estaba el 22 en Pavía y el 25 en Cremona, y que por tanto la escursión á Milán solo pudo durar dos ó tres dias.

Al cabo el pretendiente pasó el Adda y verificó su unión con las fuerzas de los aliados. Veámos ahora las operaciones militares en que tomó parte, más á guisa de un *condottiero* mercenario, que de un descendiente de reyes que aspiraba á ceñirse una corona.

Al empezar el mes de Octubre, como los venecianos no cesaran de hacer grandes progresos, se pensó en la urgente necesidad de intentar atajarles, y puesto que el ejército coaligado contaba con tantos elementos, se deliberó avanzar desde luego en dirección del Bresciano.

Entonces Renato creyó llegada la hora de dirigir una altisonante declaración de guerra á los provisores de la hueste veneciana, que lo eran Pascual Maripetro, caballero de San Marcos y Antonio Marcello, caballero. El cartel fue lo más literario que darse pueda, pues estaba escrito en un latin que le permitiría figurar dignamente en la Décadas de Tito Livio. Hé aquí como empezaba: " *Deum ei homines testari audemus non odio vestro, non rancore, non denique ulla ambitionis libidine, gressus*



nostros in Italiam direxisse..,„ Afirmaba, sí, que sus amigos le habían llamado en su socorro, que el Rey de Francia le había impelido y que sus propios intereses habían acabado de abalanzarle. Invocaba la antigua amistad de los florentinos con la casa de Francia y con sus propios progenitores; también hacía mérito de Atendulo Sforza, Conde de Cotignola, padre del Duque de Milán, y de los servicios que había prestado á los dos últimos monarcas anjevinos de Nápoles, siendo, por lo tanto, muy puesto en orden que entonces él correspondiera ayudando á Francisco Sforza que se veía emulado por el rey de Aragón, nunca contento con lo que tenía.

Los provisores vénetos tuvieron todo aquello por faramalla y se limitaron á contestar que no podían decirle cosa alguna, hasta que, conocida su carta por los señores, les mandaran las convenientes instrucciones.

La contestación de la República véneta no solo al cartel de Renato, sí que también á las proposiciones de paz transmitidas por conducto de Juan Cossa y del Marqués de Monferrato, fué una especie de "no ha lugar á deliberar„; puesto que según ella toda la culpa de las agresiones, debía recaer sobre el Duque de Milán y los florentinos. Manifestó, además, su estrañeza respecto de la ida á Italia de Renato, declarando que éste no tenía motivo alguno para hacerle la guerra.

La verdad es que tal estrañeza fué general en toda la península italiana, pues nadie, incluso el mismo D. Alfonso, esperaba que el pretendiente se mezclase en aquella lucha. Los venecianos, sorprendidos, no dejaban de escribir reiteradamente al Rey que saliese cuanto antes á campaña y empezase á hostilizar á los florentinos.

Cumplidas las fórmulas y procedimientos de rigor, Sforza y Renato, al frente de siete mil caballos y de gran número de ballesteros, atacaron denodadamente las posiciones del ejército veneciano.

En un mes todo el Bresciano cayó en poder de aquellos. Sus primeras conquistas fueron Goido, Bassano y Ponte Vico. El asedio y la toma de esta última plaza merece algún mayor desenvolvimiento.

Comenzaron las operaciones del sitio el dia 16 de Octubre



y habiendo abierto los sitiadores una brecha suficiente, el dia 19 del mismo mes dieron el asalto con buen éxito. La primera columna de ataque la formaban exclusivamente las tropas italianas, pero más tarde hicieron su entrada los franceses, y al ver que ya no había botin para ellos, empezaron á herir y á matar á hombres, mujeres y niños. Las tropas que llevaba Renato eran casi todos de la Picardía y se hacían notar tanto por su crueldad como por su extremada afición á los placeres.

Simonetta dice que las gentes del Anjevino no participaban de la dulzura y de la bondad de su príncipe, y Sismondi achaca la causa de su crueldad á las costumbres feroces que habian adquirido en las guerras con los ingleses, no menos que á la diferencia de usos y de idioma respecto del pueblo italiano. Los soldados de Sforza se dolieron de que los anjevinos pasaran á cuchillo á muchos vecinos de Ponte Vico á quienes ellos habían dado cuartel, y acordándose de que por sus venas corría también sangre italiana, hicieron suyas las ofensas inferidas á los vencidos. Desde aquel momento menudearon las colisiones sangrientas entre las tropas coaligadas, atacándose en las marchas, y más de una vez los sforcescos pusieron fuego á los alojamientos de los franceses, armándose tales disturbios, que á duras penas el Duque de Milán logró separar á los que estaban obligados á prestarse mútuo ausilio.

De todos modos lo acontecido en Ponte Vico llenó de pavor al país, de suerte que Sforza no cesaba de recibir emisarios de todos los pueblos y castillos pidiéndole salvaguardia. Entre las poblaciones que de esta manera cayeron en su poder hay que citar Caravaggio, Triviglio, toda la Geradadda, la llanura del Bresciano, Roado, Palazzuolo, Chiari, Pontoglio, Martinengo, Manerbe y mucha parte del llano de Bérgamo. Tras de estas conquistas, Sforza asedió Orci-nuovi y luego á Soncino, que también cayó en sus manos. El ejército veneciano no tuvo más remedio que retirarse á Brescia.

Renato no hizo en aquella campaña ningún lucido papel, pareciendo, como ya hemos indicado, más que un Rey, un alquilón de baja estofa, tomado á sueldo por el Duque, que esplotó su valor y su fama. Terminada la guerra se volvió, lleno de desengaños á Provenza, dejando á su hijo Juan, por caudillo de los florentinos.



En su retirada, el Pretendiente siguió las etapas siguientes: del teatro de la guerra á Cremona y de esta ciudad á Plasencia, á donde llegó el dia 7 de diciembre, el 3 de Enero de 1454 se dirigió á Alejandría; el 8 del mismo mes todavía seguía allí, pues existe en el Archivo de Milán una carta suya fechada en dicho dia y dirigida á Francisco Sforza, diciéndole que quedaba muy contento de él y que su amistad sería tan duradera como su vida; á mediados de Enero abandonó el Milanesado, y como esta vez obtuviera permiso para atravesar el Ducado de Saboya, juntamente con una pequeña escolta, emprendió el paso de los Alpes, y desafiando las nevadas y los precipicios, dió consigo en Aix el dia 9 de Febrero.

Quedó tan descontento de su expedición, que juró no volver á poner los piés en Italia; por que aún cuando el Duque de Milán se portó con él muy noblemente, no así los florentinos que le retiraron el subsidio, alegando la paralización de los negocios en Toscana y la pobreza cada día creciente en aquel país. Por otra parte el papa, á quien procuró sondear, se le mostró sumamente esquivo, diciéndole no estar por nuevas guerras, sino que, antes bien, era su más vehemente anhelo la paz universal, para que Italia tratase de hacer frente al tremendo poderío de los turcos. Simonetta indica que en la retirada del pretendiente pudo tener parte un cuidado mujeril (cura muliebris); versión que Lecoy no desautoriza; porque es la verdad que en aquella fecha, en que ya había muerto la Duquesa Isabel, el anjevino estaba prendado de Juana de Laval, de cuya señora los cortesanos le hacían de contínuo los más calurosos elogios.

De todos modos Renato no debió quedar satisfecho de su empresa y tuvo razones sobradas para desentenderse en lo sucesivo de la fé púnica de los italianos.

Veámos ahora lo que hacía D. Alfonso.

Sabedor de la ida de Renato á Italia, y de que los florentinos instaban al Rey de Francia para que mandase el Delfín al Piamonte, para pasar luego á Lombardía, y desde allí darles socorro, sabedor igualmente de que distaban mucho de presentar buen cariz los asuntos de Toscana, determinó ir en persona à secundar á su hijo. Las primeras disposiciones fueron mandar



á Roma á Jacobo de Constanzo para que notificase su proyecto al Papa y luego sondear el ánimo de Segismundo Malatesta para ver si quería servirle, á cuyo efecto le envió el Clavero de Montesa. Segismundo fué tan exigente que se hubo de desistir de tomarle á sueldo. Demás de ello dió parte de su deliberación, por el mismo Luis Despuig, á la Señoría de Venecia, procurando que cobrase buen ánimo y resistiese cuanto le fuera posible al Duque de Milán y al Rey Renato. Su idea era poner á Sforza en la alternativa de dejar el campo libre á los venecianos ó renunciar á socorrer á los florentinos; pues en el primer caso Venecia hubiera podido ejecutar cuanto se le antojase y en el segundo el Duque hubiera perdido el crédito de que gozaba en Florencia y esta República no habría podido menos de entrar en la liga que habían formado el Rey y los venecianos. Previos estos pasos, salió de Nápoles el dia 11 de Agosto, y el 15, fiesta de la Asunción, hizo bendecir sus banderas en Santa María de Capua con la mayor solemnidad; la jornada siguiente fué al Manzon de Rosas, con ánimo de tomar la via de San Germano y de allí pasó á Ponte Anequino. Como decidiera esperar en Agnina y Presenzano la gente de armas que se iba reclutando en el Reino, mandó que se adelantase con la que ya tenía reunida á D. Juan de Ventimiglia, Marqués de Girachi. El primero de Setiembre estaba en la Fontana del Chopo y á la siguiente jornada se fué á acampar en la Selva de Vayrano, y luego pasó á San Victor de la Abadía de Montecasino. A mediados de Setiembre levantó el campo de San Victor y se fué á San Jorge y luego á San Juan del Incarrico en donde le cogió el mes de Octubre. A los dos dias de éste, levantó el real y se trasladó á Campolatro. Un dia antes de pasar el Garellano, le salió un carbunclo en la pierna izquierda, debajo de la rodilla, que exigió una dilatación y le dió algunos accesos de calentura que le duraron muchos dias y le debilitaron no poco. Esto le obligó á retroceder al castillo de la Fontana del Chopo y á mandar á D. Iñigo de Guevara, Marqués del Vasto y gran Senescal del Reino, con todo el ejército, á que se juntase con el Duque de Calabria. Juan Moro, embajador de Venecia que iba con la hueste real se dolió mucho de aquella medida, por el prestigio que la presencia del Rey daba al



refuerzo, siendo su opinión que era mejor llegar tarde con el soberano, que no anticiparse al mando de otro. Á 27 de Octubre salió el Senescal de Poffi y tomó el camino de Toscana. A todo esto supo D. Alfonso el sesgo que habían tomado las cosas de Lombardía con la pérdida de Ponte Vico, y el no mucho más favorable que presentaban las de Toscana, en vista de lo cual mandó á D. Iñigo que apresurara la marcha y á grandes jornadas fuese á reunirse con el Duque de Calabria, sin reparar en aguas ni en mal tiempo, pues la dilación de un solo dia podía ser desastrosa. Cuando D. Alfonso se sintió mejora, bandonó el castillo de la Fontana del Chopo y se instaló en el de Trajeto. Durante aquella marcha que parece azarosa y llena de contratiempos, fué dictando muchas y muy prudentes disposiciones qne diremos cuando nos parezca más puesto en orden.

Veámos lo que entretanto acontecía en Toscana. Una de las cosas que dió más que hacer, fué la volubilidad de los seneses. Como eran débiles y no se atrevían á comprometerse con ninguno de los beligerantes, tan pronto se arrimaban á la causa del Rey, como procuraban huir el cuerpo y encerrarse en la neutralidad más estricta. D. Alfonso procuró mandarles tropas é infundirles confianza. Más tarde significaron que no querían dar paso ni recoger en sus estados á la gente del Duque de Calabria. Luego dijeron que lo harían y proporcionarían vituallas, pero en cierta forma, pidiendo al Rey que les diese por Capitán al Conde Carlos de Campobasso.

D. Fernando, al tiempo que estaba en observación de lo que acontecía en Vada, últimamente socorrida por la galera de Uget de Pachs, procuraba que se forificasen y abastecieren Castiglione, Gavarrano y la Roqueta. Temiendo que los florentinos sitiarian la segunda de dichas plazas, fué acercándose por la vía de Maffa. A principio de Octubre trató de dar orden de abandonar á Vada, y como esto le pareciese bien al Rey, á fines de dicho mes los nuestros la desampararon, pegándole fuego antes y refugiándose en la escuadra. Los florentinos entraron en ella el 26 de Octubre, y al verla en tan mal estado ordenaron que fuese demolida por completo. Adelantada ya la estación, los florentinos trataron de retirarse á cuarteles de invierno; pero pareció á muchos que, atendida su superioridad,



era aquella la ocasión de vengarse de los de Sena, que al cabo habían ayudado á los aragoneses; más por consejo de Cosme de Médicis y de Neri Capponi se demostró á los que tal cosa pensaban, que nada se podría hacer que fuese más del agrado de D. Alfonso, puesto que se pondría á Sena en el caso de arrojarse incondicionalmente en sus brazos, lo cual sería mucho más grave que lo que ocurrió el año anterior con la toma por parte de los del Rey, de Rencine, Vada y Foiano. Estimóse por más prudente hacerse los desentendidos y esperar á la conclusión de la guerra para ajustar las cuentas con aquella comunidad.

El Rey quedó muy contento de la defensa de Vada, y á Bernardo de Vilamarí, que se halló en ella, le nombró en recompensa gobernador y capitán de los condados de Rosellón y Cerdaña que vacaban por muerte de Bernardo Albert.

No pararon aquí las cosas de aquel año tan fecundo en ocurrencias de todas clases. El Rey que gozaba de gran crédito cerca la persona del Papa, por la buena voluntad que siempre le habia mostrado y también por sus talentos políticos, su larga y costosa experiencia, que hacían de él el primer diplomático de su época, se creyó en el caso de dar su opinión sobre la manera como se debía hacer frente á los peligros engendrados por la arrogancia de Mahometo. A tal efecto envió á Roma á su secretario Bartolomé de Reus á 8 de Setiembre. Llevaba éste el encargo de manifestar á Nicolás V, que así como antes hubiera sido lo mejor resistir al turco en Constantinopla, porque se tenía en ella una firmísima base de operaciones, perdida dicha metrópoli, no era conveniente esperarle en Italia, sinó ir á favorecer á los naturales enemigos de la media luna y moverle guerra por las fronteras de Hungría. Bajo este punto de vista, el Rey creía conveniente instar á los alemanes para que diesen toda clase de favor y ayuda á Ladislao, Rey de Hungría y de Bohemia, y demás de esto mandar refuerzos á la Señoría de Venecia para que, por su parte, atajase á los infieles en las provincias que tenía allende el Adriático y que se hallaban también muy amenazadas. No se olvidaba tampoco de recomendar á Scander-begh, que ya tenía encima á los sectarios de Mahoma, el cual si por desgracia sucumbiera, daría lugar á



que aquella chusma se presentase en la marina del golfo de Venecia. Por de pronto el Rey proponía que se le mandaran mil soldados. Finalmente hacía saber al Papa, que Leonardo Tocco, señor de Artha, le habia dado aviso, así como á Juan de Ventimiglia, que tenía en las inmediaciones de su estado, gran golpe de tropas turcas, las cuales, después de haberse extendido por Thesalia y Macedonia, hasta los límites de Ambracia, le amenazaban cada dia de más cerca, y que en el caso de no poder ser socorrido, cosa que era fácil así por tierra, como por mar, dada la disposición geográfica de su dominio, se vería obligado á concertarse con Mahometo. Más para que no se dijese en ningún tiempo que Aragón proponía mucho y hacía muy poco, D. Alfonso dispuso á principios de Noviembre, desde la Fontana del Chopo, que Bernardo de Vilamarí fuese á Levante con ocho galeras y que D. Juan de Nava se juntase con una distinta división con la armada de Venecia, para defender las costas del Adriático, y que el Virrey de Nápoles pasase á Albania con gran número de gentes de guerra á dar ausilio á su noble y consecuente amigo el heróico Jorge Castrioto ó Scander-begh, á fin de que así pudiese defender mejor sus territorios.

Las noticias referentes al príncipe de la Albania, que tomamos de Zurita, se hallan confirmadas por su biógrafo el presbítero Bemmi en el libro ya citado. Escribe éste que animado Scander-begh con el triunfo alcanzado sobre los turcos cerca del monte Mocre, el cual divide la Albania de la Macedonia, con muerte del caudillo que los mandaba, llamado Dibrea, deliberó acometer alguna más sonada empresa, como la recuperación de Sfeligrado ó de Belgrado, á cuyo efecto pensó que para alcanzar la adhesión de los suyos, lo mejor sería hacer que viesen gran aparato de artillería gruesa ó de batir, así como el ausilio de algunas milicias forasteras, que les precediesen en el ataque de las brechas y les enseñasen el camino de la victoria. A este efecto puso las esperanzas en D. Alfonso, siendo prenda de que no le saldrían fallidas, los considerables beneficios recibidos de él en parecidas ocasiones. Mandóle, pues, una embajada compuesta de tres de los más principales señores de su corte y fueron Pablo Cucca, Nicolás Erisio y Juan



Perlato. Estos fueron acogidos en Nápoles con grandes demostraciones de honor y de estimación y, lo que valió más, alcanzaron de D. Alfonso cuanto tenían el encargo de pedirle. En el capítulo siguiente detallaremos las demostracianes de la buena voluntad del magnánimo.

Para dar punto á este capítulo, veámos los preliminares de la paz general de Italia.

A fines del año, el Papa vuelve á convocar, con mejor fortuna, á los embajadores de los príncipes y Repúblicas de Italia para tratar de la paz general, á fin de poder convertir las armas contra el turco. D. Alfonso mandó acto contínuo á Roma á Marino Caracciolo, Conde de Santángelo y á Miguel Riccio, doctor en leyes, los cuales se apresuraron á ponerse de acuerdo con los legados de Sena, puesto que este estado acababa de entrar en la liga formada por el Rey y los venecianos. Las proposiciones que los nuestros presentaron, se reducían á lo siguiente: que D. Alfonso haría la paz con los florentinos siempre que abandonasen á Francisco Sforza, y si querían entrar en la liga susodicha, serían admitidos de buen grado; que respecto del Duque de Milán, quería que dejase á Venecia todas las tierras que están de la otra parte del Adda; que cediese al Conde Jacobo Piccinino la ciudad de Plasencia; que restituyese á Carlos Gonzaga, á Nicolás Guerrero y á sus parientes, todo lo que les había usurpado; que en las diferencias que se pudieran suscitar, fuese el Papa árbitro y medianero, y por último, que los preliminares de paz fuesen aprobados por la República de Venecia, su aliada.

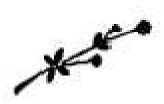
Entretanto empezó á amainar la guerra de Toscana, cesando por completo á la terminación del año. Apesar de todo, el Rey no se descuidaba para lo sucesivo, así fué que por aquellos dias, por medio de Luis Despuig, hizo concordia y estableció liga con el Marqués de Ferrara, á quien el Emperador había hecho también Duque de Módena, y con Manfredo y Gisberto de Correggio.

En aquel año la muerte arrebató al cariño de D. Alfonso á los Duques de Sessa, de Sora y de Venosa, sus antiguos amigos y ausiliares. (1)

(1) Zurita.



Para concluir; ya vimos como la escuadra aragonesa que protegía las operaciones de Toscana, fué desmembrada para atender á las cosas de Córcega, y sin embargo ningún autor del Reino de Nápoles ni de España nos dice una palabra de lo que había acontecido en aquella isla. Unicamente Foglietta, en su historia de Génova, nos refiere que á últimos de la primavera, la armada de Aragón ocupó en Córcega la tierra de San Fiorenzo y que los genoveses conmovidos por aquella pérdida, temiendo por el resto de la isla, dieron el dominio de ella al magistrado del Banco de San Jorge. Y más adelante añade que Pedro Fregoso, que era Dux de la Señoría en aquella ocasión, se veía molestado por D. Alfonso á quien no solo movían sus odios particulares, sino también las sugestiones de los emigrados; de suerte que todos los lugares de la ribera eran infestados así por tierra, como por mar, y Pedro se veía acosado no tanto á cara descubierta, como por mil ocultas insidias; empero que él estaba siempre vigilando todas las cosas y se oponía á los esfuerzos de sus enemigos, no escusando para ello ninguna diligencia ni fatiga.





CAPTULO LVI

SUMARIO

(1454). — Misión de fray Simón de Camerino para lograr la paz. — Iniciativa de los venecianos secundada por Sforza y los florentinos.—Conferencia en Lodi.—Firmase la paz. — Actitud del Rey y demás príncipes no consultados. — Se estipula nueva confederación entre Milán, Venecia, Florencia, Ferrara y Bolonia. — Se adhiere á ella D. Alfonso. — Despecho de Renato que quiere vengarse del Rey, haciéndole la guerra en el Rosellón. — Tratado de paz de la República véneta con el sultán Mahometo II. — Diferente conducta del Rey. —Raimundo de Ortafá virrey de Albania. — Socorros á Scander-begh.. — Traición de Moisés de Dibra. — Asedio de Belgrado. — Imprevisión de Scander-begh y descuido de los demás jefes del ejército cristiano. — Desastre fatal. — Combates marítimos entre la armada real y la genovesa. — Construcciones navales de D. Alfonso. — Los genoveses piden la restitución de los valores apresados en la nave de Squarciafico. — Venganza de los genoveses — El rey fortifica las defensas de Nápoles. — Embajada de Génova. — Vilamarí sorprende y desbarata las naves mandadas por Fregoso. — Se retira Fiesco que sufre un temporal horrible á la vista de Córcega. — Ciclón en la bahía de Nápoles.

Mucho menos fecundo que el anterior fué el año de 1454, en sucesos militares y políticos. (1) El que descuella en primer término es seguramente la paz, que á lo último pudo tener cumplido efecto. Veámos por que tortuosos caminos se llegó á conseguir. Hasta entonces los reiterados esfuerzos del Pontífice siempre resultaban insuficientes; pero lo que Dios no quiso conceder á su vicario en la tierra, lo otorgó á un pobre religioso de la orden de San Agustin. Digamos de qué manera.

(1) La retirada de Renato á Provenza corresponde en rigor al principio de este año; la incluimos sin embargo en el capítulo anterior para no interrumpir la narración de los últimos actos del pretendiente.



La partida de Renato y de sus milicias, predispuso grandemente el ánimo de Francisco Sforza á la paz, puesto que se encontraba con que sus recursos militares habían disminuido considerablemente. Empero si él la codiciaba con vehemencia, los venecianos no suspiraban menos por ella; puesto que, además de las pérdidas que habían sufrido en la última campaña, tenian siempre en la mente el peligro del turco que era un adversario mucho más cruel y poderoso que todos los que podian levantarse contra ellos en la península italiana. Para ver si conseguían su objeto, enviaron secretamente á Milán, para que entrase en negociaciones con el Duque, á fray Simón de Camerino de la órden de San Agustin. Este santo varón se vió obligado á hacer muchos viajes de Venecia á Milán y viceversa, porque Sforza no quería comprometerse á nada sin la participación y el consentimiento de los florentinos, sus aliados. En tal estado de cosas, refiere Ammirato, que el dicho Duque escribió á Cosme de Médicis, habiendo recibido éste la carta el dia 23 de Marzo. En ella le rogaba que no rehusase la paz, por más que por de pronto no fuese posible obligar á D. Alfonso á restituir á Florencia, Castiglione de la Pescaia y Ganorrano, y encareciéndole las mil ventajas que la cesación de la guerra traería como compensación sobrada. A este efecto pedía que se le mandase un legado que tuviera plenos poderes de la República. Cosme reunió el Cónsejo de los Diez, y, de acuerdo con él, escribió á Diotisalvi Neroni, embajador de Florencia, autorizándole para negociar y encargándole que procurara conformarse con el parecer del Duque.

A las razones antedichas, por las cuales Sforza quería salir de la situación angustiosa en que se hallaba, se añadió su penuria cada dia creciente de recursos pecuniarios, y el acabar de saber que Bartolomé Coleone, insigne capitán de aquellos tiempos, había abandonado el servicio de Milán y se había puesto á sueldo de los venecianos. Pronto estuvieron entendidos el Duque y el embajador florentino, conviniendo en pedir á los venecianos que, puesto que se trataba de asunto de tanta entidad, mandasen una persona de más talla que el bueno de fray Camerino y que se eligiese la ciudad de Lodi para celebrar las conferencias. Parecía que Venecia venía obligada por



deuda de lealtad á dar cuenta al Rey de todo lo que acontecía; pero, dice Muratori, que aquella Señoría prescindió de semejante paso, á causa de estar irritada con D. Alfonso, por que éste con su intransigencia había sido parte para que se disolviera la conferencia de Roma, sin acordar cosa alguna de provecho. Por tanto los venecianos mandaron por cuenta propia á la ciudad de Lodi á su embajador Pablo Barbo, quien, para más disimular, tomó el disfráz de fraile mínimo. Las negociaciones fueron breves, puesto que el dia 9 de Abril quedó firmada la paz entre los venecianos y el Duque de Milán y los florentinos, dejando, según Rosmini, un mes de tiempo para que entraran en ella el Rey, los genoveses, el Marqués de Mantua y los demás aliados. Ammirato escribe que se firmó el 11 y que se publicó en Florencia el 14, en medio de la mayor solemnidad y alegría.

Du Mont en su *Corps Diplomatique* (1) inserta el protocolo, cuyas cláusulas principales se reducen á que el Duque conservaría la Geradadda y restituiría á los venecianos todo lo que les había tomado en el Bresciano y en el Bergamasco. El Marqués de Mantua devolvería á su hermano Carlos los castillos que le había quitado. Por un artículo secreto, Sforza quedó en libertad de recuperar de buen grado ó á la fuerza los castillos que le habían ocupado durante la guerra el Duque Luis de Saboya, el Marqués Juan de Monferrato y su hermano Guillermo, y los que habían ganado los Correggeschi al Marqués de Mantua.

¿Cómo tomó D. Alfonso aquel impensado desaire? Hé aquí las versiones que hallamos respecto de este interesante punto. Ammirato dice que el Rey se indignó mucho y por esta razón tardó en adherirse á la paz, maldiciendo, contra su costumbre, con palabras agrias y con demostraciones rudas, de la perfidia veneciana. Zurita esplica que estando el Rey en Puzzoli, un domingo á 12 de Mayo, se le hizo el ofrecimiento de entrar en la paz y que dió su respuesta á presencia de los de su consejo y fué del tenor siguiente: que después que por la gracia de Dios había tomado posesión del Reino de Nápoles, nada habia deseado tanto como la paz y el bien general de Italia, y que si algu-

(1) Tomo II.



na vez había llevado las armas fuera de sus dominios, había sido, ó por la defensa del estado de la Iglesia ó por la de sus amigos y confederados; pero que considerando que la paz entre la Señoría de Venecia y las demás partes contratantes, apesar de haberle comprendido á él, vino sin embargo á su noticia de una manera informal y no por auténticas escrituras, no constándole de una manera fidedigna las condiciones bajo las cuales se había celebrado; por todas estas razones, si bien la confirmaba y aprobaba en principio, se reservaba el poder declarar lo que pareciese conveniente á su dignidad y estado, para cuando se tuviera la certeza de los pactos y condiciones que se habían estipulado.

Examinemos como la recibieron los demás príncipes y señores que no intervinieron directamente en ella. Los Correggeschi, el Marqués de Monferrato y el Duque de Saboya, encontraron que era cosa muy mala que los venecianos solo hubiesen procurado por sí, y se resistieron á entrar en la concordia y á restituir lo que habían invadido. Para obligarles á ejecutar lo acordado, el Duque de Milán les mandó á Tiberto Brandolino con gran golpe de tropas y al fin no tuvieron más remedio que soltar sus respectivas presas. Después mandaron embajadores para estipular convenios particulares los cuales no hubo dificultad en firmar, y cuyos detalles pueden verse en los instrumentos que publica íntegros Du Mont en el tomo III de su ya citada colección diplomática.

A poco creció el alborozo de los florentinos al saber que los seneses y los genoveses se adherían á la paz, y llegó á su colmo al saber que las tropas del Duque de Calabria, que estaban repartidas por el territorio de Sena, habían recibido orden de volver á Nápoles, dejando únicamente presidios en Castiglione, Gavorrano y alguna otra plaza de tercero ó cuarto orden.

La retirada de los nuestros se verificó de esta manera. Entraron en el Reino por la vía de los Abruzzos, y para poderlo hacer con más seguridad, el Rey ordenó que le acompañaran hasta aquella frontera el Duque Urbino y Napoleón y Roberto Orsino con sus respectivas tropas. Demás de esto les envió también á Diomedes Caraffa y á Francés Çanoguera. Ya en terreno amigo, fueron licenciados los tres primeros caudillos,



y entonces se dispuso que D. Ramón de Riusech, Conde de Oliva, que por otro apellido se llamaba D. Francés Gilabert de Centellas, saliese de Nápoles con cuatro galeras, y poniendo la proa hácia Talamón fuese á proveer de dinero Castiglione, Gavorrano, la isla del Lirio y algún otro punto.

Para que al Rey no se le ocurriese jamás turbar la paz tan difícilmente lograda, el dia 20 de Agosto, por iniciativa de los florentinos, formaron estrecha confedeación y liga el Duque de Milán, las repúblicas de Venecia y Florencia, el Duque de Ferrara y los boloñeses, dándole sin embargo un plazo por si quería entrar en ella.

Hé aqui las noticias que da Ammirato acerca de los pasos preliminares de una confederación tan magna. Pensó la República florentina, para salir de una vez de cuidado, que la paz se completase por medio de una liga entre todos los príncipes y señoríos. Deseaba el Papa esta medida, la reclamaban los tiempos y debían esperarla con anhelo cada una de las partes contratantes. Por esta razón fueron mandados simultáneamente por embajadores Carlos Pandolfini, al Pontífice; Pedro de Médicis y Giannozzo Pandolfini, á Venecia, y Alejandro degli Alessandri, al Duque de Milán, para que vieran de concertar dicha alianza. Francisco Sforza quiso que para honrar á los venecianos, las conferencias se celebrasen en Venecia, á cuyo efecto mandó á esta ciudad á Guernero de Castiglione y á Nicolás de Arcimboldo, los cuales en compañía de los florentinos, en el mes de Agosto, siendo gonfaloniero de justicia Tomás Soderini por segunda vez, con gran facilidad formaron la confederación por el tiempo de veinticinco años en defensa de sus respectivos estados, reservando lugar al Rey y á los genoveses. Pero á fin de que al ir á tratar con D. Alfonso como adherente, no se incurriese en un segundo error, los venecianos rogaron á los confederados que los dichos embajadores ú otros en su lugar, unidos con los que el Senado designaría, pasasen á ver al Papa y le rogasen ardientemente que un legado suyo les acompañase á ver al Rey, y con esta demostración de amor procuraran desenojarle, y todos juntos le persuadiesen de entrar en la liga, lo cual fué hecho del modo que propusieron los venecianos.



Como la paz completa, es decir, la adhesión del Rey á la concordia de que hemos hablado, no tuvo efecto hasta principios del año 1455, suspenderemos el tratar de ella para ocuparnos en otros asuntos que no carecen de interés.

Zurita esplica lo que hizo Renato, lleno de despecho, á poco de llegar á Francia. Después de haber visitado la Provenza, fué á ver al Rey Carlos VII, y le pidió con gran instancia que le ayudase con seis mil lanzas y el correspondiente número de flecheros, según la usanza de la casa de Francia, para hacer la guerra en el Rosellón y vengarse así de D. Alfonso que le detentaba el Reino de Nápoles. Respondióle el Rey de Francia que el de Aragón era un gran caballero y que no quería ocasionarle molestia ni extorsión alguna, recordando, como recordaba, que en tiempo en que él había pasado tantos disgustos, así por causa del Rey de Inglaterra, como por los caballeros rebeldes de su Reino, D. Alfonso pudo haberle hostilizado, y aún no faltó quien á ello le impulsara; pero bien lejos de hacerlo, le ofreció su ayuda con treinta mil combatientes, por cuyo motivo no quería en manera alguna ser ingrato á tan noble comportamiento.

Mientras el Rey se preparaba para resistir de frente el poderío del turco, según diremos muy pronto, la egoista y fria República veneciana, mirando más por su seguridad y la de sus posesiones, que por el bien común á todos los príncipes cristianos, concertó por sí sola un tratado de paz con Mahometo II, pero con condiciones tan vergonzosas, que vino á ser su tributaria. Hé aquí los datos que acerca de él hallamos en la *Storia delle Republiche italiana dei secoli di mezzo*, de J. C. L. Sismondo Sismondi. Los venecianos, dice, fueron los primeros en mandar embajadores á Mahometo II después de la toma de Constantinopla. La república envió primeramente al Sultán á un tal Bartolomé Marcello especialmente encargado para tratar con los turcos del rescate de los cautivos, en cuya comisión tuvo un éxito mucho mejor del que esperaba, puesto que no solo redimió los prisioneros venecianos, sinó que también el dia 18 de Abril concluyó á nombre de su república un tratado de paz y de amistad con Mahometo, en virtud del cual los venecianos continuaron, como durante la dominación



de los emperadores griegos, mandando un bayle ó magistrado á Constantinopla, para que fuese á un tiempo su representante y el juez en los pleitos de sus súbditos en los estados del gran Señor. El mismo Bartolomé Marcello, que había firmado el tratado, fué el primer bayle de Venecia en la capital del imperio turco. El tributo anual que se obligó á pagar la Señoría consistió en cinco mil ducados y una pieza de brocado. M. A. Sabellicus (1) inserta el texto de este tratado.

¡Cuán otra fué la conducta del Rey magnánimo! Según Zurita, se cumplieron puntualmente en este año las órdenes y disposiciones dadas en el anterior de la manera siguiente. Fué enviado por Virrey á Albania el catalán D. Raimundo de Ortafá, para que guardase los castillos de aquel estado. A Scanderbegh se le socorrió con cierta suma anual sobre las salinas que mandó hacer el Virrey en el cabo que se llamó de Aragón. Dióse también un buen subsidio á varios señores de aquel país, entre los cuales enumera el susodicho Analista á Aremiti, Jorge Strezi, Gin Mysaych y Mysaych Tophia, para que entre todos fortificasen y defendiesen los castillos de Croya, Crepacore, Scallutzo y Cabo de Aragón. (2) Jorge Castrioto ó Scander-begh fué nombrado capitán general, y al Virrey Ortafá se le dió permiso para que pudiera batir moneda en Croya.

Compulsando lo que acabamos de tomar de Zurita con lo que dicen los biógrafos de Scander-begh, por lo que toca al año de 1454, se advierten diferencias esenciales. Según el primero, dicho príncipe se hubiera hecho poco menos que feudatario de D. Alfonso, pues esto significa la admisión de un Virrey á quien hay que considerar con atribuciones soberanas, aunque delegadas. Demás de esto el analista aragonés no habla del envio de ningún contingente armado, ni de ninguna gran operación militar en proyecto. En cambio aquellos nada

(1) Dec. III p.ª 709.

(2) Creemos que Zurita estropeó los nombres de los señores albaneses. Aremiti no puede ser otro que Arrianite, señor de la Canina, provincia de la Albania inferior, suegro de Scander-begh. Stuzi es el que los italianos nombran Stresio, sobrino de Scander-begh, como hijo de su hermana Giela. Thopia, y no Tophia, hay el que los italianos llaman Musachio cuñado también de Scander-begh, como casado con su hermana menor llamada Mamiza. El otro Misaych ó Musachio (Gin) puede ser otro sobrino de Scander-begh, como hijo de su hermana Angelina, á quien se suele llamar Musachio d' Angelina, para distinguirle de los demás Musachios.

escriben del Virrey; pero consignan el suministro de un gran refuerzo de gente armada y describen minuciosamento el objeto á cuyo fin fué solicitado.

Entresaquemos, pues, los datos de los segundos para con ellos formar un relato que sirva de complemento á lo que estampa el primero.

El Antivarino, citado tan á menudo por Biemmi, no detalla los recursos bélicos que mandó D. Alfonso á su amigo. (Barlezio dice que embarcó mil infantes, mitad ballesteros y mitad arcabuceros) pero declara el número de piezas de artillería, que fueron cinco de batir y trece menores ó de campaña con sus correspondientes bombarderos. Según Biemmi, Scander-begh con estas fuerzas, cuya llegada esperaba por momentos, juntamente con las que había conseguido reunir, tenía el intento de amenazar Sfeligrado y caer de improviso sobre Belgrado, en ocasión en que los turcos que guarnecían esta última plaza estuviesen más desprevenidos. Empero la traición se interpuso en su camino y sus planes llegaron á noticia del enemigo. ¿Quién fué el traidor? Todo hace sospechar que no fué otro que Moisés de Dibra, supuesto que más tarde desertó de sus banderas y se pasó á los turcos. De este modo manchó una vida gloriosa, ya que con sus hazañas había puesto muy alto su nombre.

Scander-begh no se amedrantó al apercibirse de que sus planes habían sido descubiertos, y pasando por encima de una contrariedad tamaña, en el mismo dia que recibió el refuerzo de Nápoles, emprendió la marcha, llegando el dia 13 de Junio bajo los muros de Belgrado. La guarnición de esta plaza, al enterarse de la proximidad del asedio, no se dió punto de reposo y, aprovechando los dias y aún las horas, reforzó las puertas. fortificó la las murallas y reunió soldados, armas, municiones y vituallas.

La hueste albanesa se componía de catorce mil hombres, amen de otros cuatro mil que tenía en Dibra en observación de los mahometanos. Tan pronto llegó á la susodicha plaza, Castrioto reconoció el recinto exterior para ver cuál era la parte más débil, mandando al frente de ellas las convenientes baterías. Sus órdenes fueron cumplimentadas con tanta celeridad



que á la mañana del inmediato dia, los artilleros procedentes de Italia ya habían montado todos los cañones, lo que les permitió batir furiosamente las murallas. Tal fué la diligencia y el acierto que en ello mostraron, que antes de llegar á la noche de la jornada siguiente, ya los fosos estaban casi llenos y practicables con los escombros del muro, y las brechas bastante anchas para permitir el ataque.

Al apuntar la nueva aurora los albaneses, y al frente de ellos las de D. Alfonso, ya estaban formados para acometer la plaza, en vista de lo cual empezaron á dar voces y á manifestar que estaban dispuestos á rendirse. Obtenida la suspensión del asalto, mandaron cuatro parlamentarios, los cuales pidieron un mes de tiempo para someterse sino recibían socorros. Scander-begh les concedió once dias, pasados los cuales prometieron aquéllos abrirle las puertas, á condición de que la guarnición saldría con armas y bagajes, que podría retirarse donde quisiera y que los ciudadanos que quedasen en la plaza tendrían salvas sus vidas y haciendas.

Como no se tenía noticia de que se estuviera reuniendo ningún ejército turco, creyeron los sitiadores que Belgrado era suya, y el mismo caudillo cometió la inadvertencia de irse á sitiar un castillo distante algunas millas, con tres mil caballos y mil infantes que sacó de la hueste sitiadora. Todavía no pararon aquí sus desaciertos, sino que en la falsa confianza de que nada había de acontecer á sus tropas, en vez de dejar el mando á un gefe de experiencia y de reconocida aptitud, se lo dió á Musachio Thopia, su cuñado, asaz jóven, ayuno de ciencia de la guerra, destituido de práctica del oficio y además negligente y confiado en demasía. El resultado de tales y tan funestos errores fué hacerse el servicio mal, con guardias insuficientes y con escuchas y exploradores mal organizados. No se escapaban las consecuencias que esto pudiera traer á los capitanes experimentados, señaladamente á Tanusio Thopia, pero como se hallaran resentidos por la preterición de que habían sido víctimas, no miraron de poner remedio á tan gran desorden. Por desgracia los de D. Alfonso participaban de la falsa seguridad de sus aliados y vivían también completamente desprevenidos.



A todo esto Breneze, que era el gobernador de la provincia turca más inmediata, trató de salvar Belgrado, y animado por las noticias que le dieron los espías, sintió crecer la confianza en el buen éxito de su empresa; de modo que en cuanto se vió al frente de un cuerpo de tropas que le pareció suficiente, emprendió la marcha, usando la posible cautela para caer de improviso sobre el enemigo y sorprendióle en medio de su descuido.

Triste y desagradable es tener que consignar el mal papel que hicieron gentes que militaban bajo de nuestras banderas y que debieron ser mejores guardadores del honor militar del monarca que las había puesto en sus manos; pero la verdad histórica debe ser antepuesta á todo género de consideraciones. Séanos, pues, lícito en esta parte traducir literalmente á Bemmi: " Los cuarteles de los italianos eran los más próximos á la parte por donde venían los turcos; y por la gran desidia con que habían abandonado todo deber, no les había quedado más que una guardia de treinta soldados de caballería sobre un collado vecino: pero éstos, para colmo de desórden, no habiendo nadie que les obligase á cumplir su consigna, habían abandonado los caballos y el punto, y tendidos á la sombra de los árboles, dormían tan profundamente que no advirtieron la llegada de los enemigos, sino cuando se vieron entre sus manos, de suerte que todos fueron hechos prisioneros, sin que ni uno solo pudiera escapar para dar la noticia al campamento. Animados los turcos con tan feliz comienzo é infiriendo de la incuria de esta guardia prisionera, la misma incuria y la segura prisión de todo el ejército, sin perder un momento se precipitaron ferozmente por aquella vía. Era el dia 25 de Junio, y el nono de la tregua: en el cual los albaneses, efecto de la profunda ociosidad y del completo silencio de los pasados dias, cada vez más firmes en su falaz opinión, en todo pensaban menos en la llegada de los enemigos; y señaladamente los italianos, de cuya mente estaba tan lejano el peligro de los turcos, como si se encontrasen en el corazón de Italia. Algunos de ellos que estaban sentados ó paseando ociosamente y medio armados delante dc las puertas, viendo de improviso á los turcos, como si hubiesen salido de una celada inmediata, venir á rienda suelta



impetuosamente sobre de ellos, (no pudiendo hacer otra cosa) gritaban llenos de horror, y huyendo dentro del campamento decían: "á las armas„ anunciando que el enemigo estaba dando el asalto, con lo cual difundieron su propio espanto por el resto del ejército. „

Entonces todo fué confusión y atropello: los más serenos ensillaron sus caballos y tomaron sus armas y vieron de salvar sus vidas por medio de la fuga; por que los mahometanos penetraron casi sin obstáculo en el campamento y se lo llevaron de calle. Musachio Thopia luchó valerosamente; pero pagó con la vida las torpezas de su conducta. Tanusio con la mayor parte de los oficiales, escapó á uña de caballo. No hay para qué decir que se perdió toda la artillería.

A poco acertó á llegar Musachio d' Angelina con unos 500 ginetes que formaban la vanguardia de las fuerzas con las cuales Scander-begh habia emprendido inútilmente el sitio del castillo antes insinuado y no mucho más tarde compareció de igual modo el mismo capitán general con el grueso de sus gentes. Uno y otro quedaron admirados al oir la gritería y al presenciar las carreras y por más que por algunos instantes vieran de rechazar y poner en orden á los fugitivos, uno y otro fueron arrollados y no tuvieron más remedio que declararse en vergonzosa fuga. Musachio d' Angelina recibió una grave herida en el hombro derecho y Jorge Tophia, hermano de Tanusio, fué arrojado de su caballo y corrió el riesgo de quedar aplastado, pudiendo al cabo salvarse á pié.

Tal fué el desastre de Belgrado y tal la parte poco lucida que cupo desempeñar á los nuestros.

Narremos ahora una série de luchas marítimas que tuvieron lugar entre la marina real y la de la Señoría genovesa. Zurita habla de ellas, pero de una manera incompleta; Foglieta guarda silencio acerca de dichos sucesos, sin duda porque su desenlace distó mucho de ser glorioso para las armas genovesas; en cambio Fazio y Constanzo los refieren con bastante minuciosidad. A ellos, pues, será necesario tomar por guía.

Tenía el Rey, por natural instinto, singular placer en hacer construir naves de monstruosas dimensiones (1) y el año ante-

(1) Vinyes en su último viage tuvo el honor de que el Rey le invitase á visitar



rior había hecho armar dos grandísimas para esperar el retorno de los bajeles moros, que después de haber estado en Alejandría, se dirigían á Túnez. Hay que advertir que por causa de la Religión, D. Alfonso se consideraba en estado permanente de guerra con los infieles. Quiso la casualidad que mientras estaban navegando por los mares de Africa, descubrieran una gran carraca genovesa de la cual era capitán Uberto Squarciafico, que procedente de las costas de Levante, regresaba al puerto de Génova. Juan Gilio, (1) que mandaba las naves del Rey, empezó á darle caza, y cuando la tuvo á cierta distancia, le mandó un bote para saber qué buque era. Los de la carraca nada quisieron decir, moviéndose un altercado acerca de quién se había de declarar á quien, con arreglo á los antiguos usos y costumbres de los navegantes. Gilio se alteró tanto al enterarse de aquella resistencia, que acto continuo mandó atacar con sus dos naves la que montaba Squarciafico. Así que éste lo advirtió, mandó tocar zafarrancho de combate y al punto empezó la lucha, disparándose por entrambas partes la artillería y hostilizándose con toda clase de armas arrojadizas. Más á poco las naves aragonesas dieron el abordage á la genovesa y como una de las primeras pusiera la proa en el costado de la segunda, pudo limpiar su cubierta á pedradas y saetazos. No tardó Squarcifico en rendirse al ver muertos y heridos buen número de los suyos, porque después de todo, su nave, no estaba dispuesta para una gran resistencia. Hay que decir en honor de los nuestros que se esmeraron en atender á los heridos y que respetaron el honor de varias señoras de esclarecido linaje, que procedentes de Chio, iban embarcadas en la nave cautiva, tras de lo cual pusieron en ella la correspondiente dotación de marineros y soldados aragoneses, y, cambiando el rumbo que tenían proyectado, regresaron con su presa al puerto de Nápoles. Hay quien afirma que en ella había mercancías por valor de ciento cincuenta mil ducados.

con él el arsenal, donde pasaron hora y media examinando los pontones, galeras y naves gruesas en construcción. La vista de estas últimas le hizo escribir á los concelleres, lleno de admiración: «*Aço es obra incomprensible, que no sé qué mariner pura navegar.*» Esto es obra incomprensible, que no sé que marinero pueda navegar.» Aquellas ingentes embarcaciones representaban los Duilios y Dándolos de nuestros dias.

(1) ¿Gil?



Luego que se supo en Génova este desastre se conmovieron profundamente los ánimos, así de los nobles como de los plebeyos, puesto que la aprehensióu de aquella nave era la ruina de la fortuna de muchisimos ciudadanos. Por esta causa resolvieron inmediatamente los genoveses enviar cerca de D. Alfonso á Bautista Guano y á Nicolás Grimaldo como embajadores, para que pidieran la restitución de la nave, no menos que las mercancías. Su arenga, dice Fazio, comenzó llena de quejas y concluyó llena de súplicas. Dijeron que se maravillaban de que no habiendo ninguna razón de guerra entre ambos estados y sí más bien de amistad, las naves de un rey tan grande y tan rico fueran por el mar á abordar y á saquear un buque de personas particulares, arruinando así á muchas familias. Rogaron luego que se pusiese en libertad á los genoveses prisioneros, los cuales ya habian sido destinados á remar en las galeras; que se indemnizase á los armadores de las pérdidas sufridas y que el Rey prefiriese obligar á los genoveses con el beneficio que solicitaban á apartarles de su devoción con la negativa de restituir la nave. D. Alfonso contestó vindicando á Gilio y dando toda la culpa á Squarciafico, por no haber querido declararse y por haber respondido con altanería, enarbolando la bandera de guerra y rompiendo luego las hostilidades. Añadió que hacía dos años que los genoveses habían incurrido en pena, por no pagarle el tributo de la fuente de oro á que se comprometieron y que, demás ello, habian causado no pocas extorsiones á súbditos suyos, con haber apresado una nave nuestra. En fin, que si querían poner el asunto en manos del Papa, ó de amigables componedores que habrían de reunirse en Roma, él no tenia dificultad en depositar el valor de la nave, siempre que ellos hiciesen otro tanto, para estar á las resultas del juicio.

Así terminó aquella reclamación, regresando los embajadores genoveses á su país, sin haber conseguido ningún resultado positivo. Sin embargo, á poco el Rey soltó á Squarciafico y á los demás tripulantes, y á las señoras les devolvió las alhajas y perlas que le habian tocado á él en el reparto de la presa.

No quedó esta grave ofensa sin venganza por parte de la República de Génova. Si la historia pudiera escribirse hoy en



el estilo sentencioso que tan en moda estuvo en otros tiempos, diríamos que el Rey confió demasiado en su poder, y que no es de hombres sesudos el desafiar las iras de aquellos que, siendo pequeños, saben crecerse en el peligro y luchar con denuedo hasta vencer á los más altivos. No tener presente la dura lección de Ponza era, más que soberbia, ceguera.

Poco tiempo después se supo en Génova que el Rey estaba armando tres naves, y como los genoveses estuvieran esperando varios buques con muy ricos cargamentos de la isla de Chio, temieron que D. Alfonso se llevase la mira de atacarlos, de suerte que los ánimos se llenaron de indignación, estando aún reciente la herida de la aprehensión del barco de Squarciafico y de la negativa á devolvérselo. Para hacer frente á tal peligro alistaron seis naves, dos balleneros y otra porción de buques de menor porte, cuya escuadra pusieron bajo el mando del noble Juan Felipe Fiesco. Avisado el Rey de esta novedad dió orden de que sus naves, que ya estaban más allá de Sicilia, regresaran al puerto de Nápoles. Empero Fiesco, que era enemigo jurado de los catalanes, después de haber embarcado gente y matalotage, levó anclas y se hizo á la mar. Su primera aparición fué desembarcar en Trápani, y ya como enemigo declarado, entró á saco aquella ciudad y luego infestó varios otros lugares de la costa siciliana. Después de haber rodeado casi por completo toda Sicilia, pasó al mar Jónio é hizo rumbo á la isla llamada Sapiencia. [1] Los genoveses habían prevenido con anticipación á las naves de Chio que también se dirigieran á este último punto, mandando á los capitanes que allí esperaran á la escuadra, si por ventura llegasen antes que ella. Dos meses después supo D. Alfonso que la armada de Fiesco se había reunido con seis naves genovesas procedentes de Levante y que todas juntas intentaban atacar á Nápoles para incendiar los tres buques aragoneses. Para evitar este peligro lo primero que dispuso fué que Bernardo de Vilamarí se hiciese á la mar con las galeras disponibles y se

(1) Mucho nos ha costado el poder averiguar el nombre moderno de esta isla: pero al cabo hemos podido salir de dudas, gracias á la traducción italiana hecha por Gerónimo Ruscelli de la *Geografía* de Claudio Tolomeo Alejandrino. La isla de Sapiencia es la que luego se ha llamado con todos estos nombres Sfragia, Sphacteria, Sphagia ó Sfagia. Se halla en el mar jónio frente de Pylos y á la entrada del puerto de Navarino.



pusiese en observación del enemigo, espiando qué rumbo seguía, para que en el caso de que fuese éste el golfo de Nápoles, pudiese avisar con toda la rapidéz posible. Allende de esto trató de cerrar la entrada del puerto, y mandando arrancar grandes peñascos de las canteras vecinas, dispuso que se echaran en la boca del mismo, hasta formar montones tan aproximados entre sí, que no permitieran el paso por en medio de ellos á ninguna de las naves genovesas. Esta defensa la cerró primero con una barrera de vigas y luego con una gran cadena de hierro. Por lo que respecta á los muelles, ordenó levantar en ellos un muro de tanta altura que superara á las naves de mayor porte. Además distribuyó por el puerto toda la artillería, en la cual figuraban piezas de asombrosa magnitud; llamó á la ciudad gran parte de la artillería que tenia en la Tierra de Labor, armó á todos los vecinos jóvenes, ordenándoles que se presentaran allí donde conviniese, y nombró á los capitanes que en caso necesario deberían encargarse de la defensa de las naves.

Entretanto se averiguó que los genoveses mandaban alistar diez galeras, para que se reunieran con la escuadra susodicha, puesto que teniendo el Rey bastante número de barcos de la misma clase, comprendieron que las grandes naves de la Señoría no podrían por sí solas combatir de una manera conveniente. Este nuevo peligro movió á D. Alfonso á completar las defensas comenzadas.

A todo esto se descubrió ya la armada genovesa, compuesta de catorce naves, entre las islas de Capri é Ischia. Enterado D. Alfonso dió orden de que todo el mundo tomara las armas y se dirigiese al puerto, por si acaso se presentaba el enemigo, mandando que los trabajos de fortificación continuaran dia y noche. Más los genoveses hicieron rumbo al fondeadero de la isla de Prócida, en el cual largaron áncoras, tranquilizándose por de pronto el ánimo de los del Rey. Al dia siguiente regresó Vilamarí con los trirremes y ya hubo esperanzas de poder defender las naves que se hallaban en el puerto. Al cabo de tres dias la escuadra genovesa navegó en demanda de Nápoles, pero siempre se mantuvo fuera de tiro de lombarda, limitándose á hacer un alarde de su grandeza, tras de lo cual



se volvió á su punto de partida. A todos admiró esta ostentación inútil, puesto que dada la imperfección de las defensas del puerto, si hubiese atacado, las naves de D. Alfonso se habrían resistido difícilmente. A lo último se entendió que la causa de todo era que esperaba la llegada de las galeras de Génova, sin las cuales no se atrevía á empeñar el ataque. La verdad era que el armamento de éstas se llevaba con gran desidia y lentitud, por cuyo motivo la escuadra enemiga dejó pasar inútilmente una infinidad de dias. En este intermedio los nuestros perfeccionaron las fortificaciones del puerto, y ya que los montones de piedras llegaban á flor de agua, fueron rellenados los huecos que habían quedado entre ellos. Con igual diligencia metieron en el puerto interior, que tenía menos profundidad, todas las naves que estaban amarradas en el muelle, escepto las dos grandes y la de Squarciafico, las cuales revistieron de cueros crudos para resguardarlas de las materias incendiarias. Ayudó á todos estos trabajos la escepcional tranquilidad del mar que hubo en todos aquellos dias. Al cabo de algún tiempo Fiesco, pasmado de la tardanza de las galeras, abandonó el fondeadero de Prócida y se dirigió hácia la isla de Ponza, ya fuera para ver si encontraba á los barcos que esperaba, ya para remediar la necesidad que tenia de hacer aguada, puesto que allí donde había estado, se lo impedian las galeras de Aragón. De Ponza hizo rumbo hácia Piombino, licenciando desde este puerto los buques procedentes de Chio, más aptos para servir de estorbo que para prestar auxilio. Poco después recibió de Génova otras tres naves de guerra. Entre tanto se acabaron de armar las galeras, cuyo retardo fué debido á la discordancia de las órdenes tras de lo cual pudieron salir á la mar, mandadas por Marino Fregoso que era hermano del Dux Pedro. En ellas iban Sireto Vultarbio y Juan Lomelino con encargo de ver si podían arreglar las diferencias con el Rey, siempre de acuerdo con Fiesco y con Fregoso. Después de haber conferenciado con el primero de éstos, los legados dejaron los buques en Piombino y por tierra se dirigieron á tratar con D. Alfonso. Ante todo tuvieron una audiencia privada con él y luego fueron recibidos á presencia del Senado. Para que su embajada pudiera tener mejor éxito, dispusieron que la escua-



dra se mantuviera fuera de las aguas del Reino. El magnánimo les oyó, pero no les hizo caso alguno, pues recelaba que á lo mejor se presentaría la armada genovesa. Y en verdad hubiera sido indecoroso para el buen nombre del Rey pactar con un adversario que se presentaba armado en los confines de sus dominios, puesto que la pública opinión lo hubiera achacado á miedo. Los embajadores pidieron entonces una galera con el objeto de hacer que la escuadra no se moviese de Piombino. Pero mientras esto sucedía, Marino Fregoso, con sus triremes, navegaba la via de Ponza, sin esperar á las naves, desoyendo el consejo de Fiesco ó Flisco á quien pertenecía el mando supremo. A esto se le presentó Sireto, quien le dió parte de que el Rey tenía catorce galeras muy bien armadas y tripuladas y de que se apresuraba á ponerlas en orden, de suerte que era peligroso permanecer en aquel lugar sin el amparo de las naves, puesto que le podría suceder que antes de reunirse con ellas, fuese hecho prisionero. Pero Fregoso, esperando unas veces la puesta de sol, otras la salida de la luna, para ver si con ello se levantaba un viento favorable, dejó pasar algunos dias sin querer moverse de Ponza. D. Alfonso fuese por casualidad, fuese porque realmente sabía lo que pasaba, ordenó á Bernardo Vilamarí que saliese con sus catorce galeras, para ver si podía coger á los enemigos separados y alejados de sus naves. Nuestro almirante fué desde luego á esconderse al abrigo de la isla de Ischia, y cuando hubo anochecido, levó anclas y puso la proa hácia Ponza, mandando siete galeras de vanguardia. Fué tal la incuria y la imprudencia de los genoveses, que estuvo en poco que todos sus buques no quedaran apresados en el puerto. Al ver la escuadra real, todo fué confusión y barullo, y las maniobras de una galera no hacían sino estorbar á las maniobras de las restantes. Al fin los genoveses comprendieron que no tenían más remedio que la fuga, pues de lo contrario se exponían á que los nuestros les cerraran la salida del puerto. Así, pues, se largaron inmediatamente á toda fuerza de velas y de remos. Cuando Vilamarí lo advirtió se puso á estimular á los suyos para que no omitieran trabajo ni esfuerzo alguno hasta alcanzar á los fugitivos. Pero pudo más el terror de los genoveses que el deseo de gloria de los nuestros, sin embargo de



que dos galeras, las más veloces de la escuadra de D. Alfonso, siguieran de muy cerca á las enemigas. Transpuesto ya el monte Circeo, y á unas veinticinco millas de Ponza, seis galeras genovesas y entre ellas la que montaba Fregoso, se vieron tan acosadas y contemplaron el peligro tan de cerca, que al fin hubieron de dirigir su proa á la playa, y ayudados por el viento embarrancaron con ímpetu tan grande que sus cascos se sumergieron en la arena abriéndose por todas partes. Fué tal el espanto y el terror de los enemigos, al verse encima á los del Rey, que ninguno pensó en los demás, de suerte que abandonando las triremes, se dispersaron por todas partes, unos medio armados, otros desarmados por completo, huyendo cuanto podían de la playa. Armas, banderas, artillería, todo cayó en poder de Aragón. Solo tres galeras enemigas que se hallaban algo más distantes continuaron su fuga y se pudieron salvar en alta mar de la persecución de las nuestras.

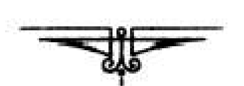
Todavía no pararon allí los contratiempos de los genoveses. Tres dias después, Anequino Corso se dirigió á Ponza con su trireme, ignorante del desastre sucedido, pensando que hallaría en aquel fondeadero las restantes galeras de su escuadra. Vilamarí, después del triunfo, también había ido á anclar en dicha isla, disponiendo que nueve triremes de las suyas enarbolasen las banderas tomadas á los genoveses y fingieran ser la escuadra de los enemigos. Anequino conoció el dolo cuando ya no estaba en disposición de ponerse á salvo, por lo cual no tuvo más remedio que saltar en un bote y entregarse prisionero bajo la fé de Vilamarí. Después de esto, los nuestros fueron á intentar si podrían poner á flote algunas de las galeras varadas. Solo se pudo salvar una: las demás quedaron tan averiadas que se conceptuó serían inútiles para prestar servicio; de manera que, no queriendo emplear el tiempo en vano, determinaron abrasarlas. Fiesco que se dirigia á Ponza, se enteró de la catástrofe, y comprendiendo que no le era posible emprender ninguna operación formal, privado como se hallaba del concurso de las triremes, deliberó virar y retirarse. Mientras navegaba en demanda de Génova, se levantó una desecha tormenta á la vista de la isla de Córcega, de tal modo que toda su escuadra se dispersó, perdiendo unas naves el mástil, otras las

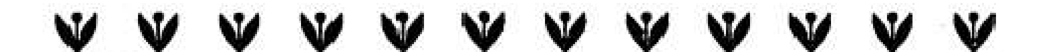


antenas, teniendo otras las velas rasgadas y ninguna sin avería, á escepción de la capitana.

Por aquellos dias también se dejó sentir un ciclón en el puerto de Nápoles y los buques anclados en él sufrieron extraordinariamente y en especial las tres grandes naves por efecto de las pieles de toro que las envolvían, las cuales tomaban mucho viento y servían de no poca contrariedad. También quedó destruida la barrera de vigas que se había construido en la boca del puerto.

Calmada la tempestad, se presentó Vilamarí con la escuadra llevando dos triremes genoveses prisioneras. Iban con él algunos varones de esclarecido linaje, siendo todos alegremente acogidos por el Rey y acompañados á Nápoles con los correspondientes honores.





CAPITULO LVII

SUMARIO

(1455). — Ultímase la paz entre el Rey y la mayor parte de los estados de Italia. — Embajadas á Nápoles. — Reunión en Gaeta. — Discurso del cardenal de Fermo acentuando el peligro de la invasión musulmana. — Respuesta del Magnánimo. — Se reanudan más tarde las conferencias de Nápoles. — Se concluye el tratado de paz de todos los soberanos y príncipes de Italia menos la Señoría de Génova. — Pregón y fiestas en Barcelona. — Operaciones contra el rebelde marqués de Cotrón. — Muerte de Nicolás V. — Elogio de este Papa. — Elección del español Alfonso de Borja que toma el nombre de Calixto III. — Predicción de San Vicente Ferrer. — Magnífica embajada del Rey en la coronación del nuevo Papa. — Anuncia la cruzada contra el Turco. — Nuevos disturbios en Italia. — El Rey favorece á Piccinino. Mortandad en las Marismas. — Matrimonios concertados entre la casa de Aragón y los Sforza de Milán. — Propósito del Rey de guerrear contra el turco.

Como ya indicamos en el capítulo anterior, la paz entre el Rey y la mayoría de los estados de Italia se ultimó en el año de 1455. Pasaron al Reino de Nápoles, conformándose con la proposición de los florentinos, á la cual dió su asentimiento el Papa, representantes de todos los principes y señorías signatarios de la paz y liga, acompañados de un legado pontificio. Era su objeto, como también apuntamos, presentarse al Rey, desenojarle con aquella muestra de respeto y amor y ver de lograr que firmase la concordia y formase parte de la confederación italiana. Hé aquí los nombres de los embajadores: por Nicolás V, fué nombrado el Cardenal de Fermo; por Venecia, Gerónimo Barbarigo, procurador de San Marcos, Zacarías Treviso y Juan Moro; por el Duque de Milán, Barto-

lomé Visconti, obispo de Novara y el Conde Alberico Malleta y por Florencia, Bernardo Antonio de Médicis y Diotisalvi Neroni.

Llegaron, según Fazio, á Gaeta, en ocasión en que el Rey se hallaba de caza en el castillo de Trajeto, que dista unas diez millas de dicha plaza, y así que S. M. lo supo, inmediatamense les salió al encuentro. Los embajadores, al saber que D. Alfonso se había puesto en camino, se adelantaron como unas dos millas á recibirle y él les acogió con las mayores muestras de benignidad y cariño. Al llegar á Gaeta, les hizo hospedar á todos. Fué siempre costumbre del Rey con las embajadas que recibía, proveer diariamente á las personas que las formaban de variados, esquisitos y abundantes víveres. Durante aquel dia y los dos siguientes, nada se habló de negocios; pero al inmediato, se reunieron los embajadores en la posada del legado pontificio y se presentaron al Rey. El cardenal fué el encargado de llevar la palabra y le expuso en un discurso elocuente y hábil el objeto de la embajada. Fazio lo inserta y nosotros, para no pecar de difusos, nos limitaremos á dar una idea sustancial del mismo. "En nombre de mis colegas, dijo, debo manifestar á V. M. que el objeto que nos mueve á todos es ofrecerle la paz y la alianza, las cuales no dudamos serán aceptadas por V. M., sobre todo si tiene en cuenta lo triste de los tiempos que atravesamos, puesto que la causa de la Cristiandad y de la Religión se ve tan amenazada. Este peligro, determinó á los príncipes y señorías á deponer las armas, y á mirar por su tranquilidad; si al hacerlo, no se consultó, ni se contó con V. M., no fué por desprecio, sinó por lo apremiante del caso; pues de haber tomado otro partido, las negociaciones hubieran sido mucho más largas y difíciles. Apesar de ello, se dejó lugar honroso á V. M. así en la paz como en la liga, para que se viese que no se concertaba en detrimento ni en desdoro de vuestra real persona ni de vuestro Reino. „Manifestóle que no debía rechazar el ofrecimiento, no solo en beneficio de Italia, trabajada por tantas guerras intestinas, de tal suerte que hasta el vencedor parecía vencido, sinó también por humanidad y justicia, lo cual aumentaría su gloria. Expúsole que no se trataba únicamente de apaciguar á Italia, sino más bien de defen-



derla y asegurarla, por cuyo motivo confiaba que se apresuraría á entrar voluntariamente en la liga con los demás príncipes y señorías. Nos amenaza, exclamó, una guerra grave y peligrosa, tal como no hay memoria en Italia en el espacio de muchos siglos. Se trata de la salvación del país, de la salvación de toda la Cristiandad, de la salud de nuestra Religión. Mahometo, enemigo atroz del nombre cristiano, no contento con haber tomado Constantinopla, que el gran Constantino fundó para tener á raya á los bárbaros y en cuya toma hubo tantas muertes, incendios, rapiñas, violaciones, profanaciones de templos, escarnios de las cosas sagradas con ludibrio de Jesucristo Nuestro Señor y de la Vírgen Santísima; no contento tampoco con la opresión de Grecia, que en parte gime bajo sus garras y el resto tiembla de miedo, quiere ya abandonar el Oriente, invadir á Italia y hacerse dueño de Roma, cabeza de nuestra Santa Religión. Y como todos estos atropellos están impunes, de aquí que se dedique á reunir fuerzas para cometer otros nuevos. Este astuto enemigo ha comprendido que si Italia se hallaba desprevenida y que si podía apoderarse de ella, luego dominaría con la mayor facilidad á los demás príncipes y pueblos cristianos. Nuestro enemigo se prepara para caer de improviso sobre nosotros, en la convicción de que no ha de hallar tiempo ni ocasión más propicios para realizar sus planes execrables. Y á la verdad que no errará, si permanecemos ociosos, si no nos preparamos á hacer frente á su poderío. ¡Tan grande es la cantidad de dinero de que dispone; tales la formidable escuadra que tiene alistada y la hueste inmensa que ha reunido! Ya está cerrado á nuestros buques el mar Egeo, ya solo pueden frecuentar las islas del Archipiélago de Grecia y las costas de Levante las grandes naves reunidas en considerable número, quedando privados los cristianos de un comercio en otro tiempo activo y floreciente. De igual modo las fortalezas turcas, situadas en ambas orillas del Bósforo Tracio, impiden el acceso al Mar Póntico, no menos fructuoso á nuestro tráfico. Tiene el turco por aliados á los Scythas, gentes que por su número, por la robustez de su cuerpo y por su carácter belicoso, han de oprimir en breve nuestros establecimientos del Mar Negro, ó al menos los han de tener en con-



tinuada alarma. También ha mandado embajadores á todas las naciones bárbaras, y más especialmente á los que, por estar más inmediatas al mar, entiende que pueden favorecer sus expediciones, excitándolas á hacer una guerra de religión para que Mahoma triunfe de Jesucristo. Y no cabe duda que arrastrará á esta guerra á los reyes de Siria, Mauritania y Africa y á muchos otros que viven en remotas regiones. Tan admirable es la fuerza de la religión, aún siendo falsa y hasta detestable, que si una vez se apoderó del alma, ya no hay otra potencia que, como ella, pueda inflamarla y obligarla en fuerza del temor, puesto que los que la profesan, creen siempre que es más eficaz y más santa que las demás religiones. Todos los males y peligros que pesan sobre Italia, solo la paz y la concordia son capaces de conjurarlos. Es tal el nombre que Italia tiene en materia de armas, que el solo rumor de que la paz y la alianza son un hecho, desviará al enemigo de sus perniciosos conatos. Pero esto no basta; debemos tener un capitán que nos guíe, sobre todo en las expediciones marítimas en las cuales debe cifrarse principalmente la victoria.„

Después de esta brillante exposición, el Legado pontificio manifestó á D. Alfonso que nadie, como él, podía ponerse al frente de la empresa. Hé aquí como trató de persuadirle. "Todos, le dijo, de unánime consentimiento, proclaman á V. M. jefe y caudillo. Todos ven en V. M. reunidas de sobra las condiciones que se requieren para el mando, á saber: suma ciencia de la guerra, valor egregio, autoridad incontestable, fortuna probada en medio de los mayores contratiempos. De todas estas cosas ha dado V. M. admirables ejemplos en las varias guerras que emprendió: en la de Nápoles, en la de Marsella, en la de España, en la de Africa. V. M. tiene más que ningún otro príncipe, marinos y buques en gran número; pero, además de las fuerzas de V. M., le seguirán gustosas las de los otros estados de Italia. Si V. M. no toma el mando, la igualdad de los demás será origen de celos, rivalidades y disputas; pero si V. M. se pone á la cabeza, todos obedecerán sumisos á V. M. Añadióle que la gloria de esta empresa superaría á cuantas había acometido antes, porque en ellas, aunque fué victorioso, siempre hubo de derramar sangre de cristianos, al paso que en la que se proyec-



taba, solo se vertería la de los enemigos de nuestra Santa Religión. Una guerra tal, superará los hechos más brillantes de todos los príncipes contemporáneos. Todo lo dicho, repitió, solo puede lograrse á beneficio de la paz, puesto que sin ella, Italia no podría disponer de sus huestes, ni preparar una gran escuadra, para hacer frente á la que Mahometo, prevalido de las ventajas que le ofrece Constantinopla, está armando sin darse punto de reposo. El Papa Nicolás, continuó, lo pide á V. M. con ahinco y á este objeto me ha enviado. También se unen á sus ruegos todos los demás ilustres embajadores aquí presentes, no menos que todo el Orbe cristiano. No deje V. M. que Italia padezca, no deje que sufra detrimento la Cristiandad y la Religión santísima en la cual se cifra nuestra salvación. No espere, sobretodo, á que los enemigos del cristianismo se preparen para la guerra, porque más tarde será ineficaz el concurso de Europa entera.„ Luego le indicó como podría atajarse el ardor del turco, llevando los ejércitos cristianos á Grecia y Thracia. "Mire V. M., le dijo, de no perder esta ocasión de llenarse de verdadera gloria que Dios le ofrece y aún le prepara. Piense cuanto fué el lustre de aquellos príncipes que, para conservar ó para extender el nombre cristiano, hicieron la guerra á los enemigos de nuestra religión. Acuérdese de aquel Carlos á quien sus hechos hicieron merecer el dictado de Magno; acuérdese de Godofredo, del Emperador Segismundo y de Juan de Vaivoda. No se aparte sobre todo de la mente de V. M. el pensamiento de la religión en la que se encierra la felicidad de nuestras almas. Por ella hay que pelear, por ella hay que hacer toda clase de esfuerzos, hasta perder, si necesario fuese, la vida. Si V. M. desprecia la paz y la alianza, Italia volverá á ser presa de guerras intestinas. Entonces los príncipes cristianos que se hallan lejos del incendio, viendo que damos de mano los armamentos navales, se encerrarán en sus casas.„ La conclusión fué conjurarle á que entrase en la paz y liga en bien de Italia y de la Cristiandad entera y á que aceptase el cargo de general.

Los demás legados confirmaron con diferentes razonamientos cuanto había expuesto el Cardenal de Fermo.

D. Alfonso respondió que nada le había sido tan grato como el hacer la paz, así en las guerras interiores, como en las



esteriores; que siempre que rompió las hostilidades fué por que se vió atacado ó por que tuvo el deber de salir á la defensa de sus aliados; pero jamás para aumentar sus dominios, que á Dios gracias, eran bastante extensos y ricos; que en la guerra buscó la paz, y no en la paz la guerra; que si sus enemigos le pidieron que cesase el fragor de las armas, siempre vino á ello con honrosas condiciones, y que hecha la amistad, á todos les dejó que gozasen de las ventajas del comercio con sus reinos; que la última campaña la emprendió para favorecer á los venecianos y no por ninguna clase de ambición, que si se hubiese pedido la paz á él, es seguro que las condiciones no hubieran sido tan duras como las que impusieron los venecianos, en cuyo obsequio tomó las armas; que en asunto de tanta entidad no se debía haber procedido del modo que se hizo, sin participarle ni consultarle nada. Expuso que sabía los preparativos é intenciones de Mahometo, y que si no se hubiese visto agobiado por la guerra, no lo hubiera soportado tanto tiempo; que entonces se hallaba, á Dios gracias, libre de ella y que por tanto podría poner por obra sus propósitos; que como general ó capitán no faltaría su concurso á la Cristiandad en aquella gloriosa expedición, para la cual preparaba todas sus fuerzas y estaba dispuesto á dar la vida; puesto que todo era poco en obsequio de Aquel que se sacrificó por la redención del linaje humano; que así lo hicieron sus antepasados y que á él se le inculcó, desde su más tierna infancia, el anteponer la religión á todas las demás cosas. Por fin, declaró que si se pedían y concedían condiciones honrosas, no rehusaría la petición del Papa y de los demás príncipes y pueblos que le habían mandado legados y que de este modo tomaría parte en la expedición.

Después de esto se empezó á hablar de los pactos, y como el Rey exigiera ciertas cosas que los embajadores debían consultar á sus respectivos gobiernos, le pidieron el tiempo necesario para ello.

Después de lo dicho, D. Alfonso vió que la ciudad de Gaeta no podía proporcionar lo necesario para que estuvieran convenientemente asistidos los embajadores y los de su séquito, que era muy numeroso, aparte de los cortesanos que le habían acompañado, que eran también muchos, por lo cual decidió



que los primeros se trasladaran á Nápoles, cuyos recursos eran incomparablemente superiores. Para ello mandó que los criados de la Real Casa se anticiparan, y cuando todo estuvo dispuesto, partieron los legados, hallando en la capital cuanto podía hacerles agradable la vida.

El Rey regresó á Trajeto en donde permaneció algunos dias, y de allí partió para Puzzoli, deteniéndose asimismo por algún tiempo.

En tanto, ya en la capital, se reanudaron las conferencias. D. Alfonso tenía gran empeño en que se restituyera á los Corregeschi, á Nicolás Guerrero, á Geraudo Gambacorta y á cuantos habían seguido su causa, los castillos que les habían sido quitados. Por más que se debatió con singular instancia este punto, los representantes de Sforza y de los florentinos, en cuyo poder habían pasado aquellas fortalezas, se denegaron constantemente á restituirlas. Después de mucho discutir, el Rey se adhirió á la paz, prèvia la corrección de alguna de sus cláusulas.

El mismo Fazio copia el tratado que se hizo en Venecia y las correcciones que exigió D. Alfonso.

Hé aquí la esencia de unas y otras.

Se forma amistad, alianza y liga entre los venecianos, Francisco Sforza, los florentinos y sus respectivos aliados y el Rey Alfonso, para la tranquilidad y salvación de Italia y principalmente para reprimir las asechanzas de los turcos que amenazan con una grave guerra á la Cristiandad, bajo las siguientes estipulaciones que serán inviolables por espacio de veinticinco años y por más, si así fuese del agrado de los contratantes. Alfonso defenderá el estado de los venecianos, de Francisco, de los florentinos y de sus aliados, contra cualesquiera que les armen ó muevan guerra, ya sean italianos ó ya extrangeros, mientras el derecho esté de su parte. En tiempo de paz y para poder prestar mútuo socorro, en el caso de un ataque repentino, D. Alfonso, los venecianos y Francisco, tendrán, cada uno, ocho mil hombres de caballería y cuatro mil de infantería, y los florentinos cinco mil de la primera de dichas armas y dos mil de la segunda, corriendo á cargo de cada cual el pago de sus respectivas tropas. Si se originase alguna guerra, ningu-



na de las partes contratantes podrá hacer la paz sin el común consentimiento de las restantes. No será lícito al Rey ni á sus aliados hacer liga ni confederación con ninguna potencia italiana sin el común consentimiento. Si la guerra se declara, cada uno enviará sin pérdida de tiempo al que se vea atacado, á lo menos la mitad de la caballería en su socorro y no la retirará mientras la guerra no esté terminada. Si aconteciere que se hubiesen de enviar ausilios á algunos de los aliados, el que los recibiere procurará á las tropas ausiliares, locales donde alojarse y les venderá las provisiones y demás cosas necesarias al mismo precio que á las gentes del país. Si alguno de los confederados promoviera una guerra, la confederación por él violada, no se romperá por lo que toca á los demás, sinó que se tendrá por íntegra é inviolable, y los restantes aliados darán al atacado el socorro con no menor diligencia, de la misma suerte que si el que ataca no formase parte de la confederación. Si á alguno de los aliados se le mueve guerra, los restantes negarán el paso por su territorio á las tropas del agresor y no les será lícito proporcionarles víveres, sinó que antes bien se opondrán con todas sus fuerzas al que ataque.

Hé aquí ahora las enmiendas que exigió D. Alfonso. Como en el caso de guerra entre los confederados, pudiera nacer la duda de quién es el agresor y quién el acometido, se estipula que para evitar toda causa de injuria, tengan que deponer entrambas las armas al mandato de los demás que forman la confederación, á fin de que conozcan de sus disenciones y se separe la injuria, y se restituya lo que se hubiere quitado, debiendo concluirse en el término de treinta dias la causa que se habrá de formar, la cual se seguirá en el lugar en donde se hallare el Pontífice. Si alguno de los aliados que hubiese tomado las armas, rehusara conformarse con la sentencia pronunciada por los demás, éstos deliberarán en aquel caso, qué número de tropas se han de enviar contra el contumaz de las que forman el contingente de la confederación; pero nunca podrá obligarse á ningún confederado que envíe mayor número de las que debe tener en tiempo de paz. De igual manera los restantes arbitrarán el modo de proteger y salvar, por medio de las armas, al atacado. El que sin contar con los demás, hiciere la paz ó

pactare treguas que pasen de cuarenta dias, se entenderá que viola la confederación. Si á uno de los aliados ó confederados se le mueve guerra, ya por alguno de los que forman parte de la confederación, ya por quien á ella no pertenezca, entièndase que en ambos casos se deben enviar socorros al atacado. El Rey no tendrá menor ejército, así de infantería como de caballería, tanto en tiempo de paz como de guerra, que los venecianos y que Francisco Sforza. En las guerras marítimas el Rey no viene obligado á prestar ausilio á los venecianos, ni estos al Rey. Esta alianza no prejuzga los derechos que el Rey pretende tener contra el Dux y la ciudad de Gánova y contra los *condottieri* Segismundo Malatesta y Hector Manfredi por dineros que de ellos acredita.

Admitidas estas enmiendas se firmó la paz y la liga entre todos los príncipes y ciudades de Italia, escepto los genoveses, dejándoles sin embargo lugar en ella. (1)

(1) La firma del susodicho tratado de paz obligó al Rey á levantar todas las trabas y prohibiciones comerciales que había dictado anteriormente en perjuicio de los súbditos y vasallos de los estados con los cuales había sostenido guerra, á cuyo efecto escribió á su hermano el Rey D. Juan de Navarra, lugarteniente general en los reinos de acá en España, cuya disposición comunicó este á los jurados de la ciudad de Barcelona quienes la hicieron saber por medio de público pregón en la forma siguiente que tomamos del capítulo 77 del *Libre de coses asenyalades*.

«Per la liga unió inteligencia é confederació seguides entre lo excelent Senyor Don Alfonso de Aragó vuy beneventuradament regnant la ilustrisima Senyoria de Venecia é lo illustrissim Duch de Milá é puis rettificada per la excellsa comunitat de Florensa en la qual confederació es intrada la santedad de nostre Senyor lo Papa, fou feta dijous à XX de Mars del any MCCCCLV y publicament per la ciutat de Barcelona la crida seguent:

«Are oiats ques fan à saber de part del illustrissim Senyor Rey de Navarra infant é governador general de Aragó ó de Sicilia, Duch de Nemos é de Monblanch, compte de Ribagorsa é Senyor de la cintat de Balaguer, lochtinent general del Serenissim Senyor Rey frare seu molt honrat á totes é cualsevol persones de qualsevol stament é condició sien com lo dit senyor Rey lochtinent general per lletres de la prefata magestat del dit Serenissim Rey, son frare, es certificada que la sua Senyoria perque unida ensemps ab la potencia de la provincia de Italia pus facilment se puga per aquella entendre á la opportuna deffenció ó offenció del Gran Turch, lo qual, per sa pujansa, enten en la destrució de la religió é fé christiana é llahor de Nostre Senyor Deu Omnipotent è de la sua gloriosa Mare Beneyta Verge Maria á XXVI dies del mes de Janer de la tersa indictione del any corrent de MCCCCLV en la cintat de Nápols per si é sos herens é succesors, súbdits, vassalls recomenats, adherents é confederats, ha rattificat la pau contractada é feta en lodi entre la illustrissima senyoria de Venecia é lo illustrissim duch de Milá en apres rattificada per la excelsa comunitat de Florensa. Encara ha entrat en la confederació é unió, intelligencia é lliga, entre les dites potencies fetes en Venecia á XXX de Agost proppassat, en la qual lliga, unió, intelligencia è confederació per semblant, ha entrat la sanctedat de nostre Senyor Sant Pare lo Papa, entenent per modo que la dita Magestat é altres parts demunt nomenades, llurs subdits é sos colligats adherents recomenats inclusos é quis includiran en la demunt dita é present pau é lliga, doxen è pugan practicar mercadejar é conversar los uns ab los altros en las senyories è territoris de cascuna de aquelles é viura é vicinar ensemps amigablement com se solia é acostumava fer é se es fet en lo



Digamos ahora algo de lo que medió entre D. Alfonso y los representantes de Génova. El Papa se interesó para que éstos hiciesen la paz con el Rey, á cuyo efecto les mandó algunas cartas muy persuasivas. A consecuencia de ellas la Señoría envió á Roma á Gotardo Donato para que se viese con el Pontífice. Aconsejóle éste que partiera con el Cardenal de Fermo que iba á salir para Nápoles, á fin de que entre los dos lograsen del Rey que admitiese á Génova en la paz y liga de que nos hemos ocupado. Realmente entrambos fueron recibidos por D. Alfonso á quien expusieron cuanto les pareció favorable al logro de su propósito; más éste por de pronto se limitó á manifestar que estando pendientes las demés negociaciones, resolvería cuando estuvieran terminadas.

Firmado ya el protocolo de la paz y liga, volvieron los genoveses á la carga, haciéndose apoyar por los embajadores del Papa, de Venecia, de Florencia y del Duque de Saboya que también se hallaba allí, los cuales rogaron al Rey, que visto lo miserable de los tiempos que atravesaban, fuese servido de admitir á Génova en la confederación. Contestó D. Alfonso que no rehuía el acceder, siempre que los genoveses desistiesen de lo que pedían y, como en otros tiempos, volviesen á pagarle la fuente de oro, conforme á ello venían obligados, y que en el

passat en lo temps de bona é tranquila pau revocant totes é sengles novitats bandeits é prohibicions fets é fetes en lo any MCCCCXXXXVIIII é dellí ensa perque lo dit Senyor Rey lochtinent exhigint é efectualment cumplint la voluntat é manament per la prefeta magestat del dit Senyor Rey ab les dites sues lletres é previsions, á ell sobre asso fetes, de part de la sua senyoria, ab la present publica crida intime é mané á tots é cualsevols seus officials, subdits, vassals recomenats, adherents é confederats, que la dita pau é liga tingan inviolablement é observen no obstant cualsevol novitats bendeits prohibicions é dites pracmatiques é ordinacions per la prefata Magestat del dit Senyor Rey en contrari fets é fetes los quals é les quals á major cauthela é certitut ab la present publica crida revoca cessa é anulla é otorga plena é libera licencia á tots universes sengles subdits, vasalls, adherens, recomendats é confederats del dit Duch de Milá é excelsa comunitat de Florensa é encara tots é cualsevol subdits vassalls adherens é recomenats de la dita Magestat que liberament é sens incurriment de pena alguna, puscan ensemps praticar, conmerciar, trafagar é negociar axi é sogons solien ans de les dites prohibicions bandeits é dites pracmatiques é ordinacions. E perque les demunt dites coses son de grandissima alegria é consolació, lo dit Senyor Rey loctinent general vol é mana de part de la prefata Magestat del dit Senyor Rey son frare que per tots los seus regnes é terres de sa mar illes é altres de la sua lochtinencia sia fete luminaria solempne é altres actes aquesta alegria representants. — »

« E publicada lo desus dit die, la dita crida, los honorables consellers feren fer en la vesprada solemne lluminaria sobre la teulada de Casa la Cintat é entorn de les spigues ó pilas qui stant devant la plasa del portal principal de la dita casa en que hagué CXXX lanternes enceses é forenthi desparats certs buçons é fochs grechs é feta tan gran solempnitat é per semblant per les aglesies parrochials monastis de frares é monjes é per los singulos de la dita cintat. »



caso de creerse acreedores á alguna indemnización, empezasen por pagar los perjuicios que ellos habían irrogado á la corona aragonesa. El legado de Génova pretendía que ante todo el Rey devolviese la nave que había apresado; por lo cual, no habiendo en esto términos posibles de avenencia, los embajadores regresaron á sus países respectivos.

Antes de tratar de la muerte del Pontífice y de la campaña de Sena, demos cuenta de algunos sucesos de segundo orden que ocurrieron en aquel año.

Estando D. Alfonso en Puzzoli, perdió una de las dos grandes naves que eran su satisfacción y orgullo. Reparadas las averías que en ellas ocasionó la tempestad, la segunda en magnitud, que era sin embargo la primera en hermosura, se estaba calafateando, y por una de las aberturas por donde se escurre el agua, hubo de entrar el fuego sin que nadie lo advirtiese, el cual prendió en los barriles de la pólvora de cañón de entre los que había muchos completamente llenos. Su explosión hizo volar la nave salvándose sin embargo los que estaban en la cubierta, los cuales se arrojaron al mar, muriendo algunos de la chusma que se hallaban en el interior del buque. Así la casualidad hizo perder aquella nave á tanta costa salvada del furor del enemigo.

D. Antonio Centellas, que fué Marqués de Cotron, volvió á presentarse en el Reino, del cual, como vimos, se salió fugado, y no contento con permanecer en èl, reincidía en lo de soliviantar los ánimos de los calabreses, fomentando los bandos que nunca dejan de acabar en rebeldías. Ya el Rey, el año anterior, había dado orden al Virrey de Calabria, Francisco Siscar, de que le prendiera; lo cual no sabemos porqué no pudo ejecutarse; pero en éste, hallándose el Marqués en Nápoles, allá por el mes de Abril, fué reducido á prisión, también de orden del Monarca. Sin pérdida de tiempo se mandó á Siscar, que se apoderase de los castillos de Santo, Lochito, Fumofrido y Girachi, obligando á salir de aquel territorio á la Marquesa y á sus hijos.

Mientras así procuraba el Rey aplastar la cabeza de un antiguo rebelde, de quien se tenía por cierto que tramaba nuevos disturbios, no descuidaba ir asegurando en Córcega la domi-



nación aragonesa. Ya hemos visto en uno de los anteriores capítulos que mandó varios buques á dicha isla. A principios de este año, nombró Virrey de ella, á D. Berenguer de Eril, Almirante de Aragón, por haberle prometido Luis de Campofregoso que le entregaría la codiciada ciudad de Bonifacio.

Demos ahora cuenta del suceso más capital de entre los que acaecieron en 1455. Aludimos á la muerte del Pontífice. Grandes eran las esperanzas que había concebido la Cristiandad de los esfuerzos y diligencia de Nicolás V, para remediar la catástrofe de la pérdida de Constantinopla. Ya hemos hablado de su constante celo en favor de la paz de Italia, que á la postre había visto realizada; pero aparte de ella, negociaba, con el Emperador para que todos los príncipes de Alemania formasen parte de la cruzada contra el turco. Eneas Silvio refiere que ya dichos príncipes habían resuelto la guerra en la asamblea de Francfort y que á poco se presentaron todos ellos en Austria con varios obispos, los principales barones de Hungría, Juan, obispo de Pavía legado del Papa, Miguel Pithio, embajador de D. Alfonso y Juan Capistrano, para pedir á Federico que activase los armamentos y lo tuviera todo dispuesto para emprender la expedición á principios del verano.

Nicolás V, por su parte, ya había armado un buen contingente de tropas para cooperar á tan gran empresa, pero aquellas falanges que destinaba á ser el gozo y el orgullo de su vida, solo sirvieron para ser instrumento de las pompas funerales de su muerte. Acaeció ésta el dia 24 de Marzo. Caváronle la sepultura la podagra y la chiragra, (1) y al fin la fiebre le condujo á ella. Ya dijimos lo que había hecho Tomás de Sarzano cuando ascendió al pontificado; digamos ahora lo que hizo Nicolás V. En su gobierno de la Santa Sede, por espacio de ocho años y diez y nueve dias, fué grande en la paz, hábil y conciliador en las artes de la diplomacia, activo en la guerra y tal vez duro en demasía en la represión de las conjuras interiores de su Estado. Pocos pontífices habían tenido más elocuentes biógrafos encargados de hacer resaltar sus virtudes y defectos. Janozzo Manetti, Eneas Silvio, Platina, Infesura y Vespasiano, proporcionan sobrada materia para llenar esta parte de nues-

(1) Gota en los piés y manos.



tro trabajo. Compendiemos lo más notable. Fué el más honroso de sus lauros la cesación del cisma con haber logrado la voluntaria sumisión de Amadeo de Saboya, porque para un pontífice, la paz de la Iglesia es lo principal y á su lado todo lo demás, por de bulto que aparezca, debe considerarse cosa efímemera. Coloquemos en segundo lugar la paz de Italia y la independencia de los Estados de la Iglesia tan hondamente perturbados por el que fué Conde Francisco Sforza. Como estos hechos vienen minuciosamente relatados en el decurso de nuestro libro, no hay para que volver de nuevo sobre ellos.

No sucede otro tanto respecto del tercero de los grandes timbres del Papa: aludimos á su decidida protección á las letras y á las artes, en la cual será bien que nos detengamos un tanto. Fué de gran ayuda, dice Sismondi, á los estudios de la literatura antigua, la exaltación al pontificado del más celoso de sus admiradores. Comenzó llamando á su corte gran número de amanuenses y de traductores del griego y del latin. Mandó de su cuenta á hombres muy doctos á comprar manuscritos á todos los confines de Italia, de Alemania, de Inglaterra, de Grecia y de Levante. Su generosidad, escribe Fleury, fué en esto tan extremada, que prometió cinco mil ducados al que le trajera el evangelio de San Mateo en hebreo. En los ocho años de su pontificado, fueron vertidos al latin más autores griegos que no se habían traducido en cinco siglos antes y bajo el gobierno de otros cien papas. Strabon, Herodoto, Tucidides, Polibio, Diodoro, Appiano, Filon, pudieron ser leidos en el Pontificado de Nicolás V por los que no sabían la lengua de Homero. Muchas obras de Platón, de Aristóteles y de Teofrasto se añadieron á las que ya se poseían. No se olvidaron los padres y teólogos de los primeros siglos de la Iglesia y fueron vulgarizadas las obras de Eusebio de Cesarea, de Dionisio Areopagita, de Basilio, de Gregorio Nazianceno, de Juan Crisóstomo, de Cirilo y de otros á quienes los fieles veneran como santos. Al propio tiempo se estudiaron las lenguas orientales y Jannozzo Manetti tuvo el encargo del mismo pontífice de hacer una traducción de la Sagrada Escritura, directamente del hebreo, trabajo que quedó incompleto por la muerte de su santo Mecenas.

Los progresos de la arquitectura no le merecían menos desvelos que los de la erudición. En todas las ciudades de sus dominios reparó templos ó los edificó de nueva planta. Dió mayores dimensiones á las plazas públicas, adornándolas y rodeándolas de suntuosos edificios. Civitá Vecchia y Civitá Castellana, le son deudoras de monumentos para ellas maravillosos. Fabricó magníficos palacios en Orvieto y en Spoleto; en Viterbo erigió baños para los enfermos, no solo dignos de recibir personas particulares, sinó también hasta príncipes. Reedificó en torno de Roma, los muros medio derruidos; restauró la mayor parte de las iglesias que en aquellos dias eran en número de cuarenta, poniendo especial cuidado en las seis principales basílicas. La de San Pedro del Vaticano estaba ruinosa, y Nicolás hizo comenzar en ella, bajo los dibujos de Juan Bautista Albertí, una nueva tribuna mucho más capaz que la antigua. Quería hacer levantar en la capital del mundo cristiano un templo sin segundo en magnificencia: ya se habían echado los vastos cimientos, pero los muros no llegaban aún á la altura de tres codos, cuando la muerte de tan gran pontífice hizo suspender tan maravilloso edificio. Medio siglo después, se reanudaron los trabajos por órden de Julio II, bajo la dirección de Bramante.

La biblioteca del Vaticano fué también obra suya, pues reunió cinco mil volúmenes en aquel palacio pontificio, y por entonces se creía que desde los tiempos de Ptolomeo no se había visto una tan gran colección de libros. Los sábios, á los cuales la había dedicado, y con quienes vivía familiarmente, le amaban con ternura y le respetaban profundamente.

No cabe duda de que ni la ambición de acrecentar el dominio papal, ni mucho menos el de ensalzar á su familia, torcieron jamás la voluntad de Nicolás V, haciéndole faltar á sus deberes.

Digamos algo de las luchas con sus súbditos. Las reclamaciones de éstos para recuperar sus antiguos privilegios, creía que le robaban el tiempo que debiera haber consagrado á la Iglesia, á las letras y á las artes. Por otra parte, habiendo vivido tanto tiempo bajo la ajena dependencia, solo tenía idea de las relaciones de superior á inferior y pedía á los demás



aquella ilimitada obediencia de la cual habia sido modelo. Sin embargo el pueblo romano no se conformaba gustoso con no tener participación en el gobierno. Mientras la Sede pontificia estuvo en Aviñón, Roma fué una verdadera república. Martin V pudo restablecer la autoridad del papado; pero apenas habían transcurrido quince años, cuando Eugenio IV, su sucesor, tuvo que huir disfrazado de Roma. En tiempo de Nicolás V, las conspiraciones populares volvieron á agitar la capital del Orbe católico, tocando esta vez á Esteban Porcari el desempeñar el papel de Rienzi.

Era Porcari de imaginación ardiente, tanto que podríamos decir de él que era un verdadero visionario. Según Macchiavello leía siempre con transportes de entusiasmo una canción del Petrarca, en la cual la capital del mundo antiguo es llamada por el poeta á nueva libertad. En esta pieza literaria, Porcari no solo veía una excitación constante á poner por obra sus proyectos, sinó que le parecía también que Petrarca, por la grandeza de su talento y doctrina, habia sido digno de leer en lo porvenir [1] y le había designado expresamente en algunos versos. En aquella época la creencia estraviada en el don de profecía tenia vueltos los sesos á muchos. La canción á que Macchiavello se refiere es la que empieza del siguiente modo:

Spirto gentil che quelle membra reggi
Dentro alle quá peregrinando alberga
Un signor valoroso, accorto é saggio;
. . . .

Y los versos en los cuales Porcari se veía aludido son aquellos con que termina esta composición poética:

(1) El excesivo crédito en los dichos de los poetas no era una novedad; pues en el siglo XI ya se inició tal desvarío. Hé aquí lo que escribe el señor Menendez Pelayo en su Historia de los heterodoxos españoles, (a) apoyándose en GLABER. *Historiarum temporis sui.* « Había llegado á tal extremo en los paises latinos la barbárie, el desprecio del sentido común y el abuso del principio de autoridad, que algunos creían como artículo de fé cuanto hallaban en cualquier libro. Tal aconteció á un gramático de Ravena, Vilgardo, el cual, si nos atenemos al testimonio del monje cluniacense Glaber, prefería á las doctrinas del Evangelio las fábulas de los gentiles, señaladamente de Virgilio, Horacio y Juvenal, quienes (según la leyenda del mismo cronista) se le aparecieron una noche en sueños ofreciéndole participación en su gloria. Animado con esto, enseñó que todos los dichos de los poetas debían ser creídos al piè de la letra. Pedro, Arzobispo de Ravena, le condenó como hereje. »

(a) T. I. p.ª 304.



Sopra 'l monte Tarpeo, canzon, vedrai
Un cavalier ch' Italia tutta onora
Pensoso piu d' altrui che di se stesso.
Digli: un, che non ti vide ancor da presso,
Se non come per fama uom s' innamora,
Dice, che Roma ogni ora
Con gli occhi di dolor bagnati e molli
Ti chier mercé da tutti sette i colli. (1)

Esta constante exaltación del iluso, se traducía exteriormente en discursos dirigidos á avivar la llama en el corazón del pueblo. Porcari fué luego nombrado *podestá* d' Anagni, cuyo cargo cree Sismondi que fué de elección popular. Terminado el tiempo que solían durar tales empleos, el tribuno regresó á Roma, y con ocasión de unos juegos que se celebraron en la plaza Navona, se comprometió visiblemente y fué desterrado á Bolonia, con orden de presentarse diariamente al Cardenal Besarion que gobernaba aquella ciudad. Durante este destierro maduró sus planes y se decidió á intentar la rebelión aún á costa de su vida. Un sobrino suyo llamado Bautista Sciarra, fué asociado á la conjura con otros muchos que profesaban las mismas ideas. El golpe se fijó para el 6 de Enero de 1453, fiesta de la Epifania. La víspera ya todos los conjurados se hallaban reunidos en las casas de Porcari, de Sciarra y de un cuñado del primero, llamado Marcio; cuando se presentó ante ellos el tribuno, que se había fugado de Bolonia. Vestía un traje riquisimo de púrpura y oro, con el que se proponía tener libre el acceso en la basílica de San Pedro. El plan era entrar en ella al dia siguiente, y cuando el Papa y los cardenales se presentaran para celebrar la función religiosa, cogerles á todos, y con tales rehenes, hacerse entregar las puertas de Roma y el castillo de Santángelo. Otros conjurados debían disfrazarse de capitanes de la guardia nocturna y, so pretexto de conducir algunos presos á las cárceles del Capitolio, meter en él gran número de los suyos y hacerse dueños de aquella posición importante. La campana capitolina debía anunciar á Roma el triunfo del pueblo y el Restablecimiento de la Repúbli-

(1) La hemos tomado de la edición de Baudry (París 1845) *I quatro poeti italiani.*



ca, en la misma forma que un siglo antes la había proclamado Nicolás Rienzi.

Mientras Porcari estaba arengando á los suyos y les inducía á tener valor, ya la traición le había descubierto. El senador de Roma rodeó la casa y el tribuno tuvo que esconderse en un cofre. Allí fué encontrado y luego llevado preso con los demás cómplices, á todos los cuales se ahorcó en las almenas del Castillo de Santángelo. Más tarde sufrieron igual castigo los que habian acompañado á Porcari al fugarse de Bolonia. Los pocos que pudieron ponerse á salvo, fueron reclamados de los gobiernos vecinos, y como éstos los entregaran, sufrieron también el suplicio de la horca. A las personas que habian contribuido á la salvación de algunos reos se les cortó la cabeza. Leon Bautista Alberti en su *De conjuratione Porcaria* completa el cuadro de aquella represión sangrienta.

¡Qué Dios haya perdonado á ofensores y ofendidos!

Algunos dicen que se hizo creer á Nicolás V que Esteban Porcari trataba de quitarle la vida. También se cuenta que un dia, hablando con Nicolás de Tortona y con Lorenzo de Mantua, que gozaban de gran opinión por su santidad y ciencia, se dolió de que nadie le decía la verdad y de que si no fuera por el temor al escándalo renunciaría al Pontificado, para volver á ser Tomás Sarzana. No pocas veces el llanto se asomaba á sus ojos. Al fin una santa muerte fué crisol que aquilató sus virtudes y le purificó de sus yerros. (1)

Esta vez quiso Dios que fuera un súbdito de Aragón el llamado á suceder al Pontífice difunto.

Terminadas las honras de Nicolás V, los cardenales en número de quince, entraron en el cónclave, prévias las órdenes necesarias para la seguridad de Roma y del palacio. Después de haber celebrado la misa del Espíritu Santo, dieron audiencia á los embajadores de los príncipes cristianos, tras de lo cual mandaron cerrar las puertas. En las dos primeras votaciones no hubo la correspondiente mayoría, y para aunar las voluntades se habló del Cardenal Besarion. Los que no estaban conformes con que se le elevase al pontificado, se dirigieron al Cardenal de Aviñón, quien tomó la palabra para exponer las

(1) Vid. Sismondi.



dificultades que en tal elección veía. Habló de lo poco conveniente que era á la Iglesia romana el darle por pastor á un neófito, que hacía pocos años que se había separado de la griega; fuera de que tal acuerdo haría pensar que no habia en la latina una persona capaz de gobernarla. Estos razonamientos hicieron que la mayoría desistiese de aquel propósito. (1) No habiendo manera de entenderse los dos grupos contendientes, se pensó entonces en D. Alfonso de Borja, cardenal de Santiquatro ó Cuatro santos coronados, quien reunió la mayoría de los sufragios. Esto aconteció el dia 8 de Abril. El nuevo papa tomó el nombre de Calixto III.

Enteremos al lector de los antecedentes que acerca de él hallamos en Zurita. Había en la ciudad de Játiva dos familias que llevaban el apellido de Borja: una ilustre que tuvo un don Rodrigo Gil muy principal en tiempo del Rey D. Pedro; la otra más humilde, en la que había un Domingo de Borja contemporáneo de D. Rodrigo. Poseía la última una pobre heredad en el lugar de Canales (Canals). D. Domingo casó con una señora llamada Francina natural de Valencia, y de este matrimonio nació D. Alfonso de Borja, quien siguió la carrera de las letras, saliendo muy aventajado en derecho civil y canónico. De los cargos que desempeñó nos ocuparemos al considerarle como otro de los literatos de la corte de D. Alfonso. Platina dice que era muy grave y severo en las asambleas y que jamás se escapó de sus lábios una palabra de lisonja. Ciaconius (Chacon) afirma que nunca quiso aceptar ningún beneficio, diciendo que estaba contento con su esposa que era la Diócesis de Valencia. Muchos autores estás contextes en expresar la gran seguridad que tenía de llegar al pontificado, de suerte que mucho tiempo antes de su elección ya había deliberado llamarse Calixto; como lo probó él mismo, mostrando un papel en el que hacía el voto de combatir á los turcos y en el cual se daba el título de Soberano Pontífice y firmaba con dicho nombre. El Analista de Aragón indica que pudo sacar dicha seguridad de

(1) Pagi inserta las textuales palabras pronunciadas por el cardenal de Aviñon para disuadir á los conclavistas de que eligieran el griego. *Ergo, inquit. Ecclesiæ Latinæ Græcum Pontificem dabimus, et in capite libri Neophytum collocabimus? Nondum barbam rasit Bessarion et nostrum caput erit? en paupertas Ecclesiæ Latinæ, quæ virum non reperit summo Apostolatu dignum, nisi ad Græcos recurrat. Sed agite Patres quodlibet. Ego et qui mihi credent in Græcum Præsulem non consentiemus.*



una predicción que le hizo San Vicente Ferrer. Al ascender al Pontificado, dice Bonincontri que tenía ochenta años y Cristobal de Saldo que contaba ochenta y cinco. Su coronación fué á 20 de Abril, enviándole el Rey una embajada como jamás se había visto. Componíanla los prelados y nobles siguientes: don Arnaldo Roger de Pallás, Patriarca de Alejandría y obispo de Urgel que era canciller del Rey; D. Juan de Ventimiglia, Marqués de Girachi; D. Pedro de Urrea, Arzobispo de Tarragona; Honorato Gaetano, Conde de Fondi; el Arzobispo de Salerno; D. Juan Ramón Folch, Conde de Prades; el Arzobispo de Nápoles; D. Guillen Ramón de Moncada, Conde de Aderno, Maestre Justicier de la isla de Sicilia; D. Luis Despuig, Maestre de Montesa; D. Carlos de Luna y de Peralta, Conde de Calatabelota; D. Jorge de Bardají, Obispo de Tarazona; el Conde de Oliva; el Obispo de Tricarico; Juan Soler, canónigo de Lérida, y Pedro de Vilarasa, Deán de la Iglesia de Valencia.

Llevaban los dichos el encargo de manifestar á Su Santidad la gran alegría que de su promoción había recibido el Rey, así como de saber la santa intención que tenía de combatir al turco; debían así mismo prestar á Calixto, á nombre de D. Alfonso, obediencia como canónicamente elegido. Pidiéronle después que hiciese activar el asunto de la canonización de San Vicente Ferrer, de cuyos trámites nos ocuparemos en otra parte, y la cual se consiguió al cabo.

La nueva dinastía de Aragón tuvo un timbre más en la santidad de quien había propugnado en primera línea á favor de ella.

Uno de los primeros actos de Calixto III fué prepararse para combatir á Mahometo II, á quien declaró la guerra, diputando legados á todos los reinos de la Cristiandad, así para mover á los reyes y príncipes á tan necesaria empresa, como para recoger dinero y predicar por todas partes la cruzada. Eneas Silvio y Platina dan interesantes detalles acerca de estas negociaciones por parte del Pontífice. El Cardenal Carvajal fué enviado á Hungría; Luis de Bolonia, franciscano, pasó á Oriente, con muchos regalos, para inducir á los reyes de Persia, Armenia y Tartaria á que ayudasen á combatir al turco, empero los susodichos no entraron en la liga hasta el pon-



tificado de Pio II. El Papa Calixto fué el primero que estableció fondeaderos en Roma, haciendo construir catorce galeras con el dinero que sacó de la cruzada y cuyo mando dió á Luis, Patriarca de Aquilea.

El Emperador cumplimentó á Calixto III por medio de Eneas Silvio, quien llevaba también el encargo de tratar de la cruzada contra el turco. El futuro Pio II pintó la cosa con muy brillantes colores, presentando á todos los príncipes cristianos preparados y dispuestos á esperar la voz de mando del Papa y cuyas huestes reunidas serían muy superiores á las fuerzas de Mahometo. Habló de D. Alfonso como del primero de todos en entusiasmo y celo, se ocupó luego del Duque de Borgoña, de los príncipes de Alemania, del Rey Carlos de Francia, de los ingleses, castellanos y portugueses y de todos los demás pueblos, de suerte que al oirle, parecía que solo bastaba que Calixto III dijera "Sus" para recobrar como por ensalmo la ciudad de Constantinopla.

¡Cuán diferente era, sin embargo, la realidad de lo que el buen deseo haría imaginar al noble y buen Piccolomini!

Una nueva guerra que surgió en Italia, impensada, inverosímil, hasta diríamos absurda, vino á dificultar y entorpecerlo todo, privando al Rey de la gloria de una jornada como la de Lepanto.

Sentimos pena y dolor al vernos en la precisión de narrarla. La carcoma del caudillaje roía de tal manera las entrañas de Italia, que era como una tisis quela imposibilitaba de toda empresa levantada. Cuando los príncipes y señorías habían arreglado sus diferencias y pensaban gozar de la paz. los antojos ó las necesidades de los caudillos no tardaban en hacer que los ecos repitieran por todas partes el estruendo de las armas. Tal sucedió en este año.

Jacobo Piccinino heredero á un tiempo del ejército y de la reputación de su padre, así como del prestigio de Braccio, fundador de su marcial escuela, veía perder, por efecto de la paz de Italia, su subsistencia y su asilo. Los venecianos no querían tener á sueldo más que á Bartolomé Coleone á quien daban cien mil ducados al año para el mantenimiento de su ejército. Por tanto despidieron á Piccinino y á los demás *condot-*



tieri con sus respectivas bandas. Este propuso á sus soldados el permanecer unidos debajo de su mando, diciéndoles que les llevaría á un país cuyo saqueo les indemnizaría de las pagas. Todos aceptaron la proposición, de tal modo que á poco, secundado por Mateo de Capua, pudo rendir una hueste de tres mil caballos y mil infantes, la cual era tanto más formidable cuanto que se sabía que iba acosada por el hambre. Piccinino partió hácia las inmediaciones de Brescia con aquellos desalmados que tenían por costumbre los desórdenes y el saqueo, y que eran por tanto incapaces de volver á la agricultura y á las artes de la paz. Luego atravesó los estados del Duque de Módena, el cual, en vez de oponerle resistencia, se apresuró á proporcionarle víveres con el intento de captarse su amistad. Con igual amor le acogió Malatesta Novello en su ciudad de Cesena. A las cuarenta y ocho horas se presentó en el Boloñés, en donde permaneció dos dias, para ver si reanimaba á la facción que en otro tiempo había dado la señoría de Bolonia á su padre y á su hermano; pero el Duque de Milán había enviado cuatro mil caballos que estaban repartidos por toda aquella comarca, en apoyo del partido dominante y en observación de los descontentos; por todo lo cual Piccinino, falto de artillería y aún de dinero, no se decidió á intentar el asedio. Malatesta y Manfredi, que estaban de acuerdo con él, no se atrevieron á pronunciarse. No siendo osado para devastar ningún país poderoso, atravesó el Apenino y bajó á Toscana por entre San Sepolcro y Anghiari, pagando escrupulosamente todos los víveres que tomaba en aquel territorio, hasta que con tales miramientos llegó á los confines de Sena.

Mientras esto acontecía, D. Alfonso que profesaba muy buena voluntad á Piccinino, trató de ver si podría proporcionar mejor empleo así á tan hábil caudillo como á sus aguerridas tropas. A este efecto se dirigió al Papa manifestándole que uno y otras podrían prestar gran servicio á la Cristiandad entera y que sería conveniente que les tomase á sueldo, en cuyo caso podrían pasar á Dalmacia, con el ejército de la Iglesia, para sustentar en aquel reino la guerra contra los infieles. Empero el Papa no quiso escuchar al Rey, quien pudo notar desde luego que no tendría cerca de Calixto III, á quien tanto había



honrado y favorecido, aquella autoridad y aquel favor que alcanzó de los pontífices pasados. Entonces Piccinino invadió el estado de Sena, requiriendo á los que lo gobernaban que le pagasen cierta suma que debían á Nicolás Piccinino su padre, y como no se curaran de ello, movido á la vez por la indignación y por la necesidad, comenzó á hacer la guerra en aquel territorio.

En la última campaña, los seneses habían disgustado igualmente á los florentinos, abriendo las fortalezas al Rey, y á éste, denegándose á entregársele por completo. Ninguno de los susodichos quiso, pues, prestarles el menor ausilio. No obstante no por esto les faltaron amigos. El Papa y el Duque de Milán se apresuraron á mandar un ejército, que fué siguiendo la pista á Piccinino, para ver si le acorralaba en el retiro que él mismo habío escogido. Piccinino acababa de tomar Sartiano y algunos pobres lugares, con cuyo saqueo había contentado á sus soldados; cuando salieron á campaña Conrado Foliano y Roberto Sanseverino, gennerales del Duque de Milán, y el Conde Ventimiglia, que lo era del Papa. Acamparon éstos en Valle d' Inferno, junto al rio Fiora, y en Pitigliano, poniéndodose á tres millas de distancia de las gentes de Piccininc, sin que, con todo. se decidieran á atacarle. Este caudillo deliberó entonces, nó ya esperarles, sinó salirles al encuentro y en medio del dia se les presentó de improviso y dió el asalto á su campo. Al principio llevaba adelante su intento, pero como Roberto de Sanseverino reuniera sus soldados, que andaban medio dispersos, al fin Jacobo fué rechazado.

En los apuros en que se hallaba, le era necesario vencer, puesto que para él una batalla de éxito dudoso equivalía á una derrota. Después de la empresa del Valle d' Inferno se retiró á Castiglione della Pescaia en las Marismas, castillo que, como vimos, había conquistado D. Alfonso en la campaña del año penúltimo y todavía conservaba. Piccinino tuvo siempre la esperanza de que el Rey no le abandonaría. En tanto encerrado en aquella fortaleza, entre un lago pantanoso y el mar, no tenía de mucho los víveres necesarios y sus soldados se veían obligados á salir por aquellos desiertos en los que solo encontraban alguna fruta silvestre, teniendo que beber un agua co-



rrompida y respirar un aire saturado de miasmas. D. Alfonso no dejó de mandarle embarcaciones con galleta y algunos otros víveres; pero para complemento de la fatalidad que parecía cernerse sobre aquella hueste, los vientos contrarios no permitían que los barcos atracasen en la playa. Aparte de dicho socorro, el Rey seguía negociando. Acordábase sin duda, á fuer de noble y agradecido, que Piccinino era hijo de aquel de quien había recibido tan señalados servicios, tomando las armas y enseñas y aún el nombre de la casa real de Aragón que dejó á sus descendientes. El Papa se quejaba de que habiendo enviado al Rey una bula de cruzada, difiriera la expedición contra los turcos, exortándole á salir de aquella inercia, como principal ejecutor y caudillo que debía ser en tal empresa. Don Alfonso se excusaba con decir que, por lo mismo que era la empresa muy grande, requería algo más que la bula, no significando esto que no estimase como debía el don de su libertad; y que entretanto no veía que los demás reyes y príncipes se moviesen con la actividad que se necesitaba. Como el Papa se le hubiese dolido del favor que daba á Piccinino, el Rey se disculpaba diciendo: que si mandaba socorros á Castiglione, era precisamente con la idea de tener aquella fortaleza convenientemente abastecida, porque sabía por experiencia que, apesar de todos los tratados de paz, la guerra se encendía en el momento menos pensado, y no quería que sus enemigos le hallasen jamás desprevenido, y acababa intercediendo por Piccinino y rogando al Papa que, depuesta su indignación, tuviese por bien volver á su gracia al voluble *condottiero*. Calixto, en vez de ceder, se dirigió á Venecia y á todos los potentados de Italia, para subyugar á Piccinino. El Rey tomó muy á pecho el hacer que el Pontífice desistiera de su enemiga, porque era el primer asunto que con él trataba, y le parecía que el perderlo era entrar con mal pié en el nuevo pontificado, y además porque sabía ó sospechaba que algunos, con mala intención, aconsejaban al Papa que procurase contrariarlo. Con la idea, pues, de reducirle, puso por valedor é intermediario al Duque de Milán, á quien aseguró amistad perpétua, rogándole que no solo retirase su ejército de las Marismas, sinó que intercediese con Calixto III y procurase de todas veras que vol-



viese á su gracia á Piccinino, de quien aseguraba que no le sería menos obediente y leal de lo que había sido á los aragoneses. Probablemente los matrimonios de que luego hablaremos nacieron del singular empeño que tenía el Rey en la salvación de su atribulado y comprometido amigo.

No se reducían á estas recomendaciones las muestras de buena amistad del Rey hácia la persona de Piccinino. En el mes de Julio le mandó á Tristan de Queralt y á Juan Margarit, á Castiglione della Pescaia, con doce mil ducados, los cuales le debían ser entregados en el caso de que su situación fuese tal que se pudiese valer contra sus enemigos, no se hubiese concertado con el Papa, no hubiese desamparado á sus gentes, así como los lugares que tomó de los seneses al principio de la campaña, ni se hubiese ido por fin, la vía de Luca ó de Perusa, como de público se decía. Sin esto, el socorro habría sido perdido, y el Rey no gastaba la pólvora en salva. Este paso, unido al empeño que le hemos visto mostrar en la guerra de los años anteriores de conservar en su poder algunas plazas y castillos de la Toscana, para tener siempre un pié en ella, revelan claramente que, apesar de sus protestas de que jamás pretendió otra cosa que el Reino de Nápoles, que de derecho le pertenecía, su ambición iba más allá y acaso, como ya indicamos, en los ensueños de gloria que constantemente le agitaban, vislumbró alguna vez, para sí ó para sus hijos, el señorío de toda Italia. En tal caso lo primero que pensaba anexionar era seguramente Toscana.

Los seneses no permanecieron inactivos. Al principio de la invasión mandaron varios embajadores al Rey para suplicarle que enviase alguna persona de su confianza con encargo de componer sus diferencias con Piccinino, y D. Alfonso mandó á Malferit, que sabía les era muy acepto; pero luego aconsejados por el Papa, lo fiaron todo á las armas. Dice Zurita que entonces no solo procuraron vengarse de sus enemigos, sinó que hicieron objeto de su furia á los que no lo eran ni tenían culpa alguna de lo que sucedía, prendiendo diversos vecinos de Gaeta, vasallos del Rey, que arribaron á la isla del Lirio, á quienes oprimieron y atormentaron. Efecto de estas atrocidades fué sin duda el mandar D. Alfonso á Juan de Liria, Gober-



nador de los Abruzzos, que hiciese la guerra á los seneses.

En cambio los florentinos y venecianos, probablemente en obsequio del Papa, mandaron tropas en contra de Piccinino. Veámos ahora lo que era de él y de su hueste en medio de los pantanos. Las fiebres palúdicas no tardaron en diezmar á aquel ejército, antes tan formidable, causando en él una mortandad horrorosa. Los generales de Sforza, secundados por Pedro Brunoro, capitán de los venecianos, y por Simonetta, que lo era de los florentinos, tenían acorralado á Piccinino sin atacarle en aquella funesta cárcel. La mitad de sus soldados, los cuales bajo distintas banderas, habían combatido con tanto vigor en Italia, durante los últimos diez años, resistiendo tan grandes fatigas y habiéndose librado tantas veces de la muerte, perecían entonces bajo la acción de un enemigo invisible, que inficienaba su sangre y emponzoñaba sus entrañas. Los aliados no querían escuchar la proposición del Rey de poner á Piccinino al frente de un ejército siempre dispuesto á ir contra los infieles y á darle con tal objeto cien mil florines al año. Sforza contestó, lleno de indignación, que jamás sería tributario de un capitán de asesinos. Las tropas que el Rey quería oponer á los turcos desaparecían de dia en dia. Los tres mil ginetes quedaban reducidos á mil. En cambio el ejército que les estaba observando no salía mejor librado de los efluvios de las miasmas. Al llegar el invierno de 1456, todavía tuvo Piccinino la audacia de caer impensadamente sobre el puerto senés de Ortobello y tomarlo por asalto, con cuyo saqueo se proporcionó algunas subsistencias para sus hambrientas tropas. Los seneses que barruntaban que al cabo serían ellos los que saldrían peor librados volvieron á negociar. Ammirato dice que á este efecto mandaron á su célebre obispo Eneas Silvio á Roma á rogar al Papa que interpusiese sus paternales oficios con D. Alfonso para que les librase de la calamidad que sobre de ellos pesaba. El obispo de Sena, acompañado del legado pontificio, pasó á Nápoles y se condujo con tanto tacto y actividad que el Rey hizo concordia con los seneses y mandó á Piccinino que se retirase. Zurita dice que los seneses volvieron á dirigirse al Rey para que sirviese de mediador en sus diferencias con Piccinino y que el Rey volvió á escribir al Papa, y encontrándole es-



ta vez más acomodaticio, le dió permiso para que aceptase el papel de amigable componedor, en gracia de terminar pronto aquella vergonzosa guerra y poder convertir la atención hácia los asuntos de Turquía. Sea como quiera, el Rey, calculando que Piccinino había de salir con las manos en la cabeza, le aconsejó que restituyera Ortobello, junto con las demás plazas y castillos por él conquistados, haciendo que recibiera veinticinco mil florines por vía de rescate, que le fueron pagados por los de Sena. Demás de esto le acogió en el Abruzzo, para que sus tropas pudieran restablecer la salud perdida. Hecho el convenio, dispuso el Rey que el de Liria desistiera de hacer la guerra á los seneses. Así terminaron aquellas malhadadas desavenencias. (1)

Digamos ahora los matrimonios que se concertaron entre la casa de Sforza y la de Aragón. Los autores italianos que tratan de ellos esplican perfectamente las causas á que obedecieron. Apesar del odio que el Duque de Milán sentía hácia D. Alfonso, apesar de la pérdida de sus estados en la Pulla, en los Abruzzos y en la Marca de Ancona, que en otro tiempo le quitó este poderoso monarca, prefirió su amistad á la de la casa de Anjou, porque aquellos mismos franceses que algunos años atrás había llamado á Italia para que conquistasen el Reino de Nápoles, tenían también pretensiones sobre sus estados. ¿De donde nacían estas pretensiones? Ya lo indicamos al ocuparnos de la muerte del Duque Felipe María: nacían de los derechos que creía tener el Duque de Orleans por ser hijo de Valentina Visconti, hermana legítima de aquel. Por otro lado el

(1) Para complemento de este punto diremos que Eneas Silvio se interesó muchísimo por la paz de Sena, fuese ó no fuese á Nápoles, aunque no dudamos que fué, porque en sus obras se halla la oración gratulatoria que dirigió al Rey, cuando este hubo concedido ó agenciado la concordia que los seneses pretendían y cita además el nombre del legado pontificio que le acompañó y que habló antes que él, no siendo este otro que el catalán Juan Soler, canónigo de Lérida. Hé aquí las palabras textuales: «*Modestius fortasse fuerit Rex maxime ac piisime, audito Joanne Solerio Apostolico legato patre optimo et doctissimo, divina re diutius protracta, fugiente jam die, nos tacere quam loqui.*» Pero además de esta oración, que es notable, se halla también en sus obras otra que tiene por título: «*In orationem pro suscipiendo in Turcas bello*» que aparece dedicada ó dirigida á Antonio Panormita para que persuada al Rey de que abandone á Piccinino y devuelva la paz á Toscana ó Etruria. Es un documento notable así por la persona que lo escribió como por aquella para quien fué escrito, pues se trata de dos literatos de los más famosos de su tiempo.

Entre otras frases que hacen formar idea del concepto que tenía del Rey, se lee esta: «*non qualisqumque rex á Deo creatus est, sed regum quos habet Europa est potentissimus et sapientissimus, quod nostro seculo inauditum est, rex atque Philosofus.*



Rey no podía serle sospechoso respecto de los franceses, por el temor que constantemente le inspiraban las pretensiones de Renato y de su hijo Juan, los cuales sin cesar estaban atizando á los descontentos de la dominación aragonesa. D. Alfonso, por su parte, consideraba como uno de los ejes de su política en Italia, y ya así lo había inculcado á Felipe María Visconti, la unión de Nápoles y Milán, porque teniendo á su favor la Lombardía, cerraba el camino de los Alpes á la Francia, cuyo poderío, no sin recelo, veía crecer de dia en dia. La ida de Renato al Milanesado en 1453 y la de su hijo el pretendido Duque de Calabria á Toscana en el siguiente, le habían hecho comprender que una nueya guerra todavía podía ponerle en gran peligro. Previos estos antecedentes, manifestemos como la iniciativa de los matrimonios partió del Duque Francisco, quedando prometidos Alfonso, Príncipe de Capua, primogénito de D. Fernando, con Hipólita María, hija de Sforza, y Sforza María, tercer hijo de éste, con Isabel Leonor, hija también del Duque de Calabria. Los futuros cónyuges, así varones como hembras, ninguno pasaba de la edad de ocho años. Digamos de paso que el Duque de Milán, que quería asegurarse en su estado por medio de matrimonios ventajosos con todos los príncipes de Italia, había prometido su hijo mayor á la hija del Marqués de Mantua, el segundo á la hija del Duque de Saboya y su sobrina, hija de Alejandro su hermano, á Santi Bentivoglio, cabeza y administrador de la república de Bolonia. El Rey, deseando tener contento y honrado al Papa, le suplicó que tuviese por bien enviarle alguna persona de autoridad que interviniese en lo de sentar dichos enlaces para que luego pudiese celebrarse el desposorio, y tras de mucho instar, Calixto III le mandó á un religioso llamado Mariano, quien, como por revelación, le refirió que había tenido diversas visiones que más se encaminaban á disolver aquellos matrimonios que á llevarlos adelante. El Rey respondió poniendo de relieve las grandes ventajas que para la paz de Italia y aún para la seguridad de la Santa Sede, habían de resultar de ellos, y algo sentido de las contrariedades que el Papa creaba á todos sus asuntos, terminó afirmando que con todo su poder daría conclusión á los matrimonios. El desabrimiento creciente del Rey harto se deja



conocer por la siguiente carta que dirigió al Pontífice, documento que se distingue por su sequedad y concisión extremadas.

" Muy Santo Padre: significamos á Vuestra Santidad, que por la gracia de Nuestro Señor, se ha ya firmado el parentesco entre mí y el ínclito Duque de Milán; que espero que así á mi, como á toda Italia, será próspero y bien afortunado. A Vuestra Santidad pido, cuanto puedo, se digne de bendecir estos matrimonios en Nuestro Señor Jesucristo, y según su costumbre, me tenga en su amor y gracia. "

Después de esto, el Rey hizo grande ostentación de querer ir por su persona á la guerra contra el turco, reuniendo la mayor escuadra que le fuera posible y embarcando en ella á todos los amigos y vasallos que quisiesen tomar á pecho la defensa de la Cristiandad. A este efecto circuló órdenes á todos sus reinos y tierras para que alistasen buques y tropas en gran número, siquiera no fuera más que por suplir la frialdad ó cuando menos la tibieza con que los demás príncipes y señorías de Italia y de Europa entera miraban tan vital asunto, á escepción del Papa que, como vimos, no se daba paz ni tregua en la tarea de armar todas las galeras posibles. En aquella época no había, ni con mucho, los medios de publicidad que ahora nos sobran, de suerte que el Rey, para dar á conocer su propósito, hubo de reunir á los de su consejo y declarar ante ellos cual era su decisión para que luego, por intermedio suyo, fuese notorio al orbe entero.

Zurita inserta dicha alocución y de él la copiaremos á la letra, al ocuparnos del carácter del Rey, por ser documento muy notable y aún diríamos edificante, si por fortuna hubiesen correspondido los hechos á las palabras.

Dice Constanzo que no quiere pasar por alto un desafío ruidoso que tuvo lugar en 1455 entre Juan Antonio Caldora, nieto de Jacobo, y D. Iñigo de Guevara. Parece que el segundo había dicho que el primero había roto la palabra, de lo que éste se ofendió tanto que le mandó un cartel de desafío, haciéndole decir que mentía como un bellaco. D. Iñigo respondió con otro cartel diciendo que era cierto lo por él aseverado y que no quería combatir, si primeramente no se averiguaba si



Caldora era hombre que pudiese batirse con él, porque las traiciones de su abuelo Jacobo habían hecho que todos sus descendientes fuesen hombres de reproche, y que en tal caso, no convenía que un caballero limpio se bajase á combatir con un hombre reprobado por razón de caballería. Caldora replicó que las acciones de los suyos eran notorias á toda Italia y que se tenía por muy honrado de ellas; pero aún cuando esto no fuera, él era hombre dignísimo de combatir con cualquier gran caballero, puesto que el Rey le tenía en su gracia y que antes bien el Marqués D. Iñigo era culpado de aquella mancha, puesto que era castellano y había tomado las armas contra del Rey de Castilla su señor y añadió que el del Vasto no debía hablar en perjuicio de los muertos, porque por su cobardía había muerto civilmente en vida. Continuaron estos carteles por espacio de cuatro meses, hasta que por fin el Rey tomó cartas en el asunto y les hizo saber que no quería que se batieran.





CAPTULO LVIII

SUMARIO

(1456). — Sucesos de Génova. — Campaña naval de Vilamarí contra los genoveses. — Enérgica carta de D. Alfonso. — Socorros de Génova á sus posesiones de Levante. — Renuncia el Dux Pedro Fregoso y cede la señoría de Génova al Rey de Francia Carlos VII. — Condiciones de este cambio. — Juan de Anjou vicario del Rey en Génova. — Cólera de D. Alfonso. — Armada de Barcelona al mando del conceller Pedro Serra nombrado almirante. — Escuadra de Vilamarí. — Al aprestarse á atacar la ciudad de Génova se recibe la noticia de la muerte de D. Alfonso. — Sucesos en Oriente. — Toma de Belgrado por los húngaros. — Enemistad del Rey con el Papa. — Insolencia del conde de Concentaina. — Embajada del Rey de Castilla. — Concordia con el marqués de Villena en agravio del Papa. — Sucesos varios del mismo año. — Terremotos en el Reino.

EMPIEZA Zurita el año de 1456 dando cuenta de la celebración de los matrimonios concertados entre D. Alfonso, príncipe de Capua y D.ª Leonor, su hermana respectivamente, con Hipólita Sforza y Sforza María, de la Casa de Milán. (1) Fueron con este objeto á dicha ciudad Marino Caracciolo, Conde de Santángelo y Miguel Riccio representantes del Rey.

Da luego el propio analista noticia de los acontecimientos de Génova, pero de una manera embrollada, en contradicción con lo que dicen los escritores de Italia y, lo que es peor, falta de razón lógica, pues está en contra de lo que resulta de todos los antecedentes expuestos. Así, dice: "porque el estado de Pedro de Campofregoso, que era Duque de Génova, en este tiempo estaba en grande peligro, envió á Bernardo de Vilamarí con

(1) Sforza María era el tercergénito del Duque.



su armada de galeras en socorro del Duque y de su Estado. „ Si acabamos de ver que en las conferencias de Nápoles no hubo medio de hacer la paz con los genoveses ¿cómo había, pues, el Rey, sin que mediase nada, mandar á Vilamarí en socorro de quien les represantaba? Veámos lo que pasó, según lo esplica de una manera clara y minuciosa Uberto Foglietta y lo confirman Fleury, Rosmini, Muratori y otros. En realidad la guerra marítima contra Génova comenzó ya en 1455, pero, como no ofrece grandes incidentes ni peripecias, no hemos querido truncar su narración, conforme hicimos con la de Sena, que también abarca más de un año. Alfonso, finalmente, dice el historiador genovés, resuelto á acometer á Pedro con mayor esfuerzo en este año, que fué el quincuagésimo quinto de este siglo, mandó á Bernardo de Vilamarí, capitán de gran nombradía en las cosas de mar, con vigorosa armada y juntamente con él, á Palermo Napolitano, su capitán de tierra, con gran ejército, en el cual fueron Rafael y Bernarbé Adorni y Juan Antonio Fiesco con una gran mesnada de emigrados, que don Alfonso quería que volviesen á su pátria. Pedro no se desconcertó por tan gran número de gentes como se le iban encima, así por tierra como por mar, apercibiéndose á la defensa, confiado en que podría contrarrestar con la fuerza descubierta los peligros exteriores. Pesaba, sin embargo, sobre su ánimo aquel continuo estímulo de los odios domésticos, los cuales habiéndose mantenido ocultos hasta aquel momento, por efecto del miedo, estaban á punto de estallar con la certeza de tan gallardo y tan próximo socorro. En alejar este peligro dió una prueba de gran prudencia y de tacto militar estraordinario, por cuanto, provisto el alcazar de fuerte guardia, y dado orden al capitán de ella de todo lo que debía hacer, él fingió que se salía de la ciudad, para observar de más cerca la hueste del enemigo, al propio tiempo que para dar algunas disposiciones necesarias; más por una vía secreta y no acostumbrada, sin ser visto de nadie. volvió á entrar en la fortaleza, en donde había una compañía de soldados de gran confianza, así por su número como por su calidad.

Desde allí estuvo en observación de los movimientos que intentasen los del bando contrario, y no le engañó su perspi-



cacia; puesto que los corifeos, creyendo que él habia realmente salido de la ciudad, al oscurecer se echaron á la calle, armados de todas armas, al grito de "Adorni y los Aragoneses," de suerte que al oirlo se presentó una numerosa turba de hombres, la cual uniéndose con ellos asaltaron el alcázar con gran ímpetu, y como los soldados que estaban en él de guardia, resistieran denonadamente, á poco se armó un cruel encuentro. Entonces Pedro, muy alegre de que su designio le hubiera salido tan bien como calculaba, acompañado de un buen golpe de hombres de armas; corrió al lugar en donde se había empeñado la pelea, y gritando con muy alta voz "vivan los Fregosos", mientras los enemigos tenían puesto todo su empeño en combatir con los que veían al frente; les acometió por la espalda y á la primera arremetida les desbarató y ahuyentó, matando á muchos, y luego hizo prender á los que estaban preparados á secundarles por toda la ciudad, á los cuales les hizo quitar la vida como sediciosos y perturbadores del estado. Tras de esto, Pedro, asegurado ya por medio de su atinada previsión, de los tumultos de la ciudad y libre de este cuidado, dirigió todas sus miras á rechazar el ímpetu de los enemigos de fuera, dictando toda suerte de disposiciones adecuadas al caso. Empero los enemigos, habiéndoles salida frustrada la esperanza de movimientos en la ciudad, la cual había movido principalmente á intentar aquella empresa, al ver además que la vigilancia y la diligencia de Pedro era tal que desbarataba todos sus planes, como se aproximase el invierno. se volvieron á su país, dejando solo algunas galeras encargadas de infestar la costa de Génova y regresando las demás á los puertos del Reino.

Llegó el año de 1456 en el cual, dicen Muratori y Rosmini, que D. Alfonso dirigió contra los genoveses la escuadra que había preparado en Cataluña y Valencia. Advirtamos de paso que ni Zurita, ni Campmany, ni Bofarull hablan, respecto de este año, una palabra de dicha escuadra. Sea con esta ó con la que le sirvió en la última campaña marítima, volvió á hostilizar las costas y mar de Génova, apresando barcos y hombres, por lo cual los genoveses se vieron obligados á armar dos grandes naves para que protegieran las poblaciones y el comercio.



Por este mismo tiempo hubo algunos tumultos en la costa de Poniente y en la ciudad de Albenga y para reprimirlos mandó el Dux á Andrés Franchi, á Bartolomé d'Oria y á Antonio Lomelino. (1)

Zurita escribe que Bernardo de Vilamarí entretuvo en este año la plática que mediaba entre el Rey y Luis de Campofregoso sobre la entrega de la ciudad y castillo de Bonifacio, en la cual se contenía, además, que el Rey le había de favorecer para alcanzar el cargo de Dux de la Señoría, obligándose por su parte, á presentar cada año, un barril de oro. Demás de esto, Juan Felipe Fiesco, Conde de Lavaña y almirante de Génova, se puso bajo la protección del Rey con todos los lugares y castillos que tenía en la costa de Génova y concertó con D. Alfonso que éste no debiese asentar paz ni concordia con el Dux Pedro de Campofregoso ni con la Señoría de Génova, ni pactar tregua alguna, mientras él no fuese restituido en su honor y preeminencia.

Al ver tantas hostilidades y traiciones, dice Sismondi, Pedro recorrió alternativamente al Duque de Milán, á los florentinos y á los venecianos, los cuales estaban con las manos atadas por virtud de la liga últimamente firmada con D. Alfonso, de lo cual, inconsideramente, habían escluido á los genoveses sus antiguos aliados. El Pontífice, que veía en el pueblo genovés el único en el cual podía confiar para la defensa del Cristianismo en Levante, interponía en su favor sus buenos oficios. Los contínuos socorros de vituallas, de armas y de dinero que la Señoría mandaba á Caffa y á sus islas de Grecia, la tenian exhausta, de manera que no podía disponer ni de buques. ni de soldados que oponerse á D. Alfonso. Pedro Fregogoso y el consejo de la República, de acuerdo con Calixto III, se dirigían á los príncipes más remotos para inducirles á mandar ausilios á los cristianos de Levante. Pruébanlo las cartas que copia Raynaldo en sus *Anales eclesiásticos,* una dirigida al Rey de Inglaterra con fecha 7 de Abril, del año que nos ocupa. y otra al Rey de Portugal, de fecha 3 de Setiembre del mismo. No hay duda, pues, que esta guerra, como la de Sena, fué funesta á la gloria del Rey y al bien de la Cristiandad. Las ges-

(1) Foglietta.



tiones del Papa, los ruegos de los príncipes cristianos, no menos que el deseo de D. Alfonso de ponerse al frente de la cruzada, hicieron que al cabo prometiese unir quince de sus galeras á la escuadra cristiana, preparándose á sobreseer en la malhadada campaña de Génova. Empero algunas tentativas hechas por los genoveses para recobrar sus posesiones en Córcega, encendieron súbitamente la ira del Rey. Rechazó entonces como acerbo insulto las instancias que le hacía el Dux de armarse contra los turcos, y echó en cara á la señoría genovesa el haber sido la primera en traer á Europa á los osmanlies. Hé aquí la carta con que contestó á dichas instancias, documento que figura en los *Anales Miniatenses* de Bonincontri y que tiene la fecha de 23 de Julio de 1456. " Contra vosotros, que sois los verdaderos turcos de Europa, nos creemos en el deber de dirigir todos nuestros esfuerzos y no pararemos hasta que, con la ayuda de Cristo, os tengamos sumisos á nuestros piés. Entonces nosotros solos llevaremos á feliz término, á despecho vuestro, la empresa contra los turcos de Asia á la cual nos hemos comprometido. „ El Dux de Génova contestó de una manera más moderada pero digna. Entre tanto los genoveses no descuidaron el mandar ausilios á sus posesiones de Levante, constando el envio de dos galeras con quinientos hombres á Chio y además víveres para el aprovisionamiento de dicha isla y de la inmediata de Rodas. También expidieron una nave con doscientos hombres y armas á Mitiline y finalmente otras dos naves á Caffa: una de ellas, que era la mayor que se había visto en el Mediterráneo, se hundió á causa de un rayo.

En 1457 Calixto III, que había renovado sus esfuerzos en pró de la paz, se lisonjeó por algún tiempo de haber persuadido á D. Alfonso á firmar la concordia con los genoveses. Ya los embajadores de entrambas partes estaban citados en Roma y el tratado parecía estar á punto de ser un hecho, cuando se supo que una nave del Rey habia sido apresada por los genovesos. Aún cuando no mediaba armisticio de ninguna especie, D. Alfonso se encolerizó y ya no fué posible nada de lo proyectado. Los embajadores de Génova abandonaron la capital del orbe católico y entonces Pedro Fregoso, considerando mal parados los negocios de la Señaría optó por tomar una deter-



minación extrema. Viendo que por espacio de ocho años había sostenido su cargo enmedio de las mayores contrariedades; viendo que eran ineficaces los ruegos de Sforza para templar el odio y la enemiga de D. Alfonso; viendo, en fin, la resolución irrevocable de éste de quitarle de Dux y de poner en su lugar á alguno de la familia de los Adorni, restituyendo á la ciudad todo el enjambre de emigrados enemigos suyos, se decidió á abandonar el mando supremo con la esperanza de que así evitaría las molestias, las violencias y odios de que la ciudad y la Señoría entera eran víctimas inocentes. No quiso, sin embargo, que sus enemigos se aprovecharan de un rasgo de abnegación tan raro. Convocó en el año de 1457 el consejo de la ciudad y de acuerdo con él, deliberó transferir la Señoría de Génova á Carlos VII de Francia, con las mismas condiciones con que se había transferido á Carlos VI el dia 25 de Octubre de 1396. (1) A este efecto fueron diputados á dicha nación cuatro embajadores á saber: Marco Grillo, Juan Ambrosio Manini, Gotardo Stella y Bautista Guano, los cuales le ofrecieron la soberanía susodicha. Inmediatamente aquel Rey mandó á Génova á Juan, Duque de Anjou y de Calabria. Los pactos ó condiciones á que hemos aludido no daban al príncipe protector ó soberano más autoridad que la que el Dux tenía y, según la intención del consejo, la República debía subsistir con la misma libertad y jurisdicción, bajo la temporal autoridad de un vicario ó representante del Rey de Francia que bajo la de un Fregoso ó de un Adorni. Juan de Anjou llegó á Génova el dia 11 de Mayo de 1458 y los magistrados le juraron fidelidad en nombre del pueblo en los jardines de los Fregosos situados en el arrabal de Santo Tomás. En cambio el Duque de Calabria, antes de ser admitido dentro los muros de Génova, juró respetar las leyes y los privilegios de los genoveses, los estatutos y los privilegios del Banco de San Jorge, después de lo cual asumió, con la cooperación de Pedro Fregoso, el cuidado de la defensa de Génova. Acto contínuo tomó posesión de la ciudad en nombre del Rey de Francia y se le hizo entrega de la fortaleza del Castillejo y de todas las demás del dominio de los genoveses.

(1) Estas condiciones las publica Sismondi en su obra ya citada, Tomo VII página 312.



¿Cómo tomó D. Alfonso la noticia de una resolución tan extrema? ¡Ay, cuántas y cuán graves fueron las consecuencias de la negativa á restituir una nave! Si alguna vez puede decirse con sobra de razón que el orgullo es un pésimo consejero, fué ciertamente en la ocasión objeto de nuestra reseña.

Fué doble, Foglietta dice, la alegría que se apoderó de la ciudad al ver la Señoría entregada al Rey de Francia; primero porque se alegraba de verse libre del gobierno de Pedro y segundo porque esperaba que se quitaría á D. Alfonso toda ocasión de molestarle, supuesto que éste no tenía enemistad con el Rey Carlos. De esta esperanza quedaron los genoveses total mente desengañados, puesto que el Rey, al saber la noticia, se mostró contra los genoveses más atroz y cruel que nunca, por el dolor y el despecho de que la Señoría, á la cual él sin duda aspiraba, hubiese sido entregada á otro.

Así dispuso que Pedro Spínola y los demás emigrados, Bernabé, Rafael, Gerónimo y Ambrosio Adorni y Felipe Fiesco, Conde de Lavaña, se apresurasen á entrar en campaña y que hiciese otro tanto Juan de Carreto, Marqués de Finar, con las compañías de gente de á caballo y de á pié que llevaba á sueldo de Aragón. Aparte de las naves que tenía contínuamente en el mar de Génova y con cuyas correrías y saqueos infestaban toda su ribera, aparejó todas las más que pudo para estrechar á los genoveses. Dice Campmany que, á este efecto, salió de Barcelona al mar, Pedro Serra, Conceller I, mandando una escuadra de dos galeras, cuatro naos gruesas, y un ballenero, que la ciudad enviaba á Nápoles al servicio de D. Alfonso contra los genoveses, por cuyo servicio mereció también de aquel monarca el título y honores de Almirante. Vilamarí salió, dice el mismo autor, con veinte galeras, catorce que ya tenía y seis que se pusieron en orden. Mandaba la armada real de naos Pedro Juan de Sancliment, ciudadano de Barcelona, muy diestro y esforzado marino que antes había estado cruzando por las costas de Córcega. Algunos autores italianos hacen ascender las naves gruesas al número de veinte. Se juntaron con las dichas fuerzas marítimas las galeras de Galcerán de Requesens, Gobernador de Cataluña, de Vidal de Vilanova, casado con D.ª Tecla de Borja, sobrina del Papa, de Suero de



Nava y de Juan Torrellas. Dice Campmany que entre todos formaban sesenta buques.

Apesar de esto, D. Alfonso, desde Torre del Greco, allá por el mes de Julio, mandaba armar todas las galeras que podía haber de las que se llaman de buena boya, escribiendo á Barcelona, que correspondió con furia, pues tenía puesto todo su intento en que Carlos VII de Francia no se saliese con lo que estaba intentando.

Había provisto la escuadra de gran copia de recursos de guerra y de toda clase de vituallas, y además de esto de gran número de soldados y ballesteros de los que estaban en Portosí. Lo primero que hizo Vilamarí, fué ir á combatir la ciudad y castillo de Noli, que entró por combate por el grande esfuerzo de los capitanes y gente de guerra de las galeras. Luego atacó á Recho que ya estaba para rendirse, pero que fué socorrido por la escuadra genovesa. Al fin cayó su castillo lo mismo que el de Camuchio. Tras de esto, aunque estaba muy adelantado el invierno, se sitió la ciudad de Génova por tierra y mar y aún se dió un asalto y terrible combate, en la esperanza de que ayudarían los de dentro, cosa que no sucedió.

Los genoveses se dolían de que el partido que habían adoptado, para salir de peligros y fatigas, hubiese acrecentado las miserias y las penalidades de la ciudad. El Duque de Anjou se había llevado de Francia diez galeras con muchas tropas que le sirvieron á maravilla en aquella ocasión. Las galeras estaban ya en el puerto de Génova, pero además de ellas dispuso para defenderlo que se cerrase su entrada con cadenas y con vigas y que las tropas de Carlos VII montasen las guardias de la ciudad. Pedro y sus gentes, todas aguerridas y de confianza, le secundaron admirablemente por su gran esperiencia en los servicios de guerra. Ya estaban las cosas de los genoveses en la mayor estrechez, cuando fué desenlace inesperado de todo, la grave noticia de la muerte de D. Alfonso.

La escuadra de los sitiadores se dispersó súbitamente, volviendo algunos buques á Cataluña y entrando otros en los puertos del Reino de Nápoles. El ejército de los descontentos se retiró á las montañas y Bernabé y Rafael Adorni murieron también á los pocos dias, ya fuese por las fatigas que habían



soportado, ya por el dolor de verse quitar de las manos una victoria que contemplaban segura. Los genoveses atónitos de tan imprevista liberación, apenas podían alegrarse, porque la carestía y la mala calidad de las vituallas de que se habían alimentado durante el sitio, así como el cansancio y los cuidados de la guerra, habían engendrado en la ciudad una enfermedad contagiosa que mató más gente que los tiros del enemigo.

Así terminó aquella desdichada campaña.

Escribe Campmany que los genoveses se resarcían en otras partes de Levante de las pérdidas sufridas en sus mares y costas, y que por Febrero de 1458, dos naves corsarias que estaban surtas en el puerto de Alejandría, habiendo visto entrar una carabela de un mercader catalán, llamado Francisco Sanoses, procedente de Rhodas, cargada de géneros, una de ellas, de improviso, la abordó con ciento cincuenta hombres y la capturó, sin el menor respeto á las aguas neutrales, ni al pasaporte del Sultán de Egipto.

Retrocedamos ahora algún espacio de tiempo para dar cuenta de las últimas empresas del Rey en otras partes ó sea de los hechos que precedieron inmediatamente á su prematura y dolorosa muerte.

Mientras de este modo se distraian las fuerzas y los recursos que debieron haberse empleado contra el turco, el Papa seguía haciendo toda clase de tentativas para ver de despertar á los príncipes cristianos. Ya estaban armadas las galeras pontificias al mando de Luis Scarampo, cardenal de San Lorenzo, y viendo, por fin, que ninguna otra escuadra iba á juntarse con ellas, se hicieron á la mar, tomando tres islas á los turcos y haciéndoles muchísimos otros daños. La verdad es que no fueron en esta ocasión los únicos culpables D. Alfonso y los genoveses. Los venecianos se escusaron con la paz que tenían firmada con Mahometo, y el Rey de Francia ni siquiera quiso que se publicara la cruzada en su Reino. (1)

De muy diferente modo correspondieron los heróicos húngaros, que ya en tantas otras otras ocasiones habían medido sus armas contra el turco. Habiendo atravesado Mahometo las montañas de la Tracia con un ejército de ciento cuarenta mil

(1) Muratori.



hombres, compuesto de las mismas tropas que se habían apoderado de Constantinopla, llegó á orillas del Danubio y puso sitio á Belgrado en el mes de Junio de 1456. El Sultán contaba ya los reinos que había de someter después de su victoria, y eran Hungría, Alemania é Italia. Sin embargo Dios no quiso que realizara sus proyectos.

El bravo Huniades se presentó en la orilla opuesta de dicho río para socorrer á Belgrado, y el turco le disputó el paso. El combate fué tenaz y sangriento y por largo tiempo estuvo indecisa la victoria. Al fin los húngaros pasaron y pudieron penetrar en Belgrado. Iba con Huniades, Juan de Capistrano, predicador de la cruzada. A poco los infieles comenzaron á batir las murallas abriendo en ellas diferentes brechas, por todas las cuales intentaron el asalto. La resistencia de los sitiados fué heróica y la mortandad horrible, teniendo los turcos que retirarse. Al otro día acometieron con mayores bríos al mando del mismo Mahometo, que fué herido y de Cazan Pachá, que fué muerto, siendo también rechazados y teniendo que retirarse con pérdida de cuarenta mil hombres.

¡Cuán otro hubiera sido el resultado de tan gran victoria si los húngaros se hubieran visto secundados por las demás naciones cristianas!

Las enemistades que surgieron entre el Pontífice y D. Alfonso acabaron de aumentar las dificultades para la realización de una obra tan meritoria. Demos alguna noticia de ellas. Fuese que D. Alfonso de Borja se hubiera desvanecido al llegar al trono pontificio, que al fin era hombre, y si era infalible en cosas de fé, no era por cierto impecable y estaba sujeto como los demás á los achaques del orgullo y la soberbia; fuese que en el tiempo en que tuvo á su cargo la educación del Duque de Calabria, hubiera descubierto en él malas y aún perversas inclinaciones, que hiciesen temer por el bien de sus futuros súbditos; fuese que no quisiera que el Rey tuviera por más tiempo los vicariatos de Benevento y Terracina, arrancados casi á la fuerza al atribulado Eugenio IV; fuese que meditara con tiempo la manera de que el Reino de Nápoles, que era feudo de la Iglesia, volviese á pertenecer en absoluto á los Estados Pontificios; fuese, por fin, que intentara dárselo con



las mismas condiciones con que lo tenía D. Alfonso y lo habían tenido los demás reyes sus predecesores, á Pedro Borja, Duque que luego fué de Spoleto, su sobrino, según afirman algunos; su hostilidad á D. Alfonso se acentuó de dia en dia hasta llegar á un declarado rompimiento. Zurita da bastantes detalles acerca de este particular, y sobre lo que él dice calcaremos nuestro relato. Fué á Roma el Conde de Concentaina para hacer saber al Papa la determinación que había tomado el Rey de ir á visitar sus reinos en la primavera siguiente; ya que con el tratado de Nápoles habían cesado las guerras y había paz universal en toda Italia. Después de cumplir con este cometido, le manifestó de órden de D. Alfonso, que como quiera que éste tenía las bulas de la investidura del Reino y de los vicariatos de Benevento y Terracina, para mayor seguridad en lo porvenir, recibiría gracia de S. S. que se las otorgase de nuevo. El Papa dió tales escusas que el de Concentaina entendió que se denegaba abiertamente, y dejándose llevar de la ira arrojó de su boca un raudal de reproches é insolencias. Como le conocía de tiempo y creía estar al cabo de los designios que tenía en la mente, pensó que podía hablar al Pontífice con la claridad con que hubiese podido hacerlo al cardenal ó al obispo, y así le dijo que los escrúpulos que mostraba para negarse á lo que le pedía, no los había tenido ciertamente para engrandecer á sus sobrinos. La verdad es que en la última cuaresma había creado cardenales á dos hijos de sus hermanas Catalina de Borja, casada con D. Juan del Mila, é Isabel de Borja, que fué esposa de Jofre de Borja, y se llamaban los dichos sobrinos Luis Juan del Mila y Rodrigo de Borja, nombrando al primero Legado de Bolonia y al segundo de la Marca de Ancona. Demás de esto, había dado la Prefectura de Roma y el cargo de capitán general del estado y del ejército de la Iglesia, á Pedro Luis de Borja, hermano mayor del cardenal D. Rodrigo y aún se decía que iban á hacerle Duque de Spoleto. Añadió el de Concentaina que estas liberalidades no le hiciesen olvidar de lo que tocaba al estado del Rey, que tan señalados beneficios había hecho á la Iglesia, cuando no quisiese acordarse de los personales que había recibido de su mano; puesto que por grande que fuese la dignidad en que Dios le puso, debía no



echar en olvido su nacimiento y el lugar de Canales en donde aprendió á leer y la iglesia de San Antonio en donde cantó la primera Epístola.

Fuese que ya hubiera antiguas causas de enemistad y disgusto entre Calixto III y el de Concentaina; fuese que el Papa se enojara de la invectiva que se le había dirigido, lo cierto es que cobró gran aborrecimiento hácia el Conde, diciendo que no podía sufrir la prosperidad de la casa de Borja, la cual seguiría elevándose y engrandeciéndose, mientras que la suya no sería nada. No pararon en estos desahogos las muestras de cólera del Pontífice, sinó que también denegó al Rey otras pretensiones que tenía, solo porque las agenciaba por medio del mismo Conde. Entre ellas figura la provisión de las iglesias de Zaragoza, Valencia y Orihuela, de las cuales decía Calixto que no se meterían á saco mientras él viviese, y esto que quería D. Alfonso que la de Zaragoza se presentase en D. Enrique, su nieto, que era hijo natural del Duque de Calabria y no tenía más que once años. Como represalia, el Rey no vino bien en que la de Valencia se diese al cardenal de Borja, como pretendía el Papa, y entendiendo éste que así lo hizo D. Alfonso por consejo del de Concentaina, le dió, al año siguiente, su maldición apostólica. Zurita añade que el Conde luego se puso enfermo y murió de aquella dolencia, según parece por letras de mano del Papa.

Allende de esto tenía el Rey otra causa de disgusto de parte de Calixto III, en el hecho de haber dado la púrpura cardenalicia á D. Jaime de Portugal, hijo del infante D. Pedro y nieto de D. Jaime, Conde de Urgel, la cual le habían negado anteriores pontífices, pareciendo, dice el mismo analista, que lo hizo para hacer mayor pesar al Rey, que fué enemigo del infante D. Pedro, y por ensalzar la memoria del Conde de Urgel.

D. Alfonso no pudo ya aguantar más, y acordándose de que había luchado en todos terrenos con Martin V y con Eugenio IV, no tuvo mayores escrúpulos en hacer lo mismo con su antiguo súbdito. También sospechaba, como afirman algunos autores de aquel tiempo, que la negativa de dar la investidura á D. Fernando, era porque escondía en su pecho ambi-



ciosos pensamientos, sin duda no hurtados con bastante cautela á la perspicacia de nuestra cancillería.

Estuvo en aquellos días en la capital del Reino una embajada del nuevo Rey de Castilla D. Enrique IV, compuesta del Protonotario Luis González de Atienza, Deán de Córdoba, y de Enrique de Figeredo, cuyo objeto era tratar de las rentas del Maestrazgo de Santiago. D. Alfonso se había esmerado en honrarla, haciendo que salieran á su encuentro hasta la ciudad de Aversa, Marino de Marzano, Príncipe de Rosano y Duque de Sessa, Félix Orsino, Príncipe de Salerno, D. Iñigo de Guevara, gran Senescal, D. Iñigo de Avalos, Conde Camarlengo y todos los barones y grandes de la Corte con reyes de armas con sus cotas vestidas, siendo acompañada hasta el Castillo Nuevo con toda la magestad que se acostumbraba en aquella casa real que superó en magnificencia á todas las demás de su tiempo. Recibió el Rey á los embajadores en presencia del Duque de Calabria, de D. Arnaldo Roger de Pallás, Patriarca de Alejandría y de los representantes de varias naciones, declarando los legados castellanos que D. Enrique quería asentar con el Rey verdadera amistad, y que sus reinos y los naturales de ellos fuesen guardados y conservados como los suyos propios. Aprovechando D. Alfonso esta buena disposición de ánimo y esplotando también el disgusto que el Rey de Castilla debía sentir por la reprimenda que sus embajadores habían llevado del Pontífice, por haberse publicado que D. Enrique había celebrado por dinero paz y tregua con el Rey de Granada, intentó arrastrar á los reinos de su sobrino á la desobediencia de Calixto III, cuyo plan, lleno de ira, estaba meditando hacía tiempo. No quiso, sin embargo, acometer de frente tan arriesgada negociación, sinó que procuró apoderarse del ánimo y voluntad del privado de D. Enrique, que lo era en aquella sazón D. Juan Pacheco, Marqués de Villena, quien ejercía en palacio el cargo de mayordomo mayor, y por cuya intercesión ninguna cosa parecía que se podía dejar de alcanzar del Rey de Castilla.

Hé aquí la concordia que se asentó entre D. Alfonso y el susodicho Marqués por medio de Ferrer de Lanuza. El de Villena hizo pleito homenage que trabajaría con todo su poder



para que el Rey de Castilla prometiera y jurara que siempre que fuese requerido por D. Alfonso, por medio de cartas ó embajada para que echase de sus reinos á los genoveses, venecianos, florentinos ó cualesquiera otros súbditos de la nación italiana, lo haría sin ninguna dilación. Así mismo juró que si el Rey quitaba la obediencia al Papa Calixto, él influiría para que D. Enrique hiciese lo mismo, y en el caso de que muriese dicho Pontífice, emplearía su valimiento en hacer que los dos reyes fuesen de acuerdo en lo de acatar al sucesor en el pontificado. Si el Marqués no pudiese lograr aquello á que se comprometía, se conformaba con que D. Alfonso no le tuviese lo prometido. Veámos ahora qué es lo que debía hacer el Rey en premio de tanta devoción y buenos oficios. Recibía al Marqués como servidor y amigo y prometía procurar, mientras viviese, que fuese guardada su persona, dignidad y estado y no consentir que fuese separado de los consejos del Rey su sobrino, y estar contra todos los que lo intentaran, procurando que guardase su honor y aún lo aumentase, si posible fuere. En el caso que el de Villena recibiese mal, daño ó desaguisado en su persona, honra, casa, vasallos y estado, por quien quiera que fuese, aún cuando estuviera constituido en dignidad real, don Alfonso prometía ayudarle y defenderle con todas sus fuerzas, señaladamente con las de sus reinos de Aragón y Valencia, por estar más cerca de los heredamientos del Marqués. Si apesar de todo, se viese éste despojado de los estados que tenía en Castilla y León, el Rey le aseguraba y le daba su real palabra de que le acogería en sus reinos y en ellos le daría bienes y heredamientos con que vivir decorosamente. El documento en que figuran todas estas promesas se firmó á 15 de Noviembre. Como se vé, esto equivalía á comprar á un valido perverso y egoista, para que el Rey de Castilla no obrase conforme á su propia honra é interés, sino según exigiesen las necesidades políticas, cuando no el despecho y la ira de su tio. Apesar de todo salieron algún tanto errados los cálculos de D. Alfonso, probablemente porque D. Juan de Pacheco no tenía tanta privanza como la que hubiese sido necesaria para lograr ciertas cosas. Así fué que cuando se pidió á D. Enrique que se concertase con el Rey para negar la obediencia al Pontífice, respon-



dió en armonía con lo que había hecho su antecesor respecto de análogas solicitaciones en tiempos en que estaban en su período álgido los desórdenes de Basilea, á saber: que en todas las cosas que le fuesen posibles y honestas, tendría gran placer en conformarse con el Rey de Aragón, y en aquel caso le rogaba mucho que mirase lo que se debía al Pontífice y lo que ellos, como príncipes cristianos, venían obligados á hacer, máxime teniendo en cuenta que el Papa era natural de España y del Reino de Valencia y que por tanto tenían el deber, más que otros principes y reyes, de protejerle y defenderle. Digamos que todas estas tentativas no surtieron más efecto que aumentar el enojo del Pontífice, quien hizo pagar muy caras á don Fernando las agresiones de su padre, y aquí vuelve á venir de molde el apotegma de Machiavelo: que cuando no se puede hundir á un poderoso, se debe procurar no tocarle.

Por de pronto el Papa no se dió por entendido, y antes pareció que trataba de devolver bien por mal, mandando el capelo al Arzobispo de Nápoles, que era hechura del Rey, por ser pariente de la célebre Lucrecia de Alagno y se llamaba Rainaldo Piscicelli, á quien Fleury califica de hombre de mérito.

En la misma creación obtuvo el cardenalato el famoso Eneas Silvio Piccolomini, obispode Sena, á quien hemos tenido ocasión de citar tantas veces en este libro.

Registremos algunos otros sucesos acaecidos en el año de 1456.

El Rey D. Alfonso de Portugal, mandó alistar una buena escuadra para enviar contra el turco, publicando que él se embarcaría en ella y la mandaría. Sabedor el Rey de este propósito, ordenó que se pusiesen á disposición de aquella armada y de su capitán general todos los puertos de Cerdeña.

Ya solo nos falta hablar del terrible terremoto que asoló tantas y tan importantes ciudades y lugares del Reino de Nápoles. La mejor descripción de entre las varias que se leen en los autores de aquel tiempo, es la que nos da San Antonino, Arzobispo de Florencia, en su *Crónica*. [1] Hé aquí los datos que figuran en ella.

Los terremotos sucedieron en las partes del Reino de Ná-

(1) Cap. XIV, párrafo 3.°



poles en el predicho año de 1456, á 5 de Diciembre á las once de la noche, y á 30 del mismo mes á las diez y seis; fueron grandísimos, de tal modo que no los hay iguales en la memoria de los hombres, y apenas se lee que hubieran ocurrido jamás otros parecidos; tan vehementes fueron, tanto espacio comprendieron y tanto daño causaron así á los edificios, como á las personas. Se notaron varios otros terremotos entre el primero y segundo y también después del segundo; pero pequeños y ligeros, de suerte que no hicieron ningún daño ó lo hicieron muy leve á los edificios y personas; pero aquellos dos fueron estupendísimos, en particular en algunas ciudades y castillos en los cuales causaron grandísimas ruinas.

Comenzando por las ciudades más notables de Tierra de Labor: en Nápoles, ciudad real, fueron reducidos á escombros muchos palacios, se cayeron muchas casas, las iglesias sufrieron muchas ruinas en su mayor parte y murieron treinta y cuatro personas. Cayó también entonces la Catedral y la Iglesia de Santo Domingo, si bien otros, equivocándose, dijeron de San Pedro Mártir. De estos dos templos refiere Terminio que luego el Rey Fernando I hizo reedificar una parte, y por medio de sus exhortaciones, muchos príncipes y señores napolitanos, rehicieron aquellos pilares que ahora se observan, mandando colocar sus respectivos escudos de armas en cada uno de ellos. También se arruinó el sepulcro del Rey Carlos I, con otros mausoleos reales que luego se restauraron. El Castillo de San Telmo, que está encima de la Iglesia de San Martín, se vino igualmente abajo y perecieron en él ocho personas. En la ciudad de Aversa, arruinó el terremoto muchas casas, y la fortaleza ó castillo recibió mucho daño, siendo incierto el número de muertos que allí hubo. Cápua sufrió detrimento en sus casas y se cuartearon las torres que defendían la ciudad; no se tomó nota de los que perecieron, pero fueron en gran número.

El castillo de Arpaia, que está cerca de Benevento, se derrumbó por completo y por favor divino no murió nadie. La propia ciudad de Benevento fué destruida en su mayor parte, y la Catedral, en la cual se conserva el cuerpo de San Bartolomé, quedó derruida por completo, con muerte de trescientas cincuenta personas. El castillo de Padula se vino abajo hasta



sus cimientos, pereciendo ciento treinta y tres personas. Otro tanto sucedió con la antigua ciudad de Larino en la Capitanata; en ésta los muertos fueron mil trescientos trece. El castillo de Montecalvi, en la misma provincia, se destruyó con muerte de ochenta hombres. El pueblo de Apice, quedó desolado por completo, muriendo mil doscientas personas. Tocco, en el valle de Benevento, desapareció del todo y por esta circunstancia no pudo saberse el número de sus víctimas. Mirabella sufrió igual ruina, muriendo ciento ochenta y cuatro personas. No menos sufrió Tuoro, teniendo treinta y cinco muertos. Vinchiaturo no tuvo una suerte menos desgraciada que los precedentes, y sucumbieron ciento veinte hombres. El Casal de Cernanda, fué arrasado, perdiendo la vida ciento sesenta desgraciados. La ciudad de Alisi quedó en su mayor parte reducida á escombros y debajo de ellos aparecieron sesenta cadáveres. También sufrieron detrimento Zuneoli, Fragnito, Avelino, Buruto, Supino, Loratino, Sessano, Labatina, Casacalenda, Lignaccio, Rechino, Ponte, Landolfo, Ducenta, Durazzano, Cormacosi y Buffo. De estos no se sabe el número de víctimas, aunque se cree que no fué excesivo.

En el Abruzzo, y en varias otras provincias del Reino, fueron destruidas muchas casas, y al desmoronarse pereció mucha gente. Tocco fué arruinado, muriendo el señor de ella con toda su familia y muchos otros infelices hasta la cifra de trescientos cincuenta. La Rocca, Valleoscura, el Raso y Cinco-villas fueron destruidas por completo con muerte de algunos. La pequeña montaña que domina el lugar de San Juan, se derrumbó sobre de él y lo cubrió así como á cuarenta y cuatro personas. Rionigro, Fossaceca, Seffanola, Castelluccio, Santángelo, Boccacicuta, el Castillo de San Vicente, Castiglione de li Sbanti, la Rocchetta, Castellina del Duque de Sora, la Covatta, Spetonasino, la Rochella, Civita Nova, Terella, Santo Stéfano, el Piesco, Carpennone, Pettorano, Santangelo in Gratula, Varanella, San Nicito y Spineta, no tienen descritos los estragos del temblor de tierra, pero todos sufrieron, muriendo algunos sujetos, pero pocos. Empero lo ciudad de Scino en los confines de los Abruzzos, se arruinó hasta los fundamentos, pereciendo mil doscientas personas. La ciudad de Boiano, que tenia seis mil



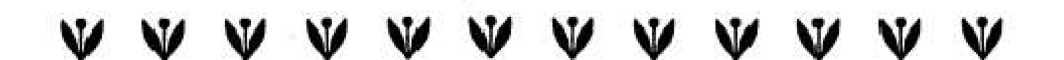
fuegos ó vecinos, desapareció por completo y sus restos quedaron sumergidos por las aguas que fluyeron, y donde estaba la ciudad hay ahora el lago. En esta catástrofe se perdieron mil doscientas personas. Macchiagodano quedó arrasada: las pérdidas humanas se elevaron á trescientas diez y seis. Igual suerte le cupo á Simosano, pero solo murieron treinta y cinco personas. Alvito fué destruida en parte, teniendo veinte y siete bajas. Aquaviva fué derruida del todo; perecieron treinta y cinco hombres. Cerza y Spina se hundieron totalmente; en la una hubo cuarenta víctimas y en la otra cuarenta y seis. En Lucera se arruinó el castillo con muchos casas de la ciudad en número de trescientas; se ignora el guarismo de las desgracias personales. La Cerenza quedó como la palma de la mano, lo mismo que su fortaleza, sucumbiendo la esposa, el hermano, los hijos y toda la familia del Conde, señor de la ciudad, quien se salvó en camisa; perdieron la vida, además, mil doscientas personas. También se vino abajo el Castillo de Canosa. La ciudad de Troia fué destruida y la iglesia episcopal, juntamente con doscientas casas. Accadia, cerca de Monteleone, se cayó, ignorándose la cifra de los difuntos. Ascoli y su fortaleza fueron arruinadas en gran parte, más no hubo desgracias personales. La Cidogna quedó arrasada, y la mayor parte de la guarnición con su capitán se fueron al otro mundo. Parecidos desastres acontecieron en Venosa, Atella, Melfe, Bovino, Brindis, Isernia, Nocera y Castellamare del Volturno. Este mismo terremoto se dejó sentir en Toscana, Romagna y hasta en Cataluña. El número total de muertes fué, según Summonte, de cuarenta mil; según Eneas Silvio, de treinta mil y según Busciano, ó sea Juan Francés Boscan, de sesenta mil.

Escribe Passaro que cuando el segundo terremoto, el Rey se hallaba oyendo misa en el templo de San Pedro Martir y sintiéndose las grandes sacudidas ó trepidaciones, no parecía sinó que había de arruinarse; así todo el mundo echó á correr, más D. Alfonso se mantuvo firme é intrépido con los de su séquito, mandando al sacerdote que prosiguiera el santo sacrificio. Al terminar, como se preguntara al Rey porque no se había movida ante un peligro tan grande, respondió con la sentencia de Salomón: "*Cor Regis in manu Domini.*"



Muratori, antes de dar una sucinta noticia de este terremoto, se expresa de esta manera: "Pareció que Dios mostrase su rigor en este año contra el Rey Alfonso, si es lícito á nosotros interpretar tan fácilmente los juicios divinos, cuando, no sobre los reyes delincuentes, pero sí sobre sus inocentes pueblos se descarga el azote de las calamidades."





CAPITULO LIX

SUMARIO

(1457-1458 — El príncipe Carlos de Viana se acoge al amparo del Rey. — Antecedentes. — Intervención de D. Alfonso en la grave querella del príncipe con su padre D. Juan. — Campaña contra Malatesta. — Ultimos dias del Magnánimo. Inoportuna visita del príncipe de Viana — Recibe el Rey los Sacramentos y muere á los 28 de Junio de 1458.—Su testamento. — Tentativa de Carlos de Viana frustrada. — Proclamación del príncipe D. Fernando. — Sepulcro del Rey en Poblet.

El presente capítulo comprenderá los sucesos que quedan por referir correspondientes á los años de 1457 y 1458.

En el primero de ellos, aparte de lo que ya dejamos expuesto en los capítulos anteriores, el asunto de más monta fué la ida á Italia del célebre D. Cárlos, Príncipe de Viana, hijo del Rey de Navarra, el infante D. Juan de Aragón, que lueho fué D. Juan II, con el objeto de apelar á la influencia de D. Alfonso, su tio, para que arreglase los asuntos de aquel reino.

Dos palabras para comprender mejor el motivo de dicho viaje. En 1425 murió Carlos el Noble, de Navarra, legando la corona á su hija D.ª Blanca, quien, viuda del Rey D. Martin de Sicilia, había casado en 1419 con el infante D. Juan de Aragón. El dia 15 de Mayo de 1428, fueron ambos cónyuges jurados y coronados, con arreglo al fuero, en la ciudad de Pamplona, y acto seguido reconocido y jurado sucesor del Reino su hijo primogénito D. Carlos, nacido en Peñafiel el dia 29 de Ma-

yo de 1421, para quien se había instituido el título de príncipe de Viana, al modo de los de príncipe de Asturias, de Gerona y de Duque de Calabria, respectivamente para los presuntos herederos á los tronos de Castilla, Aragón y Nápoles. Ya dijimos la parte que tomó D. Juan en las guerras y disturbios de Castilla, como también dimos cuenta de su cooperación en la conquista del Reino de Nápoles, compartiendo por algunos años las penalidades y las glorias de aquella empresa con su hermano D. Alfonso. Así mismo indicamos que, al regresar á España, ejerció las lugar-tenencias de los reinos de Aragón y Valencia y la de Cataluña en ausencias de la Reina D.ª María. Añadamos ahora que casó á su hija mayor llamada D.ª Blanca con el príncipe de Asturias D. Enrique, á su hijo D. Cárlos, con Ana, hija del difunto Duque de Cleves, y á otra de nombre D.ª Leonor con el conde de Foix.

En 1441 murió la Reina D.ª Blanca y en su testamento llamó á heredarla en su Reino de Navarra y en su ducado de Nemours, primero á D. Carlos, rogándole que no tomase el título de Rey sin el consentimiento de su padre ó después de su muerte; en segundo lugar á la princesa de Asturias, y en tercero á la condesa de Foix.

Entonces el príncipe Carlos se encargó del gobierno del reino á titulo de lugarteniente del Rey su padre. Poco tiempo después, casó éste de segundas nupcias, con D.ª Juana Enriquez, hija del almirante de Castilla, sin ceder el reino de Navarra al príncipe de Viana y sin darle siquiera noticia de este segundo enlace. De tal hecho arrancan las tristes disensiones entre padre á hijo y entre madrastra y entenado. Vino á servir de botafuego de ellas una paz y concordia firmada entre don Carlos y el Rey de Castilla al pié de los muros de Estella, cuyo acto fué desaprobado por el Rey D. Juan que se hallaba en Zaragoza, mandando á D.ª Juana Enriquez á Navarra con orden de que en adelante compartiese el gobierno del reino con el príncipe de Viana. En aquella sazón Navarra se hallaba dividida en dos bandos, el de los agramonteses y el de los biamonteses, poniéndose, solo por el odio que se profesaban, el primero al lado del Rey y de la Reina y el segundo al del príncipe D. Carlos. Este intentó la vía de la persuasión y de la dul-

zura, haciendo presente á su padre que con la medida tomada se infringían las leyes del reino con lesión de los derechos que á él le asistían; más como D. Juan no le atendiese, deliberó rebelarse y fiarlo todo á las armas. Pronto tuvo á su lado al Rey D. Juan II y al príncipe de Asturias, que no parecía sinó que querían desquitarse de las antiguas ingerencias de los infanfantes de Aragón en Castilla, siendo la primera operación de aquella guerra el sitiar á la Reina en Estella. En cuanto su esposo tuvo noticia de ello, voló presuroso á socorrerla; más al verse con fuerzas que no podían competir con las de los sitiadores, tuvo por bien retirarse á Zaragoza con la idea de allegar refuerzos. Los rebeldes tomaron aquello como un acto de impotencia, de suerte que considerándose seguros, los de don Carlos levantaron el sitio y los castellanos hicieron la via de Burgos. Al entrar de nuevo en campaña el Rey de Navarra, se dirigió á sitiar la villa de Aibar, que estaba en la obediencia de su hijo, lo cual dió motivo á que éste saliera al campo, decidido á hacer jornada contra las tropas de su padre. Estando ya á la vista ambos ejércitos, mediaron algunos varones prudentes para evitar aquel escándalo; pero aunque el concierto ya estaba pactado, pudo más la ira de los unos que los buenos oficios de los otros, y rompiéndose de improviso la batalla, quedaron derrotados los del Príncipe, quien quedó prisionero de su padre y fué encerrado primero en el castillo de Tafalla y luego en el de Monroy. Como más adelante intercediesen las cortes de Aragón y la misma ciudad de Pamplona, el Rey sacó á su hijo del castillo de Monroy y mandó que fuese trasladado á Zaragoza, poniendo el arreglo de las mútuas discordias al arbitrio de las Córtes. Al cabo se llegó á una avenencia: don Carlos recibió la libertad, pero dando en rehenes á los gefes del bando de Beaumont que le apoyaba. Pronto las enemistades entre sí promovieron una nueva lucha, que terminó en otra tregua ajustada en 1455. Tampoco ésta fué más duradera, y sobre sí el Rey quería dar el reino de Navarra al conde de Foix, y sobre si el Príncipe quería ó no restituir la villa de Monreal, que había tomado, se rompieron otra vez las hostilidades, quedando también derrotado el príncipe de Viana por la hueste de su padre, de su madrastra y de su cuñado el conde de



Foix que había acudido desde el otro lado del Pirineo. Entonces el desventurado D. Carlos, dejando el gobierno de las plazas al Conde de Beaumont y la gestión de sus asuntos domésticos á la princesa D.ª Blanca, deliberó pasar á Francia á pedir favor.

Tenemos, pues, ya enlazados los asuntos de Navarra con el objeto del presente capítulo. El motivo que movía á D. Carlos á ir á Francia, dice Zurita, era la noticia cierta que tenía de que el Rey, su padre, por medio del Conde de Foix, estaba en tratos de confederación con aquel monarca y, recelando el daño que por allí le podía resultar, trató de ir á poner remedio por sí mismo, pues hasta entonces habia creido que Carlos VII estaba de su parte. Su intento era regresar luego á Navarra, una vez conseguida la promesa del socorro. Grande fué el desengaño que se llevó, pues la disposición de ánimo del francés era totalmente distinta de lo que él había creido. El analista aragonés indica que entonces volvió los ojos al Rey de Castilla, máxime sabiendo que el Conde de Foix se preparaba para invadir con gran furia el Reino de Navarra; pero que consideró muy incierto aquel apoyo, en razón á que D. Enrique IV, que había sucedido á D. Juan II, seguía casi en todo la voluntad del marqués de Villena. Aquí debemos hacer notar una contradicción en que incurre Zurita, pues primero escribe que al ver el príncipe de Viana cerrados todos los caminos, se decidió á fiar su causa á la benignidad del Pontífice y al amor de D. Alfonso; y luego afirma que la idea del viaje de D. Carlos á Italia fué hija de la suspicacia del Rey, su tio; así dice: en este tiempo, habiendo entendido el Rey que el Príncipe Carlos, su sobrino, por las diferencias que tenía con su padre, había recurrido al Rey de Francia, sospechando los peligros que podían seguirse de poner su persona y estado en poder de los franceses, envió á persuadirle que fuese al Reino de Nápoles con intención de reducirlo á buen acuerdo con su padre. También debemos hacer notar una discordancia que existe entre el analista de Aragón y Constanzo; pues el primero hace preceder la entrevista del príncipe con el Papa á su viaje á Nápoles, y el segundo dice que fué á Roma al regreso de dicha capital. Sea como quiera, Calixto III recibió amorosamente al de



Viana; pero no quiso intervenir en el arreglo de sus disgustos, por más que aquel desgraciado jóven le pintó con muy vivos colores la tiranía de D. Juan, inducido por su esposa la pérfida D.ª Juana Enriquez. Era, dice Zurita, que el Papa holgaba harto más del rompimiento entre aquellos príncipes que de la concordia. Constanzo se hace eco de otra versión diciendo que el Príncipe fué á besar los piès al Pontífice, y luego vió que por su edad decrèpita era tardo en tratar el arreglo de las cosas de Navarra, por lo cual se detuvo algún tiempo en Roma. Calixto III dióle recursos de que mantenerse, porque veía que D. Alfonso tenía poca salud y no podía vivir mucho tiempo, y abrigaba la esperanza de que los barones del Reino, que estaban muy poco satisfechos de la conducta del Duque de Calabria, proclamasen al de Viana por Rey, después de la muerte de D. Alfonso.

En cuanto D. Carlos llegó á Nápoles, el Magnánimo le recibió de una manera paternal, señalándole doce mil ducados al año para sus gastos. Empero se dió prisa en poner orden á sus cosas; porque el Príncipe, dice el ya citado historiador napolitano, era muy bello de cuerpo y de amabilísimas costumbres, y por tanto apto para captarse la benevolencia, por lo cual al Rey no le gustó que demorase mucho tiempo en aquella corte. Veámos ahora qué medios empleó D. Alfonso para el logro de su objeto. Aunque había determinado mandar una solemne embajada á su hermano y al reino de Navarra, consideró luego que sería más breve y hasta más oportuno dirigirse antes al Rey de Castilla para lograr de él que no siguiese atizando la discordia entre padre é hijo; sinó que, al contrario, contribuyese á que llegasen á término de una avenencia decorosa. A este fin, estando el dia 26 de Marzo de 1457 en el casal que llaman del Príncipe, diputó á España á Rodrigo Vidal, ministro principal de su cancillería. Este, antes de presentarse á D. Enrique IV, visitó al Rey D. Juan y le requirió á nombre de don Alfonso para que aceptase una tregua otorgada por el Gobernador general de Navarra, á lo que se negó decididamente. Entonces el legado se dirigió á Pamplona para ver si hallaría más dispuestos á la paz á los del opuesto bando. Oyéronle el dicho gobernador, el Vicario general de la Sede vacante, el Presi-



dente y los del Consejo del Príncipe y los regidores de la ciudad. Les propuso que D. Juan fuese, por durante su vida, Rey y señor absoluto de Navarra, usando el titulo y gozando de las preeminencias de tal, lo mismo que los demás reyes sus antecesores, y que en cambio éste juraría no poner impedimento en la sucesión del Príncipe; prometía no enajenar ninguna parte de aquel reino y convocaría Cortes en Tafalla ó Sangüesa para los juramentos debidos. Tras de estas proposiciones, les fué presentando otras no menos equitativas y prudentes para el arreglo de todas las disidencias; pero ellos, después que le hubieron escuchado con la mayor atención, le preguntaron si todo aquello lo había mandado proponer el Rey de Aragón; á lo cual el legado contestó negativamente, diciendo que lo había hecho movido por el gran aparato de guerra que estaba preparando don Juan, y por el convencimiento que tenía de que si aceptaban todo lo dicho, éste desistiría por completo de hostilizarles. Entonces ellos replicaron que esperarían á ver lo que mandase D. Alfonso, de quien hablaron con el mayor respeto, y al cual les anunciaba el Príncipe que debían obedecer, indicándoles que dispondría algo muy diferente de lo que habían oido y que entretanto guardarían la tregua, mientras la guardase el Rey D. Juan. Esta respuesta la dieron el dia 2 del mes de Junio. Después proclamaron al Príncipe por Rey, porque decían que no querían tener dos reyes y sí solo el que habían jurado en vida de D.ª Blanca. No cabe duda que con aquel paso Vidal iba reconociendo el terreno, á fin de que D. Alfonso pudiese estudiar mejor cuales habían de ser las cláusulas definitivas de la deseada avenencia. Esta segunda parte de la negociación corrió á cargo del más hábil de los diplomáticos de la Córte napolitana.

Lo primero que el Rey trató de lograr fué que ambas partes pusiesen todas sus disensiones á su arbitraje y determinación, lográndolo desde luego, respecto del Príncipe, de una manera formal y solemne, el día último del mes de Junio. No se presentaba, sin embargo, tan fácil conseguir igual sumisión por parte del Rey de Navarra, porque veía éste que de acceder á lo que se proponía, daba al traste con todos los planes concertados con su yerno el Conde de Foix. Para verde redu-



cirle mandó entonces D. Alfonso á la península española á Luis Despuig, maestre de Montesa, quien tanto insistió y tan acertado estuvo en su manera de presentar las cosas, que al cabo arrancó á D. Juan el instrumento por el que se comprometía á lo mismo que su hijo. Este documento fué firmado por él en Zaragoza el dia 6 de Diciembre de 1457. Una de las razones que esplican la tardanza del buen éxito en la negociación de Despuig, fué la exigencia de D. Juan respecto de que no se pasase adelante hasta que D. Alfonso fuese sabedor que los partidarios del Príncipe le habían proclamado Rey de Navarra. El Maestre de Montesa accedió á participar la novedad, y el Magnánimo se dolió mucho de ella, y el de Viana mostró real ó simuladamente que no la sentía menos. Inmediatamente encargó D. Alfonso á Luis Despuig y á D. Juan de Hijar que en unión de otros embajadores del Príncipe pasasen á Pamplona, y á nombre de entrambos, pidiesen al gobernador y demás del bando de los biamonteses, que revocasen la proclamación y volviesen las cosas al estado que antes tenían. No quisieron estos desobedecer tan autorizados mandatos, y desde luego procedieron á la revocación, no renunciando sin embargo á la facultad que para la proclamación habían tenido y exigiendo que D. Juan revocase á su vez los procesos que había incoado contra el Príncipe y su hermana. La primera parte estaba ya lograda, acreditándose una vez más la autoridad y el tacto de D. Alfonso y la pericia y experiencia del antiguo clavero de Montesa. Entonces Despuig se dirigió á D. Juan, de quien consiguió que en instrumento fechado en Zaragoza á 7 de Febrero de 1458, revocase los aludidos procesos, con la salvedad, no obstante, de que si el Rey no daba su sentencia arbitral dentro del plazo marcado, quedase en la facultad de incoar otros nuevos. Sentados ya estos preliminares, el Maestre, á nombre D. Alfonso, decretó desde Sangüesa tregua duradera por seis meses entre el Rey D. Juan y su hijo y la infanta D.ª Leonor, Condesa de Foix por una parte y el Príncipe de Viana y el Gobernador D. Juan de Beaumont por otra. Entregaron los contendientes en rehenes cada uno dos castillos que quedaron en poder de Despuig, se soltaron los prisioneros, y se dieron de nulidad todos los autos motivados por la guerra. Tras de esto



se firmó la tregua por D.ª Leonor en nombre de su padre y por el de Beaumont en nombre del Príncipe de Viana. Juráronla la flor y nata de los próceres y caballeros de ambos bandos.

¡Qué lástima que se acercase tan deprisa el fin de la carrera diplomática del más prudente y discreto de todos los monarcas de su tiempo!

Antes de escribir una página de luto y tristeza demos cuenta de la campaña que mandó hacer el Rey contra el insolente condottiero Segismundo Malatesta. Poco ó nada dicen de esta nuerra los más de los historiadores italianos. Los que dan algunas noticias de ella, son Guernieri Bernio en su *Crónica de Agobbio,* Simonetta, en la vida de Francisco Sforza, y los autores de la *Crónica de Bolonia* y Sismondo Sismondi en su obra tantas veces citada.

Los insinuados historiógrafos refieren que estaba indignado contra Segismundo Malatesta, con motivo de una perfidia á la cual se podría dar el nombre de *baratería*. Había recibido éste del Rey treinta mil florines á cuenta de un armamento que debía hacer en su favor, y después de haber embolsado aquella suma, se unió con los enemigos de la causa aragonesa. Tal vez D. Alfonso se hubiera resignado á cobrar su dinero ya con las amenazas, ya con las negociaciones, si Segismundo con su turbulenta actividad, con sus violencias y con su rapacidad no hubiese concitado contra sí el odio de todos sus vecinos. Federico de Montefeltro, conde de Urbino. estaba particularmente irritado con él por sus perfidias. Segismundo vejaba bajo mil pretextos los vasallos de Urbino, rompía deliberadamente los tratados y concertaba otros nuevos, solo para tener el gusto de infringirlos enseguida. Las restituciones que luego hacía, no eran jamás una compensación adecuada al daño por él causado.

Federico de Montefeltro había sido, á la par de Gonzaga, discípulo de Victorino de Feltre. y fué el más querido y el más ilustre de todos los alumnos de aquél célebre preceptor; habíase grangeado en Italia un nombre ilustre debido á su lealtad, á su rectitud y á su delicadeza en todo lo que se rozaba con el honor no menos que á sus dotes militares. Esclarecido y lleno de glorias de toda clase, era á un tiempo el amigo y el protector



de las personas doctas en cuyos trabajos tomaba parte, pudiendo considerarse como el Mecenas de las bellas artes que hacía florecer en Urbino. Bajo su gobierno, esta pequeña ciudad se iba adornando con los más bellos monumentos arquitectónicos.

Por tanto, deseando, como deseaba, la prosperidad de sus súbditos, no podía soportar el verla turbada por las rapiñas y latrocinios del príncipe su rival y vecino. Sin embargo, antes de encender de nuevo la guerra en Italia, quiso obtener el consentimiento de los estados que se habían obligado á mantener la paz. En el verano de 1457 visitó Florencia, Bolonia, Milán y Ferrara, en donde fué recibido con no pocos honores, más por las dotes de su carácter, que por su fortuna y categoría. El duque de Módena, Borso, hizo de modo que se encontrara en Ferrara con Segismundo Malatesta, esperando que se reconciliarían; pero la entrevista solo sirvió para irritarle más, separándose después de haberse llenado de palabras injuriosas. (1) Federico luego de haber intentado inútilmente la paz, recorrió á Nápoles para inducir á D. Alfonso á vengar de común acuerdo sus resentimientos con Malatesta y á moverle guerra juntos. El Rey vino en ello y Federico se volvió acompañado de Jacobo Piccinino, el cual había tenido tiempo de rehacer su hueste en la ciudad de Chieti en el Abruzzo, en donde había pasado un año. Antes que las nieves obligasen á estos caudillos á retirarse á cuarteles de invierno, escarmentaron á Malatesta tomándole Reforzato, Montalto y otros cuatro ó cinco lugares.

También corresponde aquí dar noticia de otro suceso, que

(1) Las reyertas entre Segismundo Malatesta y Federico, Duque de Urbino, databan principalmente del año 1451. Los siguientes párrafos de una carta escrita por el primero á Juan de Médicis, cuyo documento publica Iriarte, tomándolo de los archivos de Florencia, prueban claramente el abismo de odio que les separaba.

«Magnifice tanquam frater et compater carissime.

«Io ne scrivo questa mia lettera a sigurta, per la quale voglio sentire el vostro parere, et questo perché continuamente ho retrovato me havete de omne cosa dicto el vero, et non mai boxia de niente. Io ho più di fa sollicitato lo Illmo. Signor Duca di Milano, come vederete da questa interchiusa, che voglia darme aiuto et favore a dare una bastonata al S. Messer Federigo, et farlo reconoscere de li errori soi, tradimenti et inganni usati per lui. La qual bastonata me basta lanimo, havendo adiuto darli la si facta che a tempo novo ce serra poco che fare de li facti soi, et abassara pegli tanta superbia quanto regna in lui.

. . . .

Grandarie die 24 dicemb. 1451.

Sigismundus Pandulfus de Malatestis.

refiere Ammirato, acaecido en el año de 1458. Castiglione della Pescaia, cuya toma y conservación había costado tantas fatigas, se rebeló contra Aragón por obra de ciertos traidores que lo pusieron de nuevo bajo la obediencia de la República florentina. Más no queriendo los magistrados que á la sazón la gobernaban, que por un pobre castillo se volviese á empezar la guerra en Toscana, dieron aviso de ello al Rey, y aunque aquella plaza les había pertenecido, manifestaron que en adelante la tendrían á instancias suyas. D. Alfonso lleno de benignidad accedió desde lnego á ello, y el hecho no tuvo por fortuna ulteriores consecuencias.

Vamos ahora á dar cuenta del prematuro fin de tan glorioso monarca. Los últimos dias de D. Alfonso son por demás interesantes. Contaba sesenta y cuatro años de edad, cuando á consecuencia de una partida de caza en la Pulla, contrajo un flujo insensible de esperma ó sea una espermatorrea que le obligó á hacerse trasladar á Nápoles. Tal es la versión de Constanzo. Zurita, dice: tuvo su dolencia principio á 8 del mes de Mayo: que le tomó frio con fiebre: y luego se comenzó á publicar que su mal era peligroso. El que habia luchado tanto en vida, no pudo morir en paz; porque el turbulento y ambicioso Príncipe de Viana, que tantas desazones había ocasionado á su padre y tantos disturbios había producido en su patria, quiso tener también la triste gloria de amargar los últimos momentos de su tio. D. Carlos se hallaba en aquella sazón en Roma, y en cuanto supo la novedad del Rey, se presentó en Nápoles á donde llegó tres dias antes de que éste muriese y cuando ya estaba deshauciado de los médicos. El objeto aparente era visitarlo; más D. Alfonso que sabía que había ido para ocupar á Nápoles, sintió redoblársele las angustias de la muerte. Entonces vió que si espiraba en el Castillo Nuevo, sería difícil echar de él al de Viana, que á la cuenta no se separaba de allí, y que luego el gobernador y la guarnición podrían obedecerle con preferencia al Duqne de Calabria, máxime siendo las tropas catalanas, y por tanto, futuros súbditos del Rey D. Juan. Entonces con aquella lucidez de juicio que no le abandonó hasta los últimos instantes, optó por tomar una determinación heróica, si de heroismo puede calificarse el posponer su salud y



su vida á la suprema razón de estado. Hizo decir que se hallaba mejor y que los médicos aprobaban su determinación de hacerse trasladar al Castillo del Ovo, por que allí respiraría mejor aire. Puesto en práctica este paso, dejó á D. Fernando el cuidado del Castillo Nuevo, y al otro dia de estar en el del Ovo, al despuntar el alba, pasó á mejor vida, después de haber recibido los sacramentos de la Iglesia, como muy católico príncipe en medio de la mayor humildad, devoción, recogimiento y reverencia. Fué el tal dia un martes que cayó á 27 de Junio. (1)

Veámos ahora su importante testamento.

Húbole de otorgar, dice Zurita sin que se pudiese consultar el del difunto Rey D. Fernando, su padre; puesto que se halla en los registros de cancillería de aquel tiempo; y añade que el 14 de Junio mandó á Jaime García, que tenía á su cargo el Archivo real de Barcelona, que buscase el testamento de D. Fernando y enviase copia autorizada por él á Arnaldo de Fonolleda protonotario. Como se comprende, esta copia no pudo llegar á tiempo. Asistieron á la otorgación del testamento del Rey: Juan García, obispo de Mallorca, su confesor, don Juan Soler, obispo de Barcelona, nuncio del Papa, y Juan Fernandez, electo de la iglesia de Nápoles, todos los cuales pertenecían al real consejo; siendo nombrados los mismos ejecutores de aquella su última voluntad. Hé aquí ahora las cláusulas de aquel instrumento.

Mandaba que si muriese en el Reino, fuese su cuerpo sepultado en el convento de San Pedro Mártir, de la orden de Santo Domingo, de Nápoles, y se pusiese en la capilla mayor de la iglesia; pero queria que á la mayor brevedad posible fuese trasladado al monasterio de Nuestra Señora de Poblet y que allí se le enterrase en la entrada de la iglesia y en la tierra desnuda para que fuese ejemplo de humildad. Disponía que se edificase un monasterio de Santa María de la Paz, de la orden de la Merced, en el lugar llamado Campo viejo, donde tuvo tanto tiempo su real contra la ciudad de Nápoles. Ordenaba así mismo erigir una capilla bajo la advocación de San Jorge, en la casa donde estaba el pozo por donde salieron sus gentes el

(1) Bernardino Corco y otros dicen que fué el primero de Julio; pero están en un error. La inscripción de su sepulcro en Poblet decía á 28 de Junio.



dia que se ganó dicha plaza. Fué igualmente su voluntad que se levantase otra capilla dedicada á San Pedro y á San Pablo, en cuya vigilia venció en la batalla campal contra Antonio Caldora, en el lugar llamado de Sessano, del Condado de Molisi. Dejó dispuesto que se repartiesen setenta mil ducados entre la gente de la armada de galeras que había de ir contra el turco y que se diese libertad á todos los forzados y á los presos á instancia del fisco. Nombró por sucesor en el Reino de Nápoles al Duque de Calabria su hijo y á sus herederos, y al Rey de Navarra, su hermano, en los reinos de la Corona de Aragón, lo mismo que á sus descendientes. Llamó mucho la atención que en todo el testamento no mencionase á la Reina D.ª María, su esposa.

Antes de la muerte del Rey, dice el analista de Aragón, pareció por muchos dias á la parte de Oriente, en la región de los signos de Cáncer y Leo, un cometa que se extendía por tan gran espacio que su cola comprendía la distancia de dos signos del cielo. (1)

Constanzo refiere que el Príncipe de Viana intentó, por medio de muchos barones catalanes y sicilianos que habían gozado de la intimidad de D. Alfonso, tratar con los napolitanos para que le proclamasen á él por Rey, como legítimo sucesor en el Reino conquistado con las fuerzas de la Corona de Aragón; empero la ciudad, acordándose de su juramento, aclamó inmediatamente á D. Fernando por señor suyo. Ayudaron grandemente á ello los parientes de D. Iñigo de Guevara que tuvo por esposa á Covella Sanseverino, hermana del Duque de San Marcos, y los parientes de Antonia de Aquino, casada con D. Iñigo de Avalos. Cuando el Príncipe D. Carlos vió aquello, subió á una nave que estaba anclada en el puerto, juntamente con todos los catalanes que no tenían estados en el Reino de Nápoles.

También dice Constanzo que el cuerpo del Rey, por más

(1) La aparición del cometa es cierta: pero tuvo lugar en 1454. Hé aquí lo que acerca de esta particular escribe Vast:

«La cométe de 1454 est la même que celle qui fut revue en 1531, en 1607, et observée scientifiquement en 1682 per Halley. Il en calcula les éléments et en predit les retours périodiques: de là le nom de cométe de Halley, donné à la premiére des comètes périodiques dont l'existence ait été bien constatée.»



que él dispuso que se trasladase á San Pedro Martir, quedó depositado en el castillo en donde murió.

Su caja figura aún hoy al lado de los demás ataúdes llamados aragoneses en la sacristia de la Iglesia de Santo Domingo de Nápoles. Está forrada de seda negra y adornada con varios escudos de armas. El Conde de Miranda, en tiempo de Felipe II, la hizo restaurar lo mismo que las restantes.

Doscientos diez años después de la muerte del Rey, D. Pedro Antonio de Aragón, Duque de Segorbe y de Cardona, estando de Virrey en Nápoles, dispuso que se cumpliese lo ordenado en el testamento de que hemos dado idea, haciendo que se trasladasen los restos de D. Alfonso al monasterio de Poblet; pero no para ser enterrados humildemente como él había deseado, sinó en un magnífico sepulcro de alabastro que él mismo le mandó esculpir. (1)

Hé aquí la descripción que debemos á Finestres. Estaba inmediato á los otros sepulcros reales de la parte del Evangelio y arrimado á la pilastra. Era fabricado de hermoso alabastro con mucha y primorosa imaginería, teniendo encima la estátua del Rey vestida de córte, puesta de rodillas sobre una rica almohada, y en ella el cetro y corona real, todo debajo de un dosel carmesí y dorado. Tenía una inscripción que decía:

Alfonsus V. Aragoniæ, et Neapolis
Rex Serenissimus, ob eximias bellicæ virtutis dotes, cognomento Magnanimus, in subacta Neapoli decessit
XXVIII Junii, Anno M.CDLVIII
cujus corpus ad B Petri Martyris
aram deponi, et in Regium Beatæ
Mariæ de Poblet Avitum Sepulcrum
asportari ex testamento mandavit.
Regium Imperium per CCX annos
intermissum D. Petrus Antonius de
Aragon, Segorvidæ, et Cardonæ Dux,

(1) En la biblioteca-museo Balaguer en Vilanova y Geltrú, figura una carta, procedente del archivo de Poblet, fecha Nápoles 12 de Setiembre de 1668, suscrita por D. Pedro Antonio de Aragón, en que da cuenta de la autorización que se le había conferido para recojer el cuerpo del Rey D. Alfonso y enviarlo á España.

Neapolis Prorex, ad Clementem X legatus, Catholicoram Regum Decretis insistens, Pontificioque impetrato diplomate, per Cassanum Episcopum tandem exsolvit. M.DCLXXI. Tanti Regis, ac Reginæ Mariæ Conjugis Ossa, Apostolica dispensatione, quo splendidiori ornarentur cultu, idem pientissimus Dux, novo lapide contegens parentavit.

En vano buscamos en nuestra visita á dicho monasterio el vaso que guardaba los restos del héroe objeto del presente libro; las furias infernales, en figura de una turba de desalmados, lo habían destruido para siempre, aventando el polvo á que los siglos habían reducido tan resptable osamenta. ¡Porqué no quiso el Cielo que siguiera en Nápoles dentro de aquel modesto ataúd que un dia contemplamos con los ojos preñados de lágrimas!

Antes de ocuparnos en el juicio del Rey, digamos que Calixto III negó la investidura á su hijo D. Fernando; pero habiendo muerto al poco tiempo, ascendió al solio pontificio Eneas Silvio Piccolomini, con el nombre de Pio II, quien lleno de benignidad envió al cardenal Latino Orsino á coronar al sucesor de D. Alfonso, cuya ceremonia se verificó con la mayor pompa en la ciudad de Barletta. (1)

(1) Hé aquí los términos en que da cuenta de la muerte de D. Alfonso la *Crónica del Rey Don Enrique el cuarto* por su capellán y cronista Diego Enriquez del Castillo: «llegó la nueva como el Rey Don Alfonso su tio era fallecido en la cibdad de Nápoles, de que ovo grand sentimiento; ca lo amaba mucho, é tenia en lugar de padre; porque á la verdad era persona que meresció ser querido de todos los grandes, y de todas las gentes, así por sus muchas é señaladas virtudes, como por las grandes excelencias que hizó mientras murió. E así tomado luto por él, mandó que le fuesen fechas solemnes é ricas obsequias, segund, que á tan señalado Rey pertenescia.» (Cap. XVI.)

FIN DEL TOMO SEGUNDO



ADVERTENCIA

EN VISTA DEL MAYOR NÚMERO DE PÁGINAS QUE SE HAN LLEVADO LOS CAPÍTULOS DE ESTE SEGUNDO TOMO, HEMOS CREIDO CONVENIENTE RESERVAR PARA EL TERCERO, QUE SERÁ MÁS REDUCIDO, LOS APÉNDICES QUE DEBÍAN INSERTARSE EN ESTE LUGAR.

El Editor



ÍNDICE

Páginas

Páginas

Páginas

Páginas

Páginas

Páginas



Páginas

Páginas

